
WIDENER
HN ILIG R





REVISTA

DE

SANTIAGO.

Tomo Primero.

SANTIAGO DE CHILE.
IMPRENTA CHILENA, calle de Montevideo (Teatinos), n.° 39.
MAYO DE 1855.

75

OBSERVACIONES

SOBRE LA

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

DE

JORJE TICKNOR,

CIUDADANO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

I.

La necesidad de una obra de esta especie se habia hecho sentir largo tiempo en el estudio de la literatura española; y nos complacemos en anunciar que Mr. Ticknor ha llenado del modo mas satisfactorio este vacio. No solo ha concentrado, juzgado y rectificado cuanto se habia escrito sobre el mismo asunto dentro y fuera de España, sino que a lo ya conocido añade de su propio caudal multitud de datos biográficos y bibliográficos que estaban al alcance de pocos, y que ha sabido traer a colacion con mucha oportunidad y discernimiento. Los aficionados a las letras castellanas hallarán en el erudito norte-americano un juez intelijente, capaz de apreciar lo bello y grande bajo las formas peculiares de cada pais y cada siglo; tan ajeno del rigorismo superficial que califica las producciones del injenio por

las reglas convencionales de un sistema esclusivo, como de las ilusiones de aquellos que se saborean, no solo con lo tosco y bárbaro, sino hasta con lo trivial y rastrero, si pertenecen a épocas o jéneros predilectos; descarrios uno y otro nada raros, el primero en los siglos anteriores al nuestro, y el segundo en nuestros dias. Pero lo que mas realza esta obra es, a mi juicio, la parte histórica, el encadenamiento filosófico de los hechos, la sagacidad con que se rastrean las fuentes, la lucidez con que se pone a nuestra vista el desarrollo del jenio nacional en los varios ramos de literatura. La seccion relativa al drama es la de mas ámplias dimensiones; y la que el autor parece haber tratado con especial atencion y esmero.

Supérfluo seria, y hasta presuntoso de mi parte, espresar este juicio sobre lo que ha obtenido tan jeneral y honrosa aceptacion en todo el mundo literario, si no me hubiese inducido a ello el deseo de dar a conocer entre nosotros, donde la lengua y literatura castellanas se miran con inescusable desden, la obra mas a propósito para convencerlo de injusto.

No se crea, por lo dicho, que adhiero a todas las opiniones del autor. En el discurso que tengo el honor de presentar a la Facultad de Humanidades, y en los que probablemente le seguirán, me propongo controvertir algunas de sus deducciones y juicios. Mis observaciones se referirán a la primera *Seccion* de la *Historia*, que abraza toda la literatura castellana desde fines del siglo duodécimo hasta principios del décimosesto.

Mr. Ticknor me parece atribuir mui poca o ninguna parte, en la mas temprana poesia de los castellanos, a la influencia de los árabes· juicio que yo habia formado años hace, cuando la opinion contraria, patrocinada por escritores eminentes, habia llegado a ser un dogma literario, a que suscribian, sin tomarse la pena de someterla a un detenido exámen, casi todos los estranjeros y nacionales que de propósito o por incidencia hablaban de la antigua literatura de España. Que entraron en la lengua castellana multitud de voces arábigas; que aun algunos de los sonidos con que se pronunciaba fueron modificados por el idioma de los Muslimes, y que del contacto, de la mezcla intima de las dos razas, se pegaron al romance castellano ciertos jiros, ciertas espresiones proverbiales, lo tengo por incontestable. Si esta influencia pasó del idioma a los cantos populares de los castellanos, como parecia *natural*, es un punto que examinaremos despues. Observemos *entre* tanto el hecho fundamental, y no disimulemos su importancia y alcance. Trasladaré aqui con este objeto la luminosa esposicion de Mr. Ticknor (1), a la que con pocas limitaciones suscribo.

(1) *Apéndice A*, al fin de la Historia.

«En que precisa época deba decirse que se formó la lengua llamada despues española y castellana, por la union del corrompido y goticisado latin que venia del norte, con el árabe del mediodia, no puede ahora determinarse. Esta union debió naturalmente producirse por una de aquellas graduales y silenciosas transformaciones que experimenta el carácter esencial de un pueblo, y que no dejan tras de si monumentos anténticos ni memorias circunstanciadas. El erudito Marina, a quien sobre esta materia podemos prestar confianza sin riesgo de extraviarnos, asegura que no existe, ni a su juicio existió jamás, documento alguno en lengua castellana, de fecha anterior al año 1150. A la verdad, el mas antiguo, que se cita es una confirmacion de privilejios otorgada por Alfonso VII el año 1155, a la ciudad de Avilés en Asturias (1). Así por gradual e imperceptible que haya sido la formacion y primer aparecimiento del castellano, como habla de la España moderna, podemos estar seguros de que a mediados del siglo duodécimo se habia ya elevado a la categoría de lengua escrita y habia empezado a figurar en los importantes documentos públicos de la época (2).

quecen, desfigurandolo hasta cierto punto, pero conserva en gran parte su fisonomia materna. En la primera revolucion triunfó el idioma de la raza mas civilizada; en la segunda la lengua de los vencedores, que distaba mucho de la riqueza y pulidez de la que fué suplantada por ella. Esta vitalidad de la lengua romana vulgar es un fenómeno que no me parece suficientemente esplicado. (NOTA DEL TRADUCTOR).

(1) Fué publicado en la Revista de Madrid, segunda época, tomo VII, páj. 267 i siguientes.

(2) El autor de la *Prefacion de Almeria*, inserto en la Crónica de Alfonso VII, describe así a los guerreros castellanos que concurrieron a aquella célebre espedicion en 1147:

Post hæc Castellæ procedunt spicula mille,
Famosi cives per sæcula longa potentes.
Illorum castra fulgent cœli velut astra:
Auro fulgebant; argentea vasa ferebant:
Non est paupertas in eis, sed magna facultas.
Nullus mendicus utque debilis, nec male tardus:
Sunt fortes cuncti, sunt in certamine tuti.
Carnes et vina sunt in castris inopina.
Copia frumenti datur omni sponte petenti.
Armorum tanta, stellarum lumina quanta.
Sunt et equi multi ferro seu panno suffulti.
Illorum lingua resonat quasi tympano tuba.

España Sagrada, tomo XXI, páj. 403.

El lujo y riqueza de los castellanos pueden haberse exajerado por el poeta; pero el último verso es un testimonio irrecusable de la existencia del dialecto castellano con su característica sonoridad, en la primera mitad del siglo duodécimo. (NOTA DEL TRADUCTOR).

«Desde entónces podemos pues reconocer en España la existencia de un idioma que se propagaba por la mayor parte del pais, diferente del latin puro o degradado, y todavia mas del árabe, pero nacido manifiestamente de la union de ámbos; modificado por las analojias y espíritu de las construcciones e idiotismos góticos, y entreverado de reliquias de los vocabularios de las tribus jermánicas, de los iberos, los celtas y los fenicios que en diversas edades habian ocupado casi toda la península (1). Este idioma se llamó al principio *romance* porque habia nacido de la lengua de los romanos; así como los cristianos refujiados en las montañas del Norueste fueron denominados *al romi* por los árabes, que los creian de estirpe romana (2). Mas tarde se llamó *español*, por el nombre jeneral de la nacion, y al fin, acaso mas frecuentemente, *castellano*, por aquella porcion del pais, cuyo ascendiente político predominó hasta el punto de dar a su dialecto la preponderancia sobre todos los otros que, como el gallego, el catalan y el valenciano, fueron por mas o ménos tiempo idiomas escritos, que se gloriaban cada uno de una literatura propia.

(1) No puedo descubrir en el castellano esas construcciones o idiotismos góticos. Bastaba la barbarie para sustituir a la artificiosa estructura de la lengua latina construcciones mas espeditas y fáciles; para abolir la declinacion, y simplificar la conjugacion. En los dialectos jermánicos hubo declinaciones y todavia las hai. La conversion del pronombre latino *ille* en el artículo definido estaba preparada en el latin mas puro: *illi homines qui*, «los hombres que:» los dialectos romances no hicieron mas que jeneralizar este uso. Del numeral *unus* a nuestro artículo indefinido no habia mas que un paso: el artículo indefinido lleva envuelta la idea de la unidad. En fin, el embrion de los tiempos compuestos existia ya en la mas jenuina latinidad: *Clodii animum perspectum habeo; habeo absolutum suave epos*. ¿Qué parte asignaremos pues a las analojías i espíritu góticos? ¿No diríamos con mas exactitud que nuestro romance es la lengua de los romanos alterada por la ajencia simplificadora de la barbarie, y enriquecida por sucesivas contribuciones de otras lenguas que aumentaron su caudal sin borrar el tipo primitivo? (NOTA DEL TRADUCTOR).

(2) Llamóse *romance*, *romans*, *romanzo*, cada uno de los dialectos vulgares que nacieron de la lengua romana o latina. Creo que la forma de la palabra es orijinalmente francesa. En el castellano antiguo se dijo *roman*: así Gonzalo de Berceo anuncia, en uno de sus poemas, y dice que va a versificar

. . . . en roman paladino,
En cual suele el pueblo fablar a su vecino;

esto es *en lengua romana vulgar*. Los franceses dijeron *romans* o *romanz*, reteniendo la *s* del nominativo latino *romanus*, como en *corps* (*corpus*), *temps* (*tempus*), *fils* (*filius*); desinencia que fué mucho mas frecuente en la antigua lengua de *oui*, que en el frances de ahora, y de que ofrece raros ejemplos el castellano.

«La proporcion de los materiales suministrados por cada lengua de las que entraron en la composicion del español, no se ha fijado con exactitud hasta ahora, aunque se sabe lo bastante para establecer una transaccion entre sus pretensiones recíprocas. Sarmiento, que investigó la materia con algun cuidado, opina que las seis décimas partes del moderno castellano son de orijen latino; otra décima griega y eclesiástica; otra, septentrional; otra, arábiga, y el resto, indostánico, americano, jitano, aleman moderno, frances e italiano. Pero Larramendi y Humboldt están seguros de que debe añadirse el vascuence; y al paso que las indagaciones de Marina tienden a rebajar la cuota arábiga, las de Gayangos la hacen subir a la octava parte. Es probable que este cómputo no se aleja mucho de la verdad. Sea de ello lo que fuere, sobre el punto principal no cabe duda: la mas ancha base del castellano debe buscarse en el latin, al que en realidad es preciso atribuir todas o la mayor parte de las contribuciones que suelen referirse al griego (1).

«La lengua castellana, formada de este modo, se hizo de uso jeneral mas temprano y mas fácilmente, quizá, que cualquiera otra de las nuevamente creadas que surjieron en la Europa meridional y fueron suplantando al idioma universal del mundo romano, a medida que la confusion de la media edad desaparecia. Las causas de la creacion y adopcion del nuevo lenguaje fueron mas imperiosas en España por las íntimas relaciones de los moros, los mozárabes i los cristianos entre sí; al paso que el reinado de San Fernando, por lo ménos hácia el tiempo de la conquista de Sevilla, en 1247, fué una época, ya que no de tranquilidad, de prosperidad y casi de esplendor; agregándose a todo esto que el latin, como lengua hablada y escrita, habia dejenerado a tal punto en España, que no podia oponer la misma resistencia a ceder su lugar, que en otras partes donde igual revolucion caminaba a su fin. No debemos pues sorprendernos de encontrar no solo muestras, sino considerables monumentos de literatura española inmediatamente despues del reconocido aparecimiento de la lengua misma. El poema narra-

(1) Yo me inclino a creer que la influencia de una lengua en otra no debe medirse por el número de palabras que le presta. Segun esa regla dariamos a la lengua latina en la composicion y jénio del ingles mucho mas de lo que en rigor le pertenece. El gran caudal de la lengua castellana es latino; sus construcciones, sus jiros, son jeneralmente latinos: los otros idiomas que han concurrido a enriquecerla pueden mirarse como tributarios, mas bien que auxiliares. Cuéntense, por ejemplo, los elementos heterojéneos que entran en una lei de las Siete Partidas, escritas cuando estaba todavia en todo su vigor la influencia arábiga, y se verá cuanto preponderan los de orijen latino sobre todos los otros juntos. (N. DEL T.)

tivo del Cid, por ejemplo, no puede ser de fecha posterior a 1200; y Berceo, que floreció entre 1220 y 1240, aunque casi se disculpa de no escribir en latin, manifestando así con toda certidumbre haber pertenecido a la época en que las dos lenguas contendian por el predominio, nos ha dejado una gran cantidad de jenuinos versos castellanos (1). Pero no fué sino algo mas tarde, en el reinado de Alfonso X, entre 1252 i 1282, cuando quedó reconocida y consumada la introduccion del español, como una lengua escrita, regular y culta. Por órden de ese príncipe se tradujo en ella la Biblia segun la Vulgata: él ordenó que todos los contratos, todos los instrumentos públicos se otorgasen en ella; y por medio de su célebre código de Las Siete Partidas preparó de antemano la propagacion y autoridad del castellano en todos los paises en que llegaron despues a prevalecer la raza española y el poder de Castilla».

Sobre los antecedentes del castellano, descritos de un modo tan vivo y pintoresco por Mr. Ticknor, puede haber poca variedad de opiniones; pero ¿esplican ellos suficientemente el resultado final? ¿No se hubiera podido, a vista de ellos, anunciar *a priori* que el árabe iba a ser el idioma universal o predominante de la Península, enriquecido probablemente con cierto número de raices latinas, pero conservando su organismo propio y su jénio? ¿Habria podido predecirse que estaba reservado este triunfo al latin bastardeado de los toscos y rudos montañeses del norte, y que el limado y copioso lenguaje del centro y del medio dia correria la misma suerte que las poblaciones inte-

(1) Sobre la antigüedad del Poema del Cid tendré ocasion de hablar de propósito.—El pasaje de Gonzalo de Berceo, a que alude Mr. Ticknor, es el mismo que yo cité mas arriba, i dice asi:

Quiero fer una prosa en roman paladino,
En cual suele el pueblo fablar a su vecino,
Ca non so tan letrado por fer *otro latino*.
(S. Dom. cop. 2.)

Pero la verdadera leccion, la única que puede dar un razonable contexto y sentido, es *metro latino*. *Prosa* es ciertamente una palabra que el poeta ha sacado de la liturjia, en el sentido de composicion poética, que sin duda tuvo; como ya parece haberlo conjeturado Fernando Wolf, citado por Mr. Ticknor, y lo comprueba, ademas del Glosario de Ducange, el Diccionario de la Academia Española. Así, de lo que se disculpa Berceo es de no escribir en metro latino; forma de composicion que se miró, durante toda la media edad, y por mas de un siglo despues, como la mas noble y digna.

Es indubitable, por otra parte, que los franceses y provenzales versificaron en lengua vulgar mucho ántes de 1200. Algunos de estos poemas existen, y son bastante largos y regulares. Bien es verdad que la lengua de los troveres dista mas del moderno frances, que del castellano moderno el Poema del Cid. (N. DEL T.)

«Otra tremenda invasion descargó sobre España; violenta, imprevista, y que por algun tiempo amenazó barrer con toda la civilizacion y cultura que de las antiguas instituciones del pais se conservaban, o que empezaban a jerminar bajo las nuevas. Hablo de la notable invasion de los árabes, que nos obliga a buscar algunos de los ingredientes del carácter, idioma y literatura de los españoles en el corazon del Asia, como ya nos hemos visto obligados a buscarlos en lo mas septentrional de la Europa.

«Los árabes que en todas las épocas de su historia han sido un pueblo pintoresco y estraordinario, debieron a la ardorosa relijion que les fué dada por el jenio y fanatismo de Mahoma, un impulso que bajo muchos respectos no ha tenido paralelo en el mundo. Por el año de Cristo 623 eran todavia dudosos la fortuna y destinos del Profeta, aun dentro de los estrechos límites de su indómita y vagabunda tribu; y al cabo de ménos de un siglo, no solo la Persia, la Siria y casi toda el Asia occidental, sino el Ejipto y toda la parte septentrional del Africa se habian rendido al poderío de aquella fé belicosa. De un suceso tan vasto y tan rápido, fundado en el entusiasmo relijioso, y tan prontamente seguido de una civilizacion adelantada, no nos ofrece otro ejemplo la historia.

«Cuando los árabes obtuvieron una posesion tolerablemente tranquila de las ciudades y costas africanas, era natural que volviesen los ojos a España, de la que solo estaban separados por un estrecho del Mediterráneo. Desembarcaron con grandes fuerzas en Gibraltar el año de 711. Siguióse inmediatamente la batalla de Guadalete, como la llamaron los moros, o de Jerez, como la apellidaron los cristianos; y en el trascurso de tres años avasallaron con su acostumbrada celeridad toda la España, excepto aquella rejion fatal del Norueste, a cuyas montañas se retiraron un gran número de cristianos, capitaneados por Pelayo, dejando a sus demas compatriotas en manos de los conquistadores.

«Pero miéntras los cristianos que se habian salvado del naufrajio del poder gótico, permanecian encerrados en los montes de Vizcaya y Asturias, o sostenian aquella desesperada lucha de cerca de ocho siglos, que terminó en la espulsion final de los invasores, los moros, en el centro y especialmente en el mediodia de la España, gozaban de un imperio tan espléndido y tan intelectual como su relijion y civilizacion permitian.

«Mucho se ha dicho sobre la gloria de este imperio y el efecto que produjo en la literatura y costumbres de las naciones modernas. Hace ya tiempo que Huet y Massieu creyeron que podia rastrearse hasta ellos el orijen de la rima y de las ficciones románticas; pero en el dia se miran jeneralmente una y otras como prodncciones, por decirlo asi, espontáneas del espíritu hu-

mano, que diferentes naciones en diferentes épocas han sacado a luz separadamente para si mismas (1). Algo mas tarde el jesuita Andres, docto español, que escribia en Italia y en italiano, deseoso de conferir a su patria el honor de haber dado al resto de la Europa el primer impulso en la carrera de la civilizacion despues de la caida del imperio romano, concibió una teoria mas ámplia y mejor definida que la de Huet; es a saber, que la poesia y cultura de los trovadores de Provenza, que se creen ser las mas antiguas de la Europa meridional, se deriban entera e inmediatamente de los árabes de España; teoria aumentada por Ginguené, por Sismondi y por los autores de la *Historia Literaria de Francia*. Pero todos estos escritores proceden sobre la suposicion de haber aparecido en Provenza la rima, la composicion métrica y cierto espíritu poético algo mas tarde de lo que por investigaciones posteriores se sabe que fué. Porque el padre Andres y sus secuaces fijan la fecha de la propagacion de las influencias arábigo-hispánicas al sur de la Francia, en la conquista de Toledo, que fué el año de 1085, época en que es positivo se aumentó gradualmente la comunicacion entre los dos paises (2). Pero Raynouard ha publicado despues un fragmento de un poema, cuyo manuscrito no puede ser posterior al año 1,000; y ha demostrado asi, que la literatura Provenzal contaba mas de un siglo de existencia al tiempo de la conquista de Toledo, y sube hasta la época de la gradual corrupcion del latin y la gradual formacion del lenguaje moderno. Schlegel, el mayor, ha discutido tambien esta teoria, y ha dejado poco que dudar en cuanto a la solidez de las deducciones de Raynouard (3).

(1) En cuanto a la rima es preciso admitir que en algunos paises ha nacido espontáneamente, y así me parece que sucedió en el latin de la media edad por causas inherentes a la lengua latina, que no se encuentran en otros idiomas. Este es un punto a que talvez llamaré algun dia la atencion de la Facultad. En cuanto a las ficciones románticas, hai sin duda ciertos elementos que pueden mirarse como sujeridos por la imajinacion en todas partes y que aparecen por consiguiente en las ficciones poéticas de todos los pueblos : ajencias sobrenaturales, jigantes, dragones, vestiglos etc. Pero ademas de estos caractéres comunes, hai otros determinados, especiales, que distinguen la poesia de una edad o de un pueblo, y el hallarse estas peculiares formas en otra edad o pueblo, es un indicio seguro de derivacion. Así algunas de las mas brillantes ficciones de la Caballeria Andante pueden rastrearse hasta las marabillas de la Tabla Redonda, creadas por la fantasia bretona. Esta es materia que mereceria tambien ilustrarse. (NOTA DEL TRADUCTOR).

(2) «A esta época, «dice Ginguené.» es a la que se remontan acaso los primeros ensayos poéticos de la España, y seguramente los primeros cantos de nuestros trovadores.»

(3) Mr. Ticknor se refiere a una obra de A. W. Schlegel intitulada

«Pero aunque no podamos, con el padre Andres y sus secuaces, encontrar en los árabes de España la fuente principal o primaria de la poesia y cultura de toda la Europa meridional en los tiempos modernos, podemos con todo adjudicar a ellos alguna parte en lo que concierne a la lengua y literatura españolas. Porque sus progresos en el cultivo de las letras fueron casi tan rápidos y brillantes como en la estension de su imperio. Los reinados de los dos Abderrahmas, y la época gloriosa de Córdoba, que comenzó por 750, y duró hasta casi su ocupacion por los Cristianos en 1236, se distinguieron por una ilustracion que entónces no tenia igual en Europa; y si el reino de Granada, que expiró en 1492, no fué tan ilustrado, fué talvez aun mas espléndido y lujoso. A las escuelas públicas y las bibliotecas de los árabes españoles acudian no solamente los de la misma fé, sino cristianos de diferentes paises de Europa; y uno de los hombres mas notables de su siglo (Jerberto, despues Silvestre segundo, primer pontífice que dió Francia a la sede romana) se cree que debió su elevacion a los conocimientos que adquirió en Sevilla y Córdoba.

«En medio de este floreciente imperio vivia gran muchedumbre de nativos cristianos, que no siguieron a sus duros y denodados hermanos en la retirada a las montañas bajo las banderas de Pelayo, sino que permanecieron entre sus vencedores, protejidos por aquella laxa tolerancia que la relijion mahometana prescribia y practicaba al principio. Como vencidos, pagaban doble tributo que los moros, y sufrian impuestos sobre sus iglesias; pero en lo demas estaban sujetos a pocas cargas y servidumbres, y aun se les permitia tener sus obispos, templos y monasterios, y ser juzgados por sus propias leyes y tribunales en las controversias entre ellos mismos, salvo que se tratase de la pena de muerte. Pero aunque de este modo se mantenian como un pueblo en cierta manera distinto; y aunque, considerando la dependencia en que vivian, conservaron la fé de sus padres con una constancia y lealtad apénas creibles, no podia ménos de hacer mella en ellos la presion continua de una dominacion poderosa y magnífica, y de una poblacion bajo todos respectos mas próspera y adelantada que la suya. En el trascurso de siglos era inevitable que su carácter nacional cediese por grados a esta incesante influencia. Llegaron por fin a usar el traje morisco; adoptaron las costumbres de los moros; sirvieron en los ejércitos muslimes, y obtuvieron cargos de honor en las cortes de

Observaciones sobre la lengua y literatura provenzales, Paris 1818, no publicada. Segun Schlegel fué en alto grado anti-arábiga, por el tono y espíritu, la primera poesia provenzal, y todavia mas la primera poesia española. . . .

Córdoba y de Granada. En suma, bajo todos respectos merecieron el nombre que se les dió de mozárabes, o cuasi-árabes en costumbres y lengua; porque tan mezclados estaban con sus dominadores que llegaron por fin a no distinguirse, sino por su fé, de la poblacion arábiga entre la cual vivian.

«El efecto de todo esto en cuanto hasta entónces habia logrado sobrevivir a la lengua y literatura de Roma, se echó de ver en ellos mui presto, como debia suceder. Los españoles que residian entre los moros, no se cuidaron de su degradado latin, y empezaron luego a hablar el árabe. En 794 creyeron los conquistadores que ya era tiempo de establecer escuelas para enseñar su lengua a los cristianos de sus dominios, y de prohibirles que usasen otra. Alvaro de Córdoba, que escribia su *Indiculus Luminosus* por 874, y era testigo competente en la materia, manifiesta el gran suceso que habia tenido esta providencia de los dominadores; pues se queja de que los cristianos de su tiempo no apreciaban el latin, y a tal punto se habian familiarizado con el árabe, que apénas habria podido hallarse un cristiano entre mil, que fuese capaz de escribir en latin a otro cristiano; miéntras que muchos de ellos componian poesias arábigas en que rivalizaban con los moros mismos. A tanto llegó el temprano predominio del árabe, que Juan, obispo de Sevilla, uno de aquellos varones venerables que eran igualmente respetados por los cristianos y los musulmanes, creyó necesario trasladar a aquel idioma las Escrituras, porque sus diocesanos no podian leerlas en otro. Aun fué preciso que el rejistro de las Iglesias se llevase en árabe, como se hizo desde entónces por varios siglos; y así es que en los archivos de la catedral de Toledo se han visto recientemente, y sin duda se ven hoi dia, mas de dos mil documentos escritos en árabe, principalmente por cristianos y eclesiásticos.

«Ni varió de un golpe este órden de cosas cuando la fortuna de las armas se declaró por los cristianos del norte, porque despues de reconquistadas algunas de las provincias centrales del pais, las monedas selladas por los reyes cristianos para que circulasen entre sus vasallos de la misma fé, estaban cubiertas de inscripciones arábigas; como puede verse en algunas de Alfonso VI y Alfonso VIII. El rei don Alonso el Sábio por un solemne decreto espedido en Burgos a diez y ocho de setiembre de 1256, proveia a la educacion de la juventud sevillana, estableciendo para ella escuelas arábigas, al mismo tiempo que latinas. Y todavia mas tarde los actos y documentos públicos de aquella parte de España solian escribirse en árabe; y las firmas de escrituras eclesiásticas importantes, redactadas en latin o español, se ponian a veces en letras arábigas, como se ve por una de Fernando IV en que se conceden ciertos privilejios a los

monjes de San Clemente. De manera que casi hasta el tiempo de la conquista de Granada, y bajo ciertos respectos aun despues, el idioma, costumbres y civilizacion de los árabes estaban todavia mui difundidos entre la poblacion cristiana de la España central y meridional.

«Así, cuando los cristianos del norte, despues de la mas enconada y tenaz contienda, redimian de la servidumbre la porcion mas considerable de su antigua patria, y arrinconaban a los moros en las provincias de sudeste, se vieron, segun iban ganando terreno, rodeados de grandes muchedumbres de sus compatriotas y hermanos en la fé; cristianos, a la verdad, en creencias y sentimientos, aunque de escasa doctrina relijiosa y de imperfectas ideas morales; pero moros en el vestido, las costumbres y la lengua. Uniéronse, por supuesto, las dos diversas masas; pero la guerra las habia tenido tanto tiempo separadas, que, si bien de la misma estirpe, y ligadas por algunas de las mas poderosas simpatias de la naturaleza humana, carecian ya de un idioma comun para las cotidianas relaciones de la vida. Pero esta union de las dos partes del pueblo cristiano, donde y como quiera que se efectuase, envolvia la inmediata modificacion de la lengua què unos y otros habian de emplear en sus comunicaciones recíprocas. El latin corrompido, alterado por el contacto de la lengua gótica, habia sin duda sufrido sucesivas modificaciones desde el tiempo de la conquista arábiga; pero otra nueva y final adaptacion era indispensable. Verificóse inmediatamente una infusion considerable del árabe, y entró el último de sus principales elementos en la lengua española, que pulida y afinada en los siglos siguientes por el progreso de la civilizacion y las luces, es todavia en sus facciones prominentes la misma que apareció poco despues de lo que con característica nacionalidad se ha llamado *Restauracion de España*.

«El lenguaje que los guerreros cristianos trajeron del norte, y que fué progresivamente modificado por su progresivo contacto con la poblacion morisca del sur, no era por cierto el latin clásico. Era un latin, corrompido al principio por las mismas causas de bastardeo a que habia estado sujeta aquella lengua en toda la estension del imperio romano; corrompido luego por el inevitable efecto del establecimiento de los godos y de otros bárbaros en España; y corrompido ulteriormente por agregaciones de la lengua primitiva ibera o vasca ocasionadas por la residencia de los cristianos en las montañas a que se refujiaron, y en que el antiguo idioma de la Iberia no habia dejado nunca de hablarse. Pero la principal causa de la degradacion del latin en el norte desde mediados del siglo octavo fué sin duda la miserable condición de los que lo hablaban. Habian huido de las ruinas del latinizado reino de los godos, acosados por la fulmi-

nante espada de los muslimes; y se encontraron apiñados entre las escarpadas cuestas de los montes de Vizcaya y Asturias. Privados de las instituciones sociales en que se habian criado, y que por deterioradas y ruinosas que estuviesen, representaban todavia, retuvieron hasta lo último toda la civilizacion que habia quedado en este misero pais; mezclados con una jente que hasta entónces habia sacudido poca parte de la barbarie que la hizo resistir con igual tenacidad a la invasion romana y a la de los godos; encerrados en un territorio demasiado estrecho para su número, demasiado áspero, demasiado pobre para suministrarles una tolerable subsistencia, parece que los cristianos refujiados en aquellas montañas se vieron reducidos desde luego a una condicion que distaba poco de la vida salvaje, y en que, por supuesto, no les era dado cuidarse de la pureza del idioma que hablaban. Ni fueron mucho mas favorables para este objeto las circunstancias en que luego se hallaron, cuando con el denuedo de la desesperacion comenzaron a recobrar su perdida patria. Estaban constantemente en armas, constantemente en los peligros y penalidades de una vida de combates y fatigas, amargada todavia mas y exasperada por odios intensos, nacionales y relijiosos. Así cuando avanzaban victoriosos hácia el sur y las costas, y entraban en comunicacion con aquellas poblaciones cristianas que habian quedado entre los moros, no podian ménos de sentirse a presencia de una culta civilizacion, mui superior a la suya.

«El resultado era inevitable. La mutacion que entónces experimentó su lengua, dependia de las circunstancias peculiares en que se hallaban. Asi como los godos, entre los siglos quinto y octavo, adoptaron un gran número de palabras latinas, porque el latin era la lengua de un pueblo mas intelectual y adelantado y con quien estaban intimamente mezclados, asi, y por las mismas causas, la nacion entera entre los siglos octavo y décimotercio, recibió de los árabes otra contribucion para su vocabulario, y se acomodó de una manera notable a la adelantada cultura de sus compatriotas meridionales y de los avasallados moros (1).

(1) ¿No podria decirse que los hechos que se comparan son mas bien contrarios que análogos? En el primero el latin vulgar, vehículo de la decaida cultura romana, prevalece sobre el idioma de los bárbaros, del que solo recibe cierto número de raices; en el segundo el lenguaje informe y rudo de los cristianos del norte, aquel mismo latin vulgar que habia sufrido una profunda dejeneracion, prevalece sobre el rico, culto y refinado idioma de sus civilizados hermanos del mediodia, y de los industriosos e ilustrados árabes, a quienes toma otro número de palabras. El caudal del *romance*, de la lengua adulterada de los *Romanos*, se aumenta con las contribuciones iberas, góticas, arábigas, que lo enri-

lectuales y prósperas que lo hablaban? En la lucha de dos pueblos no es la fortuna de las armas sino la superioridad de civilizacion y cultura lo que hace prevalecer un idioma. La lengua que los conquistadores romanos impusieron a las naciones del occidente, no pudo sobreponerse al griego de las muelles pero civilizadas provincias de la Europa oriental y del Asia. Las tribus jermánicas que conquistaron el imperio y modelaron en parte sus instituciones, vieron desaparecer poco a poco sus dialectos nativos, absorvidos por el idioma de los vencidos. ¿Qué tienen de franco o de gótico o de lombardo las lenguas del sur de la Europa? Algunos centenares de voces dispersas, que para conservar su aislada existencia han tenido que asimilarse a un organismo ajeno, tomando las formas, y prestándose a las combinaciones, orijinariamente latinas, de los varios romances.

Pero, ya que no pudo prevalecer el idioma, ¿no habria debido esperarse siquiera que el espíritu y jénio de los árabes se hubiera hecho sentir de un modo notable en la naciente poesía de los españoles? «No hai duda» (decia yo el año de 1834 en el número 195 del *Araucano)*, que mirada por encima la série de conquistas y revoluciones de que fué teatro la Península, todo pronosticaba una mezcla sensible, una preponderancia decidida de orientalismo en el jenio intelectual y moral de los españoles. Los árabes tuvieron sojuzgada por ocho siglos toda o gran porcion de España; y la tercera parte de ese tiempo habia bastado a los romanos para naturalizar allí su idioma, sus leyes, sus costumbres, su civilizacion, sus letras. Roma dió dos veces su relijion a la Península Ibérica. Juzgando por analojía, ¿no era de creer que la larga dominacion de los conquistadores mahometanos hubiese producido una metamorfósis semejante, y que encontrásemos ahora en España el árabe, el alcoran y el turbante, en vez de esas formas sociales latino jermánicas que apénas dejan percibir un lijero matiz oriental? Pero nunca están mas sujetos a error estos raciocinios *a priori* que cuando se aplican al mundo moral y político; donde, como en el físico, no es solo la naturaleza de los elementos, sino tambien su afinidad relativa, lo que determina el resultado de la agregacion y el carácter de los compuestos. Los elementos latino y arábigo se mezclaron intimamente; pero no se fundieron jamás el uno en el otro; un principio eterno de repulsion ajitaba la masa; y luego que dejaron de obrar las causas externas que los comprimian y los solicitaban a unirse, resurtieron con una fuerza proporcionada a la violencia que habian sufrido hasta entónces. La enerjía del espíritu relijioso de los restauradores, exaltada por una guerra desoladora, inextinguible, trasmitida de jeneracion a jeneracion por una larga série de siglos, espíritu de que participaban los españoles que bajo el yugo sarraceno guardaban la fé, y con

ella, y casi como una parte de ella, la lengua de sus mayores, fué talvez lo que salvó al romance. Por una parte el espíritu del cristianismo, por otra el de la caballería feudal, dieron el tono a las costumbres; y si las ciencias debieron algo a las sutiles especulaciones de los árabes, las buenas letras, desde la infancia del idioma hasta su virilidad, se mantuvieron constantemente libres de su influjo.

«Es cosa digna de notar que jamás ha sido la poesia de los castellanos tan simple, tan natural, tan desnuda de los atavios brillantes que caracterizan el gusto oriental, como en el tiempo en que eran mas íntimas las comunicaciones de los españoles y de los árabes; que los campeones alarbes no aparecen en los antiguos romances de los españoles, sino a la manera que los guerreros troyanos y persas en la poesia de los griegos, como enemigos, como tiranos advenizos que era necesario esterminar, y como materia de los triunfos de la patria: y que el abuso de los conceptos y de las metáforas, el estilo hiperbólico y pomposo, en una palabra, lo que se llama orientalismo, no infestó las obras españolas, sino largo tiempo despues de haber cesado toda comunicacion con los árabes; como que fué en realidad una produccion espontánea del occidente.»

En cuanto a la ausencia de todo resabio arábigo en la primera poesia narrativa de los españoles, creo que estói sustancialmente de acuerdo con el erudito y filosófico historiador norte-americano. Pero si los árabes no influyeron de un modo perceptible en aquella antiquísima poesia, ¿se deberá decir lo mismo de los otros pueblos con quienes la España romana estuvo en contacto? Mr. Ticknor reconoce la influencia provenzal en ciertas composiciones del jénero lírico; pero nada dice de la que tuvieron en la poesia narrativa, en la epopeya caballeresca, los trovadores franceses de la lengua de *Oui*, llamados propiamente *troveres*. Esta especie de poesia le parece haber sido una produccion espontánea, formada enteramente por el desenvolvimiento de fuerzas nativas, sin el concurso de ninguna ajencia estranjera. Yo he espresado años hace un juicio diverso. En el viejo *Poema del Cid*, muestra jenuina de la mas antigua epopeya caballeresca de los castellanos, y a que por tanto se referirán principalmente mis observaciones, se echa de ver a cada paso, que su autor, quien quiera que fuese, conoció la poesia de los troveres, y fué en parte inspirado por ella. Sin desconocer el espíritu nacional tan profunda y admirablemente estampado en esta preciosa antigualla, encuentro en sus formas externas, en su manera, hasta en sus locuciones y jiros, una afinidad evidente con los *Cantares de Gesta*, con los poemas caballerescos, que tanta boga tuvieron en Francia desde el siglo undécimo.

Desgraciadamente, para fundar esta asercion, me será pre-

ciso descender a menudencias que parecerán sin duda áridas y fastidiosas a la jeneralidad de los lectores. Pero hai materias en que las menudencias importan. La semejanza, por ejemplo, de las formas métricas, semejanza que es menester poner a la vista desmenuzando los elementos rítmicos, es una de las pruebas mas decisivas de la influencia de una escuela de poesia en otra. Me veré tambien en la necesidad de repetir a veces lo que he dicho en algunos de mis escritos anteriores sobre esta materia y sobre otras que tienen conexion con ella. Teniendo contra mí una autoridad tan respetable como la de Mr. Ticknor, debo hacer una reseña completa de mis pruebas.—*(Continuará.)*

ANDRES BELLO.

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

NOVELA ORIJINAL.

A Guillermo Matta:

Dedica este trabajo en prenda de sincera amistad, su afectísimo

Alberto Blest Gana.

Mayo de 1855.

I.

El 6 de enero de 1844, a las cinco y media de la mañana, envuelto en los pliegues de una gran capa y con una gorra sumida hasta las cejas, flotaba yo en uno de esos terribles vehículos que llamamos birlochos de posta, saliendo por la calle de San Diego con direccion al camino del sur. En aquel tiempo, es decir, diez años ha, la moda de emigrar al campo principiaba a jeneralizarse entre las clases acomodadas de nuestra capital: Peñaflor, San Antonio, el Algarrobo, el Monte, eran algunos de los puntos donde el calor o el capricho conducian a nuestras

familias santiaguinas, que a trueque de pasar el verano en el campo se resignaban heróicamente a las incomodidades que trae consigo un viaje en nuestro pais y a la absoluta carencia de comodidades que de ordinario reina en los puntos elejidos para paseos campestres. Esta moda, no llegada aun como hemos dicho a clasificarse entre las necesidades, era, sin embargo, bastante jeneral en aquellos años, para que cediendo a su influjo abandonasen los jóvenes las calles de nuestro soñoliento Santiago, para continuar esa eterna persecucion que emprende el hombre llevado por el iman de su corazon donde quiera que haya mujeres.

¡Vivir! amar! ¿no es este el programa del porvenir a veinte años? A la edad en que el corazon usurpa el dominio de la voluntad, cuando el alma, semejante a un valle que repite las voces de la naturaleza, devuelve su sonido a todo lo que habla de amor, cuando en torno nuestro todo, hasta la pena, respira poesía: correr tras una vision del cerebro, verla ajitarse en el horizonte, llegar para encontrarla desvanecida como esas nubes de la mañana que el fresco céfiro disipa, y divisarla de nuevo, mas bella, mas fantástica, más ilusoria ¿no es esa la fiebre de la juventud? los entusiastas embates del corazon? hasta que mas frios años, mas desengañadas impresiones, mas fastidiosas ideas se desploman sobre el alma cansada de correr tras un irrealizable devaneo? Llevados, pues, de ese incesante anhelo, que casi todos ven convertirse en nada, los jóvenes de Santiago, dejando las despobladas calles, se lanzaban tras sus deidades para continuar a la sombra del agreste follaje los dulces amores nacidos bajo la luz de la lámpara y un tanto contrariados por la incómoda etiqueta de los salones.

No era esto, empero, lo que me impelia a dejar tan de mañana mis viejos lares para emprender un viaje solitario sin mas emocion por el momento que el miedo de ver volcarse mi birlocho enviándome a rodar, envuelto en mi capa sobre las sucias piedras del infernal empedrado de la calle: no corria yo tras un ánjel terrestre ni me esponia a un golpe por recibir una dulce mirada de recompensa. El deseo de ver a un viejo amigo, de quien varias invitaciones habia recibido, y mas que todo, esa necesidad de locomocion que a veces se apodera del

hombre, eran los dos principales móviles que tenia para emprender un viaje a Rancagua.

Como he dicho, salia por la calle de San Diego con direccion al camino del sur. El sol que rayaba, disipando las nieblas de mi espíritu junto con las del alba, me comunicaba con sus tibios rayos el aliento que el frio de la mañana me robára. Pasando entónces a lo largo de la calle, busqué una distraccion en los disparatados letreros de las esquinas y ventas que por aquellos años principiaban a ostentarse sobre las paredes o en toscas y mal labradas tablas, escritos con arrogante menosprecio de nuestra ortografía, y amenizados con viñetas que jamas soñáran ni Johannot ni Bertall. Luego al atravesar la villa Alegre o de Belen, este receptáculo de las inmundicias santiaguinas, pensé en esa poblacion que principiaba a moverse como las abejas que comienzan su tarea, preguntándome, al contemplar aquella aglomeracion de ranchos viejos, destrozados e inmundos, si aquella poblacion, compuesta de peones honrados, de miserables familias, de bandidos holgazanes, de horribles mujeres, de sucios niños y de escuálidos perros no era una amenaza de epidemia colocada en las puertas de nuestra pobre capital. Al ver aquellos semblantes, casi todos con el sello de la mas pesada estupidez, contraida en una embriaguez consuetudinaria; al mirar aquellos tipos, mezcla chocante de español y de indíjena, donde el fisiolojista no alcanzaria a divisar una sola virtud, el menor signo de intelijencia, la mas lijera muestra de la esencia superior que Dios nos ha dado sobre los demas seres de la creacion: al contemplar todo esto, digo, pensé en nuestra orgullosa civilizacion que por ser artificial, concentra sus rayos y su calor en el foco que la sustenta, sin estender, como el sol su luz por todas partes fecundizando el suelo con su lumbre. Y despues al descubrir en aquella poblacion peor que salvaje, al ver en aquel recinto de beodos rateros y prostitutas, algunos de esos rostros de niña del campo, suaves y tiernos como los paisajes de nuestra naturaleza, frescos y rosados a despecho de las inclemencias del cielo, puros e intelijentes en medio de la corrupcion y estupidez; verdaderas perlas ocultas en un lodazal, pensé en la comunicacion de tan distintas personas, en el amor enfermizo y contrahecho que debia nacer en aquel paraje horrible,

diciéndome cuanto la caridad, la filantropia, el amor al prójimo, podian ejercer sus evanjélicas virtudes, hacer sentir su bienhechora influencia, en aquel confuso amalgama de vicios contajiosos y de virtudes desconocidas.

De cuando en cuando divisaba, entre las masas de proletarios, contemplando la salida del sol sobre su caballo, o sentado bajo alguna ramada, a uno de esos infelices que el pueblo llama «Pacos» condecorado entónces por el maligno populacho con el mas significativo apodo de «Asoleados;» pero que ántes y ahora se han granjeado la enemistad de las poblaciones que custodian por ese instinto de todo pueblo contra cualquiera espresion de la lei. Añadiendo a todo esto el discordante ruido de las carretas, las nubes de polvo que las tropas de mulas arrastran consigo, el llanto de los muchachos casi desnudos, el ahullido de los perros hambrientos, las descompasadas voces de los vendedores ambulantes de frutas y legumbres, vi que me hallaba en medio de un cuadro eminentemente característico, fecundo manantial de curiosos estudios, en el que algun venidero investigador hallará un precioso depósito de tipos y costumbres no esplotados aun en nuestra jóven existencia literaria.

Estos arrabales o basurales, si damos a las localidades el nombre que por su aspecto les conviene, circundan a la capital con su ancha faja de miserables ranchos donde van a albergarse las costumbres salvajes que la civilizacion arroja paulatinamente del seno de Santiago. Es la barbárie, luchando a porfia y cediendo el terreno al elemento civilizador que con cada nueva idea que cae estiende su circunferencia como las aguas de un estanque movidas por una piedra arrojada a su fondo.

Pasado que hube la villa de Belen, mis pulmones se ensancharon con placer al respirar el aire libre que venia del campo, vestido con la verde pompa del verano, cortado en distintas direcciones por hermosas alamedas, poblado de pacífias vacas, de alegres y bulliciosas aves. Todo ese lujo de la naturaleza, el encantado influjo del verdor de los prados sobre el alma ajitada del habitante de las ciudades, esa fiesta del aire, de las hojas, de las nubes y del sol, todo me produjo esa deliciosa alegria del que abandonando sus aspiraciones olvida el pasado y el porvenir. Nadie al salir al campo, despues de una larga ausencia ha dejado de

entonar, aunque no sea poeta, alguna oda mental por el estilo de la de Fr. Luis de Leon «Qué descansada vida» o el *beatus ille qui procul negotiis* del poeta latino. El campo es para todos un viejo amigo que siempre vemos con placer y al que confiamos las escenas de nuestra vida pasada, pues hallamos que rie complaciente al relato de una historia placentera o se reviste de sentimiento cuando le referimos nuestros pesares. La vida ordinaria, con sus cálculos, sus placeres finjidos, con sus dolores y decepciones, nos hace hasta cierto punto indiferentes a las galas de la naturaleza; mas siempre, al volverla a ver el corazon se lanza hácia ella con infantil entusiasmo: diriase que el alma vuelve a su patria abandonada y cada árbol que se mece al compas de los vientos, cada bosquecillo donde resuenan armoniosos conciertos, parece contarnos algun incidente feliz de nuestra niñez, la única edad en que el alma estando pura siente un placer indecible en comunicarse con el alma de los bosques.

Tal era la deliciosa impresion qne yo recibia al divisar los verdes paisajes que huian de mi vista, con sus festivos arbustos, sus chozas campestres, sus risueñas y cristalinas corrientes. Mis ojos los seguian con amor hasta perderlos en el horizonte enviándoles una mirada melancólica: el adios del alma a los objetos queridos.

Nada hai que nos invite tanto a la meditacion, que nos recoja en nosotros mismos concentrando nuestras ideas como el movimiento de un carruaje en su marcha: mi tránsito pues hasta Rancagua fué una de esas correrías que hacemos al tiempo pasado, viajes aéreos de donde siempre traemos melancolía y desaliento para el porvenir. Todo hombre es poeta cuando abandona su imajinacion a los dias que fueron: llegar como un viajero fatigado, llamando a las puertas de un mundo muerto ya; divisar a la brillante luz de los recuerdos los floridos campos de la infancia, revestirlos con tanta mas dulzura e inocencia cuanta es mayor la pena que nos abruma, sentarse al hogar paterno para escuchar las sabrosas historias de inocentes veladas, ver a lo léjos los sueños alados de la niñez, aspirar de nuevo el grato perfume de ese májico ramo de venturas que la esperanza nos brinda en las puertas de una juventud ensusiasta, llorar, pensando en los efectos que el destino nos arrebata para siempre, sentirse

asi, hombre, niño, adolescente, feliz y desgraciado a la vez ¿no es esta la fuente de la poesia de nuestra vida? no es esa la enervante sensacion que los llamados poetas alcanzan a espresar; pero que todos sienten algun dia?

Aquel viaje, emprendido casi sin objeto me abria tan vasto campo de olvidadas memorias que contra la jeneralidad de los viajeros, senti al divisar los tejados de la poblacion, como si me arrancasen de un hermoso sueño para ponerme enfrente a una realidad enojosa. Las viejas casas donde respira la monótona vida de las provincias, las paredes cubiertas con esos indescifrables jeroglíficos que los muchachos del pueblo se complacen en gravar por donde pasan, los grandes patios donde crecia el pasto como ostentando la feracidad de nuestro suelo, el aspecto de los provincianos, los rosados rebozos de castilla gallardamente estendidos sobre los mostradores de las esquinas al lado de algnnos mazos de tabaco Zaña, todas aquellas peculiaridades de las poblaciones pequeñas, selladas con la marca del provincialismo, estendieron en torno de mi alma la melancolia que debe sentir el que pisa el suelo del destierro con los palpitantes recuerdos de su pais natal.

A las cinco de la tarde bajaba yo de mi birlocho en casa del amigo de quien he hablado, el que vino a recibirme haciéndome una de esas cordiales acojidas capaces de borrar la mas desagradable impresion que pudiéramos llevar en el alma.

—Aquí me dijo Márcos (este era el nombre de mi huésped) llevamos una vida que VV. los santiaguinos no conocen ya, porque so pretesto de civilizacion desprecian nuestras buenas y añejas costumbres que han buscado un asilo en las provincias.

—Creo que mui pocos te envidiarian esa vida le dije.

—¡Tú la conoces y prefieres vivir en Santiago! me dijo él; ya se ve, nada hai escrito sobre gustos y estos cambian tanto segun las edades...., añadió como herido por algun recuerdo desagradable.

—Por mi parte no creo cambiar tan pronto.

—Ah, quién sabe, replicó Márcos. Yo prefiero nuestra vida casera, nuestras francas y sencillas amistades. Veamos ¿qué haces en Santiago? dijo poniéndose enfrente de mi y arrojando el humo de su cigarro con la destreza de un colejial: pasemos so-

bre las ocupaciones, la única diversion que por allá puede tranquilamente disfrutarse: en la noche te vistes y te vas a hacer una visita, oyes las noticias del dia que son las de ayer, las de la semana pasada; sabes que Fulana fué al teatro con un vestido blanco, miéntras que en la tarde habia lucido uno verde en la alameda; te cuentan rumores de un baile que don Zutano piensa dar cuando lleguen los muebles que encargó a Europa; oyes disertar sobre los jéneros llegados a tal tienda, conversas mil veces de asuntos que te fastidian y tienes que reirte de cosas que te dan ganas de bostezar. Por fin, los dueños de casa principian a saludarte durmiéndose, tomas tu sombrero y... buenas noches, hasta mañana; para comenzar de nuevo la misma danza. —¿I aquí? ¡qué variacion! qué movimiento!—Oh, aquí es mui distinto: se llega a cualquiera hora seguro de encontrar sino la incómoda etiqueta que llaman *buen tono*, al ménos la acojida de personas que te reciben como a un amigo con esa sonrisa que te dice: «está U. en su propia casa, y no «se halla U. en mi salon». El buen tono es una planta exótica que no puede brotar en nuestros suelos naturales, que no han recibido aun el abono del artificio. Llegas con tu sombrero de paja mas cómodo y ménos ridículo que el de pelo, te preocupas mui poco de tu frac, pues aquí las mujeres no han aprendido a rendir homenaje a la tijera de un sastre; hablas a tu gusto, te sientes libre, te acercas y conversas a tu antojo con la mujer que te agrada, no sufres la impertinente fatuidad de algun insolente que a fuer de rico te mira como protejiéndote desde la altura de sus pesetas. Nuestros salones, si así pueden llamarse, son una especie de república sencilla, donde de ordinario te admiten sin tasarte en el seno de una familia con tal que seas honrado; aquí no existen los patricios de sangre ni los aristocráticos de dinero. Ya ves que no habiendo lugar para herir el amor propio de nadie, se tienen elementos de felicidad, si ménos ruidosos que los de UU. mas fáciles de alcanzar y acaso de mas larga duracion.

—Mui bien, le dije, sonriéndome, veo que como un principiante en pintura, me muestras tu cuadro por donde la sombra oculta sus defectos: has salvado los escollos para mostrarte en campo raso: vamos, sé franco.

—Voi a ello me contestó mi detractor de la capital, paseándose a lo largo de la pieza. ¿Cuál es el gran argumento de los santiaguinos contra las provincias? preguntó, despues de una lijera pausa y volviéndose a parar delante de mí: los chismes, la falta de independencia en la vida doméstica: ¡hé! las heridas, amigo, deben considerarse, no por su número sino por su gravedad y el lugar donde se hacen; los comadrazgos entre nosotros son un pálido remedo de una buena y bien labrada maledicencia de las que corren entre UU. como noticia de incendio; aquí las reputaciones, la santidad de ciertos sentimientos no van a rodar por el barro arrojados desde un salon donde se toma el té, por la sencilla razon que en un pueblo pequeño casi todos, por sus relaciones, son solidarios de la conducta de los otros. La censura social no puede, entre jentes que viven sin emulacion, cobrar las proporciones epidémicas que alcanza en los puntos donde el hijo es la manzana de la discordia. Aquí no habiendo arena no hai fieras ni víctimas para divertir a la turba. No tenemos en nuestra sociedad el llamado elegante, leon o fashionable, especie de pavo real que por todo atractivo posee el vistoso plumaje que confecciona el sastre de voga: aquí ni se ha soñado en el fátuo, seductor de título, máquina de conquistas femeninas, y que al oirlo algun inocente, cuando refiere sus multiplicadas proezas, se pone a creer de mui buena fé que las mujeres todas son unas Mesalinas de buen tono, deseosas de someterse a su perfumado yugo. Estamos a mil leguas de poseer la mujer a la moda, creacion venida de allende los mares, importada por las novelas francesas; meteoro refuljente, propio para enamorar poetas de veinte años; bellas mariposas, que elevadas en alas de la hermosura y el amor propio creen revoletear a la luz de la admiracion y caen tostadas por la llama de la envidia: la mujer a la moda, amigo, es una criatura que huye los placeres del hogar doméstico, que renuncia al beso nocturno de sus hijos para lanzarse con asombroso entusiasmo en esa lucha que agota sus fuerzas morales sin que le quede ni una fresca y risueña memoria, ni un solo recuerdo casto en que reposarse en la vejez: no hablemos de las flores que al pasar agosta con su pié, de las silenciosas pasiones que pisotea con orgullo, de las pobres existencias de muchacho que nubla en su aurora; es-

tos son los arbustos que a orillas del torrente van cariñosos a besar su superficie, y se ven arrastrados hácia el mar por sus ondas impetuosas. Por otra parte, si nuestras mujeres son modestas, si no llevan en la frente la aureola del lujo, no inspiran en cambio esas pasiones especulativas que hacen nacer las grandes fortunas; si no gozan de grandes triunfos, no sufren tampoco la desgracia de tener asentada la cuota de su patrimonio en el rejistro de los mozos que desean, no casarse, sino buena y ventajosamente establecerse. Hai la diferencia de la vida privada a la vida pública, de la modestia a la ambicion, del callado hogar de una familia pobre al bullicioso estruendo de un sarao. Por mi parte prefiero las provincias; dijo, haciendo un movimiento de cabeza como una persona que se aplaude de su eleccion.

—Predicas admirablemente y te has vuelto un terrible filósofo, le dije cuando se hubo sentado; francamente yo te creia haciendo plata para venirte a Santiago.

—No, jamás he pensado en eso. Ven conmigo, añadió levantándose, vamos a gozar de la luna a la alameda.

Y ámbos nos pusimos en marcha.

Márcos era un jóven que habiéndose educado en el Instituto, y despues de haber vivido algunos años con la renta de un empleo y frecuentando la sociedad se habia retirado de Santiago para enterrarse, como decimos, en Rancagua, viviendo al lado de una hermana casada con un propietario del departamento. Muchos de sus amigos pretendian que unas calabazas (término consagrado y que no exije esplicacion) recibidas en su primer amor al salir del colejio, eran la causa que le habia hecho abandonar su empleo y despedirse de la capital. Contaban que cuando Márcos se creia el mas feliz de los hombres (estilo amoroso) otro candidato se habia presentado a la familia de la niña revestido con el irresistible título de hombre rico, y que el pobre empleado divisando entónces el reverso de la dorada medalla, habia renunciado a todo para irse al campo a cultivar sus cereales y su melancolía.

En 1844 Márcos contaba 27 años y una modesta fortuna de jóven trabajador que lo hacia uno de los mejores partidos de Rancagua. Sus facciones aunque bastante regulares no podian

granjearle el título de buen mozo: negros y abundantes cabellos limitaban una frente pequeña dándole ese aspecto de fria perseverancia que caracteriza a los hombres porfiados, sus ojos pardos nada decian, a no ser por el ceño de sus pobladas cejas que contribuian a marcar mas fuertemente el aspecto de porfía que reinaba en todo su semblante. Sus labios eran finos y sarcásticos. Toda su persona llevaba el sello de esos hombres indiferentes, pero que al menor choque moral que llegue al corazon se doblegan como el mas débil, acaso por esa misma indiferencia que los habitua a la tranquilidad del alma. De moderadas pasiones hasta entónces, Márcos poseia un jérmen de sensibilidad que desarrollado a tiempo y cultivado con destreza, debía tarde o temprano operar en él una de esas trasformaciones susceptibles de bellos y fecundos resultados. Era una de esas organizaciones comunes mui poco estudiadas por los moralistas: tímidas y feroces a la vez, indiferentes por cálculo y egoismo, que huyen las grandes pasiones, riéndose de ellas, cuando darian su vida por inspirarlas y sentirlas; y que no aparentan sin embargo ese afectado menosprecio por las mujeres que los misántropos de ahora quieren ostentar en su vida. Por lo demas llevado a la crítica por gusto, de franco carácter y voluntad independiente, alegre a veces, ácre y quejoso en otras ocasiones, tenia la suficiente agudeza de espíritu para agradar y la necesaria enerjía para vivir bien en las circunstancias ordinarias de la vida.

A las ocho de la noche nos hallábamos Márcos y yo sentados en uno de los bancos de la alameda de Rancagua, imitacion de la de Santiago, plantada a las puertas de la poblacion del lado del norte. La luna brillaba con la diáfana claridad que ostenta en nuestro pais, cuyo cielo limpio y apacible en las noches de estío merece tanto entusiasmo como el que anima a todos los viajeros por el cielo de Italia: la brisa tibia que templaba apénas el calor de la noche, mecía las hojas de los álamos haciéndolos producir ese dulce murmullo querido de los poetas. La quietud y soledad del lugar; el ruido del agua que corria cerca de nosotros; y las sombras de los álamos variables al capricho del viento, me habian hecho caer en una de esas meditaciones sin objeto que suben a la imajinacion desde ese fondo de melancolía

que todos tenemos en nuestro carácter. Márcos me sacó de aquel estado tomando la palabra con aquella verbosidad que le era natural.

—Aquí me vengo todas las noches, me dijo; y aunque mui ajeno de achaques poéticos, la luna y la soledad me hacen muchas veces pensar horas enteras: frecuentemente me he sorprendido diciéndome que yo podria haber abrazado otra vida que la que actualmente llevo: ademas no he nacido para la inaccion; así es que la tranquilidad de este lugar me abruma de tal modo que a no desear casarme estaria mui léjos de este pueblo.

—Tú casarte! le dije admirado; te creia mui distante de pensar en ello.

—Y por qué nó? esclamó él. Como te he dicho, me siento hastiado del jénero de vida que hasta aquí llevo en práctica, y principio a convencerme tambien que necesitamos de algun afecto sólido para calmar la inquietud que de ordinario nos trae preocupados y descontentos. Luego, te lo confesaré, en dias pasados me vino la fantasía de tener hijos: quiero darme esa satisfaccion y porsupuesto lejitima. Mis oidos necesitan oir llamarme «papá» ¿qué quieres? es un capricho, una verdadera debilidad.

—¿No es verdadero amor? le preguntó, viendo que solo me hacia a medias su confidencia.

—No; tengo por mi querida, o mas justamente hablando, mi elejida, un afecto duradero y tranquilo, cifrado sobre el alto aprecio que de sus prendas morales he formado. Esta noche la verás. No vayas a creer que siento por ella una de esas pasiones impetuosas, como dicen casi todos haber sentido en su vida; no, mi amor es dulce como su carácter. Elisa es una niña modesta, criada a la sombra de saludables principios, sin aspiraciones, sin envidia, dócil y obediente como una buena cristiana. Educada en Santiago, aprendió a tocar y bailar primorosamente; pero aquí solo a vivir haciendo frente a los afanes y necesidades de la vida, a ser dueño de casa en fin. Por esto puedes ver que es uno de esos tipos, perdidos casi en Santiago, donde las niñas lo aprenden todo, ménos aquello para lo cual han nacido. En provincia se cultivan aun los principios de economía doméstica con relacion a la fortuna de cada uno; mas no creas por esto que Elisa me traiga en dote una buena y gruesa ignorancia

ante la que se estrella todo esfuerzo; ha tomado de la educacion santiaguina lo mejor, apartando las frivolidades. A estas prendas debes añadir una figura, sino perfecta al ménos de bastante belleza para inspirar pasiones.

—Bravo, le dije, te has hecho un famoso panejirista y me permitirás tener mis dudas sobre la poca turbulencia de tu amor.

—No, me dijo Márcos, mas bien es aficion que lo que se llama amor, y voi a probártelo: tengo mis sospechas de que Elisa está enamorada de otro o al ménos cree estarlo. Temo que haya concebido por un jóven llamado Ismael S..... residente aquí mas de seis meses, una de esas pasiones contemplativas que se anidan a veces en el alma de ciertas niñas que han visto pocos hombres: a mi juicio es uno de esos caprichos femeninos nacidos en un corazon modesto, bajo la influencia del punto de vista en que las circunstancias colocan a algunos jóvenes. Estos amores, especies de plantas parásitas, se marchitan a la soledad cuando les falta el aire de la correspondencia, ese aliento vital que se comunican dos almas estrechamente unidas que resuenan en la misma gama de sentimiento. Confiado en este principio aguardo a que el capricho haya cesado, persuadido de que no puede por largo tiempo alimentarse por sí solo. Elisa viene casi todas las noches a casa de Clara mi hermana, traida allí por sus venerables padres que despues de la pasion por su hija tienen la manía de la malilla, pasion que en la vejez y en provincia llega a ser una necesidad indispensable a la vida. Miéntras juegan sus padres y mi cuñado, Elisa conversa con mi hermana. En la juventud las mujeres son altamente espansivas y las confidencias estrechan su intimidad con la rapidez del vapor, como diria un progresista: Clara es, pues, depositaria de los secretos de Elisa; de modo que yo he podido seguir los pasos de este amor, acompañándolo en todas las fases de su desarrollo. Elisa vió a Ismael en casa por la primera vez, donde habia venido despues de mil instancias de mi parte. Ismael es uno de esos hombres sombrios sin afectacion, tristes al parecer por naturaleza, que inspiran un profundo interes, sobre todo a las mujeres cuando poseen como él una figura interesantísima. No ha hablado con Elisa sino mui raras veces y siempre de asuntos insignificantes, y tuvo la orijinalidad de suspender sus visitas cuando creyó

notar el amor que habia inspirado: lo que me prueba que Elisa solo vive de esperanzas en la actualidad, y, como sabes, esta fruta se hace soberanamente insípida cuando no la acompaña ningun resultado. Si segun mis cálculos el amor se evapora por falta de pábulo, como parece natural, la ofreceré mi manó con la persuacion de unirme a una mujer que me hará feliz.

Media hora despues estábamos de vuelta en casa de Clara, la hermana de Márcos, y era yo introducido en una pieza donde se hallaban ya reunidas las personas de que me habia hablado mi amigo.—*(Continuará.)*

ALBERTO BLEST GANA.

APUNTES

DE UN

VIAJE AL SUR DE CHILE EN 1851.

Valdivia.

Dos cosas principalmente atraen la atencion del viajero que visita a Valdivia: la espléndida hermosura de sus rios y los sólidos y atrevidos trabajos de sus fuertes. En las riberas de aquellos campea la naturaleza con toda su lozania y su esplendor. Una multitud de árboles bellísimos sombrean las orillas de esos rios, hunden sus ramas en el agua y arrojan a la corriente sus flores y sus hojas. Con un clima ménos riguroso, con una poblacion mas activa y con sus hermosos y cristalinos rios, podria ser Valdivia la ciudad de los placeres, la morada del amor y de la poesia.

La ciudad de Valdivia, fundada por el conquistador de este nombre en el año de 1552, alcanzó en corto espacio de tiempo un lugar superior en el rango de las poblaciones españolas en el territorio chileno. Por su situacion era el fuerte avanzado de las posesiones del conquistador en el estremo meridional de Chile, y el centinela que detenia en aquella parte del territorio las atrevidas empresas de los araucanos.

Pero no era su importancia militar lo que daba a ese pueblo el esplendor y la riqueza que lo distinguian. Algunas leguas al noroeste se levantaba una pequeña ciudad bajo la tutela de Val-

divia. Aquella poblacion apellidada Villarica, anunciaba con su nombre los tesoros que encerraban sus tierras. Valdivia la enviaba jefes valientes que la gobernasen, soldados que la defendiesen de los ataques del salvaje y relijiosos que mantuviesen el esplendor del culto católico y que alzasen en sus campiñas la cruz del Cristo; pero en cambio recibia de su pupila cuantiosas remesas del oro purisimo que criaban sus montañas.

La esplotacion de los lavaderos de Villarica atrajo a Valdivia una multitud de negociantes y de aventureros ávidos de riquezas. Espaciosos y poblados conventos se mantenian lujosamente en esa poblacion; lo que era la mejor prueba del adelanto y riqueza de las ciudades en esos remotos tiempos. El gobierno español dotó a Valdivia con una casa de amonedacion en atencion a las inmensas cantidades de oro que allí se reunian, y la guarnicion mas numerosa y los soldados mas esforzados estaban siempre destinados a conservar y defender aquella plaza. Era, pues, aquella parte de Chile un tesoro que el conquistador cuidaba con la solicitud de un avaro.

El 24 de noviembre del año de 1600 la ciudad de Valdivia sufrió la suerte de las otras posesiones españolas en el estado araucano. Asaltada por los salvajes al mando del toqui Paillamacu, fué reducida a ruinas, bajo las cuales sepultóse la mayor parte de su poblacion. La historia nos cuenta que las hordas araucanas hicieron en aquella plaza un botin de mas de dos millones de pesos.

Rehabilitados de esos desastres los españoles cifraron su interes en repoblar a Valdivia. La ciudad renació al ruido de los combates dados en sus alrededores; y mientras los españoles pudieron mantenerse en posesion de Villarica y esplotar los tesoros ocultos en sus montañas, Valdivia se conservó espléndida y brillante como la reina de aquellos lugares.

Pero cuando las lanzas auracanas arrojaron a la raza española de los campos de Villarica, y cegaron a la avaricia del conquistador las fuentes de sus lavaderos de oro, Valdivia perdió el brillo de su poder y el atractivo que llamaba a su seno una poblacion emprendedora. Desde entónces se limitó a encerrar en su recinto la guarnicion que la defendia de los salvajes; se redujo su pregonada riqueza a los doblones que la enviaba la capital para sueldos de sus defensores y apareció humillada, sin la esperanza de reconquistar su cetro y su corona.

Cuando comenzaba a olvidar los desastres de la guerra, haciendo desaparecer los escombros de su ruina, se presentaron cinco bajeles holandeses en las costas de Arauco. Las pregonadas riquezas de Chile exitaban la codicia del estranjero, y esta tentativa era una prueba del interes que les inspiraba esta posesion española.

Los holandeses trataron de apoderarse del Corral como el puerto en donde el desembarco era mas fácil y como la llave de Valdivia; esa ciudad con la fama de ser el depósito del oro que producian los lavaderos de Villarica. La escuadrilla holandesa hubiera probablemente puesto la bandera de su nacion sobre los cerros de Valdivia; pero el occéano se empeñó en guardar la posesion española. Una furiosa tempestad separó los bajeles amenazadores, y algunos de ellos estuvieron a punto de estrellarse contra las rocas del Morro Gonzalo. Miéntras tanto el gobernador español encargado de la custodia del puerto, unia sus esfuerzos a los del mar para desbaratar la empresa de los piratas holandeses. Estos viéronse al fin forzados a abandonar la bahia, no sin haber perdido las lanchas y los hombres que intentaron el desembarque.

Esta piratería de la Holanda y algunas otras de la marina inglesa combatidas tambien por la violencia de aquellos mares, inspiró a los españoles la idea de fortificar el puerto del Corral como la entrada de Valdivia y como la única bahia de fácil acceso en esas costas. La idea fué puesta en obra con la enerjia que caracterizaba a los españoles de esa época; se destinaron fuertes sumas para llevarla a cabo y poco tiempo despues cinco jigantes de piedra y de ladrillo cerraban la entrada de Valdivia a las naves estranjeras.

Estas fortalezas se concluyeron en el último tercio del siglo XVII, y recibieron los nombres de Nieblas, Cruces, Amargos, Corral y San Cárlos. De estas solo dos quedan en pié. Las otras se han desmoronado bajo la mano del tiempo y apénas se conservan hoi los vestijios de su existencia.

El Corral y el Nieblas ostentan aun sus gruesas murallas, atestiguando el poder y la enerjia de aquellos españoles, y desafiando al tiempo con su solidez formidable.

El castillo de Nieblas es la obra mas atrevida que nos ha dejado el conquistador. Para formarlo han comenzado por tajar un alto cerro de piedra viva situado a orillas del mar. En las hondonadas formadas por las escavaciones se trazaron las plazoletas y calles del fuerte. De la piedra estraida se elevaron las murallas que lo rodean y amparan, y los edificios necesarios para la guarnicion. El material usado para afianzar unas a otras las piedras empleadas en esa obra, fué la mezcla de cal y arena; pero trabajada con tal habilidad que aun se conservan en el recinto restos sobrantes de esa mezcla, endurecida por los años y aventajando en solidez a la mas dura piedra. Edificóse en el interior de esta fortaleza una capilla. Segun las vagas noticias que tomé en Valdivia este edificio fué mui posterior a la obra del fuerte, y así no quedan hoi de él mas que los escombros.

Puede decirse propiamente que el cerro de piedras sobre el cual está sentado el Nieblas, ha sido calado como un trozo de madera para trazar la fortaleza. Las olas del mar baten sus costados por el oriente, por el occidente y el sur: hácia el norte está ligado con una espesísima montaña, cuyo fragoso camino comunica a la ciudad con el fuerte.

El Corral es la fortaleza rival del Nieblas. Hai en sus trabajos mas arte, mas propiedad si se quiere; pero no se admira en ellas la poderosa voluntad de los hombres que dominaban los mayores estorbos de la naturaleza a fin de conservar su poder.

Una espesa muralla de ladrillo unido con la mezcla de cal y arena, sirve de reparo al Corral. Las arenas del mar, a cuya orilla está situado, se amontonan a su pié y apoya su espalda contra un cerro tajado a pico. La muralla esterior que lo circunvala forma una especie de ángulo abierto y mide hasta sesenta pies de altura. Dos torreoncillos la coronan, desde los cuales se estiende la vista a mucha distancia sobre el mar, y sirvieron seguramente de atalayas a los centinelas del fuerte. En el interior se edificaron espaciosas habitaciones con el objeto de abrigar la guarnicion y para depósitos de los vastos pertrechos de guerra necesarios para la defensa del formidable castillo.

El Corral cruza sus fuegos con el Nieblas, y ámbas fortalezas dominan y cierran la entrada de la bahia.

En derredor del Corral se ha creado con los años una pequeña poblacion compuesta en su mayor parte de las jentes de mar, empleadas en la capitanía de aquel puerto. Pero ni el aspecto risueño de las casuchas que lo rodean, ni el movimiento y alegria de aquellas jentes, hacen cambiar al jigante su fisonomía adusta y amenazadora.

La vista de esas obras monumentales, el aspecto sombrío de sus murallas y el zumbido de los vientos que azotan constantemente las aguas de aquella bahia, imprime en el alma del viajero un solemne recojimiento que lo transporta a la época de la conquista. La imajinacion puebla fácilmente esos lugares con los hombres y los objetos de aquel tiempo heróico. Sobre esas formidables murallas se divisa flotar la bandera española; por entre las grietas del muro brillan las armaduras de los guerreros, en el torreon aparece el centinela inmóvil, asomando el mosquete por la ventanilla que le muestra al enemigo, y al traves de las troneras se asoman los cañones como ojos terribles que fijan sus miradas amenazantes sobre los que osen encarárseles.

La enerjia y el poder de la raza española (en aquellos tiempos) se revela a la vista de esas obras. ¿Qué habrian llegado a ser las colonias españolas si sus conquistadores hubiesen gastado sus tesoros y empleado su enerjia y actividad en obras de interes comun, en monumentos útiles a la industria y a la humanidad?

¿A qué altura habrian llegado estos pueblos, si en lugar de gastarse el tiempo, el dinero y las fuerzas del hombre en formidables castillos y en una guerra aventurada y tenaz, se hubiera dedicado el conquistador a cultivar y adelantar el terreno pacíficamente poseido? En presencia de los monumentos del poder español se admira la grandeza de esos conquistadores como guerreros, pero se les culpa como colonizadores. Cuidaron mas de afianzar sus conquistas por la fuerza de las armas y por el influjo del terror, que por el halago del bienestar material y por los encantos de la civilizacion. Por eso nos legaron el atraso y las preocupaciones; por eso las repúblicas Sud-Americanas tienen tanto que luchar todavia para lanzarse en el camino de la reforma y de la libertad.

Por desgracia no son esos monumentos de guerra los únicos vestijios que nos quedan del poder español. Aun conservamos sus embrolladas y restrictivas leyes; aun viven sus ideas y principios en ese círculo que se condecora con llamarse pelucon y que por fatalidad tiene aun poder y lo emplea para hacer el mal. La revolucion y el tiempo han sido hasta hoi impotentes. Los odiosos vestijios de la colonia resisten aún al uno y a la otra.

Quiera Dios que no esté distante el dia en que se destruyan los sombrios monumentos de la guerra para reemplazarlos con el taller de la industria, y en que la revolucion en las ideas despedace los códigos del absolutismo para basar nuestras instituciones y leyes en la libertad y la tolerancia.

A la vista de los resultados de la dominacion española, es hasta cierto punto justificable el odio con que los sur-americanos hemos mirado a los hombres de nuestra sangre, a los que trasplantaron en estos paises la relijion del Cristo y la hidalga raza española.

Dominado por las impresiones sentidas en presencia de las antiguas fortalezas, entré en el rio de Valdivia, cuyas aguas debian conducirme a la ciudad que le da nombre. La *Golondrina*, pequeña goleta en que hacia mi viaje, cortaba con violencia la corriente del rio impulsada por la creciente del mar. El Valdivia, llamado tambien el Calle-calle, de mansa y cristalina corriente, se desliza encajonado entre pequeños lomajes, cuyas arboledas vienen a reflejarse en sus aguas y a arrojar sobre ellas gratas sombras. La naturaleza domina en aquellas riberas con todo su esplendor salvaje. Es raro ver allí la mano del hombre. En las nueve millas que se cuentan desde el puerto a la ciudad, se divisan apénas cuatro o seis habitaciones de alemanes, cuyo terreno ha sido penosamente conquistado a los robustos árboles.

El viento y la marea condujeron a la *Golondrina* en corto tiempo a la vista de la ciudad. Aquella poblacion que lleva el nombre del mas ilustre de los conquistadores de Chile, aparece con

aspecto de estrema pobreza. Sus edificios se levantan mezquinos y raquíticos al lado de las altas y densas arboledas que los circundan; verdad es que no hai uno solo que pueda llamar la atencion. Por lo regular aquellas habitaciones de madera, construidas sin gusto ni arte alguno, representan la indolencia de sus habitantes. Los techos y murallas conservan jeneralmente el color sombrio que toma la madera espuesta a la intemperie; lo que aumenta mucho la fisonomia triste y desaliñada con que se presenta la ciudad.

El pasado esplendor de Valdivia lo atestiguan únicamente sus fortalezas y las ruinas de algunos de sus grandes edificios del siglo diez y siete. Al oriente de la poblacion y a orillas del rio se levantan hoi pequeñas colinas formadas por los escombros de un templo de la merced: a juzgar por los restos aquel edificio, debió ser de gran magnitud. En esas ruinas cubiertas hoi de yerbas, arraigan multitud de manzanos, y una que otra miserable habitacion ha venido a ocupar el sitio del antiguo templo.

La poblacion valdiviana que poco tiempo ántes de ahora estaba completamente entregada a la pereza, comienza a presentar aspecto de actividad. Los alemanes van introduciendo en aquella poblacion el movimiento de la industria y del trabajo; y grandes ventajas reportará esa provincia, si esos europeos hallan en ella los estímulos que necesita el hombre industrioso.

En la época en que visité esa provincia habia un empeño decidido en probar que los terrenos de Valdivia eran tan feraces como los que más para el cultivo de los granos de jeneral consumo, como el trigo, el maiz, etc. Entiendo que de esa manera se pretendia atraer mas fácilmente la colonizacion. Los resultados de esa manera de obrar fueron fatales: los colonos llegaban llenos de perspectivas risueñas y con la seguridad de hallar terrenos limpios y feraces que cultivar: en poco tiempo de prueba recibian duros desengaños, y regularmente, o abandonaban a Valdivia o se contraian a ejercer allí industrias que ni les daban para vivir, ni dejaban ventajas a la provincia.

Los terrenos de Valdivia pacíficamente ocupados, no son, pues, como jeneralmente se cree, manantiales de riqueza para la agricultura. Aquel suelo que sustenta tantos y tan robustos árboles es débil e ingrato para el desarrollo de granos.

Todos los terrenos sujetos en aquella provincia a la jurisdiccion del Gobierno de Chile pueden clasificarse en estas tres divisiones:

Los hualves: terrenos fangosos o médanos.

Los huapis: cortas estensiones planas a las riberas de los rios.

Las lomas.

Los primeros son de todo punto inútiles para el cultivo. En una rejion tan lluviosa como aquella, seria mui difícil enjutar esos

terrenos hasta dejarlos en disposicion de recibir y fecundizar las semillas.

Los segundos son las angostas fajas contenidas entre los rios y las lomas. Indudablemente es este el terreno mas fecundo en aquellos lugares; pero durante ocho meses del año permanece bajo las aguas en la creciente de los rios y a consecuencia de las lluvias.

Las lomas, mas o ménos elevadas, constituyen, propiamente hablando, casi todo el territorio de Valdivia sujeto a las autoridades chilenas. La mayor parte de esas lomas están cubiertas de espesísima montaña, de manera que conquistar el terreno a las raices y a los troncos de árboles es obra que demanda gastos tal vez superiores al mayor precio en que pueden avaluarse esas tierras.

La parte de aquella provincia conocida con el nombre de los Llanos no es otra cosa que una estensa sucesion de lomas limpias de montañas; pero no ofrecen grandes ventajas al sembrado de granos por estar formadas de tierra colorada, que, a juicio de los intelijentes, es poco a propósito para el desarrollo de los cereales y otros granos de jeneral consumo.

Aparte de estos inconvenientes con que se estrella en Valdivia la industria agrícola, hai en esa provincia veneros inagotables de riqueza que podrian ser fácilmente esplotados por la colonia alemana.

Desde luego era urjente que el gobierno impulsase la movilidad de la colonia, proporcionándola los medios necesarios para derramarse en la provincia, estableciéndose en todos los departamentos que la componen.

La introducion de buenas semillas para las siembras es otro de los puntos principales a que debe atender el gobierno. Si las tierras de Valdivia no son las mas fecundas para producir el trigo, tienen al ménos la fuerza necesaria para desarrollar esta semilla, multiplicándola lo suficiente para la cómoda subsistencia de los que la siembran. En Osorno y la Union una fanega de trigo rinde doce de cosecha; pero la harina que produce se resiente en el color y en el sabor de la mala semilla que se usa.

El lino es una de las producciones de Valdivia que ofrece inmensas ventajas a la industria que lo esplote. Los alemanes podrán fácilmente beneficiarlo, sin que para ello necesiten cuantiosos capitales. Una compañía de lineros habia llegado a Valdivia; pero aun no habia principiado sus tareas. El gobierno deberia de algun modo ponerla en camino y no dejarla entregada a sus propias fuerzas.

El corte de maderas es el principal trabajo a que debe consagrarse la colonia. En la actualidad es difícil y costosísimo acarrear desde el interior de las montañas a los lugares de embar-

que el pellin y el alerce que son las maderas mas apreciadas. El ultimo de estos árboles se encuentra únicamente en lo mas espeso de las montañas, de donde no es fácil estraerlo sin gran costo, a causa de las dificultades del terreno. Será, pues, necesario que el gobierno se empeñe en facilitar los medios de comunicacion entre las montañas y el mar; y no es tan dificil trazar caminos por donde pueden ser conducidas las maderas cortadas. Algunas personas conocedoras de esos lugares creen que podrian a poca costa abrirse caminos que comunicasen las montañas del Corral con el puerto de este nombre; y es sabido que el interior de estas montañas está cubierto de ricas maderas de construccion.

Tambien pequeñas embarcaciones de vapor en el rio Bueno abririan a la industria esas montañas virjenes, en donde el alerce y el pellin ocultan a la luz del sol la tierra que los sustenta.

EUSEBIO LILLO.

LAS OLAS.

FRAGMENTO.

—

I.

Ya de España las auras no os rizan
con blando suspiro,
leves olas que en fácil impulso
llevais mi navío.

Ya os levantan, y mecen lijeras
del Este las brisas;
cuánto al verlas se goza y conmueve
el alma aflijida!

Ya rocíen mi frente ardorosa
sus vagas espumas,
ya en horrible tormenta irritadas
azótenme turbias.

No las veis! la borrasca se acerca,
ya el sol se ha escondido,
como se hinchan, y hierven, y se alzan
con ronco jemido.

De la negra tormenta rujiente
responden al trueno,
y del récio huracan azotadas
escalan el cielo!

Ya en pirámides mil jigantescas,
que el rayo corona:
ya en diluvio de espumas deshechas
inundan la atmósfera.

Ya cercados de sierras de nieve
son valles sombríos:
ya rujiendo se mecen al borde
de inmensos abismos.

Ya bañadas del rojo relámpago
con ímpetu suben,
cual jigantes, montañas, ciudades
de vívida lumbre!

II.

No las veis! ya limpiaron los vientos
el negro horizonte;
brilla el sol, y la mar fatigada
tendida quedóse!

Con suspiros de amantes ausentes
las olas se buscan,
y confunden en lánguido abrazo
sus blancas espumas!

Que jimiendo con dulces arrullos
se besan las olas,
y las unas galanas se elevan
por ver a las otras.

Unas a otras con tiernos acentos
amantes se llaman,
y unas a otras con tierno murmullo
responden lejanas.

Cuando alguna sin níveo penacho
levanta la frente,
al mirar a las otras tan bellas
humilde se tiende.

Ya se empujan por ver una de ellas
formarse galana,
llegan todas y alzándola en medio
por reina la aclaman.

De su espuma tendiendo las redes
la rinden tributo,
y campeando la reina en sus mares
la llevan en triunfo!

Ya su manto de reina salpican,
besándola al paso,
de diamantes, y perlas, y aljófar
con ricos penachos.

Si del sol cruza alguna bañada
cual limpio diamante,
a servirla de espejo galano
se pone delante.

Y entre corvos racimos de perlas
que forman mil arcos,
vanidosa con pompa de reina
se va contemplando.

Y si alguna de envidia inclemente
la quiebra su espejo,
a su paso tendiéndola airada......
perdónala luego.

Y de heraldo llevándola entonces
su arrojo castiga,
nuevo espejo donde ella en venganza
triunfante se mira.

Su diadema levanta orgullosa
de azul, verde y plata,
leve encaje su manto de espuma
flotando a la espalda.

Cortesanas sus ricas diademas
la ofrecen mil ondas,
y del peso rendida sepulta
la réjia corona!

Y esparcidas sus leves espumas
jimiendo se tiende;
sus despojos las olas llevando
lejanas se pierden.

Tal rendida de tantas coronas
dobló la cabeza
Roma altiva, y sus réjios despojos
mil pueblos se llevan!

III.

Cuál me aduerme, y arrulla, y encanta
su vaga armonía!
son amantes que lloran sus penas,
que ausentes suspiran!

Ya es el leve rumor de la selva
que vaga entre aromas;
ya es el récio huracan que zumbando
los bosques azota.

Ya es arroyo que humilde susurra,
ya fuente lejana,
ya del alto soberbio torrente
sonora cascada.

Ya es la llama voraz del incendio
que llena el espacio,
ya del pueblo que clama en tumulto
el eco lejano.

Ya arrastrado del noto en las selvas
el seco follaje,
ya palomas que parten del nido
rompiendo el ramaje!

De las mieses granadas que ondulan
el seco ruido,
del querube de amor que adoramos
crujiente vestido.

Ya espirante de pena o de gozo
jemido del alma,
ya flotantes meciendo a la vírjen
de un ánjel las alas.

Cuando enmedio la noche tranquila
levántase alguna,
y se va solitaria jimiendo
envuelta en su espuma,

Me parece la vírjen velada
que corre a la selva,
a exhalar en lo oscuro amorosa
su tímida queja.

Ya es al alma su arrullo espirante
mas dulce, mas triste
que de Safo los últimos ecos,
que aun guarda y repite.

Siempre, siempre jimiendo intranquilas!
son quejas o súplicas?
O en vosotras acaso los mundos
sus ayes sepultan?

Os envia sus quejas el orbe
del viento en las alas,
y elevais con amor a los cielos
su eterna plegaria?

IV.

Olas bellas que el mundo cruzásteis,
tambien de vosotras
hai algunas que ostentan mil hechos
y hazañas gloriosas.

No veis una que sigue constante
del barco la huella?
Pues anoche contóme su historia
quejándose tierna:

Suspirando miraba en su espuma
dos lindos luceros,
de unos ojos que el alma idolatra
el mas fiel remedo.

Tú suspiras, me dijo, y tus ojos
aun mas que yo amarga,
en mi espuma vertieron ha poco
ardiente una lágrima.

Yo te sigo, pues soi compañera
constante del triste;
por mis valles azules voi siempre
buscando al que jime;

Mis espumas benditas mecieron
el arca sagrada,
y llevé de Cortés y Pizarro
las naves ufanas.

Incendiando Cortés sus bajeles
dos mundos le admiran!

Recojí sus postreros reflejos,
guardé sus cenizas!

Yo conduje a Colon, que otro mundo
dió altivo a su patria,
y al volver entre grillos jimiendo
su pena arrullaba.

Yo no soi inconstante cual otras
que halagan sumisas,
y enojadas, las naves hermosas
sepultan impías.

Yo no me alzo cual otras soberbias
espejos del alba,
a teñir mis rizadas espumas
de verde, oro y grana.

Yo en el fondo me aduermo de dia,
las Hadas me arrullan:
de la noche suspiro amoroso
me asomo a la luna.

Boga, boga; mi espuma te lleva,
te aduerme mi arrullo
con su encanto, y amantes delicias
te aguarda otro mundo.

Yo te sigo, pues soi compañera
constante del triste;
por mis valles azules voi siempre
buscando al que jime.

Golfo de las Damas, Marzo 1853.

EDUARDO ASQUERINO.

REVISTA DE SANTIAGO.

SANTIAGO, JUNIO 1.° DE 1855.

La tercera reaparicion de la *Revista de Santiago*, eco de la literatura nacional en dos épocas ya pasadas, será para algunos un anacronismo, y para aquellos que buscan la novedad en los títulos, un motivo de desconfianza o desagrado. Nada es mas fácil de explicar sin embargo. Queriendo los Redactores, no sorprender con pomposas carátulas, si no allegar en lo que sea posible a todos nuestros escritores a un punto conocido, alejando de esa manera todo lo que pudiera haber de egoista o de pretensioso, han aceptado el nombre de un periódico cuyas columnas han rejistrado mas de una vez los de nuestros mas aventajados literatos. Casi todos los que han escrito en las dos épocas anteriores, los mismos que la crearon y los que la hicieron renacer, vendrán a acompañar y a dar el alimento de sus ideas, a la que fué propagadora de ellas en tiempos anteriores. Algunos faltan.... Proscriptos de esta vida, obtienen en otra las felicidades que aqui solo debemos presentir; los goces incompletos que amamos con pasion y que solo allí son tranquilos y perfectos.

Los Blest, Irisarri, Santamaria, Lillo, Vargas Fuentecilla, González y otros, sostienen a la resucitada en sus primeros pasos; y la colaboracion de los señores don Andres Bello, Lastarria, Sanfuentes, Francisco Marin, los Amunátegui, Barros Arana, unida a los esfuerzos de aquellos, harán de la *Revista*, el representante de la intelijencia y el guardian de nuestra naciente literatura. Los Redactores tambien aguardan algo de los talentos que comienzan; esas obras de la juventud, se iluminan con el fuego sagrado, y si no carecen de faltas, tienen ese celaje que deslumbra y que atrae; brillo májico que tan pronto se oscurece!

En las dos épocas anteriores, la *Revista* ha muerto de la tisis de los periódicos; carencia de suscripcion. Nosotros contamos con fondos suficientes para sostenerla, aun sin el socorro de aquella, y creemos que mantenedores bizarros de este palenque, sabremos afrontar el peligro. Será vanidad? Quizás pero si la supersticion puede parir a veces a la verdad, nosotros que creemos un poco en las coincidencias, no dudamos casi del éxito. En nuestras listas de suscripcion ha sido una señorita la primera que ha hecho inscribir su nombre, y el nombre de una niña es siempre de buen agüero!.... Hombres de la prosa y del mostrador, vuéstra intelijencia desgreñada, vuestro corazon vacio, no vivirian mas satisfechos, no sentirian con mas pureza, si se dirijiesen a otra ocupacion mas séria, a otro deseo mas humano, que a la ocupacion de la chismografía, que al deséo de la vanidad? En vez de ocuparos del prójimo, ocupaos en hacer el estudio de vuestras inclinaciones, para que tiendan, apoyadas con buenas lecturas, ya a vuestra armonia interior, que es la felicidad individual, ya a la armonia esterna, que es la felicidad de todos.

Bibliografía.—*Curso Elemental de Fisiolojia, adaptado al uso de la escuela chilena, por Vicente A. Padin, miembro de la facultad de medicina de la Universidad de Chile y profesor de anatomia y fisiolojia en el Instituto Nacional.*—Esta obra ha venido a llenar un vacio en la enseñanza de esta ciencia, la cual, como dice el autor en su prólogo, carecia de un texto elemental. Poco competentes para juzgar de dicha obra, desde las alturas de una ciencia para nosotros en estado apénas de nocion, nos limitaremos a hacer algunas observaciones, dirijidas unas a las miras jenerales que abarca la obra, su estilo, etc., y otras a la manera de presentar ciertas verdades para nosotros evidentes y por supuesto distintamente consideradas.

La Fisiolojia es un ramo de las ciencias naturales, que tiene por objeto el estudio de la vida y de la manifestacion de sus fenómenos. Todo lo que la naturaleza nos presenta animado, en todo lo que nos muestra el desarrollo de una existencia, allí penetra la Fisiolojia para explicar la progresion gradual de las fuer-

zas vitales, para descubrir las afinidades misteriosas, y resolver el problema de la naturaleza y de la vida en su infinito desarrollo. Esta es la definicion de la ciencia que, aplicada a los vejetales, se llama Fitografia o Fisiolojia vejetal; a los animales Fisiolojia comparada, y al hombre Fisiolojia humana. El señor Padin, entra definiendo la Fisiolojía y dice que es el *estudio de las funciones del cuerpo.* A nuestro modo de pensar, y definiendo la ciencia como la hemos definido arriba, esa definicion aparece como inexacta. Acaso ¿pensará el autor que el *estudio de las funciones del cuerpo*, es decir, del enlace armónico del organismo animal, es la única conquista de la ciencia? No entrará como principal objeto de ella tambien, el estudio y el conocimiento de ese organismo moral que considerado en sus relaciones externas, impulsa al organismo animal, lo levanta consigo, lo ilumina; y alma, naturaleza espiritual, o sustancia jeneradora, obra sobre la materia sin necesidad de resortes mecánicos?

Otra de las aserciones en que tambien estamos discordes con el autor es la en que hablando de la formacion del lenguaje, dice asi: «La voz inarticulada debió ser el primer lenguaje con que el hombre espresaba sus dolores y necesidades; la articulada es el lenguaje convencional, etc.» Confesamos francamente que no entendemos lo que el autor ha querido decir en este párrafo. Querrá decir que el primer lenguaje del hombre ha sido nada mas que el sonido del aire al pasar por la larinje? y entónces sin articulacion como habria llegado a pronunciarse? O talvez querrá decir que solo fueron esclamaciones producidas por la respiracion o aspiracion, y las cuales indicaban el estado del alma? Aunque tengamos opiniones mui respetables en contrario, nosotros creemos que la idea, su concepcion y la palabra, han sido simultáneas. La sensacion y la percepcion sucediéndose y enjendrando a la idea, traen consigo su verdadera expresion. Si hai pobreza de ideas, hai tambien pobreza de espresion. A donde la libertad de pensar, que es la especulacion de las ideas, está comprimida, el lenguaje decae y se inmoviliza o retrocede. El hombre, a medida que va descubriendo nuevos infinitos en la inmensidad de sus conocimientos, va asimilándose nuevas fuerzas que lo conducen a la esplotacion de nuevas ideas, y a las cuales segun van apareciendo dá o la vaga significacion o la imájen característica. Los labios y la lengua, con sus rápidos y fáciles movimientos que ensanchan o cortan el aire se prestan a las modificaciones mas inesperadas y a las modulaciones mas extrañas. No sabemos porqué, teniendo estos mismos instrumentos a su disposicion dejaria de encontrar el hombre la manera de emplearlos: mucho mas notando que cuando cerraba la boca desaparecia el sonido y que reaparecia despues a medida que la abria. Para creer que la lengua primitiva fué solo la inarticulada seria

necesario creer que los hombres que la hablaban tenian la boca abierta siempre como unos *papamoscas*.

No entraremos a examinar otras aserciones del libro del señor Padin, porque nos confesamos completamente ignorantes en la materia. Las pocas ideas que hemos desarrollado son solo el fruto de reflexiones aisladas, que quizá no tienen la madurez que la ciencia requiere. Apuntaremos algo sobre el estilo de la obra y sobre su trabajo material. En jeneral, el estilo es correcto y tan claro como una obra elemental lo exije; talvez reprochariamos una que otra frase poco fluida, una que otra palabra *un si es no es* grosera y cuyo empleo no era una necesidad, habiendo otras mas recibidas y que expresan lo mismo; pero esa auptosia de las obras nos parece a mas de odiosa, intolerante. Por qué no hemos de dejar libre a cada uno de vestir a sus hijos como mejor le cuadre? Ademas los escritores tienen prediléccion por ciertas palabras, como algunos maniáticos por los malos olores. Pero no concluiremos, sin aclarar la fé de bautismo de un hombre, que por ser tan conocido, hallará muchos que reclamen por él. Al concluir su libro y al enumerar las diversas teorías sobre el fenómeno de la jeneracion, el señor Padin cita la de Aristóteles; y creyendo quizá que el gran filósofo no podia ser el mismo gran naturalista, el gran astrónomo y el gran médico, traducieudo del frances escribe *Aristoto*. La internacion de galicismos tan innecesarios será siempre vituperable, mucho mas cuando vienen a confundir la identidad de una persona.

Le Chili, consideré sous le rapport de son agriculture et de l'émigration européenne, par Benjamin Vicuña Mackena, Paris.— Este folleto de un compatriota proscripto, y que ha dedicado su tiempo y sus esfuerzos al estudio de las ciencias, cuya aplicacion hace la riqueza de un pais, merece bajo todos respectos alabanza y gratitud. Proscripto, viviendo en esa capital tormentosa de los tiempos modernos, que tiene hechizos para hacerlo olvidar todo, el jóven Vicuña, rodeado de sus libros y con los ojos fijos en el mapa de su patria, se ha consagrado esclusivamente a considerar su porvenir, pensando en esas tierras vírjenes que solo aguardan el trabajo del hombre y la reja del arado, para convertirse en fanegas de trigo y sacos de oro!

El jóven Vicuña escribe su obra especialmente para los emigrantes, y se contrae a presentar un cuadro exacto de la topografía jeneral de Chile, añadiendo reflexiones jenerales sobre sus riquezas minerales, sobre su agricultura, zoolojía, etc., desembarazando por ese medio la multitud de errores que viajeros impotentes o ignorantes han arrojado sobre la verdad. No podemos ménos de lamentar con él la triste situacion del inquilino, los impuestos bárbaros que los obligan todavia y que son una

costumbre modificada apénas de los tiempos feudales. Casi todos los hacendados esplotan y estrujan al trabajador; y con el aliciente, precario muchas veces, de permitirle sembrar en cierto terreno, le imponen caprichosas y obligatorias gabelas, y poseen su libertad completamente. Y no solo el patron es el único tirano del inquilino; en su condicion de pobre y de ignorante, despues de haber sido esplotado en su trabajo por aquel, tiene que serlo en el provecho por el cura. Este exije las primicias, los derechos de bautismo, de matrimonio, y lo que es todavia mayor escándalo, los de la tierra en que debe cabar su sepultura! De manera que el pobre, si no tiene dinero para satisfacer los sacramentos, o se pasa de ellos, y entónces la lei, o el cura mismo lo persiguen por amancebamiento; o acepta cualesquier medio indigno para proporcionarse esa cantidad, lo sorprenden y entónces llega tambien la justicia, conminando su fallo e imponiendo su castigo. El gobierno mismo que debia ser su protector se une tambien en contra del trabajador, y hace mas insoportable su cadena de miserias, con sus cargas civiles, sin recompensa ni ayuda de ninguna especie. Celador o miliciano, el pobre *huaso*, mantenido y montado a su costo, ha de recorrer las chinganas para cuidar del órden y aparecer en las filas del escuadron que vá a ejercitar sus evoluciones cada domingo en la aldea vecina, y que cada domingo repite y equivoca. Acostumbrado a labrar la tierra y a manejar el azadon que la transforma y fecundiza; cómo queréis exijir que conserve en la memoria órdenes convencionales y evoluciones que le enojan? Dejad el reposo de ese dia, dejad el gozo completo de su familia y de su libertad a ese hombre, a ese ser privilejiado de la naturaleza, que pasa la semana entera, encorbado hácia la tierra, arrancando del sembrado la maleza y guardando con honradez ese tesoro que va a satisfacer la avaricia del usurero o el lujo del magnate; y cuya paga alcanzará apénas a matar por unos dias su hambre. Es necesario abandonar esas viejas costumbres; es necesario olvidar esas prácticas de la rutina, y empezar por educar al hombre, por respetar su libertad, que es inalienable y su trabajo propiedad sagrada! «Es preciso comenzar, como dice Vicuña, no por el hombre envejecido en sus costumbres, si no por el niño puro y bueno, tal como la naturaleza lo produce. Tomad al hijo del seno mismo de la madre, educadlo y se realizará una nueva vida en los campos. No hai que engañarse, ni hai porqué descorazonarse; la reforma no es imposible, como se ha pretendido; pero para obtenerla es preciso comenzar por el principio y marchar rectamente, aunque con lentitud, a su término. Realizada esta reforma, Chile, pasados veinte y cinco años, y aun considerado socialmente, mereceria ser llamado con razon el paraiso de la tierra!» Bellas esperanzas que mas de uno quisiera

ver realizadas ya, y que no son májicos ensueños de irrealizables utopias.

Hablando de Copiapó, Vicuña se queja de que fuera del chirimoyo y del lúcumo, no haya nada de notable en su vejetacion. Debió haber añadido el árbol indijena de allí y que ha dado lugar a un proverbio. Este árbol se llama en Copiapó *Chañar* y es el mismo que se conoce en España con el nombre de *Azofaifo;* tal ha sido la jenialidad y abundancia de este árbol en Copiapó que el apodo de «copiapino come chañares» (que es el nombre de la fruta) ha llegado a ser vulgar. Sin embargo, no es estraño que Copiapó carezca de mas vejetacion, pues tambien carece de brazos que aprovechen sus terrenos de labranza y ademas esa ha sido destruida, pues sus bosques se han consumido en sus *injenios*. En Copiapó se ha cultivado el algodon; y mucha parte de la vejetacion tropical, encontraria atmósfera favorable, en esa temperatura que acalora un sol ardiente y que refresca y purifica un diario rocio; única lluvia que basta para desarrollar en los áridos valles una sábana variada de flores silvestres. Copiapó es un arsenal inagotable de riqueza; y cuando el vapor humée en sus minerales; cuando la industria arranque al minero de las garras de los banqueros que lo sofocan; cuando la mayor facilidad para el trabajo, sea tambien la mayor facilidad del crédito; cuando se establezcan, en fin, las bases del sério progreso que sus adelantos reclaman, entónces Copiapó podrá hospedar en su seno a emigrantes de cualquier industria que sean; y dándoles sus riquezas, cada dia mas inagotables, recibirá con el buen empleo de ellas, la prosperidad industrial, columna de la prosperidad civil y único sosten de la verdadera civilizacion!

La obra de Vicuña, como que ha sido impresa en Francia, y como este idioma sirve de intérprete para los demas idiomas, ha sido escrita en frances, para que sea mas prontamente entendida por todos. Es de admirar, por cierto, que empleando un idioma que no es el propio para emitir sus ideas, lo adapte tan bien a ellas, como sucede en la obra de Vicuña, logrando la misma flexibilidad de espresion y la misma armonia de periodos que forman la belleza del pensamiento y la fluidez del buen estilo. Ojalá que una buena traduccion de esta obrita, haciéndola popular entre nosotros, sirviese al mismo tiempo, para desengañar de ciertos conceptos erróneos a muchas personas que juzgan, por decirlo asi, de la fisonomia de nuestra industria agrícola, por las líneas vagas que asoman en su superficie; ademas de que abriria los ojos de la mayor parte de nuestros hacendados que solo están fijos en las rutineras costumbres de sus ascendientes, descuidando mil otros jérmenes de trabajo que desarrollarian una riqueza mas sólida y productos mas

duraderos y ménos precarios! El jóven Vicuña ha adquirido con su obra un mérito recomendable que todo buen chileno debe apresurarse a reconocer y alabar!

El Gobierno de la Libertad, por Francisco Bilbao.—Este es el título de una obra de otro proscripto, amigo nuestro; y que por su talento y su alma bella y poética, encuentra en todas partes admiracion y simpatia. La obra ha sido publicada en Lima; pero su autor, que es uno de esos hombres que anhelan transformar a la humanidad, tribunos de la rejeneracion y de la verdad, escribe para todos y establece, lo que él crée el dogma de la libertad y el código de la República, sobre los fundamentos de la justicia que es Dios y de la igualdad que es su relacion con el hombre. Para analizar esta especie de obras, y para dar a conocer las ideas que desarrollan, es necesario la copia exacta de ellas, con la misma espresion que las contiene, para no presentar un esqueleto desnudo, o una estimacion incompleta. El autor principia con un prólogo dirijido a los electores, con estas arrogantes palabras: «1855. La nacion es convocada. La victoria abre el gran concilio para formular el nuevo dogma. Una interrogacion grandiosa se levanta invocando a la luz para conocer el bien y realizarlo. De todas las razas, de todos los elementos y fragmentos que componen la nacionalidad, del seno de todos los deseos y esperanzas, sale una voz clamando por LA VIA, LA VERDAD Y LA VIDA. Es el llamamiento de la Providencia, es la peticion de todos los dolores y desesperanzas, es el clamor de los sacrificios consumados que conjura al Eterno para que envie el signo de la alianza y sople sobre la tempestad de crímenes y errores. Venga, pues, esa palabra, que hará ver a los que *viven sentados a la sombra de la muerte*, que hará marchar a los pueblos paralíticos tendidos en su lecho de tormentos, que romperá las cadenas del hechizado en su egoismo y las cadenas de fierro en la frente de los opresores. Esa peticion es el rumor de las masas, la necesidad del siglo; es la aurora de la nueva vida que aparece sobre el mundo Americano, para no engañar por mas tiempo a la Providencia traicionada y a la libertad vilipendiada.»

Hai en esta entrada algo de la sublimidad del himno; es como una voz del porvenir invocando a la verdad, y nos recuerda algunas de las de Pindaro, en sus inspiradas odas. Despues, el autor en una introduccion siguiente, acaricia sus esperanzas y abre sus ojos ante la luz de la verdad, lamentando esos marasmos de la humanidad que la sepultan en la indiferencia y en su olvido: «Aunque no todo lo bueno pueda inmediatamente realizarse, la verdad debe ser siempre proclamada. La idea fecundiza a las intelijencias, y es necesario levantarla perpétuamente sobre la humanidad, así como la mano omnipotente levanta diariamente al sol para vivificar la tierra. Hai eclipses de la luz,

transfiguraciones de la idea, interregnos de la verdad que cubren de tinieblas el espacio, de indiferencia al mundo y que sumerjen a la humanidad en el dolor. Pero siempre la centella fujitiva reaparece sobre las aguas de un diluvio, o sobre las ruinas ensangrentadas de los monumentos del crímen.—Es la proclamacion incesante de la verdad lo que prepara la aquiescencia jeneral, es la vanguardia de las reformas y es ella, en fin, la que triunfa con las revoluciones para dar un nuevo impulso y cambiar la faz de los destinos.»

Luego el autor se levanta de nuevo y comienza a ajitar sus ideas como una antorcha sacudida, cuya luz no se fija en un centro; pero que ilumina una estension. Veamos como asienta lo imposible y como manifiesta su conviccion: «Es necesario no olvidar que lo que parece imposible es a veces lo mas fácil; que lo que parece increible es lo que frecuentemente se presenta repentinamente como un hecho; y que lo que parece inverosimil es justamente la verdad. Parecia imposible que hubiese antípodas, que la tierra jirase al rededor del sol;—parecia inverosimil que la sangre circulase en nuestras venas; que el Océano se alzase sobre si mismo al llamamiento del sol o de la luna;—y hoi creemos en la redondez de la tierra, con habitantes que nos vuelven los pies, no creyendo que los seres puedan desprenderse en el vacio;—hoi creemos contra el testimonio de los sentidos, que somos nosotros los que jiramos al rededor del sol;—hoi creemos en la supresion del tiempo y del espacio;—hoi creemos en la unidad humana, en la creacion perpétua, en el laboratorio de la inmensidad, y el jénesis y apocalipsis del mundo han remontado en el pasado hasta las tinieblas sin memoria de los seres antidiluvianos y en el porvenir hasta el progreso sin fin de un porvenir indefinido. El pensamiento libre se pasea sobre las barreras y los límites antiguos. Ha remontado a su foco, la luz ha buscado su sol, y la creacion se desenvuelve ante el interpretador en toda la magnitud del tiempo y del espacio. Elevemos tambien el mundo moral a esas alturas. Tengamos en la ciudad, la audacia que tenemos en la ciencia. La reforma social debe empezar por nosotros, y en nosotros, por la despreocupacion de la intelijencia. La verdad nada teme. Si temiera, no seria la verdad.»

Ahora siguen los artículos del nuevo código que segun el autor debe ser la pauta que rija los destinos de la sociedad rejenerada, y todos vienen a confundirse en uno solo; *que la libertad sea gobierno*. Estamos completamente conformes con las ideas del autor en los puntos principales, y sobre todo, en el que podria llamarse el punto céntrico; el mayor bien para todos, unido a la mayor libertad y a la mayor justicia; pero no lo estamos en otros, que sin ser principales versan, sin embargo,

sobre leyes orgánicas y modos de ejercer la soberanía que talvez podria ser un obstáculo de la libertad y un bozal del pensamiento. Para esponer nuestros principios y manifestarlos con mas desahogo y claridad seria necesario mas espacio del que podemos disponer en esta *Revista*. Ultimamente no abandonaremos nuestra tarea, ántes de hacer una pregunta, la cual tomará en consideracion nuestro amigo y resolverá segun sus principios. Por qué, él reformador de la sociedad, él rehabilitador de la justicia olvidada, de la libertad proscrita; por qué él nuevo sacerdote de una comunion universal, él nuevo arquitecto del Teócali del Dios de las creencias puras, transfigurándolo todo, por qué se desentiende de especificar los derechos que a la mujer le corresponden como ser existente, como persona social y como intelijencia superior? Acaso las mujeres no han nacido para tener patria y para cumplir obligaciones sagradas que usurpa la tiranía del hombre? Acaso su intelijencia impresionable como la nuestra, no ha de transparentar mas que los fondos oscuros de la supersticion o de la mentira? No deberá educarse como nosotros, reflexionar, juzgar y analizar, en cuanto le rodea y en cuanto siente, lo que es de la justicia, lo que es de la verdad, su creencia y su libertad? El egoismo del hombre ha esclavizado sus facultades, ha debilitado sus fuerzas, ha mutilado sus aspiraciones y sentimientos, y hasta ha pretendido probar que es un ser dejenerado, mártir de una satisfaccion pasajera y víctima de un crimen grosero. Para nosotros la emancipacion de la mujer será la corona de la emancipacion de la humanidad, siendo ella su hija predilecta y el vientre de su creacion.

Concluiremos copiando la invocacion al Espíritu con la cual Bilbao termina su obra; trozo brillante y poético, que desde las cimas de un misticismo transparente y misterioso, aparece como una enseña de amor y de esperanza, flotando sobre la frente del gran crucificado! Hai en este toast a Jesucristo, espíritu creador y verbo de la inmortalidad, la resignacion y el entusiasmo de una alma llena de fé en el porvenir y de una intelijencia que se absorve en una contemplacion infinita. Proscripto, vive de amor y de caridad; hombre, de esperanza y de libertad. Hermosos sueños! Divinas verdades!

«*Veni creator spiritus*. Llora sangre la esperanza, nuestra fé se convierte en estoicismo. Pero en tí nacemos, en ti vivimos, en ti moriremos concepcion inmaculada de la Libertad. Sin tí no habria protesta, sin ti no habria deber, sin ti dariamos el adios supremo al amor y a la existencia. En ti la solucion y la esperanza, en ti la caridad y la ciencia. Tú eres quien ahuyentas la acusacion que desde Prometeo roe las entrañas de la humanidad. Miéntras exista una alma digna de ser libre, virtudes del cielo, podeis conmoveros. Esa alma vencerá el desquiciamiento

del orbe, y si se apaga la fé del paraiso en la conciencia humama, esa alma lleva en su luz la aurora del mundo de los héroes.

«Y tú, revelador crucificado, amante incomprensible de esta humanidad caida, tú, el mas grande entre los grandes, y como mas grande mas atormentado por los mismos a quienes rejenerabas, tú, que cargas hasta la cruz, la cruz de la ingratitud, y que tienes el heroismo, la santidad, la divinidad de invocar el perdon para tus verdugos, tú Cristo, no has muerto porque nadie te ha sobrepujado!—y porque desde las tinieblas del pasado te levantas como la verdad encarnada, la lejislacion viva y la promesa sin medida para todo aquel que siga las estaciones de tu pasion en la senda de la vida. Los pueblos están en su calvario. Unos sufren el látigo, cavan su sepulcro, claman tendidos recibiendo los golpes del martillo; otros adoran al becerro de oro, «*preparando el festin de los gusanos.*» La Francia obedece a un perjuro, y sus hijos predilectos pasan su vida en el jardin de los olivos alimentando la llama sagrada, llenos de orgullo misterioso aceptando el cáliz de todas las amarguras, porque se creen dignos de poseer la libertad que es santa y el amor que es divino. Ellos no encontrando el reino de Dios sobre la tierra lo buscaron en si mismos, y es en ellos donde brilla el testamento, es en sus entrañas donde palpita la profecía y sus misterios, es en su sangre donde se alimenta el porvenir; es en sus luchas titánicas con el demonio del inmenso deseo, donde estallan las centellas que iluminan al mundo y lo hacen digno de tus miradas. Tú eras la piedad..... acompaña a tus discípulos. Eras la caridad..... fortifica a tus apóstoles. Eras la fuente que apagabas la sed..... derrama tus raudales porque sedientos sucumbimos; sedientos de justicia, devorados por la peticion de la felicidad universal. Eras la vida nueva!.... levanta la aurora de ese dia para romper tanta cadena, para olvidar tanto baldon, para unificar a tus hijos, para purificar tanta infamia, para hacer brillar la verdad en los pensamientos y en las acciones de los hombres. A veces, fatigados, como Juan en la última cena, quisiéramos recostarnos en tu seno para despertar con el olvido en el frescor de la mañana imperecedera. «*Eres la via, la verdad, la vida.*» La via es la rectitud, la verdad es la libertad, la vida es el amor. Buscamos un paraiso!.... ese paraiso principia en nosotros, si nos amamos como el que supo dar su vida por nosotros;—ese paraiso vive en la exaltacion de los pueblos, en el crisol de las revoluciones, en la peticion incesante por el bien, en toda resistencia al mal, en toda esperanza grandiosa, en todo pensamiento universal, en toda accion de amor y libertad.»

Crónica exterior.—EUROPA. Las últimas noticias nada adelantan todavia sobre las operaciones de los ejércitos confederados. Montones de víctimas inocentes caen bajo los muros de

Sebastopol, esa Jericó de la Autocracia; y los insaciables tiranos de los pueblos asisten desde su trono insolente a esa hecatombe del despotismo, ofrecida al orgullo y a la ambicion de poder. De tanta lucha, de tanta muerte, de tanta abnegacion impotente, cuál será el fruto? El entronizamiento de la fuerza, la estension del absolutismo y la esclavitud de los pueblos, diezmados, fatigados por largos e inútiles combates y deslumbrados con la esperanza de una gloria imbécil, que mañana decretará su infamia o su aniquilacion. La Francia postrada a las plantas del mas ridiculo de los déspotas, envia a los mejores de sus hijos a esa guerra del egoismo; y al mismo tiempo que ensalza a Calígula, aplaude los fabulosos triunfos de sus héroes. Y no vé la Francia, tras ese dominó de sangre, no vé al autómata frio que cimenta su trono de traidor, sobre las ruinas de su honor, sobre los cadáveres de sus hijos? Venguemos a la civilizacion, decís, pisoteada por Nicolas, agujereada por las balas de la barbarie; y miéntras tanto elevais a la altura de grande hombre, a Napoleon III, el imbécil que ha escupido sobre ese pabellon, que lo ha despedazado, para vestir con él a sus libreas! En la Francia actual, parece que se hubieran aletargado todas las fuerzas que ántes la sacudian, comunicando su libertad y sus ideas a todo el globo. Apénas una que otra voz traspasa esa atmósfera de miedo, y llega hasta nosotros, como el anuncio de la tempestad cercana y como la protesta de corazones osados, de intelijencias grandes. Los jóvenes empiezan a ajitarse; esos ojos que no ha oscurecido la vileza, comienzan a ver la sombra que les impide la luz, la libertad, la vida; y se unen para disiparla, se aprestan para combatirla. Nosotros aguardamos siempre; no creemos que el mal sea una necesidad de todo lo que existe; y aunque a veces se oculten muchos astros, nunca es duradero ese eclipse. La Francia se rehabilitará. Su suelo está sembrado de ideas nobles y grandes, y esas ideas enjendrarán hombres, que en los dias del peligro, sabrán manifestarlas y sabrán defenderlas.

La Inglaterra, vacilante entre su reina-papa, sus lores cuasi omnipotentes y su pueblo industrial y ambicioso, al mismo tiempo que espera que la destruccion de la flota rusa y de Sebastopol le dejen abierto y libre el camino a la Crimea, está tasando tambien los beneficios que podrá sacar de la Turquia, protejida por la buena amistad del Sultan. Mahoma y Lutero redactarán la liturjia del comercio. Entre tanto, Sebastopol es un recurso para ella; pues así se desprende de otras incomodidades, con la ventaja de foguear sus lores y de fortificar sus nervios. Sin embargo, la prensa inglesa comienza a murmurar alto, a interpelar con enerjia a su gobierno; y Cobden y sus partidarios colocan los hechos, sobre bases tan sólidas y de tan evidente claridad,

que ya se vé brillar la verdad y titubear la mentira. Sin embargo, toda la aristocracia está preocupada ahora con un asunto mas sério: la visita del emperador frances a la reina Victoria; y para esta recepcion componian sus rostros y preparaban sus cruces y colgajos.

La Prusia todavia anda con misterios. El pobre Frizt está en la alternativa de echarse en las brasas o de caer en las llamas. Si se le pudiese empujar! Los embajadores del autócrata y los de las potencias occidentales están jugando sobre su carpeta a la perinola y Frizt no se decide ni por la suerte ni por la errona.

La Italia bajo su doble tirania apénas resuella; embebida en las obras inmortales de sus hijos-jenios, se resigna cuando siente la espuela del opresor estraño, y murmura una amenaza cuando mira al Vaticano. Italia de la libertad! Italia del arte, la fulminada columna de tu gloria, será algun dia, sagrado escombro de tu desgracia y el puntal de tu grandeza futura.

España. Despues de la revolucion de julio, que echó a tierra el ministerio indecente del conde de San Luis, ministerio de pandillaje y de esplotacion, la España ha atravesado una senda de progreso incesante y laborioso. Disuelta la milicia nacional, baluarte del derecho popular y muro del absolutismo; la libertad de la prensa, destruida como aquella por un Gobierno jesuita y retrógrado; las arcas del tesoro y el crédito del banco agonizantes, la obligacion de anticipar los impuestos para adquirir fondos que debian servir a la corrupcion y a la inmoralidad; caudal que debia repartirse a los espías y gandules que se ocupaban en delatar y perseguir a la honradez; en una frase, la intolerancia oprimiendo, la inmoralidad decretando y la maldad persiguiendo. Este era el estado de la España cuando estalló la revolucion. Y cómo era posible que ese estado de vértigo continuara? Era preciso impedir que el miasma contajioso llegase a enfermarlo todo. Poetas, periodistas, hombres de Estado, jenerales, escritores de toda especie, se unieron bajo una bandera, la bandera del honor; y cubrieron con esa bandera triunfante el ídolo de la libertad y el pecho herido de la patria. La revolucion venció: Isabel II sintió crujir los escalones de su trono al hollarlos el hombre del pueblo, y talvez su imajinacion le trajo a mientes el recuerdo de su raza proscrita siempre con tumultos violentos y con justa saña. Las Cortes Constituyentes le quitaron mui luego ese temor, y declararon, como base de la nueva constitucion, la monarquía. Sin embargo, aunque en las Cortes predomina el partido atrasado, que en todas partes es el partido del egoismo y de la inmovilidad, conservador en las repúblicas, monárquico en las reyecias, hai una minoria intelijente que acepta la democracia y que funda en la honradez y en el desprendimiento, el sistema político que triunfará al cabo. Si, ya los mismos que

ántes eran los difamadores de los demócratas, tienen ahora que reconocer el patriotismo y capacidad de ellos; puesto que esos mismos demócratas, cuando ha llegado el instante de obrar han sido verdaderos atletas de la justicia y del deber.

La España moderna hace tan poco caso de sus antiguas preocupaciones de derecho divino, de lei de gracia y de heredada grandeza, que una de las principales cláusulas de su nuevo código ha sido inscrita en las barricadas de julio, por la mano del pueblo y al clamor de sus himnos nacionales. Aunque uno de los representantes actuales, el Sr. Riòs Rosas (miembro de los que formaron el ministerio del duque de Rivas; farsa que por fortuna duró pocas horas) haya sostenido la legalidad de la Inquisicion bajo el punto de vista político; aunque este mismo Sr. y muchos otros pretendan hacer creer que el fanatismo es español; en las opiniones de otros representantes, y sobre todo, en la mayoría del pueblo, se nota un espíritu mas liberal, una manera de obrar mas franca y mas leal. Inspirados por ese espíritu varios representantes (entre los cuales están los nombres del marques de Albaida y de Rivero) han redactado una mocion para emancipar a los esclavos en la isla de Cuba. Esta medida es harto significativa en las circunstancias actuales. Nosotros, descendientes de la raza española, miramos como hermanos lejítimos a los que hijos de nuestros padres enemigos, no tienen que ver nada con los antiguos rencores del colono y del monarca; y como tales miramos con ojo cariñoso todas sus evoluciones progresistas, deseando que un dia, esa España desconocida, tan avara de los tesoros que encierra, tire a lo léjos sus muletas reales, viva para la nacion, no para una familia; y realize así la union de la libertad y de la industria!....

AMERICA.—Volviendo los ojos hácia la América, encontramos, la exhuberante vejetacion de los trópicos, el lujo de las tintas sobre esos cielos tranquilos que cortan la luz como una gasa; pero en ninguna parte encontramos a la libertad, ese aliento rejenerador de cuanto se anima.

Los Estados-Unidos prosperan en industria; cruzan de ferrocarriles y vapores, mares y sendas, es decir, acortan las distancias para condensar mas el individualismo del hombre y satisfacer mas pronto su avaricia. La libertad? Está en las instituciones, pero no en la interpretacion; existe la letra; pero el espíritu se ha disipado. Siguiendo en esto la manera de interpretar a la Biblia, cada cual segun la *gracia* de que ha sido dotado, las interpreta cada cual segun el interes que le trae, segun la conveniencia egoista. Ese pueblo que ha producido a Franklin, modelo de abnegacion y desinteres, cuenta ahora muchos cínicos.

Cuba. Esta perla de las Antillas, engastada en la corona es-

pañola; amenazada por los yankees, está por quebrarse entre los dos que se la disputan.

MEJICO. Esta tierra infeliz, imperio glorioso, Roma de América un tiempo bajo la dinastía Azteca; inmenso y grande emporio de riquezas despues bajo la dominacion española, talada hoi por las facciones, vendida por sus malos hijos a mercaderes estraños, es la morada del escarnio que se disputan la ambicion y la perfidia. Santa-Ana, con una parodia de dinastía trata de imitar a los reyes y reparte cruces de la órden de Guadalupe, como si no fuesen bastantes las que hai en los cementerios, señalando las víctimas de su bastarda ambicion! Infame, da de puñaladas a su patria y despues la negocia.

NUEVA GRANADA. Entre todas las secciones de América, esta era la única que marchaba al verdadero progreso y que habia planteado reformas esenciales de organizacion política. Un traidor, el mismo a quien habia confiado el depósito de su existencia civil, supo cautelosamente desviarlo. Por fortuna ha sido vencido y justamente castigado.

VENEZUELA. Venezuela ha visto arraigarse en su suelo una nueva dinastía hereditaria de dos hermanos. José Gregorio y José Tadeo Monagas, se traspasan la presidencia, como los niños una pelota. Esto nos recuerda el juego del gran boneton. Preguntad; quién tiene la presidencia; José Gregorio? nó! José Tadeo. Farsantes, cuándo se os prohibirá la entrada? cuándo sereis silbados por la justicia?

ECUADOR. Los yankees vienen caminando para echarse sobre él, y el jeneral Flores quiere ganarles la palmeta. De quién será? El Ecuador está destinado a no pertenecerse; es una nacion mostrenca. Flores lo reclama como su propiedad y los yankees quieren apropiárselo por la fuerza. Siempre los farsantes!

BOLIVIA. En Bolivia Belzú es todo. El puede decir con mas razon que el vanidoso rei de Francia, Bolivia soi yó. Este déspota no es sangriento como Rosas; pero es tan grosero como el soldado y tan áspero como las arenas de esos desiertos.

PERU. La consolidacion ha cesado y el pais comienza a organizarse. Ya no hai esclavos y no existe el derecho inicuo de la capitacion. Ahora lo único que se puede decir del Perú, es que comienza a respirar. Si la ambicion de los caudillos se sosiega esta vez y hace digno lugar al patriotismo del ciudadano, la nacion progresará en las reformas que establezca, y el crédito se rehabilitará en el estranjero.

EL ECO HISPANO-AMERICANO. No podemos dejar sin contestacion unos artículos que bajo el mote de *Estudios filosófico-políticos sobre la gran familia española*, publica ese periódico y que llevan la firma de José Segundo Flores. Este Licurgo de candil, desde las zahurdas del despotismo, lejisla cómodamante, y par

la América Española! Don José Segundo (que bien podia ser Primero....) es uno de esos menguados que no pueden vivir sino con despotismo. La dictadura unitaria o trinitaria (son sus palabras) es la forma de gobierno que cree mas avanzada y sobre la que aconseja que se modele la América. Qué tal! Don José Segundo es hombre de provecho. ¿Querrá ocupar la silla vacante del marques de Valdegamas, en la cofradia de los fanáticos y de los déspotas? Para el difunto marques era tambien la dictadura una revelacion divina. El moderno lejislador y heredero de esa revelacion, sanciona la tiranía y lejitima la mas brutal de las formas de gobierno; la del capricho del fuerte; la república de los mandarines irresponsables. Qué descubrimiento! qué verdades tan nuevas! Qué cholla la de don José Segundo!

Crónica interior.—Fijando ahora nuestra atencion sobre el estado actual de Chile, no podemos ménos que reconocer sus adelantos materiales, las mejoras y el crecimiento de sus vias de comunicacion, debidos al espíritu de atrevidas empresas, que ajita hoi a nuestros capitalistas. Ferro-carriles y Telégrafos, unirán a las provincias separadas, anulando las distancias y estrechando mas los vínculos que ligan a la libertad con el progreso.

Y en nuestro órden político se ha obtenido alguna ventaja? Ninguna! En todas partes las elecciones para diputados al Congreso, se han hecho bajo la presion inmediata del gobierno, que impone con su fuerza, sus candidatos. Solo Copiapó y la villa de Molina, han opuesto una valla enérjica a los abusos, y en ella se ha estrellado la impotencia de los mandones. Copiapó, sobre todo, ha dado el grande ejemplo a otras provincias, de lo que puede la union, cuando está basada en la dignidad de una idea y en la justicia de un derecho. La insolencia de los que mandan, escolla siempre en la fuerza moral de un pueblo, que se alza con la voluntad de obrar por sí mismo y para el cual la obediencia pasiva no es un hecho. Loor a Copiapó! Los diputados que libremente ha elejido sabrán cumplir con su deber como ciudadanos y como hombres. Los únicos que tienen el verdadero mandato del pueblo serán tambien sus verdaderos representantes. La validez de eleccion de Molina, se pone en duda por algunos y aun se dice que no se calificarán los poderes del elejido. Esto seria el colmo del escándalo; y la comision seria responsable de la ojeriza de algunos menguados o de la mala fé de otros serviles.

En Coquimbo es donde ha sido mas desvergonzada la opresion de los mandones, para impedir que triunfasen los candidatos propuestos por la provincia. Allí se han representado toda especie de farsas; ha habido títeres de todo disfraz; ukases autocráticos y sentencias definitivas en casos incompetentes. So-

bre la conducta de ese Intendente pesa la mas horrible de las acusaciones; la de usurpacion de libertad y concusion del poder. Jamas hubiésemos creido que la dignidad del señor Astaburuaga, tuviera el peligro de fracasar como tantas otras, en las promesas lisonjeras o en esperanzas remotas. Pero de seguro, será mui halagüeño el premio ofrecido a tanta costa. Para nosotros no son tan despreciables los que ponen en la almoneda de un destino su delicadeza y su honor, como los que abren esos martillos para negociar con ellos. Creemos que la protesta, publicada ya, sobre la nulidad de esas elecciones, se elevará a las Cámaras; entónces confrontando ámbas partes daremos cuenta de lo que haya ocurrido.

Santiago. La apertura de las Cámaras y el mensaje del Presidente.—Para Santiago, despues de los jubileos y las procesiones, la apertura de las Cámaras y el mensaje del Presidente, son otras dos causas de movimiento y de curiosidad. La poblacion se apiña en las calles para ver pasar a los representantes; y gran parte de ella invade la sala de sesiones para presenciar las jenuflexiones de aquellos y para oir la narracion de lo que no ha hecho y de lo que no piensa hacer el presidente. Cartel pomposo, mentira anual, que con la variacion de algunas frases, saluda cada Congreso y exhibe cada Presidente.

Leed el siguiente párrafo:

«He usado con alguna amplitud de mis atribuciones constitucionales en favor de individuos que sufrian prision o destierro a consecuencia de la crísis de 1851, y dándoles libertad o permitídoles volver al pais. En virtud de esas medidas no existe ningun detenido por esa causa en las prisiones y se ha reducido notablemente el número de individuos a quienes un fallo de los tribunales aleja de la República. El mismo medio permitirá al Gobierno usar de induljencia respecto de los demas, haciendo las diferencias que la equidad y los intereses sagrados de la justicia aconsejan.»

No es verdad que lo que todos esperaban, la amnistía, se ha transformado en una indecision pérfida y que aumenta todavia las *diferencias* que promete? A todos los que se ha permitido volver al pais, se les ha obligado primero a elevar una solicitud, en la cual reconociendo *errores* y *extravios*, dejan a voluntad del presidente indicar la Provincia adonde deban residir. Este permiso a medias les da la patria, pero no la familia. Esos hombres han cometido el crimen de ser enemigos políticos del señor Presidente, y para ese crimen se necesita la expiacion. La jenerosidad y el perdon que son las virtudes del hombre bueno se han de prostituir con la humillacion; y las *diferencias* se harán con los que acepten a esa costa, la vuelta a los hogares de una patria que aman. Hombres del poder, no comprendeis

la abnegacion; y os olvidais que el verdadero poder solo encuentra una base respetable, en la justicia bien comprendida y ejercitada, y no en la egoista equidad que llamais justicia y que no es mas que el efecto de vuestra estrecha concepcion!

Leed los siguientes párrafos:

«Se ha concluido la penintenciaria y sistemado su réjimen interno. De las cárceles en construccion, algunas se hallan ya a punto de terminarse; otras mas o ménos adelantadas. Fuera de los auxilios concedidos para estas obras, se han decretado fondos para reparaciones urjentes en varias cárceles. En Juan Fernandez se ha procedido a la construccion de los edificios indispensables para la seguridad del establecimiento y para habitacion de la guarnicion y presidarios.

«El réjimen de las cárceles que ha ido mejorándose gradualmente por reglamentos aislados, reclama una lei jeneral que fije las bases de la organizacion y réjimen de establecimientos de esta especie, y que dé a los reglamentos la eficacia que necesitan.

«El Ministro de la República en Paris, debe hallarse a esta fecha en Roma en comision del servicio, para promover cerca de su Santidad arreglos que interesan a la relijion y al Estado.

«El servicio relijioso ha recibido en esta última época la atencion especial del mui Reverendo Arzobispo y del Reverendo Obispo de la Serena que han continuado las visitas de sus diócesis.

«Se ha dado el pase a las bulas de institucion del Reverendo Obispo de Concepcion, y hace meses se halla a la cabeza de su diócesis con gran bien de los intereses relijiosos de aquella parte de la República. Aquel prelado ha establecido ya el seminario conciliar tan necesario para proveer al servicio del culto de ministros debidamente preparados. El Reverendo Obispo ha encontrado en el Gobierno todo el apoyo y cooperacion necesarios para la planteacion de tan importante establecimiento.

«Para mejorar el servicio parroquial os propuse en el año anterior un proyecto de lei que perfeccionado por vuestras luces, llenará una necesidad pública mui jeneralmente sentida.»

Nos abstenemos de hacer observaciones. Así con el auxilio y el apoyo del Regulador supremo, nuestra patria será luego una sinagoga de doctores.

No podemos ménos de alabar sin embargo, la actitud enérjica que nuestro gobierno ha aceptado respecto de los asuntos del Ecuador.

Don Eduardo Asquerino. Este distinguido poeta, Cónsul Jeneral y Encargado de Negocios de España en Chile, ha sido recibido por sus compatriotas con el entusiasmo y franqueza que los caracteriza; y en lo mas selecto de nuestra sociedad ha ob-

tenido las simpatías que con tanta justicia merece. El señor Asquerino, es de aquellos hombres escasos que ponen en práctica sus teorías sin que los arredre el peligro. En los doce años últimos, no ha habido en España ninguna idea jenerosa y grande que no lo haya tenido por mantenedor y tambien por víctima. El periodismo y el drama han sido los dos medios principales de su actividad; y cuando la arbitrariedad los ha suprimido violentamente, la palabra y la enerjía del espíritu han alimentado sus patrióticas esperanzas sin que jamás un olvido indecoroso las haya profanado. La revolucion de julio señala al señor Asquerino como uno de sus mas valientes caballeros y como el mas decidido de sus defensores.

Para completar al hombre, debemos ahora dar a conocer al poeta. Transcribimos los siguientes rasgos copiados de los apuntes biográficos que encabezan un volúmen de poesías, que con el título de *Ecos del Alma*, publicó su autor en Méjico el año 53; época en que él se ocupaba en recojer datos para su gran poema de *Hernan Cortés*.

«El señor Asquerino se ha dedicado con particular empeño al estudio de nuestros dramáticos del siglo XVI, y ha hecho varias refundiciones que no serán ciertamente los menores títulos de su gloria literaria. Hé aquí los nombres de las piezas refundidas: *El escondido y la tapada*, de don Pedro Calderon de la Barca, *Entre bobos anda el juego*, de don Francisco de Rojas; *Amar despues de la muerte*, de Calderon de la Barca; *Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo*, de don Juan de Matos Fragoso. De estas refundiciones pasa por la mejor la de *Entre bobos anda el juego*, la cual se representó en Madrid durante un mes seguido. Hai en ella cerca de mil versos del señor Asquerino, y dijeron los periódicos que era la mejor refundicion del teatro antiguo, que se ha hecho en nuestros dias.»

«Los títulos de sus obras orijinales son los siguientes, ademas de las que ya hemos citado: *San Isidro*, *El Tesorero del rei*, *Un verdadero hombre de bien*, segunda parte; *La Gloria del arte*, *Fausto*, *Margarita*, *Un ladron ménos*, *El rayo de Oriente*, *Una deuda de honor*, *El tejedor de Játiva*, *El héroe de Barcelona*, *La Intolerancia*, *Las Familias*, *El Premio de la virtud*, *Hasta el fin nadie es dichoso*, *La verdad por la mentira*, *Haz bien sin mirar a quién*, *Casada, virjen y mártir*, *Matamuertos y el cruel*, *Los amantes de Chinchon*, *Too jué groma*, *El héroe de Baylen*. Algunas de estas obras han sido escritas por el señor Asquerino en compañía de su hermano don Eusebio, dos con el señor Garcia Gutierrez, una con el señor Larrañaga, y otra con el señor Rubí.»

«El señor Asquerino, tan diestro en manejar la lira dulce y apacible de los tiernos afectos del alma, tiene sin embargo un nervio mas a propósito para la trompa épica. Su jénio fuerte y

vigoroso le conduce a esta elevada rejion de la poesía, a cantar la fé y la gloria, las batallas y los héroes, *reges et prœlia. . . . horrentia Martis*. Aconsejado por su propia inclinacion y por otros literatos de gran nota, como el señor Quintana, hace algun tiempo que le ocurrió, como al poeta latino, la idea de cantar mas altas empresas, *paullo majora canamus;* y empezó a escribir el poema de *Hernan Cortés*. Creemos que desempeñará dignamente este grandioso asunto, sueño dorado de todos los poetas españoles que han existido despues de la conquista.»

Nosotros hemos sacado del volúmen de que hablamos, la bellísima composicion que se rejistra en nuestras pájinas; y en la cual los aficionados encontrarán la concepcion elevada y la espresiva dulzura del poeta inspirado. Felicitamos al señor Asquerino como Cónsul Jeneral y Encargado de Negocios de España, y lo saludamos cordialmente como poeta y como amigo.

Trabajos concluidos. La Redaccion de la *Revista* tiene en su poder trabajos ya concluidos de nuestros mejores escritores, y no duda, que a medida que ellos aparezcan se aumente mas el entusiasmo, del cual algunos de nuestros literatos carecen, y se ensanche así la esfera de su publicacion con obras mas interesantes y mas diversas.

Como se ha dicho en el Prospecto, la redaccion no será responsable de las ideas que se emitan en los artículos que la *Revista* contenga, pues obligando firmar a los autores, ellos solos cargarán con los reproches que sus ideas atraigan.

La crónica tampoco debe considerarse como la opinion unida de la redaccion, sino como un artículo aislado en el cual el que firma, espone sus creencias políticas, y su manera de concebirlas. Hombre independiente, a quien no guian, ni esperanza de medro ni ambiciones rastreras; amando a su patria y deseándole toda prosperidad, quiere que el poder, ya que es una necesidad, sea un sol que fecunde y no una antorcha que incendie. Cuando se pueda alabar en los hombres del poder la franqueza en sus acciones y no el jesuitismo tenebroso; cuando el deseo de hacer el bien, se ajite en sus corazones y se derrame en los pueblos, el que escribe estas líneas será el primero en reconocer los bienes y en aplaudir a los bienhechores. Escritor de buena fé y no sistemático enemigo; su blanco es la verdad y su resguardo la justicia!

GUILLERMO MATTA.

Reproducimos la Correspondencia siguiente, publicada en el *Diario* y la cual no lo ha sido por el *Mercurio*, apesar de la invi-

tacion que en ella se le hace. Como el objeto de la correspondencia es el de poner en claro, acusaciones pérfidas, que un torpe escritor (corresponsal del *Mercurio)* dirije contra la España, su patria, y como la creemos obra de un verdadero español que con justicia se rebela contra ellas, no hemos titubeado un momento en darle la publicidad que merece.—*Los Editores*.

Sres. Editores del Diario.

Tengan VV. la bondad de dar publicidad a la siguiente contestacion al corresponsal del *Mercurio* en Madrid, cuyos EE. esperamos tendrán la delicadeza de reproducirla en sus columnas.

Hace mucho tiempo leemos con un creciente disgusto las correspondencias firmadas por don C. Rossell, y como cada dia va en aumento el cúmulo de pronósticos fatales y calumnias de ese buen señor, lo cual pudiera dar lugar a que muchas personas, crédulas por naturaleza, se formasen una idea mui triste de la marcha de aquel pais, hemos resuelto contestar una vez por todas sus impertinencias, y presentar bajo su verdadero punto de vista los actos de ese gobierno que tan amargas reconvenciones recibe en un pais lejano de uno de sus MISMOS EMPLEADOS.

La revolucion de Julio, que puede llamarse sin jactancia el modelo de las revoluciones, y que tuvo por resultado la elevacion al poder del ilustre duque de la Victoria, no ha faltado en un ápice al programa con que se inauguró. La convocatoria a Córtes Constituyentes con libertad absoluta en las elecciones, apesar de la ajitacion natural de un pais que acababa de pasar por un sacudimiento que hizo ajitarse al trono mismo sobre su base; la libertad de la prensa, la desamortizacion eclesiástica, la economía en los presupuestos, la supresion de la contribucion de consumos, tan inmoral como onerosa al pueblo; el restablecimiento del crédito, la creacion de la milicia nacional, único baluarte de tranquilidad y órden; todas juntas o cualesquiera de estas medidas bastarian en nuestro sentir para popularizar al gobierno que las promoviera o sancionara. Sin embargo, el Sr. Rossell, don Cayetano (1), que todo lo vé de color oscuro y por el prisma de sus fatales predicciones, cree que todo eso no vale nada y que la perfeccion en las instituciones de un pais que empieza a rejenerarse, es obra de un par de meses y nada mas.

Dice don Cayetano con la mayor hipocresia, al hablar de la sancion de la base de la Constitucion sobre tolerancia relijiosa:

«El ministerio votó con la mayoría, a escepcion del duque

(1) En América vulgarmente es sinónimo de tonto; no queremos decir por esto que don Cayetano lo sea.

de la Victoria, que siguiendo su costumbre de no concurrir a las votaciones mas solemnes, se abstuvo de tomar parte en esta, si bien declaró al dia siguiente que se unia a sus compañeros los demas ministros.»

Cualquiera que lea el párrafo anterior, creerá que el duque de la Victoria se abstiene de votar en las ocasiones mas solemnes por temor de perder su popularidad, por miedo, u otra causa peor. Y sin embargo nada mas fácil de esplicar. El jeneral Espartero, que como es notorio goza de una popularidad en España como ningun hombre ha alcanzado, consecuente con los principios proclamados en su programa de gobierno, no quiere que su inmensa influencia haga inclinar la balanza en ninguna de las cuestiones que puedan afectar gravemente al pais, y se abstiene de votar cada vez que su voto pudiera arrastrar a la mayoría de la cámara. Esta esplicacion nos parece mui lójica y natural, y no comprendemos por qué don Cayetano se asusta tanto por cosa de tan poca importancia.

Continúa el corresponsal asustándose (porque es de advertir que este señor es mui espantadizo) de las sesiones borrascosas de la Cámara y esclama alborotado: ¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza! La vergüenza y el escándalo debieran recaer sobre el hombre que hasta de accidentes tan insignificantes se forja un arma para atacar al gobierno que no tiene la fortuna de gozar de sus importantes simpatías. ¿Cuándo ha visto el señor corresponsal Cámaras Constituyentes en que ajitándose cuestiones de la importancia de las que se ajitan en las Cámaras españolas, estén los diputadas con la compostura y parsimonia de los devotos de un jubileo?

Dice V. mas adelante que:

«Con el objeto de hacer cada dia mas realizable la Union Ibé-
« rica, o con el de estrechar las relaciones entre España y el ve-
« cino reino Lusitano, se ha procurado dar impulso al proyecto
« de navegacion del Duero; pero nuestro ministro de Estado ha
« puesto tales inconvenientes al pensamiento y a los medios de
« llevarlo a cabo, qué por ahora será preciso desistir de seme-
« jante idea.»

¿No le parece a V., señor don Cayetano, que al oponer el Ministro de Estado esos obstáculos por ahora a la navegacion del Duero, pudiera haber razones mui poderosas en la secretaría para ello? Pero ya se vé, el Ministro ha cometido la torpeza de no consultar con el señor Rossell el medio de allanar esas dificultades, lo que hubiera sido mui fácil al empolvado oficial de la Biblioteca.

Continúa V. su sistema de difamacion diciendo, que el señor Olózaga habia sido acusado de percepcion ilegal de sueldos, a lo que habia contestado dicho señor no mui satisfactoriamente, se-

gun V.—Ante todo, será preciso que sepa V. si lo ignora, que cuando un Embajador es llamado de Real Orden, recibe siempre un VIATICO para sus gastos de viaje, etc. Ademas el señor Olózaga publicó un comunicado en los periódicos sincerándose de la inculpacion que se le hacia y probando la legalidad del recibo de esos fondos. Pero como su sistema de V. no es sino el de las inculpaciones, no es estraño que haya V. olvidado este pequeño incidente.

Habla V. despues de la conspiracion de la isla de Cuba y hasta pone en duda que el espíritu de la tropa y del pais nos sea favorable. Es decir, que lo que todos los periódicos asi estranjeros como nacionales están proclamando diariamente como principal escollo en que fracasarán las tentativas de los E. U. lo cree dudoso un español, empleado del gobierno y CORRESPONSAL DEL MERCURIO.—Eso es mui honroso y mui noble de su parte, don Cayetano; se conoce que es V. hombre de provecho.

Agrega V. al hablar del proyecto de desamortizacion del señor Madoz:

«Ni los empleados cobran, ni se pagan los cupones de los últimos semestres de la deuda, ni la caja de depósitos puede devolver su dinero a los imponentes que tratan de recojerla. Es imposible que esta situacion se sostenga por mucho tiempo.»

En solo estos cuatro renglones hai tres calumnias, y vamos a probarlo.—En primer lugar los empleados cobran con puntualidad; y esto debiera saberlo el señor Rosell que siendo tambien empleado, aunque subalterno, recibe sus sueldos con la mayor exactitud.—En segundo lugar, los bonos del crédito segun la misma correspondencia de V. han subido a 35 de 33 a que se cotizaban en su carta anterior. Bien es verdad que esta alza *es ficticia* segun V. que está tan al cabo de todo, y solo se debe creer en la baja aunque las cifras y las oporaciones de la Bolsa indiquen lo contrario; porque lo dice don Cayetano y basta.—Y por último agrega V. que la caja de depósitos no puede devolver el dinero a los imponentes, y mas abajo nos copia un balance de la caja en que se nota que despues de varias operaciones hai todavía un saldo en favor de la misma. En qué quedamos don Cayetano? ¿Cuándo le debemos creer a V., cuando afirma o cuando niega? Hace V. tal mezcla de contradicciones que no es posible seguirlo en semejante laberinto.

Concluye V. su memorable correspondencia del 9 de marzo con la noticia de la próxima coronacion del gran Quintana que atribuye V. a espíritu de partido. Es V. quizás el único hombre que se haya atrevido a proferir semejante blasfemia. El poeta eminente, el escritor severo y elegante, citado siempre por propios y estraños como el primer hombre en la literatura española de nuestro siglo, el anciano venerable, modelo de virtudes

cívicas y privadas, a quien los hombres de todos los matices políticos han respetado siempre, debe su coronacion, ese acto de justicia y de recompensa al mérito, al *espíritu de partido!!* Formalmente, señor Rossell, lo teniamos a V. por un pedante lleno de pretensiones, pero ahora lo creemos a V. malo como hombre; pues estamos seguros que es V. el único que se haya atrevido a dudar de los inmensos títulos que tiene el agraciado a la ovacion que con tanta justicia y tan espontáneamente le hace el pueblo español. Por la tranquilidad del respetable anciano, porque la mas leve sombra no empañe el puro goce que debe esperimentar al considerarse el objeto de la veneracion de sus conciudadanos, nos abstenemos de remitir a España el número del *Mercurio* en que tanto honor hace V. a su pais y se hace a sí mismo. Pero no terminarémos el presente artículo sin recordar a V. las espresiones de otra de sus admirables correspondencias en que hablando de la revolucion, decia V. de los demócratas: «son cuatro o seis pillos».

Y sin embargo, esos demócratas a quienes hace V. tanto asco, son los que se comprometieron entre sí a no admitir destino alguno del gobierno actual hasta pasados tres años desde la convocacion de las Cortes Constituyentes, y a renunciar los que muchos de ellos desempeñaban en el caso de ser elejidos al Congreso: de estos pudiéramos citar a V. muchos casos y entre ellos los de altos funcionarios. Estos demócratas son los que han defendido en la cámara la base de la Constitucion sobre tolerancia relijiosa. Esos *pillos* son los que han presentado un proyecto de lei para la estincion de la esclavatura en las Antillas y en todas las colonias españolas. Esos son los que han pedido para la isla de Cuba las exenciones, derechos y privilejios de una provincia de la Peninsula.

Ya vé V., mi señor don Cayetano, que esos *pillos* de quienes hace V. tan poco caso, son mucho mas dignos de imitacion y de alabanza que los hombres graves como V. que solo se ocupan de disfamar a su pais en el estranjero, agregando a esto la poca delicadeza de recibir un sueldo del gobierno mismo que segun V. ha de conducirnos a una inevitable ruina. Por no alargar demasiado este artículo nos despedimos de V. ahora que ya estará convencido de las simpatías con que cuentan por acá sus escritos, y seguros de que mui pronto nos dará V. ocasion con sus malhadadas profecías de volver a ocuparnos de su tornadizo individuo.

Para concluir, cuatro palabras a los Sres. EE. del Mercurio. Desearíamos Sres. EE., que nos hiciesen Vds. el obsequio de publicar los artículos de los periódicos de Madrid que dan cuenta de la situacion política de España, para que de este modo pueda el lector formar una idea de los acontecimientos que tienen lu-

gar en aquellos paises y que su *apreciable* corresponsal tiene el don de interpretar siempre de un modo contrario a los intereses de su patria. Esto nos parece que seria mas justo, siendo Vds. tambien españoles y por lo tanto interesados en que no se desacredite a su patria con publicaciones como la que hemos contestado. De Vds., Sres. EE.

Unos españoles.

OBSERVACIONES

SOBRE LA

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

DE

JORJE TICKNOR,

CIUDADANO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

II.

Principiaré por algunas cuestiones prévias, relativas al *Poema del Cid*. La primera será esta : ¿Hai motivo de creer que el lenguaje de este poema sea mas antiguo que el de Berceo, el del *Alejandro*, la version del Fuero Juzgo, y otras obras que pertenecen indudablemente al siglo décimotercio?

1. Comenzando por los artículos, en el Cid no se ven otros que los modernos *el*, *la*, *lo*, *los*, *las*.—En el Alejandro se emplean a veces *ela* por *la*, *elo* por *lo*, *elos* por *los*, *elas* por *las*.

Creyeron a Tersites *ela* maor partida.
(cop. 402)
Por vengar *ela* ira olvidó lealtat.
(668)
Alzan *elo* que sobra forte de los tauleros.
(2221)
Fueron *elos* troyanos de mal viento feridos.
(472)

Quierovos cuántas eran *elas* naves cuntar.
(225)
Exien de Paraiso *elas* tres aguas sanctas.
(261)

Lo mismo vemos de cuando en cuando en la version castellana del Fuero Juzgo: «E por esto destrua mas *elos* enemigos estrannos, por tener el so pueblo en paz.» «De las bonas costumnes nasce *ela* paz et *ela* concordia entre los poblos.» Sanchez, en su edicion del Alejandro, escribe inadvertidamente estos antiguos artículos como dos palabras, *e la*, *e lo* etc. Apénas es necesario notar su inmediata derivacion de las voces latinas *illa*, *illud*, *illos*, *illas*. Ellos forman una transicion entre las formas latinas y las del Poema del Cid.

2. En el verbo que significaba en latin la existencia se habian amalgamado diferentes verbos; porque *fui*, *fueram*, *fuero*, *fuerim*, *fuissem*, vienen sin duda de diversa raiz que *es*, *est*, *estis*, *este*, *estote*, *eram*, *ero*, *essem;* y es probable que *sum*, *sumus*, *sunt*, *sim*, provienen de una tercera raiz. Los castellanos aumentaron esta heterojeneidad de elementos, añadiendo otro mas, que tomaron del verbo latino *sedeo*; elemento que aparece tanto mas amenudo, y se aproxima tanto mas a la forma latina, cuanto es mas antiguo el escritor.

En Berceo encontramos las formas *seo* (sedeo), *siedes* (sedes), *siede* (sedet), *sedemos* [sedemus], *seedes* (sedetis), *sieden* (sedent), de que no hallo vestijio en el Cid, cuyo presente de indicativo es siempre mui semejante al moderno: *so*, *eres*, *es*, *somos*, *sodes*, *son*.

En el imperfecto de indicativo se asemeja el Cid a Berceo: *sedia*, *sedias*, o *sedie*, *sedies*, o *seia*, *seias*, o *seie*, *seies*, derivados de *sedebam*, *sedebas;* ademas de *era*, *eras*.

Tenemos en Berceo el imperativo *seed* (sedete): en el Cid, *sed*, como hoi se dice.

El Arcipreste de Hita conserva todavia el subjuntivo *seya*, *seyas*, (sedeam, sedeas). En el Cid leemos constantemente *sea*, *seas*.

El infinitivo en Berceo es por lo regular *seer* [sedere]: en el Cid siempre *ser*, contraccion que no sube seguramente al siglo décimotercio. Así lo que en Berceo es *seeré*, *seeria* o *seerie*, en el Cid es *seré*, *seria*, *serie*. Verdad es que en Berceo se encuentra a veces la contraccion *seré*, *seria*, *serie*, cuando lo exije el metro; pero prevalece la doble *e*, de que creo no se halla ningun ejemplo en el Cid.

Esta insercion del verbo *sedeo* en el que significa la existencia es antiquísima en la lengua. Se encuentra en las primeras escrituras y privilejios que conocemos: en el de Avilés tenemos todavia la forma latina pura *sedeat* que despues fué *seya*, y al fin *sea*.

Asomaba ya oscuramente *sedere* por *esse* en la latinidad clásica.

3. Las formas que toma frecuentemente el latino *videre* en Berceo sujieren observaciones análogas: *vedes* (vides), *vedie* (videbam), *veder* (videre), etc.

4. *Aver* (habere). La conjugacion de este verbo en el Cid no tiene mas señales de antigüedad que en la jeneralidad de los escritos del siglo XIII. En Berceo ocurren las formas casi latinas *aves* (habes), *ave* (habet), *aven* [habent].

5. En el Cid, *diré, dirás*. En Berceo encontramos *dizré, dizrás*, que se aproximan a *decir he, decir has*.

6. En Berceo son mas frecuentes los pretéritos irregulares, sacados inmediatamente del latin: *escripso* (scripsit), *miso* (misit), *promiso* (promisit), *remanso* (remansit), *riso* [risit], etc.

7. Consérvase en Berceo el futuro latino en *aro, ero:*

Si una vez *tornaro* en la mi calabrina,
Non fallaré en el mundo señora ni madrina.
(S. Oria 104)
Cá si Dios lo quisiere e yo ferlo *podiero*,
Buscarvos he acorro en cuanto que *sopiero*.
(Mil. 248)

No hai vestijio de esta terminacion verbal en el Cid.

8. Otra señal inequívoca de superior antigüedad en Berceo es la terminacion *mne* en lugar de *mbre*, como en *nomne* (nomine) nombre; de donde *nomnadía, nomnar* (nominare), etc. Así *costumne* (consuetudine) costumbre; *lumne* [lumine] lumbre, *omne* (homine) hombre, etc. Guardan analojia con estos *femna* (femina) hembra, *damna* (damnat), doña, etc. Nada de esto en el Cid.

9. En el Cid hallamos *alcanz, alcanza, alcanzo* (alcance). Díjose mas antiguamente *encalzo* y por consiguiente *encalzar*. El verbo se encuentra en Berceo, Mil. 340, S. Mill. 437, y ámbas voces en el Alejandro, 695, 1032. En frances *encalz, encalcer, enchausser*; en italiano *incalzo, incalzare*; en la baja latinidad *incalzare*. El uso del Cid se acerca tanto al nuestro como el de Berceo y el Alejandro a la raiz.

10. Cid, *amidos* (invitus) de mala gana, en frances *envis*. La forma *ambidos* del Alejandro, 1351, es manifiestamente mas antigua.

11. Cid, *cama* [pierna]: la forma primitiva *camba*, en frances *jambe*, se encuentra en el Alejandro, 136.

12. Cid, *cuedar, cuidar* (cogitare). En Berceo *cuidar*, y ademas *coidar, cueidar, cueitar*, que se aproximan algo mas al orijen.

13. En el Cid, *plata*. Consérvase en Berceo y en la version castellana del Fuero Juzgo, *argent, argente, argento* (argentum).

14. Cid, *coso* (cursus) curso, carrera. En Berceo *corso*, Mil. 436, S. Mill. 34.

15. En el Cid, *cocero*, corredor, lijero. En el Alejandro *corsero*, 488.

16. En el Cid, *juvicio*, *juicio*. En Berceo y en el Fuero Juzgo se conserva *judicio* (judicium). Mil. 239, etc.

17. En el Cid, *llegar*, antiguamente *plegar*; que se conserva en Berceo, S. Mill. 146, Mil. 324, etc.

18. Se encuentran en el Cid y en Berceo *plorar* y *llorar*, [este último escrito regularmente *lorar*, por una desacertada aplicacion de la regla de no duplicar una consonante en principio de diccion]; pero en Berceo es mas frecuente *plorar* (plorare.)

19. Del latino *sigillum* nació próximamente *sejello*, que se encuentra en Berceo. Dijose tambien *seello*. De ámbos modos lo hallamos en la version castellana del Fuero Juzgo. De aqui *seellar*. En el Cid encontramos solamente, y mas de una vez, *sellada*, como en el moderno castellano.

20. Cid, *piés*. Berceo frecuentemente *piedes* (pedes).

21. En el Cid no se conserva la *d* del latino *cadere*, sino es en la contraccion *cadré*. En Berceo se lee *cader*, *cadió*, *cadiendo*.

22. Cid, *dejar*. Berceo, *lexar* (laxare).

23. Cid, *cinquesma*; version castellana del Fuero Juzgo, *cinquaesma* (quinquagésima).

24. Cid, *fuerza*, Fuero Juzgo, *forcia* (fortia); y de aqui *forciado*, en el Cid, *furzudo*.

25. Cid, *nuef*; Fuero Juzgo, *nove* [novem].

26. Cid, *palabra*. Fuero Juzgo, *paraula* y *parabra* (parabola).

27. Cid, *olvidar*; Berceo, *oblidar*, (de *oblitus*).

Por no cansar mas omito otras observaciones. Se notará talvez una que otra voz en el Cid con apariencia de mas antigua que la correspondiente de Berceo. Yo no hago memoria sino de *exir* [exire], en Berceo *essir* o *issir*. Me atrevo a decir que las observaciones en sentido contrario preponderan incomparablemente.

Se ha notado que en el Poema del Cid las palabras *muerte*, *fuerte*, *fuent*, *lueñ* son asonantes de *Carriom*, *Campeador*, *amor*, *Sol*, etc.; de donde se ha inferido con mucha probabilidad que el autor pronunciaba *morte*, *forte*, *fonte*, *lon* (longe); formas que se aproximan a la raiz latina o se confunden con ella. Pero no se debe deducir de aqui la mayor antigüedad del lenguaje de este Poema, comparado con el de Berceo, como algunos han pretendido. En las obras de don Gonzalo, segun las tenemos, se lee *muerto*, *tuerto*, *fuerte*, *prueba*, etc. ¿Pero no habrá sucedido con ellas lo que con el Poema del Cid? ¿No habrán mudado los copiantes de Berceo la *ó* en *ué*, siguiendo la pronunciacion de su tiempo? Para que valiese el argumento era necesario refutar es-

ta suposicion, y eso es lo que nadie ha pensado. Si se hubiesen observado cuidadosamente las rimas de Berceo, se habria notado que en ellas este diptongo *ué* rima siempre consigo mismo, y jamas con la *é* pura o con el diptongo *ié*; de manera que restableciendo la primitiva *ó*, subsiste siempre la consonancia. Asi riman *denuestas, descompuestas, cuestas, puestas*, S. Dom. 148; *tuerta, puerta, muerta*, S. Dom. 294; *nuevas; cuevas, pruebas, muevas*, S. Dom. 715; fuera de otros ejemplos en el mismo poema, y a proporcion en los otros. Vemos por el contrario que la antigua forma en *ó*, de palabras donde despues pasó a *ué*, rima alguna vez con la *ó* de palabras que nunca han sufrido esa transformacion:

La una destas, ámbas tan honradas personas,
Tenia enna su mano dos preciosas coronas,
De oro bien obradas; ome non vio tan *bonas*,
Nin un omne a otro non dio tan ricas donas.
(S. Dom. 233).

Yo no creo que un hecho tan notable y tan uniforme pueda explicarse sino en la suposicion de que Berceo pronunciaba *ó*, no *ué*, y de que los copiantes sustituyeron el diptongo a la vocal, escribiendo como ellos estaban acostumbrados a pronunciar. Siguióse luego una época en que la lengua vacilaba entre los dos sonidos; de lo que tenemos abundantísimas muestras en el Fuero Juzgo castellano. Vemos ya en el Alejandro las rimas *cierto, abierto, huerto, muerto, 1222*, y *facedera, fuera, muera, guerrera*, 2064; y en el Arcipreste de Hita ocurre con mucha mas frecuencia esta especie de consonancias. Al fin la lengua retuvo en ciertas palabras la vocal primitiva, desechando el diptongo, como en *conde* (comite), que solia tambien pronunciarse *cuende*; y en otras adoptó definitivamente el diptongo, como en *muerte, fuente*, etc.

Lo que ha parecido a muchos una señal de superior antigüedad en el Cid es la sencillez y desaliño de la frase. Berceo es en jeneral mas correcto, y un tanto mas artificial en la estructura de sus periodos. Pero este es un indicio falaz. La instruccion de un escritor, su conocimiento del latin, que supone ciertas nociones gramaticales, las personas para quienes escribe, y el jénero mismo de la composicion, influyen necesariamente en sus locuciones y frases. ¡Cuántas obras italianas deberian pasar por anteriores a las del Petrarca, si por lo tosco y bárbaro de las construcciones hubiese de fijarse su fecha! En la antigua epopeya narrativa los períodos son jeneralmente cortos, y lo mismo se observa aun en los romances históricos y caballerescos del siglo XVI. Lo mas o ménos determinado del metro no prueba otra cosa que mas o ménos arte en el poeta. Agréguese que el Poema del Cid ha sido horriblemente estropeado por los copian-

tes, a quienes debe imputarse mucha parte de lo que hoi hallamos de incorrecto y rudo en el lenguaje y el metro; como tendré ocasion de probarlo.

Ateniéndonos, pues, a la comparacion de los textos impresos, no encuentro motivo de juzgar mas antiguo el lenguaje del Cid que el de Berceo, sino mas bien al contrario. Pero de aqui no debe inferirse que el Cid se haya compuesto precisamente a mediados o a fines del siglo décimotercio; porque me parece indudable que aun el lenguaje de Berceo, y mucho mas el del Cid, han sido modernizados por los copiantes.

«En Berceo, (ha dicho un distinguido contemporáneo) hai uno que otro verso con trazas de haberse escrito hoi mismo; lo cual no sucede con el Poema del Cid, donde no hai uno solo que al lenguaje hoi usado tanto se acerque:» asercion aventurada. Son bastantes los que podrian citarse en contrario (1).

Otra cuestion previa en que es preciso que nos detengamos un momento, es esta: ¿de qué fecha es el códice que se guardaba en Vivar, único que del Poema del Cid se conoce hasta ahora, y de que se sirvió don Tomas Antonio Sanchez en la edicion de sus Poesías Castellanas anteriores al siglo XV? Los últimos versos del códice dicen que «Per Abbat lo escribió en el mes de mayo. Era de mil CC... XLV años.» Pero despues de la segunda C se notaba una raspadura y un espacio vacio como el que hubiera ocupado otra C, o la conjuncion *e*, que no deja de ocurrir otras veces en igual paraje. Esta segunda suposicion es inadmisible. ¿Qué objeto hubiera tenido la cancelacion de una voz tan usual y propia? ¿Era tan nimiamente escrupuloso en el uso de las palabras el que puso por escrito el Poema? No es imposible que habiendo escrito una C de mas, la borrase. Pero lo mas verosímil es que algun curioso la rasparia, como sospecha Sanchez, para dar al códice mas antigüedad y estimacion; conjetura que se confirma, no solo por la letra, que parecia del siglo XIV segun el mismo Sanchez, sino por el lenguaje, que presenta mu-

(1) De todas cosas, cuantas son de vianda.
El Campeador dejarlas ha en vuestra mano.
Mas decidnos del Cid, ¿de qué será pagado,
O qué ganancia nos dará por todo aqueste año?
Ha menester seiscientos marcos.
Dijo Martin Antolinez, yo deso me pago.
Así como entraron, al Cid besáronle las manos.
Asi es vuestra ventura; grandes son vuestras ganancias.
Notólos don Martino, sin peso los tomaba.
Cinco escuderos tiene; a todos los cargaba.
Estos versos ocurren entre los doscientos primeros.

chas señales de inferior antigüedad al de Berceo, como me parece haberlo probado (1).

No creo, pues, que se pueda admitir como verdadera fecha del códice la que en él a primera vista aparece. Escribióse sin duda en la Era mil trescientos cuarenta y cinco, que corresponde al año 1307 de Cristo.

¿En qué tiempo se compuso el Poema? no admite duda que su antigüedad es mui superior a la del códice. Yo me inclino a mirarlo como la primera, en el órden cronolójico, de las poesías castellanas que han llegado a nosotros. Mas para formar este juicio presupongo que el manuscrito de Vivar no nos lo retrata con sus facciones primitivas, sino desfigurado por los juglares que lo cantaban y por los copiantes, que hicieron sin duda con esta lo que con otras obras antiguas, acomodándola a las sucesivas variaciones de la lengua, quitando, poniendo y alterando a su antojo, hasta que vino a parar en el estado lastimoso de mutilacion y degradacion en que ahora la vemos. No es necesario mucha perspicacia para percibir acá y allá vacios, interpolaciones, trasposiciones, y la sustitucion de unos epitetos a otros, con daño del ritmo y de la rima. Las poesías destinadas al vulgo, debian sufrir mas que otras esta especie de bastardeo, ya en las copias, ya en la trasmision oral.

Que desde mediados del siglo XII hubo uno o varios poemas que celebraban las proezas del Cid, es incontestable. En la Crónica latina de Alfonso VII escrita en la segunda mitad de aquel siglo, introduce el autor un catálogo, en verso, de las tropas y caudillos que concurrieron a la espedicion de Almeira; y citando entre estos a Alvar Rodriguez de Toledo, recuerda a su abuelo Alvar Fañez, compañero de Rui Diaz, y dice de este último que sus hazañas eran celebradas en cantares y que se le llamaba comunmente *Mio Cid*:

Ipse Redericus *Mio Cid* sæpe vocatus,
De quo cantatur, etc.

Se cantaban pues las victorias de Rui Diaz y se le daba el ti-

(1) Despues de escrito el presente discurso ha llegado a mis manos el primer tomo de la traduccion castellana de la Historia de Mr. Ticknor con adiciones y notas criticas por don Pascual de Gayangos. En una nota de la pájina 495 se dice que el códice de Per Abbat fué primero de las monjas de Vivar, y lo poseyó despues el erudito don Eujenio Llaguno y Amirola, quien lo facilitó a Sanchez para su publicacion. «En cuanto a la fecha del códice, añade el señor Gayangos, no admite duda que se escribió en MCCCXLV, y que algun curioso raspó una de las C a fin de darle mayor antigüedad: si hubiese habido una e en lugar de una C, como algunos suponen, la raspadura no hubiera sido tan grande. Punto es este que hemos examinado con detencion y escrupulosidad a la vista del códice orijinal, y acerca del cual no nos queda la menor duda».

tulo de *Mio Cid*, con que le nombra a cada paso el Poema, desde la segunda mitad del siglo XII por lo ménos. Mr. Ticknor conjetura por estos versos que a mediados de aquel siglo eran ya conocidos y cantados los romances de que empezaron a salir colecciones impresas en el siglo XVI. Pero es estraño que no hubiese referido esta conjetura al Poema del Cid, en que es frecuentísimo, y por decirlo asi, habitual el epíteto *Mio Cid*, que no recuerdo haber visto en ninguno de los viejos romances octosílabos que celebran los hechos del Campeador.

Notaré de paso, que la palabra *romance* ha tenido diferentes acepciones en castellano, sin tomar en cuenta su primitivo significado de lengua romana vulgar. Dióse este nombre a todo jénero de composiciones poéticas en castellano: Berceo llama *romance* sus Loores de Nuestra Señora, cop. 232, y el Arcipreste de Hita su coleccion de poesias devotas, morales y satíricas, cop. 4. No es improbable que en España, como en Francia, se designasen particularmente con el título de romances las mas antiguas epopeyas históricas o caballerescas, apellidadas tambien *Gestas* y *Cantares de Gesta*. Pero desde el siglo XV prevaleció la práctica de llamar asi a los narrativos en verso octosílabo y asonancia alternativa, de que están llenos los *Cancioneros*. En el siglo XVII se compusieron en el mismo metro romances sujetivos y líricos, en que se han ejercitado los mejores poetas españoles hasta nuestros dias.

Seria temeridad afirmar que el Poema que conocemos fuese precisamente aquel, o uno de aquellos, a que se alude en la Crónica de Alfonso VII; aun prescindiendo de la indubitable corrupcion del texto, y no mirando el manuscrito de Vivar sino como trascripcion incorrecta de una obra de mas antigua data. Pero tengo por mui verosimil que por los años de 1150 se contaba una *Gesta* o relacion de los hechos de *Mio Cid* en los versos largos y el estilo sencillo y cortado, cuyo tipo se conserva en el Poema, no obstante sus incorrecciones; relacion, aunque destinada a cantarse, escrita con pretensiones de historia, recibida como tal, y depositaria de tradiciones que por su cercania a los tiempos del héroe no distaban mucho de la verdad. Esta relacion, con el trascurso de los años, y segun el proceder ordinario de las creencias y los cantos del vulgo, fué recibiendo continuas modificaciones e interpolaciones, en que se exajeraron los hechos del campeon castellano, y se injirieron fábulas que no tardaron en pasar a las Crónicas y a lo que entónces se reputaba historia. Cada jeneracion de juglares tuvo, por decirlo así, su edicion peculiar, en que no solo el lenguaje, sino la leyenda tradicional, aparecian bajo formas nuevas. El presente Poema del Cid es una de estas ediciones, y representa una de las fases sucesivas de aquella antiquísima Gesta.

Cuál fuese la fecha de esta edicion es lo que se trata de averiguar. Si no prescindiésemos de las alteraciones puramente ortográficas, del retoque de frases y palabras para ajustarlas al estado de la lengua en 1307, y de algunas otras innovaciones que no atañen ni a la sustancia de los hechos ni al carácter típico de la espresion y del estilo, seria menester dar al Poema una antigüedad poco superior a la del códice. Pero el códice, en medio de sus infidelidades, reproduce sin duda una obra que contaba ya muchos años de fecha. Pruébalo así, no la rudeza del metro comparado con el de Berceo, porque este indicio vale poco, sobre todo si se admite, como es de toda necesidad, que el texto ha sido gravemente adulterado en las copias; no la mayor ancianidad de los vocablos y frases cotejados con los de Berceo y de otros escritoresdel siglo XIII, porque esta asercion carece de fundamento, como creo haberlo probado; sino la forma misma de muchas de las palabras alteradas. El Poema no pudo haberse compuesto sino cuando muchas de estas no habian pasado todavía de la vocal *ó* al diptongo *ué*. Esta observacion es de don Tomas Antonio Sanchez, y me parece decisiva. Los copiantes, dando a las palabras la pronunciacion contemporánea, pintando esta pronunciacion en la escritura y haciendo así desaparecer la asonancia, nos dan a conocer que trabajaban sobre orijinales que habian ya envejecido cuando los transcribian.

Otra observacion han hecho algunos en prueba de las alteraciones que habria sufrido el texto segun lo exhibe el manuscrito de Vivar, y es la asonancia de vocablos graves con vocablos agudos, como de *Mensaje*, *partes*, *grandes*, con *lidiar*, *canal*, *voluntad*, y de *bendiciones*, *corredores*, *ciclatones*, con *Campeador*, *Sol*, *razon*. De aquí colijieron que el poeta hubo de haber escrito *lidiare*, *canale*, *campeadore*, *razone*, terminaciones mas semejantes a las del orijen latino y por consiguiente mas antiguas [1]. Pero la verdad del caso es que segun la práctica de los poetas en la primera edad de la lengua, no se contaba para la asonancia la *e* de la última sílaba de palabras graves, sin duda porque se profería de un modo algo débil y sordo, a semejanza de la *e* muda francesa. En efecto, es inconcebible que se haya pronunciado jamas *sone*, *dane*, *yae*, en lugar de *son*, *dan*, *ya*, (sunt, dant, jam); la *e* de la sílaba final hubiera alejado estas palabras de su orijen, en vez de acercarlas. Por otra parte, las obras en prosa nos dan a cada paso *ovier* por *oviere*, *quisier* por *quisiere*, *podier* por *podiere*, *dond* por *donde*, *part* por *parte*, *grand* por *grande;* y no se ve nunca *mase* por *mas* o *mais*, ni *dae* por *da*, ni *dane* por *dan*, ni *yae* por *ya*, como escribieron los

(1) Sanchez vacila en este punto, pero parece mas bien inclinarse a mi modo de pensar. (Tom, I, páj. 224.)

colectores de romances en el siglo XVI, los cuales queriendo restablecer la asonancia que habia dejado de percibirse, añadieron una *e* a la sílaba final de las voces agudas, cuando en rigor debieron haberla quitado a las graves, escribiendo *part, cort, corredor's, infant's*. De esta manera habrian representado aproximativamente los antiguos sonidos débiles y sordos, a que el castellano habia ya dado mas robustez y llenura, cuando ellos escribieron.

En los Cancioneros mismos no figura nunca esta *é* advenediza sino en los finales de los versos, donde los colectores imajinaron que hacia falta para la rima.

De todos modos, la presencia de esta *e* no daria mas antigüedad al Poema del Cid que a muchos de los romances viejos; donde leemos, por ejemplo:

Moriana en un castillo
Juega con el moro Galvano;
Juegan los dos a las tablas
Por mayor placer tomare.
Cada vez que el moro pierde,
Bien perdia una cibdade;
Cuando Moriana pierde,
La mano le da a besare;
Por placer que el moro toma
Adormecido se cae, etc.
(Bibliot. de Aut. Españ., t. X, páj. 3).

La sustitucion de epítetos es una circunstancia mucho mas significativa. Los del Cid son sujeridos frecuentemente, como los de Homero y los Troveres, por las exijencias del metro. Martin Antolinez es *el burgales cumplido* o *el burgales contado*, o *el burgales de pro*, segun lo pide el asonante. Rui Diaz, de la misma manera y por la misma causa, es *Mio Cid el Campeador*, o el *Mio Cid el de Vivar*, o *el que en buen ora einxo espada*, o *el que en buen ora nació*, o *el que en buen ora násco*, o *el de la barba bellida*, etc. Pero sucede a veces que se infrinje la asonancia, poniéndose un epiteto en vez de otro: manifiesta errata de escribiente, que traslada con poco cuidado, o quizá escribe de memoria. Sobre todos estos indicios de infidelidad y las correcciones que sujieren, me propongo tratar en otra ocasion.

Doi pues por sentado, lo que no creo que nadie dispute, que el Poema del Cid se compuso ántes de 1307, fecha del manuscrito de Per Abbat. ¿Pero cuánto tiempo ántes?

Yo no puedo persuadirme de que se compusiese con tanta inmediacion a la muerte del héroe, como se ha creido jeneralmente. Las fábulas y errores históricos de que abunda, denuncian el trascurso de un siglo, cuando ménos, entre la existencia del Campeador y la del Poema. La epopeya de los siglos duodécimo

y décimotercio era en España una historia en verso; escrita sin discernimiento, y atestada de las hablillas con que en todo tiempo ha desfigurado el vulgo los hechos de los hombres ilustres, y mucho mas en épocas de jeneral rudeza; y sin embargo recibida por la jente que la oia cantar (pues lectores habia poquisimos fuera de los claustros), como una relacion sustancialmente verdadera de la vida o las principales aventuras de un personaje. Pero las tradiciones fabulosas no nacen ni se acreditan de golpe, mayormente aquellas que suponen una entera ignorancia de la historia auténtica, y que se oponen a ella en cosas que no pudieron ocultarse a los contemporáneos o a sus inmediatos descendientes. Tal es en el Poema del Cid la fábula del casamiento de las hijas de Rui Diaz con los Infantes de Carrion, y todo lo que de allí se siguió hasta su matrimonio con los Infantes de Aragon y de Navarra. Echase de ver que el autor del Poema ignoró la alta calidad de doña Jimena, la esposa del héroe, y los verdaderos nombres y enlaces de sus hijas. Sus Infantes de Carrion son tan apócrifos como los de Lara, de no menor celebridad romancesca. Que se exajerasen desde mui temprano el número y grandeza de las hazañas de un caudillo tan señalado y tan popular, nada de estraordinario tendria; pero es difícil concebir que poco despues de su muerte, cuando uno de sus nietos ocupaba el trono de Navarra, y una biznieta estaba casada con el heredero de Castilla; cuando aun vivian acaso algunos de sus compañeros de armas, y muchísimos sin duda de los inmediatos descendientes de estos se hallaban derramados por toda España, se ignorase en Castilla haber sido su esposa una señora que tenia estrechas relaciones de sangre con la familia reinante, y haber casado la menor de sus hijas, no con un infante aragones imajinario, sino con un conde soberano de Barcelona, que finó treinta y dos años despues de su suegro.

Algunos habrá que se paguen de los efujios a que apelaron Berganza y otros para conciliar las tradiciones poéticas del Cid con la historia; suponiendo, entre otras cosas, que el Cid se casó dos veces, y que cada una de sus hijas tuvo dos nombres diferentes. Pero todo ello, sobre infundado y gratuito, es insuficiente para salvar la veracidad de los romances, crónicas y gestas, que reconocen un solo matrimonio del Cid, y dan un solo nombre a cada una de sus hijas.

En otra ocasion procuraré separar lo histórico de lo fabuloso en las tradiciones populares relativas al Cid Campeador, y refutar al mismo tiempo los argumentos de aquellos que echando por el rumbo contrario no encuentran nada que merezca confianza en cuanto se ha escrito de Rui Diaz y hasta dudan que haya existido jamas.

Creo en fuerza de lo dicho que el Poema del Cid hubo de com-

ponerse poco ántes o despues de 1200, y ciertamente ántes de espirar la primera mitad del siglo XIII. Este juicio sujerido por el cotejo de los hechos narrados en el Poema con la verdadera historia, se comprueba en parte por un dato cronolójico en el verso 1201, donde se hace mencion del *rei de los Montes Claros;* título que dieron los españoles a los príncipes de la secta y dinastía de los Almohades. Esta secta no se levantó en Africa hasta mui entrado el siglo XII, ni tuvo injerencia en las cosas de España hasta mediados del mismo siglo; y así un autor que escribiese por aquel tiempo o poco despues, no podia caer en el anacronismo de hacerlos contemporáneos del Cid y de Juseph, miramamolin de la dinastía de los Almoravides, derribada por ellos.

En la *Castilla* del Padre Risco, a la pájina 69, se cita un dictámen del distinguido anticuario don Rafael Floranes: el cual, dice Risco, «advirtiendo que en el *Repartimiento de Sevilla* del año 1253, que publicó Espinosa en la Historia de aquella ciudad, se nombraba entre otros a *Pero Abat*, Chantre de la clerecía real, llegó a persuadirse que no fué otro el autor del Poema, atendido el tiempo, el oficio de este sujeto, y el buen gusto de don Alfonso IX y del santo rei don Fernando su hijo.» Segun esto, Per Abbat no es el nombre de un mero copista sino el del autor, y el manuscrito lleva la fecha de la composicion, no de la copia. Pero ¿será esa fecha la de 1207 que corresponde a la Era MCCXLV, que parece ser la del códice, o la del año 1307 correspondiente a la Era MCCCXLV, que segun lo arriba dicho es la única que puede aceptarse? La primera no convenia a Floranes, que por otro dato de que luego hablarémos, no creia que el Poema del Cid se hubiese compuesto ántes de 1221. Pero la segunda dista demasiado de la época del Repartimiento. Para obviar esta dificultad supuso Floranes que la *Era* del manuscrito no significaba la Española, sino la vulgar del nacimiento de Cristo, que cuenta, como todos saben, 38 años ménos. Compúsose, pues, el Poema, segun Floranes, en el mes de mayo del año de 1245.

Esta opinion ha tenido pocos secuaces. Militan contra ella, no tanto las señales de superior antigüedad del Poema, que, en rigor, no son decisivas, cuanto la sospechosísima raspadura, y la conversion de la *Era* en el año de Cristo, contra la costumbre jeneral de aquel tiempo. La semejanza de nombre y apellido no es argumento de bastante fuerza contra dificultades tan graves. Ejemplos de igual semejanza, sin identidad personal, eran comunísimos en España por la poca variedad de los nombres propios que se usaban, y porque muchos de ellos eran hereditarios y estaban como vinculados en ciertas familias. Por lo demas, las palabras mismas del códice manifiestan que allí se trata de una

copia, pues un mes (como observa Sanchez) era tiempo bastante para trascribir el Poema, no para componerlo (1).

Hai aquí otra coincidencia digna de notarse. Don Tomas Antonio Sanchez, en una nota a la copla 1016 del Arcipreste de Hita, dice que Ortiz de Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*, con la autoridad de Argote de Molina en su Introduccion al *Repartimiento* manuscrito, refiere que Nicolas de los Romances y Domingo Abad de los Romances fueron poetas del santo rei don Fernando y que ambos quedaron avecindados en Sevilla. Mr. Ticknor [p. 116 del tomo primero] da con mas especificacion, aunque con alguna variedad, la misma noticia. Sienta que San Fernando, despues de la conquista de Sevilla en 1248, dió repartimientos a dos poetas que le habian acompañado durante el sitio, Nicolás de los Romances, y Domingo Abad de los Romances; el primero de los cuales permaneció en aquella ciudad algun tiempo despues, ejerciendo allí su profesion de poeta. Y añade por nota lo que sigue. «Hai suficiente fundamento para creerlo así, aunque el hecho mismo de darse a una persona por apellido la especie de poesías que componia, no deja de ser singular. Ortiz de Zúñiga dice que lo halló en los documentos orijinales de los Repartimientos, de que se habia servido Argote de Molina, y en escrituras del archivo de la Catedral. Los Repartimientos o distribuciones de tierras en una ciudad, de que, como refiere Mariana, emigraron o fueron espelidos cien mil moros, no eran poca cosa, y los documentos que atestiguaban esta reparticion parecen haber sido circunstanciados y exactos.» Que un Pedro Abad fuese copista de romances en 1307 y un Domingo Abad los compusiese orijinales hácia el año de 1250, puede preocupar a primera vista; pero se esplica fácilmente en la suposicion de una familia que tuviese el sobrenombre *Abad*. Lo que me parece importante y significativo es el apellido *de los Romances*. Vése por él que estas composiciones daban cierta celebridad a los poetas en la primera mitad del siglo XIII. ¿Pero se trata aquí de los romances octosílabos que se recopilaron mucho mas tarde, o de los *Cantares de Gesta*, como el Poema del Cid? Mr. Ticknor se inclina a lo primero. Yo, admitiendo que la palabra significaba en aquella edad una especie de poesía popular, creo que esta calidad era tan característica de los Cantares de Gesta como de los Romances viejos, y que la forma octosílaba de la epopeya narrativa, de que no creo que existan monumentos anteriores al siglo XV, no era conocida en tiempo de San Fernando, y de don Alonso el Sabio su hijo. En realidad el romance octosílabo nació de la

(1) En una nota anterior he citado el testimonio de un intelijente anticuario, el señor Gayangos, que tiene por indubitable la raspadura de la C.

antigua epopeya en versos largos, como procuraré probarlo a su tiempo. Ni *juglar* o *juglaresa* significaba precisamente cantor o cantora de los romances octosílabos, que Mr. Ticknor llama baladas *(ballads)*. «Los caballeros» dice la lei 20, titulo 21, partida segunda, «non consentien que los *juglares* dijesen ante ellos otros *cantares*, si non de guerra o que fablasen en fecho de armas;» esto es, Cantares de Gesta como los del Poema del Cid, que segun ahora lo tenemos, se divide en tres secciones o cantos, llamados alli mismo *cantares*. La segunda de estas secciones termina asi:

Las coplas dest' *cantar* aquí s'van acabando:
El Criador vos vala con todos los sos Sanctos.
(V. 2287 y 2288).

Berceo dijo a Santo Domingo de Silos :

Padre, entre los otros a mi non desampares,
Cá dicen que bien sueles pensar de tus joglares.
(776)

De manera que se llamaban *juglares* los que cantaban todo jénero de poesias narrativas, y aun todo jénero de poesias. Tal fué tambien el significado de *jongleurs* en frances. Los Cantares de Gesta, de que tambien se hace mencion en la Crónica Jeneral atribuida a don Alonso el Sabio, solian así mismo denominarse *Gestas* segun se vé por el principio de la segunda seccion o *Cantar* del Poema del Cid:

Aquí s' compieza la Gesta de Mio Cid el de Vivar.
(V. 1099.)

Por donde aparece que el verdadero título del Poema es *La Gesta de Mio Cid*. Y por aqui se vé tambien (dicho sea de paso) el jénero de composicion a que pertenece la obra, el de las *Gestes* o *Chançons de Geste* de los trovadores franceses.

Floranes insistió particularmente en los versos siguientes, que están al fin del Poema :

Ved cuál ondra crece al que en buen hora nació,
Cuando señoras son sus fijas de Navarra e d' Aragon:
Hoi los reyes de España sos parientes son:
A todos alcanza ondra por el que en buen hora nació.

En la edicion de Sanchez se lee *todas*, en lugar de *todos;* errata manifiesta, sea del manuscrito o del impreso, porque este adjetivo no puede referirse sino a *reyes*.

Parece colejirse de estos versos haberse compuesto el Poema despues que todas las familias reinantes de España habian emparentado con la descendencia del Cid. Ahora bien; la sangre de

Rui Diaz subió al trono de Navarra con don García Ramirez, nieto del Cid, que recobró los dominios de sus mayores en 1134. Entró en la familia real de Castilla el año 1151 por el casamiento de Blanca de Navarra, hija de don García Ramirez, con el infante don Sancho, hijo del emperador don Alonso, y heredero del reino. De Castilla la llevó a Leon en 1197 doña Berenguela, hija del rei don Alonso *el de las Navas*, que fué hijo de los referidos Sancho y Blanca; y a Portugal doña Urraca, que casó con el monarca portugués Alonso II, cuyo reinado principió en 1212 (1). Y los reyes de Aragon no entroncaron con ella hasta el año de 1221 por el matrimonio de don Jaime el Conquistador con Berenguela de Castilla. Por consiguiente el Poema no pudo ménos de componerse despues de 1221, segun la conclusion de don Rafael Floranes.

Pero es preciso apreciar este argumento en lo que realmente vale. No se debe deducir de los versos citados la verdadera edad de la composicion segun los datos de la historia auténtica, sino segun las erradas nociones históricas del poeta, cualesquiera que fuesen. Si el poeta creyó que la descendencia del Cid se habia enlazado con la dinastía de Aragon desde el siglo undécimo, por el supuesto matrimonio de una de las hijas del Cid con un infante aragonés, claro está que la data verdadera del enlace de las dos familias no puede servir para fijar el tiempo en que se escribió el Poema. Y descartada esta fecha, es preciso confesar que no valen gran cosa las otras. Porque habiendo creido el poeta que la sangre del Cid ennoblecia desde el siglo XI dos de los principales tronos de la España cristiana, el de Aragon y el de Navarra, los enlaces repetidos de las varias familias reinantes de la Península le daban suficiente motivo para colejir vagamente que en el espacio de 80 o 100 años habrian emparentado todas ellas con la descendencia del Campeador, sin pensar en matrimonios ni épocas determinadas. La consecuencia lejítima que se puede deducir de aquellos versos no seria mas que una repeticion de lo que arriba he dicho. Es preciso que entre ellos y la muerte del Cid haya trascurrido bastante tiempo, para que tantos hechos exajerados o falsos pasasen por moneda corriente.

Por otra parte, me inclino a creer que el Poema no se compuso mucho despues de 1200, y que aun pudo escribirse algunos años ántes, atendiendo a las fábulas que en él se introducen, las cuales están, por decirlo así, a la mitad del camino entre la verdad histórica y las abultadas ficciones de las Crónicas *Jeneral* y *del Cid*, que se compusieron algo mas adelante. El lenguaje, cier-

(1) La fecha de este matrimonio debió de ser en 1208, que es el año en que segun Floranes entró la sangre del Cid en la familia real portuguesa.

tamente, segun lo exhibe el códice de Vivar, no sube a una antigüedad tan remota; pero ya hemos indicado la causa.

Resumiendo lo dicho hasta aqui, resulta:

1. Que el códice de Per Abbat se escribió en 1307.

2. Que Per Abbat no fué autor del Poema, sino mero copiante.

3. Que el códice de Per Abbat es un ejemplar incorrecto de una obra de superior antigüedad.

4. Que la fecha del poema, considerados los hechos que refiere, su tipo artistico, y lo que por entre las innovaciones de copia se columbra del lenguaje en que estaba escrito, puede colocarse con bastante verosimilitud poco ántes o despues de 1200.

Sobre quién fuese el autor de este venerable monumento de la lengua, no tenemos ni conjeturas siquiera, excepto la de don Rafael Floranes, que no ha hecho fortuna. Pero, bien mirado, el Poema del Cid ha sido la obra de una serie de jeneraciones de poetas, cada una de las cuales ha formado su texto peculiar, refundiendo los anteriores, y realzándolos con exajeraciones y fábulas que hallaban fácil acojida en la vanidad nacional y la credulidad. Ni terminó el desarrollo de la leyenda sino en las Crónicas Jeneral y del Cid, que tuvieron bastante autoridad para que las adiciones posteriores, que continuaron hasta el siglo XVII, se recibiesen como ficciones poéticas y no se incorporasen ya en las tradiciones a que se atribuia un carácter histórico.

Resta clasificar esta composicion, y fijar el lugar que le corresponde entre las producciones poéticas de la Media Edad Europea. Sismondi la llama el poema épico mas antiguo de cuantos se han dado a luz en las lenguas modernas; comparándolo sin duda con los de Pulci, Boyardo y Ariosto. Pero no debemos clasificarlo sino con las leyendas versificadas de los *troveres*, llamadas *Chançons*, *Romans* y *Gestes*. Su mismo autor, dándole el titulo de *Gesta*, ha declarado su alcurnia y su tipo. Mas ántes de pasar a este asunto, me hallo obligado a discutir otros puntos en que tengo el sentimiento de no poder adherir a las opiniones de Mr. Ticknor.—*(Continuará.)*

ANDRES BELLO.

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

NOVELA ORIJINAL.

II.

Aquella estancia, amueblada con ríjida modestia acusaba la mano cuidadosa de algun ser dilijente que, en fuerza de incesantes cuidados, habia conseguido dar a los muebles viejos ese agradable aspecto de limpieza que constituye el lujo de las jentes pobres. Dos gruesos sofaes de crin negro, de los que aun quedan entre nosotros algunas muestras para atestignarnos que nuestros padres eran ménos exijentes en materia de comodidades, de aquellos sofaes duros y severos que parecen oponerse a todo hábito social, fabricados ántes de la invencion de los resortes elásticos, se hallaban el uno en frente del otro, como para estimularse con la rivalidad a no desamparar cobardemente el puesto que por tan largo tiempo habian ocupado con honra de sus fabricantes y crédito de ellos mismos. Algunas sillas flacas y mezquinas, haciendo juego con los sofaes, alineadas estrictamente por delante de la pared blanqueada, parecian mas bien una defensa de esta que querer brindarse a la comodidad del visitante. Dos mesas de arrimo se hallaban colocadas al lado de

12

la ventana que daba sobre el primer patio de la casa. Sobre una de ellas habia una de esas obras de escultura, que pueden, en defecto de otra voz, llamarse estátuas, representando un San Antonio, rodeado de toscas y descoloridas flores artificiales que parecian los primeros esfuerzos de ese arte, llegado en el dia a su apojeo de perfeccion: el santo, vestido con lujo, mostraba una cara gorda y lustrosa, alegre y retozona en medio de su aureola de flores. El artista, autor de aquel esfuerzo, queriendo sin duda mostrar en el esterior el contento y tranquilidad que debemos suponer en el alma de todo bienaventurado, parecia haber puesto particular empeño en dar al rostro aquel aspecto de gloriosa salud que caracteriza a todas las imájenes de esa especie. Sobre la otra mesa habia dos candelabros de estaño, esmeradamente limpios, y dos mates con sus respetables bombillas de carrizo, indicando los gustos de las personas de la casa; así como en la otra mesa se acreditaban sus devotas creencias.

Aquella pieza recordaba mui bien nuestras viejas costumbres, ahuyentadas de la capital por el lujo europeo. Allí todo respiraba la vida sencilla y sin aspiraciones, los goces pacíficos y naturales de la jente de provincia. Todo estaba en armonía con el aspecto del amueblado. Al lado de una mesa cubierta con su tapiz de lana, se hallaban sentados dos hombres y una señora de alguna edad, ocupados en la clásica malilla: sus rostros serenos tenian el sello de la vida inocente del campo; vida sin amargas ni angustiosas tribulaciones, si bien privada de la brillante ostentacion de las grandes sociedades. Clara se encontraba con otra jóven al lado de una mesita con dos velas de cebo, cociendo y conversando a la vez. A nuestra entrada, Clara me hizo mui cordial acojida, pidiéndome una larga permanencia en su casa.

—Esta es Elisa, me dijo al oido Márcos, mostrándome la jóven que yo habia visto junto a su hermana.

La niña revelaba, en efecto, por la espresion de su rostro las prendas morales con que Márcos la habia pintado al describírmela; era pequeña y delicada, de hermosos cabellos castaños, con ojos de un azul claro de indecible dulzura: su tez algo morena, tenia ese colorido meridional tan apreciado en Europa. El pecho bien torneado hacia valer la finura de su talle, dócil, del-

gado y redondo: las cejas algo pobladas y cierta dureza en la espresion de sus rosados lábios desmentian hasta cierto punto la anjelical dulzura de sus ojos, dándola un aire de resolucion adorable por la delicadeza de su persona. Dos gruesas y largas trenzas caian sobre sus espaldas, ostentando ese lujo de cabellos tan jeneral en las mujeres chilenas. La frente espaciosa y tersa tenia el contorno que acusa una intelijencia despejada y rápida; cubierta a veces por una nube de melancolía, fijaba la vista del observador al alzarse llena de noble majestad. Vestida sin elegancia y con las modas siempre atrasadas de las provincias, Elisa me pareció una de esas piedras preciosas que recrean la vista a despecho de un engaste antiguo y de mal gusto.

Clara, despues de haber hablado conmigo largo rato y haberme preguntado por sus amigos de Santiago, se dirijió a su hermano diciéndole:

—Márcos ¿qué hai de Ismael?

Este nombre de Ismael se presentaba por segunda vez a mi curiosidad rodeado de cierto interes, talvez el de ser desconocido. Al oirlo, Elisa pareció fuertemente ajitada y sus mejillas palidecieron. Márcos se mostró contrariado por el efecto de aquel nombre: al parecer sus teorías de indiferencia no pasaban al campo de la práctica.

—No sé, no le he visto hoi. contestó, apresurándose a dirijir la palabra a Elisa sobre otro asunto.

—Quien es Ismael, pregunté a Clara valiéndome de la confianza que me daba nuestra antigua amistad.

—Sin duda lo hà conocido V, en el colejio, me respondió ella.

—No recuerdo, repliqué; mas la puedo asegurar que por varias palabras de Márcos y la pregunta de V. ahora, siento curiosidad por saber algo de este personaje, que a lo que creo es un enigma para muchos.

—Ismael es un jóven que ha venido aquí hace seis meses, se cree enfermo y tiene mucho cuidado con su salud. Aquí tenemos mucha amistad por él, pues tiene cierto aire de sufrimiento que a todos inspira interes. Por lo demas es de carácter dulce, siempre pensativo, cuando no triste y abatido.

—V. aumenta mi curiosidad la dije, y ya tengo mil deseos de conocer a su amigo.

—Hace ya algun tiempo que no viene aquí, me dijo Clara.

—Márcos me ha dicho el motivo, dije, y esto es lo que mas me llama la atencion sobre él.

—Es un paso que dice mucho en favor de su delicadeza, replicó ella; ha visto que inspiraba un amor al cual no podrá corresponder, y se ha retirado.

—Su amigo me está pareciendo un rabioso misántropo, esclamé.

—No enteramente, pues no huye la sociedad.

—¿Y por qué evita el amor?

—Ah, ese no es secreto mio, dijo Clara.

—¿Hai secreto? pregunté yo admirado.

—Sí, un secreto, del cual yo solo he sospechado una parte.

—Veo que U. me vá a regalar una curiosísima historia.

—No ahora, dijo ella, porque estoi en marcha de descubrimientos; pero si me parece que será pronto.

—Tanto mejor porque mi curiosidad sube de punto, la dije despidiéndome para retirarme.

En la noche me acosté naturalmente preocupado con la idea de aquel jóven, cuyo solo nombre encerraba ya para mí todo un drama que, en la ignorancia completa en que me hallaba de sus antecedentes, mi imajinacion quedaba libre de arreglar a su antojo. Desde esa noche conté con uno de esos episodios sombríos de la vida social, ocultos bajo la tranquila superficie de la vida de provincia; alentándome para amenizar mi permanencia en aquel pueblo, la idea de haber encontrado un hombre que todos rodeaban de misterio, que en todos los corazones despertaba simpatías, viviendo solo en medio de una poblacion tan ajena de romanticismo.

Al dia siguiente Márcos me condujo a visitar a un amigo de ámbos, y que yo habia manifestado deseo de ver.—Aquí encontrarás tambien a Ismael, me dijo; es primo de la familia y a estas horas casi siempre se le halla en la casa.—En efecto, al entrar divisé reclinado en un sofá a un jóven que mas bien parecia una bella estátua que un ser viviente; a nuestra vista se inclinó saludándonos con indecible majestad. Despues de nuestras primeras conversaciones mis ojos examinaron con curiosidad a Ismael.

Era un jóven de 25 años que llevaba en todas sus facciones el sello de prolongados sufrimientos. Sus grandes ojos negros, de largas y crespas pestañas, rodeados de una sombra oscura, revesaban amargos contrastes, combatidos acaso con la fuerza de una alma de héroe. Largos y sedosos cabellos negros caian por detras de sus pequeñas orejas, despejando una frente majestuosa y prestando a su rostro de estremada palidez, el aire sombrio de un héroe de Byron: sobre esa frente hermosisima, marcada por precoces arrugas, se leia todo un poema de dolor. Imposible parecia al verlo, al observar la melancolia de su mirada, que aquel jóven no fuese uno de esos seres que gozan el triste privilejio de sentir en mayor grado que el comun de los hombres, y de guardar en el alma el rastro profundo que grava el sentimiento. Toda su persona ademas se hallaba en perfecta armonia con la ideal belleza de su rostro. Manos blancas y pequeñas, pié delgado, hermoso porte, voz sentida y melodiosa, toda parecia haberse reunido a porfia para formar de Ismael uno de esos hombres que atraen las miradas donde quiera que pasan. Fuera de esto el fisiolojista nada podia descubrir del verdadero individuo, pues era casi imposible suponer por un momento en aquel melancólico semblante, la paz de la indiferencia, ni la rosada alegria de los años de la adolescencia. El dolor, como el jénio del mal, parecia haberse propuesto la destruccion de tan acabada obra del Creador, como si aquel poético rostro le recordára los ánjeles, sus enemigos del cielo.

—Aqui me tienen UU. nos dijo nuestro amigo trabajando por hacer distraerse a este caballero; pero no he visto, añadió mirando con cariño a Ismael, ser mas caprichoso que un misántropo y que por demas se cree enfermo.

Ismael se sonrió con tristeza.

—Dáme buena salud y me verás alegre, dijo con el acento de una persona que cree llevar en sí el jérmen de una muerte temprana. UU., dijo volviéndose a nosotros y levantándose de su asiento, UU. que abandonan hoi una esperanza para saludar mañana otra mas risueña talvez; que esperan algo del porvenir cuando lo analizan sin temblar, no comprenderán la tristeza del que vé escapársele la vida cuando quisiera asirse a ella con todas sus fuerzas. Hai mucha diferencia de un hombre que, confiado

en su buena salud, forma proyectos para la vejéz, a otro que se cree atacado por un mal incurable, y que por único deseo, por único problema, busca el modo de prolongar su existencia.

Aquellas palabras, pronunciadas con el acento mas sencillo, resonaron en nuestros oidos como el eco de una campana fúnebre. No obstante su aparente tranquilidad, habia en el timbre de la voz algo del que siente su vida agostada casi en flor, cuando la naturaleza parecia haberlo dotado para una completa y larga felicidad en la tierra. Mi imajinacion se preguntaba en vano la causa que podia haber amagado tan rica naturaleza: un hombre que podia hacer palidecer a las mujeres al presentarse en un salon.

—Yo tengo para mí, dijo Márcos, que el que divisa un fin cercano debe gozar del cuarto de hora que la suerte le abandona y combatir cuerpo a cuerpo con el placer: enamórate y nuevas ideas te dejarán, lo aseguro, libre de tu mal imajinario.

—Cuenta a un injeliz condenado a muerte las bellezas del dia siguiente a su suplicio, dijo dirijiéndose a Márcos. Me hablas del placer ¿en dónde se halla? ¡El amor! añadió despues de una pausa e imprimiendo a su labio inferior el sello del mas amargo desencanto; he pasado ya los veinte años y en lugar de sonetos solo podria inspirarme una elejía fúnebre: es una bella planta que se vicia en ciertas almas, esterilizando el terreno que la snstenta. Hai imbéciles, los que el cielo maldice dotándolos de una sensibilidad exajerada, que juegan sobre una sola carta el tesoro de toda su vida. Colocad vuestro amor todo sobre un corazon de mujer y hoi creeréis que vuestro caudal se ha aumentado con el inmenso tesoro que esa mujer os vuelve: entónces negais la mujer para cantar el ánjel. Mañana cambia el naipe y os hallais arruinado, retorciéndoos bajo el peso de un dolor espantoso; una de esas pérdidas morales que nos privan para siempre de los medios de rehacernos, y en la que ni tan solo queda el recurso de quejarse de su miseria; debiendo considerarnos aun bastante felices cuando podemos en este naufrajio salvar el orgullo. Lo que hai de terrible en estas verdades, es que por su frecuencia han llegado a hacerse triviales, y que en esta lucha, en la que a su vez las mujeres pueden decir otro tanto, no toman en cuenta el fondo de conformidad con que el cielo las ha dotado a profu-

sion. Un hombre que fracasa en su primer amor, cuando este se ha apoderado bien de toda su alma, lo que por desgracia sucede casi siempre en la juventud, no es despues mas que un triste depósito de recuerdos, un pobre loco que acaricia siempre una quimera de dolor que le bebe la sangre adormeciéndolo. Algunas miradas, cuyo fuego se conserva en el fondo del pecho; ciertas frases incoherentes que hablan de un amor desvanecido; el eco de una voz querida, vibrando a todas horas en los jiros del viento; el hastío y el desconsuelo por todas partes: hé ahí las tristes reliquias de los brillantes arrobatamientos de la juventud, el legado que la realidad nos deja cuando se encarga de realizar las magníficas promesas de la esperanza.

—¿Y en caso de no ser engañado? preguntó Mércos a Ismael.

—En ese caso se es feliz todo el tiempo que se puede.

—Ademas, señores, tengo para mí que la mujer que en nuestro primer amor nos engaña, nos hace un verdadero bien, dijo Márcos con su filosófica sonrisa.

—Ah! ah! dijimos nosotros esperando aquel raciocinio.

—Precisamente, prosiguió él, UU. saben que todos los objetos fabricados con tierra necesitan, para servir despues, estar sometidos a una operacion preliminar que llaman cura, voz ignorada por la Academia; pues bien, el corazon, fabricado con la misma materia necesita esa primera picadura del dolor para prepararse a la vida, al movimiento y a los contrastes. Sin esta cura moral se romperia a cada contratiempo. Ademas la mujer tiene un lado escusable.

—¿Cuál? preguntamos todos a la vez.

—Ignora la profundidad del mal y no se figura que por tan trivial incidente un hombre haya de convertirse en Magdalena.

—Y, seamos francos, dijo el dueño de casa, en los tiempos que alcanzamos las penas de amor no van mas allá de una noche de insomnio.

Con esta observacion Ismael palideció en estremo, dibujándose en sus labios una sonrisa de ironía; su frente como abatida por el pesar, se inclinó cual una flor agostada por el estio; mas levantóla mui pronto, pareciendo vergonzoso haber cedido a un sentimiento profundo.

—Es cierto, dijo pensativo, en el dia nadie se muere de amor:

el consuelo, palabra casi fabulosa para ciertas organizaciones que jamás cicatrizan de una herida, es un fruto al alcance de la mano del que quiera tomarlo.

—Y si así no fuese, ¡pobre humanidad! esclamó Márcos con aire malicioso.

—Para suplir la impotencia de sentimiento, continuó Ismael, se ha inventado el ecepticismo amoroso, que resuelve con risa los casos que no alcanza a comprender.

—Eso nó, dijo Márcos; creo que todos pueden comprender hasta la quinta esencia de la pasion, pero por fortuna solo en teoría.

—Por ejemplo, uno de esos infelices de que hablaba hace un instante haria ecepcion a tu regla, replicó Ismael: es cierto que si al despertarse con la realidad, despues de haber soñado en el amor toda una vida de delirantes trasportes, viniese a contarnos que hai sufrimientos morales que consumen como una calentura, se espondria a que se riesen en sus barbas.

—Por supuesto, esclamó Márcos.

—El señor, dijo Ismael, mostrando a nuestro incrédulo amigo, es el modelo de la époea, el patron a que debian modelarse todos los que ambicionan ser felices.

—Y ¿por qué? preguntó el dueño de casa.

—Porque sabe poner en práctica esa vieja máxima que coloca la obligacion ántes que la devocion. Para él el amor es una especie de asociacion para el porvenir; quiere poner su capital en una especulacion segura para que el tiempo le vuelva crecidos intereses de felicidad: lo toma como una de esas viejas pesetas españolas que es preciso mirar por todos lados ántes de recibirla.

—Cierto, esclamó Márcos. Pero tú que estás dogmatizando sobre esta materia ¿cómo has sentido el amor?

—¿Yó? esclamó Ismael como una persona herida de improviso, no sé, no he tenido nunca una pasion!...

—Sin duda, dije a Márcos cuando nos hallamos de vuelta en su casa, algun desgraciado aeontecimiento ha destruido la felicidad de ese pobre jóven: no creo que solo una enfermedad pueda dar a sus palabras la amargura del descontento.

—En cuánto a la enfermedad física, creo que no es sino una

fuerte aprehension; mas, creo tambien como tú que hai algun pesar profundo que lo consume, ¿cuál es? lo ignoro, pues no conozco su vida, y todos se hallan en el mismo caso respecto a él por su inalterable reserva. Sé solamente que hace cerca de un año que ha vuelto de Europa donde fué, segun él, por mejorar su salud: mui poco o nada nos ha dicho de sus viajes, limitándose, aun en el seno de la confianza, a ese círculo de noticias que dan todos los viajeros. Su padre, que hace cinco años era mui pobre, posee ahora una brillante fortuna con una herencia que ha recibido, y mas que todo, con varias especulaciones arriesgadas de aquellas que son un disparate cuando se yerran y un rasgo de jenio cuando llegan a buen fin: es el caso de Waterloo que sin Blucher era un esfuerzo sublime y que el malvado prusiano convirtió en chambonada. Ademas Ismael y una jóven hermana suya componen todos los herederos de la fortuna del padre....

En la noche de aquel dia nos hallábamos reunidos en casa de Clara las mismas personas del dia anterior. Los jugadores de malilla ocupaban sus puestos en las mismas actitudes con esa regularidad que hace de la vida de provincia una existencia sistemada y sujeta a un réjimen tan invariable como los trabajos de una oficina. Preguntándome el secreto de aquella jente que no conoce el fastidio y que sin embargo divisan para el dia siguiente, las mismas emociones, iguales tareas y pasatiempos que el dia anterior, me convencí de que el hombre es como ha dicho no recuerdo quien, «un animal de hábito»; y que acaso nuestra pretendida tristeza, nuestro contínuo descontento, provienen solo del modo vicioso como abrazamos la vida, lanzándonos en busca de imajinarias felicidades, corriendo desatinadamente tras mil creaciones quiméricas de nuestro mal guiado espíritu, en vez de conformarnos a jirar en el círculo de la mediocridad, formando del hábito una segunda naturaleza. Rousseau habria sin duda citado como ejemplo, ciertas peculiaridades de nuestras antiguas e ignorantes costumbres, para rebatir a sus adversarios en la controversia sobre la civilizacion y la ignorancia, si, salvando las escepciones que en todo jénero de cosas figuran, hubiese podido estudiar la patriarcal sencillez de nuestros padres.

En aquella sala, no obstante, tan tranquila en apariencia; allí donde las escenas se sucedian iguales y monótonas, cubiertas

con el velo de una paz monacal, jerminaban, desarrollándose lentamente, las pasiones que no conocen valla que las impida apoderarse del corazon. El amor, al que pueden aplicarse los hermosos versos de Malherbe sobre la muerte, habia plantado tambien allí su pendon invasor, infundiendo cierta ajitacion sorda a los callados episodios de aquel hogar doméstico. Elisa, la suave criatura, cuyo tipo meridional acusaba la fogosa impetuosidad de las pasiones, desarrolladas en su alma con la casta espontaneidad que revelaba por sus ojos, era uno de los personajes de aquel grupo de familia, que vivia ajitado en medio de la calma, pesaroso en medio del contento bienaventurado de la pequeña sociedad. Su corazon, abierto a las caricias melancólicas de un amor secreto, envuelto en esa atmósfera de poéticos desvíos que los caprichos del primer amor esparcen en torno de la mujer, cuando con la poesía de su esencia responde a la poesía del sentimiento que la ajita, su corazon, decimos, como una arpa eólica vibraba melodiosamente a influjos de una esperanza, tan pronto acariciada como un sueño venturoso, rechazada despues como una voz engañadora, cuya perfidia se conoce. El nombre de Ismael, resonando en sus oidos, despertaba, a juzgar por su semblante, infinitas emociones, diversos y encontrados sentimientos, que, ora cubrian de encarnado el moreno color de su fresca mejilla, ora, perdida la esperanza, sucedia la tímida palidez del desaliento a la rosada tinta de un contento fugaz. Este amor, nacido bajo el único poder de la simpatía, como las flores del campo brotan lozanas sin mas riego que el agua del cielo; pasion solitaria, profunda, que no habia echado raices en su pecho por la fuerza de una galantería brillante, sino que se alzaba irresistible por el imperio de un poder misterioso, hacia de la jóven una de esas criaturas divinas de sentimental belleza.

Márcos, por otra parte, aunque de aquellos hombres que en apariencia sienten el amor con plena libertad de espíritu, que analizan y dominan sus sentimientos, guiándose, no por el corazon sino por la voluntad; sentíase herido en su orgullo de hombre, no obstante sus pretensiones a la indiferencia, mostrándose incómodo con la impresion que el solo nombre de Ismael parecia producir en la jóven Elisa.

Fácil me fué hacer estas observaciones durante aquella no-

che en que, simple espectador de los preliminares de un drama que se preparaba, me entregué al exámen de los héroes que debian figurar en él.

—He visto a su amigo Ismael, dije a Clara, miéntras Elisa y Márcos conversaban distantes de nosotros.

—¿Y qué le ha parecido?

—Realmente mui digno de interes, la contesté.

—Márcos, todos sus amigos y yó hemos trabajado mucho por alegrarlo, sin obtener mas que una tranquilidad aparente, desmentida por su invencible tristeza.

—Creo, dije, que en él la enfermedad no es mas que un pretesto para justificar su tristeza a los ojos de los otros y ahuyentar a los curiosos.

—Quién sabe! murmuró Clara pensativa.

—Al verlo, y sobre todo, despues de oirlo hablar, he pensado que era imposible que no hubiese en la historia de su vida algun acontecimiento desgraciado, orijen de su melancolia.

—¿Como cuál? me preguntó Clara.

—Un amor, por ejemplo, contesté.

—Soi tambien de su opinion, dijo ella, y le diré a U. por qué. Estando en el colejio, tuve, como todas, una amiga de predileccion, la que siempre he querido con la mas sincera amistad: Laura, este es el nombre de mi amiga, era de mi edad y a los diez y siete años, de una belleza admirable: nada en mi vida he visto de mas acabado ni mas perfecto que su fisonomia, sus facciones y su porte. Salimos del colejio al mismo tiempo y principiamos juntas a figurar en la sociedad. Con semejante belleza bien podrá U. hacerse idea del ruido que hizo Laura en todas partes: en el teatro, en los bailes y paseos, los hombres se agrupaban en torno suyo, colmándola de esas atenciones que siempre halagan el corazon de una mujer; y sin embargo de sus triunfos, fuese por su juventud, fuese por natural indiferencia de carácter, Laura no tuvo notable preferencia por ninguno de los jóvenes que la solicitaban. Yo que fui su mejor amiga, recibia diariamente la confidencia de sus impresiones, y puedo asegurar que su corazon hasta entónces no sintió una sola palpitacion que saliese del curso ordinario. Esta vida de brillante embriaguez fué para Laura de mui corta duracion: sus padres, de mui escasa fortuna, la ca-

saron a la edad de diez y ochos años con un hombre rico por el cual ella no se sentia la menor inclinacion. Dos meses despues me casé yo tambien y vine a establecerme en Rancagua, desde donde siempre he tenido noticias suyas. Un año despues de haberse casado, Laura enviudó, quedándole un hijo de su matrimonio y desde esa época tuve ménos noticias suyas; porque de Valparaiso viajaba continuamente a Constitucion donde se hallaba su familia. Finalmente, hace un año, Laura me escribió que venia a establecerse aquí al lado de una tia suya. Desde entónces nuestra antigua amistad volvió a renovarse con mas ardor que ántes, sobre todo de parte mia; porque en mui poco tiempo noté en Laura una tristeza que no he podido desechar de ella por mas que me haya empeñado, ni logrado averiguar tampoco los motivos de aquel cambio, pues ántes la habia conocido de un carácter alegre y confiado. Al dia siguiente de la llegada de Ismael, noté en ella un trastorno repentino que no pudo ménos que llamar mi atencion. Por momentos una estraña alegria se notaba en su rostro y todas sus palabras parecian las de una persona que espera una gran felicidad. Pero esto duró mui poco: volvió de nuevo a caer bajo el imperio de su tristeza, negándose a salir a ninguna parte y obstinándose en no volver a casa desde que supo las visitas de Ismael.

—Todo esto me confirma en mi opinion, la dije. Pero despues, ¿nada ha podido U. descubrir sobre esta misteriosa relacion entre ella y nuestro amigo?

—Mui poco, me contestó Clara, y parece imposible llegar a ello, pues ámbos se empeñan en evitarse y guardan por supuesto el mas profundo silencio. Solo he notado una diferencia entre ellos en el modo como reciben sus impresiones el uno sobre el otro: una sola vez he hablado con Ismael sobre Laura y estas fueron mui pocas palabras. Apénas oyó su nombre tembló de piés a cabeza, y me dijo con tono suplicante: «Clara, le pido que jamás me hable nada concerniente a esa señorita.» U. comprenderá que con tal advertencia no he vuelto a tocar ese punto. Laura por el contrario parece sentir un placer infinito cada vez que oye hablar de Ismael; sus ojos se animan, su semblante se despeja de la nube de melancolía que constantemente lo cubre. En dias pasados la hice concebir la esperanza de una en-

trevista con él y al momento me estrechó entre sus brazos diciéndome:—Ah, me volverias la vida. Como ella se ha callado siempre, nada quise preguntarla, de manera que todo lo que de cierto puedo decir es que se han amado.

—No hai duda, dije yo; pero por qué esa aversion de la parte de Ismael? qué abismo los separa de tal modo, que pareciendo amarse con delirio se huyan como si se mirasen con horror? U. Clara que es amiga de ámbos, debe hacer cuanto esté a su alcance por volverlos a la felicidad: estoi persuadido que algun tiempo de dicha bastaria para traer la salud a Ismael.

—Mucho he pensado en eso, me dijo Clara, y he formado por fin un plan.

—¿Cuál?

—U. sabe, que muchas veces en amor una sola mirada suele destruir mil obstáculos, con tal que las circunstancias favorezcan esa mirada: los dos amantes, jimiendo el uno por el otro, y separados tal vez por un capricho o un orgullo mal entendido, salvarán la barrera que ellos mismos se han interpuesto, volviendo a la felicidad sin mas auxilio muchas veces que una entrevista casual. Yo me he propuesto servir en este caso de providencia, por temor de que esta se haga esperar demasiado, y el 1.° del mes entrante, dia de mi marido, daré una reunion a la que asistirán Laura e Ismael.

—Encuentro mui acertado su proyecto, la dije, y creo que bien tomadas las medidas no será difícil llevarlo a buen fin; a ménos, añadí, que el motivo de su separacion sea insuperable.

—Yo espero que no, dijo Clara, y sin embargo no desconozco las dificultades.

—¿Márcos, conoce su plan?

—No, y debe ignorarlo; tal vez influiria en el ánimo de Ismael y todo estaba perdido: el proyecto queda entre U. y yo.

—¿Y Elisa?

—Poco importa que llegue a saberlo, pues se guardará mui bien de decirlo a nadie.

—Márcos me ha asegurado que su amor no es mas que un capricho, dije yo.

—Oh! no, esclamó Clara, Elisa vive bajo el imperio de una de esas pasiones profundas que raras veces las mujeres esperimen-

tan a su edad: imposible parece al verla que esa constitucion fisica tan delicada se halle movida por una enerjia moral tan sorprendente: tiene solo diez y seis años y siente como una mujer de veinte y cinco; la pasion es en ella absoluta; pero felizmente a la impetuosidad de su amor reune la mas anjelical resignacion; una mirada es para ella un mundo de felicidad. ¿No encuentra U. esclamó Clara, que una mujer que se somete silenciosa a un amor sin esperanza es el ser mas sublime que pisa la tierra? U. no tiene idea, añadió, de los arranques de alegría que se apoderaban de Elisa a la llegada de Ismael. Cuando estaba sentada a mi lado se asía de mi brazo como si temiese arrojarse a su cuello, arrebatada por una fuerza irresistible.

—Es bello como un ánjel, esclamaba con las lágrimas en los ojos, en sus horas de confianza. ¡Pobre Elisa, tiene demasiada sensibilidad para alcanzar jamás a ser feliz!

—Segun veo, dije yo, la escena que preparamos la hará sufrir mucho.

—Qué hacer? dijo Clara; pero eso mismo puede curarla de su pasion, añadió despues de reflexionar un instante. Ella ignora, como todos, la posicion de Laura e Ismael; acaso conociéndola, su corazon renuncie por orgullo, si no por falta de esperanzas. —*(Continuará.)*

ALBERTO BLEST GANA.

Pueblo, atravesarás esta borrascosa crísis, y llegarás salvo al puerto, si concedes tu voto para la presidencia a un sujeto exento de los rencores de partido, que sea una garantia para los hombres de los diversos colores politicos; estimado por la elevacion de su carácter; que no participe por su ilustracion de las rancias preocupaciones coloniales, que conceda ventajas positivas a todas las clases, a todas las profesiones; que realize las reformas que altamente reclama la opinion pública, y pueda marchar con las ideas de la presente época y satisfacer sus necesidades.

SR. D. MANUEL RECABARREN.

Agosto 1.° de 1852. (1)

Amigo y primo: desde tiempo atrás pensaba escribirte, y varios inconvenientes, junto con mi incuria habitual, me lo han impedido. Tomo ahora la pluma para satisfacer este justo deseo, y darte algunas noticias relativas al estado politico y social de Chile, esponiéndote mi dictámen con franqueza, y la latitud que me permita una carta.

Amigo mio, yo pudiera decir que no he sufrido la pena de esperanza frustrada por el funesto desenlace de nuestra revolucion. Profeta de mal agüero y buho de nuestro partido, preveia su derrota, la ruina de sus defensores, y lamentaba de antemano sus desgracias. Es verdad que todo se disponia para esperar un resultado contrario: la odiosidad universal del pueblo contra el candidato ministerial, el levantamiento en masa de las principales provincias, y un poderoso ejército, con un jefe rodeado de prestijio y querido de la tropa, prometia a la causa democrática una victoria segura y gloriosa. Estas brillantes probabilidades

(1) La publicacion de esta carta a los tres años despues de escrita parecerá intempestiva; pero como contiene una pintura verdadera del rumbo que tomó la revolucion, y de las causas que se opusieron a su triunfo; como igualmente de los puros sentimientos y miras patrióticas del partido opositor, tan groseramente vilipendiado por sus detractores, tenemos a bien publicarla.

nos inspiraban viva confianza, y hacian palidecer a los mismos ministeriales; mas si apartamos nuestra vista de estas causas esteriores y nos remontamos al orijen primordial de semejantes eventos, no parecerá difícil el triunfo del ministerio. Los principales jefes de este partido lo habian jugado todo en esta parada: destinos, fortuna, honores y reputacion; y el temor de estas pérdidas les daba avilantez y denuedo para todo: resueltos, inflexibles y poco escrupulosos en la eleccion de los medios para llegar a sus fines, nada los intimidaba, ninguna consideracion los detenia, y reenaban en todas sus operaciones la mas completa prontitud y unidad. Dueños por otra parte de las arcas nacionales, revestidos de facultades omnimodas, y en posesion del poder, que aunque sea ilejitimo siempre se respeta, considerando toda resistencia como un acto contrario al deber y condenado por la moral, tenian mil arbitrios para difundir falsas noticias, interrumpir las comunicaciones de sus contrarios, desalentados, y animar a sus parciales, manteniendo en ellos ese ardor que se alimenta a la idea del cumplimiento de su obligacion y con la esperanza del premio.

Volvamos nuestras miradas a los opositores, y veremos que carecen de toda prudente combinacion, y que no proceden simultáneamente. Cada levantamiento tiene a su cabeza un patriota que marcha a la ventura, y mas confiado en la situacion apremiante del gobierno que en su propia virtud. Se juzga seguro porque lo contempla ocupado en parar en otro punto los golpes de sus enemigos. Los movimientos vienen unos en pos de otros, y dan lugar para que se sofoquen. Sangre y desastres sin ningun éxito favorable.

Ademas pudiera decirse que muchos de nuestros principales militares no estaban a la altura de su jenerosa mision: faltábales el entusiasmo que producen las convicciones profundas, faltábales el espiritu democrático y su ardoroso patriotismo, y mas pensaban en su engrandecimiento personal que en abrir a su patria una nueva y gloriosa senda. Por esta razon se acobardaron en Loncomilla a pesar de quedar el campo por ellos; y temiendo las contingencias de un segundo combate, para asegurar sus grados volvieron la espalda a su jefe; quien en mengua propia, y con muerte de nuestro partido, tuvo que admitir tratados humillantes.

El mismo jeneral Cruz deslumbrado por esa confianza que asiste a los militares que se han adquirido una ilustre nombradia y grande influencia en el ejército, y desvanecido por su inmensa popularidad, creyó que su nombre bastaba para derrocar una autoridad aborrecida y vacilante. No conocia bien el carácter tenaz y orgulloso de Montt, Mujica, Varas, etc. e ignoraba lo que puede una voluntad fuerte y decidida; y tanto por este error co-

mo por humanidad figuróse entrar a Santiago sin derramar una gota de sangre, dejando escapar las mas bellas oportunidades para terminar la campaña en un golpe feliz y decisivo. Sucumbimos: la hora de nuestra rejeneracion politica se ha alejado, y hemos vuelto a los tiempos de languidez, oscurantismo, y corrupcion; y mucho me temo que la victoria de los aristócratas obtenida sobre los últimos esfuerzos del liberalismo, y sellada con tanta sangre, arraigue nuestras viciosas instituciones, e imprima en el pueblo chileno un carácter de vasallaje y sumision.

En verdad imperan en la actualidad con estúpida jactancia, peregrinas ideas sobre la naturaleza del poder, derechos de los gobernantes y obligacionnes de los gobernados; doctrinas serviles en politica, y groseras supersticiones entre cierta esfera de jentes, como en otra el amor impúdico al oro y un hipócrita egoismo. No descuella en parte alguna un concepto grande y social. Las invectivas contra los demócratas son burlescas y punzantes.

Tenemos Cámaras elejidas a beneplácito del Ejecutivo, y selectas en degradacion y barbarismo. Algunos de sus miembros llevaron al principio la adulacion hasta hacer avergonzar a los mismos ministros; otros han tomado la palabra para decir en torpe lenguaje desatinos que embarazan la discusion, y exasperan la paciencia del ministro Varas. Justo es que este mandarin esperimente algun desabrimiento por la libre y honorifica eleccion de tales representantes: se ha propuesto la pena de azotes; medida que ahonda en el corazon del pueblo el sentimiento de su miseria y envilecimiento, y lo aleja de todo honor y dignidad. Nuestra sociedad, en fin, es una mezcla indijesta y turbia de las tinieblas de la edad media sin los ejemplos de sublime abnegacion que inspiraban sus creencias severas y su ardiente fé impregnada de una poesia misteriosa, con la ruindad y libertinaje de las costumbres modernas.

Amigo mio, el cuadro vivo y humillante de las flaquezas de la humanidad; de su facilidad para volver de nuevo a la degradacion de donde por instantes se habia levantado a resoluciones magnánimas: este mar de dudas en que flota el entendimiento sin hallar asidero, y los sacrificios de la libertad y de la virtud, burlados por tan dolorosos y repetidos desengaños, me asalta constantemente y yo me pregunto.—Si la dicha social consiste en que todos puedan gozar pacificamente de su propiedad, de su industria y del uso de sus talentos: y si estos bienes se alcanzan mejor en una monarquia que en cualquiera otra especie de gobierno, ¿para qué afanarse en idear sistemas que remueven la ambicion y todas las pasiones?—¿Qué interes tendrá un monarca en el estado presente de civilizacion y de la dulzura de nuestras costumbres en ser un malvado? Y en este supuesto las fuerzas del poder moral y social no lo contendrian? —¿Si este r-é

jimen tiene inconvenientes graves, no son ellos preferibles a las contínuas borrascas de la democracia?—La felicidad del linaje humano debe ser la obra de los siglos, y Dios ha marcado en el curso de los tiempos, ciertas épocas para ejecutar las mutaciones y progresos sociales: ¿para qué atropellar los acontecimientos, y adelantarse a los decretos eternos? O bien nosotros somos unos ilusos que corremos tras una quimera, pues se nos escapa cuando estamos mas cerca de ella. La Francia es un ejemplo patente: tres revoluciones sangrientas han regado su suelo: ¿y no ha caido recientemente bajo la férula de un ambicioso comun?

En medio de la ansiedad de estas penosas incertidumbres, y del desmayo que causa el aislamiento de sus propias opiniones, esclamaré ¡derechos y virtudes no son mas que vanas palabras! O repetiré con Lamennais: aun cuando vuestras esperanzas sean fallidas setenta y siete veces siete, no perdais la esperanza: la causa justa termina por triunfar, y es salvo quien persevera hasta el fin. Acepto el consejo del filósofo Cristiano, y suponiendo que nada se alcanzara, siempre es glorioso sacrificarse por toda causa jenerosa: este sacrificio merece las simpatías de todas las almas nobles; infunde melancólico respeto, tiene algo de sublime y tierno que excita el amor y la admiracion jeneral, y acalla las calumnias de la tirania y de sus menguados secuaces; miéntras que bien pudiera quemarse incienso ante el carro del déspota vencedor, del fondo de todos los corazones se alza contra él un grito de indignacion. Prefiero sucumbir con los Atenienses en la infausta jornada de Cheronea, y merecer los elojios fúnebres de Demóstenes, ántes que sentarme al banquete para vaciar la copa con Philipo en celebracion de su injusto triunfo.

La sofisteria de narradores serviles, y el tono dogmático y tendencias farisaicas de los que se honran con el título de pensadores podrán llamar a la oposicion desorganizadora, y a sus partidarios ambiciosos desenfrenados, o utopistas delirantes que intentaban trastornar el órden para medrar, o introducir en la administracion principios que solo pueden tener aplicacion entre los habitantes de la luna; pero al ménos no podrán negar los poderosos motivos que ellos tuvieron para atentar contra una autoridad que en el encono de su venganza los habia vejado y oprimido con desprecio de las leyes y de los mas sagrados derechos; ni tampoco podrán oscurecer las miras laudables, y todo lo bello y grande que resplandecia en nuestra causa.

Manuel, te acuerdas de nuestros paseos por la Alameda con Pancho Bilbao, los Amunátegui, Juan Bello, Vial, etc. Reinaba en nuestras conversaciones la dulzura de la intimidad, y cierta benevolencia que nos producian la conformidad de nuestros principios, y la igualdad de nuestra posicion. Acuér-

date de nuestras reuniones, de nuestros clubs, donde los arranques impetuosos de Pedro Ugarte contra sus adversarios, mis encendidos raptos de probidad contra la mala fé de ellos y la hilaridad jocosa de Lastarria los hacia tan variados y encantadores. Un mismo sentimiento y un mismo interes nos animaba a todos: este interes era grande y magnífico; cerrar en nuestra patria el período de las arbitrariedades, y comenzar una época de libertad y de rejeneracion social. El ardor del patriotismo, el celo sagrado por los derechos de la humanidad nos daba una actitud imponente, superior a todas las pretensiones mezquinas; y divisábamos el porvenir de Chile al traves de un prisma de colores dorados, y a los rayos de una apacible luz. Las reminiscencias de este tiempo me producen la voluptuosa melancolia que inspira el recuerdo de la felicidad pasada, y el prestijio de los felices dias de la juventud. Los opositores prófugos y dispersos en paises estranjeros padecen crueles amarguras; pero estos mismos padecimientos acrisolan su patriotismo.—Te acuerdas haber leido en el Infierno del Dante, en este sublime poema que nos revela todo el espiritu de la edad media, los amores de Francesca de Rimini? ella y su amante sienten el uno por el otro una atraccion invencible, continuan amándose, y en la causa misma de su reprobacion encuentran un bálsamo a su dolor eterno. Yo no sé qué de semejante percibo en esta ternura en medio del sufrimiento con la situacion de muchos opositores: sufren por su amada patria las penas del destierro, o de una oscura prision, mas debe consolarlos el motivo glorioso de sus quebrantos. Amigo mio, yo no he sido incluido en el martirolojio politico; y merced a la postracion de mi salud, y a mi nulidad, se me respetó, semejante a una flor marchita que es inapercibida de los que pasan, o la miran con desden.

Duerme en el olvido la lei de amnistía que el mensaje del Presidente habia prometido, y que los ministeriales contemplaban como una medida de politica, y de estricta justicia para avenir los ánimos agriados, y reparar las injusticias que los partidos por su propia seguridad se hallan en la necesidad de cometer. En este ramo ellos cuentan innumerables pecados, y tan solo por un acto de induljencia pudieran hacérselos perdonar. Empero Montt, sea por resentimiento, sea que por reprimir el espíritu revolucionario quiera infundir horror a toda intentona contra la autoridad haciéndola concebir como un crimen digno de ejemplar castigo, o bien porque desconfiado, y hallándose mal seguro considere imprudente la vuelta y reunion de sus adversarios, no ha otorgado esta lei, y no la otorgará sino con restricciones odiosas. Temores infundados: despues de los desastres de una guerra fratricida viene el desengaño y el abatimiento, y los mas desgraciados son los que mas desean tranquilidad para

dedicarse a sus trabajos, restablecer su fortuna, y proporcionar alguna satisfaccion y consuelos a sus familias aflijidas. Esto es cierto, especialmente en Chile. Vinculos de parentesco ligan a todas las familias, y esta circunstancia hace ménos ardientes y duraderos los odios, y dispone los espiritus a la reconciliacion. Miéntras que al contrario, la desgracia de unos afecta a todos, y su prolongacion entibiando la adhesion al gobierno entre sus mismos defensores, podria al mas leve choque convertirse en violenta antipatía.

Amigo mio, observando la lei de imparcialidad que me tengo impuesta, confesaré francamente que durante la presidencia Montt recibirá grande incremento la riqueza nacional. Se ha establecido un Telégrafo eléctrico de Valparaiso a Santiago. Copiapó crece en capitales y poblacion; se planteará el ferro-carril pasando por Quillota y Aconcagua, y esta obra facilitando los cambios y aumentando los consumos dará mas actividad al comercio y abrirá nuevos canales a la industria. Poseemos exelentes máquinas para la fabricacion de moneda, y esta casa se pondrá bajo un pié brillante; se suprimirán algunos impuestos onerosos, y sino logramos un buen sistema de contribuciones, se mejorará el que tenemos. Chile marchará adelante en su progreso material, mas carecerá de calor y vida, y se estinguirán en él las virtudes públicas. Circunscrita la actividad de los hombres a la esfera estrecha de su individualismo, aparece la sociedad como un cuerpo robusto y obeso a quien no anima el pensamiento. El egoismo aletarga las facultades, envilece el carácter y mata a la virtud. Nuestra intelijencia y sensibilidad no se estienden ni adquieren todo su vigor sino en la comunicacion y concurso con las de nuestros semejantes, y mediante las leyes de sociabilidad y amor solo pueden tener lugar las buenas acciones. Un ser solitario no puede ser bueno ni malo, y es del todo inútil. La participacion de ideas y sentimientos, y la mancomunidad de intereses y goces dan elasticidad a las almas, y son el resorte mas eficaz para que los hombres se asocien, y procuren hacerse amar por acciones nobles y jenerosas. Entónces los espiritus se dilatan y vivifican a la dulce llama del patriotismo, y todos los actos públicos tienen un aspecto solemne de fiesta y alegria. Esta es una de las ventajas de los gobiernos republicanos, pues tienden a estrechar los vinculos de los hombres por toda clase de relaciones; miéntras que las monarquias los dividen; instituyendo en el estado diversas órdenes rivales y enemigas.

Entretanto los conservadores no guardan su antigua union y cunde entre ellos un sordo descontento contra los partidarios de Montt. Este es demasiado suspicaz para no distinguir a sus verdaderos amigos, de aquellos que las circunstancias o miras

interesadas ligaron a su candidatura. Estos últimos no han sido llamados a los negocios públicos, ni a los consejos del gobierno. Este olvido los tiene altamente resentidos: reputan menospreciada su importancia, y desatendidos sus servicios; mas ellos no debieron ignorar que Montt no busca a iguales o personas independientes para apreciar sus designios y proyectos. Dictámenes opuestos al suyo ofenderian su orgullo. Pagado de la exactitud de su entendimiento, imperioso y pertinaz, quiere parciales débiles que le muestren ciega deferencia, y pueda fácilmente manejar, que necesiten de su proteccion para elevarse, y le sean afectos por interes. Quizá estiende sus miradas hácia el porvenir, y colocando en la majistratura a sus deudos pretende formar una liga potente que consolide su poder, y coopere a su reeleccion. Este cálculo suele ser incierto: colocados los hombres en una posicion ventajosa procuran afirmarse en ella, y si mañana la autoridad que los encumbró llegase a vacilar no tardarian en abandonarla. Y ademas de esto la elevacion trayendo consigo la soberbia, se sonroja de parecer sometida, aspira a valer por si misma, y caminar a la par del que ántes ella habia escuchado como a su guia y protector.

El clero se siente tambien agraviado, y está convencido que no era mas que una artimaña el favor que el partido conservador le prometia, y que ahora no tiene ménos que temer de éste, que de los mas exaltados opositores. Montt ha tenido el talento de conocer las exijencias de las clases y corporaciones influentes, de ganárselas con finjidos halagos, y fantásticos temores, y servirse de ellas para derribar a sus adversarios, y satisfacer su ambicion; pero una vez seguro de si mismo las abatirá a su turno. El círculo de Montt mas adelantado en ideas que estas clases, aunque careciendo de igual probidad no marchará de acuerdo con ellas sobre algunas cuestiones importantes, y de esta diverjencia se orijinarán quejas y contiendas. Cual sea el resultado de todo esto, los incidentes imprevistos que ocurran podrán decirlo. A mi juicio Montt se conservará en el mando durante su primer periodo; talvez se levante una furibunda tormenta a su reeleccion; mas le sobrarán arbitrios para hacerla necesaria.

Algunos que no lo conocen lo consideran apremiado por los conflictos de su impopularidad y de falta de ascendiente en la tropa, y creen que se halla bajo la mano de Búlnes, quien puede a su antojo decidir de su suerte; empero este juicio me parece superficial, y yo tendria a Montt por un tonto sino supiera emanciparse de esta dependencia. Por otra parte Búlnes, hijo mimado de la fortuna, ha recorrido con felicidad su carrera militar y politica; ha conseguido victorias, y gobernado la república por diez años; alcanzando los mas altos honores a que puede llegar un ciudadano en una república, debe por consiguiente estar

satisfecha su ambicion; y ademas queda al gobierno un medio que sin duda no omitirá para complacerlo: el de satisfacerle las indemnizaciones que reclama por los daños que recibió su hacienda del ejército del sud.

Montt concluirá con la preponderancia del réjimen militar, y el soldado será en adelante en Chile lo que debe ser, el defensor de su patria, y no su soberano como se considera hasta el dia por la muchedumbre de todos los paises. Los militares gustan contemplar el mando como privilejio esclusivo de la espada.

Montt cortará de raiz este mal, y fuera de los adelantamientos que ya tengo enumerados, los obreros, durante su administracion en razon de las obras públicas que van a emprenderse, obtendrán un jornal mas subido. Se percibirán de pronto estos bienes; y los estadistas mezquinos que se dejan sorprender por una prosperidad aparente y repentina dirán: que los patricios son los verdaderos filántropos, pues que suministran sustentos al pobre, fomento a la industria y a las artes, miéntras que el pueblo no pone las manos en los negocios públicos mas que para labrar su propia ruina. ¿Y qué importan estos miserables denuestos contra la igualdad? El bienestar comun debe descansar sobre cimientos sólidos, y causas perennes de ventura y concordia: debe fluir de las instituciones populares que estrechan los vínculos de todas las condiciones; que establecen la armonía de todos los intereses, la indivisibilidad de afecciones en todo el cuerpo social, y forma de todos los ciudadanos ricos y pobres, grandes y pequeños, poderosos y débiles, una sociedad de hermanos. Y Montt al contrario dejará subsistente este estado de absolutismo en el poder, y de anarquía en los derechos; y afianzará mas y mas el principio de la aristocracia de riqueza; cuyo principio conservará a Chile dividido entre partidos que profesan doctrinas diametralmente opuestas, y clases distintas y rivales, alejando la época de la concordia nacional fundada en un gobierno justo y democrático.

Amigo, yo me pregunto de donde nacen tantos obstáculos para fundar el gobierno popular, y una de las mas fuertes razones me parece esta: los aristócratas tienen muchas ventajas sobre la democracia en sus encarnizadas luchas. Para consolidar su imperio no temen pasar por inconsecuentes. Anonadan a sus adversarios por resoluciones enérjicas y una conducta despótica, y ahogan por medio de la intolerancia y de la corrupcion las opiniones opuestas a sus privilejios, y los jérmenes de las virtudes públicas. Proceden conforme a los principios de conservacion que es para ellos su lei suprema. Ningun escrúpulo y consideracion los paraliza, y se encuentran sin traba alguna para obrar a sus anchas. Los demócratas al contrario reclaman la observancia de los sanos principios, el respeto a todos los derechos; y

como no pueden pretender estos bienes sin concederlos tambien a sus contrarios, estos se aprovechan de esta misma libertad, para sublevar los antiguos vicios, las pasiones mal contentas, e introducen la confusion y el desórden para arruinar el nuevo órden de cosas. ¿Qué remedio contra estos inconvenientes? Cuando piensa establecerse un buen réjimen en un estado corrompido, es indispensable crear un poder fuerte y enérjico que a una sábia prevision, juicio recto y combinador, reuna eminentes virtudes públicas. Por este camino se enfrenaria la inquietud turbulenta de los ambiciosos vulgares, que es el escollo mas terrible de la libertad, se calmaria la avara susceptibilidad de los ricos que imajinan la ruina de su fortuna en todo cambio; se darian garantias a las clases numerosas de industriales, comerciantes y artistas que no piden mas que paz y confianza para sus trabajos y empresas, y que están dispuestos a protejer al que les promete estas ventajas. La aplicacion de esta doctrina es mas necesaria en Chile donde la gasmoñería, la estúpida indolencia, y el apocamiento del espíritu se reputan virtudes que los bribones diestros procuran perpetuar para sacar provecho. Ninguna república célebre se ha fundado por otros medios; recorred la historia; el pueblo Judio, Esparta y Atenas lo atestiguan.

Amigo, es preciso apoderarse de la voluntad de un pueblo para darle una forma precisa y determinada, e imprimir un sello a su carácter. Fundado el sistema, y dada una vez la direccion a los hombres, ellos marchan sin dificultad por el sendero que se les ha trazado. No es dado a la multitud el númen de las grandes inspiraciónes, el valor, la constancia y demas dotes para levantar un soberbio monumento, y formar una grande institucion. Esto es peculiar a los jénios superiores. ¿Qué hizo la Francia con su gran Convencion? desgarró su seno, derramó sangre inocente, y manchóse con un baldon que sus gloriosos decretos no podrán borrar. Yo opinaré que Marat, sin aprobar aquí sus crímenes, tuvo miras mas profundas que sus cólegas. La Francia, dijo, necesita de un dictador para ahorrarse desastres: hicieron befa de su persona, mas los resultados justificaron su prediccion. No porque un gran concepto nazca de la mente de un malvado deja de ser grande y sublime.

En medio de la monotonia silenciosa de nuestra sociedad y del olvido de los intereses públicos, mi alma se replega dentro de sí misma, y gusto tener paseos solitarios. Algunos dias salgo al Tajamar y mis placeres participan de la melancolía de una filosofía poética y relijiosa: la faz majestuosa de los Andes coronados de nieve, la corriente tortuosa del Mapocho, las arboledas que existen al norte de este rio, y la atmósfera serena o cubierta de nubes dan a mis pensamientos un jiro tierno y elevado. Mi corazon se dilata al magnífico espectáculo de la creacion, y la

existencia de Dios se me revela en toda su claridad y en toda su luz. ¡Con una conciencia tranquila, cuán puros y delicados goces se esperimentan a las dulces impresiones de la naturaleza! El alma se pone insensiblemente en armonía con ella, y anímanla los mas bellos sentimientos: entona un himno de amor, admiracion y gratitud al Supremo Hacedor, y de conmiseracion y benevolencia hácia el jénero humano. Anhelamos y quisiéramos contribuir con nuestras fuerzas a establecer en el órden moral la misma regularidad y belleza que observamos en el mundo físico, y la idea que la virtud y fraternidad humana imperen sobre la tierra, nos enternece y causa deliciosas emociones.

TRES AÑOS DESPUES. (1)

El ministro de Relaciones Exteriores presentó a la Cámara de Diputados el 2 del corriente unos tratados de comercio con la Inglaterra, cuya lectura ocupó cerca de tres cuartos de hora. D. Bórjas Solar indicó la ventaja de imprimirlos, y que se distribuyesen en esta forma a los diputados, para que revisándolos detenidamente pudiesen adquirir un conocimiento exacto sobre ellos y dar su voto con mas acierto. El Sr. Varas combatió esta indicacion fundándose en que no existia esta costumbre ni en Chile ni en parte alguna; y que fuera de esto los tratados contenian disposiciones que importaba mantener secretas. Estas razones convencieron a la Cámara, y fué desechada la indicacion del señor Solar; con todo, nosotros somos de su opinion, y exceptuando los casos escepcionales de sijilo nos parecen frívolos los motivos que adujo el señor Ministro. Alegar para sostener una cosa perniciosa que es la costumbre, es dar por falta de razones sólidas, miserables pretestos que podrán convencer a las jentes medrosas y rutineras que están acostumbradas a doblar su rodilla ante la grandeza y las preocupaciones; pero que de ningun modo convencerán a las personas que piensan y discurren. Para sostener una costumbre es necesario probar que ella es buena y que está fundada en conveniencias respetables; mas si la costumbre es

(1) El señor Marin ha querido añadir, como una continuacion de su carta, este suceso reciente, que no hace mas que comprobar su juicio anterior, sobre la manera *gubernativa* de nuestros actuales hombres de estado, absoluta muchas veces, impopular casi siempre.—La R.

mala debe abolirse; sobre todo, cuando es fácil hacerlo como la presente, que no ataca hábitos ni ideas arraigadas que hicieran peligrosa su estincion.

Por otra parte sobran fuertes argumentos para exijir la impresion de todas las mociones importantes: hai proyectos que afectan a las libertades públicas y los intereses jenerales, que se cometeria una imprudencia culpable en sancionarlos precipitadamente. Esta precipitacion argüiria de parte de la Cámara un olvido total de sus derechos, y un abandono vituperable en el cumplimiento de sus deberes como la inmediata representante del pueblo; presentaria a los diputados como hombres sin honor ni dignidad, pues que avasallados por estraña voluntad ahogaban toda conciencia y sentimiento; y como criminales a los ojos de la nacion ante quien son responsables de todos sus decretos y resoluciones. ¿Qué se diria de hombres que encargándose de injentes capitales los abandonasen a un tercero sin tomarle jamás cuenta de su administracion? Que eran delincuentes de la mas estúpida desidia, y reos de un castigo ejemplar.

Por otra parte la publicidad produce inmensas ventajas; por ella todos los ciudadanos adquieren una noticia verdadera de los árduos negocios, toman parte en ellos y los discuten con calor, creándose de esta manera el espíritu público; y concurso con el de los talentos y luces jenerales se ilustran tomándose despues de un maduro exámen las resoluciones mas prudentes. Y al contrario en una revision lijera se pasan por alto los peligros y lazos ocultos que encierran; y que no vendrian a ser percibidos, sino cuando están sancionados, y ya no es tiempo de enmendarlos. Y ademas la publicidad es un estimulo poderoso de virtud para los ciudadanos, que tienen por testigo de su celo y patriotismo a todo un pueblo, miéntras que en el silencio y secreto se encubren la impostura, la intriga y la bajeza.

En confirmacion de lo espuesto, recuerde señor Varas que cuando sometió la lei de imprenta que nos rije al conocimiento de nuestras anteriores Lejislaturas, increpó a don Antonio Garcia Reyes de inconsecuente y desleal porque hacia oposicion a un proyecto que segun U. le habia prestado su asentimiento pocos dias ántes. ¿Y qué respondió el señor Garcia a este reproche? que habiendo simplemente ojeado el proyecto no le habia parecido mal, por cuanto nuestra lei de imprenta reclamaba una reforma; pero que habiéndolo despues recorrido y examinado con madurez, lo encontraba perjudicial y en sumo grado atentatorio contra la libertad. Esta esplicacion justa y satisfactoria que dió a U. el señor Reyes demuestra palmariamente la necesidad que tienen los diputados de instruirse y meditar sobre los asuntos que van a fallarse en la Cámara; y de los riesgos que se corre en sancionar leyes sin una sábia y prévia discusion.

Traeré tambien a la memoria otro hecho mas reciente: la Cámara que terminó sus funciones el año próximo pasado adoptó la lei del Ejecutivo que marcaba las atribuciones de las Municipalidades; y muchos diputados observando posteriomente sus disposiciones restrictivas, y que reduce a estas corporaciones a la nulidad, han dicho que si hubieran estado mejor instruidos, le habrian negado su voto. Hé aqui señor Ministro razones y hechos que condenan toda discusion petulante y superficial.

Si se pretende que la Lejislatura sea la humilde servidora de las voluntades del gobierno, no seria pronto mas que un simulacro de autoridad, y el pueblo viéndola degradada, perderia por ella toda clase de consideracion y respeto. ¿Y entónces en dónde veriamos nosotros un poder que representase a la república, que tuviese en caso de revueltas el suficiente prestijio y ascendiente para enfrenar la audacia de los facciosos, y a cuyo seno fueran a replegarse los buenos ciudadanos?.... Envilecida la representacion nacional, el título de diputado no tiene mas valor que el que se merecen los cordones de seda, y las cruces con que los déspotas suelen condecorar a sus súbditos. Mengua seria para nosotros que viésemos reducidos nuestros cuerpos lejislativos a representar el papel repugnante del Senado romano, que despojado de todo poder y temblando de miedo, decretaba honores divinos a los mismos emperadores que despues de su muerte maldecia, arrojando sus cuerpos al Tiber!

FRANCISCO MARIN RECABARREN.

CANTO DEL POETA.

A GUILLERMO BLEST GANA.

Salve aliento inmortal, pura armonía,
Del cielo digno emblema;
Creadora, sublime poesía,
De los mundos magnífica diadema;
Salve, puro destello
De la eterna verdad y de lo bello!

Salve verbo de Dios! Tú eres la roca
Que vida y salud mana.
Tú eres el ánjel que el martirio invoca.
Tú eres la intelijencia soberana:
Formas pueblos y reyes
Y como la justicia, dictas leyes.

Ora en himno grandioso arrebatando
La mente, te sublimas
Y a la tierra los cielos trasportando
Arden los astros en tus blancas cimas;
Y en órden armonioso
Les señalas su curso y su reposo.

Fúljida como el núcleo de un cometa,
Lúgubre como el llanto
Iluminas el rostro del profeta,
Deslumbradora y fúnebre en su canto.
Mandas iras, castigas;
Y soltando huracanes los mitigas.

Dios habla en el desierto, en la montaña,
Dios las nubes condensa;
Habita en el palacio, en la cabaña
Y del pueblo de Dios lucha en defensa.
Dios es grande, su nombre
Murmura el universo, y canta el hombre!

Despues, como el rocío de la aurora
Tu palabra fecunda!
Efluvio de la luz reveladora
Adonde mora el bien su trono funda;
Y siempre noble y bella
Se espresa con la luz, suena con ella.

Tu armonia es amor, divino anhelo!
Y tu expresion, grandeza.
Tu pupila de fuego abrasa al cielo
Y chispea en el arte y la belleza!
Cuanto tocas transformas
Y esparces tu unidad en varias formas!

Salmo del orbe! cántico infinito!
Verbo eterno que inflamas
El alma! y como fúljido areolito
Rasgas tinieblas y esplendor derramas!
Verbo eterno! aparece!
El bien redime; el bien rejuvenece!

El presente al pasado se eslabona;
Surje una nueva idea;
El porvenir su exelsitud corona
Y otras ideas con la nueva crea:
Así todo se enlaza
Y borrada una línea otra se traza.

Alza la frente, escucha, atiende, mira!
No oyes bajo la tierra
La voz de un canto que se ensalza y jira
Ya voz de bendicion, ya voz que aterra?
Y no ves ajitarse
Vagas sombras del ser, y transformarse?

Un hálito de vida, do quier flota
Y a todo una alma presta.
Desde el ave a la estrella mas remota
Do quier la animacion se manifiesta;
Do quiera el pensamiento,
La armonía, la luz, el movimiento!

Alza la frente! De la imájen bella
La forma allí circula:
Perfumes pisa su graciosa huella
Y creacion de luz, en luz ondula.
Poeta, alza la frente
La eterna idea es hija de tu mente!

No la ves? no la ves? Esa luz pura
Indica su mirada.
Ese aliento de májica frescura
Es aire de su boca perfumada.
El valle se ilumina
Todo se mueve y en la luz jermina.

Es Helena, el amor de la belleza
Creándose a sí mismo;
Es Beatriz, la fé de la pureza
La irradiacion del puro idealismo;
Esperanza y deseo
Del poema de amor que en mi alma leo!

Dulces estrofas de ternura inmensa,
De inmenso sentimiento,
Las negras nubes que el dolor condensa
En el cielo del alto pensamiento,
Vuestro tacto disipe
Y esos goces de cielo me anticipe.

Difúndense las santas melodías
De estáticos amores!
Abrense las graciosas poesías
Vertiendo sones, exhalando flores!
Se inunda el universo
Y un perfume de amor es cada verso.

Amor! dice la nube pintoresca
Que el sol en luz embebe;
Amor! esa montaña jigantesca;
Amor! la roca a la apretada nieve;
Y el poeta que canta
Himno de amor a la creacion levanta!

La nota entrelazada, con diversa
Nota, a aquella responde;
Y el sonido en manojos se dispersa
O en el aire perdiéndose se esconde;
Y vuelve y conmovida
Repite solo amor, la nota herida!

El poeta es el único! El poeta
Solamente armoniza
Con palabras, la música secreta;
El solo el sentimiento vocaliza;
Y con su idea interna
Cambia el ideal de la belleza eterna!

Salve Verbo inmortal, luz increada
De Dios, fúljido idioma!
Salve imájen de Dios transfigurada,
Astro del cielo, de la tierra aroma!
Salve puro destello
De la eterna verdad y de lo bello.

Eres astro, eres flor, indefinible
Ser de triple belleza.
Suspiro, para el alma que es sensible;
Consuelo, para el llanto y la tristeza.
Y espresion animada,
Letra voraz del alma apasionada.

Corazon que suspiras y que amas,
Que pasas largas horas
Triste, y un nombre misterioso llamas
Nombre que lleva la mujer que adoras;
Canta! y su nombre sea
Digna aureola de tu grande idea.

Cuando a tu puerta el desgraciado venga,
Contento siempre salga.
Nunca el vicio en sus mallas te detenga,
Valga el poeta lo que el hombre valga.
Y siendo hijo del arte,
Hijo de la virtud puedan llamarte!

Ama y canta poeta! La existencia
Es amor y esperanza.
Es un sol inmortal la intelijencia.
Cuanto el hombre desea al fin alcanza!
Amigo! al amor puro!
A nuestra alma inmortal! al Dios futuro!

1854.

GUILLERMO MATTA.

MI VIAJE A NINGUNA PARTE.

I.

La partida y la vuelta.

El dia 29 de enero como a las dos de la tarde salia de Santiago. La situacion escepcional en que se encontraba mi alma largo tiempo luchando con vivas emociones, que de dia en dia aumentaban la melancólica predisposicion de mi espiritu, me hacia aborrecer aquella vida sedentaria y monótona, fuente en otro tiempo de mi felicidad, orijen despues de la amarga misantropía, que alimentada de casuales coincidencias, agriada con la meditación, sostenida con los estraviados delirios de un pensamiento enfermo, cobraba ya las jigantescas formas de un mal incurable que, consumiendo el cuerpo, iba avasallando la voluntad bajo su yugo de hielo. Largo tiempo há deseaba sustraerme a esa atmósfera de envilecimiento y de miseria que nos acosa y hostiga en el fatigante bullicio de las grandes ciudades, y miraba el viaje que emprendia como el único bálsamo que pudiera cicatrizar las heridas de mi alma, que sentia ahondarse mas y mas en el trato del mundo que me veia forzado a cultivar, con la desarmada insensibilidad, con la frívola torpeza de esos entes, cuya conversacion me hostigaba como el manjar insípido que dan a un convaleciente hambriento.

Sin embargo, jamás he podido abandonar a Santiago sin un sentimiento de tristeza que, pasados algunos dias, se convierte

en un dulce al par que tierno recuerdo sobre el que me divierto en levantar mis aéreos castillos de felicidad, soñando que me encuentro vagando por las calles, por la Alameda, por el rio, por los estrechos callejones y las espaciosas plazas, mirando las elevadas torres, recorriéndolo, contemplándolo todo con la alegre curiosidad del niño que encuentra su juguete perdido, con el indecible gozo del desterrado que vuelve a ver el suelo de la patria.

Cuando me hube alejado algun tanto, mirando por la ventanilla del carruaje, me puse a contemplar la poblacion que, iluminada por los reflejos del sol, se perdia a la mirada en un horizonte de luz, teñida de esmeralda en las frondosas arboledas; y al mirar como los álamos y las casas desaparecian a la distancia, dibujándose en aquellas vagas formas semejantes a las que el firmamento ofrece despues de una tormenta, senti asomar las lágrimas a mis ojos y un nudo de nieve apretar mi corazon: una emocion inesplicable oprimia mi pecho, y la voz misteriosa de los presentimientos parecia decirme al oido que jamás encontraria la tranquilidad en donde soñaba hallarla. En vano procuraba apartar mis ojos del lejano paisaje: una atraccion irresistible arrastraba la vista clavada en las movibles líneas del horizonte que absorvian la ciudad, confundida ya entre las nubecillas del cielo y la vaciedad del espacio. Si hubiese estado en mi mano habria vuelto sobre mis pasos, a dar, arrobado en melancólica contemplacion, otro último adios a aquella tierra tan querida, a aquellos cerros tan admirados, enviando con el aura mi plegaria y mi protesta de no olvidar jamás lo que dejaba bajo aquella atmósfera tan límpida.

Pero aquella impresion no podia durar por mucho tiempo, y la naturaleza desplegando un nuevo cuadro en que se combinaban la riqueza de la vejetacion a los recuerdos de mi infancia y a los anales de la patria, despertó luego distintas emociones. Atravesaba la llanura de Maipo, tierra clásica en los fastos nacionales, no menos cara a mi memoria que a cada recodo del camino, a cada rancho, a cada corriente ligaba un mundo de recuerdos, gratos como los de la única felicidad que se ha gozado, sencillos como la edad en que corria aquel mismo camino mas orgulloso sobre mi caballo que un rei sobre su trono. Ah! por qué desplegamos la rapidez de nuestras alas en la risueña campiña, para llegar fatigados, sin aliento al desierto que nos aguarda! Pobre peregrino no te valdria mas no haber emprendido el penoso viaje, cuando a la mitad del camino se concluirán tus fuerzas, y mas allá de la primera jornada en vano buscarás donde reposar tu cabeza fatigada!......

Al cruzar aquellos campos que en otro tiempo viera descuidados a merced de la naturaleza, no sabia acertar si mas debiera

admirarme del fructuoso trabajo del hombre que habia fecundizado esa tierra ingrata, o si lamentar su miseria que despojando el suelo de su bello y natural ropaje, destrozando sus virjenes entrañas, sustituia a la obra de Dios el capricho de su avaricia. Misteriosos decretos de la Providencia! este ser miserable que vejeta entre el dolor que mofa su orgullo y la ignorancia que burla su razon; impotente para crear, maniqui del acaso, vasallo de la muerte, se convierte en Dios todo poderoso destructor de lo que el cielo formara en su omnipotente sabiduria, y altanero rival de aquel para quien es un átomo imperceptible en la inmensidad del universo, destroza con mano impia lo que jamas podrán rehacer sus manos. Incomprensible lei de la existencia: cada uno de nuestros pasos, cada uno de los movimientos de nuestros órganos habrán de costar la vida de mil seres; nuestro alimento, nuestra respiracion, nuestra bebida es la muerte de millares de existencias; porque la muerte es el orijen de la vida como la tumba el de la inmortalidad! Frases como esta harian mi fortuna!

Bien luego esperimenté la benéfica influencia del delicioso ambiente de la campiña, que cubierta de variadas arboledas, purificaba el aire refrescándolo entre los elevados álamos que bordan el camino: mis pulmones, oprimidos con la pestilente atmósfera de la ciudad, se ensanchaban con nerviosa espansion respirando esa brisa embalsamada en el perfume de la naturaleza, con la delicia de un epicúreo que saborea un delicado plato. La fiebre de las últimas emociones desaparecia de mi frente latiendo las sienes con regular tranquilidad, y mis labios preñados antes de amargos sarcasmos, balbuceaban sin percibirlo la oracion de gratitud, que habia tanto tiempo olvidado en medio de mi fastidio y de mis dudas. Qué cuadro tan espléndido! sobre mi cabeza el cielo, inmenso, azul, sereno; a un lado las albas frentes de los Andes; por todas partes árboles, plantas, flores, aguas que corren murmurando, aves que cruzan el espacio, al frente la llanura donde la vista puede espaciarse a su sabor, sin mas límites que las pequeñas tapias y los ondulantes cordones de esmeralda que forman los álamos colocados en simétricas líneas! Bendito el Dios de los campos, el Dios de la paz que abona la tierra con la lluvia y fecundiza el alma con las lágrimas de la esperanza! Pobres corazones fatigados, venid a descansar vuestras cuitas en el seno de vuestra madre universal, que cada arroyo llorará vuestra pena, cada avecilla cantará vuestras quejas, cada flor alzará en su aroma vuestra súplica!

La velocidad del carruaje no me permitia detenerme en los detalles del paisaje, aunque cada uno de esos pequeños accidentes era para mi un cuadro completo, abundante material de me-

ditaciones que asaltaban sucesivamente mi pensamiento, ya despertando la sensibilidad predispuesta a tiernas emociones, ora provocando la ardiente susceptibilidad de la fantasía, ora alimentando mas serias y positivas lucubraciones.

Siete leguas corrí de esta manera, dominado al principio por la triste impresion que sentia al apartarme de Santiago, absorto despues en la naturaleza que miraba con el amor de un hermano que abraza a su hermana despues de una larga ausencia contándose sus muchos recuerdos; finalmente entregado a las serias ideas que cruzaban mi mente al aspecto del cultivo de los campos y sobre todo a la vista del hermoso puente que atraviesa el Maipo. El curioso interes del viajero sucedió a la irreflexiva espansion del hombre; y el corazon ahogaba sus latidos bajo la helada presion del cerebro. Pocos años ha, ese rio que arrastra sus turbias aguas en la profunda barranca, como avergonzado de la esclavitud que le ha impuesto el hombre, era el terror del caminante, que ahora lo contempla con indiferente seguridad, burlándose de su vencido poderío, y un bello monumento eterniza la victoria de la industria.

Poco mas de un año ántes habia visitado ese mismo puente, y al volverlo a ver, mi memoria recordaba con placer las horas que pasé bajo su techo, halagado el oido con bellas canciones entonadas al son de la melancólica guitarra, exitado el cerebro con los vapores del vino, latiendo el corazon lleno de vida, buscando otra alma jóven como la mia en que derramar ese torrente de amor que sentia bullir dentro del pecho. Pero ay! el jugo del alma se ha convertido en hiel, la risa en llanto, el amor en cansancio, los castillos en ruinas! Juventud del corazon ¿por qué tan luego se han agostado en mi alma las flores de tu primavera? sol de un dia, por qué te has eclipsado abandonándome entre las tinieblas de mi duda y la esterilidad del desengaño? He concluido mi carrera a la edad en que muchos no la han comenzado todavia, y ántes de los veinte y tres años me encontré fatigado, hacinadas en mi seno las nieves de largos inviernos. Merecido castigo de mi imprudencia: soberbio con el vigoroso orgullo de mi corazon, quise leer la última pájina cuando apénas comenzaba la primera, y ántes de concluirla mis ojos se nublaron, desvanecióse mi cabeza, y senti morir mi alma, como el fruto precoz que el viento arranca del árbol ántes de la estacion en que debe madurar..........!

Estas ideas distraian mi atencion encadenándola a la secreta simpatía que siempre inspiran los tristes pensamientos y el recuerdo de lo que ya no existe. «Nada muere, dijo Byron, sin exitar algun pesar» y el poeta Jorje Manrique reasumia en una estrofa llena de melancolía, verdad y sentimiento, todo ese dolor misterioso de los recuerdos y todo aquello que no alcanzan

a decir bien los gruesos tomos de los filósofos, cuando esclamaba:

Cuan presto se va el placer,
Como despues de acordado,
Da dolor;
Como a nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Fué mejor, fué mejor continuaba diciendo en voz alta como si repitiese el estribillo de una cancion.

Mejor me parece que su mercé lea esta carta, me decia un hombre que habia hecho detener mi carruaje, alargándome una con su mano sucia y callosa. Este fué un golpe dado en plena ilusion, y mi espíritu que se perdia melancólicamente en una bella y poética divagacion descendió a la tierra como un pájaro herido. Tomé la carta y la abri temblando: no sé porque ya presentia una desgracia. La carta decia así:

«Mi querido amigo: espero que te volverás al momento de recibir esta. Un asunto urjente y de gran importancia reclama tu permanencia en esta capital. Acabo de saber que has salido para el sur, y envio al momento a detenerte: es preciso, indispensable que vengas. Siempre tuyo.—*D......*»

Hé aquí por tierra mis castillos encantados: hé aquí destruidas de un golpe mis dulces esperanzas; y lo que es mas, hé aquí terminado un viaje, que me proponia referir de la manera mas poética y sensible; esto último me desconsolaba mas que todo.

Sin embargo, hace un momento que he dicho y que pensaba sin duda que poder volver a Santiago seria para mi un placer; ahora me veia forzado a hacerlo y ya me pesaba como un mal irreparable; pero así es el hombre, animal harto inconsecuente y poco lójico se deja arrastrar por los paisajes lejanos lamentando los que deja a la espalda: creo que si a un condenado a deportacion se le hiciese volver en el momento de su partida, lo haria con pesar: no digo otro tanto si esto sucediese con uno que llevan al cadalso; porque por mas que se diga y maldigamos, esta pícara vida es lo que amamos sobre todas las cosas, la política, la relijion, la fisolofía inclusives: algunos esceptúan la mujer, pero esto es dudoso.

Hice volver mi carruaje para deshacer lo andado, y este solo movimiento operó un cambio total en mis ideas. Todo varió de aspecto: me sentia contrariado y descontento. Lo primero que se presentó a mis ojos fué lo que acababa de dejar, el puente, y debo confesar que si ántes lo encontré tan hermoso, a mi vuelta lo vi ladeado, torcido, pareciéndose en esto a la administracion de justicia.

Haré gracia a mis lectores de las reflexiones de mi vuelta: estas estaban tan en oposicion con las que hacia a mi salida: y en cuanto a oposiciones solo estoi por la de la luna. Lo cierto es, que mal o bien, llegué a Santiago.

Mi primer cuidado fué escribir a mi amigo D. anunciándole mi feliz regreso; pero mi letra que por mala y no poderse reformar se parece a la constitucion del estado, hizo que mi amigo viniese en persona a enterarse del contenido de mi epístola.

Despues de hablar con él, convencido de la necesidad de mi presencia en Santiago, me vi forzado a desistir del proyecto de emprender de nuevo mi marcha, y lo que es mas de lamentarse como he dicho, a la idea de escribir mi viaje. Un profundo desconsuelo se apoderó de mi alma; habia concebido tantas esperanzas de futura gloria! es tan grato viajar y mas contar que se ha viajado! Pero estaba resuelto a escribir un viaje a toda costa; mas para eso era menester visitar los lugares que habia de describir, y cómo hacerlo? no podia moverme, y he aqui precisamente el motivo que me aguijoneaba mas para emprender alguno, aunque este hubiera de ser al otro mundo. Todo esto me sumia en un mar de reflexiones. De Maistre escribió un viaje al rededor de su cuarto ¿por qué no haria yo lo mismo? entre uno y otro la diferencia es poca, me decia con satisfecho orgullo. Yo y De Maistre, continuaba colocándome el primero talvez por inadvertencia, habremos mostrado a cuanto alcanza el poder del injenio. Pero no, un viaje al rededor de un cuarto ya se ha escrito, eso es viejo, gastado, clásico, no, no quiero hacerlo: un viaje a alguna parte que nunca haya visto? va! esos se escriben todos los dias, dígalo sino Arago. Pues, qué hacer entónces? *that is the question.* Pero cuando me viene la idea de escribir tengo que hacerlo: es una comezon, una exitacion nerviosa que me persigue y me atormenta hasta en sueños, como si se tratase de hacerme oficial cívico. Estaba visto, no podia salir de Santiago y sin embargo tenia que escribir mis impresiones de viaje. El caso era duro. Pero vamos, qué niño soi, me dije al fin con aire triunfante, por cuan poca cosa me detengo: escribiré mi viaje, *mi viaje a ninguna parte.*

II.

Escenas varias.

Fantaisie aux ailes d'or, esclama Gœthe, y yo, sin parecerme a él en nada, esclamaba lo mismo al emprender mi viaje, no que en lo que voi a referir tenga ella mucha parte, no; me he propuesto ser concienzudo y justo en mis observaciones, y solo he he-

cho esta esclamacion por una vieja costumbre: ella en mis mocedades era gran amigo de hacer versos.

Me pongo en marcha: mi amigo D, compañero inseparable de todas mis escursiones, me sigue entonando un aria de Roberto el Diablo, y ámbos a pasos da administracion, es decir, lentisimo, nos encaminamos a la Alameda. Vosotros la conoceis sin duda como yo, y no me detendré a haceros descripciones. Sabeis que es un bello paseo que, en estar desatendido y descuidado, se parece a todas nuestras cosas, escepto el ramo de elecciones por supuesto.

Apesar de la estacion habia mucha jente: allí pasiones encontradas, intrigas opuestas, intereseses diversos en figura de hombres y vestidos de frac, levita o manta, pasaban rozándose los codos y a veces quitándose el sombrero con la sonrisa en los lábios.

Estraño cuadro me decia D....

Sin duda estraño, respondia yo absorto ya en estas malditas meditaciones que me asaltan y se apoderan de mí con tanta frecuencia.

Observemos, replicó mi amigo, esto es curioso.

D.... es gran observador, y el momento era apropósito: las escenas mas variadas tenian lugar a nuestro lado: hélas aquí poco mas o ménos:

1.ª—En frente de San Francisco, dos personajes.

PRIMER PERSONAJE.

Llegó?

SEGUNDO PERSONAJE.

Sí.

PRIMER PERSONAJE.

Qué noticias trae?

SEGUNDO PERSONAJE.

Aun resiste.

PRIMER PERSONAJE.

Bien decia yo que no lo tomarian.

SEGUNDO PERSONAJE.

Quién sabe!

PRIMER PERSONAJE.

Cómo, quién sabe? Nicolas es todo un hombre: U. verá lo que va a resultar.

SEGUNDO PERSONAJE.

Aquí tiene U. un periódico.

PRIMER PERSONAJE.

Veamos. *(Lo abre y se pone a leer. Llega un tercer personaje frotándose las manos).*

TERCER PERSONAJE.

Gané.

PRIMER PERSONAJE.

Perdió.

TERCER PERSONAJE.

Digo que gané.

PRIMER PERSONAJE.

Dale! digo que perdió.

TERCER PERSONAJE.

Pues señor si lo han tomado, cómo he de haber perdido!

PRIMER PERSONAJE.

Está U. viendo visiones. Quién le ha dado a U. esa noticia?

TERCER PERSONAJE.

Quién? (*sacando un papel público del bolsillo*) lea U. el *Constitucional* de Mendoza, y se convencerá de la verdad.

PRIMER PERSONAIE, (*pasándole otro papel).*

Hágame el favor de hechar la vista sobre el *Correo de Ultramar,* y se convencerá de su engaño.

TERCER PERSONAJE, *(despues de haber leido).*

Pues miente este papel!

PRIMER PERSONAJE.

El suyo es el que miente!

SEGUNDO PERSONAJE.

Dentro de quince dias saldremos de la duda.

TERCER PERSONAJE, (*al primero*).

Quiere U. doblar la apuesta?

PRIMER PERSONAJE.

Cómo no! si estoi seguro que no lo tomarán.

TERCER PERSONAJE.

Lo véremos.

PRIMER PERSONAJE.

A la fecha los aliados se están embarcando para su pais.

TERCER PERSONAJE.

A la fecha los aliados son dueños de Sebastopol.

MI AMIGO D.

No se diria que la suerte de Chile depende de la guerra de Oriente!—*(Continuará.)*

GUILLERMO BLEST GANA.

REVISTA DE SANTIAGO.

SANTIAGO, JUNIO 15 DE 1855.

Abandonaremos por ahora la tarea de escribir una crónica exterior. Faltos de periódicos que nos den una noticia exacta de los acontecimientos, de las miras de los partidos y de los diversos jiros que abarcan las ideas, no queremos caer en el defecto de repeticiones insulsas o de vulgaridades poco orijinales. Hace pocos dias nos decia un amigo, y con mucha razon, que las noticias que por acá recibiamos venian ya adulteradas por la venalidad de los escritores y por la órbita estrecha del espíritu de partido. Y en efecto, ¿cuál es la consecuencia que aparece evidente entre las mil profecias de mal agüero y entre las mil contradicciones y temores indignos, que se amalgaman en esas correspondencias viciosas que inspiran el charlatanismo o la moderacion estúpida? Dejemos para otra vez la crónica exterior, cuando en posesion de exactas noticias, podamos dar tambien un análisis exacto de los hechos.

Nos contraeremos, pues, a referir lo que pasa entre nosotros; materia que aunque es árdua, por la dificultad de presentar los hechos de manera que se nos crea justos, por aquello de que: *nadie es profeta en su tierra*; y tentadora tambien para nuestra pluma bisoña como dicen, y poco diestra en acomodar frases que lisonjeen a los que con una suceptibilidad eléctrica producen

chizpazos al ménor contacto. Afortunadamente nosotros no la tememos; y contando con la independencia de nuestras opiniones, contamos tambien con enemigos encubiertos, que sijilosamente persiguen y sijilosamente traman. El escritor público en Chile camina entre dos abismos. Su situacion es la misma de aquel a quien querian obligar a que elijiese cual de las dos clases de muerte preferia, la del garrote o la de la horca. Uno de los abismos es la perpetua trama de los enemigos encubiertos que no desdeñan ningun jénero de ardides para menoscabar su reputacion, que emplean la alevosia, si es necesario; el otro es el aplauso de cierta clase de amigos, aplauso griego que el dia ménos pensado se transforma en acusacion, transformando en calumniadores infames a los ajitadores de la víspera. Estas alevosias tienen su raiz en la creencia inicua, mui esparcida por desgracia entre nosotros, de que hai dos conciencias en el hombre, la conciencia politica y la conciencia privada; así es que sucede mui a menudo que un hombre traiciona *politicamente* a otro, y pretende, sin embargo, ser *privadamente* su amigo. Rara manera de raciocinar, distincion jesuítica, que anula la dignidad de la conciencia, estableciendo como un dogma la aniquilacion del deber y la terjiversacion de la justicia. La mayor parte de los diputados, por ejemplo, títeres de las farsas de un ministro, no son mas que los autómatas que este ha sentado en las sillas, para que automáticamente digan que *si*, cuando el ministro les tira la soga hácia un lado, y automáticamente que *no*, cuando se las tira hácia el otro. Cuando observamos la tortuosa marcha del Gobierno; cuando notamos en todas sus medidas el esclusivismo absoluto de ellas que no tienden mas que a restrinjir toda libertad, todo derecho reconocido, y nunca a ensancharlos; nos preguntamos, será tan dificil gobernar a estos pueblos? estará en ellos tan inveterado el espiritu de revuelta y de oposicion, que solo con las medidas del terror puedan marchar? Pero descendiendo a la realidad, a la evidencia de los hechos, encontramos por el contrario un espiritu manso en todos, en todos deseos de bien y de paz, y que apesar de trabas, apesar de obstáculos abren vias a la industria y a la prosperidad nacional. Un Gobierno justo, un Gobierno recto que no obrase por egoismo de cofradia y que llevase su influjo a todo lo que puede ser un progreso para la nacion, conquistaria todas las voluntades, asimilándose y esparciendo en provecho comun, esa multitud de adelantos en jérmen que no aguardan mas que un motor para aminarse y estenderse. Y qué hace el Gobierno? Todo lo contrario de lo que debiera hacer. El pais está tranquilo y el pais pide la *amnistia*, para que los campos tengan esos labradóres que ahora faltan, las familias esos padres, esposos o hijos que trabajaban para alimentarlas y la nacion esos buenos ciudadanos

que se inutilizan o se mueren de hambre en el destierro; y el Gobierno le dice al pais; que deben temerse las revueltas y que solo el *indulto* del Sr. Presidente, puede hacer volver a esos labradores a los campos, a esos padres o esposos a las familias, a esos cindadanos a la nacion. Un Gobierno que tiene miedo cuando *ni un raton se mueve*, es un Gobierno débil que no tiene apoyo en la opinion pública, y que buscando como engañar a esa opinion se le antoja encontrar *paladines* y *fierabrases* en los *molinos de viento*, y el ruido del motin en los *batanes*. La lei de olvido, en las monarquías absolutas ha sido siempre proclamada por los soberanos; como una magnanimidad del poder, es cierto: pero al mismo tiempo como un reconocimiento, de esa justicia distributiva que mantiene las relaciones de súbditos y reyes; en una república democrática en la cual la sumision no es dogma revelado, en donde todas las intelijencias deben concurrir a ilustrar todas las cuestiones, en donde el poder no se adquiere por nacimiento; sino por mérito, en una república, en fin, en la cual si llegan circunstancias para la ebullicion de los partidos, jamás puede entrar en ellas la division de las castas, sino de las ideas, la lei de olvido no es una magnanimidad del poder, es un deber de los que mandan. Los mismos hombres que hoi están en el poder, son los mismos que precipitaron la fatal revolucion de 51, sacrificio inútil que costó tantas victimas a la patria y que cimentó la silla presidencial en tanta sangre; y esos mismos hombres son los que todavia se empeñan en mantener abiertas esas heridas que causa la discordia y que cicatriza el olvido!.....

La Cámara de Diputados se ha ocupado principalmente en la aprobacion del tratado con la Gran Bretaña, y aunque siempre algunas ventajas, que son inherentes a la desproporcion de ámbos contratantes, son ventajas solamente para la Inglaterra, sin embargo es de lo mas favorable para Chile. El artículo 15, sobre todo, viene a sancionar un derecho que desde hace tiempo se reclamaba con merecida justicia, como un derecho justo y necesario. Ya no se volverán a repetir los escándalos que se repitieron en Valparaiso hace poco, ya no habrá delatores de los herejes; pues que al mismo tiempo que ese artículo les asegura completa libertad de conciencia y que no serán inquietados por las creencias relijiosas, les permite tambien establecer su cementerio, con el permiso de las autoridades locales superiores. Eso no es ni con mucho el principio de la libertad de cultos; pero lo es siquiera de la tolerancia. La libertad de cultos vendrá mas tarde; y cuando el católico ilustrado, vea ejercer el sacerdocio al luterano con el entusiasmo de la virtud, con el respeto de la pureza; al anabaptista con el fervor de la santidad, con la relijion del puro amor; entónces ese mismo que ántes era fanático, educado por una Teolojía esclusivista, abrirá los brazos a su herma-

no para estrecharlo contra su corazon, para elevar con él su plegaria al cielo, adoradores del mismo Dios, jemelos de la misma verdad!

La comision calificadora de poderes presentó un informe sobre los poderes del diputado Errázuriz; y tres de ellos han informado que no están contentos todavía con las causales de nulidad que se presentan, para cuyo objeto se dirijen al juez de letras de Talca, pidiendo la copia autorizada de algunos documentos, que segun ellos, podrán servir para su propósito. Se nota bien claro por el informe de estos tres comisionados que solo quieren dilatar el asunto, para no verse obligados a un fallo perentorio. Los otros dos comisionados declaran que «*la forma externa de los poderes está arreglada a la lei,*» no consideran de su competencia pronunciar un fallo sobre la nulidad o validez de las elecciones; y agregan tambien el reconocimiento de los poderes de la Serena, que el informe de los otros completamente olvida. La nulidad de las elecciones de la Serena es tan poco disputable, que para todos ha sido y es reconocida, desde que una Parroquia entera quedó sin votar como consta de la acta, y desde que hai vicios en muchos sufrajios confesados por los mismos partidarios.—Los mas serios cargos que resultan contra la validez de la eleccion de Lontué, son los siguientes, extractados de l mismo sumario levantado por el Gobernador.

«Resulta 1.°, que han votado 117 personas apareciendo en el rejistro con la nota de *votó* don Juan Ramon Grez con el cual se enteran los 117 votos del rejistro; y en la lista alfabética no se encuentra el nombre de Juan Ramon Grez.

«2.° José Mesa, Facundo Varas, José del Carmen Puebla, Leandro Moraga, Juan Muñoz, Dionisio Hernandez, Julian Diaz, Santiago Matos, Juan Leiva y Miguel Perez, aparecen como sufragantes en la lista alfabética y en el rejistro tienen la nota de *votó*; debiendo notarse que Leandro Moraga aparece en la lista alfabética con el nombre de Leonardo Moraga: que en el rejistro hai dos personas con el nombre de Juan Muñoz, apareciendo como sufragante el que lleva el número 230 en su calificacion: que Dionisio Hernandez, aunque está como sufragante en el rejistro, en la lista alfabética solo se encuentra el nombre de Domingo Hernandez, el que no está en el rejistro: que aparecen en el rejistro dos personas con el nombre de Migual Perez en distintos números como sufragantes y en la lista alfabética se encuentran tambien los dos Miguel Perez como sufragantes.

Se agrega que don Ramon Calvo (*vocal de la mesa receptora*) aparece como sufragante en la lista alfabética y no está anotado en la copia del rejistro, porque, aunque se puso el nombre de Ramon Calvo escrito con lápiz sobre el de José del Carmen Puebla, el número que tiene al márjen es el de 203, el mismo que

tiene en el rejistro orijinal la calificacion de Puebla, al paso que la de don Ramon Calvo tiene el número 137.....

El señor Lastarria, diputado por Copiapó y Caldera, se ha inaugurado con una *Mocion sobre el fomento de la industria minera en el Norte* que contiene seis proyectos para desembarazar a esa industria de las rutinas que hoi la sofocan y para movilizar los medios que la estancan; por qué como él dice:

«La cifra de los productos de minas esportados por Caldera en el último año, que asciende a 7.371,640 pesos, no solo es notable por su valor, sino tambien porque ella representa la mitad de nuestro comercio de esportacion, y hace aparecer a Chile en un predicamento distinguido entre las naciones que saldan con sus productos lo que reciben del comercio esterior.»

«Esa industria que tanto contribuye al engrandecimiento de Chile no solo merece, sino que necesita proteccion y fomento. No basta que la lei deje obrar, sino que es indispensable que facilite todas las condiciones del desarrollo.»

«Esas condiciones respecto de la industria minera de Atacama consisten, a mi modo de ver, en la abolicion de las tramas fiscales, en la adopcion de ciertas medidas que faciliten el uso del crédito, y de otras que sirvan de fomento a aquella industria. Aunque para satisfacer todas las necesidades que abrazan estos tres puntos se necesita un gran número de disposiciones legales, me limito a proponer a la consideracion del Congreso únicamente aquellas que son mas urjentes, y que si se dan con oportunidad pueden bastar por sí solas a operar un cambio benéfico en esa industria.....»

«Tengo la conviccion de que el Congreso nacional remediará en parte la situacion aflijente de la industria de Atacama, y aun contribuirá al desarrollo de la mineria de Coquimbo, si adopta las seis medidas que tengo el honor de proponerle, despues de un estudio detenido y mui interesado de esa situacion. Las provincias del Norte que desde el año 25 han acrecentado con sus minas la riqueza nacional de un modo asombroso, creando mas fortuna que la agricultura del Sud y sosteniendo con sus metales el comercio de esportacion, son acreedoras a que el Congreso nacional se ocupe sériamente en los intereses que les corresponden».

La provincia de Copiapó, sin proteccion especial del Gobierno y si solo por la concurrencia laboriosa de sus habitantes y por la riqueza de sus minas, ha sido la primera en traer el Vapor a sus caminos, y ha visto en menos de tres años acrecentarse por ese medio su prosperidad industrial con sus productos. Y sin embargo junto con esa prosperidad han venido tambien otros obstáculos materiales, que la esponen a crisis continuas que imposibilitan el curso del crédito y que sostienen la usura,

enfermedad funesta de toda industria. Si se consigue lo que el señor Lastarria pide en su proyecto número 3, la extincion de los privilejios para las *minas, haciendas de beneficio y sus adherentes*, pudiendo estas ser hipotecadas y rematadas, teniendo por base el valor estipulado en el contrato de hipoteca, Copiapó tendrá un nuevo apoyo para su industria, y el acreedor y el deudor una seguridad que ántes no tenian; el uno para su préstamo y el otro para su crédito. El señor Lastarria ha sabido conservar la ventaja del privilejio concedido por la Ordenanza de Minas, disponiendo en el articulo 6.° de su proyecto lo siguiente:

«Art. 6.° En los casos de los articulos 3.° y 5.° se hará la ejecucion de las propiedades de minas sin paralizar la faena, cuyo costo se pagará preferentemente con el producto de la ejecucion».

El objeto del privilejio era el de mantener el trabajo en la faena, para no alejar de esta manera el descubrimiento de un tesoro que podia estar cercano.

Que la Cámara de Diputados se tome el trabajo de examinar dichos proyectos, que el Gobierno los examine tambien, que los pese, no en la balanza del partido, sino en la de la justicia, y aprobados que sean, Copiapó contará con nuevas palancas de crédito, nuevas espectativas de adelanto, que multiplicarán su industria, multiplicando sus riquezas.

Escándalo en Chiloé.—Hai arbitrariedades que las pasiones, si no escusan y lejitiman, al ménos, esplican humanamente. Pero no encontramos motivo ni esplicacion a las que el Intendente de Chiloé ha cometido en el escrutinio de las elecciones de Municipales en la Provincia de su mando. Sustituir 5 de los electos en el departamento de Chacao, cuyo nombramiento habia sido proclamado en los escrutinios parciales del 15 y 16 de abril, por otros del gusto del Sr. Intendente, y en una acta hecha e introducida al escrutinio jeneral, fraudulentamente por su Secretario, es un atentado tan absurdo, tan increible que si no conociéramos a las respetables personas que lo acreditan con sus firmas en el *Mercurio* del 15, nos habriamos negado a prestar el menor asentimiento a tan escandalosos abusos de autoridad. Las firmas de esas personas, y su decidida conducta en acusar a la mesa receptora y al Intendente, no dejan duda alguna acerca de la existencia de los hechos. Oh! qué no podamos decir otro tanto acerca del éxito de las acusaciones entabladas! Ah! por qué entre nosotros hollar la lei ha sido y es casi siempre una prerogativa de las autoridades? por qué la mano de la justicia solo se estiende a los particulares, nunca a los gobernantes, y por el contrario los proteje?

Homeopatia.—El doctor Benito Garcia Fernandez, tan conocido entre nosotros, como el único discipulo de Hannemann, piensa abrir un curso público de Homeopatia, para introducir a los

profanos en los misterios de la ciencia, ponerlos mas en evidencia a los ojos de los iniciados y popularizar asi el conocimiento del nuevo sistema, jeneralizando los principios de ella. Publicamos a continuacion el

Programa del Curso.

1.° Nociones jenerales de Anatomía.—Tejidos del cuerpo humano.—Esqueleto, huesos y ligamentos.—Músculos y sus dependencias.—Vísceras y entrañas del cuerpo humano.—Corazon, arterias, venas y vasos linfáticos.—Cerebro, sus cubiertas y nervios.

2.° Nociones de Fisiolojía.—Dijestion, absorcion, respiracion, circulacion, nutricion, secreciones, inervacion, funciones de relacion y jeneracion.

3.° Nociones jenerales de Hijiene.—Hijiene del aparato dijestivo; alimentos, bebidas, té, café, chocolate, etc.—Hijiene del aparato respiratorio, del aire puro y viciado por los miasmas.—Hijiene del cútis; baños, vestidos, etc.—Hijiene de la infancia y de las funciones de relacion.

4.° Doctrina homeopática.—Dinamismo vital, lei de los semejantes, esperimentacion pura, dósis infinitesimales y preparacion de los medicamentos.

5.° Nociones completas de sesenta medicamentos de los mas usados en homeopatía, como el *œconito*, *arnica*, *belladona*, *nuez vómica*, *pulsatilla*, *sulfur*, *etc.*

6.° Descripcion, *una por una*, de las enfermedades mas comunes en Santiago, con el tratamiento homeopático que les corresponde.

7.° ¿Cuál es el estado mas característico y jeneral de las enfermedades que se sufren en Santiago? Remedios homeopáticos que corresponden a este estado. Cuestiones de Hijiene pública que conviene resolver para que se mejore el estado sanitario de la poblacion.

Mr. Brunet de Baines, ha fallecido ántes de anoche. Su cadáver ha sido conducido al cementerio, y depositado en su tumba, hasta donde lo acompañaron sus amigos y sus compatriotas. Es un deber nuestro consagrarle un recuerdo. El ha sido el primero en mostrarnos las bellezas de la arquitectura. El Teatro, la Capilla dedicada a Valdivia, el fundador de Santiago, y multitud de casas divulgan su talento y quedan aqui como un artístico epitafio.

GUILLERMO MATTA.

OBSERVACIONES

SOBRE LA

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

DE

JORJE TICKNOR,

CIUDADANO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

III.

Es tan manifiesta la existencia del asonante en la antigua poesia castellana, en el Poema mismo del Cid, que juzgaria yo escusado probarla, si no viese que escritores intelijentes han mirado la rima en que está compuesto ese Poema como una consonancia imperfecta, como una primera tentativa, como un embrion de la rima completa de que luego dieron muestras Gonzalo de Berceo, don Alonso el Sabio, Segura de Astorga y otros varios en el siglo XIII. Mr. Ticknor se limita a decir que el ritmo y metro del Cid son flojos e indeterminados; y en una nota (la 29, páj. 29 y 30 del tomo primero) se inclina a creer que de las consonancias imperfectas que se hallan algunas veces en Berceo, pudo haberse orijinado el asonante; lo cual equivale a decir que el Poema del Cid, que Mr. Ticknor considera como de superior antigüedad a los de Berceo, no está escrito en asonante; apren-

sion estraña por cierto, en quien ha estudiado tan profundamente la poesía y la versificacion castellanas; sobre todo, teniendo a la vista el proemio de Sanchez al Poema del Cid (1).

En medio de esa aparente *flojedad* e *indeterminacion*, que se deben en mucha parte a la infidelidad de las copias, salta a los ojos la intencion de sujetar constantemente los versos a una semejanza de vocales que no se diferencia de lo que hoi llamamos asonancia. Solo dos cosas pueden oponerse en contrario: la abundancia de consonantes, y cierto número de versos en que no se percibe rima de ninguna especie.

En cuanto a lo primero, es sabido que en obras indudablemente asonantadas se encontraban amenudo consonancias perfectas; por una sencillísima razon. Todo consonante es, de necesidad, asonante. La separacion absoluta de estas dos especies de armonía, la práctica de evitar el consonante o rima completa en las composiciones asonantadas, no estuvo bien establecida hasta el siglo XVII. Este fué un refinamiento que redundó en ventaja del asonante, dándole mas suavidad y gracia, y aumentando con la dificultad el placer que produce este artificio rítmico en oidos intelijentes, Pero esa perfeccion artística no fué solicitada ni conocida en las edades anteriores.

Acaso se creerá que hai algo de arbitrario en suponer que donde abunda la consonancia se ha propuesto el versificador la mera asonancia; pudiendo decirse con igual razon que la asonancia prueba alli solamente la poca habilidad del poeta o la infancia del arte. Pero si la mera asonancia es frecuente, y tal la semejanza de los finales, que considerada como consonancia no hubiera podido satisfacer al oido ménos exijente, es visto que la intencion del poeta ha sido asonantar sus versos. En Berceo, en el Alejandro, en el Arcipreste de Hita, hai consonancias imperfectas, pero en ellas, con todo, se acercan bastante los finales para que pueda disimularse el defecto, como cuando Berceo hace rimar a*mantos* y *fartos*, a *lacerio* y *remedio*. Sobre todo, la semejanza de la última letra nunca falta. Así, *alto* pudiera encontrarse como consonante de *canto*, pero no de *cantos;* y *tanta* como consonante de *mata*, pero no de *matan;* y talvez *gracias* como consonante de *lanzas*, pero no de *lanzan*. ¿Ni qué oido humano podria aceptar como consonantes a *carta* y *agua*, a *posar* y *grand*, a *poblado* y *cristianos*, a *cavalleros* y *preso*, segun se ve a cada paso en el Cid?

Espero se me perdonarán menudencias como estas, que, ya lo he dicho, en la materia presente importan. Tan esenciales son ellas para distinguir un ritmo de otro, como los accidentes, a veces microscópicos, de una flor o una semilla para clasificar

(1) Véase el tomo primero de la coleccion de Sanchez, páj. 224.

ciertas plantas. Sin atender a ellas, no es permitido hablar sobre puntos concernientes a nuestra métrica, o a la de cualquiera otra lengua.

Antes que la separacion de las dos armonías fuese una regla del arte, era imposible evitar que se viniesen a la mano multitud de consonancias que no se buscaban; como la de los infinitivos en *ar*, *er*, *ir*, cuando se tomaban los asonantes en *a*, *e*, *i*; como las de los participios en *ado*, *ido*, cuando se asonantaba en *áo*, *io*; como las de los sustantivos en *on*, *or*, cuando en *ó*, etc.

En el siglo XVII se nota ya bastante cuidado en la separacion de las dos armonías; y con todo eso, en algunas escenas de Calderon, indudablemente asonantadas, vemos frecuentes consonancias; como en este pasaje de *La Niña de Gomez Arias*, jornada tercera.

¿Venderme tratas, tirano?
¿Venderme sin prevenir
Que aunque el amor me hizo esclava,
Libre soi, libre nací?
¿A un mónstruo venderme quieres?
¿De qué bárbaro jentil
Se cuenta accion tan infame,
Se dice hazaña tan vil?
Tu misma dama (no quiero
Tu misma esposa decir,
Ser dama basta, aunque sea
Dama aborrecida) dí,
Entregas a ajenos brazos?
¡Véngueme el cielo de ti!

¿Se dirá que la asonancia no es aquí otra cosa que una muestra de la infancia del arte o de la poca habilidad del poeta?

En cuanto a la falta de toda rima en varios versos, es preciso recordar que esto ha provenido de la inexactitud de los copiantes, siempre que, como dije en el anterior discurso, sustituyen a la vocal *ó* el diptongo *ué*, escribiendo segun pronunciaban, sin cuidarse de la rima. Así *Huesca* en el v. 946 es *Osca*, asonante de *todas* y *Saragosa*; y *fuert* en el v. 1338 es *fort*, asonante de *Castejon* y *señor*. Otra cosa debe advertirse, y es que, como me parece haberlo probado en el mismo discurso, la *e* grave en el final de las dicciones no se contaba para la asonancia. Conciertan, por ejemplo, *esperar* con *carne*, v. 775 y 776, *aves* con *mas* y *grant*, v. 867, 868, 869; *amor* con *so* y *nombre*, v. 1333, 1334, 1335, etc., etc. En favor de los estranjeros añadiré que la *i* grave en el final de las dicciones equivale a la *e* aun en nuestra rítmica moderna, y por consiguiente tampoco se contaba para la asonancia: así *Calvari* era asonante de *voluntad*, v. 347, 348. Advertiré tambien que en los diptongos la vocal dominante es la

única que se considera: así *honor* es asonante de *hoi*, y *aura* de *gracia*; y esto aun en nuestra rítmica moderna. Desgraciadamente para percibir la conformidad de estas reglas con la verdadera naturaleza y fuerza de nuestros elementos vocales, es necesario haber bebido el habla castellana con la leche, o haber adquirido tan íntima familiaridad con ella, como no es dado sino a poquísimos estranjeros.

Quedan todavia versos en que el final parece enteramente libre. Pero de este, como de otros defectos, no tengo el menor escrúpulo en acusar a los copiantes. Voi a poner aqui algunas muestras de sus habilidades, sin ceñirme precisamente a la consideracion del asonante, porque es menester que se forme alguna idea del estado deplorable en que ha llegado a nosotros este interesante Poema. Sujeriré de paso algunas correcciones; probables unas, otras, a mi juicio, evidentes.

> Exienlo ver mugieres e varones:
> Burgueses e burguesas por las fidiestras son *puestas*:
> Plorando de los ojos, tanto avien el dolor,
> De las sus bocas todos dician una razon:
> ¡Dios, qué buen vasallo si oviese buen señor!
> (V. 17 y sig.)

Aquí tenemos a *puestas* quebrantando desapiadadamente la asonancia. Pero para mí es evidente que esta palabra es una añadidura de copiante, que hace tan malo el verso como desaliñada la frase. *Ser* y *estar* se usan indiferentemente en el Poema del Cid. Léase:

> Burgueses e burguesas por las finiestras son,

y tendremos restablecida la asonancia, y a mayor abundamiento un elegante alejandrino, que es el tipo dominante del Poema.

En el verso 34:

> Que si non la quebrantas' *por fuerza*, que non ge la abriese *nadi*.

se infrinje tambien la asonancia que debe ser en *áo*. Pero así como es probable que el poeta no ha querido, sin necesidad alguna, hacer tan desmesuradamente largo el primer hemistiquio, y que el *por fuerza* es una interpolacion de copiante, así lo es para mí que en lugar de *nadi* debemos leer *ome nado*, frase castiza, elegante, usada en otros pasajes de este poema, como en otras obras de los siglos XIII y XIV. Yo leo:

> Que si non la quebrantase, que non ge la abriese *ome nado*;

En el verso 184:

A tod' el primer colpe, trescientos marcos de plata *echaron*,

este *echaron* interrumpe la asonancia, que debe ser en *áa*. Pero no es inverosímil que fuese interpolado por el bueno de Per Abat, o por algun copista anterior, poco familiarizado con el estilo cortado y elíptico del romance. Dado caso que el poeta hubiese querido alargar tan desmesuradamente el segundo hemistiquio, ¿qué le costaba decir *echaban* en lugar de *echaron*? Sabido es el uso frecuentísimo que en los romances viejos se hacia del imperfecto de indicativo en lugar de los otros pretéritos. Yo leo:

A tod' el primer colpe, trescientos marcos de plata.

Seguidamente se nos presentan estos tres versos:

Notólos Don Martino, sin peso los tomaba:
Los otros trescientos en oro ge los *pagaba*.
Cinco escuderos tiene *Don Martino*, a todos los cargaba.

Léase *pagaban*, porque se trata de los dos judios Raquel y Vidas; y si alguno se persuade que el *Don Martino* del último verso salió de la pluma del autor, no tengo nada que decirle. Aquí no hai violacion de asonanta; pero tenemos tan a descubierto la torpeza de las manos que ajaron esta malhadada composicion, que no he querido pasarlos por alto.

Sueltan las riendas e piensan de aguijar:
Dixo Martin Antolinez: veré a la mugier a todo mio solaz:
Castigarlos hé como avran a far.
(V. 227 y sig.)

¿No es evidente que en lugar del segundo de estos versos hubo orijinalmente dos? El copiante omitió sin duda un epíteto de los que sirven amenudo al poeta para completar sus versos. Yo tomo el de este mismo Martin Antolinez en el verso 1508, y leo:

Dixo Martin Antolinez, *el burgalés natural*,
Veré a la mugier a todo mio solaz.

Un poco mas adelante encontramos:

Tornabas' Martin Antolinez *a Burgos*, e Mio Cid *aguijar*
Pora San Pero de Cardeña quanto pudo a *espolear*
Con estos cavalleros que l' sirven a so sabor.
Apriessa cantan los gallos, e quieren quebrar albores.
(V. 232 y sig.)

El *a Burgos* es una esplicacion ociosa de las que desfiguran a menudo el metro y no pueden imputarse al mas inepto versificador. Martin Antolinez acaba de decir que se volvia para su casa a dar órden en sus negocios. Ademas, en los dos primeros versos, que deben asociarse y asonar con los otros, ni hai asonancia ni sentido. *Aquijar* está por *aguijó* y *a espolear* por *a espolon: aguijar a espolon* es frase de este mismo Poema (v. 2700 y 2785); donde, por otra parte, no se dice *espolear*, sino *espolonar*. Léase:

Tornábas' Martin Antolinez, e Mio Cid aguijó,
Pora San Pero de Cardeña, quanto pudo, a espolon.

Convertimos así un pasaje de los mas informes y absurdos, en una sentencia correcta, concisa y de una estructura elegante.

Cuemo lo mandó Mio Cid, así lo han todos a far.
Pasando va la noch, viniendo la *manana*:
Ellos, mediados gallos, piensan de cavalgar.
(V. 323 y sig.)

Manana (que debe escribirse *mañana)* infrinje la asonancia. El poeta dijo *man*, como en el verso 3070. Léase:

Pasando va la noche e viniendo la man.

La misma sustitucion de *mañana* a *man*, y con la misma violacion del asonante, se nos presenta en el verso 408.

Mio Cid se echó en celada con aquellos que él trae.
Toda la noch yace en celada *el que en buen ora náseo*,
Como los consejaba Minaya Alvar Fañez.
(V. 439 y sig.)

En lugar de *el que en buen ora náseo* decia sin duda *Mio Cid el de Vivar* o *el Campeador leal*, epítetos de Ruiz Diaz en otros pasajes del Poema. Esta sustitucion de epítetos pudiera hacer pensar que Per Abat escribia de memoria; y de todos modos manifiesta que su oido no era de los mas delicados.

Estas ganancias allí eran juntadas.
Comidiós' Mio Cid el que en buen ora *fué nado*,
Al rei Alfonso que *legarien* sus compañas:
Que l' buscarie mal con todas sus mesnadas.
Mandó partir *tod' aqueste aver*,
Sos quiñoneros que ge los diesen por carta. (1)
(V. 512 y sig.)

(1) A beneficio de los que no están mui acostumbrados al lenguaje de

Otro cambio de epiteto en perjuicio de la rima: en lugar de *fué nado* léase *cinxo espada*. Ademas, el tercero de estos versos no nos da la verdadera leccion, porque el Cid no pudo figurarse (*comedirse*) que sus compañas, sus tropas, llegarian al rei Alfonso, cuando en nada ménos pensaba. *Llegar* (que debe escribirse con *ll* como derivado de *plegar*) significaba juntar [v. 1091]. Lo que se figuró el Cid fué que el rei juntaria sus tropas y vendria contra él con toda su jente. Léase:

El rei Alfonso que llegarie sus compañas.

Tod' aqueste aver es otra errata de copista, que hace desaparecer la asonancia. Leo: *Todas estas ganancias*, segun el v. 514.

Sucede muchas veces que teniendo una palabra dos o mas formas diferentes se sustituye una a otra, en detrimento de la asonancia; como *fer* por *far*, y *Alfonso* por *Alfons*. De esto último ocurren muchísimos ejemplos, cuando la asonancia es en *o*.

Creo que basta lo dicho para que cualquiera se persuada de que donde se echa ménos la rima no es defecto de la composicion! y tambien para que se entrevea la degradacion que ha sufrido la obra y de que daré oportunamente muchas otras muestras, segun sus varias especies. Ahora voi a tratar de una materia en que Mr. Ticknor me ha hecho el honor de citarme para refutar una opinion mia, emitida en un articulo del *Repertorio Americano*, tomo II, páj. 21 y sig. [1].

«El asonante», decia yo, «es hoi propiedad esclusiva de la versificacion española. ¿Pero lo ha sido siempre? ¿Nació el asonante en el idioma de Castilla? ¿O tuvieron los trobadores y copleros de España predecesores y maestros en esta como en otras cosas pertenecientes al arte ritmica?

«La primera de estas opiniones se halla hoi recibida universalmente. Bien léjos de dudarse que el asonante es fruto indijena de la Península, pasa por inconcuso que apénas se le ha conocido o manejado fuera de ella, porque, exceptuando ciertas imitaciones italianas que no suben a una época mui remota (2), ¿quién

los mas antiguos poetas castellanos. creo conveniente advertir que en sus obras es frecuente la práctica de poner la llamada conjuncion *que* en medio de la frase a que, segun el uso posterior de la lengua, se hizo indispensable anteponerla. En el tercero y sesto de estos versos el órden natural exijia colocarla al principio de ellos.

(1) Me refiero a la nota 8, páj. 112, tomo I, de la Historia Literaria, primera edicion.

(2) Posteriormente he tenido noticias de poesías alemanas e inglesas en asonante. De las primeras no puedo juzgar. La muestra que de las inglesas he visto en la nota 14, páj. 114, tomo I, de la Historia Literaria, no tiene la mas remota semejanza con la asonancia castellana, que habla siempre y no puede ménos de hablar al oido.

oyó hablar jamas de otras poesías asonantadas que las que han sido compuestas por españoles?»

Conviene tener presente que las composiciones mas antiguas en que aparece la rima como un artificio constante, fueron *monorrimas*, esto es, sujetas a una desinencia invariable. «Tal es la última de las *Instrucciones* de Commodiano, poeta vulgar del siglo III o IV, y el *Salmo* de San Agustin contra los donatistas». En cada una de estas dos composiciones [y la segunda es bastante larga] todos los versos terminan en una misma vocal. «La cantinela latina con que el pueblo frances celebró las victorias de Clotario II contra los sajones, parece haber sido tambien monorrima, pues todos los versos que de ella se conservan tienen una terminacion uniforme. Puede verse en la coleccion de Bouquet un fragmento de esta cantinela, citada por casi todos los que han tratado de los oríjenes de la poesía francesa y entre otros por M. de Roquefort. Monorrima es así mismo (con la excepcion de un solo dístico) la cantinela compuesta el año 624 para la guarnicion de Módena, cuando amenazaban a aquella ciudad los húngaros, y copiada de Muratori por Sismondi. Pero lo mas digno de notar es que semejantes composiciones, o eran escritas por poetas indoctos, o destinadas al uso de la plebe; y por aquí se ve cuán comun ha sido este modo de emplear la rima desde los primeros siglos de la era cristiana.» (1)

Las composiciones precitadas nos dan a conocer el carácter de las primeras tentativas de rima en la edad media; rima que todavia no es asonante, como pensó Sismondi; pues aunque la semejanza esté reducida a la sola vocal, es entónces de necesidad que esta vocal sea pura, quiero decir, que no se le siga ningun sonido articulado. En *turquí* y *baladí* la semejanza está reducida a la sola vocal; pero no por eso deja de haber entre estas dos dicciones una verdadera consonancia, una rima completa, que no existe entre *confin* y *turquí*, donde la rima es una mera asonancia. Encuentro, pues, en esas composiciones la primera forma de la consonancia en latin; consonancia pobrísima, que se cifraba en la semejanza del final, sin comprender a la vocal aguda, que es la que domina siempre en la diccion; como si en castellano rimásemos *fuente*, *calle*, *corte*, *sensible*, *florece*, *cum-*

(1) San Agustin en su prefacio al referido Salmo se disculpa de no escribir «aliquo carminum genere, porque deseaba que «ad ipsius humillimi vulgi et omnino imperitorum et idiotarum notitiam perveniret», y queria que la necesidad métrica no le forzase a emplear palabras ajenas del lenguaje vulgar. El historiador que nos ha conservado el fragmento de la Cantinela de Lotario dice que se compuso «juxta rusticitatem;» y como el lenguaje en que está escrito, aunque mui distante de la elegancia clásica, es sustancialmente latino, el «juxta rusticitatem», no puede aludir sino al ritmo y a la semejanza de finales.

bre, etc. o bien *auras*, *estrellas*, *miras*, *encumbras*, *adoras*, etc.

En nuestro asonante están jeneralmente unidas dos cosas que no son inseparables por su naturaleza, la unidad de la rima en una larga serie de versos, y la semejanza de sonidos, reducida a las solas vocales. Los ejemplos que acabo de citar manifiestan la antigüedad del monorrimo. Pero no fué en monorrimos donde se usó al principio la rima vocal o asonante. «Las composiciones asonantadas mas antiguas son latinas, y en ellas [a lo ménos en todas las que yo he visto] los asonantes son siempre pareados, ora rimando un verso con el inmediato, ora los dos hemistiquios de cada verso entre sí. A la primera clase pertenece el Ritmo de San Columbano, fundador del monasterio de Bovio, que se halla en la IV de las Epístolas Hibérnicas, recojidas por Jacobo Userio. Pues que este santo floreció a fines del siglo IV, no se puede dar ménos antigüedad al asonante».

Hé aquí una muestra:

Totum humanum genus ortu utitur pari,
Et de simili vita fine cadit æquali.
Parvum ipsi viventes, Deo dare vix audent;
Morti cuncta relinquunt; nihil de ipsis habent.
Cogitare convenit te hæc cuncta, amice;
Absit tibi amare hujus formulam vitæ.

En algunos dísticos parece faltar la asonancia: en el primero, por ejemplo:

Mundus iste transit et quotidie decrescit;
Nemo vivus manebit, nullus vivus remancit.

Pero aquí el copista ha puesto *transit* donde debia decir *decrescit*, y reciprocamente. Descambiando estos verbos, no solo se restablece la asonancia sino la medida [1].

A la verdad, la rima de esta pequeña composicion se puede mirar como un término medio, porque los finales de las últimas sílabas son idénticos: *i*, *i*, *ent*, *ent;* al paso que en las dos sílabas penúltimas de cada dístico es idéntica la vocal, y se desatienden las consonantes: *pari*, *æquali*; *amice*, *vitæ*; *florida*, *gloria*.

Yo creo que el asonante debe su orijen al consonante; y que al principio los versificadores no se atrevieron a prescindir de las articulaciones en el final de la última sílaba, ni aventuraron la simple asonancia sino desde la penúltima vocal, o mejor, desde la vocal dominante de la penúltima sílaba, hasta la vocal final. Mas

(1) El verso consta de dos hemistiquios, cada uno de siete sílabas; pero no se hace caso del acento ni de la sinalefa.

aun allí parece como que temian ofender al oido alejándose mucho de la consonancia perfecta. Poco a poco se fué haciendo mas libre y desembarazado el asonante, hasta parar en la exclusiva identidad de las vocales, prescindiendo absolutamente de los sonidos articulados.

En la misma especie de rima media entre consonante y asonante, se compuso, aunque con irregularidad, el himno *Ad perennis vitæ fontem*, una de las composiciones mas poéticas de la media edad eclesiástica; que Jorje Fabricio y Crescimbeni atribuyeron a San Agustin, pero que con mucho mas fundamento se cree haber sido dado a luz en el siglo XI, por San Pedro Damian. Las tres primeras estrofas dicen así:

Ad perennis vitæ fontem mens sitivit arida;
Claustra carnis præsto frangi clausa quærit anima;
Gliscit, ambit, eluctatur, exsul frui patria.

Dum pressuris ac ærumnis se gemit obnoxian,
Quam amisit, cum deliquit, contemplatur gloriam,
Præsens malum auget boni perditi memoriam.

Nam quis promat summæ pacis quanta sit lætitia,
Ubi vivia margaritis surgunt ædificia,
Auro celsa micant tecta, radiant triclinia?

La rima es a veces completa, como en *gloriam*, *memoriam;* a veces la asonancia es pura, como en *capiunt*, *casibus*, *concrepat*, *organa;* en algunas estrofas no hai mas que dos líneas que rimen; y de las diez y nueve estrofas solo hai dos en que falta absolutamente la rima. Pero aunque el poeta no ha querido someterse a una regla invariable, se complace mas amenudo en la asonancia, y la coloca no solo en los finales, sino en otros parajes del metro.

Claustra *carnis* præsto *frangi*......
Dum *pressuris* ac *ærumnis*......
Quam *amisit*, cum *deliquit*......
Ubi *vivis margaritis*.....
Auro *celsa* micant *tecta*.

¿Y qué versificador ha empleado nunca asonancias mas ricas, mas suaves, que *arida*, *anima*, *patria; rutilant*, *conjubilant*; *speciem*, *dulcedinem*; *praelio*, *emerito*, *praemio*?

Peao lo mas comun fué colocar la rima en los finales de los hemistiquios; de lo que nos ofrecen un ejemplo los versos en

elojio del conde de Barcelona don Ramon Berenguel primero, escritos en vida de este príncipe:

> Vivat *Raimundus*, comes aptus, miles *onustus*,
> Majorum *pulchra* fulgens notusque *figura* (1).

Desde el siglo VIII empezamos a encontrar en multitud de opúsculos latinos la asononcia pura, colocada regularmente en los finales de los hemistiquios. Véase la vida de los Santos Padres Tason y Taton, escrita en prosa por Autperto, Abad de San Vicente de Vulturno, que murió en 778, en el Cronicon de aquel monasterio, publicado por Muratori (2); y se hallarán en ellos varios pasajes interpolados en verso, asonando los hemistiquios. De estas interpolaciones asonantadas hai tambien algunas, y bastante largas, en otras partes del Cronicon Vulturnense, escrito hácia el año de 1100. En las Actas de los Bolandistas, al dia 4 de marzo, hai un poema histórico, sujeto a la misma lei de asonancia. en alabanza de San Apiano, Monje de San Pedro, *in Cælo aureo*, que floreció despues de fundado aquel monasterio por Luitprando, Rei de Lombardía. A San Gebeardo, Arzobispo de Ravena, que falleció en 1044, se puso un epitafio en hexámetros y pentámetros latinos con el mismo artificio de rima, como puede verse en una crónica anónima del siglo XIII, publicada por Bacchino, Abad de Santa Maria de la Croma, y posteriormente por Muratori (3). Abunda en los hexámetros la rima media que he descrito, pero mezclada con asonancias puras; *dicat*, *recisa*; *varios*, *alto*; lo que basta para dar a la composicion su carácter.

Ee estos opúsculos no hice mencion en el Repertorio, contentándome con decir que existian varios, compuestos en los siglos posteriores al de San Columbano hasta el XIII, y deteniéndome en uno solo, que en efecto bastaba por muchos: la Vida de la Condesa Matilde, por Donizon, monje benedictino de Canosa, conocida de cuantos han esplorado la historia civil y eclesiástica de la media edad. «Esta vida, que es larguísima, está escrita en hexámetros, que todos (a excepcion de uno o dos pasajes de otra pluma trascritos por el autor) se hallan sujetos a la asonancia de los dos hemistiquios de cada verso entre sí; como se echa de ver en la siguiente muestra:

> Auxilio Petri jam carmina plurima feci.
> Paule, doce mentem nostram nunc plura referre,

(1) Bofarull, Condes de Barcelona, tomo II, p. 40. He sustituido *notus* a *natis*, que es errata evidente.
(2) *Rer. Italic. Script.* tomo I, parte segunda.
(3) *Rer. Ital*, tomo II, parte primera.

Quæ doceant pœnas mentes tolerare serenas.
Pascere pastor oves Domini paschalis amore
Assidue curans, comitissam maxime, supra
Sæpe recordatam, Christi memorabat ad aram:
Ad quam dilectam studuit rransmittere quendam
Præ cunctis Romæ clericis laudabiliorem,
Scilicet ornatum Bernardum presbyteratu,
Ac monachum plane, simul abbatem quoque sanctæ
Umbrosæ Vallis; factis plenissima sanguis
Quem reverenter amans Mathildis cum quasi papam
Caute suscepit, parens sibi mente fideli, etc.

«Esta muestra de asonantes latinos en una obra tan antigua y de tan incontestable autenticidad, me parece decisiva en la materia. Leibnitz y Muratori dieron sendas ediciones de la Vida de Matilde, en las colecciones que respectivamente sacaron a luz de los historiadores de Brunswick y de Italia. Pero es de admirar que estando tan patente el artificio rítmico adoptado por Donizon, ni uno ni otro lo echasen de ver; de donde procede que en las nuevas lecciones que proponen para aclarar ciertos pasajes oscuros, quebrantan a veces la lei de asonancia a que constantemente se sujetó el poeta.

«Otro escritor que usó mucho del asonante, bien que no con la regularidad del historiador de Matilde, fué Gofredo de Viterbo en su *Panhteon*, que es una crónica universal, sembrada de pasajes en verso, interpolados para auxilio de la memoria. Gofredo no se ciñe a determinado número, especie, ni órden de rimas; pero la asonancia es demasiado frecuente para que se deba al acaso.»

Yo no tengo dificultad en creer que el poema de Donizon fuese enteramente desconocido en España; pero él prueba la existencia del asonante en tiempos anteriores al primer monumento de poesía castellana que ha llegado a nosotros; y prueba, por consiguiente, que el asonante no era un artificio peculiar de la versificacion española, ni habia salido a luz por la primera vez en lengua castellana; que era todo lo que conducia a mi propósito. Jamás pensé, como parece haber creido el erudito norteamericano, que la Vida de Matilde hubiera servido de tipo a los versificadores españoles. Los que yo miraba y miro como *predecesores* y *maestros* de la España en el uso del asonante, como en otras cosas pertenecientes a la antigua epopeya, son los troveres, los poetas franceses de la lengua de *Oui*, en sus romances y canciones de Gesta. Así lo he sentado en aquel mismo artículo del Repertorio, como luego veremos.

Tampoco es exacto que la Vida de Matilde sea un ejemplo so-

litario de la asonancia en versificadores latinos, como supone Mr. Ticknor. Ella es, a la verdad, la muestra mas decisiva y mas irrecusable que yo conozco del uso del asonante en el latin de la edad media; pero no es tan solitaria como piensa el erudito norte-americano, si valen algo las otras que dejo citadas, y a que en el artículo del Repertorio no hice mas que aludir en términos jenerales, a que Mr. Ticknor no parece haber dado ninguna importancia. Aunque reducidas a brevísimos opúsculos, o no sujetas con bastante regularidad a esa lei rítmica, no puede ménos de percibirse que sus autores la conocian y solicitaban. Ni son ellas las únicas de que conservo apuntes. El mismo Donizon compuso otro largo poema asonantado en hexámetros y pentámetros, intitulado *Enarratio Genesis*, del cual he copiado estos versos:

Principium rerum struxit Sapientia cœlum:
  Primitus omno solumn codidit atque polum.
Senos perque dies hæc ornat maxime, dicens:
  Astra micent plura; Luna sit astra fugans.

(Continuará.)

ANDRES BELLO.

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

NOVELA ORIJINAL.

III.

Algunos dias despues de esta conversacion nos hallábamos Ismael y yo en un pié de amistad que sino bien llegado aun a la íntima confianza es sin embargo su precursor, pues se halla basado sobre la mútua estimacion. Mi interes por mi nuevo amigo aumentaba a cada entrevista: sus maneras, su amargo y melancólico lenguaje; algunas vagas palabras sobre su misteriosa historia, que de cuando en cuando dejaba escâpar en un momento de olvido; todo me hacia cobrarle nuevo cariño cada dia y esperar que talvez pudiese curarlo de su profundo mal.

De vasta y osada imajinacion, enervada un tanto por el contemplativo *farniente* de su alma de poeta; de educacion esmerada y libre de las serviles máximas de particular escuela; de juicio recto y pronto; de abundante y vigorosa sensibilidad; Ismael era uno de esos hombres nacidos para brillar en las altas esferas sociales, donde podia presentarse rodeado de la doble aureola de la belleza y el mérito personal. Indiferente, al parecer, a las pasiones que inspiraba; ignorante de sus aventajadas pren-

das; mi nuevo amigo era sin duda un curiosísimo objeto de estudio, al que la casualidad me permitia entregarme con todo el interes que en ciertos espíritus infunde lo imprevisto.

Frecuentemente saliamos juntos en la tarde y prolongábamos nuestros paseos hasta fuera de la poblacion, buscando siempre los puntos de vista desde donde pudiésemos descubrir un horizonte y un paisaje mas estensos. Durante aquellos paseos, Ismael, que cada dia se mostraba mas afectuoso y comunicativo me hacia relacion de sus viajes, hablándome de ciencias, artes, monumentos, antigüedades, con esa facilidad que caracteriza a ciertas personas, que a una educacion esmerada, unen el tacto fino y justa apreciacion que dan los viajes en el mundo europeo. Empero, siempre obserbava el mas estricto silencio sobre su vida e impresiones personales: jamás una palabra salida de sus lábios me reveló ninguno de sus recuerdos, nada que hablase de un pasado borrascoso; nunca tampoco ningun nombre de mujer habia figurado en sus relaciones; y si por medio de algun disfraz queria yo sondear sus recuerdos refiriéndole algun acontecimiento análogo a mis suposiciones, su bella frente se cubria de melancólicas sombras y sus ojos jiraban en derredor, como si buscase en el campo algun objeto qne alejára de su memoria el recuerdo que yo habia despertado.

Una tarde, pocos dias ántes del fijado por Clara, para la ejecucion de su proyecto, Ismael hablaba de la familia de Márcos y de las personas que iban a la casa: la conversacion se fijó naturalmente sobre Elisa.

—He tenido la desgracia de inspirar ese amor, dijo Ismael respondiendo a una pregunta mia. Sin quererlo, he vertido mil amarguras en el alma de esa pobre niña, que, ricamente dotada por la naturaleza y fijándose en otro ménos egoista que yo, podria formar un paraiso en la vida del hombre que supiese comprenderla. Yo que sigo un fantasma de consuelo sin acertar a alcanzarlo, seria un insipido amante, o un fastidiosisimo marido para una mujer llena de vida y poesía. Al notar, no ha mucho tiempo, el amor de Elisa, senti en mi una impresion mui dolorosa, pensando con amargura que Dios ponia en mis manos la felicidad de otra existencia y me privaba de los medios de alejar de la mia el horrible pesar que la consume. No dudo

que si pudiese amarla como ella merece; si a mi egoista indiferencia pudiese sustituir mi corazon de otros dias, no dudo que podria llegar a una felicidad completa. En poco tiempo pude apreciar la estension sublime de su amor de virjen. Un dia, preguntándola la causa de su tristeza me contestó, con los ojos llenos de lágrimas: «U. lo sabe Ismael tan bien como yo: contra mi voluntad he dejado decir a mis ojos lo que de viva voz no me hubiese ántes atrevido a decir; ¿tendré necesidad de jurarle que para U. no tengo voluntad?» —Cinco años há, prosiguió Ismael, habria pagado estas palabras a costa de mi sangre: ahora no han hecho mas que resonar dolorosamente en mi alma, sin despertar en ella mas eco amigo, que el de una profunda simpatía. Por otra parte, Elisa es una niña resignada y dócil, como una de esas virjenes que el paganismo ofrecia en holocausto a sus sanguinarias divinidades; pero alentada por una esperanza, sostenida por una mirada de amor, es capaz de pisotear toda consideracion social, acaso por su misma inocencia y la intachable rectitud de todas sus acciones.

—Semejante mujer es una joya, le dije, y con ella, no lo dudo, serias mui feliz.

—Cierto que unido a ella podria serlo; si puede llamarse felicidad ese estado pasivo del alma, en que la tranquilidad de la vida suple por la uniformidad de sus placeres, a ese borrascoso mundo de la pasion que todos buscamos en la juventud.....

Nuestros paseos y conversaciones se renovaron varias veces despues sin que jamas Ismael me dejase penetrar en la historia de su pasado, ni en nada que recordase sus relaciones con Laura, a cuyo nombre temblaba, cambiando bruscamente de conversacion y pasando largo rato sin poder serenarse. Entretanto el dia de la proyectada reunion en casa de Clara se aproximaba ya, sin que Ismael hubiese fijamente prometido asistir. A veces, pareciendo sospechar nuestro plan, se negaba abiertamente, alegando el sentimiento que toda fiesta le causaba. «La música de un baile, me decia, resuena en mi oido como un canto fúnebre. Al ver esa jente alegre y formando proyectos de felicidad, pienso en mi vida tan pronto disipada, en mi alegria de niño, única edad en que haya contado con el porvenir; y este goce, borrado del reducido número de mis esperanzas, en esos instantes sobre

todo, me infunde una desesperante melancolía. Al oir el alegre murmullo de los otros, al ver las miradas de las mujeres fijarse en mí, como queriendo indagar mi mal, me despido tristemente de la vida, de la juventud, del brillante cortejo de esperanzas que ciertos ojos de mujer despiertan en el alma: y cuando me encuentro solo me arrepiento de haber asistido a esas fiestas.»

No obstante, en otras ocasiones mostrábase mas animado, cediendo a mis consejos y prometiéndome asistir «y lo que es mas te prometo divertirme» me decia. En tales indecisiones llegó por fin el dia fijado para la fiesta, y Clara me previno que Laura asistiria tambien a su casa aquella noche.

IV.

Las jentes de provincia, sencillas en sus hábitos sociales e ignorantes del capricho que bajo el nombre, *buen tono*, rije con despótico imperio a las grandes sociedades, abrazan con placer las pocas diversiones que se presentan para distraer la monotonía de la vida casera. Para ellas una reunion, ocasionada por un dia de dias, por el óleo de un niño o por otra causa cualquiera, es la promesa de una noche feliz, la seguridad de un placer tanto mas precioso cuanto que es raro y pasajero. Sin esclavizarse por el vano deseo de llamar la atencion, todas acuden desde temprano a la casa de la fiesta, que les abre sus puertas convidándolas a la alegria. Por esta razon, las ocho daban apénas en aquella noche, cuando la casa de Clara se hallaba llena de convidados francos y alegres, si bien hubieran dado márjen a picantísimas observaciones por esa misma sencillez que quieren cubrir con una afectada etiqueta.

Realzaban la suavidad de aquella fiesta de familia, los modestos trajes de las niñas, sus sencillos adornos, sus peinados naturales, ajenos de afectacion y coqueteria, la espresion tranquila de sus rosados semblantes y el fuego natural de sus ojos serenos. Era sin duda, un cuadro fresco y puro, de aquellos que hacen bien al alma, reconciliándola con la vida social; un tierno espectáculo de los que trasmiten al corazon el plácido bienestar que reina en su atmósfera. Al contemplarlo, la imajinacion no puede ménos que traspasar el objeto presente y espla-

yarse complacida en la contemplacion de aquella existencia de cándida paz, sintiéndose dulcemente arrullada por una embriaguez semejante a la que nos infunden algunos de los paisajes del Poussin, tan llenos de agreste inocencia.

Apénas entré en la sala, Clara se dirijió a mí, diciéndome:—voi a presentarlo a mi amiga.—Yo me dejé conducir animado de la curiosidad que desde mi llegada me preocupaba por aquella mujer misteriosa, en cuya historia me hallaba yo tan interesado. Despues de la presentacion me encontré al lado de Laura, sin hallar frase alguna con que entablar la conversacion: ella vino felizmente en mi auxilio, preguntándome:

—¿Piensa U. pasar aqui algun tiempo?

—Señorita, la contesté, no he venido por tiempo determinado. Pensaba permanecer aquí dos semanas solamente; pero los habitantes de este buen pueblo son tan afectuosos y cordiales en su hospitalidad que he resuelto prolongar el tiempo sin fijarme un término preciso.

Yo me callé y ella permaneció pensativa.

Laura, por la delicada finura de sus facciones, por el fresco tinte de sus pálidas y blancas mejillas, por la pureza de la parte inferior de su rostro, parecia contar 20 años a lo mas. Su traje digno y modesto cuadraba mui bien con la melancólica espresion de sus ojos verdes de suaves y trasparentes párpados, velados por largas y crespas petañas. La intensa contraccion de su mirada, como perdida en lo infinito de algun recuerdo; la blanca palidez de su noble frente, circundada de negros y ondeantes cabellos; la anjelical espresion de su boca, de finos y rosados lábios, la daban el aspecto de la virjen de la melancolía, creada por el jénio sombrío de algun pesaroso artista. La elegante simplicidad de su vestido ponia, ademas, en realce la lujosa riqueza de una musculacion magnífica, un seno inquieto de primorosa armonía, vigorosas líneas de delicada juventud, que traian a la memoria la arrogante majestad de la Vénus de Milo. Alzando al cielo sus ojos parecia un ánjel animado del fuego divino: bajándolos era una mujer enamorada. Rodeada, por otra parte, de ese misterio grato a la imajinacion, que la prestaba la poesía del dolor, atribuyéndola en su vida algo de triste que se ignora pero que se presiente, Laura, en medio de aquella reunion, parecia

una reina asistiendo a una fiesta de aldea con todos los cuidados y sinsabores de la grandeza. Al verla, y por lo que sobre ella me habia hablado Clara, pensé que Ismael debia hallarse ligado a ella por uno de esos amores fatales que nacen en la flor de los años para tronchar las brillantes promesas de la fortuna: una de esas pasiones funestas que se arraigan porfiadamente en el pecho y que solo ciertas mujeres tienen el poder de inspirar. Admirando la finura de sus torneadas manos, la graciosa curba del cuello, la perfeccion ideal de toda su persona, me preguntaba por qué oculto misterio Laura e Ismael, igualmente jóvenes y bellos, dos seres, creados para confundirse en un amor único de indefinida ventura, parecian hallarse separados por el abismo de un pasado borrascoso? Fácil me fué adivinar la preocupacion de Laura al ver que sus ojos se dirijian continuamente hácia la puerta por donde llegaban los convidados; y no queriendo romper el silencio que entre ámbos reinaba, recorri con la vista las personas que se hallaban en la sala, deteniéndola sobre Elisa que sin disputa era la segunda belleza entre las mujeres de la concurrencia. En aquel momento la pobre niña parecia mas bien asistir a un suplicio que a una fiesta, pues a la bondadosa espresion de su semblante habia sucedido la dureza de algun sentimiento que comprimia sus contristadas facciones. Todo un drama de celos y desesperacion parecia desarrollarse en su alma en aquel instante, embotando las facultades de su espíritu y privándola de ese disimulo que parece inherente al organismo femenino. La deslumbrante belleza de Laura hacia sin duda palidecer las esperanzas que para esa noche abrigára, y sus ojos, atraidos por una fuerza irresistible, se fijaban obstinados en el semblante de aquella, con esa espresion de crítico análisis a que involuntariamente ceden las mujeres cuando observan a otra, sobre todo si ésta las disputa los afectos del corazon; lucha en la cual el jenio femenino desplega sus alas con prodijiosa enerjía.

Mas de este porfiado exámen a que Elisa parecia entregada, sin cuidarse de lo que la rodeaba; de aquella concentrada investigacion a la que aplicaba todas sus facultades, bajaban a su alma las heladas sombras de un profundo desaliento, evaporando sus proyectos; y desde el fondo de su pecho, combatido por los tur-

bulentos embates de los celos, subian a sus ojos dos gruesas lágrimas mal comprimidas, triste tributo que su pobre corazon pagaba en aras de un amor desventurado.

Laura entretanto, sin cuidarse de las miradas de la mayor parte de los concurrentes que se hallaban fijas en ella, seguia con ansiedad mirando hácia la puerta de entrada. De súbito su semblante palideció en estremo, y sus bellos ojos parecieron nublarse con una espresion indecible de ansiedad, y trató, por un movimiento involuntario, de ocultarse, retirando hácia atrás la silla que ocupaba, sin pensar que alli nada podria ponerla a cubierto de ser vista. En el mismo instante vi aparecer a Ismael en el umbral de la puerta. Su hermoso rostro coloreado por una febril ajitacion, sus grandes ojos distraidos y pensativos, los rizos de sus cabellos de ébano, en armonía con su negro traje, que caian abundantes sobre su cuello, todo lo revestia de esa belleza ideal, propia del héroe sombrío de alguna leyenda fantástica.

Clara se adelantó hácia él saludándolo con marcada deferencia: él respondió a sus palabras dejando vogar sobre sus lábios descoloridos una triste sonrisa que hacia creer que aquella boca habia perdido por mucho tiempo toda espresion de contento: luego, como cediendo a una fuerza superior a su voluntad, tendió la vista en derredor suyo; mas con esa muestra de fria indiferencia, propia de las personas melancólicas.

Para un espectador impuesto de los antecedentes de aquel estraño episodio, tan natural en apariencia, el cuadro formado por los personajes tenia todo el interes dramático de una escena de la vida privada, puesta al alcance de su curiosidad. Las demas personas dividian su atencion entre Laura e Ismael, admirando la belleza de ámbos; pero sin sospechar que en ese mismo instante se pasaba ante sus ojos un terrible acontecimiento para varios de los concurrentes.

Al fin, los ojos de Ismael se detuvieron sobre Laura, la que bajó su vista sobrecojida de espanto. Por el contrario las mejillas de Ismael se animaron con un tinte encarnado, y sus ojos despidieron mil rayos de desesperacion: habia en el ceño de su frente, en la movilidad de su pecho, en la soberbia altanería de sus lábios, tal sello de amargo reproche, tan marcada e indefi-

nida muestra de un amor loco, combatido por el torcedor aguijon de algun recuerdo fatal, que varias personas adivinaron al instante, que entre aquellos dos jóvenes mediaba algun lazo de odio o de amor despedazado. Aquella mirada de Ismael, lanzada como un rayo esterminador, hizo conmoverse a todas las mujeres que sobre él fijaban sus ojos ávidos de curiosidad: todas ellas buscaron sobre su hermosa y pálida frente, la causa del dolor que acusaban sus facciones, y sintieron todas, con la penetracion de su sexo, que el amor habia pasado por aquel pecho, destrozando sus flores con desvastadora saña.

Aquello duró solo un momento: la danza dió principio y la atencion pudo desviarse de Ismael.

—Ya ves que he cumplido mi promesa, me dijo cuando estuvimos juntos, y espero que nada tendrás que reprocharme.

—Nada a fé mia, le contesté, y encuentro que has hecho mui bien; aquí sino te diviertes mucho, puedes al ménos distraerte.

—¡Es verdad, puedo distraerme! esclamó con amargura, y atravesando la sala fué a colocarse al lado de Elisa que permanecia sin tomar parte en la diversion jeneral.

Al acercarse Ismael, las facciones de Elisa se cubrieron de alegría, sus ojos se fijaron en los del jóven, enviándole una de esas largas miradas de amor que las mujeres encuentran cuando quieren comunicar a otro el fuego de la pasion que las domina. Ismael la habló entónces y sus mejillas se ruborizaron de placer, recorriendo la sala con la vista, como si la presencia de tantas personas la fuese importuna para gozar de aquella felicidad; mas bien pronto palideció de nuevo su semblante, cubrieron sus párpados el fuego de sus ojos y sus lábios temblaron bajo las miradas de Laura, tratando envano de articular una respuesta. El cambio fué súbito y la serenidad acudió lentamente. La danza que terminaba hizo que Ismael volviese a mi lado.

—Creo, le dije mostrando a Laura, que es la mas bella mujer que he visto en mi vida.

—Valdria la pena de consagrarle su existencia ¿no es verdad? dijo Ismael.

—Oh! y ciegamente.

—Bah! añadió él con acento desesperado, la mayor parte de estas bellas obras del Creador son imperfectas en la parte mo-

ral. ¿No seria un espantoso sarcasmo si esa mujer no tuviese corazon? me preguntó apretando convulsivamente mi brazo.

—Imposible, esclamé mirando la intensa pasion con que los ojos de Laura buscaban los de Ismael, que parecia ignorar que ella se hallase en la sala.

—Por qué imposible, dijo él, ¿acaso el alma se retrata toda en el semblante?

—Casi siempre, contesté.

—¡Cómo! ese magnetismo de los ojos que hace soñar en lo infinito de la pasion ¿no puede ser el fuego de la luz en el organismo ocular? La frente tan serena, que parece que nunca un pensamiento enojoso ha empañado su alba tranquilidad ¿no puede ser como esos lagos de tranquila superficie y con tanto cieno en el fondo? Todo ese conjunto, en fin, de fascinante armonía ¿no puede ser un amargo capricho de la naturaleza? una bella estátua animada por el fuego de la vida y a la que falta la vitalidad del sentimiento?

—Imposible, repetí, cada vez mas convencido de mi opinion; esa criatura tan hermosa no puede ser como tú pretendes: ademas ¿quién me asegura que su corazon no ha sufrido ya alguna espantosa borrasca? Hai en su persona ese aire de intensa melancolía, esa indefinida tristeza, que revela la resignada espresion de sus ojos y que dice claramente que ha llorado durante largos dias: creeme Ismael, esa mujer es demasiado bella para haber podido vivir tranquila.

—Es lo que dicen las mujeres bonitas, dijo Ismael. No hallando de que quejarse se quejan de su belleza.

—«Ai infeliz de la que nace hermosa» dijo Márcos, que durante esta conversacion se habia acercado a nosotros. Ismael, repuso, tengo para tí un empeño.

—¿Cuál? de quién?

—De varias personas.

—Y.... ¿para qué? preguntó Ismael serenándose.

—Para que cantes.

—Oh! tu sabes que tengo la voz malísima y ya casi nunca canto.

—El casi escluye toda escusa, esclamó Márcos.

—Imposible, no estoi preparado, objetó Ismael.

—Si no es a mí, cederás a otro, dijo Márcos. Clara, esclamó llamando a su hermana, que notando sin duda la negativa de Ismael venia a unirse a Márcos, llegas a tiempo para hacer decidirse a este caballero.

—Espero que U. me hará justicia, dijo Ismael dirijiéndose a Clara; Márcos exije que yo cante, cuando no he entonado una nota desde tanto tiempo.

—Y yo me uniré a Márcos, respondió Clara; he prometido a varias personas que U. cantaria y espero que no me haga faltar a mi promesa. ¿Qué cantará U.? preguntó ántes que Ismael hubiese podido responderla.

Ambos se alejaron aproximándose al piano,

Al cabo de algunos instantes Clara preludiaba la introduccion del sentido romance de L'Eclair

Quad de la nuit l'epais nuage.
Couvrait mes yeux de son bandeau, ect.

melodía sencilla, suave y delicada, como una queja amorosa. La voz de Ismael se oyó entónces llena de melancólica armonía, identificándose con el refinado sentimiento de la composicion: cada nota de su voz despertaba en el alma la vibracion de un pesar adormecido ya. Hubiérase dicho el eco de los recuerdos evocando las pasadas memorias envueltas en un penoso olvido; haciéndolas acudir palpitantes, con ese poder que ciertas voces de tenor poseen, mas melodiosas que cualquiera instrumento y que arrullan los corazones con mil ensueños de indefinible beatitud. El jóven parecia estar en ese momento bajo el imperio de algun recuerdo tristísimo; porque su voz tomaba las modulaciones de una amarga queja y sus ojos brillaban atrevidos, cual si una mano invisible le sacára de su habitual indiferencia.

Todas las miradas estaban de tal modo fijas en el cantor, que mui pocos notaron que a la primera estrofa Laura había dejado su asiento y entrado en la pieza inmediata, huyendo al parecer la dolorosa impresion comunicada por la voz del jóven. Ismael entretanto seguia cantando y llegando a los hermosos versos:

J'ai condanné ta vie entiére
A la douleur, au desespoir.....

su voz, cobrando nuevo vigor y como si fuesen palabras de otro romance, cantó, cambiando de sentido y con el acento de la mas terrible verdad:

Tu condannas ma vie entiére
A la douleur, au desespoir.

La vibracion de la última palabra resonaba aun en los oidos de todos, cuando se oyó en la sala inmediata un grito ahogado y lastimoso como respondiendo al duro reproche de aquellos versos. El espanto y la admiracion se pintaron en el rostro de todos y varias personas acudieron hácia donde se habia oido aquel grito, entre las cuales una de las primeras era Clara que, dejando precipitadamente el piano, habia corrido por entre las demas. Al entrar, todos vieron a Laura lívida y sin sentido, apoyando su cabeza en el pecho de Elisa, que entrada una de las primeras la habia recibido en sus brazos. La jenerosa niña, olvidando sus celos y rivalidades, con los ojos anegados en lágrimas miraba los apagados ojos de Laura, y apoyaba en su seno la frente de su rival, con la solicitud de una madre que contempla el cadáver de su hija. El grupo que ámbas formaban habria inmortalizado al artista que hubiese podido reproducirlo con fidelidad. Laura bellísima en su desmayo; Elisa retratando en su rostro cuanto el corazon encierra de noble y jeneroso, nos aparecian como las deidades de esos lindos sueños que jerminan en el cerebro de los muchachos. Los demas permanecian inmóviles como respetando el dolor que presumian habia hecho estallar la sensibilidad de Laura.

Clara rogó a los asistentes que la dejasen sola, asegurándoles que solo era una indisposicion pasajera.

—Mui desgraciados somos con nuestro plan, me dijo al oido mirando con tristeza a su amiga.

Al salir, vi a Ismael que permanecia aun contemplando el inanimado cuerpo de Laura con ajitada respiracion, y apoyando la mano derecha sobre el pecho para comprimir sus acelerados latidos.

—Vamos, le dije, acercándome a él.

Su mirada fué como preguntándome el derecho que me asis-

tia, para turbarlo en su meditacion; mas luego bajó resignado la cabeza, siguiéndome sin pronunciar una sola palabra.

Salimos de la casa y a la una de la mañana nos hallábamos en la de Ismael, que permaneciendo sombrío durante todo el camino se habia sentado en un sofá, absorto, al parecer, en contemplar los jiros de la luz que alumbraba la estancia. Yo me levanté para retirarme.

—Todo esto, me dijo Ismael, es bien estraño ¿no es verdad?

—Te confesaré, respondí, que nadie puede haber parecido natural esta escena y que estarán mui léjos de atribuirla a un simple desmayo.

—Qué hacer!.... mañana, mas tranquilo, podré decirte lo que hasta aquí he callado, me dijo; ahora me seria imposible.

Estrechó mi msno y salí prometiéndome ser puntual a tan interesante cita.—*(Continuará.)*

ALBERTO BLEST GANA.

BIOGRAFÍA

DE

DON AGUSTIN EIZAGUIRRE.

A MI AMIGO DOMINGO SANTAMARIA:

He escrito la vida de un hombre de bien, de un ciudadano laborioso y de un patriota sincéro. Tales prendas no dan ciertamente al personaje el brillo deslumbrador que rodea a los talentos ilustres; pero tienen sin duda un mérito que, aunque modesto, es sólido y eterno. Tú sabes apreciarlo en su debido valor, y por eso te dedico este corto trabajo, que al mismo tiempo aceptarás como un testimonio de cordial amistad.

F. Várgas Fontecilla.

—

El sesgo que toma la vida del hombre es siempre determinado por las circunstancias peculiares del pais donde ha nacido, crecido y educádose. El individuo es un producto de la sociedad, y sus ideas y sentimientos se asemejan a los que dominan jeneralmente a los hombres de su época, a la manera que los frutos son siempre análogos a la naturaleza del árbol que los produce.

Si queremos formarnos una idea jeneral del carácter de un personaje, prescindiendo de aquellas peculiaridades que se encuentran en el individuo, estudiemos la época y el pais a que él ha pertenecido, y seguramente encontraremos una clave para conocer su manera de pensar y de sentir, y para explicarnos los principales hechos de su vida.

Por esta consideracion, al escribir la biografía de un hombre que nació en Chile y en el siglo XVIII, conviene trazar algunos rasgos que den a conocer lo que era nuestro pais en aquellos tiempos.

Reducido Chile, como todo el resto de la América española, a la condicion de colonia de una potencia europea, no era dueño de sí mismo, carecia de espontaneidad para pensar, y no tenia la conciencia de su propia importancia. Como pueblo que no era árbitro de sus destinos, se asemejaba a un niño, que no medita sobre su porvenir, porque lo tiene librado a la autoridad y direccion paternales. Por eso en Chile eran de todo punto desconocidas las luchas de los partidos que se disputan el timon de los negocios públicos, las discusiones de la prensa o de los cuerpos que deliberan sobre los supremos intereses sociales, y en jeneral todas aquellas instituciones y escenas que despiertan en el corazon del ciudadano los nobles instintos de la libertad y de la gloria, y de las cuales solo gozan los pueblos que piensan por sí y se dirijen por su propio juicio.

La colonia chilena se hallaba separada de la madre patria por millares de leguas. Las comunicaciones entre la una y la otra eran escasísimas. De cuando en cuando aportaba a nuestras costas un bajel que traia noticias de la metrópoli; esas noticias no eran sabidas sino de un corto círculo, y solo se difundian por toda la colonia cuando versaban sobre la muerte de alguno de los señores de este suelo o sobre el nacimiento del que habia de dominarlo mas tarde. Acerca de lo que pasaba en el resto del mundo, los chilenos no tenian sino un conocimiento vago, y lo poco que conocian no sabian apreciarlo con criterio filosófico. El portentoso movimiento de la humanidad; las soberbias conquistas de la intelijencia; la libertad, cuyos albores se dejaban ver en el viejo continente presajiando los grandiosos destinos del linaje humano, y cuyos rayos ardientes habian de abrasar mas tarde el mundo de Colon, eran para nuestros abuelos asuntos tan estraños, que habria sido sin duda reputado por loco el que los hubiera tomado por tema de sus discursos o conversaciones. Chile era, en el siglo XVIII, un riguroso monasterio, situado en un remoto rincon del mundo.

Nuestro pais carecia de un pasado glorioso. Sus fastos no referian ninguno de aquellos acontecimientos que forman el orgullo de un pueblo entero, y cuyo solo recuerdo pone en accion

cuanto hai de grande y de noble en el corazon humano. Todo lo que contaban sus crónicas estaba reducido a batallas dadas con los salvajes de Arauco, en que campeaba, ora la valentía de algun gallardo castellano, ora la fuerza y ferocidad de los descendientes de Tucapel y Caupolican; a fundaciones de ciudades y fortalezas, construidas con la mira de mejor garantir la dominacion del monarca español; a creaciones de conventos y de instituciones piadosas y de beneficencia; a la narracion de los estragos causados por un terremoto, por una inundacion del mar o de los rios, o por una irrupcion de bárbaros; y finalmente, a una multitud de apariciones milagrosas, que eran universalmente creidas del pueblo, y que con relijiosa veneracion se trasmitian tradicionalmente de padres a hijos.

Todas estas circunstancias formaban el carácter de la sociedad chilena en el siglo XVIII. Un pueblo que no posee el derecho de dirijirse a sí mismo, que ignora los acontecimientos y la marcha de los demas pueblos, y cuya historia no le presenta ningun recuerdo que le enorgullezca, que exalte su fantasia y despierte en su corazon sentimientos elevados y jenerosos, es naturalmente pacato, tímido, candoroso y dócil a la voz de sus amos. La órden del rei o de su representante era acatada sin réplica; la sumision a los mandatos del pastor era profundamente filial y sincéra. Chile se hallaba en la edad dichosa de la infancia, viviendo bajo la proteccion y los cuidados paternales, sin que el torbellino de las pasiones encrespadas perturbase su tranquilidad.

Un pueblo tan dócil y obediente era necesario que fuese esencialmente relijioso. El chileno era católico acendrado. Nada habia en él que no tuviese algun tinte de su relijion: los libros que leia, los espectáculos de que era testigo, hasta las interioridades de la vida doméstica, estaban impregnados del espíritu católico. Podríase decir que el sentimiento relijioso habia tomado en él toda la fuerza de que carecian los demas sentimientos de su corazon. Las festividades de la iglesia, los ruidosos capítulos de los conventos, llamaban la atencion de las mas encumbradas categorías y ponian en ebullicion al pueblo entero. El jefe de cada familia reunia diariamente sus hijos y su servidumbre, y todos juntos oraban con la sencillez y candor de los tiempos patriarcales. La vida del chileno era cristiana a la par que casera.

Pero desgraciadamente su sentimiento relijioso se desenvolvia bajo la tutela de ciertos principios erróneos, que él acataba como barreras que no le era dado traspasar. Veia de este modo aprisionada su intelijencia; y si alguna vez sentia arranques briosos, tenia que encojer sus alas delante de aquellos muros sagrados e inviolables. Que los reyes mandaban en virtud de una institucion divina, era una de las muchas patrañas que se enseñaban a los chilenos como dogmas inconcusos.

Bien se deja ver que en un pueblo tan sencillo, tan relijioso y tan sumiso debia reinar jeneralmente la buena fé, la cordialidad en el trato social, la voluntad de servirse unos a otros, y la fidelidad en el cumplimiento de todos los deberes de la moral cristiana. Habia en la capital una aristocracia compuesta de familias que contaban como el primero y mas preciado de sus timbres su abolengo solariego. Esta aristocracia era esencialmente conservadora de las tradiciones de sus mayores, y en ella encontraban decidido apoyo las costumbres y el espíritu dominante del pais. Casi todas las familias estaban recíprocamente enlazadas por vínculos de parentesco, formando de este modo una especie de fortaleza moral contra las invasiones de nuevas doctrinas y costumbres.

Estos eran los caractéres mas prominentes de la sociedad chilena en el siglo XVIII.

En medio de esta sociedad y en el seno de una de las familias de la alta aristocracia, fué donde pasó los dos primeros tercios de su vida el personaje de quien voi a hablar.

Don Agustin Eizaguirre, hijo primojénito de don Domingo Eizaguirre y doña Rosa Arechavala, nació en Santiago el año de 1766. Apénas comenzó a rayar en él la luz de la razon, dió a conocer la viveza y bondad de su carácter, haciéndose amar de sus padres y parientes. Luego que lo permitió su edad, entró a la mejor escuela que a la sazon había en Santiago, donde aprendió lectura, escritura y rudimentos de aritmética. Teniendo ya catorce años, y habiendo sido amamantado con ejemplos y prácticas cristianas, pasó, por determinacion de su padre, a ser alumno del seminario conciliar de la diócesis, llamado en aquel tiempo *Colejio Azul*, y dos años despues recibió la primera tonsura y los órdenes menores, e inmediatamente fué nombrado por el obispo don Manuel de Aldai colector de los cuatro curatos de la capital; destino cuyas funciones eran recojer los derechos de entierro y los honorarios de las misas que se dejaban dispuestas por testamento, para hacer despues la conveniente distribucion de estos emolumentos. Eizaguirre desempeñó este cargo durante siete años, portándose con toda la delicadeza y decoro que eran de esperar de su educacion y su carácter. Por el mismo tiempo fué tambien nombrado familiar del mencionado obispo, y sirvió algunos años en este destino. Permaneció en el seminario nueve años, durante los cuales estudió latinidad, filosofía y teolojía, únicos ramos que entónces constituian el plan de estudios de los que se dedicaban a la carrera eclesiástica. La enseñanza del latin, que duraba dos o mas años segun la capacidad y aplicacion del alumno, era imperfecta, porque no se enseñaba al niño su propio idioma, ni se le suministraban nociones de gramática jeneral, ni tampoco se le hacia estudiar la

historia del pueblo donde se habló aquella lengua. El curso de filosofía se hacia en tres años, y abrazaba la lójica, la psicolojia, la teodisea, la ética, la física jeneral y particular y la cosmografía. La teolojia se enseñaba en tres o cuatro años, y comprendia el dogma y la moral. Prescindiendo de los vicios de que adolecia la enseñanza de estos ramos, su aprendizaje era incompleto, porque no iba acompañado del de otros ramos, cuyo conocimiento es indispensable para que aquellos sean bien comprendidos. Este era todo el cultivo que recibia la intelijencia de los jóvenes que mas tarde habian de hacer figura en los primeros puestos de la sociedad.

En los nueve años de colejio Eizaguirre se granjeó la amistad y cariño de sus condiscípulos, quienes apreciaban en él la franqueza y jovialidad, no ménos que el jeneroso desprendimiento con que los servia en cuanto estaba a sus alcances. Las simpatías que inspiran las almas nobles son siempre duraderas, y por eso las amistades que Eizaguirre contrajo en su juventud no terminaron con la vida de colejio.

El año de 1789, teniendo ya concluidos sus estudios, y no sintiéndose inclinado al sacerdocio, dejó los hábitos clericales, y poco tiempo despues tomó a su cargo la administracion de la hacienda de Tango, del dominio de su padre, situada a inmediaciones de la capital. En esta nueva carrera se distinguió por su laboriosidad y contraccion. La hacienda estaba casi totalmente inculta, y Eizaguirre emprendió y llevó a cabo varios trabajos que la hicieron mas productiva, edificando tambien unas casas, que se conservan hasta lo presente. Ganóse el respèto y amor de los campesinos que vivian bajo sus órdenes, a quienes trataba con bondad y socorria liberalmente en los tiempos de escasez.

El año de 1793 dejó la administracion de esta hacienda, llevando los suficientes conocimientos para manejar un fundo y el hábito de sufrir las rudas fatigas del campo. Inmediatamente tomó en arriendo la hacienda de Huentelauque, situada en el departamento de Illapel, y allí se dedicó a las siembras y a la crianza de ganado. Permaneció en este fundo hasta 1801, habiendo adquirido con su industria un principal como de diez mil pesos. Durante este tiempo hizo frecuentes viajes a la Serena, donde mui pronto trabó amistad y relaciones con los vecinos principales de aquel pueblo, que le apreciaban y respetaban por la sinceridad de su carácter y la austeridad de sus costumbres. Estas amistades las conservó hasta que las estinguió la muerte.

El año de 1800, hallándose en Santiago, tuvo el dolor de perder a su padre, que murió dejando una regular fortuna. Consistia ésta en una casa situada en Santiago, y en la hacienda de Tango, que el año de 1778 habia sido comprada por el finado

en 40,000 ps., y que al tiempo de su muerte fué tasado en 56,000; aumento de valor debido, parte a la industria de don Agustin, y parte al trascurso del tiempo. En este caudal tenia sus derechos la madre comun, y quedó indiviso hasta su fallecimiento, viviendo miéntras tanto la familia en ejemplar union y fraternidad.

El año de 1801, habiendo espirado el arriendo de Huentelauque, vino a fijar nuevamente su residencia en Santiago, donde se dedicó por algun tiempo a la profesion de comerciante. Celebró compañia con un amigo suyo, proponiéndose por objeto especular en jéneros y efectos europeos, que en aquella época se vendian en el pais a precios asombrosos; y aunque no es de creer que mejorase considerablemente de fortuna en esta carrera, contrajo, sin embargo, nuevas relaciones, y dió repetidos testimonios de su honradez y cordura, que fortalecieron y dilataron la estimacion de su nombre.

En 1804 su hermano don Miguel Eizaguirre, a quien amaba con particular afecto por haberse educado ambos juntos en un mismo establecimieeto, tuvo que hacer un viaje a la metrópoli, y para efectuarlo elijió la via de Buenos-Aires, donde debia embarcarse para su destino. Don Agustin determinó irle acompañando hasta Mendoza, donde se despidió de su hermano querido, regresando luego para Santiago. En este viaje, a mas de haber conocido un pueblo nuevo, tuvo ocasion de sentir la impresion sublime que produce en el alma la vista de una de las marabillas mas estupendas de la naturaleza, la cordillera de los Andes. Impresiones de este jénero no se borran jamas, y siempre modifican y fortalecen el carácter del que las recibe.

El año de 1808, teniendo ya 42 de edad, tomó por esposa a doña Teresa Larrain, hija de don Agustin Larrain y doña Ana Josefa Guzman. Larrain era poseedor del mayorazgo de este nombre, y dió a su yerno en dote la cantidad de 25,000 pesos. Ambas familias celebraron cordialmente este enlace, y Eizaguirre vivió en casa de su suegro con la mayor armonia por el espacio de veinte años.

He sido talvez algo prolijo en narrar la vida privada del personaje que nos ocupa. La mayor parte de lo que hasta aquí he referido no tiene por si un grande interes; sin embargo, he querido dar noticia de ello al lector, porque la vida privada revela quizá mejor que la pública el verdadero carácter del individuo. La familia en que éste ha nacido, el jénero de educacion que se le ha dado, la clase de ocupaciones a que se ha contraido, en fin, cuanto ha hecho y cuanto ha dejado de hacer como hombre particular, nos sirve de guia para conocer y determinar el temple de su alma y la posicion mas o ménos elevada que ha tenido en la sociedad.

Por este mismo tiempo se abrió un nuevo y grandioso horizon-

te a la vida de don Agustin. Una gran revolucion social y política se preparaba para la América. En 1808 fué cuando comenzó a jerminar en el mundo de Colon la idea de un gobierno nacional, creado por el pueblo. Invadida la metrópoli por las armas francesas, y hecho prisionero el monarca español, las colonias americanas quedaron colocadas en la situacion de aquellos jóvenes que, habiendo vivido siempre sujetos a la autoridad paterna, se ven de repente libres de ella por el fallecimiento del que la ejercia. Entónces comienzan a pensar por sí mismos y a darse cuenta de sus propias acciones. Siguen, es verdad, obedeciendo a sus ayos y acatando los consejos de aquellas personas a quienes el padre dispensó su confianza, y que por eso ejercieron sobre ellos un poderoso ascendiente; pero ese respeto y deferencia, último tributo que rinden a los manes del autor de sus dias, van gradualmente atenuándose hasta extinguirse de todo punto. El sentimiento de su independencia, remiso en el principio, cobra enerjia con el tiempo, y destruye cuanto pretende ahogarlo. Los pupilos, en otro tiempo tan dóciles, no sufren ya ningun yugo estraño.

Tal fué la lei moral que obró en la revolucion de la independencia americana. Desapareció el soberano; y aunque sus vastos dominios continuaron sujetos a la constitucion y leyes que hasta entónces los habian rejido, empezó no obstante a surjir en el corazon de los colonos el sentimiento de su propia libertad, y la idea de un gobierno constituido por ellos fué ganando terreno diariamente en la opinion. Los mandatarios españoles que se hallaban a la cabeza de las diversas secciones americanas cuando aconteció la catástrofe de la península, conservaron, es verdad, sus puestos; pero no se miraron ya en ellos tan seguros como cuando eran amparados por la sombra venerable del monarca, que desde su réjia mansion y con sola una señal de su augusta voluntad disponia de los destinos de la América. Sintieron que faltabr la fuente de la autoridad que estaban ejerciendo, y que los pueblos que tenian bajo su mando no se les sometian mui sosegados y contentos. Escucharon medrosos el sordo bramido de lejana tempestad, y temblaron al ver que no tenian un conjuro bastante eficaz con que disiparla cuando viniese a estallar sobre sus cabezas. Sin embargo, ellos procuraron conservar el antiguo órden de cosas, valiéndose del prestijio que le daban tres siglos de existencia, y poniendo en accion los sentimientos de respeto y acendrada lealtad a la metrópoli, que siempre habian animado a los colonos americanos.

Este fué el principio de la lucha entre el sistema de la independencia y el colonial, entre las ideas nuevas y las viejas, entre la filosofía ilustrada y las rancias preocupaciones, entre la libertad y la esclavitud.

La convulsion se hizo sentir de un estremo a otro de la América española. Desde los espesos bosques de Arauco y las pampas de Buenos-Aires hasta los mas apartados confines del antiguo imperio de Motezuma, todo ardia en una guerra simultánea y sangrienta, siendo en todas partes unos mismos los principios encontrados que la encendieron. La historia no presenta ejemplar de una lucha que haya tenido un teatro tan vasto y en que haya reinado tan perfecta unidad de miras.

La aurora de una vida nueva iluminó pues el cielo de la patria; la intelijencia de sus hijos recibió una luz desconocida, y en su corazon se despertaron sentimientos mas nobles y grandes que cuantos hasta entónces lo habian animado.

El alma recta y jenerosa de Eizaguirre no podia dejar de apoyar la causa de la justicia y del bien comun. Las ideas nuevas encontraron un eco en él, y fueron sostenidas y progadas con el prestijio de su honradez, de su buen sentido, de sus numerosas relaciones de familia y de su elevada posicion social.

(Continuará.)

F. VÁRGAS FONTECILLA.

LA DEMOCRACIA ES POR ESENCIA RELIJIOSA.

El gobierno democrático consagra como principio fundamental la igualdad, la libertad y la propiedad; y todas sus leyes tienden a protejer y afianzar estos derechos naturales e imprescriptibles. Ellos constituyen su existencia, y si los negase, se negaria a si mismo, porque destruiria su propia naturaleza. Este gobierno se propone en todos sus actos el libre ejercicio de estos derechos, arreglado de una manera equitativa y conveniente; y la observancia de la justicia en toda su amplitud, que no es otra cosa que la caridad puesta en accion, y convertida en deber; y Dios nos impone la obligacion de respetar estos derechos en todo el jénero humano. En vano los habria dado sino nos inspirase una santa indignacion por el que los viola, y sino hubiese unido a ellos la facultad y poder para defenderlos, tanto en nosotros mismos, como tambien por una razon de reciprocidad en nuestros semejantes, cuyo auxilio invocamos cuando estamos nosotros espuestos a perderlos por la violencia de los malvados.

La democrácia estima al hombre por su cualidad de hombre e independientemente de las consideraciones forjadas por el orgullo. En esta clase de gobierno la razon humana ilustrada por la luz natural, y exenta de las tinieblas con que la envuelven las preocupaciones, respeta mas a la humanidad, adquiere un buen sentido para juzgar de las cosas con exactitud, y elevarse sobre las sujestiones mezquinas de la soberbia y del egoismo. Aprecia las relaciones humanas por las reglas invariables y justas que vienen de lo alto, y no por los inconstantes caprichos de las

pasiones humanas. La democracia exije una apreciacion imparcial de todos los intereses, y la union de todas las voluntades: lo que estableceria en el mundo la armonia universal.

De estos principios se infiere que la democrácia es altamente relijiosa, y que sin relijion no pudiera darse democrácia. La preferencia que ella concede a todo el conjunto del cuerpo social, sobre alguna de sus partes, y que es el objeto primordial de su asociacion: su prevision y solicitud para atender a todas las necesidades lejítimas, y conciliar todos los intereses; su bondad, su belleza y armonía ¿cómo podrá jamás concebirla el hijo de la duda y de la impiedad?.... El que solo ve desórden y confusion en el universo se persuadirá que llegue a reinar en la sociedad humana un sistema regular y benéfico que haga la paz y ventura de todos sus miembros? Entregado a las áridas doctrinas de un ciego fatalismo tendria la espansion de alma, y ese calor del corazon para admitir este marabilloso pensamiento y sacrificarle su personalidad? Semejante sistema es una deduccion lójica del que reconoce una intelijencia suprema que arregla y dirije los movimientos regulares de los mundos, y que prescribe en el órden moral la lei de amor y de fraternidad, el deseo de la perfeccion, y la aspiracion constante hácia lo infinito, hácia el centro de toda vida que es Dios. Empero, los que no profesan mas providencia que los golpes afortunados de la casualidad, los éxitos felices de la fuerza y de la intriga, jamas amarán la democrácia, que tiene por base el derecho y a Dios como su orijen. Dejemos, pues, el ateismo a los gobiernos de privilejio, a los que se reputan semi-dioses en la tierra, condenando a otros a la miseria y degradacion. Los incrédulos podrán conformarse con los gobiernos donde el nacimiento y accidentes fortuitos deciden de la suerte del hombre; mas el que se considera con la obligacion de conservar su dignidad y de perfeccionarse no se someterá a la esclavitud y al oprobio. Este hombre por un deber de conciencia romperia sus cadenas alzándose de su envilecimiento.

FRANCISCO MARIN RECABARREN.

MI VIAJE A NINGUNA PARTE.

II.

Escenas varias.

UN POETA, (1) (*desembocando por la calle del Estado*).

Yo que soñaba deliciosas horas
A tu lado pasar, mujer ingrata,
Ingrata cual.....

Cual lo son todas las mujeres. Pérfida Armida! engañarme! burlarse de mí! de mí, poeta, que ensalcé su belleza y la canté en tantas y tan sentidas estrofas! Despues de tanto amor, despues de tantos juramentos hechos a la faz de ese cielo azulado, que hora es testigo de las negras penas que desgarran mi alma marchita por tantos desengaños, marchita como la humilde yerba de los campos que el ancho pié del rústico campesino maltrata indiferente; macerada, como la roca que batida por las furiosas olas del bravísono océano..... bravisono?...; he inventado una palabra!... Si, horrisono, undisono, bravisono!... *(saca una cartera y la apunta)*. En mi primera composicion la introduzco.

Y el buque naufragó; luchóse en vano
Presa fué del bravisono océano!

(1) Claro es que hablamos aquí de uno de aquellos poetastros, que solo se tienen por poetas ellos mismos.

Exelente remate para una octava. Y viene bien para el canto de mi poema épico en que describo una tempestad. Ah! y que tempestad es la que ajita ahora mi corazon! El viento del desengaño ha roto los masteleros del bajel de mi esperanza!.... Hermosa comparacion!.... Decididamente estoi en vena esta tarde. O poder del amor! fuente inagotable de poesía! Que una mujer nos ame o nos desprecie, nosotros encontramos siempre asunto para cantar. Por eso yo ahora, aunque burlado por una mujer ingrata, siento arder en mi frente el fuego de la inspiracion:

Y yo te amé, gran Dios! y fui tan necio
O cielos, en amarte!.... Ah! te desprecio!....
Mi altivo corazon desconociste.....

Quién lo hubiera creido! Yo que me prometia de nuestros amores hacer el asunto de una leyenda!... O mujer, o mujer, silicio del hombre, los juramentos en tu boca son vanos sonidos que el viento arrastra; ya no amaré mas, pero me vengaré, sí, me vengaré. Desconocer mi amor, el amor de un poeta; abandonarme y por quién?.... gran Dios!.... ocúltate, o poesía!.... por un capitan de jendarmes!..... sí, me han preferido un jendarme! Oh Byron, oh Lamartine, oh Zorrilla, oh yó!, una mujer, cosa inaudita! ha preferido, insólito fenómeno! un jendarme, estólido suceso! a un poeta, cataclismo universal!!...

Fementida, hermosa; mas que hermosa ingrata
Así a un poeta como yo se trata?

UN FOLLETISTA, (*desembocando por la calle Ahumada*).

No es mi amigo Cuarteta el que va allí jesticulando?

EL POETA.

Cupo en tal belleza tanta alevosía?
Y tu permites ah! que la jendarmería
Cielos! se prefiera.....

EL FOLLETISTA.

Eh! amigo, buenas tardes.

EL POETA.

Querido Folio!

Oui, puisque je retrouve un ami si fidéle
Ma fortune va prende.....

EL FOLLETISTA.

Ah! dejaos de versos, mi buen amigo; ya no puedo sufrir la poesía, apesar de que en otro tiempo me dió tambien el diablo por hacer sonar las palabras a compas; pero abandoné el arte

de Apolo porque es un jénero de literatura mui fútil, bueno solo para colejiales.

EL POETA (*aparte*).

Mejor haria en confesar que jamás pudo hacer un verso bueno.

EL FOLLETISTA.

Hablemos de amores, poeta; de los vuestros con la encantadora Armida que segun se dice estais a punto de..... cometer un desacato.

EL POETA.

Brota en el cielo del amor la.....

EL FOLLETISTA.

Otra vez!

EL POETA.

Me preguntais sobre mis amores con Armida? Ah! a tí, Folio amigo, corazon tambien de poeta, alma grande y sensible, te confiaré mis penas porque serás capaz de comprenderlas. Los hombres vulgares, los que componen esa sociedad que se ajita y corre por las calles tras un puñado de oro vil....

EL FOLLETISTA.

A propósito de oro, cuánto os ha ofrecido el librero por vuestro volúmen de poesias inéditas?

EL POETA.

Infame! sabeis cuánto ha tenido la audacia de ofrecerme? una onza solamente! y me aseguraba que perderia. Perder! un libro que estoi seguro se arrebatarán.

EL FOLLETISTA.

Si estos libreros!.... *(a parte)* ofrecer una onza por un libro del que se venderán cuatro ejemplares cuando mas, es audacia. (*Alto*) Y bien, y Armida?

EL POETÁ.

Ah! decia, pues, que el vulgo no es capaz de comprender el alma de un poeta. Nuestro corazon es una flor preciosa; el amor es el perfume y la poesía su esencia. Pero así como los ardientes rayos del sol pronto marchitan una planta, tambien el soplo cálido de las pasiones aja y destruye pronto nuestra alma demasiado sensible. Sí, amigo; Armida me ama con todas las fuerzas de su alma; pero la mia sin ilusiones ya no es capaz de amar; el hastio roe mi existencia; soi un cadáver ambulante, un tronco carcomido arrastrado por un torrente y arrojado sobre la playa.

Armjda bella y seductora como la del Taso se ha estrellado contra la muerta sensibilidad de mi corazon. *(Aparte)* Pérfida! y con un jendarme!

EL FOLLETISTA.

Pobre Cuarteta!

EL POETA.

Ella al ver mi indiferencia se ha imajinado que mi corazon latia por otra mujer y ha creido que el mejor modo de hacerse querer, era despertando en mi los celos, y con este fin creo que admite las golanterías de no se quién. *(Aparte.)* Maldito jendarme!

EL FOLLETISTA.

Así son las mujeres!

EL POETA.

Y vos amigo, de qué os ocupais?

EL FOLLETISTA.

Oh! tengo un gran trabajo entre manos. Un panfleto incendiario, un verdadero brulote; pronto lo daré a la prensa.

EL POETA.

Y sobre qué es?

EL FOLLETISTA.

Sobre la nueva lei de imprenta. (*Sacando un manuscrito del bolsillo*). Voi a leeros el principio; dice así: «No, la libertad no ha muerto; todavia conserva defensores prontos a derramar su sangre por ella. Hoi me presento yó, con la cabeza erguida y un corazon libre, sin miedo, ante el poder y sús sayones, para decirle cara a cara, habeis hecho mal; esa nueva lei coharta la sagrada libertad del soberano pueblo; temblad! nuestra cólera es un torrente devastador; temblad! la catarata del Niágara es el fac simile del rujido de los pueblos, cuando se levantan en masas compactas para devorar con sus grandes y afilados dientes a sus opresores; temblad! temblad! Moíses apareciendo en la elevada cumbre del Sinai.... temblad!...»

EL POETA.

Por Dios! qué me haceis temblar de veras!

EL FOLLETISTA.

«No, la libertad no ha muerto; podeis encerrarme en los subterráneos cóncavos de vuestras fétidas cárceles; podeis arrastrarme a un sangriento patíbulo, altar de la libertad, mi voz surjirá de entre el bullicio inmenso y os parecerá oirla salir de en medio de una nube sanguinolenta: temblad!!...»

EL POETA.

Basta, basta! que me haceis tiritar.

EL FOLLETISTA.

Qué os parece?—Este, temblad! es de un efecto prodijioso.

EL POETA.

Sublime! vais sobre las trazas de Lamennais. Pero lo que mas me admira es vuestro coraje, porque de seguro os encarcelarán y os procesarán.

EL FOLLETISTA.

Me creeis tan nécio que ponga mi firma al pié?

EL POETA.

Cómo! no decis que os presentáis sin miedo arrostrando la cólera de los tiranos?

EL FOLLETISTA.

Sí, al principio; pero el lector al concluir ya no se acuerda de lo que ántes leyó. Poner mi firma! Bástame con que mis amigos lo sepan para que cuando haya una revolucion se acuerden de que soi un campeon de la libertad; despues del triunfo se entiende. No es que a mi me falte coraje, no; pero como dijo aquel otro:

El miedo es natural en el prudente....

EL POETA.

Ya!

Y arrancar del peligro es conveniente.

Es verdad.—Oh! aquí vienen dos compañeros, dos literatos... de pacotilla; el uno escribe novelitas sentimentales y el otro artículos con el pomposo título de Estudios Históricos, que tienen tanto de historia como hai sentimiento en las novelas del otro. Dá lástima!

EL FOLLETISTA.

Escribir sobre historia! y no sabe quien plantó la Alameda!

DOS LITERATOS (*pasando.*)

Adios, caballeros.

LOS OTROS.

Adios!

PRIMER LITERATO.

Qué pareja! un poeta romántico y un folletista demócrata!

SEGUNDO LITERATO.

Decid mas bien un poeta sin ideas y un folletista sin estilo.

PRIMER LITERATO.

Es verdad. Y yo que escribí un artículo haciendo el panejírico de sus poesías.

SEGUNDO LITERATO.

Qué quereis? es necesario protejer a estas pobres jentes.

UN PASEANTE.

Tant de fiel entre-t-il dans l'âme des *auteurs?*

3.ª—Un jóven sentado en un sofá; en otro, àl frente, un viejo.

EL JOVEN.

Qué tarde tan hermosa! qué aire tan fresco y tan agradable es el que corre aqui. Cuánto bien me hace! Ah! allá en mi cuarto me sofocaba. Si vendrá esta tarde? si la veré? (*mirando por la Alameda.*) Ah! una niña?... no, no es ella.

EL VIEJO.

Hé ahí a un jóven que espera a su querida. Qué interesante figura! Cuánta melancolía en esa frente pálida y en esos ojos azules! La espresion de su rostro revela una alma pura como la de un niño. Su corazon debe alimentarse solo de amor.

EL JOVEN.

Aun no viene; esperemos. Esperar, siempre esperar! palabra cruel que solo conocen los que aman, y yo la amo tanto! Un mundo para mi no valdria una caricia de ella. Poder estrecharla en mis brazos, contra mi corazon; besar sus rubios cabellos, adorarla de rodillas, son goces, ay! que no me es dado alcanzar. Ella sabe que yo la amo, si, y que nadie nunca la amará como yo; pero me ama?... Oh duda cruel! Una vez me miraron sus ojos con una espresion tan tierna que creí morir de placer; pero otra vez que temblando de emocion osé estrecharle la mano, la retiró, y su mirada indiferente, heló mi corazon palpitante. Martirio horrible! la mas remota esperanza me hace soñar en una felicidad infinita, y luego la duda me hace caer en el abatimiento y en la desesperacion. Ayer me dió un ramo de flores; entre ellas una habia que significaba amor. Con que placer hice yo esta observacion! Si, me decia a mi mismo, este no es efecto de la casualidad, intencionalmente la ha puesto entre las otras. Será locura, estravagancia; pero luego que llegué a mi casa la besé mil y mil veces, pensando que sus manos las habian tocado y que aun conservaban quizá la traza de sus lábios.

EL VIEJO.

Pobre jóven! parece haber sufrido mucho. No lo amará la mujer que él adora?

EL JOVEN.

Qué estraño poder, qué fuerza sobrenatural es esta que nos arrastra hasta adorar los sufrimientos que nos causa la mujer que amamos? Y yo cuánto he sufrido y cuanto sufro! Pero una criatura tan hermosa, un ánjel como es ella, qué importa que pisotee y marche indiferente sobre mi corazon! Sin embargo, ah! cuán feliz me haria una mirada, aunque fuera de compasion.... Nunca seré dichoso?...

EL VIEJO.

Yo tambien amé cuando jóven, y tambien sufrí; pero una mujer vino que destiló en mi alma una gota de miel de su corazon y me hizo olvidar la amargura de la vida. Espera, jóven, espera.

EL JOVEN.

Cuánto tarda! No vendrá hoi a pasearse?... Me siento con ánimo suficiente para hablarla; este ramo de flores ha hecho de nuevo nacer en mi la esperanza; es preciso que oiga mi condenacion o mi... oh Dios mio! ella es!... la del vestido rosado... Cuánto me salta el corazon!... La iré a hablar?... El miedo me tiene clavado en este asiento... Qué hermosa está! cuánta gracia, cuánta elegancia!... Si me habrá visto ya?... Oh! el ánimo me falta; quisiera huir... pero ya están aquí. (*Pasa un grupo de niñas alegres y risueñas entre las cuales va una de vestido rosado; el jóven las saluda temblando y con el rostro encendido de vergüenza*). Ni siquiera me ha mirado!... (*Dobla abatido la frente sobre su mano.*)

EL VIEJO.

Que te importaba, niña, dejar caer una mirada de consuelo y esperanza sobre ese pobre corazon de veinte años!

4.ª—Cerca del Ovalo.

CEFIRO (*cantando.*)

O bella alma innamorata....

(*Llamando.*)

Pst! pss! Carátula!

CARATULA.

Mi buen señor Zéfiro! su salud, buena?

CEFIRO.

Así, así. Oiga U. (*misteriosamente al oido*). Esta tarde el presidente comió...

CARATULA (*abriendo los ojos*).

Oh!

CEFIRO.

Con el ministro y ya está...

CARATULA (*abriendo la boca*).

Ah!

CEFIRO.

Despachada su solicitud.

CARATULA (*rendido de emocion*).

Uh!

CEFIRO.

Ya puede U· ir mañana al ministerio a tomar posesion de su destino.

CARATULA.

Céfiro sublime! amigo incomparable! con que pagar tan señalado servicio?

CEFIRO.

Nada de gracias. Adios!... Ah! me concluyó de copiar aquella memoria?

CARATULA.

Por cierto; qué son trescientos pliegos comparados con el servicio que....

CEFIRO.

Y los datos aquellos que le pedí?

CARATULA.

He recorrido para obtenerlos desde el Panteon a la Penitenciaria, y desde Yungai a los molinos del San Cristóbal; pero que es esto comparado con el servicio que....

CEFIRO.

Y estuvo antenoche a espiar aquella reunion de opositores?

CARATULA.

Ciertamente; por desgracia me descubrieron y mis espaldas hicieron amistad con los bastones de esos caballeros; pero esto es nada comparado con el servicio que....

CEFIRO.

Mui bien. Hasta mañana, mio caro. (*Vase saltando*).

CARATULA.

Adios, Céfiro insigne, modelo de los empleados y de los amigos. En recompensa de los cortos servicios que le hago, conseguirme un empleo!.... Empleado del Gobierno, ah! por fin soi un hombre!

CEFIRO (*acercándose a un grupo de niñas que se pasea*).

Señoritas, a los piés de UU.

LAS NIÑAS.

Ah! es el amable Céfiro.

CEFIRO.

Cerca de las bellas, quién no es amable?

UNA SEÑORA MAYOR.

Señor Céfiro, esta noche contamos con U. para nuestro baile; a las ocho lo espero para que me ayude a arreglar los salones. Tiene U. tan buen gusto!

CEFIRO.

Señora, me tiene U. a su disposicion. [*Acercándose a una de las niñas*]. La hermosa Safo siempre entregada a sus meditaciones poéticas?

SAFO.

Por qué me dice U. eso?

CEFIRO.

Porque he leido esta mañana su última composicion. Es sublime! portentosa!

SAFO.

Me lisonjea su opinion. Es U. tan buen conocedor!

CEFIRO.

Quién es aquella niña tan buena moza?

SAFO.

Cuál? aquella que tiene nariz de pico de loro?

CEFIRO.

Si, tiene la nariz un poco curba.

SAFO.

Es la Mariquita, la querida de ese jóven con quien va del brazo. Y eso llama U. buena moza?

CEFIRO.

Es decir....

SAFO.

Una coqueta, sin gracia, que se pinta, y que tiene dientes postizos!!

CEFIRO.

Es que voi deslumbrado con la belleza de U.

SAFO.

Qué lisonjero está U?

CEFIRO.

Cielos! el coche de su señoria!

SAFO.

Ya nos deja U?

CEFIRO.

Me es preciso. Señoritas, para servir a UU. *(Vase brincando.)*

LA MUJER DEL MINISTRO (*cuarenta años de edad; mujer estremadamente gorda, bajando del coche*).

Deme la mano, Céfiro; ay! con cuidado!

CEFIRO.

Baje sin miedo, señora; apóyese U. en mí, doña Viviana.

DOÑA VIVIANA (*despacio*).

Me habrá visto el cochero la pierna?

CEFIRO.

Cómo! tendria la insolencia de echar la vista sobre vuestros encantos?

DOÑA VIVIANA.

Ah! son tan audaces los hombres!

CEFIRO (*mirándola tiernamente*).

Solo con las bellas.

DOÑA VIVIANA.

Ay!... marchemos mas despacio. Tengo una salud tan delicada! Esta mañana no mas tomé un purgante de sal de Inglaterra....

CEFIRO.

Y cómo se siente ahora?

DOÑA VIVIANA.

Asi, algo mejor; pero me hizo tanto bien!

CEFIRO.

Y yo no estaba allí!

DOÑA VIVIANA.

Yo no me hubiera atrevido a salir hoi, sin la necesidad que

tenia de ver a una amiga enferma que vive aquí en frente. No me hará U. el favor de conducirme?

CEFIRO.

Señora, que pregunta!... Y los niñitos están buenos?

DOÑA VIVIANA.

Temistocles, ha estado con dolor de cabeza estos dias; Artemisa, me acompañó esta mañana a tomar purgante.

CEFIRO.

Y Aljófar?

DOÑA VIVIANA.

Pobre perrito! siempre travieso. Ayer le mordió las pantorrillas al canónigo Galindo.

CEFIRO.

Vea U!

DOÑA VIVIANA.

Esta es la casa; me hará U. el favor de volver dentro de cinco minutos a buscarme?

CEFIRO.

Señora, seré puntual. (*Se dirije hácia dos diputados*). Señores, vuestro humilde servidor.

UNO.

Señor Céfiro, no he tenido el gusto de ver figurar a U. en la lista de los representantes del pueblo chileno.

CEFIRO.

Que quiere U. señor Corbina; a cada uno segun sus obras. Su Exelencia, que Dios guarde, encuentra que en el puesto que ocupo, puedo prestar mejores servicios al Gobierno, que de representante en una Cámara, que se honra de contar en su seno a una persona del mérito, de la fortuna, del talento, de la elocuencia, del saber, de.... Don Meliton Corbina.

CORBINA (*estirándose los cuellos*).

Es verdad, que mis méritos han contribuido para que el sufrajio de mis conciudadanos... Tan pronto como se abran las Cámaras pienso presentar una mocion.

CEFIRO.

Y sobre qué será?

CORBINA.

Luego lo sabrá U. Ya cuento con el voto de mi amigo Veleta. No es verdad, concólega Veleta.

VELETA.

Ciertamente; un proyecto de miras tan elevadas!

CORBINA (*con cierta sonrisa de satisfaccion*).

Pues! establecer un faro en la torre de la Compañia. Qué os parece Céfiro?

CEFIRO.

Grandioso!!... Me inclino ante el hombre grande, cuyo pensamiento, elevándose en los aires, alumbrará las jeneraciones..... (*sacando su reló*) Falta un minuto!.... Hasta la vista, señores. [*Vase corriendo*].

CORBINA (*poniéndose una mano en el chaleco*).

Ya me parece que estoi en la Cámara; los diputados todos asombrados que una cabeza humana haya concebido un proyecto tan... tan... como diremos, Veleta?

VELETA.

Tan superterrestre..... [*Céfiro vuelve con doña Viviana*].

DOÑA VIVIANA.

Me siento algo enferma, amigo; soi de una salud tan delicada! el aire de la tarde me ha hecho mal.

CEFIRO.

Entónces, recójase pronto, señora mia; conserve su interesante salud. Qué seria de nosotros, del Estado, si viniera a faltar la mujer sublime, cuyos consejos dirijen la sábia política de su señoría?

DOÑA VIVIANA.

Es verdad; mañana tomaré otro purgante.

CEFIRO.

Tendré entónces el placer de ir a acompañar a U. para consolarla en sus sufrimientos.

DOÑA VIVIANA (*subiendo al coche*).

Cochero, tira despacio. Ah! soi de una salud tan delicada! Adios, Zéfiro. *(El coche parte a tado escape).*

CARATULA (*encontrándose con Céfiro*).

Ah! Céfiro insigne, jamás olvidaré el servicio que....

CEFIRO (*sacando su reló*).

Las siete! el ministro me espera. (*Vase volando*).

5.ª—Una madre y su hija.

LA MADRE.

En que tiempos vivimos! ya no puede salir una niña a la calle sin que hieran sus castos oidos las palabras *ocenas* de la juventud del dia. Qué diferencia cuando yó era jóven! Y como ha de ser de otro modo, cuando ninguno va a escuchar los sermones morales del padre.... Baja los ojos Clorinda; aquellos jóvenes te están mirando.

LA HIJA.

Si, mamá.

LA MADRE.

Yo no sé como las madres de familia son ciegas hasta el punto de tener tertulias en su casa. Tertulias! y donde se baila polka!!... El padre Chonchon me ha contado que este baile es una invencion de Satanas. Dice que habia en una ciudad una niña mui virtuosa, que por mucho tiempo resistió a las seducciones del espiritu malo, hasta que una vez el diablo, cansado de luchar con esta alma, que era la virtud misma, se disfrazó de jóven elegante, y en medio de un baile, al compas de una orquesta infernal, se puso á bailar con ella la polka; entónces todo empezó a darse vuelta, y la pobre niña, presa de un vértigo satánico, se dejó arrastrar por un torbellino que la condujo a las mismas puertas del infierno. Esa es la suerte que les espera a todas las niñas que bailan polka.... Camina, mas lijero Clorinda; dos jóvenes nos siguen.

LA HIJA.

Si, mamá.

LA MADRE.

Pero las madres de familia son las que tienen la culpa; tener tertulias en su casa! Siempre entre esos jóvenes, Clorinda, anda el diablo disfrazado para perder a las niñas inocentes. Yo, en verdad, no sé que placer puedan encontrar en la conversacion de esos jóvenes irrelijiosos. Qué diferencia con nuestra sociedad! compuesta de hombres santos, todos sacerdotes, que no hablan mas que de milagros, de los gozos de Maria Santisima, de capítulos, de la vida de los santos, de procesiones y de las marabillas de frai Andres! Pero.... Hazte a un lado Clorinda; no te vayas a encontrar con esos jóvenes que vienen ahi.

LA HIJA.

Si, mamá.

UNO DE LOS JÓVENES.

La vieja parece un membrillo seco....

OTRO.

Y la hija un melon invernizo.

LA MADRE.

Sí Clorinda; las tertulias, los bailes, el teatro y la filarmónica son otras tantas redes en que el espíritu malo caza las almas de incautas jóvenes. Felizmente, tú hija mia, no estás espuesta a esos peligros, gracias a mis cuidados y a la relijiosa educacion que desde niña te dí; así es que puedo decir con orgullo que pocas madres tendrán hijas como la mia que a la edad de diez y ocho años se conserva tan inocente como cuando vino al mundo. Es verdad que no todas tienen la dicha de tener por director de conciencia, por amigo y consejero al venerable y sábio padre Chonchon; este, sí, es un hombre! y qué moralidad! Si todas las madres tuviesen el buen sentido de dejarse guiar por sus consejos, desde mui luego se veria la polka desterrada y el diablo rujiría de despecho!... Junta mas tu pañuelo Clorinda, que se te vé la garganta.

LA HIJA.

Sí, mamá.

LA MADRE.

La modestia y el recato ante todo, hija mia; tu no tienes idea de la gran causa de perdicion que son el descote y la manga corta. Los hombres todos andan con la vista tendida cuando pasan cerca de una niña, para ver si descubren qué se yo que... El sábio padre Chonchon, me ha esplicado que esta fué la causa de la perdicion de nuestros primeros padres.

LA HIJA.

Sí, mamá.

UN JOVEN (*pasando rápidamente*).

Aguardo. (*La niña deja caer un pañuelo, el jóven vuelve taras, lo recoje y saca de él un papel y lée*). «Esta noche a las diez.... El criado está de nuestra parte...» Esto marcha.

DON DICEN (*aproximándose a nosotros*).

Han visto UU. a Carátula.

NOSOTROS.

Sí, hace un instante pasó con Céfiro.

DON DICEN.

Pobre diablo: hace bien de buscar el fresco: él pasea, miéntras su mujer....

NOSOTROS.

Qué! está enferma.

DON DICEN.

Ojalá fuera eso salaménte: *dicen*.... pero al fin él tiene la culpa: es tan importuno con sus celos. Figúrense UU., maltrataba a la pobre niña de la noche a la mañana; y así, quién no se cansa? Se presenta un jóven, buen mozo, galan, complaciente: segun dicen es irrésistible, ese muchacho que ha sido y el es terror de las mamaes y maridos: se presenta, pues, la dice mil ternezas, la niña se enamora y.... Pobre Carátula! voi en su busca para darle algun consuelo.... Miéntras tanto su mujer y el otro...! Y habrá quién fie en las mujeres! esta que parecia tan buena, tan inocente; educada en el recojimiento y en el retiro: es asombroso; dicen que esta tarde tienen una cita. (*Se aparta de nosotros y se dirije a un grupo que hai cerca de un sofá, sin duda a tratar del mismo asunto*).

La tarde tocaba ya a su fin: y nosotros nos volvimos a casa disgustados mas bien que contentos de esa escena de la gran comedia que se exhibe gratis y diariamente. Cuanto habiamos visto y escuchado parecia pesar sobre mi frente. El interes, la vanidad, las pequeñezes, las preocupaciones, la calumnia, hé aqui los resortes que mueven y mantienen la máquina social, me decia con tristeza. Veremos algun dia variar el aspecto de las cosas? quién sabe! es la respuesta que dá todo el mundo.

Por mi desgracia tendré aun que encontrarme en el curso de mis peregrinaciones con algunos de los personajes que ya hemos visto: don Dicen, Céfiro, e Irresistible son sujetos que se hallan en todas partes y como el camaleon bajo mil formas y colores diversos, y así como el naturalista tiene que estudiar las propiedades de todos los animales hasta las de los mas inmundos, tendré yo que ocuparme de ellos.

Cuando entré en mi casa estaba preocupado y triste: queria buscar algo de noble y bello que arrancase de mi espiritu las penosas ideas de que se hallaba agobiado: queria encontrar alguna cosa que me dijese: no, todo no es ruindad, todo no es cálculo y miseria, y mis ojos dieron involuntariamente con el titulo de un libro que estaba sobre mi mesa: El Amor, decia. Veamos El Amor me dije, palpitando lleno de ilusiones y esperanzas.—*(Continuará.)*

GUILLERMO BLEST GANA.

EL
OBRERO Y SU TRABAJO.

(EXAMEN DE UN REGLAMENTO PRESENTADO A LA CAMARA DE DIPUTADOS.)

En la propuesta y adopcion de ciertas leyes se retrata al vivo el carácter imperioso y sombrío que rije en ciertas épocas. Parece que la autoridad, asaltada por una perpetua inquietud y sobresalto, estuviese en guerra abierta con la sociedad, y que atormentasen a las dos la desconfianza y un odio recíproco. Algunos de los proyectos que se han presentado a la actual Lejislatura tienen este carácter tétrico por la accion despótica que pretende darse al poder en todo ramo, alcanzando los individuos hasta el recinto de su vida privada. Entre estos figura un reglamento de las obligaciones que deben ligar a los empresarios de obra y maestros de taller con los obreros. Este proyecto, inverificable, y a toda luz injusto, no se hubiera ofrecido a la consideracion de la Cámara en circunstancias mas felices. El tiene por objeto someter el proletario al estado de domesticidad; en una palabra, a la dependencia mas servil de su patron, y a la inspeccion inquisitorial del poder. Por él se reducen los obreros a descender de la altura del ciudadano a una clase particular, sujeta a condiciones gravosas y a la que no alcanza la proteccion de las leyes: encadenándola a una humillante servidumbre la despojan de la facultad de disponer a su libre albedrio de la fuerza de sus bra-

zos que es su única propiedad. En prueba de esto estractaremos los artículos siguientes:

«Art. 2.° Toda coalicion de parte de los obreros para cesar de trabajar a un mismo tiempo, para prohibir los trabajos en ciertos talleres, impedir que se dirijan y permanezcan en estos últimos ántes o despues de ciertas horas; y en jeneral para suspender, impedir o encarecer los trabajos, será castigada, si hubiere habido tentativa o principio de ejecucion, con una prision que no baje de quince dias, ni exceda de tres meses.»

«Art. 10. Desde la publicacion de la presente lei, todo obrero que trabaje en calidad de compañero u oficial, deberá estar provisto de una libreta».»

«Art. 11. La libreta de que habla el artículo anterior estará en papel comun marjinado y foliado, y cada una de sus fojas deberá estar rubricada por el Rejidor Decano de la respectiva Municipalidad. La primera pájina llevará el sello de la Municipalidad, Intendencia o Gobierno departamental que corresponda, y en ella se espresará el nombre y apellido del obrero, su edad y profesion, el lugar de su nacimiento, su filiacion y el nombre del maestro u empresario de fábrica en cuya casa trabaje.»

«Art. 12. La primera libreta le será concedida al obrero en virtud de la presentacion de un certificado de aprendizaje, o a peticion de la persona en cuya casa haya trabajado, o finalmente en virtud de la deposicion de dos testigos que hayan obtenido patente de su profesion y domiciliados, espresándose que el peticionario está libre de todo empeño, sea de aprendizaje, sea de obligacion de trabajar como obrero.«

«Art. 13. Cuando un obrero quiera renovar su libreta ocurrirá al efecto al Rejidor Decano presentándole la anterior, pero si ésta no estuviere llena en estado de no poder servir, no se le podrá conceder la nueva libreta.»

«Las menciones de deudas que, conforme a lo que mas adelante se dirá, se hicieren en una libreta, deberán trasladarse a la que se hiciere en renovacion de aquella.»

«Art. 14. Si la libreta de un obrero se le hubiere perdido dentro del lugar de su domicilio, el interesado para obtener otra, seguirá los mismos trámites que para obtener la primera; pero no deberá dársele la nueva libreta, sin oir préviamente al maestro u empresario de fábrica en cuya casa haya trabajado últimamente, o en su defecto una informacion de absolucion de cargos.»

«Art. 15. Ni la primera libreta ni las que se dieren en renovacion de la antigua, podrán concederse sin que previamente se acrediten por el interesado haber contribuido con un real para la caja de socorros de que se hablará mas adelante.»

«Art. 16. Independientemente del caso en que se exija pasaporte, el obrero cuando quiera trasladarse de un pueblo a otro,

estará obligado a hacer visar el certificado de que habla el artículo 18 por el Rejidor Decano y a hacer indicar el lugar al cual se proponga dirijirse.»

«Todo obrero que viaje sin llevar consigo la libreta asi visada, será reputado vago y podrá ser aprehendido y castigado como tal.»

«Art. 17. Si despues de haberse trasladado un obrero de un lugar a otro, se le hubiere perdido su libreta, presentado su pasaporte en regla, en el caso que este se exija, podrá obtener permiso provisorio de trabajar, el cual se lo dará el Rejidor Decano respectivo; pero sin estar autorizado para pasar a otro lugar, y con la obligacion de dar a dicho Rejidor la prueba de que está libre de todo empeño y de todas las demas que sean necesarias para autorizar el ortogamiento de una nueva libreta, sin la cual no podrá partir.»

Por ellos el obrero necesita del beneplácito del maestro u empresario y del majistrado para adquirir su sustento, porque sin el competente diploma de ellos no puede emplear sus brazos, ni tampoco mudar de domicilio, siendo condenado en caso de hacerlo sin previa licencia, a la pena del vago o del ocioso; de manera qus la avaricia, el jenio iracundo de un maestro, o la adversion de un majistrado que hoi dia pueden despertarla tan variados motivos por el ascendiente que las pasiones políticas ejercen en nuestro espíritu, condenarian al trabajador a una situacion mas deplorable que la indijencia: a llevar el sello ignominioso de vago y malhechor. Este proyecto ataca, pues, directamente la propiedad del proletario y del artesano, y lo priva de toda garantia, dejando el libre ejercicio de su trabajo e industria a merced de una voluntad caprichosa contra la cual no le seria tan fácil obtener reparacion. ¿Y entónces en dónde está la igualdad de derechos ante la lei, la igualdad civil que preclama la Constitucion? ¿Se consagrarán ciertos principios en nuestras instituciones, y en su aplicacion se harán ecepciones odiosas? La clase proletaria necesita de mas auxilio que cualquiera otra; su ganancia módica, y a veces precaria no le permite siempre ahorros para prevenir los eventos aciagos del porvenir. Ella gasta el calor de sus mas floridos años en el cultivo de los campos, en todo jénero de industria dedicándose a satisfacer las necesidades del pueblo: es acreedora pues a la gratitud nacional, y es preciso que la nacion tenga un especial interes para que ella no arrastre una vejez desamparada, y muera en la miseria y abandono.

Uno de los inconvenientes graves y que no salva el proyecto es el no designar la persona que debe señalar el valor del trabajo. ¿Yo pregunto, será el maestro y el empresario? no, porque se constituirian jueces en su propia causa; y está su interes en

disminuir el precio del trabajo, y por consiguiente en vejar al obrero. El trabajo como cualquiera capital está espuesto a una alta o baja segun las circunstancias. Pueden de repente agolparse muchas obras; habrá entónces una demanda crecida de brazos y necesariamente se encarecerá el trabajo. Y si el maestro abusando de las facultades que le otorga este reglamento quisiera limitarlo, cometeria una violacion de la propiedad: privaria al pobre de la ocasion que le depara la suerte para lograr, durante cierto tiempo, una ganancia mayor que pueda proporcionarle mejor alimento y vestido, y algunos goces de mas Que el obrero pueda subir en ciertas ocasiones el precio de su jornal es justo y santo, y no hai temor de que abuse. Si no trabaja no tiene con que comer, y se halla aguijoneado por el hambre; de modo que el mas fuerte e irresistible de todos los poderes, la necesidad, viene anivelar el valor de su trabajo a un término justo. Por otra parte el patrimonio del pobre son sus brazos, ¿y por qué no tendria libertad para hacerlos valer? ¿Se castiga al comerciante, al hacendado porque alza el primero el valor de sus mercancias, y el segundo los productos de su cosecha? Se gritaria contra tan bárbaro despotismo, y en verdad, para que esto pudiera realizarse seria preciso fijar un valor invariable a todos los efectos y a todas las propiedades que travando a una tarifa precisa todos los ramos de produccion destruiria el comercio, y no tendriamos mas riqueza que la territorial. A semejantes desvarios suele conducirnos la miserable mania de pretender que la autoridad ejerza sobre todo una intervencion directa.

El proyecto manifiesta al parecer un plan benéfico, el de moralizar al pueblo, sujetándolo a ciertas reglas de órden y disciplina, y a que haga economias, a fin de que pueda contar con algunos sobrantes cuando las enfermedades o la vejez lo inabiliten. Yo aplaudiria esta idea filantrópica, mas el arbitrio propuesto no es oportuno para efectuarlo. Esto llegará cuando el trabajo del industrial no se repute como el servicio prestado por una máquina o animal, sino como un verdadero capital que debe tener su justa retribucion, haciéndose un equitativo repartimieuto de los productos entre todos los que concurren a la produccion. Y veremos esto a medida que la sociedad adelante, y que la influencia bienhechora de la democracia se estienda. No pretendo que se proclame el despotismo del estado, erijiéndose dueño absoluto de toda riqueza para distribuirla entre sus hijos. Este es un sueño que ajita tan solamente a cerebros delirantes, y que no hubiera podido tener lugar en una ciudad culta aun en la mas remota antigüedad; y mucho ménos entre nosotros que la infinita variedad de ocupaciones y de industrias, de relaciones y necesidades la hacen del todo quimérica. Pero esta asociacion prudente, fundada en la moral del evanjelio, que tiene por pauta la

justicia, la dignidad humana, el amor y la caridad, se cumplirá por el conocimiento mas claro y práctico de los derechos del hombre, y por las leyes protectoras que una sábia democrácia dicte en pró de las clases menesterosas. Y entónces no existirán rivalidades, ni pretensiones encontradas. El obrero verá su propia ventaja en la prosperidad de su patron, el interes de uno será el interes de ámbos, y todos se empeñarán a porfia en la mejora y perfeccion del trabajo, y en el progreso de la fábrica y asociacion a que pertenezcan. No nos detendremos mas en este proyecto, que sin duda desechará la Cámara, y que parece concebido para llenar inútilmente el periodo lejislativo.

No tenemos un conocimiento exacto sobre un proyecto de montepio de militar que se ha discutido en estos dias, pero suponemos que sea en beneficio de esta clase. Justo es que el ciudadano que espone su vida en defensa de la patria, que no tiene domicilio seguro por estar a las órdenes de su jefe que puede mandarlo de un estremo a otro de la República: que no puede aumentar su fortuna por otros conductos, y que se imposibilita para abrazar otra profesion, se le recompensen jenerosamente sus sacrificios. Es preciso estinguir en el militar la tentacion de indemnizarse de las penalidades de su carrera por medio de ascensos rápidos buscados en asonadas y motines. El militar que se somete a una vida azarosa y de peligros, se considera con mas derechos que sus demas conciudadanos a la benevolencia de la patria. Y yo quisiera que el estado, proporcionando a sus familias una cómoda subsistencia para despues de sus dias, calme su ilusa e inquieta ambicion; y que pueda entónces castigar con justicia y severidad sus actos de indisciplina y rebeldia.

Se ha propuesto tambien por el señor Ministro del Interior el establecimiento de un banco. Diversas son las opiniones que hemos oido acerca de esta materia, y nosotros no nos reputamos competentes para apreciarla; con todo, este pensamiento, y los afanes que el Gobierno se toma para ocupar la atencion pública sobre bancos, nuevos ferros-carriles y otras empresas de igual naturaleza, manifiestan el vehemente deseo de apartarla de la política, promoviendo el progreso material. Laudables serán todos estos trabajos y reportarán al pais inmensos bienes; pero tenga usted entendido señor Ministro, que el hombre no vive tan solo de sensaciones, sino que su espiritu y corazon necesitan igualmente de alimento, y que la libertad es uno de los dones mas preciosos y necesarios. Cuando un pueblo se ha enriquecido, y ensancha la esfera de sus goces, aspira a tener intervencion en los negocios públicos. El progreso material y moral se ayudan recíprocamente, a veces el uno se adelanta, mas siempre el otro le sigue de cerca; y de ordinario ámbos marchan a la par. Las cruzadas sacaron la riqueza territorial de las manos de mu-

chos señores feudales, y estinguieron la ojeriza que existia entre los pueblos consiguiente a su incomunicacion y aislamiento: se multiplicaron las relaciones, se despertó un gusto estraordinario por los viajes remotos, las empresas atrevidas, y principió el comercio a estenderse prodijiosamente. Por este medio la clase media se formó, se hizo poderosa, y creciendo con su importancia su ambicion, ha pretendido despues la conquista de los derechos políticos. Esta fué la causa que produciendo una efervecencia en toda la europa contribuyó en parte a la revolucion francesa. Cárlos I no pudiendo entenderse con el Parlamento lo disolvió erijiéndose en soberano absoluto: durante este letargo de los intereses jenerales, la actividad de los ingleses se contrajo al adelanto de sus propios negocios. Y luego que Cárlos apremiado por la escasez del erario tuvo que convocar de nuevo el Parlamento para que decretase los subsidios, los ingleses encontrándose fuertes se le encararon, y sostuvieron contra él una larga lucha de la que salieron vencedores. Señor Ministro si la riqueza de una República se aumenta no se deben comprimir sus fueros, porque soportando su yugo con impaciencia, estallará un sacudimiento terrible. La corona del buen político consiste en aflojar a tiempo los resortes de un poderío demasiado fuerte: así evitará las grandes crísis desastrosas, y podrá establecer aquel sistema liberal y bien organizado que constituye la situacion regular y permanente de un estado libre y dichoso.

FRANCISCO MARIN RECABARREN.

EL ALMA HUÉRFANA.

De mi vida en los albores
En mi cárcel hechicera
Y mas bella que las flores,
Me ví aislada y sin amores,
Mientras el aura parlera
Me decia : espera, espera.

Sin esperanza, esperaba,
Y de mi patria primera
En mis delirios soñaba :
A quien ansiosa aguardaba
Cuando una voz lastimera
Me decia : espera, espera ?

Vino al fin : era mi hermana,
Una flor de primavera,
Bella, amorosa, galana ;
Yo, de mi ventura ufana,
Viendo al tiempo en su carrera,
Le decia : espera espera.

Dos frases de un pensamiento,
Dos destellos de una hoguera
Eramos, y un sentimiento:
La vida toda un momento
Viendo que a su lado fuera;
Le decia: espera, espera.

Pero; ai Dios! cuánto querida,
Fue mi dicha pasajera!
Y aquella flor de mi vida
Marchita y descolorida,
Voló en busca de otra esfera
Diciéndome: espera, espera!

Su tumba con flores riego;
La esperanza lisonjera
Ya no alimenta mi fuego;
Sufro, busco, lloro y ruego,
Y una voz que, dulce, impera,
Me repite: espera, espera.

Tras uno viene otro dia,
El mismo sol reverbera
Su luz en su tumba fria;
Y yo aguardo todavia,
Porque esa voz agorera
Siempre dice: espera, espera.

A la muerte ansiosa llamo
Por verla otra vez siquiera;
Es tan bella, y tanto la amo!
Mas no atiende mi reclamo,
Y mi ausente compañera
Me repite: espera, espera.

El raudal hasta agotar
De mis lágrimas vertiera ;
Ya no puedo, ni llorar :
Hasta cuándo he de esperar !
Talvez por la vez postrera
Hoi me dice: espera, espera.

Sí, la muerte blando abrigo
Nos va a dar....., ya placentera
Le abro mis brazos...... te sigo,
Voi a verte, a estar contigo,
Y una eternidad entera....!
Un momento, espera, espera!

GUILLERMO BLEST GANA.

1855.

REVISTA DE SANTIAGO.

SANTIAGO, JUNIO 30 DE 1855.

Crónica interior.—PROYECTO DE LEI SOBRE ALLANAMIENTO DE CASAS.—Hé aquí un nuevo milagro de resurreccion inaudita. Despues de algunos años de sepultura, se ha levantado vigoroso este proyecto, y amenaza, segun dicen, el contarse entre los vivos. Ya un lejislador *esprit fort* ha presentado un *erudito* proyecto que recuerda inmediatamente la sábias medidas de la Inquisicion, que usurpa la libertad del trabajo, tiranizando al obrero en provecho del maestro, es decir del pudiente, del hombre que come y que goza, y en despojo de la propiedad de aquel, es decir, del proletario que come apénas y que no goza de nada. Encadenar la industria del pobre en un círculo de obligaciones que la restrinjen y de necesidades que siempre la limitan; esclavizar su voluntad al capricho u a la violencia, anular sus derechos, maquilar su vida, son otras tantas negaciones del principio republicano, negaciones que solo puede sostener la impotencia y sancionar el absurdo. El proyecto que tratamos de examinar es un verdadero jemelo de éste; pues si el uno, anonadando la libertad del trabajo viola a la miseria, persigue la desgracia; el otro, dejando al puro arbitrio de cualquier corchete, el allanamiento de una casa, viola y persigue los sentimientos mas sublimes del hombre, en lo que hai de mas inviolable, de mas sagrado, en la familia. Aprobado el proyecto y reconocido como una lei, nuestras casas serian ménos que esas tiendas armadas en una selva, y en donde el que las habita, expuesto siempre a la invasion de animales voraces, de reptiles venenosos o de fastidiosos insectos, vive ajitado diariamente sin conocer jamás los puros goces de la tranquilidad doméstica y los cuidados siempre afables de una familia contenta. Qué apoyo seria bastante firme para mantener las relaciones de una sociedad si ese apoyo está minado en su base y si esas relaciones serán desconocidas mañana por los mismos hombres que debian respetarlas? El odio de los partidos o el capricho de los mandatarios, con la proteccion de la fuerza y con la inumanidad de la lei, perturbando a cada momento el sosiego de las familias, introduciria el despotismo mas odioso, el abuso mas infame en ese

asilo venerable de los sentimientos mas nobles, que estarian a la merced de un ajente vendido o de un ignorante palurdo armado. No le basta acaso al poder lo que tiene? Para gobernar bien es necesario que el hombre se despoje de sus sentimientos internos, de sus relaciones espirituales, y que los traiga como una ofrenda votiva a los pies de los que mandan? Habrémos de retrogradar tres siglos para imitar las obligaciones inícuas de los siervos feudales que trabajaban para el buen recreo del señor, y que vivian por el buen gusto del amo? O nos trasportaremos a la Rusia moderna, a esa cárcel penitenciaria y no nacion, con un carcelero omipresente y omnipotente a quien apodan el Tzar y cuya voluntad disuelve o enlaza a las familias, permitiendo, como una magnanimidad, el derecho de ser esposo, el derecho de ser padre?

Nosotros cuando notamos ese ahinco en algunos hombres por colmar al poder de todos los medios posibles para hacer el mal; cuando oimos proclamar como un axioma indisputable que no puede existir armonía entre gobernantes y gobernados, miéntras rija solamente la justicia; y, últimamente, cuando observamos la multitud de necesidades vitales que se descuidan por guarecer siempre mas las trincheras del poder, nos empeñamos en buscar cuales sean las causas ocultas que dirijan los destinos humanos por vias tan tenebrosas; mas nos empeñamos en vano; porque solo encontramos, no las causas que los dirijen, sino los malos efectos que se empeñan en eternizar como verdades indiscutibles, la mala fé de los ambiciosos o la nulidad de los imbéciles. No! es imposible, es una blasfemia contra la humanidad, es negarse a sí mismo, concluir confesando que el mal es inherente a nuestro estado, y que por consiguiente el despotismo debe ser la única forma de Gobierno que pueda rejir a nuestra humanidad malvada!

Copiamos a continuacion algunos artículos del mencionado proyecto, para que el lector juzgue por si mismo de la razon que puede haber para rechazarlo.

«Art. 1.° Las casas de los habitantes de la República pueden ser allanadas por órden de cualquiera autoridad, ajentes de policía, serenos, guardas y por cualquiera persona,»

«1.° Cuando se oigan voces dentro de la misma casa que pidan auxilio, o cuando estas voces, o algunas otras señales o rumor anuncien estarse cometiendo algun delito, como robo, asesinato violacion, o estar en riesgo de perder la vida, o sufrir otra grave violencia alguna persona.»

«2.° Cuando aunque no se oigan tales voces, se denuncie por uno o mas testigos haber visto personas, que la han asaltado, o introducidose en ellas por medios irregulares.»

«3.° En los casos de incendio o inundacion, o cuando se ad-

vierta asfixia o muerte aparente causada por los vapores del carbon o de otra sustancia.»

«Art. 2.° Pueden asi mismo allanarse por órden de los intendentes, gobernadores, subdelegados e inspectores; y tambien por los jueces de letras, alcaldes ordinarios y cualquier otro juzgado o tribunal, si hubiere causa de que éstos hayan tomado conocimiento;»

«1.° Cuando resulte que en la casa se hacen juntas secretas en que se trata de conspirar contra el órden público.»

«2.° Cuando se tienen en ella reuniones para juegos prohibidos, o para otros actos igualmente prohibidos, a que las leyes señalan una pena determinada.»

«3.° Cuando aparezca que en la casa hai fábrica de moneda falsa o depósito de muchas armas o municiones propias para la guerra, y que no esten en venta pública, o bienes robados de que se esté haciendo averiguacion.»

«4.° Cuando un marido, ascendiente, hermano, tio, tutor, curador, amo, maestro de oficio, u otro individuo que tenga alguna persona bajo su inmediata inspeccion, reclame la estraccion de su esposo, descendiente, hermano, sobrino, criado o pupilo, que han sido robados o seducidos, y están ocultos o asilados en alguna casa.....»

«Art. 5.° Siempre que conforme a la lei deba hacerse exámen de los papeles o correspondencia privada de alguna persona, podrá allanarse por órden de la misma autoridad que hubiere dispuesto el exámen, la casa en que aparezca hallarse los papeles o correspondencia.....»

«Art. 14. Si la puerta esterior de la casa estuviera cerrada, el juez o funcionario llamará por tres veces, en voz alta, con intervalos regulares, anunciando que es la autoridad. Si a la tercera vez no se le abre, franqueará la puerta, usando de la fuerza en caso necesario.»

Aun no se ha discutido este proyecto en la Cámara de Diputados, pero sabemos que está en tabla. La aprobaeion del senado la ha producido alguna sorpresa, alguna aberracion inesplicable, y creemos pues que la Cámara de Diputados se muestre mas sensata y mas justa. Leyes, como estas son como los cuchillos de dos filos que suelen herir repentinamente al que los coje. La violencia de los partidos se aprovecha de esas armas de terror, y cuando el inocente quiere protestar contra el abuso del poder, entónces el mismo abuso se presenta *hecho lei* y toda persecucion se justifica, toda herida alevosa queda impune (1).

(1) Hemos sabido a última hora que por propuesta del presidente de la Cámara ésta ha decidido que el proyecto pase de nuevo a comision. Ojalá quede allí sepultado por una *eternidad*. La Cámara ha sido racional en esta decision.

Los ANONIMOS.—Pocos habrán que no lamenten con nosotros el estado de prostitucion y de abandono en que yace sumerjida nuestra prensa periódica. La villana costumbre del *anónimo*, es un resguardo para los cobardes y los viles, que pasan su vida huroneando las ajenas y profanando reputaciones intachables con groseros improperios y con manifiesta injusticia. Quereis insultar a fulano, por qué vale mas que vos o por dar pábulo a la mordacidad y a la calumnia de que tanto gusta nuestra sociedad? Es la cosa mas fácil del mundo. Enviad vuestro *comunicado* a cualquier diario y quedareis satisfecho. El editor os pedirá garantia, si el artículo es en contra del Gobierno, cosa que puede traer sus perjuicios al Editor; tambien la pedirá si calumniais a alguno con *desverguenza*; pero eso no os debe intimidar; escribid. Si se acusa el artículo entónces el Editor presentará la firma y mientras tanto se publicará sin ella en el periódico. Preguntad quién puede ser ese que se muestra tan celoso del bien público, de la relijion del estado y de la paz y el órden? Será alguno de esos oficinistas escuálidos, lapas inmundas del servilismo, impotentes para comprender bastante bien lo malo y que apénas alcanzan a sospechar lo bueno? Será alguno de esos *payasos* insipidos que se ridiculizan bajamente, tratando de ridiculizar a los otros? Será alguno de esos hombres-reptiles que, agüijoneados por la envidia y estando condenados a arrastrarse siempre, lanzan su negro veneno, para manchar siquiera, ya que no pueden matar? Un artículo sin firma es como una letra de cambio que se protesta; es el ladrido de un perro oculto en una caverna. El enemigo jeneroso, el enemigo noble que combate por sus ideas, con la conviccion de su verdad y con la conciencia de su realizacion posible, no se encapota nunca en las tinieblas, jamás esconde el cuerpo al adversario. No se crea que nosotros hacemos estas reflexiones para defendernos nosotros mismos de los que pérfidamente nos atacan. Criticamos la accion y nos apesadumbra la triste esperiencia que de dia en dia vamos adquiriendo, sobre la mala fé de muchos y la venalidad de tantos; pero aun así la *Revista* no descenderá jamás a las polémicas asquerosas, a esas escaramuzas tan gritadas y tan ridículas, y en las cuales los combatientes ni se ven ni se tocan, aunque se oyen. Para esos insultadores enmascarados, el desprecio y la indiferencia son el buen castigo; ellos mismos se matan con su veneno, como el escorpion con su cola. Sus! galgos! al pié del amo! Ea buitres a la presa! El Pasquin está a la moda!

LAS HERMANAS DE CARIDAD Y LAS DE LA PROVIDENCIA.—Solo un himno a la virtud seria una ofrenda digna de esos ánjeles de la horfandad y de la muerte, que, amparando al niño nesvalido, dulcifican con su abnegacion divina, con sus divinos consuelos la última hora de agonia. Cuánta grandeza de alma, cuántos tesoros

de amor, se necesitan para cumplir esos deberes sagrados que se imponen voluntariamente y a costa de tantos sacrificios! Merced a ellas, el moribundo, que ántes partia solitario y silencioso, talvez con la desesperacion de su martirio, encuentra ahora a su lado un rostro amigo que se ilumina con la esperanza celeste, y escucha una voz cariñosa que lo despide tiernamente del mundo, presajiándole su nueva vida, su inmortalidad gloriosa! Transfigurada en sacerdote de una relijion sublime, la mujer en esos momentos es la inspirada de la virtud y la profetiza de Dios. Solo la pureza de los sentimientos benéficos, solo el ardor santo de las conciencias sin mancha, pueden mantener en esas almas tan pródigas de bien, el anhelo del sacrificio, y la abnegacion de su existencia.

Lo que las Hermanas de la Caridad son para los enfermos, ánjeles de la muerte, las Hermanas de la Providencia son para los huérfanos, ánjeles de la cuna y madres obsecuentes de los hijos del amor o de la miseria, que nacian ántes para morir, y que ahora encuentran una familia y un lecho que los proteje y los abriga. Hace pocos dias que visitamos el establecimiento, y nuestro corazon, movido de respeto, latia contento a la vista de tanto rostro alegre, que sonreia en la horfandad, acariciando a sus protectoras como a sus únicas madres. Qué paciencia, qué cuidados tan prolijos, qué amor tan sincero, se revelaban por todas partes! No es el asilo de la horfandad, es el templo de la caridad, habitado por la virtud.

Sabemos que se construye actualmente un gran edificio, en el cual se establecerán escuelas, para los huérfanos, cuando estén en edad de comprender la enseñanza; y en donde acojerán la intelijencia de los niños sin padres, para fortalecerla en el trabajo, para enriquecerla con el estudio. El Gobierno y los particulares mismos, deben tratar de sostener con los recursos posibles ese establecimiento benéfico que formará con el tiempo buenos y laboriosos ciudadanos. Su digno Administrador don Miguel Dávila no esquiva medio alguno para aumentar su prosperidad, y no dudamos que sus esfuerzos obtengan al fin completo triunfo. Hombres como el señor Dávila honran a la nacion, de la cual son miembros; y si los que la defienden y la cubren de gloria merecen ofrendas cívicas, los que protejen al desgraciado, los que con sus virtudes la dignifican, son acreedores tambien a esa ofrenda que la gratitud reclama y que eterniza la vida de tanta víctima librada por ellos de la muerte o del abandono!

GUILLERMO MATTA.

OBSERVACIONES

SOBRE LA

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

DE

JORJE TICKNOR,

CIUDADANO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

IV.

Pasando ahora a los troveres, continuaba yo en aquel artículo, «encontramos mui usada la asonancia en las gestas o narraciones épicas de guerras, viajes y caballerias;» jenero de composicion a que como otras razas jermánicas fueron mui dados los francos, y que sube en frances hasta la mas temprana infancia de la lengua.

«El método que siguen los troveres es asonantar todos los versos, tomando un asonante y conservándolo algun tiempo, luego otro, y asi sucesivamente; de que resulta dividido el poema en varias estancias o estrofas monorrimas, que no tienen número fijo de versos. En una palabra, el artificio rítmico de aquellas obras es el mismo que el del antiguo poema castellano del Cid.»

Mucho habria que decír sobre la influencia que tuvieron los troveres en la primera poesia narrativa de los castellanos. «Ni es de marabillar que a si fuese, a vista de las relaciones que mediaron entre los dos pueblos y de sus frecuentes e íntimas comunicaciones. Prescindiendo de los enlaces de las varias familias reinantes; prescindiendo del gran número de eclesiásticos franceses que ocuparon las sillas metropolitanas y episcopales y poblaron los claustros de la Península, desde el reinado de Alfonso VI; ¿quién ignora la multitud de señores y caballeros de aquella nacion que venian a militar contra los sarracenos en los ejércitos cristianos de España, ora llevados del espíritu de fanatismo característico de aquella edad; ora codiciosos de los despojos de un pueblo, cuya riqueza y cultura eran frecuentemente celebradas en los cantos de estos mismos troveres; ora con el objeto de formar establecimientos para sí y sus mesnaderos? En la comitiva de un señor no faltaba jamas un juglar, cuyo oficio era divertirle, cantando canciones de gestas, o lo que llamaban los franceses *fabliaux*, que eran cuentos jocosos en verso, o lo que llamaban *lais;* cuentos amorosos y caballerescos en estilo sério, de los cuales se conservan todavia algunos de gran mérito. De aqui vino el nombre de juglar que se dió despues a los bufones de los príncipes y grandes señores. En la edad de que hablamos se decian en español *joglares*, en frances *jongléors* o *menestrels*, en ingles *minstrels*, y en la baja latinidad *joculatores* y *ministelli*, aquellos musicos ambulantes que iban de feria en feria, de castillo en castillo, y de romeria en romeria, cantando aventuras de guerra y de amores al son de la rota y de la vihuela. Estos cantares eran el principal pasatiempo del pueblo, y suplian la falta de los espectáculos, de que entónces no se conocian otros que los torneos y justas, y los misterios o autos que se representaban de cuando en cuando en las iglesias. Eran principalmente célebres las canciones de gesta de los franceses, y de ellas tomaron mucho para las suyas los otros pueblos del mediodia, y aun la Inglaterra y la Alemania. Roldan, Reinaldos, Galvano, Oliveros, Guido de Borgoña, Fierabrás, Tristan, la reina Ginebra, la bella Iseo, el Marques de Mantua, Partinóples, y otros muchos de los personajes que figuran en los romances viejos y libros de caballeria castellanos, habian dado asunto a las composiciones de los troveres. Tomándose de ellas la materia, no era mucho que se imitasen tambien las formas métricas, y sobre todo la rima asónonte, que en Francia por los siglos XII y XIII parece haberse apropiado, casi esclusivamente, a la epopeya caballeresca.

«Arriba cité la *Cantinela* de Clotario II. Dábase este nombre en latin a lo que se llama en frances *chançon de geste*, y en castellano *cantar*, en el sentido de narrativa versificada. Dábase el

mismo nombre a cada una de las grandes secciones de un largo poema, que se llamaron despues *cantos*. Parece por la cantinela o gesta de Clotario, que ya por aquel tiempo se acostumbraba sujetar gran número de versos a una sola rima; y era natural que se prefiriese para ello la asonancia, que es la que se presta mejor a semejante estructura por la superior facilidad con que brinda al poeta. Si nació el asonante en los dialectos del pueblo, o si fué oido por la primera vez en el latin de los claustros, no es fácil decidirlo. Yo me inclino a lo primero. Los versificadores monásticos me parecen no haber hecho otra cosa que injerir las rimas con que se deleitaban los oidos vulgares, en la medidas y cadencias de la versificacion clásica.

«Asonantes en frances! exclamarán sin duda aquellos que, en un momento de irreflexion, imajinen se habla del frances de nuestros dias, que constando de una multitud de sonidos vocales diferentes, pero cercanos unos a otros, y situados por decirlo asi, en una escala de graduaciones casi imperceptibles, no admite esta manera de rima. Pero que la lengua francesa en sus primeras épocas no era como la que hoi se habla, es una verdad de primera evidencia: pues habiendo nacido de la latina, era necesario que, para llegar a su estado actual, atravesase muchos siglos de alteracion y bastardeo. Antes que *fragilis* y *gracilis*, por ejemplo, se convirtiesen en *frele* y *grele*, era menester que pasaran por las formas intermedias *fráile gráile*, pronunciados como consonantes de la palabra castellana *baile*. *Alter* no se trasformó de un golpe en *autre* (*otre*): hubo un tiempo en que los franceses profirieron este diptongo *au* de la misma manera que lo hacen los castellanos en *auto*, *lauro*.» Ademas de pronunciarse distintamente todas las vocales, se hacian sentir de la misma manera todas las consonantes, como todavia se hace en otras lenguas derivadas de la latina. *Misit*, por ejemplo, no pudo pasar a *mit* (pronunciado *mi*), sino por medio de *mist*, pronunciado con todas sus letras. La *in* final hacia oir distintamente la *i* del orijen latino (como en nuestra palabra *fin*) antes de volverse *en* con la nasalidad que es propia del frances, y de que no participaron otros dialectos romances. En suma, la antigua pronunciacion francesa no pudo menos de parecerse mucho a la italiana y castellana: las tres lenguas, apartándose poco a poco de la fuente comun, conservaron por largo tiempo una grande semejanza entre sí. Nada es mas imperceptiblemente gradual que la metamorfósis de una lengua en otra. En el idioma, tanto o mas que en el órden físico, se verifica el axioma escolástico, *nihil operatur per saltum*. Esto es lo que nos revelan las poesias francesas asonantadas. Alterada la pronunciacion, cesó el uso del asonante, y por eso se hizo necesario sustituir a los romances asonantados otros nuevos sobre las mismas materias, o

retocarlos, reduciéndolos a la rima completa; de donde procede la identidad de asuntos y la multitud de variantes que, segun la edad de los códices, encontramos en las obras de los troveres.

«Enfadoso seria dar un catálogo de las poesias caballerescas que se conservan todavia integras, o en fragmentos de bastante estension para que pueda juzgarse de su artificio métrico, y en que aparece claramente la asonancia. Voi a presentar una muestra; y la sacaré de un poema antiquisimo, compuesto en los primeros tiempos de la lengua francesa. Refierese en él un viaje de Carlomagno y los Doce Pares, a Jerusalen y Constantinopla. Existe manuscrito en el Museo Británico *(Biblioth. Reg.* 16 E VIII). El primero que lo dió a conocer fué M. de la Rue; pero lo que dice de su versificacion me hace creer que no percibió el artificio del asonante; inadvertencia en que han incurrido respecto de otras obras varios críticos franceses que se han dedicado a ilustrar las antigüedades poéticas de su lengua, y a que sin duda ha dado motivo la diferencia entre la primitiva pronunciacion del frances y la moderna. M. de la Rue, anticuario justamente estimado, a quien se deben muchas esquisitas noticias sobre los orijenes del idioma y literatura franceses, halla grande afinidad entre el lenguaje de esta composicion, y el de las leyes mandadas redactar por Guillermo el conquistador, y el Salterio traducido de órden de este príncipe. Hé aqui dos pasajes que yo he copiado del manuscrito que se conserva en el Museo de Lóndres.

Saillent li escuier, curent de tute part,
Ils vunt as ostels comreer lur chevaus.
Li reis Hugon li forz Carlomain apelat,
Lui et les duzce paivs, si s' trait a une part.
Le roi tint par la main; en sa cambre les menat,
Voltive, peinte a flors e a perres de cristal:
Une escarbuncle y luist et clair reflambeat,
Confite en un estache del tens le rei Golias.
Duzce lits y a bons de cuivre et de metal,
Oreillers de velus et lincons de cendal,
Le trezimes en mi et taillez a cumpas, etc. (1).

(1) La asonancia es aqui monosilaba, porque los finales son agudos: la vocal dominante *a* se repite constantemente en ellos. El diptongo *au* de *chevaus* se debe pronunciar (segun lo que poco ha dejo dicho) como en la palabra castellana *lauro*. Hé aqui una traduccion literal de estos versos:

Salen los escuderos, corren por toda parte,
Van a las hosterias a cuidar sus caballos.

Par ma fei, dist li reis, Carles ad feit folie,
Quand il gaba de moi par si grant legerie·
Herberjai-les her sair en mes cambres perrines.
Si ne sunt aampli li gab si cum il les distrent,
Trancherai-lur les testes od m' espee furbie.
Il mandet de ses humes en avant de cent mile.
Il lur a comandet que aient vestu brunies.
Il entrent al palais: entur lui s' asistrent.
Carles vint de muster, qnand la messe fu dite,
Il et li duzce pairs, les feres compainies.
Devant vait li Emperere, car il est li plus riches.
Et portet en sa main un ramisel d' olive, etc. (1)

¿Qué es lo que relativamente a la rima les falta o les sobra a estos versos. cotejados con los de aquellos *romances viejos* que se han mirado hasta ahora y no pueden menos de mirarse como asonantados? Porque en estos no es menos frecuente la consonancia; y si solo hai asonante en los versos pares, (circunstancia que, por otra parte, no atañe a la naturaleza de la rima, sino solo a su colocacion), es porque se ha dividido en dos el verso largo de los antiguos cantares de Gesta. Pero la verdad es que en los dos anteriores pasajes del *Viaje de Cárlomagno a Jerusalen* es mas estricta la asonancia que en la mayor parte de

El rei Hugon el fnerte a Cárlomagno llamó,
A él y los Doce Pares; trájolos aparte.
Al rei tomó de la mano; a su cámara los llevó,
Embovedada, pintada de flores y de piedras de cristal,
En ella lució un carbunclo y claro resplandeció,
Engastado en una clava del tiempo del rei Golias,
Doce lechos allí hai buenos de cobre y de metal,
Almohadas de belludo y sábanas de cendal;
El décimotercio en medio y labrado a compas.

(1) Aquí la asonancia es disilaba: porque los finales son graves: consérvanse en ellos constantemente la vocal *i* bajo el acento y la vocal sorda *e*.
La traduccion literal de estos versos es como sigue:

Por mi fé, dijo el rei, Cárlos ha hecho locura,
Cuando burló de mi con tan grande lijereza.
Hospedélos ayer noche en mis cámaras de pedreria.
Si no son sumplidas las burlas como las dijeron,
Cortaréles las cabezas con mi espada acicalada.
Hizo llamar de sus hombres mas de cien mil:
Hales mandado que vistan arneses bruñidos.
Ellos entran a palacio, en torno a él se sentaron,
Cárlos vino del monasterio cuando fué dicha la misa:
El y los Doce Pares, las fieras compañias,
Delante va el Emperador, porqne él es mas poderoso:
I lleva en sn mano un ramito de oliva, etc.

nuestros romances viejos, en los cuales, como en el Poema del Cid, no suele hacerse caso de la *e* grave, mientras que en frances se atiende siempre a la *e* muda de los finales, segun se manifiesta en el segundo de los pasajes copiados.

Dice Mr. Ticknor que publicado este *Viaje de Cárlomagno* por Michel (Lóndres 1836), resulta estar compuesto en rima consonante, aunque irregular y descuidada. Basta oponer a esta asercion las estrofas de que he dado muestra. ¿Pudiera Mr. Ticknor citar algun romance viejo en que aparezca mas claramente la asonancia? Pongo aqui por via de comparacion uno de los mas conocidos, tomándome solamente la libertad de restablecer la alineacion primitiva.

Yo m' era mora Moraina, morilla de un bel catar:
Cristiano vino a mi puerta, cuitada, por m' engañar.
Hablóme en algarabia, como aquel que bien la sabe:
Abrasme las puertas, mora, si Ala te guarde de mal.
¿Cómo t' abriré, mezquina, que no sé quien te serás?
Yo soi el moro Mazote, hermano de la tu madre;
Que un cristiano dejó muerto; tras mi venia el alcalde.
Si no abres tú, mi vida, aqui me verás matar,
Cuando esto oí, cuitada, comencéme a levantar.
Vistiérame una almejía, no hallando mi brial.
Fuérame para la puerta y abríla de par en par. (1)

La sola diferencia que notarán los intelijentes es en favor de la asonancia francesa. Los troveres no hubieran mirado como lejítima la de *sabe*, *madre*, *alcalde*, con *engañar*, *mal*.

Para mí no es estraño que el aleman Michel no hubiese alcanzado a percibir el artificio rítmico del Viaje de Carlo Magno, cuando veo que el mismo Ticknor, tan versado en materia de poesía castellana, ha podido desconocer la asonancia en un poema castellano que seguramente ha leido muchas veces, el poema del Cid. Ni sé que acerca de las antigüedades de la lengua francesa en sus varios dialectos, y en los diferentes jéneros de composicion que la enriquecieron, haya una autoridad superior a la de Raynouard, que por un estudio profundo de pormenores de que la mayor parte de los eruditos se desdeñan, llevó la luz a un departamento literario que ántes se habia mirado por encima y solo se habia conocido harto imperfectamente. Este gran filólogo incurrió, dice Mr. Ticknor, en la misma equivocacion que yo, creyendo asonantados los versos del Viaje de Carlo Magno; a cuyo propósito cita Ticknor el *Journal des Sa-*

(1) Biblioteca de Autores Españoles, tomo X, páj. 1.ª

vants (febrero de 1833), que no he tenido ocasion de ver. Deduzco de esta noticia, o que Raynouard llegó por sus propias observaciones al mismo resultado que yo, o que si, como cree Mr. Ticknor, no ha hecho mas que seguirme, debieron de parecerle concluyentes las que yo espuse en el artículo del Repertorio.

Supongo que las estrofas copiadas por mí en aquel artículo están conformes con las correspondientes de la obra dada a luz por Michel: sino lo estuvieren no puedo hacer otra cosa que apelar, en prueba de mi fidelidad, al Códice del Museo Británico. Supongo tambien que este códice es el que ha servido de orijinal a Michel; porque debe de tenerse presente que un mismo poema aparece a veces con muchas y notables variantes en los diversos manuscritos. I tampoco es imposible que hubiese otros romances franceses con el mismo asunto o título. Sinner en el Catálogo de los Manuscritos de la Biblioteca de Berna (tomo III, páj. 361) describe así el códice número 575: *Codex menbranaceus; fragmentum carminis gallici de Carolo Magno et Basino: narrat expeditionem fabulosam Caroli Magni in Terram Santam... Stylus carminis ævo Sancti Ludovici anterior mihi videtur*, etc. Pero parece que en él se trata solo de una espedicion de guerra.

Sea de esto lo que fuere, que la narrativa de la *Expedicion*, como la del *Viaje*, está versificada en asonante, a lo menos en parte, lo manifiesta a las claras la estrofa que sigue, copiada de Sinner.

Desor s' en va Basin sans nule demorance;
Et a passée Luques, Lombardie et Plaisance.
Tant a erré li Dus parmi la terre estaige,
Qu'il a passée Tors, Orléans et Estampes.
A Paris est venus li Dus par un diemange.
La trove Charlemaine lou riche roi de France,
Qui o les douse Pars menoit si grand movance.
Por son neveu Rolland tire sa barbe blanche, etc (1).

Esta es una de las Gestas francesas compuestas en asonante, a que aludí en el Repertorio sin designarlas. Para que no se

(1) Vase luego Basin sin ninguna tardanza,
I ha pasado por Luca, Lombardia y Plasencia.
Tanto ha vagado el duque por medio de la tierra estraña,
Que ha pasado por Tours, Orleans y Estampes.
A Paris ha llegado el duque un dia domingo.
Allí encuentra a Carlo Magno el poderoso rei de Francia,
Que con sus doce Pares hacia tan gran movimiento.
Por su sobrino Roldan se tira la barba blanca, etc.

Dudo de las palabras *estaige* y *movance* que no estan escritas con bastante claridad en mis apuntes.

crea que el Viaje de Carlo Magno es otra muestra *solitária*, vo a citar algunas mas, que aun no son todas las que he rejistrado en mis apuntes.

A la misma especie de rima y metro que los precedentes pertenece el Romance de Guido de Borgoña que he tenido a la vista en la Biblioteca Harleyana del Museo Británico (527). Hé aquí un pasaje:

Un matin se leva Karles de Saint Denise,
Devant lui fist mander la riche baronie:
Et cil viennent tuit, ke ne l' osent desdire.
Si lur a reisoné, si lur a prist a dire:
Seignurs, dist l' Emperere, ne lerrai ke ne vus dic:
Si vus tus le volez, mun quer le disire,
Que cestes Dames returnent a France la garnie,
Si menent avec elles lur nices et lur filles, etc (1).

El decasilabo es otro verso de que los troveres hicieron grande uso. En decasílabos asonantes está escrito el romance de Guillermo de Orangue, o Guillermo el desnarigado (*Guillaume au court nez*) de que habla largamente Catel en sus Memorias de la Historia de Languedoc (2).

Dex! dit Guillaume, com cist Sarrazin plaide!
Que quis—je ci quand je ne m'y essaie?
Aler m'en vueil, ains que le soleux raie,
Car ne vueil pas que Loois me sache.
Se cist iert mort, perdu erent li autre.
Dist au paien, tu es moult deputaire:
Petit me prises, et je ne te prist gaire.
La hache tint, a ses deux mains la hasce;
Fiert en le comte, merveilleux cop le frappe,
Amont en l' heaume, si que tot li embarre.
Jus en abat et berils et topases.
Mes de la coiffe ne pot il trancher maille, etc. (3)

Esta muestra es curiosa por la multitud de diptongos disueltos que forman la asonancia.

(1) Una mañana se levantó Cárlos de San Dionisio,
A su presencia hizo llamar la rica baronía,
I ellos vienen todos que no le osan contradecir,
I les ha razonado y les empezó a decir:
Señores. dijo el Emperador, no dejaré de deciros:
Si vosotros todos lo quereis, mi corazen lo desea,
Que estas Damas se vuelvan a Francia, la guarnecida,
I lleven consigo sus sobrinas y sus hijas, etc.

(2) Libro III, paj. 567 y sig.

(3) ¡Dios! dijo Guillermo, ¡cómo charla este Sarraceno!

Al romance de Guillermo de Orange no cede en antigüedad, el de *Ogier le Danois*, citado por los Benedictinos de San Mauro en la Historia Literaria de Francia (1). Este romance empieza así:

Oiez, Signors; que Jesu ben vos face.
Li Glorious, li Rois esperitable,
Plaist—vos oir canchon de grant linage;
C'est d'Ogier li Duc de Danemarche (2).

Ogier le Danois es el Urjel danés de los castellanos, por otro nombre el Marqués de Mantua, tio de Baldovinos, de cuya historia dice Cervantes, que era «sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo eso no mas verdadera que los milagros de Mahoma.»

Cuando escribia yo en el *Repertorio* no conocia del romance de Guarin de Lorena (escrito en versos decasílabos como los dos precedentes) mas que los brevísimos trozos que de él se copian en los Glosarios de Ducange y de Roquefort. Por ellos coleji que estaba compuesto en asonante; y veo confirmado mi juicio en la edicion que ha publicado M. P. Paris; (Paris 1833). Segun el erudito editor, este romance es una cancion de Gesta de las mas antiguas de que hai memoria, y formaba parte de una vasta epopeya o ciclo que se estendia a varias jeneraciones de caballeros, descendientes del duque Hervis de Metz, por el cual principiaba. Larguísimo como es (y aun no es un todo completo) lo que con el título de *Li Romans de Garin le Loherains* ha publicado M. Paris, todo ello, con pocas y breves excepciones (a veces aconsonantadas), está compuesto en un solo asonante. Pongo aquí los finales de los versos en el principio de la primera estrofa: *oir, pris, pais, bailli, pais, Paris, ocis, cit, dit, mil,*

¿En qué pienso yo aquí que no me pruebo con él?
Irme quiero, ántes que raye el sol,
Porque no quiero que Luis sepa de mi:
Si este fuere muerto, perdidos serán los otros,
Dijo al pagano: gran follon eres tú;
En poco me precias, y yo no te precio en gran cosa
La hacha tuvo empuñada (el Sarraceno), a dos manos la levanta.
Hiere en el Conde, terrible golpe le da,
Sobre el yelmo, de manera que todo lo abolla.
Abajo echa berilos y topacios,
Mas de la cofia no pudo cortar malla, etc.

(1) Tomo VIII, paj. 595.

(2) Oid, señores, Jesus os haga bien,
El Glorioso, el Rei espiritual!
Plégaos oir cancion de gran nobleza,
Que es de Urjel, Duque de Dinamarca.

martir. Los que crean que no hai aqui verdadera asonancia sino neglijencia o irregularidad en el uso del consonante, lean con alguna atencion, no digo ya los romances viejos, sino los dramas del siglo XVII, y encontrarán pasajes como el de Calderon, que, con esta misma asonancia en *i*, dejo copiado arriba.

El Romance de *Gerardo de Viena* [1] me sujiere una observacion que no deja de tener su importancia. Como creo que hubo mas de uno con el mismo título, no será superfluo dar aqui una breve idea de esta composicion. El Gerardo de Viena es acaso el primero de otro vasto ciclo que abrazaba la numerosa descendencia de este caballero, hasta la tercera o cuarta jeneracion. Se rebeló contra Carlo Magno; y el cerco puesto a la ciudad de Viena por el Emperador, ocupa la mayor parte del poema, que es mui animada y dramática, bien que algo difusa. Durante el sitio principiaron los célebres amores de Roldan, campeon de Carlo Magno, y de Alda la bella, hermana de Oliveros, campeon de Gerardo. Despues de varios combates, se convino en dirimir la querella por un duelo campal entre Roldan y Oliveros. Píntase con mucha naturalidad y candor el conflicto de afectos en el corazon de Alda, espectadora de una lid a muerte entre dos personas tan queridas. El poeta se vió en la necesidad de valerse de la mediacion de un ánjel para que terminase felizmente el combate, despues de varios lances en que todo parecia presajiar un desenlace funesto. La accion del poema concluye por un encuentro casual en que la lealtad caballeresca de Gerardo le granjea la reconciliacion del ofendido príncipe. Aúnanse los dos ejércitos, y se disponen a partir contra los sarracenos de España.

El autor se nombra en la introduccion:

A Bar-sor-Aube, un chastiel seignori,
S' asist Beltran, en un vergier flori
Un gentis Clers, qui ceste chançon fist (2).

De las estrofas, las unas están en asonantes, como la que sigue:

Toles les dames de la bone cité
Furent issues les iostes esgarder.
Venue y fut bele Aude o le vis cler,
Une pucele qui moult avoit biauté.
Ele ot le jor un mantel afublé:

(1) Biblioteca Real del Museo Británico, 20 B XIX.
(2) En Bar-sor-Aube castillo señoril,
Sentóse Beltran en un verjel florido,
Jentil clérigo (literato, poeta) que esta cancion compuso.

Un pou fu cort, si li avint assez.
Tries ses espaules le let aval coler....?
Un chapelet ot en son chief posé,
A riches pierres qui gictent grant clarté.
Blont ot ie poil, menu, recercelé.
Les eux ot vers comme faucon mué,
Et le viaire si fres et coloré
Comme la rose que lon quet en esté,
Et blanches mains et les dois acesmés.
Le sanc vermeil li est el vis monté, etc. (1)

En otras la rima es completa:

Alde s' estut a une fenestele,
Pleure et soupire, sa main a sa maisele,
Quand vit son frere desor l' herbe novele,
A pou li cuers ne li part sot l' aisele.
Corant en vait droit a une chapele:
Devant l' autel se rant a Deu ancele.
Glorius Deu! ce dist la Demoisele,
Qui descendites en la Virge pucele:
Cui meint pechierre au gran besong apele!
Donez m' oir del Conte tal novele,
Qui a Girard et a Carlon soit bele (2).

Por estos versos se echa de ver que la pronunciacion se iba

(1) Todas las damas de la buena ciudad
Salieron a ver las justas:
Alli vino la bella Alda la del claro rostro,
Doncella que tenia mucha belleza
Tuvo aquel dia prendida una capa:
Algo fué corta, mas le sentaba asaz;
Detrás de sus hombros la deja abajo colgar.
Una escofia tuvo puesta en su cabeza
Con ricas piedras que arrojan gran luz:
Rubio tuvo el pelo, fino, ensortijado;
Los ojos tuvo verdes como halcon mudado.
I la cara tan fresca y colorada
Como la rosa que se coje en estio.
I blancas manos y los dedos pulidos.
La roja sangre le ha subido al rostro.

(2) Alda se estaba en una ventanilla.
Llora y suspira, la mano en su mejilla.
Cuando vé a su hermano (derribado por Roldan) sobre la (fresca yerba.
Por poco el corazon no se le rompe en el pecho *sub axilla,*
Corriendo va derecho a una capilla;
Ante el altar se arrodilla (*trudidit se Deo oncillan*);

alejando del oríjen latino, y que empezaban a convertirse algunos diptongos en los sonidos vocales simples que despues prevalecieron. Pero lo que importa a mi propósito es poner a la vista la palpable diferencia entre el consonante y el asonante tratados por un mismo versificador en un mismo poema. En las estrofas aconsonantadas la rima es constantemente perfecta; apenas hai uno que otro lijero asomo de inexactitud, de aquellos que dispensa sin dificultad el oido. En las otras no es así.

¿Se desean todavia otras muestras del uso de la asonancia en la poesia de los troveres? Algunas mas me seria fácil presentar; pero respeto la paciencia de los pocos lectores que hayan podido seguirme hasta aqui. Me limito a una sola, el *lai de Aucassin et Nicolette*, compuesto en el siglo XII, y publicado en la Coleccion de *fabliaux* de Barbazan, edicion de 1808, única que merece leerse de esta poesia, monstruosamente alterada por los que, insensibles a las leyes métricas en que está escrita, han querido reducirla a la rima ordinaria. Es una relacion en prosa, en que se intercalan estrofas asonantadas, anotándose la modulacion musical con que cada una se entonaba. Hé aqui una estrofa asonantada en *o*;

Aucassins li biax, li blons,
Li gentix, li amorous.
Est issus del gant parfont,
Entre ses bras ses amors,
Devant lui sor son arçon.
Les ex li baise et le front,
Et la bouce et le menton,
Ele l' a mis á raison:
Aucassins, biax amis dox,
En quel tere en irons nous?
Douce amie. que sai-jou?
Moi ne caut ù nous aillons,
En forest ù en destors,
Mais que je soie avcuc vous.
Passent les vaus et les mons,
Et les viles et les bors,
A la mer vinrent au jor,
Si descendent u sablon,
Lés le rivage (1).

Sabemos que los antiguos franceses reconocian dos especies

Glorioso Dios! esto dice la damisela,
Que descendisteis en la virjen doncella,
A quien tanto pecador en la gran necesidad apellida,
Concededme oir del Conde (don Roldan) nuevas tales,
Que para Gerardo y para Cárlos sean felices.

(1) Aucasin, el bello, el rubio,
El jentil, el amoroso,
Ha salido del bosque profundo,
Entre sus brazos sus amores

de rima, llamadas *consonantie* y *leonime*; como puede verse en Fauchet (1) y en el Glosario de Roquefort, v. *Léonime*, *Léonimer*, *Léonimité;* pero ni uno ni otro aciertan a decir en qué diferencian la consonancia y la leonimidad. Versos *leoninos* en la baja latinidad eran versos rimados, con la rima en los finales de los versos o de los hemistiquios. Pero como de esta segunda manera de colocarla no sé que haya ejemplo en el frances antiguo, no me parece admisible que consista en ella la *leonimidad*, como conjetura Roquefort. Lo que juzgo mas probable es que *consonantie* y *léonimité* significasen primitivamente dos especies de rima, una de las cuales (aunque no puede decirse cuál) era la que hoi llamamos asonancia, y que habiendo cesado el uso de esta, pasaron a designar *rima rica y rima pobre*; ambas rigorosamente consonantes, pues cuando la segunda parece reducida a las solas vocales, la ausencia de las consonantes es un caracter negativo esencial. La etimolojía de *léonime* (*versus leoninus*), si algo puede colejirse de ella, haria presumir que la mas llena de las dos rimas llevaba ese nombre, y que la antigua *consonantie* era nuestra asonancia.

Volviendo al *lai de Aucassin et Nicolette*, por él se vé que en frances no se usaba nunca la asonancia en versos alternados, y que, fuesen largos o cortos, todos los de una misma estrofa, por larga que fuese, se sujetaban a un solo asonante. Lo mismo fué en español; y la alternativa que hoi vemos en todas las poesías asonantadas provino de haberse escrito en dos líneas los antiguos alejandrinos, que constaban de catorce o mas sílabas. Partiendo en dos los versos del Poema del Cid, los convertiríamos a veces en pedazos de romance octosílabo:

Los guadamecis vermejos
E los clavos bien dorados: V. 88

Delante dél sobre el arzon.
Los ojos le besa y la frente,
Y la boca y la barba.
Ella le pregunta:
Aucasin, mi bello y dulce amigo,
¿A qué tierra irémos?
Dulce amiga, ¿qué sé yo?
No me importa adónde vamos,
A floresta o lugar apartado,
Con tal que esté con vos.
Pasan los valles y los montes,
Y las ciudades y las aldeas.
A la mar llegaron al dia.
Descienden a un arenal,
Cercano a la ribera.

(1) De l' origine de la langue et poésie française, lib. I, cap. 8, y adicion final.

¿O sodes Rachel e Vidas
Los mios amigos caros? 103
Por siempre vos faré ricos
Que non seades menguados. 108:
Afévoslos a la tienda
Del Campeador contado. 152.
Pensemos de ir nuestra via;
Esto sea de vagar:
Aun todos estos duelos
En gozo se tornarán. 383, 384.
Firmes prende las posadas
Las unas contra la sierra
E las otras contra l'agua. 565, 566.

La cuestion puede parecer nominal. Los dos hemistiquios del alejandrino, en los cantares de Gesta, son en realidad dos versos escritos en una misma línea. Pero aqui no tratamos de la unidad métrica, teóricamente considerada, sino de la intencion de los versificadores; a la que probablemente se ajustaban las cláusulas musicales del canto. Que ellos miraban cada alejandrino como un solo verso, lo prueba la alineacion del Poema del Cid, de las obras de Berceo, del Alejandro, de todos los antiguos cantares de Gesta. Yo no veo que se haya citado hasta ahora ningun manuscrito anterior al siglo XV, de romances viejos en líneas octosílabas, como aparecieron despues en los Cancioneros.

Esto esplica una particularidad que se nota en los romances líricos del siglo XVII, y es que en los estribillos que muchos de ellos tienen, es siempre contínua la asonancia.

Mi Doris en su albergue
Sin cuidado de nada se entretiene.

¡Qué ciertas son las trazas,
Cuando ya no hai remedios en las desgracias!

Sufre y calla,
Pues que fuiste la causa.

Mi quintado va a la guerra;
Ruego a Dios que de ella vuelva.

Todos estos pertenecen al Romancero Jeneral, y la misma práctica se observa en los romances del drama. Tirso de Molina nos ofrece muchos ejemplos.

Pero tenemos, por decirlo así, sorprendida infraganti la transformacion de los cantares de Gesta en los llamados *romances viejos*, y manifestada palpablemente la separacion lineal de los dos hemistiquios del verso largo. Entre los romances recopilados por el erudito don Agustin Duran en el tomo X de la Biblioteca Española, hallamos bajo el número 731 el que empieza,

Cabalga Diego Lainez,

conservado en varias de las mas antiguas colecciones. «El tipo del Cid en este romance» (segun dice el señor Duran, cuyas palabras copio) «se encuentra en una antigua composicion, parte en prosa. parte rimada, que se halla al fin de un códice de letra de principios del siglo XV. Este poema, o como quiera llamarse, debe presumirse obra de un juglar que con pretensiones de poeta artístico reduce a versos largos de forma francesa las redondillas de la nuestra nacional.» Hasta aquí el señor Duran, a quien debemos tambien la noticia de pertenecer este códice a la Biblioteca Real de Paris, núm. 9988, y de haber sido publicado recientemente por M. Michel. El fragmento que sigue, copiado por Duran, es todo lo que de esta obra conozco:

Allegó don Diego Lainez al rei besarle la mano.
Quando esto vió Rodrigo volvió los ojos, todos iban derramando.
Avien mui grant pavor dél, e mui grande espanto.
Allegó don Diego Lainez al rei besarle la mano.
Rodrigo fincó los ynojos por le besar la mano.
El espada traya luenga; el rei fué mal espantado.
A grandes voces dixo: Tiralme allá esse peccado...
Dixo entonce don Rodrigo: Querria mas un clavo,
Que vos seades mi señor, nin yo vuestro vassallo.
Porque vos la bessó mi padre, soi yo mal amancellado.

Ahora bien, cotejado este fragmento con el romance, se echa de ver claramente que uno de los dos fué sacado del otro:

Romance.	Fragmento.
Cabalga Diego Lainez Al buen Rei besar la mano......	v. I.
Ya se apeaba Rodrigo Para el Rei besar la mano Al hincar de la rodilla El estoque se ha arrancado. Espantóse de esto el Rei, Y dijo como turbado: Quitate, Rodrigo, allá, Quitateme, allá, diablo......	v. 6, 7, 8.
Porque la besó mi padre Me tengo por afrentado.	v. II.

Aquí se descubre a las claras el proceder de los que dieron la última mano a los romances viejos recopilados en los Cancioneros: separacion lineal de los hemistiquios, retoque del lenguaje, añadidura de circunstancias y pensamientos, no siempre felices. El señor Duran cree percibir en el poema publicado por Michel pretensiones poéticas de algun juglar que quiso tratar el asunto artísticamente y a la manera de los franceses. Yo no descubro en el fragmento que acabo de copiar esas apariencias de arte o de aspiraciones literarias. Está escrito como los peores pasajes de la Gesta de Mio Cid, a la que, sin embargo, se asemeja tanto, que es imposible no mirar las dos composiciones como de una misma familia, sin que haya mas de francesa en una que en otra.

La influencia de la poesia de los troveres en los cantares de Gesta castellanos, y señaladamente en el Poema del Cid, será tal vez recibida con poco favor en España, como inconciliable con el tipo orijinal de nacionalidad que se admira con tanta razon en esta antigua epopeya. Pero el que la Gesta castellana haya recibido de los troveres ciertos accidentes de versificacion, materia y lenguaje, no se opone a que tenga, como tiene sin duda, mucho de orijinal y de nacional en los caracteres y sentimientos de los personajes y en la pintura de las costumbres; puntos sustanciales en que no la igualan las mejores producciones de los troveres. Yo a lo ménos en ninguna de las que he leido encuentro figuras bosquejadas con tanta individualidad, tan españolas, tan palpitantes, como las de Mio Cid y Pero Bermudez. Siempre he mirado con particular prediIeccion esta antigua reliquia, de que hize un estudio especial en mi juventud, y de que aun no he abandonado el pensamiento de dar a luz una ediccion mas *completa y correcta* que la de Sanchez; pero no por eso he debido cerrar los ojos a los vestijios de inspiracion francesa que se encuentran en ella, como en la poesia contemporánea de otras naciones de Europa.—*(Continuará.)*

ANDRES BELLO.

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

NOVELA ORIJINAL.

—

V.

Al siguiente dia, a las once de la mañana, me hallaba junto a Ismael esperando la relacion prometida.

—Para enterarte de todo y ponerte en estado de apreciar debidamente un suceso al que se ha ligado toda mi vida, dijo Ismael, necesito hablarte de los antecedentes que lo precedieron y del estado de mi ánimo en aquella época. En diciembre de 1840 terminé mis estudios profesionales para entrar a la práctica de la carrera forense. Por aquel tiempo mi padre habia embarcado su pequeña fortuna en arriesgadas especulaciones, con peligro de una ruina completa, llevado del aliciente de doblarla o tal vez, decia, triplicarla. La profesion era pues para mi el único puerto seguro, y acaso en ella divisaba no solo mi subsistencia personal sino tambien el apoyo de mi pobre padre, que cansado de luchar contra la mala suerte, se hallaba amenazado de un terrible golpe, si fallaban sus combinaciones especulativas. Esto me hizo abrazar mis estudios con ese ardor febril que nos alienta en nuestros primeros pasos de hombres, cuando el

carazon late acelerado a impulsos del entusiasmo: todo sacrificio me parecia pequeño ante mi noble fin; todo esfuerzo mui débil ante la magnitud de mis aspiraciones. Conformándome con mi oscuro destino me replegué con altanera filosofía en mi orgullo de estudioso, para brillar despues con todo el poder de mis laboriosas tareas, como el que quiere saltar recula para tomar distancia y arrojarse con mas fuerza. Hasta allí todo fué mui bien. Poco a poco principiaron a venir en la tarde varios de mis compañeros de colejio, los que so pretesto de *pasar*, término consagrado, se reunian allí a contarse mutuamente sus diversiones y a formar nuevos planes para nuevos placeres: entre ellos se pasaban en revista los acontecimientos del dia; se hacian minuciosos comentarios sobre la crónica casera, y se hablaba de las bellezas a la moda, con esa petulante libertad que caracteriza a los estudiantes que aspiran a hombres; despues de lo cual se retiraban todos, alegres, bulliciosos, sin cuidarse de nada ni de nadie, dejándome en mi modesto cuarto, rodeado de mis libros, a los que despues de esta diaria visita arrojaba yo siempre una mirada perezosa.

En aquellas horas, dudando del porvenir, sintiendo en mi pecho esa imperiosa necesidad de amar que nos avasalla a los veinte años, maldiciendo la necesidad que me aconsejaba aquellos sacrificios, pedia cuenta a Dios de mi pobreza, de mis largas horas de estéril estudio, de mi juventud que se perdia en afanes inútiles; sin pensar que entraba apenas en la vida y olvidando mi piedad relijiosa con esa arrogante indiferencia de la edad en que no se piensa jamas en la muerte. Luego, para calmar mi ajitacion y como para vengarme de una sociedad de la que voluntariamente me habia segregado, tomaba uno de esos libros burlones, que se rien del mundo y escarnecen todo sentimiento noble, y despues de devorar sus pájinas con salvaje alegria; despues de tocar con mano vengativa las llagas de ese mundo vedado; sentia renacer en mi alma esa bonanza plácida, ese contento vago y misterioso, que debia sobrecojer el alma de los antiguos cenobitas despues de sus penitentes maceraciones.

Entónces volvia con nuevo empeño a mis interrumpidos estudios, pidiéndoles las esperanzas que mi posicion me negaba, ansioso del saber que debia darme gloria y dinero; mas mil ve-

ces, al recorrer sus aridos preceptos, al querer inculcar en mi memoria sus confusos sistemas, cruzaba por mi acalorado cerebro una de esas blancas visiones que enjendra la fiebre, aereas formas de mujer que fascinan el alma, sueños de mi fantasia combatida por mil furiosas pasiones. Esta lucha entre el deber y el deseo, en la que siempre se hacia oir la voz del corazon; jóven, loco por sus soñados placeres, delirando por un mundo fantástico embellecido por los sueños de mis largas veladas; esta fatigosa contienda de dos poderes absolutos, que, ora avasallaban mi voluntad, ora la robustecian con nuevos apoyos, habia considerablemente debilitado mi salud, haciendo que al robusto encarnado de mis mejillas sucediese la enfermiza palidez de un mal misterioso, que a pasos de jigante me minaba. ¿Qué podia en efecto yo, pobre niño de veinte años, contra esa turba de desordenadas ideas que destrozaban mi corazon ulcerado ya por la abstinencia de sentimiento? ¿Qué belleza científica, qué portento filosófico, qué relijion, podia saciar en mi alma la sed de realizar los poemas que forjaba en mi corazon, la hasta entónces nunca lograda ventura de amar y ser amado? Confiando en mis fuerzas e ignorando la enormidad de la empresa me habia entregado al insensato propósito de vivir como un viejo sábio con una cabeza de muchacho libertino: mi virtud vencia; pero mis fuerzas se agotaban.

Rendidos mis exámenes me fui donde mi padre presentándole mi diploma de bachiller en leyes.—Pobre Ismael, me dijo, sentándome sobre sus rodillas y mostrándome a mi madre que, con los ojos henchidos de lágrimas, me miraba con indecible ternura; pobre Ismael, mui pálido estás y es necesario que te vayas de aquí durante las recreaciones. Al entrar a mi cuarto lloré de ternura, apreciando en su justo valor el sacrificio que mi padre se imponia para proporcionarme el placer de un viaje, y despues dije adios a mis libros, compañeros silenciosos de una larga soledad, sintiendo ensancharse mis pulmones con la sola idea de respirar el aire libre de los campos, de ver árboles, prados y bosques donde mi alma, sujeta siempre a melancólicos devaneos, volaba de antemano a celebrar esas fiestas poéticas de la soledad, en las que nuestro ser se identifica con la naturaleza, para revestirla de sus caprichos multiformes.

Al sacudir la pesada capa de un penoso estudio, me sentí niño y entusiasta otra vez, comprimiendo apénas los latidos de mi corazon que despertaba de nuevo, aspirando la paz de los campos como en los felices años de la adolescencia. Mis delirantes sueños de amor, mi adoracion por los quiméricos enjendros de mi espíritu; los desesperados arranques de mi continuo afan; todo, en fin, cuanto torturaba mi cerebro, todo desapareció ante la nueva esperanza, con esa velocidad con que los niños dejan una idea para halagar otra que con igual velocidad abandonan en un instante.

Olvidando los sicolójicos preceptos que habia aprendido por deber y sin embargo de no analizar la relacion de mis numerosas sensaciones, sentí que dotado de prodijiosa vehemencia en mis goces como en mis pesares, el cielo me habia dado un corazon que fácilmente estallaría al choque de cualquiera contrariedad: abandonar mi viaje en aquel momento hubiera sido sumirme en la mas espantosa desesperacion.

Dos dias despues me puse en marcha para Constitucion, donde residia un tio materno, establecido allí desde muchos años atras. Llegué a Talca despues de tres dias de penosa marcha y sin querer detenerme en la ciudad, me fuí a alojar al punto llamado los Morros, a orillas del Maule, donde se toman las lanchas que llevan al puerto. Al amanecer del dia siguiente dimos la vela; y despues de diez horas de navegacion me hallé en tierra, contento como si viera, despues de muchos años de ausencia mi tierra natal. Inmediatiamente me fuí a la casa del tio, situada en la plaza: una vieja criada me recibió diciéndome que su patron se hallaba en Talca y no llegaria hasta el dia siguiente.—Pero su merced está en su casa, me dijo al terminar la buena vieja, introduciéndome en un aposento que juzgué ser el comedor. Léjos de contrariarme, aquella noticia me hizo pensar que podria con mas libertad recorrer los bellos sitios de aquel lugar, que mil veces habia oido describir por mi tio en sus viajes a Santiago. A la mañana siguiente, en efecto, apénas rayaba el sol salí por el Este de la poblacion, subiendo la pequeña colina que baja a la playa del mar.

—No estrañes, me dijo, Ismael interrumpiéndose, que me detenga en estos detalles: conservo aun tan vivas las emociones

de aquellos dias, que siento un triste placer en contártelas, habiéndolas guardado por tanto tiempo en mi memoria.

—Sobre esa hermosa colina, continuó, tendí con ávido placer mi vista sobre el rio que por muchas leguas se divisa, contemplando las lejanas velas de las lanchas que siguen o suben su corriente; miré por primera vez de mi vida el mar que se esplayaba majestuoso ante mis ojos sorprendidos, y sentí, por primera vez tambien, ese vago terror que se apodera del alma en la contemplacion de la inmensidad. La húmeda y fresca brisa que, jugando con mis cabellos, refrescaba mi frente; el ronco ruido de las olas que venian a estrellarse en la arenosa playa, esparciendo por todas partes su alfombra de blancas conchas; la niebla que velaba a lo léjos los horrores del ajitado mar; los pájaros que pasaban rosando con su blanco pecho las espumosas crestas de las ondas; todo aquel cuadro grandioso, nuevo para mí, llenando de pavor mi alma, retenia mis ojos fijos en él, como bajo el imperio de una estraña fascinacion. Y luego al verme solo, al contemplar mi porvenir, tan incierto como el horizonte sombrío que ante mí se desplegaba, volví hácia otro lado la vista, cerré por un momento mis ojos bañados en lágrimas y ahogué con trabajo un suspiro que exhalaba mi pecho acosado de repente por un pesar desconocido. ¡Estraña condicion de ciertas almas supersticiosas!: el dolor dominaba, tronchando en un instante mis venturosos proyectos. Envano miré despues la risueña poblacion con sus verdes arboledas; enbalde busqué en las hermosas riberas del Maule la fresca impresion que el campo me habia prometido; las sombras que acababan de bajar a mi alma, estendian su fúnebre manto sobre el pintoresco paisaje que por todas partes se estendia a mis piés. Aquel silencio, aquella soledad que dos horas ántes buscaba con ardor, traian a mi espíritu amargos presentimientos que, como una bandada de aves misteriosas, cernian sus alas en torno de mi frente, nublando a mis ojos el risueño sol de la mañana y helando mi sangre como en vista de un inminente peligro.

Por un violento esfuerzo me arranqué de aquel letargo, y despues de despedirme del mar, de la plateada franja del rio, de todo lo que al llegar habia saludado con entusiasmo, bajé precipitadamente la colina y atravesé el pueblo con paso acelerado

hasta llegar a la casa del tio. El buen hombre habia llegado, y me esperaba durmiendo para reparar, segun me dijo la criada, la mala noche pasada en la lancha. Fuime al cuarto que se me habia destinado y rejistrando en mi maleta hallé ese libro que Zimmermann ha sellado con la poesía de su alma: «La Soledad». En el estado en que me habia puesto mi paseo recorri sus pájinas con el placer que todo lo triste nos participa, cuando creemos encontrar un eco a las quejas de nuestro corazon. Aquellas líneas, donde a su pesar se divisa la melancolía del autor, cuadraron tambien con la tristeza que comenzaba a invadirme, que me hallaba ya a mil leguas de Constitucion, retirado en alguna aldea alemana, a orillas del Rin, léjos de mundanas tormentas, cuando oí la voz de mi tio informándose de mi y al mismo tiempo le vi entrar a mi cuarto y estrecharme entre sus brazos con el mas sincero cariño. Luego vinieron los informes sobre todos los de la familia; despues de lo cual mi tio me dijo:

—Temo que hayas elejido un mal lugar para paseo, si es que miras las cosas bajo el punto de vista de la diversion.

—Mi principal objeto, contesté, ha sido buscar el temperamento, porque en mis últimos estudios mi salud ha sufrido mucho.

—Es cierto, dijo él, te encuentras flaco.

—Y me he venido donde U. a reparar el mal, le dije.

—Has hecho mui bien, esclamó.

—De manera, continué, que es necesario que U. no se inquiete por diversiones para mí.

—No importa, el restablecerse no impide divertirse, me dijo golpeándome el hombro; pero como tú sabes vivo retirado y solo tengo amistad aqui en una casa, donde voi a jugar mi malilla: ven conmigo esta noche y te distraerás un rato.

—Pero tio, dije, yo no entiendo una palabra de malilla.

—Tanto mejor, conversarás con las niñas que no juegan.

—Ah, ¿hai niñas? pregunté animado ya con la visita.

—Si, hai dos respondió mi tio.

—¿Y.... qué tales?

—Esta noche las verás y me dirás tu opinion, dijo sonriéndose.

Nuestra conversacion rodó luego sobre otros asuntos.

Mi tio, alejado de Santiago desde algunos años, se informó de todos los cambios, de todos sus amigos y de todos los negocios: durante dos horas no hizo él mas que preguntar y yo nada mas que responder.

La noche llegó por fin y a las ocho nos pusimos en marcha hácia la casa donde debia mi tio presentarme: durante el camino me habló de las personas que íbamos a ver.

—Las niñas son dos, me dijo, y principio por lo que mas pueda interesarte, aun cuando quieras hacerme creer que tienes tendencias mui misantrópicas.

—Le aseguro que no me siento con vocacion de galan, le dije; sin embargo de que esperaba impaciente la descripcion de aquellas flores provincianas.

—No importa, esclamó él, eres hijo de Eva y tarde o temprano debes serlo.

—De manera que U. piensa que es un mal al que todos están sujetos, como las viruelas, por ejemplo, dije yo.

—Eh, eh, ciertamente; a ménos de haber inoculacion del antídoto.

—No importa, dije, viendo que estábamos a punto de separarnos del asunto principal y de mas interes, vamos a las niñas.

—Pues bien, continuaré: la primera, es decir la mayor, es viuda, tiene 19 años y de su matrimonio un hijo: es bellísima y de esmerada educacion: se llama Laura.

Aquí, mi tio, hizo una pausa, como para dejarme reflexionar sobre sus palabras: yo repetí en silencio el armonioso nombre, poetizado por los desvelos de Petrarca, y sentí latir mi corazon con una alegría semejante a la de los niños que se preparan a ver una funcion de teatro. ¡Laura! repetí, sintiendo, como el Rafael de Balzac, que aquel nombre poseia una estraña fascinacion. Una mujer de 19 años, viuda y bellísima me dije ¿no es una magnífica promesa para el corazon, uno de esos ánjeles que invocamos a toda hora, nosotros los enamorados del amor?

Estas primeras impresiones, naturales al alma, como el llanto que vertemos al nacer, las mas espontáneas del corazon, no se borran jamás de la memoria. Un solo nombre de mujer disipaba mi tristeza y mi fatiga, para mostrarme todas las riquezas de uno de esos poemas imposibles, castillos en el aire, donde deposita-

mos nuestro tesoro de devaneos. Con la arrogante petulancia de la juventud me creia ya en posesion de un nuevo porvenir, y con esa coquetería, tan natural en los que aspiran a ser amados, pensé con orgullosa satisfaccion en mis grandes ojos negros, que tanto regocijaban a mi madre, dando gracias al cielo por una belleza que hasta entónces me habia parecido inútil.

—Y la otra, pregunté despues, queriendo disimular mi preocupacion.

—La otra es soltera, me contestó él, es bastante donosa; pero mui léjos de igualar a su hermana: se llama Florentina.

Mi tio hizo aquí una nueva pausa que no produjo el mismo efecto que la anterior, por estar ya hecha mi eleccion.

—Y siempre han vivido ellas en Constitucion? pregunté.

—No siempre, contestó mi tio. Laura reside con su hijo en Valparaiso, donde Florentina va por dos meses todos los años, viviendo aquí los diez meses restantes al lado de su padre.

—Y este ¿qué especie de hombre es?

—Hombre mui severo, por el cual sus hijas tienen mas bien respeto que amor. Por lo demas, amigo de la plata, como todo hijo de vecino, y deseoso de encontrar un marido rico para su hija.

—Habiendo dos mujeres bonitas, dije, no debe ser U. el único visitante de la casa.

—Casi el único, me contestó, porque sin contar con dos viejos que no figuran mas que en la malilla, no viene a la casa otro que el hijo de un pobre comerciante de este puerto, llamado Adriano.

—Siendo pobre, observé, no debe ser mui bien recibido.

—Por el padre no; mas por las niñas con mucho cariño.

En esta conversacion llegamos a la casa y penetramos en una gran sala en la que habia cuatro hombres y las dos niñas de que habia hablado mi tio.

—Señorita: mi sobrino Ismael, dijo mi tio presentándome a Laura; la esperanza de la familia, añadió sonriéndose y como para aumentar mi turbacion.

Las dos hermanas me hicieron un saludo seco ofreciéndome una silla: el jóven, que mi tio habia dicho llamarse Adriano me saludó tambien con marcada frialdad. La acojida no era por

cierto alentadora y el golpe dado a mi amor propio demasiado fuerte para que yo no resolviese reponerme pronto de aquel jaque recibido en mi primera visita. Mas apénas me habia sentado mis ojos se fijaron sobre Laura: mi corazon, nuevo en la vida, lo olvidó todo: disipóse mi disgusto y sin cuidarme de los otros la examiné con avariento empeño. Vestida con esa tela llamada *Barés*, que presta a las mujeres el aspecto flotante y vaporoso de las sílfides; con sus abundantes cabellos simetricamente peinados; con sus languidos ojos de celestial dulzura; Laura me pareció superior a las creaciones de mi cerebro, una de esas mujeres revestidas por su belleza de un carácter distinto a las demas y que solo nos es permitido contemplar en silencio, sin alzar jamas hasta ellas nuestra humilde veneracion. Imposible me pareció que sus aterciopeladas mejillas, que sus lábios húmedos, que su frente de reina, hubiesen podido ser profanados por las caricias de un hombre: segun mi deseo, cambié la bella madre, en la casta virjen de un santuario; en la flor de algun bosque solitario, respetado hasta por los rayos del sol. Sentada sobre un sofá y reclinada sobre el brazo con ese abandono voluptuoso, propio tan solo de ciertas mujeres que saben tomar mil actitudes de desesperante coqueteria, me puse a ver en Laura el ensueño de mis veladas, la juguetona maga que se divertia en turbar mis estudiosas tareas, la idealizacion de mis delirios, bajada del cielo para recompensarme con usura mis primeros fastidios. Mirándola, crei aspirar el perfume de su aliento, creí sentir bajo mis dedos el suave contacto de sus cabellos; y la blancura de su cuello me produjo una sensacion semejante a la de un vahido de cabeza, sintiendo humedecerse mis ojos cual si esperimentase una alegria inesperada y violenta.

Laura notó tal vez la admiracion pintada en mi semblante, porque, sus mejillas de suave palidez, se cubrieron de encarnado y para sustraerse a mi obstinada observacion me dirijió la palabra hablándome con naturalidad sobre las mil frivolidades que componen casi siempre la conversacion de dos personas, entre quienes aun no reina la confianza. Yo la oia, admirando el timbre de su voz que, removia una a una las mas delicadas fibras de mi corazon, contemplando arrobado de placer sus blancas manos de uñas trasparentes, su delgada cintura de muelle fle-

xibilidad, y suspendido a su sonrisa con relijiosa contraccion. Su lenguaje despertó en mi pecho una multitud de emociones diversas; bellos atributos de una alma virjen que por primera vez se mece al cadencioso compas de los cariños del amor. Con la sencillez de la verdad y movido por la mas tierna confianza referi a Laura mi vida estudiosa y melancólica, mis indeterminadas aspiraciones, mis largos pesares y mis fugaces alegrias: ella me escuchaba con placer, y sonreia con ternura a la sombria descripcion de mi carácter, y aprovechándose de algunas palabras que con vaguedad habia yo pronunciado sobre estudios de música :

¿Toca U. el piano? me preguntó.

—No, casi nada, contesté; he querido aprender a cantar y el tiempo me ha faltado.

La conversacion rodó entónces sobre la música, haciéndome descubrir en Laura la misma educacion, la misma sagacidad de espiritu que desde sus primeras palabras me habian cautivado. A instancias mias tocó en el piano varias cosas de gusto, revelando la mas acabada ejecucion y me exijió que cantase algo; lo que ejecuté con la vehemencia de un hombre que quiere impresionar a su auditorio.—Tiene U. una lindisima voz, me dijo, cuando terminé acompañado por ella. El elojio me llenó de orgullo, haciéndome levantar la frente para recibir la aprobacion de todos. Mi posicion era ya mui distinta de la que al llegar me habia cabido: el jóven que tan friamente me habia saludado al entrar, pareció aun mas contrariado de mi triunfo y permaneció silencioso en medio de los elojios que los otros me dispensaban.—Luego, me dije al salir y como reasumiendo mis ideas, mas se debe contar sobre un romance bien cantado, que sobre la adquisicion de mil noches de estudio.

Durante el camino mi tio me habló sin cesar de las combinaciones de su malilla, mientras yo caminaba a su lado oyéndole en apariencia y a mil leguas de comprenderle: mi espiritu entraba en los preliminares de la gran batalla del amor, e instintivamente yo reunia mis fuerzas para el ataque: en la noche las paredes de mi cuarto recibieron mi confidencia contada con todo el fuego de la impresion reciente. Al llegar me habia sentado junto a la mesa apoyando en la mano derecha mi fren-

te abrasada: mis ojos encontraron el libro de Zimmermann que en la mañana habia leido; lo abrí y me hallé con el capítulo noveno y apenas hube leido estas simples palabras: «La paz del alma en este mundo es la suprema felicidad» una incrédula sonrisa se dibujó en mis lábios.—Alto ahí, señor solitario esclamé: difícil, mui difícil me parece que con *el murmullo de las cascadas, el frescor de los bosques y los suspiros del viento*, se pueda satisfacer en el corazon las exijencias de las pasiones; y luego sin pasiones ¿qué sería del hombre? seria capaz de producir una idea? quién asegura que habria virtud?—En dos horas, como ves, mi corazon amante de la simplicidad, se habia trastornado para vagar en esos espacios imajinarios siempre poblados de hermosas mujeres; a todas las cuales yo sustituia Laura multiplicada por mi entusiasmo; como las luces que divisa un beodo con el simple auxilio de un candil ¿qué mas tenia yo qne tal infeliz, al ponerme a iluminar mundos enteros con la incierta luz de una remota esperanza?

No obstante todo esto, en la noche dormí profundamente.

VI.

A la mañana siguiente salí en silencio de la casa para no ser oido de mi tio, y fuí a posarme en la misma colina que el dia anterior habia visitado. ¡Ah, cuánto el inmenso panorama de un grato recuerdo de mujer puede trasformar nuestras ilusiones ópticas! Los mismos objetos que me habian entristecido me sonreian alegremente invitándome a esas sentidas confidencias que hacemos a la soledad cuando acariciamos una impresion que quisieramos prolongar. No ví en el mar mas que un fiel confidente de las almas solitarias y sentí que el ruido de sus olas, al venir espumeantes a estenderse en la arena, hablaba a mi corazon ese lenguaje amigo que nos engolfa en interminables repeticiones de la idea querida. Todo habia dejado su ropaje de duelo para tornarse en festiva complacencia: un nuevo y espléndido horizonte abria sus puertas a mi fantasía mostrándome los deslumbrantes mirajes con que el amor engalana los desconocidos campos del porvenir: mi memoria, con el fuego de la juventud, detallaba los brillantes tesoros de la belleza de Laura y me ha-

cia escuchar en el alma, recojido en mi mismo, el melodioso acento de su voz cariñosa, y entónces, para prolongar mi ilusion, entoné el romance que habia cantado en su presencia, cual si mi voz hubiese podido llegar a su oido, enviándola en cada nota los torrentes de amor que de mi alma desbordaban.

Las diez de la mañana me sorprendieron en aquel lugar, ántes que hubiese sentido la marcha del tiempo: bajé la colina, alegre como Juan Jacobo cuando encontró la vincapervinca, deteniendo mi vista en cada paisaje para relacionar su poesia con la poesia de mis nuevos sentimientos.

Durante el almuerzo mi tio se apercibió mui luego de mi alegria, descubrimiento que lo hizo sonreirse como si leyese en mis ojos lo que pasaba en mi corazon.

—Creo, me dijo, que el temperamento te hará mucho bien, pues ya veo en tu semblante un cambio completo.

—Total, mui completo, murmuré inclinándome para ocultar mi turbacion tomando un trago de té.

—Dime ¿estás contento de tu visita de anoche?

—Muchisimo contesté; por cierto tio que no me figuraba hallar en Constitucion tan escojida sociedad.

—¿Lo dices por el piano? preguntó sonriéndose.

—Eh, no! por las niñas, contesté.

—Me parece escusado preguntarte cuál de las dos te ha gustado mas, dijo él.

—¿Por qué? dije con esa hipocresia que tomamos para ocultar nuestras impresiones, hipocresia que en tal caso puede llamarse el pudor del sentimiento.

—Porque te creo hombre de mui buen gusto, replicó el tio, y que con tu cara puede mirarse mui alto.

Aquel cumplido a quema ropa me hizo ruborizarme, con lo que mi buen tio se echó a reir de mui buena gana: despues serenándose me preguntó:

—¿Ningun amorsillo has dejado en Santiago?

—Ninguno! jamás he visitado, le contesté.

—Tanto peor, tanto peor, dijo dos veces meneando la cabeza.

—No veo el mal, observé admirado de aquella desaprobacion.

—Pues yo lo veo y voi a decírtelo, esclamó mirándome fijamente. Te hablaré con franqueza: esto no puede dañar entre un

tio que quiere de veras a su sobrino, y éste, que jóven y sin esperiencia, puede, como un ciego, estrellarse contra el primer obstáculo.

—Jesus, ¡qué tono! esclamé riéndome.

—No te rias, te hablo sériamente, dijo él. Primeramente, Laura te ha gustado.

—Como a U.: como a todos, me parece.

—No, no, cuando digo te ha gustado quiero decir te ha preocupado anoche y hasta ahora.

—¿Cree U?

—¡Cáspita! seria necesario ser ciego para no conocerlo.

—Vamos, convengo en ello.

—Mui bien; pero esto no es todo. Laura es jóven, viuda y rica...

—Tanto mejor, interrumpí.

—De consiguiente, prosiguió él, es un bellísimo partido para un abogado en yerba, que por suma total de haber obtiene «esperanzas».

—Creo que no es poco, cuando éstas son buenas.

—No lo niego; si son buenas. Pero amigo el bufete es un Dios caprichoso, como que es hijo de la fortuna y del crédito, dos divinidades esencialmente inconstantes: casarse con Laura: hé aqui la gran victoria.

Pero tio, esclamé, U. viaja a carrera tendida. ¡Qué lójica Dios mio! ¿quién ha hablado de casamiento?

—Diré si gustas de otro modo: lo bueno seria hacerse amar por ella.

—En fin así....

—Bueno; pero hé aquí el busilis de la dificultad. Las personas que han visto a Laura en Valparaiso cuentan que jamás se la ha visto ni en bailes ni en paseos, y que parece empeñarse en huir la sociedad: dicen que vive completamente sola.

—Es mui estraño en una mujer tan hermosa.

—De aquí puede inferirse que una niña bellísima, viuda de un hombre a quien es notorio no amó nunca y que de tal manera se aisla, tiene algun motivo para huir de los hombres, y por consiguiente del amor; sin duda algun hecho de su vida la obliga a negarse a dar la felicidad a ninguno de sus numerosos adoradores. Por otra parte, acabas de confesarme que visitas

por la primera vez, lo que me hace ver que te hallas espuesto a enamorarte buenamente, con la lealtad de tus años, y despues de mil suspiros tendrás que retirarte cuando ménos, sentando como principio incontestable que las mujeres no tienen corazon, por la sencilla causa de que no habrás podido hacerte amar por una de ellas.

—En tal camino de suposiciones, le dije, U. puede ir a parar mui léjos.

—No hago mas que partir de una hipótesis como casi siempre se procede en todo raciocinio: a ménos que prefieras lo que los matemáticos llaman la prueba por el absurdo.

—Lo que mas absurdo me parece es suponer que yo haya de enamorarme; y dado caso que así fuese, qué deberia desesperarme en caso de desgracia?

—Sin duda, esclamó él, te desesperarás. Ademas, semejante fiasco en tu primer ensayo amoroso, te haria necesariamente aparecer ante los ojos de la sociedad en que vas a vivir, como un hombre vulgar que no ha tenido la suficiente agudeza para hacerse valer: pretendes a una mujer rica y no lo alcanzas: te arruinas. «Es un tonto» dirán los unos, «un infeliz» dirán los otros, y estos títulos ahuyentando a los litigantes despueblan espantosamente el bolsillo.

—Y el motivo de ese aislamiento? pregunté sin hacer caso de las reflexiones de mi tio; U. que es amigo viejo de la familia debe conocerlo.

—Nada, absolutamente nada, contestó él. Como hasta ahora no habia visto en Laura sino una mujer bonita, me contentaba con oir lo que se dice y no habria vuelto a pensar en ello si tú no hubieses venido.

—Ah! bah! esclamé, queriendo afectar esa indiferencia que a cierta edad hacemos alarde de tener por las mujeres: yo estoi mui léjos de enamorarme.

—No afirmo lo contrario; pero vámonos con tiento. El amor como toda pasion es una pendiente resbaladiza ¡cuidado con el primer paso! Creeme Ismael, a tu edad sobre todo es un juego espantoso, en el que jamas apostamos por partes, arrojando nuestro capital al primer envite con lamentable confianza. Un pobre jóven no debe dejarse embriagar por esas sirenas de mi-

rada de ánjel y corazon de mármol. Ademas es necesario que cuentes con que hai ciertas mujeres que se aman demasiado a sí mismas para tener lugar de dedicarse a otra pasion; ¿y si Laura es una de ellas? O tambien puede querer demasiado a su hijo para darle un padrastro, ese vampiro de los hijos ajenos en beneficio de los propios.

—Oh, no! esclamé, como puede haber en ella algo de lo que U. dice.

—Sea como fuere, contestó mi tio, ella huye de los hombres, fuerte motivo para no ponerse en su camino.—*(Continuará.)*

ALBERTO BLEST GANA.

ELEMENTOS DE ESTADISTICA,

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

A. MOREAU DE JONNÈS.

I.

La obra que nos pronemos analizar, aunque no de las mas orijinales y mas nuevas, es de las mas útiles e importantes por la clara y sencilla esposicion de los principios, reglas y resultados de una ciencia cuya aplicacion se hace cada dia mas necesaria e imprescindible para la buena administracion y el buen gobierno de las sociedades.

Esto la dispensa de ser amena y entretenida, porque su idioma, que solo se compone de unidades y guarismo, es frio aun en los divinos lábios de Platon. Es una ciencia de inquisicion, de investigacion; y su norma, por consiguiente, es siempre la exaltitud, nunca la belleza.

Todos los hechos y circunstancias de la vida de las sociedades son objeto de la Estadística siempre que pueda reducirlos a cantidades, o en otros términos, espresarlos con números. Para esto ella los distingue, los separa, y despues, desmenuzándolos para comprobar, si es posible uno por uno, la existencia de ellos,

los enumera, los clasifica y los reune en una o mas cifras que encierran en si el trabajo y la instruccion de millares de intelijencias. La Estadística es una de las ciencias que con ménos signos despierta mas ideas y dá mas esplicaciones, porque las frases escolásticas y las fórmulas nunca pueden embarazar su exacto e impasible lenguaje.

Sin embargo, para que llene cumplidamente su objeto, sin confundir lo que debe quedar separado, sin dejar oscuro lo que puede ser esplicado, sin dar por cierto lo que solo es probable o dudoso, necesita sujetarse a un plan de operaciones lójicamente encadenadas y guiarse por un método severo en su esposicion, divisiones, clasificaciones, y demas medios a que tenga que recurrir para poner en claro la existencia, carácter y cantidad de los hechos sociales cuya elucidacion se haya propuesto.

La obra, asunto de este articulo, espone el camino y los medios mejores para conseguir el conocimiento razonado de la indefinida variedad de hechos que constituyen la vida de las sociedades: —hechos cuyo número, existencia y carácter serian un enigma si no pudieran someterse a reglas, principios y método científicos. Trazar y enseñar estos, es la principal tarea que el autor se ha propuesto y la cual ha cumplido con toda la precision y seguridad que pueden dar los estudios mas concienzudos y la práctica mas constante.

Muchos de los grandes adelantos, y los mas estensos y completos trabajos estadísticos realizados en Francia desde 1830 acá, son debidos en gran parte al señor Moreau de Jonnès cuya reputacion en este ramo, no ha sido disminuida seguramente por la publicacion de esta obra que esplica tan bien como él ha podido llevar a cabo, sin caer en los errores de otros, tan numerosos y complicados trabajos, ya en la Estadística de Francia, ya en los que como hombre de ciencia ha publicado sobre distintos paises y distintos ramos en diversas épocas.

Pero contraigámonos a dar una idea de la obra y para ello nos serviremos, en cuanto podamos de las mismas palabras del autor, por que no es fácil compendiar un compendio, estractar un estracto, sin caer en confusion y oscuridad.

II.

El señor Moreau define la Estadística:

La ciencia de los hechos sociales espresados con números.— Su objeto es el conocimiento íntimo de la sociedad en sus elementos, su economía, su situacion y sus movimientos.—Los números le son tan esenciales, como las figuras a la jeometría y los signos al áljebra; y ellos son los que le dan algo de la precision y la exactitud de las ciencias exactas.

Esta caracterizacion de la Estadística indica los numeososr

puntos de contacto y al mismo tiempo las pronunciadas diferencias que puede tener con las demas ciencias tanto físicas como morales.

Por su método esperimental se acerca a las ciencias físicas; por su objeto que es el descubrimiento de la verdad, relativamente al hombre y a la sociedad se acerca a las ciencias morales; y difiere de unas y otras por el camino, el campo y las miras de sus investigaciones. Estas tienen siempre un objeto especial, determinado y por eso es que nunca pueden perderse en el *trascendentalismo* vago y las confusas abstracciones en que suelen ir a parar a veces las otras ciencias morales. Sin comprobacion de los hechos, sin cantidades y proporciones numéricas exactas, no hai ni puede haber Estadística. Exijiendo pues esa claridad, esa exactitud en los elementos que elabora, aleja aun toda tentacion de cuestiones vagas e inciertas. A qué investigar lo que no puede esponerse con claridad y precision? A qué conjeturar lo que puede determinarse esperimentalmente?

Por esto es que ya la Estadística ha abandonado completamente el antiguo método de induccion, que partiendo de datos particulares conocidos, concluia a la totalidad de los que se queria conocer aglomerando conjeturas sobre conjeturas, cuyos errores tal vez se iban multiplicando con ellas mismas. Ejemplos de lo que ha producido este mal método abundan; aunque en otros tiempos, la imposibilidad de obtener datos exactos y completos, ha podido hacerlo casi necesario sin poderle nunca dar el grado de certidumbre exijible de un trabajo estadístico. Mientras puedan conocerse positivamente los hechos nada puede hacer admisibles estas inducciones, que han contribuido en parte a desacreditar los verdaderos resultados obtenidos por las operaciones estadísticas.

En el estado actual de los conocimientos humanos, el único método admisible para ellas, es él que analizando, si es posible, los hechos uno por uno, los espone despues con toda sencillez y precision. Este método, al cual dá el autor el nombre de *método de esposicion*, exije, es cierto, mui largos y pacienzudos trabajos, pero dá tambien a los resultados que se obtienen casi la certidumbre de demostraciones matemáticas.

En todas las ciencias, la eleccion de un buen método es de las cuestiones mas importantes, pero para la Estadística y su aplicacion a diversos ramos es todavia mas necesaria.

La eleccion de un método riguroso es no solo necesaria para conducir una esploracion estadística a resultados incontestables, sino que tambien es esencial para la posibilidad de su ejecucion : puédese, a pesar de toda especie de auxilios, fracasar en una empresa semejante, únicamente a causa de un mal método

que suscite obstáculos insuperables. Dos veces (en Francia) esta sola causa ha podido mas que la voluntad de Luis XIV y la de Napoleon.

Conocido y determinado el método que es preciso seguir, falta todavia esponer las clasificaciones que se necesitan para abarcar y agrupar segun sus clases, todos los hechos que se han sometido a la elaboracion, y de los cuales tiene que dar cuenta la estadística.

Hé aqui el sistema de clasificaciones y divisiones de materias propuesto por el autor y sancionado por el buen éxito obtenido en la «Estadística jeneral de Francia».

Estas clasificaciones y divisiones presuponen naturalmente la existencia de los materiales, que se van a elaborar; porque si ellos no existen, seria inútil el hacerlas.

1.ª *Territorio.*—Materia que exije los mas estensos, variados y complicados trabajos, pues que se trata de hacer conocer el suelo de la patria, con la infinita diversidad de circunstancias y accidentes que lo constituyen e individualizan. Todas las ciencias físicas y matemáticas tienen que contribuir a esta inmensa operacion con un cortejo de hombres especiales que determinen, rectifiquen y fijen los elementos que se van adquiriendo. Para lograr esto se necesita un concurso de circunstancias oportunas y de muchos hombres aptos, y de aqui nace que aun en Europa ningun estado ha conseguido tener un conocimiento claro y completo de su territorio. Francia es el que mas ha adelantado en él, gracias a la abundancia de hombres aptos y a la decidida atencion que le han prestado sus gobiernos.

2.ª *Poblacion* que abraza; el estado presente y el anterior, comparándolo en épocas diversas y durante períodos mas o ménos largos;—su movimiento interior; nacimientos, muertos, matrimonios, ya sea en las ciudades o los campos, ya en todo el pais;—el estado de los individuos; solteros, casados, viudos, hijos lejítimos y naturales;—la diferencia de sexos en el nacimiento, muerte, durante la vida, en la viudez y segun el estado de cada individuo; la diversidad de las edades de los vivos y los muertos;—la mortalidad ordinaria, por las enfermedades comunes, epidemias, accidentales o violentas;—el aumento anual del número de habitantes y el término medio de ese aumento;—la diferencia de razas orijinarias, de cultos y de condiciones sociales en épocas remotas o recientes;—la *capacidad* política de los individuos segun las condiciones impuestas por la lei;—la naturaleza y el valor de la propiedad distribuida en categorías de propietarios segun la especie de los inmuebles.

3.ª *Agricultura* para conocimiento de la cual deben examinarse, cuales eran ántes y en el momento actual la superficie de cada especie de cultivo:—su siembra en cantidad y en valor, su

produccion anual, total y por hectárea—el valor y precios de esta produccion por departamentos y en masa:—el consumo de los productos agrícolas por localidad, por habitante y para todo el pais, y el comercio de estos productos, tanto en el interior como en el esterior.

Hecho esto deben examinarse los cereales en masa y por especies—la viña y sus productos—los diversos cultivos—los prados naturales y artificiales—los bosques y selvas y en fin, todo el dominio agrícola en su estado actual y tal como ha sido en épocas memorables de la historia. Hai, a mas de esto que enumerar, aparte, por especies, sexos, edades y localidades los animales criados por la agricultura; que espresar los valores, las ganancias que dejan, la cantidad y el precio de los muertos, para el consumo con el peso bruto y neto de ellos, asi como las cantidades de cada especie de carne consumidas por cada habitante, cada distrito y cada departamento. Todo deberá terminar con una recapitulacion jeneral que muestre los diferentes ramos de la agricultura y dé el término medio de las ganancias que ellos producen por año, obteniendo asi en último resultado, la suma total de la riqueza agrícola del pais.

4.ª *La industria* que por su estension variable segun las aplicaciones de la intelijencia, no es susceptible de una clasificacion tan exacta como las anteriores, puede, sin embargo, dividirse 1.° en *manufacturas y minas*, 2.° *artes y oficios*, repartiéndolos todos por rejiones, departamentos, distritos, de suerte que vengan a formar, por decirlo asi, una jeografía de la industria. Segun sean los elementos que elabora, pueden enumerarse sus productos minerales, vejetales o animales, yendo siempre de los simples a los compuestos, para obtener asi una claridad bien distinta.

Cada artículo en cada clase de industria comprende dos séries de investigaciones numéricas: 1.° los valores; 2.° las cantidades. Los valores son los de las patentes, de las locaciones, de las materias primeras y de los productos fabricados. Las cantidades son las de las materias primeras con sus precios parcial y total y las cifras análogas para los objetos de fabricacion.

A mas del inventario de las fuerzas de que dispone cada establecimiento, es necesario espresar el número, sexo, edad y salario de los trabajadores, sus motores de animales, de agua, de viento o de vapor, y todos sus demas instrumentos y máquinas esenciales. Y se concluirá con recapitulaciones que muestren la produccion industrial con todos sus pormenores: 1.° por distritos, departamentos y provincias; 2.° por productos estraidos o manufacturados; 3.° por séries de productos, cuyos elementos son semejantes o cuyos resultados son análogos.

5.° *Comercio.*—El interior cuya clasificacion es por ahora im-

posible pues que abraza el mas estenso y complicado movimiento de productos que no pueden someterse a reglas fijas, trasformándose a cada venta y a cada compra, de suerte que un mismo producto puede ocupar el lugar de muchos y asi engañarnos con la multiplicidad de las operaciones mercantiles. Este comercio abraza todos los productos agricolas e industriales del pais, debiendo agregársele todos los importados del esterior y desfalcarse todos los esportados. Esta sola enunciacion hace ver el sinnúmero de dificultades que hai que vencer en los ensayos intentados para darse cuenta del movimiento perpetuo de los cambios de un pais.

6.° *Comercio Exterior.* - De todas las partes de la Estadística esta es la mejor conocida, gracias a los involuntarios esfuerzos del interes fiscal. Naturalmente se divide en dos grandes secciones: 1.ª la importacion; 2.ª la esportacion.

Otra division mui importante es la que se hace: 1.° segun los paises de donde vienen y a donde van las mercancias; 2.° segun la naturaleza y el objeto de las mercancias. Estas deben clasificarse metódicamente: 1.° en la Importacion: materias primeras para la industria; principales objetos naturales de consumo; principales objetos fabriles de consumo : 2.° en la Esportacion; principales productos naturales; principales productos fabriles. Sus mas importantes cuadros son los que espresando el comercio por los paises, muestran por año comparativamente las transacciones en cantidades y en valores, indicando los derechos percibidos en aduana—y por mercancias, dando asi la historia numérica de cada producto agricola o industrial y enseñando las vicisitudes de su importacion o de su esportacion, segun las diferentes reglas de aduana a que ha sido sometido. Para sacar de estos trabajos mayor utilidad, es necesario reunir para compararlos, los números de una série de años; pues asi se ilustran las cuestiones presentes y quizá se prepara la solucion de las futuras.

7.° *Navegacion*, circunscribiéndola tan solo a la marina mercante. Tres son las partes principales de ella: 1.ª su material que comprende el número, edad y capacidad de los buques; 2.ª su personal, el número, grado, edades y puertos de sus marinos; 3.ª su movimiento anual, es decir, el número, tonelaje y equipaje de los buques que van al esterior, y estos mismos pormenores para los buques que se emplean en el cabotaje o en la pesca. Aunque ningun Estado tiene una estadistica de esta clase, se vé bien que no seria imposible el hacerla.

8.° *Administracion Pública*, la cual comprende: 1.° cuerpos políticos: electores, elecciones, jurados, cámaras; 2.° establecimientos de hacienda; bancos, cajas de ahorros, seguros de todas clases; 3.° establecimientos de beneficencia: asilos de locos, de huérfanos, hospicios, hospitales y demas instituciones benéficas;

4.° establecimientos de represion: cárceles, casas de correccion, lugares de destierro, etc.

9.ª *Hacienda Pública*. Esta se divide naturalmente en tres partes: 1.ª ingresos ordinarios y estraordinarios del Estado; 2.ª gastos públicos; 3.ª deuda nacional. Los presupuestos y la cuenta de inversion realizan en parte este ramo estadístico, para cuya mayor exactitud y claridad, seria menester segregar multitud de pormenores y añadir indagaciones acerca del numerario circulante.

10. *Fuerzas militares*.—Materia demasiado conocida en todas partes, y cuya division la dan las circunstancias mismas.

11. *Justicia*.—Uno de los mas importantes objetos estadísticos, como que a todos interesa el conocimiento del número de crímenes y de criminales; la naturaleza, los medios de perpetracion de los delitos, y las penas que se les aplican.

12. *Instruccion pública*.—Su estadística debe mostrar por años, sexos, establecimientos y naturaleza de ellos, las escuelas, colejios, academias y los institutos de enseñanza especial y profesional. Tampoco deben olvidarse las bibliotecas, museos e impresos (1).

Sujetándose a estas clasificaciones metódicas, es como han podido en Francia realizar la Estadística jeneral de ella, en la cual ha cabido una gran parte, o mas bien la principal, al autor de la obra que nos ocupa. Todos estos capítulos no han podido llenarse satisfactoriamente, pero los principales, reunidos en la Estadística jeneral, pasan por el trabajo mas complejo, mas largo y mas acabado que se haya publicado en Europa.

Pero para esto, no solo se necesitan las clasificaciones sistemáticas, sino el esmero, actividad y paciencia en recojer, por medio de las operaciones estadísticas, todos los elementos cuya existencia se pretende esplicar y determinar.

Las operaciones de la Estadística tienen por objeto hacer surjir, reunir, elaborar los hechos númericos cuyo conocimiento importa a los intereses de la sociedad. He aquí las principales que el señor Jonnés acompaña con graves consideraciones históricas y críticas. 1.ª El catastro del territorio.—2.ª Los censos. 3.ª Los movimientos de la poblacion.—4.ª La Estadística agrícola.—5.ª La Estadística de la industria.—6.ª Las investigaciones administrativas. Esta simple enumeracion hace comprender su útilidad y es inútil que nos estendamos en el modo esmerado y exacto que todas ellas exijen para obtener los resultados que se desean.

Obtenidos estos, por medio de las operaciones indicadas, des-

(1) El autor recomienda como necesario el hacer de las capitales de cada nacion un capítulo especial.

pues de haberlos examinado y contrastado, se formulan en los cuadros estadísticos, los cuales son, por decirlo así, análisis lójicos, figurados por líneas que espresan las divisiones del asunto, y por cifras que enumeran sus elementos. Estos cuadros, en cuanto mas se pueda, deben ser veraces, precisos, categóricos y fáciles de concebir en su objeto principal y en lo complejo de sus pormenores.

La certidumbre de los hechos que esponen los cuadros estadísticos no es igual, no es la misma en todos ellos, como algunos lo querrian; porque algunos de esos hechos son variables, flotantes, irreducibles a la estrecha pauta aritmética, a la cual se les quiere someter. Y sin embargo con la difusion de las luces, el mejor conocimiento y mas continua práctica de las operaciones, método y cuadro de la Estadística, se irá consiguiendo cada vez mas una aproximacion mayor a la estricta verdad. Y esto ¿no es bantante? porque puedan haber diferencias, errores imperceptibles ¿dejarán, los resultados estadísticos, obtenidos con el preciso trabajo y esmero, de ilustrar y esclarecer las cuestiones propuestas? Para las consecuencias de un censo de millones de habitantes, por ejemplo; ¿qué influencia puede tener el error probable de unos cuantos miles?

La certidumbre completa, en la Estadistica como en tantas otras ciencias, se niega a veces a los mayores esfuerzos; pero siempre que se huya de las jeneralizaciones innecesarias; siempre que se ahoguen las preocupaciones, sistemáticas o apasionadas, con las cuales suelen emprenderse investigaciones estadísticas; siempre que unas y otras sean reemplazadas por trabajos regulares, pacienzudos y exactos, tendremos mui pocos errores que temer y estos mismos, al fin, quizá desaparezcan bajo el réjimen constante de una buena práctica y un buen método.

Ahora, si se pregunta cual sea el mejor camino para realizar la Estadistica oficial de un pais, M. de Jonnès, apoyándose en el ejemplo de Francia y los felices e importantes resultados obtenidos, responde sencillamente.

Constando la Estadística oficial de dos partes: una que comprende las investigaciones locales; y otra que comprende la centralizacion y elaboracion de los materiales, lo que se necesita es; identidad de plan, exactitud, actividad y esmero en los encargados de recojer inmediatamente los datos pedidos; los cuales deben ir pasando de menor a mayor en la jerarquía de las autoridades encargadas tambien de examinarlos y de trasmitirlos a la oficina que ha de estudiarlos, arreglarlos, contrastarlos y reunirlos en los cuadros competentes. Con esto, con que la oficina tenga contadores espertos, la mayor prontitud en la correspondencia a que puedan dar motivo sus trabajos, su presupuesto para gastos de impresion y la observancia de las reglas

espuestas en esta obra, de las cuales hemos hablado, puédese, en cualquier pais donde no se recele de la verdad ni de la publicidad, llevar a cabo una estadistica oficial satisfactoria.

Aquí concluye, al ménos para el objeto que nos hemos propuesto, la obra; la cual sigue esponiendo los trabajos y progresos que se han hecho en Europa y América durante esta centuria en la Estadística. No seguiremos al autor en sus luminosas observaciones acerca de ellos, como tampoco en el vasto y curioso desarrollo de la multitud de hechos sociales que la Estadística tiene ya determinada o que determinar, en las principales naciones, sujetándose al bien combinado programa que el autor traza como muestra de lo que puede hecer e intentar la Estadística.

III.

No sabemos si hemos acertado a esponer con la claridad que hemos deseado el contenido de la obrita que nos ocupa. Despues de lo escrito, nos parece supérfluo detenernos a recomendarla, porque con lo espuesto, todos habran podido juzgar por sí mismos, del grado de utilidad de que pueda serles semejante obra.

Nos permitiremos, sin embargo, algunas reflexiones. Uno de los grandes inconvenientes con que tropiezan los que administran y los que se ocupan de ciencias administrativas, es, muchas veces, la falta de buenos conocimientos estadísticos. Estender éstos, ponerlos al alcance de cuantos quieran, seria casi hacer un gran servicio a la nacion, porque en nuestro gobierno, todos pueden y deben mirar y juzgar razonablemente del curso de las cosas públicas.

Por esto tambien no creemos que fuese inútil la enseñanza de la Estadistica, ni aun demasiado dificultosa; porque su enseñanza podria servir de apéndice a la de la Economía-politica, y nada habria que cambiar en los discípulos y profesores.

La traduccion de la obra del señor M. de Jonnès podria servir de texto doctrinal en el Instituto, y al mismo tiempo serviria para propagar entre todos, y en particular entre los empleados, conocimientos e ideas tan esenciales al buen desempeño de algunos empleos, como al juicio exacto de la sociedad en que vivimos.

Hemos llegado al fin de la tarea que nos impusimos, y ojalá pudiéramos felicitarnos de haber infundido a alguno el deseo de conocer esta obrita, la mas completa en su jénero (1).

M. A. MATTA.

(1) Posteriormente, se nos ha dicho que existe una traduccion española, hecha por el señor Madoz, celebre estadista y actual Ministro de Hacienda en España.

MI VIAJE A NINGUNA PARTE.

III.

El Amor.

Amor! hé aqui un sentimiento, una ilusion, una pasion o una palabra sobre la que se han escrito volúmemes enteros. Verdad es que, despues de todo, estamos en esto tan adelantados como ántes de comenzar: lo que muestra que, en cuanto al conocimiento del amor hemos progresado tanto como en la realizacion de la república. Qué es el amor? Qué es nuestra república? he aquí dos preguntas que cada uno contestará a su manera: mi amigo D resuelve asi estas dudas: uno y otra son nada, porque no existen; y talvez tiene razon, en cuanto a lo de la república estoi convencido que lo que dice es una verdad. Pero, y el amor? debo confesar mi debilidad, me siento inclinado a creer que no es una quimera: he sido y soi demasiado sensible a los encantos de la belleza para pensar de otro modo: mi corazon, jóven y entusiasta, no puede renunciar a la esperanza de realizar algun dia ese sueño hermoso acariciado durante largos años. Ay! he visto, he sentido, he amado tanto ya, como dice un poeta, que no puedo dudar de su existencia y «mi boca negándolo temeria blasfemar.» Sí, tu mano, pobre amor tan calumniado como un candidato de oposicion, tu mano de rosa es la que ha escrito las pájinas mas bellas de la historia de mi vida: instantes gratísimos de la mas dulce embriaguez; instantes de deleite en los que todo se olvida, intereses, ambiciones, miserias,

dudas, la tierra, el cielo, todo, ménos que junto al nuestro hai otro corazon que palpita rebosando de abnegacion y de ternura! No, no seré yo quien ingrato te maldiga, ni te niegue, meteoro brillante del alma, que dejas en nuestra noche el luminoso rastro de tu paso; no, no seré yo sin duda quien te menosprecie, deidad caida, en cuyos altares he quemado en otro tiempo el incienso mas puro de mis cantos!

Amor, tú eres como un mar sin límites en el que navegamos con mas o ménos felicidad segun nuestra buena o mala suerte: en él hai mañanas hermosas, dias de calma y noches de tempestad; pero jamas debemos acusarte: la culpa es nuestra si nuestra barca se despedaza en los escollos i bajios. En la mañana abandonamos la playa y crédulos y arrogantes nos lanzamos en busca de un nuevo mundo: nuestros deseos, como una inmensa bandada de aves, blanquean el horizonte; el céfiro nos trae las notas errantes y armoniosas de cantos de una estrema dulzura; la esperanza desarrolla a nuestros ojos un cuadro espléndido de promesas encantadas; nuestra cabeza arde, nuestro corazon palpita, nuestra alma aspira y nuestro ser todo se conmueve y se embriaga. Amamos, amamos con delirio, y acaso el objeto de nuestro culto es una sombra, un sueño, una mujer vulgar, idolo de barro, al que como a la estatua de Prometeo, no le falta sino el alma. Pero la culpa es nuestra y no debemos quejarnos: al cojer la rosa deberíamos cuidar que no nos hiriesen sus espinas: mas es tan bella! Compadezcamos a esas pobres almas que tienen bastante juicio para poder evitar el peligro! Yo por lo ménos jamas esperaré nada bueno de una de ellas.

¿No habeis amado alguna vez? no habeis alguna vez arrojado vuestra alma, vuestra esperanza, vuestra vida a los pies de una mujer que sigue altanera su camino, sin mirar que huella con sus plantas vuestra ofrenda, o que acepta vuestro corazon como el juguete de un dia, como el maniqui de sus absurdos caprichos, como una mercancia que, comprada a acosta de embustes, debe gastarse a fuerza de desengaños, enseñándoos, aunque demasiado tarde, que habeis arrojado vuestro tesoro de amor y de creencias a un océano sin fondo? Felices mil veces los que no habeis amado, porque ignorais a lo ménos los que son noches sin sueño, dias sin sol, mañanas sin aurora: ignorais como ese ente sin piedad se aferra a nuestra existencia como la sombra a nuestro cuerpo, persiguiéndonos por todas partes como una maldicion sin clemencia, como una sentencia sin misericordia: ignorais, lo que es tan amargo aprender, que es la constancia una virtud de tradicion, recuerdo de mejores edades, que bajo esa brillante corteza de promesas, de fecundidad, de vida, hai un abismo de perjurio, de esterilidad, de hastio, vorájine espantosa

que., como un monstruo insaciable, devora una a una nuestras ilusiones, nuestras esperanzas, nuestros sueños.....! Pero a qué hablar así como si fuese mi viaje mensaje de presidente cuando trata de la *hidra de la discordia, de las malas pasiones y los espíritus obcecados!* cuanto mejor, es decir, como en ellos se hace, que todo marcha y progresa, que el bienestar, el órden y la paz reinan en todas partes, presentan en fin, un cuadro tan halagüeño que, a ser verdadero, sería nuestro mando el mejor y mas dichoso de los mundos imajinables? Cierto, ciertísimo, he hecho mal, y perdónenme mis lectores hablar ahora en este tono del amor, cuando hace ya tanto tiempo que el mas noble, el mas bello, el mas inmaculado sentimiento que Dios infundiera en nuestro seno, no es sino una efímera y envilecida palabra, patrimonio de cuanto impúdico desea profanarla, apoteosis de la prostitucion, fuente de la mentira, termómetro que marca el mas abyecto grado del envilecimiento, cómodo recurso de la necedad que no encuentra de que hablar, máscara del cinismo de toda esa estúpida trailla que puebla nuestros salones en vez de habitar un hospital, si tuvieramos uno para los liciados de entendimiento y corazon ....

Oh amor! voceado, comentado, pregonado amor ¿eres mas que la dulce mentira de un instante y la desabrida verdad de largos años? eres mas que una preocupacion vestida a la añeja usanza que, como la chupa y el calzon corto, la visten solo aquellos entes que dejan las pasadas edades en protesta de lo que fueron? eres mas que el anhelo de unos pocos nobles corazones, que hostigados de la matemática realidad de la tierra, se lanzan en alas de su credulidad en busca de ese fabuloso tesoro, quemando el incienso de su idolatria a los pies de una deidad prostituida?.....

¡Pobre amor, cuanto envejeces y cuan afrentosamente has decendido de tu antiguo sólio! Hubo un tiempo en que fuiste un jóven dios poderoso, cuando Hércules hilaba a las plantas de Onfale, y Safo se arrojaba a las olas de Leucades; pero en este siglo del magnetismo y la redowa, en este siglo del frac y de la democracia no eres sino un viejo Diablo ridículo, cuco de algunas pocas sesentonas que, en su sencilla boberia, ignoran aun que la aritmética es el bálsamo mas eficaz contra sus flechas.

Pero para las organizaciones sensibles y poéticas el sentimiento es la vida, y el amor es para ellas lo que los rayos del sol para las flores, lo que la lluvia para los campos, lo que el silencio para la meditacion. Existe en el fondo del alma que aun no ha ajado del todo el contacto del mundo, una sed insaciable, una necesidad imperiosa de espansion y simpatía que, nos hace muchas veces adorar las quimeras de nuestros delirios, cuando no hallamos en el mundo el ánjel de nuestros sueños. El corazon entónces ha menester de una voz que responda a las secretas

armonias que siente en su interior, algo que esprese o materialice esa música estraña, ese no se qué indefinible que parece cantar dentro de nosotros: de aquí la poesía, la música, la pintura, el arte en fin; de aquí esas creaciones melodiosas llenas de pasion y de inocencia; de aquí esos seres fantásticos, llenos de candidez y abnegacion, que pueblan, sino el mundo en que vivimos, a lo ménos las obras de los autores inmortables que han sabido crear uno mas bello.

Que pueblan, sino el mundo, he dicho, y esta es una amarga verdad; verdad cuyo peso conocemos y lamentamos talvez en el fondo de nuestra alma; porque por mas que se asegure y se pregone, tengo la dulce conviccion de que los hombres nos creemos peores de lo que somos en realidad. La falta, a mi entender, no viene de la naturaleza humana: al decir esto no quiero negar el mal; por desgracia existe y ha echado ya raices bien profundas en el seno de nuestras sociedades, para que basten a esterminarlo algunos rasgos de mi pluma: lo reconozco y lo deploro; pero no soi de los que han perdido la esperanza.

Las organizaciones vulgares no saben comprender el inmenso poderio de los sentimientos que, contenidos en los limites de los castos placeres, prestan un seductor hechizo siempre nuevo y que jamas se agota, enbelleciendo hasta las mas indiferentes circunstancias; pero los corazones inocentes adivinan, con el instinto de su pureza, el hondo abismo de saciedad que recelan los mentidos deleites con que se procura calmar la enfermiza voracidad de la materia que, devastando a poco andar, cuanto se ofrece a su paso, concluye por devorarse asi misma, cuando no se mira morir, como la bestia que harta de carniceria, perece victima de su gula brutal.

El amor, como las riquezas, se desperdicia con la prodigalidad, se agota con la disipacion, se desvanece con la frivolidad en ridículos esfuerzos: la necedad lo arroja a los pies de la primera muñeca, la corrupcion lo derrama sin medida en el desórden de la orjia, el orgullo lo evapora en pueril ostentacion, la indiferencia lo regala al primero que lo pide, y la saciedad, que es la indijencia de la pasion, procura acomodar el semblante de su ruina a la máscara de la juvenil abundancia.

Si quereis encontrar el amor no le busqueis en los bailes, ni en los teatros, ni en los paseos: es demasiado egoista para buscar compañia, demasiado modesto para exhibirse, y como la sensitiva, se esconde cuando la curiosidad quiere profanarlo. No lo busqueis en esas mujeres de ricos atavios y de insolentes sonrisas, ni en esos hombres de estudiadas maneras y de impúdicas miradas; porque aquellas vendieron su corazon a los diamantes, y estos lo dejaron olvidado en casa de su sastre: no lo

busqueis en esas cabezas embriagadas de perfumes, confundidas en los remolinos del valse, porque esas palabras que murmuran con entrecortado aliento, son las mismas que han repetido mil veces a mil personas diferentes, y las dicen solo como un niño que balbucia su leccion entre sueños. No lo busqueis en las atentas cortesias que llueven sobre los coches, ni en la oficiosa atencion que admira la elegancia de vuestras maneras, la amenidad de vuestra conversacion, y que se encanta con la riqueza de vuestra mina y con la cosecha de vuestra hacienda; porque esas solicitas amigas, aprendieron en científica alquimia, como las pesetas pueden dorar un yugo de indiferencia, embellecer una fealdad de Vulcano, llenar una cabeza mas vacia que sus corazones.

El amor, es a la vanidad, lo que los remates a los matrimonios a la moderna usanza, lo que el plajio a nuestros poetas, lo que el sueño a nuestros diputados, lo que la necedad a todos esos entes mitad hombres, mitad mujeres, pregones de ociosidad y corrupcion, figurines ambulantes, a quienes deberian los sastres fijar un salario por el heróico ahinco con que noche y dia, en todas partes y a todas horas pasean las maravillas de su arte.

Se ama por pasatiempo, se ama por fastidio, se ama por frivolidad, se ama por imitacion, se ama por avaricia, se ama por rivalidad, se ama por amar, y finalmente, se ama porque la naturaleza asi tuvo a bien disponerlo. Pero entre amor y amor debe distinguirse como entre trigo y ballico: hai amor positivo, como cuenta de inversion, metálico y presupuestado; hai amor de convencimiento, de comodidad, y quien ama de esta manera es como el que compra un vestido que le viene holgado, o una poltrona en que adormecerse blandamente; hai amor de cincuenta años con peluca y dientes postizos, verdadero amor de milano que aferra la primera inocente paloma, amor de cadáver que emponzoña la vida y la juventud con su aliento de muerte; hai amor de colejial, con sus cabellos canjeados y sus epistolas plajiadas, amor que aterroriza a las matronas; hai amor de cordillera y amor tropical; amor de desordenada melena, rostro enjuto, insomnios, ayunos, de fiebre y llanto (este ha pasado de moda); hai amor lozano y rubicundo, bien comido, bien bebido, bien dormido y bien reido; hai amor ruidoso como un carro de policía o un candidato ministerial; amor modesto como un actor lírico que llaman a la escena entre silvos y palmadas; amor locuaz como un litigante, y amor mudo como las tres cuartas partes de nuestros diputados.

Pero entre tantas clases de amor cuál es el verdadero? Hé aquí una pregunta embarazosa y de dificil contestacion: la verdad es siempre una sola, y debe forzosamente haber una; pero cabal-

mente el *quid* de la dificultad está en encontrarla. Vá tanto de tiempo a tiempo, que para resolver esta cuestion, me encuentro tan a mis anchas como un ministro interpelado en las Cámaras. ¿Cómo contestan estos señores? jamás satisfactoriamente. Pues yo haré lo mismo diciendo, que lo son todos y ninguno. Y en efecto, recórrase la historia, recorra la suya propia cada cual y verá de cuántas maneras diversas puede amarse y en todas ellas con verdad, segun las inclinaciones, el jenio, los gustos, las circunstancias y hasta los accidentes del lugar en que nace la pasion. Los hechos nos lo están probando diariamente. Verdad es que, al tratar del amor en la época presente, no deberia acordarme de los hechos: su elocuencia desconsoladora y triste me haria romper cuanto llevo escrito, y desesperar tal vez de la bondad del corazon humano, para no ver en su lugar mas que ruindad, bajeza, cálculo, egoismo y miseria. Por fortuna de cuando en cuando aparecen en ese cielo nebuloso algunos astros brillantes, luces consoladoras que alientan nuestra fé y nuestras esperanzas, cuando hastiados de lo que pasa a nuestros ojos, ibamos a dar un eterno adios a nuestros sueños, y a convertirnos, como tantos otros, en un ser indiferente, estátua ambulante que pasea su fastidio por los teatros y salones, sabiendo que lo que hizo hoi lo hará mañana, y sin mas emociones que el frio o el calor de la temperatura.

Esas raras apariciones nos consuelan; y reconciliándonos con la raza humana, nos hacen aguardar en el porvenir escenas de una ventura semejante; ventura dulce, tranquila, embriagadora como un éxtasis, grata como nuestros primeros ensueños, inocente y pura como los delirios de la infancia; pero que talvez nunca alcanzaremos. Con todo, nos es grato reposar nuestro espiritu, fatigado de las ruindades y miserias de la vida, en la contemplacion de esos cuadros de una dicha talvez imajinaria: el corazon se complace en levantar sobre esa esperanza sus castillos de felicidad, edificios jigantescos, pero quiméricos y que puede echar a tierra el menor soplo.

Antes de entrar en nuevas consideraciones, quiero contar una pequeña historia, que servirá de apoyo a lo que he dicho; advirtiendo a mis lectores, si los tengo, que no hagan sobre ella comentario alguno, ni traten, como se hace casi siempre entre nosotros, de buscar el orijinal de los retratos que bosquejo en esta, como en algunas otras que referiré mas adelante. Seria ademas un trabajo inútil, pues muchos de los personajes que pinto, talvez existen solo en mi imajinacion; y correr tras de ellos seria repetir aquello de el hombre en busca de la felicidad.

IV.

El Amor.

UNA HISTORIA COMO HAI POCAS.

Hai en nuestra vida circunstancias misteriosas que conservamos con placer; recuerdos llenos de un interes melancólico, de un encanto indefinible para los que siempre guardamos una lágrima en los ojos, en el corazon un suspiro. No son muchas veces sino acontecimientos vulgares embellecidos por una dulce mirada de los ojos que adoramos, una tierna confidencia hecha a la luz del crepúsculo durante un paseo solitario, una pequeña historia referida a los rayos de la luna por una boca de rosa de la que talvez deseariamos algo mas. Los que han sido bastante jóvenes en su vida para poder deleitarse con los sueños de una imajinacion caprichosa, los tienen en mayor número: despues del naufrajio de muchos yo he conservado algunos, sobre los que me entretengo a veces en esparcir las modestas flores de mi fantasia, como sobre la tumba de un amigo.

Es uno de ellos el que voi a referir.

En 1852 los médicos me habian enviado al sur: una larga y penosa enfermedad, destruyendo mis fuerzas, habia dado a mis ideas un tinte desconsolador y melancólico, prisma sombrio por el que veia todo revestido de fúnebres colores. Entregado a mis tristes pensamientos habia caminado desde la salida del sol, y cuando estaba ya próximo a ponerse, me encontré en una villita situada al pié de la primera cadena de los Andes, edificada a los bordes de un profundo barranco formado por un estero entre dos cerros y estendiéndose por un valle exhuberante de las verdes riquezas de una vejetacion lozana y vigorosa. Nada mas halagüeño para la vista del caminante que el agreste aspecto de ese pequeño caserio: los pajizos techos de las casitas apenas se entreveian por las ramas de los árboles, los hermosos sembrados se divisaban a lo léjos pegados a las rojizas o parduzcas laderas en vistosos cortinajes de esmeralda; por la cumbre del monte se veian bajar con rápido bullicio las aguas de la quebrada que fecundizaban los campos, y en sus orillas alzarse los majestuosos robles, el sombrio *boldo* de simétrica talla, el *canelo* de rojo tronco y hojas brillantes y arjentadas, *el árbol santo* que perfuma el aire con el aroma de sus flores blancas, el *maqui* de morados tallos, y las flexibles parras entretejiendo los árboles, ondulantes sobre la espesura del bosque, como el estandarte de la vejetacion flotando a las brisas del cielo. Todo parecia respirar alli esa grata tranquilidad, que gozamos alguna vez en el candor de la infancia, que anhelamos como puerto de salva-

mento en las borrascas de la juventud y que buscamos como un dulce refujio en la esterilidad de la vejez. Hai algo mui elocuente para los corazones desolados en ese grato silencio de las pequeñas ciudades, algo que nos dice que no debemos mirar el mundo en el engañoso panorama de las populosas capitales, algo que nos ofrece el olvido para lo pasado, la quietud para el presente y para el porvenir la modesta, pero grata esperanza, de que podemos ver aun brillar en nuestro cielo el astro de la bonanza, si sabemos conformar nuestro corazon con esa existencia tranquila, pero sin triunfos, sin las envenenadas pasiones de la sociedad, sin sus embriagadores placeres, sin sus punzantes dolores, sin sus jigantes proyectos, y sin sus hondas decepciones.

Complacido con el risueño aspecto de la villita determiné pasar allí algunos dias, o por lo ménos aquella noche: en esta, como en muchas otras pequeñas poblaciones, las pasadas son mas raras que un pensamiento liberal en los miembros de un gabinete, y encontrándome enfrente de una casita de regulares apariencias, parecióme que lo mejor que podia hacer era solicitar la hospitalidad de sus moradores. No bien me hube acercado a la puerta, cuando salió a recibirme una mujer como de cuarenta y tantos años de edad que, aunque vestida con suma sencillez y aunque tostada la tez por el ardor del sol, revelaba en su rostro, en su porte y actitud, que no habia nacido en la modesta esfera en que ahora se encontraba. Mútuamente cambiadas las primeras salutaciones, me introdujo en un cuarto bastante espacioso con las paredes blanqueadas, i adornado con algunas imájenes de santos: sobre una mesa habia un crucifijo de metal delante del cual estaban colocados dos jarros con rosas y otras flores de agradable perfume. Al entrar, no habia notado que en un estremo de la pieza habia una niña, que cuando diriji mi vista hácia ese lado, respondió con una lijera inclinacion de cabeza al saludo que yo le hice y despues clavó sus miradas en la tierra, como si no hiciese de mi la mas pequeña atencion.

Esta jóven, cuando despues de un rato examiné sus facciones, atrajo mi curiosidad, despertando en mi un interes que no pensaba encontrar en nada, preocupado como estaba mi espíritu con mui distintos pensamientos. La figura de esa mujer, merecia sin duda atraer las miradas de cualquiera que gusta contemplar esas fisonomias en cuyos rasgos se encuentran combinadas la hermosura física de las facciones, con la belleza moral del sentimiento, que presta al rostro esa sombra simpática que parece velar una historia de emociones, que el observador se precia de adivinar; pero que desearia conocer por la narracion de su mismo héroe.

Era su rostro de forma primitivamente ovalada, pero enflaquecido entónces, revelando su palidez marmórea alguna terrible dolencia que consumia el cuerpo, royendo secreta y tenazmente ese corazon que, por sus años, deberia apénas comenzar la azarosa existencia del sentimiento. Sobre su frente blanca parecia flotar la sombra de un dolor perpetuo, aferrado a su propia existencia, oscureciendo las sienes con un tinte azulado que transparentaba los precipitados latidos de sus venas, estendiéndose bajo los párpados en negros semicírculos, entre los cuales, se hacia mas perceptible la febril brillantez de sus ojos castaños y rasgados, medio encubiertos por las crespas pestañas que, a cada instante parecia humedecer una lágrima ardiente destilada de la mortal herida que debia destrozar ese pobre corazon. Sobre sus labios, vagaba esa débil sonrisa, tan característica de los desgraciados que, pudiera decirse, un sarcasmo de sus pesares; pero que es mas bien nacida de la necesidad de ocultar al mundo un dolor que este no sabria comprender: sus mejillas habitualmente pálidas, se animaban de vez en cuando con encendidas manchas rosadas que desaparecian instantáneamente, como si hubieran solo venido para manifestar la fresca hermosura de esa fisonomia en los dias de su felicidad. Sus cabellos oscuros y lucientes, que habrian enorgullecido a la mas aristocrática cabeza, caian descuidados en dos trenzas, dando a su figura ese aspecto que prestan los pintores a la virjen al pié de la cruz, y su continente todo tenia esa apariencia de dolorosa resignacion, que muchas veces se observa en las personas que sufren enfermedades crónicas, o que, víctimas de la misma riqueza de su sensibilidad, van a esconder en el silencio de la tumba el mortífero vigor de un corazon que no puede nivelarse a las medianas pasiones del mundo.

Aquella niña, como he dicho, despertó en mi un interes ardiente, y no pude mirar sin un profundo sentimiento, que esa organizacion tan delicada, llevaba en sí propia el jérmen inevitable de una muerte temprana. Pobre niña, dije en mi, es tísica; y desde que esta idea cruzó por mi imajinacion no podia apartar de ella la vista, como si quisiese leer en su rostro las revelaciones de la muerte; como si esa jóven, moradora de otra rejion, en su corto peregrinaje por el mundo, hubiese podido descorrer ante mis ojos el velo que cubre tantos e impenetrables misterios.

Acercándome a ella quise romper el silencio que reinaba en la habitacion desde mi entrada. Señorita, le dije manifestando mi voz la emocion que esperimentaba, U. debe estar enferma?

—Enferma, me respondió, no señor, yo no siento nada; y al decir estas palabras su voz era triste como un jemido, quejosa como un reproche; pero dulce y simpática al oido vibrando a su sonido las cuerdas mas delicadas de mi sensibilidad.

La señora que me habia introducido vino tambien a tomar parte en la conversacion, dirijiéndose a mi como para suplir lo que faltaba al laconismo de la niña.—No lo crea U. señor, Cármen no está enferma: ha sido casi siempre asi, y hace cerca de un año que está como U. la vé: y qué ha de suceder? ni come, ni duerme, y se lleva todo el dia leyendo unos malditos libros........

Cármen suspiró y levantó sus ojos hácia mí con una angustiosa espresion, con la que parecia averiguar el concepto que yo habria formado de las espresiones que acababa de oir; y notando sin duda el disgusto que me causaron, volvió a bajar su vista dándome una mirada de gratitud, que reveló para mi todo un drama doméstico con sus lágrimas devoradas en silencio, con sus escasas peripecias, pero con sus desgarradores contrastes.

—Es natural me aventuré a decir, esta señorita quizás no tiene aquí ninguna distraccion, y talvez por el estado de su salud, no le convendria entregarse a ningun trabajo: yo no soi médico, pero me parece que la palidez de la señorita y la espresion de sus ojos manifiestan que debe sufrir alguna enfermedad.

—Ríase de eso, me dijo la señora: cosas de estas niñas que se crian en los colejios, donde no les enseñan sino a ser perezosas. Si en lugar de llevarse con los brazos cruzados, o perdiendo el tiempo en esas lecturas, ella cosiese, o trabajase en alguna cosa......

La conversacion tomaba un jiro imprudente que me era mui embarazoso; asi es que, cortando bruscamente la frase a la señora, me puse a mirar las estampas clavadas en la pared; lo cual, visto por ella, salió a dar las órdenes para mi hospedaje quedándome yo solo con Cármen. Entónces me volví hácia ella y noté con dolor que mis observaciones no me engañaban: la desventurada criatura era sin duda presa de esa terrible enfermedad que, como una amarga sátira de la muerte, sabe prestar a sus víctimas esa belleza espiritual que damos a las creaciones con que poblamos el mundo de los sueños. Esta consideracion hizo desvanecer para mi esos miramientos de la sociedad que se llaman política, para no ver en Cármen sino un ser desgraciado, ligado a mí con el vínculo secreto y poderoso que une los corazones que han sufrido, como a los sectarios de una misma creencia. Me parecia que Cármen era una antigua amiga que volvia a encontrar despues de largo tiempo de separacion, y colocado por casualidad en su camino, el acaso, la providencia o lo que se quiera me destinaba, para ofrecerle en su desventura, la simpatía de mi amistad, ya que no pudiera proporcionarle el alivio de su mal.

Dos dias despues, era una noche callada y tranquila: la señora se habia sentado en un rincon del cuarto rumiando entre sue-

ños la vida del santo del dia, que leia en el Año Cristiano, miéntras Cármen permanecia con los brazos cruzados sobre el pecho sentada delante de la puerta por la que penetraban los primeros rayos de la luna. Nada mas tristemente bello que esa interesante figura iluminada con los pálidos destellos del astro de la noche: sus ojos, elevándose al firmamento, parecian dirijir una muda plegaria; su alba frente parecia alimentar un pensamiento vaporoso, como las nubecillas del horizonte, melancólico, como los fulgores de la luna, triste y vago, como el lejano paisaje de las selvas; y sus descoloridas mejillas se teñian de un lijero sonrosado, como si respirase la salud del cuerpo y la vida del alma en el augusto silencio de la noche. Sí, la noche se hizo para los desgraciados; porque el dolor se oculta como un remordimiento, y los afectos mas santos como los crimenes mas horribles. Cada faz del dia parece responder a una modificacion del espíritu: preguntad a los que aman, que esperan, que lloran el dolor de la ausencia, porque es tan elocuente en la tarde esa misma naturaleza, muda en el resto del dia? preguntad a los niños, a las almas felices por qué es tan bella la mañana, por qué tan dulces los primeros cantos de las aves, por qué tan grato el aspecto de la tierra que despierta alzando al cielo su himno de gracia y la sonrisa de su gratitud? preguntad a los infelices que no pueden llorar, que no saben creer, que no pueden esperar, por qué la noche con su fúnebre luto, con sus fantasmas que vagan, con sus tumbas que se abren, es la hora que desean sus ojos, que anhelan sus corazones, fatigados de la insultante luz del sol?

La noche era serena y hermosísima, convidando a las tiernas confidencias, a las gratas espansiones del alma, sin la hipócrita frialdad del mundo; y yo usando del derecho de huesped invité a Cármen para que nos sentásemos en unos bancos que habia al lado esterior de la puerta, propuesta que fué acojida por ella con la mas graciosa bondad.

Despues de algunos momentos de contemplacion, tomamos la palabra, y la conversacion fué arrastrándonos poco a poco al terreno del sentimiento.—Cármen la dije, U. es desgraciada, me lo ha dicho su semblante, me lo han dicho sus ojos, y si el interes que ha despertado en mi desde el momento en que la he visto, si la amistad que por U. he sentido nacer pudiera consolar en algo su desgracia, cuente U. con el voto mas sincero de mi corazon. Estas palabras, llevaban en el sonido de mi voz, la espresion verdadera del sentimiento, y Cármen pareció comprender como yo que el dolor habla siempre el lenguaje de la sinceridad.

Gracias, señor, me respondió, gracias por su jeneroso interes; pero U. comprende que hai desgracias para las cuales no se encuen-

tra consuelo, que hai enfermedades para las que no se ha descubierto el remedio: y sobre todo no cree U. señor, que hai seres en el mundo que llevan consigo desde su nacimiento el jérmen de un dolor eterno, y que hai un destino que desde lo alto, preside la existencia de estos seres?

En aquel momento para mí esa pregunta encerraba una amarga verdad; pero sentia infinito encontrar esa conviccion en aquel corazon tan jóven todavía, y cuyo primer paso tocaba ya el último desencanto.

—Es verdad, repliqué, que hai en la tierra seres infelices, perseguidos por una fatalidad oculta e inevitable; pero muchas veces esa fatalidad que llamamos destino, no es otra cosa que una casual coincidencia de circunstancias, o el resultado quizas de una aprension que, fomentada con el tiempo y la melancolía, se convierte en un sentimiento de profundas raices. ¿Pero cuántas veces no vemos que estas mismas personas, divisan de repente ante sus ojos un inmenso horizonte de felicidad, y que rescatan con usura todas las amarguras del pasado?

—Esa es una agradable esperanza dijo Cármen con el acento de una persuacion desesperante: feliz quien pueda abrigarla! pero yo, señor . . . . ah! para mí todo se ha concluido! Y na lágrima candente, lágrima de hiel, lágrima que sirve de última espresion al dolor, rodó de sus temblorosos párpados a su pálida mejilla! Yo sentí que mis ojos se humedecian involuntariamente; senti oprimirseme el corazon, brotando de mi pecho un suspiro profundo que mostraba la desgarradora impresion que causaron esas palabras.

Inútil es referir detalladamente nuestro diálogo que rodando sobre el mismo punto, ofrecia a cada paso las mismas interrupciones. La noche, el silencio, la soledad, la emocion misma que nos dominaba, todo en fin parecía cooperar con mi deseo y mi interes de conocer la causa de los males de esa pobre niña. Las confidencias no se hicieron aguardar largo rato, y escuché, de sus propios labios, esa historia corta y tristisima que podria reasumirse en un suspiro.

Cármen, hija única y adorada, fué enviada siendo mui niña a un colejio de Santiago: sus padres queriendo cultivar su intelijencia hicieron el sacrificio de privarse de sus caricias esperando en el porvenir razarcirse con usura; pero la suerte lo dispuso de otro modo, y a los 14 años la pobre niña se encontró sola sobre la tierra, sin mas amparo que el de su tia, la señora que hemos visto, la que era por cierto bien poco apropósito para consolarla de la irreparable pérdida de un padre y de una madre. Un primero y único amor vino a esparcir algunas flores sobre los abrojos de su camino; pero talvez, como ella misma lo decia, hai seres perseguidos por una oculta fata-

lidad, que en su corto peregrinaje, deben solo dejar una huella de lágrimas: seres nacidos para amar y ser dichosos, naturalezas privilejiadas a las que la felicidad daria la robustez y la vida; pero que, rotas en el primer choque, languidecen y se estinguen. La muerte le arrebató tambien el hombre de quien ella habia hecho su universo, y su vida fué desde entónces el culto constante de un recuerdo, la relijion de una memoria: sus aspiraciones y deseos no buscaron un segundo porvenir; el primer dolor destrozando esa alma jóven y cándida, sepultó sus esperanzas todas en el sepulcro de su amante: ya para ella nada hubo bello ni halagüeño, y miraba la muerte no como un refujio, no como un consuelo, sino como el postrero, el único sueño que le era dado alimentar en su desgracia. No es verdad que le veré, me decia? no es verdad señor que la inmortalidad es algo mas que una quimera, algo mas que una ilusion consoladora, que debemos ver desvanecerse al entrar en la tumba? Ah! no, proseguia, yo necesito creer: le he visto solo un instante, y una eternidad me bastaria apénas para mirarlo! Despues me mostraba una carta y una flor marchita, únicas prendas que le restaban de su amante: esa carta sencilla, insignificante talvez para los ojos de todos, era lo que leia diariamente y a todas horas miéntras que afectaba recorrer las pájinas de esos libros que tanto enfadaban a la señora. La pobre niña conocia bien su estado, y saboreaba con voluptuoso placer la idea de su temprana muerte; por una especie de coquetería, mui natural en ese corazon tan ricamente dotado, se complacia en bajar al sepulcro jóven y bella todavia: su vida estaba en una tumba, y queria llevar a ella, no solo los tesoros de su alma, sino tambien las gracias de su cuerpo. Cuando me contaba una a una las inocentes y castas excenas de su amor, mi corazon latia con violencia; su voz vibraba en mis oidos, como una música celeste, eco talvez de una voz querida en otro tiempo: pensaba en todo lo que habia amado, pensaba en todo lo que habia perdido; en mi madre muerta, en mis hermanos ausentes; y cuando concluyó de hablar, yo guardé silencio, porque no pude hallar en mi voz ni en mi corazon ni una palabra de consuelo. Nada dije, porque habria temido profanar el dolor de aquella santa victima que, llena de amor, de juventud y de belleza, pedia como tálamo nupcial el suelo húmedo y frio de una tumba.

Al dia siguiente continué mi viaje, y a mi vuelta, cuatro meses despues, Cármen habia dejado de existir: la señora que me habia oido admirar sus cabellos, me presentó sus hermosas trenzas, diciéndome: señor U. decia bien, la pobre Cármen estaba enferma. Así es siempre el vulgo; conoce solo el dolor cuando el que sufre espira.

Yo me alejé de la villita diciendo en mi interior: sí, pobre niña,

hai sentimientos que venero aunque el roce del mundo haya podido hacerme algo escéptico: hai desgracias para las cuales querria siempre tener un inagotable acopio de lágrimas, y hai dolores que haciendo sublimes a sus victimas, me complazco en prestarles el culto de mi simpatia y mis recuerdos.

(Continuará.)

GUILLERMO BLEST GANA.

UN SACERDOTE AZTECA,

AL ARRIVO DE LOS ESPAÑOLES,

SE DUELE DE LA FUTURA RUINA DE SU PATRIA.

A mi amigo Ramon Ovalle.

Si; cuando Dios prepara
Un alto ejemplo, una desgracia rara,
En sombras muestra lo futuro a un hombre,
Le revela la plaga que se apresta.
¡Pobre mortal! el cielo le da nombre
De profeta, y el mundo le detesta.

En sí lleva un abismo
De imájenes confuso, el caos mismo,
Do no halla su razon ni luz, ni norma.
Mísero vive, el alma desolada.
Y su frente, montaña do se forma
La tempestad, de nubes va cargada.

Del vulgo se hace el tema.
Herido se le juzga de anatema,
Por un oculto, bárbaro delito,
Al verle dicen: «este es un malvado.»
El se calla y revuelve el infinito
Arcano de dolor que le fué dado.

Así en el pecho siento
La turbacion de un gran presentimiento.
En vano con el sueño y la faena
Busco en la noche plácido reposo,
En mis oidos de repente suena
Un eco de ruïna pavoroso,

Y el grito jemebundo
De un pueblo entero que se arranca al mundo.
Yo subo del Teócali (1) a la cumbre,
Y mis miradas en redor paseo.
Invencible dolor y pesadumbre
En el alma me pone cuanto veo.

¿Por qué del occidente
Se levanta de fuego esa serpiente, (2)
Que corre por la bóveda azulada?
A tí Tenochtitlan parece acecha.
A tí dirije su fatal mirada,
Y desparece rauda como flecha.

Tierra natal querida,
Tenochtitlan, (3) bella ciudad dormida

(1) Teocalli, nombre que los aztecas daban a sus templos, los cuales eran piramidales.
(2) Este fenómeno singular es referido por Solis.
(3) Nombre de la capital del Imperio azteca, fundada sobre el lago de Méjico. Tres calzadas comunicaban esta ciudad con la tierra firme.

Sobre las ondas de cerúleo lago,
De juventud y flores coronada,
Te profetizo un porvenir aciago.
Te persigue la muerte acelerada.

Oh Patria, por tí espanto
La tierra, el cielo sufren y quebranto;
Y se hacen los heraldos de tu ruina
Con fatídicos signos. ¿Cuál el hombre
Que merezca tal duelo, si declina?
¡Del mas grande al mas vil hai solo un nombre!

Cual bruto el hombre muere
Sin que natura de dolor se altere;
Su cadáver la tumba pulveriza.
No así Tenochtitlan a quien la guerra
Sublimó tanto. Vedla que agoniza.
¡Y hace temblar su convulsion la tierra! (1).

Tenochtitlan se muere.
Alzado está el azote que la hiere.
Desde la playa dejó verse un dia
Al oriente, bien léjos, donde el cielo
Se junta con las ondas; que venia
Algo con alas por el mar a vuelo.

Despues se va acercando
Alíjero palacio resbalando
Sobre las aguas; y se hunde y sube.
Y demandaba atónita la jente:
¿Apeóse del cielo en una nube,
O salió del abismo undipotente?

(1) Solis habla de terremotos que precedieron a la entrada de Cortés en Méjico.

33

El palacio movible
Trajo una banda de hombres invencible
Ellos lanzan el rayo fulminante;
Y rijen brutos de inmortal ralea.
Hijos del Sol, cuando él está delante,
Incontrastables son en la pelea.

La formidable banda
¿Es un hombre, es un Dios el que la manda?
A pueblos que nos odian él conjura
Con su presencia y su palabra sola.
Y en pos de sí los trae con presura,
Cual un cometa su funesta cola.

Vedle venir: se ajita
El gran volcan y rojas, ay! vomita
De los pasados déspotas las almas. (1)
Ellas vuelan al jefe castellano,
Y por la noche con ardientes palmas
Hacen fiesta a las lanzas del tirano.

El no es un descendiente
De ese Dios (2) que, de pieles de serpiente
Hecha una barca, se alejó diciendo:
«Paz y ventura os traerá consigo
«Mi prole un dia». Este es un ser tremendo.
¡Hai algo que espiar, es el castigo!

Ya su bandera ondula

(1) Creian los mejicanos que las erupciones volcánicas eran las almas de los antiguos tiranos, que salian de su mansion de dolores. Por otra parte Solis refiere que el volcan de Popocatepti estaba ajitado al arribo de Cortés.

(2) Los aztecas esperaban una raza de hombres que vendrian del oriente. El personaje a que aquí se alude es Quetzalcoatl, el cual pertenece a la mitolojia azteca. Sobre esta tradicion véase a Prescott.

En la mansion sagrada de Cholula,
A cuya sombra impávido pasea.
Su pié huella cadáveres calientes.
Su mano arrima abrasadora tea
A los Dioses, que quedan impotentes.

¡Cómo lijero avanza!
¿Ni quién su marcha a detener alcanza?
Sus ojos ven en la tiniebla oscura,
Toda voz se repite en sus oidos,
Sonorosa caverna do murmura
El universo entero sus ruidos.

Y la intencion oculta
El vé tambien, que el hombre en sí sepulta.(1)
En vano se le ponen asechanzas,
Y al cielo el pueblo en su piedad invoca;
Burla las enemigas esperanzas;
Antes que el golpe salga le sofoca,

El rayo fulminando,
O noble ejemplo de clemencia dando.
Robó la fuerza a las deidades puras,
La astucia a los espíritus malvados.
¡El es del Hanahuac (2) en las llanuras
El cielo y el infierno derrumbados!

PIO VARAS.

(1) Tal fué la idea que los mejicanos se formaron de Cortés. Hábil político al mismo tiempo que gran guerrero; el caudillo español, con un cuidado y prevision propios solo de un verdadero jenio, supo tantas veces inutilizar los ataques mas secretamente combinados de sus enemigos, que estos creyeron al fin era un ser que todo lo veia y escuchaba. Las ideas de estas estrofas son pues de estricta verdad histórica; solo me pertenecen las imájenes, es decir, el colorido del cuadro.

(2) El valle de Méjico.

REVISTA DE SANTIAGO.

SANTIAGO, JULIO 15 DE 1855.

Crónica exterior.—Sebastopol continua siendo para la Europa Occidental, su punto de mira y su afliccion. Ataques parciales, presuntas victorias y amenazantes asaltos, están destruyendo millares de hombres que inflama un entusiasmo inútil y que talvez mueren vivaqueando una esperanza imposible. Sebastopol es un matadero de hombres. En vida de Nicolas, muchos suponian sentimientos benévolos y disposiciones pacíficas en su heredero. Por lo que despues se ha visto, los *nigrománticos*, habian soñado en un ser diverso; el hijo de la hiena debia de tener sus instintos de raza, sus crueldades hereditarias. Algunos mas experimentados en la marcha de las cosas humanas, preveen quizás un desenlace próximo en una próxima conflagracion total de la Europa. Dícese que la Prusia y el Austria han renovado su tratado para conservar una estricta neutralidad; y como las potencias occidentales las obligaban a la alianza, so pena de levantar las nacionalidades oprimidas, se aguarda que cumplan esas promesas para realizar las profecías de los hombres que siempre esperan. Extraña contradiccion! los mártires del despotismo, entregan sus esperanzas al renegado de la libertad, al jefe del absolutismo. Asi es que con sorpresa hemos leido la noticia de haber ido una diputacion polaca a felicitar al Emperador

por no haber sido asesinado, y la de una carta del último jeneral de la insurreccion de Polonia, en que espera y confia que Luis Napoleon será el restaurador de la nacionalidad de su patria. El nombre de Adam Mickiewicz, el poeta de los *Abuelos*, el apóstol de los Peregrinos, aparece tambien entre los de la diputacion, y se nos hace difícil comprender la clase de rol que juega hoi en Francia, el amigo de todos los desterrados y el fundador de la Tribuna de los Pueblos. Creerá el Vaydelote de la Lituania, que los místicos tiempos han llegado y que Napoleon III es una nueva encarnacion del Mesias? Si para M. Mickiewicz Napoleon I lo es, mucho dudamos que esa prerogativa se vaya perpetuando en la familia Bonaparte. *Bisogna essere volpe e leone*, repitió M. Mickiewicz en Conrado: esta máxima desmoralizadora tiende a envilecer en el hombre el sentimiento de su dignidad. El que una vez es zorro casi nunca vuelve a ser leon, o si lo es, conserva siempre instintos de zorro.

La FRANCIA, segun los periódicos imperialistas, todavia quedaba ajitada con el funesto atentado de Pianori, quien a pesar de haber sido guillotinado era todavía el *horror* de los lacayos del Imperio. El Senado, *conmovido profundamente* se reunió en el Salon Blanco de las Tullerías y dirijió por boca de su presidente una alocucion al Emperador, en la cual el nombre de éste significa *Providencia* y al mismo tiempo *muro* de las revoluciones. El Emperador, *mui conmovido tambien*, respondió con un corto y *modestísimo* discurso, en el cual parodiando la contestacion del tio, *la bala que me ha de matar no se ha fundido aun*, dice: *yo nada temo de las tentativas de asesinos. Hai existencias que son instrumentos de los decretos de la Providencia. Miéntras no haya cumplido yo con mi mision no corro ningun riesgo*. Es imposible concluir de leer la frase anterior sin empezar a reir a boca abierta. Es un trozo de Sainete. Luis Napoleon es el instrumento de la Providencia, porque la Providencia quiere enderezar una calle de Paris y unir un palacio con otro, cosas de que la Providencia, en el otro hemisferio, se preocupa mucho. Y será la Providencia tambien la que le mandó hacer el 2 de diciembre, para asesinar mujeres y jente indefensa? y será ella tambien la que le ha ordenado matar lentamente para gozar en la crueldad, a millones de franceses emigrados o martirizados en Cayena? Ultimamente hemos leido una carta de uno de los deportados, y considerando la multitud de suplicios atroces que sufren tantas víctimas, a pesar de nuestras convicciones y cegados por el amor a la justicia, sentiamos casi la poca certeza del Romano. La muerte del sacrificador era la vida para tantos mártires!

La ESPAÑA, miéntras su vecina, victorea a su funámbulo y le dedica ofrendas, va adquiriendo nuevas franquicias para su li-

bertad y su progreso. La lei de desamortizacion sancionada y ya promulgada como tal, descorre uno de los mas gruesos telones del pasado para la representacion del porvenir. Qué tesoros de prosperidad no se derramarán por todas partes? Los terrenos incultos pertenecerán ahora al trabajo, al hombre, en vez de pertenecer a la ociosidad, *a nadie*; y donde crecia la maleza inútil, crecerá la espiga fecunda. Dígase lo que se quiera; pero nosotros creemos que el principio republicano va adquiriendo una base sólida en España, miéntras que el principio de autoridad se demuele poco a poco minado por sus cimientos. Sobre ese principio mañana podrá levantarse y asegurarse un edificio completo, una institucion formulada. Las protestas del nuncio del Papa son amenanzas ridículas de las que ninguno hace caso. La España de Torquemada y de Felipe II no es la España moderna, y el rayo de San Pedro es un cohete que se apaga en el Tibre.

Interior.—CÁMARAS.—El Gobierno ha estado bastante aflijido en estas dos semanas, porque no ha podido reunirlas mas de tres o cuatro veces. Sus diputados son jente mui aprensiva y que se cuida mucho. Llueve? no se puede salir. El agua moja y constipa y . . . . Hace sol? El sol en el invierno es dañino porque las *exhalaciones húmedas de la tierra* penetrando por la *respiracion a los pulmones*. . . . . . . en una palabra los señores diputados son tan difíciles para cumplir con su deber como lo es una mujer antojadiza o un niño mimado.

Hai quien dice que esas repetidas *cimarras* son efecto de la solicitud de desaforamiento, interpuesto por el señor Arrieta, contra el Jeneral Garcia, cuya solicitud es para muchos diputados *una desaforada* causa de miedo. El hecho escandaloso que tuvo lugar el 18 de setiembre en el campo de Marte, a presencia de todo el mundo, ha desaforado socialmente al que lo cometió y es una mengua para la Cámara de Diputados la proteccion tácita que está prestando al hombre que debe contestar a la justicia ordinaria sobre la responsabilidad de su fechuria y sobre el olvido de su dignidad en ese acto. El informe del señor Reyes y del señor Vergara debiera avergonzar a sus autores, si la vergüenza entre nosotros fuese un remordimiento de la justicia. Segun estos *informantes*, no hai mérito para desaforar al diputado; porque el señor Arrieta no murió de las contusiones y heridas que recibió de su alevoso adversario. Nada raro seria que este informe encontrase apoyo en la mayoría de la Cámara; pues de esto se vé mucho entre esas *Señorías*.

CHILOÉ Y VALDIVIA.—Aun no se ha presentado a la Cámara la acusacion contra el Intendente de Chiloé: y tememos que suceda con ella, lo que ha sucedido siempre en estos casos. La indiferencia del Gobierno y los *tapujos* de que se vale para alca-

buetear tropelias de este jénero, lo hacen cómplice y responsable de ellas.

El Intendente de Valdivia, para no ser ménos que su vecino, ha hecho tambien su golpe de estado. Para ámbos valdrán sus temeridades una mencion honrosa en su hoja de servicios. El Intendente de Chiloé falsificó las actas; el Intendente de Valdivia desterró y las hizo a su antojo; nadie negará que *progresamos*.

SUCESOS DE IQUIQUE.—Con universal indignacion se ha leido en el *Mercurio* la relacion de las iniquidades ejercidas allí contra los chilenos indefensos y trabajadores. Como a toda autoridad se le ha de pegar necesariamente algo de malo y algo de odioso, el gobernador de Iquique, por una simple carta, que segun él incitaba a una rebelion, ha lanzado un ukase sin distincion de sexos y enviado a unos a un calabozo y a otros a una isla solitaria. Qué hará el Gobierno de Chile en este caso? No reclamará un castigo para ese mandon insolente, que prevalido de su fuerza y de su autoridad arbitraria, aprisiona, juzga y condena a nuestros paisanos inocentes? Y el apoyo de la justicia, el apoyo de la lei no sostendrá a esa multitud de infelices que padecen injustamente?

INSTRUCCION PRIMARIA.—Sabemos, que el nuevo redactor del *Monitor de las Escuelas*, desempeña con conciencia su cargo y busca todos los medios posibles, ya con ejemplos de otras naciones, ya con esperiencias en la nuestra, de poner en evidencia una necesidad que cada dia se hace mas notable y que cada dia aparece ménos satisfecha. En Estados-Unidos es donde el problema de la instruccion primaria se ha resuelto con mas facilidad y con mas ventajas para todos. A propósito, vamos a traducir unos párrafos de un viajero frances, hombre intelijente en la materia *(M. J. J. Ampere)*, los cuales presentan un cuadro estadistico del desarrollo de la instruccion en pocos años en una sola ciudad. «Las escuelas públicas se establecen y se sostienen, ya con los fondos que cada estado proporciona, ya con el contijente que votan las ciudades y las municipalidades. El sistema mas jeneralmente adoptado es el de Nueva-York que consiste en una combinacion de ámbos. El principio jeneral es que la ciudad se imponga el tanto o proporcionalmente de lo que dá cada estado segun su constitucion. El estado de Nueva-York se ha reservado a perpetuidad y para las escuelas, el producto de todas las tierras que le pertenecen y un capital llamado, *fondo de las Escuelas*.

«Así es que en la ciudad de Nueva York, las escuelas han aumentado considerablemente, relativamente a su poblacion. Esta era de 170,000 almas, en 1831, ahora pasa de 500,000; mas del triple. Pero el número de niños instruidos, que es ahora de 120,000 ha quintuplicado. En 1852 se han gastado 10,000 pesos,

solamente en las escuelas nocturnas. Las escuelas de Nueva-York se distinguen de las de muchos otros estados, en que no admiten escuelas para niños pobres; entre estos y los ricos no hai ninguna distincion. El impuesto a que se obligaria a los padres acomodados, en provecho de los niños indijentes, lo pagan para las escuelas, del cual, con sus propios hijos aprovechan estos últimos. La dignidad de todos está asi mejor respetada y la cantidad desembolsada es la misma.»

Considerándose los resultados ventajosos de ese sistema, no creemos que haya nadie que pueda dudar de la posibilidad de producirlos iguales, en donde quiera que haya voluntad para establecerlo. Es preciso que no solo los gobiernos, sino tambien los particulares, concurran a la realizacion de ese deber primordial de las sociedades democráticas, que es el principio de su moralidad y el vinculo mas estrecho de sus instituciones y de sus ideas politicas. Miéntras el mayor número sea el de los ignorantes, habrá ambiciones rastreras, habrá engaños vergonzosos y abusos innobles de poder, que desconociendo derechos adquiridos, pero no ilustrados, desconocerán las relaciones mútuas de los individuos de una república, su ejercicio y su libertad. La instruccion es la salvaguardia del órden y la ignorancia de la disolucion; aquella es la luz; esta el caos.

GUILLERMO MATTA.

OBSERVACIONES

SOBRE LA

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

DE

JORJE TICKNOR,

CIUDADANO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

V.

En el artículo segundo, impreso en los *Anales* del año de 1852, (p. 504), hice mencion de un antiguo poema castellano, que solo me era conocido por la noticia que de él habian dado don Agustin Duran en su *Romancero Jeneral*, y Mr. Ticknor en una nota a la páj. 23 del primer tomo de su *Historia*. Acaba de llegar a mis manos en el tomo II del mismo *Romancero* (XVI de la *Biblioteca Española)* esta curiosa antigualla, verdadero enigma literario, que ha llamadó recientemente la atencion y dividido sobremanera las opiniones de los literatos.

Existia el manuscrito en la Biblioteca Real de Paris, y el primero que parece haberlo dado a conocer es don Eujenio de Ochoa en su *Catálago de manuscritos españoles* (Paris 1844). Fue publicado en la misma corte dos años despues por el erudito an-

ticuario aleman Francisco Michel, y sucesivamente por M. Wolf en sus «Apuntes sobre la literatura romancera de los españoles» (Viena 1847); y ha merecido tambien ser ilustrado por el señor Huber en su reimpresion de la *Crónica del Cid*, y mas profundamente por el señor Dozy en sus *Recherches sur l'histoire politique et littéraire d'Espagne pendant le moyen âge* (Leiden 1849). Debo todas estas noticias al señor Duran (*Rom. Jen.* II. p. 647), pues no he tenido todavia la fortuna de ver ni el *Catálogo*, ni las *publicaciones* que dejo citadas, ni las obras de los señores Huber y Dozy.

«Contribucion curiosa, pero no importante» (la llama Mr. Ticknor) «a lo que ya poseemos de la mas temprana literatura española. Toda la obra es una version libre de las viejas tradiciones nacionales, hecha, segun parece, en el siglo XV, despues que comenzaron a conocerse las fábulas caballerescas, y con el objeto de dar al Cid un lugar entre los héroes de ellas.»

Prescindiendo por ahora de la *importancia* de esta obra, de si es o no *una version de las viejas tradiciones nacionales*, y del objeto a que la atribuye Mr. Ticknor, haré algunas observaciones sobre la época en que el sabio norte-americano cree que comenzaron a conocerse las fábulas caballerescas en España. Mr. Ticknor habla sin duda de las que tanta boga tenian en Francia y en otros paises europeos desde el siglo XI por lo ménos: es a saber, las del *Ciclo de la Tabla Redonda*, las del *Ciclo Carlovinjio*, y otras. Pero tengo por incontestable que las fabulosas leyendas de Carlomagno y los Doce Pares fueron conocidas mucho ántes en España; y bastaria para creerlo así la alusion que se hace a la jornada de Roncesvalles en aquellos versos de la *Prefacion de Almeria* (1):

«Tempore Roldani, si tertius Alvarus esset
Post Oliverum, (fateor sine crimine verum).
Sub juga francorum fuerat gens agarenorum,
Nec socii cari jacuissent morte perempti;»

es decir, que si Alvar Fañez, el célebre compañero del Cid, se hubiera hallado en Roncesvalles al lado de Oliveros y Roldan, no hubieran perecido estos en la batalla, y la jente agarena habria pasado bajo el yugo de los francos. Aquí se vé que a mediados del siglo duodécimo la leyenda de Roncesvalles y las hazañas de los Doce pares gozaban ya de bastante popularidad y crédito en España. Ni podia ser de otro modo, habiéndose escrito en la Peninsula ácia los fines del siglo XI la crónica del Pseudo-Turpin,

(1) Crónica de Alfonso VII, tomo 21 de la *España Sagrada*.

que latinizó gran parte de lo que sobre la misma materia se cantaba desde tiempo ántes en la lengua de los troveres. Nótese que *Roldan* es el nombre castellano del personaje que en latin se llamó *Rotolandus*, *Rotlandus*, *Rutlandus*, en frances *Rolland*, y en italiano *Orlando*; de manera que la forma misma de este nombre, segun lo exhiben los versos precitados, parece indicar su existencia en algun dialecto peninsular, y talvez en los cantares castellanos, desde mediados del siglo XII; pero como es fácil que la palabra haya sido alterada por los copiantes segun su costumbre de modernizar lo que escriben, no insisto en la observacion precedente.

Otra alusion a las fábulas carlovinjias, que merecia haber llamado la atencion de Mr. Ticknor, es la que se encuentra en la copla 412 de la *Vida de San Millan* por Berceo.

«El rei don Ramiro, un noble caballero,
Que nol venzrien de esfuerzo Roldan ni Olivero.»

Diríase que Roldan y Oliveros eran en España el tipo proverbial del denuedo caballeresco.

En cuanto al Ciclo de Arturo y la Tabla Redonda, observarémos que las *Hadas*, aquella especie de semidiosas a que tantos prodijios atribuyeron los cantos y *lais* bretones, y posteriormente las *Gestas* francesas, y los poemas épicos italianos, figuran como seres conocidos, en las coplas 89 y 90 del *Alejandro* (1); y que en la 1675 del Arcipreste (2) se menciona a Tristan de Leonis, el amante de la bella Iseo, y uno de los mas afamados caballeros de la mitolojía anglo-bretona. Don Tomas Antonio Sanchez creyó ver aquí una alusion al libro de caballería «*Del esforzado don Tristan de Leonis*;» juicio que parecerá sin duda mui aventurado, si se tiene presente que la publicacion de esta obra en España no fué anterior al siglo XVI (3), y que no hai fundamento para creer que libro alguno de caballería se compusiese en el siglo XIV, cuando el Arcipreste escribia, ni por algun tiempo despues. Lo que sí hubo, a lo ménos desde el siglo XIII, fué cantares y leyendas en verso, que celebraron en frances y en otras lenguas los amores y desventuras del asendereado Tristan y de la bella

(1) Fecieron la camisa duas fadas enna mar,
Dieronje dos bondades por la bien acabar,
Quisquier que la vestiesse fuese siempre leal,
Et nunqua lo podiesse luxuria temptar.
Fizo la otra fada tercera el brial, etc.
(2) Ca nunca fué tan leal Blancaflor a Flores,
Nin es ahora Tristan, etc.
(3) Brunet, *Manuel du libraire*, tomo IV, p. 517 y 518; Paris, 1843.

Iseo: ni es inverosimil que los hubiese en castellano, y que los romances octosílabos que versan sobre mitos bretones sean fragmentos de antiguos cantares en versos largos, como los que se componian en los primeros tiempos de la lengua. Otro tanto podemos decir de *Blancaflor y Flores* citado por el Arcipreste en la misma copla y procedente sin duda del bien conocido romance de *Flore et Blancheflor*, que es del siglo XIII (1). De cualquier modo que fuese, la historia fabulosa de Tristan era conocida en España mucho ántes del siglo XV.

Las manifiestas imitaciones que de los cantares caballerescos de los troveres se encuentran en la *Gesta de Mio Cid*, y de que me propongo tratar de propósito en otro artículo, acabarán de probar, si no me engaño mucho, que es atrasadísima la fecha que Mr. Ticknor parece atribuir a la influencia de las fábulas caballerescas en España.

Segun Mr. Ticknor (2), la leyenda de Arturo y de los caballeros de la Tabla Redonda habia pasado de Bretaña a Francia por medio de Gofredo de Monmouth, desde el principio del siglo XII, y se siguió a ella mui poco despues la de Carlomagno y los Doce Pares, tal cual se exhibe en la crónica del fabuloso Turpin; a la que Mr. Ticknor parece dar por patria el mediodia de Francia. Esto no es enteramente conforme a lo que poco hace dejo dicho sobre la Crónica de Turpin; y como la materia es de alguna importancia para la historia de la literatura, y Mr. Ticknor la toca demasiado a la lijera, se me permitirá detenerme en ella, haciéndola el asunto principal de este artículo.

La Crónica de Turpin por su mérito literario mereceria poco la investigacion en que vamos a entrar, pues bajo este aspecto no está ni aun a la altura de la edad tenebrosa en que se compuso. Pero gozó de gran crédito en los siglos medios, al principio como documento histórico, y despues como fuente auténtica de las leyendas carlovinjias. A ellas recorrian a menudo los troveres, ménos en busca de los materiales, que para dar un viso de autoridad a sus ficciones, aun cuando ellas eran enteramente estrañas a la narracion de Turpin; y a fuerza de repe-

(1) Roquefort, *De la poésie francaise*, p. 294. Don T. A. Sanchez cree que el Arcipreste alude al libro de caballeria «Historia amorosa de Flores y Blancaflor;» acerca de lo cual me refiero a lo que ántes dije sobre don Tristan de Leonis. Segun Brunet la historia antedicha fué impresa en 1512, y traducida al frances en 1554. Pero hablase ya tratado el mismo asunto en Italia desde el siglo XIV por Bocaccio y otros. La fuente en que todos bebieron fué sin duda el romance frances versificado de que dá noticia Roquefort; el mismo probablemente que en la coleccion de Barbazan aparece con el título de *Florance et Blancheflor*, tomo II, p. 354.

(2) T. I, p. 219.

tirse esta cita, llegó a ser una especie de fórmula, que acabó por alegarse irónicamente en la epopeya italiana. Ariosto y Berni invocan a Turpin como para burlarse de lo mismo que afectan autorizar con su nombre:

«Mettendolo Turpin lo mett'anch'io.»
(Turpin lo pone, y yo tambien lo pongo)
«Scrive Turpin, verace in questo loco...»
(Cuenta Turpin, veraz en esta parte...)
«Lo dice un arcivescovo, e bisogna
Credergli, ancor che dica una mensogna.»
(Lo dice un arzobispo, y aunque sea
Mentira, es menester que se le crea.)

Turpin, en suma, vino a ser el Cide Hamete Benengeli de las caballerias de Carlomagno y los Doce Pares.

Su obra se intitula «De vita Caroli Magni et Rollandi Historia,» y el autor se llama a sí mismo *Johannes Turpinus Archiepiscopus Rhemensis*. Existen de ella innumerables ejemplares manuscritos en las principales bibliotecas de Europa. En la del Museo Británico hai, por lo ménos, ocho (1). Entiendo que se dió a la prensa por la primera vez en la coleccion de escritores Jermánicos de P. Pithou, Francfort 1563 (2). Apareció despues en los *Quatuor Chronographi* de S. Schard, Francfort 1566 y Basilea 1574, y en los *Veteres Scriptores Rerum Germanicarum* de J. Reuber, Francfort 1584. Mr. Rodd, en el prólogo de sus «*Spanish Ballads*» cita otra edicion de Turpin, comprendida en «las vidas de los Escritores Eclesiásticos de Spanheim,» que no he visto. La sola edicion en que Turpin haya aparecido por si solo (a lo ménos la única de que tengo noticia) es la de Florencia 1822 por el Canónigo Sebastiano Ciampi.

Debo advertir que todas las ediciones mencionadas son incompletas, y que la florentina es acaso la mas incorrecta de todas: advertencia necesaria, porque algunas de mis observaciones recaerán sobre cosas que o no se encuentran o están desfiguradas en ellas.

¿Pero quién fué Turpin, en qué tiempo y con qué objeto escribió? Las proposiciones que sucesivamente voi a sentar nos llevarán, como por la mano, a la solucion de estas diferentes

(1) He consultado los siguientes: Cotton's Library, Claud. B, VII; Nero A, XI; Vespas. A, XIII: Titus A, XIX; King's Library 13, D, I; Harley's, 108, 2300, 6358.

(2) Véase lo que dice B. G. Struvio, *Hist. Juris Romano Justinianei*, p. 849.

cuestiones, que a mi juicio no han sido tratadas satisfactoriamente hasta ahora.

I.

LA CRÓNICA DE TURPIN SE ESCRIBIÓ POCOS AÑOS ÁNTES O DESPUES DE 1100.

Fué traducida del latin al frances, ácia el año de 1200, por un Miguel de Harnes, a instancia de Renaud o Reinaldo, conde de Boloña-del-mar, que al intento mandó buscar el orijinal latino en San Dionisio de Paris, donde en efecto se halló (1). En la misma abadía de San Dionisio fué donde el autor anónimo de la *Vida de Carlomagno*, mencionada por Lambec (2), tuvo a la vista el orijinal latino de Turpin. Escribióse esta vida bajo los auspicios del Emperador Federico Barbarroja, que falleció en 1190, y con motivo, segun parece, de la canonizacion de Carlomagno, celebrada en Aquisgran el 29 de diciembre de 1165 (3). Existia pues a mediados del siglo duodécimo la crónica turpinesca entre los libros de la abadía de San Dionisio de Paris, afamado depósito de monumentos y tradiciones romancescas.

Hallábase por el mismo tiempo en la abadía de Marmoutier cerca de Tours. Guiberto Gemblacence la trascribió allí junto con el libro de los *Milagros de Santiago*. Ambas obras estaban encuadernadas en un mismo códice; asociacion que no es de rara ocurrencia en manuscritos antiguos, y que no deja de tener su importancia para el asunto que nos ocupa, como despues veremos (4).

El orijinal latino era por entónces raro en Francia. Los documentos a que me he referido lo indican. Tan raro era, que Gofredo, Prior Vosiense, que murió en 1183, creyó necesario hacer venir una copia de España, porque de su contenido, como él dice, se sabia poco, fuera de lo que corria en las cantilenas vulgares (5).

Vemos, pues, que hácia 1150 estaba ya compuesta y empe-

(1) Véase la disertacion *Sur les plus anciennes traductions* y la *Sur les trois histoires fabuleuses de Charlemagne*, tomos XVII y XXI de las Mem. de la Acad. de las Inscripciones.

(2) *Comment. de Bibliotheca Cœsarea Vindobonensi*, tomo II, páj. 329.—Véase tambien *Acta Sanctorum* Boll. al 28 de Enero.

(3) Fleury, *Hist. Ecclesiast.*, LXXI, 22.

(4) Véase la Hist. Lit. de Francia por los Benedictinos, X, páj. 593; Martenne, *Thes. Nov. Anecdot.* I, páj. 606; y los MSS del Museo Británico. King's Library, 13 D, I, y Cotton's Nero, A, XI.

(5) Lebeuf, *Sur les trois hist. fabul. de Charlemagne*; Roquefort, *De l'état de la Poés. Franc. dans les douz. et treiz. siècles*. p. 137; Oienhart, *Notitia Utriusque Vasconiæ*, p. 398.

zaba a gozar de cierta especie de reputacion la Crónica de Turpin. Se cita en prueba de lo mismo este pasaje de Roberto Tortaire, monje de Fleury:

«Ingreditur patrium, gressu properante, cubile;
Deripit a clavo clamque patris gladium.
Rutlandi fuit iste, vivi virtute potentis,
Quem patruus Magnus Carolus huic dederat:
Et Rutlandus eo semper pugnare solebat,
Millia pagani multa necans populi.»

(En la estancia paterna presuroso
Entra, y sin que su padre lo supiese,
Del clavo arranca la famosa espada
Que donó Carlomagno a su sobrino
Rutlando, que con ella en los combates
A millares mataba los paganos.)

Discurriendo del mismo modo, veríamos una alusion no ménos clara a las fábulas de Turpin en los versos arriba citados de la Prefacion de Almería. Pero pasajes como estos no ofrecen un indicio seguro de la existencia de la Crónica, a ménos de presuponer que la mitolojía romancesca de los Doce Pares fué parto de la imajinacion de Turpin; lo que pocos admitirán en el dia. El orijinal latino, segun hemos visto, era raro en Francia en el siglo duodécimo, al mismo tiempo que se cantaban las fabulosas aventuras de Carlomagno y sus barones por los troveres, que ciertamente no fueron a desenterrarlas de los archivos. Sabido es de todos que en la batalla de Hastings, un caballero llamado Taillefer, que venia en la hueste de Guillermo el Conquistador, se salió de las filas, y jugando con la espada, lanzándola al aire y recibiéndola en la mano, entonaba al mismo tiempo la cancion de Roldan. Roberto Wace, poeta anglo-normando del siglo XII, refiere este hecho en su *Roman du Rou*, en versos que traducidos dicen así:

«Taillefer, que mui bien cantaba,
En su veloz caballo
Delante del duque iba cantando
De Carlomagno y de Roldan
Y de Oliveros y de los barones
Que murieron en Roncesvalles».

Guillermo de Malmesbury, que floreció a principios de aquel

siglo, habia ya mencionado este hecho, y el ilustre historiador de la conquista de Inglaterra por los normandos le ha dado lugar en la relacion de aquella famosa jornada.

Esta *Cantilena Rollandi (Chançon de Rolland)* no era un canto lírico, como han creido algunos, ignorando sin duda que las Gestas versificadas solian llamarse *chançon*, *cantilenas*. Los troveres no han dejado muestra de composicion lírica en alabanza de ningun caballero, y por el contrario no son pocos los antiguos romances franceses a que sus autores mismos dieron el título de canciones. Bastaria citar el de *Gavins le Loherans*, recientemente dado a luz por M. Paris.

Tampoco debe admitirse como garante de la existencia de Turpin a principios del siglo duodécimo una pretendida declaracion del papa Calixto II, inserta en la *Gran Crónica Béljica* [1], y que despues de Fabricio (2) y de Warton, el historiador de la poesía inglesa, mencionaron, copiándose unos a otros, los eruditos Leiden, Ellis, Ginguené y Roquefort. Si estos señores hubiesen leido la supuesta declaracion pontificia, hubieran echado de ver que era tan apócrifa como la misma Crónica de Turpin. Publicáronla con este carácter de apócrifa los Bollandistas al 25 de julio, y aun se conserva en muchos manuscritos antiguos al fin del libro de los *Milagros de Santiago*. Tuvo ella ciertamente por objeto autorizar, junto con estos *Milagros*, la *Historia de Cárlos escrita por el bienaventurado Turpin arzobispo de Reims*, (asociacion en que ya hicimos alto); y suena dirijida, entre otros célebres personajes, a Diego arzobispo compostelano (don Diego Jelmirez). Pero que el papa Calixto no hizo semejante declaracion es evidente. Presciudiendo de otras señas de falsificacion grosera y palmaria, que no es del caso enumerar, hácese en ella hablar a este Papa como autor del libro de los *Milagros*, que sin duda fué obra de un español o de una persona domiciliada en España, que ni siquiera tuvo la intencion de prohijarla a Calixto, pues mencionando la fiesta de la traslacion del Apóstol Santiago, añade: «*quæ apud nos die tertia Kal. jan. celebratur;*» y ya se sabe que esta festividad era peculiar de la iglesia de España, donde se celebraba, como hoi se celebra, el 30 de Diciembre.

Por una especie de fatalidad póstuma se adjudicaron a este papa otros varios escritos, en que tuvo tan poca parte como en aquella rapsodia milagrera; y no deja de ser reparable la relacion que todos ellos tienen con el espurio arzobispo de Rheims. La leyenda de Turpin y los *Milagros* solian, como queda dicho,

(1) Véase esta Crónica, ácia el fin del pontificado de Calixto, en la coleccion de Escritores Jermánicos de Juan Pistorio.

(2) Biblioth. Latina Medii Ævi, v. Joánnes Turpinus.

andar juntos en manuscritos antiguos: y acabamos de ver que ámbas obras recibieron a un tiempo la pretendida sancion pontificia. Bajo el mismo nombre de Calixto y al lado de la crónica turpinesca, se encuentra en varios códices (1) una historieta rídicula, en que se cuenta haberse encontrado el cuerpo de Turpin, vestido de sus ropas arzobispales, entre los escombros de una iglesia de Viena en Francia. Los Benedictinos, autores de la Historia literaria de Francia, no creen que se le hayan atribuido con mejor fundamento que los *Milagros*, cuatro *Sermones* que se dice predicó en Galicia en honor del Apóstol Santiago, cuyo santuario compostelano hace tanto papel en la Crónica. Y no ha faltado quien le prohijase la Crónica misma (2). Su viaje a Galicia, adonde se trasladó desde Viena por intereses de familia (era tio del jóven Alonso, que despues fué rei de Castilla, séptimo de este nombre), daria motivo a que se le contase entre los peregrinos que de todas partes iban a visitar el sepulcro de Santiago y se le creyese animado de particular devocion al santo Apóstol (3).

El interes de la verdad es lo único que me ha inducido a detenerme en esta materia. Si fuese auténtica la declaracion atribuida a Calixto II, léjos de pugnar con alguna de mis opiniones relativas a la leyenda de Turpin, hubiera corroborado los datos de que voi a valerme para fijar la fecha de su aparecimiento en el mundo.

Hemos visto rastros de la Crónica de Turpin en la segunda mitad del siglo XII. Paso a probar ahora que no pudo ser anterior a los últimos años del siglo precedente.

Con ocasion de las pinturas y emblemas del palacio imperial de Aquisgran o Aix la-Chapelle, hace el cronista una digresion sobre las artes liberales; y hablando de la música, alude al modo de notar el canto, introducido por Guido Aretino a principios del siglo undécimo. «Y debe saberse,» dice, «que no es canto segun la música sino el que se escribe en *cuatro líneas*. Las *cuatro líneas* en que se escribe y los ocho tonos en que se contiene, designan las cuatro virtudes, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y las ocho bienaventuranzas, que fortifican y adornan el alma.» Los eruditos no están de acuerdo sobre los descubrimientos o mejoras de que el arte de la música sea ver-

(1) Por ejemplo, en los cuatro de la Biblioteca Cottoniana del Museo Británico: Claudios, B, VIII; Nero, A, XI; Vespas. A, XIII; Titus, A, XIX.

(2) Oudin, *Comment. de Scriptoribus Ecclesiae antiquis*, t. II, páj. 1006.

(3) Véase la *Historia Compostelana*, t. 20 de la *España Sagrada*, p. 96.

daderamente deudor a Guido. Parece que ántes de Guido se notaba ya el canto llano por líneas, escribiendo los signos sobre *otras tantas* rayas paralelas, cuya altura representaba la de los respectivos tonos. Pero a lo ménos Guido simplificó esta notacion, reduciendo las líneas a cuatro, y representando los tonos alternativamente por ellas y por los espacios intermedios (1). Si damos pues algun tiempo, no solo para que se propagase esta práctica, sino para que un escritor (aunque ignorantísimo, como de hecho lo fué Turpin) imajinase que ella venia desde la edad de Carlomagno, convendrémos sin dificultad en que lo mas temprano que pudo escribirse el pasaje citado fué ácia los fines del siglo undécimo.

Como entre 1080 y 1150 debió pues de haberse compuesto la Crónica. Pero otras observaciones nos harán estrechar estos límites. Turpin llama a los sarracenos *Mohabitas*, denominacion que no pudo usarse en este sentido ántes de los fines del siglo XI. El primero que creo la empleó así [prescindiendo de la Crónica de Turpin] fué Pascual II, pontífice romano, en una bula dirijida el año de 1109 a los clérigos y legos, vasallos del rei de Castilla, prohibiéndoles ir en peregrinacion a Jerusalen, por la falta que hacian en su patria, aflijida por diarias incursiones de los moros y *mohabitas* [2] Hallamos tambien la expresion *maurorum sive mohabitarum* en dos bulas de Calixto II, la de la traslacion de la metrópoli de Mérida a Compostela, expedida en 1120 [3], y la que dirijió poco despues a Pelayo, arzobispo de Braga, confirmando los términos y jurisdiccion de aquella sede (4). Ahora bien, este uso de la palabra *mohabitas* (que escrita sin *h* significa en la Biblia los descendientes de Moab) principió en España, donde cabalmente habian estado ámbos pontífices ántes de su elevacion al papado, y cuyos habitantes la apropiaron, sin mas motivo que la semejanza de sonido, a los *almorabides*, que enseñoreados del Africa se derramaron por las provincias meridionales de la Península. Encuéntrase en privilejio del año 1089 la expresion *Mohabides gentes*, aplicada a la nueva oleada de sarracenos que recien llegados de allende el mar infestaban las costas de España (5); y de allí adelante vemos designar a menudo a aquellos moros con el título de *mohabitas* en escrituras y memorias de los Alonsos VI y VII, o que tratan de las cosas de ese tiempo. No pudo pues componerse la Crónica de Turpin ántes de 1089. Mas: figura en ella un rei árabe llamado Texefin. ¿No

(1) Burney *History of Music*, t. II, cap. 2.
(2) Historia Compost. I: cap. 39.
(3) Historia Compost. t. II, cap. 16.
(4) Mariana, Hist. Jen. X. cap. 13.
(5) Sandoval, Alonso VI, era 1127, que corresponde al año de 1089.

es presumible que lo que sujirió este nombre al cronista fué el patronímico de los miramamolines almorabides, desde Jucepli Ben-Tashfin, llamado por los españoles Texefin y Texufin, que pasó el estrecho en 1086? Mas: Turpin representa la España cual se hallaba al espirar el undécimo siglo. Lo primero, porque en el repartimiento que, segun él, hizo Carlomagno de las tierras de España entre sus guerreros, se habla de Aragon y Zaragoza como porciones distintas; y Zaragoza fué poseida por los monarcas aragoneses desde 1118, en que la conquistaron a los sarracenos. Y lo segundo, porque entre las ciudades de Galicia cuenta nuestro cronista a Braga, Oporto, Lamego, Coimbra y Guimaraens. *Portugalenses* en Turpin significa solamente los habitantes del territorio y jurisdiccion de Oporto, llamado *Portus Cale* desde la dominacion de los godos; de manera que el Portugal de Turpin es una parte de Galicia. ¿Y cuándo empezó Portugal a existir como provicia independiente y distinta? Cabalmente en los últimos años del undécimo siglo. Las conquistas hechas a los moros de Lusitania se incorporaron por Fernando I en el reino de Galicia, y despues formaron parte del condado de Galicia, que Alonso VI encomendó en 1092 a don Ramon de Borgoña [1]. Enrique de Besançon tuvo desde la misma fecha el señorío de Portugal, que hoi decimos Oporto, y que mas adelante dió su nombre a toda la monarquía portuguesa por haber sido lo primero que poseyó su fundador. Pero no parece que don Enrique gobernaba con entera independencia de don Ramon; o por lo ménos es constante que su señorío estaba reducido a términos demasiado estrechos para que se mirase como una de las grandes secciones de la monarquía de Castilla. Don Ramon, conde de Galicia, mandó en Coimbra hasta mucho despues de aquel año, y hácia el de 1095 acaudilló una espedicion contra Lisboa. El año de 98 es el primero en que dicen las escrituras que don Enrique mandaba en Portugal y Coimbra (2). En 1101 suena conde de Portugal y Coimbra, casado ya con doña Teresa, hija natural de Alonso VI. En 1102 y 1106 se le titula yerno del rei, conde de Coimbra, Portugal, Viseo, etc.; y en 1107 su mujer doña Teresa se apellida reina (3). Finalmente, la historia Compostelana, escrita pocos años despues, llama ya Portugal a todo lo que poseian los cristianos en el pais que hoi conocemos con este nombre (4).

Lo ménos que puede deducirse de las observaciones precedentes es que al componerse la Crónica estaba mui fresco en la

(1) Sandoval, Alonso VI, en este año.
(2) Sandoval, en estos años, y la Compostelana, II, cap. 53.
(3) Sandoval en estos años.
(4) Historia Compost. I, cap. 3; II, cap. 10, etc.

memoria el estado de cosas que antecedió a 1118 en Aragon y a 1098 en Galicia; porque de otro modo no hubiera llegado al conocimiento de un hombre ignorantísimo de la historia de España, cual se manifiesta Turpin, que todo lo representa como lo ve, o segun las nociones vulgares. Escribióse pues la Crónica pocos años ántes o despues de espirar el siglo undécimo; y esta es en efecto la época a que se refiere mas comunmente su aparicion en Europa.—*(Continuará.)*

ANDRES BELLO.

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

NOVELA ORIJINAL.

—

VII.

Despues de comer me fuí a la playa elijiendo para sentarme una roca de mucha elevacion desde donde tenia un magnífico punto de vista. La conversacion de mi tio me habia preocupado de tal manera que solo vi cuando se hallaban mui próximas del lugar que yo habia tomado, a Laura y Florentina que pasaban a caballo por la playa, acompañadas por Adriano, el jóven que habia visto en la casa la noche anterior. Hícelas un saludo al que contestaron con amabilidad y luego las ví alejarse y perderse poco a poco de vista, con lo que yo me hallé distraido de mis meditaciones, deseando con ansia ver llegar la noche para hacer mi segunda visita.

Laura tenia ya mil veces mas prestijio ante mis ojos como todo lo que parece estarnos vedado. Huir la sociedad hallándose dotada de una belleza que por todas partes debia brillar eclipsando a las otras, me pareció un misterio que yo debia investigar, puesto que por una de esas mudas protestas que hacen los hombres que principian a amar, habia jurado ya unir mi des-

tino con el de ella, aun cuando fuese yo el único contrayente.— Pues bien, yo lo sabré—esclamé cuando aun divisaba a lo léjos el elegante cuerpo de Laura graciosamente sentada sobre su caballo proyectarse en el horizonte amarillento de la tarde. Aun divisaba flotar la pluma de su negro fieltro, cuando por una mirada de indefinida pasion la enviaba las solemnes protestas de mi amor naciente que, con los nuevos obstáculos, cobraba mayores proporciones. Despues, como era mui natural, pensé, y no sin cierta inquietud, en aquel jóven, que parecia íntimamente ligado a ellas por la familiaridad con que por ámbas era tratado, y por uno de esos impulsos del corazon que nos atrevemos a llamar presentimientos, sentí una secreta aversion contra el que de antemano creí mi rival, resolviendo observar sus acciones como si me hallase con derecho de hacerlo.

En la noche, mi tio y yo nos fuimos a la casa, donde se me hizo una recepcion mucho mas afable que la noche precedente. Laura me dirijió la palabra así que me hube sentado junto a ella, hablándome de las bellezas del lugar con un entusiasmo, que revelaba un corazon mui accesible a todo noble sentimiento.—Imposible que esta mujer no sea capaz de amar, me decia a mí mismo miéntras ella me describia con rara suavidad los mas hermosos lugares del puerto.

—U. va a creer que soi una romántica consumada, me dijo al terminar; pero puedo decirle a U. con franqueza que la causa de mi entusiasmo es que de los doce meses del año los dos que aquí resido son los mas felices.

—No obstante en Valparaiso, repliqué queriendo traer la conversacion a un terreno mas personal, hai muchas diversiones y para una persona jóven debe ser el lugar mas agradable de Chile.

—U. no ha estado nunca allí? preguntó ella.

—No.

—Es un lugar fastidiosísimo, repuso.

—Me han hablado sin embargo, dije obstinado, de bailes a bordo, paseos y reuniones particulares...

—En cuanto a eso, le confesaré que soi mui poco amiga de diversiones. Aquí vivo con mi hermana, salgo con mas libertad y sin estar sujeta al espionaje con que tantas personas se complacen en rodear a las mujeres.

Mil preguntas se agolpaban a mis lábios; mas no me atreví a hacerlas temiendo rayar en indiscrecion: contentéme, pues, con aquella respuesta y me quedé pensativo, afectando la mayor indiferencia del mundo, cuando a cada instante Laura me parecia mas bella, y a medida que mas hablaba con ella su influjo sobre mi aumentaba en creciente progresion.

Vestida con su natural elegancia en aquel lugar tan apartado, adornada con los atractivos de una brillante educacion, realzada por un talento poco comun, sentia yo por momentos que Laura podria ejercer en mi voluntad el mas pespótico imperio, y calculaba, con la sonda que mi tio habia puesto en mi mano, la profundidad del abismo en que, cerrando a propósito los ojos. estaba decidido a sumirme. ¿No es en efecto una de las mas hermosas abnegaciones de la juventud el concentrarse en un solo pensamiento, acariciarlo aun cuando sea huérfano, preferir sus ajitacio nes a la paz de la indiferencia, y hallarse pronto a dar su jenerosa sangre, por una mujer que ignora talvez el magnífico holocausto? Mi corazon entero volaba hácia ella con fuerza irresistible, pues llevado de esa vanidad que nos hace creer que el cielo toma parte en nuestras miserias, me dije, por la milésima vez en una hora, que Laura habia sido creada para tornar el hastío de mi vida en la inefable felicidad de los que encuentran su paraiso en la tierra. Su incomparable hermosura reasumia perfectamente para mí los diseminados tesoros de las caprichosas deidades creadas por mi cerebro despues de una de esas tardes en que volvia solo a mi pobre cuarto, habiéndome paseado en la alameda, y cuando flotaban confusas en mi espíritu las mujeres que acababa de ver, elegantes, hermosas, risueñas, desdeñando arrojarme una mirada, ánjeles de un paraiso, cuyas puertas me estaban prohibidas. ¿No era bastante todo esto para hacerme perder la razon y consagrarla mi alma?

En la noche canté varias cosas, cediendo al vivo deseo que ella me manifestaba, y entre ellas el romance de «l'Eclair» que un frances me habia enseñado en Santiago y al que Laura pareció cobrar particular afeccion. Al retirarme me dijo—hasta mañana—con un acento que me hizo estremecer de alegria—Ah! esclamaba en el camino, esa voz debe ser la mas suave música, diciendo: «si, yo te amo»!

Dos semanas se pasaron así sin que yo notase en Laura el menor cambio: siempre la misma sonrisa en los lábios, la misma mirada cariñosa, la misma voz de una armonía particular, miéntras que mi pasion crecia con espantosa rapidez. Muchas noches al entrar a mi casa, y cuando me hallaba libre del dominio de sus ojos, tachaba de injusto al cielo por no haber puesto corazon en una de sus obras mas perfectas, atribuyendo a falta de sensibilidad la constante indiferencia de Laura. En medio de mi desesperacion me preguntaba con espanto si los cálculos de mi tio deberian cumplirse, con lo que mi ánimo, naturalmente temeroso, me hacia creer que me hallaba bajo el dominio de una terrible fatalidad: luego con ese instinto de celos que jermina en el fondo de todo amor grande, recordaba que Laura tenia frecuentes conversaciones con Adriano, que casi siempre se hallaba a su lado.—Pues bien lucharemos si es necesario, me decia forjando en mi cabeza mil proyectos locos, devorado por esa fiebre que excita el ánimo en la duda. Y cuando habia recorrido toda la escala del sentimiento, desde las doradas esperanzas hasta la punzante desesperacion del desconsuelo, desde el tierno idilio de enamorados suspiros hasta la desgarrante elejia de ahogados sollozos, comenzaba a escribir desatinadas cartas que al dia siguiente rompia con desprecio.

Un acontecimiento imprevisto cambió repentinamente la escena.

Dos noches se pasaron sin que yo fuese a la casa de Laura; dos noches durante las cuales me encerré obstinadamente so pretesto de un fuerte dolor de cabeza. En la tarde del tercer dia me hallaba sentado en mi roca favorita, tratando de burlarme de mí mismo para cortar el mal que me destrozaba y proponiéndome dejar aquel lugar que tan funesto presajiaba serme.—En Santiago, pensé yo, al cabo de un mes, trabajando dia y noche, todos estos pesares, pasados al dominio de los recuerdos, me aparecerán sin duda como la memoria de una noche de embriaguez, de la que al dia siguiente nos avergonzamos: estas orjías de mi cerebro, abundantes en pesares cuanto mezquinas en alegrías, consideradas a travez del tiempo y la distancia me harán sonreir de lástima por mí debilidad y talvez alegrarme orgulloso de mi fuerza. Allí nada me hablará de ella

y luego la necesidad es un cruel maestro y yo tengo necesidad de estudiar.—Al fin de este monólogo de niño fanfarron, que cree en el poder de la voluntad, sentia un secreto pesar apoderarse de mi con la sola idea de no ver mas los paisajes del puerto, confidentes de mi amor y mis pesares; y entre las razones que el espiritu nos suministra cuando el deseo nos inclina a algo, tachaba de cobardia mi resolucion, como esos detractores del suicidio que pretenden que hai mas valor en vivir que en romperse el cráneo de un pistoletazo.

Sin duda la noche me habria sorprendido en aquella indecision si no hubiese divisado venir a lo léjos a Laura y su hermana, acompañadas como siempre por Adriano: mis proyectos de viaje se desvanecieron solo al verla; agolpóse mi sangre al corazon que latia con estremada violencia, y con la rabia en el pecho juré permanecer en Constitucion hasta estar persuadido que no era amado por Laura.

Entre tanto ella, Florentina y Adriano avanzaban hácia mí. A distancia de una cuadra, Laura que marchaba adelante dobló un recodo de la playa, formado por un montesito de arena, y apénas habia dado la vuelta una bandada de gaviotas, asustada con la presencia repentina del caballo, se levantó con estrépito, pasando sobre la cabeza de Laura: encabritóse el caballo con aquel movimiento y bajando despues las manos emprendió tan veloz carrera que yo sin tener el tiempo de reflexionar, y olvidando la altura de la roca en que me hallaba, me dejé caer de ella sobre la arena y tuve la suerte de hallarme en pié para sujetar el caballo desbocado. Laura dió un grito al verme caer y cuando, teniendo por la brida el caballo, la presenté mi mano para bajarla.—Que imprudencia Ismael, me dijo, esponerse con tanta temeridad!—Esas palabras, pronunciadas con la mas profunda conmocion, me estremecieron de placer: su mano que estrechaba dulcemente la mia, por efecto del miedo talvez; sus bellos ojos que se fijaban en los mios, húmedos de emocion y de espanto, todo me turbó de tal manera, que permaneci mudo algunos instantes, absorto en contemplarla y perdido en ese limbo de completo olvido en que nos arroja el destello de las miradas queridas.—Creo que será mas prudente bajarme, dijo ella rompiendo el silencio; y apoyándose apénas en mi hombro

se deslizó hasta tocar el suelo, rozando mi frente con los flotantes bucles de sus cabellos.

Florentina y Adriano llegaron al galope algunos momentos despues: los caballos fueron enviados a la casa con un hombre que pasaba por allí: Adriano ofreció su brazo a Florentina y marcharon delante de nosotros. Laura y yo hicimos en silencio los primeros pasos, como dos personas que temen entablar una conversacion no sabiendo por donde principiar. Pareciame oir aün su dulce voz, repetida por los ecos de mi alma con la alegre vibracion del amor, y sentiame a tal punto turbado que temia me traicionara el movimiento de mi sangre en la parte de mi brazo que tocaba con el suyo. Como Scévola, habria podido poner mi mano en un brasero ardiendo con tal que hubiese sentido a mi lado su afanosa respiracion, sobre mi brazo el muelle contacto del suyo apoyándose a veces a mi corazon, obligada por las asperezas del camino. Por no separarme de ella, por recibir como entónces sus inquietas miradas, hubiese querido arrojarme en medio de las aguas y apurar en un abrazo de moribundo los deleites que acaso siempre me negaria el porvenir. Andando así, mi sangre circulaba en torrentes de fuego.—¡Ella te amará! me decian las brisas del mar, depositando al pasar en mi oído sus húmedos cariños; y esa brillante prediccion, enjendrada por mi deseo, la repetian las aves marinas que pasaban sobre nosotros a buscar sus nidos ignorados; decianla tambien las blancas olas con su eterno murmullo y las campanas del pueblo que tocaban la oracion, habian cambiado para repetirla, en sonidos alegres, su lúgubre clamor. Mis ojos, alucinados con la violenta conmocion de mis sentidos, la veian escrita sobre la suave arena de la playa, en las antiguas rocas de musgosa vestidura; adentro del mar; en la niebla que velaba el infinito; en las floridas colinas que nos enviaban sus tesoros en ondas perfumadas. Nuevo Adan, me hallaba en el espléndido paraiso del sentimiento, llevado allí por la mano de Dios, con el alma casta, como un seno de virjen, fecundo terreno, donde las flores del amor debian alzarse con gallarda lozania.

Marchando al lado de Laura sin decirle nada, sentia mi corazon engolfado en las aguas tempestuosas de un mar de infinitos placeres, verdadero elemento de alegres riberas donde el

corazon se deja arrullar por las hadas, dormido en el seno de esa beatitud inefable que se apodera de nosotros, cuando por una rareza inaudita nos creemos poseedores de una felicidad completa. Sin encontrar palabras propias para espresar mi arrobamiento, la decia sin articular una voz, en un lenguaje de poderosa elocuencia, el corto poema de mi amor, fecundo en emociones si bien corto en acontecimientos felices; contábala mis abundantes y poderosos sentimientos, la eterna duracion de mi constancia; detallándola los primores del santuario de mi alma donde ella reinaba como divinidad.

—Mui admirador de las bellezas de este lugar parece U., me dijo Laura, como inquieta de nuestro largo silencio; creo, añadió, que es la segunda vez que le he visto sentado en esa roca.

—Es cierto, contesté, U. tiene una memoria feliz, es la segunda vez.

—Cuanto me alegro que este lugar le agrade, esclamó ella.

—Nada mas natural, repliqué, esto es tan nuevo para mí, pobre estudiante que durante largos años he tenido por único horizonte las cuatro paredes de mi cuarto, que oyendo hablar a U. en noches pasadas sobre las magnificencias de este suelo, me he dado a contemplarlo con todo el entusiasmo que verdaderamente infunde.

—U. quiere atribuirme un mérito que no poseo, dijo ella; poco habria valido mi exaltacion si U. no se hallase aquí tan desocupado que toma este pasatiempo como cualquiera otro; por ser el único que se presenta talvez.

—Sobre esto no disputaremos dije yo, U. tiene su opinion y gustándome demasiado la mia, prefiero no discutirla. Ademas, añadí despues de un corto silencio, al dejar mi aislamiento y a medida que tomo posesion de la vida ordinaria, veo que para ciertas personas sensitivas, llamando así a aquellos en que toda impresion produce un eco prolongado, los placeres de la naturaleza deben formar una segunda relijion.

—¿Y U. se cuenta entre esas personas? preguntó Laura.

—Tengo ahora esa pretension, contesté, y U. misma, que con tanto entusiasmo me ha hablado de este puerto ¿no encuentra que nuestras tendencias panteistas se hallan justificadas con los goces purísimos que la naturaleza nos vuelve en cambio de nues-

tro culto? Donde el alma esplaya sin temor la voz de sus aspiraciones; donde los objetos que nos rodean se asocian placenteros a nuestras alegrías y pesares; donde a cada sentimiento nuevo que alborea en nuestro pecho, ella responde con una nueva caricia; donde podemos en fin confiar en cuanto sentimos, no debe ser esa la patria de la parte inmaterial de nuestra esencia? sobre todo, cuando vivimos solos y creemos con acendrada fé en ese mundo de magníficas fantasías que llamamos amor?

—Sin duda, dijo ella sonriéndose, para un misántropo . . .

—¡Para un misántropo! repetí helado ante aquella sonrisa que me hacia desplomarme desde la altura en que me hallaba, al suelo glacial de la realidad ¿quién ha dicho que yo lo sea?

—Su tio de U.

—Bah! esclamé tratando de darme una tranquilidad de que me hallaba mui distante, mi tio llama talvez misantropía las vacilaciones naturales en un jóven que duda de si mismo.

—Por ser jóven U. no debe dudar, replicó Laura; pasados los afanes de los estudios, U. es dueño de la vida ¿por qué como a tantos, no ha de serle propicia? Hai algo que le impida para siempre ser feliz?

—Oh! no, nada en verdad. . . . . . .

—Talvez mi pregunta llama una confianza que no tengo derecho de exijir.

—Tal confianza me honra sobre manera, contesté conmovido.

Y por cierto que aquellas preguntas, hechas con su mas suave inflexion de voz, me daban terribles tentaciones de declararle mi amor; mas el orgullo y la timidez me hacian fuerte contra ellas. Parecióme un pobre espediente estallar con una declaracion, cuando, presumiendolo mejor, sus palabras indicaban solo una amistad delicada y sincera.—Decirla que la amo, me dije, será pedirla la limosna de su amor cuando ella se adelanta a ofrecerme solo consejos amistosos. Y luego, pensé ¿qué triste figura la de un hombre que toma al vuelo palabras insignificantes para decir, estoi triste, consuéleme U., U. debe corresponderme porque yo la amo?

—Si algo hubiera en mi vida que mereciere ser confiado a

una persona amiga, añadi despues de estas reflexiones, se lo referiria a U. con la mas franca sinceridad.

—Y entónces, ¿por qué desalentarse?

—Acaso no podré esplicarla lo que yo mismo no comprendo. Hai estados del alma, durante aquellos momentos de incierto pesar, cuando divisamos el porvenir como un campo estéril, miéntras que quisiéramos fecundizarlo con el aliento que nos anima, que son aciagos para el corazon y que nos hacen sentir ese inesplicable deseo de soledad, aspiracion indefinida que causa el primer desarrollo de las pasiones: en estos instantes hai hombres que solo aislándose respiran con holganza, asi como hai otros que piden sus consuelos a la embriaguez.

—Los hombres son inesplicables, murmuró ella.

—Ademas, continué, es una locura creer que un hombre jóven se aparta de los otros para nutrirse de pesares: es el efecto de una coquetería del corazon, que se complace en usar de sus facultades para formarse placeres estraños: la fantasía tiene predileccion por estos apartes de misteriosas melancolias, y se propone crear lo que la casualidad se niega a darle. Por medio de ella, yo por ejemplo, me hago el amante feliz de una mujer que ni sabe talvez que la he mirado con amor, y me vuelve a mi antojo cuanta sensibilidad he prodigado por ella.

—Con tan cómodo sistema no dudo que un hombre pueda hacerse hermitaño, dijo Laura riéndose.

—¿Y como encontrar, esclamé yo, el modo de llevar a cabo uno de esos amores imposibles, que todos soñamos, en los que la pasion nace espontáneamente y que no necesita de mas declaracion ni juramento que una mirada?

Laura no contestó: hubiérase dicho que estudiaba el modo de huir toda conversacion que hiciese referencia al amor.—Ah! mi tio debe tener razon—volvi a pensar, sintiendo que de súbito me abandonaban las avanzadas esperanzas que algunos momentos ántes me formára. Como todo el que ánsia ver coronados sus deseos por un éxito feliz, yo fluctuaba de la esperanza al desaliento y de éste a la esperanza, cual si a cada latido de mi corazon debiera esperimentar alguna de estas dos sensaciones. Por momentos arrepentido de haber dejado escaparse la primera ocasion, me daban terribles deseos de declararla mi amor con la

violencia de un arranque desesperado, arrojándola mi corazon para ver si pisoteándolo me decia, «si mi pobre Ismael, yo tambien te amo.»

Estos primeros furores del amor, cuando en vez de un vasto campo donde esplayar el exceso de nuestras pasiones, hallamos el limitado corazon de una mujer que las mira cuando mas como materia de pasatiempo, gastan nuestras sensaciones hasta el punto de hacernos egoistas o sarcásticos: pasada la aurora del alma, si asi puede llamarse el estado en que se reflejan en ella las primitivas bellezas de nuestras prendas morales, el hombre calcula sus impresiones, no queriendo poner de su parte mas de lo que en cambio de ellas pueda dársele; luchador esperimentado, economiza sabiamente sus fuerzas para oponer siempre una resistencia que le permita vencer. Mas, como te decia, yo no me hallaba en ese caso: como un niño que se desespera de no poder asir la imájen de la luna retratada en un estanque, yo lanzaba imprecaciones al cielo, porque no era correspondido por la primera mujer de que se me habia antojado enamorarme: hacerme amar por Laura me parecia ya una empresa superior a mis fuerzas; mi espíritu, cansado de inventar espedientes y mi corazon, laso por lucha tan desigual, abandonaban al campo llevándose un triste despojo de cansancio y desconsuelo.

Al llegar a la casa me despedi de Laura pretestando un dolor de cabeza. Descontento de todo y de mi mismo, subyugado por mi amor, sin mas perspectiva que el aislamiento, este sombrio refujio de las almas heridas, sentí la necesidad de verme solo para reasumir con cruel satisfaccion las torturas que me desgarraban y poderlas saborear a mi antojo en la espantable embriaguez de la desesperacion.

—¿Por qué se va U.? me preguntó Laura con ese acento que nos hace creer que inspiramos interes.

—Me siento mal, contesté, es talvez un efecto del aire de la playa.

—Si es asi, dijo ella, sentiria infinito incomodarlo.

—Ni una sola instancia para hacerme quedar, me dije al partir retorciéndome de cólera los brazos. ¡Dos palabras de afecto me habrian hecho tan feliz! Pues bien esclamé como para tomar una venganza de mi debilidad, me condeno por ocho dias

a no verla y si pasado este término no hai nada favorable dejaré este lugar.—Y al formar esta resolucion creí sentir ese descanso que los criminales deben esperimentar despues de la absolucion relijiosa de su falta.

Cuatro dias solamente pude luchar contra mi deseo, cuatro eternos dias, durante los cuales quise con un trabajo asíduo, con largas y vagabundas marchas, acallar en mi pecho la vibrante voz del amor, sofocar la vibora nacida en mi seno para destruirme. Dando por disculpa a mi tio la necesidad de recibirme de abogado a mi llegada a Santiago me entregué a los libros con esa rabia con que los hombres acosados por un remordimiento buscan en los vapores del vino el olvido de su fatal idea: mi remordimiento era la pérdida de mi tranquilidad y mi indiferencia por el santo deber que me habia impuesto de llegar a ser el sosten de mi familia. Mas despues de haber luchado cuerpo a cuerpo con mi fantasma, despues de evocar a Laura por uno de esos conjuros que el amor desesperado encuentra en su propia impotencia y de haber arrojado a su faz glacial, con sangriento reproche, mi palpitante corazon, torturado, aflijido, implorando amor como un hidrópico imploraria el agua; despues de contarla con resignada dulzura los sufrimientos de un corazon huérfano, que vanamente aspira a confundirse con otro corazon amante en los arrobadores deleites de un primer amor; despues de llorar, ora como el niño que ha perdido su único y querido juguete, ora como un hombre a quien arrancan por fuerza su última esperanza; dejé mi cuarto, abandoné mis fastidiosos volúmenes y pasé un dia entero perdido en los campos, cantando al borde de una fuente, como los enamorados pastores los fieros desdenes de sus tiranas Filis.

Una sensacion nueva para mí, y que aumentaba mi pesar en aquellos dias, fué la que me produjo la insensibilidad de todos los objetos que me rodeaban, pues en nuestros primeros sufrimientos morales quisiéramos ver por todas partes las muestras de la desolacion que nos aqueja. Tantas floridas colinas, los verdes bosques de misteriosa enramada, las aguas cristalinas con su eterna corriente, todos los testigos de mi profunda pena, permaneciendo sordos a mis quejas, me hicieron pensar con espanto en la soledad de la muerte. ¿No es en efecto una terrible

imájen del olvido, el tranquilo curso del sol, el aspecto igual de la naturaleza que parece desdeñarse de tomar parte en nuestras miserias? El hombre que de ordinario abriga la pretensiosa creencia de pensar que Dios se cuida de sus locas ajitaciones, al sentirse agoviado por una de esas aterradoras melancolias que una vez en la vida a lo ménos se apodera de nosotros, turbando el equilibrio de nuestras facultades, se sorprende al ver que sus jemidos no encuentran un eco amigo en las demas obras de la creacion: nuevo Titan, pretende escalar el cielo llevando a cuestas el peso de su angustia, y creyendo conmover al Omnipotente al mostrarle su parte de dolor que siempre juzga desmedida.

El quinto dia flaqueó mi resolucion, y por uno de esos argumentos capciosos que encuentra el espiritu para hacernos seguir el camino que en realidad deseamos, me convencí que me estaba haciendo a mi mismo una guerra absurda; olvidé mi propósito y me fui en la tarde a la casa de Laura que salia con su hermana acompañadas ámbas por su tio.

—Temia que U. estuviese enfermo, me dijo Laura cuando la hube ofrecido mi brazo, aunque su tio me aseguraba lo contrario.

—Sí y nó, contesté; ningun mal físico he tenido en efecto y aun creo que mi salud se ha mejorado.

Laura se quedó algunos momentos pensativa como luchando con la curiosidad.

—En tal caso, me dijo, su enfermedad ha afectado tan solo la parte moral. Y diciendo esto, sus miradas buscaron mis ojos animados por una estraña espresion.

—Es verdad, contesté alentado por aquella mirada, solo mi corazon y mi cabeza han sufrido.

—¿Y por qué? preguntó ella con voz suave, haciéndome temblar con su aliento que rodó tibio sobre mi mejilla.

—Ah! la razon es mui simple y fácil de esplicarse, dije, si U. me permite hablarla con franqueza.

—¡A mi! con mucho gusto, esclamó ella, afectando una admiracion desmentida por el temblor de su voz.

—Es imposible que ignore Laura, dije yo, que U. me ha inspirado un amor profundo: mis acciones lo han dicho bien claro: un amor como este, que debe por su espontánea lealtad, enor-

gullecer a la que es capaz de infundirlo, no puede revestirse ni de los timidos subterfujios de un alucinamiento de muchacho, ni de la forma aprestada de un galanteo especulativo: nace verdadero, se estiende sobre todas las facultades y reclama imperioso la correspondencia que le es necesaria. Ah! U. me encuentra brusco en mi franqueza, añadí viendo que ella queria interrumpirme, ¿qué quiére U? Al decirla esto cedo al movimiento del corazon que llamamos presentimiento y al influjo de tan fuerte deseo de ser amado que, por su propia vehemencia, ha llegado a convertirse en esperanza. Si quisiera darla una idea del desórden que este amor invencible, y hasta ahora desesperado, ha producido en mí, no acertaria sino a hacerla una pintura mui pálida que prestaria mui falsa idea de mis sufrimientos: ademas, si U. no me ama, la relacion de pesares a que involuntariamente ha contribuido no haria mas que fastidiarla.

Cesé de hablar, falto de aliento por el esfuerzo supremo que acababa de hacer. Laura me miró con aquella espresion de anjelical interes de la que solo puede darnos una idea la vista de un niño que cansado de buscar vanamente el modo de hacer sonar una caja de música encuentra por casualidad el secreto del mecanismo. Ademas hubiérase creido que mis palabras influian directamente sobre ella, porque a medida que hablaba, la presion de su brazo sobre el mio era mas pronunciada, y apoyándose así me dejaba sentir los acelerados latidos de su corazon.

Miéntras marchábamos, habiamos llegado a la cima de un pintoresco cerrito, cubierto de flores y verdura: allí nos detuvimos ámbos como si hubiésemos querido poner a la naturaleza entera por testigo de aquel instante solemne en la vida de toda criatura.

—A mi vez, dijo Laura, quiero hablarle con la franqueza que U. acaba de invocar. Por razones que U. me dispensará que calle, me encuentro en la singular posicion de no deber escuchar el amor de nadie y huir las ocasiones en que como cualquiera mujer me sintiese arrastrada por un amor involuntario: por una fuerza superior a las mias no he huido de U. ¿no es decirle que el amor nos ha sorprendido a la vez? Mas creeria faltar a la sinceridad dándole mas esperanzas que las que debo por lo que me parece mas acertado limitarnos a esta esplicacion. Gran falta seria ademas alimentar un amor imposible entre U. y yó....

—Ah! ¿y por qué imposible? pregunté interrumpiéndola.

—Esto es lo que le he pedido callar, contestó Laura. Partiendo de este principio, continuó, será mejor que vivamos como hasta ahora: como simples amigos.

—Una pregunta, esclamé, ¿tiene U. algun compromiso?

—No, dijo ella, ninguno.

—Entónces, continué, pongo al cielo por testigo que en adelante mi vida la pertenecerá a U. completamente.

—¡Cuidado!, dijo Laura sonriéndose, U. está ya prevenido.

—Bien lo sé y acaso por esto puede U. dudar de mi constancia: un término ilimitado para quien desea la realizacion de su felicidad con la vehemencia del verdadero amor, no dudo que podria desalentar a cualquiera; mas creo haberla dicho que amo por la primera vez, de modo que mi vida pasada viene necesariamente a reasumirse en este amor. ¿Una pasion sin recuerdos no debe alimentarse de esperanzas? y quién ignora que en esta materia la confianza en el porvenir infundiria perseverancia al espíritu mas inquieto? Yo salvo la distancia y me creo feliz: con esto viviré.

—Siento oirlo hablar asi y no seguir mi consejo, me dijo ella con seriedad.

¿Por qué quiere U. privarme de una felicidad tan natural y únicamente mia?, dije yo. Mi corazon renace al soplo de una nueva vida y creo que por largo tiempo podré idealizar el amor, la mas idealizable de nuestras pasiones.

—No, mejor seria renunciar a todo, insistió ella pensativa.

—Por qué ha de sernos imposible, repliqué, reducir un sentimiento jeneroso a los hermosos límites de un placer meramente moral y contemplativo? Dos corazones que se aman, añadí con la ciega fé del entusiasmo; no pueden infundirse mútuamente bastante fuerza para salvar las mezquinas barreras del materialismo? Ademas yo seré silencioso, recojiéndome a gozar en mi alma únicamente sin traicionar en nada mi pasion: la crítica nada tendrá que decir y U. se hallará a salvo de todo juicio.

Laura me dió las gracias por una de esas miradas que para los amantes encierran un poema de delicias; y ella apoyada sobre mi brazo y yo embriagado en contar los latidos de su corazon, recorrimos aquellos sitios pintorescos pidiendo talvez al mis-

mo tiempo a los campos algo de armonioso como la sensacion que acariciábamos.

Yo sentí por primera vez la grata alegria que resuena en el alma cuando encuentra por fin el eco cariñoso, buscado largo tiempo: ella se anuncia en el corazon acompañada de un pomposo cortejo de innumerables felicidades que nos regalan con sus festivos conciertos, brillando a nuestra vista no ya como huérfanas creaciones de un cerebro loco, sino como las lujosas realidades que la suerte regala a veces con ciega profusion. Ese amor misterioso que jermina bullendo sin cesar en los corazones jóvenes, cobra su verdadera forma, se refleja y comunica a todo nuestro organismo, cuando llega a concentrarse en algun corazon de mujer que responda con amante solicitud a sus esquisitas modificaciones: la singular sensibilidad femenina, unida a la vigorosa concepcion, al estenso sentimentalismo del corazon de un hombre, les presta el aroma de su poesía, infundiéndoles sus abnegadas virtudes. Como las notas desacordes que revelan sin embargo su armonioso poder, las facultades del hombre resuenan con admirable cadencia, apénas un amor de mujer las centraliza en un solo sentimiento, engalanado por ella con mil poéticos atributos.

Como era de esperarlo, las escenas de aquella tarde introdujeron un cambio total en mis ideas. Por el influjo de tan repentina alegría me creí predestinado a la felicidad, así como dos horas ántes me daba por el mas desgraciado de la tierra: entónces alzé mi frente con el orgullo que Napoleon debió manifestar despues de la victoria de Marengo, pues me creia dueño del mundo. ¿No es en efecto un don verdàdero del cielo la facultad que posee la mujer querida de darnos lo que ella misma ignora poseer? A la edad en que el amor es cuestion de vida o muerte; cuando la irradiacion de nuestras pasiones difunde la aureola de los ánjeles en torno de la mujer amada; cuando a manera de los antiguos caldeos, que en el desierto se guiaban por las estrellas, todos creemos que la mujer es la única constelacion que pueda mostrarnos la senda de la felicidad; cuando amamos, en fin, como poetas, con el alma; una lijera presion de manos, las miradas furtivas que son el atributo de un amor primero, las tibias caricias de la satisfaccion, forman los límites del mundo pobla-

do por nuestra fantasía, y bastan para transformarnos completamente.

Las pocas palabras de Laura, un tanto frias, analizadas a la luz de la razon, me parecieron en aquel momento todo lo que un hombre podria desear para creerse en la felicidad suprema. En la noche me mostré alegre y complaciente, y a no ser por el temor de despertar sospechas, hubiera de buena gana abrazado a mi tio, al padre de Laura, a los jugadores de malilla, a todos, en fin, como el que llega a su patria despues de un largo destierro. ¿Laura, con su amor, no me volvia a la patria de mi alma que, por la lei de la trasmigracion la creia yo habitadora en otro tiempo de aquel paraiso de alegria?

A peticion de ella canté el romance del «l'Eclair», con todo el fuego de mi amor, que brotaba de mi corazon en ondas de armonía, pues me hallaba, como dicen, en el sétimo cielo, y era tal mi olvido de todo que, solo al despedirme, noté la ausencia de Adriano que invariablemente se hallaba allí todas las noches: preguntando a Laura el motivo de aquella ausencia me contestó por vagas palabras a las que por el momento no presté atencion.

—Parece señor sobrino, me dijo mi tio al retirarse a su cuarto, que navegamos en el rio Tierno con viento en popa.

Sin contestar directamente le di las buenas noches y me fuí a mi cuarto, donde varias veces me sorprendí riendo como un idiota.—*(Continuará.)*

ALBERTO BLEST GANA.

LA

CONSTITUCION POLÍTICA

DE LA

REPÚBLICA DE CHILE,

COMENTADA.

CAPITULO I.

DEL TERRITORIO.

«Artículo 1.° El territorio de Chile se estiende desde el desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos y desde las cordilleras de los Andes hasta el mar Pacífico, comprendiendo el archipiélago de Chiloé, todas las islas adyacentes y las de Juan Fernandez».

Este artículo, tal como aparece en la Constitucion vijente, lo habian consignado ya las constituciones políticas de Chile, promulgadas en 1822, en 1823 y en 1828. El reglamento orgánico acordado por los plenipotenciarios de la República en 30 de marzo de 1823, al fijar los departamentos en que debia dividirse Chile, se limitó a señalar el límite del norte en el desierto de Atacama, dejando indeterminado el del sur.

Esta resolucion no hace mas que confirmar los límites que la cédula de ereccion del obispado de Santiago habia señalado a Chile por el norte, fijándolos en el desierto de Atacama, y los que la lei 12, tít, 14, lib. 2.º de Indias le habia dado por el sur, estendiendo la jurisdiccion de la Audiencia a lo que se redujere, poblare y pacificare dentro y fuera del Estrecho de Magallanes.

Chile ha estendido siempre su imperio y jurisdiccion en el norte hasta el territorio del Paposo y bahia de Nuestra Señora; pero en la parte continental del sur solo dominaba la provincia de Valdivia, hasta 1843, en cuyo año tomó posesion solemne del Estrecho de Magallanes, estableciendo una colonia y un fuerte en el puerto de San Felipe, y estendiendo asi su ocupacion real mas allá de los límites de aquélla provincia.

Antes de este acontecimiento, podria haberse dicho que el artículo primero de la Constitucion era ilusorio, y que el territorio de Chile no se estendia al sur de la provincia de Valdivia ni aun a las tierras que en ella ocupan los araucanos, porque el Derecho de Jentes no reconoce la soberanía de una nacion sobre los paises vacios, sino cuando los usa actualmente y los ocupa de hecho por medio de los establecimientos que en ellos haya formado.

Aunque bastaria para desvanecer este argumento la sencilla reflexion de que un estado tiene derecho de dominar toda aquella parte de territorio, cuya ocupacion le aprovecha y es necesaria a su seguridad, siempre que no perjudique o menoscabe los derechos reconocidos de otra potencia, tenemos a mayor abundamiento en apoyo del artículo constitucional la doctrina del Derecho de Jentes que las naciones europeas y americanas han reconocido y sancionado por su práctica en América.

Segun esta doctrina, las potencias que han ocupado el continente americano tienen el dominio eminente de los territorios adyacentes, y aunque estén ocupados por las tribus indíjenas, ejercen sobre ellos una especie de supremacia, en virtud de la cual definen las controversias que se suscitan con los indijenas sobre derechos territoriales, dan o venden el suelo, aunque se halle en poder de aquellas tribus, y no reconocen las enajenaciones hechas por estos sino como las que hiciera un particular, las cuales no menoscaban ni alteran en lo menor el dominio eminente. Tan espresamente está reconocido en la práctica este dominio directo que ejercen las naciones a título de primer ocupante en el territorio adyacente a aquel en que han sentado su imperio, que los gobiernos americanos y europeos se lo han trasmitido recíprocamente por tratados solemnes que se han respetado siempre como lejítimos y eficaces. La Gran Bretaña, la Francia, los Estados-Unidos y la España se han hecho varias trasmisiones de esta especie en diversas épocas.

Por consiguiente, aunque Chile no ocupára de hecho el territorio que se estiende dentro de los limites señalados por este artículo constitucional, y aun cuando no hubiese ejercido nunca sobre los habitantes de este territorio ningun acto de imperio o de jurisdiccion, su dominio eminente no podria ser desconocido, ni podria disputársele su posesion civil o de simple derecho por ninguna otra potencia, sin hacerle una ofensa que daria justo motivo para la guerra.

El estado de Chile, a título de primer ocupante del suelo que ocupan sus autoridades, ha podido en este artículo de su Constitucion declarar comprendidos en su territorio todas las tierras adyacentes, que ningun otro estado podria ocupar sin menoscabar sus derechos y sin perturbarle en el goce pleno y seguro de su independencia.

Talvez la disposicion de este artículo es una novedad en la historia de las constituciones políticas, pero ella es necesaria y de gran utilidad en el pacto político de un Estado que aparece por primera vez a la faz de la gran sociedad de las naciones, fijando sus derechos y estableciendo formalmente el hecho de su independencia.

CAPITULO II.

DE LA FORMA DE GOBIERNO.

«Art. 2.° El gobierno de Chile es popular representativo».

Esta denominacion que se da al gobierno del Estado no es precisa, ni está comprendida en las clasificaciones de la ciencia.

Gobierno popular representativo puede ser el de una monarquía y el de una república aristocrática o democrática, si en ellas se reconoce el principio de la soberanía nacional y se constituye la autoridad por medio de una eleccion popular.

Para conocer nuestra forma de gobierno no basta este artículo. Es necesario apelar a los demas en que se determina la constitucion de los varios ramos del poder público.

Mas preciso habria sido establecer que el gobierno de Chile es una *República democrática*, porque los ajentes de todos los ramos del poder político son elejidos sin mas consideracion que la de su capacidad personal y ejercen sus funciones por tiempo limitado.

«Art. 3.° La República de Chile es una e indivisible».

Este artículo, en que accidentalmente se da al gobierno el título de República, establece la *unidad* e *indivisibilidad* del Estado de una manera incontrovertible.

No puede haber en Chile mas de un Estado; por consiguiente no hai *federacion:* el gobierno es *unitario*. El poder municipal o local debe constituirse de manera que esté en relacion directa

con el poder jeneral y no obre con la independencia que obraria en una federacion.

No puede existir tampoco sino una sola lejislacion administrativa, civil y penal para todo el Estado; de manera que ninguna provincia, ninguna parte del territorio puede ser rejida por autoridades o por leyes distintas de las que rijen a toda la República. Los pueblos indíjenas o las colonias que se establecieren pueden gozar de exenciones que no sean contrarias a esta unidad, y las leyes a que serian sometidas no pueden serles dadas por una autoridad distinta de la que lejisla para todo el Estado.

Chile tiene, pues, una sola autoridad que lo dirije y representa, una sola personalidad en el Derecho de Jentes; y en el territorio que su Constitucion designa no puede haber otro Estado independiente o soberano.

«Art. 4.° La soberania reside esencialmente en la nacion que delega su ejercicio en las autoridades que establece esta Constitucion».

Hé aquí reconocido formalmente el dogma de la soberania nacional, es decir, el poder que la sociedad tiene de constituirse como mejor le convenga, para realizar su fin natural.

Al reconocer este hecho, la Constitucion ha definido con claridad el espíritu de nuestras instituciones y ha esplicado nuestra forma de gobierno con mas precision que lo habia hecho en el artículo 2.°

El poder político del Estado de Chile no es el patrimonio de nadie, ni su ejercicio puede tener otro objeto que la aplicacion del derecho, del principio de justicia, a la perfeccion y desarrollo de las facultades y de las relaciones de la sociedad.

Todo lo que contrarie este objeto es injusto, es un ataque al principio de la soberania nacional.

La soberania tiene su fundamento en la justicia y solo en ella puede encontrar la sancion de todos sus actos. De consiguiente las autoridades que, en virtud de la Constitucion, ejercen el poder de la soberania no pueden desviarse de este principio, ni pueden tener otras atribuciones que las que sean indispensables para llenar aquel objeto del poder político.

Cuando la Constitucion no tasa las atribuciones de una autoridad, como sucede, por ejemplo, respecto del lejislativo, esa autoridad tiene sin embargo un principio que le sirve de norma y de límite en el ejercicio de su poder, es a saber, el principio del derecho o de la justicia: todos los actos de esa autoridad que sean contrarios a aquello que es una condicion de la existencia y del desarrollo de la sociedad, son actos contrarios al derecho, son injustos, y no pueden considerarse como emanaciones de la soberania nacional, puesto que la nacion no puede obrar fuera de los límites de la justicia.

Al reconocer nuestra Constitucion la soberania nacional, es decir, el poder social, y al organizar las autoridades que lo han de ejercer, no ha podido apartarse del fundamento de ese poder, que es la justicia. Por consiguiente no ha podido conceder a la nacion ni al Estado la facultad de obrar fuera del limite puesto por la naturaleza a la libertad humana.

Ha habido en algunos estados americanos constituciones que han proclamado la *soberania del pueblo*, consignando así un error que ha sido harto funesto al progreso social y que ha dado a los escritores absolutistas muchos argumentos contra la indisputable doctrina de la soberania nacional.

Entendiéndose por soberania del pueblo la supremacia de la voluntad jeneral, segun las erróneas doctrinas de algunos filósofos republicanos, y aplicándose vulgarmente la palabra *pueblo* para significar toda aquella parte de la sociedad que no está en el gobierno o que no se comprende en las clases elevadas de la sociedad, se ha pretendido establecer que la soberania es el predominio de la voluntad de las masas, del populacho, que precisamente es en la América española el que carece de voluntad propia, y que por el lamentable atraso en que se encuentra puede servir mejor a las miras siniestras de los demagogos. Con esta lójica se han justificado los motines y aun se ha prestado muchas veces un poderoso apoyo al despotismo.

Semejante doctrina, que considera a la sociedad dividida en dos fracciones diferentes, adjudicando a una de ellas el derecho de dominar con su mayor número de *voluntades* a la otra, a quien nada concede, es no solamente errónea sino perniciosa a los intereses sociales. Si lo que con tanta impropiedad se ha llamado pueblo, se compusiera de hombres que tuviesen la capacidad necesaria para comprender los fines de la sociedad y la voluntad de resolver acertadamente las cuestiones sociales, habria motivo para atribuirle el ejercicio de la soberania, pero nunca seria justo atribuírselo esclusivamente, dejando sin participacion en ese derecho a toda aquella parte de la sociedad que en el lenguaje de la demagojia no se llama pueblo. La verdadera doctrina de la soberania nacional no cuenta las voluntades, sino que las pesa; no llama al gobierno solo la voluntad, sino la intelijencia, la capacidad de las cuestiones sociales; no escluye a nadie de su participacion, sino que deja a todos los hombres en la libertad de elevarse a su ejercicio.

Nuestra Constitucion ha evitado todos estos errores estableciendo la soberania de la nacion integramente, y para mostrar que nuestro gobierno es representativo ha declarado que esa soberania no es ejercida por la nacion misma, sino por las autoridades en quienes se delega.

De este modo queda condenada la falsa doctrina de la *demo-*

cracia absoluta, cuya forma jamás ha existido, ni es posible en el estado actual de nuestras sociedades; y queda tambien sancionado el principio de que los ciudadanos que ejercen el derecho de sufrajio, segun la Constitucion, constituyen en el acto de ejercerlo una verdadera autoridad, que por una delegacion legal representa todos los intereses sociales, inclusos los de aquella parte de la sociedad, que no tiene el uso de tal derecho.

De consiguiente, todo acto dirijido a coartar o perturbar el libre ejercicio del derecho de sufrajio, es un atentado contra una autoridad establecida por la Constitucion, que ejerce una parte de la soberania nacional, un poder tan lejitimo como el que representan los depositarios de los poderes lejislativo, ejecutivo y judicial.

Segun lo espuesto, es fácil concebir que el Código fundamental de Chile está conforme en esta parte a la teoría del Derecho Público Constitucional, porque reconoce la *soberania nacional*, atribuyendo su ejercicio, segun la estension y naturaleza de los intereses, a un *poder nacional*, que subdivide, como vamos a verlo, segun la manera como se aplica, en *electoral*, *lejislativo*, *ejecutivo*, *judicial y conservador;* y a un poder *municipal* a quien comete el cuidado y administracion de los intereses locales.

El conjunto de estas ramas del poder político forma la jerarquía de las autoridades establecidas por la Constitucion, a los cuales la nacion delega el ejercio de su soberania.

Estas autoridades, tomadas cada una de ellas colectivamente, en razon de la especialidad y homojeneidad de las atribuciones que la Constitucion les señala, forman otros tantos *poderes públicos*, porque cada una de ellas está investida de los medios de fuerza que son indispensables, o mas propiamente de las facultades que necesitan para ejercer su accion. Decir que la autoridad lejislativa, por ejemplo, es un *poder*, y que no lo son la autoridad municipal o la electoral, seria desconocer el valor de las palabras y el espiritu de nuestra Constitucion.

Las constituciones politicas anteriores a la vijente no eran sobre esta materia tan esplicitas ni tan lójicas. La de 1818 estableció que pertenecia «a la nacion chilena reunida en sociedad, por un derecho natural e inamisible, la soberania o facultad para instalar su gobierno y dictar las leyes que le han de rejir; debiendo hacer esto por medio de sus diputados reunidos en Congreso» (1). La de 1823 declara que «la soberania reside esencialmente en la nacion, y el ejercicio de ella en sus representantes» (2). La de 1828 estatuye en su articulo primero que en la nacion chilena «reside esencialmente la soberania, y el ejercicio

(1) Tit. 3.°, cap. 1.° art. único.
(2) Tit. 1.°, art. 3.°

de ésta en los poderes supremos con arreglo a las leyes.» Mas exacta habia sido la carta de 1822, porque se limitó a reconocer la soberania, diciendo que su ejercicio se «delega conforme a la Constitucion».

Todos estos códigos reconocen el dogma de la soberania, pero, los dos primeros establecen la soberania actual en los representantes del pueblo, sin conocer que las demas ramas del poder político no existen sino en virtud de la soberania, ni ejercen otra autoridad que tenga un orijen distinto de la autoridad lejislativa; y el tercero solo considera como poderes de la soberania a los *supremos*, sin recordar que los que vulgarmente no tienen este atributo, tales como el judicial y el municipal, son tambien órganos verdaderos de la soberania nacional.

Si estas constituciones desconocen los principios del Derecho Público que sanciona la vijente en su artículo 4.°, no fué, sin duda, porque pretendiesen establecer que en la república no habia mas poder que el lejislativo, sino por un error nacido del atraso en que a la sazon se hallaba la ciencia política. No es estraño que en aquellas épocas apareciese la autoridad lejislativa como el único poder soberano, porque tratándose de constituir un Estado, era natural que desapareciesen los poderes administrativos y los que no tenian una incumbencia suprema, en presencia del esplendor de la potestad encargada de organizar, de constituir y de establecer los principios reguladores de las relaciones públicas y privadas.

CAPITULO III.

DE LA RELIJION.

«Art. 5.° La relijion de la República de Chile es la Católica, Apostólica Romana; con esclusion del ejercicio público de cualquiera otra».

Este artículo reconoce un hecho, tal como lo hicieron las constituciones anteriores, excepto la de 1812 que declaró que la *Relijion Católica Apostólica* era la de Chile, lo cual era una falsedad, a no ser que ese Código se hubiese propuesto imponer al Estado una relijion que no reconociese al Papa como cabeza de la iglesia, en cuyo caso la disposicion tal como aparece, habria sido vaga.

Pero el artículo que examinamos no solo reconoce un hecho, sino que ademas contiene un precepto lejislativo, que consiste en imponer al Estado la obligacion de reconocer solo la relijion católica, apostólica romana, con esclusion de cualquier otro culto público.

Considerada la relijion como la union del hombre, por medio

de la intelijencia y del corazon, con el Ser Supremo, no está sometida a la accion del derecho y por tanto no puede ser objeto de la Constitucion política. Consistiendo esta union en las relaciones que se derivan de la naturaleza de Dios y de la del hombre (1), la lei no podria avanzarse a tocar esas relaciones sin atacar la libertad de la intelijencia y la espontaneidad del corazon que son unas de las primeras condiciones de la vida del ser intelijente.

Desde que la necesidad de manifestar el sentimiento relijioso hace aparecer en la sociedad una institucion públicamente organizada, el derecho puede intervenir, pero solamente para subministrar a esa institucion las condiciones de su desarrollo y establecer con arreglo al principio de justicia, sus relaciones públicas con las demas instituciones sociales y nunca para tocar el sentimiento relijioso.

En los paises católicos, como Chile, aquella institucion es la *Iglesia*, de orijen divino, que está constituida en *el cuerpo de los pastores sujetos y unidos al centro de unidad que es el mismo Pontífice, el episcopado universal unido al papado, al pontificado soberano y supremo* (2).

Por consiguiente y segun los principios espuestos, el art. 5.° de la Constitucion no es una prescripcion de derecho referente a la relijion considerada en toda su pureza, ni afecta en lo menor al sentimiento relijioso de los chilenos, ni se dirije a la libertad natural de que goza el hombre en sus relaciones con la divinidad. Lo único a que se dirije esta disposicion es a la Iglesia, porque esta es la única que en su carácter de institucion existente en la sociedad, está en relaciones con el derecho, con la lei.

El artículo contiene dos partes. En la primera declara que la *relijion de la República de Chile es la Católica, Apostólica Romana.* La Constitucion no pudo reconocer este hecho en 1833 inútilmente: no pudo ni tuvo por qué consignar esa declaracion tan solo para que se supiera que aquella era la relijion existente: la sociedad no tenia necesidad de esa noticia, ni el Estado podia ceñirse esclusivamente a reconocer el hecho, pues que el Estado, como encargado de la aplicacion del principio del derecho, tiene el deber de subministrar a la relijion, considerada como institucion, las condiciones de su existencia y de su desarrollo, y de reglar sus relaciones esternas. Luego esas palabras de la Constitucion, en vez de ser inútiles, contienen un precepto, es a saber, *que el Estado debe prestar a la relijion Católica, Apostólica Romana las condiciones de su existencia como institucion y reglar sus relaciones*

(1) La-Mennais, citado por el señor Garcia en su Tratado de la Verdadera Relijion y de la Verdadera Iglesia. Parte 1.ª, cap. 17.

(2) Trat. de la Verd. Rel. Part. 2.ª cap. 2.°

sociales. Concebida en estos términos la disposicion habria sido mas clara y precisa.

La segunda parte está concebida asi: *con esclusion del ejercicio público de cualquiera otra*. Si el artículo hubiese tenido por único objeto declarar un hecho, es evidente que no podriamos tacharlo de inexacto; pero como se ha estendido a consignar un precepto, las palabras que aquí copiamos significan que el Estado solo puede protejer la *relijion Católica, Apostólica Romana*, y que no debe amparar el ejercicio público de ninguna otra. Cualquiera otro culto público está por consiguiente fuera de la lei y no puede reclamar para su existencia y relaciones, el amparo del Estado.

Tal es la intelijencia jenuina del artículo constitucional. Luego este artículo limita a la relijion católica, apostólica romana, el cumplimiento del deber que el Estado tiene de subministrar las condiciones de derecho a la relijion considerada como institucion. Esto es lo mismo que si se limitase solo en favor de la industria agrícola el deber que el Estado tiene de prestar las condiciones de derecho a la industria en jeneral. El Estado aplica el principio del derecho y no podria aplicarlo con excepciones sin contrariar el fin de su institucion y sin ultrajar a la naturaleza que no conoce limitaciones en la aplicacion de ese principio.

Ya hemos dicho y demostrado que el artículo que examinamos no es un precepto dirijido al sentimiento relijioso de los chilenos ni a la libertad natural que el hombre tiene en sus relaciones con la divinidad: luego tampoco puede dirijirse a obligar a la sociedad chilena a que sea católica, apostólica romana, ni a imponer a los habitantes de este territorio la obligacion de que tengan esa creencia. La Constitucion de 1822 habia impuesto a los habitantes el mayor respeto y veneracion por esta relijion, *cualesquiera que fuesen sus opiniones privadas*; y la Constitucion vijente ha manifestado con bastante claridad que no pretende herir la libertad del pensamiento en el hecho de escluir solamente *el ejercicio público*.

Pero ha herido esa libertad y la ha herido de muerte al limitar el deber del Estado solo a la proteccion de la relijion católica. Prohibiendo al Estado que proteja cualquiera otro culto público y limitando asi sus deberes naturales, impone disimuladamente a la sociedad la obligacion de tener sola y unánimemente una creencia. ¿Qué importa que no se persiga al individuo por sus creencias relijiosas, cuando se le impide el *culto* que es una parte esencial de aquella libertad, puesto que no es otra cosa que su manifestacion esterna? Dejar al hombre la libertad de creer, prohibiéndole la de manifestar lo que cree, es atacarle esa libertad: es lo mismo que si le permitiéramos pensar como quisiera

en política y le prohibiéramos el hablar y el escribir sus pensamientos. Semejante restriccion es la negacion de lo que se concede.

Este precepto no ha producido sus efectos fatales, porque afortunadamente no ha habido en Chile diversidad de cultos. El hecho ha favorecido la observancia de la lei.

¿Mas cuál será el resultado de esta disposicion cuando exista el hecho contrario, es decir, cuando haya diversos cultos? Chile tiene con naciones de diversos cultos relaciones comerciales e intereses que cada dia toman mayor incremento: tiene tambien vastas comarcas que necesita colonizar. Si esos estranjeros que se establecen en Chile por intereses comerciales o por la colonizacion llegan a formar un círculo bastante numeroso que necesite ejercer su culto especial; para no vivir en la indiferencia y abandono de su relijion, el Estado no podria prohibírselo sin cometer una tiranía. Si la libertad de cultos es contraria a la relijion católica y a la Constitucion, seria mas lójico quitar a los ciudadanos la libertad que se les concede para manifestar sus opiniones, establecer un tribunal que velase sobre la *conservacion, fuerza e inviolabilidad* de la relijion, [cuya incumbencia daban a los jefes del Estado las Constituciones de 818 y de 822] y prohibir a los estranjeros su entrada en el territorio. Si se les admite, es necesario prestarles la seguridad que en favor de sus derechos reclama la lei de la humanidad; y como uno de los derechos mas caros del hombre es el de tributar culto a Dios, no podria negárseles sin violar esa lei y sin despojarlos de uno de sus primeros atributos.

Este hecho comienza ya a verificarse, pues hai en el pais mas de un templo público de cultos estraños. O el Estado cumple con su Constitucion o no cumple, si lo primero, deberia hacer observar el artículo V; y si sucede lo segundo, reconoce que ese artículo no puede cumplirse, porque es injusto y contrario a los intereses sociales.

CAPITULP IV.

DE LOS CHILENOS.

«Art. 6.° Son chilenos:

«1.° Los nacidos en el territorio de Chile.

«2.° Los hijos de padre o madre chilenos, nacidos en territorio estranjero, por el solo hecho de avecindarse en Chile.— Los hijos de chilenos nacidos en territorio estranjero, hallándose el padre en actual servicio de la República, son chilenos aun para los efectos en que las leyes fundamentales, o cualesquiera otras, requieran nacimiento en el territorio chileno.

«3.° Los estranjeros que profesando alguna ciencia, arte o industria, o poseyendo alguna propiedad raiz, o capital en jiro, declaren ante la Municipalidad del territorio en que residan, su intencion de avecindarse en Chile, y hayan cumplido diez años de residencia en el territorio de la República.—Bastarán seis años de residencia, si son casados y tienen familia en Chile; y tres años si son casados con chilena.

«4.° Los que tengan especial gracia de naturalizacion por el Congreso.»

Este artículo establece los cuatro modos de adquirir la ciudadanía conocidos jeneralmente en todos los paises cultos, el nacimiento, la estraccion, el domicilio y el privilejio.

El *nacimiento* en el territorio de Chile hace al nacido miembro de la asociacion civil, aunque sus padres sean estranjeros. Por consiguiente no tiene fuerza la disposicion de la lei 7 tit. 14 lib. 1.° de la Novísima Rec. que habia limitado esta calidad al hijo de padre o madre, o a lo menos de padre que hubieren nacido o contraido domicilio en los dominios de España, derogando el liberal precepto de las leyes de partidas y del ordenamiento Real que antiguamente disponian lo mismo que ahora la constitucion chilena.

El hijo de estranjeros en Chile será pues ciudadano chileno, y si sus padres pertenecen a un pais cuyas leyes reconozcan el título de la estraccion, como la Inglaterra o la Francia, por ejemplo, será ciudadano de Chile y del pais de sus padres. La ciudadanía chilena quedará para este individuo irrevocablemente fijada si su padre se naturaliza en Chile o si él se califica como ciudadano activo; pero si su padre vuelve con él a su propia patria, y se establece allí, permaneciendo ciudadano de ella, pierde el hijo la ciudadanía chilena porque sigue la condicion del padre. Otro tanto sucederia, si siendo el hijo mayor de edad, adoptase la ciudadanía estranjera. De modo que en tales casos, no podria volver a ser ciudadano en Chile si no le rehabilita el senado conforme a lo dispuesto en el artículo 11 de la constitucion. El hijo nacido bajo el pabellon de la República en el estranjero, aunque su padre sea estranjero, se reputa chileno. Y se entiende nacido bajo el pabellon de la República el hijo de un estranjero que se halla al servicio de alguna legacion chilena. Así lo declaró la cámara de diputados en sesion de 8 de junio de 1849.

La *estraccion* no es título de ciudadanía para los hijos de padre o madre chilenos, nacidos en territorio estranjero, sino cuando esos hijos se avecindan en Chile.

No es necesario que ambos padres sean chilenos, basta que lo sea uno u otro. Por consiguiente está revocada la disposicion de la citada lei 7 de la Nov. Rec., segun la cual era el padre y

no la madre quien trasmitia la ciudadania al hijo nacido en el estranjero, como sucede tambien en Inglaterra. Hoi en España, por la constitucion de 837, y en Francia se sigue la misma regla que en Chile.

Pero pueden hallarse el padre o madre que residen en el estranjero en uno de estos tres casos: 1.°, manteniéndose siempre chilenos, 2.°, sirviendo actualmente a la República y 3.°, habiendo perdido la ciudadaniá chilena, por alguna de las cinco causas que señala el artículo 11 de la constitucion.

En el primero de estos casos los hijos son considerados como chilenos por estraccion desde el momento en que tomen vecindad en Chile. En el segundo son chilenos aun para los efectos en que las leyes requieren nacimiento en el territorio de Chile. En el tercero no pueden adquirir la ciudadania aunque se avecinden en Chile, porque sus padres no podian considerarse como chilenos desde el momento que incurrieron en alguna de las causales del artículo 11.

Si despues de nacido un hijo de chilenos en pais estranjero, sus padres pierden la ciudadania chilena por haber sido condenados en Chile a pena aflictiva o infamante, por haber hecho quiebra fraudulenta, o por haber residido en el estranjero mas de diez años, sin permiso del Presidente de la República, el hijo conserva su derecho para hacerse ciudadano chileno por estraccion, avecindándose en Chile, porque sus padres han perdido la ciudadanía chilena por via de pena, y la pena no puede afectar al hijo inocente ni puede perturbarle en el uso de sus derechos adquiridos.

Pero si despues de nacido el hijo y pendiente todavía su menor edad, se naturalizan los padres en pais estranjero o adquieren ciudadanía por haber admitido de un gobierno estranjero empleos, funciones, distinciones o pensiones, sin permiso del Congreso chileno, el hijo pierde su título de estraccion, porque sigue la condicion de sus padres y queda naturalizado en el pais donde estos se naturalizaron. Asi es que si el hijo que se halla en este caso viene a Chile, no se hace ciudadano por el hecho de avecindarse, sino que necesita impetrar rehabilitacion del Senado, pues que habia perdido su carácter de chileno por estraccion en el acto de naturalizarse con sus padres en pais estranjero.

Mas si sus padres no adquirieron ciudadanía en el pais de cuyo gobierno no admitieron empleos u otras distinciones, porque no bastasen tales circunstancias segun las leyes de este pais para naturalizar a un estranjero, el hijo no pierde tampoco su título de chileno por estraccion. Sus padres perdieron la ciudadania chilena por haber admitido estas distinciones; pero como esa pérdida es una pena, no se considera afectado por ella el

hijo inocente. Este se encontraria entonces en la misma situacion en que se hallaria si sus padres hubiesen perdido la ciudadania chilena por condena a pena aflictiva o infamante, por quiebra fraudulenta o por una residencia de mas de diez años en pais estranjero sin permiso del Presidente de la República.

El *domicilio* en el territorio de la República confiere la ciudadania, pero supone el consentimiento del estranjero domiciliado.

Solo pueden aprovechar esta concesion los estranjeros que profesen alguna ciencia, arte o industria, o posean alguna propiedad raiz o algun capital en jiro, y entónces el tiempo de residencia es de diez años para los solteros, de seis para los casados que tienen familia en Chile, y de tres para los casados con chilena.

El estranjero que se halla en posesion de estos requisitos y desea naturalizarse, se presenta a la municipalidad del departamento en que reside, declarando su intencion y acreditando de un modo fehaciente que posee las cualidades mencionadas. Despues se presenta al Senado con las dilijencias obradas ante la municipalidad, para que declare si se encuentra o no el pretendiente en el caso de naturalizarse. Hecha la declaracion de un modo afirmativo, el Senado mismo la comunica al Presidente de la República y éste espide por el Ministerio del Interior la carta de ciudadania en favor del estranjero.

El *privilejio* es título de ciudadania, cuando el Congreso concede gracia especial de naturalizacion en favor de un estranjero, en atencion a sus méritos para con la República.—*(Continuará.)*

JOSÉ V. LASTARRIA.

PAJINAS DEL LIBRO DEL ALMA.

LA PRIMERA HOJA.

Siempre a tí! siempre a tí! No hai otro nombre
Que donde cupo el tuyo en mi alma quepa,
Ni en el bello idïoma que habla el hombre
Hai otro mas hermoso que yo sepa.
Tu nombre es una flor tan delicada
Que temo que al nombrarla se deshoje!
Es mi tesoro! quede allí guardada
Y aire de aromas solamente arroje.
Esa flor es la flor de mi existencia,
Esa flor es la flor de mis cantares;
Poesía y amor trae a la ciencia,
Poesía y amor a los pesares!
Lée, pues, estas bellas poesías
Inspiradas por tí, para tí impresas;
Si el público las toma como mias,
Tú bien podrás decir; *mias son esas*.
Tú, que sabes que siempre cuando escribo
Tu imájen está fija en mi memoria,
Que en el mundo prosaico en que yo vivo,
Tu risa es mi laurel, tu amor mi gloria!

No salga pues de aquí! Sagrado asilo
Tenga en mi corazon! Nadie lo toque!
Y en su extásis poético y tranquilo,
Lo adore el corazon, la voz lo invoque!

—

SUEÑOS DE AMANTE.

El alcion a los mares
Dice su queja,
A la ola, alma viviente,
La que se aleja;
Dulce, aunque ignota,
Todo en el orbe inmenso
Vibra una nota.
Por eso mis cantares
Bella espresion
De lo que mi alma siente
Para tí son.
Tú eres la llama
Que alumbra en lo que pienso,
La nota que ama.

—

APARICION DOBLE.

Envuelta en una nube luminosa
Yo te ví aparecer, figura hermosa,
Celeste aparicion.
A mi lecho risueña te acercaste,
Mi boca con un beso consagraste
Ofrenda de pasion.

—

En medio de una nube vaporosa
Yo te ví aparecer, cual dolorosa
Y fúnebre vision;
Oiste mis jemidos, te alejaste;
Y anegado en sus lágrimas dejaste
A un tierno corazon.

BALSAMO.

Cuando agudo pesar y amargo duelo
Hieren el alma mia,
Cuando mi noble anhelo
Cae en la prosa rutinera y fria;
En un libro de buena poesía,
Lenguaje material que habla del cielo,
Acuesto mi alma enferma;
Y grata melodía, calma grata
Por ella se dilata
Ya despierta poetízese, ya duerma.

—

PALINGENESIA.

El ideal es forma de una idea
Que el espíritu fija en otra forma;
Y el espíritu mismo que la crea
Para su nueva faz sirve de norma.
Lo bello es la verdad, y la belleza
En expresion o idea se transforma;
El ideal, en lo real empieza,
Y la idea renuévase en la forma.

—

QUIEN ES ELLA.

Es una sombra que do quier me sigue,
Es una imájen que jamás se borra,
Es un recuerdo delicioso y triste
Que yo llevo esculpido en mi memoria.
Es un deseo que nació conmigo
Parte de mi alma, que ella misma adora;
Es de otra vida celestial y bella
Fantasía talvez, talvez aroma.
Ese es el ánjel que en la noche oscura
Viene, tomando seductoras formas,
A acariciar mi frente con sus alas,
Y con su beso a perfumar mi boca.

Esa es la voz que canta las canciones
Que luego el alma, estremecida, entona;
Voz inefable que en estraño ritmo
Envuelve cadenciosa mis estrofas.
Esa es la risa que en los secos lábios
Como un reflejo de otra luz asoma,
Y enjuga el llanto que a los ojos mios
Dolor fatal del corazon arroja.
Esa es la estrella, cuya luz divina
Del mar enciende las oscuras olas,
Y muestra léjos, pero hermosos siempre,
Fértiles valles y jigantes rocas.
Es un deseo que nació conmigo
Es una imájen que jamás se borra,
Es un recuerdo delicioso y triste
Parte de mi alma, que ella misma adora!

—

INMORTALIDAD.

Ofelia, Beatriz, Gretchen, Haydía,
Creaciones del jenio y del amor,
Solo la poesía
En sus transportes májicos podia
Dar vida a un sueño, cuerpo a una ilusion.
Solo ella pudo arrebatar al cielo
Ese tipo de anjélica beldad;
Solo el constante anhelo
Que lleva al alma en ardoroso vuelo
A lo que es siempre bello, a lo inmortal!
Quién no os adora bellos ideales,
Hermosuras que nunca caducais?
Bellezas, ya reales,
Hijas de aquellos jénios inmortales
Con lengua viva de su gloria hablais.
Vosotras sois su grande pensamiento,
Vosotras sois su tierno corazon,
El dulce arrobamiento,
La pura irradiacion del sentimiento,
La aspiracion sublime del amor!

MODELO.

Artista, en tu modelo
La tierra lata y se adivine el cielo.
Artista, en tu paleta
Los colores diversos armoniza,
Rima, como el poeta,
Y la belleza en líneas realiza.

—

DIFERENCIAS DE CLIMA.

Donde el sol ilumina
Y un azul siempre claro transparenta
La belleza en su gracia se presenta;
Y es humana y divina.
Donde el trueno domina
Y la luz en la niebla se transforma
En grave cambia su elegante forma.

—

HOP! HOP!

Solo en el hombre el sentimiento del pensamiento divino llega al estado de conciencia.—Aristóteles.

Alza los ojos y contempla al cielo!
Todo es grandioso, todo iluminado.
Allí se sácia el infinito anhelo
En la grande extension de lo creado.
Arriba! arriba! El noble pensamiento
La creacion abraza.
Hop! Hop! el divino sentimiento
La creacion enlaza.
El hombre echa el cimiento
Y Dios, sobre él, el edificio traza.

—

PAIS.

Bello horizonte! Incomparable vista!
El sol en el ocaso reverbera
Y refleja en la blanca Cordillera
Su luz de sombra y claridades mista.

Corta la nieve caprichosa lista
Que sube desde la húmeda ladera;
Verdura al pié, verdura en la ribera...
Tus colores mas blandos muele, artista.
Completan el pais tres hermosuras;
Son las gracias que llegan a la orilla
Y en el fondo destacan sus figuras.
A la izquierda las casas de la villa;
Y entre nubes rojizas, semi-oscuras,
Como un ojo de fuego Vénus brilla.

—

UN JENIO Y EL POETA.

Dime: qué quieres?—Inscribir tu nombre
En las hojas eternas de la historia,
Y guerrero fatal, de la victoria
Hacer la trompa fiel de tu renombre?
Quieres riquezas? que postrado el hombre
Adore tu fortuna? Quieres gloria?
Que como la de César tu memoria
Domine al universo, al tiempo asombre?
Quieres posar sobre tu excelsa frente
El nimbo luminoso del poeta,
Astro del jenio siempre renaciente?
Quieres que el mundo Redentor te llame?
No!... Entónces, qué desea tu alma inquieta?
—Un sol sin nube, una mujer que me ame!

—

UN POEMA.

Todo un poema de gloria
Está impreso en mi memoria
En estrofas de amor.
Es un poema sublime
Que con sangre en ella imprime
El alma del cantor.
Poema que en si conserva
Como la esparcida yerba

Del sol, luz y calor,
Mis ensueños, mis congojas;
Y cada cual de sus hojas
Es un himno de amor.
Poema triste y divino
Que encierra todo el destino
De una vida de horror.
Aquí risa, allí sarcasmo;
Acá anhelo y entusiasmo
De celestial amor.
Duda y fé, mengua, heroismo,
Impiedad y panteismo,
Alegria y dolor;
Mas en dicha o en tormento
Siempre un noble sentimiento
Y en la duda, el amor.
Es un poema infinito,
Excomulgado y maldito
Aborto del rencor...
Revelacion misteriosa
De una existencia penosa
Que lamenta su amor.
Aspiracion incansable
Hácia la dicha inefable,
Hácia el bien creador.
Alma que quiere elevarse
Unirse y purificarse
En inmortal amor!

—

RECUERDO.

Allí me dijo: «te amo»; y en sus ojos
Brilló la luz de amante desvario;
Acá bañó su boca tierna risa,
Amor unió su labio al labio mio,
Y un eco dulce moduló la brisa.
Calla! lira indiscreta!
Guarda las confidencias del poeta!

UN RAMO.

Precioso ramo de varias flores
Esos aromas, esos colores,
Son las imájenes y la armonía
Que como lindas visiones,
Y como májicos sones
Flotan en mi poesía.

—

QUE SERA?

Hai mas allá? La tumba es un abismo
O en un trono de luces se transforma?
Queda en la tierra parte de mí mismo,
O de una idea ajena soi la forma?
Me ha creado el amor, o el egoismo?

—

SOLEDAD.

Amo la soledad, como ama el cielo
El puro corazon de alma devota,
Como el agua la flor que se marchita,
Como el ave nocturna ama las sombras;
Como ama sus ensueños el poeta
Y el marino el murmullo de las olas.
Bosques inmensos, perfumados valles,
Fuentes que saltan por estrechas rocas,
Montes nevados que circundan nubes,
Nubes que el sol a competencia adorna
Un risueño pais, en donde el ojo
De todo abraza la diversa forma,
Mi fantasía rápida bosqueja
Y lo fija a la par que lo colora.
Luego el amor se acerca y contemplando
Entre un cerco de luz y otro de aroma
Del risueño pais las bellas flores,
Urnas de amor que se derraman solas,
Con su rico pincel y firme mano
Desparrama la luz, une la sombra

Y en medio de las flores aparece
Forma adorada, aérea y luminosa.
Ya todo tiene voz, todo se anima.
El pais ántes mudo se transforma;
Y hablan las aguas y murmura el aire
Palabras inefables en las hojas.
De vapores de luz, finos encajes
Cuelgan del cielo, transparentes flotan,
Imitan de la luna el rayo ténue
O el rosado matiz del alba copian.
   Ella está allí! Su frente se ilumina.
Y sus negros cabellos que aprisionan
Negras cintas, reflejan suaves tonos
Y en las cintas de seda tejen otras.
Acercadme a esos ojos, que mi sangre
Hacen bullir intrépida y armónica,
Como una ola de sones que se quiebra
Vibrando en ruidos sus acordes notas!
Oh! dejadme enlazar esa cintura,
Y apagar en los lábios de esa boca
El deseo insaciable, el voluptuoso
Rayo de amor que el corazon devora.
Vivir solo, es vivir, cuando se ama,
Y es el libro de otra alma la memoria;
Y hai recuerdos que encantan los pesares
Y el frio tedio de las lentas horas!
Vivir solo, es vivir tranquilamente,
Sin relaciones frívolas y zonzas,
Sin tener que ostentar falsa alegria
Ni falsa fé de una creencia hipócrita.
Vivir solo, es vivir tranquilamente,
Como una flor en retirada loma
Purificando el alma en amor puro
Y en el fuego de extáticas estrofas.
Aquí sin importunos que me sitien,
Sin que ninguna voluntad se oponga
Yo sácio mis miradas en las tuyas
Y el supremo placer el alma goza.
Aquí solo eres mia; aquí te trae

De mi espíritu audaz la fuerza propia;
Y uniéndose contigo se levanta
Al mundo de los sueños, de la gloria.
En vano rompe la ilusion el velo
De mi contemplacion, y se evapora.
Otro velo el amor de nuevo tiende,
Gratos perfumes, suavemente sopla,
Y se eleva otra vez reanimada
De mi ensueño ideal, la talla hermosa.
No! no quiero vivir de otra manera.
No! no quiero que mi alma se corrompa
Lanzando a todo mar sus sentimientos
Y a pies inicuos mis ideas todas.
Qué me dará la sociedad? miserias,
Soledad de amargura, si ruidosa,
Invencible fastidio, eterno choque
Entre dos creaciones que se odian....
No! no quiero vivir de otra manera.
Vivir solo, es vivir, cuando se adora!

—

CONVICCION.

Quién no va en pos de un mundo, en pos de un astro
Como Herschell y Colon? Quién algun dia
No halló en su senda un luminoso rastro
De verdad, de virtud, de poesia?

—

POEMA.

El amor, alma mia, es un poema
Ya triste, ya sombrio, ya de mofa;
Distinto en formas pero igual en tema;
Y es siempre un beso la mejor estrofa.

—

MEDIA NOCHE.

Todo es triste y oscuro! Lentas horas
Nublados dias, solitarias noches,
Infinitos deseos y esperanzas

Que no llegan jamás, que siempre anhelo!
Adonde, adonde estás? Esa tiniebla
Que al choque de la idea se ilumina
Transparentando imájenes celestes,
Oculta a la verdad, lo bello ofusca?
Será preciso para entrar al fondo
Para bañar el alma en su luz santa,
Para elevar la mente a su sagrario,
Será preciso abandonar sus sueños
Desnudar su ilusion de la belleza
Y acostumbrar a sombras mente y alma?
O mártir! o rebelde! y cuántas veces
Es necesario ser rebelde y mártir!
Hai algo que creer? Vive en nosotros
Un espíritu eterno, o solamente
Ajítase convulsa la materia,
Y la vida no es mas que el movimiento,
Un impulso del aire?... Sobre el rostro
De un cadáver reciente, mis pupilas
Se han fijado anhelosas; recojido
Mi cerebro estudiaba, y en los lábios
Como dos rimas armoniosas juntos,
Buscaba algun susurro de otra vida!
Nada! Silencio y palidez! Inmóvil
Como una estátua, que de blanco mármol
En su taller el escultor cincela.
Más todavia! En la diforme roca
Vierte el artista inspiracion de fuego
Y remeda la vida, engaña una alma!
Limbo de dudas, esperanza frájil,
Rómpete para siempre, o en la oscura
Soledad resplandece, y la tiniebla
Celaje sea de la eterna aurora!
Soi bastante infeliz! Hartos dolores
Han echado raices en mi pecho;
Sirva ese jugo que circula en ellas
Para inundar los brotes que se arraiguen!
Y si a llorar, si a padecer nacimos,
Suframos pues! De penas y de dudas

Tejamos la mortaja, y resignado
Para dormir el sueño de la muerte
Con aire de desden vístala el cuerpo.

—

OFRENDA.

Otros dan flores, yo te doi versos
De mis amores, bella expresion;
Si una guirnalda formas con ellos
Atas en ella mi corazon.

—

RECETA.

Te cansa la ambicion? De la opulencia
El brillo fátuo, el oropel te ofusca?
Consagra a la verdad tu intelijencia,
Ama el cielo y la luz; ama la ciencia
Y una alma hermana, una alma tierna busca.

—

ARMONIA.

En el alma del hombre, en ese valle
De armonia y de flores misteriosas,
El hielo de las cumbres ha caido.
Todo muere al nacer, todo es estéril.
La corrupcion de fétidos miasmas
Como una negra enseña, en las ciudades
Abre sus pliegues; y avaricia y crímen
Y furores, desprende en viles hombres.
Sentimiento, grandeza, poesia
Noble anhelo del alma, en los desiertos
Como huraños leones, ocultaos.
Aquí, qué haceis? Lo bueno se persigue
Y alcanza la verdad desprecio o befa.
La mujer! Esa taza de alabastro
Que conserva el licor de la esperanza
Y del amor la transparente esencia;
O insultada sucumbe y en jemidos

Como una aura a los cielos se suspende;
O acostada en el cieno prostituye
Al vicio, su virtud y a su contacto
Se gangrena, se muere o se corrompe.
Ah! vosotros, plajiarios sin injenio
Del célebre don Juan, monos bastardos,
Aguilas-tigres de inocentes niñas
Pavoneais en las calles vuestro orgullo.
Bravo! Qué lauro! La servil lisonja
Arrastró su ignorancia... lengua imbécil
La mintió amor y se rindió! Qué lauro!
No es un lauro don Juan! es una infamia!
Hombres! oid! De la egoista ciencia
Las ramas estended! Crezca su sombra
Y la mujer la goce! Así la madre
Dará al hijo feliz mas pura leche;
Así el mundo encontrando un eje firme
Rodará sin chocarse y la armonia
Una sola familia hará del mundo!

—

AVARICIA.

Como a la perla luminosa y pura
Que el mar esconde en su tranquilo fondo,
Esa ofrenda de amor y de ternura
Oculta de tu pecho en lo mas hondo;
Mas como suele de su centro en calma
Sacarla el buzo que alcanzára a verla,
Deja a mis ojos penetrar en tu alma
Y sea yo solo el dueño de esa perla!

—

BUSTO.

De tu cabello suelto
Las negras ondas,
Semejan, mar revuelto
Crespado en rocas;
Límite bello
Al mar de ébano, fija
Tu blanco cuello.

A LA LUNA.

No he visto en el paseo a mi querida
Y yo en buscarla insisto.
La quiero consolar: está aflijida;
Oh! Luna, huron nocturno, y tú la has visto?

—

DIABLOS AZULES.

Mi cerebro revienta; en mi cabeza
Enorme peso siento
Y ayes de melancólica tristeza
Arranca al alma oculto sentimiento.
Nuevo delirio empieza;
Nada encierra mi loco pensamiento!
Tengo fiebre. Los párpados caidos
Transfiguran la luz en sombra inerte;
Ajítanse del pulso los latidos,
Se recojen los nervios oprimidos
Preludiando el desmayo de la muerte.
Qué es de mí! Dónde estoi! Qué luz es esa,
Luz de infierno que atrae y que fascina?
La atmósfera es espesa
Y el rayo que a momentos la ilumina
Nuevas chispas eléctricas derrama
Y el aire respirable vuelve llama.
Qué calor! Ese aire me sofoca,
Ese aire me quema los pulmones.
La sombra inerte a mis pupilas choca
Y enjendra horribles trasgos y visiones...
Aire a mi corazon! aire a mi boca!
Ay! qué horrible cansancio, cuánta arena!
El desierto es inmenso;
Como en mi alma la pena
Eterno jira el torbellino denso!
No hai flor, no hai una fuente.
La maldicion despoja, esteriliza...
Soledad misteriosa
De escombros de murallas y ceniza.

Aquí, todo reposa
En un letargo mudo e impotente...
Se ofusca mi razon, se arde mi frente.
Oh! martirio y dolor! Vida penosa!

—

AURORA BOREAL.

Rayos bellos de rico meteoro
Cruzan mi alma sombria,
Y en tus ojos que adoro
Se concentran y ofuscan, vida mia.

—

LAS TRES ALMAS.

Dónde vás, alma perdida?
—Voi en busca de una flor
Cuyo nombre sea vida,
Cuya esencia sea amor.
Dónde vás, alma perdida?
Yo, de un ser camino en pos,
Cuya esencia sea vida,
Cuyo nombre sea Dios.
Dónde vás, alma perdida?
Yo, a buscar en un Eden,
Esa flor, que llaman vida,
Cuya esencia es la del bien.
No busqueis, almas perdidas.
Vida, Dios, bondad, amor,
Son esencias divididas
Pero es única la flor.

—

LOS ASTROS.

Déjame, amigo, contemplar los astros;
Y suspensa en sus rayos mi pupila
Extienda su horizonte al infinito.
Cuando veo esos orbes que circundan
La inmensa creacion, soles hermosos
Que iluminan incógnitas rejiones;

Cuando miro esos orbes, en el alma
Callan todos los ruidos terrenales
Y habla solo el silencio de otro mundo.
Sirio luce y su esfera luminosa
Se ensancha, y la tiniebla como un nimbo
Se empapa en su fulgor y lo corona;
Como una isla del cielo, sus estrellas
La via-láctea descubre a mis miradas
Y sus bordes aéreos se tapizan
De orlas vagas, de sombra y de esplendores!
¡Qué paz en todo reina, y todo cumple
Su lei de actividad, su faz de vida!
Y planetas, y soles y cometas
Oríjen o reliquias de otros orbes,
Atraviesan su jiro sin chocarse!
Por qué la humanidad, astro divino,
No recoje sus fuerzas y las guia
Sin romperlas jamás al bien de todos?
Déjame, amigo, contemplar los astros;
Quizás el porvenir sobre sus fases
Está escrito... Quizás la intelijencia
Busca en la tierra lo que está en el cielo!

DESALIENTO.

Estoi triste, mui triste! Mi existencia
Es un bosque del trópico, sombría;
Que si arraiga la flor de una alegría
Ningun astro le presta su influencia.
Sube en vano mi libre intelijencia
Avarienta de amor, de poesia;
Está herida de muerte el alma mia
Y su tumba precoz es la esperiencia.
Para qué, para qué sueño esos bienes,
Bienes que pasarán como mi anhelo,
Quemando las artérias de mis sienes?
Adónde irá del pensamiento el vuelo
O mundo, si la atmósfera que tienes
Es lienzo burdo que amortaja al cielo?

DESEO.

Oh! si pudiera de estrellas
Hacerte un nimbo, bien mio!
—Delirio! no pueden ellas
Alumbrar de luces bellas
Un corazon ya sombrío!
—Pobre! pobre bien mio!
Entónces aquí no hai nada,
No podrá latir jamás?
—Un rayo de tu mirada
Para aquella que es amada
Es un sol y vale mas!
—No me olvides jamás!

LA NUBE.

Peregrina de aéreos parajes,
Hija errante de móvil cascada
En las cimas de nieve eres toldo
Y en los valles rocio del alba.
Linda nube, tus flecos tendidos
En la luz como cintas circulan;
Con el aire se alejan, se atraen
Y las joyas del iris anudan.
Tú reflejas del monte las sombras,
Tú la luz en tus orbes disuelves,
Tú del campo florido y extenso
El fantástico espejo pareces.
Ah! por eso mis ojos o nube
Se desbordan en llanto al mirarte;
Que un recuerdo se pinta en mi mente
Y tus nieblas me vuelven su imájen.
Y a tí suben del lábio quejoso
Los cortados y tiernos suspiros;
Melodías de un roto instrumento
Que reparte la brisa en jemidos.
Linda nube, retrata las nieves
Y del cielo las plácidas sombras;

Pabellon de frescura en el monte
Y en el valle abanico de aromas;
Linda nube si vuelves de nuevo
Peregrina de aéreos parajes,
Esas nieblas de luz que te inundan
Siempre, siempre, me vuelvan su imájen.

—

LA FLOR DEL VALLE.

Flor del valle, flor del valle
Dí, qué estrella te perfuma?
Algun ánjel vierte en bruma
Su rocio bienhechor?
Solitaria tu existencia
Pero siempre perfumada
Es una alma enamorada
Y de eterno, puro amor!

—

LOS GOCES.

Conserva en su pureza
Niña alabada
La flor de tu belleza
Tan codiciada.
Tú, no conoces
Cuánta amarga tristeza
Dejan los goces.

GUILLERMO MATTA.

MI VIAJE A NINGUNA PARTE.

V.

Capítulo que nada tiene que ver con lo demas.

Hai dias en los que me es imposible coordinar y espresar mis ideas: no sé si las tengo, pero hablo en fin de lo que yo llamo mis ideas, sin perjuicio de que cada cual les dé el nombre que mas le cuadre. La vida es sueño, ha dicho Calderon, y como a mí me acontece soñar a veces que tengo ideas, es por esto que digo que hai dias en los que no puedo coordinarlas ni espresarlas. En estos dias no soi ni espiritual ni materialista; ni liberal ni pelucon, ni hablador ni callado, ni bueno ni malo, ni escritor público siquiera: nada me interesa, ni me inquieta, ni temo ni deseo; podria ver sin conmoverme la mayor de las desgracias, y recibiria la mayor de las felicidades sin que mi corazon latiese por esto un punto mas lijero. En estos dias soi algo peor que nada, soi fastidio o estupidez; aunque yo, como muchos otros, doi a mi mal un nombre importado de Inglaterra, nombre que ha pasado a todos los idiomas y es spleen. Estos dias son paréntesis en mi existencia; sirven solo para completar la suma de los otros, pero en nada les harian falta.

Cuando llega uno de ellos apenas me levanto digo: hoi debe estar nublado: sucede a veces que no hai en el cielo una sola nube; pero aunque el sol abrase yo encuentro el dia opaco y descolorido: tan cierto es que el hombre va siempre a buscar en

las alturas la causa de sus males. Nos hiere una desgracia? el buen cristiano dice: es Dios que me prueba, hágase su santa voluntad; miéntras otros esclaman: el destino, la casualidad, la suerte, teniendo siempre cuidado de atribuir el orijen del mal a cosas que no podemos comprender. Muchas veces he querido averiguar la causa filosófica o fisiolójica de este estado del espíritu, porque las mas veces me ataca sin que acontecimiento alguno haya venido a turbar la monotonía de mi vida; pero me sucede con esto lo que a la policía con los robos, y a los bomberos con los incendios: hai ladrones? pues, buscarlos; hai fuego? pues, echarle agua: de doscientos ladrones se prenden dos o tres por sospechas; y de la casa incendiada se salvan las paredes, porque era lo único incombustible: yo tambien despues de todo un dia de inútiles pesquisas, encuentro dos o tres razones a las que prendo por sospechosas, y viendo que no me satisfacen les echo agua, para salvar a lo menos las paredes.

El hombre tiene una especie de pasion por los misterios: lo que es claro y sencillo raras veces consigue interesarle, y vemos por esto que en todas las edades conocidas del mundo, ha tenido sus misterios a que ha dado crédito o adoracion: nuestra edad cree en el misterio de no tener creencias, y cada individuo en particular da crédito a ciertos misterios, que talvez existen para él solo. Entre muchas otras preocupaciones, tengo yo la de creer que hai para mi dias dorados, grises y negros: hai un dia en el mes que es siempre e infaliblemente negro: yo lo miro acercarse con terror, aunque soi el primero en reirme de una supersticion tan ridícula y sin fundamento: los que le anteceden y le siguen son casi siempre grises; el resto no tiene color fijo, y son como esos dias de primavera, retrato en miniatura de todas las estaciones del año.

Cuando me llega uno de los negros, recorro todos los libros de mi estante, todos los papeles de mi cartera, todos los cuartos de mi casa; busco algo que no he de hallar, espero algo que no ha de venir: repaso en mi imajinacion todas las escenas tristes de mi vida; visito con el pensamiento los sitios caros a mi memoria, teatro de dichas ya perdidas; pienso en todos los que he amado y que la muerte, talvez piadosa, ha conducido a mundos mas dichosos que el nuestro! Por fin, fatigado de mi viaje aéreo, desciendo a la tierra, a mi situacion presente, al pais y a la sociedad en que vivo: una nube mas negra que las que hai en este instante sobre el cielo, se esparce sobre mi frente, y estoi casi por envidiar la suerte de los que descansan en el sueño eterno, aunque hasta ahora nunca he tenido ganas de morirme. Recuerdo que, cuando era niño, no temia la desgracia, tomaba los pesares por su lado poético, y el infortunio ceñia ante mis ojos una aureola brillante a las sienes de su víc-

tima; sin embargo me quejaba, y en pomposos versos, de las amarguras de la vida que, por cierto estaba distante de conocer todavía: ahora la encuentro pasablemente bella, salvo algunos pequeños inconvenientes con los que tocamos es verdad, a cada paso, pero para los que tenemos el consuelo de repetir con Chénier:

S'il est des jours amers, il en est de si doux!
Helas! quel miel jamais n'a laissé de dégoûts?.
Quelle mer n'a point de tempête?

Verdad es que esta especie de consuelo está comprendida en aquel antiguo adajio que dice: mal de muchos consuelo de tontos; pero digase lo que se quiera, aun a riesgo de pasar por tonto, yo he adoptado, en todos mis males, por muchas y pesadas razones, el partido filosófico de consolarme, como lo hacen los ministros de haber perdido las elecciones en algunas provincias, y nadie creo que querrá decir que los ministros son tontos.

Toda alma jóven, en la mañana de la vida, anhela siempre encontrar algo que se le asimile; admite la vida sin condiciones, y se lanza desde sus primeros pasos a misteriosas especulaciones sobre un mundo imajinario. Busca algo de imperecedero y eterno en todo lo que mira, en todo lo que ama y elevado por la imajinacion y el sentimiento, cree ver en la raza humana una vasta y numerosa familia, estrechada por los dulces vínculos de un infinito amor. Pero cuando los años han madurado su juicio, cuando el desengaño ha destrozado en parte las alas de la esperanza, contempla el mundo real por un prisma sombrío que hace ver una contraccion dolorosa en todos los semblantes. Busca en vano en los hombres de sociedad la pureza en los sentimientos, la nobleza en las acciones, y se sorprende al descubrir que ha dado muchas veces su admiracion a la hipocresía y al embuste. Encuentra que la virtud no es las mas veces sino una máscara con que se encubre el crimen, la amistad un comercio de engaños, el amor un velo dorado con que se disfraza el interes o el desenfreno, y la libertad, la libertad con que tanto se sueña y se delira, para muchos no es mas que una palabra! Y entónces fatigado, agobiado con el peso de un mundo que, solo existe en su alma, desciende al corazon, puro manantial del sentimiento; pero ay! cuantas veces lo encuentra destrozado, marchito, frio, y en lugar de suministrarle consuelo, lo sumerje mas en el abismo del dolor! La fantasía exajera acaso las sombras de esos cuadros, pero no por esto, es menos cierto, que toda alma jóven y entusiasta, esperimenta esta triste y dolorosa caida al estrellarse con la realidad y prosaismo del mundo.

La humanidad, no se quien lo ha dicho, tiene, como los individuos, sus épocas de transicion, en que las ciencias vacilan, los sistemas suceden a los sistemas, las instituciones a las instituciones, y en que la filosofía fatigada de su inútil tarea, convencida de su impotencia, desespera del porvenir y lanza una maldicion al echarse en brazos del escepticismo. La humanidad entónces se ajita como las olas del océano, ruje, se estrecha, se despedaza: gasta en inútiles convulsiones las fuerzas de su cuerpo, y la poderosa voluntad de su alma en maldiciones y quejas. ¡Desdichadas jeneraciones las que nacen en épocas semejantes! Triste prueba de esta desconsoladora verdad es nuestro siglo, que han dado en llamar positivo; cuando es talvez un siglo de indiferentismo, pero al mismo tiempo de elaboracion y de lucha. Esto parece una contradiccion; pero obsérvese nuestra sociedad, penétrese en su corazon, indáguese el orijen, las causas de los acontecimientos que diariamente se suceden a nuestros ojos, y se verá que estos dos principios se disputan incesantemente el dominio del universo. Ahora bien, el hombre de imajinacion y de sentimiento ¿qué puede esperar de una sociedad fria y prosaica, que mira como ridículas patrañas las mas bellas creaciones de la fantasía, los sueños mas hermosos de la imajinacion? ¿qué puede esperar de una sociedad que especula con el sentimiento, que mata el corazon enseñando, desde la mas tierna edad, como verdades innegables el cálculo, y la metalizacion de cuanto existe de noble, de desinteresado y bueno en el alma del niño? Ademas.... pero basta, que creo sí, bastará lo dicho para probar a mis lectores, las razones que prendo como sospechosas de la variedad de colores de mis dias.

Hoi estoi en uno de los grises; el negro se aproxima, y al tomar la pluma no tenia intencion de decir nada de lo que llevo escrito, sino solo la de copiar una pájina de un manuscrito que tengo en mi poder: si lo hubiera hecho, esto me habria ahorrado tanta palabreria, probando a mis lectores, que hoi menos que nunca, puedo escribir algo que sea razonable. Pero, qué hacer? así soi siempre: me siento a mi mesa, tomo la pluma y escribo no lo que me habia propuesto, sino lo primero que a mi señora fantasía se le antoja dictarme. En fin el manuscrito dice así:

« Me preguntaba hoi, quizas por la millonésima vez, de donde nos viene este fastidio continuo, esta sed de placeres y de emociones, esta eterna inquietud del alma que nos devora, amparándose de ella, y haciendo nacer desapiadadamente en nosotros nuevos deseos que se hacen insípidos una vez satisfechos? Es Dios que creyendo que el hombre encontrase la vida enojosa, le dió esta fuente imperecedera de deseos para hacerle la ruta menos larga? o bien es el hombre mismo, animal harto in-

consecuente y poco lójico, que en su vida ordinaria va a crear mil fantasmas para desprenderse del barro de que fué formado, y poder en seguida impunemente gritar contra el destino, la sociedad, los hombres y las mujeres sin contarse él mismo, bien entendido? Tengo para mi que hai un poco de ambas cosas; porque es preciso notar en apoyo de lo segundo, que la mayor parte de los hombres nos muestran las plagas de su alma, atribuyéndolas siempre a causas estrañas y casi nunca a sus malas acciones. De aquí vienen esa multitud de poetas de corazones secos y botas de charol, esas mujeres calumniadas por la sociedad que ocultan sus amantes detras de sus cortinas, esa manada de maridos engañados que no hablan de su desenfreno ni de sus zelos insoportables, y sin ir mas lejos, yo mismo: ¿por qué voi yo a buscar nuevas emociones, despues de haber gozado de la felicidad tranquila y pura del hogar doméstico? Por qué este deseo de amar y ser amado me asalta en medio de la paz de mi alma, de esta paz implorada ántes con fervor y mirada por mi como la felicidad suprema? Es pues un resultado de nuestra mala organizacion, o del mal empleo que nuestras pasiones dan a la voluntad, haciéndola la esclava de nuestros sentidos, la mediadora de nuestro orgullo, el brazo ejecutor de la carne. Se dirá que la sociedad es injusta, vil, despiadada; pero puede responderse: ¿con qué derecho se van a buscar virtudes en medio de un amalgama de elementos heterojéneos, pero que poseen todos ellos, vicios, interes, egoismo; lo mismo que el se que queja?

« Esta moda romántica es sobrado mal fundada, y si la sociedad no fuese falsa tendriamos, a no dudarlo, por inútil esa queja continua de *este valle de lágrimas*, de que hablan nuestras oraciones para indicar el mundo: y aun en esto encuentro nuestra oracion un si es no es impia.»

Volviendo a leer lo que llevo escrito, me he preguntado: ¿de dónde viene tanta incoherencia de ideas? de dónde me viene este acceso de bilis contra la sociedad y el hombre? Pero he recordado que es mi dia de spleen y que cada uno tiene derecho de tener el suyo.—(*Continuará.*)

GUILLERMO BLEST GANA.

OBSERVACIONES

SOBRE LA

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

DE

JORJE TICKNOR,

CIUDADANO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

VI.

II.—EL AUTOR FUÉ ESPAÑOL O RESIDIÓ EN ESPAÑA.

Una de las cosas que primero saltan a los ojos en Turpin (me refiero al orijinal latino completo, segun lo exhiben los manuscritos antiguos, no mutilado, como aparece en las colecciones impresas) es la individualidad y propiedad jeográfica con que habla de España. ¿Quién, sin haber residido algunos años en la Península, era capaz de darnos un catálogo tan largo y tan exacto de sus ciudades y villas principales, como el que nos presenta Turpin, hablando de las soñadas conquistas de Carlomagno? No era aquel un tiempo en que esta clase de noticias pudiese adquirirse en los libros; y los libros mismos eran entónces raros y

difíciles de consultar. Una devastacion de cuatrocientos años habia mudado la faz de aquella España gótica, que era ella misma el esqueleto carcomido de la España descrita por los jeógrafos griegos y latinos, olvidados entónces e inaccesibles aun a los que cultivaban las pocas letras que sobrevivieron a tantas revoluciones, y de que apénas quedaba un opaco y moribundo destello en la soledad de los claustros. Pueblos, granjas y castillos nuevos levantaban sus menguadas cabezas donde ciudades florecientes habian sido alternativamente destruidas por los invasores y los restauradores; otras fueron allanadas para no resurjir jamás. Aquella descarnada lista de nombres, unos iberos, otros romanos, otros árabes; unos desgastados por el roce de los siglos y de las lenguas, otros enteramente nuevos, nos revela claramente un hombre vulgar, que reside en España, y no la conoce sino por el informe de sus ojos y de sus oidos. Ella es para mi el capítulo mas histórico y mas interesante de toda la Crónica. Y sin embargo, falta del todo en las colecciones impresas, y no lo tenemos sino mui diminuto y adulterado en la edicion de Ciampi.

«Todas estas ciudades», dice el cronista al fin del catálogo, «adquirió entónces Cárlos, unas sin combate, otras con gran guerra y grande arte; pero a Lucerna, ciudad mui guarnecida, que está en el *Valle verde*, no pudo tomarla hasta lo último, despues de un asedio de cuatro meses. Habiendo Cárlos dirijido una oracion a Dios y a Santiago, cayeron los muros, y la ciudad permanece inhabitada hasta el dia, porque en medio de ella brotó un sumidero de agua negra en que se crian unos grandes peces del mismo color». Háblase aquí del territorio del Bierzo en la diócesis de Astorga; llamado en las escrituras antiguas *Bergidum*, *Vergidum*, *Confinium Vergidense* (1); y de *Vallis Vergidi* se formó la denominacion vulgar *Valverde*, conservada en varios lugares del Bierzo (2). Habla pues aquí Turpin, no como las escrituras y la jente instruida, sino como el vulgo del pais. Lo mas curioso es que en el Bierzo hai justamente un lago «de una legua de circunferencia y de enorme profundidad, abundante en anguilas» (3). Estas anguilas son los *pisces nigri et magni* de nuestro cronista. ¿Pudo nadie en aquel siglo haber llegado a este punto de individualidad topográfica sin haber vivido en España?

La *Lucerna* de Turpin es una ciudad imajinaria, mui celebrada en las antiguas *gestas* de los troveres. En la de *Bueves de Commarchis* (4) se nombra a Lucerna entre otras ciudades de España que una princesa mora ofrece en dote a Jirardo, hijo de Bue-

(1) España Sagrada, t. XVI, trat. 56, cap. 6.
(2) Ib. p. 47.
(3) Ib. p. 43.
(4) Mus. Britann, *Bibliothecá Regia*, 20, D. XI.

ves. Pero donde esta ciudad hace un gran papel es en la *Gesta de Guido de Borgoña* (1), en que se refiere que Carlomagno, despues de avasallar gran parte de España, puso sitio a Lucerna, la cual le resistió mucho tiempo, y se rindió por último al jóven Guido, que llegando con una hueste de mancebos de su edad socorrió al emperador en el momento mas crítico. Estos dos poemas son posteriores a la crónica de Turpin; pero los autores de romances se repetian unos a otros, adornando y engrandeciendo cada vez mas los cuentos de sus predecesores; y no es inverosímil que Lucerna hubiese dado materia a composiciones mas antiguas, de las cuales tomase Turpin la especie de aquel sitio y conquista, para tratarla a su modo, y que alguna de ellas sucesivamente retocada y adornada produjese el romance de Guido de Borgoña de que acabo de hablar.

Segun Turpin, y segun los autores españoles (2), hubo en el Bierzo otra ciudad llamada *Ventosa*. Turpin la creyó idéntica con Carcesa, donde segun el martirolojio de Adon fué predicada la fé de Cristo por Iscio u Hesiquio, discípulo de los Apóstoles; pero es probable que Turpin no conoció a Carcesa sino por el martirolojio [ya veremos que las obras litúrjicas le eran tan familiares como los romances]; y no me parece dudoso que todo el fundamento que tuvo para identificarla con Ventosa fué la semejanza de sonido entre Carcesa y Carracedo, en cuyo distrito estaba Ventosa situada.

Caparra es otra de las ciudades inhabitadas que menciona Turpin: el sitio en que estuvo se vé todavia cerca de Plasencia, y las ruinas dan testimonio de la grandeza a que llegó en tiempo de los romanos (3). Turpin visitó sin duda estas ruinas, o por lo ménos oyó la fama de ellas en España.

Varios otros pajajes hai en la Crónica, notables bajo el mismo punto de vista. Sahagun se dice que estaba bellamente situada, en la tierra llamada *de Campos* sobre el rio Cea. Esta descripcion cuadra exactamente con la del Diccionario jeográfico de Miñano, y el apellido *De Campos* merece particularmente fijar la atencion. Llamáronse *Campos Góticos* los comprendidos entre los rios Duero, Ezla, Pisuerga y Carrion (4); el rio Cea lleva sus aguas al Ezla. De aquí el nombre vulgar de *Tierra de Campos*, de que el pasaje a que aludo ofrece acaso el primer ejemplo.

Turpin da a la parte meridional de España el título de *Alandaluf*, voz arábiga que significa el Occidente y de que se deriva

(1) Mus. Brit. Harley, 577.
(2) Flores, España Sagrada, t. XVI, p. 29 y 47; El arzobispo don Rodrigo *De rebus Hisp.*, IV, c. 46; Lúcas de Tuy a la Era 704.
(3) España Sagrada, t. XIV, p. 55.
(4) Roder. Tolet. *De rebus Hisp.*, II, cap. 24.

Andalucía (1). Sin embargo de que el jeógrafo Nubiense en el siglo XII daba todavía ese nombre a toda España, Turpin lo reduce ya a los límites de lo que hoi se llama Andalucía, o poco mas. ¿Es presumible que un hombre tan iliterato hubiese aprendido a emplearlo así, o que siquiera lo hubiese oido, sino en la Península misma?

Vemos a la verdad uno u otro nombre latino: *Iria*, *Braccara*, *Emerita*, *Accitana*, *Cæsaraugusta;* pero todos ellos estaban en cierto modo vulgarizados entre los eclesiásticos por la liturjia y por las denominaciones titulares de los obispos. El mismo Turpin llama a Cœsaraugusta *Saragotia* (Zaragoza), y a Iria, *Petronum*, como los troveres *Perron*, y los españoles *Padron*. Episcopus *Accitanus* era el obispo de *Guadix*, que los romanos llamaron *Acci;* y es voz que se encuentra en el martirolojio de Adon, del cual la tomó Turpin, junto con la leyenda del olivo milagroso que florecia y fructificaba cada año el 15 de mayo sobre el sepúlcro de San Torcuato.

Aun en lo mas exajerado y absurdo se echa de ver al hombre que conversa con los españoles y que adopta hasta las patrañas del vulgo; como la del *ídolo de Mahoma*, «único que habia quedado en España despues de la conquista de Carlomagno.» Estaba colocado, dice el cronista, sobre una altísima pirámide en la tierra de Alandaluf, a la orilla del mar, en un lugar llamado Cades. Habíale fabricado el mismo Mahoma y dádole su nombre, y encerrado en él por arte májica una lejion de demonios, y por eso nadie pudo quebrarle, ni era dado a los cristianos acercarse a él sin peligro. Miraba al mediodia, y empuñaba una gran clava (2), que segun una profecía sarracena, debia caérsele de la mano cuando naciese en Francia un personaje, a quien estaba reservado ocupar el trono de España, y poner fin en toda ella a la dominacion de los infieles. Este ídolo de Mahoma es aquella antigua y célebre estátua de Hércules, que se encontraba en Cádiz, y que los sarracenos miraban como una de las marabillas de España (3). Despues veremos en qué circunstancias fué inspirada a Turpin la profecía que él atribuye a los sarracenos.

¿Y quién que no fuese español o habitante de España pudo interesarse tanto en las preeminencias de la Iglesia de Santiago? El poder, dignidad y grandeza de Compostela, son objetos que

(1) España Sagrada, IX, trat. 28, cap. 4.—Casiri, *Bibliotheca Arab.*, t. II páj. 327.—Noguera, Anotaciones a la Historia de Mariana, tomo IV de la edicion de Valencia.

(2) Los manuscritos varian; unos dicen *clava*, otros *clavis*.

(3) Conde, *Historia de la dominacion de los árabes en España*, t. 1.°, páj. 26.

el titulado arzobispo de Rheims tiene constantemente a la vista. Compostela, no Carlomagno, es el héroe de la leyenda. Los triunfos de aquel príncipe no son mas que el andamio de que el cronista se sirve para aquella fábrica estupenda de milagros, concilios y privilejios con que se empeña en levantar la silla de Santiago al segundo rango entre todas las iglesias de la cristiandad. La Crónica principia por la predicacion de Santiago en Galicia, su martirio en Palestina y la traslacion de sus reliquias a España. Carlomagno, contemplando la via láctea (que hasta hoi llaman los españoles *camino de Santiago)* es favorecido con una vision celestial en que el hijo del Zebedeo le revela que su cuerpo yace todavia escondido en Galicia, y le ordena vaya a libertar su tierra predilecta de la opresion de los mohabitas, ofreciendo galardonarle con fama inmortal en la tierra, y con una corona de gloria en el cielo. Cárlos se pone en camino con su ejército. Invoca a Santiago, y los muros de Pamplona vienen por si mismos al suelo. El emperador visita el sepulcro del Apóstol, y hace riquísimas donaciones a su iglesia. Despues, vencidos Argolando y Ferraguto, «estableció,» dice el cronista, «prelados y presbíteros por las ciudades, y reunido en Compostela un concilio de obispos y magnates, instituyó que todos los prelados, príncipes y reyes españoles y gallegos, así presentes como futuros, obedeciesen al obispo de Santiago. No puso la silla en Iria, porque ni aun la tuvo por ciudad, ántes mandó que se reputase villa, y que estuviese sujeta a Compostela. Y en aquel mismo concilio yo Turpin, arzobispo de Rheims, con cuarenta [1] obispos, a ruego de Cárlos, consagré la iglesia y el altar de Santiago en las calendas de junio [2]. El rei sujetó a la dicha iglesia toda la tierra de España y Galicia, y se la dió en dote; mandando que todo poseedor de casa en toda España y Galicia acudiese cada un año a Santiago con cuatro monedas en tributo, y que por este acto de reconocimiento quedasen esentos de toda otra carga y servidumbre. Y en el mismo dia se estableció que dicha iglesia fuese llamada Sede Apostólica, por descansar allí el apóstol Santiago; que se tuviesen en ella los concilios nacionales de España; que por las manos de su prelado en honra del mismo apóstol se diesen los báculos episcopales y coronas reales; y que si menguase la fé en las otras ciudades, o dejasen de observarse en ellas los divinos preceptos, por medio del mismo obispo fuesen llamadas y reconciliadas con la iglesia católica. Pues así como por el bienaventurado Juan el Evanjelista, hermano de Santiago, fué establecida la fé cristiana y fundada una sede apostólica en Efeso hácia las partes de

(1) *Nueve* segun el códice cottoniano, Claud. B, VII.
(2) *Julio*, segun el mismo códice.

Oriente, así por el bienaventurado Santiago fué introducida la fé y erijida otra sede apostólica en Galicia hácia las partes del Ocaso; y estas son sin duda alguna las dos sillas del reino terrenal de Cristo, Efeso a la mano derecha y Compostela a la izquierda, que cayeron en suerte a los hijos del Zebedeo, segun su peticion. Tres sillas hai, pues, que con razon acostumbró venerar la cristiandad, como apostólicas, principales y preeminentes sobre todas las del orbe, por la preeminencia que nuestro Señor concedió a los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan, que las establecieron; y estos tres lugares deben reputarse los mas sagrados de todos, pues en ellos predicaron estos tres santos apóstoles y descansan sus cuerpos. A Roma corresponde el primer lugar por razon de Pedro, príncipe de los Apóstoles. A Compostela el segundo por Santiago, hermano mayor de San Juan, y adornado primero con la corona del martirio. El la ennobleció con su predicacion, la consagró con su sepulcro, y no cesa de exaltarla con milagros y dispensaciones de clemencia. La tercera silla es Efeso, porque allí escribió San Juan su evanjelio, *En el principio era el verbo*, y allí consagró los obispos de las ciudades cercanas, llamados *ánjeles* en su Apocalipsis. El fundó aquella iglesia por su doctrina y milagros, y en ella está sepultado su cuerpo. Si ocurriese pues en cosas divinas o humanas alguna dificultad que en otra parte no pueda resolverse, tráigase al conocimiento de estas sedes, y ellas por la divina gracia decidirán. Como Galicia fué libertada del yugo Sarraceno por el favor de Dios y de Santiago, y por el valor de Carlomagno, así persevere firme en la fé católica hasta la consumacion de los siglos.»

Fácil es columbrar desde ahora el objeto que movió a nuestro Turpin a componer su obra; objeto tal, que solo pudo interesarse en él un español, o en circunstancias mui particulares, algun estranjero establecido en España. El interes de la obra es rigorosamente compostelano.

III.—EL AUTOR DE LA CRÓNICA FUÉ ALGUN ECLESIÁSTICO PERSONALMENTE INTERESADO EN LA EXALTACION DE LA SILLA DE SANTIAGO.

De que el autor de la Crónica fué eclesiástico y aun monje, apénas puede dudarse por los términos en que se expresa, los milagros que cuenta, los discursos devotos que introduce, el hincapié que hace sobre la necesidad de cumplir las mandas piadosas, y sus alabanzas de la vida monástica. Carlomagno hace cuantiosas donaciones a los monasterios para descanso de las almas de sus guerreros, que perecieron en Roncesvalles. Recuérdase con elojio la munificencia de Roldan a las iglesias. La liturjia es familiar al autor. Ya hemos visto el uso que hace

del martirolojio de Adon. Poniendo en paralelo a los que murieron en la espedicion de Carlomagno, aunque no a manos de los sarracenos, con los santos que sin derramar su sangre por la fé fueron venerados como mártires, se vale (observa Lebeuf) de espresiones empleadas por Odon, abad de Cluni, en el oficio de San Martin de Tours, e introducidas en la liturjia romana. Roldan moribundo glosa las palabras de Job, *credo quod Redemptor meus vivit*, y enhebra otros textos de la escritura. Los sucesos tienen a veces a mas del sentido natural un sentido místico. Introdúcense disputas teolójicas entre los adalides cristianos y los infieles. Por decirlo de una vez, todo en aquella crónica, hasta las relaciones de banquetes y batallas, huele al claustro.

¿Y qué debemos inferir del concilio de Compostela, cuyas actas acabamos de presentar al lector? ¿Seria talvez una piedad mal entendida, pero desinteresada, la que imajinó y sacó a luz semejantes ficciones? Yo no lo creo. Si la Crónica pertenece a la edad que dejamos señalada, esto es, a los fines del siglo undécimo o principios del duodécimo, con las singulares prerogativas que en ella se atribuyen a Compostela se trató de abrir la puerta a las que solicitaban entónces abincadamente los sucesores de Santiago. El primero en promoverlas fué el obispo de Iria, Dalmacio, cuyo pontificado principió en 1094. Aprovechando la coyuntura del concilio claramontano, celebrado el año siguiente, se puso en camino para Francia, y logró en Clermont que el Papa Urbano le concediese en pleno concilio la traslacion de todos los derechos de Iria a Compostela en honor del apóstol Santiago: que él y sus sucesores quedasen exentos para siempre de la metrópoli de Braga, no conociendo sujecion a otra sede que la de Roma; y que el prelado compostelano fuese en adelante consagrado por el Papa, como su particular sufragáneo. Esto fué todo lo que Dalmacio obtuvo, aunque sus miras se extendian a mas. Ni le cupo la dicha de gozarlo largo tiempo, pues falleció ocho dias despues de despachada la bula.

Estuvo algunos años vacante la sede, y en 1100 fué promovido a ella don Diego Jelmirez, prelado de mucho celo y espíritu, que llevando adelante la empresa de su antecesor, logró primeramente que el Sumo Pontífice Pascual II le permitiese instituir en Compostela cierto número de cardenales. Poco despues fué a Roma y alcanzó el honor del pálio; pero se le negó por entónces la ereccion de aquella sede en metropolitana.

Figuró mucho don Diego en los disturbios que ocurrieron en España despues del fallecimiento de don Alonso, el conquistador de Toledo, con motivo de las pretensiones del rei de Aragon, don Alonso el Batallador, sobre los estados de Castilla y Leon. Don Diego se declaró por el jóven príncipe, llamado tambien Alonso, hijo de don Ramon de Borgoña y de doña Urraca, lejiti-

ma heredera de Castilla; y le coronó y unjió delante del altar de Santiago; ejemplar nuevo en que el ambicioso prelado parece haber querido poner en práctica una de las prescripciones del fabuloso concilio de Compostela.

Hablamos de la ereccion de aquella sede en metrópoli, dice la historia Compostelana (documento curioso, mandado componer por el mismo don Diego Jelmirez) que este prelado no podia llevar en paciencia, ántes reputaba por una mengua, que la iglesia del apóstol Santiago fuese solamente episcopal, cuando las otras que poseian el cuerpo de algun apóstol estaban condecoradas o con el Papado, o con los derechos de metrópoli; «mayormente», añade, «habiendo sido aquel *Santo Apóstol consanguineo de Jesu-Cristo*, y uno de sus familiares y de sus mas amados discípulos. En su presencia y en la de Pedro y Juan se transfiguró. La madre de Santiago y Juan pidió al Salvador que en el reino venidero se sentasen sus hijos el uno a su derecha y el otro a su izquierda; y con esta ocasion se suscitó una contienda entre los discípulos sobre cuál de los dos era el mas digno. Pero los obispos de Santiago, hasta Dalmacio, que ocupó aquella silla mui poco tiempo, dados a las armas y a la milicia, no se cuidaron de obtener el arzobispado y las demas dignidades eclesiásticas» (1). Esto es hablar el lenguaje mismo de Turpin, y presentar la mas precisa coincidencia entre los datos cronolójicos que apunté arriba, y el principio de las pretensiones de la silla iriense.

La ambicion de aquellos prelados, desde que pusieron la mira en este objeto, fué tal, que los pontífices romanos entraron en cuidado, y temieron les usurpase o menoscabase Compostela el dominio de las iglesias occidentales. Esto puso por algun tiempo un grave obstáculo a la concesion de metrópoli. Pero la intercesion del abad y convento de Cluni prevaleció al fin con el papa Calixto: «Santiago mismo» (así le habló el abad a presencia del obispo de Oporto, comisionado para aquella negociacion, y de los magnates borgoñones, favorecedores de don Diego Jelmirez, que habia sido secretario de don Ramon de Borgoña ya difunto, hermano de Calixto): «Santiago mismo es el que te pide este honor para su iglesia. Compostela es en todo el mundo la sola sede apostólica que está reducida al episcopado.» Todos entónces se arrojan a los pies del Papa, protestando no se levantarian de allí, hasta que condescendiese a sus ruegos. Calixto se rinde a tantas instancias, pronuncia la traslacion de la metrópoli de Mérida a Compostela, y hace a don Diego Jelmirez legado apostólico sobre las metrópolis de Mérida y Braga; eleccion que, aunque grande y rápida, no satisfizo todavía la ambi-

(1) Ib. II. cap. 3.

cion del nuevo arzobispo, que de allí a poco empezó a invadir los derechos del primado de España.

Las disputas entre ámbos prelados fueron ruidosas, y los reyes mismos tuvieron que tomar la mano contra el arzobispo de Compostela. Consérvase una carta de don Alfonso VII y su madre Urraca a don Diego Jelmirez, en que le amonestan deje de perturbar las prerrogativas de la iglesia de Toledo; «que por mucho tiempo,» dicen, «habeis estado tratando de menoscabar y destruir» (1). El Compostelano aspiraba nada ménos que a ser considerado como *cabeza de España*, y afectaba sin rebozo este título, segun puede verse en la misma historia (2).

Pero volviendo a la Crónica de Turpin, es notable aquel estudio con que se repite, en el pasaje que trasladamos arriba y en otros, la espresion *Galicia y España, gallegos y españoles*, como si Galicia no fuese una provincia de España, sino una nacion o estado aparte. Parece que el cronista deseaba eximir a los gallegos del dominio de los monarcas de Castilla, y sujetarlos enteramente a la cátedra de Santiago, para que ésta imitase en todo la grandeza y majestad temporal de la de San Pedro. Y no es ménos curiosa la pretension de hacer tributarios de aquella sede a *todos los habitantes de España presentes y futuros;* de manera que Turpin es talvez la autoridad mas antigua en que pueda apoyarse el tributo nacional que se cobraba a los españoles a nombre del apóstol Santiago.

La primera mencion de los *Votos* de que creo se tiene noticia, ocurre en una bula de Pascual II, del año 1102, dirijida a don Diego Jelmirez. «Vedamos,» dice, «defraudar a la Iglesia de Santiago, de aquel censo que ciertos ilustres reyes de España, predecesores del presente Alfonso, establecieron por la salud de toda la provincia; el cual debe pagarse anualmente por cada par de bueyes desde el rio Pisuerga hasta la orilla del Océano, segun se contiene en escrituras de la misma iglesia (3). Otra bula de Inocencio II, año de 1130, previene a los arzobispos de España que «no embarazen en manera alguna, ántes dejen que segun la antigua costumbre se cobren los Votos, que los reyes, príncipes, y otros fieles habian hecho a la iglesia de Santiago por la remision de sus pecados y salud de sus almas» (4). Y consta que el prelado de Compostela daba en beneficio la recaudacion de estos Votos a quien queria (5). Pero en ninguna parte de la Historia Compostelana se habla de sujetar a todos los españoles a este pecho.

(1) Hist. Comp. II., cap. 73.
(2) III, cap. 57.
(3) Hist. Comp. I., cap. 12.
(4) Hist. Comp. III., cap. 22.
(5) Hist. Comp. III., cap. 29.

Forjóse despues el privilejio famoso en que se dice que Ramiro I, en reconocimiento de la milagrosa victoria de Clavijo, estableció por voto solemne a nombre de toda la España, que por cada par de bueyes se diese anualmente cierta medida de trigo y de vino, para el sustento de los canónigos de Santiago; y que de allí para siempre en el botin de las batallas se diese la porcion de un caballero al santo Apóstol. Este privilejio lleva la fecha de 829, cuando aun no reinaba Ramiro; pero que se fraguó mui entrado yá el siglo XII, es manifiesto por el silencio de la compostelana y demas historias antiguas, y por ser el primero que habla de aquella victoria y votos Rodrigo Jimenez (1), añadiendo que aun se pagaban en algunas partes, no por compulsion sino voluntariamente.

Por aquí vemos el ahinco de la iglesia de Santiago en extender aquellos votos, en ponerlos bajo la ejida de Roma, y en someter la nacion toda, si posible le fuera, a esta servidumbre sagrada. Vemos tambien que en prosecucion de este objeto no se dejó de recurrir a imposturas. En fin vemos el asenso que ántes del siglo XII habian tomado ya las pretensiones de la iglesia de Santiago relativas a este tributo. Era pues consiguiente que Turpin, escritor de aquella edad, y tan interesado en la exaltacion de aquella iglesia, no se olvidase de promoverlo. Hízolo así en efecto, refiriendo a Carlomagno esta, como las otras prerogativas de Compostela, y estendiendo a toda la nacion el tributo, que ántes solo se consideraba como obligatorio a una parte.

IV.—EL AUTOR NO FUÉ ESPAÑOL.

Nada hai en la Crónica (si exceptuamos el empeño de exaltar la silla de Compostela) que parezca revelar una inspiracion española. Apénas se hallará obra alguna con pretensiones de historia, en que se dé una idea tan injuriosa de España, o tan opuesta a la verdad, o a las tradiciones españolas. Un español que hubiese acometido la empresa de Turpin, no hubiera pasado en silencio las glorias de sus projenitores, ni su invencible perseverancia en la fé; hubiera talvez añadido algunos nombres nuevos a la historia y al calendario de su nacion; sus héroes habrian sido españoles, y a las victorias de éstos, imajinarias o verdaderas, habria dado aquel brillo de milagros y marabillas con que otros adornaron las jornadas de Covadonga, Clavijo y Simancas. Turpin está enteramente desnudo de tales sentimientos. Las tradiciones de los españoles o le fueron desconocidas o no le parecieron dignas de crédito. Los reyes de Asturias, contemporáneos de Carlomagno, hacen tanto papel en su historia, como si

(1) De rebus hisp. IV., cap. 13.

jamás hubieran existido Ni una palabra de Pelayo ni de los Alfonsos; entre los héroes que militaron bajo las banderas de Cárlos, no hai un solo nombre español. No inventa milagros sino para Carlomagno y los franceses Segun él, los gallegos despues de la predicacion de Santiago recayeron en sus primeros errores, y permanecieron idólatras hasta la venida de Carlomagno. «Turpin bautizó con sus propias manos a los que entónces quisieron convertirse; los demas fueron pasados a cuchillo, o sujetos a servidumbre.» Y no parece que estaba en mejor estado la relijion en todo lo restante de España, donde no se ve ni vestijio de otros cristianos que los que formaban el ejército del Emperador. Para Turpin los sarracenos son los aborijenes de la Peninsula, y Carlomagno fué el que restauró allí la luz del evanjelio que estaba enteramente extinguida.

Ahora bien, ¿a qué español que supiese el latin pudo ser desconocido el nombre y fama de los godos sus projenitores? ¿Qué vasallo de los Alfonsos pudo mirar a los habitantes árabes de España, sino como advenedizos y usurpadores del suelo español? Compárese la obra de Turpin con las que ciertamente han sido forjadas por españoles; compárense sus ficciones con las de las crónicas y romances castellanos, y se encontrará en estas un tipo de nacionalidad que falta enteramente a la historia del arzobispo de Rheims.

Por el contrario; ¿qué cosa mas manifiesta que la parcialidad de Turpin a los franceses? Segun él, a la nacion francesa se la deben la dominacion y la honra sobre todas las otras. «Mirabatur gens sarracenica», dice, «cum videbat gentem gallicam, optimam scilicet, ac bene indutam, et facie elegantem.» A vueltas de esta efusion de vanidad francesa, se echa de ver que si nuestro cronista desconocia los grandes nombres de que se gloriaba la cristiandad española, no le eran extraños los de la historia de Francia. Segun él, Clodoveo, Clotario, Dagoberto, Pipino, Cárlos Martel, Ludovico y Cárlos el Calvo poseyeron mucha parte de España; pero Carlomagno tuvo la gloria de subyugarla y poseerla toda. Aun en lo relativo a Santiago, es tan ignorante o tan incrédulo de las cosas de España, que ni siquiera hace memoria del obispo Teodomiro, a quien se atribuia el descubrimiento de la tumba del Santo Apóstol, y da a Carlomagno y a los franceses el timbre de haber disipado las tinieblas de la infidelidad en que se hallaba como eclipsado aquel santuario, y aun toda la España.

Es verdad que la decantada espedicion de Carlomagno a España termina en la trájica derrota de Roncesvalles. Pero ni en esta ni en otra cosa alguna se dá la menor intervencion a los cristianos de la Peninsula. Turpin no pudo menos de seguir en esta parte la tradicion francesa que tuvo tantos ecos en los ro-

mances métricos, y no carecia de fundamento histórico. Los castellanos fueron los que dieron a este asunto un interes y un colorido españoles, sacando al rei de Asturias a lidiar contra el emperador Carlomagno en defensa de la independencia de España, y creando a Bernardo del Carpio para que muriese a sus manos la flor de los paladines franceses.

V.—PARECE QUE EL AUTOR DE LA CRÓNICA FUÉ DALMACIO, OBISPO DE IRIA, Y QUE LA ESCRIBIÓ EN COMPOSTELA EL AÑO DE 1095.

Forjóse pues la Crónica de Turpin para promover las pretensiones del prelado de Santiago; pero el forjador fué un estranjero ignorante, que no supo insertar lo fabuloso en lo verdadero, ni sazonar sus invenciones para el paladar de los españoles. El autor del privilejio *de los Votos* fué en esta parte mas hábil y por eso su obra halló mas aceptacion en España.

Todas las presunciones que arroja la Crónica parecen reunirse, como en un punto céntrico, en la persona de Dalmacio, obispo de Iria. ¿Quién mas interesado que el prelado mismo de Santiago en la exaltacion y engrandecimiento de aquella sede? Dalmacio, por otra parte, fué el único estranjero que la ocupó entre 1086 y 1150. Dalmacio fué frances, y ya hemos visto la predileccion del autor de la Crónica a los franceses. Dalmacio fué monje, y las ideas esparcidas en aquella obra parecen las de un hombre que hubiese vestido la cogulla. Dalmacio vino a España a visitar los monasterios sujetos al de Cluni, y esto le proporcionó correr algunas de sus provincias y adquirir en poco tiempo los conocimientos jeográficos que manifiesta. Teniendo este encargo, era menester que visitase el monasterio de Sahagun, cabeza de los que en España se habian sujetado al Cluniacense; con que no es de marabillar que pudiese describir tan exactamente su localidad. Dalmacio ocupó la silla Iriense a fines del siglo XI, que es la época que mejor cuadra con los indicios que ofrece la Crónica. Finalmente no se puede dudar que la Crónica se compuso en el interes del obispo de Iria, y ya vimos que Dalmacio fué el que dió principio a las jestiones que se hicieron para trasladar los derechos de aquella silla a Compostela, y elevarla a Metrópoli.

Este conjunto de indicios, algunos de ellos vehementísimos, forman, si no me engaño, un grado de probabilidad que casi arrastra el asenso. Otras presunciones pueden añadirse que no dejan de tener algun peso.

La Crónica es claramente anterior a la Historia compostelana, escrita bajo don Diego Jelmirez; porque si el Pseudo-Turpin la hubiese tenido a la vista, hubiera podido rectificar muchos errores históricos relativos a España y al santuario mismo de Com-

postela; y no podia dejar de tenerla a la vista, si escribia a las órdenes o con participacion de don Diego Jelmirez. La Compostelana empezó a componerse algunos años ántes de 1112 [1]; con que la Crónica de Turpin estaba ya escrita hácia el año *1110*. En el fabuloso concilio de que hablamos arriba, se dice que Carlomagno no puso la silla en Iria, porque ni aun la tuvo por ciudad; y que mandó se reputase por villa, y dependiese de Compostela: espresiones que indican no haberse todavia verificado la traslacion canónica de la silla Iriense, y preparaban el camino para solicitarla con fruto. Dalmacio, como hemos visto, la solicitó y obtuvo en el concilio de Clermont, año de 1095. Ultimamente, Turpin hace mencion de una profecia sarracena que anunciaba el advenimiento de un frances al trono de España, y el subsiguiente triunfo de sus armas y de la fé de Cristo sobre el territorio español. ¿No es verosímil que en este futuro conquistador quiso el cronista designar a don Ramon de Borgoña, frances de nacion, conde entónces de Galicia, que tuvo mucha parte en la promocion de Dalmacio al obispado [2], y estaba casado con doña Urraca, heredera presuntiva de la corona?

Don Ramon trabajaba por asegurarse la sucesion en el reino de Castilla despues de los dias de Alfonso VI, que carecia de heredero varon. A este fin celebró con Enrique de Besançon un pacto secreto de alianza, por el cual se estipuló que muerto el rei allegaria sus fuerzas Enrique, para poner al conde de Galicia en posesion de todos los dominios de Alfonso *(totam terram regis Adefonsi)*; que, ocupados éstos, se adjudicaria al de Besançon el distrito de Toledo, o en su defecto, el señorío de Galicia, que poseeria como feudatario de Ramon: y que de lo que se hallase en el tesoro de Toledo tendria dos terceras partes el conde de Galicia y lo restante Enrique. Este tratado en que intervino por sus consejos el abad de Cluni, lo redactó y autorizó Dalmacio *(in manu domini Dalmacii fecimus)*. Otorgóse, como me parece probable, si no ántes de la exaltacion de Dalmacio a la silla Iriense, a lo ménos ántes de su fallecimiento en 1095 (3). Hé aquí pues una notable coincidencia entre el pacto de que fué secretario Dalmacio, y la elevacion de un príncipe frances al trono de España profetizada por el arzobispo Turpin.

Probabilísimo era por 1092 hasta 95, que don Ramon sobreviviese a Alfonso y le sucediese en la corona por derecho de su

(1) Flores, *Noticia Prévia* al tomo XX de la España Sagrada, num. 6.
(2) Hist. Comp. I, cap. 5.
(3) Véase este curioso documento, sacado del *Spicilegium* de Lúcas de Achery, en la Historia de España de M. Ch. Romey, tomo V, páj. 550. El erudito historiador no acertó en referir la fecha a los años 1104 hasta 1106.

esposa Urraca, hija primojénita de un monarca entrado en años, que carecia de hijo varon. ¿Qué coyuntura mas oportuna para profetizar que un francés habia de subir al trono en España, y para conciliarle la aceptacion anunciando el triunfo de sus armas sobre los sarracenos, y el de la fé cristiana en todo el ámbito de la Península? ¿Qué profeta mas aparente que Dalmacio, intimo confidente de las pretensiones ambiciosas de don Ramon de Borgoña su compatriota y su esforzado favorecedor? Pero contra todas las probabilidades el yerno murió en *1107* dos años ántes que el suegro (1), y para entonces ya este habia tenido un hijo varon en la princesa mora Zaida, que murió al darle a luz en *12* de setiembre de *1099* (2).

Podrá talvez objetarse que por aquel entónces habia en el capitulo de Compostela dos o tres prebendados franceses, a quienes algunos de los indicios precedentes pueden adaptarse con igual fundamento que a Dalmacio. Pero dos de ellos tuvieron parte en la composicion de la *Compostelana*, y es imposible que coexistieran en un mismo celebro las nociones de que están intimamente impregnadas las dos obras. Turpin es un torpísimo falsificador: los historiadores compostelanos, si desfiguran o matizan alguna vez los hechos en pró de su héroe don Diego Jelmirez, manifiestan siempre un conocimiento perfecto de las tradiciones de España. Aunque del celo de Dalmacio por el lustre y aumento de la silla de Santiago pudieran haber participado hasta cierto punto otras personas, solo en el primero es fácil de esplicar la ignorancia estrema que de las cosas de España, y de aquella misma diócesis, salta a la vista en la Crónica. Como el pontificado de Dalmacio duró solamente los años de *1094* y *1095*, es de creer que en ellos compondria o daria la última mano a la obra; que esta naceria bajo su pluma en Compostela, residencia ordinaria del obispo Iriense; y que su autor la terminaria ántes de ponerse en camino para el Concilio de Clermont: «*illud cassianum, cui bono fuerit, in his personis valeat*» (3).

Habiendo Dalmacio vivido solo dos años despues de su promocion al obispado de Iria, y consumido no pequeña parte del segundo en el viaje a Francia, no es estraño le faltase tiempo para adquirir los conocimientos históricos que se echan ménos en la leyenda turpinesca; sobre todo concurriendo entónces la circunstancia de estar escritas las memorias y documentos de los españoles en letra gótica; pues cabalmente en las cortes de

(1) Flores, Reinas Católicas, tomo I, páj. 236 y 37.

(2) Flores ib. p. 215. Lo mas que puede anticiparse este nacimiento es el año de de 1095: Flores p. 213.

(3) Cic. *Pro Milone.*

Leon de 1090 o 1091 fué en las que se mandó que cesase el uso de esta letra, y se adoptara en su lugar la galicana.

La Crónica trazó el plan de operaciones que los sucesores de Dalmacio siguieron con extraordinaria actividad y teson por muchos años; pero una obra en que se descubre tan grosera ignorancia de la historia y tradiciones de España, era imposible que se granjease la aceptacion de los españoles. Así no vemos que don Diego Jelmirez ni sus sucesores alegasen jamás tan sospechosa autoridad para sus exhorbitantes pretensiones. Turpin tuvo ménos crédito en la Península que al otro lado de los Pirineos. El obispo don Rodrigo, habiendo probado largamente que las decantadas conquistas de Carlomagno en España eran casi todas fabulosas, concluye asi: «Cum igitur hæc omnia infra ducentorum annorum spatium potestati accreverint Christianæ, non video quid in Hispania Carolus acquisiverit, cum ab ejus morte anni pené effluxerint quadringenti. Facti igitur evidentiæ est potius annuendum quam *fabulosis narrationibus* attendendum». No pudo decir mas claro que miraba la Crónica de Turpin como una obra apócrifa.—*(Continuará).*

ANDRES BELLO.

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

NOVELA ORIJINAL.

—

VIII.

Bien podrás figurarte que aquella noche no dormí. El amor verdadero, el amor completado por la correspondencia, el que vibra a la vez en dos corazones, haciendo en ámbos resonar la misma melodía, se enseñoreaba en mi alma trayéndome sus ajitados y deliciosos insomnios, y como el lobo que juega con un cordero ántes de devorarlo, este amor se apoderaba de mi para destrozarme con un solo golpe. La felicidad parece tambien, como el dolor, tener el don de hacer eternas ciertas horas, pues no obstante mi alegria, la noche me parecia interminable, y cuando la luz de la aurora principiaba apénas a divisarse, me levanté y abri la ventana de mi cuarto para confundir con el canto de las aves, con el concierto de las hojas mecidas por la brisa de la mañana, el himno de gracias que mi corazon elevaba hácia Dios.

En la tarde volví a la playa a sentarme sobre mi roca predilecta; pero esta vez tomé la precaucion de llevar un caballo para acompañar a Laura si pasaba por allí. En efecto, a la media

hora la ví aparecer con Florentina y Adriano, y montando sobre mi caballo me fuí a reunir a ellas. A mi llegada las dos niñas se hallaban en una conversacion mui animada con su jóven amigo; mas bien pronto quedé solo al lado de Laura.

—Ismael, aquí me ha salvado U. la vida, me dijo ella cuando pasábamos por el lugar en que habia detenido su caballo.

—U. me ha ma pagado su deuda con tanta usura, la dije con un acento que revelaba mi profunda pasion, que mas bien yo debo recordarlo por la felicidad que me ha traido.

Laura por toda respuesta puso el dedo sobre su boca a la manera de la heroina de Rob-Roy.

—Mucha crueldad sería, la dije, imponerme silencio sobre esta materia.

—Creo, dijo ella sonriéndose, haber concluido con U. tratados de silencio mútuo sobre ese punto.

—Bien está, U. puede callarse, repliqué, porque en cuanto a mí veo que es un esfuerzo imposible. Los enamorados Laura son como los devotos que siempre invocan al santo de su devocion especial: nosotros debemos precisamente hablar del poder supremo a que obedecemos, so pena de decírselo en alta voz a las paredes de nuestro cuarto. Por lo demas ¿no me he sometido con heroico valor a la condicion de esperar ilimitadamente?

—Es cierto y por ello le doi a U. mil gracias contestó Laura, mirándome enternecida.

Entónces la repetí con la porfía propia de los que aman, los innumerables juramentos de mi amor inestinguible, contentándome con la aprobacion de sus ojos. Tantas reiteradas protestas ¿nacen del temor de nuestra frajilidad o del deseo de infundir en la que amamos una pasion igual a la nuestra? Talvez de uno y otro: ello es cierto que oyendo la conversacion de dos amantes se creeria que los juramentos son la moneda con que compran el afecto, tal es el empeño que ponen en ofrecerlos aun cuando ninguno dude de la constancia.

Despues de llegar en nuestro paseo hasta cerca de la Piedra de la Iglesia, ese lugar rodeado de tan misteriosa poesía por la tradicion popular, abandonamos la playa y al llegar a la calle donde se hallaba la casa de Laura, Florentina y Adriano se reunieron a nosotros. El jóven se acercó a Laura y ambos hablaron

en voz baja algunos instantes despidiéndose aquel y desapareciendo al galope: al llegar a la casa hize otro tanto volviéndome a la mia para estar solo y detallar a mis anchas la agonizadora felicidad que me enloquecia.

El mundo para mí, en aquellos momentos, se habia revestido de su manto de rosa, ropaje que solo pueden divisarle, o los niños en esa edad en que el mas gran pesar se desvanece con la espectativa de un pasatiempo; o los enamorados, seres sublimes que en cada suspiro quieren gastar la fuerza de toda la existencia para gozar con mas plenitud de sus frájiles tesoros. Como los antiguos caballeros me sentia con alientos de conquistar mil laureles para ponerlos a las plantas de mi dama, y en mi loca alegria me figuraba que el mundo entero debia participar y contribuir a mi felicidad. A dos pasos me aguardaba el mas terrible golpe que en tal disposicion de espíritu podia dárseme: mi tio me esperaba.

—Bajo mi cubierta, me dijo presentándome un papel, tu padre te ha enviado esta carta.

El tono de mi tio me hizo temblar, llenándome de funestos presentimientos que por mi mal debian realizarse: la carta me anunciaba una grave enfermedad de mi madre, llamándome a Santiago.

Ah! tendré que dejarla, pensé al momento, con ese sordo egoismo con que el hombre enamorado pesa cuanto puede serle contrario, y al considerar aquella exclamacion, ví con espanto que el amor en los corazones nuevos es una barrera de granito ante la cual se estrellan con agotada fuerza los afectos mas santos de la vida. Dos lágrimas quemantes rodaron sobre mis mejillas encendidas por la fiebre, que, con la rapidez del rayo, ataca a los hombres colocados en una alternativa desesperante. Inmediatamente se operó en mi espíritu una de aquellas metamórfosis, hijas tan solo del amor, transiciones instantáneas que sacuden el corazon circundándolo de sangre hirviente que lo sofoca, o abandonándolo al hielo de un fatigoso desaliento: los celos, espantoso desórden del cerebro que Shakspeare ha personificado en el cobrizo rostro de Otelo, despertaron en mi pecho, con envenenado aliento, la horrible falanje de sospechas que dormitan en el fondo de todo corazon y que acuden entónces como los demonios el dia del sábado: pensé al momento en las fre-

cuentes conversaciones de Laura con aquel jóven que desde el dia de mi llegada miré como un enemigo; recordé la coincidencia de los paseos a la playa con la interrupcion de las visitas de Adriano y el aparte de ámbos al separarse en la tarde. Todas estas reminiscencias se presentaron a mi memoria iluminadas por el rojizo resplandor de esa hoguera que la rabia enciende en los que al ver desvanecidas sus creencias, se consideran heridos en su orgullo.—¿Qué otro motivo, me pregunté, puede haberla obligado a sufrir mi amor sino el miedo de un enemigo? Ademas, sus palabras, su finjido misterio, ¿no me revelan una mujer que, temiendo desesperar, acepta a medias por no comprometerse demasiado?

La lójica ciega y violenta del amor, que siempre tiende hácia la exajeracion, me mostraba a mis propios ojos como el juguete de una intriga burlesca, en la que Laura me prometia su corazon como se dá un dulce a un niño incómodo para hacerlo callar: si mi tio no hubiese entrado en aquel instante talvez siguiendo la resbaladiza pendiente de mis raciocinios habria llegado a persuadirme de haberla oido jurando amor a mi rival.

—De modo, me dijo mi tio como siguiendo el hilo de una conversacion interrumpida, que tu madre se halla enferma de bastante gravedad.

—En efecto, contesté sombrio, por la carta que he recibido parece un ataque sério.

Entretanto, salíamos de la casa dirijiéndonos a la de Laura.

—¿Piensas marcharte luego? preguntó mi tio.

—Tan pronto como haya proporcion, le contesté.

—Ya me he informado, añadió él, y me dicen que en una lancha que vuelve a Talca mañana se puede conseguir pasaje.

—Entónces, esclamé con un suspiro, me iré mañana.

Mi tio, advertido sin duda por el laconismo de mis respuestas no volvió a hablar, de modo que casi todo el camino lo hicimos en silencio.

Llegado a la pieza en que todas las noches nos reuníamos, mi primer cuidado fué colocarme junto a Laura, lo que conseguí mui facilmente.

—¿Qué hai en U., me preguntó ella, que desde esta tarde ha cambiado completamente?

—Es que al separarme de U., la dije, no creía que me aguardaba una doble desgracia......

—¿Qué ha sucedido? esclamó Laura interrumpiéndome y palideciendo notablemente.

El tono y la esclamacion calmaron como por encanto mis sospechas: al contemplar sus ojos llenos de solícito interes creí que una hora ántes me hallaba loco.

—Una carta que al llegar a casa he recibido me anuncia una enfermedad seria de mi madre, la que me llama encarecidamente a su lado: mañana debo salir para Santiago.

Me callé un momento esperando una respuesta, mas Laura sin contestar bajó los ojos donde creí divisar fujitivas lágrimas.

—U., Laura, proseguí, comprenderá cuanto sufro con este viaje inevitable, que me arrebata la felicidad cuando apénas entraba en posesion de ella. Herido por otra parte en uno de los afectos mas delicados: el amor a los padres, que desde los primeros años de la vida se anida en nuestro pecho, me hallo verdaderamente sin fuerzas contra tamaña desgracia.

—Talvez, dijo ella no sea mas que una enfermedad pasajera y en tal caso U. puede volver.

—Imposible, la dije, tengo allí mas que un deber que llenar: U. sabe que mi familia es pobre, añadí lleno de orgullo y confianza en mis fuerzas.

—Y sé tambien Ismael, replicó Laura, que U, es noble y que su pobreza será corta mientras U. sea su apoyo: U. es jóven y tiene un inmenso porvenir; váyase y cuente siempre con nuestros recuerdos.

La voz de Laura, al decir estas últimas palabras, me pareció comprimir los sollozos que anudaban su garganta; sus labios temblaban levemente y sus mejillas se cubrieron de palidez.

—U me ofrece un triste consuelo, la dije con amargura, con la seguridad de su amor me alejaría alegre porque iria acompañado de una esperanza; la memoria no hace un gran esfuerzo en recordar las personas que se han conocido y es fácil cuando no se ama brindar la amistad que cumple con la política: por otra parte U. habla en nombre de todos y yo he venido a despedirme de U. sola.

— Ah, U. es cruel, esclamó Laura con los ojos llenos de lá-

grimas y un acento que resonó en mi corazon como una música divina: Ismael, añadió, yo tambien sufro; pero sé que hemos de vernos bien pronto.

—¡Cómo! pregunté admirado.

—Si U. no puede salir de Santiago me lo hará saber escribiéndome a Valparaiso ¿qué puede oponerse a que sea yo la que vaya hácia U?

—Ah, esclamé lleno de gozo ¡U. me ama! ¡mil gracias!!

Fué todo lo que mi corazon, rendido por tantas emociones, pudo decir para espresar su enorme agradecimiento, mientras que mi mayor deseo era por entónces arrojarme a sus plantas para besarlas de rodillas.

Las frases, como la que Laura habia pronunciado con resuelto y decidido tono, aquellas que revelan arranques de abnegacion sublime, revestidos por las mujeres con el sello de su dulzura y delicadeza peculiares, arrojan la luz de un nuevo dia en el alma del hombre que por primera vez las oye. Cuanto Dios ha puesto en nuestro pecho de noble y elevado, todo despierta a esa voz májica, como los que duermen el sueño eterno deban levantarse a la voz del ánjel de la resureccion. Y en efecto cuando amamos ¿no creemos que el amor es la verdadera resurreccion de los goces de que Dios privó al hombre por su primera falta?

Ademas, el hombre que, en su primera pasion olvida que la mujer es una criatura terrestre; que la diviniza con el ardor del entusiasmo, haciéndola cobrar las proporciones, sino de un ánjel como ordinariamente se dice, al menos de un ser mui superior a su naturaleza; él que como un fanático adora hasta las prendas que visten a su querida: ¿con qué uncion deliciosa, con qué ferviente recojimiento debe recibir las palabras que lo elevan a la altura de su ídolo? con qué inefable bienestar debe recibir sus miradas amorosas, gotas de fecundo bálsamo destiladas sobre las tostadas flores de su amor para hacerlas exhalar su perfumada riqueza?

Laura y yo hablamos largo rato, olvidados de los demas, confiados en el porvenir, como los niños que piensan en el dia domingo. Llegados a la playa májica de la felicidad despues de las inciertas oscilaciones que preceden a todo amor; ávidos de aprovechar las pocas horas que nos restaban; penetramos con

planta firme y sin inútiles subterfujios, en el pais de los sabrosos proyectos, de los castillos en el aire, de las gratas aunque repetidas protestas. Allí nos ostentamos mutuamente los tesoros sin cuento de nuestras pasiones; siempre juntos, siempre marchando unidos en las rejiones del idealismo, como dos aves errantes que atraviesan el espacio para perderse entre las nubes. Ella se mostró tal como mi imajinacion la habia engalanado, iluminando su admirable belleza física con los resplandores de una alma grande, dotada admirablemente de sensibilidad, pasion y dulzura, dotes que la mujer que ama posee con refinada perfeccion. Sus palabras respiraban el abandono enamorado, la confianza infantil que depositan las mujeres en el que han hecho dueño de su corazon y parecia que hubiese esperado aquel momento para fascinarme con los prodijios de un amor vastísimo que estendia su amante prevision sobre mis dias venideros como queriendo borrar la memoria de mis pasados sufrimientos.

—Aun cuando no puedo unirme con U. por lazos que colmarian mis aspiraciones, me decia sonrrojándose, mi amor lo seguirá por todas partes. Y cuando yo trataba de indagar aquel misterio, ponia maliciosamente el dedo sobre sus labios, recordando mis promesas de ciega sumision.

Por otra parte, mi caprichoso espíritu se acomodaba tan bien con la union moral de nuestros corazones, que sin insistir en mi intento y atribuyendo su discrecion a un capricho de su sexo que se desvaneceria con el tiempo, me entregaba, con toda la voluptuosidad de la confianza a los arrullos cariñosos de la felicidad, salvando el tiempo que no debia verla; descontando mi amor, como se descuenta una letra de cambio para percibir mas pronto el efectivo, y poniendo en tan resbaladizo terreno la natural credulidad de un novicio. Su mirada, como los alegres rayos del sol de la mañana, disiparon el hielo de mis negras sospechas y con la prontitud con que en algunas imajinaciones se suceden las mas distintas perspectivas, divisé de nuevo, surjiendo de los presentimientos fatalistas que me asistian al llegar a Constitucion, un panorama distinto de mi vida, luminoso y festivo como un dia de primavera.

—En adelante Laura, mi porvenir depende de U., la dije al despedirme. Miro nuestro amor como un vínculo sagrado, libre

de mezquinas preocupaciones y al abrigo de los vulgares contrastes de la distancia y el tiempo. Como creo no poder salir de Santiago cuento con su promesa.

—No faltaré, me contestó ella, estrechando con amor la mano que la presenté para decirla adios.

Estas fueron las últimas palabras afectuosas que oí de su boca; palabras que me daban fuerzas para sobrellevar los males de la ausencia, la que consideré como un tiempo de prueba a que el destino queria sujetarme por haberme dado tan completa y repentina felicidad.

Solo al despedirme de las demas personas que se hallaban en la sala noté que mi tio se habia retirado. Tomé mi sombrero; dirijí a Laura una mirada en la que por última vez la juré un amor invariable, y salí con las lágrimas en los ojos, sintiéndome ya desfallecer con la idea de no verla al dia siguiente.

IX.

Ismael se detuvo algunos instantes y continuó:

—La luna brillaba aquella noche con todo su esplendor melancólico: en mi estado, sentí mui pronto ese misterioso halago que ejercen sus rayos sobre los que sufren: con un suspiro la referí mi abatimiento. Maquinalmente me detuve delante de la casa de Laura; pues los que aman quisieran, al separarse, repetir al infinito sus adioses; mas pasados algunos minutos de muda contemplacion volví a tomar con tardo paso el camino de la casa de mi tio.

No bien habia andado una cuadra cuando divisé un hombre que marchaba hácia mi. Siendo mui estrecha la calle y hallándose iluminada por la luna, el desconocido no podia ocultárseme: a poca distancia de mí aquel hombre pareció vacilar; detúvose un segundo y prosiguió su marcha; luego cuando se halló enfrente de mi volvió el rostro en direccion opuesta para evitar mis miradas; mas aquel movimiento no fué tan rápido que me impidiese conocerlo: era Adriano, el jóven cuya ausencia de casa de Laura me habia llamado ya la atencion.

La curiosidad, o mas bien los celos, me hicieron inmediatamente tomar la decision de espiarlo. En casos como aquel la

turbada imajinacion solo divisa el fin, sin cuidarse de los medios. Para ejecutar mi plan, seguí andando sin aparentar sospecha alguna, y cuando hube perdido de vista a Adriano corrí hasta dar vuelta por un callejon a espaldas de la casa. Llegado a la esquina avancé cautelosamente la vista y ví la calle desierta; pero despues de mas prolija investigacion divisé en la parte oscura de la calle un bulto que trataba de ocultarse en la entrada de una puerta: enfrente, las luces que arrojaban las ventanas principiaban a desaparecer.

Asi esperé una media hora, escuchando el menor ruido, con el corazon palpitante y suspendida la respiracion como para ayudar mejor a mi vista: por fin, las luces se apagaron completamente y todo quedó en el mas profundo silencio.

Un momento despues, la sombra se desprendió de la muralla y avanzó hácia la casa de Laura con señales de tímida precaucion, deteniéndose y parando el oido al menor movimiento de la calle: la puerta se entreabrió silenciosamente y la sombra penetró en el interior dejándola siempre abierta. Al momento salí de mi escondite, avancé al mismo lugar y sin hacer el menor ruido me deslizé marchando a tientas hasta la puerta del cuarto de Laura que de antemano me era conocida: mirando por la hendidura de la llave divisé luz en el interior de la pieza y el ruido de voces apagadas llegó confusamente a mis oidos.

No cabia duda ante tan terrible testimonio. ¡Laura me habia vilmente engañado! La mas violenta cólera se apoderó de mí en aquel momento y a haber cedido al primer impulso de mi indignacion habria derribado aquella puerta para confundir a Laura con mi desprecio y saciar en Adriano la sed de venganza que me devoraba. Felizmente la reflexion vino a mi ayuda, me decidí a esperar la salida de Adriano y vengarme sobre él de las amarguras que bebia: y aprovecharme de la oscuridad de un estrecho pasadizo que encontré a mi derecha, me puse a salvo de ser sorprendido y esperé.

Describirte lo que por mí pasaba en aquel fatal momento seria imposible. Pintarte el tumulto de encontradas y borrascosas sensaciones que en mi pecho se sucedian sin cesar, la cólera, el desprecio, la desesperacion que me ajitaban, seria ponerme otra vez bajo el dominio del horrible desórden moral que por grados

se apoderaba de mi cerebro. Felizmente aquella tortura duró solo un instante; mi atencion fué llamada por el ruido de una puerta que se abria, y apénas me hallaba oculto sentí los pasos de una persona que marchó hasta llegar a la puerta del cuarto. Allí el recien venido hizo lo mismo que yo habia hecho: observó por la hendidura de la llave y enderezándose de repente dió un fuerte golpe a la puerta que sin embargo no cedió a tan vigoroso ataque.

Un gran ruido se dejó oir en el interior de la pieza, como de personas que huian con precipitacion, y al mismo tiempo la voz del de afuera mandó imperiosamente abrir la puerta: aquella voz era la del padre de Laura. Un sudor helado discurrió por todo mi cuerpo y creí hallarme próximo a perder la razon; tan fuertes eran los latidos de mi sangre en las sienes. Pasados breves instantes la puerta se abrió dando paso al viejo que penetró de un salto en el aposento.—Un hombre habia aquí ¿quién era?—esclamó con voz atronadora: por única respuesta se oyeron los sollozos de Laura que puesta de rodillas ante su padre levantaba las manos en actitud de súplica.

Yo, colocado al esterior, y como he dicho en la oscuridad, distinguia perfectamente las personas, gracias a la puerta que habia quedado de par en par.

Sin duda aquel cuadro abundaba en una terrible poesía. El viejo estaba de pié, con una pistola en la mano: sus ojos centelleaban de ira; sus facciones descompuestas por una contraccion espantosa, anunciaban mas bien el furioso delirio de un loco que la rabia vengativa de un hombre cuerdo. A sus plantas, bellísima en su dolor, con la pálida frente alzada al cielo y las mejillas lívidas anegadas en abundantes lágrimas, Laura habria hecho el mas acabado modelo para una Dolorosa. Ante aquel imponente episodio de un drama en que yo, espectador y actor a la vez, veia perdida la tranquilidad del porvenir, la sangre pareció abandonar todo mi cuerpo, afluyendo en ondas quemantes hácia mi destrozado corazon: en mis oidos zumbaba un ruido semejantes al de las abejas; mis piernas temblaban como las de un paralítico y mis párpados ajitados por sacudimientos nerviosos me hacian ver a Laura y a su padre como dos sombras fatídicas nacidas en una horrible pesadilla.

El cuadro duró solo un momento.—Dí ¿quién había aquí? por dónde ha huido? volvió a preguntar el viejo rechazando con aspereza las manos suplicantes de su hija.—Perdon, perdon, murmuró tan solo ella cayendo desfallecida. Y yo al oir su voz que una hora ántes me colmaba de amor, y que implorando piedad cegaba mis creencias, desvastaba mi pecho arrojándome al infierno de la venganza, quise maldecirla y viendo que la garganta se negaba a dar paso a mi rabioso anatema, me puse a correr hácia la puerta para huir de todo y aturdirme.

Corrí sin detenerme hasta la casa de mi tio, penetré en el interior, a oscuras, con la lucidez de un sonámbulo y me arrojé en mi cama, con la cabeza entre las manos: ¡lloré cinco horas!: era casi un niño todavía!

El destino, velándome las puertas del mundo al que llegaba con una alma vigorosa, con las inmensas aptitudes de que me hallaba dotado para gozar, me ofrecia en cambio del luminoso recinto de la dicha, el sombrio caos de la desesperacion donde los pesares acosan el espiritu hasta hacerlo gozarse en su amargura. Como a un estoico, no me quedaba mas recurso que negar el dolor y presentar a los demas un semblante risueño para vivir en paz; una frente altiva para evitarles la miserable limosna de la compasion.

En nuestros primeros pesares somos absolutos, quisiéramos que la humanidad entera nos pagase bien caro la herida abierta en nuestro corazon por una sola persona! La amarga misantropia, la que se sustenta de odio y lanza en torno suyo sus atroces imprecaciones, se apodera de los que por vez primera sufren un desengaño acerbo, los avasalla haciendo por sus venas circular la hiel de su odio, así como puestos en contacto con una máquina eléctrica el fluido se esparce por la sangre que despide chispas a la proximidad de cualquiera otro cuerpo.

No obstante mi dolor inmenso mi deseo no era morir: la fiebre del suicidio ataca solo a los mui fuertes o a los demasiado débiles: yo queria vengarme. Como Aníbal, jurando odio eterno a los romanos sobre el pálido cadáver de su padre, yo juraba eterno rencor a la humanidad sobre los miserables despojos de mi porvenir destrozado; sentia el atroz deseo de presentar por todas partes mi rostro taciturno; de convertir en venenoso sarcasmo



los afectos de la vida, de reirme de ajenos dolores para ofrecer al mio un holocausto de consuelo; sentia la ardiente necesidad de palpar las miserias sociales para arrojarlas la befa de mi espíritu escéptico, y helar en los lábios la sonrisa de los amantes, presentándoles el espinoso reverso de la medalla del amor! A la temprana edad en que me hallaba, léjos de buscar en algun sentimiento relijioso el bálsamo de mi desventura, blasfemé de Dios con impio coraje, y aparté de mí todo consuelo con el orgullo de los que sufren por primera vez; no me quedaba mas recurso que esta triste venganza, a mí, loco amante de un dia a quien una mujer daba el horrendo privilejio de maldecir el mundo y escarnecer la virtud. En mi corazon, el soberbio edificio de mi ventura no era mas que ruinas; mi alma, viuda de la poesía de sus creencias, semejaba a las cuevas donde solo resuenan los alaridos de las fieras rujidoras: su eco era lúgubre y amenazador; y en mi espíritu la razon vacilante no iluminaba a mi funesto ídolo, sino como esas lámparas cansadas que desfiguran con sus inciertos rayos la imájen de la devocion: hacinadas en él las sombras de mi dolor violento, mi memoria lloraba y mi razon se estremecia al desquiciarse.

El viaje fué penoso, porque luchábamos contra la fuerza de la corriente. Insensible a las bellezas del suelo, mi vista despreciaba los pintorescos panoramas del campo, al paso que mi imajinacion lloraba en cada árbol, en cada rama la alegria desvanecida: vasallo del dolor, yo, como los esclavos que viven soñando en la libertad, debia dirijir todas mis ideas hácia la felicidad que no podria alcanzar. Con la fiebre, mis ideas cambiaban con prodijiosa rapidez: todo era incoherente, todo encontrado y sin aliño. La vista de algunos pobres pastores me inspiró violentos deseos de abrazar aquella vida miserable, casi salvaje; pero libre de preocupaciones angustiosas: en un momento caí en la eterna manía de los filósofos y me puse en mi interior a exajerarme la inocencia de semejante vida sin pensar que para vivir en su agreste tranquilidad necesitamos o haber nacido en ella o cambiar nuestro ambicioso corazon por el de aquellas jentes bienaventuradas, despojándonos de la hiel de nuestra ambicion. Ademas, el paroxismo del dolor es como la calma de los mares que encubre las furias de las olas inquietas: mi calma,

durante el viaje, semejaba mas bien a la demencia que al abatimiento de un infeliz: el menor incidente debia hacer estallar mi amargura.

Llegado a Santiago, y despues de las primeras efusiones del cariño filial, estremado en mí como todo afecto, caí en una de esas apatías profundas, inaccesibles al consuelo y en las que por la porfiada contraccion de todas las facultades, un hombre jóven se olvida del campo del porvenir, para entregarse con toda su alma a los recuerdos; ese espejo májico en que la vejez se complace en ver pasar las escenas siempre felices de los tiempos perdidos. Al volver a mis tareas científicas, miré mis libros con hastío y horror—acaso sin ellos, pensé entónces, y abandonándome a la ignorancia mi corazon no habria contraido tan violentas necesidades.—Ese deseo, esa sed de amor, que a fuerza de sentirla la creemos innata en nuestro ser, no es acaso mas que un sentimiento bastardo enjendrado por nuestras lecturas y por otras ideas que estando aun niños adquirimos!

Como esos pájaros heridos, que van a ocultar en los bosques su desesperada agonía, yo me aparté de todos, huí de mis amigos de colejio y me negué con porfía a aceptar los pasatiempos que mi padre se esmeraba en proporcionarme, obstinándome en permanecer en mi cuarto dias enteros, sentado sin movimiento, sujetando mi frente en una mano y mirando siempre al cielo, ese refujio de las almas doloridas. Aquella soledad, poblada de las sombras errantes de mis crueles recuerdos y la falta de alimentos a que voluntariamente me habia condenado, hicieron declararse en mí una de esas misteriosas enfermedades, que sin dolencia fija, minan poco a poco las mas robustas constituciones. Los médicos la llamaron consuncion. ¿Qué puede la ciencia contra los dolores morales? Aplicándome remedios para dar vigor a mi cuerpo se estrellaban contra la oculta barrera de mi melancolía; de modo que al cabo de dos meses yo me moria lentamente como esas niñas feas que languidecen consumidas por alguna pasion solitaria.

Una noche mi padre me anunció que habia resuelto mandarme a Europa.—Creo, me dijo, que el mejor remedio para tí será un viaje largo, en ese pais donde hallarás mil pasatiempos. Mi fortuna, añadió al ver que yo iba a hacer una observacion,

ha mejorado considerablemente, de modo que puedo ofrecerte una pension, que aunque escasa, se aumentará sin duda dentro de mui corto tiempo.—Despues de estas palabras se retiró manifestándome una alegría en la que yo estuve mui léjos de creer.

Tres meses despues de aquella conversacion me encontraba en Paris, ocupando un cuarto redondo en una de las calles del cuartel latino, llamado pintorescamente la Bohemia. Sin relacion alguna de amistad, y contando solo con mis modestos recursos pecuniarios, me entregué, durante los primeros meses a la vida estudiosa y observadora de esa clase de viajeros que Sterne ha comprendido bajo el nombre de *viajeros curiosos*. Recorrí monumentos, jardines y museos; visité y contemplé el lujo de la civilizacion, la riqueza de las artes, los esfuerzos inauditos de la industria; asistí a los cursos públicos de historia y de astronomia, dedicando a las ciencias gran parte de mi tiempo. En estas ocupaciones, que yo abrazaba con una especie de delirio, mirando a Chile desde tan léjos y luchando contra la necesidad, la hidra de las grandes capitales europeas, logré poner a mi espíritu en tal movimiento, que pasaba horas enteras sin pensar en Laura, pareciéndome mi amor como una de esas terribles pesadillas que dejan en el alma un hostigoso desaliento.

Un año despues de mi llegada a Paris recibí una carta de mi padre en la que me anunciaba el brillante estado de su fortuna y me enviaba una fuerte remesa de dinero: con tan sólida palanca pude elevarme desde el fondo de mi pobre cuarto de la calle Mazarin hasta el centro del lujo y la disipacion: alojéme en un suntuoso departamento en la calle Laffite, tomé coche y abrazé por fin esa vida de elegante calaverada en la que precipitándose tantos jóvenes en busca del placer encuentran a poco andar la ruina y el deshonor. Durante noches enteras de un juego arruinador en el que jamás me abandonaba la buena suerte, en los paseos, en los teatros, en la roja llama del *punch* al que pedia muchas veces el olvido, en todas partes, en fin, la vaporosa figura de Laura acudia con desesperante puntualidad. Como siempre sucede, eché de ménos mi cuarto redondo, mi vida oscura y virtuosa, mis desvelos científicos que muchas veces me dieran la tranquilidad sino el olvido: mi almohada recibió las ardientes lágrimas que, en medio de la noche, vertian mis ojos, cuando

mi fatal memoria me trazaba con admirable verdad las primeras escenas de mi amor malogrado: los lujosos muebles de mi habitacion fueron testigos de mi deplorable miseria y oyeron el desgarrante jemido de mi pecho que lamentaba su orfandad: con la vida mundana habia vuelto a despertarse en mí la sed de un amor puro y noble, el sueño de la juventud; y desgraciadamente para mi, todas las mujeres de la creacion se reasumian en Laura!.....

Hasta entónces, insensible al placer, yo habia conservado la castidad de mi alma, no por virtud, sino como ciertos individuos que, ignorantes de un bien que poseen, se abstienen de gastar porque se creen arruinados. Un dia, al mirarme al espejo, con la indiferencia de un hombre sin esperanzas, observé con espanto la profunda traza del dolor en mi semblante: el tinte rosado de mis mejillas habia desaparecido, para dar lugar a una palidez enfermiza; un círculo sombrio rodeaba mis ojos, y la frente habia perdido la tersa brillantez de la juventud.—Al diablo la tristeza esclamé frenético, paseándome a largos pasos, como para huir del recuerdo que porfiado me perseguia. Al diablo el amor, yo solo quiero placeres y olvido.—(*Continuará*).

ALBERTO BLEST GANA.

BIOGRAFÍA

DE

DON AGUSTIN EIZAGUIRRE.

(CONTINUACION). (1)

Hai un hecho que no puede ménos de notarse cuando se estudia la historia de la independencia americana, cual es que los primeros movimientos revolucionarios tuvieron su orijen en los cabildos. En esas corporaciones fué donde se discutió acaloradamente el proyecto de crear gobiernos nacionales, y donde se trató de los medios de llevarlo a efecto, infundiendo y fomentando de este modo en los pueblos el deseo de mudar de condicion y de entrar en una vida de libertad y ventura. La esplicacion de este hecho debe buscarse en la índole misma de los cabildos.

Estas instituciones, cuyo orijen se pierde en la noche de los tiempos, fueron creándose en España poco a poco, habiendo tomado por modelo a las curias romanas. Su encargo fué siempre velar por los derechos y bienestar de los pueblos, de quienes

(1) Véase el núm. 3.º

eran representantes y tutores. En los cuatro últimos siglos de la edad media los cabildos tuvieron en la península una gran preponderancia; pero su esplendor fué eclipsándose por grados desde que los monarcas comenzaron a robustecer y ensanchar su autoridad a costa de los privilejios de la nobleza y de las franquicias y fueros populares.

A la época del descubrimiento de América los cabildos españoles se hallaban ya harto dejenerados, pues habian perdido muchas de sus mas importantes atribuciones; pero siempre conservaban su primitivo carácter, y los pueblos los miraban como sus patronos y guardadores de sus derechos.

Viciados como estaban, pasaron de la madre patria a las colonias que se fundaron en el nuevo mundo a fines del siglo XV y en la primera mitad del XVI. Donde quiera que los conquistadores echaban los cimientos de una nueva poblacion, elejian un cabildo o ayuntamiento, semejante en todo a los de España. Pero debe notarse que los cabildos americanos hicieron en las colonias un papel mas distinguido que el que hicieron por el mismo tiempo los peninsulares en su propia tierra; y así era natural que sucediese, puesto que aquellos se hallaban mas distantes del centro del poder, y por consiguiente ménos espuestos a perder sus prerrogativas por las usurpaciones del monarca. Las funciones que ejercieron durante la época del coloniaje, fueron de alta importancia: intervinieron frecuentemente en el gobierno de las colonias, y representaron al soberano las necesidades de los pueblos cuyos intereses y bienestar les estaban confiados.

Componíanse estos cuerpos de un número de rejidores que variaba segun la poblacion de cada ciudad, sin que pasase nunca de doce. Cada cabildo elejia dos vecinos de probidad y luces para que ejerciesen el cargo de alcaldes ordinarios, cuyas funciones eran administrar justicia. Los alcaldes eran miembros de la corporacion, y tenian en ella voz y voto como los rejidores.

El cargo de rejidor era noble, y se vendia en pública subasta al mejor postor, quien lo adquiria por toda su vida. El de alcalde solo duraba un año, al cabo del cual espiraba, y se elejia otra persona que lo desempeñase. Todo cabildo tenia su *procurador de ciudad*, funcionario que, como su nombre lo indica, estaba encargado de hacer las jestiones convenientes para que los intereses y el bienestar de los pueblos no sufrieran menoscabo alguno. Los procuradores no comenzaron a nombrarse por las ciudades sino en la época de la decadencia de los cabildos.

Algunos años ántes de la guerra de la independencia los cabildos americanos habian perdido casi todo su antiguo lustre e importancia. Sus atribuciones habian sido menoscabadas a tal punto, que el cargo de cabildante habia llegado a ser casi un mero título de honor; pero su carácter popular lo conservaban

todavía, y eran mirados como los guardianes y protectores de los intereses y derechos comunales. El poder absoluto del monarca los tenia ofuscados; pero ellos existian aún, a la manera de aquellas plantas que viven privadas de verdor y lozanía, porque un árbol soberbio las oprime bajo su espeso y pesado ramaje. Sobre todo conservaban su nombre; se llamaban todavia cabildos. La fuerza de los nombres es májica. El pueblo jamas abandona la idea que tiene de una cosa, miéntras el nombre no se borre de su memoria; y ninguna institucion, por despreciada y envilecida que esté, puede decirse, que ha muerto en el corazon del pueblo sino cuando ha dejado de usarse la palabra con que siempre se la ha designado.

Tal era la condicion de los cabildos ántes de que estallase la revolucion americana: instituciones populares, bien que dejeneradas y abatidas. Ellos debian dar alguna vez una señal de vida, y al fin hicieron sentir su existencia de un modo harto funesto para el poder que los habia avasallado y encadenado. Cuando la monarquía española quedó acéfala por la prision de su rei, los americanos volvieron naturalmente los ojos a los cabildos, que en razon de su carácter y de su instituto debian proveer de remedio a las necesidades de los pueblos. Estas corporaciones despertaron entónces de su profundo letargo. Celebráronse frecuentes reuniones, en las cuales se tomaron en consideracion los peligros que amenazaban a las diversas secciones americanas, se discutieron los medios de conjurarlos y de poner en salvo los dominios del príncipe cautivo, se meditó en jeneral sobre la suerte de las colonias y sobre el estado del gobierno y de los negocios públicos, se hicieron representaciones a las autoridades superiores, y por fin, avanzándose en las discusiones y en el exámen, se llegó, de idea en idea, a tratar de la creacion de gobiernos nacionales. El jérmen revolucionario que encerraba la constitucion primitiva de los cabildos, no tuvo ya grandes obstáculos con que luchar en su desarrollo.

El cabildo de Santiago desempeñó honrosamente el papel que le cupo en el drama de la revolucion chilena. Casi todos los miembros que lo componian fueron sostenedores decididos y entusiastas de los principios antimonárquicos, y la corporacion vino a ser el foco del movimiento político y social que tenia en convulsion a toda la colonia.

Don Agustin Eizaguirre tuvo la honra de formar parte del célebre cabildo de 1810. En diciembre del año anterior habia sido electo alcalde ordinario en union con don José Nicolas de la Cerda; y desde que tomó posesion de su cargo, se contrajo asiduamente a difundir las ideas nuevas, procurando al mismo tiempo su realizacion. El partido revolucionario, aunque no veia en Eizaguirre un sabio distinguido, ni un orador vehemente

y popular, ni un caudillo impetuoso y osado, veia sí un hombre de probidad proverbial, acompañada de bastante entereza de alma, de un juicio naturalmente recto, y de calificado amor al bien públjco; a todo lo cual se añadia el prestijio inherente a su ilustre alcurnia, a su numerosa parentela y a la fortuna que habia sabido labrarse con su industria.

Las revoluciones necesitan, como los dramas, personajes que desempeñen papeles de diversos jéneros. Hai siempre en ellas un protagonista; pero no basta eso solo para que alcanzen el triunfo; es preciso que haya una multitud de otros personajes subalternos, mas o ménos espectables, con cuya influencia y cooperacion se arribe al desenlace. Hombres del temple y circunstancias de Eizaguirre son necesarios en toda revolucion para que sea consistente y eficaz. Ellos están dotados de un instinto conservador, no mui fuerte si se quiere, pero bastante para poner un saludable contrapeso a las pasiones ardientes e impetuosos de los partidos novadores, impidiendo de este modo que fracasen por falta de tino y cordura. La mision que desempeñan no es por cierto tan brillante como la del caudillo que obra; pero es esencialísima para el triunfo, porque es conservadora de la revolucion.

Desde que Eizaguirre se incorporó en el cabildo hasta la instalacion del primer gobierno nacional, aquel cuerpo estuvo en una constante ebullicion. Hallábase enemistado con el capitan jeneral Carrasco, cuya torpe política aceleró la ruina del sistema colonial en Chile. Los proyectos y medidas del cabildo se terminaban a echar por tierra la autoridad de su adversario, haciéndole una viva oposicion, que le despojaba del prestijio sin el cual le era imposible mandar. Las reuniones capitulares eran frecuentísimas, y a veces se celebraban de noche y aun fuera de la sala destinada al efecto. En ellas se espresaban los pensamientos mas atrevidos que habrian escandalizado en otras circunstancias a los sencillos y pacatos colonos. Se hablaba con desprecio del capitan jeneral, se lamentaba el pésimo estado de la colonia, y se hacian acres inculpaciones al mezquino sistema de gobierno observado por la metrópoli.

La deposicion del asesor Valdes, y mas tarde la prision de los beneméritos ciudadanos Ovalle, Rojas y Vera, exaltaron hasta el estremo la irritacion del cabildo, y dieron pábulo a las pasiones políticas de que estaba animado. La disputa se ensangrentó hasta el punto de citar al capitan jeneral para que fuese a sincerar su conducta ante el cabildo reunido; intimacion que se le hizo por el órgano del alcalde Eizaguirre y del procurador de ciudad don José Gregorio Argomedo. Carrasco trató con desprecio a la diputacion, y la despidió profiriendo las mas severas amenazas contra ella y contra el cuerpo que la enviaba.

El cabildo, que se veia apoyado por una porcion numerosa y distinguida de vecinos de Santiago, no cejó en sus propósitos; ántes bien, cobrando mayor enerjia por la nueva injuria que acababa de recibir, se encaminó a la sala de la real audiencia, y por medio de sus dos alcaldes Eizaguirre y Cerda dió cuenta al tribunal de todo lo ocurrido, y concluyó pidiendo se citase a Carrasco para que diese la satisfaccion que se le exijia.

El presidente se vió al fin en la necesidad de comparecer. Hubo un acalorado debate, en que no escasearon las injurias y amenazas de una y otra parte, y cuyo resultado final fué la destitucion de ciertos empleados a quienes el pueblo sindicaba como consejeros e instigadores de la política de aquel funcionario.

La autoridad colonial recibió con esto un golpe de muerte. Seis dias despues se trató de la deposicion del capitan jeneral, el cual se vió obligado a dimitir su cargo por evitar la mengua y el bochorno de una formal destitucion.

Las ideas revolucionarias, encastilladas en el cabildo, iban ganando terreno y minando rápidamente el antiguo órden de cosas. Por la voluntad y poder del pueblo habia sido depuesto el primer majistrado de la colonia, y un criollo habia sido llamado a desempeñar el cargo vacante.

La revolucion no podia detenerse en su marcha: era necesario que avanzase. Tratóse ya sin rebozo de la creacion de una junta que se encargase del gobierno durante el cautiverio del rei Fernando; y el cabildo patrocinó este proyecto con el mismo ardor y entusiasmo que habia desplegado en las pasadas contiendas. El partido realista se opuso, como era natural, con la mayor enerjía a una novedad de tanta trascendencia. La lucha quedó abierta. El campo de batalla fué el palacio del presidente Toro, cuya voluntad, gastada por los años, carecia de consistencia en sus propósitos, manifestándose inclinada, ora al partido conservador, ora al revolucionario. El triunfo en esta guerra incruenta quedó por los novadores, que fueron los que mejor manejaron la intriga y supieron dar alguna firmeza a las resoluciones del presidente, ya intimidándole con el anuncio de graves males que sobrevendrian a la colonia en caso que no se crease la junta, ya halagando su ambicion con la perspectiva de un mando mas seguro y de mayor duracion que el que actualmente se hallaba ejerciendo. La junta quedó instalada el 18 de setiembre de 1810.

Uno y otro partido desplegaron en la contienda todas las fuerzas y recursos con que contaban. La ajitacion se hacia sentir en todo; los ciudadanos no pensaban sino en la gran cuestion que se iba a resolver. La colonia, despues de su letargo de tres siglos, habia comenzado a sufrir su primer cataclismo social.

Los servicios que Eizaguirre prestó como miembro del cabildo y como particular a la causa de la independencia en esta época

borrascosa, son sobrado notables para que puedan jamas echarse en olvido. Veíasele, ya en las sesiones del cuerpo a que pertenecia, ya en las reuniones privadas, tratando de los medios de asegurar el triunfo, y propagando con su palabra y con su ejemplo el entusiasmo de que necesitan los principios que se predican por la vez primera; ya se hallaba desempeñando comisiones del cabildo cerca del presidente Toro, que tenian por objeto reducirle a consentir en la instalacion de la junta; ya empleaba su tiempo en recorrer la poblacion a la cabeza de una patrulla durante las noches en que la zozobra y la alarma traian inquietos a todos los ciudadanos.

Sus servicios fueron siempre desinteresados. Fué él quien propuso en el cabildo la idea de que ningun miembro de la corporacion fuese elejido vocal de la junta gubernativa, a fin de dar por este medio un noble desmentido a los que imputaban a los capitulares miras siniestras y proyectos de elevacion personal a costa del reposo público. La idea fué aceptada, y se llevó a cabo en la reunion del 18 de setiembre.

El partido revolucionario, tan pronto como tomó en sus manos el timon del estado, se dividió en dos bandos, de los cuales el uno pretendia hacer marchar la revolucion a paso acelerado por medio de providencias francas y enérjicas, y el otro, mas tímido y conservador, se oponia a las innovaciones que se proyectaban. El primero de estos bandos tuvo por caudillo a don Juan Martinez de Rosas, el mas distinguido de los revolucionarios de su tiempo, y prevaleció en la junta gubernativa; el segundo, que dominó en el cabildo, reconoció por corifeos a don Agustin Eizaguirre y don José Miguel Infante. El cabildo y la junta se hicieron al principio la guerra a la sordina, y mas tarde rompieron abiertamente las hostilidades. Hubo quejas y recriminaciones de una y otra parte, en que no siempre se dejó oir la voz de la justicia y del bien comun.

Los pueblos debian elejir diputados que compusiesen el primer congreso del pais. Los dos cuerpos rivales aspiraban a la victoria en el campo de las elecciones, poniendo en juego cuantos arbitrios les sujeria su imajinacion, estimulada por el deseo de alcanzar el triunfo. Prevaleció al fin el partido del cabildo, que obtuvo una notable mayoría en el congreso. Eizaguirre tuvo la honra de ser elejido diputado por la capital, y de formar por consiguiente parte de la primera asamblea lejislativa que creó el pueblo chileno en la infancia de su vida política.

El partido rosista quedó anonadado con esta derrota. El gobierno, que hasta entónces habia estado en sus manos, pasó a las de sus adversarios, quienes elijieron una nueva junta gubernativa, compuesta de personas adictas a sus principios. Los vencidos no desmayaron por esto. Contaban en sus filas hombres

dotados de bastante enerjía y talento, que no se allanaban a recibir la lei de los que no poseian esas prendas en el mismo grado. Maquinaron incesantemente para recobrar por la fuerza el puesto y la influencia que habian perdido; pero sus tentativas fueron ineficaces, hasta que al fin se les presentó un jóven militar, lleno de talentos, ganoso de gloria, revestido de noble osadía, y rodeado del prestijio inherente a los laureles que habia recojido en la guerra de la península. Don José Miguel Carrera era el hombre que los conspiradores necesitaban para triunfar. El 4 de setiembre de 1811 hubo en Santiago un movimiento armado, dirijido por aquel jefe, y cuyo fin era obrar una reforma en el personal del congreso y de la junta gubernativa. Así se hizo, quedando árbitro de los negocios públicos el partido de Rosas, y vencido el del cabildo, que no volvió a figurar mas en la escena política sino con las modificaciones producidas por el tiempo y los acontecimientos de que en lo sucesivo fué teatro el pais.

Eizaguirre se retiró con este motivo a la vida privada, llevando su honradez y moderacion por escudo contra las persecuciones de que ordinariamente son víctimas los vencidos. Su persona fué respetada por sus adversarios victoriosos.—*(Continuará.)*

F. VÁRGAS FONTECILLA.

MI VIAJE A NINGUNA PARTE.

VI.

Carta que aunque escrita en otro tiempo no vendrá mal en mi viaje.

Mi querido amigo: acabo de recibir tu carta, y con ella, los reproches que me haces por no haberte escrito en tanto tiempo; reproches justos en apariencia, pero que, oida mi justificacion, tendrán en tu concepto el mismo ningun fundamento que en el mio. ¿Crees que si hubiese tenido algo de interesante que escribirte, habria por pereza o neglijencia dejado de hacerlo? que si hubiera tenido con que llenar seis renglones, no te los hubiera ensartado con los filosóficos comentarios de mi usanza? No es de mí, inagotable saco epistolar siempre pronto a vaciarse, de quien debes quejarte, sino de la malhadada estrella que preside mis destinos, condenándome a vagar por el fértil desierto de mis pensamientos. Ademas, de qué hubiera podido hablarte? de politica, ando tan ajeno como una mujer de constancia, o un diputado de opinion propia; y en los tiempos que corren mas bien podria llamársela impolítica; en comercio, sé tanto como Adan en diplomacía; en teatro, tanto como nuestros paisanos en libros, esto es, que le miro el frontispicio cuando me ocurre pasar cerca de él, sin que esto impida que, cuando se ofrece, hable como abonado perpétuo: y no te hablo de derecho, porque juzgo que bien

querrias sentar plaza de tuerto, ántes que enderezarte por el camino descaminado de las leyes.... ¿No es verdad que hice cuerdamente con ahorrarte mis cartas, que habrian llenado la balija sin vaciar tu curiosidad?

Pero volviendo a tu carta: en gravísimo aprieto me has puesto, haciéndome pagar harto caro el animado entusiasmo con que escribí mi anterior; porque, o tu andas mui atrasado cuando crees que solo con pláticas de amor, o empresas femeninas pueda uno divertirse, o soi yo mui platóniço o mui bobo, cuando juzgo que es la mujer un pleonasmo inútil, un ripio innecesario en el mundo, y el amor una antigualla que de puro vieja no puede ya pasearse por las calles. Grande estrañeza habrá de causarte los progresos que hago en la filosofía moral, los portentosos descubrimientos a que ha arribado mi ciencia que, a poco andar, ha de concluir con que los naturalistas erraron grandemente, en la arbitraria division de la especie en macho y hembra: así no te admires si a tu pregunta de cuales y cuantas conquistas son las que en el dia cuento, te respondo, que así abundan en mi lista, como los pelos en mi cabeza y las pesetas en el bolsillo de un poeta. Seguramente no calificaste mal esa tierra, cuando la has llamado de camarones, que segun Plinio son *cangrejus fluviales vel maritimus*, pues creo que, desde que saliste de este emporio del sueño y de la política, marchas a lo cangrejo, segun son de anticuados los usos que tus preguntas recuerdan. Es posible que un mozo civilizado y escritor por añadidura, se atreva a preguntarme a mí, campeon nato del progreso social, cuántas son las queridas que tengo? Querida....... esto huele a la edad media, a los huesos de Belianis o de Rolando; a retrogradacion, a antigualla, a Matusalem y sus 900 años. ¿Cómo es que no me preguntas si gasto armadura y broquel, (no escudo porque estás seguro de que no los tengo) o si en San Lázaro, o en la capilla de Belen me armaron caballero? ¡O ciega jente que no columbra aun el resplandor de la verdad social! Cuántos, cuan largos y nebulosos años correrán ántes que se conozca que es la caña mas frájil la mujer, el amor la fruta mas indijesta: que como del vino sale el vinagre, tal de la pasion los sinsabores, la insconstancia, y despues el olvido, última hez de tan amargo licor, que tiene sobre todas la desventaja de no tener sabor alguno. Querida! estás loco hombre de Dios? Bajo del oropel el lodo, bajo de las promesas el perjurio....!

Cuanto mejor es descartarse de tan poco productivas inquietudes, y vivir la existencia patrialcal que llevo, comiendo, leyendo, bostezando, durmiendo y dando por las tardes un hijiénico paseo. A fé que he descubierto la piedra de toque de la felicidad, y eso sin pagar barco, navegando remotas tierras, que mi elixir está en mi mismo y a donde quiera que vaya he de llevarlo.

Pero a qué hablarte en este tono? tú no eres pueblo, ni yo gobierno para que trate de engañarte: me conoces demasiado, y conoces demasiado tambien las secretas aspiraciones de mi corazon, para que pueda, afectando el indiferentismo esceptico del dia, influir mi opinion en tus ideas y creencias en materias de sentimiento, y mas despues de la pequeña historia que en la tuya me cuentas. Pues que a fé no tienes derecho para decir que esa tierra no es la mas fecunda en sensibilidad y en belleza; porque, segun lo mismo que me escribes, no andas tan desgraciado, encontrándote a punto de concluir una obra, que a juzgar por lo que me indicas, es de aquellas dulces y pastoralmente civilizadas de Jorje Sand, jénero de mi predileccion, cuyo tipo jamás ha logrado encontrar mi alma, fatigada del intrigante prosaismo de nuestros dramas modernos. Ah! cuán feliz, cuán dichoso me sentiria, si pudiese en alguna parte hallar ese manantial de sensibilidad en que anhela embriagarse mi corazon! Si pudiese encontrar una alma entusiasta, delicada, tierna, soñadora como la mia; sin la impotente frivolidad de tantas mujeres como he conocido; un corazon sin cálculo, sin miseria, sin desconfianza. No querria el bullicioso amor de una *leona*, ni la hojarasca de una bachillera, ni las ridículas fantasmagorias de una romántica; deseo solo un corazon de Eva, con su debilidad, pero con su dulzura; con sus sonrisas y con sus lágrimas; con su apasionada sensibilidad, con su irreflexiva inocencia; una alma concentrada, como los dolores que no sienten las vulgares; púdica, modesta, tierna, que supiese llorar, amar, despreciar conmigo: un amor ignorado, apacible, sin inquietud, sin zozobra, con algo de esa patriarcal sencillez de Virjinia, algo de ese ardiente abandono de Julieta, algo de esa santa ignorancia de Margarita: *(en el Fausto)* y colocada esta escena de un idilio bíblico, lejos de las ciudades, entre las flores de la primavera, bajo la sombra de silvestres árboles; sin mas testigos que los astros y las armonías campestres, elevándose nuestra dicha al trono del Eterno con el canto de las aves, el murmullo de las aguas, con el perfume de las plantas, con esa callada plegaria que se exhala por las tardes del seno del universo entero; sobre nuestras cabezas la inmensidad del firmamento, bajo nuestros ojos el campo con su eterna verdura, ante nuestros deseos el paraiso con su eterna bienandanza. ¡Pero qué lejos está el cielo de mis ensueños! ¿Cómo podria nunca encontrar entre estos moños, estas manteletas, estos corsees, estas aprendidas miradas, estos ejercitados pasos, este ridículo ceremonial, el espontáneo abandono que deseo? ¡Cómo entre estos corazones exhaustos de sentimiento, vejetando tras la esperanza o la sombra de un matrimonio metálico, lo que ansia mi corazon!

A dónde tornar los ojos
Que no encuentre allí el vacío......

como dice un poeta? Y es lo mas duro de la cosa que ni una sola columna quede en pié: que ni tengo pesetas para hacerme avaro; el vino me hace mal al hígado para hacerme *hebreo;* la misantropía es bocado demasiado amargo para plato cuotidiano; la filosofía recurso de hambrientos; la política, nauseabunda; la literatura razon social en bancarrota, y la resignacion, como el alistamiento *voluntario* de los cívicos: quédame solo la beatitud, ocupacion por cierto lucrativa, pero que así me viene, como a Napoleon una canonjía.

Pasemos a otra cosa; tratemos de algo ménos triste: por fin, hénos aquí tocando los términos de este maldecido 51, como cansados peregrinantes el fin de una fatigosa jornada, o cual mal aventurados pecadores el de su largo purgatorio. Tiempo era ya que concluyese y con él nuestras mal andanzas, luciendo en nuestro horizonte el nuevo sol del 52 que, a fuer de buen hijo, habrá de recompensarnos largamente la inmensa deuda de desengaños que con su padre contrajimos. Sea presentimiento, sea preocupacion, sea impotencia que se aferra a la única tabla de esperanza, lo cierto es que, a medida que veo aproximarse el año nuevo, siento renacer de este abollado cascaron el mismo individuo de ántes, que, cansado de estar tanto tiempo sepultado en su necia misantropía, despliega súbitamente sus fatigadas alas, lleno de vigor y esfuerzo, como fenix que bebe en sus propias cenizas, el raudal de una nueva existencia de juventud y de esperanzas.

Sabes que soi mas supersticioso que una beata, mas dado a mis agüeros que una bruja a sus conjuros, lo que si es un tormento muchas veces, no lo es pocas la fuente de esos misteriosos placeres vedados a muchos corazones, cimiento de esos castillos que elevamos hasta el cielo, a despecho del miserable escepticismo de la tierra; vanas fantasmagorias de ilusion, con que procuramos llenar el vacío que deja en nuestras almas la matemática realidad del mundo; y si no lo has olvidado, desde el primer dia de este año, presentí su fatalidad, del mismo modo que ahora me alienta el presentimiento de que el venidero será bien diferente. Ojalá este no sea el primer presentimiento chasqueado, ni la última ilusion desvanecida...!

Profundísima metafísica, dirás; como y con cuanta veloz intrepidez avanza mi digno amigo en las nebulosas rejiones de la filosofía. A fé que yo mismo he llegado a admirarme de mi tono mas encumbrado que un exhordio académico; y he venido a deducir que, si tantas vaciedades te he ensartado en estas pájinas,

es porque encontrándome colocado en el terrible dilema de no escribirte, o de no decirte nada, como un politicon entre el *sitio* o la revuelta, hallé la fácil salida llenándote la carta de estirados renglones que, si no dicen mucho, algo deberán decir a fuerza de encajar tanta letra sobre letra; y tú sabes tambien que este cómodo sistema ha sido adoptado y practicado por todos los ministros del mundo en sus *memorias*, y por casi todos los escritores modernos; y yo me desespero por parecer escritor. Ademas, perfectamente conoces que no es Santiago el mas abundante sembrado de materiales epistolares, ni el mejor cosechero tu corresponsal que, encaramado en sus celestes alturas, dignase mui pocas veces descender, como minero en cuaresma, a las terrenas bajezas. Por otra parte, sino hubiese echado mano del inagotable tesoro filosófico, habríame quedado en la primera línea de mi epistola, lo que sobre afrentosísimo para mi injenio, nada provechoso hubiera sido a tu curiosidad que, ávida de variadas noticias, grande chasco se llevará al encontrarse con una carta, que aunque mas estirada que esperanza de pobre, tanto carece de sustancia, como de seso la bendita jente de esa tierra. Apropósito de sesos ¿se solidifican o evaporan los tuyos? cuántas canciones ha arrancado a tu melíflua lira la elejinea espupidez de esos bienaventurados? cuántos tiernos sonetos la fantástica y rolliza belleza de esas hermosuras? Y ahora que digo hermosuras, ¿cuál es el tipo predominante de tus huéspedas? Es el lozano y regordete de Rubens, el delicado y blondo de Rafael, o el de las quiteñas imájenes embadurnadas de albayalde y vermellon? El de las vaporosas heroinas de Osian, el romanesco de Lelia, el lánguido de los modernos novelistas, el dulce de Tecla, o el rubicundo de Dulcinea? Aunque bien considerado (y creo que en esto opinarás conmigo) no son ménos deliciosas las pálidas que las morenas, las altas que las bajas, las de ojos castaños, verdes, azules, que las de negros, rasgados, pardos, etc.

Antes de concluir quiero hacerte un encargo: si hai por allá la madera de que se hacen ministros, no dejes de enviarme algunos trozos, porque segun entiendo está por acá mui escasa: en cuanto a la de construccion de diputados es inútil que busques, pues se tiene un gran surtido empaquetado y rotulado en todas las oficinas.

Con esto, hasta otras vistas, amigo mio, que será talvez dentro de tres meses, pues necesitaré este tiempo para reponerme del trabajo que esta me ha costado.—Siempre tuyo.

(Continuará.)

GUILLERMO BLEST GANA.

PLEGARIA.

—

Yo te contemplo luna brillando majestuosa
Con esa lumbre pálida tan grata al corazon:
Eres la blanca maga, la vírjen misteriosa
Que reina en la azulada y espléndida rejion.

En la serena noche, detras de las montañas
Se eleva, blanca luna, tu pálido fanal:
Con tus brillantes rayos cielos y tierra bañas
Bordando con estrellas tu manto virjinal.

Talvez en este instante tu lumbre, luna amiga,
Baña el divino rostro de mi adorado bien;
Talvez la suave llama que dentro el alma abriga
Sus espresivos ojos revelándola estén.

Derrama tu luz pura sobre su blanca frente,
Busca de sus miradas el májico esplendor,
Y de sus bellos ojos en la espresion ardiente
Dime si habrá firmeza tanta como hai amor.

Siempre tu luz primera risueño he saludado
Cuando serena vienes la tierra a consolar,
Y de ese amor, oh luna, que el alma ha desgarrado
Tan solo a tí he confiado recóndito el pesar.

Mi dolor te acompaña al seno de las nubes
Que en noches tempestuosas empañan tu esplendor,
Y mis ojos te siguen con amor cuando subes
Del Andes a los cielos derramando tu albor.

Miéntras sigues enviando la luz y la alegría
Me arrastra hácia la tumba la mano del pesar,
Y me verás amiga desparecer un dia
Como nave en las olas de borrascoso mar.

Consuelo de mis penas, en mi última plegaria
Como a una fiel amiga te pediré un favor:
Si mi amante viniese penosa y solitaria
A llorar en mi tumba su malogrado amor;

Si buscase en las sombras mi loza abandonada
Bajo el cipres marchito, bajo la tosca cruz,
Arroja, bella luna, si ves a mi adorada,
Sobre mi tumba un rayo de tu serena luz.

—

SONETO.

Goza, bien mio, en tanto que en la vida
La fresca lozanía te acompaña,
Qué es flor la juventud que el tiempo daña
Y no vuelve jamás una vez ida.
Miéntras gozamos de la edad florida
En mil deleites el amor nos baña:

Mas tarde, ¡ay tristes! la vejez huraña
Nos roba el fuego que en el alma anida.
El amor, como Dios, tiene su cielo;
Olvida allí del corazon enojos
Pues que para gozar viniste al suelo;
Y si presa han de ser aquesos ojos
Y el seno aquel de la vejez de hielo,
Sean mas bien de amor dulces despojos.

—

POESIA.

Si fuera el dueño mio
Alguna blanca rosa remecida
Por el aire sereno,
Y fuera yo una gota de rocío
De la mansion celeste desprendida
Para encerrarme en su oloroso seno,
¡Con qué dulce placer me adormiria
Entre sus bellas hojas, indolente
Gozando de la noche en el sosiego,
Hasta que al fin me despertase el dia
Y el rojo sol de oriente
Me evaporase con su luz de fuego!

Si fuese mi hechicera
Una rosa-laurel engalanada
De bellas flores rojas,
Y fuera yo alguna ave pasajera
Que buscára el abrigo de sus hojas
Cuando el ala sintiese fatigada,
Dulces ecos de amor entonaria
Cuando la tibia y grata primavera

Diese a mi bien follaje y diese flores,
Y triste lloraria
Cuando desnuda y pálida la viera
Sujeta del invierno a los rigores.

Mas ya que ser no puedo débil ave
Para cantar mi amor y su hermosura,
Ni gota de rocio pura y suave
Para darla dulcísima frescura,
Pueda mi lira en tanto
Decirla al ménos que la adoro y canto.

AUSENCIA.

En las verdes orillas de una fuente
Límpida y transparente
Un amarillo junco nació un dia,
Y a su lado una bella trinitaria
Alzóse solitaria
Haciendo al débil junco compañía.

Juntas crecieron las hermosas flores
Y sus suaves olores
Abandonaron a la brisa pura:
Sus tallos con ardor entrelazaron,
Y en el amor buscaron
Dulcísimos deleites y ventura.

Alegres y dichosas se miraban
Y ardientes se besaban
Al leve impulso del lijero viento;
Y en tanto que reinó la primavera
La pareja hechicera
No conoció la pena ni el tormento.

Mas la estacion de lluvias y de nieve
En un momento breve
Despedazó las amorosas flores;
Y al separarlas el sañudo viento,
Con mútuo sentimiento
Guardáronse la fé de sus amores.

¿Se olvidaron?: jamás. La primavera
Volvió grata, hechicera;
Volvió serena a murmurar la fuente;
Y otra vez renacieron los amantes,
Mas fieles, mas constantes
Contándose las penas del ausente.

Si alguna vez las penas de la ausencia
Marchitan tu existencia
Y hieren tu sensible corazon,
Imita, amiga mia, aquesas flores
Que guardan sus amores
En la triste y fatal separacion.

La ausencia es prueba que el amor exije
Del corazon que elije
Para imprimirle la amorosa vida:
Quien acepta al amor con fé sincera,
Sufre, duda o espera,
Conserva su dolor, mas nunca olvida.

EUSEBIO LILLO.

CLEMENCIA Y RIGOR.

Las crudas nieves del invierno frío
Marchitan el verdor de la pradera,
Mas al volver la alegre primavera
Vierte sobre ella virjinal rocío.

Tiente su velo fúnebre y sombrío
La negra nube por la azul esfera,
Mas pasa la tormenta y placentera
Brilla la luna en el zenit vacío.

Todo así se sucede, al rudo viento
Zéfiro manso, y a la pena impía
La risueña esperanza de ventura.

Mas ay! mi entristecido pensamiento
Jamas encuentra calma ni alegría;
¡Solo en él, es constante la amargura!

1854.

M. J. LIRA.

DISCURSO SOBRE LA CONCURRENCIA

PRONUNCIADO

POR M. LOUIS BLANC,

EL 3 DE ABRIL DE 1848, ANTE LA ASAMBLEA JENERAL DE LOS DELEGADOS DE LOS TRABAJADORES.

(*Traducido para la* REVISTA).

El principio sobre que descansa la sociedad actual es el del aislamiento, del antagonismo; es la concurrencia. Veamos lo que semejante principio puede encerrar.

La concurrencia es, lo digo desde luego, la causa perpétua y progresiva de la miseria. Y en efecto, en lugar de asociar las fuerzas de manera de hacerlas producir su resultado mas útil, la concurrencia las pone perpetuamente en estado de lucha; ella las aniquila recíprocamente; ella las destruye las unas por las otras. ¿De qué se componen hoi, pregunto, los beneficios de todo taller? ¿No es la ruina de muchos talleres rivales? Cuando una tienda prospera, no es porque ella ha llegado a arrancar como una presa el crédito de las tiendas vecinas? (*Bravo! bravo!*) Qué de fortunas únicamente formadas de restos! Y de cuántas lágrimas no se compone ordinariamente la dicha de aquellos que se llaman felices! (*Vivos aplausos*). ¿Será una sociedad verdadera aquella que está constituida de tal suerte que la prosperidad de los unos

corresponda fatalmente a los sufrimientos de los otros? Es un principio de órden, de conservacion, de riqueza, aquel que hace de la sociedad un amalgama desordenado de fuerzas, de las que unas no triunfan si no por la incesante destruccion de las fuerzas opuestas? (De los diversos lados de la sala: *Sí, sí, teneis razon!*) Os doi gracias por esta interrupcion simpática; porque contra todos los ataques que sirven de recompensa a aquellos que, por consagracion a la cosa pública, arrostran tantas fatigas y peligros, contra estos ataques, de dia en dia mas envenenados, vuestra adhesion nos es un poderoso muro: nos es bien dulce encontrar apoyo en vuestros corazones. (*Muestras unánimes de ascentimiento*).

La concurrencia es una causa de empobrecimiento jeneral, porque ella trae consigo un desperdicio de trabajo humano, inmenso y continuo; porque cada dia, a cada hora, sobre cada punto del suelo, ella revela su imperio por el estinguimiento de alguna industria vencida, es decir, por el estinguimiento de los capitales, de las materias primeras, del trabajo, del tiempo, empleados por esta industria. Y bien, no trepido en afirmar que la masa de riquezas asi devoradas es de tal manera considerable, que aquel que pudiese medirla de un solo golpe de vista, retrocederia de espanto (*Bravo!*)

La concurrencia es una causa de empobrecimiento jeneral, porque ella entrega la sociedad al gobierno grosero del acaso. Existe bajo este réjimen, un solo productor, un solo trabajador, que no dependa de un taller lejano que se cierra, de una quiebra que estalla, de una máquina repentinamente descubierta y puesta al servicio esclusivo de un rival? Existe un solo productor, un solo trabajador, a quien su buena conducta, su prevision, su idoneidad, sean seguras garantias contra el efecto de una crisis industrial? La concurrencia obliga a la produccion a desarrollarse en las tinieblas, a la ventura, teniendo en vista consumidores hipotéticos y mercados desconocidos. De esto nace un desórden inesplicable; una imposibilidad absoluta de establecer entre la produccion y el consumo aquel equilibrio de que sale la riqueza. Asi, qué es lo que vemos? Al lado de tal industria que reboza de brazos, tal otra que los solicita en vano. Al lado de tal mercado que permanece desierto, tal otro se encuentra deplorablemente atestado. Es la impotencia en la confusion, es la pobreza en el caos. Y qué seguridad posible en semejante réjimen? Cuando haya dicho que la concurrencia reduce la industria a no ser otra cosa que una lotería mortífera, se osará responderme, como los economistas ingleses. *Tanto peor para aquel que saque un billete perdiendo!* Donde la anarquia está instalada, tened por cierto que hai ruina, y que la ruina estallará prónto o tarde, en un año, en dos años, en un dia dado, que será, por

ejemplo, el 24 de febrero de 1848 (*Aplausos prolongados*). Gran leccion que prueba que ningun medio existe de eludir la invencible lei de la solidaridad humana! Leccion terrible que grita a los hombres: No habeis querido la solidaridad en la dicha: la sufrireis en los desastres! (*Enérjicos y unánimes aplausos*).

La concurrencia es una causa de empobrecimiento jeneral, porque ella hace necesarios una multitud de seres parásitos que no viven sino del desórden que ella crea. Si la sociedad estuviese fundada sobre el principio de fraternidad que, lo proclamo en alta voz, es la verdadera fuente de la riqueza, dónde estaría la necesidad de tantas funciones que, hoi dia, no consisten si no en arreglar los debates, en terminar las discusiones, en zanjar las querellas y los odios enjendrados por la separacion de los intereses? Imajinaos a millares de hombres sin cesar ocupados en reconstruir un muro que millares de hombres están sin cesar ocupados en echar por tierra: he aqui la imájen de la actividad social, tal como la concurrencia la determina. (*Es verdad!*)

Llevemos hasta su último punto esta demostracion. La concurrencia es una causa de empobrecimiento jeneral, porque, léjos de tender a hacer universal la aplicacion de los descubrimientos del jénio, ella los encierra en el círculo del monopolio, y mui frecuentemente los transforma en ajentes de destruccion. Asi, que en el réjimen de concurrencia sea inventada una máquina, aprovechará ella a todos, a todos sin excepcion? No; vosotros lo sabeis perfectamente. Ella será una masa con la cual el inventor privilejiado anonadará a sus competidores y romperá los brazos a lejiones de obreros. Dejadme presentaros aquí una comparacion convincente. Suponed, por un momento, que el jenio del hombre se haya elevado, en la rejion de los descubrimientos, a tal altura, que todo el trabajo humano pueda ser reemplazado por la accion de las máquinas; y veamos lo que de esto resultaria en el sistema de asociacion desde luego, y despues en el sistema actual, la concurrencia.

En el primero de estos dos sistemas, que por su naturaleza escluye todo privilejio, todo monopolio, toda gracia de invencion, y reparte entre todos la riqueza, es evidente que la sostitucion jeneral de las máquinas al trabajo humano no tendria sino un resultado, el de permitir a todos los hombres el reposo del cuerpo, reemplazando, en su provecho, la labor manual por la cultura de la intelijencia, por el desarrollo de los altos estudios, por la práctica, mas y mas perfeccionada, de lo que toca a la imajinacion, a las artes, a la poesía. En el sistema de concurrencia, al contrario, que entrega a cada uno a sus propias fuerzas, y cuyo estandarte lleva esta salvaje divisa: *Al mas rico, al mas hábil, el triunfo! Desgracia a los vencidos!* en el sistema de concurrencia que hace de todo descubrimiento la propiedad

esclusiva de uno solo o de algunos, qué sucedería si se llegase a inventar bastantes máquinas para hacer supérfluo todo el trabajo humano? Lo que sucederia! tiemblo de solo pensarlo: las tres cuartas partes de la poblaci on moririan de hambre! (*Sensacion profunda*). Comprendeis vosotros el alcance de tal comparacion? (*Sí! sí! sí!*)

Los descubrimientos de la ciencia son tres veces santos; considerada en sí misma, la invencion de una máquina destinada a ahorrar a los hombres una fatiga es un inconmensurable beneficio. De dónde nace, pues, que al presente millares de obreros se ven en ocasiones reducidos a la miseria por la aplicacion de un procedimiento nuevo? Deberemos culpar de esta falta a la ciencia, o será ella la obra del jénio, o finalmente de las máquinas que sujetan la naturaleza a la humanidad? No ciertamente; es la consecuencia precisa de un réjimen tan absurdo, tan vicioso, que el bien mismo no puede producirse sino acompañado de un inmenso cortejo de males. Se verificaría lo mismo, decidme, bajo una lei de universal asociacion? Concebís que el jénio pudiese ser jamás para un solo hombre un motivo de inquietud, donde existiese en todo su esplendor la solidaridad de los intereses? El jénio!.... ah! toda su grandeza consiste en ponerse al servicio de la humanidad entera; y cuando él se ve reducido a proveer al monopolio, a la avidéz, de armas de combate, es, os lo juro, porque su mision está desnaturalizada! (*viva sensacion*).

En esplicándoos por qué la concurrencia era una causa de empobrecimiento jeneral, no os he dicho que ella provocaba entre los obreros una competencia que los condena a disputarse el uno al otro el empleo; que los reduce a venderse a bajo precio para obtener la preferencia; que pesa, por consiguiente, sobre los salarios, y disminuye el consumo, al mismo tiempo que ella da a la produccion un ardor desarreglado y devorador. Qué os habré dicho a este respecto que no sepais, ah! por la mas cruel de todas las esperiencias?

Mas un rasgo esencial faltaria a este triste cuadro si olvidase añadir que en creando la miseria, la concurrencia crea la inmoralidad. Y quién se atreveria a negarlo? Es la miseria la que hace los ladrones; es la miseria quien, inoculando la desesperacion y el odio sobre la ignorancia, forma la mayor parte de los asesinos; es la miseria la que hace descender a tantas jóvenes a vender espantosamente el dulce nombre de amor. Que se lea las hojas judiciales; que se interrogue el rejistro de la entrada de criminales en las cárceles; que se ojee en los archivos de la prostitucion, y que se responda! Ved a la sociedad introduciendo en medio de ella, por el solo vicio de su constitucion, el odio, la violencia, la envidia. Vedla colocándose a sí misma en esta alternativa, o de ser oprimida por arriba, o de ser incesante-

mente turbada por los ataques de abajo. Que el sistema de donde nace una situacion tan desastrosa se defienda! Nosotros lo acusamos en alta voz de inmoral. (*Bravo*!)

Pero que! se nos advierte que si tocamos a la concurrencia atentamos contra la libertad.

Es séria semejante objecion?

Antes de rechazarla tengo que premuniros contra todo sentimiento de irritacion. Dios me preserve de venir a este lugar a excitaros a la cólera y a despertar impaciencias indómitas de que seriais víctimas los primeros! La manera misma con que propongo la cuestion os muestra mui bien que los males señalados acusan no a tal o cual hombre, no a tal o cual clase, sino a una organizacion social viciosa, a un falso principio. Cambiar una mala organizacion social, echar por tierra un falso principio, no es en sí un asunto de impaciencia y de rebelion, lo es, por el contrario, de estudio y de ciencia. Por lo que respecta a mí, puesto diariamente en relacion con el pueblo desde la revolucion de febrero, tengo plena confianza en su moderacion. Por esta razon no trepido en discurrir con vosotros acerca de vuestros sufrimientos. La menor imprudencia en vuestros mas lejitimos deseos, la menor violencia en vuestros actos, arriesgaría comprometerlo todo. Pero, gracias al cielo, esto lo conoceis vosotros tan bien como yo; y uno de los mas gloriosos indicios de la grandeza de nuestros próximos destinos, es esta disposicion del pueblo a aguardar su emancipacion, no de la fuerza brutal, sino del órden, de la discusion libre, de la ciencia. Si, amigos mios, permanezcamos tranquilos, seamos pacientes y moderados. Dejemos los vulgares recursos de la violencia a nuestros adversarios. Tenemos de nuestro lado la justicia y la razon: no hagamos a la razon, a la justicia, la injuria de desconfiar de su triunfo en el momento en que ellas van en fin a tener la palabra. [*Aplausos*].

Continúo. Se nos reprocha que atacamos la libertad en atacando la concurrencia. Ah! confieso que tal reproche me llena de sorpresa; porque, sino queremos la concurrencia, es precisamente porque somos los adoradores de la libertad. Sí, la libertad, *pero la libertad para todos*, tal es el fin que debe alcanzarse, tal el objeto hácia el cual es necesario marchar. *(Ruidosa aprobacion)*. Veamos si el réjimen actual nos conduce a él.

Estoi ciertamente léjos de negar que la libertad existe hoi dia, en toda su plenitud, para aquel que posee capitales, crédito, instruccion, es decir, los diversos medios de desarrollar su naturaleza.

Pero, existe la libertad para aquellos a quienes faltan todos los medios de desarrollo, todos los instrumentos de trabajo? Cuál es el resultado de la concurrencia? No es de poner a los

primeros en guerra con los segundos, es decir, a hombres armados de los piés a la cabeza, con hombres enteramente desarmados? La concurrencia es un combate, no lo olvideis. Y cuando este combate se traba entre el rico y el pobre, entre el fuerte y el débil, entre el hombre hábil y el ignorante, no se teme esclamar: Lugar a la libertad! Mas esta libertad es la del estado salvaje. Qué! el derecho del mas fuerte es lo que no se tiene vergüenza de llamar la libertad! Y bien, yo lo llamo la esclavitud. Y afirmo que aquellos de entre nosotros que, por consecuencia de una mala organizacion social, están sometidos a la tiranía del frio, a la tiranía invisible y muda de las cosas, son mas realmente esclavos que nuestros hermanos de las colonias, que trabajan bajo el chicote del amo, pero que, al ménos, tienen asegurada la subsistencia de mañana. (*Es verdad! es verdad! Aplausos!*)

Cuando cada dia algunos desgraciados a quienes una competencia desordenada cierra las avenidas del trabajo, vienen a decirnos aquí: «Por piedad, trabajo para nosotros! pan para nuestras mujeres y para nuestros hijos»! y que no tenemos nada que responderles.... estos hombres son libres? (*No! no!*)

El estandarte que levantó Espartaco en la antigüedad llevaba una divisa mas profunda, mas punzante, que la de los obreros lioneses: «*Vivir trabajando!....*» No puedo acabar.... Aquellos que adoptaron esta divisa, eran libres? [voces numerosas: *Eran esclavos del hambre!*]

Digámoslo en alta voz: la libertad consiste, no solamente en el *derecho*, sino en el *poder* dado a cada uno de desarrollar sus facultades. De donde se sigue que la sociedad debe a cada uno de sus miembros, asi la instruccion, sin la cual no puede desarrollarse el espíritu humano, como los instrumentos de trabajo, sin los cuales la actividad humana es de antemano sofocada o tiránicamente retribuida.

Es por tanto indispensable, para que la libertad de todos sea establecida y se halle asegurada, que el Estado intervenga. Y qué medio debe él emplear para establecer, para asegurar la libertad? La asociacion. A todos, por la educacion comun, los medios de desarrollo intelectual; a todos, por la reunion fraternal de las fuerzas y de los recursos, los instrumentos de trabajo! Hé aquí lo que produce la asociacion, y lo que constituye verdaderamente la libertad. (*Bravo!*)

Ademas, que nadie se engañe: el gran principio de la asociacion lo invocamos no solamente como medio de llegar a la abolicion del proletariado, sino como medio de acrecentar indefinidamente la fortuna pública, es decir, que lo invocamos para los ricos, para los pobres, para todo el mundo. Porque cuantas mas fuerzas desplega la concurrencia para agotar las fuentes de la riqueza, tantas mas son las que la asociacion posee para mul-

tiplicarlas y estenderlas. Con la asociacion universal, con la solidaridad de todos los intereses, estrechada poderosamente, no habrá esfuerzos anulados, ni tiempo perdido, ni capitales consumidos inútilmente, ni establecimientos devorándose los unos a los otros, o muriendo a consecuencia de alguna quiebra lejana é imprevista; no habrá ya productos creados a la ventura, ni nuevas máquinas convertidas en instrumentos de guerra; no se verá mas, en fin, a algunos trabajadores buscando en medio de un desórden inmenso el empleo que los busca a ellos mismos sin encontrarlos.

Y entre tanto cuál deberá ser en este nuevo réjimen el mejor modo de reparticion que deba establecerse, ya sea en los trabajos o en la remuneracion?

Supongo por un instante llegada la sociedad al último término de su perfeccionamiento; qué seria menester para que todos los hombres fuesen en ella felices? Dos cosas: en primer lugar, que cada uno pudiese desarrollar libremente sus facultades y sus aptitudes; en seguida, que cada uno pudiese satisfacer plenamente sus necesidades y sus gustos. El ideal hácia el cual la sociedad debe ponerse en marcha es, pues, este: producir segun sus fuerzas, consumir segun sus necesidades. (*Sí! sí! es evidente!*)

Mas este ideal, puede alcanzarse hoi dia? No lo juzgo posible. En primer lugar, no habiendo sido acordado hasta aquí a los hombres el beneficio de la educacion sino por privilejio, en virtud de un nacimiento mas o ménos afortunado, es decir, segun las indicaciones del acaso, no se encuentran en ninguna parte determinadas las funciones segun las aptitudes, que por do quiera son ignoradas o se ignoran; en segundo lugar, es desgraciadamente demasiado cierto que la civilizacion viciosa cuyo peso nos abruma actualmente, y que oscurece las leyes de la naturaleza, ha creado una multitud de necesidades facticias; gustos depravados, deseos vanos, que, en el ideal de que hablábamos poco há, se traducirian en exijencias desordenadas y ruinosas. Si se pretendiese aplicar desde el presente este principio, *que cada uno debe trabajar segun sus aptitudes y sus fuerzas, que cada uno debe consumir segun sus necesidades*, dónde estaria el límite de las necesidades? dónde las reglas de las aptitudes? La objecion es séria, fundamental. Ella no tendria, sin duda, valor alguno en el seno de una sociedad suficientemente ilustrada; pues que en ella la regla de las aptitudes seria evidentemente dada por la educacion, y el límite de las necesidades estaria claramente indicado por la naturaleza, y asignado por la moral. Pero la historia no se hace en un dia. Todo siglo tiene su tarea: la nuestra no es quizá de realizar el soberano principio de órden y de justicia. En el largo viaje de la humanidad hácia el bien, tenemos algunos pasos que dar todavia. Pero si nos está rehusado tocar al fin

supremo, tengamos al ménos el mérito de apercibirlo y la gloria de encaminarnos a él.

Héuos, pues, llevados de nuevo a lo que seria aplicable al presente.

Conoceis el proyecto de organizacion del trabajo que hemos propuesto poco tiempo hace; sabeis por qué medios, sacados del estado actual de las cosas, estimamos que se podria llegar a una solidaridad perfecta, entre los obreros de un mismo taller al principio, entre los obreros de una misma industria despues, y finalmente entre todas las diversas industrias (véase el *Monitor* de 24 de marzo de 1848). Bien pronto publicaremos el resultado de nuestros estudios sobre el establecimiento de talleres agrícolas y sobre el lazo que los debe unir a los talleres industriales, de manera que completen nuestro plan.

Una vez establecida la asociacion en un taller, cuál seria el mejor modo de reparticion que deberia introducirse? Convendria admitir la desigualdad de los salarios, reservando la igualdad para la distribucion de los beneficios; o bien se admitiria la igualdad en la distribucion de los salarios y de los beneficios al mismo tiempo?

No cabe duda que la desigualdad de los salarios sea el sistema mas apropiado a nuestra educacion, a nuestras habitudes, a nuestras costumbres, al conjunto de las ideas jeneralmente difundidas. Ninguno duda por consiguiente que este sistema fuese preferible bajo el punto de vista puramente práctico; por esta razon hemos tenido buen cuidado de no escluirlo, digan lo que quieran críticos superficiales, o interesados quizá en oscurecer la verdad; digan lo que quieran aquellos hombres que engañan al pueblo con la intencion de continuar esclavizándolo. No: no es verdad que hayamos condenado absolutamente el sistema de la desigualdad de los salarios, combinado con la igual reparticion de los beneficios. Lo que es cierto es, que a este sistema, mas conforme con la situacion presente, hemos opuesto otro mas en relacion con nuestros presentimientos sobre el porvenir. Y por qué lo hemos hecho siendo que al mismo tiempo dejábamos a los trabajadores la libertad de la eleccion? Porque es el deber de aquellos que están a la cabeza de los negocios pensar a la vez en las cosas de hoi y en las de mañana. Lo que decia poco há lo repito con una conviccion profunda: *Los poderes que nos han precedido, se vanagloriaban de ser la resistencia; nosotros, por el contrario, somos el movimiento*. Nos estaba por tanto ordenado, en elevándonos a esta altura, examinar si la igualdad de los salarios no era desde el presente aceptable en los nuevos talleres, al ménos para los trabajadores mas impacientes por gozar de los beneficios de la fraternidad.

Y ante todo, establezcamos como principio, que no hemos

ntendido jamás aplicar la igualdad de los salarios a la industria privada y bajo el réjimen actual de concurrencia. Es por de mas manifiesto que donde los trabajadores no están unidos el uno al otro por ningun lazo, retribuirlos igualmente seria ofrecer una prima a la pereza y romper el resorte de la actividad industrial.

En efecto, en un taller en que cada obrero trata aislada y separadamente con el especulador, con aquel que hasta la revolucion de febrero se habia llamado el maestro (*aplausos*), quién podrá tener interés en que su vecino llene concienzudamente su tarea? Quién podria inquietarse por esto?..... Trabajamos por cuenta ajena, en provecho de otro; si mi camarada se cruza de brazos, qué me importa? Este es negocio del patron y no mio.... He ahí precisamente lo que hace que, en el réjimen de individualismo en que vivimos en este momento, la desigualdad de los salarios es un aguijon indispensable.

Asi, no podriamos insistir demasiado sobre este punto; que la igualdad de los salarios no ha sido indicada por nosotros sino teniendo en vista un réjimen enteramente diferente del de hoi dia; sino teniendo en mira un réjimen de asociacion y de estrecha solidaridad. Porque entónces todo cambia: es entónces cuando cada uno está interesado en estimular el celo de sus camaradas, en activar una labor cuyos frutos recojerá cada uno; es entónces cuando el pundonor llega a ser de una enerjia soberana. Quién se atreveria a no pagar su deuda de trabajo, cuando, respecto de sus asociados, de sus hermanos, su pereza seria una bajeza y un robo? (*Bravo! bravo!*) Sin hablar aqui del impulso físico y casi maquinal que hace andar casi con el mismo paso a una multitud en marcha, es conocer tan poco la naturaleza humana, creer en la electricidad moral que se desprende del contacto de hombres asociados, cooperando a una obra comun, bajo el imperio de una misma idea, bajo el impulso de un mismo sentimiento? (*Aplausos prolongados.—Es verdad! es verdad!*)

No quiera Dios, ademas, que considerásemos la igualdad de los salarios como medio de realizar de una manera completa el principio de la justicia! Hemos dado un momento ántes la verdadera fórmula: *que cada uno produzca segun su aptitud y sus fuerzas; que cada uno consuma segun sus necesidades.* Lo que equivale a decir que la igualdad justa es la *proporcionalidad.* Pero qué! esta proporcionalidad existe hoi, ella existe en sentido contrario de lo que aconsejan la razon y la equidad, porque en lugar de ser uno retribuido segun sus necesidades, es retribuido segun sus facultades; y en lugar de trabajar segun sus facultades, trabaja uno segun sus necesidades! (*Sensacion*).

Por mas imperfecto que sea el sistema de la igualdad de los salarios, tiene al ménos la ventaja de constituir una transicion

entre una proporcionalidad falsa y la proporcionalidad verdadera; porque, que la retribucion deba medirse segun la capacidad, no se podria ciertamente sostenerlo hasta el estremo. Seria preciso admitir, pues, que donde la capacidad es nula, la retribucion fuese nula tambien; sería indispensable dejar morir de hambre a los idiotas, a los enfermos y a los locos! Por qué, desde entónces, hospicios para los unos y hospitales para los otros?.... Se nota mui bien que la sociedad está obligada a violar en esto su propio principio, tanto es lo que este principio ultraja a la naturaleza! Y no es únicamente en el seno de las sociedades cristianas en donde esta solemne contradiccion se ha manifestado. En la antigüedad, por una exajeracion estraordinaria pero tierna, un individuo loco era mirado como sagrado, y todos los hombres dotados de intelijencia se creian responsables de la vida del desgraciado que habia abandonado la razon.

Asi, de un estremo de la historia al otro, ha resonado la protesta del jénero humano contra este principio: «A cada uno segun su capacidad»;..... la protesta del jénero humano en favor de este principio: «A cada uno segun sus necesidades» (*Muestras unánimes de asentimiento*).

Que quede, pues, bien entendido que la igualdad de los salarios no podria ser a nuestros ojos si no un encaminamiento hácia la justicia; y, por otra parte, hemos creido deber indicarlo como una condicion de órden, como una garantía de la permanencia de la asociacion; no siendo nada mas propio que la desigualdad a hacer nacer divisiones, a suscitar la envidia, a enjendrar el odio.

Ahora bien: este sistema de igualdad en la remuneracion deberá estenderse del obrero al funcionario público, y aun a los jefes del Estado? Sin trepidar respondemos, que si la asociacion llegase a ser tan basta para abrazar la universalidad de los ciudadanos y hacer de la nacion una gran familia, seria éste entónces el caso de aplicar el principio superior de justicia: *Deber en proporcion de las aptitudes y de las fuerzas, derecho en proporcion de las necesidades.*

De esta manera se encontraria realizable esta admirable palabra del Evanjelio: «Que el primero de entre vosotros sea el servidor de los demas.» Y no somos ciertamente nosotros quienes clamaríamos contra semejante máxima, (*Aplausos*).

Por lo que hace a mí, os lo declaro, que me formo tan alta idea del poder, que aquel que viese en él una cuestion de emolumentos me pareceria el último de los hombres. Hai en el hecho de mandar a sus semejantes no sé qué de presuntuoso que tiene necesidad de ser amnistiado por la pasion de serles útil. Gobernar, es consagrarse, (*Aplausos prolongados*).

Se me ha preguntado si consentiria en aplicarme la regla que

proclamo. Hé aquí mi respuesta: En el sistema de universal asociacion, en el sistema, completamente realizado, que deseo de todo corazon.... Sí! (*Aclamaciones unánimes*). Y este *sí*, quiero que sea impreso en doscientos mil ejemplares, para que si alguna vez llegase a renegarlo, pudiese cada uno de vosotros, con un ejemplar en la mano, desmentirme y confundirme. (*Nuevas y ruidosas aclamaciones*).

Algunas palabras mas todavía, a ménos que vuestra atencion esté fatigada. (*De todas partes: No! No!*) Se ha procurado propagar entre los obreros el temor de que la igualdad del salario descendiese para ellos al nivel del *minimun*. Tal obrero, se ha dicho, que ganaba seis francos, será reducido a no ganar sino tres, como el obrero ménos hábil. No hemos jamás ni querido ni dicho nada semejante. Nuestra conviccion profunda, al contrario, es que la igualdad, en tanto que ella se convinase con la asociacion, aseguraria a cada uno el *máximum* de los salarios actuales. Se trata por nosotros, no de bajar, sino de elevar mas y mas el nivel del bienestar.

Sobre todo, entre la igualdad y la desigualdad sois libres de elejir.

Fijad en la memoria solamente que la asociacion es fecunda para la dicha; que la fraternidad es la ciencia de la riqueza. Sed hermanos, seréis ricos; sed hermanos, y sereis felices por el deber.

Hemos insertado el discurso anterior porque lo creemos de bastante interes en la actualidad. Las ideas que contiene y que desarrolla satisfactoriamente, son bien dignas de llamar la atencion de los que hacen *proyectos de lei* sobre organizacion del trabajo, desconociendo derechos inajenables y relaciones mútuas que deben ser eternas. De alguna enseñanza debe sernos en nuestra ruta las vicisitudes por las cuales han pasado otros pueblos, y ya que todos ellos son las partes del gran todo que se llama humanidad, estrechemos ese vínculo universal con el lazo de las nobles ideas y por la fuerza de los sentimientos humanos.

REVISTA DE SANTIAGO.

—

SANTIAGO, AGOSTO 15 DE 1855.

Crónica interior.—ROBUSTEZ Y DECREPITUD.—Nos son conocidos y no nos causan sorpresa una multitud de vicios inherentes a las sociedades envejecidas, que la nuestra ha enjertado como una monstruocidad ridícula; y decimos que no nos causan sorpresa; porque no tenemos la pretension de amoldar a nuestro gusto los ajenos, sobre todo considerando la intolerancia como atentatoria de la libertad y todo dogma como un absurdo funesto; pero cuando a pesar de nuestras fértiles tierras y de nuestras abundantes cosechas, comenzamos a ver el espectro del hambre, ese banquero de la prostitucion y del crímen, entónces quisiéramos tener una palabra tan aguda que hiriese al egoista frio, al calculador indiferente que especula sobre la necesidad y que explota la miseria.

Los que viven en cierta esfera de recursos son un poco incrédulos cuando se dice que para otros esos faltan. Si el pan está malo y caro, ellos saben proporcionarse algo de mui gustoso las mas veces que suple la falta de aquel, y el lujo del arte les guisa los mas sabrosos manjares para satisfacer su apetito y regalar su estómago. Para estos no será nunca un dogal la escasez o la carestía de ciertos alimentos nutritivos y de primera necesidad. Pero dejad la casa del capitalista y asomaos a la del hombre que trabaja para comer; a la del pobre que come para trabajar,

y en ambas encontrareis los despojos de la diaria hostilidad. El primero, aunque consumiendo todo lo que ganaba, lograba mantener con holgura a su familia, ahora sin papas, sin frejol y casi sin pan, con improvisados potajes y cocinados enciclopédicos logra apenas matar su hambre; el segundo que debilitado por la fatiga reclama alimentos nutritivos y buena racion de pan, ese que ántes lograba vencer al trabajo, ahora a causa de esa misma escasez se desfallece cada dia extinguiendo el trabajo las fuerzas que no repone y duplica el necesario alimento.

Cuando los productos de Chile van a surtir los mercados de California y de Australia; cuando esas venas de riqueza se desangran para el estranjero, será tan solo en puro desperdicio de la industria y como el síntoma de la enfermedad próxima? Para qué sirve, ni qué provecho podrá traer a la masa de los industriales, esa tan decantada exportacion, si viene solo a aumentar y centuplicar la avaricia de tres o cuatro capitalistas, sostenedores del monopolio? Ademas, se nos hace difícil creer en la existencia de esa escasez y mucho tememos en que sea solamente una alza ficticia, de esas que traen su orijen de especulaciones sombrías que usuran con la pobreza, realizándose por el mal. Especuladores de esa especie tienen el alma de Sylock y pasan cerca de los mendigos que ellos hacen, con la flema del beato y la humildad del usurero.

A medida que el daño aumenta, los remedios que se proponen son mas continuos, aunque no mas eficaces. A nuestro juicio se ha venido a pensar mui tarde en la manera de salvar esas necesidades y ahora un rasgo de enerjia y de desprendimiento sería lo único que podria hacer variar la situacion. Las Municipalidades no pueden sin aprobacion del Gobierno, disponer de sumas para comprar el trigo a los precios actuales y revenderlo al mismo precio a los consumidores, lo que ademas no variaria completamente la faz de las circunstancias; pues en vez de colocar en un justo equilibrio el valor del alimento y las necesidades del consumidor, sostendria la alza que es actualmente la desesperaaion del pobre.

Si el Gobierno prohibiese la esportacion, creen algunos que de esa manera se podria quebrar el precio subido y obligar a los tenedores a vender a un precio módico. Pero de qué serviria esa prohibicion si los tenedores, obstinados en mantener la altura del precio, se obstinaban tambien en su descarado monopolio? No se podria simultáneamente prohibir la exportacion de los cereales y fijar un precio cómodo, que al mismo tiempo que favoreciese con ganancias al tenedor de ellos, aprovechase al consumidor, sin obligarlo por ello al sacrificio de su miseria y a la renuncia en favor de aquel, de los costos de su trabajo? Se nos responderá que con esas medidas se atacan la libertad

del comercio y la propiedad comun; pero nosotros contestaremos que la libertad del comercio se sofoca con el monopolio; que esa libertad que se reclama es una barrera que detiene el desarrollo de las demas industrias, esclavizando al hombre a la cadena mas odiosa, a la mas insoportable: a la del hambre. El respeto a la propiedad! y no es nada acaso el respeto a la vida de millares de hombres? Por no atacar la propiedad de un individuo, propiedad basada sobre un abuso, dejaremos perecer o carecer de los primeros alimentos, a la multitud que trabaja, falanje santa, que fecundiza la tierra con su abnegacion por abono, con su miseria por retribucion? Si en algun caso el célebre axioma de los primeros reformadores judios: *la propiedad es el robo*, llega a ser una verdad, es en este. Una propiedad que solo existe para el provecho egoista de una persona, de una compañía; una propiedad cuyo fundamento descansa sobre la necesidad diaria del mayor número, amenazando inexorablemente su existencia, es una propiedad que choca y despedaza los vinculos sociales mas estrechos, y no puede de ningun modo invocar en su auxilio leyes eternas que con su misma organizacion quebranta. La propiedad verdadera en vez de explotar, resarce justamente; en vez de arruinar, sostiene y fortifica.

Ojalá que nuestros hombres de estado tomasen en consideracion los peligros actuales y pudiéramos obtener alguna vez para siempre una seguridad contra la tiranía de los capitalistas avarientos. Cada año irán siendo mayores esos peligros con el aumento de poblacion; y cada año la esplotacion del hambre, el comercio sobre la necesidad, se presentarán con mayor osadía y con mayor cortejo de desgracias. Es preciso desterrar de las sociedades nacientes esas especulaciones horribles, que como pólipos de iniquidad se aumentan, pegándose sobre ellas, y adquieren al fin tal magnitud y tal fuerza, que abaten toda industria, aniquilando al hombre.

GUILLERMO MATTA.

OBSERVACIONES

SOBRE LA

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

DE

JORJE TICKNOR,

CIUDADANO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

VII.

RELACION DE LA CRÓNICA DE TURPIN CON LOS POEMAS CABALLERESCOS ANTERIORES Y POSTERIORES.

Si el objeto con que se escribió la Crónica, no fué otro, como lo manifiesta ella misma, que promover las miras de engrandecimiento de un prelado de España, es evidente que el autor no sacó de su cabeza todos los hechos que refiere. Lo que se debe pensar es que mezclaria las fábulas de su invencion con otras que andaban ya acreditadas por escritores de mas antigüedad. De otro modo no le era dado esperar que aun en aquella edad ignorante y supersticiosa se mirase su pretendida historia sino como un tejido de patrañas. Dejando a un lado todo lo per-

50

teneciente a Compostela, y ciertos milagros y revelaciones que tienen mas de monacal que de romancesco, creo que en cuanto a las hazañas de los franceses en la Península, y a la desastrada derrota de Roncesvalles, fué un mero compilador, y que Reinaldos, Oliveros, Argolando, Ferraguto, Marsilio y otros muchos de los personajes que menciona, eran ya conocidos cuando él tomó la pluma, y habian figurado algun tiempo en los romances y gestas. Por eso muchas de aquellas ficciones tienen ciertas sombras y lejos de historia.

Es hecho cierto que los sarracenos se apoderaron a principios del siglo octavo de Narbona y de la Septimania; y que infestaron poco despues la Aquitania y la Borgoña y varias provincias centrales de la Francia hasta apoderarse de Poitiers y amenazar a Tours; pero el que los rechazó y venció fué *Carlos Martel*, cuyos hechos se confundieron en los romances y tradiciones vulgares con los de Carlomagno. Es hecho cierto que este príncipe hizo una espedicion a la Península, y ocupó gran parte del pais entre los Pirineos y el Ebro; no a la verdad llamado por el apóstol Santiago, sino por ciertos principales sarracenos, que intentaban con su ayuda restablecer la dominacion de los Abásidas, destronando al *Emir al Moumenin* o Miramamolin Abderrama. Estas mismas voces *Emir al* pasaron a los romances en el título de *Admiral* o *Amiral*, que se da en ellos a los Califas, verdaderos o imajinarios, de Babilonia, Persia, España, etc., y que encontramos ya en la Crónica de Turpin. Es hecho cierto que Carlomagno se apoderó de Pamplona, y la desmanteló; circunstancia que dió orijen a la fábula de la milagrosa ruina de sus muros, debida, segun Turpin, a la intercesion de Santiago. Es hecho cierto que Aquisgran fué hermoseada por el mismo príncipe, y adornada de edificios suntuosos hácia 796 (1); de modo que Turpin en esta parte se alejó apénas de la verdad. En la comitiva de guerreros que acompañan a Carlomagno hai varios personajes históricos; si bien algunos grandemente desfigurados. De Roldan o Rotolando se sabe que era gobernador de la costa de Bretaña, y que de hecho fué muerto en el descalabro que padeció la retaguardia del ejército franco, asaltada por los montañeses gascones; funcion en que murieron otros principales señores, y de que se fabricó por los poetas la batalla de Roncesvalles, tan célebre en las leyendas romancescas de Carlomagno (2). Gayféros, rei de Burdeos, es Waifer o Guaifer, hijo de Hunoldo, duque de Aquitania; aquel Waifer, que estuvo largo tiempo en guerra con Pipino el Breve, y cuyo sepulcro se mostraba estramuros de la ciudad de Burdeos, aunque por haberse gastado un

(1) Sismondi, *Hist. des Français*, tomo II, páj. 355.
(2) Sismondi, *Hist. des Français*, tomo II, páj. 262.

poco la inscripcion, creyó el vulgo que era Caifás quien estaba allí sepultado [1]. Urjel Danés (*Ugerius Rex Daniæ*) fué caudillo de una de las espediciones de piratas normaudos que en el siglo noveno infestaron la Francia. El nombre mismo de Turpin es una corrupcion del de Tilpin, verdadero arzobispo de Rheims y contemporáneo de Carlomagno. Ganelon, a quien los castellanos llamaron Galalon, no es otro, segun Ducatel, que Wenilon, que de hombre bajo fué hecho arzobispo de Sens por Cárlos el Calvo, a cuyos beneficios correspondió con ingratitud y traicion, abandonándole para seguir el partido de Luis el Jermánico (2). Así que, en el Carlomagno de Turpin y de los antiguos romances tenemos tres Cárlos distintos: Cárlos Martel, Carlomagno y Cárlos el Calvo. El jefe de la raza Carlovinjia oscureció la gloria de los otros personajes de su nombre, y se engrandeció con sus despojos, a manera de un rio caudaloso que sin dejar el suyo, arrastra los tributos de una multitud de vertientes.

Lo oscurecidos y desfigurados que aparecen estos personajes y sucesos en Turpin, manifiesta que este falsificador no consultó las memorias auténticas de Carlomagno, y que las fuentes donde bebió estaban ya turbias con las consejas del vulgo y las invenciones de los poetas. De otro modo no habria incurrido en equivocaciones tan groseras; no se hubiera llamado Turpin sino Tilpin; en una palabra, hubiera acertado a injerir con mas arte lo fabuloso en lo histórico. Su interes era que su crónica fuese mirada como una relacion auténtica, escrita por un testigo ocular de los hechos; por consiguiente debió conservar con la mayor fidelidad aquel fundamento de verdad en que trataba de apoyar sus cuentos, y que solo hubiera podido acreditarlos. Sino lo hizo, fué porque siguió incautamente a los romances, o a crónicas que los habian copiado, creyendo encontrar en unos u otras aquel fondo de historia, que necesitaba para sus mentidas apariciones, concilios y privilejios.

Hallamos tambien la en Crónica de Turpin indicios claros de que en su tiempo corrian ya romances llenos de proezas fabulosas de Carlomagno y de otros personajes de la historia de Francia. Turpin alude lijeramente, como a cosa sabida, a ciertas aventuras de Carlomagno en España, durante su destierro de los estados paternos; como fueron el haberse refujiado a Toledo, corte del almirante Galifer o Galafre, de quien recibió la órden de caballeria, y cuya hija tomó por esposa, y el haber hecho la guerra y dado la muerte a Braimante, rei árabe, enemigo de su suegro. Entrevemos en estas aventuras un romance perfectamente caracterizado, y el mismo en que despues se ejercitaron multitud

(1) Ducatel, *Mémoires de Languedoc*, páj. 540.
(2) Ibid. p. 546.

de plumas de varias naciones, entre ellas la del italiano que compuso *I Reali di Franza*, que es de los primeros tiempos de la lengua italiana. Este destierro de Carlomagno parece tuvo su fundamento histórico en algunos sucesos de la juventud de Cárlos Martel, que cayó en desgracia de su padre Pipino de Heristal, y estuvo efectivamente desterrado de su corte, y preso en Colonia en poder de su madrastra Plectruda; de modo que en esto, como en otras cosas, confundieron los poetas vulgares a Cárlos Martel con Carlomagno, y a Pipino de Heristal con Pipino el Breve. Las aventuras de aquel romance estaban ya bastante acreditadas en España misma, cuando escribió el arzobispo don Rodrigo, que alude lijeramente a ellas (1). Era mui de las Gestas aquello de dar nombre a las espadas: la *Gaudiosa* de Carlomagno, la *Durrenda* (Durindana) de Roldan, habian tenido sus prototipos en la *Croceamors* de Julio César y la *Caliburna* del rei Arturo, célebres en las leyendas bretonas, compiladas despues por Gofredo de Monmouth, y versificadas por el anglonormando Wase. Pero aun testifica mas positivamente Turpin, que en su tiempo era ya antigua la costumbre de componer relaciones métricas de hechos caballerescos, cuando al mencionar a Ocelo, conde de Nántes, dice: *De hoc canitur cantilena usque in hodiernum diem, quia innumera fecit mirabilia.*

Asi el capitulo que tiene por epigrafe *Hæc sunt nomina pugnatorum majorum*, es para mi una reseña de los caballeros que a fines del siglo XI eran ya celebrados en las cantinelas de los troveres, y que en concepto de Turpin habian sido todos personajes históricos; aunque yo no pienso que su credulidad llegase al extremo de tener por verdadero y auténtico todo lo que de ellos se cantaba. Recopilando las tradiciones poéticas que le parecieron mas dignas de fe, y entretejiéndolas en la historia del modo que pudo, hizo con esta heterojénea mezcla lo que el autor de la Crónica del Cid con las memorias y las leyendas fabulosas de Rui Diaz; y tuvo en parte el mismo suceso. Su obra suministró a los dos siglos que sucedieron al suyo un acopio de materiales que los versificadores beneficiaron a porfia, abultándolos, hermoseándolos, desfigurándolos amenudo con flamantes y diversificadas invenciones. Hai con todo diferencias. El Pseudo-Turpin, falsificador tan audaz como ignorante y bárbaro, no acertó a dar a su narracion atractivo alguno: el cronista español, al contrario, zurce de buena fé telas varias, algunas de ellas preciosas, y de una animacion palpitante; y es tan poco lo que pone de suyo que ni aun se detiene a sálvar la manifiesta incoherencia entre el espíritu castellano y cristiano que la mayor parte de su obra respira, y el sentimiento musulman que se

(1) De Reb. Hisp. lib. IV, cap. 10.

trasparenta en ciertos capitulos; pero conserva o toma bajo su pluma un aire de injenuidad que cautiva.

—

El presente discurso es un mero apéndice al que se insertó en los *Anales* de 1852, páj. 485. A las muestras que allí he dado de la existencia del asonante en obras latinas de la media edad, puedo ahora añadir otras que si no son tan largas ni de tan regular y constante estructura métrica como la *Vida de la Condesa Matilde*, son bastante notables por la frecuencia de determinaciones asonantadas, y sobre todo por su antigüedad, pues pertenecen al siglo XI. Se han dado a luz entre los *Documents inedits pour servir a l'histoire llittéraire de l'Italie, depuis le VIII*^e^ *siécle jusqu' au XIII*^e^, publicadas en Paris el año de 1850, por el señor A. F. Ozanam, que acompaña a ellos curiosas noticias, escritas con tanto juicio, como amenidad y elegancia.

No puedo resistir a la tentacion de traducir aquí lo que dice de Alphano, arzobispo de Salerno, autor de dos composiciones asonantadas que mencionaré despues.

«La escuela del Monte Casino, cuyo primer esplendor y ruina hemos visto, surje de nuevo a principios del siglo XI, cuando el abad Theobaldo hace copiar para la instruccion de los monjes veinte y dos tratados de teolojía, de derecho canónico y civil, de historia sagrada y profana. Ella crece bajo el gobierno de Federico, Lorenés de nacion, que llevó al claustro el zelo de la ciencia y el de la libertad eclesiástica. Estas dos pasiones se hicieron el alma del Monte Casino; ajitan el pueblo monástico, y triunfan cuando el lombardo Didier, elevado en 1058 a la silla abacial, dá libre curso a sus pensamientos de reforma y restauracion. Desde luego era necesario reedificar las paredes del monasterio que se desmoronaban; columnas de mármol, llevadas a brazos de hombres a la cima del monte, adornaron el pórtico: en el centro una rica basílica coronó el sepulcro de San Benito; mosaistas griegos, atraidos a gran precio, cubrieron el santuario de imájenes que resaltaban sobre un fondo de oro; las puertas de bronce, fundidas en Constantinopla, presentaban en letras de plata los nombres de todas las heredades, aldeas y castillos dependientes de la abadía. Didier hizo edificar la biblioteca al lado de la iglesia, y la enriqueció de un número infinito de libros, entre los cuales me llaman la atencion las obras de varios poetas latinos, las Instituciones de Justiniano, las Novelas, y una excelente y escojida coleccion de historiadores clásicos y cronistas bárbaros. Hizo mas: educado en el desprecio de las letras, a la edad de cuarenta años resolvió conocerlas, y no descansó hasta hallarse capaz de escribir en prosa y verso: compuso

tratados de poética y de gramática. Bajo tan favorable patrocinio prosperaba la escuela claustral; los hombres mas ascéticos notaban con admiracion que el cultivo de las letras no enervaba allí el rigor de la santidad. El Monte Casino llegó a ser el semillero o el refujio de cuanto hubo de grande entre los injenios de la Italia Meridional. Constantino Africano fué a buscar alli el reposo despues de treinta años de viaje en Oriente, de donde traia todo el saber de los bizantinos y de los árabes. Pandolfo de Capua escribia en verso sobre la astronomía: Alberico refutaba los errores de Berengario; y florecian al mismo tiempo Leon, que redactó la crónica de la Abadía, y Amato de Salerno, autor de una historia de los normandos, cuya traduccion francesa ocupa un lugar distinguido entre los primeros monumentos de nuestra lengua y de nuestras antigüedades. Pedro Damian, cargado de años vino a predicar penitencia en esta laboriosa colonia, y a renovar mortificaciones olvidadas desde el tiempo de los Padres del Desierto. El arcediano de la iglesia romana Hildebrando, venia tambien a ella a conferenciar con Didier, y a madurar sus designios bajo la inspiracion de esta abadia, poblada de almas ascéticas, capaces de comprenderle y servirle.....

«Hé aqui en qué circunstancias y en qué compañia es preciso ver al monje Alphano, mencionado por las crónicas de Monte Casino entre los mas ilustres contemporáneos de Didier. Arrancado al claustro, y llamado en 1058 a la sede arzobispal de Salerno, tuvo parte en todos los grandes negocios de su época y de su pais. Visita a Jerusalen, negocia en Constantinopla, y se hace mediador entre los lombardos de Salerno y Roberto Guiscargo. Sus versos animan a Hildebrando a restaurar la majestad de Roma, y a ensalzarla por la palabra mas que los Césares y los Escipiones por las armas. Y cuando, en fin, aquel grande hombre, elevado a la silla de San Pedro, y vencedor de la barbarie, es a su vez proscrito y desterrado, en Salerno es donde Alphano tiene el honor de darle un asilo y un sepulcro. Entre tantos peligros y deberes halla tiempo para cultivar la gramática, la música, la medicina, que fueron la gloria de sus años juveniles. El catálogo de sus poesias ocupa una larga pájina en la crónica de Pedro Diácono. Todo testifica en sus composiciones un comercio habitual con la antigüedad, pero en el que Alphano no habia perdido nada de la severidad cristiana. Este hombre de tan delicado espiritu pasaba la cuaresma sin comer mas de dos veces por semana y sin reposar en una cama».

Dos son las composiciones de Alphano que me han parecido mas notables por su estructura métrica. La primera es un epitafio para la tumba de Juan Salernitano, consta de media docena de dísticos, todos asonantados a la manera de Donizon.

Est dolor *inmensus* quibus est modo nota *Salernus*:
Flent procul *exanimen:* flos fuerat *patriæ*.
Terna cum *terris* se lux daret *arcitenentis*,
Ad patriam *pacis*, crimine liber, *abit*.

La segunda es en honor de Santa Sabina mártir, y consta de mas de setenta versos, de los cuales como los dos tercios están sujetos a las reglas de la asonancia; por ejemplo:

Permanet ante *Deum* confessio martyris *ejus*,
Atque decor *clarus* nulla qui labe *notatur*.
Lux hodie *justis* et rectis corde *refulsit*.

Estas muestras y las que dimos en el artículo citado manifiestan que no era raro el artificio de la asonancia entre los versificadores italianos de la baja latinidad. Abundaban ellos en los claustros de Monte Casino y no fué Alphano el único que engalanó sus poesías con esa especie de ritmo. Contemporáneo fué suyo otro célebre versificador, Guaifre o Guaiferio, Abad de Salerno, donde gobernó santamente hasta que las persecuciones de Gisulfo le obligaron a pasar el resto de sus dias en el retiro de Monte Casino. La coleccion del señor Ozanam contiene unos versos de Guaiferio en alabanza de San Martin obispo, donde entre varias lineas que carecen de rima, hai otras muchas en que se hace notar ya el consonante monosilabo, ya mezclada con éste la asonancia desilaba, ya esta última en todo su rigor y pureza, como en

prœlatus	tuarum,
clades	abest,
voles	potest,
Reluctanti	armis,
totum	opus,
curant	sua,
pellit	vestis,
fugat	sua,
Christum	amictu,
gemmis	tegi,
Venit	regis,
Pater	juvamen,
times	vide,
liceat	vigeant,
cœlis	tueri.

Debe notarse que esta composicion consta solamente de treinta dísticos.

No puedo dejar de recordar, aunque sea separándome un momento de mi asunto, las vicisitudes de aquella ilustre abadia, cuna de la órden monástica de San Benito, primera de las de Occidente, que tanto sirvió a las letras, conservando los tesoros

de la antigüedad cristiana y jentílica. La biblioteca de Monte Casino, que era uno de los mas ricos depósitos de antiguos monumentos, fué saqueada varias veces durante los siglos de barbarie, pero habia logrado reparar sus pérdidas, hasta que cayó en una decadencia extrema de que no pudo recobrarse. En la visita que hizo Bocacio a Monte Casino la encontró relegada a un granero a que solo podia subirse por una escalera de mano: sin puertas, sin defensa alguna contra la intemperie y la depredacion. Crecia la yerba en las ventanas, y sus libros estaban enmohecidos y cubiertos de polvo. Abrió varios, y tuvo el sentimiento de hallarlos lastimosamente deteriorados: pero aun fué mas grande su dolor al saber que en las necesidades del monasterio se raspaban los códices, y se reemplazaba lo escrito con devocionarios, que se vendian al pueblo (1).

Volviendo al asonante, recordaré que entre las muestras de esta especie de ritmo alegadas en el citado Discurso, y que ya ántes habian sido estampadas en el tomo II del *Repertorio Americano*, puse dos trozos de un antiguo poema frances, *El Viaje de Carlomagno a Jerusalen y Constantinopla*, escrito al parecer por un anglonormando, en el siglo XII. Al dictámen del erudito aleman Francisco Michel, alegado por Mr. Ticknor para negar la existencia del asonante en aquel poema, opuse yo la autoridad del frances Raynouard, tan conocido por sus profundas investigaciones en el antiguo lenguaje y poesia de su nacion. Puedo ahora añadir la del distinguido literato español don Eujenio de Ochoa, juez de los mas competentes en la materia, el cual, leyendo aquellos trozos en el *Repertorio*, reconoció sin la menor vacilacion el artificio métrico que yo habia descubierto en ellos (2). Tratándose de versificacion francesa y de asonancia, parecerá talvez decisivo el fallo de dos hombres como Raynouard y Ochoa, y sobre todo el de este último, que me ha hecho el honor de prohijar mis ideas, reproduciéndolas con las mismas palabras, con los mismos ejemplos y citas, aunque olvidándose de señalar la fuente en que bebia. Téngase presente que el segundo tomo del *Repertorio* salió a luz en Lóndres el año de 1827, el núm. del *Journal des Savants* en que Reynouard emitió su opinion, en febrero de 1833, y el *Tesoro de Romanceros* de don Eujenio de Ochoa, en 1838.

ANDRES BELLO.

(1) Ginguené, *Histoire littéraire d'Italie*, tomo 3.° páj. 13 y 14.
(2) Véase el Prólogo de su *Tesoro de Romanceros*, p. XXIV y siguientes.

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

NOVELA ORIJINAL.

—

X.

En la tarde de aquel dia, despues de haberme vestido con marcado esmero, entré en mi coche y me hice conducir al Palacio Real. En la puerta del café de los «Hermanos Provenzales» me encontré con un jóven que habia conocido en mis últimas correrías; muchacho alegre, perteneciente a la numerosa cofradía de los vividores. Al verme se acercó con la sonrisa en los labios.—Me dará U. gran placer acompañándome—le dije al saludarle, mostrándole un lujoso saloncito donde habia una mesa preparada. Allí nos instalamos e hicimos una alegre comida en la que yo intenté mil esfuerzos para ponerme al nivel de mi festivo convidado que desplegaba su imajinacion sobre mil materias diversas, sazonando sus observaciones con el fuego picante del carácter frances. Mui pronto llegamos a las actrices a la moda.

—¿No conoce U. a Aglaé, de la ópera? me preguntó él.

—Nó, ¿y U?

—Mucho, contestó y es necesario que lo presente a ella. Fi-

gúrese U. una mujer magnífica: diez y ocho años; ojos azules como una heroina de leyenda alemana; frente mas candorosa que la de una vírjen; un verdadero demonio, vestido de encajes, de blondas y de gaza. Tiene un jarrete flexible y sólido como un caballo de raza y os hace piruetas de las que, como los relámpagos, nublan la vista. A esto debe U. agregar un cuerpo aéreo y resbaladizo como un pescado, unas manos tan albas como su cuello y el pié de una aristocracia insolente. No sabré decirle a que pais pertenece; mas lo cierto es que posee la gracia particular de las mujeres de los distintos climas; con mas un tacto delicado y esa adorable pillería que no puede aprenderse sino en Paris y entre la jente de bastidores.

«Un acontecimiento reciente, dijo despues de breve pausa, y mui conocido del mundo elegante, basta para dar a conocer el temple de su carácter. Hé aquí el hecho: dos príncipes, uno italiano y otro ruso, naciones que producen príncipes como si tuviesen almácigo, se disputaban hace dos meses, despues de la representacion de «Roberto el Diablo», el honor de darla el brazo para conducirla hasta su coche. Aglaé, dejándolos en la disputa, salió acompañada de un jóven médico sin clientela ni títulos de nobleza; pero hermoso como el Apolo; mientras que el altercado de los nobles estranjeros continuó hasta citarse para el dia siguiente en Vincennes y esto en presencia de todos los que habíamos ido a saludar a la reina de la noche.

«El encuentro tuvo lugar en efecto a la mañana siguiente: los adversarios se batieron a espada y ambos resultaron heridos, con lo cual los padrinos juzgaron el honor suficientemente lavado. En la noche del mismo dia Aglaé tuvo recepcion en su casa, hallándonos allí a las nueve, casi todos los testigos del incidente de la noche anterior y por supuesto el jóven médico, que era el favorito. A las nueve y media la puerta dió paso al príncipe ruso que penetró en el salon con un brazo pendiente del cuello.—Ya ve U. que en nada tengo mi vida cuando se trata de una de sus miradas—la dijo en voz baja, siendo oido solamente por los que se encontraban mui cerca.—Precisamente monseñor, contestó la bailarina en voz alta para ser oida por todos, hace un momento hablábamos de su desgracia con el doctor mi amigo, que U. vé, y me aseguraba que U. cometeria

una imprudencia imperdonable permaneciendo por mas tiempo en Paris con una herida tan peligrosa, diciéndome ademas que solo el clima frio de San Petersburgo podrá serle provechoso; pues aquí corre el riesgo de gangrenarse.—El doctor se inclinó afirmando aquellas palabras, miéntras que Aglaé se habia acercado a él pasándole un plato con dulces. Todos nos miramos con la risa en los labios y el ruso halló por conveniente tomar su sombrero y salir arrojando a la jóven y al doctor una mirada furibunda.

«Media hora despues el lacayo anunció a su Alteza italiana que llegaba con una mano envuelta en un pañuelo de batista. Despues de lo ocurrido con el ruso, todos nos quedamos en silencio esperando la nueva despedida.

—¡Cómo! esclamó Aglaé, ¿vuestra Alteza es tan amable que olvida sus dolencias por verme?

—«U. sabe que por sus ojos daria toda mi sangre, contestó el italiano inclinándose con fanfarroneria.

—«Mil gracias, dijo ella. Le estimo a U tanto mas esa galantería, cuanto que si U. no ha perdido mas sangre que la de esta mañana, debe quedar un buen repuesto.

«Es de advertir, me dijo el jóven frances que su Alteza es gordo y redondo como un macarron de su pais y morado como una beterava.

—«¡Cómo! esclamó él, ¿crée U. que no me he batido?

—«Oh, mui léjos de eso, replicó Aglaé; y debo añadir que el doctor, mi amigo que U. vé, que no solo entiende la Terapéutica sino que es un profundo político, nos aseguraba hace un instante que el lugar de un hombre del temple de U., no es en Paris, donde el valor se enerva, sino en su pais para conspirar contra el Austria.

—«Ah Aglaé, dijo él, U. me despide!

—«¡Os enseño el camino de la gloria! esclamó la bailarina con el acento de Rachel en los Horacios.

«Un momento despues su Alteza desapareció.

—U. me da mil deseos de conocerla, dije al jóven, cuando hubo terminado su anécdota.

—Nada mas fácil, me dijo él; esta noche se representa Roberto el Diablo en la Grande Opera; si U. gusta puedo presentarlo allí.

Una hora despues nos hallábamos en el patio de la ópera, ocupando lo que allí llaman poltronas de orquesta.

Llegado el baile, en la escena del cementerio, y cuando las bailarinas de segundo órden hubieron ensayado sus seducciones sobre Roberto que llega a sustraer el ramo de oliva; ví aparecer una jóven vaporosa, vestida de flotante gaza, ájil y aérea como una vision encantada.—Aglaé! me dijo al oido el frances cuando ella apareció. ¿Cómo la encuentra U.! añadió cuando la bailarina, con gracia inimitable se hubo acercado mas hácia las luces.

—Oh! bellísima, le contesté.

Y en esa respuesta habia tal turbacion que el jóven vividor me miró con sorpresa un instante, volviéndose despues hácia el proscenio con la presteza de un hombre que no quiere perder un solo movimiento. Yo por mi parte no miraba sino que devoraba con la vista. Por una de esas caprichosas fantasías del espíritu que talvez no puedan esplicarse de otro modo que por el sistema de la *cristalizacion* de Estendhal, hallé entre la jóven y la imájen de Laura una semejanza tan prodijiosa que mi vista se nubló por un momento y hubiese caido por tierra a no estar sentado en la poltrona.—¡Laura! dijo mi alma que ignoraba toda armonía que no fuese la de ese nombre repetido a todas horas; y en uno de aquellos retrocesos de la imajinacion, rápidos como la electricidad, volví a la tierra de mis amores, a la callada soledad del puerto; al mundo donde vagaba de continuo mi alma herida. Aglaé, durante mi extásis concluyó su paso con estrepitosos aplausos de los concurrentes.

Mi fatal recuerdo que surjia de en medio de la pompa de la representacion, como para convencerme que en mi todo, ménos mi amor, habia muerto; esta punzante reminiscencia, a la que en vano trataba de sustraerme, se apoderó de mis sentidos con tan tiránico imperio que durante toda la ópera no ví mas que a Laura en Aglaé. Mas mi ilusion se habia modificado sobremanera. No ví en la jóven, como viera en Laura, la dulce realizacion de un ensueño de adolescente, sino que divisé en ella las infernales promesas de un placer abrasador. Aquella niña flotante, deslizándose sobre el suelo como una exhalacion; aquella deidad viva, flexible, centellante de belleza y de amor, mas seductora que las ninfas del bosque sagrado, tratando de seducir al ena-

morado Renaud, me inspiraba el deseo de apurar en un beso de sus lábios toda la vida que me restaba. Ante su presencia desaparecieron para mi todas las mujeres de la sala; no vi mas que a Aglaé o mas bien a Laura; ¡pero radiante de la fatal hermosura que debió entrever San Antonio en sus desesperados combates! Sin embargo del tiempo que habia trascurrido, quedaban aun en el fondo de mi pecho tan poéticos proyectos engañados, reprimidas tan infinitas y palpitantes aspiraciones, que en aquel momento mi espíritu se asia de un engaño fugaz para crearse nuevas esperanzas, cual si desvanecida la ficcion hubiese de caer en un abismo mas tenebroso que aquel del cual por una triste alucinacion habia logrado salir.

Terminada la ópera, el jóven frances me condujo al interior del escenario donde se hallaba la famosa bailarina rodeada de los numerosos admiradores de su belleza. Ella estaba sentada sobre una silla, como una reina en medio de su corte; vestida aun de silfide, y con sus lindos brazos cruzados sobre el pecho.

—Aglaé, la dijo el frances, la presento al señor don Ismael S.—Un millonario americano que debe tener alguna mina de diamantes, añadió cuando yo me inclinaba para saludarla.

— El señor no tiene necesidad de tantas recomendaciones, dijo la bailarina.

Mui luego entablamos una conversacion en la que Aglaé hizo alarde de agudeza y coquetería. Por su semejanza con Laura me hacia estremecer.

—Mañana, me dijo al tiempo de despedirme, tendré el mayor gusto en verlo, ¿hasta mañana?

—Con gran placer, contesté estrechando la blanca mano que me presentó.

Al siguiente dia acudí puntual a la cita; porque sentia cada vez mas imperioso el deseo de aturdirme y borrar con pasajeros amores el que me avasallaba sin tregua.

Aglaé me recibió en una pieza amueblada con todo el lujo parisiense. Allí todo tenia el perfume de la mujer feliz; todo se hallaba envuelto en esa atmósfera tibia que arrulla los sentidos con cariñosa voluptuosidad: cerradas las persianas y sueltas las rosadas cortinas mitigando la fuerza de la luz, solo dejaban reinar en aquel nido de maga una sombra de delicioso misterio.

Aglaé, vestida de blanco, como muchas veces habia visto a Laura, estaba reclinada en un sofá.

Las sombras esparcidas en la estancia, el traje de la bailarina, y mas que todo, la perpetua concentracion de mis facultades que en cada mujer bella me hacia encontrar el retrato de mi recuerdo, me turbó de tal suerte que cuando me hallé al lado de Aglaé sentí en mis oidos un murmullo confuso y ante mi vista un velo opaco que desfiguraba los objetos. Luego en un arrebato irresistible besé con pasion sus manos, murmurando con los ojos húmedos de emocion.—Ah! Laura, amada mia.—Aglaé dió un salto asustada y sin duda creyéndome loco al oir mis estrañas palabras pronunciadas en castellano.—Caballero, me dijo con la dignidad de una reina de teatro, creo que U. se equivoca.—Solo entónces y al ver la actitud indignada de la jóven conocí el completo desvio de mi imajinacion y caí a la realidad desde lo alto de mi ilusorio capricho.—Dispénseme U., la dije con sentimiento; ha sido un momento de alucinacion a los que me encuentro sujeto por bien tristes acontecimientos de mi vida.—Yo lo perdono con toda mi alma, me dijo ella volviendo a sentarse a mi lado y pasándome con timidez su blanca mano.—U. es buena, la dije, y me permitirá que otro dia venga a hacerme perdonar mi pasajera locura.—No, no, esclamó Aglaé, quédese, U., está ya perdonado.

Quedéme en efecto, y contemplé con indiferencia los tesoros de gracia y coqueteria que ella, tranquilizada por mis palabras, se empeñó en desplegar en favor mio. Su franca sonrisa me helaba el corazon.

El último ensayo que me quedaba que tocar para destruir en mi pecho las raices de mis amargos recuerdos, me mostraba, como todos los anteriores, la impotencia de los esfuerzos ante un corazon herido en su amor primero, en medio de su virjen inocencia. Debilitada mi voluntad con los empeños de tan larga lucha, se doblegaba convenciéndome de que el amor que resiste a la ausencia y al desprecio es una fatalidad a la que es fuerza resignarse; y la triste luz de la esperiencia me mostraba, por fin, que mi pasion habia tomado el carácter de una de esas enfermedades crónicas, que, resistiendo a todo remedio, nos llevan al sepúlcro cuando quisiéramos principiar de nuevo nuestra vida.

Sin embargo, todos los recursos no se hallaban agotados aun: quedábame Dios al que mi alma aislada tornó con reverente ternura; quedábame la dulce relijion en la que mi espíritu enfermo se arrojó como un apóstata que vuelve al seno de sus antiguas creencias. La piedad relijiosa del niño, adormecida por las borrascas del corazon, renacia de en medio de las tristezas del hombre, presentándose como el único consuelo: ella, al fin, sino borró de mi pecho la imájen que él se enseñoreaba, me enseñó al ménos a perdonar y a convertir mis pesares en melancólicas alegrias porque en ellos concentré mi existencia, ya que el olvido fuera imposible. En esta disposicion de ánimo di la vuelta por Europa mas tranquilo sino mas consolado, visitando los templos con preferencia a los paseos y espectáculos, buscando a Dios en todas partes y esperando talvez que la profundidad de mi mal no tardaria en procurarme el eterno reposo!

En este viaje empleé un año entero.

De vuelta a Paris y atacado por una verdadera nostaljia, me despedí contento de la Francia y regresé a Chile con la idea de vivir retirado en el campo, huyendo de todo trato social. Al mes de mi llegada a Santiago, cediendo a un deseo mui natural, me puse en marcha para Constitucion: al pisar su suelo, mi corazon latía como si fuese a ver a la Laura de mis primeros amores. Visitando aquellos lugares, con la profunda veneracion de los recuerdos, me sentí renacer a la vida, y por un raro capricho de mi dolor, creí que aun me estaba reservada la felicidad: cada roca, cada arbusto, cada colina conmovian mi alma mil veces mas que las grandezas del viejo mundo.

En Constitucion, supe que Laura se habia establecido en Rancagua, despues de la muerte de su hijo. Me vine aqui, animado de un sentimiento inesplicable, uno de los fenómenos mas raros del amor; pasion que sin embargo no escasea en contrastes: deseaba huir de Laura y cedia al poder que hácia ella me arrastraba: para disculparme ante mi propio juicio, me dije que iba a verla por última vez.

La vi, por fin, y me sentí abismado por el recuerdo del juramento que, con toda la verdad de mi alma, la hice en los primeros dias de nuestro amor: ¡la amaba aun y debia amarla siempre!

Desde entónces mi vida ha sido uno de esos silenciosos poe-

mas que se desarrollan solo en los corazones mui tímidos o mui melancólicos, para los cuales la mujer amada alcanza las proporciones de un ser superior, al que rinden su misterioso y acendrado culto, sin jamás pensar en asociarse a su destino, ni en ser amados como ellos, los infelices, soñaron en el curso de sus aspiraciones. No obstante, mi corazon que debia recorrer todas las faces del sentimiento, no se detuvo en el amor contemplativo que se sustenta de vagas esperanzas y espera en la casualidad, esta providencia de los desgraciados. Mis tres años de sufrimiento agotaron la resignacion, y al ver a Laura despues, la amé con la rábia concentrada de un criminal que se hunde en el abismo de la maldad, habiendo talvez cometido involuntariamente su primera falta: a esto se unian mis lágrimas vertidas por ella, mis esperanzas tronchadas por su mano; mi vida, en fin, sacrificada miserablemente, y como esas madres sublimes que aman a sus hijos en razon de los pesares que las causan, mi pasion se convirtió en una especie de fanática idolatria sellada por el peso de mi desgracia.

Pocos dias despues de mi llegada a Rancagua supe que Laura no habia vuelto a casa de Clara despues de mi primera visita: esto destruyó mi último recurso; pues esperaba que viéndome se justificase. Al mismo tiempo noté el amor de Elisa, la deliciosa criatura que conoces. Llena de pureza, me entregaba su corazon, animada de ese raro desinteres con que algunas mujeres, dedican en silencio su vida a un hombre que talvez no las conoce. No queriendo engañarla me retiré como sabes de casa de Clara, hasta la noche de la tertulia en la que has visto el efecto que produjo mi romance. ¿Ha sido el grito de la desesperacion arrepentida o el lamento de una alma inocente? ¿cómo saberlo? Por mas que haya buscado en mi espíritu los medios de justificarla me ha sido imposible borrar de mis recuerdos la terrible escena de Constitucion, y no queriendo poner a nadie en el secreto de mi corazon me he abstenido siempre de informarme ni oir nada que tenga relacion con ella.....

XI.

El desenlace de esta historia, ocurrido poco tiempo despues

de los acontecimientos que llevamos referidos, permite al autor apartarse de la escena y describir sus incidentes, ora en su conjunto, ora en partes separadas, sin necesidad de ceñirse a determinado suceso.

Un mes despues de la tertulia de Clara, la flor de la sociedad rancagüina se hallaba preocupada por una sola idea. La estrecha union que necesariamente debe reinar en sociedades donde todos los individuos pertenecientes a la misma esfera se hallan ligados por lazos de parentesco o por viejas y cuotidianas relaciones, esplica perfectamente la facilidad con que cualquiera noticia se hace el tema jeneral de las conversaciones de un pueblo. Una de esas voces que se ignora de donde parten y que como una bomba incendiaria, caen en medio de las familias para preocupar todos los ánimos, habia hecho sospechar, lo que en la crónica casera equivale a una certidumbre, que Ismael, cediendo al amor de Elisa, proyectaba unirse a ella en corto tiempo; y esta noticia, comentada con la prolija escrupulosidad de las jentes ociosas, acojida como un hallazgo en una poblacion escasa de acontecimientos, aumentada y correjida segun las versiones de cada uno, importaba nada ménos que un brillante porvenir para la bella Elisa, la mas hermosa flor del verjel rancagüino, cuyos padres debian ver en aquel matrimonio la mano de la Providencia repartiendo sus dones en premio de la virtud, segun algunas devotas de la ciudad, o una mina de pesos fuertes, como decian los viejos especuladores que atribuian a Ismael una fortuna colosal.

No obstante, la jente investigadora no olvidaba la escena que habia puesto fin a la tertulia de Clara y concluia de ella que Ismael se ocupaba tan solo de Elisa para derrotar las investigaciones de los curiosos y hacer olvidar las relaciones que necesariamente debia tener con Laura. En esta barrera venian pues a estrellarse todas las consecuencias despues de estar basadas en mil hipótesis mas o ménos probables.

Una lijera ojeada sobre los personajes de nuestra historia nos servirá para conocer mejor los incidentes que prepararon su desenlace.

Ismael, despues de la tertulia de Clara, hallando en cada acontecimiento una prueba del crimen de Laura, resolvió curarse

sirviéndose del principio de la homeopatía.—El amor de Elisa, pensó el jóven, adormeciendo con su tierna solicitud el dolor de tan profundas heridas me abrirá talvez un campo nuevo, creándome nuevas esperanzas.—Y sobre esta base, cimentada en una simple suposicion, pretendió Ismael levantar el nuevo edificio de su felicidad, dejando al tiempo el cuidado de reparar las pérdidas de su vida. Desde aquel dia se le vió visitar la casa de Elisa con asídua constancia, dando márjen al rumor que circulaba de su próximo enlace.

La pobre niña recibia las visitas de Ismael como un enfermo recibe al médico en quien ha puesto su fé: el jóven reasumia para ella todas las delicias de la vida, y en medio de su exaltada abnegacion habria talvez renunciado a su amor si hubiese visto en él uno de esos hombres felices que parecen destinados a vivir cien años: ella amaba la frente pálida de Ismael, la concentrada melancolía de sus ojos, el poema de callados sufrimientos que revelaban sus enflaquecidas facciones. En el casto fervor de su alma, habia concebido una de esas resoluciones sublimes, propias casi de las mujeres y que han inspirado a los santos y a los mártires de todas clases: juró consagrar su vida entera a Ismael, aun a costa del sacrificio de sus aspiraciones: ¡la hermosa niña amaba con el alma!!

Sobre esta resolucion, regada con las lágrimas de un amor desgraciado, Elisa principió su tejido de proyectos para volver la alegría al jóven y entónces tambien principiaron a hacerse mas frecuentes las visitas de éste y con ellas mil inefables esperanzas arrullaron su corazon convidándola a la dorada ventura de ser correspondida en su amor. Su espíritu abrazó con tanta mas vehemencia este porvenir fascinador, cuanto que logrando así realizar sus deseos de hacer feliz a Ismael, podia para ello ofrecerle su corazon: un tesoro abundante de sublimes atributos.

Por otra parte, Ismael, sin responder precisamente a sus deseos, se mostró como un hombre que acepta el amor que se le ofrece: habló de un modo vago de sus antiguos pesares mostrándola el deseo de abrazar una nueva vida. Un mes corrió de esta manera: Ismael combatiendo una melancolia mal disimulada; Elisa en una horrible incertidumbre.

Hácia este tiempo Ismael se ausentó de Rancagua con el pre-

testo de pasar algunos dias en una hacienda vecina cerca de un amigo. Elisa entónces solo sintió el vacío inmenso de aquella separacion y calculó con horror la magnitud de su amor y de su sacrificio. Con esta circunstancia sus dudas se cambiaron en tristes certidumbres y el lenguaje del jóven la pareció de la mas completa frialdad; nublóse tambien el fujitivo sol de la alegría y por una de esas reacciones del que aunque dispuesto al sacrificio ve fallidas sus esperanzas, sintió mucho mas dura la mision que se habia impuesto.

Al segundo dia de su partida, Ismael recibió la carta siguiente, escrita en medio de terribles vacilaciones:

«Ismael: mucho he combatido con mi voluntad ántes de resolverme a escribirle, y este paso, reprensible ante los ojos de las preocupaciones de la sociedad, lo justifica mi conciencia por ser el único medio de que puedo valerme para calmar la ajitacion que me destroza y vivir con la idea de alguna realidad, preferible mil veces a la duda. Ademas, me valgo de un medio, y acaso el único, por el que puedo hablar con libertad. Creo Ismael que U. no ignora cuanto le amo: mi amor es un sentimiento convertido en relijion; aceptado como un decreto del cielo; resonando en mi alma a todas horas como la voz de alguna vocacion poderosa que domina con absoluta tiranía; es en fin mas de lo que yo alcanzaria a describir: un amor de todos los instantes.

«Me parece tambien que para comprenderme seria necesario ser mujer o esperimentar esa alegría abrumadora que me domina cuando siento sus pasos, cuando oigo su voz y cuando recibo sus miradas. Todo esto compone para mi una felicidad incalculable: en la mañana es mi porvenir y a él se ciñen mis aspiraciones; en la noche es mi pasado y en él se reflejan mis recuerdos queridos. ¡Ah si el corazon limitase alguna vez sus deseos o tuviese en cuenta la timidez y la desconfianza del espíritu! Mas despues de connaturalizarnos con un amor aislado y cuando creemos invariables nuestras resoluciones, cedemos a su influjo irresistible y nos preguntamos en silencio cuántos deleites debe difundir en la existencia ese pobre amor siendo correspondido!

«Aunque le escribo temblando Ismael, me creo mui dichosa de decirle lo que de viva voz no habria tenido fuerzas para ar-

ticular. Por el jénero de educacion que recibimos y mucho por nuestra propia naturaleza nos condenamos a callar todos nuestros sentimientos respecto de los hombres: he aqui el misterio de tantas pasiones desgraciadas, nacidas contra la fuerza de la voluntad muchas veces y funestas casi siempre: aparecen solitarias, se desarrollan en silencio sin mano amiga que las dirija o reprima y esparcen despues su melancólica sombra sobre el alma que creyó vivir de sus frutos y se contrista con el hielo de su abandono.

«Por mucho tiempo he podido, como le he dicho, resignarme solamente a mi amor; talvez por la sorpresa de la completa trasformacion que este sentimiento introduce en toda nuestra organizacion moral. Hasta ahora he recorrido un mundo lleno de dulzura aun en la tristeza que a largos tragos he bebido; la falta de otra alma, compañera de la mia en esta venturosa peregrinacion, ha sido suplida por la novedad del viaje, por la sensacion inefable de lejanas esperanzas y por la pereza misma del alma, que se detiene a recibir las caricias de los primeros rayos de la pasion, como esas mariposas que siguiendo a su pareja se detienen solas y estienden sus alas a los cariños del sol. Por desgracia esto no ha podido durar. Su ausencia ha destruido mis propósitos de resignacion y el temor de perderlo se ha hecho oir sobre las demas consideraciones. En vano he combatido, en vano me he dicho que segun las leyes sociales, al escribirle Ismael, rompia con mi delicadeza de niña. Este olvido de mi misma, este desprecio de lo que mas tememos las mujeres ¿no es un tributo sincero, ofrecido a despecho de la opinion? Sobre todo no he cedido sino a mi propia conviccion, sin cuidarme de ajeno parecer e impulsada por la fuerza tenaz que, desde que amo, ha cobrado mi voluntad. Mi corazon tímido hasta ahora se ha trasformado por U. en un centro de resoluciones enérjicas.

«Cuento tambien con que U. sabrá calificar el paso que doi, sabiendo que sin pretensiones de ningun jénero, cedo solo al irresistible deseo de aproximarme a U. y de llamar hácia mi su pensamiento. Mui léjos estoi de creer que U. pueda divisar una súplica en esta carta.—*Elisa.*»

Despues de enviar esta carta, escrita como dijimos en medio

de terribles vacilaniones, no obstante la aparente tranquilidad que sus palabras manifestaban, Elisa se vió presa de la febril inquietud que ataca a los que esperan con temor. En la tarde habíase sentado cerca de una ventana frente a la puerta de calle. Atenta al menor ruido, sondeando con la vista las sombras de la noche que sucedian a las del crepúsculo de la tarde, su dulce rostro retrataba perfectamente el choque tempestuoso de sus encontradas sensaciones, tan pronto risueñas y cariñosas como tristes despues y sumerjidas en la angustia de las dudas. Su corazon era el teatro de un drama, el mas hermoso de la vida segun un hábil escritor, donde cada sentimiento hablaba su verdadero lenguaje, y cada pasion, revistiendo su forma verdadera, hacia resonar sus vibraciones por todos los ámbitos de ese estenso y armonioso recinto que llamamos alma de mujer.

En este momento sus reflexiones fueron interrumpidas por la entrada de Márcos, quien despues de saludar se colocó a su lado.

Márcos, el filósofo práctico que hemos conocido al principio de esta historia, habia sentido desvanecerse su estudiada indiferencia y sus frias doctrinas por el influjo dominante de su amor contrariado. Su afecto por Elisa se habia convertido en una pasion verdadera, desde que la niña, resuelta a sacrificarse por Ismael, le habia cerrado las puertas de toda esperanza. En su calidad de enamorado y egoista y obedeciendo tambien a la intolerante lei del amor propio, Márcos se propuso desde entónces impedir el enlace de la jóven con su antiguo camarada. Para ello puso en juego toda su actividad y sus recursos, sirviéndose de la intriga casera, del rol de enamorado sentimental, del influjo de Clara sobre Elisa, de todo en fin de lo que ciertos hombres echan mano para doblegar la contraria fortuna. Mas al cabo de un mes de obstinada lucha solo logró persuadirse que el amor de la niña era inalterable.

Elisa, desde la entrada de Márcos se habia cubierto con esa máscara de disimulo que la mas inocente niña sabe emplear en caso de necesidad: sus ojos se fijaban con distraccion aparente en la puerta de la calle.

—Elisa, dijo Márcos, rompiendo el silencio, hace un mes U. se habria tomado la molestia de dirijirme la palabra.

—U , respondió ella tiene siempre algun reproche que diri-

jirme y sin embargo ¿no he sido franca? Le he ofrecido mi amistad Márcos, una amistad sincera que ninguna circunstancia hubiera podido alterar: U. la ha rechazado porque es de aquellos que pretenden que una mujer puede dirijir las inclinaciones de su corazon y amar segun el capricho. ¿Acaso le he engañado con alguna esperanza?

– No, U. no me ha engañado en eso; pero no ha tenido la franqueza de decirme que amaba a otro.

—Es cierto, dijo Elisa, en eso he faltado. Pero, añadió sonriéndose con ironía, U. debe dispensarme esta falta. ¿Crée U. que un hombre, por solo amarnos, debe recibir nuestras mas intimas confidencias? Pues si es fuerza decirlo, le confesaré que amo y amaré siempre a Ismael.

—¡Un hombre que ama a otra! esclamó Márcos palideciendo de despecho.

—Bien lo sé, replicó ella con admirable tranquilidad. Cuanto U. pueda decirme no me hará desistir de mi propósito. Es un sentimiento que constituye la parte mas risueña de mi vida: lo que otra llamaria talvez un sacrificio, yo lo acepto como la mayor felicidad, y sé mui bien que para consagrarle mi vida no necesito ni su amor ni su asentimiento. Ello será si U. quiere una ofrenda callada, estéril talvez, sin beneficio alguno para él, sin ventaja tampoco para mí: ¡qué importa! Al amarlo no he calculado sobre el porvenir; he cedido al amor como entramos a la vida: sin reflexion.

—Diga U. locura y no amor, esclamó Márcos con la rábia de un hombre que pierde un tesoro a tiempo que reconoce su inmenso valor. ¡Hermoso porvenir, por cierto el de una vida de suspiros!

—Para mí, le respondió Elisa, la mujer que no se olvida de sí misma no ama. Si obtengo algun dia el amor de Ismael seré mui feliz; pero ya vé U. que me hallo resignada a lo contrario.

—Tan duro sacrificio podria cambiarse en una felicidad pacífica, dijo Márcos con timidez.

—¿Cómo? preguntó ella admirada.

—Mui fácilmente, prosiguió Márcos, y para esplicárselo me permitirá algunas observaciones.

Elisa inclinó la frente en señal de afirmacion.

—En primer lugar, dijo él, U., al sacrificarse, jóven como es, ignora que tales ofrendas, dirijidas a una persona indiferente, solo sirven para dar pábulo a su orgullo y no llegan jamás hasta su corazon.

—U. sabe que no pretendo tal cosa, esclamó Elisa interrumpiéndole.

—Bien está, replicó Márcos; pero U. ignora que cuando hai de por medio otro amor, como sucede ahora, los tributos, léjos de agradar, fastidian soberanamente.

—¡Oh! dijo ella ruborizándose.

Márcos, por su parte, sintió que atacando el orgullo habia dado con el punto vulnerable.

—Es una verdad, dura como todas las verdades, continuó sin cuidarse de la aflixion de Elisa. La mujer que conoce que fastidia con su amor a un hombre, no podrá por orgullo continuar mostrándole semejante afecto: de manera que es necesario callarse y aparentar una indiferencia que no existe. De aquí, una de esas melancolías que desvastan el alma y apagan con prodijiosa rapidez el brillo de la belleza.....

Márcos calló un momento para observar el efecto de sus palabras: la niña movió su lábio inferior con soberano desprecio.

—Cada lágrima, prosiguió él, surca por el alma a la par que por las mejillas una traza indeleble. Un mes ha trascurrido apénas y ya se lleva contado un siglo de sufrimiento. Despues viene la indignacion y tras ella la indiferencia, horrible como un ataque de nervios, porque sin dolor declarado hai un malestar insufrible, y el malestar para las almas amantes equivale a una perpétua agonía. De este modo puede llegar el mas amargo de los momentos que puede tener una niña.....

—¿Cuál es? preguntó Elisa viendo que Márcos se detenia.

—El deseo de casarse cuando la época se ha pasado, respondió él.

Elisa se puso a reir con tal franqueza que Márcos sintió su sangre convertirse en hielo.

—Pero hasta ahora, dijo ella despues de reirse largo rato, nada de esto me dice el medio de remediar el mal.

—Mui facilmente contestó Márcos, U. debe adivinarlo.

—En verdad que no, dijo ella.

—Sinembargo replicó Márcos con esa obstinacion de los que están persuadidos de la eficacia de un empeño tenaz, sin embargo U. conoce la profunda sinceridad de mi amor: mi vida consagrada a este objeto esclusivo la haria bien pronto olvidar ese capricho. Ademas U. colmaria el deseo de sus padres....

—Mis padres, dijo Elisa consideran mucho a Ismael.

—Porque ignoran sin duda su pasion por Laura.

—¡Su pasion! esclamó la niña con impaciencia y cayendo en las reflexiones que Márcos esperaba suscitar con aquella palabra. ¿Quién puede asegurar lo que U. dice? preguntó despues; todos hablan sobre mui vagas conjeturas.

—No tan vagas, observó Márcos.

—¿Hai quien lo sepa a punto fijo? preguntó ella temblando.

—Sí, yó, dijo Márcos con firmeza.

La niña entónces, léjos de reirse palideció espantosamente.

—Oh, U. puede equivocarse, articuló con voz apagada.

—No pretendo ser infalible; mas por ahora creo no equivocarme: existen pruebas.

—¿Puede U. dármelas?

—Sí.

—Pues bien, hágalo U.

—¿Y entónces?... preguntó Márcos.

—Entónces cambiaré de resolucion, dijo Elisa turbada.—(*Continuará*).

ALBERTO BLEST GANA.

LA

CONSTITUCION POLÍTICA

DE LA

REPÚBLICA DE CHILE,

COMENTADA.

(Continuacion).

Lo que acabamos de establecer respecto del estranjero que se halla en el caso de pedir carta de ciudadanía está esplicado en el siguiente artículo, que sirve de corolario al anterior:

Artículo 7.° «Al Senado corresponde declarar respecto de los que no hayan nacido en el territorio chileno, si están o no, en el caso de obtener naturalizacion con arreglo al artículo anterior, y el presidente de la República espedirá a consecuencia la correspondiente carta de naturalizacion.»

De todas las constituciones de Chile, ninguna como la vijente ha sido tan estrecha en la concesion de la ciudadanía a los estranjeros. La mas liberal fué la de 823, que atribuia la condicion de chilenos, sin exijir tiempo fijo, a los estranjeros residentes, casados con chilena y domiciliados con alguna profesion; y a los casados con estranjera, despues de un año de residencia,

con domicilio legal y profesion de que subsistir (1). Con todo, ni este Código ni el de 822 mencionaron a los estranjeros solteros como dignos de la ciudadania; y solo en el de 1828 se encuentra por primera vez una disposicion que se la concede despues de ocho años de residencia y con tal que profesen alguna ciencia, arte o industria, o posean algun capital en jiro propiedad raiz (2).

Semejante politica es sin duda la continuacion de la que dictó las leyes en que la España prohibia a las colonias Americanas toda comunicacion con hombres que no fuesen de raza, de lengua y de creencias españolas; politica que debe ya abjurar la República de Chile, como lo han hecho algunas de sus hermanas. No está en ella nuestro interés sino en la adopcion franca y sin restricciones de la libertad que los Norte-Americanos han dejado a los hombres de todo el mundo para llegar a participar de su suelo privilejiado, de la proteccion de sus instituciones y de la ciudadania que los habilita para hallar una nueva patria en el lugar donde van a poner en ejercicio sus fuerzas individuales.

A esa libertad de incorporacion que los estranjeros han gozado en los Estados-Unidos, desde que éstos fueron una colonia, se deben el incremento de la poblacion, el progreso de la industria y el consiguiente desarrollo de la riqueza de aquel pais asombroso; mientras que en las Repúblicas de orijen español se puede graduar el atraso y la pobreza de sus poblaciones por su contacto mas o menos limitado con los estranjeros.

No basta empero naturalizar al estranjero, porque los beneficios de la naturalizacion no son otros que los mismos que goza antes de ser naturalizado: es necesario ademas conferirle la ciudadania desde el momento que él la desee, bien entendido que en el lenguaje de la política moderna, la ciudadania no tiene otro sentido que el de una participacion ámplia y activa en los asuntos del Estado civil a que pertenecemos.

Art. 8.° «Son ciudadanos activos con derecho de sufrajio.— Los chilenos que habiendo cumplido veinticinco años, si son solteros, y veintiuno, si son casados, y sabiendo leer y escribir, tengan alguno de los siguientes requisitos:

«1.° Una propiedad inmoble, o un capital invertido en alguna especie de jiro o de industria. El valor de la propiedad inmoble, o del capital, se fijará por cada provincia de diez en diez años por una lei especial.

«2.° El ejercicio de una industria o arte, o el goce de un empleo, renta o usufruto, cuyos emolumentos o productos guarden proporcion con la propiedad inmoble o capital de que se habla en el número anterior.»

(1) Art. 6.°, núm. 3 y 4.
(2) Art. 6.°, núm. 4.°

Se comprende, pues, que la ciudadanía, segun la Constitucion, es pasiva y activa, y que esta supone que el ciudadano se halla en posesion de la primera.

La ciudadania pasiva, o si se quiere, la simple calidad de chileno natural o naturalizado, no tiene uso político ninguno, sino en cuanto para algunos empleos públicos, como el de ministro de estado, por ejemplo, se requiere la calidad de chileno natural. Fuera de esto no tiene mas utilidad la ciudadanía pasiva, que la de habilitar al que la posée para reclamar en pueblo estranjero la proteccion internacional de los diplomáticos o cónsules de Chile, y decimos en pueblo estranjero, porque la proteccion nacional se presta en la República a todos los estantes y habitantes sin averiguar su oríjen o ciudadania.

La activa, con derecho de sufrajio, supone los siguientes requisitos:

1.° La edad de veinte y cinco o de veinte y un años.

2.° La calidad de saber leer y escribir.

3.° La de tener una propiedad o un capital en jiro, o una industria, empleo, renta o usufructo.

Requisitos que la Constitucion exije como una muestra de la capacidad de comprender los negocios del Estado y de interesarse por ellos; pues la Constitucion no da el sufrajio universalmente a todos, ni quiere que los negocios públicos sean resueltos por la cantidad numérica, independientemente del valor y capacidad de las unidades de que esa cantidad se compone.

Aqui aparece condenado por la Constitucion, como dijimos antes, el sufrajio universal, y constituida la soberanía en su ejercicio del modo único que puede producir resultados seguros en la democracia representativa, y salvar esta forma de gobierno de las aberraciones y estravagancias a que está sujeta en los pueblos que, como los de la raza latina, han adoptado el estremo contrario, sin advertir que la ignorancia, la corrupcion y la falta de hábitos democráticos de sus masas eran los elementos mas apropósito para pervertir el sufrajio universal y hacerlo producir resultados opuestos a los que ostenta en pueblos que no lloran defectos semejantes.

La democracia representativa con el sufrajio universal es para pueblos atrasados que principian a ensayar la vida pública un bello ideal, que no pueden alcanzar, sino a fuerza de práctica y de moderacion en el ejercicio de sus derechos políticos.

Pero es necesario tener presente que la universalidad del sufrajio no existe en ningun Estado con aquella latitud que quieren darle los que la proclaman, pues aun en las repúblicas americanas que mejor han realizado esa pretendida universalidad, tales como los Estados-Unidos del Norte y la Nueva-Granada, nunca se ha dado el ejercicio de los derechos políticos ni a todos los

habitantes, ni aun a todos los varones: véanse sus constituciones políticas y se hallará que no conceden el derecho de sufrajio, sino exijiendo a lo ménos el requisito de la edad y el de domicilio por determinado tiempo.

Esa universalidad en la práctica no es otra que la de los hombres capaces de ejercer los derechos políticos, sin distincion de clases y sin esclusion de los que poseen las calidades que en todos los pueblos se exijen como muestra de aquella capacidad: proclamarla en un sentido absoluto, es incurrir en el error de los que creen que tambien es absoluta la igualdad. Todos los hombres son iguales, es verdad, pero eso, porque todos han recibido de la naturaleza un derecho igual al goce de la vida y del libre ejercicio y desarrollo de sus facultades físicas, morales e intelectuales. En el órden político, la participacion de todos no puede ser igual, sino en cuanto sean iguales en la posesion de las calidades que prueben que los hombres que han de participar del poder deben tener la intelijencia de las cuestiones sociales y la voluntad de resolverlos en el sentido del interes jeneral.

Conceder el derecho de sufrajio a todos sin distincion, so pretesto de que todos son iguales, es confiar el ejercicio de la soberanía a los que ninguna garantía ofrecen de sus buenas intenciones, de su independencia y de su interes por la sociedad. Los resultados han sido mas funestos a medida que mas se han aproximado a este estremo las constituciones políticas o las prácticas viciosas: ahí está la Francia, que con sus exajeraciones democráticas y su sufrajio universal ha contribuido tanto en Europa al descrédito y a la ruina de la república representativa, como contribuye en Chile al mismo descrédito la práctica abusiva de verificar las elecciones populares por medio de los gañanes, inquilinos y soldados a quienes la Constitucion habia escluido de su ejercicio.

Concretando ahora nuestras observaciones a los tres requisitos constitucionales, hallamos que el relativo a la edad podria sufrir una modificacion: diez y ocho años bastarian en los electores y veintiuno en los elejibles, sin consideracion a su estado de casados o solteros, porque a esa edad mas o ménos se hallan, bajo la influencia de nuestro clima, las facultades del hombre en todo el desarrollo que puede apetecerse para el ejercicio de los derechos políticos y aun para el de los civiles. Así la lei seria mas conforme con nuestra naturaleza y aun con la práctica que hai de respetar el ejercicio de tales derechos en los hombres de aquella edad.

En cuanto al requisito de saber leer y escribir, la Constitucion no lo exijió sino para despues de cumplido el año de 1840 (1).

(1) Art. 1.º de las disposiciones transitorias.

Con efecto, una lei de 842 estableció que «Ningun chileno podria en lo sucesivo, conforme a lo dispuesto en el artículo 8.° de la Constitucion, calificarse para entrar al ejercicio de ciudadano elector con derecho de sufrajio, si no tiene la calidad de saber leer y escribir» (1).

Pero esa misma lei destruyó las previsiones de la Constitucion estableciendo que «Los chilenos que hubiesen sido hasta entónces calificados como ciudadanos electores con derecho de sufrajio y estuviesen en posesion de este derecho, continuarian gozándolo hasta su muerte (sino lo perdieren o fuesen legalmente suspendidos de su uso) *aunque no tuviesen la calidad de saber leer y escribir*» (2).

La razon fundamental de esta disposicion, segun se vé en el mensaje con que el ejecutivo acompañó el proyecto y en los debates de las Cámaras, consiste en que la lei no puede privar a los ciudadanos de sus *derechos adquiridos* ni tener efecto retroactivo. Lo especioso de semejante fundamento está demostrado no solo en las conclusiones de la ciencia de la jurisprudencia, sino tambien en la práctica lejislativa de las naciones cultas, que han resuelto la cuestion de los derechos adquiridos de una manera bien contraria a la adoptada por la lei de 842.

Segun esas conclusiones y esa práctica, los derechos que se *adquieren*, y que no son innatos o inherentes a nuestra naturaleza, nos vienen de dos maneras: o por hechos consumados por nosotros mismos en los cuales tiene parte nuestra voluntad, o por el simple ministerio de la lei e independientemente de nuestra voluntad.

Los primeros, es decir, esos derechos constituidos por nosotros mismos, mediante la sancion que la lei presta a todos nuestros actos lejítimos, como los contratos, por ejemplo, son verdaderas *condiciones* de nuestro desarrollo, de nuestra existencia o de nuestra condicion personal y social. Esos son *derechos adquiridos*, que no pueden ser tocados ni revocados por la lei, pues que cualquiera modificacion que ella les impusiera, seria un ataque a nuestra personalidad o a nuestra propiedad. De consiguiente, si una lei altera las formas sustanciales de los contratos y los derechos que de ellos emanan, o si modifica los resultados de cualquiera de aquellos actos que en virtud de su sancion producen derechos, esa lei no puede tener *efecto retroactivo*, es decir, no puede afectar los derechos adquiridos legalmente ántes de su fecha, porque entónces atacaria las condiciones de nuestra existencia y desarrollo, cometeria lo que pro-

(1) Art. 1.° De los Adicionales al *Suplemento a la lei jeneral de Elecciones* de 12 de noviembre de 1842. Bol. L. X, núm. 11.
(2) Art. 2.° de id. id.

piamente se llama una injusticia. Otro tanto se aplica a las *espectativas legales adquiridas*, que son aquellas que nacen de hechos que ejecutamos, con el favor de la lei, para adquirirlas y tener despues un derecho: el que aplica su industria de una manera lejitima para obtener un derecho o un producto, lo hace con la espectativa legal de que no se le perturbará en el goce de ese derecho o de ese producto: la lei no podria innovar, revocando retroactivamente aquella espectativa, sin hacer una injusticia: la lei puede innovar, pero para lo futuro.

Por el contrario, los derechos o las espectativas que adquirimos por el simple ministerio de la lei, sin intervencion de nuestra parte, sin relacion a nuestra voluntad, son derechos que no merecen propiamente el nombre de *condiciones* sino el de *meras facultades*, porque ellas no son jamás condiciones de nuestra existencia ni de nuestro desarrollo. Los antiguos jurisconsultos los llamaban de *mera facultad*, porque son simples poderes, que no se pierden por el no uso, como los derechos condicionales, y porque no se ejercitan sino en ciertos casos marcados por la lei o por las circunstancias, sin estar comprometida en su ejercicio nuestra personalidad. A esta clase pertenecen todos los derechos, o facultades, o poderes politicos que proceden de la organizacion del Estado y no de la naturaleza, y así mismo todos los derechos civiles que nos conceden las leyes sin consideracion a nuestra voluntad, como el de heredar a nuestros padres, por ejemplo. Estos derechos pueden derogarse, aunque los hayamos ejercitado alguna vez y podamos llamarlos adquiridos. La lei que los altera o modifica no ataca ninguna de las condiciones de nuestro ser, y al privarnos, en todo o en parte, de las concesiones que ántes nos habia hecho, no tiene un verdadero efecto retroactivo, por mas que alguna vez hayamos gozado de tales concesiones Ese efecto retroactivo existiria y seria un verdadero ataque, si la lei que deroga para lo futuro una de esas facultades o derechos que nos concedia, anulase tambien el ejercicio ya consumado de tal derecho, como por ejemplo, si obligase a los hijos que habian heredado a su padre muerto a devolver la herencia percibida.

Estos principios de la ciencia han sido siempre respetados y practicados, tanto en el órden politico, como en el civil. Prueba de ello son las infinitas constituciones politicas que en Europa y en América se han dictado sucesivamente organizando el Estado y constituyendo los derechos politicos, con modificaciones mas o ménos contrarias a las anteriores, sin que a nadie se le haya ocurrido alegar contra tales modificaciones los derechos adquiridos. El derecho a la herencia y todos aquellos que tienen su orijen en las leyes que determinan las formas de los juicios, son y han sido frecuentemente alterados, modificados o revoca-

dos en todas las naciones, sin que las leyes derogatorias hayan sido acusadas de atacar derechos adquiridos, y sin que su efecto de anular las facultades o derechos que las anteriores concedian, se haya tildado con la injusticia que lleva en sí el verdadero efecto retroactivo.

Todo esto nos muestra, pues, que la lei de 842 alteró sustancialmente la Constitucion, cuando dejó subsistente para despues de 1840 el derecho de sufrajio en los que no sabian leer ni escribir. La Constitucion queria que este requisito fuese indispensable desde aquella época en todos los ciudadanos activos, de modo que no concedia el derecho de sufrajio sino con tal condicion. Los que lo habian ejercido sin ella hasta 1840 no tenian un derecho adquirido para continuar despues de este año contrariando la prescripcion espresa de la Constitucion, sino un poder, o un derecho, si se quiere, pero de mera facultad y temporal, del cual la Constitucion misma los privaba, y del cual, ellos mismos sabian que podian ser privados si para 1840 no tenian el requisito que se les exijia como una condicion. Conservarlos en el goce de esa facultad, con el pretesto de que tenian un derecho adquirido, era lo mismo que imposibilitar la reforma prevista, decretada y aplazada por la Constitucion. Con esta lójica se podria dejar para siempre subsistente cualquier derecho político concedido temporalmente, sin advertir que estos derechos, por ser de mera facultad, no se usurpen con el uso, ni se pierden con el no uso, y sin tener en cuenta que son revocables como todas aquellas concesiones legales que constituyen un derecho independiente de nuestra voluntad y de nuestros actos.

El error de la lei de 842 fué funesto y trascendental. No solamente continuaron calificándose en adelante para ejercer el derecho de sufrajio los mismos peones de las haciendas de campo y los mismos soldados cívicos que antes lo habian sido en tropas, sin saber leer ni escribir, sino todos los de igual condicion que despues de 1840 no tienen el requisito y que son calificados o por la igualdad de circunstancias, que dá pretesto al abuso, o por la dificultad de distinguirlos de los que antes de aquella fecha fueron ciudadanos. Asi puede asegurarse que en la práctica es nula esta exijencia de la Constitucion, y que la gran mayoría de los electores no debe su calificacion a la posesion de este requisito, sino al interes de los hacendados o de los comandantes de batallon o de los cabecillas de partido que tienen medios de calificarlos con ofensa del código fundamental.

Otro tanto sucede con el tercer requisito de la ciudadanía activa. En vano la Constitucion exije la posesion de una propiedad o de un capital en jiro, o una industria, empleo, renta o usufructo, como muestra de la independencia del ciudadano. En la

práctica, el que ha sido calificado una vez, no tiene para que probar la posesion de ese requisito en adelante, y el que es presentado por su patron o su jefe para serlo, tampoco necesita poseerlo. Lo que importa es tener gran número de calificaciones, no de ciudadanos constitucionales, para hacer las elecciones; y este abuso se perpetua en la mayor parte del tiempo sin una necesidad política que lo escuse, sino por si ocurre el peligro de tener que luchar con algun partido en el campo electoral.

De consiguiente el sufrajio universal existe de hecho y no en nuestro derecho, y como con esa universalidad ignorante se triunfa numéricamente en las elecciones, estas no dan jamás un resultado constitucional, sino político, ni representan el interes local o nacional, sino el del que posée las calificaciones.

«Esto contraría naturalmente el sistema republicano, hemos dicho otra vez, y viola la Constitucion que ha querido entregar la direccion del pais a la intelijencia y no a la ignorancia, a la sabiduría y no a la incuria, a la voluntad nacional y no a la indiferencia o al cohecho o a la arbitrariedad. Los funestos resultados de esta desgracia han consistido principalmente en que los hombres honrados comienzan a mirar con temor el sistema que bajo el nombre de representativo se les ofrece, y en que el pueblo toma una idea equivocada de la *República*, y adquiere hábitos peligrosos y contrarios al sistema que hemos adoptado para gobernarnos. Así la República no existe propiamente en el corazon de nuestra sociedad, sino en la lei; no tiene su apoyo en los intereses sociales, sino que sirve de instrumento a los intereses de cualquier círculo o partido que quiera aprovecharse de estos vicios.»

Importa, pues, que la Constitucion sea en este punto relijiosamente observada, que así será tambien una verdad, y no una falsa fórmula la lei; que ella manda dictar cada diez años para fijar el valor de la propiedad o capacidad que exije.

La que se dictó en 24 de octubre de 1854 (1) establece:

«Artículo único.—El valor de la propiedad inmoble, el capital empleado en alguna especie de jiro o industria, el ejercicio de una industria o arte y el goce de un empleo, renta o usufructo, de que hablan las partes 1.ª y 2.ª del artículo 8.º de la Constitucion, consistirán:

«En las provincias de Atacama, Coquimbo, Aconcagua, Santiago y Valparaiso, en una propiedad inmoble cuyo valor no baje de *mil pesos* o un capital en jiro de *dos mil*, o el ejercicio de alguna arte o industria, cuya renta sea al menos de *doscientos pesos* anuales.

(1) Bol. Lib. XXII, núm. 10.

«En las provincias de Colchagua, Talca, Maule, Ñuble, Concepcion y Arauco indistintamente, el valor de la propiedad inmoble será de *quinientos pesos*, el capital en jiro de *mil*, y la renta del arte o industria de *ciento cincuenta pesos* anuales.

«En las provincias de Valdivia y Chiloé indistintamente, el capital en jiro será de *quinientos pesos*, la renta de arte o industria de *cien pesos*, y la propiedad valdrá *cuatrocientos pesos*.»

El articulo 17 de la lei de Elecciones, enmendado por la de 12 de noviembre de 1842, determina del modo siguiente los medios de justificar la posesion del tercer requisito:

«Las juntas calificadoras, dice, admitirán como calificativos bastantes:

«1.° La manifestacion del título de propiedad de un inmueble del valor señalado, ya sea este inmueble propiedad esclusiva del que solicitaba ser calificado, o ya sea que este tenga en él una parte igual o superior al valor exijido.»

«2.° El título de un empleo público cuyo sueldo fijo o emolumentos igualen o escedan a la renta que se requiere.»

«3.° La manifestacion del título o certificado auténtico de autoridad competente que acredite el ejercicio de una profesion científica o industrial, que, a juicio de la misma junta, sufrague una cantidad igual a la exijida.»

«4.° La manifestacion de un certificado auténtico de autoridad competente que acredite el pago de alguna contribucion pública, fiscal o municipal, de cualquiera clase que sea y que corresponda a la renta o propiedad inmueble o capital en jiro que se requiere.»

Estas disposiciones se referian al artículo 14 de la lei de Elecciones de 31 de octubre de 1833 [1] que fijaba el valor de la propiedad, capital o renta de una manera diferente a la adoptada por la lei de 854; pero están vijentes en cuanto a los medios justificativos del valor que esta determina.

JOSÉ V. LASTARRIA.

(1) Bol. Lib. VI, núm. 4.

MI VIAJE A NINGUNA PARTE.

VII.

EL AMOR.

Una historia como hai muchas.

I.

EN EL CAMPO.

Vamos a contar una sencilla y verdadera historia; pero si el paciente lector quiere escucharla, tendrá que abandonar con nosotros, solo por un momento, las estrechas calles de nuestra capital: y le protestamos bajo nuestra fé, que no es de las mas elásticas, que no habrá de arrepentirse del campestre paseo que vamos a dar juntos. Tenemos, benévolo lector, hermosos robles, bajo cuya sombra puedes dormir a pierna suelta si eres perezoso; ameno paisaje si dibujante; ancho campo para meditar si filósofo; largo espacio que medir, fresco arroyo en que beber si partidario de la hidropatía; pero si el diablo te ha tentado el mas peligroso flaco, esto es, si a despecho de tu madre y de tu profesor haces versos, te suplicamos no empeñarte en seguirnos; porque aquí no encontrarás sino el viejo libro de la naturaleza, que desprecias porque no comprendes ni lo has mirado una vez en tu vida, por lo que la naturalidad y la belleza

han tomado soleta de tus cantos, quedándote por único recurso la traqueada imájen de una querida, que jamas has tenido, ni soñado tener, a la que eternamente cantas en todos los metros imajinables. (Yo he conocido uno que combinaba versos de seis y siete silabas con otros de quince dieziocho y veinte: así eran ellos!)

Sigamos, pues, el amado lector: coloquémonos en esta eminencia que, desde aquí, estenderemos la vista a nuestro sabor por el valle adyacente y el encumbrado cerro que lo remata, ¡delicioso paisaje! lozana vejetacion! qué robustos estos robles, qué majestuosos estos *quillayes*, qué graciosa talla la de aquellos canelos avellanos y *pataguas* que entoldan la vertiente, sembrando, al menor soplo de la brisa, su superficie azul, con las estrellas de sus flores blancas; qué sabrosa la sombra de ese pabellon que forman el arrayan y el *quilo* entrelazando sus nudosas ramas; qué caprichosas las ondulaciones del *voqui* y el *copigüe* encaramados en enredadas espirales a las copas de los boldos, qué cristalinas las aguas del arroyo lamiendo las verdes lamas de su cauce! Y despues, elevando la vista, contemplar la nevada cresta de ese cerro, cuya sombría aridez, contrasta admirablemente con la alegre exhuberancia de la llanura que se desenvuelve a sus piés en vistosos jirones de esmeralda.

Pero, qué insípido os parecerá este cuadro, a vosotros orgullosos habitantes de las grandes ciudades, que arrastrais vuestra saciedad entre el polvo, el ruido, las piedras, los coches, la miseria y el crímen de vuestras malditas poblaciones, encerrados en vuestras cuatro murallas, sin mas horizonte que las paredes, sin mas cielo que los techos pintados, sin mas árboles que las raquíticas plantas de vuestros tres jardines o los álamos de vuestros paseos colocados en simétricas líneas, como un batallon en revista. ¡Pobres, desgraciadas jentes que creeis vivir, cuando solo vejetais; que creeis mirar porque la Providencia os hizo el favor de abriros dos agujeros a manera de ojos, que así os sirven, como los anteojos a un ciego; que creeis tener un corazon porque cargais dentro del pecho una tinaja sin fondo que no bastarian a llenar las aguas del diluvio, un cedazo despedazado, por cuyos mal surcidos jirones bien podria pasar el Tupungato!

Pero si os hubiéseis detenido en el hermoso valle, la naturaleza que os rodeaba no habria tanto atraido vuestra atencion como una pequeña casa situada en un rincon del verjel, de bellas, aunque escasas proporciones, con un espacioso corredor sostenido por pilares de roble regularmente torneados, y a los piés un cerquito a manera de jardin decorado de rosas, jazmines y enredaderas silvestres: una de esas graciosas casitas de campo cuyo aspecto despierta al instante la idea de esa preciada paz,

última espresion de la felicidad terrena, avanzado remedo del paraiso; de esa dicha tan quieta, tan sóbria en deseos, tan rica en esperanzas.

«Que del oro y del cetro pone olvido.» Algo de mui sencillo, como la aspiracion del justo, algo de mui risueño como la infancia, algo de mui plácido y tranquilo como el sueño de la felicidad, allí se respiraba. Nada turbaba la pacífica quietud de sus moradores, y solo el canto de los zorzales y jilgueros suspendidos en jaulas de caña a los pilares, interrumpia el grato silencio que reinaba en los alrededores.

Precioso paraiso! precioso, como la hechicera niña que, saliendo cuando ya comenzaba a caer la tarde, cual el ánjel custodio de aquel dichoso albergue, media el ancho corredor con precipitados pasos, ya hiriendo la tierra llena de impaciencia con su piesecito, ora apoyada en su alba mano la mejilla, contemplando los enredados caracoles del camino que, partiendo de la puerta de la casa, iba a perderse en la cumbre del cerro que se mira en frente.

Pero basta de divagaciones y entremos en materia.

Allí, en esa casa perdida, como el sueño de un poeta, entre los árboles y las flores, vivia una pacífica familia, que habia abandonado las ruidosas calles de la capital, con el objeto de adquirir por medio de la economía y el trabajo una fortuna que les permitiria mas tarde vivir en la dispendiosa holganza del buen tono. Componianla tres individuos, que eran, los padres y la niña que acabamos de divisar, la que, como toda heroina de novela, era un dechado de belleza y de primores: para su retrato remito a mis lectores al que mejor les haya parecido en las novelas que conozcan. Llamábanse los padres don Francisco Ampuero y doña Tadea Ponce, hijos ambos de acomodadas familias de Santiago. (No faltará alguno que al leer esto diga: Ampuero, Ponce.... mentira, no hai tales apellidos en Santiago: yo conozco todas las familias). La niña se llama Elvira: (siempre es bueno poner un nombre poético a las niñas).

Dos años hacia ya que habitaban esa preciosa soledad, dos años que, habian bastado, para dar la última mano a la belleza de Elvira; dos años que si escasos de acontecimientos, habian sido si, fecundos en sueños y esperanzas para la hermosa niña, que se hallaba a la sazon en esa bella edad, en que el alma despertando del letargo de la infancia, navega, en alas de los deseos, por un mar encantado de bellos horizontes, de floridas playas, con islas verdes y risueñas, pobladas de seres fantásticos, que nos acarician, brindándonos el nectar de un amor siempre ardiente, y que nos adormecen entre los perfumes de májicas flores, que rabiamos de no poder hallar despues en nuestra vida mundana.

¿Pero ella conservaba insensible su corazon, vacío su pensamiento todavia? Ese bullicioso torrente de amor que sentia a cada instante murmurar en sus oidos mil armonias ignoradas, no habia bastado a despertarla del sueño de la infancia? O colocó su afecto en algun ser indigno de guardar tan sagrado depósito, o condenado por las preocupaciones a suspirar sin esperanza el amor que inspiraba? Nada de esto. Todos los años venia un jóven a pasar dos meses de verano en una hacienda vecina: era este un jóven que, en la época de que hablamos, acababa de terminar sus estudios; pero que, al ver a la niña, habia olvidado las sábias lecciones de filosofia y de derecho que recibiera en el colejio. Sin que pudiera llamársele buen mozo, tenia una fisonomía interesante y dulce; sus ojos eran grandes y pensativos, su frente espaciosa y blanca adornada de hermosos cabellos castaños y rizados; la melancólica espresion de su semblante cuadraba perfectamente con el temple de su alma reflexiva y ardiente: parecia ser, en fin, uno de esos seres delicados y enfermizos, de sensibilidad esquisita, exaltada constantemente con los delirios de una imajinacion ardiente y caprichosa: una de esas naturalezas de poeta, a las que, no ha faltado sino el jenio, para dejar una memoria imperecedera de su rápido pasaje por la tierra.

Elvira, por su parte, hizo maquinalmente en sus adentros una comparacion mui natural entre los presuntuosos caballeritos que solian frecuentar su casa, y este gallardo jóven de sério y noble aspecto: comparacion mui desfavorable por cierto para aquellos. Esquisita penetracion que no podrá menos que admirar nuestra civilizada edad, en la que, el mérito, no puede descubrirse sino bajo un bien cortado frac, pantalon a la *dernier*, guantes amarillos, estrecha y charolada bota, aunque todo esto no sea sino la engañadora piel de un animal indefinible, que nuestras bellas clasifican en la noble raza de los *leones*, aunque un naturalista amigo mio, me ha asegurado pertenece a la imbécil familia de los asnos.

Sea lo que quiera, Elvira miraba al jóven, por curiosidad al principio, por costumbre despues, y finalmente por.... por algo ménos vano que la curiosidad, algo mas dulce que la costumbre, algo mas tierno y poderoso, que cuanto la bella niña habia esperimentado hasta entonces y que, mis avisadas lectoras, me perdonarán no decir, para no prodigar tanto esa palabra sagrada.

Ella sentia que su afecto cobraba a cada instante mayor fuerza: tiernamente correspondida, alentados ámbos por una recíproca esperanza, no eran ya suficientes las tímidas miradas que interpretaban sus corazones al principio, y como la ocasion es buena amiga, no tardó en presentarse a nuestra ansiosa pareja que, antes de un mes, se habia mil veces repetido las declaraciones, protestas y juramentos de ordenanza.

Así es que, a la época en que comienza nuestra historia, sobre su calmada frente, ajena de zozobras, radiaba la aureola de los ánjeles, y en su apacible semblante se divisaba un porvenir risueño, como la esperanza de diez y siete años: que allí, en ese pequeño eden, tan bella como feliz, vivia solo para su Dios, para su amor y su dicha, para sus avecillas y sus flores; tranquila, como el ave que se duerme bajo el ala de su madre, dichosa con la casta mirada de su amante, como las flores con las caricias del sol. El alba la encontraba ya recorriendo su jardin, contemplando con delicia infantil, el boton entreabierto de la rosa, próxima a desplegar su corola aprisionada; el tierno vástago de la enredadera enroscada al pilar en verdosos nudos; la delicada planta que acababa de romper la tierra; arrancando con sus blancas manos la maleza, arreglándolo, componiéndolo todo, con la alegria de un niño, con la escrupulosidad de un jardinero.

Consumido el dia en las gratas labores de esa sencilla existencia, aguardaba la caida del sol, y cuando ya languideciendo, anunciaban sus rayos la venida del crepúsculo, corria a colocarse en su ventana o en un estremo del corredor, espiando la llegada de Andres que, a poco rato, aparecia descendiendo del cerro, por una senda serpenteada desde la falda hasta la cumbre.

II.

UN IDILIO CLÁSICO.

Como he dicho, Elvira y Andres, pasaban una vida deliciosa, bordando el porvenir con las flores que la esperanza dá tan profusamente en los primeros años. Amaban y estaban en el campo, donde las preocupaciones y miramientos sociales, no cubren el rostro con esa máscara, que hace que en nuestras ciudades no se vean los sentimientos sino como los cuadros al traves del vidrio de un panorama.

Su existencia era dulce, tranquila y dichosa; porque a fé aquellas adorables criaturas se amaban mucho: se amaban como dos palomas criadas en el mismo nido, como dos flores jemelas hijas del mismo tallo, como jamas podrá concebirlo nuestra frívola sociedad. Elvira era para Andres, lo que un rayo de luz para el que estuvo largo tiempo en las tinieblas, lo que la esperanza para la desesperacion, lo que la vida ofrecida al moribundo a los bordes de la tumba. Porque Andres, por sus inclinaciones y su carácter, no habia nacido para encontrar el placer en la ruidosa y casi siempre mentida alegría de los salones: meditador, de alma independiente y fogosa, aunque algo tímido talvez en el trato del mundo, no podia acomodarse a representar esa varie-

dad de papeles que los hombres de sociedad tienen que desempeñar en la comedia diaria: su franqueza natural le impedia sonreirse, cuando, como sucede con frecuencia, la política lo ordena y el corazon lo rechaza. Como muchos otros, a su salida del colejio habia visitado el mundo con la imajinacion llena de sueños, y desbordando el corazon de abnegacion y sentimiento: en cada hombre habia mirado un amigo, en cada mujer una perla de candor y de ternura. Despues de los veinte años todos, poco mas o menos, hemos aprendido a espensas propias lo que debe creerse y esperarse de estas cosas, y esto es lo que habia sucedido a nuestro héroe.

Esto, con todo, no puede aplicarse en jeneral, no, hai escepciones: existen corazones frios que se entibian apénas en los primeros pasos; hai almas estériles y privadas de la fogosidad de los primeros años: estos son materialmente felices; ignoran los sueños del alma, pero no conocen la tortura del corazon; seres que viven del presente y nada mas, que quieren por instinto y gozan solo del amor en sus consecuencias animales. Estos son pacíficos y tranquilos, a veces mui porfiados, y concluyen su vida casados, con familia y una posicion relativa a sus alcances pecuniarios: jamás de uno de ellos debe esperarse un bello pensamiento, ni una grande idea. Los otros aman, sufren, son melancólicos y reflexivos; a veces escriben versos para desahogar su alma (por supuesto que no deben incluirse en esta cuenta a muchos de los que hacen versos, pues sujeto conozco yo que los hace, malísimos bien entendido, y que tiene tanto de alma y corazon como de liberal y progresista el gobierno que nos rije). Todo en ellos es pasion y poesía; cada hora de su amor es un poema de dulzura. Verdad es que pocas mujeres comprenden los tesoros de amor que encierran esos seres privilejiados: ignoran la adoracion de cada hora, de esas almas, en las cuales la esencia es amor y sentimiento; almas que viven de ternura, de sueños de melancolía; pero si se tiene la dicha de hallar una, la mujer amada es, entónces, el ser ideal y realizador de toda esa ardiente poesía: de sus ojos parten rayos eléctricos que hacen flotar nuestro corazon palpitante en una atmósfera de ternura, y elevarse nuestra alma a las rejiones ideales de la adoracion: entónces el poema de nuestro amor, rico de emociones, pródigo de sentimiento, feliz y exhuberante de inspiraciones hace nuestra existencia fecunda y creadora.

En el momento de que hablamos Andres se encontraba en este último caso.

Y cómo no adorarla? Verdad es que jamás bailó la polka, ni coqueteó en las tertulias, ni supo sumar a cuanto montaba el caudal de su amante; pero en cambio era su frente blanca, como su alma, era su corazon inocente como el de un niño, castísimas

sus miradas como la ignorancia del crimen. Cuando Andres estaba a su lado, ella no pensó jamás que esto podria *comprometerla*, y se entregaba sin reserva a su amor, confiada en el aprecio mismo que tenia por su amante. ¿Qué mas podian ambicionar? nada, porque su felicidad estaba en sus corazones, en su recíproco afecto, en su tranquilidad jamas turbada por la necia algarabia del mundo. Eran dichosos sin ruido, felices sin ostentacion; ni gastaban coche, ni tenian palco en el teatro, ni se paseaban del brazo por la alameda; pero sabian lo que muchos ignoran; bendecir a Dios con la oracion de la gratitud murmurada con los labios de la inocencia.

III.

DONDE EL AUTOR TOMA LA PALABRA PARA HACER UNA OBSERVACION.

Hemos notado, que siempre que sucede una desgracia, todo el mundo dice: «pero la fortuna fué tal o tal cosa.» Un hombre cae de su caballo y se quiebra un brazo o una pierna, y al referir el hecho se dice: «Pero la fortuna fué que el animal no cayó sobre él, que entónces habria muerto.» Un hombre cargado de una numerosa familia de la que es el único sosten y amparo, atacado de una aplopejia fulminante, espira en pocos momentos, y aun entónces se dice: «Pero, niña, la fortuna fué que el padre le alcanzó a apretar la mano.» Y asi por este estilo, se van sacando las fortunas de la desgracia; aunque yo tengo para mí que, la única fortuna de la desgracia, seria que no viniese.

Asi como la desgracia tiene su fortuna, la felicidad tiene tambien su desgracia; y es lo que vamos a probar.

Eran felices, y lo olvidaban todo; porque la felicidad, como el egoismo, está harto solícita en sí misma, para acordarse de la ajena desgracia. Cuando recostados en los muelles almohadones de vuestros coches, paseais vuestras indiferentes miradas, ufanos de necio orgullo, ¿os acordais alguna vez, que a vuestro lado camina un mendigo, que ha hecho largas leguas con sus piés desollados, y sin un pan para calmar su hambre? Cuando al lado de un abundante fuego, en perezosa actitud, dormitais al grato ruido del agua que hiere vuestra ventana, y se descuelga a compas sobre la tierra, ¿os acordais que, a vuestra puerta misma, ha venido a refujiarse un desgraciado, que no tiene ni fuego, ni sueño, ni un harapo con que cubrir su desnudez de la intemperie? Cuando escuchais embriagados de deleite, las tiernas promesas de la mujer que amais, ¿pensais por un momento, que a una vara de distancia, lamenta su credulidad un desdichado, á quien esa misma mujer decia ayer las palabras que ois vosotros, como una música celeste?

El amor es imprevisor y vano, como todas las pasiones de la juventud. Icaro al remontarse al cielo olvidó que eran de cera sus alas; y cuando amamos olvidamos todo lo que no toque a nuestro amor. ¿Qué importa el mundo, qué los amigos; qué los desgraciados, cuando hemos encontrado un corazon, manantial inagotable, en donde bebemos toda nuestra existencia, edificando, sobre el mas perecedero de los caprichos, el mundo de nuestro afecto, de nuestra sociedad; olvidando que nuestro delirio, puede tornarse en cansancio, y convertirse en polvo la caña en que formamos nuestro nido?

Resulta, pues, que en el estado social, la felicidad, como la avaricia, perjudica a los asociados, porque esa parte de dicha que acumulamos, deberia hallarse repartida entre todos; es un capital de ventura que se sustrae de la circulacion; un monopolio condenado, como todo otro, por las reglas de la economía: por tanto, nadie debe tratar de ser feliz.

O en otros términos, esta es la desgracia de la felicidad.—(*Continuará*).

GUILLERMO BLEST GANA.

BLANCA.

—

Blanca, la niña jentil,
La de los luengos cabellos,
La de los ojos mas bellos
Que un pensamiento de amor;
Blanca, la esbelta, la pura,
La inocente, la hechicera,
La perla de la ribera,
Llorando está de dolor.

Ayer alegre, risueña
Jugueteaba con las olas,
¿Hoi por qué triste y a solas
Viene en la playa a llorar?
Ayer era flor lozana
Que el aura del gozo ajita;
Hoi es talvez flor marchita
Que va el viento a deshojar.

¿Por qué viene a la ribera
Tan sola y desconsolada?
¿Por qué tiene su mirada
Tan dulce y triste espresion?
¿Qué busca? ¿por qué en la peña
Se sienta tan silenciosa?
Siendo tan niña y hermosa
Qué la oprime el corazon?

Fija la vista en la hoguera
Que el sol en ocaso enciende,
¿A quién los brazos estiende?
¿A quién aguardando está?
Porque inclina su cabeza
Despues con aire sombrío;
Y por qué dice: «Dios mio,
Hoi acaso no vendrá?»

Despues con vaga sonrisa
Y en lágrimas anegada,
Alza al cielo su mirada
Murmurando una oracion;
Y en seguida con tristeza
Dice, mirando los mares:
Para adormir mis pesares
Entonemos su cancion.

« Cuando en el mar contemples
« La barca que me espera
« Sus velas desplegando
« Para salir de aquí,
« No dejes esta playa,
« Y enviando la postrera

« Mirada al que se ausenta,
« Acuérdate de mí.

« Acuérdate, alma mia,
« Que en ese frájil pino,
« En medio de los mares,
« Alguno piensa en tí:
« Y si por siempre acaso
« Su bárbaro destino
« Lo aleja de estas playas,
« Acuérdate de mí.

« Acuérdate, mi vida!
« Si léjos de tí muero,
« Al menos mi memoria
« Por siempre viva en tí:
« Adios, prenda del alma,
« Adios, mi amor primero,
« Adios! adios! mas siempre,
« Acuérdate de mí!»

Al tiempo de partir, su tierno amante,
Así la dijo un dia:
Y ella, infeliz, en su pasion constante,
Le aguarda todavia.

Mas, bramó ronca la tormenta fiera,
Y los vientos airados
Los restos de la barca a la ribera
Trajeron destrozados.

Un cadáver tambien!.... Desde ese instante
La niña a la ribera

Viene a esperar la vuelta de su amante......
¡Feliz aquel que espera!

La llaman loca; pero su alma acaso
En esa hora de calma
En que el sol se sepulta en el ocaso,
Logra juntarse a otra alma.

Por eso viene al espirar el dia;
Y aunque padece y llora
Blanca, sabe mui bien que todavia,
Ha de ver al que adora.

Dulce ilusion que en su dolor alcanza,
Flor de triste consuelo
Que en la tumba de su única esperanza
Hizo brotar el cielo!

Dejad a Blanca triste y desolada
Vagar por la ribera:
Acaso en ese instante, su mirada
Ha encontrado al que espera.

Dejad, no la turbeis, los brazos tiende:
Reina en torno la calma:
Dejad que goze sola: quién comprende
Los misterios del alma!

No turbemos su dicha o sus pesares;
Cuando medita a solas
Talvez alcanza a ver sobre los mares,
Al que murió en las olas!

LA TARDE.

Fragmento de una leyenda titulada LA FLOR DE LA SOLEDAD.

Inmensa hoguera en el ocaso enciende,
Con los destellos de su roja frente,
El sol que, esplendoroso, al occidente
Con rejia pompa y majestad desciende.

Despues, su brillo y su fulgor perdido,
Se va desvaneciendo a la distancia,
Cual las dulces memorias de la infancia
Entre las nieblas del callado olvido.

Y un rayo apénas de indecisa lumbre,
Escaso resto de la inmensa hoguera,
En la frente del Andes reverbera,
Pálida hiriendo su nevada cumbre.

Las sombras, que se avanzan lentamente,
Ocupan la mitad del horizonte;
Y los añosos árboles del monte
Al soplo oscilan de amoroso ambiente.

Vagos rumores, lánguidos suspiros,
Notas de melancólica armonía,
Son el adios, que al luminar del dia,
El aura lleva en caprichosos jiros.

Es la hora del amor y del recuerdo,
La hora de los proyectos halagüeños;
La hora en que en el mundo de los sueños
Con deliciosa languidez me pierdo.

Hallo en esa hora, que a la tierra viste
Con su manto indeciso, algo mui grave:
Algo, como el amor, dulce y süave,
Y algo, como la muerte, amargo y triste.

Respiro con delicia el aura mansa
Que se desliza armónica y serena;
Y, como el labrador de su faena,
Mi fatigado espíritu descansa.

Vuela mi pensamiento a lo que ha sido
Evocando dulcísimas memorias,
Que flotan, cual visiones ilusorias,
Sobre los mares del eterno olvido.

Mi alma en lo infinito se espacía;
Y desplegando sus doradas alas,
El orbe viste de lucientes galas,
Voladora, mi alegre fantasía.

Y a cada luz que muere y desparece
Un aéreo castillo se deshace;
Y a cada estrella que en el cielo nace,
Otro castillo se levanta y crece.

Esa hora siempre el corazon prefiere:
En ella mi alma es libre, y en mi seno
Es todo tan grandioso, noble y bueno:
Yo vivo entónces cuando todo muere.

Yo vivo entónces entre bellas flores
Que grato aroma en mi existencia vierten,
Mis sueños toman forma, y se convierten
En realidad quiméricos amores.

De fantásticos seres me rodeo;
Y dejando vagar mi pensamiento,
En la bóveda azul del firmamento
En letras de oro mis estrofas leo.

Mas ya las sombras que la tierra envuelven
Las luces moribundas desvanecen,
Y mis bellas fantasmas desparecen
Y a sus mansiones misteriosas vuelven.

La parda sombra, que la tierra viste
Y los objetos en redor confunde,
Siento tambien que en mi alma se difunde;
Y en la tierra y en mí, ya todo es triste.

Entónces vienen a anudar los lazos
Que nos unieron, esos puros seres
Que partieron conmigo sus placeres,
Y que la muerte arrebató a mis brazos.

Por vosotras ¡o sombras! se levanta
Al cielo mi oracion! Vuestro cariño
Me protejió en la tierra desde niño,
Como a una tierna y delicada planta.

Enfermo, triste y siempre amenazado
De un mal que al cementerio lleva en breve,
Del mal, que jóven, al sepúlcro debe
Llevar mi cuerpo débil y estenuado;

Siempre os hallé solícitos y amantes
Junto a mi lecho de dolor y duelo,
Un bálsamo de amor y de consuelo
Vertiendo nobles, fieles y constantes.

Pero ante todas tú, sombra adorada
Que revives en mi alma! madre mia!
De nuestra infancia bondadoso guia,
Tan pronto a nuestro amor arrebatada!

Tú vienes melancólica y doliente;
Y dulce, tierna, bondadosa y bella
Yo te veo mirarme en cada estrella
Que atrae mis miradas y mi mente.

Siempre mis pasos en la vida guias,
Y cariñosa, alientas en mi seno,
El amor por lo bello y por lo bueno,
Como lo hiciste en mas felices dias.

De vosotras, ¡o sombras! me rodeo
Cuando la luz en el ocaso espira:
Vosotras dais acentos a mi lira,
Y la fiebre calmais de mi deseo.

Vosotras sois el talisman que llevo
En las tormentas de la vida humana;
Con vosotras mi espíritu se hermana,
Y con vosotras al Creador me elevo.

No temais el olvido: puro, santo,
Lo mismo en mi dolor que en mis placeres
Guardo vuestro recuerdo, nobles seres:
¡Jamás olvida quien ha amado tanto!

GUILLERMO BLEST GANA.

DANTE ALIGHIERI.

(BIOGRAFIA ESCRITA EN FRANCES POR M. FAURIEL.)

TRADUCIDA PARA LA «REVISTA» POR J. MORON Y ACOMPAÑADA CON NOTAS POR GUILLERMO MATTA (a).

La familia de Dante era una de las mas ilustres y de las mas antiguas de Florencia. Sin embargo, lo que se sabe de positivo no es de grande interes y sube apénas al siglo XII (b).

Cacciaguida, el mas ilustre de los antepasados de nuestro poeta, habia nacido hácia el año de 1106. Casó con una mujer de la familia de los Alighieri de Ferrara o de Parma. Cuando en 1147 el emperador Conrrado III partió a la tercera cruzada, al mando de un magnífico ejército, Cacciaguida estaba aun en el vigor de la edad, y quiso ser de la espedicion. Sabido es lo desastrosa que fué; la marcha de los cruzados alemanes, desde el dia en que llegaron a las tierras del sultan de Iconium hasta el de su entrada a Nicea, no fué mas que una deplorable derrota, en la cual mas de 60,000 hombres murieron de sed, de hambre y por el hierro enemigo. Cacciaguida fué una de las víctimas; pereció, despues de haberse señalado por grandes hazañas, en recompensa de las cuales habia sido armado caballero por el mismo emperador. Dante lo ha tratado mejor aun y lo ha re-

compensado mas gloriosamente: ha hecho de él un santo, y lo ha colocado en una de las mas poéticas gradas de su paraiso.

De Bellincione, nieto de Cacciaguida, nació Alighiero, el segundo del nombre y padre de Dante. Todo lo que se ha llegado a saber de él, escudriñando en los mas ricos archivos de Florencia, es que era jurisconsulto de profesion y que fué casado dos veces, primero con doña Lappa de Cialaffi (c) y despues con doña Bella. Tuvo hijos de ámbas mujeres: de la primera uno, llamado Francisco; de doña Bella otro, que fué nuestro poeta, y una hija cuyo nombre nos es desconocido. Sábese solamente que ella casó con un florentino, llamado Leon Poggi, del cual tuvo un hijo llamado Andres, con quien Bocaccio tuvo amistad y de quien pudo saber muchas particularidades de la vida de Dante.

Como todas las familias de alguna consideracion de Florencia, la de los Alighieri mezclóse en las discordias civiles de los güelfos y gibelinos. Fué güelfa y tuvo su parte en los reveses como en los triunfos de esta faccion. Así es que fué desterrada dos veces de Florencia; primero en 1248 por los amaños del emperador Federico II; y luego en 1260 despues de la gran derrota del partido güelfo en Monte-Aperti. El primer destierro habia sido de corta duracion; el segundo fué de siete años.

Dante, o Durante degli Alighieri, nació en Florencia en el mes de mayo del año 1265, dos años antes de la vuelta de su padre. Habia sido concebido en el destierro y en él debia morir.

El primer acontecimiento que se conoce de la vida de Dante decidió quizas de su destino poético, y este es un rasgo de su infancia. Era de uso antiguo en Florencia festejar solemnemente la vuelta de la primavera en los primeros dias de mayo. Entonces en todas las calles, en todas las plazas, en todas las casas resonaba la alegria, el canto, la danza, y se veian los grupos contentos de padres, amigos y vecinos. El padre de Dante Alighiero tenia por vecino a Folco de Portinari, uno de los mas ricos ciudadanos de Florencia y jeneralmente considerado por su virtud, su probidad y sus bondades. Siguiendo la costumbre, Folco habia reunido en su casa a un gran número de personas entre las que se contaba Alighiero, acompañado de Dante entonces de diez años de edad.

En la multitud de niños reunidos a esta fiesta doméstica, se encontraba una hija de Folco de Portinari, de nueve años de edad, llamada Bice, cariñosa abreviacion del nombre de Beatrice. ¿Cómo puede concebirse que la vista de esta niña pudiese producir sobre otro niño tambien una impresion imborrable? Y sin embargo así sucedió como lo afirma el mismo Dante. Hé aquí en que términos hablaba de esta entrevista diez y ocho años despues ya hombre hecho y lanzado en la vida borrascosa de su época y Beatriz ya muerta: «Esta dama, dice, esta gloriosa dama

de mis pensamientos que fué llamada Beatriz por muchos que no la conocian, aparecióseme al principio de su año noveno estando yo casi al fin del mio. Aparecióseme vestida de color púrpura decente y noble, y adornada como a su edad convenia. Puedo asegurar que en el momento de esta aparicion, el espíritu de vida que mora en lo mas íntimo del corazon, comenzó con tanta fuerza a temblar dentro de mi, que parecia decir: Hé ahi que llega el Dios mas fuerte que yo que me dominará!... Puedo asegurar que desde ese momento el amor reinó de una manera tan absoluta sobre mi alma que gobernaba mi voluntad. Muchas veces en mi niñez me ordenaba buscar el medio de ver aquel ánjel y otras tantas la buscaba, viendo siempre en ella un no sé qué tan perfecto y gracioso que se le habria podido mui bien aplicar el dicho de Homero:—No parecia la hija de un mortal sino de un Dios.»

Este pasaje corresponde a un opúsculo que Dante ha intitulado la *Vita nueva* obra estravagante y llena de nimiedades pedantescas; pero al mismo tiempo curiosa y de una importancia grande para el estudio del carácter y del jenio de Dante.

Es cierto que Beatriz apareció a los ojos del Dante como un ser sobrenatural que inmediatamente se trasformó en el objeto de sus pensamientos mas dulces; es cierto que el sentimiento que se apoderó de él al verla debia ser el móvil de lo que habia de mas elevado y de mas puro en su jenio. Este sentimiento fué el único de su alma exento siempre de amargura, el único que pudo hermanarse a las ideas místicas de sus últimos momentos.

La primera desgracia de Dante fué la pérdida de su padre que murió siendo aquel mui niño. Parece que su madre no descuidó nada para educarlo; pero no hai ningun detalle preciso sobre sus estudios. Jóven los hizo probablemente en Bolonia pero no se sabe ni cuando ni con qué maestros. El único que la tradicion designa es Brunetto Latini notario de la república florentina y uno de sus personajes mas ilustres, quien habia asociado felizmente al cultivo de las letras el manejo de los negocios políticos. Varias obras existen de él que no carecen de interes para su época: el *Tesoro*, que es una esposicion en prosa francesa de todos los conocimientos de entónces y el *Tesoretto*, otro tratado moral y científico en versos italianos (d). En la poesía amorosa que estaba tan a la moda entonces Brunetto no se ejercitó, o lo hizo con poco fruto pues no hai de él en este jénero mas que algunos versos poco notables, de manera que lo que puede decirse que enseñó verdaderamente a Dante no fué la poesía vulgar sino los elementos de las ciencias (e).

Ignórase de quien Dante recibió las primeras lecciones de poesía vulgar: quizás él fué su propio maestro himitándose a estudiar las composiciones de los poètas, que ya eran bastantes y

que tenian entonces celebridad. De las de Guido Guinicello de Bolonia habia hecho un estudio particular, y efectivamente eran las mas dignas de este honor. Como quiera que sea, apénas de 19 años, atrevióse a hacer su primer ensayo poético. Lo hizo con un soneto tan estravagante por la idea como por la forma y verdaderamente bien malo; pero este soneto fué el estreno poético de Dante y merece por supuesto una mencion especial.

Un dia, y era el primero en que Beatriz le habia dirijido la palabra con agrado, Dante, llegada la noche, se retiró a su cuarto y adormido por el encanto de sus recuerdos, tuvo un sueño mui estravagante. Pareciόle ver al amor cuyo aspecto aunque alegre tenia sin embargo algo de amenazante y de terrible. Entre sus brazos tenia a una mujer dormida que Dante reconoció inmediatamente era Beatriz, aunque estuviese completamente cubierta con un paño purpúreo. En una de sus manos traia el amor un objeto inflamado: hé aquí tú corazon, díjole a Dante mostrándoselo. Despues despertando a la dormida hermosa presentóle el corazon para que se lo comiese. Despues de haber vacilado largo tiempo Beatriz al fin obedeció al Amor, y aunque asombrada, tuvo que hartarse con el corazon inflamado. El Amor se habia alegrado de esto, pero por pocos instantes: de repente habíase puesto amargamente a llorar y llevando a Beatriz en sus brazos habia subido al cielo y desaparecido con ella.

Tal fué la vision mas estravagante que poética que Dante describió en un soneto en forma de pregunta pidiendo la esplicacion.

Es preciso saber que para los poetas toscanos del siglo XIII era un uso y un ejercicio favorito el dirijirse unos a otros en forma de Sonetos enigmas o problemas poéticos sobre preguntas difíciles o caprichosas, de amor, de galantería o de metafísica caballeresca. Cada uno de los que eran interrogados de esta manera ponia todo de su parte para responder con acierto, porque era una buena ocasion para probar su esperiencia y su habilidad.

Dante siguió la costumbre: envió su enigmático Soneto a los poetas de la Toscana y pronto recibió muchos otros en respuesta. Nosotros conocemos tres: atribúyese el uno equivocadamente a Cino da Pistoia, quien no teniendo entónces mas que 14 o 15 años no podia ser consultado sobre preguntas tan sutiles de amor y de galanteria. El segundo es de Guido de Cavalcanti, y el tercero de Dante da Majano mal poeta y entónces mas célebre que Dante Alighieri.

Guido Cavalcanti y Cino da Pistoia, o mejor dicho, el poeta desconocido de quien se ha atribuido el soneto a Cino, tomaron sériamente la vision y la pregunta del jóven Alighieri y le enviaron una cortés respuesta. Dante da Majano no las tomó lo mis-

mo, y pareciéndole algo locas dió caritativamente al que las hacia un consejo que equivale a una receta de tomar eléboro en buena dósis [f].

Esta poética correspondencia tan insignificante, tuvo, sin embargo, para Dante algo de mas útil y de mas sério, pues le dió ocasion de ligarse amistosamente con la mayor parte de los poetas a quienes habia consultado sobre su vision, y particularmente con Guido de Cavalcanti. Este Guido, hijo de una de las familias mas ilustres de Florencia, y uno de los hombres mas notables de su tiempo, reunia en si las inclinaciones mas ardientes y en apariencia las mas inconexas; las pretensiones de la caballería y el gusto por los estudios filosóficos; el cultivo de la poesía y las mas vivas preocupaciones del espíritu faccionario. Inmediatamente que se conocieron, Dante y él se ligaron con tan estrechas simpatías que duraron apesar de muchos peligros y que solo se destruyeron por la muerte. Dante fué envalentonado para nuevos ensayos poéticos con el éxito del primero. Durante seis años consecutivos, de 1283 a 1289, estuvo únicamente ocupado de poesía; atormentado sin cesar de ese anhelo de espresar con algo ese entusiasmo de amor que sentia por Beatriz, y sobrepujándose a si mismo en cada nuevo esfuerzo que hace para encontrar imájenes, palabras y armonía que cuadren con sus emociones y sus ideas.

Indudablemente fué en este mismo intervalo cuando tuvo el primer pensamiento, cuando inició el proyecto vago e informe aun de la composicion que despues llegó a ser la *Divina Comedia*.

Cultivando su poético jenio, Dante avanzaba en años y llegaba a la edad en que era necesario tomar alguna determinacion sobre su porvenir. Hai lugar para creer que flotó algun tiempo entre partidos mui diversos, y probablemente en esta época de su vida fué cuando quiso hacerse monje. Dan testimonio de este proyecto dos de los mas antiguos y de los mas instruidos comentadores de la *Divina Comedia;* y uno de ellos llega a decir que Dante llevó algun tiempo el hábito de San Francisco y que le abandonó ántes de profesar.

El otro se espresa con mas incertidumbre; y hablando de un monasterio de la órden de San Benito situado en la garganta del Apenino, vecino a San Benedetto in Alpe, dice que ese es el monasterio en donde nuestro poeta habia resuelto vivir como relijioso.

Estos testimonios no dejan duda alguna acerca de la resolucion que tuvo Dante por un momento de hacerse monje: lo único difícil seria fijar una fecha a esta resolucion. Hubo en su vida tantas circunstancias en que pudo figurarse como un bien supremo la calma y la oscuridad del claustro! Yo creo mas ve-

rosímil sin embargo, que el proyecto indicado tuviese lugar en su juventud que en cualquier otro período de su vida (g).

De cualquier modo que sea, Dante no se hizo monje, y solo en la batalla de Campaldino o de Certomondo, lo volvemos a encontrar figurando como ciudadano de Florencia, de edad de veinticinco años.

Entre el sinnúmero de batallas ganadas y perdidas por los jibelinos y los güelfos, la de Certomondo fué una de las mas memorables por la importancia de sus resultados y la singular variedad de sus incidentes. Pero no entra en mi plan el describirla: me limitaré pues a referir algunas particularidades que solo tienen referencia con mi objeto.

Arezzo era una de las dos o tres ciudades de la Toscana en que dominaba el partido jibelino, y una de aquellas contra las que los florentinos, jefes del partido güelfo, tenian que guerrear mas amenudo. En la primavera de 1289 invadieron éstos el Casentino, que es la parte montañosa del dominio de Arezzo en el valle del Arno superior. Los Arnetinos avanzaron inmediatamente bácia ellos, y los dos ejércitos se encontraron en la ribera izquierda del Arno, entre Bibbiana y Certomondo. El de los florentinos se componia de 12000 caballos; el de Arezzo no pasaba de 8000 hombres de infanteria y 900 caballos: pero no por eso dejó de presentar valerosamente la batalla que casi estuvo a punto de ganar: sin embargo la perdió por falta de disciplina mas bien que de valor; pero al cabo la perdió y su derrota fué completa; dejó 3000 hombres muertos en el campo y 2000 prisioneros. Los dos jefes que la mandaban, el arzobispo de Arezzo y Buon Conte de Montefeltro, hombres de guerra de gran reputacion entonces, perecieron en ella. En la desgracia de este último hubo una particularidad que hizo mucho ruido; despues de buscar detenidamente su cadáver entre los muertos, no fué posible encontrarlo; de suerte que cada uno pudo esplicarse a su manera una desaparicion que parecia ser milagrosa.

Creo poder citar uno de los rasgos mas notables con los cuales los florentinos se distinguieron en esta batalla. Era costumbre entre los ejércitos de las repúblicas italianas, el nombrar doce caballeros, llamados Paladines, para caer sobre el enemigo a la vanguardia de la caballeria que debian de este modo entusiasmar y arrastrar con su ejemplo. Esta costumbre se siguió en Certomondo. La caballería florentina iba mandada por Vieri de'Cerchi, personaje famoso ya en Florencia y que debia serlo mucho mas como jefe de partido. A él le tocaba señalar los doce paladines que debian trabar el combate. Pero hizo una cosa inesperada: se señaló primero a si mismo, apesar de estar enfermo de una pierna; despues nombró a su hijo, y por tercero a su sobrino; despues de lo cual no quiso nombrar a na-

die, diciendo: «que así quedaba cada uno libre de manifestar su amor a su pais.» Una conducta tan noble no dejó de producir su efecto; ciento cincuenta guerreros a caballo, en lugar de doce, se presentaron solicitando el ser nombrados paladines, y lo fueron.

Dante fué tal vez uno de estos ciento cincuenta caballeros; pero si es seguro que peleó entre ellos en las primeras filas del ejército. Esto asegura Leonardo de Arezzo, refiriéndose a una carta de Dante, perdida hoi, pero que el biógrafo tenia a la vista, y en la cual nuestro poeta describia minuciosamente la batalla de Certomondo: en ella hablaba candorosamente de las emociones diversas, de los temores, de las inquietudes que habia sentido en el curso de la batalla, y que le habian hecho saborear con mas vehemencia la embriaguez y la alegría de la victoria.

Disgustos de todo jénero aguardaban a Dante en Florencia a su vuelta de Certomondo. Llegado apénas a sus hogares fué atacado de una enfermedad que lo hizo sufrir durante muchos dias. Cuando se hubo curado, tuvo que participar del dolor que causó a Beatriz la muerte de su pádre Folco de Portinari. Y por último fué atacado del modo mas cruel y directo que podia serlo: Beatriz murió el 9 de junio de 1290, poco tiempo despues de haberse enlazado con un personaje de la noble familia de los Bardi, y a los 26 años de su edad (h).

Todo lo que Dante pudo hacer en los primeros tiempos de este golpe terrible, fué llorar y abandonarse sin reserva a su dolor. Muchos meses pasaron ántes de poder exhalar su sentimiento en versos compuestos en honor de Beatriz. Entónces la celebró, la lloró, la divinizó en multitud de sonetos y *canzoni;* y pareciéndole el cuadro de estas composiciones demasiado estrecho o demasiado vulgar para todo cuanto tenia que decir sobre tal asunto, escribió una carta en latin dirijida a los reyes y a los principes de la tierra, para pintarles la desolacion en que la muerte de Beatriz acababa de sumir a Florencia y al mundo entero. Para encabezar esta carta, habia copiado las palabras de Jeremias: *Quomodo sedet sola civitas plena populo*, etc., (i). Y ni estas palabras le parecian bastantes solemnes para pintar sus impresiones.—(*Continuará.*)

NOTAS.

—

(a) Pensando publicar una coleccion de biografías y de estudios orijinales o traducidos, de los poetas italianos, para dar a conocer en lo que se pueda las obras que los inmortalizan, comenzamos con la de Dante, que al mismo tiempo que fué el primer poeta de su época, conserva todavia el cetro de la primacia. Gran poeta y grande hombre, sus amores, su sabiduria, su carácter noble, que jamás doblegó una bajeza, la sentencia injusta fulminada en su contra y su muerte léjos de una patria que amaba siempre y en donde queria reposar su cuerpo, Dante es venerado por la posteridad como uno de esos seres privilejiados que siendo apóstoles de la verdad, son los mártires de la ignorancia.... El anotador se permitirá esclarecer o completar algunos hechos de la vida de Dante, algo confusos o descuidados en la obra del erudito frances. Para esto se servirá de notas que, con el auxilio de otras obras italianas mas documentadas que esta biografía, cree que servirán de complemento a la figura del hombre que aparece sobre las ruinas de una época cuasi bárbara, como el coloso de los siglos del porvenir, trayendo en sus manos la antorcha de la verdad que ilumina a la justicia y es luz de la razon y sol del alma. La vida de Dante es un canto de amor que principia en la tierra, para convertirse en un himno infinito, en el poema del cielo.

La poesía italiana, desde sus primeros tiempos, ha influido sobre la española; las costumbres, las alianzas de ámbas naciones, y mas que todo, el carácter de ámbas lenguas, favorecian ese comercio de imitacion que la sábia Italia enviaba a la casi inculta España. Las grandes ideas de Dante hállanse enjertadas en los malparidos y toscos poemas del Marques de Santillana; Petrarca guia a Boscan y suspira con Garcilaso en sus tiernas y dulces estrofas; Bocaccio presta su colorido a los novelistas que lo imitan; Ariosto acompaña a Ercilla y a Balbuena; en nuestros dias Jovellanos traduce a Parini, Arriaza a Metastasio y el cantor de Almedora sigue las huellas del cantor de Armida. Ojalá que entre nosotros se propagase el estudio de la literatura italiana, la cual daria a los jóvenes poetas una instruccion mas sólida y un

gusto mas delicado y esquisito que otras literaturas estranjeras; porque ella se adapta mas a nuestro modo de sentir y no usa tanto el afeite postizo que descompone y recarga la faz de la belleza poética.

La prueba mas clara de la gran popularidad que ha obtenido la Divina Comedia es la multitud de ediciones que se han hecho de ella en lo que va corrido del siglo. Segun un sábio italiano que ha tenido la curiosidad de contarlas pasan ya de 50, lo que equivaldria a una por año; honra que no sabemos haya merecido libro alguno.

(b) Dante descendia de una familia romana que tenia por antepasado a uno de los fundadores de Florencia. Missirini en su *Vida de Dante* copia los siguientes versos latinos:

Trojanos Elisæus Avos, Romamque parentem
Ostendit: murosque urbis fundavit, et arces.

(c) Missirini en la obra citada escribe de distinta manera este nombre: a saber Lapa Cialuffi.

(d) El autor se olvida de citar el *Pataffio*, obra tambien de Latini, la cual dice Fornaro es *una fábula*, o sea una coleccion de proverbios, máximas y dichos agudos.

(e) Parece casi imposible que Brunetto Latini tenga tan poca parte, como dice Fauriel, en la enseñanza poética del Dante. Brunetto habia poetizado tambien en lengua vulgar, y el mismo Dante no desdeñó imitar el principio de su poema, del principio del Tesoretto de aquel. Ademas, el sábio traductor de Ciceron, que saboreaba el fruto de todos los ramos de las ciencias, y que al mismo tiempo sabia realzar las bellezas de los poetas latinos, sobre todo de Virjilio, de quien Dante confiesa haber derivado su estilo, pudo por lo ménos ajitar con la emulacion la intelijencia aguda del discípulo que ardia en ambicion de gloria, anhelando el cumplimiento de un deseo vastísimo, de una creacion infinita: la unidad del idioma fraccionado en cien dialectos diversos que era la base de la unidad de la nacion dividida en cien facciones contrarias, que debilitando sus fuerzas, robustecian las de algun partido que la arrastraba esclavizada y temerosa a las plantas de un Papa simoniaco o a las de un Emperador o Rei estranjero y avariento.

(f) Parece que este no fué el primer soneto de Dante. Hai otro compuesto por él a los diez y ocho años que es considerado por algunos comentadores como el mejor de la lengua italiana. El argumento del soneto es el siguiente escrito por el mismo Dante en la Vita nuova: Beatriz adolescente fué tan querida de todos que cuando pasaba por la calle, todos corrian para verla; y cuando se acercaba alguno, con tanta castidad penetraba el corazon de éste que no se atrevia a alzar los ojos: andaba co-

ronada y vestida de humildad. Muchos, despues de que habia pasado decian: esta no es mujer sino un bellisimo ánjel del cielo; y otros: esta es una marabilla, etc. Traducimos fielmente el soneto para que el lector pueda juzgar por si mismo de su belleza. Los tercetos tienen tanta castidad de pensamiento, tanta dulzura de espresion, tanta verdad de sentimiento, que aventajan, a nuestro parecer, a muchos de los derretidos y rebuscados tropos de Petrarca. Si en el soneto que se cita en el texto, la imajinacion oculta con su postizo adorno a la verdadera poesía, en este habla sencillamente el corazon enamorado que respeta y bendice a quien ama. Traducimos verso por verso:

SONETO XVIII.

(De la Vita Nuova).

De tanta jentileza y honestidad se atavia
Mi dama, cuando saluda a otro
Que enmudece temblorosa toda lengua
Y los ojos no se atreven a mirarla.
Oyéndose alabar, ella sigue su camino
De honestidad vestida humildemente:
Y semeja, una persona descendida
Del cielo a la tierra, a hacer ver un milagro.
Muéstrase tan agradable a quien la mira
Y tal dulzura dá al alma por los ojos
Que no la puede comprender, quién no la prueba.
En su rostro parece que se ajita
Un espíritu suave y lleno de amor
Que vá diciendo al alma: suspira!

(g) En esta época no podia Dante tener el pensamiento de enclaustrarse; pues jóven y ambicioso como era, volvia de la Universidad de Bolonia y de la de Pádua, a prestar los servicios de su brazo y de su ciencia a su patria. Imbuido en la lectura de Homero, a quien leia en el orijinal, no seria raro que su jenio poético, despierto ya y mas brioso, volase entónces a las rejiones sublimes que despues ha alcanzado. La batalla de Campaldino le aguardaba y Dante no era hombre de intimidarse por cercanos peligros, y mucho ménos por indecisiones fútiles. Guelfo, es decir aristócrata y rico ademas, no sospechamos qué motivo podria arrastrarlo a vestir el sayal, irresoluto de su porvenir. Cuando verdaderamente Dante pudo tener este pensamiento y cuando claramente se concibe, es despues de la batalla de Campaldino, y despues del sitio de Caprona, en donde peleó bajo el mando de Guido da Montefeltro. Vuelto a Florencia tuvo que llorar con su querida Beatriz la muerte de Folco, y desde entónces su vida

fué una cadena de pesares. Tristes pronósticos le anunciaban una desgracia eterna, que la muerte de Beatriz acaecida al poco tiempo vino a sellar. Desconsolado, entregóse a esa soledad del espíritu que para las intelijencias elevadas, es la devocion de una idea; allí como él dice: «despues de Beatriz, su amor fué la bellísima y honestísima hija del universo, a la cual Pitágoras llamó Filosofía. Amistado con esta dama comencé a amar y a odiar, segun su amor o su odio, amando a los amantes de la verdad y odiando a los secuaces del error. Los ojos de esta ciencia tuvieron tan gran poder sobre mí, que por todas partes me llegaban sus rayos, como si fuese diáfano». En esta situacion quizás anheló ese retiro silencioso que entónces era el santuario de la paz y un muro espeso para las encontradas y torvas ambiciones del mundo. Missirini cree que esta suposicion nace de un error, y que Dante se hizo solamente inscribir en la Orden de los Terceros de San Francisco, en la cual eran admitidos tambien los laicos, participando de las oraciones y de los beneficios espirituales de la Corporacion Seráfica, sin la obligacion del voto y vestido claustral. Dante mismo confirma este respeto relijioso por la Orden Seráfica, pues quiso que su mortaja fuese el hábito de tercero.

(h) Dante, como todo amante que vé sufrir un verdadero y justo dolor a su querida, vióse acosado desde la muerte del padre de ésta de estraños y funestos presentimientos. Por ellos dedicó una hermosa cancion a la Muerte, en la que le pide que se enternezca de su padecer, que le escuche sus temores, ya que nadie se compadece ni lo escucha. Continúa invocando a la muerte y esclama: si el temor solo de perderla me atormenta como lo ves, cuál será mi pesar si veo estinguida la luz de esos bellos ojos que suelen ser mis dulces guias. Muerte, si matas a esta hermosa, destierras y consumes a la virtud. Tú descompones la belleza que posée y la cual divulga una luz divina en una digna mortal. Si cierras, oh muerte, sus hermosos ojos, amor podrá decir en todas partes: yo he perdido mi mejor insignia. Luego su imajinacion comienza a presentarle el lado triste de su fantasía y divisa a la Muerte que ya prepara el arco y la saeta que va a traspasar el corazon de Beatriz. Vuelve a rogarla para que detenga la saeta y su canto concluye con un tributo de admiracion y rendimiento a su querida.

(i) Los *príncipes de la tierra* de que se habla en el testo no son como allí se dice los Reyes estranjeros. Segun intelijentes comentadores los *príncipes de la tierra* son los hombres mas ilustres de Florencia, sus principales ciudadanos, los cuales deberian sentir con el poeta la desaparicion temprana de una alma tan bella, y que por su estirpe rivalizaba en nobleza con las mas elevadas alcurnias.

467

DIAS DE LA PATRIA.

Los pueblos celebran con transportes de gozo la conmemoracion de los grandes dias de su patria: de aquellos dias inmortales que el triunfo de la libertad, victorias brillantes, o sábias instituciones la ilustraron fundando su futura dicha y prosperidad. Los pueblos a los recuerdos de su antigua gloria sienten correr por sus venas todo el jeneroso ardor de sus antepasados, y un sentimiento de dignidad los enaltece, dilatando su existencia con una espansion deliciosa. La reminiscencia de los acontecimientos heróicos enciende la fantasia, y conmueve el corazon con profundas y gratas emociones. El alma ajitada entónces por imájenes e ideas grandiosas, se encumbra a una eminencia en que se confunden y desaparecen de su vista todos los intereses y pasiones vulgares. El filósofo que reflexione sobre estos acontecimientos encuentra en ellos el jérmen de las virtudes y engrandecimiento de los pueblos, el poeta sublime inspiracion para sus cantos solemnes; y el patriota que contempla abatidos a sus conciudadanos estimulado por tan nobles recuerdos, jura levantarlos de su postracion, y hacer revivir las esperanzas que se concibieron en esos dias de jeneral prestijio y entusiasmo. ¡Felices los pueblos que cuentan anales gloriosos, su miseria no

58

podrá ser duradera, y basta la menor centella para encender de nuevo el fuego de su antiguo valor y patriotismo! La mas pura y esplendente aureola ceñia la frente de la Grecia; a pesar de su larga série de jeneraciones bastardas y de ignominia, ella enumera en sus hijos del presente siglo dignos rivales de sus antiguos héroes, y quizá el mundo la vea levantarse altiva, noble y majestuosa como Palas. Miéntras que las naciones que no han recibido otra herencia que las cadenas no se avergüenzan de su triste situacion; pues que no divisan mas bellos destinos que la sombria y estúpida servidumbre legada por sus abuelos.

Nosotros contamos tambien nuestra época gloriosa: nuestros padres concibieron en 810 mas alta mision que la abyecta oscuridad en que habian vivido: encerrados en un círculo estrecho de errores groseros, de ideas pueriles y de ocupaciones sin dignidad, consumian su existencia en la mas deplorable inaccion. La Francia conjurada contra el absolutismo de los reyes habia despertado a los pueblos produciendo un sacudimiento revolucionario, fecundo en benéficos resultados. Las últimas vibraciociones de este sacudimiento llegando hasta los americanos, los electriza y saca de su letargo. De repente la intelijencia de ellos se ilustra, y se engrandecen sus almas inflamándose con el sublime amor de la libertad. Conciben una existencia mas activa y honrosa en donde pueden hallar laudable ejercicio los instintos jenerosos del hombre, y las bellas aspiraciones de su naturaleza. Se apodera de ellos el vehemente deseo de fundar la independencia, estados republicanos, y de legar a sus hijos una suerte venturosa. Este elevado pensamiento les inspira un entusiasmo sagrado, y para realizarlo ningun temor los arredra: sofocan las preocupaciones hereditarias, y desprecian sus timbres de nobleza, llamando al pueblo al goze de sus derechos; olvidan sus habitos de ciega sumision, su debilidad, y con la vista fija en el porvenir, arrostran impávidos toda la rabia y rencor de sus dominadores. Sostienen encarnizadas luchas, sufren todo jénero de padecimientos: la prision, crueles deportaciones, y aun el cadalso; pero un éxito espléndido coronó tan costosos sacrificios, y el grito de la independencia americana se saludó por la vieja Europa como la esperanza de la humanidad.

En estos dias brilla el contento en todos los semblantes, y la ciudad presenta un movimiento animado e interesante. Las casas recien blanqueadas, y con la bandera tricolor que ondea sobre sus puertas a merced del viento, tienen por defuera un aspecto risueño, mas en lo interior están desiertas y silenciosas, porque todos han salido a participar del regocijo comun y de los públicos espectáculos. Los carruajes se cruzan en todas direcciones, y partidas numerosas de ciudadanos recorren a pié las calles, los paseos, y visitan los lugares donde algun acto estraordina-

rio atrae la concurrencia. En la iglesia Catedral ocupada por todas las autoridades, y una parte de la clase mas opulenta se consagran los santos misterios, rindiéndose el debido homenaje de adoracion al Dios de los ejércitos; no lejos de allí se ostentan en lucida esposicion las obras mas sobresalientes de la industria y de las artes, en las que los ciudadanos han apurado su injenio, para llevar al altar de la patria ofrendas dignas de su aceptacion y recibir de ella un premio condigno. En estos dias se olvidan y confunden todos los rangos, todas las jerarquías y las edades: el padre depone parte de su gravedad, y se muestra a su hijo mas cordial y complaciente que de costumbre, la madre se sonrie a la vista de su hija, y la adorna con sus mas elegantes vestidos y joyas para realzar las gracias de su belleza y juventud; y el pueblo olvidando sus penosas labores se abandona con el candor y la indolencia de un niño a todas las impresiones placenteras. No es un goze puramente material el que disfruta, no, el pueblo tambien es capaz de altas concepciones; él comprende bien que estas fiestas tienen por objeto renovar la memoria de hechos gloriosos, de hechos a los cuales cooperó con su sangre, que fueron las primicias de la libertad, y la base de instituciones que afirman sus derechos, y este conocimiento le revela la conciencia de su grandeza y dignidad..... ¿Por qué el estado actual de la República no nos permite gozar en toda su plenitud de estos deliciosos instantes, y una penosa ansiedad viene a entristecer nuestra frente?.... Ah, densas tinieblas suelen cubrir el horizonte; mas pasada la lluvia y la tormenta, el cielo aparece mas puro, y el sol mas brillante!....

En estos dias deben pues desaparecer todos los recelos pusilámines de la mediania que niega lo que sale de su esfera, el desaliento y árido escepticismo, abrazando el corazon con ardiente fé todo lo que es humano y magnánimo: ellos suministran al filósofo consoladoras reflexiones: él medita en la marcha progresiva de la civilizacion que estendiendo por do quier el imperio de las virtudes sociales, estinguirá el espíritu guerrero, y romperá las barreras que obstruyen el comercio, que cercenan la produccion, o la desperdician por inmundos monopolios, consumiéndose a pura pérdida lo que pudiera alimentar a innumerables familias. Su patriotismo no es esclusivo a su pais, sino que abarca a la humanidad entera; considera que el entendimiento humano haciendo en el órden social y económico descubrimientos tan maravillosos, como los ha hecho en el órden físico, logrará estirpar las semillas de egoismo y division, y concluirá una alianza perpétua tanto entre los individuos como entre las naciones estableciendo por último la libertad y fraternidad universal. Trasládase a este porvenir venturoso, y goza inesplicable encanto contemplando a la tierra, presa ahora

de perversas pasiones, transformada en un todo bello y harmónico en que reina la paz y un bienestar permanente, sin que aquejen al hombre otros males que las enfermedades y dolores inherentes a su frájil existencia. Los seres vulgares llaman locura e idealismo estas halagüeñas esperanzas; pero tendrán su cumplimiento, porque se fundan en la fuerza y elevacion de este poder moral que acata a la dignidad humana, y nos impulsa irresistiblemente a la perfeccion; y por otra parte, ellas procuran a las personas sensibles, deleites mil veces mas delicados, que todas las satisfacciones de un grosero materialismo.

Si conciudadanos; en estos dias de confianza y solaz volvamos nuestras miradas a lo pasado para ofrecer una accion de gracias a los guerreros y mártires que nos dieron patria; y deleitándolas despues hácia el porvenir formemos votos para que llegue el momento en que el jénero humano convocado bajo los auspicios de la magnífica naturaleza celebre el banquete de su concordia y felicidad, y pueda lleno de amor y de reconocimiento admirar los prodijios de la creacion, y la omnipotencia y bondad del Supremo Hacedor.

—

Es preciso desempeñar nuestra deuda respecto de aquellos varones esclarecidos que dieron nacimiento a la patria por el brillo de sus armas, por su ardiente civismo y desprendimiento, o por sus luminosos escritos, legando a la historia un nombre propicio a la felicidad de los pueblos, y amable a la libertad. Que sean inmortales entre nosotros José Miguel Carrera distinguido por sus talentos, que inspiró a la juventud un entusiasmo guerrero, que supo ganársela con su alma jenerosa y sus maneras caballerescas y seductoras, y que dando un impulso enérjico a la revolucion la popularizó: San Martin jenio creador, y fecundo en espedientes y recursos, tan astuto jeneral como hábil político, que con una rápida concepcion y una vista de águila veia desde léjos los acontecimientos: El prudente y circunspecto O'Higgins dotado de una entereza magnánima, y de un valor a toda prueba; Freire humano y afable por carácter; pero enemigo de toda clase de despotismo, y que por sus tendencias esencialmente liberales se mereció una estimacion jeneral, y las simpatias populares; el ilustre Rodriguez que levantando a sus conciudadanos de su abatimiento a causa de un reves inesperado, reanimó las esperanzas muertas, preparando el triunfo de Maipú.

Tributemos tambien un recuerdo a Ovalle, Rozas e Irisarri

que figuran entre los primeros escritores de la independencia; pero que me sea permitido bosquejar algunos rasgos caracteriscos a cerca del mérito del padre Camilo Henriquez que descuella sobre todos ellos. Plumas elegantes han trazado ya con habilidad su biografía, y mis débiles palabras no deben tomarse mas que como una lijera oblacion que trato de rendir a sus virtudes.

Tenia Camilo Henriquez mediana estatura, facciones regulalares, esterior modesto, y fisonomia suave y melancólica, trasluciéndose en su mirada la bondad y un lijero matiz de tristeza, mas bien que la irradiacion del talento. ¿La ciencia y la meditacion están próximas a la melancolía, o bien vapores sombrios oscurecian su mente, y sentia las heridas de los que han dado un adios a la esperanza, elijiendo un estado que pugna con sus inclinaciones, y que impone grandes sacrificios a la sensibilidad?.... Una y otra cosa pudo ser, mas la reserva de su carácter no nos permite penetrar en el retrete de sus secretos dolores. Apacible, tolerante, y sóbrio de palabras en la conversacion, recibia, no obstante con sonrisa festiva en la franqueza de la intimidad, los dichos graciosos, las ocurrencias felices, y los arrebatos impetuosos que mediante el calor de la disputa solian escaparse a sus amigos.

Este sacerdote que reunia a una eminente capacidad la correspondiente ilustracion contribuyó en gran manera a ilustrar a los chilenos avivando en ellos el amor a la independencia, y el deseo de establecer un gobierno republicano bajo la base de la soberanía nacional. El habia estudiado los filósofos de mas nombradia del siglo diez y ocho, siéndole familiares sus ideas y doctrinas: en sus estudios habia comprendido el derecho constitucional, la filosofía de la lejislacion, los principios de economia política, y hasta las teorías del crédito público. Era por sus luces superior a su época, y miéntras los patriotas mas adelantados soñaban con las repúblicas de Grecia y Roma, él comprendia bien la diferencia que existe, entre las exijencias y miras de las sociedades antiguas, de las modernas: que estas tienen otras necesidades, y una mision mas sociable y filantrópica. Conocia que la vocacion del mundo es ahora pacífica, y que no constituyen la grandeza de los estados, la gloria de las armas, ni las virtudes claustrales de Esparta. Sabia que el respeto a los derechos naturales e imprescriptibles, el desarrollo de la industria, y los progresos del comercio mediante la libre comunicacion y relaciones fraternales, harian a todo pueblo próspero y feliz. Tenia sólido y elevado juicio, comprension vasta y penetrante, exenta de la obstinacion y preocupaciones de los espiritus estrechos, y capaz de abarcar un sistema en su totalidad, y de alcanzarlo en sus últimos resultados. No se apasionaba ciegamente por una teoría; estaba persuadido que la mas bella

forma de gobierno debia sujetarse en la aplicacion o modificaciones de mayor o menor entidad; y que estas las deciden las circunstancias particulares a la estension, costumbres e indole de un pueblo. Su mérito como literato aun prescindiendo de la época era sobresaliente, y sus escritos se distinguen por la brillantez de la diccion, la pureza de lenguaje, y cierta grandeza en la manera de espresar sus pensamientos.

FRANCISCO MARIN RECAVARREN.

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

NOVELA ORIJINAL.

—

XII.

Como todos los que aman sin ser correspondidos, Elisa habia conservado hasta aquel momento, bien oculta en el fondo de su corazon, y talvez sin confesárselo a ella misma, la esperanza de obtener algun dia el amor de Ismael. Esta luz incierta en medio a las tinieblas del porvenir, brilló con mas cercano fulgor desde que el jóven venia diariamente a su casa. Las últimas palabras de Márcos, aumentando la ajitacion de su alma con las vacilaciones de su espíritu acrecentaron tambien sus deseos de conocer las relaciones entre Laura e Ismael, pues sintió que en ellas estaba la respuesta de su destino.—Si se aman aun, todo está perdido, repetia por la octava o décima vez calculando la última promesa de Márcos.

En este momento, un lijero ruido interrumpió los raciocinios de la niña, llamando toda su atencion hácia la puerta de calle: una sombra, al parecer de un hombre, atravesó dos veces el espacio de la puerta, detúvose un instante y desapareció. Elisa que seguia los movimientos de aquella sombra, salió

silenciosamente de la pieza en que se hallaba dirijiéndose a la puerta de calle: a su vuelta, el mas indiferente observador hubiera podido leer en su semblante las muestras de una ajitacion mal reprimida.

A las once de la noche, Elisa leia la carta siguiente, despues de haber cerrado cuidadosamente la puerta de su dormitorio.

«Su carta Elisa, me ha puesto frente a frente con mi verdadera situacion que a todo trance he querido olvidar. Intimamente conmovido por ella; me he vuelto a preguntar las causas de un largo dolor que U. ignora, diciéndome que Dios me ha enviado hácia U. para ofrecerme una nueva vida en la que mi alma podria recobrar su perdida alegria, mi espíritu sus fuerzas y su juventud agotadas.»

«La hablo Elisa con la mas pura sinceridad: cada una de sus palabras, cada frase de U. donde se refleja su alma, han sido para mí lo que para un viejo los recuerdos del tiempo que ha pasado: lloré sobre esos renglones con el llanto del que vé escapársele lo mas divino de la vida: un amor cifrado únicamente en la poesía y grandeza del corazon; un amor como el de U. en el que brillan la abnegacion y la verdad, dos virtudes mui raras en todo tiempo. He vuelto, como la he dicho, mi memoria al pasado para poder contar lo que me resta para el porvenir y me hallo mui pequeño ante su grandeza, mui pobres los fragmentos de mi corazon para asociarlos a la lujosa riqueza de su alma.»

«Como todos Elisa U. ignora que hai en mi vida un acontecimiento que sin cesar debe aflijirme; una historia dolorosa, con la que por nada querria empañar la diáfana limpieza de su inocencia: fué una horrible tormenta, demasiado borrascosa para un niño que debió plegarse ante su furia. Mi frente se ha alzado despues; pero ya mui débil y sombría a fuerza de inclinarse por el pesar: ¡tenia entónces veinte años! Desde ese dia, mi carácter, mi espíritu, mis gustos y mis sensaciones han cambiado necesariamente: mi corazon en esa lucha lo ha perdido todo, ménos la triste facultad de sufrir. Contando con que Dios me hubiese dotado con la mas feliz organizacion moral, mui poco puede sobrevivir de las prendas del hombre en el que tan desgraciados hechos han borrado hasta la sombra del feliz de otros dias. Y este raciocinio, mui verdadero por mi mal, arroja sus amargas conse-

cuencias sobre mi ánimo, privándome de toda esperanza, la mas vivificante sávia de la vida.»

«Desde entónces tambien y con el transcurso del tiempo me he sentido inhábil para toda felicidad, impropio para todo jénero de existencia que no sea la que el hábito de mis melancólicos recuerdos me ha formado, de modo que me encuentro en el caso de esos esclavos que renuncian a la libertad por la costumbre que han adquirido de obedecer: ¡talvez no comprendo ya la felicidad!

Creáme Elisa que es mui duro empeño para una jóven el consolar un corazon que guarda la traza de profundas heridas; mui tosco peso el de cargar con la obligacion de disipar los cuidados de una frente siempre sombría; de hacer resonar los acentos de la felicidad en el desierto de una-alma herida en su juventud. La helada sombra del sufrimiento proyectaria su enojoso tinte sobre su corazon de áujel: el dolor es el mas contajioso de los males, por ser de nuestras facultades la que mas pronunciada poseemos. U., niña de abundante y escojida sensibilidad, creyendo en el amor como a su edad se cree en todo lo bello, querria de mis pesares tomar al ménos una parte y con ello faltaria a la mision que U. tiene: Dios la ha formado buena, pura y hermosa, no para gastar esos dotes en un dolor ajeno sino para unirlos a otro hombre igualmente favorecido y hacer una de esas parejas sublimes que realizan la verdadera union sobre la tierra. Cuatro años ha yo habria podido ser ese hombre: perdóneme Elisa tan orgullosa reminiscencia. Entónces hubiera podido ofrecerla un corazon intacto, una alma jóven que ni el pesar, ni el placer habrian hecho vibrar; un pasado sin época alguna dolorosa, y un porvenir sin límites: el porvenir de un enamorado de veinte años. Mas como la he dicho, desde aquella edad todo ha cambiado, o mas bien amiga, todo se ha destruido.»

«No concluiré sino pidiéndola una gracia: consérveme su amistad Elisa; ya vé U. que habiendo andado mui lijero en la vida me veo llegado al término en que se prefiere la amistad al amor.— *Ismael.*»

Concluida la lectura, Elisa inclinó su frente agoviada por el peso de una resignacion dolorosisima: sus ojos recorrieron de

nuevo las líneas fatales miéntras que su imajinacion vagaba perdida entre mil pensamientos incoherentes: un llanto amargo; el llanto del alma sobre las muertas esperanzas, rodó abundante sobre sus pálidas mejillas.

Alzóse al cabo de larga meditacion, puso la carta en una pequeña caja y fué a arrodillarse ante una Dolorosa colocada en la cabecera de la cama. Allí levantó hácia el cielo una de esas plegarias de sentido lenguaje, divinas preces que solo Dios entiende, y en las que, por un recojimiento absoluto, el alma eleva al trono del Creador sus quejas, sus gracias y sus aspiraciones. Su voz, como un lejano lamento, se perdió poco a poco, se ajitaron convulsos sus lábios descoloridos y con las manos suplicantes, oró por largo rato como si hubiese olvidado el mundo entero. ¡Pobre alma, viuda de terrestres esperanzas que tornaba al cielo, la fuente de esperanzas eternas!

El resto de la noche fué para Elisa uno de esos suplicios morales en los que el corazon se multiplica para abrazar el dolor en todas sus faces.

. . . .

A la misma hora en que Elisa recibia la carta de Ismael, Márcos llegaba a casa de su hermana con risueño semblante, como un hombre que está a punto de hacer un buen negocio. Clara al verlo sentarse sobre el sofá opuesto al que ella ocupaba con su marido y otras personas se acercó hácia él dirijiéndole una mirada interrogativa.

—Por mi parte, dijo Márcos, en voz baja y como respondiendo a aquella pregunta, algo se ha avanzado.

Y diciendo esto inclinóse sobre el sofá con aire de satisfaccion.

—¿Cómo? preguntó Clara.

—Primeramente, prosiguió él, la he probado que sacrificándose hacia un solemne disparate.

—Y lograste convencerla?

—No del todo; pero la he hecho reflexionar sériamente y de allí al convencimiento no hai gran distancia.

—¿Quién sabe?, esclamó Clara moviendo la cabeza como el que tiene fuertes motivos de duda.

Márcos la miró esperando las razones de tal esclamacion; mas viendo que Clara se callaba:

—¿Cómo quién sabe? preguntó con admiracion cual si aquella duda le estrañara sobremanera.

—Sí, pues, contestó Clara: para hablar con seguridad seria necesario que Elisa te amase.

—Antes de la venida de Ismael creo que no la era indiferente, dijo Márcos.

—Mui bien; pero ahora, insistió ella.

—Ahora, Elisa vive bajo un capricho, alucinacion de la que saldrá mui pronto si tiene datos positivos sobre el amor de Ismael y Laura.

—¿Y tú la dijiste algo sobre eso? preguntó Clara.

—Ciertamente. Y la he hablado de ello como una cosa segura, prometiendo probarlo en caso necesario.

—Y ella, ¿qué ha dicho?

—Ha aceptado la propuesta.

—De modo que piensas revelárselo todo.

—Y ¿qué hacer? dijo Márcos con resolucion.

—Haz como quieras, contestó Clara: todos los documentos están en mi poder.

—Entónces, dijo Márcos, voi a verlos. Buenas noches. Ah, esclamó volviéndose hácia su hermana ¿cómo podré mostrarlos? Cuento contigo.

—Bien, dijo ella despues de reflexionar un momento. Haré prevenir a Elisa que tengo que hablarla y vendrá mañana sin falta.

—Bravísimo, esclamó él frotándose las manos con alegría. Buenas noches. Sabes Clara que creo cantar victoria mui luego.

—Y yo tambien, dijo ella, buenas noches.

Clara al responder de este modo estaba mui léjos de querer aludir al asunto de su hermano. Su idea favorita de reunir a Laura con Ismael la habia sujerido aquellas palabras y deseando por otra parte evitar a Elisa las consecuencias de su amor, adoptaba los planes de Márcos como el único medio de sacarla de tan funesto error.

Al siguiente dia Elisa y Clara se hállaban solas en un cuarto de la casa de ésta.

—Elisa, decia Clara con el tono del mas afectuoso cariño, tú sabes que te quiero como a hermana y que por consiguiente tu felicidad me es tan preciosa como la mia propia.

—Bien lo sé, respondió Elisa, alzando sobre su amiga sus bellos ojos en los que se retrataba un profundo reconocimiento.

—Por esta razon, continuó Clara, recibiendo con amor la mirada de la niña, debes permitirme que te hable con toda franqueza.

—Oh, hazlo cuanto ántes. Pero sabes Clara añadió Elisa, que me asustas con tanta seriedad.

Y la sonrisa que trataba de imprimir a sus lábios se helaba sobre ellos acusando su turbacion.

—Lo que voi a decirte no carece de gravedad, dijo Clara sonriéndose para serenarla. Hasta hoi, añadió, creo que en mí has tenido ciega confianza ¿no es verdad?

—Sí, absoluta, esclamó Elisa.

—Yo, por debilidad talvez, o por no creer oportuno desengañarte, te he dejado, sin consejos entregarte a un amor sin esperanzas.

—¡Clara! tú tambien vas a hablarme contra él, dijo Elisa en tono de reproche.

—Tambien mi vida, dijo Clara ¿y por qué no? Siendo tu mejor amiga, tu hermana pór el corazon ¿no debo mostrarte los escollos que por tu insperiencia no puedes ver? no debo decirte que sigues un camino errado cuando veo que te apartas del verdadero?

—Pero, dijo Elisa turbada, no veo......

—Bien está, replicó Clara; mas yo veo por tí y creo necesario hacértelo notar. Debes saber que tu amor no es ya un secreto para nadie.

Elisa inclinó la frente como para ocultar las lágrimas que corrian sobre sus mejillas.

—Pero esto, continuó Clara enterneciéndose con la aflixion de su amiga, no es una falta mientras una niña se encierra en el silencio; mas lo que realmente es perjudicial es que amas sin ser correspondida.

—¡Y qué importa! esclamó Elisa ¿dónde está el mal?

—En que pierdes todo a lo que una niña puede aspirar.

—Ah, no aspiro a nada, dijo ella suspirando.

En este instante Márcos entró a la pieza y preparado como se hallaba para esta entrevista se acercó hácia Elisa, saludándola

con marcada afabilidad. Ella, interrogó a Clara con la vista como diciéndola que era necesario tomar otro asunto de conversacion; mas Clara pareció no comprenderla y Márcos tomó un asiento al lado de las dos jóvenes.

—Ayer prometí a U., dijo dirijiéndose a Elisa, convencerla con datos de cierta verdad a la que U. se negaba creer.

—¿Y?.... preguntó ella temblando.

—Los datos están allí, dijo Márcos mostrando un legajo de papeles colocado sobre una mesa. Pero ántes de mostrarlos me permitirá imponerla de todos los antecedentes.

—Estoi pronta a oirlo todo, contestó Elisa con resolucion, cual si las fuerzas que la habian abandonado la acudieran en el momento decisivo.

—Pues bien, dijo Márcos, trataré de ser breve.

Hace poco mas de tres años que Ismael fué presentado por un tio suyo en la casa de Laura que se encontraba viviendo en Constitucion al lado de su padre y de una hermana llamada Florentina. Laura era viuda ya y tenia un niño, único fruto de su matrimonio, el qué, como U. sabe, murió aquí de resultas de una calentura.

En la casa visitaba un jóven de veinte y cinco años llamado Adriano, hijo de un comerciante pobre del puerto.

U. ha visto a Laura y confesará, con todo el pueblo que es admirablemente bella. Ismael, al cabo de quince dias se hallaba perdido de amor y despues de haber devorado su pasion la comunicó a Laura, la que hallándose en los mismos sentimientos se encontraba sin embargo en circunstancias de no poder alentarlos.

—¿Y por qué? preguntó Elisa divisando en esto una esperanza.

Por una razon que hace su elojio, contestó Márcos.

—Todos estos datos dijo Clara me han sido dados por Laura y he creido de mi deber hacer uso de ellos.

—La razon es esta, continuó Márcos. Su marido, que al casarse poseia una hermosa fortuna, murió como Colon, pobrísimo; y hai quienes aseguran que en vida pasó sus bienes al poder de un hermano suyo soltero, el que testó a favor de Laura y del hijo, mas con la condicion espresa de pasar toda la herencia a un convento de monjas en caso de que Laura contrayese

segundo matrimonio: de este modo el viejo murió con la esperanza de condenar a su mujer a perpetua viudez, so pena de dejar al niño en la miseria. Ismael ignoraba todo esto y Laura lo calló por una delicadeza estremada, contentándose con pedirle que esperase algun tiempo; mas sin diuisar esperanza ninguna en el porvenir. Durante algun tiempo todo marchó bien y acaso Ismael habria esperado con evanjélica paciencia si un acontecimiento imprevisto no hubiese venido a echar por tierra, la paciencia del uno, las esperanzas de ella y la felicidad de ambos.

Hace un momento la hablé de un jóven llamado Adriano que diariamente visitaba en casa del padre de Laura: este jóven pretendía la mano de Florentina, pretension que cuadraba mui mal al padre susudicho quien no veia en él sino el hijo pobre de un pobre comerciante y no perdonó medio alguno hasta hacer interrumpir las visitas del pretendiente. Esta órden, aunque obedecida, fué calificada de intempestiva por ámbos amantes los que se hallaron reducidos a verse solamente en los paseos que las jóvenes solian hacer en la tarde y a poco tiempo fué necesario interrumpir estos paseos por la cautelosa vijilancia del viejo. Con tales contratiempos la casa, ántes alegre, se trasformó en un valle de lágrimas y como nunca deja de suceder en casos semejantes la separacion redobló el amartelamiento de los niños.

Adriano logró hacer llegar a manos de Florentina un billetito en el que como único espediente de salvacion la proponia el ser recibido en la casa despues que las visitas se hubiesen retirado: «si U. me ama, concluia diciendo el injenioso amante, sabrá obtener de Laura esta concesion en favor de nuestras desgracias. Estando ella presente mis visitas no serán sino un medio inocente de burlar la tiranía que nos oprime y poner término a la penosa ausencia a que se quiere injustamente condenarnos.» Esto se pasaba un dia despues de la última entrevista, dia calificado porsupuesto de siglo de amargura.

Despues de mil súplicas Laura se dejó convencer y se convino en recibir al jóven en el cuarto de ésta; convenio que fué puesto en ejecucion desde la misma noche.

A la tercera o cuarta visita, y cuando los tres infractores de las leyes domésticas se creian seguros de nó ser sorprendidos, oyeron furiosos golpes acompañados de la terrible voz del padre

que mandaba abrir, acompañando a su órden la intencion manifiesta de hechar la puerta por tierra. A esta voz Florentina corrió con Adriano hácia la pieza inmediata, haciéndolo escaparse por una ventana que caia sobre el huerto. Laura abrió la puerta cuando juzgó que Adriano habia partido, y tuvo el suficiente valor para arrostrar la cólera paterna en beneficio de su hermana; esperando mejor momento para esclarecer el hecho e interceder por ella. El resultado final fué el enlace entre Adriano y Florentina que viven desde un año há en la mas completa felicidad.

—Hasta aquí, dijo Elisa no veo como Ismael.....

—Voi a ello, dijo Márcos interrumpiéndola. Ismael, quién sabe por que medio, parece que tuvo conocimiento del suceso en la noche misma, y creyéndose burlado por Laura, abandonó a Constitucion en la mañana siguiente, pasó algun tiempo en Santiago, fué a Europa y ha venido, como U. vé a fijarse en el mismo punto donde reside Laura; prueba evidente de que su amor no se ha estinguido.

—Es cierto, murmuró Elisa con el llanto en los ojos, y U. crée.....

—Yo creo, dijo Márcos juzgándase ya victorioso, que si nuestro amigo supiese la verdad del caso se arrojaria a los piés de Laura implorando su perdon, el que creo no será mui dificil de obtener.

—Ah, esclamó Elisa estremeciéndose, U. piensa que así sucederia.

Detúvose un momento pensativa y levantando despues la frente:

—Márcos, dijo, voi a pedirle un servicio que espero no me niegue.

—Lo haré gustosisimo, dijo él.

—Como U. me ha dicho, prosiguió Elisa, aquellos son los papeles relativos al testamento.

—Sí.

—¿Puede U. dejarlos en mi poder hasta mañana?

Márcos, sin contestar, tomó el legajo de papeles y lo puso en manos de Elisa.

—Mil gracias, dijo ella bajando la vista para ocultar sus lágrimas. Tambien le ruego que a nadie comunique lo que me ha

dicho. Clara, añadió despues de breve pausa, ¿me acompañarás?

Sobre un signo afirmativo de ésta, las dos salieron de la casa dirijiéndose a la de Elisa.

La pobre niña, agoviada por la revelacion que acababa de oir, marchaba apoyándose en el brazo de Clara, con la frente abatida por sus tristes ideas, henchido de sollozos el pecho, anudada por el llanto la garganta y combatiendo a duras penas las lágrimas que, mojando sus párpados se evaporaban allí por el esfuerzo de su heróica voluntad. La realidad, presentida por largo tiempo, se mostraba por fin, desarrollando ante su espíritu el árido cuadro de la abnegacion, bosquejado hasta entónces solamente en su alma e iluminado con el fulgor de una dulce aunque lejana esperanza; mas esta esperanza, desvaneciéndose a la par que sus dudas, dejaba en su pecho el horroroso vacío que deja todo afecto querido que se estingue, toda pasion que es fuerza arrancar violentamente del alma para arrojarla en el abismo del desconsuelo. Segura de su desgracia, Elisa deploraba la pérdida de sus dudas ¡y miraba como dias felices los que habian visto las lágrimas de su amor solitario!!

Clara entre tanto respetando el dolor de su amiga permanecia en silencio. Al llegar a las inmediaciones de la casa Elisa levantó los ojos sobre Clara y estrechándola cariñosamente la mano:

—Mui en silencio hemos venido, dijo. Pensaba Clara en tus consejos y me decia que, fuera del interes que por mi tienes, es imposible que no hayas formado algun plan.

—¿Un plan? y sobre qué? preguntó Clara sorprendida.

—Sobre Laura, contestó Elisa, siempre me has dicho que era una hermana para tí.

—Es cierto, dijo Clara, quisiera verla feliz. Tú has visto que sufre con admirable resignacion por una falta de la que está tan inocente como tú y yó.

—Pobre Laura, murmuró Elisa reflexionando. Y dime, añadió, ¿ella ama siempre a Ismael?

—Oh, siempre, con delirio, contestó Clara.

Estas palabras hicieron estremecerse a la desgraciada niña, no obstante que esperaba tal respuesta. Ambas volvieron a quedar en silencio hasta llegar a la puerta de la casa.

—Pues bien Clara, dijo Elisa, como si continuase la conversacion interrumpida, yo tambien tengo un plan.

—¿Y cuál es? preguntó Clara.

—Mañana lo sabrás.

—Por qué mañana y no ahora?

—Porque iré a tu casa en la tarde a ejecutarlo ¿me esperarás?

—Sí.

—Entónces, hasta mañana, dijo Elisa.

Y despues de un afectuoso abrazo las dos se separaron.

XIII.

Clara, al entrar a su cuarto vió a Márcos que la esperaba paseándose ajitado.

—¿Y bien hermanita? preguntó al verla entrar, qué ha sucedido?

—Cómo, qué ha sucedido? preguntó ella a su vez, nada me parece.....

—Bien sé que no ha temblado, esclamó Márcos impaciente; pero en fin, Clara, tu has acompañado a Elisa hasta su casa.

—No lo niego, dijo Clara con tranquilidad.

—Y en el camino, continuó él, has hablado con ella precisamente.

—Mui poco, Elisa parecía mui abatida.

—¿Ah?....

—Sí. Solo al llegar, me dijo entre otras cosas, que tenia formado un plan.

—Y ese plan, esclamó Márcos acercándose con curiosidad a Clara, tú lo conoces ¿no es así?

—Ni una palabra.

—Pero si ella no te lo ha comunicado tú debes al ménos sospecharlo.

—Tampoco.

Márcos se paseó ajitado a lo largo de la pieza, sintiendo estrellarse su paciencia contra la inalterable tranquilidad de su hermana. Clara por su parte se callaba no queriendo alentar las esperanzas de Márcos que a su modo de ver eran irrealizables.

Al cabo de algunos momentos Márcos volvió a pararse delante de Clara. Su frente se habia serenado, y sus lábios, un instante comprimidos por la impaciencia se habian desplegado, casi dibujando una sonrisa de satisfaccion.

—No estoi mui distante de creer que ese plan de que me hablas sea en favor mio, dijo interrogando a su hermana con esta reflexion.

—Difícil me parece, contestó ella.

—Ningun motivo tienes para pensar así, replicó Márcos, visiblemente contrariado con aquella brusca respuesta.

—Ninguno; pero tal es mi opinion.

—Clara, dijo él en tono de sentencia, reasumamos si mal no te parece; no hai como alumbrar lo que está oscuro para ver con claridad.

—Con mucho gusto, dijo Clara. ¿A ver?....

—Para mí es indudable, prosiguió Márcos, que despues de lo que la hemos contado, Elisa se resolverá a renunciar a Ismael.

—Bueno, renunciará.

—Renunciando, y para calcular bien, contemos un mes de duelo. ¡Qué mas caramba! con un mes de llanto hai para perder las pestañas.

—Un mes; ¿y?.....

—Pasado este mes, como parece racional, Elisa se resigna. Acuérdate que he dicho «se resigna.»

—Mui bien.

—Tras la resignacion viene el consuelo.

—¿En cuánto tiempo?

—En quince dias.

—Vá mes y medio, observó Clara, no queriendo salir de su propósito de no dar a su hermano ninguna esperanza.

—Despues de esto, continuó Márcos, Elisa verá casarse a dos de sus amigas que están de novias, como tú sabes. Una niña no puede ser indiferente a tan solemne ceremonia; de manera que al dia siguiente se levanta preguntándose: ¿y yó que puedo hacer otro tanto, por qué no lo hago? El ejemplo es tentador.

Clara contestó solo por una sonrisa al raciocinio de su hermano: su lójica la parecia de las mas curiosas.

—Creo que entónces, dijo Márcos, podré presentarme y lu-

char con ventaja contra cualquiera pretendiente, y en tal caso no veo por qué no he de recobrar mis antiguos privilejios.

Aquí Márcos se calló, esperando una respuesta; mas viendo que nada se le contestaba:

—Lo mas importante por ahora, dijo, me parece tener algun indicio del plan que ha formado.

—Todo lo que yo alcanzo a ver, dijo Clara, es que Elisa debe saber que Ismael vuelve mañana.

—Ah, es cierto, esclamó Márcos, perfectamente: mañana me voi a recibirlo y de este modo sabremos algo.

Y diciendo esto se retiró persuadido de que al dia siguiente sabria cuanto deseaba.

En la mañana del dia tan esperado por Elisa y Márcos, Ismael se hallaba sentado en un sofá de su cuarto recorriendo las pájinas de un libro. Era la misma figura de poética melancolia que hemos visto al pricipio de esta historia: nada de ella habia cambiado, sino que sus mejillas, perdiendo un tanto la enfermiza palidez que las cubria, estában ahora animadas por un fujitivo encarnado que realzaba la belleza de su noble semblante, volviéndole la frescura de la juventud que las profundas heridas de su dolor le robaran a porfía.

Despues de recorrer todas las pájinas del libro, ora deteniéndose en alguna de ellas, ora pasando rápidamente sobre otras, el jóven dejó caer el libro sobre el sofá, como fatigado de aquel pasatiempo y sus ojos se fijaron sobre un punto invisible del espacio, en uno de esos reposos que toma la vista mientras la imajinacion recorre con amante porfía los campos de la memoria o salta caprichosa por entre las sinuosidades del porvenir. Pero si algun observador hubiese contemplado su rostro, examinando su dolorida espresion, el abatimiento de su actitud, todo en fin lo que Lavater ha tomado por base de sus observaciones; ese observador habria conocido a primera vista que la imajinacion de Ismael no estaba lanzada en el cáos de lo desconocido, sino que, viendo sobre su frente las nubes que las enojosas ideas amontonan; descubriendo en la misteriosa quietud de los ojos la tenaz concentracion del alma que quiere vivir en los dias de ántes, sufrir de los pasados dolores y contar sus he-

ridas para renovarlas; habria reconocido en él una víctima de los recuerdos.

Ismael se hallaba como siempre, frente a frente con sus pesares, olvidado del presente, y lo que es peor, desterrado de la patria del porvenir, que para todos guarda casi siempre alguna flor de preciosa fragancia. Se hallaba, por su mal, dotado de una de esas organizaciones privilejiadas, esclusiva en el placer y el dolor: para él, como para todos los que viven por el alma, la vida solo tenia dos faces, la una hermosa y radiante, como la salida del sol en el verano, rosada como el prisma por el cual los adolescentes divisan el mundo; faz divina, que reasumia todas las modificaciones de la vida, todas sus riquezas, toda su lozania en una sola y vívida palabra: ¡el amor! Arida la otra, cual las amargas decepciones de la edad madura, sombría y helada por todas partes como una horrible pesadilla, vasta y estrecha; pero siempre triste y comprendida tambien en un círculo: la indiferencia.

Fuera de estas dos faces, a las que necesariamente deben circunscribirse las personas de que hemos hablado, Ismael no admitia ninguno de los términos médios, propios de las naturalezas vulgares: ni pequeños dolores ni mezquinas esperanzas; nada, en fin, de los que viven con el dia de hoi y la preocupacion de mañana. Su alma, vasta como el deseo, necesitaba, o un pasado para alimentar su memoria, o un porvenir para esplayar anchamente sus aspiraciones: por desgracia, la suerte le habia deparado los recuerdos que conocemos.—(*Continuará.*)

ALBERTO BLEST GANA.

EL SITIO DE RANCAGUA.

(SEGUN NUEVOS DOCUMENTOS.)

La defensa de Rancagua es, sin disputa, el hecho de armas mas glorioso que recuerdan los fastos militares de Chile. El valor humano, llevado al mas alto punto de heroismo, no puede obrar mas de lo que hicieron nuestros soldados en ese memorable combate, ni la estratejia de la guerra puede exijir mas combinaciones que las que emplearon los jefes chilenos.

El pueblo fué sitiado por cinco mil soldados y defendido dos dias consecutivos, sin bastiones ni fortalezas, por un cuerpo de mil setecientos hombres mal armados y peor equipados. Cuando estos, reducidos en la refriega a ménos de un tercio de su número, lo vieron todo perdido, supieron abrirse paso por entre las filas de los sitiadores, y salvar el honor de la patria de la vergüenza de una rendicion.

Y, sin embargo, los odios de partido han intentado oscurecer las glorias de Chile para enlodar la reputacion del héroe de esa defensa. Ménos feliz que otros, O'Higgins tuvo la desgracia de morir como Temistocles, fuera de su patria, víctima de las pasiones políticas, sin dejar siquiera deudos ni amigos que se constituyesen en voceros de sus glorias. Por fortuna, la historia im-

parcial y severa ha comenzado ya a hacer justicia a uno de sus prohombres, al mas grande de los hijos de Chile.

Las pájinas que siguen son la relacion descarnada de ese suceso. Ellas son un fragmento desligado de una minuciosa historia de aquellos tiempos.

I.

Rancagua era entónces un villorrio pobre y desmantelado, sin mas fortificaciones que los campanarios de tres iglesias. Su plaza, a diferencia de las de todos los otros pueblos de la república, tiene solo cuatro salidas, que nacen en la medianía de las cuatro cuadras que la forman. O'Higgins habia construido en las cuatro calles, y a una cuadra de la plaza, trincheras de adobes, con tres frentes, mirando a la calle principal y a las dos laterales. Tenian éstas vara y media de alto, y detras de ellas debia colocar sus cañones para sostener el ataque.

Despues de los primeros movimientos, las divisiones que mandaban O'Higgins y don Juan José Carrera entraron a la plaza por la calle del sur, llamada de San Francisco, miéntras el bizarro capitan Freire escaramuceaba aun con sus dragones por la cañada situada al norte del pueblo Este entró luego por la calle de la Merced, e inmediatamente se dió principio a todos los aprestos inmediatos para la defensa. El brigadier Carrera, sea por un acto de deferencia por el jefe de vanguardia, o, lo que es mas probable, porque no se hallaba con ánimo para dirijir la resistencia, cedió a O'Higgins la parte que le correspondia en el mando de las tropas. Desde entónces iba a pesar sobre éste la enorme responsabilidad de defender la plaza contra fuerzas tan superiores a las suyas.

O'Higgins no tenia a sus órdenes mas que mil setecientos hombres entre artilleros, dragones e infantes; pero muchos de estos carecian de armas, y su instruccion militar era mui limitada. Por fortuna, el jeneral poseia una alma superior, que no se dejaba intimidar ni por los peligros ni los contratiempos. Con una calma singular comenzó a dictar las órdenes necesarias para la defensa de la plaza. Para manifestar al enemigo la firme resolucion en que estaba de batirse a todo trance, enlutó sus banderas con jirones negros, y asi las colocó en los puntos mas visibles. Dividió las tropas de su mando en las cuatro trincheras que habia construido de antemano, colocando en cada una de ellas algunos cañones, y una buena partida de fusileros, distribuidos en los tejados y troneras que habia abierto en los edificios. Colocó con este objeto en la trinchera del sur o de San Francisco a los capitanes don Manuel Astorga y don Antonio Millan, con doscientos infantes el primero, y tres cañones el se-

gundo; en la del norte, o de la Merced, al capitan don Santiago Sanchez con cien infantes y dos piezas de artillería; en la trinchera de la calle de Cuadra, o del poniente, al capitan don Francisco Molina a la cabeza de ciento cincuenta soldados con igual dotacion de cañones; y en la calle que mira al oriente destacó al capitan de voluntarios don Hilario Vial al frente de dos piezas, y cien hombres de fusil. El resto de las fuerzas quedó de reserva en la plaza, para acudir al punto en que se necesitase.

Estas providencias en gran parte estaban dictadas de antemano; pero fué preciso ejecutarlas con la mayor presteza. El jeneral Ossorio habia marchado rápidamente contra la plaza cuando las fuerzas insurjentes se replegaban a ella, y se colocó con su estado mayor en los arrabales del sur, miéntras sus partidas de caballería, batiéndose con los dragones de Freire, ocupaban los del norte. En ese punto Ossorio dividió su ejército en cuatro cuerpos que debian atacar a la ciudad simultáneamente por sus cuatro avenidas.

En conformidad con sus órdenes, los coroneles Lantaño y Carvallo, al mando de sus respectivos batallones, con una fuerza de 1,100 hombres y cuatro cañones debian ocupar la calle del norte; Montoya, a la cabeza de 100 infantes de los batallones de Chiloé y cuatro piezas de artilleria por la del oriente; Maroto y Barañao al frente de mil hombres y seis cañones por la calle del sur; y el coronel Ballesteros con los batallones de Concepcion, y voluntarios de Chiloé con cuatro piezas debia atacar por el oriente. La caballería, a las órdenes de Eleorreaga y Quintanilla, quedó en la cañada de Rancagua con el encargo de interceptar las comunicaciones entre la plaza y la capital. Por consejos de algunos vecinos del pueblo, que se juntaron a su ejército, y para hostilizar a los insurjentes por todos medios, Ossorio mandó torcer el curso de la acequia que dá agua a la poblacion. Con estas solas providencias, creyó que su ejército penetraria en la ciudad antes de mucho tiempo.

II.

Sus tropas en efecto avanzaron en buen órden, para ocupar los puestos a que estaban destinadas, en la confianza de que solo necesitaban presentarse para rendir a los insurjentes. Las banderas negras que O'Higgins habia puesto en sus trincheras despertaron solo la risa de los sitiadores, y atribuyendo esa manifestacion de firmeza a una ridícula fanfarronada, los realistas persistieron en creer que serian dueños de la plaza despues de una hora de combate.

Esa conviccion era aun mas firme en el ánimo de los jefes y soldados españoles que por primera vez se batian con los insur-

jentes de Chile. Los oficiales de Talavera, y aun su comandante don Rafael Maroto, juzgaban al ejército patriota por las relaciones exajeradas del campamento enemigo, y creian asegurada la victoria con solo penetrar en las calles de la ciudad. Alentado por esta confianza, el jefe de este cuerpo, reforzado con 200 hombres del Real de Lima y los húzares de Barañao, entró al pueblo por las calles de San Francisco formando en columna cerrada, como si nada tuviese que temer de la artillería insurjente. Para mayor engaño suyo, creyeron sus soldados que la puente alta de una acequia que atraviesa la calle a dos cuadras y media de la plaza del pueblo, era la única trinchera en que debian defenderse los patriotas; y, no apercibiendo apresto ninguno de resistencia, marcharon resueltamente contra ella.

Los insurjentes, en efecto, habian tenido la precaucion de dejar avanzar la columna enemiga sin descargar un fusil; pero así que esta se hubo acercado a su batería, rompieron un vivísimo fuego de cañon con tres piezas que habian cargado a metralla. Los estragos fueron horribles: la calle quedó cubierta de cadáveres, y durante un momento la columna realista no pudo moverse del punto que ocupaba. Poseidos de un terror pánico, por la inesperada sorpresa que esperimentaban, los soldados trataron solo de huir; pero los muertos les impedian retroceder, y el fuego de la trinchera seguia causando en sus filas grandes daños. Pasada la confusion, los realistas pudieron acojerse a las calles atravesadas, escurriéndose por la orilla de las paredes.

En esos mismos instantes, las otras divisiones del ejército de Ossorio atacaban la plaza por las otras avenidas. En todas partes fueron recibidos con una nutrida lluvia de metralla, miéntras los infantes, que ocupaban los tejados y las troneras practicadas en los edificios, descargaban sus fuegos sobre ellos. El combate se empeñó con un ardor estraordinario: sitiados y sitiadores estaban separados por una corta distancia, y los daños que éstos sufrieron en los primeros momentos, si bien no fueron mui considerables, los obligaron a replegarse para atacar desde las bocas calles, o desde los tejados y ventanas.

El jeneral realista, entre tanto, se habia tendido a descansar en los corredores de una casa situada en las inmediaciones del rio Cachapoal, miéntras sus soldados se batian en las calles de la ciudad. A ese sitio le llegaron los avisos del descalabro que acababa de sufrir la columna de Maroto en la calle de San Francisco: algunos oficiales de Talavera, testigos presenciales de todo lo ocurrido, exajeraban el número de los patriotas, y daban a su derrota el colorido de una sorpresa o traicion. Apesar de esto, nadie entre ellos dudaba del triunfo completo y de la toma de la plaza en el dia. Ossorio mismo no se manifestó desalentado con la dispersion del batallon de Talavera; y cegado por la cóle-

ra y el despecho dió al bizarro comandante de húzares don Manuel Barañao la bárbara órden de tomar con sus jinetes la trinchera defendida por cañones y fusiles, llevando sable en mano y tercerola a la espalda. Con estas providencias hacia alarde de su desprecio por la resistencia de los sitiados.

El nuevo ataque, sin embargo, no fué mas feliz: los húzares sufrieron las primeras descargas de los cañones patriotas, y la metralla hizo destrozos entre ellos. Su jefe, que, apesar de su repugnancia para obedecer la desacertada órden de Ossorio, habia cargado con un valor sobrenatural, no halló otro arbitrio para salvar a sus soldados que replegarse a las calles atravesadas, desmontarlos y romper el fuego con sus tercerolas desde los tejados inmediatos. Barañao dió el ejemplo a sus tropas, y aunque él mismo cayó gravemente herido cuando apénas organizaba el ataque, su plan dió los mas lisonjeros resultados, y permitió el adelanto de los trabajos del sitio por aquella calle. Protejido por los fuegos de los húzares, el capitan de la sesta compañia de Talavera don Vicente Zambruno reunió sus soldados en la misma calle, formó una bateria y rompió los fuegos de cañon contra la trinchera insurjente.

O'Higgins, que personalmente recorria los puntos de defensa de la plaza, conoció en breve la importancia de la obra que acababa de construir el enemigo, y se resolvió a atacarla inmediatamente. Con este objeto encargó al subteniente de la Lejion de Arauco don Nicolas Maruri y al alferez de dragones don Francisco Ibañez, que a la cabeza de cincuenta infantes destruyesen la trinchera enemiga y clavasen sus cañones, o si les era posible los condujesen a la plaza. A juicio del jeneral O'Higgins un ataque de esta especie iba a probar a los sitiadores que en la plaza habia hombres y elementos, no solo para resistir sino tambien para tomar la ofensiva.

Los dos oficiales electos eran acreedores a la confianza que en ellos depositaba O'Higgins. Ibañez y Maruri, animados de un valor sobrenatural, aguardaron solo a que Millan descargase los cañones que tenia a sus órdenes: envueltos entónces en una nube de humo que ellos despidieron, avanzaron a gran prisa, atacaron a viva fuerza la trinchera de Zambruno, se hicieron dueños de ella en el primer empuje, y comenzaron a destruirla apresuradamente. Los realistas, amilanados en el momento, apénas hicieron una corta resistencia; pero vueltos de la sorpresa, se reorganizaron y cayeron con gran ímpetu sobre los patriotas, obligando a éstos a replegarse momentáneamente para dejar obrar a la artilleria de Millan. Recomenzaron entónces los fuegos de cañon, miéntras Ibañez y Maruri se rehacian en una calle atravesada.

El astuto Zambruno, sin embargo, no se habia contentado

con salvar su trinchera del riesgo que corria. Queriendo concluir con la partida de Maruri, despachó a uno de sus subalternos para que, penetrando por los interiores de las casas a la cabeza de un piquete de infantes y un cañon, rompiese sus fuegos sobre los insurjentes, cuando estos se retirasen a la plaza; pero, por fortuna, estos tuvieron noticia de lo que ocurria y supieron tomar sus precauciones. Inducidos por el ejemplo del subteniente Maruri, treparon algunos a los tejados vecinos, rodearon otros el patio en que se hallaban los Talaveras, preparando su cañon para romper los fuegos sobre la calle, y solo esperaron la señal del jefe para acometer. Esta señal la dió el mismo Maruri arrojando al patio una granada de mano, que le habia remitido O'Higgins de la plaza. Ella produjo una confusion estraordinaria entre los realistas: todos quisieron huir del peligro que los amenaza, pero todos fueron pasados a cuchillo por los patriotas; un tambor y dos soldados, los únicos que escaparon con vida, cayeron prisioneros. Maruri volvió a la plaza, por los interiores de los edificios, conduciendo el cañon, los fusiles y las municiones; y apénas hubo entrado, el jeneral O'Higgins lo dió a reconocer a sus tropas con el grado de capitan de ejército, en premio de su heróica conducta en aquel ataque.

El combate se habia empeñado con igual ardor, aunque no con estas peripecias, en las otras calles. En estas no se peleaba cuerpo a cuerpo, ni se habia llegado al caso de atacarse a la bayoneta; pero ámbos combatientes mantenian desde las troneras y tejados un vivo fuego de fusil y de cañon, que si bien se suspendia en ciertos intervalos, recomenzaba cada vez que se avistaban las partidas enemigas. No satisfechos con hostilizar a los insurjentes por cuantos medios estaban a sus alcances, los realistas creyeron estrecharlos mas incendiando algunos edificios para adelantar sus fuerzas por entre los escombros y ganar mayor espacio de terreno.

III.

Apesar de la gran actividad que desplegaban en la refriega, los combatientes estaban cansados al anochecer. Los fuegos no se interrumpieron, pero, poco despues de haberse oscurecido, el jeneral O'Higgins reunió en junta militar a todos los jefes de la plaza a fin de discutir las providencias que debian tomarse en aquellas circunstancias. La reunion tuvo lugar en la casa del cura, situada en el mismo centro del pueblo; a ella concurrieron los comandantes de las trincheras y los oficiales de mayor graduacion que habia en la plaza.

De la esposicion de todos estos se deducia claramente que hasta ese momento los sitiados eran los vencedores. Si bien era

cierto que ellos habian sufrido mucho y se veian encerrados en la plaza, faltos de agua y escasos de víveres y municiones, tambien habian sabido resistir a los reiterados ataques del enemigo y causar en sus filas grandes destrozos. El desaliento por otra parte no se habia apoderado de los insurjentes: ninguno de los miembros de aquella junta habló de capitulacion.

Léjos de eso, el jeneral O'Higgins propuso quemar el último cartucho y resistir a todo trance hasta que llegase a auxiliarlo don José Miguel Carrera con la tercera division del ejército. Persuadidos de que el enemigo tendria que sucumbir si se veia atacado por la espalda por tropas de refresco, todos los jefes creyeron que se debia comunicar al jeneral Carrera el estrecho sitio que los realistas habian puesto a sus posiciones y la necesidad en que se hallaban de ser socorridos para concluir con ellos. Las municiones de cañon abundaban aun en la plaza, miéntras las de fusil, que tanto se necesitaban en aquellos momentos, cuando se combatia desde los tejados y ventanas, habian comenzado a escasear, y no era posible sostenerse mucho tiempo mas sino se les auxiliaba. La comunicacion con el jeneral Carrera estaba absolutamente cortada, y era mui difícil, ya que no imposible, hacer llegar a sus manos un papel, o una noticia cualquiera; pero hubo un atrevido soldado de dragones, cuyo nombre no se halla apuntado en las memorias y documentos de la época ni lo recuerda la tradicion, que se encargó gustoso de salir del pueblo, disfrazado de mujer, y de presentar al jeneral en jefe un papel de cigarro, en que O'Higgins habia escrito con lápiz estas palabras: «Si vienen municiones y carga la tercera division todo es hecho.»

Mayor aun era el desórden y la confusion que reinaba entre los realistas. Habian encontrado en la plaza una resistencia que no esperaban, habian sufrido pérdidas mui considerables en el ataque, y si bien los subalternos no se sentian abatidos, el jeneral Ossorio no deseaba otra cosa que levantar el sitio, para salvar su responsabilidad personal. Contra las órdenes terminantes y repetidas del virrei Abascal, y cediendo solo a las influencias de los jefes de su ejército, el jeneral realista habia cruzado el Cachapoal y empeñado la batalla en la confianza de que solo necesitaba presentarse para batir a los insurjentes. La resistencia que habia encontrado lo hacia vacilar; y su debilidad le aconsejó el mal arbitrio de retirarse con sus fuerzas, dejando a los enemigos dueños del campo que él abandonaba.

Los jefes de division se abstuvieron de cumplir esta órden, que, segun ellos, importaba la ruina segura del ejército realista. El mayor jeneral don Luis Urrejola lo representó a Ossorio manifestándole el inminente peligro que corrian sus tropas si, como era de esperarse, el enemigo las atacaba por la espalda en su

retirada y los perseguia en el pasaje del Cachapoal, y manifestándole la obligacion en que ellos estaban de trasportar sus heridos, entre los cuales habia un jefe y algunos oficiales, para librarlos del mal trato de los insurjentes. Estas reflexiones apénas hicieron vacilar al jeneral realista; pero, por desgracia, se pasaron en la noche dos soldados patriotas, que descubrieron la verdadera situacion de las tropas de la plaza y la escasez de recursos que se comenzaba a esperimentar entre los sitiados. Con esta noticia, nadie, ni Ossorio mismo, volvió a pensar en la retirada.

IV.

En aquellos momentos de angustia y confusion para los realistas, cuando la inmensa superioridad numérica no habia podido salvarlos de verse rotos y desconcertados, una carga audaz de la tercera division del ejército insurjente habria bastado para destruirlos completamente. Estaba esta acampada en los graneros de la hacienda de la Compañia, a tres leguas de Rancagua: desde allí se oian perfectamente los cañonazos de la batalla, pero no se movió ni una sola partida para socorrer a los sitiados.

El jeneral en jefe del ejército insurjente, don José Miguel Carrera, se habia juntado a la tercera division el último dia de setiembre, y ocupaba con ella el punto ante dicho. A la primera noticia que recibió de O'Higgins de haber pasado el enemigo el rio Cachapoal, Carrera despachó a su edecan don Rafael de la Sota a ordenar al jefe de la vanguardia que se replegase inmediatamente a la Angostura, aun cuando fuese necesario clavar la artilleria y perder las municiones. En su sentir la resistencia debia organizarse en aquel punto, a pesar de las desventajas que le encontraban O'Higgins, y los otros jefes patriotas.

La órden del jeneral era dictada a la distancia, y carecia del acierto necesario para aquellas circunstancias. El ejército realista constaba de 5,000 hombres, y formados en batalla, como marchaban al acercarse a Rancagua, se estendian en una vasta estension y no permitian al enemigo movimiento alguno que no fuese encerrarse en la plaza. Cuando Sota se acercó a Rancagua, ya O'Higgins y los suyos estaban sitiados por el ejército de Ossorio.

La caballería de la tercera division avanzó entónces hasta las inmediaciones de la villa; pero despues de haber cambiado algunos tiros con las fuerzas enemigas que ocupaban la cañada; volvió a los graneros de la Compañia, engrosada con varias partidas dispersas del rejimiento de Aconcagua. En ese punto se mantuvo impasible hasta la mañana siguiente.

En la noche recibió Carrera el papel en que O'Higgins le pe-

dia que atacase al enemigo para concluir de un solo golpe su derrota. El emisario mismo era un testigo ocular de cuanto habia ocurrido, y pudo informar a don José Miguel de las ventajas que habian alcanzado los patriotas en el principio de la accion, y de la escasez de municiones, agua y víveres que habia comenzado a esperimentarse en la plaza. El jeneral en jefe escribió por toda contestacion estas palabras: «Municiones no pueden ir sin bayonetas. Al amanecer hará sacrificios esta division. Para salvar a Chile se necesita un momento de resolucion.» Temiendo que la esquela fuese interceptada por los realistas, y que ella descubriese sus planes, encargó al atrevido dragon que dijese a los jefes sitiados que contasen con que él atacaria con la tercera division.

Al amanecer del domingo 2 de octubre, en efecto, Carrera ocupó la quinta de Cuadra situada a una milla del pueblo. Allí dispuso la línea de su division, y mandó a su hermano don Luis que avanzase por los callejones con 200 infantes y dos piezas volantes de artillería. Alcanzó éste a cambiar algunos tiros con los de un cañon que los enemigos colocaron en la boca de la cañada, miéntras el coronel don José María Benavente, a la cabeza de tres escuadrones de caballería, ocupaba los potreros de la derecha del callejon, obligando a la caballería enemiga, casi sin disparar un tiro, a replegarse a la cañada. Una parte de ésta, que intentó atacar los insurjentes por la retaguardia, tomando para ello los campos de la izquierda, fué rechazada por el escuadron que mandaba el teniente coronel don Diego José Benavente.

Apesar de haber alcanzado tan importantes ventajas en los primeros momentos, el jeneral Carrera no avanzó de ese punto. Desde allí no podia incomodar a los realistas, y ni aun alcanzaba a dividir su atencion para favorecer a los sitiados, que en esos momentos se batian con una heroicidad y denuedo superiores a todo elojio. Fuera del alcance de los fuegos del combate, don José Miguel permaneció a la entrada de los callejones que conducen a la cañada de Rancagua, sin intentar ataque alguno. Poco despues de medio dia, dió la órden de retirarse al norte, con el propósito, segun dice él en su diario militar, de reorganizar la defensa en otra parte.

V.

Los sitiados entre tanto no habian cesado de combatir. Pasaron la noche entera con las armas en la mano, dirijiendo sus fuegos a los puntos por donde oian ruido, componiendo sus trincheras y preparándose para seguir en la defensa miéntras les fuese posible. Alentados con la promesa del jeneral Carrera

de atacar en la mañana siguiente, los jefes de la plaza no desesperaron de alcanzar el triunfo.

Desde el amanecer subió al campanario de la Merced una partida de observacion, encargada de anunciar los movimientos de Carrera. Poco rato despues avisó ésta que la tercera division se acercaba en efecto por los callejones del norte, y mas tarde que dispersaba a la caballeria enemiga; pero desde entónces se la vió impasible, sin intentar siquiera un nuevo movimiento, y como si su obligacion se redujese en aquellos momentos a mantenerse a la espectativa. Ni las señales que hacian los sitiados, ni los repiques de las campanas, con que pretendian llamar a don José Miguel, bastaron para hacerlo avanzar de sus posiciones.

O'Higgins, sin embargo, creyó que se le habia llegado el caso de cargar sobre el enemigo. En la calle de Cuadra, en donde los realistas habian hecho muchos destrozos, se presenta una partida de estos en columna a posesionarse de una casa. El jeneral O'Higgins despachó inmediatamente con ellos al capitan Molina, a la cabeza de un piquete de fusileros. Cargaron éstos a la bayoneta, hicieron grandes estragos entre los enemigos, y, temiendo que fuesen reforzados, volvieron pricipitadamente a la plaza.

A las doce del dia hubo un corto momento en que se mitigaron los fuegos de los sitiadores. O'Higgins creyó que el jeneral en jefe habia atacado con su division a la caballeria realista, y, con el objeto de tomar sus providencias, subió a los tejados de la casa del cabildo, desde donde podia divisar lo que pasaba en las inmediaciones. Con gran sorpresa suya, vió entónces que la tercera division se alejaba de Rancagua, dejándolo abandonado, próximo ya a ser víctima de una derrota desastrosa e inevitable.

La batalla, en efecto, estaba a punto de decidirse. Los soldados patriotas, reducidos en el combate a la mitad de su número, se encontraban rendidos de cansancio y de fatiga. Sus municiones no bastaban para sostener el fuego muchas horas mas: los víveres se agotaban, y una sed rabiosa comenzaba a hacer los mas funestos estragos entre los hombres y los caballos. A la primera noticia de la retirada de don José Miguel, los soldados de las trincheras, considerándolo ya todo perdido, alzaron el grito de ¡traicion! Hubo un instante en que el mismo O'Higgins sintió que su ánimo superior comenzaba a desfallecer; pero, por fortuna, su desaliento no alcanzó a manifestarse a sus compañeros de armas. Finjiendo creer que su situacion no era tan angustiada, ese heróico hijo de la guerra montó un caballo, desenvainó su sable, y, para infundir coraje a sus soldados, visitó en persona las trincheras, alentando a los suyos con su ejemplo, y pronunciándoles sencillos pero enérjicos discursos. «¡Solda-

dos! dijo a los defensores de una batería, miéntras nosotros existamos, la patria no está perdida.» «Es preciso pelear hasta morir, y morir como leones, dijo en otra parte; el que hable de rendicion será pasado por las armas.»

La tropa, en verdad, siguió batiéndose con un valor estraordinario. Desde que don José Miguel volvió las espaldas al sitio de la batalla, los realistas cargaron sobre la plaza con nuevo furor; sus defensores sin embargo, resistieron con enerjia y decision, sin perder un palmo del terreno que ocupaban. El combate se sostuvo con gran teson hasta las cuatro de la tarde; pero a esa hora O'Higgins habia perdido cerca de dos tercios de sus tropas, y los soldados que aun vivian no tenian en su cartuchera, mas que dos o tres tiros, y muchos de ellos ninguno. Los artilleros de las trincheras habian perecido en el servicio de sus cañones, y soldados de infanteria habian ido a reemplazarlos en sus puestos. Las calles y la plaza estaban sembradas de cadáveres. Los escombros de las casas que los realistas habian incendiado caian por todas partes, aumentando el ruido y el horror de aquel cuadro de muerte y desolacion.

A esa hora el ejército de Ossorio dió una nueva y mas vigorosa embestida contra las trincheras de los patriotas. Alentados los Talaveras con las palabras del mayor don Antonio Morgado y del capitan Conde, cargaron por la calle de San Francisco; pero fueron desordenados por la metralla de los insurjentes, y los escombros que caian de los tejados. La division del coronel Ballesteros embistió tambien por la calle del oriente: sus zapadores habian abierto grandes brechas en las murallas vecinas, que permitian a los realistas acercarse a la trinchera patriota sin sufrir sus fuegos; pero los defensores de esta resistieron aun con un valor estraordinario, y obligaron a los enemigos a desistir de sus intentos. El capitan don Hilario Vial, que mandaba las fuerzas patriotas en aquel punto, sucumbió en su defensa, dictando las órdenes necesarias para mantener la resistencia.

Estas ventajas no alcanzaban a mejorar la situacion de los sitiados. Sin darse por batidos, los realistas redoblaron sus ataques por todas partes, miéntras los insurjentes se veian forzados a abandonar la defensa por falta de jente y municiones. Las piezas de artilleria se habian caldeado, y en la plaza faltaba el agua necesaria para refrescarlas, y solo una culebrina de a ocho, que tenia el capitan Millan en la trinchera de San Francisco, podia seguir manteniendo sus fuegos. O'Higgins mismo creyó perdida toda esperanza de resistencia por mas largo tiempo, y solo pensó en salvar a los suyos de quedar prisioneros.

En un momento de audaz inspiracion, O'Higgins concibió el atrevido proyecto de atacar las columnas realistas y abrirse por entre ellas camino para la capital. La plaza tenia cuatro salidas;

pero de nada le habria servido al jeneral patriota salir del pueblo por tres de ellas, puesto que iba a verse separado del sendero que le convenia seguir, y cortado por la caballeria realista, que se hallaba rezagada y fresca hasta entónces. En su situacion solo debia acometer por la calle del norte, la de la Merced, que conduce al camino de Santiago; pero le era forzoso atravesar la cañada, en donde estaba estacionada la caballería de Ossorio. Salir de Rancagua por esa calle era una empresa superior a cuanto podia esperarse de los héroes del sitio.

El ánimo superior del jeneral O'Higgins no se abatió con tamaño obstáculo. Hizo tocar llamada en la plaza del pueblo, reunió precipitadamente a los oficiales y soldados que no se hallaban heridos, y, despues de pronunciarles una breve arenga, dió la órden de montar a caballo, para intentar la salida. O'Higgins tenia consigo 280 caballos de los dragones de su division, y en ellos se acomodaron hasta 300 soldados patriotas. Los dragones desenvainaron sus sables para cargar al enemigo.

El heroismo de los chilenos no quedó reducido a esto solo en aquellos momentos de angustia y confusion. El bravo capitan don Ramon Freire, que mandaba los dragones, dispuso su tropa formando un circulo y dejando en el centro un espacio para colocar al jeneral O'Higgins. Este notó las disposiciones de su subalterno, y apretándole fuertemente la mano le dijo:—«Capitan Freire, U. es un valiente: celebro mandar hombres de su temple; pero no puedo aceptar el sitio que U. me prepara. Yo, dijo colocándose delante de los suyos, y echando su sable al hombro, debo atacar de frente al enemigo.»

Clavó, en efecto, las espuelas a su caballo, y seguido de cerca por sus soldados, cargó precipitadamente a los realistas, gritando a voces: «Ni damos, ni recibimos cuartel». El primer empuje, sin embargo, no fué feliz; pero alentados nuevamente, los patriotas dieron una segunda carga con sable en mano. Pisoteando y arrollando a cuantos enemigos encontraron delante, saltando los cañones de los realistas y los escombros y maderos que habian arrojado, y atropellando por todas partes la resistencia que se les oponia, O'Higgins y los suyos llegaron felizmente a la cañada. Alli los atacó por el flanco otra division realista; los fuegos de esta les causaron algunos estragos; pero, sin demorarse en organizar la defensa, los patriotas pasaron casi sobre sus enemigos, y tomaron el camino de Santiago. Algunas partidas de caballeria realista, que intentaron perseguir a O'Higgins volvieron en breve a la plaza, desesperando de darles alcance.

VI.

En los mismos momentos en que O'Higgins salia de la pla-

za los realistas entraban a ella por la calle de San Francisco. El valiente capitan don Antonio Millan habia defendido con un coraje sobrenatural la trinchera que la guardaba; pero en la tarde del segundo dia fué herido en una pierna por una bala de fusil, y en los últimos instantes del combate se encontró sin soldados que lo ayudasen a defenderla. La muerte habia hecho los mayores estragos en aquel punto, y para mayor desgracia se incendiaron algunas municiones, introduciendo la confusion entre los patriotas y alentando a sus enemigos. Millan llegó arrastrándose hasta la plaza y entró a la iglesia matriz, llena entónces de mujeres y niños que buscaban un asilo contra la saña de los vencedores, y allí fué hecho prisionero por algunos soldados de Talavera.

Casi al mismo tiempo entraron los realistas a la plaza por las otras calles. Los pocos patriotas que quedaron en la ciudad, despues de la salida de O'Higgins, siguieron aun resistiendo con el valor de la desesperacion. El teniente de voluntarios don José Luis Ovalle, en lo mas crudo de la refriega, mantuvo izado el estandarte tricolor en el centro mismo de la plaza, hasta que cayó herido por una bala de fusil; y si bien alcanzó a montar a caballo y seguir a O'Higgins en su salida, le cupo la desgracia de recibir dos lanzazos y de quedar en poder del enemigo. El teniente don José Maria Yañez, que relevó a Ovalle murió heróicamente en su puesto, defendiendo con denuedo la bandera nacional. El capitan don José Ignacio Ibieta, a quien una bala de cañon le habia llevado las piernas, puesto de rodillas defendió con un valor sobrehumano el paso de una trinchera; y, despreciando las promesas de perdon que a nombre de Ossorio le hacian sus enemigos, se mantuvo firme en su puesto, hasta que sucumbió acribillado de balas.

No fueron estas las únicas muertes que se siguieron a la entrada de los realistas a la plaza.

El teniente coronel de milicias don Bernardo Cuevas, que se habia batido con valor en la trinchera de la calle de la Merced, fué hecho prisionero en la retirada de los patriotas, y bárbaramente asesinado por los enemigos. Confundiéndolo algunos con el jeneral O'Higgins, porque llevaba una casaca galoneada, pretestando otros que habia intentado escaparse despues de haber caido prisionero, y deseando todos satisfacer una inútil venganza lo fusilaron en la calle, sin proceso ni ceremonias. Igual suerte cupo a muchos soldados que intentaron defender sus puestos o resistir por mas tiempo.

Desde entónces la ciudad fué entregada al saqueo. Los soldados realistas hicieron por todas partes grandes daños rompiendo las puertas de las casas y destruyendo todo lo que no era para ellos objeto de lucro y de provecho. Con las culatas de los

fusiles destrozaron los cajones de la sacristia de la matriz y robaron en un instante los ornamentos de la iglesia. La soldadesca cometió todo jénero de crímenes en esa horrible tarde.

Miéntras tanto nadie se acordaba de cortar el fuego que los realistas habian puesto a algunos edificios durante el sitio. Ocupados unos en robar y saquear las casas y otros en defender sus propiedades o esconder sus bienes, el incendio habia cundido sin obstáculo, y habia llegado al sitio que servia de hospital de sangre a los heridos de la trinchera de San Francisco. Las llamas devoraron facilmente el edificio, sin que ninguno de los infelices que en él se hallaban asilados pudiese evitar tan triste suerte. Al siguiente dia se encontraron allí veinte y ocho cadáveres reducidos a cenizas: de las rejas de las ventanas estaban aun aferradas algunas manos, como si esos desgraciados hubiesen querido escapar de la horrible muerte de que se hallaban amenazados.

Así se abria ese horrible período que la historia llama la RECONQUISTA ESPAÑOLA.

D. BARROS ARANA.

MI VIAJE A NINGUNA PARTE.

VIII.

IV.—LA TARDE.

Andres habia pasado un dia sin ver a Elvira: vosotros, los que habeis amado, sabeis bien cuanto pueden pesar veinte y cuatro horas.

La tarde del segundo dia desplegaba ya por la selva su manto de sombras, y Andres no parecia aun. ¿Qué podrá haberlo detenido? pensaba Elvira en su interior. Y por la vez primera un negro presentimiento nubló esa frente cándida de felicidad, estraña al infortunio, ignorante en su dicha de la efímera duracion de los terrenos placeres. Por la vez primera, sintió elevarse en su corazon, esa voz misteriosa, agorera de la desgracia, murmurando en triste y vago clamor palabras que jamás habian escuchado sus oidos, y cuyo siniestro acento, negábase a traducir el alma, conturbada ante la nube que amenazaba manchar la limpidez de su cielo.

«Es estraño, balbuciaba la hermosa niña; jamás ha dejado de venir un dia, y ántes de caer la tarde le miro descender mostrándome desde léjos las flores que ha escojido en el camino. Aunque, quién sabe, alguna cosa importante lo habrá detenido ayer; pero hoi..... Ah! soi una loca: no debo entristecerme así cuando no hai razon ninguna.... Pero nunca se me ocurrieron las ideas que ahoran me asaltan: será, talvez, que hai en esta tarde algo de melancólico que no he notado en las otras!»

Efectivamente, habia en la naturaleza algo de triste: sobre el cerro y el bosque parecia derramarse un vago tinte de luto; las aves entonaban en sordas notas sus postreros trinos; las flores sin vigor, inclinándose sobre el tallo, parecian dar un melancólico adios al astro del dia, próximo a ocultarse tras la cresta de la montaña, desvaneciéndose sus reflejos en amarillentos regueros de amortiguada luz; las aguas parecian cansadas de su eterno correr, y el viento mentia quejumbrosos lamentos entre las ramas de los árboles.

Mas Elvira se equivocaba; porque el secreto pesar què la agoviaba no estaba en la naturaleza, sino en ella misma, ansiosa en su preocupacion, de encontrar en alguna parte un eco a la misteriosa voz que dentro de sí sentia resonar; y el mudo paisaje que la rodeaba, sabia, en su móvil insensibilidad, dócil al capricho del corazon, encontrar la espresion de ese rumor incierto que, nacido apénas, flotaba sobre el alma, como el velo de un sueño.

El corazon humano, sobre todo en la juventud, se complace en revestir a la naturaleza con el ropaje de sus propias emociones: es allí donde vamos a buscar un amigo, un confidente, de esas misteriosas ajitaciones del alma que comienza a despertar a la vida del sentimiento: la vida que parece desbordarse de nuestro seno, quiere prestar a cuanto nos rodea la animacion que nos sobra. Por eso me ha parecido siempre mui bella la idea de simbolizar en los árboles las modificaciones del alma: la naturaleza, en la infinita variedad de sus formas, en la multiplicidad de sus colores, parece reflejar la variedad de los movimientos del corazon, ofreciendo, en la riqueza de sus creaciones, las diversas imájenes materiales que cuadran a las diferentes situaciones del espíritu. El corazon humano supersticioso de suyo, y dotado cada uno de sus afectos de una facultad creadora y asimilativa que le es propia, derrama sobre los objetos esternos, el colorido del sentimiento inoculando en la naturaleza que lo rodea la vida que se desborda en espirituales emanaciones.

Hai sentimientos que no sabria comprender la humana amistad, que solo la naturaleza sabe traducir en el mudo lenguaje de los árboles, què adoptan la actitud, el color, ese no se que indefinible de la simpatia que nos convida a desarrollar el cuadro de nuestras confidencias. Hai modificaciones demasiado íntimas, demasiado egoistas, o demasiado elevadas sobre lo vulgar de nuestra especie, para confiarlas a la discrecion de un amigo, pues corremos el riesgo de encontrar solo la fria reflección de la materia, cuando buscamos la ardiente reciprocidad del espíritu o bien que no comprendida la delicada inmaterialidad de nuestro pensamiento, se le desprecie como una quimera, o se le deseche como una mesquina personalidad. Ademas, estos

amigos no tienen lengua para revelar nuestros sesretos, ni es su amistad la frájil balanza que inclinan los cálculos, las pasiones, o los intereses del mundo: parece que colocados por la Providencia para responder como un eco con la inmensidad de su simpatia alzan a la suprema rejion nuestros clamores.

Vosotros, los que la sociedad llama felices, porque jamas despertais de vuestro sueño, vosotros, optimistas, para quienes cada mañana es la aurora de un nuevo goze, pero para quienes cada noche es un nuevo remordimiento; vosotros que, en vuestra indiferencia, nunca os habeis detenido a considerar, que bajo la tersa superficie está el lodazal inmundo; vosotros buenos vividores que podeis acomodaros a representar cualquier papel que os toque en la escandalosa comedia, llevando, con igual donaire, el vestido del señor o la casaca del librea: vosotros, modernos don Juan, que teneis una lista de triunfos tanto mas estensa, cuanto que se compone de mujeres a las que apénas habreis saludado una vez en la vida; vosotros, dichosas jentes, no podeis comprender nada de esto, porque la naturaleza es para los infelices y para los seres bien organizados, como las lágrimas para el dolor, como el bálsamo para la herida, como la tumba para el cansado caminante de esta vida, como la esperanza de un cielo para los que en la tierra encontraron un infierno......

Perdon amadísimos lectores, [es de lei hacer creer a los lectores que tenemos por ellos un entrañable afecto, o por lo ménos una alta idea de sus prendas y caracteres]: perdon por habernos olvidado que escribimos para divertiros y no para haceros dormir con nuestras digresiones. ¿Qué se os importan los dichosos, y qué los infelices? Si sois de los primeros, el cielo proteja vuestra felicidad, haciéndola ménos frájil que la constancia de un hombre: (esto de decir de una mujer es ya mui viejo). y si de los segundos, acordaos de Job llagado de la cabeza a los piés, de Tobias ciego por cuarenta años, o buscad en los moralistas el capíulo de la *resignacion*, anchuroso campo de cristiana filosofía.

La tarde avanzaba mas y mas tocando los términos del crepúsculo, y la naturaleza, iluminada débilmente por la indecisa vislumbre del sol al espirar, se cubria poco a poco de ese flotante ropaje de ténue melancolía que, estendiéndose sobre la tierra, envuelve tambien entre sus pliegues el alma que la contempla. «Hora de la oracion, hora del amor,» esclamaba Childe Harold: hora del recuerdo, añadiré yo, hora de la esperanza, hora del devaneo, hora de los presentimientos! Pero ay! tambien hora de los bostezos, hora del mate, hora de las novenas y via-sacras! Hora, mas dulce que la primera confidencia, incierta, como la memoria del paraiso que perdimos; pero hora cuantas veces mas eterna que un sermon de cuaresma, y mas

fatigosa que el discurso de un senador. Hora de angustia y zozobra para nuestra pobre heroina, que miraba con pavor ennegrecerse rápidamente la selva, reflejando su corazon los negros nubarrones que asomaban por el horizonte. [Me parece que he dicho antes que el cielo estaba sereno y azul, pero esto poco importa].

Elvira estaba triste; un hielo desconocido se apoderaba de su pecho; un temblor convulsivo discurria por sus miembros; los cabellos se encrespaban sobre su frente, como yerta y entumecida bajo una mole de nieve; sus ojos se abrian con nervioso anhelo, buscando en vano entre sus párpados, una lágrima que desatase el nudo de tan estraño martirio. En vano procuraba acomodar una sonrisa a sus lábios, en vano tendia sus manos acariciando los pajarillos, en vano destrozaba entre sus dedos los tallos de las flores, en vano se esforzaba en desoir esa voz siniestra aferrada a cada latido de su corazon, a cada pulsacion de sus sienes.

Pero las almas creyentes, tienen siempre abierto, a la súplica de su fé, un inmenso tesoro de esperanza, y el caudal de la oracion jamas se agota, cuando nace de un pecho angustiado. Elvira quiso rezar porque era inocente y se sentia desgraciada; quiso rezar porque sabia que el ruego de la fé llega mas pronto a los oidos del Eterno que las ruidosas notas del órgano de las catedrales; quiso rezar, porque la oracion del candor se eleva hasta los cielos como el perfume de las plantas, como el canto de las aves; quiso rezar sobre todo, porque amaba, y su amor no era el hábito de la sociedad, no era el juguete del oro, no era el beso de Judas, no era el finjido romanticismo con que tantas mujeres del mundo, procuran vivificar la imperceptible chispa que queda en su corazon, mas que, como un fuego fatuo, sirve solo para engañar un instante al ignorante viajero.

Quiso rezar, y sus lábios murmuraban ya las primeras palabras; pero sus ojos, que estaban fijos en el sendero del cerro, se abrieron mas: dió un paso hácia adelante, contuvo el aliento: se habrian podido escuchar los latidos de su corazon. En aquel instante un bulto descendia apresuradamente los caracoles de la senda.

V.—EL ADIOS.

Es tan grato, tan dulce verse, amarse,
Y amando es tan amargo separarse!

Debo comenzar por pedir a mis lectores que disculpen la arrogancia de citarme a mí mismo en los dos versos que sirven de encabezamiento; advirtiéndoles que para ello me asisten dos ra-

zones poderosas. Primero, porque esos versos son mios, y todo poeta o que pretende serlo, aunque muchas veces afecte lo contrario, tiene una pasion entrañable por los hijos de su musa, agradándole sobre todas las cosas que sus versos sean leidos y releidos, y mucho mas gustados y celebrados: y segundo, porque en pocas palabras reasumen ellos todo lo que voi a decir en este capitulo. Sin embargo, confesaré injénuamente que, creo es solo el primero de estos motivos el que me ha decidido a ponerlos.

Andres, al acercarse a la casa, detuvo un poco su marcha antes sobrado acelerada, como si quisiese recobrar en pocos segundos sus fuerzas agotadas en la impaciente carrera. Cuando, despues de algun tiempo de ausencia, nos acercamos a la mujer amada, parece asaltarnos un temor misterioso que nos obliga a detenernos en el momento mismo en que sabemos que un paso mas nos ha de poner en su presencia. Será talvez que queremos preparar nuestro propio corazon para recibir la dulcisima emocion que nos aguarda, o que, asustados por los diarios ejemplos, temamos encontrar el desden u el olvido en lugar de la ternura y el amor que hemos dejado? En los primeros amores será siempre el primero de estos motivos el que impere, porque entonces el alma, en su adorable candidez, ignora la espantosa instabilidad de las cosas de la tierra: mas tarde uno y otro se disputarán el dominio de ese momento supremo, porque entónces ya hemos vivido, ya hemos visto, y la esperiencia, al darnos a probar alguno de sus amargos frutos, habrá dejado en nosotros esa odiosa desconfianza que, nos hace recelar un abismo hasta bajo las mas bellas y modestas flores.

Por su dicha y la nuestra Elvira y Andres cruzaban por primera vez las aguas del rio *tierno*.

—Andres, dijo Elvira despues de algunos momentos en que parecia que toda el alma de aquellas adorables criaturas se habia reconcentrado en sus ojos, Andres, si supieras con que impaciencia te esperaba! nunca he sufrido como ayer y hoi: no se por qué todo me parecia tan triste y descolorido.

—Elvira, eso ha sido por algo mas que mi ausencia de un dia: los que aman parecen que ven venir el mal desde mui lejos: y el tuyo era un presentimiento.

—Qué, hai algo que nos amenaza?

—Si, Elvira; ayer he recibido una carta de Santiago, y tú sabes con cuantos temores la esperaba.

—Y tendrás que irte Andres?

—Es forzoso.

—Cómo, tan pronto?

—Si Elvira, tan pronto! ese es el mayor de mis pesares. Dejarte Elvira, no verte quien sabe en cuanto tiempo!

—Porque te amo tanto, Andres! dijo la pobre niña poniendo una de sus blancas manos en las del jóven, miéntras sus ojos se llenaban de lágrimas.

No se quien ha dicho que nada hai tan elocuente como el silencio en ciertas ocasiones; lo que es sin duda una innegable verdad; de tal manera que sujeto he conocido yo que por parecer elocuente jamas tomaba la palabra. Esceptuando ciertos momentos en los que la emocion nos domina, el silencio en un individuo puede solo provenir de dos causas, de estupidez, esto es cuando nos callamos por no encontrar que decir, cosa que me sucede a menudo; o bien porque un pensamiento dominante, amparándose de nosotros como una fiera de su presa, nos sumerje en una constante y porfiada meditacion, de la que solo logramos desacirnos por cortos instantes, para volver luego y con mas fuerza a la idea que nos ocupa: esta segunda causa es la que hace jeneralmente silenciosos a los distraidos, que talvez podrian con mas propiedad llamarse contraidos Como quiera que sea, Andres guardó silencio despues de la apasionada esclamacion de la niña; pero sus ojos, en una de esas miradas de amante, dieron una respuesta mas sentida y mas dulce que todas las que hubiera podido dar, reuniendo en una bella frase las palabras mas armoniosas del diccionario.

Dos cosas se han parecido siempre, a lo ménos en todos los libros que yo conozco: las descripciones de tempestad, y las conversaciones de los amantes; sobre todo las últimas que son siempre, mas o ménos bellas variaciones sobre el tema, yo te amo. Pero en el momento de que hablamos la de nuestros héroes era bien melancólica: sus miradas, sus palabras, su voz, todo en ellos revelaba ese pesar profundo que sentimos al separarnos de un ser amado. Qué hai de mas triste, en efecto, que esas postreras confidencias, que esas últimas miradas en las que parece queremos dejar nuestra alma al adorado ser, de cuyo lado nos arranca una suerte inclemente? Esas conversaciones tienen algo de lúgubre como un canto fúnebre: y en verdad, son el canto fúnebre de esa muerte temporal a la que llamamos ausencia.

Ese momento supremo dá a todas nuestras ideas un tinte desconsolador y melancólico: la esperanza herida de muerte por esa palabra tristísima, adios, se refujia en lo mas hondo de nuestra alma no atreviéndose a levantar su cabeza encantadora en ese instante de lágrimas: el corazon suspira, oprimido por el peso de los males que aguarda; y la mente aterrada por el dolor presente, no tiene fuerzas para investigar el porvenir.

Momento que el dolor acortar quiere,
Y que el amor en prolongar se afana.....

como he dicho en alguna parte en los felices tiempos en que yo hacia versos y lamentaba adioses.

Andres y Elvira permanecian silenciosos, y solo de cuando en cuando una palabra triste, como el estado de sus almas, interrumpia ese silencio lleno de elocuencia. Su conversacion era entrecortada, e interrumpida a cada paso por los suspiros o las apasionadas esclamaciones: uno y otro decian a cada instante; «no me olvides» recomendacion y súplica consoladora, bálsamo calmante que, como la esperanza de un cielo, vierte sus dulzuras sobre el dolor de ese momento.

Por fin era forzoso separarse; y despues de mil protestas y juramentos de constancia, sus lábios trémulos pronunciaron débilmente la palabra fatal, no como se hace en los teatros ni en los libros con grandes jesticulaciones y en frases pomposas, sino con toda la desgarrante simplicidad del dolor verdadero, miéntras que sus ojos se llenaban de lágrimas y sus manos se estrechaban con pasion. El partió, y la pobre niña, cuando ya no pudo verlo, tornó sus ojos llenos de las primeras lágrimas que el amor le arrancaba, a estos versos que Andres habia dejado entre sus manos:

De nuevo de tu lado
Me arranca mi destino:
Debo volver? lo ignoro;
Que parto solo sé,
Que parto sin que alumbre
Ni un astro mi camino
Ni aquella clara estrella
Que al léjos divisé.
Adios, estrella hermosa
Que alumbra mi existencia:
Aunque de léjos, siempre
Tu luz brillará en mi.
Adios, sueño querido
De amor y de inocencia!
Adios! es mi destino
Vivir léjos de ti!

(Continuará.)

GUILLERMO BLEST GANA.

18 DE SETIEMBRE.

Cuarenta y cinco años hacen a que la América, obedeciendo al imperio de una lei moral, formó la resolucion de entrar al rango de pueblo libre. Un raro accidente habiala colocado bajo el dominio de una gran nacion. Un sábio intrépido, estudiando el mapa del mundo conocido, creyó y sin equivocarse, que tierras desconocidas debian encontrarse allende los mares.—Colon anduvo de Corte en Corte implorando auxilios para dar mano a su empresa, sin otra correspondencia que una triste befa o un indolente rechazo.—Isabel, reina de España, grande y jenerosa, estendió su proteccion al sábio que en recompensa habia de darle un mundo; y el sábio, entregado a débiles maderos, afrontó tempestades y peligros hasta dar con una tierra virjen, llena de bellezas, sembrada de encantos y poblada por salvajes.—La conquista fué entónces una lei y una necesidad; y la America, jóven y tímida, se entregó dócilmente en calidad de esclava a los que en su retiro y olvido la habian sorprendido.

Trescientos años mas tarde esa América estaba cansada y fatigada del sistema a que se le habia sometido. La España, que veia un tesoro en la prenda adquirida, habia imprudentemente apurado el rigor y el silencio. A sus colonias faltábales vida, animacion y desarrollo: la lejislacion para ellas dictada violaba las leyes morales, porque creia que a un pueblo podia impedirse el

desenvolvimiento de sus fuerzas y la espansion de su espiritu. Ridiculas fruslerias se escojitaban para entretener la imajinacion de los colonos, como quien inventa juegos o pasatiempos para divertir un niño. Sin embargo, los años habian de traer la madurez al niño, y hacerle mirar con menosprecio las futilezas que ántes formaban su embeleso.—La América, despues de larga vida en la esclavitud, ¿cómo no habia de sentir el acento de la libertad, dulce, cuanto es puro, y melodioso cuanto es grande?

La Francia tambien habia mandado al nuevo mundo las inspiraciones de su jénio.—Eco de los dolores de la humanidad, habia obrado una revolucion ante cuya pujanza los reyes habian temblado.—La libertad era su divisa y su propósito; y la propaganda su catecismo y su doctrina. En alas de un clandestino comercio la Francia mandó a la libertad asentar reales en el suelo de la América; y adormecida ésta y embriagada con sus teorias, midió sus fuerzas para lanzarse a una lucha desigual, pero gloriosa.—Que importaban los contratiempos que habian de aflijirla, las agonias que habian de angustiarla y la sangre que habia de derramar a torrentes, si le sobraba voluntad para la empresa, vigor y ánimo?—La santidad y grandeza del objeto debian purificarlo todo; y la adquisicion de tamaño bien debia no menos galardonarlo.

En 1810 diéronse cita las colonias americanas para emprender la obra, cabiéndonos a nosotros iniciarla el 18 de setiembre de ese año. Qué de recuerdos no nos trae esta fecha! Qué de embelesos y contento!..... Volvemos la cara atras para buscar nuestras glorias, y nos acercamos reverentes a la pàjina del libro en que se hallan inscriptos los nombres de los ¡héroes!....

Cada pais tiene en su pasado errores o faltas de que abochornarse: como el hombre, está sujeto a estravios, delirios y pecados que mas tarde la vejez recuerda tímida y pesarosa.—Felices nosotros que en nuestro pasado encontramos solo el heroismo, la virtud y la gloria!..... La revolucion americana, llamada a dar vida a muchos pueblos y a sancionar un principio, hijo de las lucubraciones y vijilias de la filosofia, hubo de mancharse algunas veces en las Repúblicas hermanas con feos deslices, censurados por la imparcialidad de la historia, condenados por los corazones jenerosos y rechazados por la severidad de la justicia.—Entre nosotros marchó siempre pura y hermosa.—Avasallada algunas veces en el campo de batalla, ni cobraba el temor del vencido, ni tomaba el aire suplicante del rendido, ni se abandonaba a excesos que pudieran hacerla odiosa y detestable.

Imposible era tambien que esto sucediese. Demasiado virtuosos los hombres de 1810, habian en sus primeros pasos legádonos un ejemplo que no podia sin mancilla abandonarse. Al servicio de

una idea, habian noblemente sacrificado su conveniencia, sus intereses y posicion social.—Basta solo recordar sus nombres para saber la abnegacion con que marcharon. A Ovalle y Rojas; a Marin y Argomedo; a Camilo Enriquez y Rosas; a Rosales e Infante, que estímulos pudieron moverlos a emprender una obra sembrada de dificultades y tropiezos, que no fueran el patriotismo y el jeneroso deseo de hacer libre un pueblo que era esclavo?—No habia recompensa que entónces halagase: el destierro, la proscripcion, la cárcel o el patíbulo eran las medallas de honor que les esperaban; y sin embargo la revolucion se inició valerosa y decidida, dando su primer grito el 18 de Setiembre de 1810, e instalando una Junta que, hipócritamente cubierta con un nombre real, tenia en su corazon y en sus intenciones el propósito de alzar la libertad sobre las ruinas de un oscuro despotismo. Venturoso dia ese, al que nosotros solo asistimos con estériles recuerdos!—Un pueblo débil y apocado se reunia entónces en el Consulado, en torno de los magnates del pais, a solemnizar el bautismo de la naciente República!—El gozo y el contento animaban a unos, miéntras que el temor y el despecho a otros.—Al travez de esa solemnidad se dejaban entrever los sacrificios que se esperaban y las amarguras que habian de contristar el corazon de los patriotas. El despotismo habia de cobrar ofensa de cuanto se hacia para proscribirle; y la libertad, sustentada por sus admiradores, debia tambien no abandonar el timbre recojido.—Quedaba el campo de batalla al que habian de asistir los heroes, empujados por el ejemplo y el entusiasmo de los promovedores de la Junta.

Las festividades de Setiembre no evocan entre nosotros la memoria de una victoria alcanzada por un rei sobre otro rei, ni una guerra de capricho alentada por el orgullo o el delirio de un partido.—Una gloria mas alta nos recuerdan, y la mas pura que en los anales de nuestro pasado rejistramos.

Sin embargo, con tibias o vulgares manifestaciones no corresponderiamos a la grandiosidad del recuerdo. ¿Acaso el ruido de un festin o el estrépito de una fiesta pueden estimarse como la espresion de nuestro reconocimiento hácia los hombres que nos dieron Patria? Acaso les veneramos lo bastante con inscribir sus nombres en columnas de lienzo, de duracion de tres dias, que no inspiran el respeto de las que se alzan para inmortalizar un héroe o una batalla? Harto mezquinos supondriamos entónces a los que fueron capaces de tanta abnegacion y patriotismo; y harto pobres e ingratos seriamos, si creyéramos pagar en tan mala moneda la inmensa deuda que sobre nosotros pesa!.....

No: en cada 18 de setiembre nuestros padres se alzan de sus sepulcros para tomarnos cuenta de lo que hemos hecho en el camino de la libertad y del progreso del pais.—Ellos nos prepa-

raron un vasto campo en que nuevos operarios debian venir a concluir el edificio que medio trazado nos dejaban.—Entregados a la guerra dieron con jenerosidad su sangre; y terminado el ruido y los desastres de ella, apénas pudieron hacer otra cosa que balbucear sistemas inmaturos unos, y poco estudiados y conocidos otros.—Harto hicieron, no obstante, y harto nos dejaron por hacer: modelos de constancia, no descanzaron un dia; y tipos de heroismo nos dejaron proezas señaladas y un sitio tan glorioso y memorable como Rancagua.—La Independencia la concluyeron ellos; pero la libertad en las instituciones, como medio de animar la industria y asegurar el bienestar comun, fué el encargo obligado que nos recomendaron en su testamento.

Las solemnidades de setiembre no deben ser, pues, un simple aparato bullicioso, calculado para despertar la alegria del vulgo o entretener la imajinacion de la poblacion.—Con esto solo no puede decirse que solemnizamos nuestro aniversario: es menester que la libertad civil, política e industrial alcancen en ese dia nuevos gajes, capaces de robustecerlas y hacerlas verdaderas y ciertas.—Solo así rendimos culto relijioso a la memoria de un gran acontecimiento, y solo así nos hacemos dignos hijos de nuestros padres.—Y esta es precisamente la celebracion que nos han encargado: han querido que al amanecer el sol de setiembre y al señalar un año mas de vida a la República, anunciemos la realizacion de un nuevo pensamiento que vincule y estreche ese pasado a nuestra vida de hoi.

En este 18 no sabemos que cuenta rendiremos! La industria ha obtenido grandes triunfos, hasta poder presentarse satisfecha. Esfuerzos dignos de elojio se han hecho en favor de su engrandecimiento y empuje; pero al lado de esta brillante esposicion, que el programa nacional puede contener, aun quedan muchos renglones en blanco que no hai con que llenar.—En uno de ellos deberia encontrarse escrita la palabra amnistia, como elocuente testimonio de que en el corazon chileno no se albergan los odios mas allá del tiempo de la lucha! En playa lejana aun hai chilenos que no pueden en la Patria celebrar el dia de la Patria!

18 de setiembre nosotros te saludamos!.....

Amigos sinceros de la prosperidad de la República, hacemos votos porque la libertad y la concordia siempre sean los guias que nos conduzcan.

D. SANTAMARIA.

CELEBRIDADES.

A MI QUERIDO AMIGO ALBERTO BLEST GANA.

CRISTOBAL COLON.

(OCTUBRE DE 1492.)

A la marcha veloz del pensamiento
Obstáculos el mundo opone en vano;
Solo el débil se abate al sufrimiento,
El jénio es invencible y soberano.

Colon, Colon, renueva tu ardimiento
Ven, ya te espera el hemisferio indiano;
Y en frájil nave desafiando al viento
Hiende en pos de tu gloria el Occeano.

Tu jénio el globo misterioso abarca.
De pié junto al timon, audaz piloto,
Siempre al oeste, siempre, guia tu barca.

Oh gozo! oh triunfo! en el confin remoto
Naciendo el alba entre arreboles marca
La estensa playa de ese mundo ignoto.

VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

(SETIEMBRE DE 1513.)

Mirad! El héroe a quien la gloria anima
Busca el riesgo, lo vence y no se espanta;
A través de las quiebras se adelanta
Y él solo monta la breñosa cima.

Su mirada veloz se reanima.
El mar sus olas a su pié quebranta;
Los brazos tiende, póstrase y levanta
Su alma al cielo que tanto lo sublima.

Luego al aire flameando la bandera
Y la espada que al sol desnuda brilla
Vasco Nuñez desciende a la ribera.

Soberbio y con el agua a la rodilla
Grítale al mar: Océano, aquí impera
El leon poderoso de Castilla.

—

AL CONDE AUGUSTO DE PLATEN.

(POETA ALEMAN.)

Sublime enamorado del arte y la belleza
Poeta, fué tu vida, su ofrenda y su holocausto;
El arte fué su bálsamo, el arte fué su hiel.

Prostérnese la envidia donde la gloria empieza;
Y ya vencido el odio de tu destino infausto
Ciña tu frente noble el inmortal laurel.

Tu jénio de los jénios te enzalza a la nobleza;
Por pensamientos grandes con el cantor de Fausto,
Por sentimientos bellos con el cantor de Tell.

DON FRANCISCO PIZARRO.

(1532).

Dadle oro! es su ambicion, es su deseo.
El oro es su esperanza, es su creencia.
Sus ensueños son sacos de opulencia;
Oro es su gloria y sangre su trofeo!

Alma de piedra y corazon pigmeo,
Indigno aventurero sin conciencia,
Manchará de su cuna la indijencia
Con el crímen mas vil, odioso y feo.

Tiembla Pizarro! La imparcial historia
Ya te juzga y sentencia; y aunque tarde
Rasga el velo dorado de tu gloria;

Marca tu frente con la letra extraña
Que señala al avaro y al cobarde;
¡Digna corona de tu indigna hazaña!

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Bravo! noble poeta! el temerario
Quedó en el campo, se vengó a la dama.
Mas tienes que vencer a otro adversario
Y lei infame a un tribunal te llama.
Huyes a la Sicilia que el sol ama,
Te recibe su suelo hospitalario
Y de allí vuelve sabio y erudito
El noble jénio que llegó proscrito.

ARISTÓFANES.

Jénio mordaz, espíritu valiente,
No mi lengua el aplauso te rehusa;
Justa la tuya con los otros, miente
Cuando por ódio a Sócrates acusa.

—

FREI LOPE DE VEGA CARPIO.

Lope, grande es tu gloria y es eterna.
Tu rica pluma fatigó a la fama
Tu edad ante tu jenio se prosterna
Y la futura edad mónstruo te llama.

Y tus fáciles trovas populares
Empapadas de amor y poesía
Las repite la España en sus cantares
Y el pueblo las entona todavía.

Todavía los hijos de tu jenio,
Del jenio de tu patria favoritos
Monarquizan las tablas del proscenio
Entre el ruido de aplausos infinitos.

Todavía las bellas creaciones
De sus tumbas poéticas se elevan,
Y arrebatan de amor los corazones
Y puro aroma de las almas llevan.

O Lope! con razon tu inmensa gloria
Cada dia a tus obras dá mas fama;
Y tu patria en su crónica y su historia
Mónstruo de jénio con razon te llama!

GUILLERMO MATTA.

DANTE ALIGHIERI.

(BIOGRAFIA ESCRITA EN FRANCES POR M. FAURIEL.)

TRADUCIDA PARA LA «REVISTA» POR J. MORON Y ACOMPAÑADA CON NOTAS POR GUILLERMO MATTA.

Despues de estas primeras efusiones de dolor, cediendo Dante poco a poco a la necesidad de ser consolado, se lanzó en estudios mas graves que aquellos a que habia estado entregado hasta entónces. Comenzó por meditar sobre algunos autores latinos que habian escrito sobre la filosofía y las ciencias, y empezó a frecuentar los lugares en que podia oir discusiones científicas y sábias lecciones. Ahora bien, todo esto, lo mismo que el reposo, no se encontraba entónces sino en los claustros. La mayor parte de los que enseñaban algo eran monjes, y hasta los mismos profesores laicos daban sus lecciones en los monasterios (a).

Dante acabó por encontrar los consuelos de que tenia necesidad enmedio de estas ocupaciones severas. Quizás encontró mas de lo que al principio se habia atrevido a esperar. No olvidó a Beatriz, porque esto no estaba en su poder. Beatriz fué siempre el mas caro y el mas alto de sus pensamientos; pero ya no era tan dominante ni absoluto como otras veces para no dar lugar

a otros de la misma naturaleza. Poco a poco llegó a amar, al ménos por la imajinacion, a una jóven y bella señora que habia conocido en la sociedad de Beatriz; y estos nuevos amores no fueron los últimos, pues amó y cantó sucesivamente a muchas mujeres.

De 1292 a 1299, los acontecimientos de la vida de Dante debieron ser interesantes y variados; pero no han podido recojerse mas que indicios vagos e incoherentes. Se casó en 1292 con doña Gemma, de la familia de Donati, una de las mas distinguidas de Florencia, y cuyo jefe, Corso Donati, se hallaba en vísperas de figurar con brillo en las revueltas de la república, a la cabeza de una faccion contraria a aquella en que se hallaba Dante. Segun las tradiciones que durante largo tiempo circularon entre los florentinos respecto de este casamiento, parece que no fué feliz, y que doña Gemma fué para nuestro poeta una especie de Xantipa; pero Dante no se dignó decir una palabra sobre sus sentimientos a este respecto, lo que estaba mui de acuerdo con las costumbres de la epoca. Era permitido hablar de la dama, de la querida; pero se guardaba silencio sobre la esposa (b).

Los seis o siete primeros cantos del Infierno fueron seguramente compuestos en este intervalo, pero segun todas las apariencias, mui distintos de lo que fueron despues y de lo que han llegado hasta nosotros despues de tanto retoque. Dante ocupó sin duda mucho tiempo y dió mucho esmero a este trabajo; mas sin embargo le quedaba todavia para desempeñar diversos cargos públicos, y en particular el de varias misiones que, si bien no puede fijarse la fecha, pertenecen indudablemente a esta época de su vida.

De este número fueron varias embajadas cerca del rei de Nápoles: una entre otras para reclamar el perdon y la libertad de un florentino condenado a muerte por la justicia del pais; otra vez fué tambien como embajador a Siena para terminar una diferencia relativa a los límites de esta república con la de Florencia. Por último, en el mes de mayo de 1299 fué enviado a San Gemignano para solicitar la confirmacion del nombramiento hecho ya, de un capitan de la liga toscana.

Podria señalar algunas otras misiones mas o ménos importantes, que fueron como las precedentes confiadas a nuestro poeta, y aun entrar en algunos detalles sobre mas de una; pero prefiero abordar desde luego la parte austera de la vida pública de Dante, en la época en que su historia se confunde con la de su pais. Y aqui es donde mi tarea comienza a hacerse dificil; pues se trata de dar a conocer acontecimientos complicados y oscuros que no hañ sido nunca esplicados de un modo claro y neto (c).

El año de 1299 víspera del siglo XIV, fué tambien para Florencia la víspera de violentas revueltas y de horribles calamidades. El partido jibelino estaba mas que vencido, pues habia sido destruido; sus jefes se hallaban dispersos en el destierro y sus adeptos habian concluido por separar de él sus esperanzas y sus medios. Los güelfos victoriosos dominaban sin oposicion hacia mas de treinta años, y parecia que el porvenir era suyo.

Sin embargo, habia en estas apariencias algo de equívoco y engañoso. Miéntras que los güelfos habian tenido que luchar contra adversarios temibles, su partido se habia mantenido unido, compacto, homojéneo; pero en el fondo estaba compuesto de fracciones diversas, que tenian en ciertas cosas miras y sentimientos opuestos. Esta oposicion debia manifestarse y se manifestó en efecto, desde el momento en que se desvaneció el temor al enemigo comun que las uniera, y empezaron a marchar cada una en su direccion propia y por su interes personal.

Entre estas fracciones que todas creian y querian ser güelfos, era fácil distinguir dos entre las cuales se dividian todas las demas. Era la una la de los güelfos aristocráticos, que querian poner un término al progreso del poder popular, y mantener la nobleza en el punto en que se encontraba entonces. La otra era la de los güelfos populares, que dominados por las influencias de la democracia, cedian a ella por conviccion o por debilidad. La lucha entre las castas feudales creadas por la invasion y los primitivos habitantes del pais estaba a punto de estallar de nuevo, y a continuar bajo nombre distinto, complicada ademas con odios y pasiones nuevas. Existian entonces unas ordenanzas de justicia que eran la cuchilla levantada constantemente sobre la cabeza de los nobles. En 1295 se concertaron estas y tomaron las armas para obtener por fuerza la abolicion de las ordenanzas democráticas. Pero el pueblo se armó tambien a su vez y presentó un continente tan decidido que los nobles se retiraron sin atreverse a combatir y sin haber obtenido nada.

De resultas de esta derrota, la parte aristocrática del partido güelfo fué de hecho escluida del gobierno de la república que permaneció esclusivamente en poder de los güelfos populares. Esto era como una separacion formal: lo que hasta entónces habia constituido dos mitades, dos matices, digámoslo asi, del partido güelfo, se convirtió desde luego en dos facciones distintas, teniendo cada una su nombre, sus jefes y su bandera. Los güelpos populares se llamaron los Blancos, y sus adversarios los Negros. A la cabeza de estos se hallaba la familia de los Donati, teniendo por instigador al mismo Corso Donati, hombre capaz y de resolucion, cuyo carácter era la mas fiel espresion de su partido De escasa fortuna, pero de antiguá y noble raza, era valiente, turbulento, de jénio caballeresco; altivo y orgulloso,

mas dispuesto a despreciar que a mendigar los sufrajios populares: le llamaban *el baron;* queriendo espresar con esto, el modelo, el bello ideal del jentil-hombre.

Los blancos tuvieron por jefe a Vieri de Cerchi, el mismo del que ya hemos citado un rasgo de magnanimidad en la batalla de Certomondo. Si se esceptua el valor y la ambicion, Vieri era en todo lo demas el reverso de Corso Donati, pero lo mismo que él representaba bien a su partido. Era plebeyo de nacimiento, y habia reunido por el comercio una fortuna inmensa, cuya mayor parte empleaba en crearse partidarios y amigos, ademas de los que se le unian por la dulzura y popularidad de sus maneras.

La desunion del partido güelfo acarreó la division de la masa entera de la poblacion florentina. Mui pocos fueron los jefes de familia que no entraron en una o en otra de las dos nuevas facciones; señal segura de que se trataba para cada uno de un interes de vital importancia.

Mui difícil seria fijar la época en que estas dos facciones comenzaron a distinguirse con los nombres de Blancos y Negros. Pero poco importa la fecha del nombre; la del hecho es mucho mas interesante y esta puede señalarse con exactitud. La escision del partido güelfo, tuvo lugar en Florencia y en algunas otras ciudades de la Toscana en el año de 1294 (d).

Desde 1294 a 1300, el gobierno de los Blancos de Florencia se señaló por diversos actos, cada uno de los cuales era un progreso de la democrácia, una amenaza o una precaucion contra la nobleza.

Los Negros, defensores de los intereses y de los sentimientos de la nobleza, podian oponer mas resistencia a tan temibles adversarios, de la que a primera vista pudiera imajinarse. Ademas de sus propias fuerzas contaban tambien con la proteccion del Papa.

Bonifacio VIII ocupaba entónces la silla pontificia. Conocida es la política que los Papas del siglo décimo-tercio siguieron respecto de los güelfos y los jibelinos. La mayor parte de ellos en vez de unirse a la una o a la otra de estas dos facciones, trataron por el contrario de reconciliarlas o mantenerlas en equilibrio, con la intencion de tomar sobre ellas el ascendiente de una autoridad italiana que hubiera reemplazado la de los emperadores.

Mui difícil seria encontrar unidad en la conducta de Bonifacio VIII respecto de las facciones italianas. Unas veces por miras jenerales de política pontifical, otras por predilecciones y antipatías personales, lo veremos intervenir continuamente en las reyertas de los Blancos y de los Negros, envenenándolas cada vez mas con su intervencion (e).

Entre los Negros y él mediaban intrigas y manejos que ten-

dian, sino a derribar a los Blancos, por lo ménos a limitar y paralizar su poder: pero estos permanecian en guardia constantemente y desconfiaban de todos sus planes.

Así marchaban estas cosas en Florencia al principiar el año de 1300, cuando tuvo lugar un acontecimiento de poca importancia en sí mismo, pero que creo deber referir sucintamente. Primero por la luz que arroja sobre la política jeneral de los Papas respecto de las repúblicas italianas, y sobre la particular de Bonifacio VIII en la querella de los Blancos y de los Negros; y luego por la relacion que de algun modo tiene con la biografía de Dante.

Corria el mes de abril del año de 1300, cuando tres personajes que residian en Florencia y que mantenian intimas relaciones con Bonifacio VIII, fueron denunciados al gobierno florentino como perturbadores y conspiradores, por lo cual se les formó un proceso rigoroso. No se dijo precisamente lo que habian hecho o intentado; pero todos los indicios dejaban presumir que no habian intentado nada sino de acuerdo con Bonifacio VIII. Así es que apénas supo éste la persecucion que sufrian del gobierno florentino, dió órden de hacerla cesar. Pero no se hizo caso alguno de semejante órden y los acusados fueron condenados a multas enormes. El prior que habia motivado todo esto, se llamaba Lappo Saltarello; uno de los personajes mas revoltoso de la faccion de los Blancos, y uno de los futuros compañeros de destierro de Dante, que lo ha citado en su Divina Comedia como uno de los objetos de sus mas vivas antipatías.

Indignado Bonifacio del poco caso que hacian de sus órdenes los priores de Florencia, escribió al obispo de aquella ciudad ordenándole intervenir sin pérdida de tiempo para hacer revocar la sentencia pronunciada contra sus tres protejidos, o de romperla como nula. El obispo hizo lo que pudo para dar cumplimiento a las órdenes del pontífice, pero no consiguió nada.

Bonifacio escribió entónces directamente al gobierno de Florencia una carta fulminante, por la cual emplazaba a los tres principales autores de la sentencia ilegal segun él, y principalmente al nombrado Lappo-Saltarello, para comparecer ante su santo tribunal en el término de ocho dias, a dar cuenta de su conducta y a sufrir la pena que el pontífice tuviese a bien imponerles. En caso de desobediencia, la poblacion entera de Florencia quedaba amenazada con diversas penas temporales y espirituales. Estas nuevas amenazas no produjeron mejor efecto que la anteriores: la sentencia pronunciada se llevó a efecto; ninguno de los personajes citados compareció ante el Papa, y los florentinos fueron escomulgados en masa.

La segunda carta escrita por Bonifacio VIII en esta ocasion es mui importante para la intelijencia de los acontecimientos a que

nos acercamos. Es una polémica formal y detallada, teniendo por objeto principal refutar el dicho de los florentinos que pretendian que el Papa no tenia ningun derecho para entrometerse en el gobierno de Florencia. No solo sostenia Bonifacio con razones jenerales la superioridad del poder espiritual sobre el temporal, sino que trataba de demostrar de una manera directa y positiva que el gobierno de Florencia pertenecia a la autoridad pontifical. Hé aquí algunos rasgos de aquella famosa carta:

«Toda alma debe estar sometida al jefe supremo de esta igle-
« sia militante; todos los cristianos, cualquiera que sea su clase
« o condicion, deben doblar la cabeza ante él. De otro modo,
« ¿cómo podrian vivir los hombres que no quisieran reconocer
« un superior? Quién correjiria sus errores? Quién castigaria sus
« maldades? Seguramente seria un insensato el que se imajinase
« poder vivir de esa suerte. Así es que nos aflije tanto mas el
« ver atentar contra la autoridad de la Santa Silla y a la pleni-
« tud del poder que nos ha sido confiado por Dios, cuanto que
« la ofensa procede de aquellos que son mas particularmente
« nuestros súbditos. Los emperadores y los reyes que mandan
« a la ciudad de Florencia, no están sujetos a nosotros, y no nos
« prestan el juramento de fidelidad?—Quién reparará el mal hecho
« en las ciudades y pueblos de la Toscana, y a quién ocurrirán
« los oprimidos si no pueden ocurrir a nosotros?» Todo esto no eran mas que buenas palabras, ahora vamos a ver los hechos que a ellas contestaron.

Al punto de exasperacion a que habian llegado desde el principio del año 1300 el partido de los Blancos y de los Negros, no faltaba sino una ocasion para que viniesen a las manos, y esta ocasion no tardó en presentarse.

Ya he hablado de los festejos con que se celebra en Florencia la vuelta de la primavera. La noche del primero de mayo, la plaza de la Santísima Trinidad se hallaba atestada de hombres y mujeres, y de jóvenes de ambos sexos que bullian, cantaban y bailaban. En medio de esta muchedumbre alegre se encontraron de repente dos numerosas y brillantes cabalgatas compuestas, la una de los jóvenes de la familia de los Cerchi, jefes del partido de los Blancos, y la otra de sus contrarios la de la familia de los Donati, jefes del partido de los Negros. Los dos bandos se irritaron al encontrarse uno con otro; pasaron de las amenazas a los golpes, y bien pronto hubo heridos y sangre. Al primer rumor del alboroto, los iniciados en uno y en otro bando tomaron las armas; se reunieron e hicieron fuertes en sus lugares acostumbrados, y de este modo pasó Florencia en un momento de una fiesta popular a la guerra civil.

Bonifario VIII informado por sus ajentes de la ruptura de las dos facciones, y conociendo el peligro en que los Negros se ha-

bian colocado, se apresuró a socorrerlos. Para esto envió a Florencia al cardenal Mateo Aquasparta, personaje mui considerado por su saber y piedad, con la órden de restablecer la paz y de reformar el gobierno de manera que los honores y los empleos públicos fuesen como ántes, divididos por igualdad entre los dos partidos. El Cardenal llegó por fin y fué mui bien recibido. Pero los Blancos que desconfiaban siempre del Papa, estaban resueltos a no admitir la intervencion de su legado, y a negarle el poder de reformar el gobierno. Los partidos permanecieron, pues, en presencia uno de otro, con las armas en la mano, sumamente descontentos, irritados y dispuestos a terminar sus diferencias con la fuerza. El cardenal Aquasparta que fué a Florencia para reponer a los Negros en la participacion del gobierno, se quedó solo para sostenerlos en secreto por medio de conspiraciones y de intrigas esponiéndose de este modo a todas las consecuencias de la cólera de los Blancos.

Tal era la situacion de Florencia al principiar el mes de junio del año de 1300, en el momento en que los seis priores o gobernadores de la república, cuyas funciones terminaban el 15 del mismo mes, tenian, segun costumbre, que nombrar a sus sucesores (f). En momento tan crítico la eleccion era mucho mas grave y difícil que de ordinario. Iban a dejar a sus sucesores un gobierno peligroso, una ciudad que habia ofendido de un modo irreparable al irascible y fogoso Bonifacio VIII, y a la guerra civil, suspendida como por encanto, que estaba a cada momento próxima a estallar.

De los seis priores que fueron elejidos en esta ocasion, solo el nombre de cinco de ellos ha llegado hasta nosotros, y aun de estos cinco hai cuatro tan oscuros, que seria tan imposible el decir algo sobre ellos como citar el nombre de los cuatro primeros florentinos que pasaron el puente de la Carraia el mismo dia 15 de junio del año de 1300. Solo el quinto es conocido; y este fué Dante. Parece que al colocarlo allí, en medio de cólegas sin capacidad y sin nombre, se hubiese querido concentrar sobre su cabeza toda la responsabilidad de los acontecimientos que se acercaban.—*(Continuará).*

NOTAS.

—

(a) Dante jamás se pudo consolar de la pérdida de su Beatriz. Hai en la Vita Nuova canciones y sonetos que revelan toda la ternura, todo ese anhelo confuso de un corazon solitario y de una intelijencia que jira en un espacio invisible. Su único consuelo lo encontraba en la relijion, la cual era para él una transfiguracion de ese amor que vivia en la inmortalidad, en Dios. La confianza de su reunion con Beatriz era lo que le alentaba en sus tristezas, lo que le fortalecia en sus estudios. La Vita Nuova concluye con las siguientes palabras: «aparecióseme una marabillosa vision en la cual vi tales cosas que me hicieron prometer no decir nada mas de esa vision mientras no lo pudiese hacer mas dignamente. Y desde entónces estudio lo que puedo, como ella bien lo sabe Y si place a aquel, por quien todas las cosas viven, que mi vida se alargue un poco, espero decir de ella lo que jamas se ha dicho de ninguna. Y plazca despues a aquel que es el Señor de la justicia, que mi alma pueda ir a ver la gloria de su dama, de aquella bienhadada Beatriz que gloriosamente mira la faz de aquel *qui est per omnia secula benedictus*.— Y en el Convito se espresa de este modo; estoi firme y seguro en la creencia de obtener despues de esta, una vida mejor, allá donde vive la gloriosa dama de la cual mi alma estuvo enamorada». Beatriz viva habia sido para Dante una aparicion celeste, pura como la virtud, resplandeciente como el amor eterno. Beatriz muerta fué la imajen de su adoracion misteriosa, el ídolo oculto en su alma y al cual dedicaba sus plegarias y sus cantos. Su gran poema es la ofrenda a esa memoria. Inspirado por el amor, escrito por el amor, es sublime y divino como él.

(b) Esta es una inculpacion injusta y que carece de fundamento alguno: debe considerarse mas bien como un chisme inventado por los mal intencionados y que despues han repetido como una verdad, diversos biógrafos del Dante. El matrimonio de Dante fué una alianza de familia y un arbitrio de la madre de este para arrancarlo de la misantropía y tristeza en que lo tenia estasiado el estudio y la imperecedera memoria de su amor perdido. Güelfa, uniólo a una de las poderosas familias güelfas, prometiéndose así hacer la felicidad doméstica de su hijo y abrirle paso a los honores públicos que anhelaba conseguir. Cuando las facciones dividieron a ambas familias, el proscripto de su patria, se consolaba en su destierro con la seguridad de que sus hijos no tenian que mendigar el pan ajeno, ese pan duro que él ablandaba con las lágrimas de su inmenso dolor. Missirini refiere largamente los acontecimientos que subsigueron al destierro de Dante y las causas que obligaron a su esposa para acojerse a la casa paterna. Boccaccio en su vida de Dante dice: que habiendo sido por sentencia de sus enemigos, saqueadas, incendiadas, confiscadas las propiedades de Dante, doña Gemma logró con gran trabajo salvar una pequeña parte de sus posesiones como dote suyo: y con las miserables entradas y con su industria, la cual era bien estraña a su esfera, mantenia humildemente a sus hijos. Otro biógrafo habla de Gemma en términos que indican la nobleza de su alma y la rectitud de sus sentimientos. Dante, dice, casóse con una niña púdica, rica y noble llamada Gemma, la cual por sus cualidades y por su belleza era verdaderamente una perla. (Gemma en italiano significa *perla.)*

La acusacion que mas puede dañar a la reputacion de Gemma es la de haberse acojido a la casa paterna, siendo la familia de su padre la perseguidora mas obstinada de su marido; por lo cual Dante mismo se mostró indignado. Pero a ella responde Missirini «es verdad que ese paso puede considerarse como ultrajante para Gemma, pero sabemos acaso las privaciones de toda especie que tendria que sufrir en su miseria, teniendo que mantener y que educar a seis hijos?» Quién sabe si el temor de las persecuciones que podrian sufrir por los enemigos de su padre la obligó a ello, y su amor de madre encontrándose en la lucha, prefirió mas bien salvar a sus hijos inocentes, renunciando a un orgullo que amenazaria a cada instante su reposo y el de sus hijos! Petrarca mismo dice que Dante al partir abandonó su mujer a la voluntad de la Providencia; y siendo así, cómo pueden exijirse de una débil mujer, que carga con la responsabilidad de una familia, esa fuerza de voluntad, ese heroismo moral, que son la grandeza de un espíritu elevado que se nutre de si mismo y que espera como única recompensa la silenciosa aprobacion de la virtud? Qué de humillaciones, qué de ver-

güenzas no habria tenido que sufrir el padre de esos hijos que recibiendo la escasa limosna de los príncipes, doblegaba la rectitud de su carácter altivo? A pesar pues de las acusaciones falsas o injustas, a pesar de esas apariencias engañosas que muchas veces son la tiniebla que ocultan la virtud y la abnegacion de ciertos seres, la mujer de Dante fué una mujer virtuosa, una mujer magnánima. Su sacrificio fué silencioso, pero digno; y sus hijos bendecirian a esa madre, que careciendo del sustento necesario para la vida, sobrepujaba en abnegacion al gran proscripto. Dante tenia a su cargo la dignidad de Florencia y supo realzarla hasta la muerte; Gemma la responsabilidad de su familia y llenó sus deberes; ambos cumplieron y ambos fueron desgraciados.

(c) Muchos historiadores hablan de las embajadas de Dante y hacen subir hasta catorce el número de las que obtuvo, entre las cuales enumeran, una al rei de los Hunos, otra al rei de Francia y otra última a Bonifacio VIII. Todas estas legaciones fueron cumplidas por él ántes de ser Prior de la república florentina. Dante, jamás descuidaba en sus mismas ocupaciones políticas, el estudio de las ciencias que eran para su espíritu una fuente de consuelos, prestándole alas mas poderosas para contemplar de cerca a la verdad. A donde quiera que llegaba, se unia con los mas sábios, conferenciaba y discutia con ellos sobre los altos principios que iluminaban entónces la sabiduria y la relijion. Missirini, dice que en Nápoles, en su segunda mision disputó como laico con Pablo Archino.

(d) El año de 1300 es el que señala Machiavello como el primero en que comenzó a usarse la denominacion de Blancos y de Negros en las dos facciones del partido güelfo. Hé aqui como refiere el suceso en sus Historias Florentinas: Habia en Pistoja una familia, la de los Cancellieri, noble entre las primeras. Ocurrió que jugando Lore, hijo de Guillermo, y Geri, hijo de Bertaccio, ámbos de esa familia, se propasaron de voces y Geri fué herido levemente. El suceso enojó a Guillermo y pensando acallar el escándalo con mostrarse humano, lo acrecentó; pues ordenó a su hijo que fuese a casa del padre del herido y que le pidiese perdon. Lore obedeció; pero este acto humano no calmó el irritado espíritu de Bertaccio, y haciendo tomar a Lore con sus criados, le hizo cortar la mano sobre un meson de cocina, en signo de mayor desprecio, diciéndole: «Vuelve a casa de tu padre, y dile que las heridas se curan con el cuchillo y no con las palabras». Esta crueldad sublevó los ánimos de la otra parte de la familia ultrajada y reclamó venganza con las armas en la mano. Como esta familia, descendia de un Cancellieri que habia sido casado dos veces, una de ellas con una señora llamada Blanca, denomináronse Blancos a los que de ella descendian y Negros

a los otros por contraposicion. En Florencia aceptaron las mismas denominaciones, segun el partido que protejian. Despues ya no sirvió mas qne de pretesto, pues la familia de los Donati y de los Cerchi, satisfacian sus furores de venganza siempre que su odio les permitia venirse a las manos. Este ya fué el signo de las futuras disenciones que debian arrojar a tantos del suelo natal y a tantos arrastrar al sepulcro.

(e) Esa unidad que piensa el autor como mui difícil encontrar en la conducta de Bonifacio VIII, es mui fácil de esplicar sin embargo. Hipócrita y falso, jamás tuvo franqueza y decision en sus opiniones sino cuando le favorecian. Mientras fué cardenal, protejió a los Gibelinos y no dejó de manipulear las cartas con los Güelfos. Elejido Papa, por la renuncia de Celestino V, fué el mas terrible perseguidor de aquellos y el mas decidido amigo de estos. Dante lo juzga y lo castiga como simoniaco; y ningun historiador deja de exhibir el espectro del avaro crapuloso que vendia la hostia sagrada, que consideraba los derechos y las dispensas como sus mayores entradas que enriqueciéndose indignamente acumulaba tesoros mal habidos. Mas adelante lo encontraremos aun como actor en las perturbaciones de Florencia y como protector de un príncipe estranjero.

(f) Las funciones de los Priores duraban dos meses; ellos, junto con el Gonfaloniere, o jefe de la república, eran los administradores de la justicia y dirimian tanto las cuestiones políticas como las de comercio. Para ser Prior era necesario ser comerciante o estar inscrito en algun arte o ciencia. Dante para obtener su nombramiento tuvo que inscribirse en la de los médicos y farmacéuticos. Los seis Priores representaban los seis barrios de la ciudad. Hemos creido conveniente hacer estas esplicaciones para que el lector pueda abarcar la esfera política en que comienza a jirar el poeta.

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

NOVELA ORIJINAL.

Largo rato habia permanecido Ismael en la actitud contemplativa en que lo hemos visto cuando unos golpes dados a la puerta le hicieron suspender sus reflexiones para decir, casi maquinalmente:

—Adelante.

La puerta se abrió, dando paso a Márcos que, con la sonrisa en los labios, vino a estrechar la mano de Ismael.

—En fin, dijo Márcos sentándose, parece que te has acordado que tienes por acá amigos que te desean.

—Y cómo has sabido mi llegada? dijo Ismael, respondiendo por una sonrisa al cumplimiento de su amigo.

—Mui sencillamente, contestó éste: tú dijiste, al despedirte, que volverias en esta semana.

—Mui bien; pero en la semana hai mas de un dia.

—Sí; mas yo para adivinar, he preguntado por tí desde el lúnes.

—Márcos, esclamó Ismael golpeándole el hombro con cariño, eres sin disputa el mejor amigo.

—Vivo en esa persuacion, dijo Márcos con seriedad; pero no creia que volvieses ántes del sábado, añadió despues de una lijera pausa.

—Y como ves, dijo Ismael sonriéndose, he llegado el juéves.

Márcos hizo un lijero movimiento de impaciencia como si hubiese esperado otra respuesta que la que acababa de oir; púsose de pié y haciendo arder un fósforo encendió un cigarro. Entretanto Ismael habia hecho lo mismo y recostádose sobre el sofá, como para contemplar mejor el jiro ascendente del humo.

Márcos no pudo sustraerse a un pasajero movimiento de envidia al contemplar la magnífica belleza de su amigo y pensó con desaliento que en caso de tenerlo por rival estaba perdido sin remedio.

—¿Y?... dijo como anudando la conversacion, por qué te has vuelto tan pronto?

—Sabes, dijo Ismael, que te has puesto curiosísimo desde que no te he visto?

—Te hacia esta pregunta, dijo Márcos mordiéndose los lábios, porque tu vuelta corresponde con lo que yo pensaba.

—¡Ah! esclamó Ismael, sospechando que su amigo conocia ya el motivo de su viaje ¿cómo así?

—Mira, quiero ser franco contigo, replicó Márcos sentándose al lado de Ismael. Desde tu partida han ocurrido aqui algunos trastornos.

—¿Ah?....

—Sí. Tú no ignoras que desde la tertulia de mi hermana, todos tienen sobre ti una opinion.

—¿Cuál?

—La de que piensas casarte con Elisa.

Márcos al pronunciar estas palabras se sentia desfallecer.

—¿Yo? Ni lo he soñado, dijo Ismael fijando sobre su amigo sus ojos penetrantes.

—No sé; pero en fin esto ha sido la creencia de todos, replicó Márcos, respirando con mas libertad.

—Pues si es así, dijo Ismael, todos se han engañado.

—Vamos, confiesa una cosa, repuso Márcos acercándose a Ismael; Elisa te ha querido.

—No sé.

—Entónces, tanto mejor.

—¿Por qué, tanto mejor?

—Porque ahora el viento ha cambiado y parece que Elisa renuncia a tí.

—¿Ola?

—Qué quieres, mujer al cabo.

—Pero hasta aquí, dijo Ismael, no veo donde quieres venir con tus preguntas.

—Voi a decirtelo. Por ciertos antecedentes creo que Elisa desea hablarte.

—Bien puede ser contestó con indiferencia Ismael y ¿qué hai en ello de estraño?

—Hai que yo estoi mui interesado en esa conversacion.

—¿Sí?....

—Mucho; y quiero hablarte como a un amigo: quiero mas, deseo que me aconsejes.

—Imponme del asunto y lo haré con vivo placer.

—Pues bien Ismael, acabas de decirme que ni has soñado en casarte con Elisa.

—Mui cierto, y lo repito; no lo he soñado.

—Es decir que no la amas.

—No. Tengo sí por ella un profundo aprecio y en caso de necesidad la haria sacrificios como un verdadero amante: Elisa es un ánjel.

—Perfectamente. Ahora óyeme: ántes de tu llegada a Rancagua yo sentia por ella una aficion pacífica, amor tranquilo cifrado en su carácter y en sus prendas morales y en las físicas tambien porsupuesto. De este modo esperaba con paciencia la época de redondear mis intereses pecunarios y ofrecerla mi mano. Mas despues, este amor pasivo se ha cambiado en una verdadera pasion, tal como no me creí jamas capaz de sentir: mi amor se ha hecho sentir con la fuerza de las pasiones que se desarrollan tarde: se ha trasformado en locura y mil veces he tenido zelos de tí.

Al decir estas palabras, Márcos estaba tan conmovido que Ismael estrechó su mano para tranquilizarlo. Márcos prosiguió.

—Ahora, despues de una revelacion que yo mismo la hice y sobre la cual me ha exijido el mas profundo silencio, Elisa pa-

rece haber cambiado de opinion sobre mí; y sea realidad o lo que mui bien puede ser, una esperanza forjada por mi cerebro, creo que podré volver a conquistar el afecto que ántes me manifestaba.

—Ojalá, dijo Ismael, tu union con ella colmaria mis deseos. Sabes que soi tu amigo y por otra parte acabas de ver el aprecio que hago de ella, de modo que si algo puedo.....

—Nada; pero deseo sí, que despues de hablar con ella me digas tu opinion.

—Lo haré con todo gusto, dijo Ismael.

—Entónces, dijo Márcos levantándose, hasta luego.

Márcos salió e Ismael hizo otro tanto despues de media hora, tomando el camino de la casa de Clara.

Al penetrar en el aposento de ésta, el jóven se sintió desfallecer como si esperase una sentencia fatal; mas no obstante su turbacion no pudo detenerse en la puerta, pues una voz del interior lo invitó a entrar.

Al entrar Ismael vió a Elisa y Clara que lo esperaban y no pudo disimular su admiracion al notar la estremada palidez de aquella, palidez que Ismael atribuyó a alguna enfermedad.

El semblante de Elisa revelaba una de esas veladas de tormentos sin número a que están sujetos todos los que viviendo de sentimientos, sienten la pesada mano del infortunio caer sobre sus ilusiones para convertirlas en otras tantas heridas. Sus ojos conservaban aun el brillo de lágrimas mal enjugadas, su frente serena merced al imperio de una voluntad de hierro, una de esas voluntades que talvez las mujeres solas poseen cuando se trata de hacer un sacrificio, acusaba, no obstante, mil dolores ahogados, mil esperanzas desvanecidas, innumerables esfuerzos salvados del abismo de la desesperacion. Mas al lado de tan melancólicas apariencias y modificando el sentimiento de su rostro descolorido, se podia ver en los ojos ese fulgor que la piedad sola presta al alma que lo trasmite, esa llama de resignacion divina que solo los corazones puros alcanzan a difundir al semblante: Elisa visiblemente confiaba en Dios.

Ismael se aproximó a ella y con sus hermosos ojos pareció cubrirla cariñosamente: Elisa se estremeció bajo tan poderoso magnetismo y sintiéndose demasiado turbada se aventuró a decir:

—Le doi Ismael las mas sinceras gracias por su exactitud.

—Es aunque de una manera mui débil, contestó Ismael, el único medio que se me ofrecia para demostrarla mi aprecio. Pero añadió con solicitud, la encuentro a U. pálida ¿ha sufrido U. algo?

—Oh, nada esclamó Elisa levantando al cielo sus bellos ojos. «Le decia Ismael, añadió tras breve pausa, que le agradezco infinito la esactitud con que U. ha acudido, pues tengo mui impor tantes cosas que hacerle saber, habiéndome tomado, durante su ausencia, la libertad de ocuparme de U.

—Ismael se inclinó dando las gracias y talvez para ocultar la turbacion que se pintaba en su semblante.

—¡Oh Dios mio! esclamó Elisa ¿sabe que me desesperaría si U. tuviese a mal lo que hago?

—Primeramente, replicó Ismael, mal podré censurar lo que ignoro del todo y por otra parte tengo de U. mui ventajosa idea para pensar por un momento que haya podido hacer mal.

—Mil gracias, U. me ha tranquilizado, dijo ella sonriéndose con indecible tristeza, y necesito esta tranquilidad tanto mas, cuanto que voi a tocar un asunto mui delicado.

—A mi vez, dijo Ismael, confieso que este preámbulo me asusta.

—Comenzaremos si U. gusta por retroceder un tanto y trasladarnos al año de 18.....

—Mui bien, estamos en él murmuró el jóven con voz apagada.

— En el verano de ese año, prosiguió Elisa, U. estuvo en Constitucion.....

—Antes de pasar adelante, dijo Ismael interrumpiéndola, quiero invocar el testimonio de Clara y ella podrá decirla Elisa que siempre me he negado a recordar aquella época.

—Mas yo espero que ahora olvidará U. esta repugnancia y me hará el favor de oirme, dijo ella con obstinacion; y notando que Ismael nada decia, continuó:

—En Constitucion U. conoció a una jóven hermosísima y viuda.

—Es cierto.

—Al cabo de poco tiempo U. la amaba dijo Elisa con voz conmovida.

—Con locura, esclamó Ismael como si en ese momento fuese la primera vez que sus recuerdos evocasen aquella memoria.

—Sí, con locura, repitió la niña, pálida como un cadáver ¿y ella?

—No lo sé.

—Ella tambien amaba con locura, prosiguió Elisa haciendo un esfuerzo supremo para articular aquellas palabras que su garganta comprimia porfiadamente.

—¿Pero entónces?.... preguntó Ismael sin poder continuar.

—Pero entónces lo mostró mui mal, quiere U. decir ¿no es verdad?

—Ismael dijo sí inclinando la cabeza.

—Y U. ignora que en aquel tiempo ella no podia disponer de su voluntad.

—Así me lo decia siempre y yo sin insistir en averiguarlo me contentaba con creer; mas despues la reflexion ha venido y con la reflexion la duda: la confesaré que ahora me pregunto ¿como una viuda, con solo un hijo y disponiendo de una brillante fortuna no posée completa libertad?

—Pues bien, dijo Elisa, yo puedo aclarar esa duda, mui justa a mi entender.

—Y al decir esto, la niña abria sobre una mesa el legajo de papeles que Márcos la habia entregado.

—La respuesta está aquí, añadió mostrando a Ismael una pájina escrita en papel sellado.

El jóven se aproximó y comenzó a leer.

—¿Un testamento? preguntó interrumpiendo su lectura a las primeras líneas.

—Sí, un testamento repitió Elisa, léalo U.

Ismael volvió su vista sobre los papeles y siguió leyendo. A medida que avanzaba su semblante repetia los cambios de sus poderosas y distintas senciones: al terminar, su espaciosa frente se inclinó abatida por un dolor profundo.

—¡Oh, Dios mio es cierto! dijo con amargo arrepentimiento, y como si hubiese olvidado la presencia de Clara y Elisa dejó caer su frente sobre una mano, apoyándose con la otra sobre la mesa.

El mas profundo silencio reinó en la estancia durante algunos momentos.

Al alzar los ojos Ismael vió los rostros de las dos jóvenes bañados por copiosas lágrimas. Clara miraba a Ismael, mientras que el llanto que inundaba sus mejillas parecia mas bien que por el pesar, causado por un placer inmenso y repentino; mientras que Elisa inmóvil, cubria con sus párpados el raudal de lágrimas que anegaba sus ojos, fijando en el suelo la vista en actitud tan dolorida que parecia próxima a desfallecer. El abatimiento de su cuerpo mostraba bien claro que la infeliz Elisa, sucumbiendo al peso de su heroica abnegacion, conoció que en aquel momento se despedia para siempre de cuanto puede halagar al corazon, de cuanto infunde al alma sus misteriosos deleites, del amor enfin, que se esparce en ondas deventura dorando el horizonte enriquecido por la esperanza. Mas de pronto su alma, semejante a ciertas flores que despues de tronchadas esparcen mejor y mas regalada fragancia, su alma, decimos, cobrando nuevo vigor, despues de hallarse herida de muerte encontró en Dios la fuerza que la abandonaba y trajo nueva animacion a sus desfallecidos espíritus: ¡esta lucha sublime habia durado un solo instante!

Ismael entretanto, fijaba en ella sus asombrados ojos creyendo un sueño el desvanecimiento de su larga duda y considerando a Elisa como una aparicion divina.

—U. me dispensará, dijo dirijiéndose a Elisa, si no he acertado a decir nada ni aun a darla las gracias por el marcado interes que U. acaba de manifestarme. Gracias a U., vuelvo a la vida de ántes, a la vida que durante tres años he abandonado por el doloroso martirio que me ha oprimido sin tregua. U., Elisa, me restituye la creencia borrada de mi alma por la acerada lima del dolor y me hace ver que solo he sido loco cuando he creido ser desgraciado. Ahora, solo me resta un deseo y es el darla a U. las mas encarecidas gracias por lo que ha hecho; de decirla que mi alma guardará siempre el mas profundo reconocimiento y de volverla, si se puede, en efecto la parte de mi vida que U. acaba de darme.

Y al decir estas palabras Ismael estrechó con fervorosa admiracion las heladas manos de la niña, cubriéndolas de mil lágrimas de ternura.

Al recibir tan ardiente manifestacion Elisa sintió que toda su

sangre, agolpándose precipitada hácia el corazon parecia querer escaparse, rompiendo las venas que contenian su impulso; pero haciendo un esfuerzo sobrehumano, levantó lentamente su vista sobre el jóven y pareció gozarse en las mismas palabras que la destrozaban, como esos mártires de la fé que sonreian a las devoradoras llamas de la hoguera.

—Como U. vé, dijo Clara para cortar tan dolorosa escena, Laura se hallaba ligada sin voluntad propia y condenada a huir mas bien el amor de U. so pena de dejar a su hijo en la miseria.

Ismael contestó solamente por un hondo suspiro.

—Hasta ahora dijo Elisa recobrando un tanto su serenidad, solo hemos aclarado una parte del misterio: nos queda lo principal. . . . .

—Oh, dijo Ismael interrumpiéndola; es evidente que desvanecido mi primer error, este arrojará su luz sobre los otros por impenetrables que parezcan.

—Lo único que debemos entonces hacerle saber dijo Clara es que Adriano y Florentina se han casado hace un año.

Ismael calló sintiéndose mui pequeño ante la jenerosa magnanimidad de Laura.

—Y en qué piensa U? dijo Clara notando la nube que oscurecia la frente del jóven.

—Ah, Clara esclamó él, U. que siempre ha sido la amiga, la hermana de Laura, U. que debe conocer sus pensamientos, dígame ¿seré perdonado?

—Estoi segura de ello, contestó Clara rebozando de alegría.

Ismael, despidiéndose apénas salió precipitadamente de la estancia.

Apenas pasaba la puerta de la casa se sintió detenido por una persona que salia del interior.

—Ah, Márcos ¡eres tú! dijo al ver a su amigo.

—Te he esperado hasta ahora ¿y mi encargo? preguntó Márcos.

—Veme dentro de dos horas en casa, dijo Ismael estrechando la mano de Márcos y marchándosé con precipitacion hácia la casa de Laura.

XIV.

Dejemos a Ismael en su precipitada marcha y volvamos a

Laura, que la sucesion natural de los incidentes de esta historia nos ha hecho abandonar por algun tiempo y para ponerla al nivel de los demas personajes de nuestra escena retrocedamos a la noche de la tertulia de Clara, dando una rápida ojeada al estado de su alma desde aquella época hasta el momento de la revelacion hecha por Elisa a Ismael:

Como han visto nuestros lectores, Laura siguió los movimientos de Ismael, que a instancias de Clara se preparaba a cantar. Las primeras notas de la voz del jóven, para ella de una armonía celeste, habian caido sobre un alma ulcerada por largos pesares vivificando sus recuerdos y alentando desterradas esperanzas. Laura vivió en los dias pasados con ese vigor con que el alma se reparte sobre todas las escenas felices de la vida recibiendo de cada una de ellas doble placer que el que entónces recibiera, pues a la ficcion del goce se añade el poder de embellecerlos a medida del deseo. El brusco cambio de palabras hecho por Ismael en el romance y su voz, vibrando con amargo reproche, la hirieron en medio del poema de sus reminiscencias produciendo en ella una de esas reacciones violentas que destrozan a los fuertes y que en las débiles organizaciones infunden el mas completo desaliento.

A tan funesto golpe sucedió un horrible despertar.

Laura, al cabo de poco tiempo, supo que las visitas de Ismael a Elisa se hacian mas frecuentes cada dia: con esta noticia, y la voz que por el pueblo circulaba del enlace de los dos jóvenes, sus últimas esperanzas principiaron a abandonarla. Clara fué para ella entónces el único consuelo, el solo corazon amigo donde saciar el deseo que todos los que sufren esperimentan de confiar a otros sus pesares. La historia de su amor fué repetida a la amiga con toda la sinceridad y confianza del infortunio: sus aspiraciones fatalmente combatidas por su contrario destino; los horrores de la ausencia y de la incertidumbre; las esperanzas de felicidad engañadas; toda la série de sus amarguras en fin fué confiada por ella de manera a hacer verter torrentes de lágrimas a su amante compañera.

Clara formó el plan de revelar todo a Ismael y hemos visto que el éxito habia sobrepasado sus deseos.

Laura, prevenida de la marcha de los acontecimientos espe-

raba a Clara con el ansia de un prisionero que desde el fondo de su calabozo alcanza a oir los gritos de los amotinados que intentan salvarlo: cada hora era un siglo para ella, porque cada hora encerraba un deseo. Por fin, Clara la anunció la entrevista que nuestros lectores conocen; mas sin poder comunicarla nada de positivo sobre ella. Esto hizo que cuando Ismael se despedia de Elisa, Laura habia pasado ya por las innumerables transiciones que ajitan al espíritu cuando se espera alguna decision importante. Su imajinacion habia subido penosamente la resbaladiza escala de las probabilidades en la que a todo momento se está a riesgo de perder el equilibrio y perder el camino ganado a duras penas: su corazon, como una persona que vá ahogándose, se sumerjia en dolorosas dudas y reaparecia despues a la superficie segun el capricho de sus ajitádas reflexiones.

Cuando Ismael llegaba a la puerta de su casa, la jóven, sintiendo sus fuerzas agotadas en tan desastrosa lucha se habia dejado caer sobre una poltrona, palpitante, pálida y abatida bajo el peso de sus azarosos cuidados. Los nervios, esta alma física de la mujer, si nos es permitido llamar asi la parte de su organizacion mas delicada e impresionable que tan poderosamente influye sobre las demas; los nervios, decimos, ejercian su imperio sobre el cuerpo agoviado, haciéndolo caer en una especie de letargo para el cual el sufrimiento pierde su terrible poder: una grande y completa alegría era solamente capaz de conmover en aquel instante sus agotadas sensaciones.

Entre tanto Ismael, al atravesar el patio de la casa creia ver en cada puerta la aterradora recomendacion escrita en las puertas del infierno del Dante. Su corazon se reprochaba como un crimen sus antiguas sospechas y no obstante que Clara acababa de asegurarle que estaba de antemano perdonado, Ismael se decia que el amor de Laura no habria podido resistir a la dura y larga prueba a que habia estado sometido.

En esta disposicion de ánimo Ismael se presentó a la puerta del cuarto de Laura.

Esta, al oir el ruido de los pasos del jóven se levantó como impelida por un choque galvánico, sus órbitas se dilataron estremadamente y su vista se clavó aterrorizada en la puerta: ésta se abrió y en el umbral de ella se presentó Ismael.

Ambos se contemplaron turbados y palpitantes, ajitados los pechos y contenidas las respiraciones por el vértigo de la incertidumbre; mas aquella vacilacion duró solo el espacio de un segundo, ménos talvez: Laura tendió sus brazos como buscando un apoyo y el jóven, con la velocidad del rayo, se precipitó hácia ella, sosteniéndola en sus brazos y murmurando a su oido:

—¡Laura! Laura mia!

Y estas palabras resonaron con acento de tan rendida y amorosa súplica, con tan suave y apasionada armonía que la desfallecida Laura fijó en él sus grandes ojos como un niño que no comprende lo que oye, alzólos en seguida al cielo, cual si buscara en su alma el recuerdo de aquella voz melodiosa, y estrechando convulsivamente la mano de Ismael esclamó con voz apagada pero cariñosa:

—¡Ismael! Ismael adorado!

—

CONCLUSION.

Cuatro meses despues de los acontecimientos que llevamos referidos, las puertas de la iglesia del Cármen-bajo de Santiago se hallaban abiertas de par en par, y el patio de entrada ocupado por varias personas en las que, observando los trajes se habria podido conocer cierto aire de fiesta inusitado en un dia mártes, dia en que pasó la escena a que convidamos al lector.

En la calle, a lo largo de la fila de álamos que bordan la vereda, habia varias calesas y dos coches, y en la puerta de la entrada se veian tres jóvenes, vestidos de riguroso negro, animados al parecer en mui interesante conversacion si habria de juzgarse por la accion de uno de entre ellos.

—Por mi parte, decia éste, jóven rubio, alto y revestido de ese sello de importancia que algunos parecen haber obtenido con patente de privilejio, por mi parte, señores, yo nunca pierdo una invitacion a monjio, pues estoi seguro, sino de divertirme, al ménos de tomar el chocolate de monja, único en su especie.

—Pero entre tanto que éste llega, dijo otro de los jóvenes, cuéntanos algo sobre la novicia.

—Qué me preguntas a mi que nunca la he visto, contestó el que primero habia hablado, aquí está Márcos que la conoce segun creo, pues viene de Rancagua.

Y diciendo estas palabras señalaba con el ademan al tercer personaje del grupo que hasta entónces habia permanecido silencioso.

Márcos, al verse tan bruscamente interpelado cuando mas queria callarse, hizo maquinalmente un lijero movimiento de impaciencia.

—¿Yo?, apénas la conozco, dijo turbado y palideciendo.

—¡Cómo apenas! esclamó el jóven rubio, me han contado que es mui amiga de tu hermana.

Márcos no dió respuesta alguna y afectó buscar con la vista a alguien entre los grupos que habia en el patio.

—Pero en fin, preguntó el segundo interlocutor, ¿es bonita? ¿es fea?

—Así, así, dijo Márcos continuando su finjida pesquiza.

—Si es fea, esclamó el rubio, está en su derecho y nadie irá a preguntarla los motivos que tiene para encerrarse. Si es bonita, ah, entónces las cosas varian: hai algo oculto, algun misterio que seria mui curioso saber ¿no es asi Roberto?

—Ciertamente, contestó el segundo jóven llamado por este nombre; y me han dicho, añadió, que hai algo como un amor desgraciado......

—¡Qué! chismes! esclamó Márcos.

—Poco a poco, replicó Roberto, la persona que me lo ha dicho es un su pariente que vive en Rancagua y que podemos llamar, pues desde aquí lo diviso.

Márcos bajó la cabeza petrificado con la amenaza del testigo; mas un coche que en aquel instante paró delante de la puerta vino felizmente a su socorro, pues dejando a sus dos amigos se dirijió a recibir las personas que en él venian.

La puerta del coche se abrió para dar paso a un jóven vestido con esmerada elegancia el que ofreció su mano a una mujer que pareció no tocar el suelo hasta hallarse al lado de su compañero.

—Oh, oh, dijo Roberto, amigo Pedro, U. que es tan aficionado, aquí tiene una belleza de nota.

—Cáspita, lindisima, esclamó Pedro estirándose los cuellos con el mas consumado aire de fatuidad.

—Pero confiesa que el hombre no es ménos en su jénero, observó Roberto.

—Tienes razon, contestó Pedro algo desconcertado, y dime; ¿tú los conoces?

—Mui poco, de vista solamente.

—Ese jóven es su hermano?... su marido?

—Su marido.

En este momento el jóven y la niña de que ámbos hablaban, habian llegado al medio del patio y principiaban a tomar hácia la derecha, cuando Márcos que se habia detenido un instante con sus dos amigos, les dijo indicándoles la direccion opuesta:

—Por aquí Ismael.

Los tres entraron a una pequeña pieza algunos momentos reinó entre ellos el mas profundo silencio.

—¿Y nada se ha conseguido? dijo la niña dirijiéndose a Márcos.

—Nada Laura, contestó éste con tristeza, imposible ha sido hacerla cambiar de resolucion, siempre contesta que su deseo es irrevocable.

—¡Pobre Elisa! murmuró ella.

Los tres volvieron a quedar en silencio, hasta que viendo un gran movimiento entre las personas que allí habia salieron del cuarto y atravesando el patio entraron a la iglesia.

Los altares resplandecian con mil luces y el incienso, en ondas perfumadas, jiraba en torno de las desiertas naves. Todos al entrar, preocupados con la ceremonia que esperaban, sintieron ese aire frio que baña el rostro cuando se penetra en los panteones. La triste idea del olvido heló todos aquellos corazones indiferentes un momento ántes, y todos, dispersándose en diferentes direcciones cayeron en ese recojimiento relijioso, mezcla de adoracion a Dios, de doradas reminicencias y de temor a la muerte.

Nuestros tres amigos, Laura, Ismael y Márcos se habian colocado en un lugar desde donde podian perfectamente ver cuanto pasaba.

La música se hizo oir resonando en todos los ámbitos de la iglesia con esa majestad que infunde al alma su mas poéticos

arrobamientos: una puerta lateral se abrió dando paso al cortejo de relijiosas que conducian a la novicia al seno del Señor. Elisa venia en medio de ellas, con pálido rostro, alzados al cielo los hermosos ojos y vestida con toda la gala del mundo. Su frente, contraida por el inmenso dolor que hasta allí la condujera, no habia sinembargo nada perdido de su pureza, ningun odio habia aun empañado su tersa blancura. Era todavia el ánjel del cielo que habiendo concluido su peregrinacion en el mundo, volvia al paraiso de Dios con blancas alas y corazon purísimo. Todos los asistentes miraron con asombro el delicado rostro de Elisa, de suaves y amorosos contornos, de cútis fresco y aterciopelado, todos contemplaron con cariño el gracioso y flexible talle divinamente dibujado por su lujoso vestido y todos pensaron tambien que la bella niña para condenarse a perpetuo e irrevocable enclaustramiento debia ceder al empuje violento de la desesperacion.

Algunos sollozos mal ahogados, sin duda de los padres y parientes de la novicia, resonaban lastimeros en los oidos de los asistentes, aumentando la solemne tristeza de aquella escena. Llegado el momento en que la novicia despojándose de los mundanos atavios los arroja de sí despidiéndose de la vida, Laura, Ismael y Márcos se miraron entre ellos, con los ojos henchidos de lágrimas y sintiéronse agotadas las fuerzas para continuar el tristísimo y silencioso adios que daban a su amiga. Los tres salieron de la iglesia, acompañando Márcos a sus dos amigos hasta el coche que los habia traido. Despues de despedirse de Laura e Ismael, contempló algunos instantes el carruaje que encerraba tanta felicidad y volviéndose despues hácia la iglesia: Vamos, dijo, seamos hombre hasta el fin.

Y desapareciendo por la puerta ocupó de nuevo su lugar para ver terminarse la dolorosa ceremonia.

ALBERTO BLEST GANA.

DANTE ALIGHIERI.

(BIOGRAFIA ESCRITA EN FRANCES POR M. FAURIEL.)

TRADUCIDA PARA LA «REVISTA» POR J. MORON Y ACOMPAÑADA CON NOTAS POR GUILLERMO MATTA.

No solo continuaron las revueltas en su priorado, sino que fueron agravándose de dia en dia. Los Negros, cada vez mas seguros del favor de Bonifacio VIII, y ayudados por los manejos del cardenal d'Aquasparta, redoblaban su confianza y su audacia. Los jefes de los Blancos siempre en guardia y cada vez mas inquietos, resolvieron deshacerse del cardenal; pero no atreviéndose a desterrarlo abiertamente, apostaron algunos hombres del pueblo para amenazarlo y asustarlo. Esta maniobra produjo un resultado marabilloso; el legado espantado huyó, pero renovando al partir la escomunion que pesaba ya sobre Florencia.

Los Negros, a pesar de verse privados de su apoyo, no cejaron por esto; por el contrario, tomaron un tono mas arrogante, y empezaron a hablar sin rebozo de un príncipe frances que venia a socorrerlos y por medio del cual todo iba a ser restablecido en su lugar en Florencia y fuera de ella. Estas amenazas tenian su orijen en una funesta intriga de Bonifacio VIII de que diremos algunas palabras.

Para asegurar la ejecucion de sus planes de dominacion política, Bonifacio habia tenido la idea de atraer a Italia un príncipe frances, que a la cabeza de alguna fuerza que podia traer consigo, obraria segun sus órdenes y haria cuanto le fuese ordenado en el interés de la iglesia romana. El príncipe sobre el cual se habia fijado para estos fines, era Cárlos de Valois, duque de Alençon, y hermano de Felipe el Hermoso. Este príncipe se habia distinguido hasta entónces en la guerra, y Bonifacio no podia encontrar otro mejor para lo que él deseaba.

Las negociaciones relativas a este asunto habian empezado hacia ya cerca de cinco años: la poca solicitud de Cárlos de Valois en decidirse segun los deseos del Papa, las habia hecho mui lentas; pero al cabo a fuerza de bulas, de estímulos, de promesas que se aumentaban por grados, Bonifacio logró persuadirlo, y en su consecuencia se decidió que Cárlos de Valois con un número determinado de caballeros y de hombres de armas franceses, pasaria a Italia en todo el año corriente de 1300. El rumor de su llegada, esparcido de antemano por todo el pais y particularmente en Toscana, produjo emociones mui diversas; las facciones todas se alarmaron o se regocijaron segun su posicion.

La verdad era que entre otros servicios que Bonifacio VIII se proponia exijir de Cárlos de Valois, queria emplearlo en someter a su dominio las ciudades de la Toscana que le resistian para poderlas gobernar segun sus miras.

Los Negros de Florencia no ignoraban los designios del Papa; y todo lo que podian decir o hacer respecto del príncipe frances con el cual amenazaban a sus contrarios, si no estaba espresamente concertado de antemano con el pontífice, se hallaba conforme con sus proyectos y era concebido por el deseo de adelantar su ejecucion. Pero se apresuraron demasiado y se condujeron de manera que dieron la alarma al gobierno que se vió precisado a ponerse en guardia.

En una época que los historiadores no señalan fijamente, pero que segun todas las apariencias debió ser en los primeros dias de agosto, los jefes de la faccion de los Negros se reunieron en la iglesia de la Sma. Trinidad para deliberar sobre sus asuntos. El resultado de esta deliberacion fué dirijir al Papa Bonifacio VIII la peticion de recomendarlos al príncipe frances cuya llegada esperaban, y de ponerlos bajo su proteccion especial.

Este debate y esta peticion produjeron en Florencia gran cólera y escándalo. Los Blancos, precipitados por la amenaza que se les hacia con el príncipe estranjero, se conmovieron y tomaron las armas: la esplosion de la guerra civil parecia ya inevitable. Los priores, que hasta entonces habian sufrido las intrigas y las conspiraciones de los Negros, se creyeron esta vez

obligados a reprimirlos; pero para evitar el reproche de parcialidad, quisieron incluir en el castigo a aquellos del partido de los Blancos que habian sacado la espada en las últimas revueltas.

Algunos de los mas turbulentos de entre estos fueron desterrados y relegados por algun tiempo a Sarzano. De este número era el amigo de Dante, Guido de Cavalcanti, que se habia distinguido por su ardor contra los Negros cada vez que se habia presentado la ocasion de atacarlos.

Los Negros fueron tratados con mas rigor; hubo un número considerable de relegados a la Pieva, en la frontera de los estados de la Iglesia; y Corso Donati, su jefe, fué condenado a un destierro perpetuo y a la confiscacion de todos sus bienes. Respecto a este último habria algunas particularidades que aclarar si fuese este el lugar oportuno; pues parece que habiendo sido desterrado anteriormente habia burlado su condena, y que el destierro perpetuo pronunciado por esta segunda sentencia fué motivado por aquella infraccion.

Todos los biógrafos de Dante que escribieron segun las tradiciones de su tiempo o siguiendo documentos auténticos, perdidos hoi, están de acuerdo en atribuir a su influencia y a su autoridad personal este doble golpe que heria al mismo tiempo a las dos facciones que turbaban a Florencia, y yo no veo razon para dudar de su testimonio. Al encarnizarse contra su propio partido, nuestro poeta no podia ser inspirado sino por motivos nobles; pero estaba sin duda mui lejos de preveer los amargos disgustos que se preparaba por este rigor. Guido Cavalcanti se hallaba enfermo cuando fué desterrado, y los malos aires de Sarzana empeoraron su mal rápidamente. Al cabo de poco tiempo obtuvo el permiso de volver a Florencia; pero ya fué demasiado tarde; vivió aun algunos dias y murió llorado por todos (a).

Dante cesó en sus funciones de prior de la república el 15 de agosto del mismo año de 1300 pero no fué para volver al reposo de la vida doméstica. Su pais tenia cada vez mas necesidad de él. Los Negros desterrados a la Pieva habian quebrantado su destierro y habian corrido a Roma, donde fomentaban por toda clase de manejos y de palabras la cólera de Bonifacio VIII contra los Blancos. Esto no les era difícil, sobre todo a Corso Donati, a quien el pontífice consideraba y queria como a un señor noble y valiente, que habia estado por algun tiempo a su servicio en calidad de gobernador de una de las ciudades de la Romaña.

Inquietos por los peligros crecientes de su situacion, los Blancos se decidieron a dar un paso solemne cerca del pontífice para procurar ablandarlo y que los relevase de las escomuniones

fulminadas contra ellos. Con este objeto le enviaron una embajada de que es seguro formaria parte Dante, apesar de no decirlo espresamente ningun historiador. Esta embajada debió llegar a Roma hácia fines de setiembre de 1300. No se ha conservado ningun detalle del modo como fué recibida; pero los acontecimientos posteriores demuestran con bastante claridad que no sirvió para nada y que Bonifacio persistió en los planes que de antemano habia concebido.

Sin embargo Dante no tuvo porque arrepentirse de haber ido a Roma; pues gozó allí de un espectáculo que tuvo indudablemente mucha influencia sobre el lado poético de sus ideas. El año de 1300 era el señalado para el jubileo instituido por Bonifacio VIII. Innumerables masas de cristianos afluian de todos los confines de Europa, se empujaban en todos los caminos, en todas la calles de Roma, llegando los unos, los otros partiendo, y todos unidos en un solo pensamiento, por una sola esperanza, transportados todos por una misma alegría. Esto era seguramente mas bello y mas digno de contemplar que los furores y las divisiones de la política. Asi es que Dante fué impresionado vivamente; y que para consagrar la fecha de estas emociones sublimes puso la época de su vision en el año de 1300.

De vuelta a Florencia, Dante volvió a caer en todas las amarguras de la política. Rechazados los Blancos por Bonifacio VIII procuraron afirmarse por toda clase de medios, y en adelante se creyeron dispensados de guardar consideraciones a la faccion enemiga. Hicieron volver de Sarzana a aquellos de sus partidarios que habian sido relegados bajo el priorado de Dante. Algo mas tarde, al principio del año de 1301, se concertaron con los Blancos de Luca y de Pistoia para hacer arrojar de estas dos ciudades a los jefes de los Negros. Pero apesar de todo lo que pudieron hacer no se hallaban tranquilos sobre el porvenir. Las amenazas y las intrigas de Bonifacio VIII se presentaban sin cesar a su memoria, y la idea del príncipe frances esperado por sus enemigos como un vengador, era para ellos tanto mas importuna cuanto era vaga y misteriosa.

Algunos meses se pasaron sin que se oyese hablar de este príncipe, y ya comenzaban a tranquilizarse, cuando toda la Toscana supo que habia pasado los Alpes y que se acercaba. A esta noticia, los Negros se precipitaron a su encuentro, lo rodearon por todas partes y formaron su escolta hasta Roma.

Cárlos de Valois habia pasado por Pistoia, a algunas millas de Florencia, sin presentarse en esta ciudad. Este augurio unido a tantos otros, pareció siniestro a los florentinos. El Consejo Jeneral de la República se reunió para deliberar sobre lo que deberia hacerse. Se esperaria la tormenta, pero dispuestos a resistirla cuando llegase a estallar? Se trataria de conjurarla y de

deshacerla? Los detalles de la deliberacion no son conocidos; no se sabe mas que el resultado; y este fué el de enviar al papa Bonifacio VIII una nueva embajada para hacerle nuevas protestas de sumision y de respeto, para conjurarlo a no enviar a Cárlos de Valois a Florencia, y asegurarle que otro personaje cualquiera que no fuese el príncipe frances, obtendria mejor resultado en una mision pacífica a Toscana.

Resuelto ya el envio de una embajada, no se trataba sino de elejir su jefe. Dante, a lo que parece fué electo por unanimidad, y en esta ocasion se le atribuye aquel dicho tan conocido:—«Si yo voi quién queda?—Y si yo me quedo, quién vá?»—Esta frase que no refiere ninguno de los escritores contemporáneos de Dante puede tal vez haber sido inventada en el siglo XV por alguno de los admiradores de nuestro poeta. Sin embargo, se hermana tan bien con el carácter, con el talento y con la situacion de aquel a quien se le atribuye, que seria tan inverosímil el tenerla por una invencion como el creerla histórica (b).

De cualquier modo que sea, Dante fué uno de los tres nuevos embajadores, que partieron con gran prisa a suplicar a Bonifacio VIII que no enviase a Cárlos de Valois a Florencia. Pero la suerte de ésta estaba decidida ántes que ellos llegaran. El pontífice habia conferenciado largamente con el príncipe frances de sus proyectos sobre la Toscana, y todo estaba arreglado entre ellos a este respecto. Por una bula solemne dada en Anagni el 3 de las nonas de setiembre de 1301, el príncipe habia sido investido del título de *paci* (Paciaro) de la Toscana, título tomado de las instituciones de la Tregua de Dios, en el mediodía de la Francia y de todo punto equivalente al de pacificador. Con esta mision patente, anunciada en términos vagos, jenerosos y paternales, habia recibido instrucciones secretas mas precisas. Los hechos van a darnos a conocer estas instrucciones (c).

Llegados a Roma, los diputados florentinos se presentaron a Bonifacio VIII. Este los recibió con muestras de la mayor benevolencia, pero no escuchó ninguna de sus proposiciones.—«Dejadme hacer y quedareis contentos. Fiaos de mí y vereis como todo irá bien.» Tales fueron en resúmen todos sus discursos; en seguida despidió a dos de los embajadores recomendándoles fuesen a aconsejar a los suyos la confianza y la sumision. Pero retuvo a Dante a su lado. Esto era obrar diestramente: enviaba a Florencia dos hombres débiles y engañados, que no dejarian de engañar a otros predicando la obediencia, y separaba del gobierno florentino al hombre que le habia sujerido una resolucion valerosa, y que hubiera podido sostenerlo. Por otro lado apresuraba vivamente la salida de Cárlos de Valois para la Toscana (d).

La llegada y la conducta del príncipe en Florencia debian ser

para él un eterno objeto de oprobio, y para Florencia la señal de revueltas desastrosas. Yo podria dispensarme de abrir esas tristes pájinas de una historia en que ya he dado a conocer bastantes calamidades y desórdenes. Sin embargo, esas pájinas no son enteramente estrañas a mi objeto: en ellas puede verse qué clase de males habia querido Dante evitar a su pais, al tratar de alejar la visita del príncipe que habia aceptado de un papa soberbio y rencoroso una mision de venganza y de traicion. Procuraré ser corto y reducir cuanto me sea posible la historia a las proporciones de la biografía.

Cárlos de Valois salió de Roma en los primeros dias de octubre, y tomó el camino de Florencia a la cabeza de un cuerpo de ochocientos a mil hombres de armas o caballeros franceses, mandados por señores de distincion. Este cuerpo se reforzaba cada dia en el camino con nobles o aventureros italianos, entre los cuales se encontraban hombres que se habian formado un renombre de valor guerrero y de capacidad política, tales como Mainardo da Susinana y Cante de Gabrielli de Agubio. Por último figuraba en este cortejo otro personaje que era imposible ver sin sospechas siniestras: era este Corso Donati, el jefe del partido de los Negros.

A cada paso que avanzaba este pequeño ejército hácia Florencia, se aumentaban las alarmas y las incertidumbres de los florentinos. Todos los dias se deliberaba sobre si se recibiria o no al príncipe, y nada se decidia. Por último se le enviaron diputados que lo encontraron en Siena. Iban encargados de conocer sus disposiciones y de informar a la Señoría de Florencia. El príncipe prodigó a los diputados palabras tranquilizadoras; declaró que no deseaba mas que el bien de todos los florentinos; dió por garantía de sus pacíficas intenciones el renombre de la casa de Francia, que, segun él, no habia traicionado nunca a nadie, amigo ni enemigo. Por último no contento con estas palabras dirijió a la Señoría una especie de cartas-patentes selladas con su sello, y en las cuales prometia solemnemente respetar en todo las leyes, las libertades y las costumbres de Florencia (e).

Con tan bellas demostraciones el gobierno y el pueblo, cansados ya de temores e incertidumbres, se abandonaron a la confianza: se decidió, pues, que Cárlos de Valois seria admitido, y desde luego se dispusieron a rendirle todos los honores y a celebrar todas las fiestas imajinables. La poblacion entera salió a su encuentro y lo recibió como si fuese un salvador que ella misma hubiese llamado en su socorro. Por su parte Cárlos correspondió a estas muestras de confianza con todas las demostraciones que su imajinacion le pudo sujerir. Entró desarmado en la ciudad, lo mismo que todos los que le acompañaban: y Corso Donati que hasta entónces no se habia separado un mo-

mento de él, finjió entónces hacerlo y se retiró a Ognano, pueblecillo a tres millas de Florencia situado en la ribera izquierda del Arno.

La entrada del príncipe se verificó el 1.° de noviembre. Este dia y los tres siguientes se pasaron sin alarma, sin sospecha, sin amenazas por parte de nadie, en medio de esa especie de exaltacion y de emocion curiosa que sigue de ordinario a un gran acontecimiento imprevisto.—Pero las consecuencias de esta ocupacion no podian dejarse esperar mucho tiempo; estallaron con una rapidez superior a toda prevision (f).

El 5 de noviembre, Cárlos de Valois convocó en la iglesia de Santa Maria la Nueva al podestá, los priores, el obispo, los miembros de los diversos Consejos, los cónsules de artes y oficios, y en una palabra, a todas las autoridades civiles y eclesiásticas de Florencia. Luego, segun las formas determinadas por la lei y por el uso, pidió lo que se llamaba la *bailia*, es decir, una especié de poder dictatorial y discresional, al cual se recurria en las necesidades imprevistas del Estado. La Asamblea Soberana acordó sin deliberacion el poder que se le pedia, y el príncipe por su parte juró sobre los Evanjelios mantener la república en órden, y no atentar de modo alguno a su libertad ni a sus derechos. Todo el mundo salió satisfecho de la Asamblea.

Pero apénas hubo entrado el príncipe en su palacio de Oltre-Arno cuando tomó Florencia un nuevo aspecto. Los hombres de armas y los caballeros, que hasta entónces no se habian presentado en la ciudad sino desarmados, estaban armados completamente y caracoleaban por todas partes con sus caballos albardados y caparazonados como para entrar en batalla. Los partidarios de los Negros salian de todas partes armados, se reunian en lugares convenidos, y la parte italiana del cortejo de Cárlos de Valois se unia a ellos. Corso Donati, venido de Ognano con un destacamento de cien hombres, derribaba intrépidamente a hachazos una de las puertas de Florencia, se introducia en la ciudad, se apoderaba de una iglesia donde se establecia militarmente y plantaba su bandera en señal de reunion para los conjurados de su partido.

El pueblo florentino corrió a las ármas al primer rumor de estas hostilidades, pero nadie se puso a su cabeza. Los jefes del partido de los Blancos, los Cerchi, rechazaron todas las propuestas atrevidas que se le hicieron, y no pensando sino en sí mismos, se contentaron con fortificarse en sus palacios. Los priores eran hombres incapaces de tomar un partido vigoroso, y por consiguiente nadie pensaba en unirse a ellos.

En este estado de cosas, Corso Donati gana terreno y como hombre resuelto se aprovechó de la ocasion. Ya se le habian unido muchos de los suyos: se pone a su cabeza, se dirije con

ellos a las cárceles, abre las puertas a los detenidos, y estos le siguen armados de lo que podian haber a las manos. Condúcelos al palacio del pueblo y arroja a los priores.

Desde este momento, la ciudad, sin gobierno, sin defensores, se vió entregada a todos los horrores de una plaza tomada por asalto. Corso Donati la recorre, buscando y elijiendo la víctimas de su furor. Persigue a los Blancos, y toma a viva fuerza sus palacios y sus casas que pilla e incendia. Para los bandidos de su séquito, que no tienen enemigos personales, cualquier palacio, cualquiera casa son buenos para robar e incendiar. El azote destructor se dirije despues a la campiña de los alrededores, y durante ocho dias enteros no hubo en Florencia y sus cercanías, sino robos, asesinatos e incendios.

Cárlos de Valois se habia mantenido impasible, o mejor dicho, todo cuanto se habia hecho, fué con su consentimiento o por su órden. Quizas no reflexionó todos los excesos a que se dejarian arrastrar los Negros triunfantes; pero no puede dudarse que el triunfo violento de esta faccion, fué el único objeto que se habia propuesto, y que todas sus seguridades de obrar por el bien jeneral del pais y por el bien jeneral de los partidos no fuesen perfidias calculadas: no careció sin embargo de habilidad para representar su rol.

Al cabo de ocho dias, cuando los vencedores se cansaron de robar y de incendiar, se nombraron nuevos priores que fueron elejidos de entre los mas ardientes partidarios de los Negros, y un nuevo podestá que fué aquel Cante de Gabrielli que Cárlos de Valois habia traido de Roma, y del cual habia hecho uno de sus consejeros mas intimos. Apenas dueña del gobierno, la faccion de los Négros se apresuró a formular muchas leyes en su interes esclusivo y en perjuicio del partido vencido. Por una de estas leyes el podestá quedaba autorizado para conocer en los delitos cometidos en el ejercicio del priorado, aun cuando los autores de semejantes delitos hubiesen ya sido absueltos. Esta lei era una terrible amenaza para los florentinos que se habian opuesto a la mision de Cárlos de Valois.

En este estado de cosas, volvió a presentarse en Florencia el cardenal Aquasparta, el mismo que el año precedente habia procurado reconciliar a los Negros, oprimidos entonces, con los Blancos, dueños de la República, para tentar de nuevo el acomodamiento de estos partidos que a la sazon se hallaban en situacion inversa. Esta tentativa, hecha de prisa y con flojedad, no tuvo mas resultado que algunas reconciliaciones particulares, que no duraron mas que un momento.

Cárlos de Valois volvió entónces a Roma sin duda con el objeto de conocer las últimas determinaciones de Bonifacio VIII sobre el medio de concluir con facciones tan obstinadas. El pon-

tifice decidió que los Blancos fuesen arrojados definitivamente de Florencia; y el príncipe volvió a partir con esta última consigna que fué tan fielmente cumplida como las otras. El 4 de abril de 1302 fué pronunciada una sentencia jeneral de destierro contra los Blancos, y ejecutada sobre la marcha. Mas de seiscientos salieron de Florencia y se esparcieron por varios puntos de Italia.

Volviendo ahóra a Dante, será preciso aclarar lo que le concierne personalmente en esta proscripcion jeneral de su partido.

Dante, como ya lo hemos dicho, habia sido detenido por Bonifacio VIII cuando la segunda embajada cerca del pontífice. No presenció pues las calamidades que siguieron a la entrada en Florencia y la inconcebible traicion de Cárlos de Valois: no las supo sino por la voz pública, y se comprende fácilmente que al saber tales cosas, no se apresuraria a volver a una ciudad que era el teatro de ellas. Se hallaba pues en Roma, cuando Cárlos de Valois volvió para concertarse definitivamente con Bonifacio VIII.

Se conserva un soneto de él de los mas malos, pero curioso por su objeto, en que parece hacer alusion a ese viaje, aunque de una manera bastante embozada, y a toda la conducta del príncipe para con los Blancos. Es una plegaria, en la que el poeta se dirije a Dios en términos bastante místicos:—«Señor, si ves mis ojos ansiosos de llorar por todas las desgracias con las cuales conozco que mi corazon desfallece, ahoga tambien, yo te lo pido, ahoga de lágrimas al que despues de haber inmolado a la justicia se refujia al lado del gran tirano del cual ha chupado todo el veneno que acaba de esparcir y con el cual quisiera inundar el mundo.»

Al hablar así de Bonifacio VIII y de Cárlos de Valois, Dante no sabia todavia el mal que estos debian hacerle: aun no habia sido proscrito. Esto no tuvo lugar hasta fines de enero del año de 1302, cuando el gobierno de los Negros procuró sacar partido de la lei retroactiva hecha contra los florentinos que habian ejercido el priorado ántes de la llegada de Cárlos de Valois. Cante de Gabrielli, el nuevo podestá creado por el príncipe frances, fulminó contra muchos de ellos una sentencia en la cual figuraban por sus nombres Dante y Palmieri degli Altoviti, que talvez habia sido su cólega de priorado.

El texto orijinal de esta sentencia, hallada en los archivos de Florencia, ha sido ya publicado distintas veces de suerte que es conocido su contenido. Dante y todos los demas implicados son acusados, segun la voz pública, de dos crímenes distintos cometidos por ellos en el ejercicio de sus funciones de priores: el primero es el haberse opuesto a la mision de Cárlos de Valois; y el segundo el haber traficado con su autoridad para propor-

cionarse por este medio ganancias ilicitas. Los acusados fueron condenados a comparecer ante el Podestá en un término de 40 dias que espiraba el 10 de marzo siguiente, y a pagar en el mismo término una multa de ocho mil libras. Si el acusado comparecia y pagaba la multa, era desterrado por dos años solamente fuera de los confines de la Toscana. Pero si no comparecia ni pagaba, se le confiscaban todos sus bienes por este solo hecho, y era ademas condenado al destierro perpétuo.—Hai mas de una observacion que hacer sobre esta sentencia.

1.° La fórmula de la acusacion por la voz o la fama pública era tomada de las famosas ordenanzas democráticas, llamadas las *Ordenanzas de Justicia*. Ahora bien, segun estas ordenanzas, dos testigos no recusados eran suficientes para constituir lo que se llamaba la voz o la fama pública.

2.° Respecto a la oposicion por la mision de Cárlos de Valois, el cargo era tan verdadero como honroso para Dante. El solo confirma de una manera irrecusable el testimonio de aquellos historiadores y biógrafos que le atribuyen una parte tan especial en las tentativas que se hicieron cerca de Bonifacio VIII para impedir la mision del principe frances a Florencia.

3.° La acusacion de venalidad debe rechazarse como una calumnia de las criaturas del gran *Paciaro* de Florencia; mas bien que por la memoria de Dante, por respeto a la justicia histórica. Al irascible y altivo poeta no le faltaron envidiosos ni enemigos; y lo prueban el número considerable de documentos injuriosos y satíricos escritos contra él que han llegado hasta nosotros, entre los cuales hubiese figurado naturalmente el de la acusacion de que se trata: y si embargo no se encuentra el mas leve rasgo que pueda dar lugar a una sospecha de esta especie.

Debe creerse que Dante fuese informado con prontitud de la sentencia que habia sido pronunciada contra él; pero tambien es de presumir que no se hallase en estado de pagar en tan corto plazo una suma tan enorme. No se sabe si dió algunos pasos para parar el golpe que lo amenazaba, pero es positivo que no se movió de Roma y que esperó allí los acontecimientos.

Entre tanto llegó el 10 de marzo; el plazo concedido a Dante para cumplir con la primera sentencia habia espirado; y messer Canto de'Gabrielli pronunció ese mismo dia otra sentencia mandando llevar a efecto todo lo que habia de conminatorio en la precedente. Por esta nueva sentencia Dante y otros trece ciudadanos fueron declarados rebeldes a la comunidad de Florencia; eran desterrados a perpetuidad y se añadia ademas espresa y formalmente «que si alguna vez cualquiera de ellos caia en poder del gobierno florentino, seria entregado a las llamas y quemado vivo» (g).

Informado de esta nueva sentencia, Dante partió inmediata-

mente de Roma para acercarse a la Toscana y cerciorarse de que su mal no tenia remedio. Llegado a Siena se detuvo para esperar noticias de Florencia. Estas fueron peores de lo que hubiera podido esperar. Cárlos de Valois vuelto recientemente del viaje que habia hecho a Roma para consultar al papa Bonifacio, ponia en ejecucion las últimas medidas concertadas con el pontífice para la pacificacion de Florencia: acababa de asestar el último golpe a los Blancos, y este último golpe sobrepujaba a todos los demas.

Un jentilhombre provenzal del séquito de Cárlos de Valois, llamado Pedro Ferrant, finjiéndose mui irritado contra el príncipe y como resuelto a asesinarlo, atrajo con facilidad a su conspiracion simulada algunos jóvenes del partido de los Blancos a quienes exijió promesas y compromisos firmados de su puño; hecho lo cual los entregó a Cárlos de Valois.

Armado con estas piezas de conviccion, hizo al principio gran bulla: finjió una ardiente cólera, y pronunció terribles amenazas contra los Blancos que fueron esparcidas en toda Florencia. Espantados los Blancos con estas amenazas se apresuraron a huir de todos lados, y los mas nobles o los mas ricos eran los que huian con mas lijereza. Cuando la mayor parte habia emprendido la fuga, Cárlos los hizo citar ante sí y condenar como rebeldes por no haber comparecido. Fueron confiscados sus bienes y demolidos sus palacios y casas de campo.

Aquellos que mas confiados o mas valientes no quisieron huir, no ganaron nada por eso. Habiendo comparecido a la citacion fueron desterrados como los demas y sus bienes confiscados y devastados. El número de los proscritos alcanzó a mas de seiscientos sin contar las mujeres ni los niños. La suma que percibió el gobierno de Florencia de resultas de estas confiscaciones fué enorme: Cárlos de Valois obtuvo por su parte veinte y cinco mil florines de oro. De este modo terminó este príncipe su mision de *Paciaro* de la Toscana.

Dante, aunque condenado ya por una sentencia particular de fecha anterior a esta proscricion jeneral de los Blancos, no dejó por eso de ser comprendido en esta última. No parece sino que los encargados de la proscripcion temiesen que se les escapara. Como todos los cómplices de Pedro Ferrant, fué citado ante Cárlos de Valois, y condenado como ellos por no haber comparecido. Su hermosa casa de Florencia fué pillada y demolida; devastadas las alquerías que poseia en diversos puntos del territorio florentino; y decidida en fin su suerte: se hallaba desterrado, arruinado y proscrito (b).

Se concibe con facilidad las amargas reflexiones que debieron entónces asaltar al poeta. Las que tenian por objeto su familia no deberian ser las ménos dolorosas. Apénas hacia diez años que

estaba casado y ya tenia cinco hijos, de los cuales el mayor que no podia tener mas de nueve años se llamaba Jacobo; y el menor que era una niña de pechos todavia, habia recibido el nombre de Beatriz como para hacerse mas caros y mas sagrados los recuerdos y los sentimientos que encerraba para él este nombre. Fuéle preciso abandonar a todos estos niños en los momentos en que mas necesidad tenian de su padre, dejándolos espuestos a morir de hambre sin otro protector que su madre; pues no dejaba en Florencia otro pariente que un sobrino jóven llamado Francisco, incapaz de hacer grandes servicios a sus primos pequeños.

Una circunstancia que debia hacer mucho mas cruel su destierro, era la de no tener por compañeros sino a hombres cuyo carácter por lo jeneral despreciaba, y en cuya capacidad tenia mui poca fé. Es mui dudoso que entre todos ellos hubiese uno solo por el cual pudiera sentir alguna cosa parecida a la amistad; A lo sumo pudieran indicarse algunos con los cuales debió contraer relaciones pasajeras de interes. De este número eran Maso de Cavalcanti, uno de los allegados de su amigo Guido; Lapo Saltarello que habiéndole precedido en el priorado, fué uno de los que le elijieron; y probablemente no se habia indispuesto todavia con el; Giachotto de Malispini, el sobrino y continuador de Ricordano de Malispini, autor de una crónica que es uno de los mas antiguos y de los mas curiosos monumentos de la literatura italiana. A estos nombres puede añadirse uno que llama mas la atencion, el de Petrarco di Parenzo, que fué uno de los notarios de la República y padre de Petrarca. Cualquiera que fuese la opinion de Dante respecto de sus compañeros de destierro, no vió mejor partido para él que el participar de su suerte y se decidió a ello.—*(Continuará.)*

NOTAS.

—

(a) Nada es mas digno que la comportacion de Dante en esta época. Güelfo aun, pero de aquellos que miraban por el bien de la patria y del pueblo, o mas bien, especie de árbitro entre las dos facciones enemigas, pues su sola palabra era un poderoso equilibrio de justicia en los airados disturbios, Dante conservó su carácter conciliador y su vasto espiritu, sin desmedro de su dignidad. Mas cuando el temor de ver poseida a su patria por jente estraña, ocupó el lugar de la esperanza de paz en que se habia mecido, entónces el ciudadano olvidó las máximas del sábio, el juez se transformó en tribuno popular, y sobre los tránfugas, sobre los traidores del deber vertióse su ácre bilis. Los historiadores citan un discurso de Dante contra Cárlos de Valois que fué mas tarde la cabeza del proceso que sus enemigos levantaron. El estilo nervioso y vibrante, la voz solemne del Prior que siente palpitar en su corazon la esperanza futura de la patria, causaron sin duda en las personas que le escuchaban, una de esas conmociones eléctricas que en un momento dado pueden ser la salvacion y la constancia de un pueblo. Los amigos del poeta aplaudieron su arrojo, se lo adjudicaron como una gloria; sus enemigos lo aplaudieron tambien y lo adjudicaron a su venganza. Sin embargo, los demas Priores se adhirieron a los consejos de Dante, reunieron al pueblo, lo armaron, lo encorazonaron y obligaron de esa manera a deponer las armas a los contrarios. Con el destierro de Corso Donati y de muchos de los

jefes Negros, creyeron apaciguar las discordias y disponer los animos a la defensa de la patria. Para aparecer como mas justos desterraron tambien a algunos de los jefes Blancos, los que segun Machiavello fueron llamados inmediatamente con justificados pretestos. Por esto fué tambien Dante acusado y en esta misma época, la libertad de su amigo Guido Cavalcanti fué un motivo mas para realzar su jenerosidad y al mismo tiempo el odio de sus enemigos. Guido fué confinado a un lugar de aire torcido y de pestiferos miasmas; alli su constitucion enteca para oponer algun esfuerzo saludable al ataque del mal, debilitóse y se postró. Quizás una muerte violenta hubiese seguido de cerca, si Dante con su prevision no hubiera llegado al socorro del enfermizo amigo. Su influjo lo trajo a Florencia y su amistad veló en su lecho. Esta accion noble para todos, no hizo mas que aumentar la rabia enemiga que preparaba en silencio y astutamente la ruina de Florencia y la de Dante.

(b) Inmenso es el influjo que parecen haber tenido sobre el jenio de Dante las embajadas a Roma. La humanidad, en aquella época de ignorancia y de orgullo, cuando los andrajos humanos trataban de ocultarse con magníficos disfraces y con ejecutorias divinas, cuando el yelmo y la cogulla, el uno con su insolente penacho, y la otra con su solapada ambicion, establecian la aristocracia de la barbarie y la jerarquia del odio, la humanidad entónces, como una niña loca que despedaza sus adornos, que desfigura su belleza, despedazaba los sagrados vinculos del sentimiento, desfiguraba su intelijencia, fanatizada y miope por mil supersticiones groseras y tenebrosas, y aparecia como el aborto monstruoso de una creacion incompleta. La Roma papal, como la Roma senatorial, habia renovado la esclavitud y cimentado en sus hombros el equilibrio del globo. Verdad, justicia, conciencia, guerra y paz, vida privada, vida politica, la razon de ser en fin de los pueblos de occidente, surjia o se aniquilaba, si la acompañaba aquel prestijio o si la oscurecia aquella sombra. Roma era el pensamiento universal, el mundo entero su satélite y el grande Astrólogo, al golpe de su vara encantada, lo hacia retroceder o jirar como un cometa vagabundo en violentas elipsis o lo detenia en mitad de su curso, dominando un horizonte sangriento en un vacio de tinieblas. Ademas de todas estas ventajas, Roma, para el alma poética de Dante tenia toda la atraccion de los recuerdos, como que era la patria de todos esos hombres de intelijencia y de sabiduría que habian sido sus maestros y sus compañeros intimos. Al pié de esos monumentos jigantes, construidos por una raza escepcional, el pensamiento del poeta, sosteniéndose en el arco macizo o elevándose en la elegante columna, adquiria la solidez de la bóveda y la gracia del obe-

lisco. El estilo de Dante copia su pensamiento; tiene la majestad de la arquitectura, el relieve de la escultura y el colorido vivaz de la pintura. Otro acontecimiento contemporáneo vino a realzar las ideas de Dante y a imbuirlas de todo ese misticimo elevado y misterioso que dignifica y engrandece su poema. En su penúltima embajada, en el año de 1300 Dante fué espectador del gran *Jubileo* otorgado por Bonifacio VIII para todos los peregrinos que verdaderamente arrepentidos y confesos visitaran durante quince dias las basilicas de los Santos Apóstoles, concediéndoles induljencia plenaria de todos sus pecados. El anuncio de ese perdon, dice Ozanam, conmovió a toda la cristiandad. Por las puertas de Roma entraban 30,000 hombres diariamente que venian de España, de Inglaterra y de Hungria: los hijos traian a sus padres ancianos sobre angarillas; las calles y las plazas públicas se llenaron de huéspedes y avaluóse el número de los peregrinos en dos millones.» El poeta relijioso y el artista creyente hallaron en este acontecimiento, algo de significativo y de estraño que representaba a la humanidad poseida del terror de sus faltas y de las zozobras de una eternidad futura de gloria o de castigo. Hai impresiones humanas que deciden de la vida de un poeta!

(c) Bonifacio VIII para deslumbrar el espíritu de los timoratos y halagar con ambicion y grandezas el orgullo del príncipe frances, quiso santificar su mision, nombrándolo Vicario del Imperio, señor de Italia y especialmente de Toscana. Y aunque por la índole de su ministerio santo, continúa un historiador, debia cumplir la divina mision de conciliador y de padre, predicando la concordia, alimentó la rabia de los partidos y al fin entregó a Florencia a las armas estranjeras.

(d) Cuando los tres embajadores florentinos llegaron a Roma, ya Bonifacio VIII tenia decidida la marcha del príncipe, y ya Corso Donati con el influjo de sus amigos, con sus adulaciones menguadas y con el dinero, habia comprado la voluntad papal y apresuraba los preparativos de la espedicion. Asi es que la llegada de los embajadores no podia de ninguna manera barajar los designios del hombre, cuya virtud era la perfidia, cuya habilidad era el engaño. Sabedor de las ardientes protestas de Dante contra la venida del principe, concibió el proyecto de alejarlo de Florencia, reteniéndolo con pérfidas promesas y obligándolo asi a aparecer con sus concindadanos como un reben de las miras pacificadoras del Pontífice. Para esto, comenzó a tender las redes de su doblez que forzarian a la jenerosidad de Dante a caer en ellas. Reunió a los tres embajadores y les dijo: «Por qué os mostrais tan obstinados? Humillaos ante mí, pues en verdad os

digo que no tengo otra intencion que la de hacer vuestra paz. Volved dos de vosotros y obtendrán mi bendicion si procuran que se obedezca a mi voluntad.» Despues de haber añadido mil protestas amistosas creyéronle los embajadores; volvieron a su patria a conquistar los ánimos para la paz, y Dante quedó suplicando siempre porque se dejase a Florencia dirimir sus querellas, que agriarian mas todavia las violencias de una invasion; o por lo ménos que se aplazase hasta que se supiese el efecto de las promesas que llevaban los otros embajadores. El Papa alentaba en el poeta esta confianza, alejando así de su espíritu ardoroso el deseo de volver a Florencia, en donde el poder de su reputacion sin tacha y el fuego de su inflamada palabra, serian un obstáculo, mui poderoso quizas, para el advenimiento de su protejido. Salió Cárlos por fin para Florencia, so pretesto de aguardar allí el buen tiempo para navegar hácia Sicilia. Cuando Dante palpó el engaño infame de que habia sido víctima, contristado su espíritu con la presuncion de la ruina de su patria, huyó asombrado de Roma, maldiciendo la ciudad en donde, como dice Cacciaguida (Paraiso, cap. 17), profetizándole su destierro,

Con Cristo diariamente se trafica.

Jamás el ciudadano indignado pudo olvidar esta injuria y el poeta inmortalizó al malhechor con su digno anatema. Primero lo hace aguardar por uno de sus predecesores, en el hueco de los simoniácos; despues lo arroja al fondo por uno de sus sucesores, en donde ha quedado y quedará hasta el fin de los siglos, porque los condenados por el gran poeta florentino no pueden esperar la redencion. En boca de San Pedro [canto 27 del Paraiso] pone el poeta estas elocuentes palabras: «Aquel que usurpa mi lugar en la tierra, mi lugar que vaca en la presencia del hijo de Dios, ha hecho una cloaca de sangre y de podre de mi cementerio y allí apaga el perverso todo lo que de aquí desciende». Estas palabras son el resúmen histórico de la biografía de Bonifacio y que si aparecen duras para algunos, no lo son tanto desde que se considere que habla por ellas la justicia, vendida por el fraude, la verdad, perseguida por el crímen y la libertad de un pueblo, vilmente ofendida y pisoteada.

(e) La llegada de los dos embajadores, compañeros de Dante, operó una reaccion favorable a los designios del Papa. Ambos eran hombres a propósito para esos engaños, pues, segun Missirini, Minerbetti y Corazza, eran, el primero hombre débil y flexible y el segundo, vasallo jurado de la voluntad papal. Estos empezaron a propagar entre los tímidos las buenas intenciones del Pontífice que exijia remitiesen a su bondad la decision y pa-

cificacion de sus disturbios. Los Priores alucinados tambien arengaron al pueblo, aconsejándole la union y la fraternidad para que concluida la paz entre ellos, fuese innecesaria la intervencion del frances. Así los hombres patriotas y confiados dejáronse llevar por la corriente de alucinadoras esperanzas, al abismo del desengaño, de la proscripcion y de la muerte. Reunidos, pues, en consejo jeneral los setenta y dos oficios y el partido Güelfo, decidióse recibir y honrar al príncipe como pacificador, consultando por escrito a cada uno si a su arte convenia. Todos respondieron que sí y solamente los panaderos dijeron que no debia ni honrarse ni recibirse al príncipe que venia a destruir la ciudad. Prevaleció el voto de la mayoría y para hacer los gastos de la recepcion y pagar a sus caballeros depositaron 70,000 florines. Sin embargo la Signoria quiso asegurar la lealtad del príncipe, con pactos jurados, pactos que anulaban su poder limitándolo puramente a lo que las circunstancias exijian. Para ello envió la Signoria una embajada ante la cual Cárlos juró respetar esos mismos pactos que fueron solamente un engaño para llevar a cabo con mas facilidad su propósito. Inmediatamente despues los Güelfos que le acompañaban, lo forzaron a entrar a Sienna, le dieron diez y siete mil florines; y segun Missirini llegó el dia de todos Santos a los alrededores de Florencia, en donde aumentó al número de mil doscientos caballos, el puñado de jente codiciosa e indisciplinada que traia.

(f) Segun Missirini y otros autores Cárlos de Valois no entró a Florencia hasta el dia cuatro. En el dia primero, llegó, como se ha dicho en la nota anterior, a los alrededores de Florencia, y aunque fué rogado para que descendiese y se hospedase en donde se acostumbraba, prefirió parar por tres dias en la otra orilla del Arno, en casa de los Frescobaldi. Desde allí, el dia cuatro, se dirijió a Florencia y entró a ella con toda la pompa y fausto consiguientes, bajo de Palio y acompañado de la jente notable y de multitud de los desterrados. Por consejo de un tal Frai Benedicto, continua Missirini, tenido en gran concepto de virtud, el obispo hizo salir una procesion para traer los espíritus a la mansedumbre; pero los Güelfos rabiosos y vengativos se burlaban de la relijion, protestando que no era el tiempo de ser devotos sino de esgrimir el hierro contra el enemigo. Corrompian con dinero a los soldados, escudaban su descaro con el nombre del Papa y derramaban, con la silenciosa aprobacion del príncipe, que deseaba las revueltas, ajitadores osados que con pretestos siniestros y torvas desconfianzas, resucitaban las discordias, azuzaban los odios y preparaban las venganzas.

(g) La sentencia añadia ademas, que debia considerarse como

confeso de sus delitos a todo aquel que no habia comparecido en el término prefijado, para satisfacer la multa. Ultimamente, segun Missirini, en los archivos de Florencia se ha hallado la única y verdadera causa de la persecusion y condena de Dante. La sentencia se funda no en las picardias de que se ha hablado hasta hoi, sino en la oposicion que habia mostrado contra la venida del *señor Cárlos (Domini Caroli)*. Son palabras testuales. Pocas sentencias habrá como esta; tan noble, tan digna para el que la sufre, como vergonzosa e infame para los que la fulminaron. Dante, mostró una vez aun que el elevado y platónico amante de la verdad, era tambien virtuoso conciudadano.

(h) Citanse por los historiadores las siguientes palabras de Dante, estando en Siena y habiendo sabido allí el vergonzoso juicio y la ultrajante sentencia. «Si las virtudes son mi culpa, mayor vergüenza caerá sobre ellos; el testimonio de mi conciencia me fortalece y desdeño la pérdida de la fortuna, habiendo salvado la dignidad que nadie me puede quitar.»

MI VIAJE A NINGUNA PARTE.

IX.

VI.—LO QUE VA DE TIEMPO A TIEMPO.

El tiempo, ese alado reformador de las cosas de la tierra, se habia pasado, caro lector, rápidamente para nosotros y largo y penoso para nuestros enamorados héroes: sobre todo para el pobre Andres el que, desmintiendo aquello de que, el mas infeliz es el que queda, lamentaba mas amargamente cada dia la ausencia de su Elvira.

Era una tarde del mes de setiembre: Andres media a largos pasos el reducido espacio de su cuarto, asomándose a cada paseo a su única ventana, y sobresaltándose a cada ruido de carruaje. ¿Qué esperaba? fácil es adivinarlo. Elvira, el ánjel de sus sueños, el pensamiento de sus vijilias, la consoladora imájen de sus pesares de ausencia debia llegar de Santiago en esa tarde.

Aquel amor, nacido talvez como muchos otros, habia cobrado en el alma de Andres proporciones jigantescas: de una profunda simpatía, de un grato anhelo de verla y escuchar su voz, ha-

bia pasado a ser el pensamiento de todas sus horas, la aspiracion de todas sus esperanzas, el norte de su vida, la encarnacion de todas sus ilusiones y deseós, pudiendo repetir él con toda verdad los versos del poeta italiano:

La vita sensa amore es un sogno amaro.

Y en efecto, para él la vida sin ese amor era algo mas que un sueño amargo; era un desierto estéril sin aguas ni plantas, un cielo sin estrellas, un campo sin verdor, una vida sin esperanzas.

Naturalezas hai que llevan en su propio vigor el jérmen de su desgracia, y que, como comerciantes imprudentes, que arriesgan su fortuna en una sola embarcacion, colocan en un solo afecto todos los tesoros de su alma: ¡ay de ellos si la tempestad se desata y la embarcacion naufraga! ¡ay de ellos si el ser amado los traiciona u olvida!

Veamos entre tanto lo que ha pasado en el alma de la niña.

Sus padres, jente juiciosa y de sana esperiencia, sosteniendo que ellos habian hecho un matrimonio de amor, no dejaban de ponderar siempre la futilidad de las pasiones. «Sí, Elvira, la decian muchas veces, lo único positivo en este mundo es el dinero: sin él no hai dignidad, honor, lujo ni placer, y cuando el hombre entra por la puerta sabido es que el amor salta por la ventana.» Luego desarrollaban ante sus ojos el cuadro espléndido de los goces que proporciona la riqueza, la alegria, el bienestar, la felicidad en fin, que da el dinero, derramando en esa alma candorosa todavia, el jérmen de ese mal, de esa fiebre por el oro que devora el seno de la sociedad moderna, y que ha causado mas desgracias que el cólera y la peste. «Nosotros, agregaban, no podemos dejarte una gran fortuna, asi es que ante todo debes elejir un marido rico, cuanto mas rico mejor: en cuanto al amor, hija mia, no debes inquietarte: *el amor se cria.*» Cuantas jóvenes, seducidas por esa irresistible lójica de la riqueza, son vendidas a un hombre indigno, e incapaz de conocer y apreciar el tesoro de un corazon que le confiá su destino! Cuántas, fascinadas por el brillo que los diamantes darán a su belleza, prostitutas del alma, entregan su mano esperando *criar el amor*, cuando lo que crian es el fastidio, la indiferencia, y acaso el odio o el desprecio hácia el hombre con quien han unido su suerte para siempre!

Sé que estas palabras me atraerán las gracias de mas de una lengua maldiciente, como me las ha atraido ya una comparacion que hice en el primer capítulo del amor, cuando decia: «El amor es a la vanidad, lo que los remates a los matrimonios a la moderna usanza»; pero cuando se trata de decir una verdad, la digo, y en voz alta. Discursos como el de los padres de Elvira son

ademas harto comunes para que se me tache de injusto o exajerado.

Sea como quiera, la niña los escuchaba con disgusto al principio, con pesar despues, y últimamente encontraba que sus padres tenian razon en gran parte. Cuando nuestro juicio no está aun bien formado, cuando la ignorancia de las cosas de la vida, nos hace respetar demasiado la ajena opinion, o que, en la adorable sencillez de los primeros años, no nos queremos tomar el trabajo de pensar por nosotros mismos, aceptamos casi siempre como verdades incontrovertibles, todo lo que escuchamos de boca de nuestros mayores, aunque algo en nuestro interior nos dice, que cada faz de la vida se presenta de distinto modo a los ojos de las diversas edades. Con todo, y mas aun en los caracteres débiles, observaciones como las que hemos copiado van influyendo, si bien poco a poco, poderosamente, criando en el alma, nueva todavia, un fondo de egoismo, que destruye en flor las ilusiones mas bellas de la vida.

Por eso Elvira al llegar a Santiago, sentia que no podria ya presentarse a los ojos de su amante, con esa ciega confianza, ese adorable abandono de otros dias; porque la niña mas de una vez se habia dicho: «qué lástima que Andres no sea rico», verdad es que tenia siempre cuidado de agregar: «con todo, yo lo amo y lo amaré siempre». Pero tu y yo, caro lector, sabemos bien que la mujer que comienza a hacer observaciones está próxima a olvidar.

En este estado se hallaban los corazones de nuestros amantes cuando volvemos a anudar el hilo de nuestra historia.

Andres habia llegado a los umbrales de la casa de Elvira: los latidos de su corazon lo ahogaban: sus sienes latian con violencia: y conociendo que si entraba en ese instante no podria articular una palabra, se apoyó en la puerta, como agoviado por el peso de sus emociones. Confiado, como un niño, el exceso mismo de su felicidad le impedia dar un paso. Iba a verla, a escuchar su voz, a estrechar su mano! Hai ocasiones en que el placer, como el dolor, oprime dolorosamente el corazon; y Andres, vacilante y trémulo, llevaba sus manos a su pecho, para estorbar que estallase, como esas botellas débiles que no pueden contener un licor sobrado jeneroso; miéntras su dicha habia dado a su rostro la palidez de la muerte.

Por fin, haciendo una resolucion heróica atraviesa el patio, y sabiendo apenas lo que hace, empuja la puerta de la sala que cede jimiendo a tan violento esfuerzo. Un hombre a cuyos piés ha caido un rayo, un soberano que se acuesta rei y se despierta entre cadenas, podrian solo compararse con nuestro héroe en el momento de su entrada. Los padres de la niña le hicieron un saludo seco y casi impertinente, Elvira misma, sin atreverse a

levantar los ojos, le habia dicho: «como está U. Andres,» como si lo hubiese visto el dia anterior. Hai momentos y emociones indescribibles, y el pobre mozo, sintiendo agolparse toda su sangre a sus sienes, esperimentaba al mismo tiempo amor, rabia, desesperacion y mil otras pasiones diferentes. Si aquel hombre no hubiera sido el padre de su amada se habria arrojado sobre él, como un leon sobre su presa: necesitaba algo que despedazar, alguien, pero no un ser débil, sobre quien descargar el peso de su cólera: queria retirarse y una mano de hierro parecia clavarlo en el asiento que nadie le habia ofrecido: si hubiese venido un incendio, un terremoto, si la tierra se hubiese abierto para tragarlo, en ese instante lo habria bendecido como el supremo bien. Esa escena callada, se reasumia en un minuto todas las torturas del infierno.

Por fin, su emocion misma le dió el poder de dominarse, y quiso entablar mil conversaciones diferentes; pero las monosílabas respuestas de sus interlocutores las agotaban en las primeras frases. Todo era inútil, y sin embargo, Andres habria dado un mundo porque Elvira lo alentase con una sola mirada. Por mas de una hora soportó este horrible suplicio: era como esos marineros que agarrados de un resto de su nave, luchan hasta el último aliento contra el furor de las olas. Cuando amamos nos es tan duro perder del todo la esperanza, que el pobre jóven esperaba siquiera una mirada; pero esta no llegaba, y viendo que su situacion se hacia mas embarazosa a cada instante, salió de la casa tropezando con cuantos objetos encontraba a su paso.

Desatentado y loco corrió largo tiempo por las calles hasta que rendido de cansancio entró a su casa a las tres de la mañana. Allí, cayendo sobre una silla, cruzó sus brazos en la mesa y dejó caer sobre ellos su cabeza hecha un volcan. Así pasó las horas de la noche, hasta que la aurora esparciendo su benéfica luz disipó un tanto la fiebre de tantas emociones. Pensó entónces en todo lo que habia visto, en todo lo que habia sentido, y tratando de aclarar las dudas en que se perdia su frente abrasada, escribió con mano trémula la carta que en seguida copiamos:

«Elvira: despues de lo que he visto y he sufrido no sé que pensar ni que creer: llegar lleno de confianza, de esperanza, ébrio de felicidad y encontrar que su dicha es un sueño, que el ánjel cuya imájen era nuestro único consuelo en los largos dias de una penosa ausencia, no es a su llegada mas que una mujer que olvida; es sobrado cruel para que un corazon que ama con todas sus fuerzas, pueda acostumbrarse a creerlo, si la horrible verdad, no sale de sus propios lábios. U. no me ama, Elvira?

y bien, tenga a lo ménos la franqueza de decirlo. La verdad por espantosa que sea, es preferible a ciertas dudas.

Perdone U. que la importune escribiéndola; pero mi dolor debe a sus ojos disculparme, y ademas, despues de lo que ha pasado; U. comprende bien que no puedo ya presentarme en su casa.»

Escrita y enviada esta carta, Andres aguardó hasta la tarde una respuesta. Su criado se presenta trayéndole un papel, y el pobre jóven cae sobre un sofá, sin atreverse a desdoblarlo; pues en ese instante prefiere su horrible duda a la verdad que lo amenaza. Por fin lo abre, y la carta contenia solo estas líneas:

«Andres: que injusto es U.: dudar de mí, miéntras tengo en U. una confianza ciega; jamás lo hubiera creido! Ahora me es imposible esplicarme: no tengo tiempo, ni mi cabeza está para ello; pero mañana espero verlo en el baile de don X......»

El pobre jóven creyó volverse loco de felicidad: amando es tan facil creer y esperar!

VII.—EL BAILE.

Venga el lector con nosotros a la casa del señor X, que vamos a asistir a una soberbia fiesta; pues no es razon desairar al noble caballero que tan espléndidamente solemniza el cumpleaños de su señora. ¡Cómo van a envidiar nuestra buena suerte! pues aunque hayamos sentado plaza de *sans cullotes*, ¿quién de nuestros demócratas compatriotas, no se da por mui feliz con haber asistido a un baile de gran tono en casa de una marquesa de *illo tempore*, de un conde en conserva o de un mayorazgo en perspectiva? Y todo por el miserable placer de recitar ante sus camaradas el siguiente monólogo: «Qué soberbia reunion: estoi molido hasta los huesos, y sin dormir un minuto.... pero a fé que bien lo merecia la cosa.... Hize la corte a la A.: estuve irresistible con la B.:..: y, si en mal hora no llega el alcornoque del marido, la C.... estaba rendida.... ¡Qué noche, vive Dios! Qué de dulces miradas, qué de tiernos apretones, qué de esposos chasqueados, qué de inocentes mamá:» y así continúan la retahila de sus triunfos, aunque el pobre diablo se haya estado la noche entera tras los vidrios de la antesala.

Pero nosotros, si bien no haremos la corte a ninguna de las presentes, entraremos a lo ménos al salon. Eran las once de la noche: una multitud de niñas de variados tipos de belleza, decoraban como esmaltadas mariposas los costados de la sala; en sus rostros se leian mil esperanzas de placer, esperanzas que talvez verán perdidas ántes de concluir la noche. Siempre me ha parecido que el que ménos pierde en esta clase de farsas es el que no lleva esperanzas; consecuente con esta opinion tengo

cuidado de no abrigar ninguna cuando asisto a un baile. Las mamás se veian al lado de las jóvenes, como el esclavo del carro de triunfo de los romanos, para recordarles, con su elocuencia viviente, lo efímero y rápido de los placeres de la tierra: ¡I i estaban sérias y circunspectas, como un artículo sobre bancos, pareciendo decir a los que atraviesan sonriendo en los jiros de la danza: acordaos que todo pasa, acordaos que las ilusiones duran como las flores que llevais en vuestras manos, acordaos que llegará un dia en que como nosotras, os veais aisladas, sin adoradores, sin amante, y siendo solo un recuerdo ambulante de mi tiempo que lamentareis siempre en el fondo de vuestra alma. Decir que allí habia tambien tontos y feas, es como repetir que hai peces en el mar, o favoritismo en los gobiernos.

Andres miraba valsar a Elvira: no hai situacion mas desesperante que la de un amante que vé valsar a su querida: él la seguia con ávidos ojos en sus rápidas vueltas, pareciéndole que aquel valse no iba a terminar jamás: su cabeza ardia, y su mirada no podia apartarse de ella, miéntras la ponzoña de los zelos caia gota a gota sobre ese pobre corazon. Los hombres que, como Andres, no están acostumbrados a los usos y al trato de sociedad, sufren horriblemente en el aprendizaje: cada sonrisa de la mujer que aman les parece una infidelidad, cada mirada un perjuicio, cada palabra una infamia. En el absolutismo de sus sentimientos, no pueden comprender cómo la mujer que les ama puede sonreirse o hablar con otros, ni como hai otros que se atrevan a amarlas, cuando ellos la aman tan única y absolutamente como ha dicho un poeta.

Sin embargo, Andres tenia mas de un motivo para estar contento. Elvira le habia esplicado su conducta como saben hacerlo las mujeres: le habia asegurado que su corazon era el mismo, y habia conseguido del jóven las promesas de continuar sus visitas. Con todo Andres veia bien que un amante es el ser mas desgraciado en una noche de baile: el qué dirán les obliga a ponerse una dolorosa máscara, esas pequeñas coqueterias de sociedad los punza a cada instante, y esas bromas importunas que todos creen tener derecho de hacerle, agotan su buen humor y su paciencia.

Miéntras el pobre mozo hacia en su interior estas reflecciones, don Dicen lo tomó del brazo, obligándolo a pasearse con él.

—Y bien Andres, qué haces tan pensativo.

—Nada, miraba.

—Pero hombre, se te habria podido tomar por una estátua. Así son siempre los enamorados.

—Enamorado!

—Quiéres negarlo? No, amigo mio, ya nadie niega esas cosas: pasó el tiempo de las reservas y de los amores misteriosos. Ade-

mas..... Pero mira, vez esa niña de rostro inocente y de sonrisa de ánjel?

—Sí.

—Mírala bien, y aprende a no fiarte de las apariencias: ¿quién no creeria al verla que es un dechado de candor y de pureza? Y sin embargo *dicen*.... que su marido no es mui dichoso.

—Y yo qué tengo que ver con lo que digan?

—Tienes razon, nada, ni yo tampoco; pero dicen que en noches pasadas su marido la sorprendió en un coloquio demasiado íntimo con ese maldito Irresistible. Oh, la cosa habia hecho mucho ruido; felizmente lo supe yo solo; y, ya tu sabes, soi como las tumbas.

—Sí, en cuanto te abres para todos, pensó Andres para sí.

—Ay amigo, ya de quién puede uno tener confianza en este mundo? De nadie, Andres, de nadie: tú mismo.... Pero oye, yo estoi seguro de que Elvira te quiere; pero como se quiere en el dia: te aseguro que harias bien en olvidarla. A propósito, ves ese jóven mas prendido que una muñeca, con unas patillas colosales que amenazan invadir todo el salon?

—Y eso a qué viene?

—Qué! tambien quiéres disimular conmigo? Eso viene, a que ese muñeco es tu rival.

—Mi rival? si no puedo tenerlo!

—Me alegro, porque segun dicen, y lo sé de buena tinta, ese jóven se casará pronto con Elvira.

—Con Elvira? dijo Andres con voz ronca, no pudiendo ya dominar su emocion.

—Sí Andres, continuó don Dicen, afectando indiferencia: es una cosa hecha: yo lo sé por los mismos de la casa de ese jóven.

—Y, quién es él?

—Don Demetrio Castaños, un mozo de gran fortuna que añade a muchas otras prendas recomendables, una estupidez de a folio. Ya lo ves, es un *buen partido:* es tonto; pero tiene plata, y esto es cuanto en el dia se requiere. Me dicen que era una cosa convenida por los padres de antemano.

El pobre Andres ya no veia sino sombras, y miéntras don Dicen continuaba *contando* a cuantos pasaban a su lado, él no podia apartar sus ojos de Elvira y el jóven Castaños que, asidos del brazo se paseaban por el salon hablando en voz baja. Una sospecha cruel amparándose de ese corazon demasiado inesperto todavia, le daba a beber, en la primera gota de los zelos, todas las amarguras de la tormenta de la vida. Pensaba en lo que acababa de escuchar, y en las palabras, consoladoras, es verdad, pero evasivas, con que Elvira se habia disculpado, y el demonio de la duda se complacia en sumerjirlo en un mar de tinieblas. Los primeros dolores tienen un carácter distintivo que los dife-

rencia de todos los que probamos en el resto de la existencia: nos hieren de una manera atroz, y tras de ellos no vemos la esperanza. El porvenir se oscurece, y creemos que todo ha dejado de existir con la muerte de las primeras ilusiones.

Pero Andres dudaba todavia, porque, las almas jóvenes en el roze del mundo, tienen un tesoro de fé que no puede destruirse al primer golpe.

Aprovechándose de un momento en que vió sola a Elvira se acercó a su lado: su corazon latia con violencia, su rostro estaba pálido, y su voz trémula acertaba apénas a articular las palabras. Con todo haciendo un esfuerzo sobrehumano para dominar su emocion, pudo decirla: Elvira, hábleme U. con franqueza, ama U. a ese jóven!

—Está loco Andres, repuso ella sonriendo.

—No, no estoi loco por mi desgracia.

—Por su desgracia?

—Si Elvira: cuando vemos que nuestra felicidad va a desvanecerse como un sueño, que nuestra dicha no era mas que una ilusion engañadora; cuando nos aguarda una realidad horrible, es una desgracia conservar el juicio.

—Y por qué dice U. todo eso?

—A qué fiujir, Elvira? a qué ocultarme lo que todos saben? sea U. sincera por lo ménos, ya que no ha podido ser constante.

—Andres, no entiendo lo que quiere U. decir.

—Ojalá fuese asi: eso querria decir que me engañaba.... Me ama U. como ántes Elvira?

La niña no pudo mantenerse serena ante la ruda franqueza de esta pregunta: esa alma novicia aun, no tuvo el valor de mentir con ese aplomo que dá el trato del mundo, y bajó los ojos palideciendo sin haber pronunciado una palabra.

Todo estaba dicho sin embargo, y Andres haciendo un esfuerzo supremo quiso levantarse de su asiento. Ella entónces al verlo alejarse llevando en su rostro las señales de un intenso dolor no pudo estorbar un movimiento jeneroso de su corazon, que bueno y noble en el fondo, comenzaba solo a corromperse con los consejos y diarios ejemplos.

—Andres, le dijo con voz entrecortada, preciso es que U. lo sepa todo.

—Acaso sé demasiado ya, dijo él sintiéndose desfallecer y cayendo de nuevo en la silla; pero hable U. Elvira: talvez la escucho por la vez postrera.

—U. lo ha adivinado, Andres; ese jóven es el que mis padres me destinan para esposo: no lo amo.... pero tendré que obedecer.

Hai verdades que nos anonadan, y a las que apesar de su de-

solante e indudable realidad, no queremos ni podemos dar crédito: en presencia del cadáver de un ser querido, muchas veces no podemos creer que la muerte nos lo haya arrebatado; tal es la inmensidad del mal que no puede caber de un golpe en nuestra cabeza ni en nuestro corazon.

Andres sabia ya lo que acababa de escuchar; pero en presencia de la verdad desnuda se negaba a dar crédito a sus propios oidos; su cabeza ardiendo le hacia talvez pensar que era en ese instante víctima de una horrible pesadilla.

En este momento el jóven Castaños acercándose a Elvira, la dijo sonriendo: su mamá me encarga conducirla al comedor. Ella tomó el brazo del jóven, y dando al pobre Andres una última mirada llena de pasion se alejó con rapidez.—(*Continuara*).

GUILLERMO BLEST GANA.

UNA LÁGRIMA.

Cuando por vez primera mis ojos te miraron
Mi espíritu la llama de la pasion sintió;
Mil bellas ilusiones risueñas me halagaron
Y una amorosa lágrima del párpado brotó.

Mi amor y mi esperanza te dijo el lábio ardiente
Y tú a ese amor abriste tu pecho, dulce bien:
La estrella de la dicha brilló sobre mi frente
Y una lágrima dulce se desprendió tambien.

Te adoro con delirio, pero te encuentro fria
¿Será que me engañaste al prometerme amor?
Cuando así indiferente te contemplo, alma mia,
Una callada lágrima te dice mi dolor.

Tal vez mañana, ay triste, te miraré distante,
Con otro amor gozando y olvidada de mí:
Yo siempre, amado dueño, te adoraré constante
Y una lágrima amarga derramaré por tí.

A UNA GUAYAQUILEÑA.

Me han dicho que en las márjenes hermosas
Del Guayas transparente,
Se columpian mil flores olorosas
Al soplo del ambiente:

Que el majestuoso rio corre entre ellas
Sin fuerza y sin orgullo
Y suspira, mirándolas tan bellas,
Con lánguido murmullo.

Dicen que el Sol las dora enamorado
Y los rayos que envia
Ardientes posa en el florido prado
Que al Guayas atavía;

Y aun dicen que los aires voladores
Tambien gratos las aman
Y las roban fugaces sus olores
Y en ellos se embalsaman.

Mui bellas deben ser aquesas flores
Bañadas en rocío
Puesto que pueden inspirar amores
Al Sol, al aire, al rio.

. . . .

Una de entre esas flores, arrancada
Al Guayas altanero
Sois vos a las orillas trasplantada
Del Rimac placentero:

Aquí no encontrareis esa corriente
Que pasa en lento jiro,
Ni el rojo rayo de ese Sol ardiente,
Ni de ese aire el suspiro;

Pero hallareis, hermosa, trovadores
Que por bella os aclamen,
Y al llamaros la reina de las flores
Os admiren y os amen.

Lima, 1852.

ROSA Y CARLOS.

Buenas noticias hai Rosa mia;
El rei bien pronto vendrá al castillo;
Todos veremos en ese dia
Fiestas hermosas, mucha alegría,
Bailes y cantos, pompas y brillo.

Los escuderos, los bellos pajes,
Los caballeros y los barones,
Vendrán soberbios con ricos trajes,
Con sus arreos, sus equipajes,
Con sus divisas y sus blasones.

Acaso al verte, mi bien querido
Algunos de ellos te halagarán
Con bellas frases de amor mentido:
—Irán sus frases solo a mi oido
Y al alma mia no llegarán.

—Que el rei es bello, dicen, hermosa,
¡Con cuanto gusto lo mirarás!
—Sí, con los ojos, contestó Rosa;
Mas con el alma siempre amorosa
Miraré solo donde tú estás.

—Oh, Rosa mia, el rei es amo,
Tiene riqueza, tiene esplendor:
Si él te dijera: Rosa yo te amo,
Tu amor y vida quiero y reclamo,
Ven, por mi trono cambia tu amor:

Dí ¿no seria cetro y dinero
Para tí Rosa gran seduccion?
—Si él me dijera: Rosa te quiero,
Contestaria: mucho os venero,
Mas dí a mi Cárlos el corazon.

. . . .

Vió el rei a Rosa, la encontró bella;
Te amo la dijo, y ella calló:
Y a la amorosa, dulce querella
Y a las ardientes palabras, ella
Ni sí le dijo, ni dijo nó.

El rejio amante siguió en su empresa
Rosa esforzóse por resistir;
Mas el rei hizo tanta promesa
Pasion tan grande su labio espresa
Que ella al fin hubo de sucumbir.

. . . .

¿Y el pobre Cárlos de suerte escasa?
Diz que a la ingrata mucho lloró;
Mas como todo se olvida o pasa
El poner pudo al dolor tasa
Y al fin con otra se consoló.

Pobres amantes, aqueste cuento
En pobres versos mui bien os prueba:
Que de mujeres el juramento,
Las dulces frases y el sentimiento
Es humo vano que el viento lleva.

EUSEBIO LILLO.

LA TUMBA DE HELOISA.[1]

(LO QUE FUE EL AMOR Y LO QUE ES HOI).

Aquella lamentable historia de esos amantes, que parece mas bien una novela por la poesia que encierra y el entusiasmo artístico, léjos de desmayar con el tiempo, resplandece aun mas. No es un cuento fantástico, pero tiene en nuestra edad de industria, en nuestro siglo de hierro, toda su atraccion; parece mas bien un idilio filosófico, ese amor tan antiguo, tan conocido; es preciso, en nuestra escasez de pasiones sinceras, ir a buscar en el pasado las huellas de nuestro corazon, la vida pura del amor en sus ardientes inspiraciones.

Si en un dia nublado visitais el cementerio del padre Lachaise en Paris, si en un recinto de esa colina de la antigua Lutecia, llena de gloria y de recuerdos, llegais a una tumba cuyos ángulos parecen suspirar por las lijeras columnas que se elevan de

(1) Reproducimos con el verdadero nombre de su autor las siguientes pájinas que se publicaron sin firma hace algunos años en un periódico literario.

ellos; si vagais en torno de aquel sepulcro, cuyos delgados adornos os anuncian bien las torturas de la vida ascética, en medio de la tumba vereis aun acostados a estos dos seres que inmortalizó el amor y la filosofía. Heloisa y Abelardo duermen allí; el polvo en que vivieron aun rebulle; parecen dormidos sobre su misma gloria. Y a la verdad descansan sobre un mismo martirio: juntos para la piedra, mas separados en el cielo como fuéronlo en la tierra. Varias coronas de siemprevivas tachonan el suelo de los desgraciados amantes. Allí el amante infeliz une su lloro al duelo del pasado; allí se impregna de amor el feliz, y vuelve a su querida mas fresco y palpitante su corazon humedecido con ese recuerdo.

Una pareja pasando rápidamente por mil sombrías tumbas, temiendo la detenga alguna rama, como una paloma que va a su nido, llega a la antigua tumba. En sus fisonomías inquietas no vaga un recuerdo doloroso; parecen conmovidas, cual si no tuviesen mas que ese solo instante para deponer positivamente la ofrenda de siemprevivas. La mujer, hermosa como una italiana, lleva en sus ojos un mundo de amor; al verla rozar las tumbas solitarias, los muertos han debido conmoverse con sus rayos profanos; era la vida misma, exhuberante, fecunda, esa mujer que marchaba tan resuelta en el campo de los muertos.

Su compañero parecia admirado de la serenidad de su hermosa; entre si comparaba el silencio del recinto al ruido de su querida que aparentaba despertar a los muertos con un beso. Ambos se amaban al parecer; ambos se creian mas inspirados que Heloisa y Abelardo; echábanles coronas como una flor de su vanidosa ilusion y pretendian ligarse mas presentando su ofrenda en ese sarcófago del amor.

Luego que la pareja afortunada hubo cumplido su voto descendieron la combeada colina. El nudo que habian echado a sus relaciones era una corona de siemprevivas. La mujer bajaba satisfecha; el amor se habia vuelto a encender de nuevo en su pecho. El feliz compañero bajaba la cabeza sonriendo de aquel voluptuoso cuadro apénas teñido por una vislumbre sombria. Pero aquella linda italiana cuya insconstancia le parecia ya fuera de peligro era tan interesante, tan lánguida que bien podia olvidar el porvenir.

Al salir del cementerio, una lijerísima calesa esperaba a los amantes afortunados; el dia seguia nublado. Ella subió rápidamente como temiendo enfriar su instante feliz y partió para los Campos Eliseos; si en el cementerio le aguardaba su amante, en el paseo le esperaba su marido. Lo sombrio y triste del primero se llenaba de alegria con el amante; lo alegre, ruidoso y elegante del segundo eran suficientes para cubrir la aburridora figura del marido. Salia de las tumbas con nueva vida, y del paseo hermoso parecia salir con un cadáver viviente. Ella aceptaba este último como un don del destino y miraba al primero como una ofrenda del cielo. Se habian unido sin buscarse y ámbos parecian contentos de su estado y de su union. Y al verlos pasar por la lujosa calle entre el arco de la Estrella y el verde macizo de las Tullerias, como un conquistador con el botin a su lado, hubiérase dicho que esos dos seres volaban en el carro de la fortuna al soplo del amor y de la gloria. Y sin embargo no iban en ese coche sino una mujer y un hombre, mui distantes uno de otro por sus pensamientos.

El compañero de las tumbas no se habia tampoco quedado junto a ellas. Luego que vió léjos el coche, sacó un papel de su bolsillo y volaba a otros brazos. Su insconstancia nacia de su frialdad; se amaba mas que todos para amar a mujer ninguna; su buena fortuna lo apoyaba en su vanidad; con ventajosas dotes espirituales y corporales no temia ninguna derrota; y sea su tino o la ocasion jamás tuvo un desmentido en sus pretensiones. Le era fácil engañar; su dulzura inspiraba confianza; tambien perdonaba todo a las que lo amaban, y era confiado a fuerza de amor propio. Pero si se dejaba engañar tampoco era malicioso; concedia a sus amadas todo prestijio, todo talento, las envanecia por sus lisonjas. Le bastaba la ocasion, segun creia, para ser feliz. Podian faltarle, no le importaba; su orgullo le hacia olvidar fácilmente y su buena fortuna acopiaba de antemano riquezas para sus pérdidas poco lamentables siempre para él.

Largo tiempo vivieron asi estos dos seres sin jamas conocerse. Se les veia en todas partes. La italiana se acordó un dia de su pais; ya ambicionaba otras conquistas.

Coqueta por educacion, sabiéndose hermosa y seductora, era tan sensible a la adoracion que la buscaba con frenesí. Al mas

leve incienso del ente mas insignificante, aquella hermosura se elevaba en el aire de su vanidad; ninguna lisonja llegaba a su oido sin pasar hasta su corazon; todo triunfo de cualquiera clase que fuera era una prueba de su belleza. El amor propio era mas débil que su vanidad; su amante era al contrario. Era una mujer llamada a ser la favorita del sultan, capaz de emplear toda arma para dominar, todo artificio para triunfar, toda humillacion para hacer una conquista. Su alma se aprisionaba en esas nubes de la vanidad como un relámpago próximo a estallar con la frotacion de la lisonja. Marchaba con sus grandes ojos voluptuosos abrazando los horizontes y poniendo el oido al mas débil susurro de adulacion. Jamas se acordaba de los amantes que habia tenido; el último le parecia siempre el primero. No buscaba en sus favoritos ninguna cualidad; ni el talento, ni la fortuna; apénas la belleza le dominaba. Un hombre mas o ménos humillado y lisonjero era todo su deseo.

Vedla en el coche del ferro-carril. Allí está como una sílfide aprisionada entre sedas. Sus dos ojos iluminan el oscurecido recinto, silba el viento afuera, su marido duerme, otro vecino al parecer despierto parece electrizado por la velocidad del vapor, o por la fascinacion de los ojos de la dama. Es un viajero, antiguo conocido de esta señora, uno de esos hombres que se mueren de amor sin comprenderlo, uno de esos corazones honrados que hacen de la mujer un ánjel y que vacian su alma sin empeño en el primer pecho que palpita por ellos. Figurábase en esta mujer una cosa anjelical, y cada vez que se miraban y se tocaban, todo un mundo de ilusiones parecia romperse de felicidad al fuego del amor. Y sin embargo sabia lo que era esta mujer; mas a su lado sus recuerdos perecian; su existencia principiaba en ese momento, su amor adquiria en ese instante una eternidad. Aquel contínuo viaje era para él el de la fortuna y marchaba al porvenir en brazos de la felicidad, encantado por esa sílfide, esa salamandra fascinante. Este hombre era con todo el único que la habia amado, era el único que no la traicionaba, el que a un beso habia renacido como para un paraiso de ensueños. Pero ella veia solo un hombre, e interpretaba su amor como una cosa pasajera, como todo lo que necesitaba para no aguardar jamas gratitud.

En las costas de Francia detuviéronse algun instante el viajero y la dama; poco despues volaba ella para Nápoles, sin pesar, sin remordimiento. Dejaba al mismo tiempo a su amante del cementerio, a su favorito de un viaje y se lanzaba al mar en busca de otras presas como un pirata inatacable.

¿Creeis que allí nada le agradaba? Al contrario enamoróse de un hombre comun, de una especie de mercader cuyos cumplimientos eran servicios domésticos. Abandonóle con el vapor y en la hermosa tierra de Nápoles, donde todo es molicie, donde el mar y el volcan convidan a la meditacion, su hermosura májica adquirió mas esplendor. Los caprichos del sepulcro, del ferro-carril, del vapor, todo se habia derretido al influjo del sol napolitano; la luna, las estrellas, el aire; todo, pareciéndole nuevo habia transformado su ser, habia por lo ménos envuelto su pasado en un velo de olvido e indiferencia.

Su vida inconstante y voluptuosa no tenia límites, se elastizaba como una cuerda sonora sin romperse jamas. Cuanto la tocaba la hacia dar májicos sonidos y a su son el corazon de esa mujer se dejaba llevar de la embriaguez del momento.

Su cuerpo todo parecia formado para la ansia de gozar; se veia en él la musculacion del placer y cubria sus venas el tejido mismo de la voluptuosidad. En Nápoles su sociedad era buscada por todos y todos sacaban parte de ella; una vez un cantor, otra un hombre de mundo, las mas algun novicio seductor eran sus conquistas. Y si por casualidad os presentan en un perfumado retrete vereis a los cuatro adoradores devorándose entre sí y devorados por ella. No ama a ninguno, ninguno tampoco la ama; el goce los atrae, y ella sola parece no satisfacerse jamas en esa vida de aturdimiento, de goces materiales, sin ensueños, sin esa sinceridad del corazon que lejitima toda falta, que enaltece el alma, que armoniza la pasion y corona la vida con una aureola de amor.

No pensaba esa cortesana del gran mundo en los dolores que dejaba, en la ingratitud que la seguia, en el desprecio que inspiraba y en los engaños de que era víctima. Su alma pasaba de mano en mano, como una moneda de oro gastándose poco a poco sin perder de su valor en apariencia. Le sucedia siempre amar la mentira, tomaba por verdadero amante al mas finjido.

La verdad parecia huir de sus abrazos; el que la amaba de veras era perdido. Coqueta y voluptuosa aprovechaba su vida y derramaba por las sendas comunes su ardiente corazon. Pero dejemos a Nápoles; pongamos un largo paréntesis a esta línea de conquistas; la hermosa no por eso deja de estar en el vigor de su juventud; nada le cuesta el amor, la virtud mucho ménos. Pero su estrella la empuja sin cesar en el horizonte del placer. No la creais por eso mala; os engañará sin duda, pero no puede torcer su ruta: su destino es gozar sin amor, o amar gozando sin límite a impulsos del capricho o instigada por la ocasion.

Vereis de nuevo en el mismo cementerio entrar a la conocida pareja, ámbos volviéndose a estrechar despues de mil inconstancias y creyéndose fieles; el amante que dejaba otra querida, ella que volvia de su viaje con una maleta de insconstancias e infidelidades. Séanos permitido olvidar en este rápido viaje mil favoritos y escenas de otros puntos; este cuadro es un bosquejo solamente de ese amor. Solo uno de ellos atravesará el cementerio sin ver a la pareja favorecida que como ántes vuelve a llevar una corona de siemprevivas a la tumba de Abelardo, pero este convidado silencioso llevaba otra mujer a su lado; la muerte. Aquel amigo que se despidió en el camino de Viena, habia tomado el de las tumbas al soplo del cólera. Era el único que la habia amado, el único que habia llorado a ese ánjel caido que su intelijencia no habia podido volver al cielo. Nadie preguntó su nombre. A un lado caia un cadáver y al otro sonaba un beso.

Enero de 1851.

FRANCISCO DE P. MATTA.

REVISTA DE SANTIAGO.

SANTIAGO, SETIEMBRE 30 DE 1855.

El 18 de setiembre y un banquete patriótico.— Para nosotros, cada aniversario de nuestra independencia es una evocacion de aquellos tiempos, una resurreccion de aquellos héroes; es la memoria viva del pasado, no con sus odios ni con sus luchas sangrientas, sino con su abnegacion noble, con su patriotismo sin tacha, que son los recuerdos grandiosos de aquel y las promesas mas atrayentes de un porvenir mas dichoso. Entónces se luchaba con el poder colosal de una nacion europea, lucha de valientes que debia al fin coronar los esfuerzos de la causa mas justa, borrar del mapa del mundo una colonia esclavizada, y agregar en ese mismo el nombre de una nacion libre. Salud a esos héroes, que sucumbieron por la patria, victoreando a la libertad, que arrojaron al tenebroso despotismo la chispa de la venganza que lo incendió, y que estenuados y miserables senderearon los Andes al son de la trompa entusiasta y al redoble del tambor republicano!.... Ahora ya no hai combates, no hai invasores, no hai reyes ni súbditos. Nuestra pequeñez, nuestro vanidoso orgullo todavia nos aparentan muchas veces, con los recuerdos de aquellos tiempos, ciertas imájenes de patriotismo caduco que saludamos quizás con gritos de importuno entusiasmo. Y qué? acaso llegará la libertad que deseamos, mién-

tras sean odios ridículos los resortes que nos empujen. Para el advenimiento de esa época de grandeza, para que la base firme del edificio que tratamos de construir no bambolée a todo choque, necesitamos que cada hombre contemple a su patria, no como a un aislado rincon del universo, sino como una parte de ese gran todo que se llama humanidad y que jira como un astro vagabundo en busca de un centro armonioso. Ese centro lo hallará al fin; y la libertad del mundo y la fraternidad de todos los hombres realizarán la síntesis de la intelijencia divina.

En el banquete patriótico muchas de estas ideas caian como una semilla gloriosa, que fecundará mas tarde el ardor del espíritu y la irradiacion de otras verdades. Era una reunion de hombres distintos en fisonomía, quizas en ideas, pero idénticos en un deseo, en un voto comun; el engrandecimiento de la patria por la libertad y la reconciliacion de todas las nacionalidades en la justicia, en la virtud, en la fraternidad humana.

Sentimos no poder publicar todos los brindis que allí se pronunciaron; pero a lo ménos los que ahora se imprimen darán una idea bien exacta del entusiasmo que dominaba en todos y de los sentimientos que todos los corazones aplaudian.

El señor Harris, Encargado de Negocios de S. M. B.—Brindo, señores, por la union que ha hecho la gloria de las grandes naciones y el triunfo de las buenas causas. Cuando se unieron las provincias sur-americanas en 1810 conquistaron heróicamente su independencia derrotando los ejércitos de una nacion poderosa. Esas provincias, convertidas hoi en repúblicas, necesitan de la union para hacerse respetar contra las trasgresiones de los estados mas fuertes, y necesitan tambien de la union interior, de la estirpacion de los odios y rencóres de partidos, para que todos sus hijos trabajen por el engrandecimiento nacional.

El señor Asquerino, Encargado de Negocios de España.—Señores: brindo porque los chilenos sean tan valientes para conservar la libertad de su patria, como lo fueron para conquistarla.

Porque las repúblicas del sur, siguiendo el noble ejemplo de los Estados-Unidos, alcancen su prosperidad y ventura: la España, señores, se enorgullece de haber coadyuvado a la independencia de ese gran pueblo, en que se practican todas las libertades.

A la memoria del magnánimo jeneral Freire que quebrantó las cadenas de los prisioneros españoles: mi patria venerará siempre su nombre.

El jefe del gabinete actual de Chile, ha declarado en las Cámaras que estaban abiertas todas las carreras, francas todas las posiciones al mérito y la virtud: qué para ello no se preguntaba a nadie ni de donde venia ni donde habia nacido; en una pala-

bra, que en Chile ya no habia estranjeros, solo habia hermanos. Esta declaracion, señores, honra tanto al ilustre miembro del gabinete, como a su pais, como a la humanidad entera, pues ella es la espresion de la misma divinidad, puesto que el cristianismo ha proclamado la fraternidad de todos los hombres, y la libertad de todas las naciones: ¡loor eterno al que asi sabe dilatar su patria a todo el mundo!

Don Manuel Antonio Tocornal.—Celebramos hoi el cumpleaños de nuestra patria. Para el hombre cada año que se cumple es una esperanza que se apaga, un deseo que se marchita, una ilusion que se escapa. La patria cumple sus años rejenerándose. La patria llena de vida, su espíritu, siempre jóven, en cada año cumplido realiza un pensamiento y vé brotar uno nuevo. Dos grandes pompas la han saludado en este año; un pensamiento realizado y un pensamiento por realizarse, el ferro-carril de Valparaiso y el ferro-carril del Sud. ¡Que nuevas pompas la saluden mas tarde! Saludémosla nosotros con gratitud y confianza; gratitud por el pasado, confianza en el porvenir. Yo brindo, señores, porque la gratitud sea eterna y la confianza siempre ardiente y fervorosa.

El señor Zegarra, ministro del Perú, dijo: Señores: la celebridad del 18 de setiembre es la celebridad de una idea: la conquista de la individualidad de un pueblo, sin la cual es imposible el progreso. Nuestros padres la concibieron y la llevaron a cabo en toda la América española. Brindemos a su memoria y procuremos llenar nuestro deber estableciendo la libertad en estos pueblos; y demos gracias a la Providencia que al traernos la madre patria la conquista nos trajera la relijion del Crucificado, que es la de la verdad y del progreso.

Don Domingo Santamaria.—Hablo lleno de alborozo y de contento.... La Independencia de la América fué el resultado de la union, de la igualdad de miras entre todas las antiguas colonias.—Soldados arjentinos pasaron los Andes para venir a buscar el combate en Chile; soldados chilenos y arjentinos atravesaron los mares para ir al Perú tras la lucha y la victoria; y chilenos, arjentinos, peruanos y colombianos pelearon unidos y entusiastas hasta concluir con el poder español y su dominio.

Este hecho se nos ha legado, y con él un laudable ejemplo.

La Independencia fué lo único que pudieron darnos nuestros padres de 1810; el gobierno de la libertad debe ser obra nuestra.

Brindo, pues, señores, porque esa union que estrechó a la América para hacerse independiente, la estreche ahora, la estreche siempre, para alcanzar y defender la verdadera libertad.

Don Cárlos Lamarca, ministro de la República Arjentina.—En los dias de la patria todas las ideas y los sentimientos deben ele-

varse al cielo de la estrella que ostenta el escudo de las armas nacionales. Brindo por la felicidad de la república.—Por la union entre la América y la Europa.—¡Al San Bernardo Americano! (los Andes) porque sea allanado por los rieles de un ferro-carril interocceánico que ligue para siempre la prosperidad entre las repúblicas de Chile y la Confederacion Arjentina.

El señor Beelen, Secretario de la Legacion de los Estados-Unidos.—Al proponer un brindis, se espera sin duda que se esprese o un cumplimiento o una esperanza. Chile no necesita de cumplimientos. Sus actos son en sí su mejor panejírico; y deben ser brillantes las esperanzas de la patria que es madre de tales hijos como los que veo a mi rededor. Sin embargo, si los sinceros deseos de uno que honra y admira a este pais pueden servirle; con todas las miras de mi alma espero que el porvenir de Chile sea tan brillante como su pasado; y que al fin cuando como a la Romana Cornelia, que preguntada cuáles eran sus joyas señaló a sus hijos, se le pregunte por las suyas, pueda con honor y orgullo mostrar su constitucion sin mancilla y la no deshonrada memoria de los que la conquistaron. Estas, señores, son las mas brillantes joyas de una República! Brindo por Chile, que entre los últimos de los Estados Americanos en convertirse en República, rivaliza con el primero de ellos en republicanismo!

Don Francisco Marin Recavarren.—La palabra patria no resuena señores de la misma manera en todos los oidos: para unos significa la patria, la posesion de inmensas riquezas, de magnificas propiedades, o bien las perrogativas de una clase privilejiada; bienes que tendiendo a concentrar la felicidad del individuo enaltecen el egoismo y el orgullo; empero, señores, la palabra patria debe tener y tiene una significacion mas bella, mas grande y espansiva. Yo entiendo por patria la madre comun en que todos los ciudadanos rejidos por la amable igualdad entran en la comun participacion de unos mismos sentimientos y transportes cuando son inspirados por grandes cosas, y esta participacion no puede lograrse sino en los pueblos verdaderamente libres. Las benéficas instituciones uniforman todas las ideas, harmonizan todos los intereses, estrechando así los vínculos de los ciudadanos; ellas inspiran la franqueza, la confianza y la fraternidad, virtudes que nos escitan a merecer la estimacion, y a compartir los placeres y penas de nuestros semejantes. A esta patria brindo señores, y esta es la que yo deseo para Chile.

Don Diego Barros Arana.—Celebrando el aniversario de la patria no es posible dejar sin un recuerdo a los grandes hombres que la crearon. Yo brindo por esos hombres ya se llamen O'Higgins o San-Martin, Rozas o Carrera, Cochrane o Freire. Por los héroes de Rancagua, Chacabuco y Maipo; por la patria que

ellos nos conquistaron, por las glorias que ellos dieron al pabellon tricolor.

Don Alberto Blest Gana.—Señores: se ha brindado varias veces por la verdadera república y se ha omitido el enunciar uno de los medios mas eficaces para realizarla. Que la educacion se difunda por el pueblo, ese pueblo tan esforzado y heróico, y él entónces, conociendo sus derechos, sabrá apreciarlos y comprenderá que su mas brillante porvenir está cifrado en la verdadera libertad.

Don Pio Varas.—En otro tiempo Dios se revelaba a los hombres por medio de milagros y profetas. Ahora los milagros han cesado, los profetas han enmudecido; pero las miras de la providencia aun se revelan a la humanidad colectiva, ellas se manifiestan en los instintos y necesidades de los pueblos mismos. Cuando Dios quiere dar a la sociedad la posesion de algun bien grande y desconocido que está por venir, le pone un pensamiento y un deseo, y le dice marcha donde ellos te llevan. A los hombres que buscan el destino de los pueblos en los deseos y necesidades de los pueblos mismos son debidos respeto y honor; porque ellos se asimilan el pensamiento de la providencia, y se hacen sus ausiliares. Respeto y honor a estos hombres; reunámoslos a todos, de cualquier pais que sean, en un recuerdo comun.

El señor Redactor del Mercurio.—Señores: en la América del Sur se ha luchado por una sola causa, la independencia, y trabajamos todos por un mismo principio, la libertad. Es mui natural, por tanto, que dominado por estas convicciones me una cordialmente con vosotros para participar del entusiasmo con que celebrais las glorias de la patria. Pero no son, señores, solamente los recuerdos de lo pasado los que deben llenar de alegria nuestros corazones, el presente de Chile debe enorgullecer a sus dignos hijos; el porvenir, sin embargo, se ostenta a nuestros ojos mas halagüeños todavia. Brindemos, señores, por el porvenir de la República, por la brillante juventud chilena que con tan justos títulos se encargará de realizarlo.

GUILLERMO MATTA.

5?3

DANTE ALIGHIERI.

(BIOGRAFIA ESCRITA EN FRANCES POR M. FAURIEL.)

TRADUCIDA PARA LA «REVISTA» POR J. MORON Y ACOMPAÑADA CON NOTAS POR GUILLERMO MATTA.

Viéndose numerosos, seguros de ser apoyados por los Blancos de Pistoia, por los gibelinos de Arezzo, de Siena, de Pisa, y por aquellos que se mantenian en sus castillos fortificados en diversos puntos del pais florentino, los Blancos desterrados no trepidaron en emprender la guerra contra los Negros vencedores en Florencia y se dispusieron a comenzarla. Su primera reunion tuvo lugar en Gergonza, castillo situado en las montañas en los confines del territorio de Siena y de Arezzo. Allí se organizaron y nombraron un gobierno para dirijir sus negocios.

Este gobierno tenia alguna analojia con el de Florencia. Se componia de dos consejos de los que el uno se llamaba el consejo de los doce y el otro el consejo secreto. Estos consejos, en ciertas circunstancias y segun la necesidad, nombraban un número de adjuntos, que formaban una especie de consejo jeneral representando la masa del partido; lo que se deliberaba en estos consejos reunidos se ponia en ejecucion por los miembros del consejo secreto, que de este modo formaba la parte activa del

gobierno o el gobierno propiamente dicho.—Dante fué elejido miembro del consejo de los doce.

El primer acto del nuevo gobierno fué el de nombrar un jeneral que mandase la fuerza militar del partido; este nombramieuto recayó en el conde Alejandro de Romena, personaje célebre entónces entre los jefes gibelinos de la Toscana, y uno de los descendientes de los antiguos condes Guidi. Hecho esto, el gobierno de los Blancos fué a establecerse en Arezzo, como el lugar mas apropósito para poderse poner en acuerdo con los Ubaldini y los demas gibelinos del valle del Arno con los cuales acababan de formar alianza.

Los Negros de Florencia por su parte se disponian a resistir vigorosamente a sus adversarios. La guerra iba a estallar de nuevo en la Toscana, y a renovarse con todos los sintomas de la primera lucha entre los güelfos y gibelinos. Los Blancos y los Negros no podian combatirse sino cambiando respectivamente de rol y de opinion, y cediendo cada uno por su parte a influencias opuestas a aquellas que hasta entónces habian seguido. Obligados unos y otros a apoyarse en los gibelinos, tenian por esto mismo que combatir en el antiguo interes de la nobleza y del feudalismo. Teniendo que echar mano para su defensa de las fuerzas del pueblo florentino, los güelfos aristocráticos, o los Negros, se veian en la necesidad con voluntad o sin ella, de segundar las tendencias democráticas de ese mismo pueblo. De este modo los dos partidos cambiaron de opinion; los unos por apego a un poder de que disfrutaban y que querian conservar; y los otros por recobrar ese mismo poder que habian perdido.

El Papa Bonifacio VIII trató en vano de impedir esta guerra de que él mismo era el autor; pero no consiguió sino retardarla algunos dias por medio de una intriga bastante impudente, pero que no debe estrañarse viniendo de él. Uguecione della Faggiuola, gibelino determinado, célebre despues por su dominacion en Luca y por sus victorias contra los florentinos, era entónces Podestá de Arezzo, y estaba escomulgado por Bonifacio VIII por no sé qué ofensas contra la Iglesia. Bonifacio comenzó por relevarlo politicamente de la escomunion que pesaba sobre él, y ademas le hizo prometer que haria cardenal a uno de sus hijos; despues de lo cual se atrevió a insinuarle y a rogarle que usara de todos los medios que estaban en su poder para arrojar a los Blancos de Arezzo, donde habian establecido su cuartel jeneral. Uguecione le obedeció: humilló de tan diversos modos y atormentó tanto a los refujiados, que los obligó por último a salir de Arezzo.

Estos se dispersaron entónces por todos lados: los unos se dirijieron a Siena, los otros a Pistoia, y el mayor número a For-

li. Dante fué uno de estos últimos, y segun creo fué esta la primera vez que puso el pié en la Romaña.

Una vez establecidos en Forli, los Blancos, que en adelante llamaré los Blancos-gibelinos para indicar la amalgama de los dos partidos en uno solo, se pusieron en campaña y comenzaron la guerra con un ejército de 1,200 caballos y de 4,000 infantes. No es mi intencion el referir ni aun sumariamente los hechos de esta guerra; para mi objeto será bastante el recordar algunos incidentes mas particularmente ligados a la vida de Dante o que fueron para él temas de poesia.

La primera tentativa de los Blancos-gibelinos fué un revés. Habiendo puesto sitio a la fortaleza de Pulciano, en la estremidad del valle de Siena, llamada Mugello, se vieron precisados a levantarlo con precipitacion al acercarse el enemigo, en poder del cual dejaron diez y siete prisioneros. De estos diez y siete prisioneros diez eran hombres oscuros; los demas pertenecian a familias distinguidas de Florencia. Los vencedores les hicieron cortar a todos la cabeza, dando de este modo un ejemplo de crueldad inusitado hasta entónces en la historia de las facciones de la Toscana.

Dante se conmovió vivamente; la prueba de ello la encontramos en una oda, que segun todas las probabilidades tiene relacion con este suceso. No faltan en ella defectos; sobre todo los rasgos de rudeza, la vaguedad y la oscuridad:

«O patria digna de triunfante fama,
Madre de hombres magnánimos,
Tu dolor sobrepuja al de tu hermana (Roma)
El que es tu hijo y honrado
Viendo las iniquidades
Que se cometen en tí, se duele y se avergüenza!
Tu reinabas feliz en otro tiempo
Cuando tus herederos
Querian que las virtudes fuesen tus columnas.
Madre de la gloria, morada del valor
Con fé unida y pura
Eras feliz con las siete damas.
Ahora te veo desnuda de tales adornos
Vestida de dolor llena de vicios,
Proscritos los Fabricios leales,
Soberbia, vil y enemiga de la paz.
O deshonra a tí caverna de facciosos;
Porque si llega Marte
Castigas con la Antenora al honrado
Que no sigue el asta del osado lirio;
Y a aquel que te ama mas haces prisionero.» (a)

La aventura de Carlino de Pazzi es tambien uno de los episodios de esa desventurada campaña. Carlino era uno de los Blancos de Florencia a quien los jefes del partido habian confiado la guarnicion de un castillo situado en el valle del Arno, llamado el castillo de *Pianotravigne*. Desde allí, como desde un puesto avanzado, los Blancos-gibelinos hacian frecuentes escursiones en el territorio florentino. Los Negros enviaron tropas para sitiarlo y tomarlo; lo que no pudieron conseguir durante un mes. Los sitiadores iban ya a retirarse, cuando Carlino les vendió el castillo y entregó a los sitiados; de los cuales unos fueron degollados y otros hechos prisioneros. Dante no olvidó nunca esta traicion: mas tarde encontraremos a Carlino de Pazzi en uno de los círculos mas horribles del infierno, y estaremos ya preparados para esta justicia poética.

Las ventajas de los florentinos no se redujeron a las que acabamos de indicar: en las gargantas de los Apeninos tomaron muchos castillos de los Ubaldini, de los Gherardini, y de otros antiguos jefes gibelinos, señores feudales de la comarca; asolaron todas las tierras y se llevaron los vasallos; de suerte que esta nueva guerra tenia como las precedentes del pueblo de Florencia con los gibelinos, el carácter de una lucha de la democracia contra el feudalismo.

La fortuna vino por fin en auxilio de los Blancos-gibelinos, cuando estos, mal dirijidos o engañados, iban a hallarse en la imposibilidad de continuar la guerra. Su implacable y poderoso enemigo, Bonifacio VIII murió el 11 de octubre de 1303, y tuvo por sucesor a Benito XI. Este comprendió el deber de la iglesia romana en la cuestion de las dos facciones de Florencia y de la Toscana: se propuso reconciliarlas, y protejer en el entretanto con todo su poder a la mas débil contra las mas fuerte.

Con ésta mira envió a Florencia al cardenal de Prato, con la mision especial de hacer volver a los Blancos desterrados y de reformar el gobierno de modo que los empleos fuesen compartidos igualmente entre estos y los Negros. A su llegada a Florencia, el cardenal fué mui bien acojido por el pueblo, que en jeneral, se mostraba mucho mas favorable a los Blancos que a los Negros. Apesar de estos últimos, obtuvo los poderes necesarios para llenar su pacífica mision. Por otro lado se entendia con los Blancos que acababan de llegar a Arezzo, y que lo autorizaron igualmente para tratar por ellos en la pacificacion y en las reformas proyectadas. Las negociaciones que tuvieron lugar en este asunto entre los desterrados y el cardenal fueron confiadas a varios síndicos o comisarios de que la historia no ha conservado mas que dos nombres: el uno es de Dante; y el otro el de Petrarco de Parenzo, el padre de Petrarca y uno de los compañeros de destierro de nuestro poeta.

El cardenal de Prato luego que obtuvo los poderes de las dos facciones, procedió inmediatamente a la reconciliacion de los partidos y las reformas del gobierno que debian ser un preliminar y una garantía. Estas reformas se efectuaron en el sentido popular y por ello mismo fueron odiosas a los jefes de la faccion de los Negros, que como ya sabemos, pertenecian a las familias mas nobles de Florencia. Sufrir a la vez una revolucion democrática y la vuelta de sus enemigos eran para ellos hartos sacrificios a la vez. Hicieron tanto con sus sordos manejos, sus intrigas y sus amenazas, que lograron desconcertar y asustar al cardenal: éste partió bruscamente y sin haber terminado nada en los primeros dias de junio de 1304, dejando a Florencia en entredicho, y volvió a Perusa donde entónces se hallaba Benito XI (b).

Apénas se hubo alejado el legado cuando estallaron en Florencia espantosos desórdenes. Los que habian esperado y deseado la paz, no perdonaron a aquellos que creian ser la causa de haberla impedido. Se trabó un combate entre los mas acalorados de los dos partidos; en pocos momentos el pueblo en masa se lanzó a la refriega que bien pronto fué jeneral en calles y plazas. Los Negros, atacados por todos lados por el número siempre en aumento de sus enemigos, estaban ya próximos a ser derrotados, cuando un incendio mas horrible aun que la batalla de la cual seguia las huellas y el tumulto, rechazó rápidamente a los combatientes y los dispersó sin darles tiempo para descargar el último golpe.

Este incendio fué obra de los Negros, que por este medio lograron distraer la atencion de sus enemigos. El fuego duró ocho dias consecutivos y devoró cerca de dos mil casas; esto es, una parte mui considerable de Florencia. Los partidarios de los Blancos estupefactos, desconcertados, no pensaron ya en combatir; y los Negros no les dejaron tiempo para volver de su estupor, sino que los condenaron en masa y fueron a reunirse en el destierro con aquellos que habian querido hacer volver. Tal fué el único resultado de la mision pacífica del cardenal de Prato. Pero esta vez al ménos no era el pacificador el que hacia la guerra; no era el ajente del pontífice romano el que traicionaba y proscribia (c).

Estos deplorables acontecimientos laceraron el alma de Benito XI. Inmediatamente hizo llamar a su presencia para dar cuenta de su conducta, a los principales motores del partido de los Negros; y fueron tan terminantes sus órdenes, que no osaron estos resistirlas. En el momento salieron para Perusa donde se encontraba la Corte pontificia.

El cardenal de Prato que creia permitido emplear el fraude y el engaño, con tal de que fuese en beneficio del débil contra el

fuerte, apénas supo la salida de los jefes de los Negros, cuando dió aviso a los Blancos-gibelinos de Arezzo exhortándolos a aprovechar el momento en que sus enemigos estaban ausentes de Florencia, para tentar contra la ciudad un brusco y vigoroso golpe de mano. El aviso pareció bueno a los jefes de los Blancos, que sin perder momento y con el mayor sijilo empezaron a reunir fuerzas suficientes para intentar el golpe propuesto. Al cabo de dos dias habian reunido nueve mil infantes y mil seiscientos caballos. Al dia siguiente llegaron a Trespiano y la Lastra, casi a las puertas de Florencia, sin que el rumor de su marcha hubiese llegado a la ciudad.

Desgraciadamente para ellos pasaron la noche en esta posicion esperando refuerzos que no llegaron, y dieron asi tiempo a los florentinos para hacer algunos preparativos de defensa. Ninguno hubiese tomado las armas contra los Blancos; pero temian a sus aliados los gibelinos, y se hallaban dispuestos a hacerles resistencia.

Sin embargo, luego que llegó el dia, los desterrados siguiendo valerosamente su proyecto, dejaron una parte de sus fuerzas en la Lastra, pueblecillo situado a dos millas de Florencia en el camino de Boloña, se presentaron ante los muros de Florencia, forzaron sin grande dificultad una de sus puertas, y penetrando en la ciudad fueron a formarse en batalla en la primera plaza que encontraron. De alli enviaron de avanzada un destacamento con el encargo de tantear la poblacion florentina. Este destacamento encontró resistencia y fué rechazado. El rumor de este encuentro llegó mui exajerado a las tropas que permanecian en estacion en la Lastra, las cuales se alarmaron y tocaron precipitadamente la retirada. El cuerpo principal de los desterrados desanimado ya por aquel primer revés, y asombrado de encontrar una resistencia que no esperaban, acabó de turbarse cuando supo la brusca retirada de las fuerzas de reserva que habian dejado en la Lastra.

Todo parecia conjurarse para empeorar su situacion: corria entónces el mes de julio; hacia un calor abrasador, y acampados como estaban lejos del rio y en un lugar absolutamente privado de agua, los Blancos-gibelinos sufrieron todos los horrores de la sed, y hasta sus caballos se doblaban con el peso de los jinetes. Desanimados y desesperados, emprendieron la fuga mas bien que la retirada, jadeantes, sofocados, arrojando las armas de cansancio y de sufrimiento y no pensando ya mas que en salvar sus vidas. Muchos fueron hechos prisioneros, y ni uno solo hubiera escapado, si hubiesen sido perseguidos con ardor.

Dante formaba parte de esta espedicion, y sin duda sufrió en ella lo mismo que los demas. Pero lo que mas sintió lleno de amargura e indignacion, fué la vergüenza: y en efecto, nunca

tal vez se habia desperdiciado una ocasion tan bella solo por torpeza. Dante que ya estaba descontento con los jefes de su partido, no les perdonó nunca este último desastre: desde entónces formó la resolucion de abandonarlos, de formar causa aparte, y de procurar volver a su patria por otros caminos que los de la fuerza y la guerra. Desde el mes de julio de 1304 al mes de abril de 1307 durante cerca de tres años, desaparece completamente de la historia de las facciones de su época, y apenas se sabe lo que fué de él durante este intervalo.

Si hemos de creer a Leonardo de Arezzo, cuyo testimonio es siempre de los mas graves cuando se trata de la biografía de Dante, parece que luego que se hubo separado de su partido, se dirijió a Verona, donde debió recibir la hospitalidad de Alboino de la Scala, señor entónces de aquella ciudad. Este aserto parece confirmado por el del mismo Dante que designa espresamente la corte de las Scaligeri de Verona como su primer refujio. Esto es tanto mas verosimil cuanto que nuestro poeta en su calidad de ajente del partido de los Blancos, al principio de la guerra de este partido contra Florencia, habia tenido ya relaciones y formado alianzas con los tres hermanos de la Scala, y obtenido un socorro de tropas de Bartolomeo, el mayor de los tres que dominaba entónces y muerto despues, el 7 de marzo de 1304.

Pero séase como quiera, lo que hai de cierto es que Dante no permaneció esta vez mucho tiempo en Verona. Se sabe con certeza que el mes de julio de 1306 se hallaba en Padua, donde encontró una hermosa dama de alta alcurnia que le inspiró cantos de amor. Algunas semanas despues se hallaba en Castel-Nuovo cerca de Zarzana, donde negoció un acomodo entre uno de los señores Malaspina y el obispo de Luni. Estos hechos se hayan confirmados por documentos de otra especie; algunos versos escritos poco antes o poco despues de las épocas indicadas, contienen indicios seguros de su permanencia en las soledades del Apenino, probablemente en alguno de los numerosos castillos de los condes de Guidi. En suma, desde 1304 el pobre desterrado habia vagado por toda Italia y sabia ya por esperiencia propia lo que mas tarde debia espresar de esta manera: «Cuán pesado es subir y bajar la escalera ajena» (d).

Por lo demas, creo que será mas interesante conocer en qué empleó Dante los tres años de que hacemos mencion, que no el saber donde los pasó. No cabe duda que los empleó en la composicion de diversas obras que han llegado hasta nosotros. En este número debe comprenderse el Banquete, *il Convito*, obra de las mas estrañas, que no fué concluida, y en la cual como veremos mas adelante, el autor parece haber querido formar un cuadro, presentando a la vista del lector los diversos ramos de su saber.

En la misma época debe colocarse la composicion de una obra ménos voluminosa que *il Convito*, pero mas interesante bajo todos respectos; el tratado latino *De vulgari Eloquentia*, del cual me abstengo de hablar en este lugar, proponiéndome ocuparme de él en otra ocasion de un modo especial.

El objeto y las miras de Dante al componer estas obras, era el de ensanchar su fama de literato y de sábio, y disponer por este medio a los florentinos a dar buena acojida a las instancias que hacia para poder volver a Florencia. Ademas de una multitud de cartas que escribió a diversos miembros del gobierno para esplicar y justificar su conducta en los negocios públicos de su pais, dirijió al pueblo entero de Florencia una larga apolojía que empezaba por esta interpelacion patética: «Oh pueblo mio, qué te he hecho yó?»—Todas estas cartas y apolojías que serian documentos tan preciosos para la biografía de Dante, y aun para la historia de Florencia, no existen hoi; pero existian todavia en el siglo XV: Leonardo de Arezzo las conocia y las tenia a la vista al escribir su Vida de Dante, que desgraciadamente no es mas que un resúmen sumamente vago e incompleto.

En una situacion en que su principal estímulo para escribir era el deseo de mostrarse erudito, y la necesidad de justificar su conducta, Dante se hallaba inevitablemente espuesto a descuidar un poco la poesía; pero no estaba en su poder el abandonarla. Volvia a ella como a pesar suyo y con entusiasmo, cada vez que necesitaba decir algo de lo mas íntimo y verdadero que encerraba su pecho. Muchas de sus mas bellas composiciones líricas pertenecen a esta época de su vida.

El sentimiento jeneral que domina en todo lo que compuso en esta época es la esperanza que abrigaba de formarse un título para interesar a sus compatriotas y obtener su llamamiento. Todo lo que tiene relacion con las disposiciones de su alma, anuncia el disgusto de la vida de faccion, el recuerdo de las dulzuras del hogar doméstico y el deseo de volver a ellas. El amor apasionado a la tierra natal se hace sentir a cada instante, y todo respira en él benevolencia, ternura y simpatía.

Hé aquí como prueba una corta frase latina citada como ejemplo de una construccion elegante en el tratado *De vulgari Elocuentia*:—«Yo compadezco a todos los desgraciados; pero mi mayor compasion la reservo para aquellos que consumiéndose en el destierro, no ven a su patria sino en sueños.»—Dante no dice de donde ha tomado esta tierna frase, pero yo no dudo de modo alguno que él mismo sea su autor; ya sea que la compusiese aisladamente para citarla en este lugar, o ya que la haya sacado de alguno de sus opúsculos latinos que ya no existen.

Citaré ahora un pasaje del *Convito*, que no tiene el jénero de elegancia del rasgo precedente, pero que es mas tierno, y mas

esplícito todavia como prueba de los sentimientos de que Dante estaba animado en la época de que se trata. Despues de procurar escusar los defectos de que prevée pudiera tacharse a su trabajo, se espresa en estos términos:

«Ah! por qué no habrá querido el dueño del universo que los motivos de mi escusa no existiesen! Entónces nadie me hubiera faltado y yo no tendria que sufrir un castigo injusto; yo no hubiera tenido que arrostrar [como lo he hecho] el destierro y la pobreza. Florencia, esa bella y afamada hija de Roma, habiendo creido deberme rechazar de su dulce seno, donde yo habia sido educado y vivido hasta la mitad de la carrera de mi existencia, y en el cual deseo terminar con todo mi corazon lo que me resta que vivir y descansar, fatigado como estoi de haber vagado como peregrino y casi mendigado a traves de todas las provincias en las que se habla este idioma.»

Las poesías que Dante escribió en el mismo intervalo y en las mismas circunstancias que el *Convito*, respiran todas el mismo sentimiento. Hé aqui la *despedida* de una *canzone* compuesta tal vez en casa de alguno de los condes de Guidi en los parajes del Apenino próximos al nacimiento del Arno.

«Oh mi cancion montañesa tú te vas: talvez visitarás a Florencia mi ciudad natal, que desnuda de amor y despojada de piedad, me tiene separado de ella. Si entras allí, diles a todos: «Mi señor no puede ya haceros la guerra; está detenido en los lugares de donde yo vengo por una cadena tan fuerte, que si vuestra crueldad se debilitase para con él, no tendria la libertad de volver entre vosotros.»

Como se vé, Dante no disimula su cansancio del destierro ni su estremo deseo de volver a Florencia. Pero en la espresion de este cansancio y de este deseo no se vislumbra jamás bajeza ni debilidad; se conoce siempre en el lenguaje del fiero desterrado la seguridad de un hombre que suspira por la justicia; pero que al mismo tiempo está dispuesto a rechazar todo lo que le sea ofrecido a título de gracia o por pura piedad. Tampoco puede siempre contener los arranques de la conviccion soberbia que tiene de su inocencia, del error y de la injusticia de sus conciudadanos.

«Oh miserable patria! esclama en un pasaje del *Convito* que trata de la justicia en el gobierno de los estados; oh miserable patria mia! cuánto te compadezco cada vez que escribo alguna cosa que tenga relacion con el gobierno civil!»

Pero nada pinta mejor la indomable fiereza del carácter que Dante conservaba hasta en las circunstancias en que mas le importaba escitar la simpatía de otro, que la despedida de una canzone indudablemente escrita en un momento semejante, y que comienza por este verso:

Io sento si d'amor la gran possanza.

Dante dirije esta pieza a tres florentinos, que eran los tres mejores amigos que hubiese conservado en Florencia, y sin duda los tres que mas se interesaban en su vuelta. No puede dudarse que Dante al hablar de estos tres hombres, a quienes queria bien, y de los que esperaba recibir un bien, que ademas declara reconocerlos como los mejores de entre sus compatriotas, no haya tenido la intencion de hablar tan amigable y honrosamente como podia. Sentado esto, hé aqui como se espresa:

«Cancion, ántes de ir a otra parte, dirijete desde luego a aquellos tres que son los ménos perversos de nuestra ciudad. Saluda a los dos primeros, y procura, ántes de saludar al tercero, separarlo de una infame faccion. Diles que el bueno no hace nunca la guerra al bueno ántes de haber procurado triunfar de los malos, diles que es un insensato aquel que por vergüenza persevera en el mal.»

Se puede creer que no adulaba Dante a aquellos de sus compatriotas de quienes estaba quejoso, cuando vemos el modo que tenia de tratar a los que amaba.

Seria curioso conocer a apuellos tres hombres con los cuales correspondia el fiero desterrado, y a los que creia alabar suficientemente llamándolos *los tres florentinos ménos perversos*. Pero para esto seria necesario adivinar y esto no es tan fácil No hai mas que uno que se pudiera nombrar con alguna seguridad; este es el tercero, aquel al cual reprocha en términos tan severos, el pertenecer a una *faccion infame*. Yo no dudo que nuestro poeta haya querido designar a Jacobo da Certaldo, el padre de Pace da Certaldo, del que hai una historia poco conocida, y sin embargo notable, de la espedicion de guerra hecha en 1202 por los florentinos contra la fortaleza de Semifonte. Es sabido que Jacobo, aunque del partido de los Negros y con gran crédito en este partido, no dejó nunca de corresponderse con Dante desterrado, y de hacerle algunos servicios. Los biógrafos han hablado de Corso Donati como de uno de los protectores del poeta desterrado. Puede creerse en efecto que el jefe del partido de los Negros tuviese algunas consideraciones con Dante, de quien sabemos era pariente; pero no hai lugar a suponer que entre uno y otro existiesen relaciones de amistad.

Dante no era el único de los Blancos desterrados que instase cerca del gobierno florentino para obtener su llamamiento. Muchos de entre ellos solicitaban la misma gracia y muchos la obtuvieron; entre otros Petrarco di Parenzo, padre de Petrarca, que desterrado como Dante, habia sido como él uno de los cabecillas de su partido. Fué llamado en el mes de enero del año

1307. Hácia la misma época, Dante renunciaba a su proyecto y a la esperanza de volver a entrar en Florencia. Habian sido rechazadas sus instancias? Habian sido acojidas con condiciones que él no habia juzgado aceptables? Hé aquí cuestiones a las cuales la historia no satisface.

Lo que no es una conjetura, es que desde el principio del año 1307 Dante se habia vuelto a filiar en la faccion de los Blancos-gibelinos, y con ellos se habia puesto en campaña contra Florencia. Nos vemos pues precisados a volver con nuestro desterrado a esta faccion, y a referir del modo mas sucinto que nos sea posible, lo que habia hecho durante los tres años en que Dante habia estado separado, a fin de poder manifestar en qué estado se hallaba cuando volvió a ella.

Apesar del golpe en vago dado sobre Florencia, los Blancos-gibelinos apoyados por los gibelinos de Arezzo y los Blancos de Pistoia, no habian dejado de continuar la guerra contra los Negros de Florencia sostenidos por los de Luca. Pero la suerte habia continuado siéndoles contraria.—El 27 de julio de 1304, el papa Benito XI, su protector, murió envenenado; y su muerte habia sido jeneralmente considerada como una venganza de los Negros.—Clemente V, que le sucedió, estableció su silla pontifical en Aviñon, donde no tenia ya los mismos medios de intervenir en los asuntos de la Toscana.

Animados por estas circunstancias, los Negros de Florencia y de Luca, que hasta entónces no habian hecho a sus adversarios mas que una guerra de emboscadas y de castillos, en las partes mas salvajes del valle del Arno y de Mugello, creyeron poder emprender algun golpe mas atrevido. En el mes de mayo de 1305, habian puesto sitio a Pistoia, única ciudad de la Toscana en que el poder estuviese en manos de los Blancos.

A esta noticia, el papa Clemente V habia hecho salir con precipitacion a algunos legados para la Toscana encargados de reconciliar las facciones o por lo ménos de hacer levantar el sitio de Pistoia. Los legados llegaron en efecto, pero se habian dejado engañar por los Negros y no habian logrado nada.

Clemente V envió entónces a Toscana con el título de *Paciaro* a un segundo legado, que suponia mas hábil que los primeros; el cardenal Napoleon de los Ursinos. Pero no fué mas feliz que sus predecesores: Pistoia fué tomada casi a su vista, y los Negros de Florencia no habian querido oir hablar de reconciliacion. El cardenal se retiró a Bolonia, de donde casi inmediatamente fué espulsado por las intrigas de los florentinos. Entónces pasó a Romaña, desde donde escomulgó a todos los Negros. Por último viendo que la escomunion no producia resultado alguno, se dirijió a Arezzo en el mes de abril de 1307 para levantar fuerzas y hacer la guerra a Florencia.

Los Blancos-gibelinos fueron los primeros que se le reunieron, y por esto fué que para unirse a ellos, consintió Dante en volver a ocupar su antiguo rango de consejero y cabecilla.

El ejército levantado por el cardenal de los Ursinos contra los Negros de Florencia y de Luca, era mui numeroso y no carecia de ardimiento ni de valor; pero fué tan débilmente y tan mal dirijido, que se dispersó sin haber hecho nada, ni por el papa, ni por ninguna de las facciones que pasajeramente se le habian reunido. Dante al ver desvanecidas sus esperanzas, abandonó otra vez a los Blancos-gibelinos y se retiró en silencio. Antes del fin del año de 1308 se hallaba de vuelta en la Lunigiana, donde le concedió la hospitalidad el marques Morello de Malespina [e].

Los Malespina, señores de todo el hermoso valle de la Macra, se hallaban divididos hacia largo tiempo en dos o tres ramas, cada una de las cuales tenia su jefe. Franceschino, con el cual habia tenido Dante relaciones el año precedente, era un hombre oscuro; su hijo Morello es un personaje mucho mas histórico, aun sin atender a la fama que adquirió ademas por haber dado asilo a Dante.

Habia representado un rol principal en la guerra de los Blancos contra los Negros y habia hecho grandes servicios a estos últimos como capitan jeneral de las fuerzas de Luca. Así, pues, era de la faccion enemiga de Dante, y las relaciones de este con un tal personaje, es talvez digna de notarse como el primer indicio del gran cambio que sufrió por este tiempo en sus ideas políticas.

Morello Malespina se habia casado con una sobrina del papa Adriano V, jenovés como es sabido, y de la ilustre familia de los Fieschi. Esta señora, llamada Alagia, célebre por su belleza, fué una de las damas a quienes Dante rindió sus homenajes poéticos.—*(Continuará).*

NOTAS.

—

(a) No sabemos por qué el autor trata de vaga y de áspera esta *cancion* que es uno de los mas valientes rasgos del poeta. La terquedad de la espresion, añade mas grandeza a la arrogancia de las ideas y a la noble indignacion de que se halla poseida el alma del gibelino. Para nosotros es un trozo lírico digno de colocarse al lado de los mejores trozos de la Divina Comedia. En esta cancion, Dante se declara abiertamente gibelino, y desde ahora los contrastes de ese partido, serán sus desgracias y la poca fé de sus partidarios la gangrena de su vida. En el texto hemos traducido lo que se cita de la cancion, del orijinal italiano, pues el autor frances no respeta el orijinal y pasa por alto las alusiones evidentes del poeta, tanto que hemos llegado a creer que no ha comprendido ni la letra ni el espiritu de la oda. Ademas no ha citado otros versos de la primera estrofa que completan el pensamiento enérjico del principio. Las siete *damas* de que habla el poeta en la segunda estrofa son las cuatro virtudes morales y las tres teologales. La Antenora es el último círculo en la Divina Comedia del abismo, en donde encuentran morada y castigo los traidores a la patria. (Explicada así la cancion, no se presenta con tanta vaguedad de pensamiento, y por el contrario se hace de fácil concepcion). Ademas el autor echa en olvido la infancia del idioma que el poeta iba creando y que hijo de muchos naturalmente se resentirá del vario cuño que recibe.

(b) Suponemos que sea un error del testo el nombre del papa, pues en la época que pasan estos sucesos aun vivia Bonifacio VIII.

(c) Machiavelli, en sus historias florentinas, refiere largamente el suceso del incendio y habla del que lo cometió. Por lo que aparece de su narracion, esa maldad fué obra de un tal Abati, prior de San Pedro Scheraggio, que quiso, talvez como Erostrato, inmortalizar su nombre con un gran crimen. El historiador dice, que viendo al pueblo todo ocupado en combatir, pensó llevar a cabo una maldad que nadie podria remediar en el momento. Y para hacerla mejor y mas cómodamente comenzó por incendiar su convento.—[Julio de 1034].

(d) Dante, en esta época desgraciada, tuvo tambien algunas horas felices que dedicaba a sus estudios favoritos. En Bolonia, segun refiere Missirini, obtuvo grandes consideraciones y talvez algunos recursos; puesto que se decidió a llamar a su lado a su hijo mayor, Pedro. Mas para el altivo poeta, las borrascas de los partidos debian solo calmarse en su sepulcro; y su vida debia ser, como él mismo dice, una nave sin velas ni piloto, arribando hácia puertos distintos. Bolonia, que favorecia al partido Gibelino, creyó de mayor interes para su comercio abjurar ese partido y unirse al contrario. Para ello celebró tratados en los cuales se estipuló la espulsion de los Blancos y Gibelinos. Entónces Dante asilóse en Padua y allí, segun el mismo biógrafo citado, encontró las mismas facilidades para contraerse a sus estudios y ademas una amistad de la infancia que era una parte de la patria en su destierro. Giotto era su amigo y su condiscipulo; las concepciones del pintor se penetraban en las grandes ideas del poeta y las dos almas, fuertes con una misma conviccion, ligadas por una misma simpatia, inmortalizaban en sendas obras el anhelo poderoso de la verdad y la elevacion grandiosa de una vasta intelijencia. Dante era pintor tambien y aun se dice que la pericia en manejar el lápiz le dió la facilidad para conseguir su hermosa letra. Dícese tambien que ayudó mucho a su amigo Giotto en la concepcion de los frescos que aun existen y que a pesar de los siglos, segun el autor citado, conservan todavia la gracia y la viveza de los semblantes, la delicadeza del dibujo y el empaste de los colores. En su poema, el poeta reservó el primer lugar al amigo, entre los pintores de su época.

(e) El autor no refiere los acontecimientos tales como han sucedido. Antes de tomar las armas los Gibelinos para abrirse paso hácia la patria, tentaron otros medios de reconciliacion que los orgullosos Güelfos no aceptaron o que escollaron en imposibles y descabelladas exijencias. Los Gibelinos se reunieron en consejo y enviaron desde Mugello proposiciones de paz a los Güelfos de Florencia. Dante fué llamado por sus partidarios a

este consejo; asistió a él; pero se retiró mas tarde cuando de nuevo acudieron a las armas para la decision. Entónces Dante abandonó las banderías y comenzó bajo su responsabilidad a tratar con los Florentinos; pero estos, demasiado contumaces en sus odios o cegados talvez por las exitaciones de los revoltosos y malvados que temian el juicio de un hombre virtuoso, resolvieron negarse a toda propuesta y cerraron para siempre las puertas de la patria al desgraciado proscripto. Retirado en la Lunigiana, consagró todavia, a esa patria que lo trataba como desconocida madre, los pensamientos mas nobles y los sentimientos mas puros, de una intelijencia que fortificaban las desdichas y de un corazon que purificaban aspiraciones sublimes y esperanzas inmortales. En la Lunigiana, dicen los biógrafos, fué donde compuso la historia de los Güelfos y Gibelinos, monumento perdido, cuya existencia habria sido la prueba de tantos acontecimientos oscuros, jeroglíficos estraños, que los historiadores traducen y comentan segun su sistema o segun sus miras. Quizas sus mismos enemigos despedazaron, como tantas otras, esas pájinas veraces que la posteridad hubiese recibido como la sentencia de la justicia y como la espresion de la verdad!

HORA DE MEDITACION

SOBRE LA

NECESIDAD DEL PRINCIPIO RELIJIOSO.

Emancipado el hombre del imperio de la providencia, un sórdido interes lo dominaria en todas sus acciones, secándose en su corazon la raiz de los sentimientos hermosos que forman la dignidad y elevacion de nuestro ser, y que justamente se granjean la simpatia jeneral. Si no reconociéramos un Dios manantial de toda virtud, testigo de nuestros pensamientos, y de nuestros sacrificios, todo quedaria a merced de las volubles pasiones, y estas serian las únicas deidades. Vistiéndose con apariencias interesantes y seductoras el orgullo, la ambicion y la venganza, se adorarian en estas pasiones, la grandeza, el poder, el celo del honor; y hasta en el amor desordenado a los deleites no veriamos mas que la natural tendencia de un temperamento voluptuoso y de un carácter débil, dulce y amable.

El dogma de la existencia de Dios y de su providencia no nos permite mostrarnos tan induljentes: él nos obliga a entrar en lo mas íntimo de nuestra conciencia para consultar la pureza o malicia de nuestros afectos; y este severo exámen los depura, ahoga en nosotros las intenciones que pudieran entrañar una causa

de egoismo, desórden y corrupcion, enderezando la voluntad hácia el bien; y mediante esto, llega este dogma a ser un poderoso anillo, que encadena y sostiene los vinculos mas sagrados.

El amor paternal tan reverente y alabado, el amor filial tan poderoso, tan tierno e irresistible, la amistad ardiente, jenerosa, pura e inefable en sus goces: el amor de la patria, virtud heróica que anonada todo egoismo: todos estos diversos sentimientos se desvirtuarian faltando la creencia, y en su lugar no tendriamos mas que un vano simulacro, o una astuta hipocresía por el temor a las leyes, y conservar el órden y un decoro aparente. Reducidas nuestras esperanzas a esta corta vida, nos apresurariamos a gozar de ella, y tratariamos de enemigos a los que pusieran un estorbo a nuestras arrebatadas pasiones y deseos. La dicha consistiria en la fruicion de todos los contentos y caprichos conceptuando a las personas que los prohibieran y contrariasen, de rivales o de envidiosos carcomidos por la impotencia y el pesar. ¿Qué base tendriamos entónces de nuestros deberes y relaciones sociales? La conveniencia simplemente, que cada uno apreciaria a su antojo y segun su situacion particular. En semejante hipótesis predominan los placeres sensuales, y los del alma solo servirian para variar la dicha y adornar la existencia. Ceñida nuestra condicion como la de los animales a las sensaciones tan solo de la materia, el horizonte de la vida no saldria fuera de nosotros. Todas nuestras aspiraciones, y todo nuestro porvenir en fin, jirarian en una esfera estrecha y melancólica; vejetariamos y moririamos en la indiferencia e insensibilidad, siendo nuestro tránsito por la tierra silencioso y triste. Conducidos por el *yo* personal no cultivariamos los preciosos atributos del alma, la moral no seria mas que una regla arbitraria e inconstante, sujeta a modificaciones y mudanzas, y ya no inspiraria los respetuosos homenajes que el mundo la rinde: el deseo de la perfeccion, nuestra tendencia hácia lo infinito que en dulce melancolía eleva el espíritu a consideraciones encumbradas, y esperanzas sin término, todas estas ideas y deliciosas emociones que engrandecen la existencia y vinculan la felicidad en objetos grandes y nobles se estinguirian.

Existen en el hombre dos instintos que parece forman dos seres de uno solo. El uno lo conduce a la contemplacion de Dios y de la eternidad, al amor de lo bueno, bello y verdadero, que pudiéramos traducir por el sentimiento relijioso; y el otro comun con los demas animales, y que atiende a la satisfaccion de nuestras necesidades físicas; y la perfeccion del ente racional y justo, resulta del equilibrio, de la armonia que existe entre estos dos instintos. La preponderancia del uno sobre el otro produce al supersticioso y fanático, o bien al ateo. Incurre en nuestro desprecio el que se postra ante miserables idolos, y el que en-

ciende hogueras para quemar a los que disienten de su relijion, es un objeto odioso; pero tambien compadezcamos al incrédulo que duda y se burla de todo, porque entibia nuestra benevolencia, aleja nuestra confianza, sofoca todos los arranques jenerosos; y por sábio, prudente e integro que sea, pronto decimos; a este hombre algo le falta: su árida doctrina ha embotado su sensibilidad, apagado el calor de su alma, y no puede elevarse a las grandes acciones. No es, pues, el amigo de mi eleccion, ni el tipo del hombre que yo habia concebido. El ateismo desfigura y altera a la humanidad, y ninguno negará que el ateista no es el hombre de la naturaleza, el hombre perfecto, sino una triste y dolorosa excepcion. La afinidad que existe entre la creencia y las nobles cualidades, y por el contrario la que une a la incredulidad el frio cálculo, la preferencia y apego al sensualismo, es tan íntima y palmaria que salta a la vista de todos. Cuanto mas puras son nuestras esperanzas, cuanto mas se estienden hácia lo infinito, mas imperio adquirimos sobre los sentidos, mas nos desprendemos de las inclinaciones groseras prevaleciendo la parte espiritual que reconocemos en nosotros. No corremos con esa avidéz tras los deleites, no nos aplacen tanto los vestidos lujosos, los delicados manjares. Sentimos dentro de nosotros mismos algo de mas elevado que nos impulsa irresistiblemente a la justicia, a la virtud benéfica y desinteresada; y este hecho lo resuelve la historia misma del hombre. Consultad vuestras épocas de escepticismo, y la de sentimientos relijiosos, poned vuestra mano en el pecho y respondedme con sinceridad: ¿En cuál de ellas habeis sentido mas anhelo por el bien, mas adhesion por vuestros semejantes, mas entusiasmo por lo justo y verdadero, mas elevacion en vuestras ideas, mas espansion en vuestros sentimientos?...

Me citarán ejemplos de incrédulos mejores padres, mejores hijos, amigos y ciudadanos que una multitud de creyentes. Esto nada prueba en favor de la impiedad, y podrá bien suceder en virtud de un carácter feliz, de la manera mas o ménos grata con que han sido afectados en sus relaciones con el padre, el amigo, la esposa o la patria, y quizá tambien de los hábitos virtuosos inspirados y contraidos desde su infancia por la relijion misma, y cuya saludable influencia en vano persisten en no admitir; mas nunca podrá decirse que la incredulidad como sistema es indiferente para la moralidad de las costumbres.

Sostendré aun cuando parezca una paradoja, que destruido el dogma de la inmortalidad, las personas sensibles, de pasiones ardientes y almas exaltadas, que por una tendencia natural están llamadas a la práctica de las mas bellas y heroicas virtudes, quedan mas espuestas a la corrupcion y al crimen, que los espíritus vulgares, fríos y egoistas. En aquellas los movimientos

del ánimo tienen el estrépito de un torrente, las pasiones, la violencia de un huracan, el prestijio de un encanto. Necesitan para dominarlas esfuerzos constantes, luchar contra ellas a brazo partido. ¿Y cómo serian capaces de esta esforzada lid sin un gran estimulo que equilibre la pujanza de sus inclinaciones, sin los gozos del espíritu y de una conciencia pura, y sin la voz imperiosa del deber que habla por la boca de Dios mismo que de lo alto de los cielos señala la palma a la virtud triunfante, y el castigo al delito cobarde y odioso?..... De un Dios que nos advierte que cuanto mas bienhechores seamos, mas nos acercamos a su infinita bondad, y somos mas dignos de su amor?

Por el contrario, las personas comunes de pasiones frias no llevando consigo los trasportes y sacudimientos que conducen al hombre a olvidarse de sus obligaciones, o a elevarse a una grande altura, contemplan los respetos humanos, miden con mas acierto los peligros que acompañan a los sentimientos destemplados, la utilidad que redunda en vencer una pasion delincuente: pueden gobernarse por una razon desapasionada y por el interes del provecho que en su balanza pesa mas, que el logro de los mas tiernos e irresistibles deseos; mientras que en los hombres de un carácter fogoso y apasionado predominan sus afecciones sobre todos los cálculos de la fortuna; y solo la presencia de un Dios y el entusiasmo de lo bello podrán contenerlos. No los conmueve el dinero, las comodidades y el regalo de la vida. Todo esto pudieran cederlo y despreciarlo; pero arránqueseles del lugar que los hacia felices, del circulo que amenizaba sus horas, de la jóven interesante en cuya compañía esperaban gozar placeres inefables transformándoles la tierra en un paraiso, y los veremos abatidos, pesarosos, asaltados por el despecho y la desesperacion. Por ningun precio en este mundo hubieran renunciado a su dicha, ni por todo el oro del universo, ni el poder de un César; empero se prestan a esta abnegacion palpitantes de gozo y dolor cuando lo exije la quietud de un padre, los derechos de un amigo, el mandato del Señor. Ceden a mas nobles motivos que los alicientes de la prosperidad. Semejantes triunfos se deben pues a la creencia y sin ella todos estos sacrificios no serian mas que una brillante locura. De modo que estinguido el principio relijioso, no tomarian las pasiones en las almas sensibles y elevadas una santa direccion, sino una corriente perjudicial y las dotes morales que pudieran granjearnos una honra y gloria bien merecida, se tornarian en frutos amargos y de destruccion. Ahora bien, estos jérmenes sublimes de virtud, esta centella divina que circula por todo nuestro ser, no pueden darse mas que por una intelijencia superior, y no por la ciega fatalidad y una naturaleza inerme. Esta no puede comunicar lo que no tiene, formar una obra, cuyos

elementos pugnan con su esencia concediéndoles atributos superiores a ella; esto implicaria contradiccion y un misterio mil veces mas incomprensible que la existencia de Dios y su providencia. ¿Pero se dirá por qué el criador no se ha revelado mas claramente a los mortales, y los deja fluctuar entre dudas y ansiedades? ¿Se complacerá acaso en los tormentos de sus criaturas?

¡Ah! Dios ha puesto en la naturaleza y dentro de nosotros mismos testimonios elocuentes de su existencia, que nos iluminan a cada instante, capaces de convencer a todo hombre sensato; y para no reconocerlo se necesita mirar las maravillas de la creacion con los ojos turbios de la misantropia, o recurrir a los sofismas engañosos con que el crímen intenta ahogar sus propios remordimientos. Por otra parte, si viéramos a Dios con la misma claridad que la luz, y aspiramos la frescura de la aurora, tan sublime objeto absorveria todos nuestros pensamientos y deseos, anonadaria todas nuestras pasiones terrestres. El culto que le tributásemos no seria ya un acto deliberado y voluntario, sino un acto necesario, destruiríamos el libre albedrio, y todo mérito a nuestras acciones. Y Dios quiere que los homenajes que le rindamos sean los de una alma purificada por el fuego de la virtud; y la manifestacion clara e intuitiva del Supremo Hacedor no puede ser mas que la bienaventuranza reservada a los justos.

Conviene fortificar los principios que mitigan la desgracia, que nos hacen considerar con firmeza tranquila los males inevitables e irremediables, y previenen la desesperacion. Y la relijion puede bajo este aspecto mas que todas las razones sacadas de la filosofía y de la necesidad. La filosofía árida en sus consuelos carece de ardor y espansion; y la necesidad suele exacerbar mas bien nuestros dolores que aliviarlos arrastrándonos a la desesperacion. Puesto que no nos queda ya mas arbitrio que los padecimientos, el suicidio que de ellos nos liberta, se torna un derecho, que si algunos no ejercen en semejante caso, no es por un esceso de valor como se pretende, sino de preocupacion y cobardía. Un infeliz cuya existencia toda no ha sido mas que una perpetua penalidad; que no cuenta de su pasado mas que contradicciones y pesadumbres; que lleva un corazon cansado donde ha muerto todo goce, toda esperanza; que cercan su presente pasiones encontradas y penosas, remordimientos, tinieblas que oscurecen su mente, un mar proceloso erizado de escollos donde no divisa un punto para fijar su planta, y una tabla de salvamento a que pueda agarrarse; este infeliz que se espanta de su porvenir donde no brilla ya un rayo de claridad, un rayo de consuelo, careciendo del principio relijioso. maldeciria su destino, se creeria condenado a un martirio perenne, una pro-

duccion de la naturaleza irritada, y que tan solo desarmaria la fatalidad, por medio de una muerte voluntaria; empero la relijion es fecunda en reflexiones consoladoras para las mas acerbas situaciones de la vida. Con la perspectiva de la inmortalidad suaviza nuestros males, templa nuestro despecho, y la envidia misma que en medio de nuestros quebrantos se despierta contra la felicidad ajena, y que envenena mas y mas nuestras llagas.

Debemos sancionar todo lo que ennoblece la desgracia, eleva la naturaleza humana y sirve para nivelar su condicion no reconociendo mas mérito y dignidad que la qué establece la virtud. Este principio, fuera de que conduce al órden y bienestar de las sociedades, debilita el orgullo de los nobles, de los ricos, y hasta la malevolencia que estas ventajas escitan en el corazon de los débiles. Coloca al humilde, al desvalido y aun al idiota, al mismo nivel que a los grandes, y a veces sobre ellos los encumbra. El que reputándose dotado de una alma inmortal se somete en todas sus acciones a las leyes morales de la providencia esperando obtener de ella su aprobacion y una gloria infinita, por desdichado que sea, se contemplará con satisfaccion, y aun compadecerá al detestable avaro, al comerciante falaz, al juez mercenario y al poderoso injusto.

Debemos amparar todo lo que vivifica entre los hombres el amor reciproco, dilata los sentimientos de humanidad, y los hace mas estables. Y la relijion estrecha con vínculos indisolubles nuestras relaciones; no las estingue con la muerte, sino que les comunica un tinte misterioso, sublime, celestial. Nos complacemos en recordar a un padre, a un amigo o ilustre ciudadano, que han dejado de existir, y en pensar que sus almas gozan de una dicha pura e inalterable. Esta sublime idea que nos da la relijion sobre sus destinos, nos inspira por el hombre sentimientos de respeto y veneracion y nos acostumbramos a mirarlo como a un objeto grande y venerable. Dios ha resuelto llamarlo a sí, hacerlo conocedor de su omnipotencia, participe de su gloria y de los secretos de su intelijencia, y esta misma grandeza que concebimos por nuestro semejante da cierto vigor a los vínculos humanos que no podemos romperlos sin remordimiento y una duracion que no termina con la vida.

El ateo por el contrario no vé en la muerte de los objetos mas caros a su corazon, sino elementos disueltos que un accidente habia combinado de un modo feliz. En vida dividieron con él sus placeres y penas: eran criaturas amables, divertidas, cuyas gracias, talentos y benévolas pasiones alijeraban su existencia. Desaparecieron y no son ya mas que polvo podrido que ha entrado en la masa de los elementos para dar quizá vida a seres inmundos; y cuánta indiferencia sobre la suerte del hombre inspire esta consideracion, cuan poco respeto por su desgracia y digni-

dad, a ninguno podrá ocultársele. Una doctrina que asimila el destino del hombre al de los animales, no nos inspirará por él aquella adhesion y vivo entusiasmo que nos arranca sacrificios; no nos animará ningun celo por mejorarlos de condicion y aliviarlos en sus infortunios. Nos acostumbraremos a considerar su ventura o reveses, como efectos de la ciega fatalidad, y a ella dejaremos el cuidado de encaminarlos. Felices, dejémosles gozar en paz su dicha; desgraciados, la muerte pondrá presto un término a sus pesares. ¿Y los animales mismos no están sujetos a esta cruda alternativa? ¿Por qué, pues, aflijirse de las disposiciones de la naturaleza y de los contratiempos anexos a este globo imperfecto? Tal es la moral del ateo; moral melancólica, triste, que lleva consigo la indolencia, y cuando mas cierta resignacion floja y sombría por todo.

FRANCISCO MARIN RECAVARREN.

MI VIAJE A NINGUNA PARTE.

X.

VIII.—DONDE SE VERÁ EL FIN DE LA PRESENTE HISTORIA.

Ocho dias despues del baile a que hemos asistido, Andres se paseaba a solas en su cuarto absorto en una obstinada meditacion. «No le amo...... pero tendré que obedecer,» decia de cuando en cuando. Qué, es asi como se ama? Es este el fin de tantas apasionadas promesas y protestas? y si no me ama ya, por qué finjirlo todavia? Por qué hacerme soportar de nuevo el suplicio de esas visitas en que he sido mal recibido, y en que he visto las atenciones que a mi rival se dispensaban? Embebido en tales pensamientos, Andres, no acertaba a salir de sus dudas; pero aun estas mismas, debian desaparecer bien pronto.

Su criado abriendo bruscamente la puerta le dijo en este instante: señor acaban de dejar este papel.

Andres impaciente lo arrancó de sus manos y leyó, o mas bien adivinó las palabras siguientes:

«Mui señor mio:

«El juéves 20 del presente se selebrará el enlace de mi hija Elvira con el señor don Demetrio Castaños; espero que U. tendrá la bondad de acompañarnos a tomar el té esa noche.—De U. S. A. y SS., *Francisco Ampuero.*»

La realidad espantosa estaba ante sus ojos, y en aquel instante aquel hombre que, en circunstancias ordinarias, habria retrocedido ante un escrúpulo cualesquiera, se sentia capaz de cometer un crimen sin temblar.

Era su amor una locura que rayaba en los términos del frenesí: exasperado con la meditacion, agriado con la impotencia, convertido en la eterna pesadilla de su sueño, en el veneno de sus vijilias, en el demonio de la desesperacion estrujando entre sus frias garras el corazon en ese horrible combate. Si hubiese tenido un amigo siquiera a quien confiar sus pesares, si huyendo lejos de ella, hubiera podido arrancar la memoria de su delirio; pero, ¿dónde encontrar una alma que supiese comprender y apreciar lo amargo de su dolor, y dónde podria huir que no encontrase nubes que remedasen su imájen, aguas que no reflejasen su rostro, viento que no mintiese su voz?

¡Ah! solo los que habeis amado sin esperanza podreis concebir la inmensidad del infortunio, lo grave de la carga, de arrastrar eternamente la mole que oprime nuestro pecho, hincadas en nuestras carnes las indestructibles cadenas, cuyo ruido es la voz de Satanas que mofa nuestra debilidad: solo vosotros sabeis lo indefinible del suplicio de no poder desasirnos de la magnética mirada de la serpiente pronta a devorarnos con su deforme boca, de sentir deslizarse poco a poco al fondo del abismo abierto bajo nuestros piés en toda su insondable profundidad....

Las enfermedades morales, como las físicas, tienen sus crisis definitivas que resuelven el problema de la vida o de la muerte del alma, víctima de un afecto que, señoreándose sobre todos los otros, concluye por incorporar a su vida la existencia entera del desdichado que no supo estirpar en su semilla el árbol que una vez arraigado, solo la muerte podrá arrancar del terreno, cuyo jugo vital ha consumido. Las pasiones, como los desarreglos de nuestros órganos, tienen sus periodos determinados, sus faces necesarias que recorrer, sus síntomas esternos, y sus antídotos estremos, cuando ya los remedios ordinarios han perdido su eficacia para orientar la naturaleza desviada de su ordinario curso: y como en la gangrena solo la amputacion o la muerte son poderosas para cortar el mal, en la postrera crisis del amor el suicidio o el odio son las únicas salidas del dilema!

El infortunado Andres tocaba este último término de un afecto estraviado: habia recorrido la dilatada série de esperanzas frustradas, de amargas decepciones, de burlada impotencia, que conducen a ese cruel convencimiento de la imposibilidad irrevocable; y encontrábase como el viajero que, engañado por los fuegos fátuos del desierto, siente discurrir por su pecho la rabiosa fiebre de la sed, y un mortal cansancio oprimir sus fatigados miembros.

Pero la voluntad no puede quedar estacionaria, porque la esperanza, siempre fecunda, agotados los medios de la humana probabilidad, se lanza a buscar su alimento en las rejiones del desvario, alcanzando sobre bases de arena el castillo de sus sueños, pronto a desmoronarse a la mas leve sacudida, para elevarse y caer de nuevo.

El alma necesita accion, como las ayes el vuelo, como el torrente que roto el dique que lo detiene corre por la llanura hasta que encuentra un nuevo muro que le estorba el paso; y el corazon humano una vez cansado de luchar contra un obstáculo insuperable, se encamina en diversa direccion para ejercitar su actividad en nuevo campo.

El infortunado habia contemplado morir su última ilusion, desvanecerse su postrera esperanza, y sin embargo su amor cobraba mayor fuerza a medida que era mas cierto su desengaño. Cuántas veces la idea de la muerte cruzó por su estraviada mente como el único término de su suplicio! En nuestro primer desengaño siempre invocamos con todas veras a la muerte: mas tarde parece que ya nos hemos hecho el habito de vivir, pues raras veces imploramos el apoyo de esa flaca deidad.

Pero, al fin, era forzoso adoptar un partido decisivo. La idea de una ruidosa venganza le sonreia a veces; pero la abandonaba un momento despues, como horrorisado de su propio pensamiento. Acariciaba y desechaba en seguida mil proyectos, hasta que se fijó en el de ausentarse para no ser testigo a lo ménos de la dicha de la ingrata. Una vez tomada esta resolucion escribió a Elvira la carta siguiente:

«Elvira: jamás habria creido que arrastrado por tan desagradables circunstancias como las que ahora me impulsan, hubiera tenido que escribirle; jamás que hubiese tenido que preferir mi boca espresiones amargas para aquella, cuya felicidad era mi único anhelo, y para la que en otro tiempo no habria encontrado sino bendiciones en mis lábios, ternura en mi corazon. Pero el tiempo es un maestro bien severo, una escuela de cruel esperiencia que enseña muchas veces las lecciones que ménos esperamos; y pocos dias son suficientes para aprender que toda la lealtad de una conciencia jenerosa, que toda la rectitud de una alma franca, reciben por único premio unas cuantas espresiones de finjido amor, tan hipócritas y frias como el corazon que las dictó. Habia sido talvez demasiado fátuo para no esperar un desenlace de esta clase, y cuando escuchaba a U. no acertaba a creer a mis oidos, y procuraba envano dominar mi admiracion y mi sorpresa, no diré mi cólera, porque tengo afortunadamente suficiente orgullo para no sentir otra cosa que indiferencia o desprecio; mucho mas cuando no ha sido culpa suya pertenecer al vulgar de las mujeres.

«Habia pensado partir sin escribirle; pero juzgué despues que con mi silencio aceptaba el ridículo puesto que con sus espreciones me asignaba, y en la dura alternativa de callar conservando una parte de su afecto, o de manifestar lo que mi conciencia me ordenaba, aunque hiriese profundamente mi alma, he adoptado el segundo partido, que, aunque contrario talvez a las inclinaciones de mi corazon, es mas conforme con mi situacion y mi carácter.

«No es ciertamente una venganza mesquina, no es el pueril deseo de injuriar inútilmente, no es tampoco un miserable rencor lo que me obliga a escribir estas líneas a riezgo de pasar a sus ojos por un malvado o un necio: bien a mi pesar me he resuelto a dar un paso harto costoso para mí, que jamás habria consentido en pronunciar una sola palabra que fuese desagradable para U., pero las circunstancias han variado infinito, no por mi culpa ciertamente, pues tengo la íntima satisfaccion de haber procedido en este incómodo asunto, no solo sin hipocresía ni egoismo, sino con jenerosidad y nobleza, y si lo recuerdo ahora con tan poca modestia, es porque tuve la necedad de creer que era digno de otro premio que el que se me ha dado. Tengo en esto gran orgullo, porque he salvado mi conciencia: orgullo que desgraciadamente no podrá tener U. que la ha sacrificado al interés.

«Hai cosas que pueden matar en nosotros el amor mas arraigado, y despues de lo que ha pasado, U. no estrañará que le diga que no la amo. Esta franqueza con que hablo a U. le ahorrará talvez un remordimiento o un pesar. No me quejo de U., y solo veo que me engañaba grandemente al creer a U. tan distinta de la jeneralidad de las mujeres. No acepto en manera alguna las palabras hipócritas con que U. trataba de darme una esperanza para el porvenir: nada quiero, nada pido, sino el olvido de cuanto pueda haberla dicho o escrito desde que tuve la desgracia de conocerla.....

«Mis espresiones podrán parecerle algo duras talvez: U. me dispensará si creo que las merece. No piense por esto que conservo el mas pequeño rencor: queda todavia un poco de jenerosidad en mí para perdonar y olvidar el injusto pago que se ha dado a mis buenas intenciones.

«Ahora adios, adios para siempre: ha poco todo nos reunia; ahora todo nos separa: pero ya lo he dicho, no es suya la culpa, era yo quien me engañaba, y no me quejo de U. sino de mí mismo. Quiera Dios que sea tambien yo solo quien sufra por este engaño.» —*Andres*.

El pobre jóven mentia noblemente en esa carta: aun al despedirse para siempre de su querida, queria justificarla hasta a sus propios ojos. Su amor era inmenso y por estorbarla no pe-

sar decia que no la amaba. En adelante para él todo era sombrio: el primer desengaño deja casi siempre en nosotros una sombra que raras veces conseguimos borrar del todo.

En esa misma noche Elvira leia esa carta amarga, en la que que al travez de duras espresiones se veia bien claro el sentimiento profundo que la habia dictado. Ella lo amaba todavia, y esa carta, despertando todos sus recuerdos, la enternecia y exaltaba: su amor, como el fenix, parecia revivir de sus cenizas. «No, se decia, no puedo vivir sin él, él es mi vida: en vano he tratado de aturdirme: yo lo amo y mañana romperé mi compromiso con Castaños. Pobre Andres, cuanto habrá sufrido, él tan noble y jeneroso.» Con estos pensamientos y tomada esta resolucion se quedó dormida.

Al dia siguiente firmaba casi sonriéndose el contrato de su matrimonio con don Demetrio Castaños. ¡Así es la vida! . .
. . . .
. . . .

Andres, se ha hecho algunos años despues una posicion harto envidiable, y mas de una mamá lo admitiria gustoso por su yerno; pero, segun parece, tiene la idea de permanecer soltero.

En cuanto a Elvira lo he visto con su marido en las fiestas del 18: parece mui dichosa: los divisé una noche en el teatro: él estaba sentado en un rincon y ella bostezaba horriblemente. Yo no pude ménos que reirme al verlos tan divertidos. Don Dicen refiere sobre ellos mil historias como hai muchas. Ya se ve, habian nacido el uno para el otro!—*(Continuará)*.

GUILLERMO BLEST GANA.

LOS POLÍTICOS.

(DE LOS ENSAYOS DE R. W. EMERSON).

(TRADUCCION INÉDITA).

Tratándose del Estado, debemos recordar que sus instituciones no son aborijenes, aunque existan ántes de nuestro nacimiento; que no son superiores a los ciudadanos; que cada una de ellas fué alguna vez el acto de un solo individuo; que cada lei y uso fué el expediente de alguno para un caso particular; que ellas son imitables, todas alterables y podemos hacer tan buenas o aun mejores. La sociedad es una ilusion para el ciudadano jóven. Descansaba antes de él en un severo reposo, con ciertos nombres, hombres, instituciones, arraigada como las encinas hácia el centro, y al rededor de la cual todo se arregla por sí mismo lo mejor que puede. Sin embargo, el viejo hombre de estado conoce que esta sociedad es fluida; no hai a la verdad tales raices y centros, una sola partícula puede llegar a ser repentinamente el centro del movimiento y forzár al sistema a jirar en torno suyo como un hombre de enérjica voluntad, un Pisistrato o Cromvell durante cierto tiempo, o un hombre de verdad un Platon o San Pablo para siempre. Las repúblicas abundan entre los jóvenes estudiantes que se imajinan que las leyes forman las

ciudades: que las graves modificaciones de la política, los modos de vivir, los empleos de la poblacion, el comercio, la educacion y la relijion pueden votarse cumplidamente y que toda medida por absurda que sea puede imponerse al pueblo si uno solo llega a reunir los votos suficientes para una lei. El sábio conoce que esta incensata lejislacion es un cordon de arena que se deshace al torcerlo; que el Estado puede faltar sin disminuir el carácter y el pregreso de los ciudadanos: que el mayor usurpador se arroja a un lado, que solo los que edifican sobre ideas edifican para la eternidad y que la sola forma de gobierno que prevalece es la espresion de la cultura del pais que la permita. La lei no es mas que un memorandum. Somos superticiosos y estimamos algo el estatuto, tanto mas cuanto que la vida que está en el carácter de los vivientes, es su fuerza. El estatuto queda allí para decir: ayer estuvimos de acuerdo en tal cual artículo, ¿pero hoi cuánto sentimos ese artículo? Nuestro estatuto es un crédito con la estampa de nuestro propio retrato; pronto llega a ser inconocible y con la marcha del tiempo tiene que volver a la moneda. La naturaleza no es democrática ni monárquica limitada, es solo despótica; no se deja pisotear, ni rebajar una jota de su autoridad por el mas insolente de sus hijos; miéntras el espíritu público se abre a la mayor intelijencia, el código de esta permanece insensible y tartamudo. No habla articuladamente a pesar de ser hecha para ello. Entretanto la educacion del espíritu jeneral nunca cesa. Los sueños del verdadero y del simple son proféticos. Que el jóven tierno y poético sueñe, ore o pinte hoi dia, evitando el ridículo de hacerlo en alta voz, teniendo presente la resolucion de las juntas públicas; entónces será conducido como una queja o un bill de derechos al traves del conflicto y la guerra, y entónces saldrá triunfante la lei y establecimiento por cien años, hasta que haya lugar a turno para nuevos discursos y pinturas. La historia del Estado traza a la lijera en groseros contornos el progreso del pensamiento y continúa en la distancia la delicadeza de cultura y aspiracion.

La teoría de los políticos que han poseido el espíritu de los hombres y que la han espresado lo mejor que han podido, en sus leyes y en sus revoluciones, considera las personas y la propiedad como dos objetos para cuya proteccion existe el gobierno. Las personas, siendo idénticas por la naturaleza, tienen iguales derechos. Este interes, de paso, con todo su poder pide una democracia. Miéntras los derechos de las personas son iguales, en virtud de su acceso a la razon, sus derechos respecto a la propiedad son desiguales. Un hombre es dueño de su vestido, otro de un condado. Este accidente, dependiendo primariamente, de la industria y virtud de las partes en lo que hai

varios grados y secundariamente del patrimonio, se presenta en desigualdad, y sus derechos por consecuencia son desiguales. Los derechos personales, universalmente los mismos, piden un gobierno fundado en razon del censo; la propiedad pide un gobierno fundado en razon de los propietarios y propiedades. Latan que tiene ovejas y vacas desea hacerlas pasar las fronteras por medio de un oficial, de miedo que los Madianitas las arrojen, paga un impuesto con este fin. Jacobo no tiene rebaños de ninguna clase, no teme tampoco a los Madianitas y no paga ningun impuesto al oficial. Parece natural que Laban y Jacob tengan iguales derechos para elejir el empleado que tiene por objeto defender sus personas, pero solo Laban y no Jacob ha podido elejir al oficial que custodia sus corderos y otras bestias.

Y si llega la cuestion a aumentar el número de oficiales y atalayas no debe ser Laban o Isac o aquellos que han de vender parte de sus ganados los que compren proteccion por el resto, mejores jueces de esto con mas derecho, no Jacob quien por ser jóven y viajero, come el pan de los otros y no el suyo.

En la sociedad primitiva los propietarios hacen su propia fortuna y tan lejos como vayan en este camino recto los propietarios,ninguna otra opinion surjiria en la equitable comunidad, sin la de que la propiedad hiciese las leyes sobre ella, y las personas las leyes respecto a las personas.

Pero la propiedad por donacion o herencia pasa a los que no pudieron formarla Dadiva; en un caso, la hace realmente del nuevo propietario como la hizo por su trabajo el primero; en el caso del patrimonio la lei hace una propiedad que será válida, segun el valor que cada cual puede darle a la tranquilidad pública.

No fué sin duda fácil incorporar inmediatamente el principio de que la propiedad estableceria sus propias leyes y las personas las suyas; fué necesario que las personas y la propiedad se entendiesen entre si para cada transaccion. Por fin, establecieron que la lejítima distincion era que los propietarios tuviesen mayores franquicias electivas que los no propietarios segun el principio espartano de llamar lo que es justo, igual, aunque no todo lo igual, es justo.

Este principio no aparece en toda su extension tan evidente en si como en los primeros tiempos; en parte porque se levantaron dudas acerca del mucho valor que se les habia asignado a las leyes sobre la propiedad, de la estructura semejante dada a nuestros usos, como destinando al rico a usurpar al pobre y a dejarlos pobres; pero principalmente, porque hai un instintivo sentido, obscuro ademas y aun inarticulado que nos dice que toda la constitucion de la propiedad, en sus presentes derechos es atentatoria y su influencia deterioradora y degradante para las

personas; que a la verdad, el solo interes de consideracion para el Estado, son las personas; que la propiedad siempre seguirá a las personas; que el mas alto fin del gobierno es la cultura de los hombres y que si los hombres pueden educarse las instituciones dividirán sus progresos y el sentimiento moral escribirá las leyes de la tierra.

A pesar de ser difícil fijar la equidad de esta cuestion, con todo, es menos peligrosa que cuando hai que ocurrir a la defensa natural. Nosotros estamos mejor garantidos con la vijilancia de tales majistrados que lo que seriamos por otros elejidos a nuestro antojo. La sociedad en su mayor parte no se compone siempre mas que de jóvenes y de insensatos. El viejo que pasando en la hipocresía de las cortes y de los hombres públicos llega a morir no deja a sus hijos un grano de prudencia. Creen lo que dicen los diarios como sus padres en su misma edad. Con tan ignorante y engañosa mayoria los estados marchan pronto a su ruina, sin embargo de que hai limites mas allá de los cuales no pueden ir la locura y ambicion de los gobernantes. Las cosas tienen sus leyes tambien como los hombres y estas cosas no se dejan tampoco engañar futilmente. La propiedad exije proteccion. No crece el grano sin abono y cultivo; pero el cultivador no lo planta y cuida si no le produce ciento por uno y entonces lo corta y lo cosecha. Bajo algunas formas, las personas y la propiedad deben y desean tener su justa preponderancia. Ellas ejercen su poder tan firmemente, como la materia su atraccion. Cubrid enteramente una libra de tierra con la mayor habilidad, divididla y subdivididla; mezcladle un líquido, transformadla con gas, siempre la libra pesará; siempre atraerá y se opondrá a otra materia por la fuerza sola de una libra pesada;—y los atributos de la persona, su enerjia intelectual o moral tambien la ejercitaria bajo algunas leyes o estinguiendo la tirania, su propia fuerza;—o si no abierta, ocultamente, por medio de las leyes, o contra ellas; con derecho o por fuerza.

Es imposible fijar los limites de la influencia personal siendo las personas órganos de una fuerza moral o sebrenatural. Bajo el dominio de una idea que posee el espíritu de la muchedumbre, como la libertad civil, o el sentimiento relijioso, los poderes de las personas no son estensos motivos de cálculo. Una nacion de hombres, unánimemente llevados a la libertad, o conquistados queden facilmente confundir la aritmética de los estadistas y ejecutar acciones estravagantes mas allá de lo que permiten sus medios. Así lo han hecho los griegos, los sarracenos, los turcos, los americanos y los franceses.

Del mismo modo, a cada partícula de propiedad le pertenece una atraccion propia. Un ciento es la representacion de cierta cantidad de cereales, un otro bienestar cualquiera. Su valor de-

pende de la necesidad del hombre animal. Esto es el máximun de calor, de pan, de agua y de tierra. La lei hace esto respecto del dueño de la propiedad; su justo poder le hace aun llegar hasta ciento. La lei dice en su loco capricho, que todo tendrá poder ménos los propietarios; estos no pueden votar. Sinembargo por una lei mas alta, un año despues, los propietarios quieren escribir sus leyes respecto a las propiedades. El no propietario pasa a ser el escribano del propietario. Aun los propietarios quieren que todo el poder de la propiedad se haga o al traves de las leyes o en desconfianza de ellas. Por consiguiente yo hablo de toda la propiedad, inclusas las de los grandes estados. Cuando los ricos son rechazados por los votos, como sucede casi siempre, es el tesoro del pobre reunido lo que exede sus acumulaciones. Cada hombre es dueño de algo, séalo solo de una vaca, o de una carretilla; de sus brazos, mientras tenga una propiedad de que disponer.

La misma necesidad que garantiza los derechos de la persona y de la propiedad contra la malignidad lo insensatez del majistrado, determina la forma y métodos de gobernar, propios de cada nacion y a su manera de pensar y de ningun modo transferibles a otras clases de sociedad. En este pais somos mui vanos de nuestras instituciones políticas, que son singulares en esto; ellas traen a la memoria el carácter y condicion del pueblo que ellas espresan con exacta fidelidad y las preferimos nosotros a cualesquiera otras en la historia. Ellas no son las mejores sino solo mejores para nosotros. Seremos sábios en conseguir hoi dia las ventajas de la forma democrática; mas para otras clases de sociedad, en que la relijion consagra la monárquica, ésta y no aquella será su mejor espediente.

La democracia es mejor para nosotros porque el sentimiento relijioso del tiempo presente concuerda mas con ella. Demócratas limitados, podemos juzgar a la monarquía que fué mientras vivieron nuestros padres con sus ideas, un derecho bastante justo. Pero nuestras instituciones aunque conformes al espíritu de la época no están esceptuadas de los defectos que han desacreditado las otras formas. Cada estado presente es corrompido. Los hombres mas buenos no alcanzan a obedecer bien las leyes. Que sátira o gobierno igualaria a la severidad de la censura convoyada en el mundo *político*, que ahora en nuestros tiempos se llama *hábil* para dar a entender que el Estado es un engaño.

La misma benévola necesidad, iguales diarios abusos aparecen entre los políticos en que se divide cada Estado, opositores y defensores de la administracion gubernativa. Los partidos se apoyan tambien en los instintos y tienen mejores guias para sus propios puntos de mira, que la sagacidad de sus jefes. Ellos no tienen nada malo en su orijen pero señalan violentamente sus

relaciones verdaderas y durables. Debemos reprobar con la misma prudencia al viento del Este, o la nevasca, como a los partidos políticos cuyos miembros en la mayor parte no toman en cuenta su posicion, sino que permanecen para la defensa de aquellos intereses en que ellos mismos se encuentran. Nuestra desavenencia con ellos principia el dia en que abandonan su profundo campo natural al mando de algun jefe y en que cediendo a concideraciones personales, se lanzan ellos mismos al sosten y defensas de puntos que no estan de acuerdo con su sistema. Un partido se corrompe siempre por la personalidad. Aunque absolvamos a la asociacion de perversidad no por eso estenderemos nuestra caridad hasta los jefes de partido. Ellos cosechan el precio de la docilidad y el zelo de las masas que dirijen. Ordinariamente nuestros partidos son de circunstancias, no de principios; tal es el interes de los plantadores en conflicto con el comercial; el de los capitalistas con los obreros; partidos idénticos en su carácter moral y que pueden cambiar facilmente de palestra con cualquiera otro, para el sosten de muchas de sus medidas. El de principios como el de las sectas relijiosas, el del libre tráfico, del sufrajio universal, de la abolicion de la esclavatura, de la pena capital dejenera en personalidad e inspira entusiasmo. El vicio de nuestros partidos reinantes en este pais que puede citarse como el mas completo specimen de esta especie de asociaciones de opinion, es que ellos no se colocan en los inmensos y necesarios puntos a que estan llamados sino que se dejan arrebatar furiosamente por ciertas medidas locales, enteramente inútiles a la comnnidad. De los dos partidos que en este instante, casi dividen a la nacion entre ellos, diria que uno tiene la mejor causa y el otro posee los mejores hombres. El filósoso, el poeta, el relijioso darán por consiguiente su voto al demócrata, para el libre tráfico, el sufrajio universal, la abolicion de las crueldades legales segun el código penal, y para ampliar mas el acceso de los jóvenes y pobres a la fuente de la riqueza y del poder. Sin embargo rara vez aceptarán a las personas que el llamado partido popular le propone como representantes de tales liberalidades. No tienen ellos en el corazon los intentos que abriga el nombre de democracia cuya esperanza y virtud estan allí. El espíritu de nuestro radicalismo americano es destructor y sin punto de mira; no es amante; no tiene un fin ulterior y divino, es solamente destructivo por el odio y egoismo. Por otra parte el partido conservador, compuesto de lo mas moderado, capaz y culto de la poblacion, es tímido, y simplemente defensor de la propiedad. No vindica un derecho, no aspira a nada realmente bueno, no se mancha con crímenes, no se propone una política jenerosa, no edifica, no escribe, no favorece a las artes, no proteje a la relijion, no funda

escuelas, no estimula las ciencias, no emancipa al esclavo ni se hace amigo del pobre, del indio, del inmigrado. De ninguno de estos partidos en el poder, puede el mundo esperar algun beneficio, sea en las ciencias, las artes, o la humanidad, atendidos los inmensos recursos de la nacion.

No por esto desespero de nuestra república. No estamos nosotros a la merced de las olas de la suerte. En la lucha de los irreconcíliables partidos siempre halla la naturaleza humana algun socorro para sí, como los hijos de los convictos de Botany Bay hallan que tienen un sentimiento moral tan rico como el de los demas niños. Los ciudadanos de los paises feudales se alarman de que nuestras instituciones democráticas tiendan a la anarquia, y los mas viejos y mas cautos entre nosotros han aprendido de los europeos a mirar con gran terror nuestra turbulenta libertad. Se ha dicho que en la licencia que admite nuestra constitucion y en el despotismo de la opinion pública, no tenemos anhelo ninguno; y un observador estranjero piensa haber hallado una salvaguardia en la santidad del matrimonio entre nosotros; otro piensa hallarla en nuestro Calvinismo. El pescador Fesher Ames expresó mas sábiamente la seguridad popular cuando, comparando la monarquia y la república, dijo: «la monarquia es una nave mercante que navega bien pero que a veces se estrella en las rocas hasta irse a fondo; mientras una república es una balsa que nunca puede hundirse pero cuyos pies estan siempre en el agua.» Ninguna forma puede ser de una importancia peligrosa porque estamos favorecidos por las leyes de las cosas. No importa el número de toneladas de atmósfera que gravita sobre nuestras cabezas, siempre que a esa presion resistan nuestros pulmones. Aumentada la masa mil veces no alcanzará a aplastarnos; por inmensa que sea la reaccion siempre es igual a la accion. El hecho de dos polos de dos fuerzas, centripeta y centrífuga, es universal, y cada fuerza por su propia actividad desarrolla a la otra. La estensa libertad desenvuelve una conciencia de hierro. La falta de libertad por medio de leyes represivas y conveniencias embrutece la conciencia. La lei Linch solo prevalece donde los jefes tienen mas atrevimiento y mas enérjica existencia; la multitud nunca es permanente; el interes de cada cuerpo requiere que no exista y solo la justicia puede satisfacer a todos.

Debemos confiar enteramente en la necesidad benefactora que brilla al traves de las leyes. La naturaleza humana se espresa allí tan característicamente como en las estátuas, canciones o ferrocarriles y un abstracto de los códigos de las naciones seria la transcripcion de la conciencia jeneral. Los gobiernos tienen su orijen en la identidad moral de los hombres. La razon para uno es la razon para los demas y para cada cual. Hai una me-

dida media que satisface a todos los partidos, por numerosos o resueltos que sean en sus determinaciones. Cada hombre halla una sancion para sus mas simples demandas y actos en las decisiones de su propio espíritu, que él llama verdad o santidad. En estas decisiones todos los ciudadanos encuentran una completa conformidad y solo en ellas; no está llamado a reclamar cada uno sobre lo que es bueno para comer, o comer para vivir; sobre el uso del tiempo, el resultado de la tierra o el socorro público. De esta verdad y justicia se esfuerzan en hacer aplicaciones los hombres, la medida del terreno, la porcion del servicio, la proteccion de la vida y de la propiedad. Sus primeros esfuerzos son sin duda mui torpes. Con todo el derecho absoluto es el principal gobernante; cada gobierno es una teocracia impura. La idea de que toda comunidad tiene por objeto hacer y mejorar sus leyes, es la voluntad del hombre sabio. El hombre sabio no se halla en la naturaleza y hace los primeros esfuerzos aunque malos para asegurar su gobierno por medio de combinaciones; él llama al pueblo entero a dar sus votos en cada medida; o le concede doble eleccion en la representacion del todo; o el escojimiento de los mejores ciudadanos, o para asegurar las ventajas de eficiencia y paz interior hace confiar el gobierno a uno solo con facultad de nombrar sus ajentes. Todas las formas de gobierno simbolizan un gobierno inmortal, comun a todas las dinastías e independiente de los números, perfecto donde existen dos hombres, perfecto donde solamente hai un hombre.

La naturaleza de cada hombre es una advertencia suficiente para él acerca del carácter de sus compañeros. Mi derecho y mis necesidades son su derecho y sus necesidades. Lo que yo hago me conviene a mi y me abstengo de lo que no me es útil; mi vecino y yo nos acordaremos muchas veces sobre nuestros medios y trabajaremos juntos por algun tiempo y hácia un mismo fin. Pero cuando encuentro que mi dominio sobre mi mismo no es suficiente para mi y aventuro sin embargo su direccion, dejo a un lado la verdad y entro en falsas relaciones con él. Tendré mucha mas habilidad o fuerza que él, puesto que él no puede espresar adecuadamente su clase de necesidad; pero esto es una mentira y ofende como tal mentira a dos, él y yo. El amor y la naturaleza no conservan esta admision; es preciso ejecutar prácticamente la mentira, es decir, por fuerza. Esta empresa para los demas es el error que en los gobiernos del mundo parece de una colosal fealdad. Lo mismo sucede en los números, como en un par, solo que no aparece tan intelijible. Yo veré bastante bien la gran diferencia que hai entre reposarme bajo el imperio de mi mismo o ir a hacer cualquiera otro acto segun mis miras; mas cuando una cuarta parte de la raza humana se toma el trabajo de decirme lo que debo hacer, puede

suceder muchas veces a impulsos de las circunstancias que no vea tan claro lo absurdo de su mandamiento. Por otra parte, los fines públicos son vagos y quijotescos al lado de los propiamente privados; porque, salvo las que hacen los hombres por sí mismos, las otras leyes son risibles. Si yo me pongo en lugar de mi hijo y permanecemos en una sola idea y vemos que las cosas son de tal modo, esta percepcion así es una lei para él y para mi. Estábamos ambos allí, de ambos es el acto. Pero si, sin conducirlo al mismo pensamiento, penetro mas allá de su plan y conjeturando cuán arraigado está en él, ordeno esto u otro, no me obedecerá nunca. Esa es la historia de los gobiernos—un hombre hace a veces lo que sirve para atar a los demas. Un hombre que no es ni mi conocido me impone contribuciones; mirándome desde léjos ordena que una parte de mi trabajo se destine a este u otro caprichoso fin, no como yo sino como él llega a imajinárselo. Hé allí la consecuencia. De todas las deudas, las impuestas son las que se pagan con ménos buena voluntad. Y es una sátira contra los gobiernos! Donde quiera piensan ellos procurar mejor el mérito de sus monedas, excepto en el impuesto.

Por otra parte, el menor gobierno que tenemos es el mejor, con mas pocas leyes y ménos poder confiado. El antídoto para este abuso de gobierno formal, es la influencia del carácter privado, el aumento del individual; la aparicion del principal comitente para reemplazar al mandatario; la aparicion del hombre sabio por quien existe el gobierno, debia ser una apropiacion en vez de una mesquina imitacion. Lo que las cosas tienden a estraer, la libertad, la cultura, el comercio, las revoluciones, para colocar o emancipar, todo es carácter; porque es el fin de la naturaleza llegar a la coronacion de su espíritu de todos modos. El Estado existe para educar al hombre sabio y con la aparicion de éste el Estado espira. La aparicion del carácter hace innecesario el Estado. El hombre sabio es el Estado. No necesita armadas, fuertes, ni flota: ama en estremo a los hombres sin seducciones, ni fiestas, ni palacios para hacerse de amigos, sin terreno ventajoso o favorables circunstancias. No necesita biblioteca porque nada hace pensando; ni iglesia porque es profeta, ni estatutos porque es lejislador, ni moneda porque él es valor, ni ruta porque está en su casa donde quiera, ni esperiencia porque la vida del Creador pasa al traves de él y mira por sus ojos. No tiene amigos personales porque el que posee el encanto para inspirar la súplica y la piedad de los hombres hácia él no necesita mas que cultivar y educar unos pocos para llevar con él una vida escojida y poética. Su relacion con los hombres es anjélica; su memoria es mirra para ellos; su presencia incienso y flores.

Nosotros creemos nuestra civilizacion cerca de su meridiano, cuando solo estamos al canto del gallo y al lucero de la mañana. En nuestra bárbara sociedad la influencia del carácter está en su infancia. Como un poder político, como el señor lejítimo que está para arrojar de sus asientos a los gobernantes, su presencia es todavia atrevidamente sospechada; Malthus y Ricardo lo omiten del todo; el Rejistro anual guarda silencio; el Diccionario de la conversacion tampoco le profundiza; el mensaje del Presidente, el discurso de la Reina, no lo mencionan, y sin embargo esto es algo. Cada pensamiento que el jenio y la piedad muestran al mundo, lo altera.

Los gladiadores en los deseos de poder sienten al traves de sus ropajes de fuerza y disimulo la presencia del mérito. Creo que la lucha del negocio y de la ambicion son la confesion de esta diversidad; y los sucesos en tales campos son pobres indemnizaciones, hojas de higuera con que el alma avergonzada tienta ocultar su desnudez. Yo hallo el mismo malévolo homenaje en todos los puntos. Porque sabemos cuánto es debido a nosotros, es que somos impacientes en mostrar algun pequeño talento que sustituya al mérito. Nos vemos instados por la conciencia de este derecho a la grandeza del carácter, y todo sale falso. Pero cada uno tiene algun talento sea para hacer algo provechoso o gracioso, formidable, divertido o lucrativo. Lo hacemos como una apolojía para los demas y nosotros mismos, no para tocar el fin de una vida igual y buena. Pero esto no debe satisfacernos porque lo arrojamos al conocimiento de nuestros compañeros. Es lanzarles polvo a los ojos; no serena nuestra propia frente; o nos deja la calma del fuerte cuando nos paseamos afuera. Hacemos penitencia cuando marchamos. Nuestro talento es una clase de espiacion y estamos obligados a reflejar en nuestros lúcidos momentos con cierta humillacion, como algo demasiado bello y no como un acto de muchos, una bella espresion de nuestra enerjia permanente. Mas número de personas de habilidad se juntan en sociedad con cierta clase de llamamiento tácito. Cada uno parece decir: «Yo no soi leido aquí.» Senadores y presidentes han subido tan alto con mucho trabajo, no porque se figuran el lugar especialmente agradable, sino por apolojía al mérito real y para vindicar su virilidad a nuestros ojos.

Este claro acierto es su compensacion para ellos, por ser de una naturaleza pobre, fria y ruda. Deben hacer cuanto puedan, como cierta clase de animales selváticos que solo tienen cola para agarrarse, deben subir o arrastrarse. Si un hombre se halla tan bien naturalizado que cuente estrechas relaciones con las mejores personas y lleve una vida serena por la dignidad y blandura de su vecino ¿iria a rodearse del favor del *caucus* y de

la prensa y a codiciar relaciones tan falsas y pomposas como las de un político? Seguramente nadie querria ser un charlatan a trueque de ser sincero.

Las tendencias del tiempo favorecen la idea del gobierno de sí mismo y dejan lo individual por todo código, a las recompensas y penalidades de su propia constitucion que obra con mas enerjía de lo que nos imajinamos, porque dependemos de impedimentos artificiales. El movimiento en este sentido se ha hecho notar mui bien en la historia moderna. A pesar de haber sido oscurecida y desacreditada la revolucion, sin embargo su naturaleza no se ha afectado de los vicios revolucionarios; esa es su pura fuerza moral. Ningun partido en la historia la ha adoptado, ni puede serlo. Separa lo individual del partido, lo une y al mismo tiempo a la raza. Ella promete un reconocimiento de derechos mayores que los de la libertad personal, o la seguridad de la propiedad. El hombre tiene derecho a ser empleado, confiado, amado, respetado. El poder del amor como base del Estado no ha sido jamás esperimentado.

No debemos imajinarnos que todas las cosas están llamadas a la confusion, si cada tierno protestante no es compelido a llevar su parte en ciertas convenciones sociales; no dudo que pueden construirse rutas, transportarse cartas, y asegurar el fruto del trabajo cuando el gobierno de la fuerza tiene este fin. ¿Son nuestros métodos de ahora tan exelentes que su competencia produzca desesperacion? ¿Una nacion de amigos no puede imajinar lo mismo sendas mejores? Por otro lado no dejemos en algo el mas conservador y tímido miedo a la garantía de las bayonetas y al sistema de la fuerza. Porque atendiendo al órden natural, que es superior a nuestra voluntad, siempre dura así; hai siempre un gobierno de fuerza donde los hombres son egoistas, y cuando estos llegan a abjurar el código de la fuerza, entónces pueden ver cómo satisfacer los fines públicos de la posta, del camino, del comercio, los cambios de propiedad, los museos y bibliotecas, las instituciones de artes y ciencias.

Nosotros vivimos en un estado legal del mundo y pagamos un tributo de mala gana a los gobiernos fundados en la fuerza. No hai entre los mas relijiosos e instruidos de las mas relijiosas y cultas naciones, confianza alguna sobre el sentimiento moral, y bastante creencia en la unidad de las cosas, para persuadirles que la sociedad se puede mantener sin artificiales compromisos tan bien como el sistema solar mismo; que los ciudadanos privados pueden ser razonables y tan buenos vecinos sin necesidad de cárceles y confiscaciones. Es demasiado estraño que no haya en ningun hombre bastante fé en el poder de la rectitud para inspirale el vasto designio de renovar el Estado segun el principio del derecho y del amor. Todos cuantos han pretendido

esta empresa han sido reformadores parciales y han admitido de algun modo la supremacia del mal Estado. No llamaré yo a cada hombre a quien se ha denegado firmemente la autoridad de las leyes a ocuparse en el simple campo de su propia naturaleza moral. Tales designios, llenos de jenio o de la suerte que envuelven por su propia confesion son mirados como pinturas al aire. Si lo individual que los exhibe osa creerlos practicables, disgusta a escolares y a hombres de iglesia; y los hombres de talento y las mujeres de sentimientos superiores no ocultarán su desprecio. La naturaleza constante debe llenar el corazon del jóven con sujestiones de este entusiasmo, y allí habrá hombres nuevos; si puede a la verdad hablarse en plural, mas exactamente diré, he estado conversando ahora con un hombre a quien ni el peso de la adversa fortuna le hará aparecer imposible lo siguiente; que mil seres humanos puedan ejercer cerca de los demas los sentimientos mas sencillos y mas grandes, tan bien como un círculo de amigos o un par de amantes.

FRANCISCO DE P. MATTA.

LA

CONSTITUCION POLÍTICA

DE LA

REPÚBLICA DE CHILE,

COMENTADA.

(Continuacion).

«Artículo 9.° Nadie podrá gozar del derecho de sufrajio sin estar inscrito en el rejistro de electores de la Municipalidad a que pertenezca y sin tener en su poder el boleto de calificacion tres meses antes de las elecciones.»

La lei de 2 de diciembre de 1833, y la que la reformó y adicionó con fecha 12 de noviembre de 1842, determinan el modo como las municipalidades han de proceder para hacer las calificaciones por medio de calificadores nombrados por ellos mismos, que se instalan y funcionan cada tres años, desde el 28 de noviembre hasta el 7 de diciembre inmediato.

La práctica de veinte años ha puesto en evidencia los defectos gravísimos del sistema adoptado, defectos que no fueron atenuados siquiera, como se pretendió, por la lei reformatoria de 1842. Afortunadamente el artículo constitucional no necesita

ser retocado para poner remedio al mal, pues conservando su letra, se puede introducir una reforma completa en ámbos reglamentos (1). En cuanto a la calificacion de los requisitos exijidos para ejercer la ciudadania, ya que los arbitrios practicados en otros paises son mas o menos tan defectuosos como los observados entre nosotros, creemos que deberia estar constantemente abierto en todas las municipalidades un *Rejistro Comunal* en que se inscribiesen los individuos que lo solicitaren y que comprobaren la posesion de los requisitos constitucionales. De este modo se evitarian los abusos a que da lugar el sistema de hacer esa calificacion por medio de comisionados accidentales, se quitaria la ocasion a la concurrencia de los intereses y de los partidos políticos en una época dada y perentoria, y la calificacion seria un asunto ordinario de la vida civil que cada cual podria tratar cuando le conviniera, sin necesidad de esperar la sujestion de los partidos ni la escitacion de las épocas electorales. Las municipalidades podrian entonces ejercer esta funcion con mas calma y rectitud, porque ella llegaria a ser un negociado administrativo y perderia su carácter de asunto puramente político.

«Artículo 10. Se suspende la calidad de ciudadano activo con derecho de sufrajio:

«1.° Por ineptitud física o moral que impida obrar libre y reflexivamente.

«2.° Por la condicion de sirviente doméstico.

«3.° Por la calidad de deudor al fisco constituido en mora.

«4.° Por hallarse procesado como reo de delito que merezca pena aflictiva o infamante.»

Art. 11. Se pierde la ciudadanía:

«1.° Por condena o pena aflictiva o infamante.

«2.° Por quiebra fraudulenta.

«3.° Por naturalizacion en pais estranjero.

«4.° Por admitir empleos, funciones, distinciones, o pensiones de un gobierno estranjero sin especial permiso del congreso.

«5.° Por haber residido en pais estranjero mas de diez años sin permiso del Presidente de la República.

«Los que por una de las causas mencionadas en este artículo hubieren perdido la calidad de ciudadanos, podrán impetrar rehabilitacion del senado.»

Las causas señaladas en el artículo 10 para la suspension de la ciudadania activa son correspondientes a los motivos que sirven de base a los requisitos que la Constitucion exije para con-

(1) Véase la que propusimos al Congreso por mocion de 3 de julio de 1849.

cederla, porque si esos motivos son la capacidad y la independencia del individuo para ejercer el derecho de sufrajio, no debe existir este derecho cuando ocurren causas que hacen imposibles o por lo menos dudosas esas calidades.

Pero esta razon fundamental de la disposicion del artículo no es aplicable lójicamente a la causa señalada en el núm. 3.°, porque no se puede establecer con justicia que el hombre deje de ser capaz, e independiente, cuando se halla en *calidad de deudor al fisco constituido en mora*. Motivos mui diversos y varios pueden arrastrarnos a tal situacion, sin que por eso pueda tener razon la lei para dudar de nuestra probidad, ni de nuestra capacidad e independencia como ciudadano. El precepto de la Constitucion en este punto es pues contrario a la lójica y a la justicia de la lei, y no debe mirarse sino como un resultado de aquel erróneo sistema fiscal que consiste en consultar los intereses del bolsillo del Estado a costa de los derechos de los ciudadanos y que arma al fisco de toda clase de privilejios para hacerlo el mas formidable de todos los acreedores.

La misma falta de lójica se encuentra en la causa de pérdida de la ciudadanía señalada en el número 5.° del artículo 11, pues no hallamos porque razon se halla de aplicar semejante pena al chileno que *haya residido en pais estranjero mas de diez años, sin permiso del Presidente de la República*. ¿Es por ventura un delito o un acto punible por sus resultados esa residencia fuera del pais? Y si lo es, ¿deja de serlo porque media el permiso del jefe del ejecutivo? ¿Qué condiciones perturba, qué intereses ofende el que se separa de su patria por ese lapso de tiempo? ¿Qué mal puede sufrir Chile porque alguno de sus hijos no visiten sus lares en diez años? Si despues de esa residencia, vuelve el chileno a su pueblo, y para calificarse de ciudadano activo, prueba que posee los requisitos constitucionales, no sabemos con qué susticia, ni aun con qué pretesto, podia negársele esa calificacion.

Estas razones son todavia mas fuertes si el art. 11 no solo priva de la ciudadanía activa, sino tambien de la calidad de chilenos a los que incurren en alguna de las causales que señala. Hai quienes creen que estas causales solo privan de la ciudadanía activa con derecho de sufrajio, mas no de la calidad de chilenos, pero esta opinion no está fundada en las reglas de una estricta interpretacion. El código distingue dos especies de *ciudadanía*, la natural y la política, que constantemente llama *ciudadanía con derecho de sufrajio*, como para diferenciarla de aquella. El artículo 10 habla de la suspension de esta segunda ciudadanía señalándola terminantemente con esas palabras. El art. 11, al enumerar las cinco causas que fija, principia con esta frase: «Se pierde la ciudadanía;» y en esto parece que se refiere

a la ciudadanía natural, a la calidad de chileno, pues no solo omite el complemento—*con derecho de sufrajio*, usado en el artículo anterior y en todos los casos análogos, sino que ademas limita al senado únicamente la atribucion de indultar a los *que hubiesen perdido la calidad de ciudadano* por las causas señaladas, prueba indudable de que se trata en él, no de la pérdida accidental de un derecho político, sino de la de un derecho natural, como es el que dá la ciudadanía natural. Estas causas por otra parte son de tal naturaleza, que no se refieren a la capacidad o independencia que el art. 8.° busca en los ciudadanos activos, al fijar los requisitos de su calificacion, sino a ciertos hechos punibles que hacen indigno al que los ejecutó de la proteccion natural del Estado.

En este sentido hemos discurrido al comentar el art. 6.°, hablando de sus correspondencias con el undécimo, y en el mismo nos apoyamos para calificar de infundada la disposicion de la parte 5.ª de este artículo.

De todos modos, si estamos equivocados en esta intelijencia, nuestra equivocacion solo probará que el art. 11 da lugar a ella y que por tanto necesita ser declarado o enmendado.

No terminaremos este comentario sin llamar la atencion sobre un abuso introducido en la observancia del art. 11: su parte 2.ª priva de la ciudadanía *por quiebra fraudulenta*, y en la práctica se niega la calificacion de ciudadano activo a todo individuo que se halla en estado de falencia, pues los jueces pasan a los gobernadores la lista de los fallidos, no limitándose a nombrar a los *fraudulentos procesados como tales en sus juzgados*, segun lo previene el art. 7.° de la lei de 2 de diciembre de 1833, sino incluyendo en ella los nombres de todas las personas que se hallan en concurso de acreedores. Las mesas calificadoras, ateniéndose a esa forma ilegal de la lista, niegan la calificacion a todos los concursados y los confunden con los fraudulentos procesados que son los únicos que la Constitucion y la lei han querido escluir.

CAPITULO V.

DERECHO PUBLICO DE CHILE.

«Artículo 12. La Constitucion asegura a todos los habitantes de la República:

«1.° La igualdad ante la lei. En Chile no hai clase privilejiada.

«2.° La admision a todos los empleos y funciones públicas, sin otras condiciones que las que impongan las leyes.

«3.° La igual reparticion de los impuestos y contribuciones

a proporcion de los haberes, y la igual reparticion de las demas cargas públicas. Una lei particular determinará el método de reclutas y reemplazos para las fuerzas de mar y tierra.

«4.° La libertad de permanecer en cualquier punto de la República, trasladarse de uno a otro, o salir de su territorio, guardándose los reglamentos de policía, y salvo siempre el perjuicio del tercero; sin que nadie pueda ser preso, detenido o desterrado, sino en la forma determinada por las leyes.

«5.° La inviolabilidad de todas las propiedades, sin distincion de las que pertenezcan a particulares o comunidades, y sin que nadie pueda ser privado de la de su dominio, ni de una parte de ella por pequeña que sea, o del derecho que a ella tuviere, sino en virtud de sentencia judicial; salvo el caso en que la utilidad del Estado, calificada por una lei, exija el uso o enajenacion de alguna; lo que tendrá lugar dándose préviamente al dueño la indemnizacion que se ajustare con él, o se avaluare a juicio de hombres buenos.

«6.° El derecho de presentar peticiones a todas las autoridades constituidas, ya sea por motivos de interes jeneral del Estado, o de interes individual, procediendo legal y respetuosamente.

«7.° La libertad de publicar sus opiniones por la imprenta, sin censura prévia, y el derecho de no ser condenado por el abuso de esta libertad, sino en virtud de un juicio en que se califique previamente el abuso por jurados, y se siga y sentencie la causa con arreglo a la lei.»

Por este artículo, la Constitucion establece el derecho público de Chile sancionando los tres grandes principios de—*La Igualdad, la Libertad individual, y la Inviolabilidad de la propiedad.*

Los números 1.°, 2.° y 3.° se refieren al primer principio; el 4.°, 6.° y 7.° al segundo; y el 5.° sanciona la inviolabilidad de las propiedades.

IGUALDAD ANTE LA LEI.

Esta igualdad, segun los principios de la ciencia, y el espíritu de nuestra Constitucion no es otra cosa que *el derecho que todos tienen al goce de su vida, al desarrollo de sus facultades físicas y morales, al uso y proteccion de sus derechos civiles y políticos, a no tener mas obligaciones que las que estos derechos imponen, y en fin a que no se establezcan excepciones o privilejios que escluyan a unos de lo que se concede a otros en iguales circunstancias.*

Estas son las únicas ideas precisas sobre la igualdad que pueden ser sancionadas por la lei de un Estado republicano y por el interes de los ciudadanos. Cualquiera otra intelijencia o acepcion de este derecho es contraria a su propia naturaleza y

al interes social, como lo es efectivamente aquella que hace de la igualdad un lecho de Procusto para todas las condiciones de la vida, para todos los estados civiles de las personas, para todas las circunstancias sociales, y que quiere que tengan un tamaño igual todos los hombres, por mas que la naturaleza los haya hecho diferentes: esas diferencias constituyen la gran armonía del universo moral, son compatibles con el derecho y en nada contrarian la *igualdad ante la lei*.

Con todo, la igualdad sancionada por la Constitucion no está consultada en las leyes civiles, y el código fundamental quedará traicionado, miéntras estas no deroguen los fueros, tribunales especiales y privilejios que existen en Chile para el clero, la clase militar y para otros casos. La administracion de justicia debe ser en materias civiles una y competente para toda clase de negocios y para todos los habitantes; y la única excepcion que admite esta regla es respecto de la materia criminal en lo militar y en la disciplina eclesiástica, por la especialidad de estos dos negociados de la administracion pública y por la necesidad en que se hallan esas dos clases de mantener segun sus propias reglas la disciplina y el órden que les son peculiares.

Otro punto en que la igualdad constitucional no está consultada por las leyes especiales es la reparticion de los impuestos y contribuciones. Estas deben distribuirse de un modo igual para todos adoptando una sola base, la de los *haberes*, que es la que la Constitucion determina, y que todavia no han adoptado las leyes que forman nuestro sistema de impuestos. Segun este principio, la exaccion deberia arreglarse de modo que el capital raiz y el capital pecuniario puesto en jiro pagasen un tanto por ciento sobre su valor, exceptuando de esta regla el capital pecuniario aplicado a la agricultura, para no gravarla con otro impuesto ademas del que paga la tierra, y el aplicado a la minería, porque no siempre es productivo ni puede ser considerado como un haber despues de su inversion, desde que no está representado por una propiedad caracterizada y fija.

Los impuestos existentes tienen todos bases diversas y no son conformes a la Constitucion: el de Aduanas y el de especies estancadas son indirectos y afectan el consumo; los diezmos, catastro, alcabalas de ventas e imposiciones, patentes de casas de comercio, papel sellado, correos y derechos de peaje son directos y afectan, unos el capital, otros el producto, y casi todos embarazan la circulacion y traban la industria, miéntras que el capital en numerario queda exento de gravámen. El único de estos impuestos que se encamina a ser establecido segun la base de la Constitucion es el diezmo reformado por lei de 25 de octubre de 1853, y es de esperar que cuando esta

reforma se complete, sirva de modelo para establecer el impuesto directo sobre los haberes, que es el único que la Constitucion ha sancionado, y el único que en este punto puede realizar la igualdad que el código fundamental asegura a los chilenos.

La igual reparticion de las demas cargas públicas está jeneralmente bien consultada por la práctica, y el método de reemplazos para la fuerza armada, a que tambien se refiere el número 3.° del artículo 12 se halla establecido en el título 5.° de la Ordenanza jeneral del ejército y en el Reglamento de organizacion de la guardia nacional.

LIBERTAD INDIVIDUAL.

El artículo 12 asegura:

La libertad de permanecer y de circular en el territorio de Chile, la cual existe de un modo completo desde que la lei de 10 de agosto de 1850 (1) abolió los pasaportes:

La libertad personal para que nadie pueda ser preso, detenido o desterrado, sino en la forma determinada por las leyes;

La libertad de peticion ante las autoridades constituidas:

La libertad de imprenta.

Pero omite la libertad de asociacion para todos los fines de la vida y la de profesar una creencia relijiosa, sin cuyos derechos no puede concebirse la libertad individual. La omision de este último derecho es consecuente con el precepto del artículo 5.°, que establece un culto esclusivo; y la del derecho de asociacion da lugar en la práctica a excepciones que pueden considerarse como otros tantos ataques a la libertad; hai facultad de asociarse para fines comerciales i relijiosos, pero no con otros objetos, y la carencia de leyes sobre este punto dá lugar a que el derecho de asociacion con otros objetos, tales como los políticos por ejemplo, esté a la merced de las autoridades administrativas, que lo restrinjen o amplian por una órden de policía, segun su arbitrio.

En cuanto a la libertad personal, el precepto de la Constitucion está destruido por su letra misma, desde que la establece *en la forma determinada por las leyes*. Tanto las leyes como la práctica, sobre todo la de la policía, autorizan la prision con tal amplitud, que puede asegurarse que la libertad personal no tiene mas garantía que el albedrío de los funcionarios públicos. Segun la doctrina comun de los tribunales, basta para decretar la prision de una persona, o simples indicios de criminalidad, o

(1) Bol. Lib. XVIII. núm. 8.

la declaracion de un testigo, aunque éste sea *ménos idóneo;* y esta doctrina se considera esplicatoria de la lei 1.ª título 29 part. 7.ª, que dispone que—«acusado seyendo algun home de yerro que hobiese fecho, puédalo luego mandar recabdar el juez ordinario ante quien fuese fecho el acusamiento.» En presencia de tal práctica y de tal lei no puede ser una realidad la libertad personal asegurada por la Constitucion.

Materia tan delicada como esta no debe ser tratada en la lejislacion y práctica de un Estado republicano, sino bajo el respeto mas severo a la persona, y tomando siempre por guia el axioma que aconseja dejar mas bien sin castigo a un criminal que castigar a un inocente. Por eso es que la prision no debe ser decretada sino en virtud de una semiplena prueba o cuando el denuncio o la deposicion de un testigo están bien fundados segun las circunstancias y pueden escusar al juez de toda nota de arbitrariedad. La Constitucion toma en otros artículos posteriores algunas medidas en favor de la inocencia, pero entre tanto necesita ser mas completa en la seguridad que presta a la libertad personal, y puede serlo con solo modificar las leyes a que ella se confia, en cuyo número debe contarse mui principalmente la que autoriza la prision por deudas, porque este atentado contra la libertad personal no está escusado por ningun principio de justicia ni por ningun interes social.

Una confianza igual en las leyes complementarias ha sido causa de que la libertad de imprenta que ella asegura haya llegado a ser una ilusion y no una verdad práctica. Como todas las Constituciones que se ha dado la República, la vijente sancionó la libertad de imprenta, aboliendo la censura prévia, y reconociendo que de esa libertad podian cometerse *abusos* [no delitos] que sujetó a condenacion, en virtud de un juicio en que *se califiquen préviamente* tales abusos por jurados. Parece por estas palabras que el artículo 12 quiere que solamente se haga el juicio por jurados para la calificacion del abuso, dejando a otra clase de juicio la secuela del asunto y la condenacion. Pero como esta interpretacion seria contrária y destructora de la libertad de imprenta misma, las leyes complementarias que se han dado siempre en Chile han tenido el buen sentido de no aceptarla y de someter a jurados no solo la calificacion del abuso, sino tambien su condenacion. Si la sentencia de un juicio de esta clase hubiera de sujetarse, despues de calificado el abuso por jurados, a las sutilezas y al interes de un juez de derecho, a la chicana, costos, dilaciones e inseguridad de nuestro sistema ordinario de enjuiciar, la libertad de imprenta desapareceria completamente. Si la libertad de imprenta supone abusos, estos suponen necesariamente la existencia del juri, y la lei que no lo considerase asi, contrariaria, en vez de

conservar y de desarrollar el espíritu de la Constitucion. Précisamente los defectos de la lei de 16 de setiembre de 1846, que es la vijente, nacen de no haberse consultado en ella tal espíritu, porque afectando conservar esa libertad, esa lei la sujeta a restricciones mas o menos disimuladas; procurando clasificar los abusos, los halla aun en el uso mas lejítimo de la libertad y los castiga con penas desproporcionadas y arbitrarias; y tratando de organizar el juri, lo desvirtúa y lo convierte en un verdadero tribunal ordinario. Estos defectos de la lei que complementa la disposicion constitucional son los que impiden la realidad del derecho que la Constitucion asegura.

INVIOLABILIDAD DE LA PROPIEDAD.

La Constitucion asegura la de todas las propiedades sin excepcion, declarando que nadie puede ser privado de la suya sino en virtud de una sentencia judicial. Este derecho, que es parte integrante de nuestra personalidad, solo puede dejar de existir cuando su pérdida es una condicion del bien público; y por eso la Constitucion determina que cuando la utilidad del Estado esté calificada por una lei, el propietario ceda el uso o el dominio de su propiedad, pero no sin darle ántes una indemnizacion que se ajustará con él, o se avaluará a juicio de hombres buenos. Este precepto ha sido puesto en práctica ya varias veces, y aun en casos en que la utilidad calificada por una lei ha sido puramente local o comunal.

CAPITULO VI.

DEL CONGRESO NACIONAL.

«Artículo 13. El poder lejislativo reside en el Congreso Nacional, compuesto de dos Cámaras, una de Diputados y otra de Senadores.»

La Constitucion establece el poder lejislativo en el congreso de dos cámaras, sin hacer mencion de la participacion que da en este poder al Presidente de la República el artículo 43, que exije la aprobacion de este funcionario para que puedan promulgarse como leyes del Estado los proyectos acordados por las cámaras. Si el *poder lejislativo* es aquella rama del poder político que tiene por incumbencia establecer y reformar las leyes de los diferentes dominios del órden social, es preciso reconocer que el jefe del ejecutivo hace parte de ese poder, aunque el art. 13 no lo esprese porque el 43 le da una participacion directa y completa en la formacion de las leyes. Tan cierto es esto,

que el Congreso Nacional, aunque el artículo 13 dice que en él reside el poder lejislativo, no es en la práctica nuestra un verdadero poder, desde que todos sus acuerdos lejislativos carecen de una autoridad propia y no aparecen ante la sociedad sino por el órgano y bajo la suprema aprobacion del jefe del ejecutivo, que es quien les da valor, promulgándolos con el anuncio de que *ha tenido a bien sancionarlos*. Por esta causa el Congreso Nacional no en es Chile un verdadero poder, ni asume ni representa los caractéres de tal, y esto da motivo a que se diga con cierto color de verdad que las cámaras son los satélites del Presidente de la República.

La division en dos Cámaras que la Constitucion adopta es la sancionada por la práctica de las repúblicas americanas y la misma que estableció la Constitucion de 828. La promulgada en octubre de 1818, el Reglamento Orgánico de marzo de 1823 y la Constitucion de diciembre de este mismo año, constituyeron el Poder Lejislativo en un solo cuerpo colejiado con el nombre de *Senado*.

Cual de estos dos sistemas sea el preferible, es una cuestion que solo puede resolverse segun las circunstancias de cada pais. La division del poder lejislativo en dos cámaras con la intervencion necesaria del Ejecutivo no tiene otro fundamento que la clasificacion de los intereses sociales en tres órdenes distintos, a saber, 1.° los intereses de las grandes divisiones territoriales, 2.° los concernientes a cada una de las esferas de actividad en que se ejecuta el desarrollo de los diversos fines sociales, el moral, el relijioso, el científico, el artístico, el industrial, el comercial y el político, 3.° los intereses administrativos respecto de la armonía que debe existir en todas las relaciones internas e internacionales de la sociedad. Para que en la confeccion de las leyes puedan ser tratados estos intereses con acierto, es necesario poseer conocimientos de todo punto diversos y aun esclusivos, que no pueden hallarse sino en mandatarios diferentes. Pero si tales intereses no admiten esa clasificacion, como sucedería en un pais de corta estension en que no hubiese necesidad de hacer representar por diversos mandatarios los intereses de las grandes divisiones territoriales, por ser estos homojéneos entre sí y hallarse comprendidos en los demas intereses sociales, entónces falta la razon de la division del Congreso en dos cámaras y basta por consiguiente un solo cuerpo lejislador. En tal caso creemos que se halla Chile, donde las provincias tienen intereses análogos, que nunca se contrarian ni rechazan entre sí, y que siempre se hallan incorporados en los demas intereses sociales. De consiguiente, el Senado no puede tener aquí la especialidad de mandato que existe por ejemplo en los Estados-Unidos de Norte América; y no representando un inte-

res aristocrático, que no existe en nuestra sociedad, y siendo inútil para el embarazoso y perjudicial sistema del equilibrio político que está condenado por la práctica a causa de sus malos resultados, aquel cuerpo es supérfluo en nuestra organizacion. Por esto juzgamos que la division establecida en el art. 13 no tiene un fundamento en los principios políticos aplicados al pais, sino en la práctica de los estados republicanos, práctica que por otra parte solo data en Chile desde 1828, y que puede conservarse mientras que sus resultados la abonen.—*(Continuará).*

JOSÉ V. LASTARRIA.

Publicamos la interesante contestacion que el Gobierno de España dirije al de Roma, sobre la cuestion de los bienes del clero. Creemos que esplica bien cual es el verdadero estado del asunto y de que manera se desarrollan las pretensiones absurdas de la camarilla papal.

Excmo. señor:

El Encargado de Negocios de S. S. en esta Corte ha solicitado y obtenido sus pasaportes del gobierno de la reina retirándose apresuradamente de la Península. Tan grave determinacion que el gobierno de la reina estaba mui léjos de esperar, habiendo ofrecido a la Santa Sede cuantos testimonios de adhesion y amistad son compatibles con los altos intereses políticos que le están confiados, no ha podido ménos de ocasionarle honda sorpresa. Pero lo que mas ha lastimado al gobierno de S. M. y lo que le pone en la obligacion de someter su conducta al juicio de las demas potencias católicas, es el contesto de la última nota que, con ocasion de pedir sus pasaportes, le ha dirijido el representante en Madrid de la Santa Sede Afírmase en este documento que el Santo Padre se vé forzado a retirar de España su representante «por la série de hechos que en ella han sobrevenido con ofensa de la relijion y de la iglesia, y con manifiesta infraccion del solemne tratado celebrado entre el gobierno de S. M. Católica y la Santa Sede.» Y aunque no sea esta la primera vez que la Santa Sede haya convertido, sin pensarlo, sus controversias económicas y administrativas en cuestiones puramente relijiosas, alarmando, sin querer, las conciencias de los súbditos y cohibiendo poderosamente a los gobiernos, y aunque sea claro y patente a todo el mundo que el gobierno de la reina que se honra con el título de católico no ha dejado de ser por un solo momento católico, ni ha inferido la menor ofensa a los dogmas de la relijion y a las sagradas doctrinas de la iglesia, todavia tan graves suposiciones como las que contiene la nota

de la Santa Sede merecen ser, clara y solemnemente refutadas y desvanecidas. De este modo parececerá mas y mas censurable a los ojos del mundo la conducta de la Santa Sede, si, lo que no es de esperar en su prudencia, con hacer públicas semejantes suposiciones ofreciese autorizados pretestos a los enemigos del órden para alterarlo en la Península, creando una complicacion mas al Occidente que hoi, en tan récia como lejítima lucha, tiene distraidas su atencion y sus fuerzas. De este modo será ménos escusable ante la historia, la facilidad con que hoi se lanza la Santa Sede a agravar y a hacer mas peligrosa y difícil la suerte de una nacion sumisa siempre a sus espirituales preceptos, que la ha ayudado jenerosamente en dias de desventura, que tenia derecho a esperar, por esto al ménos cuando no benevolencia, recta y desapasionada justicia. Pero aun cuando, con demostrar que no ha inferido la menor ofensa a la relijion ni a la iglesia, pudiera cumplir su propósito el gobierno de la reina, no por eso dejará de hacer patente, en breves palabras, que tampoco ha infrinjido gratuitamente el concordato de *1851*, poniendo en contradiccion abierta su conducta con la legalidad existente. Así se comprenderá del todo, cuán profunda ha debido ser la sorpresa del gobierno de S. M. al ver la grave determinacion de S. S. y los duros términos con que le ha sido anunciada.

La mas importante de las discusiones entabladas por S. S. con el gobierno de la reina, y la que mas carácter tiene de discusion relijiosa, es la que se refiere a la base segunda de la futura constitucion del Estado, votada por las Cortes Constituyentes que dice de esta manera: «La nacion se obliga a mantener y protejer el culto y los ministros de la relijion católica que profesan los españoles. Pero ningun español ni estranjero podrá ser perseguido por sus opiniones o creencias miéntras no las manifieste con actos públicos contrarios a la relijion.» Y bien puede decirse sin reparo que no hai en la Constitucion de ningun pueblo católico, en las leyes civiles de ningun pueblo cristiano, un testimonio mas vivo de relijiosidad y de fé; se obliga la nacion a mantener el culto, se obliga a protejerlo, declara que el católico es el que profesan todos sus hijos. Esto ménos que esto decia la Constitucion anterior: obligábase en ella la nacion a mantener el culto, declarábase que el católico era el de los españoles, pero no se obligaba la nacion a protejerlo como se obliga por la presente. En ella queda terminantemente prohibido todo acto público contrario a la relijion; y no se autorizan por eso los secretos, no, sino que se consideran fuera de la accion de las leyes. La unidad católica queda intacta. ¿Qué es, pues, lo que ha dado causa a las reclamaciones de Roma? ¿Cuáles son, pues, las palabras con que se ofende en la base constitucional, a la relijion y a la iglesia?

Por estraño que parezca, por sensible que sea proclamarlo, fuerza es decir, que lo que encuentra injusto la Santa Sede, es que no se persiga, segun la base, a ningun español ni estranjero por sus opiniones o creencias, miéntras no las manifieste por actos públicos contrarios a la relijion.

Bien pudiera el gobierno de la reina presentar sin comentarios este hecho a la consideracion del mundo católico. Cuando la unidad relijiosa no quedara intacta, cuando el Estado, manteniendo y protejiendo el culto católico no persiguiese sin embargo a ningun ciudadano por actos contrarios a la relijion, todavia no podria tacharse al gobierno español de mal católico; que eso y mas toleran, que eso y mas hacen y dejan hacer la mayor parte de los gobiernos católicos, aquellos a quienes mas debe la Santa Sede. ¡Qué habrá de decirse cuando lo único que se garantiza al hombre de contraria creencia, es que no se escudriñará su conciencia, que no se violará el secreto de su hogar, que no se emplearán nunca en contra suya los antiguos procedimientos del famoso tribunal de la Fé! Pero aun parece mas injusta con el gobierno de S. M. la Santa Sede, si se considera que lo que hoi consigna la Constitucion del Estado, rije, de hecho, en nuestra nacion há muchos años, ha sido, de hecho tolerado por la Constitucion de 1837 y por la de 1845, y existe, de derecho, desde 1848, en que se promulgó el Código penal, donde una, dos, tres veces, en diversos artículos y bajo diversas formas quedó terminantemente establecido, que la publicidad fuera la condicion esencial del delito relijioso, que no lo hubiese sin ella, que no se impusiera pena ninguna a ningun acto secreto, por contrario que fuese al culto católico. En vano se alega el testo del artículo primero del concordato de 1851, donde se consigna que «la relijion católica, apostólica, romana, continúa siendo la única de la nacion española,» porque este es solo un hecho, que la base constitucional declara de la misma manera; y en cuanto a la segunda parte de aquel artículo solo se dice en ella que «el culto católico conservará *(o se conservará)* siempre en los dominios de S. M. C. todos *(o con todos)* los derechos y prerogativas de que debe gozar segun la lei de Dios y los sagrados Cánones.» Vago precepto que no puede ajustarse lo mismo con la unidad católica que con la tolerancia de cultos. Es pues evidente, es cosa fuera de discusion que no hai ofensa a la relijion, ni hai siquiera infraccion del concordato en la base controvertida. Ha podido dudarse en España si era o no conveniente, bajo el punto de vista político, consignarla en la lei fundamental del Estado; ha podido haber opiniones sinceras que disientan en este punto; pero nadie imparcialmente puede decir que se establezca nada nuevo o desconocido, que se ofenda de ningun modo a la relijion católica. La prohibicion de

que entren monjas en los conventos, miéntras no justifique cada uno de estos que tiene las condiciones legales en el concordato exijidas; y la suspension de conferir órdenes miéntras el arreglo del clero parroquial no se lleve a cabo, son medidas contra las cuales ha protestado enérjicamente la Santa Sede, y son acaso ofensivas en su concepto, a la relijion y a la Iglesia. Si para poner en su punto de verdad la significacion de la base relijiosa, basta con examinar imparcialmente su contexto, para dar a conocer la razon y la prudencia con que el gobierno de S. M. ha procedido en las dos cuestiones de que ahora tratamos, no es menester mas que leer los artículos del concordato, de ese concordato mismo que tanto invoca la Santa Sede, y tener algun conocimiento de lo que está aconteciendo en España. El artículo 30 del concordato no habla mas que de mujeres llamadas y consagradas, al mismo tiempo que a la vida contemplativa, «a la activa de la asistencia de los enfermos, enseñanza de las niñas y otras obras y ocupaciones piadosas y útiles;» de casas de relijiosas que a la vida contemplativa reunan «la educacion y enseñanza de las niñas u otras obras de caridad;» de conventos en que solo se permite la profesion de novicias «proponiendo los Ordinarios los ejercicios de enseñanza o de caridad a que deben dedicarse.» Es decir, que las casas de relijiosas dedicadas únicamente a la vida contemplativa, no tienen existencia legal segun el concordato; las que habian, o debieron cambiar de forma, o ser cerradas, desde su promulgacion. Nada de esto se ha hecho sin embargo, y, durante algunos años, el gobierno español ha tolerado la admision de novicias sin que, en los conventos en que entraban, se hiciese mudanza alguna. Público es esto, y fuera de duda; notorio debe ser tambien que el gobierno no ha hecho mas que exijir la ejecucion del concordato al evitar el aumento indebido de monjas «interin, dice la circular, no conste en el ministerio de Gracia y Justicia si las respectivas comunidades cumplen y en qué manera las condiciones de su existencia legal.» Y aun es mayor si cabe la razon que le asistia para disponer que «no se confieren órdenes sagradas, por ahora, y miéntras no se verifique el arreglo jeneral del clero parroquial;» a ménos que «los ordenados no obtengan ya, o en adelante obtengan prebendas y beneficios eclesiásticos,» o a ménos que no hayan ya «ascendido al subdiaconado, o sean de los relijiosos esclaustrados que no hayan recibido órdenes sagradas y deseen hacerlo,» todo con el fin de no perjudicar derechos adquiridos. Sabidos son los perjuicios que ha ocasionado en todos tiempos la abundancia de clérigos sin beneficios, sin ocupacion, sin medios de sustentacion, que, léjos de servir al bien de la Iglesia y del Estado, son para aquella y para este perenne manantial y semilla de disgustos. Las leyes eclesiásticas

y civiles condenan de consuno este abuso, que, solo ha logrado desenvolverse y prosperar en tiempos de corrupcion en la disciplina eclesiástica y de decadencia en el Estado.

Al hacerse el condordato de 1851 se reconoció, es verdad, como no podia ménos en los obispos el derecho de conferir órdenes sagradas: tampoco ahora los desconoce, ni podria desconocerlo, sin cometer una impiedad notoria, el gobierno de la reina. Pero estas facultades de los ordinarios tienen un límite que no es menester consignar en ningun concordato, que no es menester declarar en ninguna lei, porque hai muchas ya que claramente lo fijan, y aun a falta de ellas, lo fijaria el buen sentido. Los obispos pueden hacer cuantos clérigos sean necesarios para el culto, cuantos del culto puedan mantenerse, pero no pueden hacer clérigos ociosos, inútiles, miserables, no pueden prodigar las órdenes sagradas mas allá de la necesidad y de la conveniencia pública. Es, pues, indispensable conocer y fijar, para que luego quede libre la facultad de los obispos, el número de ordenados que *debe haber en una nacion*, próximamente al ménos, como estas cosas pueden conocerse y fijarse. Por eso el concordato determinó en su artículo 24 «que se procediese a formar un nuevo arreglo y demarcacion parroquial en las diócesis del reino, teniendo en cuenta la estension y naturaleza del territorio y de la poblacion», y las demas circunstancias locales que era necesario para esto tener presente. Por eso el gobierno español ha hecho, desde el concordato acá, cuanto ha estado de su parte para que el arreglo parroquial se lleve a efecto en breve plazo. Pero no ha podido conseguirlo hasta el presente, ni ha hallado por cierto en la Santa Sede, acerca de este punto, la solícita premura que ha puesto en que otros puntos del concordato se cumplan; y, en el interin, se han multiplicado las ordenaciones, tal vez con necesidad, pero sin estar esta necesidad probada, tal vez sin daño público, pero no demostrándose que no lo habia. Preciso era poner un término a esto, y preparar, con la suspension de las órdenes, la ejecucion del artículo 24 del concordato; preciso era, y mas cuando de esta manera no se infrinjia el concordato sino que se cumplia, no se inferia ninguna ofensa a la relijion y al Estado sino que notoriamente se procuraba que su esplendor no fuese en un punto importante oscurecido.

Habráse notado ya, que las dos últimas disposiciones de que hemos tratado han sido provocadas por el descuido inconcebible con que ha mirado la Santa Sede la ejecucion de algunos de los artículos esenciales del concordato de *1851*. Falta demostrar este mismo descuido en una materia, que es si no la mas importante, la que con mas fé, con mas insistencia ha discutido siempre la Santa Sede, la que dá verdaderamente causa al rom-

pimiento que hoi deploramos. El artículo 35 del concordato, al devolver a las comunidades relijiosas los bienes de su antigua pertenencia que estaban en poder del gobierno todavia, determinó que «en consideracion al estado actual de estos bienes y otras particulares circunstancias, a fin de que con su producto pudiera atenderse con mas igualdad a los gastos del culto y otros jenerales, los prelados, en nombre de las comunidades relijiosas propietarias procediesen *inmediatamente y sin demora* a la venta de los espresados bienes, convirtiéndose su producto en inscripciones intrasferibles de la deuda del Estado», y el 38 dispuso lo mismo con respecto, segun la interpretacion de la Santa Sede, a los bienes que restaban de las comunidades relijiosas de varones, conforme a la interpretacion del gobierno de la reina, con respecto a todos los bienes raices, censos y foros devueltos al clero sin distincion alguna. Aceptando por un momento la interpretacion de la Santa Sede, el hecho es que debian venderse *inmediatamente y sin demora* todos los bienes que habian pertenecido a las comunidades relijiosas, así los de las existentes, como los de las suprimidas; y sin embargo es notorio en toda España que, durante el transcurso de cuatro años, apénas para cubrir las apariencias, se ha vendido una finca sola; y notorio es tambien que, en todo este tiempo, ninguna jestion ha hecho la Santa Sede para que tan esencial condicion se cumpliese, ningun esfuerzo ha hecho que en esta, como en otras materias, demostrara su celo por la pronta ejecucion del concordato. Conviene fijar la atencion sobre este punto ántes de entrar en el exámen de la desamortizacion, tal como se ha proclamado en principio, tal como se ha llevado a cabo en la práctica. Porque no es el principio solo lo que ha suscitado las reclamaciones de la Santa Sede, sino mas particularmente todavia la manera con que está decretada la ejecucion. Y es preciso no olvidar los precedentes de los sucesos para comprender los sucesos mismos: es preciso tener presente que la iglesia no habia hecho nada en cuatro años para cumplir aquello que tenia por evidente, que no le ofrecia ninguna duda, para comprender por qué la opinion pública ha reclamado, por qué el gobierno se ha visto obligado a emplear cierta rapidez en realizar todo lo que, en su propio concepto, era debido. A parte el mas o el ménos, que es lo que divide en la apreciacion de este punto a ámbas Potestades, sosteniendo España que la desamortizacion se estiende o debe estenderse, segun el concordato, a todos los bienes eclesiásticos, opinando la Santa Sede que solo puede realizarse en los bienes pertenecientes a las comunidades relijiosas, el caso es que ni el gobierno de S. M. ni la Santa Sede puede negar lealmente dos cosas: primera, que desde la promulgacion del concordato hasta el presente la iglesia ha mostrado en la

enajenacion de sus bienes una lentitud y un descuido evidente contrario a lo pactado; segunda, que en la enajenacion, ahora dispuesta de esos bienes, ha prescindido el gobierno de S. M. de ciertas formalidades en el concordato pactadas. Pero no es la Santa Sede, que nada ha hecho para cumplir por su parte, quien debe censurar la conducta del gobierno español, determinado por el funesto ejemplo que se habia dado, por las exijencias de la opinion justamente disgustada, por otras consideraciones, que, ya que de esto se trata, conviene esponer. El gobierno de S. M. una vez presentado a las Cortes el proyecto de lei de desamortizacion, una vez votado, sancionado y promulgado, halló que a su ejecucion se oponian, con el estímulo que les daban las reclamaciones de la Santa Sede, no pocos prelados de la iglesia de España. Al paso que algunos de estos, con loable ejemplo de mansedumbre, se mostraban obedientes a los preceptos del gobierno, o representaban respetuosamente lo que mas útil creian a la iglesia y al Estado, los ha habido por desgracia que, con mengua de su patriotismo y de sus evanjélicas obligaciones, se han colocado en una situacion no solo hostil, sino rebelde y punible. De esta suerte han obligado al gobierno de S. M. a evitar con ciertas medidas de prevision, mayores males, separando de sus diócesis a algunos obispos, miéntras la ejecucion de la lei pueda ser contrariada. De esta suerte tambien se ha impedido darle al clero en la ejecucion de los bienes eclesiásticos la participacion que el Concordato le ofrecia, y que era absurdo darle, cuando tan contrario se mostraba a su ejecucion. El gobierno de S. M. deplorando profundamente estos hechos, y confesando lealmente en qué, y por qué ha tenido que apartarse de algunas de las prescripciones del Concordato, cree sin embargo no haber faltado en nada esencial, en nada verdaderamente esencial de cuanto se consigna en sus artículos.

Para probarlo conviene fijar y discutir lo que habia de esencial en este punto. El derecho de adquirir la Iglesia consignado en el artículo 41 del Concordato no ha sido conculcado, no ha sido desconocido por un solo momento en las leyes y decretos emanados del gobierno de la reina. En el artículo 22 de la lei de amortizacion se dice que «a medida que se enajenen los bienes del clero se emitirán *a su favor* inscripciones intransferibles de la deuda consolidada al 3 por 100 por un capital *equivalente* al producto de las ventas;» y los artículos 26 y 27 de la misma lei declaran «que los bienes donados y legados o que se donen y leguen en la sucesion a manos muertas,» entre las cuales se comprende a la Iglesia, «serán puestos en venta o redencion *para ser tambien convertidos en títulos de la deuda pública*.» Claramente se deduce de aquí que este derecho esencial de adquirir queda incólume

en la Iglesia. Podrá adquirir cuanto se le legue o se le done en rentas públicas: podrá tambien convertir en rentas públicas cuanto se le legue o se le done en bienes raices. Lo que la lei prohibe a la Iglesia es poseer esta última clase de bienes, y eso no porque sea la Iglesia quien los posea, sino porque la Iglesia es *mano muerta*, y se establece y promulga el principio absoluto de que ninguna mano muerta pueda poseer bienes raices en el territorio español. Pudiera reclamar la Santa Sede, si, solo a la Iglesia se impusiera esta limitacion en la manera de poseer su propiedad; pero no debe, no puede quejarse de que se incluya a la Iglesia en una regla jeneral, que no tiene escepcion alguna. ¿Y quién pueda negar a la Nacion española y al gobierno que la representa, quién puede negar el poder temporal el derecho de establecer semejante regla y semejante principio? ¿Por ventura no ha ejercido siempre el poder temporal, el derecho de fijar límites, condiciones, formas a la propiedad, con tal de no herir su esencia y su naturaleza? ¿No se ha ejercido siempre este derecho aun con respecto a la propiedad particular, mas respetable siempre que la propiedad corporativa, como que la primera nace del derecho natural y la segunda nace de la lei que es la que da vida a las demas corporaciones? El poder temporal, el poder civil lejislativo que ha podido poner tantos límites a la propiedad, en materia de últimas voluntades, que ha podido prohibir los mayorazgos y vinculaciones, por ser manos muertas sus poseedores; que puede hacer y hoi hace con efecto en España que las corporaciones municipales, beneficien y administren tambien la forma de su propiedad, puede hacer tambien que cambien de forma, en la suya, las corporaciones eclesiásticas. Y esto es de derecho humano, y esto puede hacerse con entera independencia de la Santa Sede. Lo que ésta ha podido pactar, en nombre de la Iglesia, es que solo conserva el derecho de adquirir, que se la asegure la posesion de sns capitales adquiridos; pero no de modo alguno, que se mantenga, en obsequio suyo, una forma de poseer perjudicial al Estado, y que el Estado no quiere consentir en su seno. Tales principios pudiera ser que hubiesen impulsado al gobierno de S. M. a llevar a cabo la desamortizacion en todos sus estremos aun cuando se opusiese a ella, por un error gravísimo de redaccion, el concordato. Pero afortunadamente nada se dice, nada hai en este documento, que contradiga la desamortizacion: ni uno solo de sus artículos indica que la Iglesia haya de poseer precisamente bienes raices; que los bienes raices de la Iglesia hayan de ser, en su forma inviolables. El principio esencial del concordato en esta materia quedará, pues, a salvo siempre que se entreguen a la Iglesia como se le entregarán, a cambio de sus bienes raices, títulos de la Deuda y de la Deuda privilejiada del Estado.

Si alguna prueba mas se necesitara para traer al ánimo el convencimiento de esta verdad, podria obtenerse, recorriendo uno por uno los artículos del concordato que hablan de propiedad y de bienes. Al mismo tiempo que se declara *inviolable* en uno de ellos la propiedad de la iglesia se ordena en otros enajenar sus bienes raices y convertir su producto en rentas públicas: luego, a juicio de la Santa Sede, la inviolabilidad de la propiedad de la iglesia no desaparece con la enajenacion de sus bienes raices: luego, a juicio tambien de la Santa Sede, queda incómule la propiedad de la iglesia, aun cuando se convierta y se cifre en papel de la deuda del Estado. No hai que entrar, porque no se necesita para esto, como no se ha necesitado para obtener otras consecuencias, ántes de ahora deducidas, en la cuestion de si prescribia el Concordato la enajenacion de todos los bienes raices eclesiásticos, o solo la de una parte de tales bienes. De uno u otro modo la Santa Sede ha reconocido que puede quedar *inviolable* la propiedad de la iglesia, enajenándose bienes raices de su propiedad. Pero si fuera cierto, segun cree sinceramente el gobierno de la reina, que el artículo 38 del Concordato de 1851, asi quiso comprender en la enajenacion los bienes restantes de las comunidades relijiosas de varones, como los demas bienes eclesiásticos, devueltos al clero en la lei de 1845, no hai duda que seria palpable la sin razon con que hoi protesta la Santa Sede contra la ejecucion de lo que entónces quedó pactado. Eso le lisonjeó un tiempo el gobierno de S. M. de hacer confesar y reconocer al gobierno de la Santa Sede: eso juzga todavia que, con mas imparcial exámen, pudiera ser confesado y reconocido. No insistirá en ello sin embargo. La cuestion es de sentido, de recta intelijencia de un artículo, mal redactado desde luego; pero cuya redaccion harto mas se inclina a la interpretacion que le da el gobierno español, que no a la que ofrece en cambio la Santa Sede. En el punto en que están las cosas, a la altura en que hoi debe ya tratarse la cuestion, poco pueden alterarse sus términos porque se entienda de este o del otro modo el artículo referido. El gobierno de S. M. tiene la conviccion de que en lo espuesto ha dicho bastante para que las naciones católicas reconozcan la razon que le asiste, asi en este punto como en otros que aparecen como causa del presente rompimiento. No concluirá sin embargo en este punto sin manifestar el profundo sentimiento con que su ánimo sinceramente católico vé empeñada a la Santa Sede en una lucha donde, aun concediéndole cuanto pretende, solo se trata de intereses materiales y mundanos. Y esto es tanto mas injusto, cuanto que lucha con una nacion sobrado jenerosa quizás, que paga a su clero *ciento setenta y nueve millones novecientos quince mil setenta y tres reales anuales,* mas, mucho mas proporcionalmente, que ninguna

nacion católica del mundo; de una nacion que tolera el escándalo de que en muchas de sus provincias no baste el producto íntegro de los impuestos para cubrir las atenciones de la iglesia; y eso sin contar sus propios emolumentos y derechos parroquiales que son ya una contribucion no despreciable. En cambio la Santa Sede formula graves cargos al gobierno de la reina, porque el presupuesto del año presente, en medio de los trastornos y de las públicas calamidades que han aflijido a la nacion descuenta el mismo tanto por ciento en las asignaciones del clero, que a modo de pasajero tributo, viene descontando, de algun tiempo acá, en los sueldos de los funcionarios públicos, de las viudas, de los huérfanos de los defensores de la patria.

No teme, pues, el gobierno de la reina que se compare su conducta con la conducta de la Santa Sede; no duda en someter, como hoi somete sus disidencias con la Santa Sede al fallo imparcial de las naciones católicas. Ha dicho ya que considera la ruptura de relaciones entre ambas Potestades como un deplorable acontecimiento. Por evitarlo ha hecho antes cuanto su posicion y sus deberes le han permitido; por hacerlo cesar se le hallará dispuesto siempre a ceder en todo lo que sea justo y prudente. Pero tranquilo en tanto en su prudencia, seguro de no haber inferido la menor ofensa a la relijion ni a la Iglesia, seguro tambien de no haber infrinjido esencialmente el último Concordato, no solo aguarda que el mundo católico le haga justicia desde hoi, sino que se atreve a esperar que antes de mucho, con mejor acuerdo, se la hará cumplida la Santa Sede. Firmemente adherido a sus principios, que son los de la católica nacion española, la Relijion, la Iglesia, el Pontificado mismo, tendrá siempre en él un súbdito espiritual, un protector y un defensor si fuere necesario. Y si por desgracia persistiese la Santa Sede en su conducta, si de resultas de su hostilidad, mas o ménos patente, surjieran graves conflictos, al reprimir, al castigar, al usar del derecho de propia defensa, procuraria aunar, con la mas inflexible enerjía, el respeto debido siempre, cualesquiera que sean sus actos, al padre comun de la Iglesia. Solo deploraria en este caso la funesta ceguedad que pondria al digno sucesor de San Pedro en el número de los enemigos de una nacion cristiana y católica, que en serlo cifra y ha cifrado siempre la mayor de sus glorias.

De este despacho dejará V. E. cópia a ese señor Ministro de Negocios Estranjeros.

Dios guarde a V. E. muchos años.—San Lorenzo 24 de julio de 1855.—JUAN DE ZAVALA.

EL DIA.

—

Rojizo el sol en el oriente brilla
Y en la nieve del monte reverbera;
Murmura el rio en su desierta orilla
Y el pescador desata su barquilla
Y abandona cantando la ribera.

El sol camina, el prado colorando,
El velo espeso de la niebla hiende
Y sus primeros rayos desatando,
Las flores de su reino visitando
En ellas una lágrima sorprende.

Ya todo es luz y sones y colores.
El céfiro susurra alegremente,
Canta el ave sus cándidos amores
Abren su cáliz las hermosas flores
Y se oye murmurar la mansa fuente.

. . . .

El sol sigue su marcha presuroso;
El mar le espera ya en el occidente,
Brilla en el agua un disco luminoso,
Lanza el último rayo silencioso
Y entre las aguas húndese su frente.

Ya no hai luz! Una nube ensangrentada
Guarda del sol un rayo todavia;
Mas como una mujer enamorada
Que cae en nuestros brazos desmayada
Leve matiz al horizonte envia.

Alzase entónces en la playa el viento
Y jime de las peñas en las grietas,
Espumas crespa su vibrante aliento
Y murmura un amante sentimiento
Que habla en mística letra a los poetas.

Y hai un momento de dolor, de pena
En que el hombre se estudia y se examina,
En que el tierno placer no le enajena
En que el dolor el alma le envenena
Y su existencia miserable mina.

El sol muere y el cuerpo fatigado
Se entrega ya sin fuerzas al reposo;
Todo queda en la sombra sepultado,
El céfiro se calla amedrentado
Y el mundo es un sepulcro misterioso.

Y se pasan las horas lentamente
Y la atmósfera vuelve a colorarse,
Y el céfiro susurra alegremente
Y se oye murmurar la mansa fuente
Y otra vez vuelve el sol a levantarse.

Santiago, 1855.

ADOLFO VALDERRAMA.

646

TRATADO TEÓRICO PRACTICO

DE

HOMEOPATIA

O sea organon del arte de curar, por S. Hahnneman. Seguida de la medicina doméstica por C. Hering, y precedido de un estenso prólogo sobre las enfermedades mas comunes en Santiago, etc., por el doctor B. Garcia Fernandez.

Se halla a venta en todas las librerías de Santiago y en la botica del señor Salinas, calle del Estado esquina de la Cañada; y en casa del autor calle de las Monjitas, esquina de la plaza de Armas: precio tres pesos.

UNA ONZA DE ORO.

(ESTRACTO DE UN MANUSCRITO TITULADO "MEMORIAS DE UN POBRE".)

—Vaya U. mañana al baile de suscripcion y tendrá la respuesta de su carta, me dijo ayer mi querida al oido, al despedirme de ella. Oh dicha! oh fortuna! ya te tengo en mi mano, me decia yo al tiempo de acostarme, y toda la noche no hice mas que soñar con amores y riquezas, porque has de saber, lector amigo, que mi querida es una rica heredera y yo solamente soi un pobre diablo, empleado en un ministerio con treinta pesos mensuales, que apénas me alcanzan para no morirme de hambre.

Esta mañana me desperté alegre como un tordo en tiempo de vendimia y cuando los rayos del sol de primavera, pasando por entre los vidrios de mi ventana, vinieron a juguetear en las cortinas de mi catre, con voz mas destemplada que la de los líricos del teatro de la República, me puse a entonar cuanto romance o aria de ópera sabia, tanto era el gozo que llenaba mi corazon. Pronto el dia amaneció magnífico; no sé por qué todo lo veia de color de rosa y no comprendia como bajo un cielo de un azul tan bello podian existir personas que fuesen desgraciadas, por lo que auguré que mi esperanza se realizaria y que una gran ventura me esperaba. Asi fué que temprano salté de mi cama, cosa que raras

veces me sucede, y abrí las vidrieras para que la luz entrara a torrentes y bañarme en ella con delicias. Cuando un sentimiento nos domina, algo de él se refleja en los objetos que nos rodean; yo no sé si era efecto de la reverberacion del sol, pero vi los muebles de mi cuarto que se estremecian de contento; mi levita colocada sobre el sofá, me tendia los brazos para abrazarme; un par de botas desentaquilladas que asomaban por debajo de la cama, me sonreian malignamente; las piernas de mis pantalones estaban colocadas de tal modo, que cualquiera las hubiera creido bailando polka, y por fin, mi baston que sostenia mi sombrero apoyado en mi velador, parecia llevar el compas a la armoniosa música que sentia en mi alma.

No hai duda que es una bella cosa la esperanza y como tal la han cantado los poetas en diferentes tonos; pero tambien es cierto que es desesperante cosa cuando nos engaña. Empezé a vestirme pensando en lo que mi querida me habia dicho y luego que hube concluido me diriji al cajon de la mesa donde guardo la plata, para ir a comprar mi boleto de entrada al baile de suscripcion: el cajon estaba vacio! Metí la mano a mi chaleco y solo me encontré tres reales! Ah, me dije, seria gracioso que me faltara una onza, y al pensar esto, que estaba mui léjos de hallar gracioso, senti que una espesa nube pasaba ante mis ojos y una mano de fierro me oprimia el corazon; ¡me hallaba sin recurso y en la imposibilidad de cumplir con mi promesa! Qué iba a pensar mi querida al no encontrarme en el baile? Nada hubiera sido aun esto, porque con el pretesto de una enfermedad podia disculparme; pero, y la respuesta de mi carta? En cosas de amor es preciso andar listo, pues como este es un individuo alado, puede con facilidad moverse de un objeto a otro, y yo que desgraciadamente sé que mi bella es algo veleidosa, por no decir coqueta, temia que una falta de atencion de mi parte trajera una ruptura que echara por tierra mi adorada perpectiva, y todo esto por falta de una onza, que era lo suficiente para comprar guantes y mi boleto de entrada!

No era esta la primera vez que deploraba mi pobreza, pero nunca me habia encontrado en el caso de que por falta de una onza me espusiera a perder una mujer hermosa, a quien yo quiero, junto con una rica dote, cosa que no todos los dias se encuentra. Otro quizá no se habria asustado de un contratiempo semejante, pero el que como yo anda tanto tiempo tras la fortuna, cuando cree ya alcanzarla, el menor obstáculo lo asusta y lo hace temblar. Mi incredulidad acerca de mi actual penuria no habia sin embargo desaparecido del todo, por lo que con nuevo afan me puse a dar vuelta los papeles de mi mesa, los libros, las plumas, los cajones, y uno por uno los bolsillos de mis tres chalecos: cualquiera que en semejante pesquiza me hubiese visto,

habria creido que mas bien buscaba una aguja que una onza, tal era la escrupulosa atencion con que miraba hasta debajo de las obleas. Mas, despues de rejistrarlo todo, convencido de que todo mi caudal consistia en tres reales, de los cuales dos eran de cruz y mui sospechosos, pensé en mis amigos, e inmediatamente me calé el chapeo, requeri mi baston y me puse en marcha en busca de alguno de ellos.

Dirijime desde luego a un antiguo amigo de colejio: dicen que estos son los mejores.—Mi querido Antonio, le dije inventando una mentira, un asunto inprevisto me obliga a ausentarme por quince dias de Santiago y me encuentro sin dinero; una onza me bastaria para hacer el viaje.

—Una onza! es poca cosa y creo que mui fácilmente la encontrarás.

—No es verdad? por eso mi primer pensamiento fué venir a verte.....

— Para despedirte?

—Si, y para que me hicieras el favor de prestármela.

—Vienes en mal momento, amigo mio, pues me encuentro tambien sin un cuartillo.

Era paramí mui dudoso que mi amigo Antonio no tuviese dinero, pero quien sabe, me dije, si se encuentra en mi mismo caso; vamos a ver a otro.

—Mi querido Juan, tienes una onza que prestarme?

—Cómo no! mi bolsillo está siempre a la disposicion de mis amigos; manda a casa dentro de quince dias. ..

—Dentro de quince dias? es al momento que la necesito.

—Ah! en el momento me encuentro sin un cuartillo.

Todo el mundo está pobre hoi? qué fatalidad!... Ah! pero aquí viene mi buen amigo Diego; este si me la facilitará, pues tiene de fortuna cerca de cien mil pesos.

—Mi querido Diego, necesito....

—Voi mui de prisa.... tengo mucho que hacer.... otro dia.

Al jesto que ha hecho conozco que ha adivinado mi pensamiento y que no está en disposicion de acceder a mi empeño. Hai algunos individuos para quienes la palabra necesidad es una especie de pesadilla y huyen del que la pronuncia como si estuviera apestado; mi rico y buen amigo Diego era uno de estos.

Cuasi todo Santiago corrí en busca de mis amigos y conocidos, pero la mayor parte de ellos no los encontré y los otros me contestaron poco mas o ménos como Antonio, Juan y Diego, hasta que rendido de fatiga me metí en el café del Poloriama en el Pasaje Búlnes, donde me tomé un vaso de grog para no desalentarme completamente. Qué amargas reflecciones hice entónces! toda mi vida pasada, vida de sufrimientos y de necesidades, pasó por mi memoria envuelta en el manto de la pobreza. Recor-

daba con placer mis antiguos proyectos de especulaciones, de los que mis amigos se reian tanto y de los que yo me esperaba la fortuna. Ah! felices los ricos que no tienen que pasar por estas miserias!; ellos sin embargo no comprenden su felicidad o aparentan no comprenderla. Recuerdo que una vez habiendo tenido que verme con uno de estos principes de la fortuna, lo encontré agoviado bajo el peso de una enfermedad dolorosa, y con voz débil me dijo:—De qué sirve la riqueza cuando uno es tan desgraciado!—Todos estamos sujetos a las enfermedades, le contesté, pero no todos pueden procurarse los alivios que la sola riqueza puede dar; U. sufre ahora?, y cuánto mas no sufriria si fuera pobre! Esto pareció consolarlo, porque con cierta sonrisa de satisfaccion echó una mirada a su caja de fierro. Asi es la vida, esclaman todos, nadie está contento con su suerte; pero yo tengo para mi que si la Escritura dijo: bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos, debió tambien poner al lado: desgraciados de los pobres de fortuna, porque de ellos es el infierno de la tierra.

Despues de una media hora de estacion en el café se me vino a la memoria un antiguo amigo de mi padre a quien vine recomendado cuando llegué por la primera vez a Santiago. Inmediatamente me diriji a su casa. Era este un caballero de una fortuna considerable a quien habia tratado yo mui poco por su carácter reservado y poco amigable, no yendo por consiguiente jamás a su casa y contentándome solo con saludarlo cuando lo encontraba por la calle; mas la urjente necesidad que tenia de dinero me obligó, aunque con bastante repugnancia, a ir a solicitar de él este pequeño favor.

Como era hombre de muchos negocios, tenia a su servicio un jóven amigo mio en calidad de secretario con el sueldo de veinte y cinco pesos mensuales. Cuando me presenté solo encontré en la casa a mi amigo, quien habiéndose impuesto del objeto de mi visita, me contó que su patron era en estremo avaro y que dificilmente conseguiria lo que venia a solicitar; esto me desconsoló y ya me retiraba para no esponerme a la vergüenza de que se me negara un favor tan pequeño, cuando vi entrar a la casa una hermosisima niña al parecer de diez y ocho a veinte años de edad.—Quién es esa niña que acaba de entrar, le pregunté a mi amigo.

—Cómo! no la conoces? es la mujer de mi patron.

—La mujer de don Patricio? no sabia que se hubiera casado.

—Hace ya mas de seis meses.

—Y cómo se ha hecho querer, siendo viejo y feo, de una niña jóven y bonita?

—Qué pregunta! no sabes que tiene mas de seiscientos mil pesos?

—Cabal! no habia pensado en eso.

O poder del dinero! esclamé yo al salir sin pensar en que tambien andaba a casa de una dote, tal es la inconsecuencia de esta pobre naturaleza humana. O poder del dinero! y hai algunos que pretenden que nuestro siglo es el siglo de las luces y que por consiguiente el talento es el solo dominador del mundo!

Amar y ser amados, dicen unos, es la suprema felicidad; cuánto mas vale tener fortuna! Con ella se tiene cuanto el hombre ambiciona. El poder? ante el rico se inclina todo el mundo. La gloria? ante el rico se quema incienso y todos ensalzan al hombre grande que ha hecho tanto bien a su pais monopolizando todas las industrias, arruinando a los infelices que cuentan con pocos capitales para poder competir con él y engañando a los inocentes que caen en sus redes. Los honores? los reyes en las monarquías se honran en tenerlos a su mesa y recargar con cintas y cruces sus pechos de piedra, y en las repúblicas son senadores y consejeros de estado porque son los únicos sábios. El amor? la hermosura tiene sus mas encantadoras sonrisas, sus miradas mas seductoras, sus mas suaves caricias para el que se presenta rodeado del prestijio de la riqueza. Sí, nuestro siglo es en efecto el siglo de las luces, porque mas que todo reluce la plata.

Yo me retiré de casa de don Patricio con el corazon oprimido; habia perdido la esperanza de conseguir el dinero que necesitaba y la hermosa perpectiva de fortuna que se me ofrecia con mi casamiento proyectado, empezaba a borrarse del cuadro de mis futuras esperanzas.

Con el ánimo abatido y de mal humor me volví a mi casa y me encerré en mi cuarto. Arrojé el sombrero sobre mi cama y cruzando los brazos me dejé caer sobre una flaca silla que al recibirme crujió de descontento; luego doblé la cabeza sobre mi pecho, estiré las piernas, cerré los ojos y me puse a pensar sobre mi triste situacion.

Ah! dichosa edad y tiempos dichosos aquellos en que en nuestro pais los elegantes andaban de manta y las bellas con un modesto traje de quimon! Entónces, estoi seguro, no existia la insaciable sed de riquezas que hoi nos devora. Malditas sean mil veces las minas de Copiapó y la industria estranjera que han enriquecido a unos pocos y han sumido en la miseria a los demas. De qué sirve que tengamos ferro-carriles, telégrafo, que se levante un suntuoso teatro, que hayan fortunas colosales, si nada de esto nos trae la felicidad? La Inglaterra, la Francia son nuestros guias en la marcha de la civilizacion y nunca nos paramos a considerar que esas dos naciones son las mas infelices del mundo, justamente porque siendo excesiva su riqueza, es doblemente excesiva su miseria. Necios y mui necios son los pueblos cuando miran con ojos envidiosos los estados europeos; la civilizacion

es un lujo vano, provechosa solo para los pudientes. Risa y lástima da cuando se oye hablar con orgullo de las magníficas casas que en el dia se construyen en Santiago. Cuánto bien nos hacen estos nuevos palacios! El que ayer vivia en una modesta casa, hoi se avergüenza de entrar en ella, y los nuevos señores, a los que ántes miraban como iguales, hoi no los alcanzan a divisar desde lo alto de sus balcones. Sí, Santiago quedará mui hermoso; miéntras tanto el que vivia ayer cómodamente por una onza, hoi por dos tiene que vivir en la miséria. La capital será digna de un pais civilizado; pero para ganar el pan de cada dia, será preciso regar la tierra con el sudor del trabajo y robar tiempo a las horas de reposo si se quiere y puede gozar un momento.

Lo peor de todo es que los empleados son los que mas han sufrido con el aumento excesivo de las fortunas particulares, porque la de ellos ha quedado estacionaria miéntras las de los demas han subido, lo que equivale a bajar, pues ántes un empleado era un personaje y hoi es lo que en buenos términos se llama un pobre diablo. Yo que lo soi y que habia nacido para vivir en el lujo (todos decimos lo mismo) me considero el hombre mas infeliz. Ah! si yo fuera rico! me digo a menudo, como dicen tambien millares de individuos, entónces seria feliz. Pero el medio de hacer fortuna? No hai duda que el mas pronto es el de un buen casamiento; y hé aquí que la falta de una onza, estoi temiendo, venga a echar el mio por tierra. Yo digo mio como si ya estuviera hecho y sin embargo nada hai de positivo aun; es verdad que mi querida me ha dicho que me adora, pero está tan variable la temperatura de esta primavera, que no será estraño que influya en los sentimientos de las mujeres.

Media hora, poco mas o ménos, permanecí sentado sin hacer el menor movimiento. Sentia la jente que pasaba por la calle y el ruido de sus pasos me incomodaba; pareciame oirlos reirse de mi infortunio. Quién sabe cuantos de esos con un semblante alegre llevaban la muerte en el corazon y eran verdaderamente desgraciados! A cada rato me parecia tambien sentir pasos en el patio y cada individuo que entraba a la casa, creia que era alguno de mis amigos que me mandaba dinero. Mas, una y dos horas pasaron y yo me encontraba siempre como ántes.

Cuando yo era muchacho me enseñaron a rezar y a pedir a Dios con Padre Nuestros y Ave-Marias lo que necesitaba: entónces teniamos fé en la Providencia! Esto no quiere decir que la haya completamente perdido, pues al momento la encuentro cuando necesito de Dios; por eso ahora me diriji a él para pedirle la onza que tanta falta me hacia. Dios mio, le dije, tu eres infinito; el mundo es tu creacion, por consiguiente te pertenece, a pesar de Mr. Proudhon que sostiene que la propiedad es un robo; las riquezas que encierra son tambien por consiguiente tuyas, y a

juzgar por lo que ha producido el solo mineral de Chañarcillo y los placeres de California, deben de ser inmensas; así es que una onza no te hará gran falta, miéntras que a mi me hará tanto bien!; dámela, pues, Dios mio, que yo entónces no cesaré de ensalzar tu paternal jenerosidad.

En este momento golpearon a la puerta de mi cuarto. Ah! esclamé, es mi onza; mi ruego ha sido escuchado. Y de un salto me levanté de la silla y corrí a abrir la puerta: un fraile habia en el patio.—Qué quiere U? le dije.—Una limosna para la Virjen Santísima, me contestó humildemente.

Qué sarcasmo! yo le pedia una onza a Dios y su madre me manda pedir a mi medio real?... De un golpe cerré la puerta en las narices del fraile sin contestarle y me volvi a mi asiento desesperado sin esperanza ya de conseguir nada.

No hai medio de ser felíz en esta vida? Dicen que la causa de nuestra desdicha está en lo ilimitado de nuestros deseos, y sin embargo, si ahora tuviera yo una onza, me daria por mui dichoso. Pero, estaba escrito, como dicen los orientales. La resignacion es una virtud cristiana y como ya no espero ir al baile de esta noche, tengo por fuerza que conformarme y practicar la mencionada virtud: cuántas así!

De repente sonó el cañonazo; las doce! esclamé, y aun no he almorzado? Corriendo me puse mi sombrero y ya le echaba llave a mi cuarto cuando se presentó un hombre preguntando por mí.

—El señor don Martin Andrade?

—Yo soi, le contesté.

—Esta cartita para U.

La abrí apresuradamente, y cuál no fué mi sorpresa al encontrar adentro una onza de oro! ¿Nunca se ha fijado el lector en el jesto que hace en el teatro un cómico cuando al recibir una carta encuentra en ella algo de insperado? Ese fué sin duda el que yó debí hacer, pues el criado me preguntó:—Qué tiene, señor?

—Nada, amigo mio, le contesté amablemente dándole una peseta. Dígale a su patron que le doi las gracias.

La carta decia así:

«Mui señor mio: tengo el gusto de remitirle una onza de oro sellado que ahora cuatro meses tuvo U. la bondad de facilitarme. Escusado me parece repetir aquí las espresiones de gratitud, etc., etc.»

Razon tienen en decir los franceses que *Un bienfait n'est jamais perdu*. Le habia prestado yo esta onza a un pobre diablo en circunstancia de hallarme con dinero, y hé aquí que me la vuelve justamente en un momento en que para mí tiene el doble de su valor. Si siempre se volviera así lo que uno presta!

El hombre propone y el bolsillo dispone. Esta mañana me habia levantado alegre y feliz pensando en la dicha que me esperaba; mi bolsillo vacio enturbió mi contento. Ahora cuando habia perdido la esperanza, una onza viene de nuevo a reanimar mi espíritu abatido y a dar nuevo coraje a mi ánimo para seguir adelante en pos de la fortuna, porque es preciso que te lo confiese amigo lector, aunque amo bastante a la hermosa Elvira; aun mas atractivos tiene para mi su dote. En esto por cierto no hago yo excepcion, sino es en la franqueza con que me espreso. Todos corremos tras la fortuna; pocos se paran en los medios, y el que es mas lijero es el que mas pronto la alcanza.

Inmediatamente me fuí a almorzar y en seguida a comprar mi boleto de entrada para el baile de la noche. A eso de la una me volvia a mi casa, cuando divisé que por la calle del Estado venian unas mis amigas, bastante donosas, sin ningun jóven que las acompañara; yo que me precio de galan, luego saqué los guantes blancos que acababa de comprar, sin pensar en que estaban destinados para el baile, y me dirijí a ofrecerles el brazo. Cuando digo ofrecerles el brazo, se entiende que era, desgraciadamente, a la mamá. A las niñas se les antojó pasar a la pasteleria francesa con el pretesto de que hacia calor y que habian mui buenos helados; yo no pude por ménos que apoyar la mocion presentada por dos tan graciosas bocas (las niñas eran dos), sin pensar por un momento si llevaba o no dinero. Miéntras se quedaron en el salon de señoras, me dirijí al meson desde donde hice llevar, junto con los helados, toda suerte de dulces y pasteles y en cantidad bastante considerable, porque es regla de galantería que cuando uno feria a la belleza debe gastar lo mas que pueda, aunque se sepa que se va a perder lo que se compra. Ah! yo no sabia lo que me iba a costar mi galanteria, o mas bien mi inadvertencia! Una hora poco mas o ménos se pasó mui agradablemente y cuando llegó el momento de llamar al mozo para pagarle, involuntariamente me toqué el bolsillo del chaleco y sentí que unas tres o cuatro piezas de moneda andaban solas nadando adentro; entónces me acordé de repente que de la onza que de una manera casual habia obtenido, solo me quedaban cinco reales. Mi primer movimiento fué pararme y echar a correr; pero luego reflección que el dueño del establecimiento me conocia y que era probable pudiera entenderme con él, ademas de lo ridículo que seria una accion semejante. Sin embargo la vergüenza de tener que confesar que andaba sin dinero, me hacia temblar. Yo me paseaba por la pieza todo asareado, salia al patio a ver si encontraba algun conocido, miraba por todas partes, pero nadie venia a mi socorro.

—He leido hoi una historia bastante orijinal, dijo la mamá. Un jóven en Paris se vió obligado en un café a feriar a varios de

sus amigos y cuando llegó el momento de pagar, se apercibió que andaba sin dinero. Qué creen UU. que hizo? Llamó con aplomo al mozo, metió la mano al bolsillo y al tiempo de hacerse que le entregaba la plata, le apretó significativamente la mano; el mozo comprendió tan bien que no podia pagarle y fué tan delicado, que para que nadie se apercibiera, volvió trayendo plata y le dijo: aquí tiene U. el vuelto. Por cierto que los mozos de nuestros caféés, no harian una cosa semejante.

La señora dijo esto con cierta sonrisa, a mi parecer maligna, por lo que inferí que sospechaba mi situacion, y ántes que las cosas tomaran otro aspecto, me dirijí apresuradamente al dueño de la Pasteleria y le confesé francamente lo que me sucedia. El se sonrió solamente, contestándome que podia pagar cuando yo quisiera; el trago fué bien amargo.

Como se hubieran reido de mi las niñas si hubiesen sabido lo que me acababa de pasar! No dudo que el corazon humano será mui bueno, pero si un individuo por una cosa ridícula, sufre hasta morirse, será la risa de todos y no encontrará compasion en ninguna parte. Digo esto por lo que ahora me ha sucedido y por lo que me sucedió el invierno pasado. Asistia yo con fracuencia a la tertulia de doña N. y valiéndome de lo que dice el refran de que la capa todo lo tapa, para economizar mi ropa, me ponia debajo del talma un fraque viejo y roto en ámbos codos. Luego me acostumbré a andar mui sueltamente de este modo creyendo que estaba tan elegante como los otros tertulios. Una noche que todos estaban de mui buen humor, se propuso una zamacueca y teniendo yo reputacion de bailarla bien, se me rogó para que lo hiciera. Yo salí, y como era natural me quité el talma; luego que empezamos a bailar, observé que todos se sonreian y persuadido de que era un signo de aprobacion por lo bien que lo hacia, me empeñé en hacerlo mejor y de tal suerte me empeñé que dí un tropezon tan feroz que mis botas se abrieron. Entónces uno de los jóvenes se aproximó a mí y me dijo:—Cuando los codos bostezan, los zapatos sueltan la risa. Inmediatamente me acordé del maldito fraque con que andaba, pero ya era tarde y tuve que seguir adelante. El lector se puede figurar fácilmente lo que sufrí. Todos se reian y miéntras mas muestra daba yo de vergüenza, mas fuertes eran las risas.

Oh pobreza! pobreza! cuánto me has hecho sufrir desde que vine al mundo! ¿Estaré condenado a ser pobre toda mi vida? Mucho lo temo, pero para salir de este triste estado, de aquí en adelante todos los medios me serán buenos. El pobre es el moderno paria de nuestra sociedad; de él se huye como de un apestado y no se le considera mas que como una cosa. O apóstoles santos del socialismo, vosotros que habeis comprendido las miserias de los hijos desheredados de la fortuna, cuando llegará vuestro

reino? Entónces no habrá ni pobres, ni ricos, ni hacendados ni proletarios; todos seremos felices porque la fortuna repartirá sus dones igualmente a todos, o a lo ménos, como vosotros decis, a cada cual segun sus necesidades, a cada cual segun sus aptitudes: ojalá sea cierto!

A las nueve de la noche hacia yo tristísimas reflexiones poniéndome la corbata en frente de un pequeño espejo roto, en mi cuarto calle de los Huérfanos. Y ya que hablo de espejo roto diré que el cuarto donde vivo está miserablemente amueblado; estera, sillas de junco, un catre ordinario de fierro con malas cortinas, un sofá de crin, una percha y un lavatorio de madera blanca, son los únicos muebles que contiene. Sin embargo cualquiera que poco rato despues me hubiese visto en los salones del baile, tan elegante como el que mas, no se habria figurado la pobreza de mi habitacion.

Yo, como ya lo he dicho, soi pobre punto ménos que Job. Sin embargo muchos de mis lectores me habrán visto en las tertulias, en los bailes, en el teatro, en la filarmónica, siempre bien vestido y elegante. Misterio es este que solo pueden esplicarlo los jóvenes pobres, pues ellos saben con cuanto cuidado se guarda todos los dias la ropa para hacerla durar; cuantas economias se hacen sobre los gastos necesarios para satisfacer los superfluos; cuantas *caroles* se sacan de los amigos sin que ellos se aperciban, y por fin, cuanto partido se puede sacar del dinero sabiéndolo emplear. Y luego, cuántas precauciones se toman para ocultar su pobreza a los demas! El avaro no tiene tanto cuidado en esconder su tesoro, como un jóven pobre el surcido de la rotura de un pantalon.

A las diez de la noche llegué al baile: estaba lleno de jente. Como se bailara en ese instante, no pude ver si mi hermosa Elvira habia venido ya, y miéntras concluian me apoyé en una puerta a esperar, despues de haber saludado a algunos conocidos.

Los salones estaban magníficamente amueblados. El contraste que hacian con las miserables piezas que habitaba, prensó mi corazon; allí la riqueza desbordaba por todas partes; mi casa transpiraba la pobreza. Quien es aquel que despues de haber marchado sobre blandas alfombras de tripe y reclinádose en muelles sofaes, vuelve a su casa para marchar sobre una fria estera, sentarse en duras sillas de junco y acostarse en un angosto catre de fierro, sin sentir la sed de riquezas? Mas que el aire al hombre es necesario satisfacer su vanidad, y yo al contemplar el lujo de los salones, las mujeres ricamente adornadas, las mejillas sonrosadas por la ajitacion y el placer y los nevados y hermosos senos palpitando voluptuosamente, los jóvenes ricos y elegantes a quienes madres e hijas sonreian, la rabia, la envidia, una sed insaciable de dinero se apoderaba entónces de mi alma, y sentia

tanta fé, tanta fuerza de ánimo para alcanzar tambien un dia la fortuna, que llegaba a consolarme de mi miseria presente con el brillante porvenir que me pintaba mi imajinacion.

Luego que las cuadrillas hubieron concluido y dejado los salones espeditos, me puse a recorrerlos para ver si encontraba a mi querida; aun no habia llegado. A las doce me acerqué a un amigo y le pregunté:

—No vendrá esta noche la hermosa Elvira?

—Creo que nó, me contestó; probablemente será a causa de su casamiento.

Creyendo que lo decia por mí, le pregunté sonriéndome:

—Y con quién se casa?

—Con un jóven bastante rico que ha llegado ayer de provincia; dicen que era un casamiento arreglado entre los padres de los novios.

En este momento pasó cerca de nosotros un colejial entonando la cancioncita aquella:

Cuando un pobre está queriendo
Y un rico se le atraviesa
Sale el pobre para afuera
Rascándose la cabeza.

De buena gana le hubiera dado un puntapié al tal colejial porque parecia que hubiera adivinado lo que por mí pasaba, y tanto mas cuanto que en realidad me llevé la mano a la cabeza para disimular el desagrado que me causaba la tal noticia.

Así, me decia yo, despues de tantos juramentos, despues de tantas promesas, se casa la ingrata con un individuo que quizá no conoce y solo por el hecho de ser rico probablemente? Bien merezco yo este desengaño por haber pensado mas en su dote que en ella misma; pero lo que no le perdonaré, es el haberme hecho sufrir tanto en buscar una onza para venir al baile a saber solamente noticia tan agradable. Pero no puede ser; si ella no ha venido es por alguna indisposicion repentina de la mamá sin duda, y la noticia que me dá este jóven, aunque pariente de ella, es alguno de los muchos cuentos que siempre corren sobre las niñas que son bonitas.

Sin embargo con la duda terrible me recojí a las tres de la mañana, lo que no impidió que a las cuatro, con el favor de la Divina Providencia, y gracias al cansancio producido por lo mucho que corrí en el dia en busca de la onza, roncaba de la manera mas agradable, es decir, *allegro;* a las cinco roncaba *soto voce;* a las seis *piano;* a las siete estaba entregado a los sueños que hacen tan agradable el dormir. Yo nunca me olvidaré que cuando estuve por la primera vez enamorado, despierto no recibia de mi

bella mas que desdenes y de noche cuando dormia los mas dulces favores; desde entónces estoi dudando si la realidad es sueño o el sueño realidad. Ahora en mi sueño me encontraba inmensamente rico; era el hombre a la moda, el grande hombre del dia. Escuchaba el murmullo que hacian en mi casa una muchedumbre de parásitos que esperaban mi salida, como la del sol. Yo me encontraba en un magnífico salon con la bella Elvira; una sonrisa de satisfaccion tenia entreabiertos mis lábios, miéntras afuera crecia el murmullo. Por fin me resolví a salir: los miro a todos y veo que ellos se sonrien tambien pero burlescamente. Hecho una mirada sobre mi cuerpo y me veo cubierto de andrajos; entónces estallan ellos a carcajadas en una risa sarcástica, diabólica.... y me desperté; estaban golpeando en mi puerta.

—Quién es?

—El señor don Martin Andrade vive aquí?

—Yo soi, contesté, abriendo la puerta.

Para U., me dijo un hombre entregándome un papel y yéndodose al momento.

El papel decia así:—«Todo está concluido entre nosotros; queme U. mis cartas que yo ya hice otro tanto con las suyas: pronto sabrá, si es que ya no lo sabe, mi casamiento con mi primo N.; despues tendré lugar de esplicarle este suceso.—E.»

Con que era cierto! esclamé haciendo mil pedazos el papel. Ah! las mujeres no valen que uno se ocupe de ellas.

Creen UU. que esto me correjirá? Apénas me volví a mi cama, me puse a pensar en otra heredera que conozco. Cómo no me suceda igual cosa que con esta!

No se crea por lo que precede que soi un hombre excesivamente interesado; no soi mas que como lo es todo hijo de vecino. Estoi persuadido que si mañana dijeran que para encontrar la fortuna era preciso andar de cabeza por la calle, al salir uno de su casa, se toparia las puntas de las narices con los piés de los transeuntes.

JOSÉ ANTONIO DONOSO.

LOS DESPOSADOS.

NOVELA ORIJINAL.

—

I.

La historia que vamos a referir pasó en Paris en el año de 1849.

El ardiente sol de una mañana de julio lanzaba sus alegres rayos sobre los inquietos habitantes de la gran capital, los que sin embargo del exesivo calor de la mañana, se movian como siempre en distintas direcciones, dando a las calles ese aire de fiesta perpetua que hace creer que en Paris el placer es el Dios de todos los corazones; porque ese sin número de personas que atraviesan las calles, no llevan en su semblante el ceño frio y especulativo del comerciante ingles, ni la gran concentracion del pensador aleman, ni el ojo observador del viajero, ni la distraida actitud del enamorado: ese sin número de personas, decimos, tiene un tipo especial que de todos los distingue, el tipo del frances, que mira mil objetos y atiende a mil circunstancias mientras su pensamiento elabora una idea y calcula los beneficios de alguna especulacion; ese tipo *sui jeneris* grave y alegre a la vez, que dice riéndose las cosas sérias y se burla de todo con seriedad.

Mas como nosotros no pretendemos hacer aquí la fisiolojía moral del parisiense, nos limitaremos a repetir que en una mañana de julio del año de 1849 casi todo Paris presentaba el aspecto de fiesta que conserva durante todos los dias del año. Y hemos dicho casi todo Paris, porque en el malecon, delante de la Morgue un grupo numeroso no presentaba en los semblantes de los que lo componian el aspecto de fiesta de que hablamos.

Necesario es que nuestros lectores sepan que la Morgue, es uno de los lugares mas fúnebres de Paris; mas fúnebre aun que todos los cementerios y que las bóvedas del Panteon: es una pieza aislada, a orillas del Sena, donde se depositan los cadáveres que la policía recoje casi diariamente.

Mas fúnebre que los cementerios porque en estos hai lápidas, flores y coronas de siemprevivas: ¡la lúgubre poesia del recuerdo! ¡la piadosa veneracion por las almas que han abandonado la tierra!

En la Morgue hai solo cuatro paredes húmedas y desnudas y un tablado donde se muestran en público los cadáveres de los infelices, víctimas del crímen de otros o del dolor de ellos mismos.

Mas fúnebres que las bóvedas del Panteon porque allí los cadáveres, en su frio aislamiento, reposan bajo mármoles que recuerdan sus grandezas, sus títulos y sus glorias!

Bajo el techo de la Morgue, los desnudos restos de los que allí reposan, reclaman un pariente, una mano amiga que cubra con tierra sus miembros insepultos: ¡la trájica poesía de la miseria y del abandono! ¡la horrible horfandad de la desgracia!

Era un curioso espectáculo divisar aquel conjunto de hombres, de mujeres y niños, apiñados en un espacio de tres a cuatro metros de radio, mirando los unos por encima de los hombros de los otros, empujándose a veces, cediendo en otras ocasiones, olvidados del sol que hacia sobre ellos gravitar sus rayos de fuego y olvidados tambien, cada cual, de sus asuntos particulares para concentrar la atencion y las miradas en la pequeña puerta de la Morgue.

Y sinembargo, en esa puerta y al interior solo se divisaban los sombreros de los que llenaban el estrecho recinto de la pieza; mientras que todos por afuera se preguntaban el motivo del tumulto, sin pensar que todos se hallaban en igual estado de ignorancia y que concurrian allí por esa debilidad que orijinó nuestro destierro del Paraiso: por la curiosidad que es uno de los elementos mas grandes del carácter parisiense.

La atencion de los de afuera se halló desviada de la puerta por la presencia de un hombre, de pobre aspecto, que llegó al grupo haciendo mil esfuerzos para apartar la muchedumbre y penetrar al interior.

La llegada de aquel hombre llamaba con razon las miradas de

todos los curiosos. Parecia rayar en los 50 años y la afliccion y quebranto de todo su rostro aumentaba sin duda su edad aparente. Vestia una chaqueta de paño grueso, deteriorada lamentablemente en los codos, un pantalon oscuro, con rayas color café y diversas manchas de aceite, un chaleco de enormes bolsillos y una gorra negra de la cual se escapaban largas mechas grises y compactas de su abundante cabellera.

El conjunto de la fisonomía contrastaba con la pobreza del traje. Dos ojos azules, nobles y melancólicos prestaban a aquel semblante el poder de inspirar a primera vista una profunda simpatía; las rugosas mejillas le daban un aspecto venerable y los lábios delgados y trémulos en aquel momento, comprimidos por un dolor amargo, lo revestian de un tinte admirable de tristeza y desconsuelo, dándole toda la noble majestad del dolor; ¡y mas que todo, el pobre viejo lloraba!

En los niños el llanto es un consuelo, en los hombres un desahogo y en los viejos una tortura horrible. Esos ojos escaldados que niegan al alma su precioso calmante; ese pecho cansado qué se ajita en las convulsiones desgarradoras de su angustia; esa frente cargada de años que cede al peso de su amarga pena ¿no es uno de los cuadros que tocan lo mas delicado de nuestra sensibilidad y sorprenden cuanto noble y jeneroso se abriga en nuestras almas?

El triste viejo despues de luchar envano por hender aquella masa compacta retrocedió dos pasos y miró con desolado ademan, como implorando un apoyo: los asistentes sin moverse se contentaban con mirarlo friamente.

—Hé aquí uno que sin duda sabe mas que nosotros, decia un hombre del pueblo a otro que indagaba el motivo de aquella estraña afluencia de curiosos.

—El pobre hombre parece abatido decia éste; talvez tiene allí alguno de sus parientes.

Y mostraba con el dedo la puerta de la Morgue que siempre continuaba obstruida.

Entretanto el viejo se habia aproximado a uno de los mas inmediatos a esa puerta, el que para asegurarse contra las oleadas y vaivenes de la turba se apoyaba e la pared y oponia el hombro y el codo a sus vecinos.

—Amigo, le dijo con tono suplicante, si fuese posible entrar...

—Ah, difícil me parece contestó el otro, jóven de 28 años robusto y musculoso como un atleta.

—Si U. me cediese su lugar, replicó el viejo animado por el aspecto franco y benévolo del mancebo, me haria U. un gran servicio; yo haria un esfuerzo para entrar.

—¿U. tiene alguien adentro? preguntó el mozo.

Y el viejo al responder ajitó sus lábios sin alcanzar a proferir

una palabra, mientras que sus ojos buscaban en los del jóven un rasgo de compasion.

—Pues bien mi viejo, dijo el mancebo, yo haré mas que cederos mi lugar, vuestras fuerzas no bastarian para conservarlo, yo voi a hacerme paso y U. me seguirá.

—Ah, señor, cuanto reconocimiento dijo el viejo ¿vamos?

—Vamos, repitió el jóven.

Y apoyando su mano derecha sobre la cadera, puso el hombro a la barrera humana que tenia por delante y comenzó sus esfuerzos seguido por el viejo.

Para andar tres varas, al traves de tanto curioso el jóven y el viejo emplearon cerca diez minutos. A los primeros empujes, varios rostros indignados se volvieron sobre el osado agresor; mas viendo sus elevados y poderosos hombros, su mirada tranquila y resuelta, aquellos rostros volvieron a su anterior posicion y el jóven notó que la resistencia habia disminuido considerablemente. Al cabo de diez minutos, como dijimos, y despues de súplicas y violencias, ámbos pasaron el umbral de la puerta de la Morgue.

II.

El viejo, apénas adentro, estendió una ansiosa mirada a su alrededor y vió con desaliento que allí la concurrencia no era ménos que afuera: muchos entraban y mui pocos querian salir.

—Parece, dijo el jóven, inclinándose hácia su protejido, que aquí no estamos mas avanzados que en la calle.

—Es verdad, contestó el viejo; pero esperando.....

—Vamos, esclamó el jóven, es necesario ir hasta el fin ¿de qué lado?

—A la izquierda, dijo el viejo, dando a su protector una mirada de profundo agradecimiento.

Y el jóven emprendió contra los de adentro la misma agresion que habia empleado contra los de afuera.

Despues de algunos minutos de penosa marcha los dos se hallaron al frente del tablado sobre el cual se colocan los cadáveres. Sobre ese tablado un cuadro horrible se presentó a sus ojos.

Dos cuerpos inanimados, puestos el uno junto al otro y empapados aun con las turbias aguas del Sena, llamaban la atencion de toda aquella jente que, con los ojos fijos y pensativos, no se cansaba de contemplarlos. Eran una niña y un jóven, de 18 años aquella, éste de 25, sobre los cuales la muerte parecia haber pasado como un bálsamo, tal era la dulce y melancólica espresion de sus frentes de niños, tal era la tranquila resignacion de sus lábios descoloridos. Parecian hallarse preci-

samente en ese instante de que habla Byron, que sigue al último suspiro, y durante el cual los cadáveres se hallan por algunos momentos revestidos de una belleza sublime. Admirábase al contemplarlos no encontrar sobre sus rostros ningun vestijio de las postreras agonías, nada que revelase la dolorosa lucha de la vida jóven arrancada del pecho por la falta de aire: sobre sus rostros parecia mas bien leerse la extincion gradual de la vitalidad, el májico poder de algun filtro misterioso que, apagando en sus ojos la llama de la existencia, habia dejado en sus semblantes la inefable beatitud de los elejidos del Señor.

La niña, como dijimos, contaba 18 años: sobre su frente se creia leer el hermoso poema que revelan las palabras de Job: «*He pasado como una flor, me he secado como la yerba de los campos*».

Pero esa flor, orgullo de la pradera, debia haber caido al furor de las tempestades de la tierra; esa hija del mundo, víctima de la maldad de los hombres y sublimada por la mano de la muerte, debia haber sido acariciada por las brisas ardientes del amor que tantas veces convierten en veneno su aroma celestial.

Sus cabellos sueltos y desgreñados por el agua, descubrian una frente pura y delicada; su cuerpo, que dibujaba el vestido húmedo que lo cubria, parecia el sueño realizado de algun escultor poeta: era la gracia delicada y suavísima de la Venus de Médicis, con la acabada pureza de líneas de la Niobe. Su semblante resolvia el problema que hace la desesperacion de los artistas, y cuya solucion tan solo Rafael ha podido encontrar: tenia la espresion sublime de la Virjen-madre.

En cuanto a su vida, la fantasía se encargaba de atribuirla toda una vida de desventuras.

El jóven, colocado junto a ella, revelaba en sus facciones todo el arrojo varonil de los antiguos caballeros, toda la gracia infantil de un enamorado. Su fisonomía estaba, ademas, en perfecta consonancia con la de la niña; hubiérase dicho que se hallaban ligados por mui estrechos lazos de parentesco y que ámbos habian dejado de existir al mismo soplo de la muerte. Imposible era verlos sin pensar en el amor, sin forjarse al instante la sombría historia de una pasion desgraciada que hasta allí los arrastrára.

Por esto dijimos que el jóven y el viejo se hallaban al frente de un cuadro horrible. El alma jemia sobre todas esas desdichas ignoradas, sobre esas dos vidas eclipsadas en su esplendente aurora; sobre esas dos poéticas criaturas condenadas a la corrupcion, al hielo de alguna tumba pobre, al eterno olvido de los que amaron sobre la tierra. Y se veia con horror que aquellos desgraciados, al entregarse a la muerte para huir de los sinsabores de la vida, no pensaron en que sus cuerpos debian venir a ser el espectáculo de mil curiosos, y que sobre las sucias

tablas de la Morgue era necesario mostrarse para despertar la compasion que, estando vivos, talvez se les negára.

Dijimos que el viejo y el jóven habian logrado, despues de mil esfuerzos, colocarse en la primera línea de los espectadores impasibles de aquel cuadro desastroso.

El jóven abrió tamaños ojos y por algunos momentos no pudo leerse en su fisonomia mas que esa admiracion estraña, que no halla esplicacion alguna de lo que ha venido a despertarla.

El viejo por el contrario, apartó, con fuerzas que hasta entónces no habia desplegado, las últimas personas que le impedian el paso y se arrojó de rodillas sobre el cadáver de la niña, cubriendo sus manos con lágrimas que comprimidas hasta ese momento brotaron en abundantes raudales: sus sollozos era lo único que interrumpia el lúgubre silencio de aquella escena.

—Ah, señores, dijo con lastimera voz, eran buenos como unos ánjeles, bellos como UU. ven y han muerto, ¡los infelices se han ahogado!

Y al pronunciar estas palabras la voz se anudó en la garganta y el pobre viejo dejó caer su frente pálida sobre los piés helados de la niña.

Ninguno entre tanto se atrevia a calmar su dolor con palabras de consuelo, temiendo profanar su hondo quebranto con importunas amonestaciones.

Despues de haber permanecido en aquella actitud durante largo rato el viejo se puso de pié y estendió en torno suyo una mirada de desesperacion diciendo:

—Vamos! es preciso llevárselos.

Y en este instante sus ojos se detuvieron sobre el mozo que le habia abierto la entrada de la Morgue.

—U. que me ayudado a entrar, le dijo tomándole las manos, no se negará, estoi seguro, a acompañarme.

—Ciertamente, contestó el mancebo, estoi pronto, ¿qué hai que hacer?

—Espéreme U. un momento, le dijo el viejo.

Y al decir esto comenzó a abrirse paso por entre la multitud con la misma enerjía que habia desplegado media hora ántes su compañero.

Despues de una hora de ausencia el viejo se presentó de nuevo en la Morgue, seguido de dos hombres que traian un cajon vacio sosteniéndolo por argollas clavadas en las estremidades. Gran parte de los curiosos se habian dispersado ya de manera que la entrada era mucho mas fácil que la primera vez.

Colocóse el cajon a los piés del tablado y en él se depositaron los dos cadáveres: hecho esto la pequeña comitiva echó a andar a lo largo del malecon atravesando el Sena frente a la calle del Bac, e internándose en esta hasta llegar a una casa de pobre apa-

riencia, en cuyo zaguan fué dejado el cajon por órden del viejo y conducido por éste y el mozo hasta una pieza pequeña y oscura.

—Le confesaré, dijo el mancebo, dirijiéndose al viejo, que estos dos pobres jóvenes me han interesado sobremanera y quisiera saber porque se han ahogado: en caso que mi pregunta no sea indiscreta.

—U. ha adquirido el derecho de saber todo lo concerniente a ellos, respondió el viejo, y por cierto no me negaré a referirlo.

—¿Alguno de ellos es hijo de U?.

—Ah, no, pero es como si ámbos lo fuesen, dijo el viejo inclinando sobre sus manos la frente abatida.

—¿Entónces?...

—Es lo que voi a decirle, contestó el viejo interrumpiéndole.

Y se puso a contarle la historia que nosotros vamos a referir a nuestros lectores, valiéndonos de la prerogativa que tiene el escritor de dar a la narracion el jiro que crea mas adecuado.

III.

El 23 de junio de 1848 Paris era el teatro de uno de los mas encarnizados combates que hayan tenido lugar en su ajitado recinto: el ruido del cañon y la fusilería resonaba por todas partes, las calles todas se hallaban ocupadas militarmente y el terror se veia pintado en los semblantes de los raros curiosos que se atrevian a traspasar el umbral de sus habitaciones. Una guerra atroz y desesperada, la guerra de los partidos sin freno, se habia trabado en aquellos dias nefastos para la gran capital. Hablábase de lejitimistas y bonapartistas coligados para derrocar el poder de la Asamblea Nacional: estos partidos, decian, esplotando el licenciamiento de los obreros, habian ajitado los ánimos hasta hacer estallar el terrible motin denominado despues *los dias de junio;* dias de sangre y desolacion, durante los cuales mas de diez mil ciudadanos, entre muertos y heridos, fueron las víctimas de aquel sacrificio estéril, aunque tenaz y valeroso.

Jamás motin alguno se habia presentado con las proporciones de aquel: en la construccion de barricadas, en las operaciones de la defensa, en la simultaneidad de los ataques, en todo, en fin, se notaba la superior intelijencia de algun jefe oculto que con mano adiestrada dirijia los movimientos de esa falanje de leones.

La Asamblea vacilante habia puesto poderes omnímodos en manos de Cavaignac; los representantes del pueblo revestidos de la banda tricolor se adelantaban hasta las barricadas, arengaban a los insurjentes, prometian olvido y nada conseguian; el arzobispo de Paris, al predicar la paz caia herido mortalmente por

una bala traidora; Brea y su edecan eran cobardemente asesinados despues de haber sido llamados a parlamentar: todo llevaba el carácter de una guerra a muerte, como lo son las guerras fratricidas, en la cual no se reculaba ni ante el asesinato ni el envenamiento; todo presajiaba el completo esterminio de alguno de los dos partidos belijerantes.

Por fin, despues de cinco dias de encarnizada lucha, el poder de la Asamblea triunfaba a costa de inauditos sacrificios y Paris volvia aparentemente a su vida ordinaria.

Nosotros convidamos al lector a presenciar la escena que tenia lugar en la calle de Saint Maur del arrabal del Temple, en una de las barricadas mejor construidas y en la que la defensa de los amotinados hacia estrellarse con impotencia los vigorosos ataques de las tropas de la Asamblea.

Las piedras del empedrado era el elemento que mas figuraba en la construccion de aquella barricada, sirviéndoles de apoyo tablas y muebles estraidos sin duda de las casas vecinas. Su elevacion era como de tres metros y en el parapeto se habian dejado diversas aberturas que sirviendo de troneras, permitian a los defensores hacer un vivisimo fuego sobre los asaltantes con bastante seguridad de sus propias personas.

El número de combatientes apostados detras de la barricada no pasaba de cien individuos; pero todos bien armados y tirando sobre el enemigo con una seguridad y sangre fria admirables. Era digno de notarse que aquella jente que acaso peleaba por la primera vez de su vida observaba la mas irreprochable disciplina en todos sus movimientos, y obedecia ciegamente a las órdenes de un jefe, que con fusil en mano, no desdeñaba de tirar como el último soldado.

Era este un jóven alto y delgado, de ojos negros, chispeantes de coraje, de fino bigote y cabellos en desórden. Su voz alentaba a los defensores y su ejemplo les infundia un arrojo desesperado. En medio de su ardor valeroso parecia despreciar el peligro, pues léjos de parapetarse tras la barricada y tirar por las troneras, él subia a lo mas alto y desde allí desafiaba el fuego graneado de los sitiadores.

Tres compañías de la Guardia Móvil habian sido rechazadas en diversos ataques cuando tuvo lugar uno de los hechos mas heróicos de aquellos dias fecundos en rasgos admirables. Un soldado de la Guardia Móvil, un niño de 15 años, se desprendió de las filas y avanzó con paso seguro hasta el pié de la barricada e hizo fuego sobre el primero que se presentó, renovando catorce veces seguidas esta atrevida maniobra: el fuego de sus compañeros se habia suspendido temiendo hacerlo víctima de sus propios ataques, a la par que sorprendidos ante aquel magnánimo desprecio de la vida.

Hácia este momento se oyó la voz del jefe de la barricada que decia a uno de los suyos que se preparaba a tirar sobre el jóven guardia:

—No tireis, es un niño; tomadle solamente.

Mas su voz se perdió en la detonacion, y el esforzado muchacho cayó sobre el suelo ajitándose con las convulsiones de la muerte.

Esta fué la señal de un ataque furioso para los sitiadores, los que avanzándose en columna cerrada al paso de carga llegaron al pié de la barricada, adelantándose gran número de ellos a escalarla.

Durante algunos instantes la mas encarnizada refriega tuvo lugar entre sitiados y sitiadores, los que llegando a las manos se avalanzaban los unos sobre los otros como tigres furiosos.

El jefe de la barricada se avanzó uno de los primeros, descargó un tiro mortal al mas adelantado de los sitiadores y arrojando el fusil acometió a los demas con sable en mano repartiendo la muerte en torno suyo: al cabo de cinco minutos de combate el gallardo jóven cayó herido de una bala y fué rodando tras de la barricada hasta quedar tendido sobre el empedrado: en el mismo instante abrióse la puerta de una casa vecina, dando paso a un viejo que caminando hácia al cuerpo del jóven lo tomó en sus brazos y entró a la casa cerrando tras él la puerta.

En medio del ruido y confusion del combate nadie habia visto abrirse aquella puerta que se cerraba tras el cuerpo del esforzado jefe de una de la mas obstinada y mortífera resistencia que se hiciera en los dias de junio. Los insurjentes defendieron su puesto durante algunos minutos mas con toda la desesperacion del que jura vender caro su vida al sacrificarla por sus principios. El estruendo de la fusilería cesó para ser reemplázado por el choque del arma blanca, por las voces de los jefes animando a los suyos y por los ayes e imprecaciones de los heridos, que al caer, trataban de arrastrar a algun enemigo para ahogarlo en un esfuerzo supremo. En aquel instante el carácter frances, leal y jeneroso en el combate, habia desaparecido, cediendo su puesto a la zaña vengativa y feroz que se nota en toda guerra fratricida: nadie daba ni pedia cuartel; nadie estendia una mano compasiva al que caia implorando el auxilio de Dios en los punzantes dolores de sus heridas: vencer o morir, hé aquí la irrevocable divisa, las dos palabras que inspiraban atroces crueldades y magnánimos desprendimientos.

Sin embargo la superioridad numérica de los asediadores debia triunfar de la enérjica voluntad de los sitiados. Las compañias de la Guardia Móvil, reforzadas por una de la Guardia Nacional, se lanzaron sobre la barricada envolviendo en su ataque a

los insurjentes, los que privados de jefe y faltos de reserva solo pensaron en abrirse paso a traves de la barrera de bayonetas que les oponia la fuerza del Gobierno: muchos de ellos perecieron en la demanda, algunos lograron fugarse ocultándose en las puertas de casa de las calles laterales, quedando los restantes en poder de los vencedores. —*(Continuará).*

ALBERTO BLEST GANA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA R. L. A. DE M.

EN SU PARTIDA AL PERÚ.

Ya el aura rumorosa,
Del líquido elemento
Sobre la espuma cándida
Comienza a susurrar.
Y son las frescas brisas
Que el sur celoso manda,
Para que el barco alíjero
Veloce se haga al mar.

¡Mandara yo en los vientos
Y tu no nos dejaras!
En las ondas cerúleas
Pudiera yo imperar;
Y adurmiera las olas,
Y el viento no soplara,
Y las tenaces áncoras
Nadie pudiera alzar!

¡Vano deseo!... el alma
Siempre soñando vive,
Honores, gloria, imperio,
Felicidad y amor!
Y sombras y humo y nada,
Y engañosas visiones,
Y con mandar despótico
Rije al mundo el dolor!

Y ¿qué contra el destino?
Doblar la altiva frente,
Y el fervoroso anhélito
Dentro el pecho esconder!
Que en el mar del deseo
Lanzados sin piloto,
Del corazon quisiéramos
Nuestro piloto hacer!

¡Y siempre se estravía,
Y siempre se confunde,
Y en el revuelto piélago
Nos hace zozobrar!
Y las entenas rotas,
Y la quilla deshecha,
En el profundo y lóbrego
Centro nos vá a ocultar!

¡Míseros! y a la vida
Tanto valor le damos!
Y la cuna recíbenos
Y entramos a jemir!
¡Y de ese lecho a otro
Que el temor ha enlutado
Pasamos, y es el féretro
Quien nos va a recibir!

¿Qué haces, oh musa, un canto
De tí solicitaron,
Y en llanto melancólico
Bañarás el papel?
¡Seca los ojos, musa,
Enjuga la mejilla,
E ideas ménos lúgubres
Hazme trazar en él!

Sopla ya, fresco viento,
Infla las pardas lonas,
Y las vistosas flámulas
Comiencen a ondear.
Riza las mansas olas,
La blanca espuma peina,
Que en la campaña líquida
La nave quiere entrar.

¡Sopla, y la comba quilla
Resbale mansamente,
Las alas de los céfiros
Pliéguense en el mastil!
¡Y piérdase el vajio,
Y allánese el escollo;
Y a lo léjos levántese
De la costa el perfil!

Y así, velera nave,
Surcando el mar salado,
Dale vista a las márjenes
Del suelo del Perú.
Coloca alegre en salvo
Tu precïosa carga,
Que nadie mas espléndida
La sustentó que tú.

Yo espero aquí la nueva
De tu feliz arribo,
Para entonar un cántico
De gozo y de amistad.
No engañes mi deseo,
La nueva tú me anuncia;
Y mi templada cítara
Dirá: Felicidad.

¡Allá por tí suspiran,
Señora, allá te esperan
Los maternales ósculos,
Los llantos del placer!
¡Felices los que miran
Cumplidos sus anhelos,
Y el que abraza a los propios
Cuando los vuelve a ver!

El aire embalsamado
De tu dichoso clima
Haga siempre benéfico
A los tuyos gozar.
Yo tuve un buen amigo
(Perdóname el recuerdo)
Y allá en tu zona cálida
Quedóse a descansar! (a)

¿Por qué dónde mas bella,
Donde mas vida se halla,
De la muerte mas próximo
El hombre se encontró?

(a) Don Francisco de P. Matta, amigo intimo del autor, que murió en Lima el dia 17 de marzo de 1854 atacado de la fiebre amarilla, al mismo tiempo que murió del mismo mal el hijo mayor de la persona a quien se dirijieron estos versos.

¡El suelo de las flores,
El pais de los encantos
El tuyo es; y su atmósfera
La fiebre envenenó!

Señora, yo te miro
El corazon opreso
Empujar a tu párpado
El llanto maternal;
Bañando la pupila
De tus hermosos ojos
Con nuevo brillo el diáfano
Y líquido cendal.

Tambien, señora, el llanto
Que vela nuestra vista,
Que todo lo terráqueo
Nos viene a oscurecer;
A mas puras rejiones
El alma sublimando,
De las visiones célicas
Nos hace merecer.

Tú por tu hijo llora,
Yo lloraré a mi amigo....
Entrambos fueron ánjeles
De amistad y de amor
Y al cielo se volaron....
Y yo oigo sus acentos
En las harpas melódicas
Del coro del Señor.

¡Ay! tú, mi buena amiga.
Cuando de mi te acuerdes,
Los ojos vuelve al túmulo

De aquel que tanto amé;
Y una corona teje
De adelfa y siemprevivas,
Y en su sepulcro pònsela
En prenda de mi fé!

¡Señora, él fué mi amigo,
Tierra estraña lo cubre,
Y su glacial silencio
Nadie va a interrumpir.
Con poco se contentan
Los que en la huesa moran:
Una flor o una lágrima
Los hace rebullir!

Tú de mi triste encargo
Serás la portadora;
Yo de mi pecho en lo íntimo
Grabaré tu bondad!
¡Decimos los poetas
Lo que el alma nos dicta;
La voz de los espíritus
Es voz de la verdad!

Quise, señora, en vano
Pulsar mas dulce cuerda;
La jemebunda cítara
Solo ayes respondió.
Perdona y no te ofendan....
¡Recuerdos y suspiros
Son el caudal poético
Del que ama como yó!

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA E. E.

........l'enfance aux riantes couleurs
Donne la poésie a nos vers, comme aux fleurs
L'aurore donne la rosée
V. H.

¿A qué cantar cuando ya el harpa mia
Solo al suspiro le concede un eco?
Y a tí que en el camino venturoso
De hermosa juventud vas discurriendo,
¿Qué te importa el dolor ni qué los ayes
Que puedan exhalarse de mi pecho?

No miento yo perdidas ilusiones,
Yo no invento pesares que no tengo;
Pero quiero ser fiel conmigo mismo,
Aunque calle la causa de mi duelo.

¿De qué sirviera que al mirar tus ojos
La pájina que mancho con mis versos,
Brotara de tu párpado una lágrima
Que avalorar pudiera mis conceptos?

No lo permita Dios!.... Tus lindos ojos
Estrellas de tu rostro, el firmamento
Envídielos mas puros y brillantes
Que lo son por la noche sus luceros!

¡Tú en la edad del placer y de la risa,
No has de ver mas que flores en el suelo:

El arrullo del aura placentera
Te embargue los sentidos; y en el lecho
Visiones gratas en tropel pintado,
Embellezcan el mundo de tus sueños!

¡Preciosa juventud! ¿En dónde moras
Que no levantes al placer un templo?—
¡Atmósfera de eterna primavera
Te circunda anhelante en jiro inmenso:
El sol abrasador nunca sentiste
De la estiva estacion, que desde el medio
De la bóveda azul lanzó sus rayos:
Apénas si el contacto de su incendio
Rosada luz en tu mejilla influye,
Abrillantando el mar de tus cabellos!
Preciosa juuentud! En vano se alza
En la cruda estacion del cano invierno
El pardo nubarron; sus antros rasgue
Resuélvase en granizo y aguacero;
Y el rocio será que desde lo alto
Desciende a refrescar tus lindos miembros
Como a flor matinal deshecho en perlas
El llanto de la aurora le da riego.

¡Preciosa juventud! ¿Hai algo acaso
Que tengas por mentira? ¿y qué no es cierto
Para el alma feliz que en fuerza vírjen
Nada imposible a su ardoroso anhelo
Pretende descubrir? ¡Deja que quiera;
Y, en hombros sustentándose del jénio,
La verás en carrera estrepitosa,
Atras dejando al presuroso viento,
Intrépida salvar el ancho foso,

Susto y bullicio en el cercado ajeno
Introducir; y cuando al linde llega
Aun volverlo a saltar.... y siempre ardiendo,
Trepar a la montaña mas altiva
Y escalar los alcázares del trueno!
¡Deja que quiera; y las potentes alas
De la mente ardorosa sacudiendo,
Cual cóndor atrevido que del éter
Intenta sorprender el gran misterio,
Cerniéndose a su vez, hallará fácil
Traspasar el dintel del firmamento!....

¿Qué para ella no es goce ni ufania?
¿Qué hai en el mundo que no sea bello?—
¡La flor para ella se colora, el aura
Murmullos tiene y juguetones besos,
Risa el arroyo, músicas el bosque,
Trinos las aves, transparencia el cielo!

Tal es la edad! La llama de la vida
Enciende en juventud de amor el fuego,
Y la grata ilusion en muelle sólio
Entroniza la imájen del deseo....
¡Para ella el canto y la armonía oculta,
Para ella la efusion del pensamiento,
Que todo lo descifra y lo comprende
Y asimila a su ser en goce interno!
¡Para ella el canto!....

Ya la edad sañuda
Va entibiando mi mente con su yelo,
Y blanqueando el cabello que no ha mucho
Cayó sobre mi sien rizado y negro.

No canto ya; porque al pulsar el harpa
Se me enredan las cuerdas en los dedos:
No canto ya; porque mi labio torpe
No encuentra la espresion del sentimiento.
¿A qué un acento destemplado y vano?
¡Juntas poesia y juventud nacieron.....
El viento de la tarde las agosta....
La poesia y la flor mueren a un tiempo!...
¡Yo te diera algun lirio de mi alma
Si no estuviera como el alma yerto!

Quizá, quizá, tocado por tu mano,
Impregnado del ámbar de tu aliento;
Y al milagro quizá de tus miradas,
Le vuelva el brillo de su ser primero.
Tú lo recibe, pues; a tí lo envio:
Colócalo en el trono de tu seno;
Suspéndelo hasta el cielo de tu frente;
Enrédalo en las ondas de tu pelo
¡Acaso por favor tan escojido,
Seco ya el cáliz y su tallo seco,
Aroma vuelva a dar, acaso cobre
Nueva vida y valor en tu elemento!

¡Imposible, jamás! Las mustias hojas
Rodarán desmayadas por tu cuello;
Y, hollándolas tu planta soberana,
Se tendrán por felices en el suelo.

H. DE IRISARRI.

EPISODIO

DE

UNA NOVELA INÉDITA.[1]

I.

El 2 de octubre del año de 1814, la ciudad de Rancagua era le teatro de uno de los mas heroicos y sangrientos combates en la lucha de la independencia americana. Algunos valientes del ejército de Chile, encerrados en el estrecho recinto de la plaza de aquella ciudad, detenian la marcha triunfante de cinco mil veteranos acaudillados por el jeneral español don Mariano Osorio.

Treinta horas habian ya trascurrido sin que sitiados ni sitiadores pensasen en dar una tregua al combate. El ruido de las descargas de fusileria, el estampido de los cañonazos, los alaridos de los que caian, los gritos de furor de los que atacaban, la voz de los jefes exitando a los soldados, el crujir de los edificios que se derrumbaban al choque de las balas de cañon y el

(1) Creemos que será de bastante interes para nuestros lectores el Episodio que publicamos y que mezcla en la narracion la de una hazaña, inmortal en nuestros anales revolucionarios y que todavia la historia contradictoriamente relata.—Los EE.

compasado redoble de los tambores tocando la carga, daban a esa terrible escena, en el espacio que ocupaban los sitiados, el aspecto de un gran combate entre seres sobrenaturales.

Efectivamente, aquella desesperada resistencia era un esfuerzo de valor sobrehumano. Un puñado de republicanos sedientos, diezmados en una lucha tan desigual y sin espacio siquiera para sus movimientos militares, habian resistido con ventajas durante dos dias a un ejército numeroso, con todos sus recursos de guerra y en posiciones favorables para evitar los tiros del enemigo.

No era ya la esperanza del triunfo lo que sostenia a esos hombres heroicos; era el noble deseo de salvar sus banderas para volver con ellas al combate en mejores dias o de abandonarlas a los enemigos tan teñidas con la sangre derramada en la lucha, que no fuera ya posible distinguir los tres colores. Los republicanos veian, con desesperacion, llegar el momento de un desenlace; y solo combatian, a fin de que ese fuera tan terrible, tan imponente para los españoles, que pudieran conservar por mucho tiempo un doloroso recuerdo de esa sublime agonía de la patria.

Rodeados, pues, de enemigos encarnizados, amenazados por un mar de llamas, cuyo calor tostaba sus rostros y hacia disparar los cañones ántes que el artillero acercase la mecha, obligados a recojer las balas lanzadas por el enemigo para cargar con ellas sus armas y casi sin otra espectativa que la muerte, aquellos soldados, sin embargo, no pensaron ni un momento en apagar los fuegos del combate. Hubo un instante en que el jeneral español asombrado de tan tenaz resistencia les intimó rendicion; pero los sitiados, por toda contestacion, levantaron sus banderas entre el humo del combate con las astas envueltas en las corbatas negras de los oficiales. Eso era decir: nuestras banderas llevan ya el luto por la muerte de sus defensores que mueren sin rendirse.

Esa tropa tan noble, tan valiente tenia por jefes a O'Higgins, al denodado Freire, a Juan José Carrera y a otros hombres como esos conocidos en los ejércitos chilenos por su temerario arrojo en las batallas.

Sin embargo, llegó un momento en que faltaron a los sitiados todos los recursos indispensables para combatir. El enemigo, en tanto, ganaba terreno furioso con tan desesperada resistencia. Cuando los republicanos vieron desplomarse uno a uno los edificios que los separaban de sus contrarios; cuando se encontraron sin pólvora para cargar sus armas y sin espacio para batirse, cuando la multitud de cadáveres de sus compañeros les atestiguaba su debilidad numérica, esos soldados concibieron el audaz proyecto de abrirse paso por entre el ejército español y dirijirse rápidamente a Santiago.

A la realizacion de este plan se oponia un ejército encarnizado que aguardaba un momento oportuno para concluir con el último defensor de la plaza. Ademas, el camino posible para efectuar la retirada estaba cortado con una bateria enemiga y flanqueado en seguida por dos batallones dispuestos a disparar sobre el osado que intentase la retirada. Llevar a cabo tan temeraria empresa era salir al encuentro de la muerte, ántes que esta viniera a buscar sus víctimas en el recinto que con tanto denuedo se habia defendido.

Pero esa atrevida resolucion llevóse a efecto. Organizóse la pequeña fuerza de Chile, colocándose a su frente los dragones de Freire y los jefes que sobrevivian al combate; siguieron despues los infantes que pudieron encontrar un caballo y cerraban este grupo de héroes algunos granaderos de Carrera.

Hubo un momento terrible ántes de escucharse la voz del jefe. Una resolucion heroica brillaba en los semblantes de aquellos soldados que empuñando sus sables iban a precipitarse sobre sus numerosos contrarios. La voz de mando se oyó; y los chilenos, como un torrente impetuoso, arrojáronse sobre sus enemigos, salvaron audaces la bateria que les cerraba el paso, atropellaron y destrozaron cuanto les opuso resistencia; y tendidos sobre los lomos de sus caballos, cruzaron, como sombras terribles, entre los fuegos de los sitiadores.

Aquella brusca y audaz salida dejó atónitos a los enemigos de Chile; y a favor de esa sorpresa, los intrépidos republicanos pudieron, con pocas pérdidas, retirarse a la capital sin ser inmediatamente perseguidos por el ejército de Ossorio.

En los momentos de lanzarse los sitiados sobre sus enemigos, uno de los dragones del pequeño escuadron que abria la marcha, a riesgo de ser despedazado por los españoles, que se precipitaban por un estremo de la plaza cuando los patriotas salian por el otro, se ocupaba en colocar sobre la delantera de un fuerte caballo de raza araucana a un niño de 11 a 12 años de edad vestido con el traje de corneta de los dragones. La tierna solicitud con que el veterano atendia en el peligro a la seguridad de aquel niño, revelaba tanto cariño, que hubiera sorprendido a quien ignorase que ese corneta era su hermano y el único ser con quien lo ligaban en la tierra estrechos lazos de sangre.

Habia el dragon acomodado su delicada carga y ponia ya el pié en el estribo, cuando llamó su atencion una voz que partió no léjos de aquel lugar. Un oficial herido se arrastraba penosamente en direccion al veterano, gritándole con ansiedad: *sarjento Salazar, sálveme*.

A su vista el dragon se detuvo sin vacilar, corrió al herido; lo cojió en sus brazos y volvió a colocarlo sobre la grupa del caballo, diciéndole con voz tranquila: *para todos hai lugar, mi te-*

niente, pero es necesario darnos prisa. En esta accion empleó el sarjento ménos tiempo aun que el que hemos necesitado para contarla. En seguida saltó sobre la silla, sujetó las riendas en el brazo izquierdo y rodeó con él a su hermano, hizo que el herido se afianzase de su cintura, empuñó el sable con la derecha y lanzó el caballo sobre los enemigos.

En los momentos de pasar a escape, cien tiros de fusil se descargaron sobre ese grupo de héroes; pero fuese que la sorpresa no diese a los soldados el tiempo preciso para fijar bien las punterias, fuese que la fortuna se empeñara en salvar a esos valientes, el hecho es que el dragon y sus compañeros, pudieron llegar al Mostazal sin que ninguna bala los hubiera alcanzado.

Desde este lugar comenzaron a divisarse las polvaredas de los que huian delante. Los españoles, miéntras tanto, ninguna prisa se dieron para alcanzarlos, sea porque una lucha de tres dias tenaz y encarnizada hubiese agotado sus fuerzas, sea que temiesen encontrarse aun con esos enemigos que tan terribles pruebas habian dado de un valor sobrehumano.

Tan luego como Salazar vió que no era perseguido, puso al trote su caballo y con la mayor serenidad se ocupó en mejorar la situacion de sus compañeros de huida.

En seguida, con ese buen humor que acompaña al veterano chileno, aun en la derrota, dijo al herido:

—Bien podemos descansar mi teniente. Si nos persiguen tenemos hasta Santiago harta cancha para ganar una carrera a los sarracenos.

—El peso que soporta el caballo, observó el herido, ha de cansarlo pronto, si nos vemos en la necesidad de lanzarlo otra vez a escape.

—Eso es, mi teniente; no conocer lo que se monta, contestó familiarmente Salazar. Mi caballo es capaz de salvar en una derrota a todo mi escuadron.

Y como para dar una prueba de lo que decia, animó con la espuela al caballo, y el noble animal partió como una flecha sin dar la menor señal de fatiga.

—Ya lo vé U., mi teniente, continuó el dragon, montamos un lejitimo pehuenche, y con la ventaja que llevamos podiamos desde aqui huir a vista del enemigo y *chivatearlo* hasta Santiago.

El movimiento del caballo lanzado a escape, sacudió violentamente al herido obligándolo a dar un quejido de dolor. El sarjento tiró inmediatamente de las riendas y con la solicitud del hombre que cree haber hecho un daño y desea ser perdonado, esclamó:

—Perdon, mi teniente. He visto derramarse sangre en estos dias y me habia familiarizado tanto con ella, que pude olvidar

que llevaba conmigo a un superior herido. ¿Quiere U. que nos detengamos? Acaso le hace sufrir mucho esa maldita bala.

—No te detengas Salazar; pero marcha al paso miéntras no nos persiguen. Creo que mi herida es grave; y si pedí tu auxilio, a riesgo de estorbarte en la huida, fué porque es necesario a mi tranquilidad y a mi salvacion que muera en Santiago.

—¡Morir! mi teniente ¿y por qué no habré de salvarlo de la muerte, como lo he arrancado de las garras de los sarracenos? ¿Por qué no ha de curarse para cobrar despues su sangre?

—Ojalá así sea Salazar; pero talvez esta herida me llevará al sepulcro. Tengo la bala dentro del cuerpo, y en la confusion que reinará en Santiago no ha de serme posible el procurarme un cirujano intelijente que me asista, ni las medicinas y los cuidados indispensables para curar. No temo morir, sarjento; pero ántes de ese trance deseo verme en Santiago y en mi habitacion; estar cerca de lo que llamo mi familia y poder recomendar a tus cuidados el único objeto que ocupa mi corazon despues de la patria.

El teniente, profundamente ajitado, pronunció esas palabras con una espresion de sentimiento tan tierno, que Salazar, apesar de su entereza, contestó conmovido:

—Cualquiera que sea el encargo que U. me haga, lo cumpliré mi teniente como si se tratase de una órden del servicio, o como si mi padre me lo hubiera pedido al morir.

Algunas sentidas palabras de agradecimiento se escaparon de los lábios del herido. Conocíase que la promesa del sarjento habia calmado su angustia, y aun parecia que una esperanza de vida brillaba sobre sus ojos.

Aquel militar de fisonomia tostada, de ceño adusto, de actitud imponente, cubierto de sangre y de polvo y con los vestidos despedazados en la lucha, habria inspirado terror a cualquiera que, sin detenerse, hubiera fijado en él la vista; pero si se examinaba aquella figura de soldado, bien pronto al terror sucedia la compasion y el interes, porque sobre ese rostro siniestro con la pólvora del combate brillaban dos ojos de espresion tan dulce y benévola que se comprendia fácilmente cuanta ternura y amor debia abrigar el corazon de aquel soldado. En los momentos de que nos ocupamos, esos ojos que reflejaban tan bien una bella alma, estaban tristemente empañados con algunas lágrimas.

Nuestros valientes continuaron el largo camino que los separaba de Santiago, a veces silenciosos y preocupados, a veces recordando los sucesos terribles en que habian sido heroicos actores. Aquellos hombres que se habian batido sin tregua durante tres dias, aquellos perseguidos, de los cuales uno acaso debia morir de la herida recibida en el combate, hablaban aun de batirse y se dirijian a la capital con la esperanza de disputar el suelo de la patria a sus victoriosos enemigos.

Salazar siempre sereno, siempre solicito, cuidaba de aliviar los sufrimientos del herido al mismo tiempo que con mano firme dirijia el caballo y sostenia a su pequeño hermano.

En la noche de aquel dia memorable, esos últimos restos de la gloriosa derrota del 2 de octubre entraron a Santiago, tres horas despues de los que habian escapado primero de Rancagua.

II.

Uno de los objetos que llama la atencion de todo el que cruza el puente de *Calicanto* en direccion a los barrios del norte de Santiago, es una antigua arqueria que sirve de fachada a un edificio sentado entre el convento de los franciscanos descalzos y el monasterio de carmelitas.

Vistas a la distancia aquellas arcadas de ladrillo que por su poca altura, parecen levantarse con sentimiento de la tierra, de aspecto ruinoso y sobre las cuales el sol y la lluvia han arrojado un color parduzco, se presentan como los restos de algun claustro antiguo o como parte de alguno de esos pesados edificios de la edad media, conocidos en estos paises solo por descripciones de romances.

Una callejuela tortuosa, sucia y como escondida entre algunas de esas pobres habitaciones conocidas con el nombre de ranchos, cruza delante de aquel triste edificio. No es posible concebir que una familia o un individuo levantase esas sombrias y solitarias habitaciones para fijar en ellas su residencia, a ménos que quisiese ocultar en aquellos sitios amargos desengaños, dolorosos recuerdos o remordimientos profundos.

Seis dias despues de los acontecimientos que hemos narrado en el capitulo anterior, la ciudad de Santiago abandonada por todos los que se habian comprometido en la causa de la independencia de Chile, sufria humillada el despotismo del ejército español triunfante.

El jeneral José Miguel Carrera, jefe de los revolucionarios, habia, aunque en vano, hecho esfuerzos inmensos para reunir las escasas tropas republicanas que quedaron en pié despues de la derrota de Rancagua. Pero el desaliento reinaba en aquellos corazones poco ántes tan enérjicos. Muchos de los mismos que habian capitaneado a los patriotas en Rancagua, hablaban ya de abandonar a Chile y pasar a Mendoza para reorganizarse. Ni la voz poderosa de Carrera, ni la seguridad con que prometia la salvacion de la patria, si se cumplian sus órdenes, pudieron ser eficaces para contener esos jirones de un ejército heroico, pero destrozado en largos y terribles combates. Ademas, antiguas rivalidades del jeneral O'Higgins con Carrera, ahogadas durante la lucha, renacieron mas encarnizadas y mas funestas en la desgracia.

Una parte de los republicanos y la mas numerosa, seguia el pensamiento de los que, contra el parecer del jeneral Carrera, no encontraban otro recurso que atravesar los Andes; y solo un corto número de hombres resueltos pretendian con ese jeneral que aun tenia la patria bastantes defensores para salvarse, si con táctica, enerjía y union disputaban el triunfo a los enemigos de la república.

Desgraciadamente, como sucede casi siempre en esos momentos desesperados, el parecer de los irresolutos en mayor número, triunfó al cabo; y el jeneral Carrera, con ese puñado de patriotas dispuestos aun a correr los azares de la guerra, se vió forzado a cerrar esa gran caravana de proscritos que abandonaban le suelo de la patria, sin haber tenido la noble resolucion de sucumbir disputándolo a sus enemigos.

El ejército del jeneral Osorio habia pues entrado a la capital cubierto aun con la sangre del último combate. La ciudad, ajitada y temerosa comenzaba a sentir la mano terrible del vencedor. Las persecuciones se encarnizaban ya en algunas familias respetables. Los denuncios, las calumnias y las acusaciones, dirijidas por esos partidarios viles que se ocultan durante la lucha para presentarse halagando las malas pasiones del vencedor, tenian en ajitacion constante a todos los que no podian presentar pruebas auténticas de realismo. Las cárceles se llenaban para vaciarse en destierros terribles; y aun se hablaba con espanto de ejecuciones sangrientas llevadas a cabo entre las murallas de las prisiones, y en la oscuridad y en el silencio de las noches.

Los partidarios de la causa triunfante, se ajitaban alegres y recorrian bulliciosos las calles de la ciudad, celebrando la vuelta de la bandera española y el esterminio de los audaces revolucionarios. Santiago, dividido entre el temor y la ansiedad del mayor número, la estrepitosa alegria de los afectos a la monarquia y la voceria insultante y grosera de los soldados vencedores, presentaba en sus barrios mas populosos esa ajitacion febril que producen los grandes acontecimientos.

Pero ese movimiento, ese bullicio continuo tenia aun por límite una determinada circunsferencia. Miéntras los barrios en que alojaban los jefes del ejército y aquellos en que estaban los cuarteles de la tropa, resonaban con ecos de alegria o de embriaguez y desórden, los barrios mas distantes del centro permanecian silenciosos y sombrios, como entregados al sentimiento de tanta desgracia.

La callejuela y los alrededores de la casa de que nos ocupamos en las primeras líneas de este capítulo, eran de esos lugares de Santiago que permanecian tranquilos en medio de la tormenta y como ajenos a todo lo que sucedia en el centro de la ciudad. El ruido monótono del agua que daba inpulso a una rueda de

molino, era el único sonido que turbaba el silencio de esos sitios. En esos momentos las arcadas que allí se levantaban tenian un aspecto mas lúgubre y siniestro que de ordinario. Parecia ser aquel un recinto maldito abandonado por el hombre y destinado únicamente a destruirse en la soledad y en el silencio.

Sin embargo aquel edificio sombrio encerraba algunas habitaciones; y en su recinto tenia lugar una escena que se avenia bien con la tristeza del sitio.

La entrada de esa casa era un ancho pasadizo oscuro y húmedo a cuyos costados se abrian extensas y desnudas habitaciones. Llegábase en seguida a una especie de galeria o corredor, elevado cuatro o cinco pies sobre el nivel de la tierra, y el cual rodeaba por sus tres costados a un corral ó patio de grande extension. En cada costado de esa galeria, cercada con una mala balaustrada de madera, casi destruida por el tiempo, se abrian seis puertas angostas que daban paso a otras tantas habitaciones. Algunos árboles crecian sin órden en aquel corral y venian a reposar como agoviados por el peso de sus ramas, sobre los techos o sobre la balaustrada de los corredores. Bandadas de gallinas y otras aves domésticas se dividian la posesion del terreno, atestiguando la presencia del hombre en aquellos lugares. Efectivamente esa casa de tan sombria apariencia, era habitada, desde tiempo atras, por algunos viejos soldados retirados del servicio; por uno que otro sacerdote de esos rarisimos que huyen las pompas y riquezas del mundo para consagrar sus pensamientos a Dios, y en ocasiones por algun pobre estudiante de provincia que con poco gasto encontraba allí morada silenciosa para entregarse a sus estudios.

Ahora introduzcámonos en una de esas habitaciones abierta sobre la galería; acaso en la mas sombria por hallarse en un ángulo del edificio.

Era una hora avanzada de la tarde, y los postreros reflejos del sol luchaban, para penetrar en aquella habitacion, con las ramas de un nogal que estendia en aquel sitio sus sombras y con el color oscuro de las murallas. Alumbrado, pues, el interior de aquella sala por una luz opaca, presentaba con tintes sombrias, un grupo de personas al derredor del lecho de un moribundo. En aquella miserable habitacion y en circunstancias estremas, volvemos a encontrar a los héroes de nuestro primer capítulo.

Cumplíase por desgracia la triste prediccion del teniente. Falto de recursos y sin la pronta asistencia de un cirujano hábil, sucumbia aquel valiente de una herida, peligrosa es verdad, pero acaso curable en circunstancias mas prósperas. Salazar habia podido llegar a Santiago con el herido y evitar las pesquisas de los enemigos; pero lo que no pudo hacer desde luego el jeneroso

dragon, fué proporcionar al teniente los auxilios urjentes de la cirujia. ¿Cómo procurarse un cirujano de confianza en esos aciagos dias en que todos los republicanos huian o se ocultaban? Confiar la curacion del herido a uno de esos médicos que permanecian en Santiago merced a su reconocido odio a la revolucion, era esponerse a una delacion y a sus fatales consecuencias. Para esto habria preferido el teniente sucumbir en el campo de batalla. Siempre esa muerte es mas brillante que la que se recibe en el cadalso.

En procurarse cirujanos y auxilios, con la prudencia y la seguridad que las circunstancias exijian, trascurrieron algunos dias, durante los cuales la herida se agravó de tal manera que llegó la medicina a ser impotente. Cuando nos hemos introducido a la pobre habitacion del teniente, habia este perdido toda esperanza de vida y ocupábase en hacer al sarjento sus últimos encargos.

Con el rostro sereno, aunque teñido yà con la palidez de la muerte, el teniente se esforzaba por sacar de su pecho oprimido algunas palabras. Salazar conmovido y derramando lágrimas de dolor, tenia entre sus manos la derecha del herido y escuchaba sus palabras con relijioso recojimiento. A los piés de aquel lecho, con la vista fija en el moribundo y sin demostrar ni temor ni sorpresa, aparecia el pequeño hermano del sarjento, revelando en su fisonomia infantil una enerjia indomable.

Pero lo que daba a ese grupo un colorido de pureza y de hermosura admirable; lo que hacia olvidar la oscuridad y desnudez de la habitacion; lo que parecia arrojar reflejos de luz sobre aquel lecho miserable, era la presencia de una niña de once años, de belleza tan pura, de espresion tan dulce que, conociéndola, hubiera Rafael borrado sus virjenes porque esa fisonomia celestial las oscurecia.

Medio recostada sobre las almohadas del pobre lecho y cruzando su delicado brazo por sobre el cuello del moribundo, aquella criatura escuchaba sollozando las últimas palabras escapadas de esos labios que habian bien pronto de enmudecer eternamente. De vez en cuando el herido estrechaba sobre su corazon a esa niña y besaba enternecido su rostro anjelical.

Al verla con su cabellera rubia y sedosa, con sus grandes y dulces ojos pardos sombreados por larga y crespa pestaña, con su cútis blanco y limpio como el de un ánjel y con su fresca y pequeña boca entreabierta suavemente con las palabras de alguna oracion, habriase creido que aquella niña era el guardian del moribundo, dispuesto a llevar a Dios esa alma que se desprendia de la tierra.

—Hé aquí mi único consuelo, mi sola familia, dijo el teniente a Salazar, mirando con espresiva ternura a la encantadora niña.

He amado una sola vez en mi vida. La muerte me arrebató pronto al objeto de ese amor; pero dejóme esta hija, y en ella he continuado aun mas vehemente el cariño que tuve a la madre.

Eva, continuó el moribundo, Eva mia, no olvides jamás a tu padre.

Y luego, dirijiéndose al sarjento:

—Amigo mio, haz con ella mis veces. Ampárala y procura su felicidad. Si la guerra contra los españoles te llama léjos de Chile, confiala a quien pueda amarla y cuidarla. Para eso usa ámpliamente de las economías que la dejo.

—Lo haré asi, mi teniente, contestó Salazar enjugando una lágrima. La amaré como U. la ama; y cuando me aleje de Chile a reunirme con mis compañeros en Mendoza, la dejaré con una anciana de mi familia que la amará como a su hija.

—Gracias Salazar. Ahora puedo morir tranquilo. En Rancagua habria muerto desesperado con la idea de que mi Eva quedaba sin amparo alguno en una ciudad que abandonarian pronto mis amigos.—Cuando te reunas con ellos, háblales de mí. Diles que muero republicano y que mi último deseo es la libertad de Chile.

Aquella escena habria conmovido el corazon mas duro. En el silencio que reinaba en aquella habitacion turbado apénas con los sollozos de la niña Eva, las palabras del moribundo resonaban con una solemnidad conmovedora.

El algunos instantes pareció que el herido tomaba alientos. Su respiracion se hacia gradualmente mas difícil. Su vista continuaba fija sobre las puras facciones de Eva.

Repentinamente el débil brazo del moribundo se contrajo con fuerza al derredor del cuerpo de su hija, y la niña se doblegó sin resistencia sobre aquel rostro sombreado ya por la muerte. El teniente con ansiedad febril buscó con sus labios los bellos ojos, de la niña y como si quisiese apagar una sed devoradora, mojólos en el manantial de lágrimas que el dolor la hacia derramar.

Aquel fué el postrer esfuerzo que hizo el alma enérjica del republicano. Sus labios animados por última vez, se abrieron acaso para dar a su hija un adios final, que espiró sin sonido.

La espresiva cabeza del teniente cayó en seguida pesadamente sobre la almohada..... y Eva lanzó un grito de dolor comprendiendo que ya no tenia padre.

EUSEBIO LILLO.

OBSERVACIONES

SOBRE LA

ANTIGUA POESIA CASTELLANA,

PRESENTADAS A LA FACULTAD DE HUMANIDADES

POR D. ANDRES BELLO.

V.

En este discurso me propongo un nuevo asunto, pero estrechamente enlazado con el de los cuatro anteriores. Será M. Dozy, eminente orientalista holandés, mui versado en nuestra antigua literatura, el que en sus *Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne pendant le moyen âge*, preste materia a mis observaciones. Esta interesantísima obra, que tanta luz arroja sobre los dos objetos que abraza, aunque publicada en 1849, no me era conocida, sino por la mencion que de ella hizo don Agustin Duran en el tomo 2.° de su *Romancero Jeneral* (XVI de la *Biblioteca Española)*; y con no poca satisfaccion he visto confirmadas en ella varias opiniones que desde el año de 1827 habia yo empezado a emitir acerca de los orijenes de la poesía castellana.

Contra lo que universalmente se habia creido, decia yo que en su mas temprano desarrollo, que era cabalmente la época

en que hubiera sido mas poderosa la influencia arábiga, dado que hubiese existido, no habia cabido ninguna parte a la lengua y literatura de los Arabes (*Araucano* de 23 de mayo de 1834, reproducido con algunas modificaciones en mi primer discurso). M. Dozy sostiene lo mismo con orijinales e irresistibles argumentos. Hé aqui lo que dice a la páj. 609 del primer tomo de dicha obra, único que sepamos se haya publicado hasta ahora.

«El pseudo-orientalismo, segun se expresa M. Wolf, ha hecho el papel de un espectro en la literatura española; y cito estas palabras, no para impugnarlas, sino para darlas mi mas cordial aprobacion. Abandono pues a Conde el honor de haber descubierto que la forma del romance (1) ha sido tomada de los árabes; a M. de Hammer el de reivindicar para los árabes la invencion de la *ottava rima*, a M. Fauriel el del capitulo que ha escrito sobre la relacion de la poesía de los árabes con la de los provenzales. En verdad nada de esto es cosa séria. El señor Gayangos anunció, no me acuerdo dónde, su intencion de escribir sobre el influjo de la poesía de los árabes en la española. Por el honor del señor Gayangos, espero que su obra permanecerá inédita.

«*A priori*—y esto es lo que siempre se ha perdido de vista—semejante influjo tiene mui poco de verosimil. La posía árabe-española, clásica en cuanto imitaba los antiguos modelos, rebosaba de imájenes inspiradas por la vida del desierto, ininteligibles para el comun del pueblo, cuánto mas para los extranjeros. La lengua poética era una lengua muerta, que los árabes no comprendian ni escribian, sino despues de haber estudiado sériamente y por largo tiempo los viejos poemas, como los Moallacahs, la Hamasah y el Diwan de los seis poetas, los comentadores de estas obras, y los antiguos lexicógrafos. A veces los poetas mismos cometian errores en la acepcion de ciertos términos envejecidos. Hija de los palacios no hablaba esta poesia erudita al pueblo, sino a los hombres instruidos, a los grandes y a los príncipes. ¿Cómo, pues, hubiera presentado modelos a los humildes y groseros juglares castellanos? Y en cuanto a los nobles trobadores de la Provenza, ¿es de creer que las bellas damas, los festines, los torneos y las guerras, les dejaran bastante ocio para ponerse a estudiar poesias árabes por años enteros? Por años enteros, he dicho, y no me retracto. Hoi mismo se encontrarán no pocos orientalistas que entienden perfectamente el idioma arábigo ordinario, el de los historiadores, pero que se engañan, casi a cada paso, cuando se trata de traducir un poema. Es un estudio aparte el de la lengua de los poetas; para leerla corrientemente es preciso haberla estudiado por algunos años.

(1) Se habla del romance octosílabo.

Es cierto que no hai pais en que el lenguaje poético no se diferencie del de la prosa; pero en ninguna parte es mas señalada esta diferencia que entre los árabes.

«*A posteriori*, nada justifica la opinion que creo de mi deber impugnar. La versificacion y poesía españolas son estrañas a la materia por el solo hecho de ser popular y narrativa esta poesía, al paso que la de los árabes es artística, aristocrática y lírica. Poemas narrativos compuestos por los árabes de España, hai poquísimos; yo no conozco mas que dos» (el señor Dozy los cita). «Pero aunque estas piezas son narrativas, en nada se parecen a los romances [1]. En cuanto a romances árabes no hai el menor vestijio de ellos.»

Dije, y si no me alucino, demostré la antigüedad del asonante en la versificacion latina de la media edad, y en las Gestas y Lais de los troveres (tomo 2.º del *Repertorio Americano*, Lóndres 1827); y despues he tenido ocasion de corroborar mi aserto en los discursos 2.º y 4.º de estas observaciones, presentando muestras de que no sé que nadie haya hecho uso ántes que yo. No me habia sido posible rastrear el asonante en frances sino hasta el siglo XI: M. Dozy (páj. 211 y siguientes) parece haberse remontado mucho mas en sus Investigaciones.

«En los antiguos monumentos de pòesia romance (2), comenzando por el himno frances de Santa Eulalia, que es el mas antiguo de todos (siglo IX), resaltan cinco puntos característicos: 1.º en vez de emplear un ritmo regular no se buscaba mas que cierta harmonía; no se contaban las sílabas, pero se colocaba un corte o cesura en medio del verso: 2.º se empleaban estrofas monorrimas: 3.º en la rima no se hacia caso de las consonantes; bastaba que fuesen unas mismas las vocales: 4.º las rimas o asonancias eran siempre masculinas; pero: 5.º las rimas femeninas se empleaban como masculinas.»

[1] Véase la nota precedente.

[2] *Poèsie romane*, dice nuestro Autor. Poesia romana, en castellano, significaria la poesia de los romanos. *Langue romane*, en frances, es la lengua que se hablaba en Francia en la edad media; ya los dialectos que cultivaron los troveres, y de que M. Roquefort dió a luz un excelente Glosario en 1808; ya aquellos en que cantaron los trobadores. *Lenguas romances* podria ser una denominacion jeneral en que se comprendieran todos los idiomas que nacieron de la corrupcion del latin, inclusos los dialectos de *sí*, como el español y el italiano. *Poesia romance*, por tanto, seria la de todos estos dialectos. En el sustantivo *romance*, que significaba, ya un dialecto, ya una cancion de gesta, y por último una composicion en verso octosílabo asonante, es difícil evitar la ambigüedad si no le acompañamos algun modificativo.

Notabilísima me parece la existencia de una poesía francesa contemporánea con el juramento o solemne pacto de alianza entre Cárlos el Calvo y Luis el Jermánico (en 842), cuyo texto en uno de los dialectos franceses de aquel tiempo se ha mirado como el mas antiguo monumento en lengua romance (1). Como quiera que sea, tenemos en aquel himno y en otras antiquísimas composiciones, segun el testimonio de M. Dozy, tres particularidades que servirian para dar una idea casi completa del artificio métrico de la *Gesta de Mio Cid*: versos sujetos a cierta harmonía, pero no a un número determinado de sílabas, con un corte o cesura en medio; estrofas monorrimas; asonancia. M. Dozy cree que todos sus cinco caractéres se conservaron *en la antigua poesía castellana*, de que la *Gesta de Mio Cid* es el tipo por excelencia; pero lo de las rimas o asonancias masculinas y femeninas requiere algunas esplicaciones.

Primeramente, es incontestable que, por lo ménos, desde fines del siglo XII en frances, y desde el principio del XIII en castellano, habia dos especies distintas de versificacion; la consonante, que exijia una completa semejanza en los finales, de que tenemos ejemplo en las composiciones del anglo-normando Wace, y la asonante, en que se compuso *el Viaje de Carlo Magno a Jerusalen* y *la Gesta de Mio Cid*. La cuarta y quinta de las *particularidades* enumeradas por M. Dozy conciernen, pues, exclusivamente a la versificacion asonante.

La clasificacion sexual de M. Dozy, recibida, segun parece, en Alemania, tuvo orijen, a lo que yo entiendo, en la rítmica francesa. Llámase, en esta, masculina la rima que consiste en la semejanza de la última sílaba, como entre *loin* y *soin*, *clarté* y *verité*; y femenina la que se extiende a la semejanza de las dos sílabas últimas, como entre *éveille* y *oreille*, *touche* y *bouche*, *têtes* y *tempêtes*. En esta segunda la vocal de la última sílaba es necesariamente una *e* muda; y por ser la *e* muda final característica, en cierto modo, del jénero femenino en frances, dió ocasion a que se denominase femenina la rima que termina en ella. En castellano, como en italiano y portugues, no milita igual razon para una nomenclatura parecida. Distinguimos rimas agudas,

(1) Los textos frances y tudesco de este célebre juramento, que ha dado materia a multitud de disertaciones históricas y filolójicas, se conservan en la «Historia de las divisiones entre los hijos de Ludovico Pio» por Nithard, nieto de Cárlo Magno, consejero íntimo de Cárlos el Calvo, y testigo presencial del acto. El texto frances puede verse en la *Historia de los Franceses* de Sismondi, y en el Discurso Preliminar al Glosario de la *langue romane* de Roquefort.

llanas y esdrújulas atendiendo a la situacion del acento. *Fin* y *jardin*, *fé* y *pié*, *vói* y *estói*, hacen rimas agudas, en que el acento cae sobre la última silaba: son llanas o graves *cánto* y *llánto*, *péna* y *céna*, *fréno* y *ciéno*, *guérras* y *tiérras*, *fáusto* y *holocáusto*, en que el acento hiere la silaba penúltima; *pálido* y *cálido*, *orgánica* y *botánica*, acentuadas en la antepenúltima, son rimas esdrújulas. No hai aqui nada de masculino ni de femenino. La masculina de los franceses es monosílaba como la que nosotros llamamos aguda, y la femenina de los franceses es disílaba como la grave o llana de los castellanos. Por lo que toca a la rima esdrújula no hai nada que se le pueda comparar en frances. No habiendo tenido uso alguno en los primeros siglos de nuestra lengua, no hai para que acordarnos de ella en la ocasion presente.

Lo que hemos dicho de la rima comprende por supuesto al consonante y al asonante. Y no está de mas advertir que, sea cual fuere la rima, ella principia necesariamente por la vocal acentuada; asi *rio* y *lábio* no son consonantes ni asonantes en castellano, porque la semejanza de los finales no alcanza a la vocal acentuada de ambas dicciones, como alcanzaria, por ejemplo, en los consonantes *río* y *desafio*, *lábio* y *sábio*, y en los asonantes *mirto*, *narciso*, *floridos*. Esto, entre nosotros, ha sido práctica invariable en todos tiempos, y lo sabe, o por mejor decir, lo siente, hasta la jente del campo, que talvez ni conoce las letras, y sin embargo obedece en sus rudos cantares a esa instintiva exijencia del oido. Ociosa por tanto parecerá esta prevencion a los lectores castellanos; pero nos atrevemos a recomendarla a los que no han bebido nuestro idioma con la leche materna. El mismo M. Dozy, tan versado en él, desconoce u olvida este carácter esencial de toda rima en castellano, cuando (a la páj. 624) supone que puede haber asonancia en *ao* entre estos dos versos, con que corrije cierto pasaje de la *Crónica Rimada* (1):

«E passó por Astorga e llegó a Monteiráglo;
Complió su romeria por Sant Salvador.»

Estos versos no podrian asonar en *ao* sino pronunciando *Salvádor*, como ningun castellano ha pronunciado ni pronuncia.

(1) Así se ha convenido en llamar el antiguo romance en versos largos, publicado por M. Michel, de que hice mencion en mi Discurso segundo (p. 505 de los *Anales* de 1852), y que despues he podido tener a la vista en el tomo II del *Romancero Jeneral*, XVI de la *Biblioteca Española*.

¿Qué es lo que M. Dozy llama asonancias masculinas y femeninas? Precisamente las monosílabas y disílabas; las agudas y graves nuestras. Así la asonancia en *ao*, una de las ménos femeniles y de las mas sonoras y robustas que tenemos, es femenina en la clasificacion de M. Dozy. La cosa me pareció tan peregrina, y sobre todo tan importante para apreciar debidamente sus opiniones, que despues de dudar algun tiempo si habia acertado a comprenderlas, juzgué necesario reconsiderar uno por uno los pasajes en que se trata directa o indirectamente la materia; tales como los de las páj. 608, 629, 692, donde terminantemente se califica de femenina la asonancia en *ao;* y los de las páj. 627, 637, en que implícitamente se supone lo mismo. Parecióme entónces no haberme equivocado en la intelijencia de esta singular clasificacion.

Nadie puede disputar a M. Dozy el derecho de clasificar la rima y denominar sus varias especies como mejor le convenga; y no nos detuviéramos en ello, si los epítetos que adopta, entendidos como él los entiende, no hicieran algo oscuras, y me atrevo a decir, erróneas, la cuarta y quinta de las cinco particularidades con que caracteriza la antigua versificacion romance. «Las asonancias eran siempre masculinas.» ¿Con que en la *Gesta de Mio Cid* son masculinas las asonancias en *áo*, *áa*, *ía*, *ío*? ¿No pugna esto con la nomenclatura misma de M. Dozy? «Pero las rimas femeninas se empleaban como masculidas.» ¿Y por qué medio se operaba esa trasformacion? ¿Por ventura no se hacia caso de la vocal *a* o de la vocal *o* de la última sílaba inacentuada? Si así era, no se concibe el empeño de los versificadores en reproducir constantemente la misma vocal inacentuada (la *a* o la *o)*, a veces en larguísimas estrofas, hasta de setenta y mas versos, como la en *ao* que principia en el 2,215 del *Mio Cid* (1). Lo que yo encuentro aquí es la infundada jeneralizacion de un hecho parcial incontestable.

La *e* grave o inacentuada de la última sílaba no se tomaba en cuenta para la asonancia. Asonaban, por ejemplo, *yantár*, *heredádes*, *mádre*, *há*, *cárne*, *sángre;* asonaban *corazón*, *señór*, *córtes*, *infanzónes;* como se ve a cada paso en el *Mio Cid*, en la *Crónica Rimada*, y en los romances viejos. Yo habia ya consignado y explicado este hecho en la páj. 116 de mi *Ortolojía* (segunda

(1) Parece faltar a esta regla el verso 2261:

«Quince dias complidos duraron en las bodas»;

pero hai aquí, como en otros lugares, una trasposicion manifiesta, debida al descuidadísimo Per Abat: léase:

«Quince dias complidos en las bodas duraron.»

edicion), y lo reproduje posteriormente en mi primer Discurso (páj. 211, 212 de los Anales de 1852). En uno y otro lugar califiqué de errónea la práctica de los colectores de romances viejos, que añadian una *e* a las dicciones agudas, escribiendo *yae*, *mase*, *vane*, y haciendo graves a despecho de la lengua estas dicciones para que pareciesen asonar con *pádre*, *alcálde*, *sángre*, etc. Ahora encuentro que mi modo de pensar ha coincidido en esta parte con el de los señores Wolf y Dozy. «Aun los editores de los mas antiguos romances» (así se expresa nuestro Autor a la páj. 615) «ignoraban ser esta» (el empleo de la rima femenina por la masculina) «una faccion característica de toda la vieja poesia romance; en lugar de conservar las asonancias masculinas, las han convertido todas en femeninas por el tan sencillo como ridículo expediente de añadir donde quiera una *e* muda, escribiendo *amare*, *male*, *pane*, *hane*, y otras mil formas que no han existido jamas sino en el celebro de estos ignorantes colectores. Fué en 1847 cuando señaló M. Wolf este error grosero, en que han caido, sin escepcion, todos los editores de romances, tanto en España como en otras naciones.» Un solo reparo me ofrecen estas palabras. No se añadió la *e* a la asonancia monosílaba como una letra muda o meramente ortográfica; consistió el error en que se creia restablecer de ese modo los antiguos sonidos castellanos. Segun la pronunciacion contemporánea no podian los editores percibir asonancia entre dicciones graves y dicciones agudas; entre *mar* y *padre*, por ejemplo, o entre *son* y *corte*; y esto los condujo a pensar que en los siglos precedentes se pronunciaba *mare*, *sone*.

Tal fué el empleo de la rima femenina por la masculina, o mas propiamente, de la disílaba por la monosílaba, en lo antiguo. Las asonancias en *ae*, *oe*, (como las en *ée*, *íe*, *úe)*, eran necesariamente monosílabas, una vez que la *e* inacentuada de la última sílaba se consideraba como de ningun valor; no, sin duda, por una práctica arbitraria o convencional, sino porque el sonido de esa letra, al tiempo de componerse los romances, era mas sordo y débil que en las edades posteriores, cuando comenzaron a publicarse los cancioneros y romanceros: hecho comprobado por la frecuentísima omision de la *e* final inacentuada, no solo en los viejos cantares, sino en las obras en prosa.

Ahora bien: ¿se ve acaso que en los cantares antiguos alternase habitualmente la asonancia disílaba en *áo*, por ejemplo, (frecuentísima en ellos), con la monosílaba en *a*, como vemos que alternaba la en *áe*? En ediciones tan incorrectas como las de nuestras antiguas poesias no es de extrañar que una u otra vez ocurra algun pasaje que parezca prestarse a la doctrina de M. Dozy. Ni pretendo tampoco que en una versificacion tan libre como aquella no se hubiese infrinjido alguna vez la regla.

Lo que sí sostengo, sin temor de equivocarme, es que la práctica normal, habitual, si no invariable, de los versificadores antiguos está en sentido contrario al de nuestro Autor. Algunas veces lo que parece escepcional no consiste sino en que los copiantes sustituyeron, en ciertos vocablos, una forma contemporánea a otra que habia caido en desuetud. Notamos que *Alfonso* se emplea como asonante monosílabo en *ó* en los versos 2835, 2914, 3012, i otros del *Mio Cid*. Pero a fines del siglo XII solia decirse *Alfons;* asi, por no citar otros ejemplos, se halla escrito este nombre en la *Relacion del Tumbo Negro de Santiago*, copiada por el Obispo Sandoval en sus *Cinco Reyes*. En el v. 324 *mañana* parece emplearse como asonante monosílabo en *á*. Pero debe leerse *man*, que significaba lo mismo, y se encuentra en otros pasajes de la misma y de otras obras:

«Entre Minaya e los buenos que hi ha,
Acordados fueron cuando vino la man.»
(v. 3069 y 3070).

«Mandáronme que fuese albergar con Johan,
Ca él me daría cena de agua e de pan,
Hi toviese el sábado otro dia la man.»
(Berceo, *Duelo*, copla 139).

¿Vemos, por otra parte, que los colectores de romances viejos añadan *a*, *o*, a ninguna rima masculina para hacerla asonar en *áa*, *áo*, *éa*, *éo*, etc.? A la *e* inacentuada estaba reducida exclusivamente la añadidura. Cuando dice M. Dozy que las asonancias femeninas se empleaban como masculinas, es preciso limitar esta asercion [a lo ménos respecto de la versificacion antigua castellana] a las dicciones cuya sílaba última constaba de una *e* inacentuada.

Tengo pues por inadmisibles las dos últimas de las cinco particularidades enumeradas por M. Dozy. Yo en mi sistema diria: «las asonancias eran agudas o graves; pero las graves en que la vocal inacentuada era *e*, se empleaban como agudas, porque se miraba la vocal *e*, cuando no la reforzaba el acento, como nula para la asonancia.» En la versificacion aconsonantada era otra cosa: se exijia la completa semejanza de los finales, entrando en ellas todas las vocales inacentuadas de la última sílaba, como puede verse en las poesías de Berceo. Ni pretendo yo que se haya verificado lo mismo que en el nuestro en los otros dialectos romances: al contrario, la inequivalencia de la rima femenina a la masculina era en frances, hasta donde han podido llegar mis observaciones, una regla absoluta. Si la asonancia era en *a*, no se daba lugar a la femenina en *áe*; si era en *i*, no tenia

cabida la en *ie;* y así de las demas vocales. Ni se opone a ello el que se hiciera a veces una lijerísima violencia a la pronunciacion para sujetarla a la regla, poniendo, v. gr., *dir* por *dire:* esto es lo mismo que aun hoi dia se hace en frances, usando indiferentemente *encor* y *encore;* de lo que por cierto nadie deduciria que en la rítmica francesa moderna la rima femenina se emplea jeneralmente como masculina. La escepcion confirma la regla.

No sé en qué sentido haya dicho M. Wolf (nota a la páj. 612 de Dozy) que la rima masculina es de la poesía popular y la femenina de la poesía culta y artística. Segun lo que yo he podido observar, en la poesía francesa se distinguen perfectamente las dos rimas desde el siglo XII por lo ménos. La rima femenina no empezó a ser artística en la poesía francesa, sino cuando se la sujetó a la alternativa constante que se hizo desde entónces una regla invariable. Aun en castellano la consonancia estuvo siempre sujeta a leyes estrictas; la asonancia no tanto: esta no se cuidaba de la *e* sorda y débil de los finales; aquella exijia una identidad absoluta. Los poetas instruidos preferian el jénero de composicion mas esmerado y difícil; la poesía vulgar se limitaba al que ofrecia ménos dificultades materiales.

Segun M. Dozy, se encuentran en la antigua poesía española, y señaladamente en la *Gesta de Mio Cid*, (que él llama *Cancion del Cid*), todas las cinco particularidades que enumera como características de la antigua poesía romance. Así lo sienta a la páj. 615. No deja pues de parecerme algo extraño que en la páj. siguiente nos diga: «Tengo dificultad en concebir que literatos tan distinguidos como M. Wolf hayan podido considerar la versificacion de la *Cancion del Cid* y de la *Crónica Rimada* como calcada sobre la de las canciones de gesta provenzales o francesas: si así es, no hubo jamas imitador que quedase en tanta distancia de su modelo.» Es cierto que comparada la *Gesta de Mio Cid* con las francesas que se compusieron desde el siglo XII, saltarán a la vista discrepancias notables. En estas el versificador se sujeta a un número constante de sílabas: las infracciones son raras, imputables talvez a los copiantes, y sobre todo lijeras: redúncense por lo comun a una sílaba de mas o de ménos: en el *Cid* el ritmo es mucho mas libre. Por otra parte, en las gestas francesas aparecen, como dije arriba, enteramente distintas y separadas las asonancias masculinas y femeninas, que en el *Cid* (dentro de los límites que he dicho) se confunden. Pero no son sin duda estas diferencias las que han dado motivo a Dozy para disentir del dictámen de Wolf, supuesto que, segun él, en la infancia de los dialectos romances no existian. Ellas, pues, solo significarian que la versificacion informe y ruda de los franceses en su primitiva poesía, llegó, uno o dos siglos des-

pues, a un grado de perfeccion y pulimento que los poetas vulgares de Castilla no imitaron, prefiriendo el ritmo libre y desembarazado de sus antecesores. Yo habia emitido desde el año de 1827 (*Repertorio Americano*, tomo 2.°, páj. 25) una opinion mui semejante a la de M. Wolf, y me propongo someter en breve al juicio de mis lectores las razones *a priori* y *a posteriori*, que me hacen persistir en ella.

Pienso ademas que la indeterminacion del ritmo en el texto jenuino del *Cid* no era tan grande, ni con mucho, como la representa el erudito holandés, cuando dice, que en esta composicion el número de silabas varía desde ocho hasta veinte y cuatro, He dicho algo sobre esta materia en mi citado Discurso 2°. Indiqué allí correcciones obvias que en varios casos reducian a una modesta amplitud la licencia del ritmo; y espero tener ocasion de añadir a ellas algunas otras de incontestable verosimilitud. Ni es la adulteracion del texto la causa única de esta aparente irregularidad, cual se muestra en la edicion de Sanchez. Otras dos hai, no observadas hasta ahora, y que expondré a su tiempo. Veráse entónces una particularidad notable que subsistió en la versificacion popular castellana hasta la edad de Calderon por lo ménos, y que revela un exquisito sentimiento de harmonía de que solo he visto muestras análogas en poesías inglesas.

Que los versificadores mas cultos mirasen como una imperfeccion, como una rima defectuosa, como una *consonancia mal dotada* [Dozy, páj, 614,614] el asonante de los poetas vulgares, no tiene nada de estraño: eran dos poesias rivales; desde el siglo XV dominaba la una en los palacios, la otra en las calles y plazas. Pero sujetarse a leyes ménos severas no es mas que preferir un sistema de versificacion a otro. ¿Se llamará defectuoso el ritmo de de Terencio porque es mas libre que el de Aristófanes y Menandro? El que cumple lo que promete no es obligado a mas. Esas *consonancias mal dotadas* son ahora justamente preferidas a las pretenciosas rimas de los provenzalistas del siglo XVI.

Ciertos versificadores ramplones quisieron en mala hora seguir la moda, asociando dos elementos incompatibles, el consonante y el monorrimo; pero con qué suceso, díganlo aquellos romances aconsonantados en *ar*, *ado*, *ia*, que pertenecen a esta época, y donde, a vueltas de un perdurable retintin, que ni siquiera tiene el mérito de la dificultad vencida, ¡qué estrujada la lengua! ¡qué lánguida y rastrera prosa! Y por desgracia son de esta calaña las composiciones que mas abundan en ciertos romanceros; verdadera escoria que algnuos confunden con el oro nativo de la antigua poesía popular. Pero esta plaga cundió ménos de lo que hubiera podido temerse: el vulgo conservó

sus fueros; y los mejores injenios del siglo XVII, que recibieron de sus manos la asonancia, supieron levantarla a la perfeccion, sujetándola a bien entendidos procederes, y dándole formas no ménos artísticas, no ménos difíciles (1), que las de los poemas aconsonantados, y (lo que merece notarse) jeneralmente esentas de la altisonancia, la oscuridad, los relumbrones, con que ellos mismos se deleitaban en otras obras. Esta fué la era de aquel romance que don Agustin Duran ha llamado con mucha propiedad *sujetivo*. Dice M Dozy que si la asonancia se conservó en España fué solo por un sentimiento de respeto a los viejos cantares. Algo mas hubo que esto en los grandes poetas de los siglos XVI y XVII, que no se desdeñaron del asonante. Lope de Vega, Moreto y Calderon creyeron hallar en la rima popular una cuerda de que podian sacar melodías exquisitas. «Los hallo capaces,» dice Lope de Vega, hablando de los romances octosílabos, «no solo de exprimir y declarar cualquiera concepto con facil dulzura, pero de seguir toda grave accion de numerosa poesia (2)». En efecto, la asonancia no es un ritmo informe o defectuoso en sus manos Es el metro saturnio trasformado en una oda de Horario. ¿Hai algo de mas perfecto y

(1) El asonante manejado por Lope de Vega y otros no es una rima fácil, como han pensado muchos, confundiendo su forma definitiva con la de los romances viejos. Siento contar en este número a Mr. Ticknor [véase la nota 10 a la p. 113 de su tomo primero]. Parecen haberle hecho gran fuerza las observaciones de Clemencin (Quijote, tomo III, nota a la p. 271). Mas para mi es estraño que un escritor tan erudito como el Comentador del Quijote haya reputado por una singularidad el uso que hizo Cervántes de *confuso* y *descuido* como asonantes; no teniendo presente que el diptongo *ui* debe asonar unas veces en *u* y otras en *i* segun la colocacion del acento. Puede verse sobre esta materia lo que he dicho en la p. 52 y 53 de mi *Ortolojía* (segunda edicion). Cuando el mismo Clemencin sienta que en la asonancia es permitido sustituir ciertas vocales a otras, se expresa de un modo demasiado jeneral y vago: se sustituyen la *u* a la *o*, la *i* a la *e*, pero solo cuando carecen de acento, como sus propios ejemplos lo manifiestan. Sobre esta práctica, (justificada por la natural cercanía de los sonidos), se me permitirá remitirme otra vez a mi *Ortolojía* (p. 115). Si Sepúlveda pudo reducir, con mui poco trabajo, la prosa de la Crónica Jeneral a romance octosílabo, como ha notado Mr. Ticknor, ¿qué prueba esto? ¿Qué metro no es fácil, cuando se compone en una prosa trivial y rastrera, que no tiene de verso otra cosa que la medida octosílaba?

(2) Debo esta cita a Mr. Ticknor, tomo I, p. 115.

acabado en la métrica de idioma alguno, antiguo o moderno, que las *Barquillas* de Lope? ¿Es fácil componer en asonantes como aquellos? ¿Qué lector que haya heredado de sus mayores la lengua de Castilla, al leer esas dulcísimas composiciones, al leer algunos de los romances de aquella época, se imajinará que empleando la consonancia se hubiera podido halagar mas blandamente al oido? Y pasando a otro jénero, ¿cuán superior no se muestra Calderon en muchos de sus diálogos asonantados, a lo que él mismo es ordinariamente en sus redondillas, décimas, y endecasílabos? Pero es preciso reconocerlo. No es dado a los extranjeros percibir estas delicadas harmonías en una lengua, que por su eminente vocalidad, por su marcada acentuacion, y por la completa separacion de los sonidos vocales entre sí, se diferencia de todas las otras, y parece como creada de intento para la versificacion asonante.

La parte para nosotros mas importante de los trabajos de M. Dozy es la que se refiere al Cid de la historia, al verdadero carácter, a los hehcos auténticos de Rui Diaz. Este asunto ocupa desde la páj. 320 hasta la 604. Me ceñiré a los puntos sobresalientes de esta interesantísima porcion de la obra.

(Continuará).

DANTE ALIGHIERI.

(BIOGRAFIA ESCRITA EN FRANCES POR M. FAURIEL.)

TRADUCIDA PARA LA «REVISTA» POR J. MORON Y ACOMPAÑADA CON NOTA POR GUILLERMO MATTA.

Uno de los abuelos de Malespina que vivió a fines del siglo XII y principios del XIII, se habia hecho célebre por su talento para la poesía provenzal; y el marques Morello, quizás por hacer honor a esta celebridad, tenia como a orgullo el conceder una acojida hospitalaria a los poetas desterrados; pues la concedió a mas de uno, sin contar a Dante. Segun el testimonio de Bocaccio, en casa de Morello de Malespina fué donde Dante recobró los siete primeros cantos del Infierno, que se creian perdidos, y que hasta entónces eran los únicos que habia compuesto de la Divina Comedia. El hecho es interesante y singular y merece ser referido con todos sus detalles.

En 1301, en los primeros momentos del triunfo conseguido por los Negros bajo los auspicios de Cárlos de Valois, los hombres del partido contrario, previendo fácilmente las sentencias, las confiscaciones y el pillaje que los amenazaban, se apresuraron a poner en salvo la parte mas preciosa de lo que poseian. Dante

no se hallaba entónces en Florencia para poder tomar esta precaucion, pero su esposa doña Gemma la tomó por él: hizo transportar a lugar seguro muchos cofres conteniendo diversos objetos de valor, y varios manuscritos entre los cuales habia algunos de mano de Dante.

Estos cofres permanecieron largo tiempo como olvidados en el lugar en que habian sido depositados. Pero al cabo de cinco años o poco mas, doña Gemma, que se ocupaba entónces en hacerse restituir su dote sobre los bienes confiscados a su marido, tuvo para esto necesidad de los papeles que se encontraban en los cofres en cuestion. Encargó, pues, a su ajente la comision de buscar esos papeles y le dió para que lo áyudase a Andres Poggi, el mismo sobrino de Dante que ya ántes he nombrado. Revolviendo entre la multitud de manuscritos desordenados, Andres reconoció muchos de la mano de Dante. Encontró diversas canzoni y otras poesias del mismo jénero, entre las cuales vió un lio de papeles que le chocó sobremanera; era este un cuaderno que contenia los siete primeros cantos del Infierno. Tomó el cuaderno y lo leyó y releyó a su sabor pareciéndole mui bueno cuanto habia leido. Pero no siendo letrado, ni a lo que parece medianamente instruido siquiera, quiso tener un dictámen mas autorizado que el suyo sobre el mérito de los escritos de su tio, y los llevó a uno de los hombres que en Florencia gozaba entónces de mas fama como poeta.

Este era Dino de Frescobaldi, de que existen todavia muchas poesias inéditas, que sin ser obras de jenio, valen mucho mas sin embargo que tantas otras de la misma época, que han obtenido los honores de la publicacion. Puede decirse en honor de la gloria de Dino de Frescobaldi, que se quedó admirado al leer el fragmento que le presentó Andres Poggi; que lo enseñó a otros, que se maravillaron como él; y en fin, que viendo con sentimiento que una composicion tan admirablemente comenzada quedase así, pensó que era necesario poner a Dante en estado de terminarla; y para ello enviarle el fragmento que se habia encontrado.

Este parecer fué seguido al pié de la letra: cuando se supo que Dante se hallaba en la Lunigiana en casa del marques Morello de Malespina, remitieron a este último los siete primeros cantos del Infierno, rogándole al mismo tiempo pusiese en juego todo su influjo con el autor para que continuase su obra. Morello se apresuró a hacer lo que se le pedia, y de este modo pudo Dante continuar la composicion de la Divina Comedia, en la cual es de suponer no pensaria ya, persuadido como estaba de que se habian perdido los primeros fragmentos.

Tal es la aventura referida dos veces por Bocaccio; primero en su comentario y despues en su vida de Dante; y despues de

él repetida por Benvenuto de Imola y por otros comentadores. No hai motivo para creer que esta aventura fuese supuesta, ni aun desfigurada por el autor del Decamerone, porque él la repite sin admitirla y sin darle crédito: pero afirma espresamente que la repite tal como la habia oido veinte veces de la boca misma de Andres Poggi de quien era amigo. Bocaccio se complacia en hacerse repetir por él todo lo que podia saber respecto de su tio.

Entre los últimos biógrafos de Dante, hai quien haya refutado toda esta historia como inverosimil, al menos en lo que concierne a los siete primeros cantos del Infierno. En cuanto a mí, no trepido en admitirla como verosimil y verdadera.

Dante empleó en la composicion de su poema una parte del tiempo que pasó en casa del marques Morello Malespina. Pero miéntras él trabajaba se preparaban grandes acontecimientos al otro lado de los Alpes, que iban a arrojarlo bien pronto mui lejos de la poesia, y en medio de todas las emociones y los azares de la política.

El emperador Alberto de Austria fué asesinado el 1.º de mayo de 1308, por Juan, su sobrino. El 27 de noviembre del mismo año, Enrique, conde del Luxemburgo, fué proclamado en su lugar rei de los Romanos, bajo el nombre de Enrique VII. En el mes de agosto del año siguiente, el nuevo emperador convocó los estados jermánicos en Spira y declaró su resolucion solemne de entrar en Italia para hacerse coronar y restablecer el órden. Tomada esta resolucion se preparó para ejecutarla al año siguiente.

La noticia sola de una resolucion semejante debia ser, y fué para la Italia, un gran acontecimiento. Hacia sesenta años que los italianos no habian visto entre ellos a ningun principe aleman investido con el título de emperador, y que las cosas habian pasado en Italia poco mas o ménos como si semejante emperador existiese. Las facciones nacionales habian seguido sus antiguas contiendas con sus solas fuerzas sin esperar ni temer nada de la intervencion imperial. La aparicion en Italia de un emperador seguido de un ejército aleman, iba a cambiar para estas facciones, no solo la proporcion de sus fuerzas, sino hasta los pretestos y el fin de su lucha. Los Gibelinos iban a pelear bajo una bandera estranjera por el mantenimiento o la restauracion de sus privilejios: los Güelfos se iban a ver obligados a defender la independencia y la libertad conquistada por ellos despues de dos siglos, contra un poder estranjero. Cada partido hacia sus aprestos para esta nueva situacion, y mucho ántes que Enrique VII hubiese atravesado los Alpes, toda la Italia se hallaba en una espectativa y en un movimiento estraordinarios.

¿Dónde se hallaba Dante y qué hacia en medio de todo este mo-

vimiento, es decir, al principio de 1810? A la primera pregunta no se puede responder con seguridad: se presume solamente que nuestro poeta debió dejar la Lunigiana y al marques Morello Malespina para volver a Verona cerca de los La Scala (1). Pero poco importa que estuviese aquí o allá; lo interesante es saber cuales fueron sus impresiones y sus resoluciones en circunstancias que para ningun italiano podian ser indiferentes: y felizmente sobre esto no hai ninguna duda. Si entre algunos millones de italianos felices, satisfechos con la próxima llegada de Enrique VII, fuese necesario nombrar al mas feliz, al mas satisfecho de todos, se citaria a Dante. Este momento de su vida es sin duda uno de los mas notables, y merece ser distinguido y esplicado.

Dante hasta la época de su destierro habia sido güelfo y tanto como el que mas. Pero desde los primeros tiempos de su destierro, el celo del partidario habia comenzado a resfriarse en él: hai mas aun; es evidente que desde esa época se habia convertido mas que a medias en Gibelino, por lo ménos en teoría. Sin embargo, en todo lo que se sabe de su vida, desde 1302 a 1310, no hai un solo rasgo que no demuestre que habia permanecido güelfo en su conducta. Nunca perdió la esperanza de ser llamado de su destierro, y en esta esperanza unas veces lánguida y otras mui viva, habia sabido guardar las consideraciones convenientes con el partido que gobernaba a Florencia. Sus relaciones con el marques Morello Malespina, uno de los héroes de los Güelfos-Negros, habia tenido por su parte cierto aire de ruptura con los Güelfos-Blancos; pero esta ruptura lo unia mas al partido que gobernaba a Florencia; y no era esto por cierto un acto de verdadero Gibelino.

Solo a la noticia de la próxima llegada de Enrique VII y en medio de la prodijiosa fermentacion de ideas y de proyectos causada por esta noticia, es cuando vemos a Dante declararse brusca y francamente gibelino; pero gibelino entusiasta, encontrando apénas en los tesoros de la imajinacion mas atrevida imájenes bastante fuertes para espresar sus sentimientos.

La primera cosa escrita por Dante bajo la influencia de estos nuevos sentimientos, fué una epistola en italiano, dirijida a todas las potencias de Italia, y a todos los italianos, exhortándolos a recibir dignamente al emperador, al salvador que se acercaba. Esta epistola interesante mas allá de toda espresion para la vida de Dante, no es mas de un estremo a otro que una especie de ditirambo en que el entusiasmo y la satisfaccion se derraman en metáforas, en imájenes, en figuras biblicas; pues Virjilio y los autores latinos, eran mui pobres, mui timidos, mui contenidos, para prestarle los conceptos que necesitaba en un momento semejante. Hé aquí algunos rasgos de esa carta.

«El nuevo dia comienza a esparcir su claridad, mostrando há-

cia el Oriente la auaora que disipa las tinieblas de una larga miseria: el cielo resplandece en sus lábios y su apacible brillo tranquiliza los augurios de las naciones. Nosotros vamos a gozar de esa esperada alegria, nosotros que desde hace tanto tiempo vivimos en el desierto. El sol de la paz vá a salir, y la justicia que ya no esparcia su claridad, por hallarse embrollada en las vias de la retrogradacion, vá a reverdecer inmediatamente que aparezca la luz. Aquellos que padecen hambre y sed se hartarán en la claridad de sus rayos; y aquellos que se complacen en las iniquidades serán confundidos al aspecto de aquel que brilla. El leon de la tribu de Judá ha prestado un oido misericordioso a los jemidos de la prision universal.... Alégrate en adelante, oh Italia tan digna de piedad, tú que serás bien pronto envidiada por el mundo entero, hasta por los mismos Sarracenos; porque tu esposo que es la alegria del siglo y la gloria de tu pueblo, el misericordioso Enrique, el glorioso Cesar, se apresura a concurrir a tus bodas....

Hé aqui otro pasaje:

«Velad todos y levantaos ante vuestro rei, ¡oh habitantes de Italia! No le jureis obediencia solamente; entregadle tambien el gobierno. No os levanteis solo ante él, sino manifestad vuestra reverencia a su aspecto, vosotros todos, que bebeis en sus fuentes, que navegais en sus mares, que hollais la espalda de los Alpes que son suyos; vosotros todos que no poseeis las cosas privadas sino en virtud del pacto de su lei.... » (b)

Los párrafos anteriores no han sido escojidos en el documento de que han sido tomados; todo en él está escrito en el mismo tono; en todo él se encuentra el mismo acento de felicidad y de esperanza. Aunque Enrique VII hubiera sido el mas grande y el mas poderoso de los hombres, no habria podido satisfacer unas esperanzas tan exaltadas; desgraciadamente Enrique no era mas que un príncipe bien intencionado, mediocre en todo, y que se habia dejado arrastrar con alguna lijereza a esa antigua ilusion del nombre y de los derechos del imperio romano sobre la Italia moderna.

Enrique VII no se presentó en Italia hasta fines de octubre del año 1310. De Suza se dirijió a Turin y de alli a Milan. El tránsito fué para él un verdadero triunfo; por donde quiera que pasaba era recibido con trasportes de satisfaccion; en todas partes ejerció con felicidad el poder; hizo entrar en cada ciudad donde se presentaba los desterrados de todos los partidos y puso en cada una un vicario imperial, con la supremacia sobre todas las majistraturas italianas. Llegado a Milan, hácia el fin de diciembre, se estableció alli por algun tiempo para hacerse coronar rei de Italia y concertar sus operaciones ulteriores con sus partidarios que de todas partes llegaban presurosos.

Los déspotas insignificantes, que habian usurpado la señoría de sus ciudades, acudieron a hacer confirmar su usurpacion por medio de diplomas. Los antiguos jefes del partido gibelino corrieron a alistarse bajo la bandera imperial, seguros esta vez, segun lo creian ellos, de recobrar sus honores y sus perdidos castillos. Casi todas las ciudades de la Lombardía y de la frontera de Verona le enviaron diputados para hacerle saber su sumision.

Los desterrados florentinos llegaron por su parte, para reunirse con los otros al lado del salvador comun. Dante, que habia sido como el precursor de este nuevo Mesías, no podia ser ménos dilijente que otro cualquiera en rendirle homenaje. Es sabido que tuvo una conferencia con Enrique VII de la cual se ignoran los detalles Pero hai razones para creer que procuraria convencer al emperador de lo importante que seria para él la pronta sumision de Florencia; despues de lo cual, repugnándole sin duda el permanecer confundido en la muchedumbre que se agrupaba al lado de Enrique VII, tomó el camino de la Toscana y se detuvo en la parte del Apenino vecina a las fuentes del Arno. Creyéndose ahora próximo a volver a Florencia, se acercaba con anticipacion todo lo que podia, e iba a esperar en el camino al poderoso protector que podia llevarlo; sin sospechar siquera el jiro que iban a tomar los negocios de Enrique VII.

No pudiendo pasar en silencio enteramente acontecimientos mui interesantes por si mismos. y de los cuales depende el destino de Dante, procuraré al ménos estrecharme cuanto me sea posible, y subordinarlos a la biografía de nuestro poeta.

Enrique VII fué coronado rei de Italia en el mes de enero de 1311 en la iglesia de San Ambrosio de Milan, interin llegaba el momento de hacerse coronar en Roma. Pero tenia adversarios que se disponian a hacerle peligroso este viaje. Las ciudades güelfas de la Italia, bajo los auspicios del rei de Nápoles, Roberto, su jefe natural en esta crisis, se preparaban a resistir al príncipe aleman. Las de la Toscana habian formado una liga temible, y lo mismo habian hecho las de la Romania.

El partido güelfo era ménos poderoso en la alta Italia: solo Padua y Alejandría habian reusado someterse a Enrique VII. Pero el oro y las intrigas de los Florentinos llevaron bien pronto la defeccion a las ciudades del partido imperial. Lodi, Cremona y Brescia, se separaron bruscamente por medio de una revuelta. Milan, Pavia, Placencia y muchas otras, no esperaban para imitarlas mas que una ocasion propicia. En fin, el nuevo emperador, ese salvador político de la Italia, tan bien recibido al principio, se hallaba ya despopularizado y obligado a ejercer actos de rigor que acabaron de hacerlo odioso. Todos sus planes ha-

bian sido trastornados: en lugar de ir con gran pompa a buscar la corona imperial a Roma, se veia forzado a recorrer la Lombardía con las armas en la mano, para someter a las poblaciones rebeldes.

La noticia de estos levantamientos y turbulencias llegó hasta la soledad en que Dante habia ido a esperar el momento de volver a Florencia, y llenaron su corazon de tristeza y de inquietud. Hubiera deseado que el emperador, en vez de perder su tiempo en combatir contra los güelfos de Lombardía, marchase contra los de Toscana y Florencia, instigadores y sostenedores de los primeros. Hácia esta misma época, e indignado por los aprestos de guerra de los florentinos, fué cuando escribió contra ellos una diatriba, que ya no existe, pero que Leonardo de Arezzo tenia a la vista al componer su historia de Florencia. Este dice, que Dante cambiando bruscamente de tono y de lenguaje respecto de los miembros del gobierno florentino a quienes hasta entonces habia hablado con los mayores miramientos, les prodigó los mas violentos ultrajes (c). Se conserva aun una carta suya con fecha 16 de abril de 1311, dirijida a Enrique VII en que le demuestra la necesidad de volver sus armas inmediatamente contra Florencia.

Se ignora si la carta de Dante llegó a manos del emperador; lo que hai de positivo es que no cambió su resolucion de no emprender nada contra la Toscana ántes de haber sometido las ciudades revolucionadas de la Lombardía: en hacer la guerra a estas ciudades empleó seis meses enteros. Se apoderó de Cremona sin trabajo y la trató con el mayor rigor. Hizo demoler las fortificaciones, le quitó sus libertades y privilejios y le impuso la enorme contribucion de cien mil florines de oro. De allí se dirijió a Brescia a la que puso sitio y tomó, pero despues de mucho tiempo y a costa de grandes pérdidas y fatigas. En seguida sometió a Plasencia y Pavía; despues de lo cual, creyéndose ya dueño de todo el pais, lo organizó segun los intereses del imperio; es decir, que puso en todas las ciudades a los tiranuelos que le habian comprado el derecho de oprimirlas. Hecho esto partió para Jénova, desde donde debia dirijirse por mar a Pisa, que le era adicta. De Pisa, era su designio pasar a Roma, hacerse coronar y volver desde allí a someter por último a la Toscana.

Las victorias de Enrique VII en la Lombardía habian alarmado algo a los florentinos, que creyeron prudente prevenirse cuanto les fuera posible contra el peligro que los amenazaba. Entre los diversos espedientes que idearon con este objeto, fué uno el de llamar al mayor número de desterrados posible, calculando bien que serian otros tantos auxiliares arrebatados al emperador: Solo los jefes del gobierno florentino que eran güelfos de la

faccion de los Negros, no quisieron correr el riesgo, peligroso para ellos, de volver a ver en Florencia a los jefes de la faccion de los Blancos. Baldo de Agnglione, uno de los priores en activo servicio desde el mes de agosto al de setiembre de 1311, se comprometió a idear el partido que debia tomarse en esta ocasion.

Este Baldo de Aguglione era un astuto jurisconsulto, enemigo personal de muchos de los desterrados florentinos y de Dante en particular; por eso uno de los antiguos comentadores de nuestro poeta lo califica de *gran perro* (*gran cane*). Baldo hizo aprobar un decreto o *provision*, como se decia entonces, en que se concedia a todos los desterrados florentinos la vuelta a sus hogares, esceptuando solo a aquellos que serian designados por sus nombres, por no creerlos buenos y leales güelfos. De estos últimos formó una lista en la cual, como es de suponer, Dante no fué olvidado. Esta era la cuarta o quinta confirmacion de la primera sentencia de destierro pronunciada contra él.

En la embriaguez de la esperanza en que todavía se hallaba, no debió Dante sentir mucho esta condena. Sabiendo que Enrique se hallaba en camino para Pisa, se dirijió a esta ciudad, donde ya se habian reunido todos los habitantes de la Romania y todos los toscanos del partido imperial.—(*Continuará*).

NOTAS.

—

(a) Algunos biógrafos colocan en esta época el viaje de Dante a Paris y a Inglaterra; aunque otros, entre ellos Ozanam, lo atrasan a la época anterior a su destierro, es decir, a los años de 1298 a 99, un año ántes de comenzar su poema. Sin embargo lo importante y de lo que no hai ninguna duda, es de la realidad del viaje a Paris en cualquiera época que se haya efectuado, pues que en su poema abundan recuerdos locales, siendo ademas un hecho conocido el célebre palenque teólijico que allí mantuvo. Boccaccio, citado por Missirini, lo narra como sigue: «Estando en Paris, sosteniendo una conclusion *de quolibet*, hecha en una escuela de teolojia, se le propusieron catorce cuestiones por diversos eruditos, sobre diversas materias y con los argumentos en pró y en contra hechos por los mismos; Dante inmediatamente, coleccionadas y en el órden que habian sido propuestas las recitó, y despues siguiendo el mismo órden, las resolvió agudamente y contestó a los argumentos contrarios; lo que fué considerado por los circunstantes como una cosa cuasi milagrosa. Muchísimas veces todavia entró a la escuela y sostuvo conclusiones sobre todas las ciencias, disputando sobre ellas con quien queria.» Probablemente en la Universidad de Oxford continuó el poeta sus contiendas científicas, al mismo tiempo que recojia esas observaciones necesarias para un viajero, hombre apasionado de la gloria y de la poesia.

(b) El autor se olvida de citar el párrafo, quizás el mas interesante de la carta, y en cual el poeta ensalza la nobleza del perdon, el olvido de los sufrimientos, conjurando a todos los proscriptos para que no recuerden y perdonen las injurias que habian padecido en el destierro. Es verdad que el estilo profético y metafórico de la carta, aparece exajerado si se compara al gusto moderno; pero es necesario tener presente que el gusto de la época lo aceptaba asi, y que el autor se hallaba como arrastrado por la exaltacion de las grandes ideas que representaba.

(c) Es verdaderamente una diatriba insultante, la carta escrita por Dante a los florentinos. Es un derrame de bilis patriótica que se exita, torvas amenazas y declamaciones inútiles; es la venganza de un jenio amargado, procesando los crímenes de sus enemigos, echando a sus rostros el lodo de sus vicios y gozándose en el próximo castigo. Missirini cita un largo trozo que recuerda las palabras ardientes de un profeta irritado. Despues de muchas amenazas, despues de declarar que contra el *aguila* que lleva consigo el terror, no valen ni fortalezas, ni defensas; porque la justicia de Dios deja que cada uno elija el camino que mas le agrade, para que si alguno elije el torcido, pensando huir el merecido castigo lo encuentre mas facilmente, concluye con este anatema: «O estirpe malvada de Fiesole, ya veo tu destruccion. Sagunto por la leal perseverancia en sus instituciones y por el prudente gobierno de su libertad alzóse al grado mas alto de la gloria, mas arruinóse despues en la esclavitud por sus prevaricaciones y deslealtades. Los mismos desastres que encontró esta, a vosotros tambien irremediablemente están reservados.»

OBSERVACIONES

SOBRE LA

ANTIGUA POESIA CASTELLANA,

PRESENTADAS A LA FACULTAD DE HUMANIDADES

POR D. ANDRES BELLO.

V.

(Continuacion.)

Se inserta orijinal y traducido un largo pasaje del *Dakira* (Dhakhirah) de Ibn-Bassam, escritor musulman. Abu-'l-Hasan Ali-ibn-Bassam escribia el año 503 de la Hejira, 1109 de la era vulgar, 10 años solamente despues de la muerte del Cid, y se apoya en el testimonio de una persona que habia conocido al Cid en Valencia. El pasaje de que se trata contiene una relacion de la conquista de aquella ciudad por el Cid. Ocupada Valencia por las armas cristianas, «Desde entónces,» dice Ibn-Bassam, «fué siempre en aumento el poder de este tirano» (el Cid), «de modo que se hizo sentir en las comarcas altas y bajas, intimidando a los nobles y a la plebe. Me han contado haberle oido decir en un momento en que sus aspiraciones eran vivisimas y su codicia estrema: *Bajo un Rodrigo fué conquistada esta Península; otro Rodrigo la libertará*: palabra que llenó de espanto los corazones, y dió motivo de recelar que los males que tanto se temian iban

a llegar bien pronto. Con todo, ese hombre, azote de su tiempo, era, por su amor a la gloria, por la prudente firmeza de su carácter, por su valor heróico, uno de los milagros del Señor. Poco despues murió en Valencia de muerte natural. La victoria seguia siempre a la bandera de Rodrigo (maldígale Dios!): él triunfó de los príncipes de los bárbaros» (los cristianos); «combatió en diferentes ocasiones con sus jefes, como García, llamado por apodo Boquituerto, el conde de Barcelona y el hijo de Ramiro (1); y en estos combates desbarató sus ejércitos, y les mató mucha jente con un puñado de guerreros. Cuéntase que se hacia leer las crónicas de los árabes, y que al llegar a las hazañas de al-Mohallab se le vió arrebatado de admiracion hácia este héroe.»

Este solo pasaje de la relacion de Ibn-Bassam bastaria para rehabilitar de todo punto la historia latina, *Gesta Roderici Campidocti*, escrita, segun en ella misma aparece (2), ántes de la segunda y definitiva recuperacion de Valencia por las armas cristianas (año 1238); descubierta por el padre Risco en un códice del Real Convento de San Isidro de Leon; publicada por la primera vez en la *Castilla* del mismo erudito agustiniano (1792); y denunciada por el abate Masdeu en el tomo XX de su *Historia Crítica de España* no solo como indigna de crédito, sino como una torpe y descarada falsificacion de fecha reciente: el adusto catalan se propasa a negar la autenticidad de todos los monumentos antiguos que hablan del Cid, y hasta pone en duda la existencia del héroe.

Es curiosa la historia de este desventurado códice. Habia desaparecido de la biblioteca de San Isidro cuando Masdeu la visitó. Por julio de 1800 habia vuelto a ella, segun certifica don Manuel José Quintana en un apéndice a su biografía del Campeador. El año de 1827 (dicen los traductores castellanos de Ticknor) se guardaba todavia en el colejio de San Isidoro de Leon; y mas tarde los señores Cortines y Hugalde, traductores de Bouterweck, publicaron un fac-simile de su escritura. Pero estaba destinado a desaparecer otra vez, quizá para siempre. Este precioso monumento participó de la suerte que probablemente cupo a otros muchos en la vandálica devastacion de los monasterios de la Península, y pasó, no se sabe cómo, a manos de un buhonero francés, de quien lo hubo el sabio anticuario aleman M. Heyne, que el año de 1846 lo confió, durante su corta resi-

[1] Los árabes, dice nuestro Autor, daban siempre a los reyes de Aragon el nombre de hijos de Ramiro.

[2] Habiendo referido que los sarracenos ocuparon de nuevo a Valencia despues de la muerte de Rui Diaz, añade, *et nunquam eam ulterius perdiderunt.*

dencia en Lisboa, al historiador portugues Herculano. Se ignora su actual paradero (1).

El abate Masdeu es uno de aquellos críticos que poseídos de un patriotismo fanático pierden los estribos desde que encuentran un hecho, un documento, en que se imajinan vulnerado el honor de su nacion, de su provincia, de su ciudad predilecta. En varias partes de la *Historia Crítica* se deja entrever un escritor apasionado, cuyo buen juicio está a la merced de ridículas antipatías. Masdeu era natural de Barcelona, y la *Gesta Roderici* refiere que un conde de Barcelona fué dos veces vencido, y lo que es peor, jenerosamente restituido a la libertad por el Cid. *Hinc illæ lacrimæ*. Era menester, en castigo de tamaña osadía, tiznar con una nota de infamia aquella pretendida historia, y tratar con inexorable rigor al personaje historiado, desterrándole al pais de las novelas y romances, en compañía de Bernardo del Carpio y de los Siete Infantes de Lara. El mismo Masdeu, que en el tomo XII de su obra llamaba a Rodrigo «el valiente guerrero de Castilla, conocido con el nombre de Cid, y estimado del Rei don Sancho por su mucho coraje y ciencia militar;» el mismo Masdeu que descartando con imparcialidad y sensatez lo que tenia visos de novelesco, habia admitido varios hechos de este célebre caudillo como suficientemente autorizados; ese mismo Masdeu, luego que hubo leido *la Castilla* de Risco, se retracta; hirviendo en patriótica indignacion lo rechaza todo; y despues de una prolija censura de la *historia leonesa*, como él la llama, y de las mas acreditadas hazañas del Cid, sin perdonar ni a la conquista de Valencia, termina por estas formales palabras: «De Rodrigo Diaz el Campeador nada absolutamente sabemos con probabilidad, ni aun su misma existencia.»

Masdeu insiste particularmente en las coincidencias de la *Gesta Roderici* con la Crónica Jenéral del Rei don Alfonso el Sabio, y con la Crónica del Cid, dada a luz por Fr. Juan de Velorado, Abad del Monasterio de Cardeña; posteriores ambas al año 1238, y totalmdnte desacreditadas como producciones históricas. Estas coincidencias prueban demostrativamente, segun él, que el que compuso la *Gesta* tuvo las Crónicas a la vista; como si no hubiera podido ser al reves; como si no hubieran podido introducirse en las Crónicas materias conformes a las de la *Gesta*, sea que los cronistas las sacaran de allí mismo o de otras memorias históricas. Es evidente que semejantes coincidencias ni prueban la posterioridad de la *Gesta Roderici*, ni hacen sospechosa su veracidad, por si solas. ¡Excelente cánon de crítica el que rechazase todo testimonio que tuviese algo de comun con

[1] Véase el tomo primero p. 494 de la traduccion castellana de Ticknor por los señores Gayangos y Vedia.

otros en que la credulidad hubiera injerido aventuras imajinarias y hechos falsos!

Dice Masdeu que el latin de la *Gesta Roderici* es demasiado bueno y correcto para un escritor castellano de aquellos tiempos, Pero ¿en qué es superior al de la *Historia Compostelana*. compuesta a principios del siglo XII, y en parte por un español, o al de la Crónica del Monje de Silos, que se escribió en el mismo siglo? El latin de la *Gesta* es en jeneral inculto, con resabios, acá y allá, de afectada elegancia; y nada tiene que no haya podido escribirse en aquella época de escasa literatura y depravado gusto.

No puede pees razonablemente ponerse en duda que la *Gesta Roderici* fué escrita ántes de 1238; pero ¿cuánto tiempo ántes? Cuando el autor de la *Gesta* dice que los sarracenos, habiendo recobrado a Valencia (año 1102), *nunca despues* la perdieron, ¿no indica bien claro que para entonces aquella ciudad habia permanecido muchos años, medio siglo, a lo ménos, bajo la dominacion sarracena? Por otra parte, me inclino a creer que la *Gesta Roderici* no fué posterior a la Crónica latina de Alfonso VII, donde ya se da a Rodrigo Diaz el epíteto popular y antonomástico de *Mio Cid*, de que no se halla vestijio en la *Gesta*, ni en las memorias musulmanas.

El obispo Sandoval inserta en sus *Cinco Reyes* una breve relacion de los hechos del Campeador sacadas del *Tumbo Negro* de Santiago la cual principia por estas palabras: «Este es el linaje de Rodric Diaz el Campiador, que decian Mio Cid, como vino direitamente del linaje de Lain Calvo, que fo compaynero de Nueño Rasuera, e foron amos juices de Castiella.» Y termina así: «Estas dos fillas» (de Rodrigo Diaz) «la una ovo nome doña Cristiana, la otra doña Maria. Casó doña Cristiana con el Infant don Ramiro. Casó doña Maria con el conde de Barcelona. L'infant don Ramiro ovo en su moyller la fija de Mio Cid al rei don Garcia de Navarra que dixieron don Garcia Ramirez. El rei don Garcia ovo en su moyller la reina doña Margerina al rei don Sancho de Navarra, a quien Dios dé vida honrada.» Escribióse pues la Relacion del Tumbo Negro en tiempo del rei de Navarra don Sancho Garcés, llamado el Sabio; es decir, entre 1150 y 1194.

Conviene notar que esta misma relacion se halla inserta con algunas alteraciones en los estractos que del *Liber Regum* dió el Padre Fr. Enrique Florez al fin del tomo primero de sus *Reinas Católicas*, copiándolo de un manuscrito matritense. Una de estas alteraciones ocurre en las últimas cláusulas, concebidas así: «De las fillas la una ovo nombre doña Cristina, la otra doña Maria. Casó doña Cristina con el Infant don Ramiro; casó doña Maria con el conde de Barcelona. El Infant don Ramiro ovo en doña Cristina fillo al rei don Garcia de Navarra, al que dijieron Garcia

Ramirez. El rei don Garcia tomó por mugier a la reina doña Magelina et ovo della fillo al rei don Sancho de Navarra. Este rei don Sancho tomó por mugier la filla del emperador d'España, et ovo della al rei don Sancho, que ágora es rei de Navarra.» Por donde se ve que el manuscrito de que se sirvió el Padre Florez añade un grado a la descendencia de Rodrigo; segun la práctica de los copiantes, que solian adicionar sus orijinales, continuando hasta su propio tiempo las noticias que encontraban en ellos, como lo atestigua mas de una vez el mismo Florez, y lo reconoce nuestro Autor. Comparando las dos relaciones compostelana y matritense se percibe a las claras algo de mas añejo y rancioso en el lenguaje de la primera.

Si hácia los fines del siglo undécimo estaba ya aceptado como histórico el epiteto de *Mio Cid*, puede creerse con alguna probabilidad que la *Gesta* latina, donde ni siquiera se alude a él, se compuso algun tiempo ántes; entre 1050 y 1070.

Puede haber en ella alguna particularidad contestable, algun hecho falso: ¿de qué historia, y mas escrita por aquellos tiempos, no pudiera decirse lo mismo? Pero el pasaje arriba inserto, de Ibn-Bassam, la acredita de verídica en casi todos los hechos que con mas calor. y acritud ha impugnado Masdeu.

No hallo gran fuerza ni en los argumentos negativos de Masdeu, cuando en la *Gesta Roderici* se refieren cosas de que no se tenia noticia (como si debiera esperarse que todas las de alguna Importancia hubiesen tenido lugar en los breves y descarnados apuntes que de aquella época habian podido llegar a nosotros); ni en la inexactitud de los nombres arábigos, que Masdeu repudia alguna vez por falta de suficientes datos; ni en el escándalo de aquellas alianzas de cristianos i mahometanos, que le han parecido tan opuestas a la verdad como ofensivas al honor nacional.

Se trata de una época de las mas embrolladas y oscuras. Confúndense unos personajes con otros por la frecuente identidad de nombres propios y patronímicos españoles. ¿Y cuán difícil no era retener o aun trascribir, sobretodo en el alfabeto de una lengua occidental, nombres arábigos. berizados de artículos, sobrenombres y apodos, que todo ello formaba amenudo una larga frase, como se puede ver a cada paso en la obra de Conde? Así es que todas nuestras historias los desfiguran. Y peor es todavía pasando de las personas a los hechos. Aquella España medieval es un laberinto de guerras, espediciones y correrías, de sucesos equívocos, de conquistas efímeras, de alianzas fluctuantes. Ahora dos creencias rivales se disputan el campo; ahora hostilizan cristianos a cristianos, musulmanes a musulmanes; ahora los campeones y hasta los príncipes de diversa fe se ligan, y ondean en cada una de las contrarias huestes las banderas y

pendones de las dos enemigas relijiones y razas. En los aspavientos de Masdeu al encontrarse con hechos de esta última categoria, no veo mas que el empeño de sostener un fallo temerario con cuanto le viene a las manos, aun cuando la debilidad de sus argumentos no ha podido ocultársele.

Varias de las precedentes observaciones con otras muchas relativas a sucesos particulares de la historia de Rui *Diaz*, impugnadas por el abate Masdeu, estaban consignadas en los trabajos que tengo preparados, tiempo hace, para una nueva edicion de la *Gesta de Mio Cid*, y me ha cabido la satisfaccion de que en gran parte de unas y otras haya sido confirmado mi juicio por el de M. Dozy; que cabalmente refiere la composicion de la *Gesta* latina al año 1170, apoyándose (p. 439, 440) en que la letra del manuscrito era como de fines del siglo 12 o principios del 13, y en que sus erratas y lagunas, segun lo ha publicado Risco, no permiten reputarlo autógrafo.

Antes del aparecimiento de las *Investigaciones* de Dozy la obra de Masdeu habia sido mirada como una autoridad de primer órden sobre esta época de la historia de España. De cuantos escritores extranjeros habian tratado de la misma materia, apénas hubo uno que otro que no inclinase la cabeza ante el furibundo anatema fulminado por el abate Masdeu contra la *Gesta* latina. Recházanla como espuria, o por lo ménos, como de mui sospechosa autenticidad, Lardner, Romey, Rosseeuw St. Hilaire, Paquis y Dochez, y qué sé yo cuantos otros, aun en la docta y romántica Alemania. En España han sido varias las opiniones. Mientras que Villanueva (el autor del *Viaje literario)* y el ilustre Quintana parecen haber hecho poco caso de las censuras de Masdeu, don Antonio Alcalá Galiano, siguiendo las huellas de Lardner y del atrabiliario catalan, no duda decir qne «*en ningun escritor anterior al siglo XIII* está siquiera mentado el nombre de Rodrigo de Vivar,» y aunque en cuanto a si hubo o no hubo un Cid Campeador no va tan léjos como el escéptico Jesuita, cree que la *Gesta Roderici* «no tiene visos de desvanecer las dudas de quienes las abrigan y conservan tocante a la existencia y los hechos del famosisimo campeon castellano.» (Nota a la páj. 97, y *Apéndice V* al tomo 2.° de su Historia de España). Y todo esto es de la pluma de un escritor que cita la Crónica de Alfonso VII, y ha leido sin duda las palabras textuales con que menciona la muerte del Campeador el Cronicon Maleacense, escrito en el mediodia de Francia hácia el año 1141; palabras que han sido reproducidas por varios autores, y a pesar de su laconismo figuraban entre los mas antiguos documentos de la historia del Cid.

Otra importante rehabilitacion que debemos a M. Dozy es la de la Crónica Jeneral en la parte relativa a las operaciones del

Cid sobre Valencia, que concuerda puntualmente, aunque mucho mas extensa y circunstanciada, con la narrativa de Ibn-Bassam. En mis trabajos para la nueva edicion de la *Gesta de Mio Cid* habia yo alcanzado a columbrar que esa parte de las Crónicas Jeneral y del Cid (la segunda es aquí una copia casi literal de la primera) se derivaba de alguna fuente arábiga y mahometana; deduciéndolo asi de varios trozos de un estilo y colorido manifiestamente orientales, y del espíritu anticristiano que se columbra en la narrativa de las hechos. A esto alude lo que, refiriéndome a la *Crónica del Cid*, he dicho al fin de mi Discurso III (p. 113 de los *Anales* de 1854), sobre el *sentimiento musulman que se trasparenta en ciertos capítulos*. El retazo histórico de que se trata es para M. Dozy la mas bella y completa relacion de sitio que se encuentra en historia alguna arábiga. Puede en efecto compararse con algunos de los cuadros mas palpitantes de la Conquista de Méjico de Bernal Diaz del Castillo. Se me permitirá pues detenerme en varios puntos concernientes a él y a las dos Crónicas *Jeneral* y *del Cid*.

El rei don Alonso el Sabio, en el prólogo de la Crónica Jeneral, se atribuye a sí mismo esta obra, y dice que, para componerla, hizo juntar todos los libros históricos que pudo. Pero es manifiesto que se sirvío al mismo tiempo de los cantares del pueblo, y, segun M. Dozy, tuvo tambien a la vista escritos arábigos, fidedignos los unos, los otros romancescos. Entre esta variedad de elementos, amalgamados sin el debido discernimiento crítico, desconocido entónces, se columbran extractos de obras antiguas, que merecen ser restituidos a la historia, y fragmentos de viejos cantares, preciosas reliquias de la poesía castellana primitiva. La dificultad está en hacer la separacion; y M. Dozy ha dado a conocer todo lo que es dado esperar de semejante trabajo, emprendido por manos idóneas.

M. Dozy ensalza el mérito de la Crónica Jeneral por el cuadro que nos ofrece del movimiento literario de la Peninsula bajo el reinado de don Alonso el Sabio, y pondera lo que debe la lengua castellana a este príncipe como autor de dicha Crónica y del Código de las *Siete Partidas*. Pero bajo este aspecto es acaso algo exajerada la apreciacion de nuestro Autor. Prescindo de las dudas que en cuanto a la parte que hubiese tenido el rei don Alonso en la Crónica Jeneral, se suscitaron desde su publicacion por Florian de Ocampo: sobre esta materia expondré mas adelante lo que pienso, o mas bien, lo que conjeturo.

Que el rei don Alonso trabajase y escribiese por sí mismo las Siete Partidas es una especie que Martinez Marina (*Ensayo Histórico* n. 304, nota 3) califica de paradoja, y que el erudito Llamas ha refutado con razones incontestables en su *Comentario de las Leyes de Toro* (a la lei 1.ª, n. 106 y sig.) Lo que hoi se cree

jeneralmente es que varios jurisconsultos contribuyeron a la redaccion de este cuerpo legal por mandado y bajo la direccion del rei don Alonso, que lo hizo suyo, sancionándolo, como han hecho y hacen siempre los soberanos con los códigos y ordenanzas que promulgan. Mas aun cuando esta creencia fuese errónea, la lengua aparece ya bastante desarrollada en los poemas de Berceo, bastante rica, bastante avezada a formas y jiros regulares, para que no podamos mirar a don Alonso el Sabio como *creador* de la prosa castellana; el verso presupone la prosa (1). Sabemos por otra parte, que en el Código de las Partidas se encuentran a la letra varias de las leyes contenidas en la *Suma* que por deseo y para el uso del mismo príncipe compuso Maese Jacobo su ayo. Y como por el lenguaje solo no seria fácil distinguirlas de lo demas del Código, es preciso creer que Maese Jacobo escribia prosa castellana poco mas o ménos como la de don Alonso el Sabio; y la carta suya que copia Martinez Marina *(Ensayo Histórico*, n. 313) no es una mala muestra del punto a que habia llegado el lenguaje de Castilla cuando don Alonso subió al trono. De todos modos, la gloria de haber contribuido a la formacion de la prosa castellana no pertenece tanto a las Partidas, obra didáctica y forense, como a la Crónica Jeneral, destinada a circular entre toda clase de lectores.

La historia de Rui Diaz ocupa mas de la mitad de la cuarta y última parte de la Crónica Jeneral. Algunos dudan que esa cuarta parte sea verdaderamente del rei don Alonso, y sospechan que se añadió despues de sus dias a las tres precedentes, fundándose en la diferencia de estilo. Yo no he podido hacer un estudio particular de la obra, y en Chile no tengo medios de procurármela. M. Huber, juez competente en antigua literatura castellana, testifica que la diferencia no es cosa que salte a los ojos: (nota a la p. 388 de las *Investigaciones)*. Pero M. Dozy la reconoce en un largo retazo que contiene la relacion de la Conquista de Valencia. Segun se expresa (a la p. 394), el estilo de esta relacion desdice del ordinario de la Crónica: es pesado, embrollado, dice muchas veces una cosa por otra, cojea, tiene todo el aire de una traduccion no solo fiel sino servil; de una traduccion que quiere verter hasta la construccion del orijinal; aun haciéndose en ciertos pasajes inintelijible para quien no sepa el árabe. No falta pues razonable motivo de sospechar que, por lo ménos, este retazo histórico no es de la pluma misma del rei don Alonso. M. Dozy pretende explicar la diferencia de estilos por el hecho de haberse traducido en él demasiado servil-

[1] Gonzalo de Berceo firmaba escrituras en 1220 y 1221, y don Alonso el Sabio empezó a reinar en 1252 a la edad de treinta y tres años.

mente una obra arábiga; y los arabismos de que está plagado, y que el mismo Dozy ha hecho ver, no permiten dudarlo. Pero esto no puede satisfacer al que tenga presente que don Alonso correjia con esmero el lenguaje de las traducciones que mandaba hacer del árabe y a que daba su nombre. En una nota que el Marqués de Mondéjar halló al fin del *Libro de las Armellas* (Círculo de la esfera celeste) traducido del árabe, se dice que el rei «tollió las razones que non eran en castellano derecho, et puso las otras que entendió que cumplian,....et cuanto al lenguaje lo enderezó por sí.» ¿De un purista como el rei don Alonso, es de presumir que en una obra escrita, en jeneral, con toda la elegancia de que entónces era susceptible el idioma, dejase tantas pájinas salpicadas de frases exóticas, de arabismos crudos, como los que señala Dozy?

Notaré de paso que algunos no lo son. Pertenece a este número el del pasaje siguiente: «Dando grandes voces como el trueno e *sus amenazas de los relámpagos*».... «Yo no puedo traducir esto,» dice M. Dozy, «en ninguna lengua, excepto el árabe.» No sé qué especie de anomalia haya creido percibir M. Dozy en *sus amenazas de los relámpagos:* la idea de posesion o procedencia, expresada suficientemente por el complemento *de los relámpagos*, se enuncia tambien por el pronombre posesivo *sus*: no hai mas: en latin se habria dicho sencillamente, *minæ fulgurum*. Pero este pleonasmo era ántes frecuentísimo en castellano. En la misma Crónica Jeneral, en un pasaje que no se tradujo ciertamente del orijinal arábigo, se lee: «Segun cuenta la Estoria del Cid, que de aqui adelante compuso Aben Alfarax, *su sobrino de Gil Diaz*, en Valencia.» M. Dozy cita (p. 339) este otro pasaje de la misma Crónica: «Aquel preso que fuera *su alguacil del rei e del Cid*.» La Trajicomedia de Calisto y Melibea ofrece varios ejemplos: en el primer prólogo, «Vi que no tenia *su firma del autor:*» en el segundo, «Como mi pobre saber no bastase a mas de roer *sus secas cortezas de los dichos de aquellos* que por claror de sus injenios merecieron ser aprobados:» en el acto IV: «Me parece que es tarde para ir a visitar a mi hermana, *su mujer de Crémes*.» Esta última frase se extrañaria poco o nada en nuestros dias; no es raro oir en la conversacion familiar *su amigo de usted, en su casa de usted*. Puede ser que este pleonasmo haya sido orijinalmente imitado del árabe; pero por lo ménos no es un arabismo que deba prohijarse como una especialidad al traductor de la Relacion Valenciana.

Una metáfora, que si en efecto la hubiera, seria tan conforme del jenio arábigo, como ajena del gusto castellano de aquella época, ha creido encontrar M. Dozy en la traduccion de unos mui bellos y sentidos versos que describen el misero estado de

Valencia, cercada por el Campeador, y se insertan en la Relacion precedente: «El mui nobre e gran rio Guadalaviar salido el de madre e va onde non deve.» «Parece,» dice nuesto Autor, «que el poeta llama a Valencia la madre del Guadalaviar, y que el Cid habia torcido su curso.» Como si *madre* no tuviese en castellano entre varias otras acepciones la de álveo, o cauce de un rio, y *salir de madre* no fuese una frase corriente que significa dejar las aguas su cauce.

Otro, talvez, supuesto arabismo es este: «No l' *tornó cabeza* el rei de Zaragoza;» esto es, no le hizo caso. ¿No habria igual razon para creer que este modismo fuese sujerido por el *respicere* de los latinos, que expresaba el mismo movimiento, con la misma intencion?

Queda, despues de todo, bastante número de ellos para que tengamos como pasado en autoridad de cosa juzgada que este retazo de la Crónica Jeneral es una traduccion del árabe, pero una traduccion que estropeó torpemente el castellano, y que por consiguiente, induce a dudar que el Rei don Alonso haya podido escribirla. A la diferencia en la forma se junta la incongruencia de la materia. El Cid de la relacion valenciana no es el Cid de los cantares ni de las tradiciones cristianas, cual aparece en otras porciones de la obra. M. Dozy ha querido explicar este contraste atribuyéndolo a una intencion política de Alfonso, la de deprimir en el mas célebre de los magnates castellanos, pintado por el escritor musulman como un conquistador atroz y pérfido, que no repara en medios para saciar su ambicion y codicia, a la clase toda de los Ricos-hombres, de quienes recibió los mas grandes ultrajes. Pero me es duro el creer que el que recopila cuanto encuentra de honroso y noble para darnos en el Cid un modelo de lealtad, de jenerosidad y de todas las virtudes cristianas y caballerescas, se complazca luego en denigrarle, transformándole en un bandido sin fe y sin entrañas; y luego, por otro capricho semejante, vuelva al tipo primero, y lo realce con nuevos timbres y hasta con una auréola de santidad.

Talvez Florian de Ocampo no se aleja mucho de la verdad cuando, en una nota al fin de la Crónica Jeneral, conjetura que la cuarta parte «estaria primero trabajada y escrita a pedazos por otros autores antiguos, y despues los que la recopilaron no hicieron mas que ponerlos por su órden, sin adornarlos ni pulirlos ni poner otra dilijencia en ellos:» (Berganza, *Antigüed.* p. 590). De estos pedazos habrá algunos que pertenezcan al rei don Alonso; otros, y entre ellos el de la conquista de Valencia, se deberán probablemente a otras plumas.

En la relacion de esta conquista se inserta, como poco ántes indiqué, una especie de elejia sobre las calamidades de los si-

tiados, acompañada de un ridículo comentario en que se dá un sentido alegórico a las cuatro piedras angulares de Valencia, a sus muros, torres, almenas, jardines y canales; piezas ambas vertidas del árabe, pero que no sabemos si formaban parte del referido orijinal, o existian separadamente y se incorporaron en la traduccion castellana: como quiera que sea, M. Dozy encuentra en la primera un estilo i colorido arábigo, y no alcanza a percibir en la segunda nada que se parezca al gusto delicado del rei poeta. El traductor se aparta, de allí a poco, del historiador musulman para contarnos de un modo enteramente desautorizado el trájico fin de Abenjaf, Cadi de Valencia, haciéndole morir apedreado por sentencia de los suyos, cuando consta por Ibn-Bassam, y por otros escritores árabes, que fué quemado vivo por órden del Cid. Muerto Abenjaf desaparece a los ojos de M. Dozy todo rastro del orijinal arábigo.

Nuestro Autor cree que la Relacion Valenciana se compuso orijinalmente por el célebre literato Abou Djafar-'l-Batti, natural del territorio de Valencia, que pereció en las llamas con Abenjaf y otros, y que sin duda se encontraba en la ciudad durante el sitio. Esto explicaria el menudo conocimiento de todas las particularidades de aquella conquista, que se echa de ver en la Relacion, y el desaparecimiento *ex abrupto* de los arabismos despues de la muerte de Abenjaf. Pero no deja de ser reparable que los varios pasajes de autores árabes copiados por Dozy, en que se habla de al-Batti, sacados algunos de ellos de compilaciones biográficas que habian consagrado a este literato artículos especiales, solo le mencionan como autor de libros de gramática, diccionarios y poesías, no de obras históricas (p. 409 y sig.)

Por otra parte, la Crónica del Cid manuscrito, que consultó Berganza en el archivo de San Pedro de Cardeña, y dió a la estampa con algunas alteraciones frai Juan de Velorado, decia, segun el mismo Berganza (Antigüedades, tomo 1.°, p. 390): «Entónces un moro Abenfax, que escribió esta historia en arábigo, en Valencia, puso cómo valian las viandas.» Esto alude, fuera de toda duda, al orijinal arábigo de que se trata. La Relacion, incorporada en las Crónicas Jeneral y del Cid, menciona repetidas veces como circunstancia importante el enorme precio de los víveres dentro de Valencia, reducida a las últimas extremidades por el desapiadado sitiador. Aquel Abenfax fué, pues, el autor orijinal de la Relacion, si algo vale el testimonio del Cronista. Mucho despues de haber abandonado las Crónicas el orijinal arábigo se leian en el manuscrito de Cardeña estas palabras: «La historia que compuso Aben Alfanje, un moro sobrino de Jil Diaz, en Valencia.» Pero en el pasaje de la Jeneral a que estas palabras corresponden, se lee:

«Segun cuenta la estoria que de aqui adelante compuso Aben Alfarax, su sobrino de Jil Diaz, en Valencia.» Se sabe que este Aben Alfarax tuvo gran parte en los negocios de Valencia como alguacil o lugarteniente de Rodrigo. Nadie, por consiguiente, pudo hallarse en mejor posicion para darnos una noticia circunstanciada de aquellos sucesos. Parece pues que Abenfax, Aben Alfanje y Aben-Alfarax son un mismo nombre mas o ménos desfigurado, y designan una misma persona. Nombres arábigos estropeados de esta manera ocurren a cada paso en nuestras historias y crónicas.

De Jil Diaz dice la Crónica Jeneral que «era en sí de buen entendimiento, e de tan buen seso, e tan ladino, que semejaba cristiano, e por eso amábale el Cid.» Refiere la misma Crónica que conquistada Valencia pidieron los habitantes a Rodrigo que les diese por alcalde o cadi al autor de la elejia de que arriba dejo hecha mencion, llamado Albugi, que convertido a la fé cristiana se llamó Jil Diaz. Pero el verdadero nombre de este moro ántes de su conversion no fué *Alhugi*, sino *Alfaraxi*, que es el que le da la misma Crónica Jeneral en otro pasaje, y del que sin duda es una corrupcion *Aya Traxi*, que es como le llama la del Cid: (Dozy, p. 410). Ignorando el árabe, y exponiéndome, como tantos otros, a alguna de las usuales reprimendas de M. Dozy; aventuraré sin embargo una conjetura. La grande semejanza de estos dos nombres *Aben Alfarax* y *Alfaraxi* ¿no indicaria una cercana relacion de parentesco entre el autor de la elejia y el historiador musulman de los hechos de Rodrigo? Y no daria esto un nuevo viso de consistencia y plausibilidad, ya que no de realidad histórica, a los varios pasajes en que las Crónicas atribuyen a Aben Alfarax la historia arábiga del Cid, y en particular la Relacion de los sucesos de Valencia? Hasta qué punto debamos creer a las Crónicas en esta parte, es lo que falta que averiguar.

Es incontestable que el compilador de la cuarta parte de la Jeneral, fuese el rei don Alonso u otro, se aprovechó de una o mas memorias arábigas, orijinales o traducidas, y que por lo ménos una de ellas se compuso en árabe por un contemporáneo del Campeador, que tuvo mucho conocimiento de los sucesos que cuenta. Estas memorias llevarian naturalmente los nombres de sus autores; y cuando el compilador cita uno de ellos, y se refiere a él en cosas que tienen manifiestamente el sello del jenio árabe de la época, merece sin duda el crédito que en todo lo que ha bebido de otras fuentes no estamos dispuestos a concederle. No es eso lo mismo que compulsar cantares o injerir tradiciones desautorizadas. No creo, pues, que al-Batti tenga tan buenos títulos para la adjudicacion de que estamos tratando como el Aben Alfarax o Aben Alfanje de las

Crónicas; pero creo tambien que aunque M. Dozy ha hecho poquisimo caso de esos títulos, es en sus eruditas Investigaciones donde podemos apreciarlos, y que sin la luz qne estas esparcen, el historiador árabe invocado por las Crónicas podria pasar todavia por una de las mil consejas que figuran en ellas.

M. Dozy supone que hubo una leyenda del Cid, compuesta en el monasterio de Cardeña y anterior a la Crónica Jeneral; y que el monje que fraguó la tal leyenda, tuvo la ocurrencia de autorizarla con el nombre de Aben-Alfanje, personaje tan fabuloso como el Cide Hamete Benengeli de Cervántes. «En arabe,» dice, «no hai un nombre propio Ibno-'l-Fandj.» Pero si hubieran de pasar por fabulosas todas las personas y lugares cuyos nombres arábigos han sufrido iguales alteraciones en nuestras historias, ¿a dónde iriamos a parar? Yo no puedo descubrir en favor de la supuesta leyenda otro apoyo que el de las explicaciones mas o ménos plausibles que suministra a la historia romancesca de Rui Diaz, segun la concibe nuestro Autor. Desde luego era necesario una fuente de donde pudiesen haberse tomado para la Crónica Jeneral las consejas i patrañas de que abunda, muchas de las cuales redundaban en honor y provecho del monasterio de Cardeña: la Crónica del Cid, posterior a la Jeneral, no podia servir a este propósito. En San Pedro de Cardeña tuvo su sepulcro Rui Diaz; y a la sombra del héroe vinieron en alas de la tradicion a reunirse las de sus principales compañeros de armas, las de su viuda e hijos, la de Jil Diaz, y hasta la del caballo Babieca. San Pedro de Cardeña, dice M. Dozy (p. 699), «era un verdadero panteon, consagrado a todos los personajes, reales y fabulosos, que habian tenido relacion con el Cid de la historia y el de la poesía popular. En verdad, aquellas sepulturas de personas enterradas ya en otras partes, o que no tuvieron jamas existencia, no hablan mui en favor de la buena fe de los monjes; a lo ménos se ve que honraron grandemente la memoria de Rodrigo.» Pero despues de todo, ¿era necesario que alguno de ellos consignase estas mentirosas tradiciones por escrito para que pasasen a los cantares y a las Crónicas? ¿No era el monasterio mismo con sus tumbas y epitafios, auténticos y apócrifos, una verdadera leyenda para la turba de peregrinos, si así puede decirse, que la fama del Campeador atraeria a los viejos claustros que le habian hospedado en vida, y donde ciertamente reposaban sus reliquias? ¿Qué faltaba para que los juglares y los cronistas se apoderasen de esta leyenda lapidaria, la glosasen, amplificasen y adornasen? M. Dozy se inclina a creer que la *Gesta de Mio Cid* se compuso ántes que la vieja leyenda; y en aquella el monasterio de Cardeña aparece ya estrechamente asociado con la memoria del Campeador. No hago alto en que el rei don Alonso no la cita, citando

tantos otros documentos de que se sirvió para componer su Crónica; pero ¿cómo es que Berganza, miembro de aquella comunidad, y tan dilijente explorador de sus antigüedades y documentos, no tuvo el menor indicio de ella? ¿Cómo es que el redactor da la Crónica del Cid, en vez de reproducir ese libro doméstico, no hace mas que trascribir de la Jeneral casi todo lo que cuenta de su heroe?

Dada la vieja leyenda, restaba acomodar su contenido a la teoría por medio de nuevas suposiciones. Se la imputa el cuento de la lapidacion de Abenjaf, para que lo tomase allí el Real cronista; y se la despoja de la Relacion Valenciana, para que el rei don Alonso, en odio a los ricos-hombres de Castilla, la tradujese del árabe. Con toda mi admiracion al saber y la sagacidad de M. Dozy, de que tenemos tantas otras pruebas de mejor lei, confesaré que en cuanto al elemento arábigo de las Crónicas, esta cadena de suposiciones me inspira harto menor confianza que el testimonio de ellas mismas.

M. Dozy tiene una ojeriza declarada a la Crónica del Cid. Es cierto que el compilador por su parte y el editor por la suya, han desfigurado algunas veces lo que han entendido o leido mal; y que de la Crónica Jeneral se ha servido tan descuidadamente el compilador, que copia hasta sus referencias a cosas anteriormente narradas o que debian narrarse despues, y que no teniendo nada que ver con Rui Diaz, no se habian puesto ni podian ponerse en una historia particular del Campeon castellano. Sabemos tambien que la edicion de Fr. Juan de Velorado difiere en algunas cosas del manuscrito de Cardeña, como lo testifica Berganza. Pero en medio de todo esto el mismo M. Dozy admite que en no pocos pasajes el texto de Velorado mejora considerablemente el de la Crónica Jeneral. Los nombres propios están por lo regular ménos alterados en esta; pero a veces sucede lo contrario (1). Lo que puede sacarse en limpio es que el cronista del Cid, trascribiendo la Crónica Jeneral, se aparta de ella de cuando en cuando para seguir otras obras, y que en esta eleccion ha procedido a veces mui atinadamente; que en ello no hizo mas que tratar a la Crónica Jeneral como esta, segun lo manifiesta el mismo Dozy, habia tratado a la Relacion Valenciana; que cuando solo queria reproducir literalmente el texto de la Jeneral, se valió de alguna mano subalterna, la cual copió a bulto cuanto tuvo delante, sin omitir referencias y citas que no venian al caso; y que fr. Juan de Velorado al dar a luz esta compilacion (a que Berganza aplica el

[1] Véase Dozy p. 470 nota 1, p. 487 nota 2, 503 n. 2, 512 n. 2. 514 n. 1, 535 n. 1, 559 n. 3, 564 n. 1, 566 n. 1, 579 n 1, 667 n. 4.

juicio de Florian de Ocampo sobre la cuarta parte de la Crónica Jeneral) introdujo en ella alteraciones que no siempre la mejoraron. Como el Cronista habla en ella *proprio nomine*, nada tiene de extraño que en su relato exhale acá y allá un sentimiento cristiano (1). M. Dozy trata con sumo desprecio un libro en que a la traduccion de un orijinal mahometano (traduccion ajena, que el cronista nos da como una parte de su propia narrativa, autorizada por una historia arábiga) se zurcen interpelaciones como esta: *Pero nuestro señor Jesu Cristo no quiso que asi fuese*; y las equipara, con mas donaire que justicia, al «*Juro como católico cristiano*» de Cide Hamete Benengeli en el Quijote, y hasta juzga verosimil que Cervantes en estas palabras aludió principalmente a la Crónica del Cid! Para mí es harto mas probable que Cervantes creia a pie juntillas, como casi todos sus contemporáneos, las fabulosas hazañas de Rui Diaz, y que jamas le vino a las mientes poner en duda la veracidad de las Crónicas, si por ventura las leyó alguna vez.

Habiéndome extendido en el presente Discurso mucho mas de lo que pensaba, reservo para despues algunas otras observaciones sobre la obra de M. Dozy.

(1) Véase Dozy p. 409.

LOS DESPOSADOS.

NOVELA ORIJINAL.

—

IV

Nosotros abandonaremos el sitio de la refriega para seguir al jefe de la barricada tan oportunamente recojido por el viejo de la calle de Saint-Maur. Mas para esplicar este incidente providencial nos es necesario hacer conocimiento con algunas personas que habitaban aquella casa.

En la parte del edificio llamada el entresuelo vivia un comerciante retirado, que gozaba con su mujer y una sola hija de la hermosa renta que habia sabido labrarse por medio de felices y contínuas especulaciones. Este comerciante, miembro de la gran familia de la *bourgeoisie* parisiense, gracias a su felicidad mercantil y al puesto de diputado de la Asamblea nacional, se habia revestido de un sello de importancia y dureza de caracter que le procuraba cierta influencia en el ministerio y un imperio absoluto en todos los actos de la vida doméstica. Jamas en el seno de su familia se le vió despojarse de su pretendida dignidad ni manifestar a su hija ni a su mujer esa tierna espansion a que muchos se acojen en privado para descansar del rol que representan en la escena social; su voluntad estendia su

tiránico imperio sobre los mas insignificantes detalles de la vida casera, reasumiendo todo el poder de la direccion y desaprobando toda medida que no fuese ejecutada por su órden.

Llamábase este tirano doméstico, Mr. Alphonse Dunoye.

Casado en 1825 con una jóven de provincia que solo le habia dado un hijo y una hija, Mr. Dunoya se habia retirado del comercio en 1847 con una entrada anual de 60,000 francos.

Su hijo habia sido victima del cólera cuando apénas contaba cuatro años.

Su hija llamada Clementina, tenia 19 años en la época de la revolucion de febrero.

Clementina era una niña tímida i sumisa, sin mas amiga que su madre ni mas conocido que el viejo portero de la casa que la habia visto crecer, concibiendo por ella un afecto de verdadero padre. En cambio, la niña le profesaba un cariño tan sincero que el viejo José habria dado por ella su vida, con tanto mas desprendimiento cuanto que, habiendo perdido su mujer y sus hijos, toda su ternura se habia concentrado sobre Clementina.

La jóven era de una belleza dulce y delicada; rubia, blanca y esvelta, Clementina unia a la gracia de su edad la gracia infantil de la inocencia, y la espresion tranquila y feliz de las personas que que ignoran los combates de la vida. El amor no habia aun prestado a sus ojos azules la reverberante irradiacion del sentimiento, su frente era serena como un lago al abrigo de los vientos y sus lábios no tenian mas espresion que la franca sonrrisa de la alegria. Educada en los mas rijidos preceptos de una vida casi monástica, su corazon tranquilo como la conciencia de un niño, no habia sentido jamas esas estrañas palpitaciones del amor que se sueña o se adivina; su imajinacion casta y sencilla no habia traspasado nunca los límites de las preocupaciones domésticas, para lanzarse en ese eden de los primeros ensueños, de las ilusiones primeras que ocultan sus exuberantes riquezas tras el velo que la ignorancia del mundo, estiende ante los ojos de las raras personas que conservan la virjinidad del pensamiento hasta la época de la razon.

Hasta entónces su mundo todo era su casa y sus mas ruidososos placeres, los paseos semanales a casa de una vieja tia que habitaba en Sevres a inmediaciones de Paris, donde ella iba con su madre, en la dilijencia que para aquel punto salia de la plaza del Carrousel.

En su casa, el dia estaba destinado a la costura, al bordado, a la música y a algunas lecturas devotas, y la noche, hasta las diez, en conversar con la madre mientras Mr Donuye jugaba una partida de ecarté y conversaba sobre politica con algunos amigos de su edad, varios de ellos alojados en los pisos superiores de la misma casa.

De este modo Clementina habia visto sucederse los dias de su niñez, iguales monótonos y nublados como los dias de la vida relijiosa. Su memoria no guardaba ningun recuerdo querido, de aquellos que evocados en las horas de soledad y pena, acuden saltando como las cristalinas ondas de un arroyo y riegan con sus aguas las flores que marchitara el sentimiento o el fastidio; su alma no abrigaba ninguna de esas esperanzas lejanas, ninguno de esos caprichos dorados de la fantasía que el corazon anhela ver convertidos en realidades, horizontes de espléndida riqueza, poblados de mil alegrias imajinarias, que el alma recorre juguetona como las mariposas esmaltadas besan las flores de un jardin. Para ella la vida no tenia ninguna significacion, ni tan solo era como para muchos un enigma, pues jamas se habia preguntado su objeto ni preocupado de su fin misterioso: amar a Dios, temer a Dios, hé aqui el resúmen de sus efectos y cuidados, el velo relijioso estendido por la mano materna ante sus ojos para resguardar la inmaculada pureza de su inocencia.

Por lo demas, Clementina era una niña alegre, cuando se hallaba fuera de la vijilancia de su padre, risueña y afectuosa con su madre y el viejo José, las únicas personas que no le inspiraban ni temor como Mr. Dunoye, ni fastidio como los visitantes cincuentones de la casa.

El padre de Clementina, como muchos en igual caso, se habia encargado de asegurar el porvenir de su hija, destinándodola para marido a un hermano suyo establecido en Béljica, el que debia volver a Paris mui en breve para recibir la mano de la victima condenada sin saberlo a ser la compañera de un hombre que podia mui bien servirla de abuelo.

Tal era el estado de la familia Dunoye en la época de la revolucion de junio en 1848.

V.

En la mañana del dia 24, Clementina y su madre, al mirar hácia la calle por una de las ventanas del cuarto que habitualmente ocupaban, vieron con espanto la formidable barricada de la calle de Saint-Maur ocupada por las siniestras figuras de los defensores que, en actitud amenezante y resuelta, esperaban el ataque del enemigo.

La niña no pudo, sin embargo del temor que aquella escena la inspiraba, dejar de fijar sus ojos en la esbelta figura del jefe de los amotinados, el que por su traje y compostura se hacia notar entre aquel puñado de hombres feroces y andrajosos. Vestia aquel un frac azul de botones amarillos bajo un paletot del mismo color, una elegante gorra de terciopelo negro, un pantalon oscuro y botas charoladas de irreprochable elegancia: el frac se abotonaba sobre un cintu-

ron del cual pendia una espada de las que cargan los oficiales de infanteria lijera. Este traje semi-militar cuadraba mui bien con la marcial apostura del que lo llevaba, y añadia a su rostro altanero y varonil toda la majestad necesaria al que tenia que hacerse obedecer por aquella turba indisciplinada y rabiosa. En el isntante que era mirado por Clementina, el jóven se apoyaba sobre lo boca del cañon de un fusil colocado perpendicularmente, mientras que sus ojos parecian buscar impacientes algun enemigo para salir de la inaccion en que se hallaba, cuando en varios puntos se hacia ya oir el fuego del combate que se trababa para durar cinco dias consecutivos sin tregua ni capitulacion.

Clementina se preguntaba los motivos que podian haber inducido a aquel jóven a capitanear a los amotinados de la barriceda, de tan inferior condicion a la que él parecia pertenecer, y mientras su imajinacion no podia encontrar la resolucion de aquel problema sus ojos admiraban la blanca y fina cutis del semblante del mozo, sus ojos ardientes y llenos de vida, sus manos cuidadas y aristocráticas, y pensando instintivamente que mui pronto talvez la muerte vendria a cortar el hilo de esa vida en flor.

—Ah, mamá, que va a ser de nosotras esclamó Clementina, estremeciéndose al hacer aquellas reflexiones.

—Dios quiera evitar la efusion de sangre dijo la señora Dunoye elevando los ojos al cielo.

Y al terminar estas palabras, oyeron las descargas del fuego de las calles vecinas que principiaban con una fuerza aterradora.

La madre y la hija se retiraron silenciosas al fondo de la pieza y comenzaron a orar por los que exhalaban el último suspiro.

Mui pronto se oyeron algunas voces de los defensores de la barricada i tras de ellas estalló, haciendo temblar las vidrieras de los aposentos, una descarga unida y enérjica seguida de otra no ménos atronadora que las fuerzas de la Asamblea enviaban en contestacion a la primera. El combate se habia trabado, y desde aquel instante casi todo el dia se pasó en una refriega continua.

Clementina, por un movimiento de curiosidad irresistible se sintió arrrstrada hácia la ventana, al travez de la cual, y por el espacio de las persianas, se divisiba el campo de los combatientes sin hallarse es puesta a ningun accidente por la posicion de la barricada; mas apénas, hubo tendido su vista sobre la calle, sus ojos se nublaron y sintióse desfallecer de tal manera que la fué preciso apoyarse al marco de la misma ventana. El cuadro que se ofreció a su vista era bien propio para causarla aquella violenta conmocion.

Un hombre herido en el pecho se hallaba sobre el empedrado retorciéndose en espantosas convulsiones; otros heridos tambien se arrastraban para ponerse a cubierto de las balas, y el jefe del motin, de pié sobre las barricada, descargaba su fusil sobre el enemigo sin intimidarse por el rüido del fuego graneado. La jóven se sintió llena de admiracion hácia aquel gallardo mozo que con tan admirable sangre fria desafiaba la zaña de los sitiadores y desde aquel instante siguió con creciente interes todos sus movimientos, temiendo verlo caer a cada instante y sintiendo por su suerte una irresistible simpatía.

La madre, seguia de rodillas implorando el auxilio de Dios para los que caian en el combate.

Llegó por fin la escena del Guardia móvil que hemos descrito a nuestros lectores y tras ella el furioso ataque de las fuerzas sitiadas. Clementina contempló con asombro el arrojo del jefe y su desesperada defensa hasta que lo vió caer y rodar de lo alto al suelo de la calle; y, ella entónces, con la velocidad del relámpago salió corriendo del aposento, bajó la escalera y llegó a la puerta de calle donde se hallaba en observacion el viejo José.

—¿Tú has visto todo? le preguntó con voz entrecortada por la ajitacion.

—Todo, señorita, la contestó el portero.

—¿El jóven, el jefe que ha caido?

—Tambien.

—Pues es necesario salvarlo; aprovecha el momento y podrás traerlo hasta aquí.

El viejo José sin hacer objecion alguna, abrió la puerta y condujo, como hemos visto, el cuerpo inanimado del jóven insurjente.

—¿Y ahora señorita, qué hacemos, preguntó acomodando sobre su cama el cuerpo del jóven.

—¿No hai un cuarto al lado de nuestra cocina que comunica con ella? preguntó Clementina.

—Sí,

—Pues bien, llévalo ahí y haremos cuanto se pueda.

El viejo subió llevando a cuestas el cuerpo del herido y Clementina volvió donde habia dejado a su madre.

—Mamá la dijo, vengo de hacer una accion que me perdonarás.

—¿Cuál es? preguntó la señora Dunoye.

—He hecho recojer un jóven herido y ocultarlo en la casa.

—¡Dios mio, si Dunoye lo sospechase!

—Seria una desgracia, pero trataremos de que nada sepa, dijo Clementina, desplegando una enerjía que nadie hasta entónces habia conocido en ella.

VI.

Clementina, en efecto se hallaba animada por una fuerza de espíritu que jamas habia desplegado en su vida por falta de una ocasion talvez que la hiciera aparecer. ¿Cuántas veces un lijero incidente basta para despertar facultades morales que yacian adormecidas y que sin ese impulso acaso nunca habrian despertado? Y no es uno de los mas bellos atributos del alma, esa instantaneidad de la inspiracion que induce en un momento a ejecutar acciones que parecen el fruto de una decision premeditada? Basta que el soplo del entusiasmo arroje su aliento vivificante sobre el cerebro, para que el espíritu rompa las trabas que en la vida ordinaria lo ligan y esplaye su poder conmoviendo la jenerosa riqueza del corazon. Esos pacíficos ciudadanos convertidos en héroes en un dia de combate, esos jenios que se alzan de súbito en medio de una situacion desesperada, la historia de todos los paises en fin, nos dan ejemplos infinitos de aquella verdad. Hai corazones que como ciertas tierras vírjenes solo necesitan de un grano de cimiente para producir copiosísimos frutos.

Clementina poseia uno de esos corazones dotados privilejiadamente. Ella como dejamos dicho, habia tan solo admirado al principio el enérjico ardimiento del jóven insurjente, y habia temblado por su muerte casi segura con ese instinto del corazon que nos hace apasionarnos de todo lo grande y jeneroso, con la sensibilidad natural a toda alma jóven que la impulsa a deplorar la pérdida de todo lo que es bello y lleno de esperanzas. Cada detonacion resonaba en su oido como una amenaza terrible que borraba de la vida del jóven los instantes que lo separaban de una muerte señalada por el destino: verlo perecer en la barricada, era para Clementina una cosa indudable y esta persuacion la retuvo en la ventana hasta la caida del jóven. Entónces olvidó sus temores de niña obediente para no pensar sino en salvarlo: su corazon, rebozando de jenerosos sentimientos, la infundió repentinamente ese coraje que la hemos visto desplegar.

Mas, talvez su enerjia no fué sino la fiebre del momento, pues al ver entrar a su padre en el aposento sintió su sangre convertirse en hielo y sus mejillas perdieron el encarnado con que su entusiasmo las tiñiera.

La señora Dunoye que ni aun habia participado del entusiasmo de su hija, temblaba como un delincuente en presencia del patíbulo.

—Ah, señora, que terrible dia dijo Mr. Dunoye, dirijiéndose a

su mujer que con los ojos fijos trataba de contar las rayas del entablado del piso.

—Terrible en efecto, dijo ésta con voz apagada.

—Pero la Asamblea sabrá triunfar de todos esos facciosos y cada uno de ellos recibirá su merecido, prosiguió Mr. Dunoye.

Clementina y su madre permanecian silenciosas.

En el mismo instante se oyeron fuertes golpes dados a la puerta de calle: estos golpes resonaron en los oidos de las dos mujeres como la trompeta del juicio final; un secreto presentimiento las hizo temblar al mismo tiempo por la suerte del jóven herido, pues juzgaron que aquellos golpes anunciaban la visita de alguna partida de las fuerzas vencedoras.

Mr. Dunoye se adelantó hácia la puerta y saludó al oficial de una patrulla que guiado por el viejo subia con su jente la escalera del primer piso: el oficial penetró con Mr. Dunoye y los soldados descansaron sobre las armas a la puerta del aposento.

—Señor, dijo el jefe de la patrulla dirijiéndose a Mr. Dunoye, me parece escusado esplicar el motivo de mi visita, tanto mas cuanto que U. ha visto la compañía en que he venido.

—Lo comprendo señor, y en esta virtud dijo Mr. Dunoye mi casa está a sus órdenes, puede U. hacer rejistrar por todas partes.

El oficial hizo señas a un sarjento que se avanzó seguido de cuatro soldados.

Entretanto Clementina y su madre se miraron aterradas como buscando la una en la otra el valor que las abandonaba en aquel momento decisivo; los semblantes de ámbas estaban lívidos de pavor y sus cuerpos temblaban convulsivamente. Si el oficial hubiese fijado en ellas sus ojos habria concebido mui fuertes sospechas sobre aquella casa.

—Rejistrad por todas partes, dijo dirijiéndose al sarjento.

—Dios mio, van a prenderlo, dijo la madre al oido de la hija estamos perdidas.

Mas, ántes que el sarjento y sus soldados hubiesen obedecido la órden del jefe el viejo José se aproximó a este diciéndole:

—Y qué quiere U, señor encontrar en casa de un representante del pueblo.

—¿El señor es representante? preguntó el oficial señalando a Mr. Dunoye.

—Si señor, dijo éste, y U vé que me he hallado en la imposibilidad de presentarme en mi puesto.

—En tal caso dijo el oficial, la visita me parece inútil, pues creo que la Asamblea no tiene nada que temer de sus propios miembros.

Y al decir esto salió del aposento, levantando un peso enorme del corazon de la madre y de la hija, próximas a desfallecer.

El resto de la tarde fué triste y silencioso para la familia Dunnye. Despues de comer el padre de Clementina se retiró a su escritorio quedando ésta y la señora Dunoye en el aposento que las hemos visto durante el ajitado dia que acababa de pasar.

—¿No iremos a ver a ese pobre herido? dijo Clementina cuando oyó perderse el ruido de los pasos de su padre.

—Casi ha sido causa de nuestra pérdida, dijo la madre, sin atreverse a contradecir abiertamente a su hija.

—Y como abandonarlo, dijo ésta, está en peligro de morir talvez, ¿no seria en nosotras un crímen dejar morir a uno de nuestros semejantes pudiendo auxiliarlo?

—Ciertamente, pero si mi marido llega a saberlo nos reprochará esto como un crimen tambien, observó la señora.

—Dónde estaria el mérito si en socorrerlo no hubiese ningun peligro? esclamó Clementina, sintiendo renacer su valor sublime, pasada la primera impresion del terror.

—Vamos, puesto que tú lo quieres, dijo la madre, hagámoslo cuanto ántes, despues seria tarde.

Ambas salieron de la pieza y despues de subir una pequeña escalera, atravesaron un estrecho pasadizo, y por una puerta embutida en la muralla se introdujeron en el aposento del jóven herido.

Una sola luz esparcia sus rayos inciertos por aquella estancia, dejando en mayor oscuridad el rincon donde el viejo portero habia colocado la cama del jóven: dos sillas y una mesa de palo blanco componian el amueblado; la cama estaba estendida sobre un catre de tijera. Clementina y su madre oyeron al entrar la respiracion afanosa y ajitada del enfermo, bien que por la escasez de luz no pudieron desde luego distinguir mas que un bulto informe bajo las frazadas; mas poco a poco familiarizándose con la oscuridad, pudieron ver sobre la almohada la pálida y noble cabeza del jóven, cuyos cabellos echados hácia atras descubrian su frente descolorida y altanera. Su cuerpo se ajitaba de cuando en cuando, como a influjos de una conmocion nerviosa, y su voz trataba envano de modular palabras que la lengua se negaba a repetir. Al lado de su cama se veia su traje y una pistola descargada.

La señora Dunoye y su hija temblaron al divisar aquel jóven escapado de una muerte casi segura, y salvado por un accidente de las manos de sus enemigos. La madre, poseida del temor a su marido no vió en él nada mas que la continua amenaza suspendida sobre su cabeza, al paso que Clementina, mirando con amor las doscoloridas facciones del enfermo, pensó con orgullo que a ella se debia la salvacion de aquel héroe desconocido. Mas ¿de qué sirve todo esto cuando puede morir de sus heridas, pensó la niña entristeciéndose. Seria una lástima, añadió,

porque es bien bello y bien valeroso.—Y sin notarlo ella misma talvez, dos gruesas lágrimas rodaron sobre sus mejillas de niño.

—Pobre jóven, dijo la señora Dunoye parece sufrir mucho.

—Mamá, ¿no tiene fiebre? dijo Clementina no atreviéndose ella misma a tocar la frente del jóven.

La señora puso la mano sobre la frente del herido mientras que Clementina observaba sus facciones.

—En efecto, está mui ardiente, esclamó en voz baja la señora Dunoye.

—¿Qué hacer? dijo Clementina.

En este momento el viejo José penetró en la estancia.

—El doctor del tercer piso lo ha visto, dijo, y cree que sus heridas no sean mortales, solo ha encargado mucho silencio y no dejarlo moverse.

Al oir estas palabras Clementina dió gracias al Creador por su bondad infinita: la parecia tan triste la muerte de aquel pobre jóven, sin parientes ni amigos que pudiesen reclamarlo.

—Vamos, dijo la señora Dunoye.

Mas apénas pronunciada esta palabra, el herido alzó la cabeza, sus ojos se fijaron en la señora como una persona que oye una voz entre sueños, y estendiendo hácia ella los brazos:

—Madre mia, madre mia, esclamó, cayendo despues sin movimiento sobre su almohada.

—Pobre jóven, tiene madre, pensó la señora Dunoye, sintiéndose llena de ternura hácia él.

—Ah, tú lo cuidarás mucho, ¿no es así? dijo Clementina a José, yo respondo de todos los gastos, nada ahorres.

Quedad tranquila, nada le faltará.

VII.

Las últimas palabras de Clementina habian sido pronunciadas al oido del viejo portero, cuando la señora Dunoye se hallaba fuera del aposento.

Mas tranquila con la contestacion que habia recibido, Clementina salió prometiéndose volver al dia siguiente por la mañana.

Retirada en su cuarto, dos horas despues de la visita hecha al enfermo, la jóven comenzó a sentir el peso de las emociones de aquel dia: para su vida igual y monótona los sucesos acaecidos eran los de un drama romántico, sus recuerdos pasaban confusos en su mente, agolpábanse a su memoria las trájicas escenas de la mañana, los temores azarosos del medio dia y los vagos placeres de la noche: en doce horas sentia haber vivido mas que durante todos los años de su existencia; porque en esas doce horas su corazon habia dado cabida a mil sentimientos

hasta entónces desconocidos, a mil pasiones cubiertas en su alma por el velo de la ignorancia de la vida.

Solo entónces tambien pudo reflexionar a su sabor en el cambio completo que aquellos sucesos habian operado en su vida; sus ideas, que solo habian jirado en el estrecho circulo de los cuidados domésticos, salvaban ahora sus ajustadas vallas y recorrian con ansia el misterioso campo del porvenir: en sus oscuros y tenebrosos valles ¿qué habia para ella? en sus prados alegres y feraces ¿qué flores debia recojer? Su corazon entónces se dejaba mecer por las brisas apacibles que embalsaman la primavera de la vida y en el éxtasis de sus devaneos, Clementina sentia levantarse en su pecho los antojos multiformes del alma que comienza a nacer a la accion y a la vida ordinaria, vida y accion que en tales casos cobran las formas de mil fantásticas ilusiones, en todas las cuales, como en medio de un sueño delicioso, la hermosa figura del jóven herido venia a reflejarse como una sola imájen reproducida en todas partes, siempre bella y radiante, aunque rodeada de diversos accesorios.

Empero, despues de la estraña exaltacion moral a que habia llegado en alas de su ardiente entusiasmo, debia sobrevenir el helado desaliento que la razon severa y el corazon tímido aun arrojan en medio de esos cuadros efimeros que la juventud se entretiene en bordar con la facilidad de la primera fé. Siguiendo la lei invariable de la naturaleza, sus fuerzas exitadas debian flaquear, su espíritu exaltado debia calmar las fuerzas de los primeros y jenerosos arranques del corazon. Clementina pensó en su posicion cuanto difícil peligrosa y se preguntó temblando el resultado de aquellos sucesos en los que solo su corazon habia obrado: ese volcan podia estallar por el mas leve incidente y envolverla en su terrible esplosion.

—Despues de todo, pensó ella al dormirse, creo que nada de malo he hecho, ¿por qué temer....?

Al dia siguiente, Clementina se despertó con las aves, su reposo habia sido uno de esos viajes aéreos que el espíritu inquieto emprende al travez de esas rejiones de los sueños que muchas veces se encargan de revelarnos los misterios de la existencia. Al despertarse, habia saltado de su lecho, lijera como una sílfide, se habia vestido sin pensar en lo hacia, y al cabo de pocos minutos se hallaba a la puerta del cuarto donde descansaba el herido. Su corazon latia con violencia y el fresco de la mañana helaba sus mejilas y su frente. La puerta pareció abrirse sola, y Clementina avanzó hácia el interior sin hacer el menor ruido. El enfermo dormia, y el viejo José sentado a los piés de la cama, dormia tambien: ella se acercó al portero y comenzó a llamarlo en voz baja, apoyándole la mano sobre el hombro.

—Ah, señorita, dijo José despertándose, ha dormido toda la noche como un bienaventurado: parece que el pobre jóven tenia mucha necesidad de reposo.

—¿Y la fiebre? preguntó Clementina.

—Felizmente ha desaparecido con un brevaje que dejó el doctor al retirarse, y que debo darle en cuanto despierte.

Y al decir estas palabras, el viejo se acercó a la cabecera.

—Aguarda, dijo Clementina, déjame salir y puedes despertarlo.

Mas apénas dió un paso hácia la puerta, el jóven abrió los ojos y los fijó en ella como preguntándose la esplicacion de aquel misterio.

Clementina se sonrrojó estremadamente y se quedó como clavada en su lugar,

—Ah, ah, dijo José dirijiéndose al enfermo, parece que estamos mucho mejor y sin duda U. se pregunta donde está.

—En verdad, dijo el jóven tratando de enderezarse, que todo esto me parece un sueño, y quisiera saber a quien debo dar las gracias por tan jenerosa asistencia·

Sus ojos mientras hablaba permanecian fijos en Clementina y ella sin poder alzar los suyos, sentia sobre cutis el fuego de aquella mirada.

—A la señorita, dijo José, mostrando a Clementina, ella os ha salvado.

—Es bien poca cosa señor, dijo ella, U. cayó herido y hemos cumplido con un deber en no dejarlo espuesto a una muerte segura.

Mientras Clementina pronunciaba esta respuesta con voz apagada, José salia del aposento diciendo que iba a traer la bebida.

—En todos casos dijo el jóven, U. me ha salvado: ignoro el mérito de la accion; pero agradezco profundamente. ¿Podré saber donde estoi? añadió despues de una lijera pausa.

—Mui fácilmente contestó Clementina: en casa de Mr. Dunoye.

—Mr. Dunoye ¿representante?

—Sí señor.

—¿Y como ha cosentido en recojerme? es uno de nuestros enemigos.

—Nada sabe, dijo Clementina, mi madre y yo os hicimos conducir aquí.

—Ah, dijo el jóven, bien veo que su accion no es tan poca cosa, como U. decia señorita.

—El médico ha recomendado el silencio, dijo el portero que entraba a la sazon.

Clementina se aprovechó del momento para retirarse.

—Una palabra si U me permite, dijo el jóven deteniéndola con la mirada ¿podré hacer saber de mi a mi familia?

—Imposible, dijo Clementina, las calles están todas ocupadas por las fuerzas de la Asamblea.

—¡Los miserables se han dejado vencer! esclamó el jóven cayendo sin conocimiento sobre su almohada.

Este grito de valerosa enerjia penetró a lo mas íntimo del corazon de Clementina, pues conocia que esas palabras no eran una vana fanfarronada.

—Oh, Dios mio, dijo acercándose a la cabecera del herido, pobre jóven.

Entretanto, José colocaba una almohada bajo la cabeza del enfermo para facilitar su respiracion.

—Ah, esclamó la niña como herida por una idea feliz, corre a mi cuarto José y trae un frasco de sales que hallarás sobre la mesa.

José salió precipitadamente, y Clementina se acercó a la cama tomando una mano del enfermo, que pendia del catre. Al contacto de la mano de Clementina, el enfermo abrió los ojos fijándolos en ella con indecible ternura.

—Ah, señorita, dijo con voz apagada, U. es sin duda mi ánjel guardian ¿qué he hecho para tanta bondad?

—U. es mui imprudente, dijo Clementina en tono de cariñoso reproche; violentarse en ese estado, ¿sabe U. que se espone a morir?

El jóven por toda respuesta miró a la niña con esa espresion inesplicable del amor que principia a nacer.

Clementina oyendo los pasos de José se retiró hácia el medio del aposento.

—Es inútil le dijo cuando este se acercaba con el frasco de sales en la mano.

Y dando al herido una mirada de adios se retiró, pasando como una sombra por el pasadizo y entrando despues a su cuarto con el mayor silencio.

ALBERTO BLEST GANA.

LA

CONSTITUCION POLÍTICA

DE LA

REPÚBLICA DE CHILE,

COMENTADA.

(Continuacion).

CAPÍTULO VI.

«Artículo 14. Los Diputados y Senadores son inviolables por las opiniones que manifiesten y votos que emitan en el desempeño de sus cargos.»

«Artículo 15. Ningun Senador o Diputado, desde el dia de su eleccion, podrá ser acusado, perseguido o arrestado, salvo en el caso de delito infraganti, si la Cámara a que pertenece no autoriza previamente la acusacion, declarando haber lugar a formacion de causa.»

«Artículo 16. Ningun Diputado o Senador será acusado desde el dia de su eleccion, sino ante su respectiva Cámara, o ante la Comision Conservadora, si aquella estuviere en receso. Si se declara habèr lugar a formacion de causa, queda el acusado suspendido de sus funciones lejislativas y sujeto al juez competente.»

«Artículo 17. En caso de ser arrestado algun Diputado o Senador por delito *infraganti*, será puesto inmediatamente a disposicion de la Cámara respectiva o de la Comision Conservadora, con la informacion sumaria. La Cámara, o la Comision, procederá entonces conforme a lo dispuesto en el artículo precedente.»

Hé aqui las disposiciones constitucionales destinadas a definir la inmunidad de los representantes de la nacion en el Congreso. Segun ellas, semejante inmunidad no puede existir sino dentro de los limites del derecho, porque si es indispensable asegurar la independencia de las funciones lejislativas, estableciendo la irresponsabilidad de los que las ejercen por todas las opiniones y votos que emitan en el desempeño de su cargo, tambien lo es establecer que no existe esa irresponsabilidad en cuanto ellos ofendan los derechos ajenos. De otro modo no podria conciliarse aquella inmunidad con el principio de justicia, que es la bases de todas las transacciones y relaciones politicas y sociales. En este sentido creemos que la inviolabilidad de opiniones no puede autorizar al que la inviste para infrinjir los reglamentos, base del órden y del sistema de los debates, ni tampoco para atacar la reputacion o la persona de otro.— En ámbos casos, hai abuso de una facultad, que es santa y útil en la discusion de los hechos y de las ideas, y subversiva del órden y del derecho cuando sale de ese terreno y altera o ataca las condiciones de uno u otro.

Los reglamentos de las Cámaras contienen disposiciones arregladas a esta doctrina, condenando como contraria al órden toda espresion en que se impute a las Cámaras o a sus miembros intenciones o sentimientos opuestos a sus respectivos deberes; pero sin dar este carácter a las imputaciones de desacierto, incapacidad o neglijencia, o de infraccion de constitucion o de sus deberes oficiales que se hagan a los demas funcionarios públicos, ni a las imputaciones de delito alguno sobre el cual se promoviese acusacion ante la Cámara.

Las faltas de esta especie no constituyen delito, y solo se reprenden declarándolos por acuerdo de la Cámara o haciendo salir de la sala, mediante un acuerdo análogo, al que los comete.

Mas por los articulos trascritos de la constitucion se ve que el representante no puede ser sometido a juicio por los delitos que cometiere, sin que le valga su inmunidad para otra cosa que para no ser acusado, perseguido o arrestado si ántes no declara que hai lugar a formacion de causa su respectiva Cámara, o la Comision Conservadora si aquella se halla en receso.

El único caso en que el representante puede ser acusado, perseguido o arrestado, sin ese requisito previo, es el de delito

infraganti, pero aun entonces no se le puede enjuiciar, sino que será puesto inmediatamente a disposicion de la Cámara respectiva o de la Comision Conservadora, con la informacion sumaria, para que esta declare si hai lugar o no a la formacion de causa.

La declaracion afirmativa deja al acusado suspenso de sus funciones lejislativas y sujeto al juez competente, miéntras que la negativa hace imposible el enjuiciamiento y lo deja libre de toda persecucion y arresto.

Podria dudarse si los efectos de una declaracion negativa son permanentes, o si queda subsistente el derecho del querellante o el oficio judicial para perseguir al individuo por el mismo delito, despues que deja de ser Diputado o Senador. Creemos que esos efectos son temporales y que no equivale la declaracion negativa a una absolucion, 1.° porque semejante declaracion, como todas las decisiones lejislativas, puede ser sometida de nuevo a la consideracion de la Cámara, y aun puede ser revocada, en la sesion del año siguiente a aquel en que se dictó, segun el tenor y espíritu del artículo 42 de la constitucion y de los que le son referentes, 2.° porque la Cámara, al hacer esa declaracion, no juzga ni puede investir el carácter de tribunal. Si juzgara, seria preciso admitir la misma doctrina respecto de una declaracion contraria, y creer que la Cámara condena, cuando declara que hai lugar a formacion de causa. La Cámara ejerce en este caso, como en otros, una atribucion puramente económica y conservadora de la independencia de sus miembros, y al ejercerla no procede como tribunal de derecho, sino como jurado, para apreciar, segun su conciencia, y no por fórmulas o apariencias, si la conveniencia pública y la moralidad que supone la persecucion de un delito pueden ser consultadas sin peligro de la independencia y de la dignidad de las funciones lejislativas. La misma irresponsabilidad de la Cámara sobre la declaracion que hace es una prueba de que no inviste en este caso el carácter de un tribunal, y de que solo pone en ejercicio una atribucion conservadora. Es cierto que puede errar o dar una declaracion manifiestamente injusta, pero tambien es cierto que todo lo que se hiciera para evitar este abuso, redundaria en perjuicio de la independencia del poder lejislativo: en tal caso solo la opinion pública puede calificar el acto de la Cámara, y en su respeto por esa opinion está la mejor, la única garantia que el derecho puede tener, cuando se trata de decidir una cuestion en que están interesadas la justicia pública por su parte, y la garantía de la independencia del poder lejislativo por otra.

Siendo la Cámara, pues, un jurado de declaracion previa, no falla sobre el delito, y aunque tenga presente la sumaria levantada, no pronuncia un juicio sobre ella ni en su virtud, sino que

solo la tiene presente para pronunciarse como jurado previo o *gran juri*. Así se entiende tambien esta doctrina en la práctica, puesto que se han visto casos en que la sumaria daba una plena prueba del delito y la Cámara de Diputados ha negado lugar al juicio; miéntras que en otro, la Comision Conservadora daba lugar a formacion de causa en vista de una sumaria que no arrojaba siquiera indicios contra el representante sindicado. (1)

Hemos dicho, con arreglo a los artículos comentados, que los Diputados y Senadores solo pueden ser acusados, perseguidos o arrestados, sin la previa declaracion, en caso de delito *infraganti*; pero la práctica ha agregado otra excepcion a esta regla, porque el ejecutivo ha procedido varias veces contra algunos representantes que no se hallaban en aquel caso, persiguiéndolos, arrestándolos y aun haciéndolos salir fuera del lugar de su domicilio, creyéndose autorizado a ello en virtud de una declaracion de sitio, por la cual se suspende el imperio de la constitucion, segun el artículo 161. Con todo, la suspension del imperio de la constitucion no se ha entendido jamas, ni puede entenderse, sino como una suspension de las garantías individuales; mas no como una derogacion accidental de la organizacion pública del Estado ni como una suspension de las garantías inherentes a esta organizacion. Si mediante una declaracion de sitio se suspendiera la inmunidad constitucional de los Diputados y Senadores, el cuerpo lejislativo quedaria sin existencia propia; y haciéndose aquella declaracion en virtud de una atribucion del ejecutivo, la cual no puede ser ejercida, sino cuando el Congreso no se hallare reunido, segun el inciso 20 del artículo 82, es claro que con semejante doctrina podria el ejecutivo imposibilitar para siempre o a su voluntad la reunion próxima de las Cámaras, aprisionando o desterrando a sus miembros por razones de estado y por un interes político. No es esta la única consecuencia desastrosa que produciria la doctrina de que la suspension del imperio constitucional importa una suspension del órden y organizacion del Estado, pues que con la misma lójica se puede sostener que por una declaracion de sitio desaparecen las atribuciones, las inmunidades y la autoridad del mismo ejecutivo, las de sus ajentes, las de los tribunales de justicia, las del Estado en una palabra; y no es posible aceptar semejante opinion, que mina por su base el sistema constitucional y que nos conduce a un absurdo. La falsedad

(1) Damos testimonio de estos casos, porque los hemos examinado y visto, y no los designamos porque no debemos hacer recuerdos odiosos. Quien se tome la pena de examinar los casos prácticos, verá la verdad.

de una doctrina nunca aparece mas clara que cuando se la examina en sus aplicaciones.

De consiguiente, la práctica a que aludimos no puede estar apoyada ni en la razon, ni en el interes social, ni en la constitucion, y es de todo punto arbitraria.

DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS.

«Artículo 18. La Cámara de Diputados se compone de miembros elejidos por los departamentos en votacion directa y en la forma que determinare la lei de elecciones.»

«Artículo 19. Se elejirá un Diputado por cada veinte mil almas, y por una fraccion que no baje de diez mil.»

«Artículo 20. La Cámara de Diputados se renovará en su totalidad cada tres años.»

«Artículo 21. Para ser elejido Diputado se necesita:

1 Estar en posesion de los derechos de ciudadano elector;

2 Una renta de quinientos pesos, a lo ménos.»

«Artículo 22. Los Diputados son reelejibles indefinidamente.»

«Artículo 23. No pueden ser Diputados los eclesiásticos regulares, ni los eclesiásticos seculares que tengan cura de almas; ni los jueces letrados de 1.ª instancia, ni los Intendentes y Gobernadores por la provincia o departamento que manden; ni los individuos que no hayan nacido en Chile, si no han estado en posesion de su carta de naturaleza, a lo ménos seis años ántes de su eleccion.»

La forma de la eleccion directa no está determinada en la constitucion, como lo está la de elecciones indirectas. Aquella es arreglada por una lei especial, que puede ser revocada o modificada, segun las circunstancias, sin necesidad de reformar la constitucion. Este método deja al poder lejislativo ordinario la facultad de proveer a las necesidades de la república siempre variable en este punto.

Las elecciones directas que fija la constitucion son las de Diputados al Congreso, las de electores de Senadores y de Presidente de la República, y las de miembros de las municipalidades. Las indirectas son las que hacen los electores de Senadores y de Presidente.

Las primeras se hacen emitiendo el ciudadano calificado su sufrajio escrito, sin necesidad de publicarlo ante las mesas receptoras que se instalan en cada parroquia y que se componen de cuatro miembros elejidos a la suerte por la municipalidad y de un presidente nombrado por esta misma. En el sufrajio solo se puede inscribir el nombre del número debido de candidatos, bajo pena de nulidad, en caso contrario. Los procederes de la eleccion están determinados en la lei especial. (1)

(1) Lei de 2 de diciembre de 1853.

Las elecciones de Diputados y de electores de Senadores se hacen durante dos dias consecutivos, desde el último domingo de marzo del año en que principia el periodo lejislativo; y los Diputados que se elijen por toda la República son setenta y dos y con cincuenta y dos suplentes, distribuidos segun la lei en esta forma. (1)

Provincias.	Departamentos.	Diputados.	Suplentes.
ATACAMA	Copiapó y Caldera	2	1
	Vallenar y Freirina	1	1
COQUIMBO	Serena	1	1
	Elqui	1	1
	Ovalle	2	1
	Illapel	1	1
	Combarbalá	1	1
ACONCAGUA	Petorca	1	1
	Ligua	1	1
	Andes	1	1
	San Felipe	1	1
	Putaendo	1	1
VALPARAISO	Quillota	2	1
	Valparaiso	3	2
	Casa Blanca	1	2
SANTIAGO	Santiago	6	3
	Victoria	2	1
	Melipilla	1	1
	Rancagua	4	2
COLCHAGUA	Caupolican	3	2
	San Fernando	3	2
	Curicó	4	2
TALCA	Lontué	1	1
	Talca	3	2
MAULE	Cauquenes y Constitucion	3	2
	Linares	2	1
	Parral	1	1
	Itata	2	1
ÑUBLE	Chillan	4	2
	San Cárlos	1	1
CONCEPCION	Concepcion y Talcahuano	1	1
	Coelemu	1	1
	Puchacai	1	1
	Rere	1	1
	Lautaro	1	1
ARAUCO	Laja	1	1
	Nacimiento y Arauco	1	1

(1) Lei de 26 de diciembre de 1854. B. lib. 22, núm. 10.

Provincias.	Departamentos.	Diputados.	Suplentes.
VALDIVIA	Valdivia y Union	1	1
	Osorno y Colonia	1	1
CHILOÉ	Ancud, Chacao, Dalcahue y Achao	1	1
	Castro, Chonchi y Lemui	1	1
	Calbuco, Carelmapu y Quenac	1	1
		72	52

Las condiciones de la elejibilidad son la posesion de los derechos del ciudadano elector y una renta que no baje de quinientos pesos; mas para asegurar el primer requisito no se exije la posesion de la boleta de calificacion, pues las Cámaras han declarado en varios casos que basta poseer las calidades que segun el artículo 8.° dan los derechos de ciudadano elector, puesto que el artículo 9.° solo exije la boleta de calificacion para ejercer el derecho de sufrajio y no como condicion de la elejibilidad.

El artículo 23 escluye de esta a los eclesiásticos regulares y a los seculares que tienen cura de almas, a los jueces letrados de primera instancia, y a los Intendentes y Gobernadores por la provincia o departamento que manden. Pero la práctica ha introducido respecto de los jueces letrados una relajacion, admitiendo en la Cámara a los que ejercen en Santiago y considerando a los de otros departamentos como Diputados, cuando son elejidos. Su eleccion es nula constitucionalmente, porque carecen de elejibilidad, segun el tenor y espíritu de aquella disposicion, que ha querido evitar los males que resultan de distraer de sus funciones judiciales a los jueces letrados de primera instancia, o de tener que encargar a suplentes, que jamas pueden llenarlos de un modo satisfactorio y espedito.

DE LA CÁMARA DE SENADORES.

«Artículo 24. El Senado se compone de veinte Senadores.»

«Artículo 25. Los Senadores son elejidos por electores especiales, que se nombran por departamentos en número triple del de Diputados al Congreso que corresponde a cada uno, y en la forma que prevendrá la lei de elecciones.»

«Artículo 26. Los electores deberán tener las calidades que se requieren para ser Diputados al Congreso.»

«Artículo 27. El dia señalado por la lei se reunirán los electores en la capital de su respectiva provincia, y sufragará cada uno por tantos individuos, cuantos Senadores corresponda nombrar en aquel periodo.»

«Artículo 28. Acto continuo se practicará el escrutinio, y se

estenderán dos actas de sus resultados, suscritas por los electores, las cuales se remitirán cerradas y selladas, una al cabildo de la capital de la misma provincia para que la deposite en su archivo, y otra a la Comision Conservadora.»

«Artículo 29. La Comision Conservadora pasará oportunamente todas las actas al Senado para que el 15 de mayo inmediato, ántes de la primera reunion ordinaria de las Cámaras, verifique el escrutinio jeneral, o haga la eleccion en caso necesario, y la comunique a los electos.»

«Articulo 30. Los individuos que por el resultado de la votacion jeneral obtuvieren mayoria absoluta, serán proclamados Senadores.»

«Articulo 31. No resultando mayoria absoluta, el Senado rectificará la eleccion, guardando las reglas establecidas en los articulos 68, 69, 70, 71, 72 y 73.»

«Articulo 32. Para ser Senador se necesita:

1 Ciudadanía en ejercicicio.

2 Treinta y seis años cumplidos.

3 No haber sido condenado jamas por delito.

4 Una renta de dos mil pesos a lo ménos.

La condicion esclusiva impuesta a los Diputados en el articulo 23 comprende tambien a los Senadores.»

«Articulo 33. El Senado se renovará por tercias partes, elijiéndose en los dos primeros trienios siete Senadores, y seis en el tercero.»

«Articulo 34. Los Senadores permanecerán en el ejercicio de sus funciones por nueve años, y podrán ser reelejidos indefinidamente.»

«Articulo 35. Cuando falleciere algun Senador o se imposibilitare por cualquier motivo para desempeñar sus funciones, se elejirá en la primera renovacion otro que le subrogue por el tiempo que faltase para llenar su periodo constitucional.»

Estos doce artículos determinan la organizacion del Senado de una manera tan clara, que no necesitan de comentarios. Sin embargo, haremos algunas observaciones dignas de tenerse presentes para conocer mejor la naturaleza del gobierno adoptado.

El Senado se constituye por una eleccion indirecta de dos cientos diez y seis votos, supuesto que los electores han de ser en número triple del de Diputados al Congreso, los cuales son setenta y dos. La mayoria absoluta exijida por el artículo 30 para esta eleccion es de ciento nueve votos, que han de reunirse en favor de los siete Senadores que deben elejirse cada tres años para renovar el Senado por terceras partes, de los que se elijan conforme al artículo 35 en reemplazo de los que fallecieren o se imposibilitaren por cualquier motivo para desempe-

ñar sus funciones, y de los tres suplentes que ademas se elijen en cada periodo, segun la lei de 5 de enero de 1852. (1)

Esta lei ordenó la eleccion de nueve Senadores suplentes en la misma forma que los propietarios, debiendo renovarse durante el primero y segundo trienio conforme a lo dispuesto en el artículo 7.° de las disposiciones transitorias de la constitucion, es decir designando a la suerte los tres que deben cesar, y en los siguientes segun el órden de antigüedad. Los suplentes son llamados a funcionar segun la preferencia que les diere el mayor número de votos de su eleccion, y en caso de igualdad, se fija por sorteo el órden de preferencia.

No concurriendo la mayoria de ciento nueve votos sobre los diez candidatos, que lo menos deben elejirse, el Senado mismo hace la eleccion, guardando las reglas que los artículos 69 al 73 establecen para que el Congreso haga la eleccion de Presidente de la República, cuando la eleccion jeneral no da mayoría absoluta en favor de un candidato a la presidencia.

Este modo de proceder en la eleccion dá al Senado un orijen que en rarísimos casos, o casi nunca es popular. Si los Senadores se elijieran por provincias, ya se comprende que seria fácil uniformar el voto de los electores provinciales en favor de dos o tres candidatos que les correspondiere elejir respectivamente; pero tratándose de nombrar diez o mas Senadores por toda la República es poco ménos que imposible reunir en favor de ellos los ciento nueve votos que constituyen la mayoría de todos los electores esparcidos y separados en todo el pais. Para conseguirlo se necesita la sujestion o el mandato del ministerio, y para que un partido político opositor al ejecutivo lograse el mismo resultado seria necesario que triunfase en la eleccion de la mayoría de los electores, que es lo mismo que triunfar en la de la mayoria de los Diputados, y esto es imposible que suceda, segun nuestro sistema electoral. Los triunfos posibles de un partido opositor en las elecciones, cuando mas quitarian algunos votos a la eleccion de los Senadores impidiendo que esta se hiciera por los ciento nueve que constituyen la mayoria absoluta; pero en este caso, el resultado seria peor para el sistema representativo, porque seria entonces el Senado quien haria la eleccion, conforme al artículo 31, y este cuerpo lejislativo no se integraria por una eleccion nacional, sino por un nombramiento hecho de su propia autoridad.

No se puede objetar contra estas observaciones confirmadas por la práctica de veinte años que lo mismo se procede en la eleccion de Presidente de la República, y que sin embargo esta puede ser nacional. Hai mucha diferencia entre ámbos casos:

(1) B. lib. 20 núm. 1.°

es fácil que la opinion pública se pronuncie en favor de un solo individuo que reune las distinguidas prendas, el alto prestijio y popularidad que se necesitan para ser elevado a la presidencia del Estado en una eleccion popular, y no lo es que suceda otro tanto respecto de diez o mas candidatos que se necesitan para integrar el Senado cada tres años. Un pais de corta poblacion y de las circunstancias físicas y morales de Chile no puede tener cada tres años mas de diez hombres tan eminentemente populares que reunan con prestijio mas o ménos igual la opinion de trece provincias diseminadas en una gran estension y con no fáciles ni frecuentes medios de intimidad. Para renovar el Senado de este modo, se necesita la constante y efectiva intervencion del ministerio en las elecciones de Senadores, como ha sucedido hasta ahora; y eso justifica nuestra observacion sobre que el Senado no es propiamente un cuerpo representativo, sino mas bien nombrado por el ejecutivo.

Toca a la historia apreciar los resultados de este sistema, pero a la ciencia política le corresponde condenarlo como vicioso, porque en último análisis es un arbitrio hipócrita adoptado para disfrazar el verdadero orijen de los cuerpos lejisladores, haciéndolo aparecer nacional, cuando propiamente está en el ejecutivo, que lo nombra, y que por este medio puede conculcar todas las ventajas del sistema democrático representativo.

Otra observacion de distinto carácter nos sujiere el artículo 32, que exije como primer requisito de la elejibilidad de los Senadores la *Ciudadanía en ejercicio*. El 21 fija para la elejibilidad de los Diputados el de *Estar en posesion de los derechos de ciudadano elector*. Entre ambas espresiones hai una diferencia notable que da lugar a creer que la ciudadania en ejercicio exijida por el primero hace necesaria la posesion de la boleta de calificacion, y que no basta poseer los derechos de ciudadano elector. Mas el Senado ha declarado una vez, como la Cámara de Diputados, que no es indispensable la boleta y que basta la capacidad de ciudadania.

Otra interpretacion del Senado ha fijado tambien el sentido de la parte 2.ª del artículo 32, que exije como requisito de la elejibilidad treinta y seis años cumplidos. Una vez fué elejido Senador un ciudadano que no tenia esa edad, y sin embargo dé ser nula su eleccion, segun la letra de este artículo, el Senado la declaró válida para cuando el elejido cumpliese los treinta y seis años, y en efecto, al cumplirlos, entró en el ejercicio de sus funciones. (1)—(*Continuará*).

JOSÉ V. LASTARRIA.

(1) Caso del Senador don José Miguel Irarrázabal.

EL SEÑOR DON ANTONIO GARCÍA REYES.

Chile acaba de perder a uno de sus mas distinguidos hijos en la persona del señor don Antonio García Reyes. Buen hijo, buen padre, buen amigo, buen ciudadano, abogado distinguido de nuestros tribunales, escritor brillante, orador de primer órden, García Reyes ha fallecido en Lima a la temprana edad de treinta y ocho años despues de haber recorrido los puestos mas importantes de su patria, y dejando tras de sí el recuerdo imperecedero de las mas altas virtudes.

Nació el señor don Antonio García Reyes én la ciudad de Santiago a principios del año de 1817. Sus padres, que aun viven, son el señor don Antonio García Haro, oficial entónces del ejército realista de Chile, jefe distinguido despues en la guerra de la independencia del Perú y en los ejércitos de España, y su madre la señora doña Tadea Reyes. Los primeros dias de la vida de García Reyes coincidieron con la prision de su padre en la jornada de Chacabuco: de este modo se vió introducido al mundo sin fortuna, sin prestijio y hasta casi sin nombre. El supo mas tarde vencerlo todo, y elevarse al rango mas distinguido a que puede aspirar el mas encumbrado de los chilenos.

Las vicisitudes de la guerra de la independencia americana

llevaron a su padre al Perú y mas tarde a España. La educacion de García Reyes quedó desde entónces confiada al cuidado de sus tios maternos, algunos de los cuales, si bien no poseian una fortuna abundante, no dejaron de suministrarle los recursos mas necesarios para seguir sus estudios en el instituto nacional. El señor presbítero don Pedro Reyes, sobre todo, lo tomó a su cargo, costeaba su educacion en cuanto le permitian sus escasos bienes de fortuna y cuidaba de él casi como podria hacerlo un padre dilijente

El jóven García era mui acreedor al empeño que tomaban sus deudos por educarlo. Desde los primeros años de sus estudios en el instituto sobresalió entre sus condiscípulos por un talento precoz, una imajinacion vivísima y un carácter naturalmente dulce y afable. Sus maestros lo distinguian de ordinario en los informes que pasaban acerca del adelanto de los alumnos, y el periódico oficial publicó siempre su nombre entre los de los estudiantes mas sobresalientes del instituto nacional. Dedicóse a los estudios forenses, cursó los ramos que entónces se enseñaban en nuestros colejios a los jóvenes que se dedicaban a la carrera del foro, y amplió sus conocimientos estudiando teolojía, frances, jeografía y cosmografía. En aquella época eran mui raros los estudiantes que emprendian estos estudios.

Siendo tan pocos los ramos que entónces se cursaban en los colejios de Chile, ellos no imponian a los estudiantes la obligacion de contraerse incesantemente al estudio para cumplir con sus clases. Miéntras sus otros condiscípulos perdian su tiempo en juegos y travesuras, García Reyes concibió el proyecto de formar un *Diccionario jeográfico de Chile*. Para llevar a cabo una obra tan atrevida, tomó por base el famoso *Diccionario jeográfico de América* de Alcedo, y sacó de él todos los artículos relativos a Chile. Ampliaba estos con las noticias que recojia empeñosamente de boca de sus condiscípulos acerca de la provincia o lugar de que ellos son orijinarios, con los datos estadísticos que publicaba el *Araucano*, y con todas las variaciones que la independencia habia introducido en la administracion pública y en la division del territorio. Agregaba despues una multitud de artículos que no se hallaban enunciados en el *Diccionario* de Alcedo, sea por la insignificancia del lugar para que figurase en aquella obra, o porque fuese un sitio desconocido hasta entónces, o algun pueblo de nueva fundacion. A fuerza de contraccion y de trabajo, su autor, un muchacho entónces de diez y seis años, logró adelantar mucho de aquella difícil tarea.

Don Antonio García Reyes conservaba su obra copiada en cuadernos, que mostró a algunos de sus amigos. Fácil es inferir que

ella no es un trabajo científico y concienzudo, lleno de datos matemáticos y jeolójicos, para lo cual no estaba preparado su autor, ni se lo permitia su edad; pero su *Diccionario* contiene una infinidad de noticias importantes y curiosas, y está redactado en un lenguaje claro y lucido. Jamas pensó en publicarlo, y en cierta ocasion en que uno de sus amigos le pidió que lo diese a luz, Garcia Reyes se escusó diciendo que tendria que modificarlo mucho ántes de entregarlo al impresor.

Desde esa época, el señor Garcia deploraba la absoluta falta de libros sobre la historia nacional y mui particularmente sobre la gloriosa revolucion de Chile. Lamentaba con este motivo la ignorancia de todos los chilenos en este particular. Alentado de un espíritu entusiasta concibió la idea de despertar el gusto por esos estudios, y no descansó hasta que no vió fundada en el instituto nacional una sociedad histórica de que eran miembros los mas distinguidos alumnos del colejio. De este número eran el señor don Antonio Varas, ministro ahora del interior y relaciones esteriores, y el señor don José Victorino Lastarria, uno de los escritores mas eminentes del pais. Ellos se reunian periódicamente, y aglomeraban los diversos folletos que tenian alguna relacion con la historia nacional. La sociedad, como era de esperarlo, no hizo gran cosa para realizar su programa; pero todos sus miembros se sintieron impregnados del mismo espíritu que animaba a Garcia.

La vida pública de Garcia Reyes casi comienza en esta misma época. La introduccion a ella fué obra de su talento únicamente. La relacion de este incidente de su vida tendrá algun interes.

A mediados de 1836 se publicaba en el periódico oficial, el *Araucano*, largos y razonados artículos sobre la necesidad de pedir al protector de la confederacion Perú-boliviana una reparacion ámplia por ciertos ultrajes hechos a la nacionalidad chilena. Garcia Reyes creyó que debia tratarse la cuestion con mas fuego y enérjia, y en este sentido comenzó a escribir un artículo, que no tenia donde publicar. Vió por casualidad uno de sus tios un borrador, y, sin que Garcia supiese nada, lo llevó inmediatamente al ministro de la guerra don Diego Portales. Leyólo éste con atencion, y desde luego creyó que el jóven autor de ese artículo era un hombre notable. El ministro lo mandó llamar al ministerio, y, aun cuando la turbacion de Garcia le hizo dudar que él hubiese escrito el artículo, le encargó que lo concluyese para publicarlo en el *Araucano*. Garcia volvió a su casa, revisó su trabajo, y en la misma tarde lo puso en manos del ministro Portales. Pocos dias despues el *Araucano* publicó su artículo: el lenguaje brillante y entusiasta con que estaba escrito le dió gran boga y circulacion.

Con esto solo la carrera de García estaba comenzada. El ministro Portales, tan hábil para dirijir los negocios del estado como perspicaz para distinguir y fomentar a los jóvenes de talento, llamó a García al ministerio y creó para él un destino de oficial ausiliar. Encargósele entonces la redaccion de documentos públicos de alta importancia, y, entre otros, la memoria del ministerio de hacienda de 1836. Quien haya visto el trabajo de Garcia Reyes, conocerá cuanto prometia ese jóven a la edad de diez y nueve años.

Pocos meses despues de la ocurrencia que queda escrita, salió de Chile una legacion extraordinaria cerca del gobierno de la confederacion Perú-boliviana. Don Mariano Egaña marchó entónces en calidad de ministro plenipotenciario, llevando consigo tres oficiales de legacion, que debian servir la secretaría. Eran estos don Antonio García Reyes, don Salvador Sanfuentes y don Juan Ramirez: el ministro Portales habia creido que convenia dedicar estos tres jóvenes a la carrera diplomática.

Durante su viaje, García permaneció una larga temporada en el puerto del Callao sin desembarcar una sola vez. Pasó ese tiempo ocupado en los trabajos de la secretaría de la legacion, y esplotando, como él decia, la ciencia de Egaña. Sus conversaciones rodaban frecuentemente sobre los estudios que habia dejado interrumpidos para servir a la patria, pero con mas frecuencia García le preguntaba sobre las ocurrencias y pormenores de algunos sucesos de la revolucion chilena, en que Egaña habia hecho un papel importante. Durante su residencia en el Callao, concibió el proyecto de narrar algun dia las glorias navales de la república.

A su vuelta a Chile Garcia quedó ocupado en el ministerio. El ministro Portales le ofreció entónces el destino de profesor de filosofía, que debia dejar don Ventura Marin a principios del año de 1837. García se consagró por algunos meses al estudio de esta ciencia; pero cuando se preparaba para enseñar el nuevo curso que iba a abrirse, el profesor Marin se manifestó dispuesto a seguir desempeñando aquella cátedra. Con este motivo el gobierno confió a García la clase de retórica, que por muerte de don Juan Egaña habia desempeñado accidentalmente el mismo Marin. Entonces le fueron de gran utilidad las relaciones que habia contraido con don Mariano Egaña. Este señor, animado de los mejores deseos en favor del jóven profesor, no solo le indicó las obras en donde podia formarse un buen gusto literario sino que despojó su biblioteca de algunos libros desconocidos hasta entónces en Chile, y que él habia traido de Europa, para regalárselos a García. Este los ha conservado siempre como un recuerdo de benevolencia y distincion del sabio Egaña.

Entonces comenzó a redactar un curso de retórica bajo un plan enteramente nuevo. Sea que no tuviese mucho empeño por concluir esta obra o que las ocupaciones no se le permitiesen, el comenzado curso de retórica quedó en principios.

Sus ocupaciones sin embargo, no le impidieron consagrarse con preferencia a su estudio favorito, la historia de Chile. Él supo sacar provecho de su permanencia en el ministerio; con un celo infatigable rejistraba y compulsaba los archivos de gobierno, tomando nota de todo aquello que le ofrecia mas interes. Cada vez que sus atenciones se lo permitian salia de la oficina en busca del edecan de servicio, o lo llevaba a la sala del ministerio, para oirle referir las campañas militares de la revolucion chilena. Por fortuna servian entonces el destino de edecan los coroneles don Agustin Lopez y don Nicolas Maruri, que habian servido en toda la guerra de la independencia, y casi siempre en distintos puntos. García interrogaba incesantemente a ambos, y recojia de sus labios todas las noticias que estos le comunicaban. Para conservarlas mejor las escribia en un cuaderno, y empleaba largas horas en cotejar estas relaciones con los documentos históricos y con los datos que podian suministrarle algunos otros militares de aquella época. García guardaba sus apuntes como una preciosa mina que algun dia debia esplotar.

Comenzó entonces a trabajar una historia jeneral de Chile. Su plan era dividirla en cuatro partes que debian llevar estos títulos: *Conquista—Colonia—Revolucion*—y *República*. En esta obra trabajó largo tiempo, y aun escribió algunos fragmentos sobre sucesos que él juzgaba de una importancia primordial. Entre estos habia una elegante descripcion de la batalla de San Cárlos, y un grueso cuaderno que contiene la historia completa de la república, desde la dimision de O'Higgins hasta 1828. A esta última parte le faltaba aun un último retoque para poder darla a luz. Nuevas y mas urjentes ocupaciones imposibilitaron a García para llevar adelante su importante trabajo. Muchas veces decia a sus amigos que la conclusion de esa obra, emprendida en su primera juventud, seria el solaz de su vejez.—Por desgracia la muerte vino a llevarse esta rica esperanza de la literatura nacional.

En enero de 1840, García Reyes, de edad entonces de veinte y tres años escasos, dió sus últimos exámenes y obtuvo el título de abogado, Desde entónces pesó sobre él el encargo de sostener a su familia; y, con un teson admirable, comenzó su carrera forense. Sin prestijio, sin vastas relaciones y sin contar con otro auxilio que el de su talento, él supo abrirse un sendero brillante en mui poco tiempo. El primer año, tan desgraciado de ordinario para los abogados principiantes, dió a García

una ganancia de cuatrocientos pesos; en el segundo triplicó esa suma, y, en el tercero su renta ascendió a cuatro mil pesos. Quien sepa lo mal pagados que entonces eran los trabajos forenses, comprenderá que se necesitaba de mucho crédito para ganar esta cantidad.

La reputacion que alcanzó García Reyes era mui justa y fundada. Si bien es cierto que él no sentia inclinacion y gusto por los estudios forenses, habia comprendido perfectamente su papel como abogado, y alcanzó a ocupar el primer puesto entre sus concólegas. Antes de pocos años de profesion no necesitaba ya tomarse un largo tiempo para estudiar y comprender la causa mas difícil que se ponia en sus manos, y para sacar en su defensa todas las ventajas que ofrecia el asunto. Acostumbróse al estudio de los espositores y comentadores, y aprendió a conocer la importancia relativa de cada uno de ellos. Sus alegatos abundaban en doctrinas jurídicas recojidas en el estudio; pero se distinguian sobre todo por la lucida felicidad de su esposicion y los brillantes rasgos de elocuencia con que las adornaba. En sus palabras habia siempre sentimiento; pero nunca la vana y pueril declamacion con que se pretende adornar los trabajos del foro. Uno de los miembros mas distinguidos de la suprema corte de justicia solia decir: «Cuando García tiene que alegar, la asistencia al tribunal, en vez de ser un trabajo pesado y fastidioso, es para mi un verdadero placer.» Varios alegatos forenses que dió a luz en diversas épocas son un modelo en su jénero: la gallardia y elegancia de su estilo realzan el mérito intrínseco del trabajo.

Llevaba apénas un año de profesion cuando conoció la falta que habia en Chile de un periódico en que se publicaran las sentencias de los tribunales de justicia, y comenzó a trabajar por la creacion de una gaceta oficial que llenase esta necesidad. A su juicio las resoluciones de los tribunales eran exactas interpretaciones de la lei que debian quedar recopiladas en un cuerpo para servir de guia a los abogados. Con esta idea, y eficazmente ayudado en su proyecto por el señor don José Gabriel Palma, que desde tiempo atras trabajaba por su realizacion, García Reyes consiguió fundar la *Gaceta de los Tribunales*, y publicar su primer número el 6 de noviembre de 1841. En este periódico escribió muchos artículos sobre varios puntos de jurisprudencia.

La abogacía, sin embargo, no separó enteramente a García Reyes del cultivo de las letras. En 1842 fué él uno de los mas tenaces promovedores de la publicacion del primer periódico literario que ha tenido Chile, el *Semanario*. Asociado a otros jóvenes distinguidos por sus talentos y luces vió realizados sus proyectos despues de mil dilijencias y empeños. García es el au-

tor de una multitud de articulos insertos en ese periódico, y entre otros de una brillante necrolójia del jeneral O'Higgins, publicada inmediatamente despues de haber llegado a Santiago la noticia de su muerte.

A la época de la creacion de la Universidad de Chile, en 1843, García Reyes fué nombrado miembro y secretario de la facultad de filosofía y humanidades. En ese puesto trabajó con decision y constancia en favor del programa de la corporacion. Sin evitar esfuerzos ni sacrificios, García Reyes no se escusó jamas para desempeñar los cargos que se le confiaban, ni para hacerse cargo de todos los informes que se le pedian. En 1846 le cupo a él el cargo de presentar la memoria anual sobre algun hecho de la historia de Chile; y, dando de mano por un corto tiempo a todos sus otros trabajos, formó su interesante *Memoria sobre la primera escuadra nacional*. García Reyes empleó mes y medio para estudiar los documentos y demas fuentes históricas, solo quince dias para redactar la memoria y una sola noche para hacer la introduccion. ¡Tan prodijiosa era su facilidad para escribir!

La *Memoria* de García Reyes, es bajo muchos aspectos una obra maestra. La elegancia y brillantez de su lenguaje, el fuego y colorido con que adorna la descripcion de los combates navales, la precisa claridad de su narracion y el interes que sabe darle son las dotes de estilo mas prominentes de su obra, pero hai en el fondo tanta animacion y tanto tino para presentar los sucesos sin muchos detalles, que basta leerla para conocer exactamente las campañas de la primera escuadra, sus prohombres y la época en que les tocó figurar. La *Memoria*, sin embargo, se resiente de la precipitacion con que ha sido hecha: contiene pocos pormenores, y algunos de los que contiene no están espuestos con toda la rigorosa exactitud histórica.

En 1853 García Reyes fué elejido miembro de la facultad de leyes y ciencias políticas de la Universidad, en reemplazo de don Francisco Bello. El discurso de recepcion que con este motivo pronunció para incorporarse es sin disputa la mejor de las piezas académicas que rejistran los anales de la corporacion. Trazaba en él García Reyes el panejírico del amigo con quien dividió las vijilias y afanes del estudio y señalaba con un tino superior los inconvenientes y defectos que hacen dejenerar a la abogacía en Chile casi en un oficio mecánico, reducido a disputas sobre hechos, a sostener estériles y enojosas chicanas en que no se debaten los puntos de la ciencia.

Mui jóven aun García se vió llamado a servir la secretaria de una sociedad de agricultura que acababa de fundarse en Santiago. Sin práctica alguna en esta industria, pero animado del

deseo de hacer algo en favor de tan útil institucion se incorporó gustoso a la sociedad, y trabajó incesantemente por la realizacion de ciertas ideas. En el *Agricultor*, periódico que daba a luz la sociedad, Garcia escribió algunos artículos sobre varias cuestiones jurídicas o industriales que tenian alguna relacion con el programa de aquel cuerpo.

En 1843, cuando apénas cumplia veinte y seis años, Garcia Reyes ocupó un asiento en la cámara de diputados como representante del departamento de Chillan. Contrájose con particular empeño al estudio de las cuestiones mas importantes de que se trataba, y tomó parte en algunas discusiones de interes. Desde luego se distinguió por sus ideas moderadas y progresistas, por el talento superior y por la elocuencia lucida y brillante con que las sostenia. Sus discursos siempre fueron buenos, y algunos de ellos magníficos. Su gallarda presencia, su pronunciacion dulce y sonora y su admirable facilidad de locucion eran sus menores dotes oratorias.

El juramento de estilo, tan elástico de ordinario en las discusiones de la política, fué sagrado para Garcia Reyes. La lei de la conveniencia y del interes no tenia vijencia alguna para él: su conducta no tenia mas guia que los dictados de su corazon y de su conciencia. Cuando se trataba de decir la verdad, él ni temia los odios que podia acarrearse, ní el influjo de los poderosos: sus discursos eran entonces mas brillantes y sus palabras mas espresivas y elocuentes que nunca.

Garcia Reyes tomó una parte principal en el debate de muchas cuestiones de importancia. Las ilustró con luminosos discursos, y despertó por ellas todo el interes que siempre tomaban las cuestiones en sus manos. Sus virulentos ataques a la lei de imprenta de 1846, sus discursos en favor de la nulidad de las elecciones de Colchagua de 1849, y en contra de un proyecto sobre abolicion de mayorazgos en 1850, la defensa del intendente de Aconcagua pronunciada ante el senado en ese mismo año, y la de un proyecto de lei que habia presentado a la cámara de diputados sobre la creacion de un tribunal superior de apelaciones, son piezas oratorias que se recordarán siempre en Chile.

En diversas épocas presentó a la consideracion de la cámara algunos proyectos de lei de alta importancia. Uno sobre procedimientos judiciales y otro sobre instruccion pública, que no han sido aprobados en todas sus partes, sirvieron de punto de partida para otros proyectos. La lei que reglamenta la desvinculacion de mayorazgos le debe a él su primer orijen.

Los principios políticos de Garcia Reyes fueron, como queda dicho, moderados y progresistas. Él no gustaba del impetuoso e intempestivo espíritu de reforma ni de la calmosa inaccion. Era

en realidad un discreto sectario del partido conservador. En este sentido las controversias de la política lo encontraron siempre con las armas en la mano. En 1849 fué elejido diputado por la Ligua, a despecho del ministerio de aquella época, que habia combatido y siguió combatiendo con tenacidad y audacia. Fué él uno de los fundadores de la *Tribuna*, periódico sensato en sus principios, y que abrió una ancha brecha en las filas de sus enemigos. García escribió en ese periódico bellísimos artículos, llenos de fuego y de patriotismo. Quien recorra los dos primeros meses de esa publicacion, durante los cuales tuvo García en ella una parte directiva, no trepidará en confesar que es lo mejor en su jénero que se ha publicado en Chile.

La oposicion de que era órgano la *Tribuna* concluyó con la caida del ministerio Vial. Entonces García fué llamado a formar parte del nuevo gabinete, en el puesto de ministro de hacienda. Sin conocimientos teóricos ni prácticos en la materia, pero si animado de los mejores deseos de ser útil al pais en aquel destino, García hizo grandes sacrificios pecuniarios, cerró su bufete que le producia una buena renta y se presentó al ministerio dispuesto a estudiar todas las cuestiones como un principiante. Por fortuna su capacidad superior no necesitaba de mucho tiempo para hacerse cargo de todas las dificultades que tenia que vencer.

García Reyes permaneció en el ministerio de hacienda diez meses escasos. En ese corto tiempo intentó mejoras de la mas alta importancia, y alcanzó a realizar algunos de sus pensamientos, sin arredrarse jamas por las grandes dificultades y tropiezos que a cada paso encontraba por todas partes. El fomentó con tino y acierto la casa de moneda, que entonces daba anualmente un déficit crecido, la puso en pié de producir una pingüe renta y pidió a Europa la magnífica maquinaria que ahora posee. A él se le debe una recopilacion de todas las disposiciones vijentes sobre aduanas, de que se sirvió su sucesor para formar la actual ordenanza, los primeros pasos para un cambio radical en la moneda, el incremento de la quinta normal de agricultura y mil otras medidas de alta importancia que seria largo enumerar. Quien conozca los trabajos que cuesta la planteacion de cualquiera mejora en el ramo de hacienda, no tachará de inactivo a García Reyes, y quien haya leido la memoria que presentó al congreso nacional en 1849 comprenderá cuan avanzadas eran sus ideas en este ramo de la administracion.

A su salida del ministerio, García se redujo de nuevo al rol de secuaz del partido que gobernaba. Sus servicios fueron siempre importantes y eficaces, tanto en la cámara de diputados como en los demas trabajos que se necesitaron para el triunfo del candidato conservador. Franco y caballero por carácter,

García Reyes no se cansaba de aconsejar la jenerosidad y la hidalguia aun en los momentos en que la lucha de partidos era mas tenaz y encarnizada. Si él reprobaba la conducta de los que promovian la revolucion armada, y si se hallaba dispuesto a servir por todos medios a la causa del órden, no por eso pedia golpes violentos ni medidas atentatorias. El pensaba que asumiendo el gobierno una actitud enérjica y decidida, cumplia con su deber.

Con estas convicciones, y cediendo a los principios de órden tan arraigados en su corazon, se prestó gustoso a acompañar en calidad de secretario de ejército al jeneral Búlnes cuando éste salió de Santiago a sofocar la insurreccion que habia estallado en las provincias del sur en setiembre de 1851. El rol de García Reyes era en aquellos momentos el de consejero y hasta el de mediador si se ofrecia una oportunidad para tratar con el enemigo, En esta calidad vivió en el campamento, marchaba siempre con el ejército y participaba de todas sus angustias y privaciones de una campaña fatigosa. En las marchas y contramarchas del ejército, García no cuidaba mucho de colocarse en el punto de ménos peligro, ni en el paso de los torrentosos rios de las provincias meridionales separaba a ningun soldado de sus ocupaciones para que lo ayudase a travesarlos. Su vida fué la de un militar, y en el desempeño de comisiones del servicio cruzó sin escolta alguna mas de cien leguas del territorio, ocupado en su mayor parte por guerrillas enemigas.

Despues de la batalla de Longomilla, García admitió la comision de acercarse al jefe enemigo para entrar en capitulaciones. El ejército de éste estaba desordenado, y aun habia emprendido su marcha hácia el sur: algunas partidas sueltas que se habian quedado atras ocupaban el camino que debia atravesar García para llegar a Purapel, en donde estaba acampado el jeneral Cruz. Sin temer nada, García Reyes se presentó en el campamento enemigo, y despues de largas conferencias estendió y firmó los tratados con que se concluyó esa desastrosa campaña.

Durante los tres meses que duró esta campaña García llevó un diario de todas las ocurrencias militares de ella, y guardó cuidadosamente todos los papeles que tenian alguna relacion o por los cuales se puede descubrir algun incidente de mediano interes. La historia completa de la campaña y de las negociaciones con que concluyó, está guardada en su cartera de papeles y apuntes. El informe que pasó al gobierno el jeneral Búlnes, que fué redactado por García, es un lucido compendio de toda ella. Los que han leido algunas hojas de su diario han podido imponerse mas ampliamente de la verdad, i justificarlo de los injustos cargos que algunos exaltados partidarios hicieron a García Reyes, con motivo de la capitulacion de Purapel, y del com-

pleto olvido que en ella ofrecia a nombre del gobierno a los militares revolucionarios.

Despues de la pacificacion de las provincias del sur, Garcia Reyes volvió a Santiago dispuesto a ocuparse esclusivamente en su bufete. Ofreciale éste una brillante espectativa, y en efecto le dió grandes ganancias en los primeros meses de 1852. El gobierno, que proyectaba la formacion de los códigos nacionales, le encargó entónces la redaccion del código penal, trabajo que emprendió Garcia Reyes con entusiasmo y placer. Inmediatamente se contrajo con gran teson a estudiar a fondo la materia, y, dedicándole todo el tiempo que le quedaba desocupado de sus otros afanes, logró echar las bases sobre las cuales debia dar principio a los trabajos de redaccion. El gobierno le asignó el sueldo de cuatro mil pesos anuales por esta obra; pero García Reyes, por un rasgo de la mas hourosa jenerosidad, se negó constantemente a admitirlo.

Hacia esta misma época Garcia Reyes acabó un interesante trabajo sobre lejislacion de aguas i regadios. Estudiando incesantemente las dispocisiones de las leyes de Francia, Inglaterra y Holanda, sobre este punto, meditando con calma y detencion acerca de los medios de reformar el pésimo sistema que hasta hoi rije en Chile, él redactó un buen proyecto que sometió a la consideracion de la sociedad de agricultura en 1852. De él ha tomado el señor don Andres Bello algunas disposiciones que contiene su proyecto de código civil sobre este particular.

Garcia Reyes continuó ocupado en los trabajos del foro hasta pocos meses ántes de su muerte. Apesar de los sufrimientos que le ocacionaba una fuerte aneurisma, él, trabajó sin cesar en el estudio y dilucidacion de dos causas de alta importancia que le estaban encomendadas. En esas mismas circunstancias dictó una elegante biografia del jeneral Zenteno, publicada en la *Galeria Nacional* de chilenos ilustres.

Por desgracia su males se agravaban de dia en dia, sin que los recursos de la ciencia bastasen a impedirlo. Los médicos le aconsejaron que saliese de Chile; y estaba resuelto a pasar al Perú cuando el gobierno le confirió el cargo de ministro plenipotenciario de la república en Estados Unidos. Garcia Reyes aceptó gustoso; pero su enfermedad no le permitió llegar a su destino: sus males se agravaron considerablemente a su salida de Santiago, y aun cuando emprendió su viaje al Perú iba su salud tan quebrantada que él mismo desesperaba de volver a su patria.

Garcia Reyes alcanzó a vivir un mes en Lima; pero el mal estado de su salud no lo dejó salir del hotel en que vivia. El mismo conocia ya que se acercaba su fin, y que la ciencia médi-

ca no podia nada para cortar su enfermedad. Su único deseo era volver a Chile, para morir en medio de sus amigos: «Quisiera seguir mi viaje a los Estados Unidos, escribia a uno de estos pocos dias ántes de morir, pero mejor quisiera volver a Chile. Sin embargo, lo uno y lo otro son imposibles.» «Que mis amigos, decia en otra carta, no me olviden porque he vuelto las espaldas. Que no me tengan léjos del corazon, porque me tienen léjos de la vista.»

Su vida en efecto se apagaba por momentos, y tocó a su fin el dia 16 de octubre de 1855, despues de haber recibido todos los ausilios de la relijion. Su cadáver ha venido a Santiago despues de haber recibido en Lima los honores que se dispensan a los muertos.—Justo es que en Chile se le hagan los honores a que lo hizo acreedor su vida sin mancilla. Pero que esos honores no sean puramente mortuorios.—Que se coloque su retrato en la cámara de diputados en donde resonó su voz elocuente en defensa de los buenos principios!—Que los chilenos conserven siempre en sus corazones el recuerdo de las virtudes privadas y del desinteresado patriotismo del buen ciudadano, del brillante escritor, del hábil majistrado, y del político jeneroso don **Antonio García Reyes!**

D. BARROS ARANA.

EL MANTO DE UNA CHILENA.

De noche yendo embozadas
Imájenes vivas son,
De aquellas damas tapadas,
Celosas y enamoradas
Del gran Lope y Calderon.

Nada hai que enamore tanto
Ni tanto al alma enajena
Como el misterioso encanto
Que presta él revuelto manto
A una arrogante chilena.

¡Nublóse, nublóse el dia!
Y qué mucho se nublára
Si ella con manto salia:
Lucir el sol no podia
Yendo embozada su cara.

Descúbrela sin sonrojos,
Besaré sus tintes rojos
Que causan al alba agravios:
Primero asoma los ojos
Y asoma despues los labios.

No es tan bella la alborada
De celajes mil orlada,
Aguila real de los Andes,
Como la ardiente mirada
De tus negros ojos grandes.

Ni hubo una esencia tan pura
De Babilonia en los huertos,
Como el aroma y frescura
Que en sueños mi boca apura
En tus labios entreabiertos.

¡Qué es ver tu manto cuadrado,
Corto, revuelto, embozado,
Sobre los ojos caido,
Cual toca al rostro pegado
Y en los ombros recojido!

¡Que es verte cruzar tapando
Tu sonrocado semblante,
Como si de amor penando
Fueras celosa rodando
De incognito a algun amante!

Abre ese manto, y la calma
Vuelve cariñosa a un alma
Que con tu sonrisa alegras;
Yedra seré de esa palma,
Mariposa de alas negras.

Pues aunque sin él te quedes
Aun mas rico y vagaroso
En otro envolverte puedes,
Si te embozas en las redes
De tu cabello abundoso.

Y es ese rostro el encanto
De mi vida transitoria:
Altar en sábado santo,
Que al descorrerse tu manto
Tocan en el alma a gloria.

Ay! quizas de algun pecado
El manto fué la ocasion;
Por eso al templo sagrado
Va en él el rostro embozado,
Y escucha tu confesion.

Ay! dile al padre, chilena,
Otra vez al confesarte
De misericordia llena,
Que por tí hay un alma en pena
Condenada a idolatrarte.

Flor entreabierta, que avara
Oculta del alba el llanto,
Y espuma de fuente clara,
Y concha negra es tu manto
De la perla de tu cara.

Manto que oyes los latidos
De su pecho enamorado,
En tus pliegues escondidos
Guarda los tiernos jemidos
De mi espíritu apenado.

Tambien en la patria mia
Se velan la faz, chilena:
Mientras haya Andalucia
Habrá mantos a porfia
En Tarifa y en Marchena.

Esos pueblos hermanaron
En costumbres y placeres,
Pero al fin rivalizaron
Y en muchos lotes rifaron
La gracia de sus mujeres.

Y apenas adivinaste
La causa de aquella rifa
Un lote en ella tomaste......
Con la gracia te quedaste
De Marchena y de Tarifa.

Mas no imajines, chilena,
Que les enojó tu audacia,
Que en cambio, con faz serena
Se repartieron tu gracia
En Tarifa y en Marchena.

—

Cual ráfaga lijera
Que cubre dos luceros
Amantes compañeros
Que unidos siempre van:
Cobíjenos tu manto
Y un cielo de ilusiones
Dos tiernos corazones
Unidos gozarán.

Se cuenta de las Sílfides
Las Gracias i las Hadas
Que bajo él abrazadas
Celan tu corazon;
Y que es lecho de amores,
Y de ternura nido,
De Venus y Cupido
Guardado pabellon.

Cuando suspire lejos
De la chilena playa,
Del sol que se desmaya
A la postrera luz,
Si alguna nube oscura
Cubre su lumbre bella
El manto veré en ella
Con que te embozas tú.

Y si triunfante asoma
Los Andes coronando
La luna entre una nube
Que vela su esplendor,
Yo pensaré paloma
En ella estar mirando
Tu rosto de querube
Que tu manto embozó.

Cuando al rayar el dia
Contemple como vuela
Una nave galana
Del céfiro al amor:
Yo veré *vida mia*,
En su flotante vela

Tu manto que mil veces
Mi suspiro ajitó.

Y en el fugáz celaje
Cuando el alba radiosa
Sus alas de oro y rosa
Tiende en el ancho mar,
Y en los delgados tules
De là neblina errante,
Y en la sombra jigante
De la palmera real.

Y en la revuelta espuma
De las airadas olas
Que baña del relámpago
El vivo resplandor,
Y en esas caprichosas
Figuras que los vientos
Perfilan en las nubes
Cuando se pone el sol.

Bajo él ruborizado
Ocultaste lijera
La sonrisa primera
De tu primer amor.
Quizá bajo él corrieron
Las últimas dichosas
Lágrimas silenciosas,
Diciendo a un alma—Adios!

Qué de amante suspiro!
Qué de tierno sollozo
Ese revuelto embozo
No ocultó, serafin!

Que pasen tus congojas
Cual pasan los nublados
Por los floridos prados
En el risueño Abril.

Ven, ven, tierna gacela!
Y deja que tu manto
Del alma enjugue el llanto
Y espire envuelto en él.
Pues es negro, tan negro
Cual la fortuna mia
Sirva a mi tumba fria
De fúnebre dosel.

Y cuando libre, al cielo
Mi espíritu alce el vuelo
Tras la preciada palma
De gloria y redencion:
Sea tu manto, hermosa,
La nube misteriosa
En que se eleve el alma
A la eternal mansion.

Santiago, octubre de 1855.

EDUARDO ASQUERINO.

COMO SE ENAMORA EN SANTIAGO

POR LOS AÑOS DE 1855.

—

No sé como se enamoraba en los tiempos primitivos: tampoco como se hizo lo propio en Grecia, Roma etc., porque las historias que tambien debieran informarnos de las costumbres casi no nos hablan sino de batallas; pero probablemente seria de una manera conveniénte, esto es valiéndose de los medios que en tal caso se emplean para llegar al punto en cuestion.

Respecto de la edad media, ya es otra cosa: todos saben que para incendiar a una dama en aquel entonces no se necesitaba mas que de un buen alazan, tizona y brios para arremeter con el primero que se pusiese por delante. Con echar por tierra una docena de jinetes en un torneo, con descalabrar diariamente cuatro o seis apuestos donceles, no habia mas que hacer, la dama caia muerta de amores en brazos del caballero.

En los tiempos que alcanzamos, tiempos de confusion y anomalias, de innovaciones y caprichos, no hai uniformidad en la manera de enamorar: los pueblos como los individuos lo hacen segun su carácter o gusto, y Cristo con todos.

En Inglaterra por ejemplo ya no es de moda enamorar: los in-

gleses han suprimido esto por poco lucrativo, y si piensan en tomar esposa, la solicitan por los diarios, enumerando las cualidades y condiciones con que se exije.

En Francia enamoran todos y de todos modos. Todos aman en ese pueblo de farsa y de mentira, unos por quince dias, otros por ocho, muchos por ménos, pero todos aman. Un brillante uniforme, unos mostachos bien atusados, un cigarro puro manejado con garbo y desparpajo, son a veces armas suficientes para atacar con fortuna a las apetitosas hijas del pueblo frances.

En Alemania donde la sociedad es jeneralmente meditadora y taciturna; la jente se ama sin decirselo o lo que es lo mismo en silencio. Se canta, se valsa, se sueña con el objeto adorado: se contempla, se invoca, se venera a la mujer que se ama; pero esto no pasa mas allá hasta que los amantes convertidos en esposos llegán a habitar una casita blanca y solitaria a las orillas del Rin.

En España, el pueblo enamora como torea, tendiendo la capa, sacando lances, diciendo chistes y clavando banderillas en el corazon de la que ha embestido al pobre prójimo con sus miradas, gracias y hermosura, *astas* mas peligrosas con mucho que las del toro.

En Italia esto se hace como todo lo que envuelve alli un misterio, por medio de filtros y talismanes, y como de esas veces tambien suele mediar en el asunto una *vendetta*.

En Turquia....pero a qué disertar sobre lo que nada interesa a los que tienen que habérselas con sus pasiones a tantas millas del viejo hemisferio? Limitémosnos pues a decir como se *hace el amor* en nuestra tierra, y principalmente en Santiago, taller donde se elabora todo lo que hai de acabado y pulcro en el ramo de costumbres nacionales.

Aqui se juega con el corazon desde temprano. No trataremos de indagar si a esto da lugar la influencia del clima que nos desarrolla pronto, pero lo cierto es que apénas tenemos catorce años cuando ya andamos en busca de uno de esos diabliquillos femeninos que viven de nuestros tormentos.

Los hombres de 14 años enamoran en Santiago los dias de fiesta y uno que otro estraordinario, únicos que el maestro o el papá les dejan libres para pasar y repasar por la calle en que habita la señora de su pensamiento.

Concluido el curso de humanidades, el enamorado que ya cuenta 18 años y ha echado *pluma*, gacetea a su dama a diestro y siniestro cantándole endechas dolorosas y desesperadas en que se queja de la vida, de Dios y el diablo; la persigue en los paseos, la contempla de hito en hito en el teatro, y suspira compunjidamente por ella al tiempo de acostarse.

De esta manera llega nuestro personaje a los 23 años cansado de amar y sin fuerzas para hacerlo en lo sucesivo. Cargado entonces de esperiencias y víctima de mil desencantos, recorre la ciudad con aire distraido y melancólico: encomendad a Dios el alma de ese infeliz que ya no tiene que esperar de la vida, mozo sin ilusiones no divisa placeres sino mui en lontananza y alumbrados apénas por el opaco y apagadizo farol de una esperanza que se estingue....

Pero no, una cosa es su esterior y otra su espíritu. Ese aire de hombre corrido y agotado de que hace alarde, es una nueva táctica que el progreso de nuestras sociedades ha puesto en práctica para hacer caer a las mujeres como pájaritos en las redes de los hombres. Y en efecto, cuanto interes no inspira a una tierna y apasionada doncella, la palidez y tristeza del mancebo que está padeciendo de un mal que ella quizás puede curar? Qué triunfo no alcanza la mujer que ha logrado encender de nuevo la llama del amor en ese corazon gastado, arañado, agujereado por los desengaños y contratiempos de la vida!

En el dia esta clase de enamorados va cayendo en desuso y los pocos que aun se ven son los últimos secuaces de aquella escuela de sentimentales que apareció hace algunos años entre nosotros.

Otros hai que creen obtener mas fácilmente los favores del bello sexo cubriendo la persona de lo mas frances y estravagante que llega a las sastrerias de *Chana* y *Puyó*. Hai una moda reciente, un corte nuevo de vestido que llevar, ellos son los primeros en usarlos, porque de ese modo llaman con preferencia la atencion de las damas que se perecen por la novedad hasta en el traje de los hombres.

Los que asi enamoran siguen la máxima de los que dicen que todo entra por los ojos, y pasan porque sus queridas se aficionen primero de sus chalecos.

A mas de que este método economiza discursos y declaraciones que no todos los apasionados saben hacer, y con ponerse a la vista de la pretendida siempre de gala, siempre a la *dernière*, casi no queda otro trabajo que el de llamar al cura.

Tras de estos vienen los que enamoran levantándose falsos testimonios, esto es haciendo alarde de conquistas, triunfos y favores que no obtuvieron jamas y que comunican sin embargo *en confianza* a todo el mundo para alcanzar la fama de afortunados. Estos tales guardan una aparente reserva con la sociedad, andan comunmente solos y como preocupados, frecuentan solo dos o tres casas hasta comprometerlas, y con esto creen tener hecha su carrera.

Este sistema tiene la ventaja de hacer la felicidad de los que

lo emplean, jentes que se contentan con que el mundo los crea dichosos y los envidie —....

Pero de todas las maneras de enamorar puestas en actual ejercicio, ninguna tan en boga como la de hacerlo en perjuicio de tercero, o lo que es lo mismo cazando en vedado. Desde el elegante hasta el zapatero, desde el literato hasta el oficinista, todos han dado en la graciosa manía de seducir *gratis et amore*.

¿No conoceis a aquel que sale de su casa sin otro destino que el de hacer compañía a toda consorte que encuentra viajando sola por la calle?

Y al que pasa el dia plantado en una esquina del comercio, saludando conocidas, parándose a las puertas de las tiendas y haciendo ojos a menganita y fulanita que pasean sin sus dueños?

Y al otro que concurre a las reuniones para bailar y coquetear con casadas, a la alameda a pasear con casadas, y al teatro para sentarse al lado de casadas?—Todos son seductores natos y perseguidores consuetudinarios de la falda ajena.

Pobres maridos! qué va a ser de vosotros con esa lejion de temerarios que embiste, sitia y toma por asalto a vuestras mujeres con toda la estratejia del batallador mas esperimentado!

Poneos en guardia contra esos terribles quebrantadores del nono, y desconfiad principalmente de los que llevan los bigotes a modo de cuernos y el cabello descompuesto o *chascon* segun la última importacion de peinados. Tened presente que os lo aconseja uno temeroso de caer en manos de esos basiliscos, herejes, contumaces, sin fé ni temor de Dios....

Fuera de las enumeradas hai otras maneras de enamorar que pasaremos en silencio por no fastidiar al que haya tenido la mala ocurrencia de leernos, y asi concluiremos repitiendo lo de Quevedo:

Pero, amor, estos poquitos
Por hoi de tus cuentos bastan
Que querer contarlos todos
Fueran historias mui largas.

MEFISTÓFELES.

DEL OBJETO

DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE EDUCACION Y DE INSTRUCCION PÚBLICA,

POR M. GUIZOT.

El estado dá la instruccion a los que no la recibirian sin él, y se encarga de procurarla a los que quisieran recibirla de él. Tál es el objeto de todos los establecimientos de la instruccion pública.

No hai ninguna situacion, ninguna profesion que no exija ciertos conocimientos sin los cuales el hombre no sabria trabajar con fruto ni para la sociedad, ni para si mismo.

Existe pues cierto jénero de educacion, y cierto grado de instruccion que necesitan todos los súbditos del estado.

Esta es la que se llama instruccion primaria. Ella debe comprender los preceptos de la relijion y de la moral, los deberes jenerales del hombre en sociedad, y esos conocimientos elementales que se han hecho útiles, y casi necesarios, tanto por el interes del estado, como por el de los individuos.

Del mismo modo hai cierta instruccion que no podrian omitir los hombres que están destinados a gozar de ocio y comodidad, o que abrazan profesiones libres de un órden mas elevado talvez, como el comercio, las letras, etc. Desde que las luces se han esparcido, ellas deben necesariamente acompañar a la superioridad de rango, o de fortuna. Sin ellas esta superioridad

seria desconocida, y no obtendria ningun crédito. Pues que la ciencia se ha hecho una fuerza verdadera, ella es indispensable a todos los que su situacion, obliga o llama a ejercer alguna influencia sobre los otros hombres, bajo pena de caer en un rango inferior.

Este es el objeto de la instruccion secundaria. Su estension varia necesariamente segun los progresos de la riqueza pública, y de la civilizacion: ella comprende todo lo que es necesario saber para ser lo que se llama un hombre bien educado, es decir, en el estado actual de la sociedad y de las leyes, los principios de la razon y del gusto, el conocimiento de las lenguas sabias que nos han conservado los verdaderos modelos, la historia, la literatura nacional, y los elementos de las ciencias exactas y naturales.

En fin, el tercer grado de instruccion, es la instruccion especial que se diversifica segun las diferentes profesiones, y que su objeto es hacer profundizar a los jóvenes que las abrazan todos los estudios que tienen relacion con ella. De este modo se forman ministros de la relijion, capaces de propagarla y defenderla, militares en estado de aplicar en el interes de la patria esos conocimientos que exije hoi dia la guerra de tierra y mar; administradores instruidos de todo lo que funda la prosperidad interior y esterior de los pueblos; majistrados versados en la ciencia como en los principios de las leyes y propios para dirijir su aplicacion, médicos hábiles que emplean en provecho de la salud pública, y del alivio de las enfermedades humanas todos los recursos de las ciencias físicas. Asi se desenvuelven esos jénios superiores que estienden el dominio de la intelijencia, descubren los secretos de la naturaleza, encuentran en los monumentos antiguos las huellas de los sucesos pasados; fundan sobre la observacion del hombre el arte tan difícil de gobernarle, y acrecientan la gloria y el poder de su patria legándole sus trabajos y su nombre.

Basta arrojar una mirada sobre la historia de los pueblos para convencerse que estos tres grados de instruccion son indispensables, y que de su bondad relativa y sabia distribucion, dependen hasta cierto punto no solamente el bienestar de los súbditos, y la prosperidad de un imperio pero aun su reposo interior y su duracion.

La instruccion procura a las clases inferiores de la sociedad los medios de estender su industria, de mejorar su suerte, y de abrir asi nuevos manantiales de riqueza en provecho del estado. Su necesidad se funda sobre consideraciones mas importantes aun. Si fuese posible condenar al pueblo a una ignorancia irrevocable, por injusta que fuese semejante interdiccion se concebiria que las clases superiores con la esperanza de ase-

gurar su imperio intentasen pronunciarla y mantenerla. Pero la Providencia no ha permitido que esta injusticia fuera posible, y ha unido a ella tantos peligros que el interes de concierto con el deber prohiben a los gobiernos cometerla. Los hechos hablan aqui un lenguaje claro e imperioso; la ignorancia hace al pueblo turbulento y feroz. Hace de él un instrumento a la disposicion de los facciosos, y en todas partes se encuentran y sobrevienen facciosos prontos a servirse de este instrumento terrible. Cuanto ménos ilustrada es la multitud, mas imperio tienen sobre ella el error y la seduccion. Como ninguna cosa podria estinguir en el pueblo la necesidad de saber, y la esperanza de mejorar de este modo su situacion, contrariada esta necesidad y perdida esta esperanza, se cambian en una inquietud, y en una irritacion siempre creciente. Si el curso de los sucesos, o las pasiones de los hombres causan alguna ajitacion en la sociedad, lás ideas falsas y los conocimientos imperfectos que el pueblo ha adquirido, se convierten a despecho de los obstáculos, en nuevas causas de desórden que alimentan, propagan y hacen mas funesta la fermentacion naciente. Entonces se manifiesta en las clases inferiores ese disgusto de su situacion, esa sed de mudanzas, esa codicia desarreglada que nada puede contener ni satisfacer. Si los gobiernos reconocen su error es demasiado tarde para repararlo, si persisten en él, ellos no hacen mas que aumentar la estension y redoblar la intensidad del mal que ha sido su resultado.

Cuando la historia no estuviera presente para demostrar lo que acabamos de establecer, nuestra deplorable revolucion bastaria para convencernos de esto.

La instruccion secundaria no es de menor importancia. Su necesidad es reconocida, porque los hombres que podrian contestar su ventaja la han recibido y recojen sus frutos; pero su mala naturaleza y su imprudente distribucion pueden tener y han tenido en efecto consecuencias funestas. Demasiado lijera y mal apropiada al estado de la nacion o a las necesidades de los tiempos, ella exalta la imajinacion de los jóvenes, hace nacer en su espíritu una multitud de falsas ideas y los prepara mal para el mundo en que deben vivir o para las diversas carreras que pueden abrazar. Ella despierta la actividad de su intelijencia sin arreglarla, y asi los entrega casi indefensos a los sofismas de todo jénero contra los cuales ella deberia precaverlos. Distribuida con profusion y poco dicernimiento inspira a los jóvenes de las clases inferiores el menosprecio de sus semejantes, y el disgusto de su estado procurándoles una especie de superioridad engañosa que no les permite ya contentarse con una existencia laboriosa y oscura, y que no les da sin embargo, esa superioridad real y fuerte que pocos hombres han recibido de

la naturaleza, y que ninguna educacion sabria adquirir. Ella puebla asi a la sociedad de una multitud de miembros inútiles que llevan a la sociedad el espíritu de insubordinacion, el deseo de mudanzas y una ambicion inquieta y vaga que no puede satisfacer una situacion siempre muerta, y que se ajita en todo sentido para adquirir sea comodidad sea autoridad.

La misma instruccion aunque mas limitada en su objeto, y mas necesariamente sujeta a una marcha uniforme, puede, sino descansa sobre instituciones grandes y fuertes dar lugar a graves inconvenientes. Sin hablar de las malas doctrinas que pueden fácilmente deslizarse en ella, si es concebida segun miras estrechas, si se limita a los conocimientos especiales que enlazan inmediatamente a cada estudio, si permanece estraña a las grandes relaciones, que unen todas las ciencias humanas y a los principios jenerales que le son comunes, si ella no da al espíritu de los jóvenes mas que un desarrollo parcial y esclusivo, no formará mas que hombres incompletos y accesibles a una multitud de preocupaciones, porque sus ideas no tendrán estension. Ilustrados solamente sobre un punto, y tan ignorantes en lo demas como el resto de los hombres, su ciencia no será para ellos mas que un manantial de terquedad, y con frecuencia una causa de error. Cuanto mas elevadas sean las funciones a las que ella los llame, tanto mas espuestos estarán a traicionar su insuficiencia; y la sociedad no obtendrá de los establecimientos consagrados a la instruccion especial, la ventaja que tenia derecho a esperar de ellos, y de que necesitaba.

Estas indicaciones bastan sin duda para hacer sentir la necesidad de los diversos grados de instruccion que acabamos de clasificar, la importancia de las instituciones que a ella son consagradas, y todos los peligros que arrastraria inevitablemente la concepcion defectuosa, o la combinacion imprudente, tanto de los principios sobre los cuales deben descansar estas instituciones, como de las reglas segun las cuales estos principios deben ser adaptados al estado del gobierno, de las luces y de las costumbres.

Pero no es esta mas que una parte de la tarea que las instituciones de este jénero tienen que cumplir, ellas tienen por objeto no solamante instruir a los jóvenes, sino tambien formarlos, y hacer de ellos hombres tales como los necesita el estado para su estabilidad y felicidad. La educacion en jeneral no es ménos importante que la instruccion, y quizá el gobierno debiera ejercer aun bajo esta relacion, una accion mas directa, y una vijilancia mas exacta. Si es verdad que la adhesion de los ciudadanos a las leyes fundamentales del estado, y al soberano que es su jefe, es el poder mas enérjico y el baluerte mas seguro de la sociedad: si es verdad que allí don-

de este sentimiento ha existido, ha producido milagros, y que su ausencia ha hecho jerminar los mayores males, es del deber como del interes del gobierno, favorocer y dirijir su desarrollo. Pero este sentimiento no puede nacer sino de la concordia de las doctrinas públicas, y de los hábitos nacionales con las instituciones políticas, la naturaleza y principio del gobierno. Sabemos demasiado cual es el poder de las doctrinas cuando ellas tienden a destruir, y de aqui aprendemos a conocer, y emplear el poder que tambien tienen para defender y conservar. Cuando los hombres han aprendido desde la infancia a comprender las leyes fundamentales de la patria, ya respetan su soberano; el soberano y las leyes se hacen para ellos una especie de propiedad que les es amada, y no se rehusan a las obligaciones que les imponen: cuando el gobierno ha tomado cuidado de propagar con el favor de la educacion nacional bajo las relaciones de la relijion, de la moral y de la política etc., las doctrinas que convienen a su naturaleza y direccion, estas doctrinas adquieren bien pronto un poder donde vienen a estrellarse los estravíos de la libertad del espíritu, y todas las tentativas sediciosas. De esta manera se forma el espiritu público, asi se conserva un verdadero patriotismo, asi se fortifican y consolidan las sociedades y los tronos. Sobre todo es indispensable despues de los tiempos de revolucion y desòrden, dar a un pueblo doctrinas públicas y restablecer su imperio. En tales épocas la multiplicidad y vicisitudes de los sucesos, el espíritu de partido, y la diversidad de los intereses introducen en las opiniones, y en los sentimientos que influyen mas sobre la estabilidad del órden social, una incertidumbre e incoherencia que perpetúan la ajitacion, e impiden al estado asentarse sobre sólidos cimientos. Que la educacion nacional se aplique entonces a mantener y esparcir doctrinas adaptadas a las instituciones y a las costumbres; que estas costumbres formen una especie de atmósfera moral en el seno de la cual se eduquen y vivan la jeneraciones nacientes, y bien pronto los espiritus cesarán de errar a la ventura, bien pronto se establecerá sea entre el gobierno y los ciudadanos, sea entre las diversas clases de la sociedad, cierta comunidad de opiniones y sentimientos, que será un circulo poderoso, una prenda de tranquilidad, y un principio de órden mas eficaz que todas las prohibiciones lejislativas.

La educacion y la instruccion, las doctrinas y las luces, tales son pues los dos grandes objetos que el gobierno debe proponerse cuando se encarga de educar una parte de sus súbditos. Tales son los dos puntos de vista principales bajo los cuales deben ser consideradas las instituciones destinadas a alcanzar este objeto. FRANCISCO MARIN RECAVARREN.

LOS DEPOSADOS.

NOVELA ORIJINAL.

—

VIII.

De este modo pasaron los ocho primeros dias de convalescencia. Clementina subia todas las mañanas al cuarto del herido el que, despierto desde temprano, esperaba con impaciencia la visita de su linda protectora.

Clementina, por su parte, habia concentrado todos sus pensamientos en su protejido, y hallaba los dias de una duracion desesperante. Las ocupaciones que formaban ántes sus pasatiempos la parecian casi todas insipidas o fastidiosas: solo pensaba en buscar pretestos para repetir sus visitas, olvidándose, con la confianza de su felicidad, que aquella situacion escepcional debia necesariamente tener su término, y que para entónces la ajitada exitacion de su vida presente debia convertirse en la mas espantosa soledad.

Hemos dicho que la niña, olvidaba que aquella situacion debia terminarse, perdida, como se hallaba en el encantado laberinto de las primeras felicidades de la vida. Y en efecto, Clementina era mui feliz. Feliz porque sin saberlo, su alma se veia poblada de esa cohorte de embriagadoras ilusiones que

apellidamos amor; feliz porque ignoraba que tras las verdes y floridas colmas de su esperanza, el suelo de los pesares le ocultaba sus ásperas sinuosidades; porque habia adivinado que hai en la existencia algo de mas precioso que la conservacion, algo de mas noble que las rastreras ocupaciones de sus dias de aislamiento forzoso, algo de mas turbulento que sus temores de niña tiranizada; feliz porque los objetos inanimados se habian convertido en confidentes benignos de sus placeres y sobresaltos; porque las plantas y las flores la contaban, al mecerse, los muelles deleites de un sentimiento supremo; porque las aves al pasar, las campanas con su monótono compas, los órganos que se tocaban por la calle; todo en fin, lo que tenia una voz o un sonido, repetia un nombre acariciado en silencio o modulaba ese himno que todas las almas comprenden en su sed de pasion y de poesia.

Todos estos ensueños clandestinos, jiraban ademas en la órbita brillante de una revelacion deliciosa: Clementina habia leido en los ojos del jóven el lenguaje armonioso de mil sentimientos, que basta una mirada para trasmitirlos de corazon a corazon; su alma delicada habia sentido el fuego latente de otra alma, ese magnetismo de la simpatia que encadena al mismo pensamiento, que hace nacer idénticas ideas y anuda las voluntades con vinculos tan sagrados como los de un mútuo juramento.

Ocho dias habian bastado para establecer entre los dos jóvenes esa confianza timida de dos enamorados que, conversando sobre asuntos ajenos encargan a las miradas y a las espresivas reticencias la mision de satisfacer los deseos de sus corazones. Clementina, ignorante de los escollos que pueden ocultar las aguas serenas de un amor que se inicia y sin preguntarse los perjuicios que sus visitas podian causarla, acudia, como dijimos, todas las mañanas al cuarto del herido, se informaba de su salud, proveia en silencio a sus necesidades y lo ponia al corriente de los sucesos políticos, tan abundandantes y ruidosos en aquellos dias.

A la mañana del octavo dia Clementina subió como de cos tumbre, y al entrar en el aposento se encontró con el jóven vestido ya y esperando su visita. Ella se detuvo un instante en el umbral de la puerta como para admirar mejor su esvelto y elegante talle y pensando talvez que por estar el jóven en pié sus visitas tomamaban un caráeter diferente.

—Como Clementina, dijo el jóven U. no se atreve a entrar.

Las mejillas de la niña se tiñeron de encarnado y sus ojos buscaron en los del jóven la confianza que parecia auyentarse.

—Me admiraba de verlo en pié Luis, dijo ella, es una imprudencia levantarse a estas horas.

—Que quiere U., tenia necesidad de ver el cielo, de dar alguuos pasos para persuadirme que mis heridas no me habian completamente inutilizado.

—Inutilizado, ¿para qué? preguntó Clementina con interes.

—Para vengar un dia a nuestros hermanos y volver al pueblo sus derechos, contestó Luis con voz sombria.

—Ah! bien veo que U. no piensa mas que en eso, esclamó la niña dirijiendo hácia otro punto sus ojos en los que habian asomado dos gruesas lágrimas.

Luis la miró sorprendido, como si tan solo en aquel instante notase la inclinacion de Clementina. Su pecho pareció dilatarse bajo la influencia de aquella observacion y sus ojos cobraron un fuego que habian perdido desde el dia del combate de la barricada.

—Seria una injusticia, murmuró creer que solo pienso en vengarme de mis enemigos, ¿cree U. Clementina que podré jamas olvidar cuanto la debo?

—Ah, no pido reconocimiento, dijo Clementina.

—Vea, Clementina, replicó Luis, permitame hablarla con la franca lealtad que la debo por su noble conducta y no prolongar por mas tiempo una posicion para mí demasiado violenta: hoi me he levantado porque deseo irme de aqui.

—Irse ¿y por qué?

—Porque sé que permaneciendo por mas tiempo en esta casa no hago mas que prolongar los peligros que U. corre por haberme socorrido.

—Luis dijo la niña, U. me conoce mui poco. Cuando lo hice conducir aqui, cedi a un movimiento de compasion y me esponia a los peligro de que U. me habla; despues lo he conocido y no consentiré en que U. salga ántes de hallarse completamente bueno: entónces, añadió con voz apagada, U. será libre y podremos despedirnos cuando U. quiera.

—Hasta ahora no la he dicho mas que una de las causas que me obligan a partir, dijo Luis despues de un lijero instante de silencio.

—¿Y....cual es la otra?

—La otra Clementina, dijo el jóven acercándose a ella y tomando una de sus manos, es que mi reconocimiento hácia U. no ha podido conservarse en los limites que le estaban señalados y que veo que entre U. y yo media una distancia insuperable.

—¿Por qué? preguntó Clementina temblando bajo el contacto de la mano del jóven.

—Porque U. es rica y yo no soi mas que un pobre estudiante sin fortuna ni apoyo.

—¿Cree U. preguntó ella, que para mí sea esto una una distancia como U. lo llama.
—¿Y para sus padres? ¿y para su familia?
—No sé, pero qué importa esclamó ella, bebiendo en los ojos del jóven el fuego de ese amor de veinte y cinco años.
—Clementina, dijo éste, estos ocho dias, talvez los mas felices de mi vida, han bastado para formar en mi pecho un amor que jamas he de olvidar; mas no he querido encadenar su vida risueña y apacible con la mia penosa y sin porvenir. Los corazones se entienden ántes que los lábios se hayan contado sus tímidas confidencias, así el mio, creia presentir su amor, mas queria huir por no pagarla con pesares la deuda inmensa que ha contraido.
—¿Y por qué abugurar tan lúgubre porvenir? dijo Clementina; amándonos porque han de oponerse a nuestra felicidad.
—U. es inocente y buena Clenentina, dijo el jóven, y por esto no comprende ni la maldad ni el egoismo: creame, he dicho la verdad, calificando de distancia inmensa la que media entre su fortuna y mi pobreza: quiera Dios que yo me equivoque y que U. no tenga que pagar con lágrimas la jenerosidad de su alma.
—Olvidemos eso por ahora, dijo Clementina, yo reclamo de U. una promesa.
—¿Cual?
—La de no volver a entrar en revoluciones.
—Por U. dijo Luis, acariciándola, con la mirada renuncio a todo.
—Gracias, dijo Clementina, ahora tengo que retirarma, hasta mañana.
Y al decir adios, la niña tendió su blanca mano la que el jóven estrechó con amor entre las suyas.

IX.

La sencilla confidencia de su amor, hecha por Luis a Clementina, no habia despertado en el ánimo de ésta ni admiracion ni sorpresa pues, como dijimos, los dos jóvenes habian ya leido en sus corazones con esa lucidez de intelijencia que despliegan los enamorados para seguir las modificaciones morales del ser querido. Esas palabras de amor habian resonado en su pecho como los acordes de una armonia familiar que evocaba las plácidas alegrías de una felicidad saboreada de antemano con la avidez de todo corazon jóven, con el ardoroso entusiasmo de una alma nueva que abraza en un suspiro las infinitas venturas del dulce poema de amor, sin divisar las espinas que a veces entre las ojas de sus flores se ocultan.

Segura ya de ser amada, Clementina se preguntó cual sería la vida de su amante, cuales las razones que lo habian lanzado en la azarosa carrera de un revolucionario de barricada, cual era su pasado, y cuales las esperanzas de su porvenir. Aceptando el amor de Luis, la niña aceptaba tambien gustosa su vida y sus peligros, y pensaba con orgullo que desde aquel dia su existencia se hallaba ligada a otra tan querida como la propia, debiendo en adelante tener un fin todos sus proyectos, un objeto, todos sus cuidados y un eco amigo todos los amantes latidos de su corazon. Su alma, como la de toda mujer que ama verdaderamente, rebosaba de abnegacion y desprendimiento, a tal punto, que temiendo ofender la suceptibilidad del jóven, resolvió acallar su curiosidad sobre su vida pasada y sus antecedentes, hasta que él mismo la iniciase en ese misterio, para ella el mas interesante que podia ofrecerse.

A las seis de la mañana del dia siguiente Clementina y Luis se hallaban de nuevo prosiguiendo la conversacion que el dia anterior habian dejado interrumpida.

—Hasta ahora, decia Luis, U. ignora cuanto me concierne y creo llegado el momento de imponerla de mi situacion; la que como ayer la decia, añadió sonriéndose, no es de las mas brillantes ni tentadoras.

—Qué importa, dijo Clementina, U. es valiente y jóven porque no ha de poder mejorarla con sus propias fuerzas.

—Vea Clementina, dijo el jóven, he formado durante la noche mil proyectos para hacerme conocer ventajosamente de sus padres y a la verdad, lo confieso con rubor, no he hallado uno solo.

—No era eso lo que U. me iba a contar, dijo Clementina, sobre los medios de introducion en casa hablarémos despues.

—Ah, es verdad, me olvidaba, dijo Luis. Mi vida es mui insignificante para que llame hácia ella su atencion, la diré solo que mi padre y mi madre han habitado siempre en Paris, siendo mi padre comerciante como el vuestro Clementina, pero últimamente ménos feliz. A fines de 1847 contábamos con una renta mas que suficiente para procurarnos una vida cómoda y decente; mas despues de la revolucion de febrero mi padre, arrastrado por el torrente de las quiebras que ha habido se ha visto en mui corto tiempo sin un centavo, y obligado a retirarse a una psovincia, dejándome para continuar mis estudios la modesta pension de 100 francos al mes.

«Ahora, esplicarla por qué he tomado parte en el último motin seria largo y fastidioso. U. ha visto nuestra fatalidad; hemos sido vencidos, y el que no puede ocultarse ahora cae infaliblemente en manos de la Asamblea y va a parar léjos de su pais y a morir talvez de hambre o de sentimiento. Ya ve U. que he

tenido razon en no querer asociarla a mi destino, U. es jóven, hermosa y rica, y por esto cuento como cierta la negativa de sus padres.

—Mi madre no se opondria jamas a mi felicidad dijo Clementina. pero tiemblo por mi padre tan severo siempre y tan inflexible.

Luis permaneció en silencio, como buscando en su imajinacion algun espediente para resolver aquella dificultad.

—En primer lugar, continuó Clementina, es necesario que mi padre ignore que U. ha sido revolucionario.

—Y para ello, dijo el jóven, preciso es que yo salga de aqui pues cada dia me espongo mas a ser descubierto.

—Bien, ¿y dónde irá U. que esté mas seguro? preguntó Clementina.

—A una pieza, aqui cerca que encargarémos tomar a José, diciendo que es para un jóven que llega de provincia.

—¿Y despues?

—Despues me presentaré a su padre solicitando su mano.

—No me parece mui bien.

—Escribiré entónces

—Así es mejor, mi padre es irritable y podria espresarse con dureza; luego en una carta se habla con mas libertad.

Arreglado asi el plan de ataque, Clementina y Luis olvidaron las dificultades del éxito y se lanzaron al campo de los proyectos felices, con la natural facilidad de la inesperiencia y confiados en la casualidad, esa diosa que como la ocasion deberia representarse calva, porque huye cuando mas se la invoca. En aquel momento, los dos amantes supieron hacer de un cuarto de hora el tiemps necesario a toda una vida de placeres ideales, en los que el alma se multiplica, realizando con profusion los antojos de la fantasía. Pero ai, la fantasía, como el monstro de la fábula, es insaciable de aquellos placeres, de manera que al cabo de una hora de entrevista, Clementina y Luis creyeron que solo un minuto habia trascurrido. Juráronse mil veces un amor eterno, y se despidieron creyendo en la felicidad del porvenir....

X.

Al dia siguiente, como estaba convenido Luis salió de su asilo y pasó a ocupar un cuarto tomado para él por el viejo José, confidente de aquel silencioso poema iniciado en un cuarto oscuro, con toda la pompa del alma y que debia concluir en las aguas del Sena, con toda la miseria del materialismo.

Luis, durante la primera hora se arrepintió amargamente de su precipitacion. Allí estaba solo, el ruido amoroso del traje

de Clementina no vendria a conmover las fibras de su corazon; no la veria aparecer en la puerta pálida y ajitada, deliciosa como la vision de un sueño, para venir a abandonarle su mano con esa gracia infantil de su inocencia, con esa voluptuosidad, que se ignora ella misma, de la mujer enamorada. Esos recuerdos del dia anterior, dorados con los fantásticos reflejos de lo pasado, le revelaron de súbito todo el poder de la ausencia. El, como todos los amantes, no contó el tiempo desde su ultima entrevista, sino desde aquel dia hasta el incierto en que debia verla, y de este modo las horas le parecieron interminables.

Clementina se despertó a la hora que acostumbraba hacer su visita matinal, salió de su cuarto y llegó al de su amante, trémula y ajitada como si debiera encontrarlo donde el dia anterior lo habia dejado. Allí los escasos muebles fueron cada uno el objeto de un culto especial, de una mirada de cariñosa melancolía. Ellos la contaron la enfermedad del jóven, su convalescencia y sus amores; repitiéronla el eco de su voz, el brillo apasionado de sus ojos; las últimas palabras de amor y los últimos juramentos de despedida. Clementina cayó sobre una silla y sus ojos dejaron escaparse las primeras lágrimas que el amor la trajera: esa muda elocuencia de los recuerdos la engolfaba en un mar de dulces pesares que su corazon acariciaba como si fuesen otras tantas alegrías.

Desde aquel dia se estableció entre Clementina y Luis una estrecha correspondencia, por medio del viejo José. En sus cartas se contaban sus esperanzas, sus proyectos y sus pesares; pesares, proyectos y esperanzas emanadas todas de la misma causa y caminando siempre al mismo fin. Cada uno de ellos seguia hora por hora las ocupaciones del otro, identificándose a la distancia, viviendo por decirlo así, de la misma vida y contando los dias con la misma impaciencia. Por esa completa concentracion de las facultades en un solo pensamiento, concentracion de que solo los amantes y los maniáticos pueden disponer, Clementina y Luis unieron sus almas en una aspiracion única y poderosa, abreviaron la hostigosa duracion de la ausencia y burlaron la rijida severidad de las leyes sociales: realizando a despecho de todo, una de esas uniones morales, imposibles donde no existe un amor verdadero, y miradas como una fábula absurda por los materialistas o como una locura de niños por las jentes que se apellidan sensatas. Salvada de este modo, en gran parte, la distancia que los separaba, nuestros amartelados sobrellevaron con magnánima resignacion los primeros dias de soledad, alimentándose de recuerdos y alentándose mútuamente con ese tesoro de esperanzas del que los desgraciados echan mano tan amenudo sin jamas agotarlo.

Durante estos primeros dias consagrados, como hemos dicho a la mas estrecha correspondencia, Luis recibió uno de los golpes mas rudos que pudieran asestársele en aquellas circunstancia. su padre le escribió que sus negocios pecuniarios empeoraban de dia en dia y que siéndole ya gravosa la pension de 100 francos que le tenia asignada en Paris, deseaba que se fuese a su lado y que asi podria aprovecharse del poco crédito que aun le restaba, consiguiéndole una colocacion que aunque modesta, le daria sin embargo los medios de esperar la venida de tiempos mas felices.

El pobre jóven sintió entónces la helada mano de la miseria estrechándole el corazon hasta hacerlo arrojar un lamento de rabiosa desesperacion: esa vida que se le proponia le apareció en la horrible desnudez del mas insoportable aislamiento, con las miserables economías de la provincia, con sus chismes y sus vejaciones y mas que todo, para aceptarla era necesario renunciar a Clementina, a la vida de esperanzas y de amor para tomar en cambio la existencia oscura de un empleado pobre y sin porvenir.

En esta disyuntiva Luis no vaciló un solo momento.—Es necesario que me quede en Paris se dijo ¿cómo y con qué? lo ignoro; pero es necesario que asi sea.

Armado de su irrevocable resolucion se puso a pasar en revista los recursos de que podria disponer. La operacion no fué ni larga ni difícil: no tenia ninguno.

Mas la Providencia le arrojó como un rayo de luz resplandeciente, el nombra de un amigo rico, olvidado ya con las ajitaciones de la vida revolucionaria: aquel nombre le prometió una esperanza y Luis se asió de ella como de la única tabla de salvacion.

Desde aquel instante, reemplazó la perezosa concentracion del enamorado por la actividad incansable del que persigue una esperanza: en dos dias descubrió el paradero del amigo, y no encontrádolo le dejó cita para el dia siguiente.

Despues de las primeras frases de mútua congratulacion, Luis espuso francamente a su amigo el objeto de su visita.

—Lo que necesito, le dijo, al terminar es un empleo cualquiera, en casa de un comerciante o abogado de tus conocidos, que me dé a lo ménos unos 200 francos.

—Difícil me parece, contestó el jóven amigo de Luis, despues de haber reflexionado algunos instantes.

Luis se dejó caer desalentado sobre un sofá y pasó la mano sobre su frente como buscando una resignacion que parecia serle desconocida. Al ver apagarse la última luz que brillaba en su incierto porvenir, el pobre enamorado sentia esa fatal desesperacion vecina tantas veces del suicidio; la rabia de la

impotencia, ofuscando la claridad de su espiritu le hacia divisar el desolado campo de su miseria, sin mas salida que la muerte; y luego, como siempre, la vaporosa y dulce figura de Clementina volaba desolada hácia otras rejiones llenas de vida y de riquezas. Este último pensamiento sobre todo le helaba el corazon.

—Es decir, esclamó tras estas reflexiones, que nada puedes hacer por mi.

—Entendámonos, dijo el otro, me hablas de una colocacion en casa de algun comerciante o abogado y te contesto que me parece dificil, porque en la actualidad no hai nada de parecido; pero podria talvez conseguir algo mejor.

—Como, esclamó Luis, cuyos ojos brillaron de contento, ¡algo mejor! eso es magnífico!

—Espérate, he dicho que talvez podré conseguirlo.

—Vamos, si te empeñas lo consigues, ¿dónde es?

—En el ministerio de trabajos públicos.

— ¡En el ministerio! esclamó Luis; pero tú ignoras que eso es imposible.

—¿Por qué imposible? preguntó su amigo.

—Porque he sido de los insurjentes.

—¿Y cómo te hallas libre?

—Porque me han salvado.

—Es decir, que en ese laberinto nadie sabrá afirmar que has tomado parte en la refriega, de modo que nadie tampoco puede perjudicarte.

—Pero servir a un gobierno contra el cual he combatido, dijo Luis, vacilando entre vencer su repugnancia o abandonar a Clementina.

—Eres un niño, le dijo su amigo, ¿quién dice que vas a servir al gobierno? vas a servir a la nacion y nada mas. Por otra parte, tu empleo será tan subalterno que en nada puede comprometerte.

Luis que solo buscaba razones para convencerse, halló solidisimas las de su amigo. El amor lo habia doblegado ya de tal manera que al aceptar el empleo solo vió en ello su union con Clementina.—Tendré una posicion con la cual podré presentarme al padre, pensó con el esclusivo egoismo de todo enamorado.

—Tú me salvas, dijo en voz alta estendiendo la mano a su protector.

—Ah, aceptas, dijo el otro, veo que tienes talento como siempre lo he creido. Mañana tendrás tu nombramiento si te vienes a almorzar conmigo.

Sobre esta promesa, Luis se retiró a su casa, lijero como un pájaro en busca de su nido; mas apénas se hubo sentado nue-

vas reflexiones vinieron a asaltarlo.—Lo que voi a hacer es una traicion, pensó ruborizándose.—Todo su orgullo se reveló entónces contra su debilidad; parecióle oir la voz de sus compañeros desterrados que le arrojaban a la frente los mas amargos reproches; y por un momento estuvo tentado a tomar su sombrero y correr a casa de su amigo para desdecirse. Mas en el mismo instante sus ojos se detuvieron sobre la carta de su padre abierta sobre la mesa en que habia apoyado su brazo, y el cuadro de la vida pobre y solitaria le apareció entónces mas desnudo y mas desconsolador que la primera vez.—En fecto, dijo, soi un niño, ¿cómo abandonarla?—y para huir de sus reflexiones comenzó a leer las cartas de Clemetina que ya sabia de memoria. Con esta lectura la reaccion fué completa.

A las doce del siguiente dia Luis volvió a su casa despues de haber almorzado con su amigo, trayendo ya su nombramiento de oficial del ministerio de trabajos públicos.

Su primer cuidado fué contestar a su padre, dándole las gracias por sus ofertas, y anunciándole su nueva colocacion.—«De este modo, concluia la carta, y viviendo económicamente, podré terminar mi estudio de derecho y proporcionarme un acomodo mejor y mas conforme con mis esperanzas.»—

Tranquilo ya por el lado paterno, Luis comenzó a buscar en su imajinacion los medios de dirijirse al padre de Clementina. Hombre de resoluciones prontas y enérjicas, Luis empleó poco tiempo en decidirse aun cuando estaba casi persuadido de la negativa. Escribió dos cartas: la una para Mr. Dunoye, pidiándole la mano de Clementina y para ésta la otra anunciándole el paso que daba para obtenerla. Hecho esto, las llevó en persona al viejo José encarcándole fuesen entregadas inmediatamente.

XI.

Clementina recibió la carta de Luis al mismo tiempo que su padre leia la que le era dirijida y se sintió desfallecer a la idea de una esplicacion con Mr. Dunoye. Sin mas confidente que su madre y José, débiles ámbos y temerosos del despotismo del jefe de la familia, la pobre niña debió buscar un apoyo en sus propias fuerzas y oponer una resignacion inalterable a la tempestad que indudablemente debia estallar. No conservando, ademas, ninguna esperanza sobre el consentimiento paterno, Clementina trató de armarse de valor para arrastrar todo sufrimiento, al propio tiempo que juraba conformarse con la voluntad de su amante.

Preparada de este modo entró a la pieza que ocupaban habitualmente en la noche y se sentó al lado de su madre que leia

un libro místico, pidiendo a la relijion el valor que la faltaba para hacer frente a la aspereza de su marido.

A las ocho de la noche Mr. Dunoye entró en la pieza que ocupaban su mujer y su hija, y fué a sentarse sobre una poltrona con aire preocupado, mas bien que con el seño severo que la señora Dunoye y Clementina esperaban.

Estas buscaron a la vez palabras con que entablar alguna conversacion: todo fué vano; ninguna acertó a romper el silencio que durante algunos instantes reinó en la pieza.

Por fin Mr. Dunoye fijó los ojos sobre Clementina.

—Acabo de recibir una carta, dijo, dirijiéndose a su hija, de un caballero que se firma Luis d'Orville, ¿tú lo conoces?

—Sí, contestó Clementina, con voz tan apagada que apénas fué oida por su padre.

—¿Y a dónde lo has visto? preguntó éste.

La pobre niña bajó los ojos y no dió respuesta ninguna; la voz de su padre la comunicaba un hielo glacial en las venas.

—En fin, prosiguió Mr. Dunoye dirijiendo la vista a su mujer, eso lo sabremos despues. Clementina añadió, dulcificando su voz, este caballero me pide tu mano, lo que me parece una locura, pues está mui léjos de poseer una posicion equivalente a la tuya, y sobre todo en circunstancias en que yo habia arreglado ya tu porvenir. Me parece que la mejor contestacion es el silencio.

Terminadas estas palabras, Mr. Dunoye salió del aposento dejando a Clementina y a su madre sin poder esplicarse aquel cambio tan repentino de carácter.

Nosotros, sin embargo, podemos darle una esplicacion mui natural y que mostrará hasta qué punto Mr. Dunoye sabia calcular.

Como dijimos ántes, Clementina estaba destinada por su padre para esposa de un hermano de éste que debia llegar mui en breve de Bruselas. La carta de Luis d'Orville, parecia ser la que debia desbaratar el edificio de todos sus proyectos construidos a fuerza de severidad y de paciencia: ántes de recibir aquella carta Mr. Dunoye no pensó por un momento en que Clementina se negaria a casarse con su tio, mas despues reflexionó que dicha carta debia haber tomado su orijen en alguna correspondencia entre su hija y ese jóven d'Orville que tan cortesmente la pedia para su esposa, sin mas posicion social ni mas fortuna que un empleo subalterno en el ministerio de trabajos públicos,

Ademas Mr. Dunoye, en su calidad de comerciante sabia mui bien que el padre de ese mismo jóven habia hecho banca-rrota pocos dias ántes de la revolucion de junio.

—Por consiguiente, pensó el padre de Clementina, es preciso

cambiar de plan y mostrar dulzura en vez de una severidad que podria exasperar a una niña sin duda enamorada. De este modo será fácil disuadirla del intento que haya formado y mi plan se llevará a caba lo mismo que ántes.

Ademas Mr. Dunoye, sabia que en último caso le quedaba el poder de su autoridad, de modo que se resolvió, como hemos visto, a emplear primeramente los medios mas pacíficos.

Entre tanto, Clementina y su madre buscaban envano los motivos de aquel repentino y favorable cambio en el tono y maneras habituales de Mr. Dunoye.

La madre, queriendo desvanecer en el espíritu de su hija la impresion que pudieran haberla dejado las palabras dichas por su marido sobre su porvenir, persuadióla que era preciso esperar y conformarse sobre todo con la voluntad paterna.

Clementina aparentó conformarse, y retirada a su cuarto, escribió a Luis la carta siguiente:

«Bien podrás hacerte una idea, mi Luis amado, del terror con que esperaba la primera entrevista con mi padre: esta no se hizo esperar; mas contra lo que yo temia, su lenguaje no fué ni duro ni abiertamente opuesto a nuestra felicidad: creo que con perseverancia podremos vencerlo, y no parece que vendria mal que te presentases ahora a él y le hablases con toda franqueza sobre nuestra posicion. Me ha hablado vagamente sobre mi porvenir que dijo tener ya preparado: como estas palabras, por su propio misterio me atemorizan, no he querido indagar su verdadero sentido. En todos casos jamas variará para ti el corazon de tu

Clementina.»

Luis recibió esta carta al dia siguiente, de manos del viejo José; mas despues de leerla varias veces halló que se encontraba casi en el mismo punto que el dia anterior.

Por otra pate, el padre de Clementina no se negaba abiertamente; mas hablaba tambien de establecer a su hija: esto último casi no le dejaba duda; no obstante, Luis no quiso ver en ello la realidad y rechazó esta idea como importuna.

A las doce del mismo dia, no habiendo aun sabido contestacion alguna, escribió a Mr. Dunoye la carta siguiente:

«Señor:

U. no debe ignorar que la incertidumbre, en ciertas ocasiones, es la mas horrible tortura; de modo que no dudo que considerando mi posicion U. no tardará en dar alguna respuesta a mi carta de ayer.

Me aprovecho de esta oportunidad etc.

Luis d'Orville.»

Media hora despues, Luis recibia la siguiente contestacion:

«Señor:

Habia decidido no contestar su carta de ayer, esperando que U. tomase mi silencio como una negativa que me era duro manifestarle por escrito; mas ya que U. me exije una respuesta, me veo en la precision de decirle que la union de mi hija con U. es imposible, pues ántes de recibir su carta habia determinado de otro modo.

Soi de U. etc.

Alphonse Dunoye.»

Esta carta no le dejaba duda alguna sobre la resolucion del padre de Clementina, ni alteraba tampoco los planes que para lograr sus fines tenia formados de antemano.—Si es preciso luchar, lucharemos—dijo, despues de leer detenidamente la carta, y arrojándola con desprecio debajo de la mesa.

Inmendiatamente escribió a Clementina comunicándola el resultado de sus dilijencias, y proponiéndola una fuga: enviada esta carta esperó impaciente su contestacion.

Para un hombre del temple de Luis d'Orville, las ajitadas escenas de aquellos dias eran el verdadero elemento donde sus facultades podian esplayarse. Para él la vida era la accion y el choque furioso de las pasiones, tomadas en su primera exuberancia; necesitaba de los azares de una lucha cualesquiera para ocupar su espíritu inquieto y emplear la prodijiosa enerjia moral y física de que estaba dotado. Pasados los peligros de la vida revolucionaria y lanzado por la casualidad en las peripecias de la vida amorosa, su corazon abrazaba con igual empeño estas que aquellas necesidades, aprontándose a romper todos los obstáculos que lo separaban del fin que se habia propuesto alcanzar.

El amor era, ademas, la única fuerza que podria doblegar su espírtu altanero y osado, la única emocion que podria embotar sus inquietas ideas para entregarlo a las pacíficas contemplaciones de un sentimiento esclusivo; mas, como ha visto el lector, su destino, en vez del goce tranquilo de su amor profundo, le preparaba las violentas vicisitudes de una lucha en la que sus fuerzas eran inferiores, bien que su voluntad era indomable.

La respuesta de Clementina no se hizo esperar mucho; mas en vez de la contestacion que Luis esperaba, la carta de su querida, entre mil protestas de un amor inmutable, le rogaba que desistiese de su propósito, asegurándole que el único modo de realizar su mutua felicidad era el de perseverar en su empeño y vencer a fuerza de constancia, la negativa de su padre.

Esta carta arrojó en el pecho de Luis d'Orville una desespera-

cion aterradora. Con la natural lijereza de todo amante, acusó de indiferencia a Clementina y llegó a pensar que intimidada por la fuerza paterna o vencida talvez por los consejos de la madre, ella no estaba mui distante de obedecer y echar en olvido sus juramentos. Sin tomar en cuenta las razones de su querida, Luis bebió a largos tragos el amargo licor del desengaño y se despidió de sus proyectos renunciando a todas sus esperanzas: para su amor ardiente e impetuoso necesitaba otro que supiese salvar las barreras de toda preocupacion y abandonarle el cuidado de su destino: Clementina le aconsejaba esperar cuando él le proponia la fuga; luego Clementina no lo amaba. Cegado por la lójica de este razonamiento Luis decidió abandonar a Paris y retirarse al lado de su padre a ocupar el destino miserable que tanto habia despreciado.

Bajo esta determinacion arregló su modesto equipaje y esperó con impaciencia el dia siguiente para marcharse. Pero ántes de alejarse de Clementina quiso arrojarla toda la amargura de su alma, todo el pesar que su primer desengaño habia difundido en su corazon. La carta siguiente fué su adios a la que del cielo de sus creencias lo arrojaba al mundo de las amargas melancolías:

«Clementina:

La desgracia mas irreparable no habria podido herirme tan profundamente como la carta que acabo de recibir de U. Léjos de mi la intencion de reprocharla su inconstancia ni de turbar la felicidad a la que U. parece tan bien acomodarse. Me he engañado al contar con un amor igual al mio, con un amor abnegado y sincero que no reconociese dificultades ni dejase al tiempo y a la perseverancia el cuidado de realizar un deseo vehemente. Los términos medios, Clementina, los sentimientos pasivos y prudentes cuadran mui mal con ciertos juramentos en los que parece se delega toda la voluntad en el ser que se ama: yo, amándola, no hubiese trepidado en darla mi vida y U. vacila ante la idea de abandonar su casa y unir con el mio su destino.

Esta dura verdad ha venido a destruir todos mis proyectos junto con mis sueños de amor: al saberla he renunciado a todo, al sentir la mano helada del primer desengaño he resuelto librarme de los que despues podrian sobrevenir: dejo a Paris y huyo de mis recuerdos, no sintiéndome con la tranquilidad suficiente para volver a verla y conociendo que mi carácter no se acomoda a esa vida de resignacion y de paciencia que seria necesario adoptar.

Renunciemos, pues, ambos a la vida de ventura que soñamos y olvidemos juramentos pronunciados con irreflexiva lijereza: de hoi en adelante viviremos como estraños; que mi nombre la sea desconocido así como lo es mi corazon, cuya profunda sin-

ceridad U. talvez no ha alcanzado o sospechar. Por mi parte, jamas proferiré ni una queja, ni un reproche, atribuyendo mi desgracia a mi propio engaño, y no culpando en esto mas que a mi mismo que fundé todas mis esperanzas en una alucinacion mui natural.

Luis d'Orville.»

Clementina recibió esta carta en la noche y no pudo leerla hasta encontrarse sola en su aposento. Despues de su lectura quedó aterrada, tanto mas, cuanto que conocia la impetuosa vehemencia de su amante y estaba segura que la abandonaria para siempre.

Entónces se trabó en ella esa lucha del deber y el deseo que todos en la vida han sufrido alguna vez. Para ella, abandonar a Luis era abandonar el primer sol que habia dorado el horizonte de sus queridas esperanzas, y el corazon conserva siempre una ternura especial y duradera hácia todo lo que por primera vez ha hecho vibrar sus cuerdas delicadas. Ademas, en el primer amor, nadie cree poder sobrevenir a la separacion; nadie cree que arrancados del alma los mas caros afectos, las heridas puedan cicatrizarse; nadie cree que desvanecidos los primeros ensueños de la felicidad, el tiempo pueda traer otros tan puros y halagüeños: la imajinacion rechaza la idea de otra vida feliz, despues de la vida de sentimiento, de aquella en que el corazon se multíplica para concentrarse con mas fuerza en un objeto esclusivo; la mente no quiere concebir, cuando se ama, nada que no sea los celestes acordes de dos almas unidas, ningun mundo que no sea el alumbrado por el sol de las ardientes inspiraciones.

Clementina trepidó un corto instante, ademas que no podia emplear mucho en decidirse, pues las circunstancias eran apremiantes. Inmediatamente hizo algunos preparativos, comenzó a escribir a su madre una carta que no tuvo la fuerza de concluir, y envolviéndose en un gran chal bajó en silencio la escalera y golpeó a la puerta de José

—Ah, es U. señorita, dijo el portero, reconociendo a Clementina, ¿qué se la ofrece?

—Quiero salir y que me acompañes, dije ella con tono resuelto.

—¡Salir! ¿y a dónde Dios mio?

—A casa de Luis, dijo Clementina.

—Y U. ha pensado lo que hace señorita?

—Sí, todo lo he pensado, ve lo que me escribe. Y la niña leyó a José la carta de Luis.

—Ya ves que sino lo veo partirá, añadió llorando, y yo moriré de pesar.

—Dejadme ir a verlo, yo lo persuadiré dijo el portero, y U. asi no se espone a ser desgraciada para siempre.

—Sería inútil, yo sola puedo hacerlo desistir de su resolucion. Vamos, añadió, no perdamos mas tiempo la noche se pasa.

José bajó la cabeza con resignacion. Acostumbrado a obedecer en todo a Clementina, las lágrimas de la niña lo dejaban sin fuerza para oponerse a su voluntad.

—Iremos, dijo cerrando la puerta de su habitacion; pero U. me permitirá que no la abandone en ninguna parte.

Salieron de la casa y en pocos minutos llegaron a la que ocupaba Luis d'Orville.

El jóven, sentado junto a una mesa, apoyaba la frente sobre la mano derecha y fijaba su vista en la luz que ardia delante de él. La contraccion de todas sus facciones acusaba la porfia con que su mente hacia el análisis de las distintas fases de una misma idea de la cual le era imposible desarsirse. Como el matemático que estudia los corolarios de una verdad que que acaba de descubrir Luis, persuadido de la inconstancia femenina, encontraba mil deducciones sacadas de su nueva conviccion y se perdia en ese laberinto de falsas consecuencias que acarrea consigo el primer desengaño. En aquel mometo su máxima era que el amor en las mujeres no traspasa los límites de una simpatia moderada, sujeta en todo a las mezquinas prescripciones sociales. Pensaba que el cielo, al formar dos seres que al parecer debian complementarse el uno por el otro, habia repartido en proporcion mui desigual la cantidad de sentimiento que ambos debian llevar por iguales partes.—¿Y en tal caso, se preguntaba, dónde debemos emplear nuestro exceso de sensibilidad?

En este instante oyó dos golpes dados a la puerta de su habitacion.

Un segundo despues, Clementina estaba en sus brazos. El viejo José se habia quedado afuera, sobre el descanso de la escala.

—Has dudado de mi, dijo Clementina, oh, eso es mui injusto,

—Mi vida, dijo Luis, cuando amamos mucho estamos sujetos a fuertes errores por la fuerza misma de nuestro amor. Tú me aconsejábas la paciencia, a mi, que encontraba eterno cada minuto que nos separaba.

—Creia que era el único medio de lograr nuestro intento, dijo ella, mas ya que no es asi estoi pronta a seguirte.

Luis admiraba el brillo de los ojos de Clementina, animada por su ardiente entusiasmo. La jóven en aquel instante, estaba sublime; toda la gracia, el admirable abandono de la mujer enamorada, la dulce espresion de sus ojos, la serena confianza de su frente, realzaban la inspirada actitud de su persona. Ol-

vidada del resto del mundo, parecia beber su vida en los ojos de su amante, miéntras que sus lábios, trémulos por tanta emocion, parecian solicitar una órden para mostrarle su obediente y apasionado rendimiento.

Luis, por toda respuesta, besó con veneracion las manos de la niña.

—Por supuesto, que no piensas quedarte en este barrio, dijo Clementina. Aquí nos descubririan con mucha facilidad.

—No, dijo Luis, ahora que estoi persuadido que me amas tendré paciencia para esperar.

—¿Cómo? preguntó la niña.

—Volviéndote a casa de tu padre ¿has venido sola?

—No, con José.

—Pues bien, él puede acompañarte, y esperaremos: veo que la fuga debes emplearla como último recurso.

—Mira, dijo Clementina, no quisiera volver; mi tio debe llegar mui pronto y mi madre me ha iniciado algo sobre ciertos proyectos de enlace.

—Ah, tanto mejor, esclamó Luis, no queria hacerte dar un paso del cual pudieras mas tarde arrepentirte....

—Siempre injusto, dijo ella, haciendo una mueca deliciosa a su amante.

—Mas si hai esto, no vuelvas, mañana serás mi esposa y aunque pobres viviremos felices.

—En este instante, el viejo José pasó su cabeza por la puerta que no estaba bien cerrada.

—Señorita, dijo, es casi de dia, me parece que sería prudente volvernos.

—Ah, mi viejo, estás loco dijo Luis, abrazando al portero. Mira tú serás uno de mis padrinos, dentro de dos horas me caso.

XII.

Al dia siguiente de la fuga de Clementina, nuestros novios se hallaban instalados en un pequeño departamento de una casa de huéspedes, situada en una calle mui distante de la de Saint-Maur.

El departamento se componia de una pieza que servia de dormitorio y otra que hacia las veces de salon de recibo. Esta última tenia por todo amueblado un sofá cubierto con viejo terciopelo de Utrech de dudoso color y de seis sillas forradas con el mismo jénero. Una vieja cortina pendia delante de la ventana que daba sobre un patio de cuatro métros de largo sobre tres de ancho; patio lóbrego, húmedo y nauseabundo, destinado a recibir las inmundicias de los cuatro pisos de la

casa. El piso de tablas de aquella pieza, encerado cada seis meses, conservaba la señal de las pisadas de los que habian entrado allí con el calzado cubierto por el barro de la calle. El papel que cubria las paredes parecia atestiguar los primeros ensayos de esa industria que ha llegado en el dia a espender sus trabajos a precios tan reducidos: en los ángulos, el papel rasgado ya por efecto de la separacion de las paredes acusaba la poca solidez del edificio, cuya edad era mui difícil conocer.

El cuarto de dormir poseia un amueblado en armonía con el de la pieza que acabamos de dar a conocer. La miseria habia dejado allí la huella de su paso, revistiendo cada objeto con ese color sombrío, antipático al corazon, que es una mezcla del color primitivo y del que el tiempo y el polvo van dejando por donde pasan.

La cama, con pretensiones de elegancia, estaba resguardada por cortinas amarillas, recojidas a las cuatro esquinas del catre por medio de lazos de vieja cinta azul que formaban con el color de la cortina un contraste que ofendia el gusto mas induljente. Un velador, dos sillas y un peinador completaban el menaje; sobre el peinador habia una taza, un jarro sin oreja y una jabonera que parecia forrada con el residuo de mil jabones de diversos colores.

En ese pobre y sombrío refujio, Clementina y Luis habian ido a ocultar su amor y su felicidad para ponerse a cubierto de los ataques de un padre irritado. Unidos por la mano de Dios y entregados al placer infinito de su amor, ellos no vieron ni la triste miseria de su habitacion, ni la pobreza descarnada que por todas partes los rodeaba, como una maldicion sangrienta; sino que, reflejándose en torno suyo su primera felicidad, todo ante sus ojos cobró la alegria con que sus almas rebozaban, y todo respondió a la sonrisa de sus lábios con la muda complascencia del misterio, a los latidos de sus enamorados corazones con la melodiosa vibracion de una simpatia oculta y cariñosa.

Los primeros rayos de la luna de miel poseen algo mas que la tibia satisfaccion de un deseo realizado; algo mas que las solicitudes de la esperanza cumplida: su calor se trasmite a dos almas que resienten sentimientos idénticos y que fecundadas por la mano májica del amor producen a porfía las mas brillantes flores del idealismo. Puestos en completa posesion de una felicidad mirada siempre al principio como un sueño, los amantes encuentran el secreto de multiplicar su adoracion al infinito y de poblar su nuevo Eden con mil placeres ideales que salvan las barreras del materialismo para espaciarse en los campos mas vastos y fecundos de los goces del alma: entónces cada mirada despierta un nuevo sentimiento y cada sentimiento es un poema.

Luis y Clementina poblaron con su amor ese mundo ideal de los amantes felices, tierra aislada y estraña a las preocupaciones ordinarias de la vida; isla de encantadas riberas donde cada placer marca su huella, donde cada sitio consagra un recuerdo venerado, donde cada sonido evoca la memoria de las celestes armonías del alma. Unidos los corazones, atravesaron con planta firme las luminosas rejiones hácia donde vuelan todos los que en el amor cifraron la dicha de la existencia; olvidaron en un minuto las eternas angustias del pasado y apartaron la vista con sublime desprecio del oscuro horizonte de su porvenir. Durante los primeros dias vivieron en ellos solos; ningun acontecimiento ajeno de su amor ocupó un instante sus imajinaciones; ningun deseo fuera de su culto esclusivo turbó un momento la ardiente concentracion de sus voluntades: vogaron perdidos en ese mar sin límites que se llama amor, sin mas espectáculo que su infinito y el cielo sereno de su perfecta bien andanza.

Luis obtuvo del jefe de su oficina un permiso para faltar a ella durante ocho dias, los que corrieron como corre el tiempo para los amantes: *sin horas ni medida.* Lo único que les llamaba la atencion era la prodijiosa rapidez con que la noche y el dia se alcanzaban sucesivamente. Jóvenes ambos y habiendo hasta entónces vivido en la mas absoluta indiferencia, jamas habian podido medir el valor de ciertas horas, ni pensar que los eternos dias de fastidio pueden parecer de una velocidad desesperante cuando el alma quisiera retardar su curso inevitable.

Durante esos ocho dias, Clementina desplegó para Luis esa gracia inimitable del amor verdadero, esa deliciosa coqueteria del amor feliz que reviste a la mujer de mil encantos hasta entonces ignorados. Luis gozó con todo el orgullo del que lee el amor que ha inspirado en cada ademan, en cada sonrisa de la mujer que busca en sus ojos la luz que la ilumina, y comprendió que en ciertos corazones la pasion sobrepasa las mas locas exijencias de la fantasía.

Clementina, en efecto, no habia dejado traslucirse en su semblante ninguno de los recuerdos dolorosos que aveces asaltaban su memoria y que desaparecian despues rechazados por la fuerza de su alma y por las nuevas felicidades de su amor. Comprendió que desde su huida, su existencia estaba irrevocablemente ligada a la de Luis y buscó en sus caricias el olvido de las imájenes que le trazaba su mente, arrancándola de los brazos del amor para ponerla enfrente del doloroso cuadro de su madre abandonada, de su casa desierta y convertida por ella en un recinto de desolacion y de amargura.

Pero ai, los ocho dias se terminaron y el noveno fué preciso separarse. A las diez de la mañana, hora de la asistecia al ministerio, Luis y Clementina, que se separaban por cuatro horas se despedian como para una ausencia eterna.

Solo entónces, Clementina miró a su alrrededor y pudo penetrarse de la horrible pobreza a que estaban condenados y solo entónces tambien y no hallando los ojos de Luis para encontrar en ellos el valor que la inspiraban, ella pensó en su madre y sintió la fria mano del remordimiento estrechar su corazon con sus amargos y poderosos reproches. Abandonada a su propia fuerza y sintiendo en su pecho la voz severa del deber. Clementina quiso al ménos dulcificar los pesares de su madre escribiéndola para verla ocultamente.

Apénas hecha esta resolucion, se puso en busca de lo necesario para llevarla a cabo, mas no encontrando nada de lo que necesitaba, creyó que el cielo la condenaba a estar eternamente separada de todos los suyos: agoviada por tan triste presentimiento, dejóse caer sobre una silla y vertió abundantes lágrimas.

La puerta se abrió en el mismo intante, y Luis pálido y turbado apareció en el aposento. Clementina dió un grito de alegría y se precipitó a sus brazos.

—Mi adorada, dijo el jóven, besándola con amor, estamos perdidos.

—¿Cómo? preguntó Clementina, temblando al ver que las palabras de Luis parecian venir a realizar sus sombrios presentimientos.

—Sí, contestó el jóven, perdidos. Hoi al presentarme a la oficina he encontrado el decreto de mi destitucion; asi que ningun recurso nos queda.

—Oh, Dios mio, esclamó Clementina, retorciéndose los brazos con dolor ¿qué haremos?

Luis, sintiendo el peso profundo de aquel grito desesperado dejó caer su frente helada sobre el hombro de Clementina.

—Mira, dijo la niña acariciando la negra cabellera del jóven, talvez te han engañado, ¿qué motivo han tenido para destituirte?

—No, no me han engañado, esclamó Luis, en cuyos ojos se vió lucir un relámpago de cólera. Todo lo sé: tu padre se ha informado de mi vida y probando que he tomado parte en la revolucion de junio, no ha tenido dificultad en hacerme destituir.

—¡Oh Dios mio! Dios mio! esclamó Clementina, ten piedad de nosotros!

—Lo que es peor, continuó Luis, es que talvez me persigan y

me prendan y entonces mi ánjel querido ¿qué será de tí? quién vengará los ultrajes de tu padre? quién te sostendrá en tu abandono?'

—Si es asi, huyamos, salgamos ahora mismo de Paris.

—¿Y a dónde?

—Al lado de tu padre.

—¡Ah, mi padre! dijo Luis, sacando una carta, ve lo que me escribe.

Clementina leyó las lineas siguientes que terminaban una larga carta:

«He recibido con profundo desagrado la noticia de tu matrimonio. Te habia propuesto una subsistencia honorable aunque oscura y laboriosa, tú has preferido casarte a despecho de todo, y aun de la miseria, ¿qué puedo hacer por tí? Esperaba que aquí hubieras podido casarte con ventaja, mas ya que todo es imposible, me conformo con hacer votos por tu felicidad.»

—Ya ves, díjo Luis, nada podemos esperar por ese lado.

—Pues bien, dijo Clementina, yo iré a ver a mi padre.

—Oh, jamas dijo Luis. Ahora querrá humillarme con el peso de su poder.

—Pero entonces ¿qué hacer?

—Yo veré a mis amigos, dijo Luis, talvez encuentre algun empleo.

Media hora despues, Luis recorria las calles en busca de todos sus amigos, mas sus dilijencias fueron vanas; ninguno de ellos pudo proporcionarle una colocacion que le diese los medios necesarios a la mas económica existencia. Los horribles presajios del porvenir lo hicieron entonces volver sobre los dias pasados y arrepentirse de su precipitacion: sitiado por las sérias lecciones de la miseria, conoció aunque tarde, el precio de los consejos de Clementina y no divisando ninguna esperanzanza volvió a su casa con el corazon oprimido por la desesperacion.

Entre tanto, Clementina, valiéndose del portero de la casa se habia procurado lo necesario para escribir y habia dirijido a su padre una carta implorando su perdon. La respuesta de Mr. Dunoye habia sido exijiendo igual cosa de Luis. «Para hacerse perdonar, terminaba diciendo el padre de Clementina, es necesario la sumision y el arrepentimiento, pues no quiero que despues se levante un amo donde yo habia tolerado un yerno arrepentido de sus faltas para conmigo.»

Clementina rompió la carta de su padre, persuadida de que su marido no se humillaria jamas hasta prometer obediencia y esperó resignada la vuelta de Luis para someterse a sus designios.

Como dijimos, Luis volvia a su casa con la muerte en el alma. Las seis de la tarde habian dado ya y la incierta luz del crepúsculo comenzaba a reemplazar la claridad del dia que espiraba. Los tristes desengaños que durante sus correrias acababa de sufrir, aumentaron en aquella hora la sombria desesperacion de su alma, sintió bajar a su pecho, junto con las sombras de la noche, el melancólico abatimiento natural en las personas que, dotadas de grandes fuerzas morales, se ven fatalmente encerradas en el circulo de la inaccion: al buscar en sus propias fuerzas el medio de resignarse, no hallaba mas resultado que la rabia concentrada del lion perseguido y en medio de todas sus angustias, como esas luces lejanas que iluminan un campo desconocido, la sangrienta idea del suicidio le hacia esperar en las tenebrosas dudas de la muerte el completo olvido de su mal espantoso. Con la lucidez de la desgracia se vió llegando a su pobre habitacion y responder con la fria y punzante verdad a las preguntas de su Clementina que tenia fé en sus fuerzas y en su intelijencia; oyó su voz contándola las ajitaciones del dia y confesarla, con la vergüenza en el rostro, que al dia siguiente no habria pan para satisfacer el hambre ni esperanzas para calmar las inquietudes del pecho atormentado.

—¡Oh, dijo apoyándose contra la puerta cerrada de una casa cercana de la que él ocupaba, morir cuando se ama tanto y morir de miseria!

—Mas, para morir pensó Luis, es necesario tener el derecho de hacerlo o poder decirse a lo ménos que muriendo a nadie traicionamos en el mundo, que no habrá nigun corazon que espera en nuestras fuerzas y que cobardemente abandonamos y ademas para morir, dijo hablándose en voz baja y con los sollozos en la voz es necesario no amar.

Y al pronunciar estas palabras que esplicaban todos los lazos que era necesario romper para dejar la tierra, la vigorosa naturaleza del jóven se sintió acometida por ese torrente de sensibilidad que embotando la mas poderosa enerjia, solo puede desahogarse con lágrimas.

El pobre Luis cubrió su rostro con sus manos y lloró como un niño.

Un instante despues, sintió el peso de una mano que se apoyaba sobre uno de sus hombros.

—¿Qué hai? preguntó lavantando la frente. Ah ¿eres tú José? añadió reconociendo las facciones del viejo portero.

—Hace media hora que os espero señor, dijo José.

—¿Qué hai?

—Parece que alguien ha dado aviso a la policia y ésta os busca por todas partes.

—¿Y Clementina? preguntó el jóven.

—La he puesto en salvo, contestó José, venid conmigo.

Y el portero se puso a andar con precipitacion, seguido por Luis que, tranquilizado sobre la suerte de Clementina, habia vuelto a caer en sus penosas meditaciones.

Necesario es que advirtamos de paso al lector, que el viejo José habià sido arrojado de la casa de Mr. Dunoye y ocupaba el puesto de portero en una casa de la calle del Bac. En esta casa fué donde Luis penetró guiado por José.

En una pieza oscura y estrecha, contigua a la habitacion del portero, Clementina se hallaba sentada sobre una silla de paja con el rostro cubierto por las manos y sin dar mas señales de vida que el movimiento forzado y repetido que sus continuos sollozos imprimian a todo su cuerpo. Al oir el ruido de pasos en la pieza vecina, se levantó de su silla como movida por un resorte y avanzó basta la puerta que comunicaba ambas piezas.

Luis, al verla se arrojó en sus brazos estrechándola con la desesperacion del que cree que pronto tendrá que separarse para siempre de lo que mas ama sobre la tierra.

—¿Nada, no es verdad? mi pobre Luis, dijo la jóven cubriendo de besos la frente helada y pálida de su marido.

—Nada, murmuró éste con acento sombrío, oh mi Clementina añadió tras una breve pausa, ¿por qué has escuchado mis palabras? por qué has consentido en seguirme?

¡Cómo! dijo ella ¿querias sufrir solo?

—Quien sino yo, dijo Luis, te ha arrancado del seno de tu familia, de la paz de tu vida feliz para arrojarte en medio de la miseria y de la desgracia. Mira, en esta hora en que Dios parece querer abandonarnos, daria toda mi sangre por volverte a tu vida de abundancia y tranquilidad.

—Y yo, dijo Clementina, estrechando al jóven contra su pecho como si temiese que se lo arrebatasen, yo nada quiero, nada pido que no sea para ti. Sola no volveria jamas a mi casa, mas bien morir.

—¿Morir dices? esclamó Luis, fijando sus ojos en los que brillaba la fiebre de la desesperacion, en la dulce y serena frente de Clementina, ¿morir, tendrias valor para ello?

—Contigo nada temo, dijo ella, qué importa la muerte si al morir te estrecho entre mis brazos, si sé que nuestras almas volarán juntas donde Dios las bendiga.

Luis se arrojó de rodillas delante de la jóven como para adorar con mas veneracion la sublime grandeza de su alma, y Clementina, como perdida en la magnitud infinita de su pasion, pasaba su blanca mano por entre las ebras de los largos cabellos de Luis, al parecer olvidada del mundo entero.

En esta actitud, él de rodillas adorando y ella viviendo en su amor únicamente, formaron el triste propósito de arrojarse al Sena aquella misma noche. Al efecto, salieron de las habitaciones del viejo portero, prometiéndo volver mui pronto, atravesaron el rio y entraron a un café, donde Luis escribió a José anunciándole su resolucion y rogándole fuese al dia siguiente a la Morgue para sacar sus cadáveres. Hecho esto enviaron la carta por medio de un comisionario y se perdieron a orillas del rio entre las sombras de la noche!

FIN.

Octubre de 1855.

ALBERTO BLEST GANA.

CANTINELA NOCTURNA.

—

¡Qué bella noche!....en el inmenso lago
De la etérea rejion, cual barca hermosa,
Lloviendo ensueños de nocturno halago
La luna va tranquila y silenciosa.

De aura liviana que a las flores besa,
El melodioso querellar se siente,
Mientras la noche de su niebla espesa
Desenrolla las alas dulcemente.

Yo gozo aquí de incógnita dulzura,
En medio de esta calma apetecida;
Arboles, luna, estrellas, aura pura,
Y todo, a sueños de placer convida.

Un no sé qué dulcísimo que halaga,
De amores le habla al corazon cuitado
Que sobre el ala del recuerdo vaga
Pensando en horas de placer pasado.

Y al par que dicha y glorias resucita,
Tiembla de amor el aura placentera,
Jime de amor la fuente que dormita,
Y empapada en amor está la esfera....

¡Cándida brisa! que dormis temblando,
En el árbol que aromas atesora,
Despertad y volad en jiro blando,
Hácia do el anjel de mis sueños mora;

Y un ósculo de amor, en el hoyuelo
De sus mejillas dadle, y al oido
Decidle que ahora los ensueños velo,
De su virjíneo corazon querido.

Y en su cabeza, májico beleño
Verted mezclado en armoniosos sones,
Para que caiga en perfumado sueño
Ideando fantásticas visiones.

Mas cuando el alba de color de rosa,
Asome sus celajes de topacio,
En son de trova dulce y cariñosa
Hazla mui leve despertar despacio.

Entónces ella abandonando el lecho
Vendrá a escuchar mis cánticos de amores;
Yo ébrio de amor y en ilusion desecho,
Su sien celeste adornaré de flores....

Si, blanda brisa ¡vuela!....y tú entre tanto
Sigue tu curso deliciosa noche,
Hasta que el alba, de su bello manto
Desprenda el puro y celajeado broche.

Yo aquí bajo este sauce que suspira
Lamiendo apénas las dormidas olas
Del agua clara, templaré mi lira
Con la esperanza de mi amor a solas.

Un muelle lecho del arroyo al borde
Le formaré, de rosas y azucenas,
Y allí cual eco de instrumento acorde
Vibrarán nuestras pláticas serenas.

Ella me contará lo que ha soñado
Su corazon de cándida paloma,
Y yo al compas de mi laud templado,
Le entonaré mil cántigas de aroma.

Mas ¡aí!...¡si acaso la fortuna impía,
Contraria burla mi feliz deseo,
Y el bello rostro de la hermosa mia,
En estos sitics plácidos no veo.

Entonces tristes verterán mis ojos,
Mui mas copioso llanto que la aurora,
Cuando velada entre húmedos sonrojos,
Trémulas perlas sobre el cesped llora.

Pero no...! sí vendrá! porque la espero
Para extasiarme en su jentil semblante;
¡Si! vendrá, por que sabe que yo muero
De amor y de pesar de ella distante.

¡Sí! ya te veo en ilusion, gallarda
Cual hechicera silfa apareciendo,
Sobre el liviano cesped que te aguarda,
La pisada levísima imprimiendo.

Destrenzada la negra cabellera,
El dulce labio de sonrisas lleno;
Llegas a mí cual céfiro lijera
Con ambas manos oprimiendo el seno.

Y te recuestas en mi amante falda,
Y me dices riëndo que me amas;
Luego hollando la alfombra de esmeralda
Fujitiva te alejas y me llamas.

Y yo te sigo con ansioso anhelo,
Como niño tras blanca mariposa,
Que ávido de alcanzar su raudo vuelo,
La persigue veloz de rosa en rosa....

¡Gratas auras de amor! volad en torno
De esa sublime creacion del cielo;
¡Fragantes flores del pensil adorno!
Envïadla perfumes de consuelo.

Y vosotros, del alto firmamento,
Rutilantes y fúljidos luceros,
Envidiad la dulzura y sentimiento
De la luz de sus ojos hechiceros.

Que yo tambien de amor en un suspiro
Toda mi alma y corazon le exhalo,
Y embriagado en la dicha que deliro,
En placer a los ánjeles me igualo......

¡Ah! no te alejes ilusion tan bella;
¡Déjame asi mirar a la que adoro,
Y acaso pueda sorprender en ella,
De su inocencia el virjinal tesoro!

Sé que eres sombra del cerebro mio,
Mas amor solo de las sombras vive;
¡Invenciones de dulce desvarío,
Que el alma siempre con placer recibe!

A. SMITH IRISARRI.

DANTE ALIGHIERI.

(BIOGRAFÍA ESCRITA EN FRANCES POR M. FAURIEL.)

TRADUCIDA PARA LA «REVISTA»

POR J. MORON.

(Conclusion.)

El emperador se detuvo poco en Pisa, y tomó el camino de Roma acompañado de la mayor parte de los desterrados que habian venido a unírsele de todos los paises. Paso en silencio las circunstancias del viaje y de la coronacion de Enrique VII. Baste decir para dar una idea de lo que era entonces la autoridad de los emperadores alemanes en Italia, que Enrique encontró adversarios por todas partes a los cuales le fué preciso combatir: combatir para entrar en Roma, para encontrar un palacio en que alojarse y hasta para obtener una iglesia en que hacerse consagrar. Por último, apénas coronado, se vió obligado a retirarse precipitadamente mas bien como fujitivo que como soberano.

En el mes de agosto de 1312 se encontraba en Arezzo, donde se detuvo algunos dias para reunir las tropas con que pensaba marchar contra Florencia. El 19 de setiembre siguiente se hallaba ante los muros de esta ciudad; pero no permitiéndole

el número de sus tropas sitiarla en forma, las concentró en un solo punto, decidido a esperar los acontecimientos mas bien que a intentar ningun ataque.

Las circunstancias de esta especie de bloqueo son singulares y caracterizan vivamente el antiguo espíritu de las repúblicas italianas. Los florentinos, no creyeron poder demostrar mejor el poco caso que hacian de sus enemigos, que afectando en su presencia toda la seguridad del estado de paz. Ellos no cerraron sus puertas y continuaron espidiendo y recibiendo mercancias, sin paralizar trabajo alguno. Léjos de esto se activó mucho la construccion de diversos edificios que estaban empezados; la familia de los Cocchi hizo trabajar de noche y a la luz de las antorchas, en un palacio que estaban edificando.

Como las fuerzas reunidas de los florentinos y de sus aliados eran mui superiores en número a las de Enrique VII, talvez no habia en todas estas baladronadas tanto valor o temeridad como desde luego pudiera creerse. Pero de cualquier modo que sea, estas baladronadas tuvieron buen éxito: el emperador, que habia esperado en vano durante cuarenta dias que se sometieran los florentinos, levantó su campo y se retiró primero a San-Casciano, y despues a Poggibonzi, castillo del señorío de Florencia en el camino de Siena.

Dante no tuvo el dolor de ver a Enrique VII retirarse vencido delante de Florencia. No era del número de los desterrados que se hallaban en el campo del emperador esperando entrar en su séquito a sus hogares. No porque no tuviese ménos deseos que aquellos de ver a su ciudad natal, ni ménos fé en el triunfo de Enrique VII, sino porque un motivo mas noble lo tenia alejado del campo imperial.

Cualesquiera que fuesen sus resentimientos contra Florencia, no podia olvidar que allí habia nacido y que reposaban en ella las cenizas de sus abuelos; conocia que en ninguna otra ciudad del mundo habria logrado ser lo que era; y por todos estos motivos hubiera creido faltar a la gratitud y al respeto hácia su noble ciudad, entrando en ella por la fuerza y detras de un ejército estranjero. Por no merecer este reproche se mantuvo retirado y como oculto, no se sabe en qué rincon de la Toscana, durante el bloqueo de Florencia.

Pero, volviendo al emperador, su situacion empeoraba de dia en dia. La Toscana acababa de probarle que podia desafiarlo impunemente; la Lombardia habia aprovechado su ausencia para insurreccionarse de nuevo, y el rei de Nápoles, su principal adversario, tomaba cada dia mas ascendiente en Italia.

En situacion tan enojosa y no sabiendo qué hacer, Enrique VII pasó el invierno en Poggibonzi ocupado en formar estériles procesos a los florentinos jefes, del partido güelfo, y a hacerlos

condenar por contumaces, como culpables de rebelion para con el imperio. Hubo mas de seiscientos condenados de este modo que no lo supieron sino por la fama pública.

Desde Poggibonzi, Enrique VII se dirijió a Pisa. Llegó el 6 de marzo de 1313 y se detuvo muchos meses ocupado principalmente de una espedicion contra el reino de Nápoles, para la cual partió el 7 de agosto. Padeciendo ya y devorado de disgusto, cayó gravemente enfermo en el camino y murió el 24 de agosto de 1313 en Buon-convento, a algunas millas mas allá de Siena, en el camino de Roma.

La nueva de esta muerte fué como un rayo para el partido gibelino; pero puede asegurarse que para nadie fué tan dolorosa como para Dante, que debió recibirla probablemente en Toscana. Esta muerte era para el pobre desterrado, güelfo durante tanto tiempo y ahora fanático gibelino, nó solo un motivo de dolor sino de profundas reflexiones. Sus ideas entusiastas sobre la importancia y la escelencia de la autoridad imperial de los príncipes alemanes en Italia, acababan de ser sometidas a una dura prueba.

Enrique VII no solo se habia visto impotente para hacer a los italianos un bien real y durable; sino que habia sido, como apesar suyo, y por los mismos acontecimientos, arrastrado al mal y a hacérceles odioso. A los majistrados populares, al réjimen respetado en todas partes de los podestades, habia sustituido el de los tiranuelos mas o ménos aborrecidos, a quienes habia vendido lo mas caro posible el título de vicarios suyos. No bastando a sus necesidades el dinero obtenido por medio de este tráfico vergonzoso para la dignidad imperial, habia saqueado las ciudades enemigas y mendigado en las amigas. El marqués de Montferrat le habia comprado una autorizacion para sellar moneda falsa. Ademas se habia deshonrado en la guerra por actos gratuitos de latrocinio y crueldad. En Toscana habia quemado, pillado y desvastado lo mismo la parte sometida del pais que las demas. En el sitio de Brescia habiendo hecho prisionero a Tebaldo Brusciati, jefe de los sitiados, lo hizo descuartizar y arrojó los cuartos a la ciudad por medio de las máquinas de guerra. En una palabra, su conducta política se habia hecho de dia en dia mas insensata y mas inhumana. Al llegar a Italia se habia presentado dándose los aires de un príncipe resuelto a pacificar todas las facciones sin pertenecer a ninguna. Bien pronto se convirtió en gibelino apasionado, y concluyó por no ser mas que un déspota caprichoso, enajenando de este modo al imperio las ciudades hasta entónces mas pronunciadas por él, como Pisa. En cuanto a las ciudades güelfas, esta muerte era para ellas un motivo de fiestas.

En Pádua todos se mandaban hacer vestidos nuevos en señal de alegria.

Dante no vió las cosas bajo este aspecto: no cambió de opinion ni de sentimientos, y se conserva una canzone, con mal fundamento atribuida a Cino de Pistoia, en la cual deplora la muerte de Enrique VII como una gran calamidad para la Italia, y persiste en presentar a este príncipe como un modelo de perfeccion, de sabiduría y de grandeza humanas. El crimen y la falta de la Italia eran el no haberle dejado llevar a cabo sus grandes proyectos.

Como no debe darse grande importancia a una epístola latina que Dante dirijió el 20 de abril de 1314 a los cardenales exhortándolos a nombrar un Papa italiano en lugar de Clemente V que acababa de morir, puede mirarse la muerte de Enrique VII como el término de la vida política de nuestro poeta. Posteriormente a esta época, ningun rasgo de su vida tiene relacion con acontecimientos de algun interes nacional; su nombre no figura ya en ningun monumento público. No se sabe qué ha sido de él. Anda errante por todas partes; en Italia, en Francia y hasta en Inglaterra, dicen algunos biógrafos, sin que se pueda fijar una fecha a ninguna de estas correrias, ni a ninguna de las particularidades que con ellas pudieran tener relacion. Sin embargo, muchas de estas particularidades que no carecen de interes pueden creerse. Citaré pues algunas apesar de la inexactitud de las fechas.

Bocaccio refiere que Dante despues de la muerte de Enrique VII pasó el Apenino y se retiró a Romania. Un historiador de Cesena, dice que se dirijió a Ravena invitado por Guido Novello, sobrino de Guido el Viejo, a quien debia suceder bien pronto en la señoría de la ciudad. Esta circuntancia me parece tanto mas verosimil cuanto que desde esta época, y mucho ántes sin duda, existian relaciones entre los señores de la Polenta y el poeta desterrado. A este Guido Novello dirijió Dante su Canzone sobre la muerte de Enrique VII.

Por lo demas, si es cierto que Dante aceptó desde luego la hospitalidad de los Polentani, no permaneció sin embargo largo tiempo entre ellos. Todo autoriza a creer que ántes de finalizar el año 1314 se hallaba en Luca, en casa de Uguccione della Faggiuola. Ya ántes se ha hablado de este jefe como de uno de los mas distinguidos del partido gibelino de la Romania y de la Toscana; pero no puedo dispensarme de agregar aquí algunas palabras, a causa de la intimidad que entre él y Dante se habia establecido.

Desde 1302, nuestro poeta habia tenido frecuentes ocasiones de ligarse con Uguccione, uno de los cabecillas de aquellos gibelinos con los cuales se habian aliado los Blancos desterra-

dos de Florencia, para hacer la guerra a los Negros que habian quedado dueños del gobierno florentino. Esta alianza se habia hecho mas íntima aun, durante la espedicion de Enrique VII en Italia, espedicion en la que Uguccione habia figurado como uno de los mas ardientes y mas hábiles partidarios del emperador, que lo habia dejado como su vicario en Génova, a su paso por esta ciudad. Muerto el emperador, los pisanos hallándose en una posicion mui crítica, necesitaban nombrar un capitan afamado, a cuyo rango elevaron a Uguccione, que bien pronto llamó la atencion pública. En el mes de junio de 1314 se apoderó de Luca, y se hizo nombrar señor absoluto. Desde este momento fué considerado como el jefe de los gibelinos de la Toscana, y en esta calidad consiguió grandes ventajas sobre los florentinos y sus aliados los güelfos. La famosa batalla de Monte-Catini que les ganó el 29 de agosto de 1315, puso el sello a su gloria militar.

Créese que Dante que habia publicado su poema del Infierno, no se sabe a punto fijo la fecha, pero positivamente ántes de 1315, lo habia dedicado a Uguccione: esto dá lugar a creer que siendo éste poderoso en Pisa y señor absoluto en Luca, aprovechó esta ocasion de reconocer el honor insigne que le habia hecho el poeta, y lo llamó a su lado en la última ciudad. Dante permaneció algun tiempo en Luca y todo hace creer que fué bajo la señoría de Uguccione, es decir desde 1314 a 1316.

Pero lo que importa mas que la fecha de esta residencia, es las consecuencias que tuvo para nuestro poeta. En Luca conoció Dante a una señora jóven, llamada Gentucca, de la cual habla repetidas veces en la Divina Comedia y que hizo en su imajinacion tan profunda impresion, que Dante se la reprocha como una ofensa hácia la memoria de Beatriz.

Tambien fué durante su residencia en Luca cuando nuestro poeta tuvo la última ocasion de volver a Florencia, la cual desechó por motivos que, para nosotros son el mas bello rasgo de su carácter.

El gobierno florentino, unas veces por política y otras por humanidad, se calmaba de tiempo en tiempo con los desterrados, y consentia en levantarle el destierro a alguno de ellos. A veces tambien vendia esta gracia por dinero; pero lo que habia de mas notable en este caso de induljencia política, era su carácter relijioso. La autoridad pública que perdonaba a los condenados, que rompia las cadenas de los presos sobre cuya libertad se creía con derecho, no soltaba inmediatamente a los unos ni a los otros; no los absolvia directamente ni en su propio nombre. Los ofrecia a la Virjen o a algun santo, y la Virjen o el santo eran los que los absolvian del crímen que habian cometido y los dispensaban del castigo a que se habian hecho acreedores. Este modo

de perdonar no habia sido practicado en su principio sino respecto de los criminales, y por esta razon era considerado infamante, aun cuando su aplicacion frecuente a casos puramente políticos hubiese modificado mucho la opinion pública a este respecto.

Sucedió pues, que en el trascurso del año de 1315, talvez a propósito de la celebracion de la fiesta de San Juan Bautista, la gran fiesta de los florentinos, se trató de llamar a cierto número de desterrados políticos, mediante una contribucion de dinero y sobre todo mediando la ceremonia relijiosa de la *ofrenda*. Muchos amigos de Dante se propusieron comprenderlo en el número de los individuos llamados; y habiéndolo conseguido, le escribieron inmediatamente para darle parte de esta noticia, que segun ellos era el mas fausto acontecimiento que pudieran anunciarle.

Entre diversas cartas que le fueron dirijidas con este propósito, se encuentra una de un pariente suyo, personaje desconocido, pero que segun todas las apariencias debia ser relijioso o clérigo. La respuesta de Dante ha sido descubierta recientemente y publicada en latin. Es mui corta; pero aun cuando fuese larga no dejariamos por eso de insertarla toda entera. No nos faltarán ocasiones de admirar el jénio de Dante; pero aquí se trata de su alma, y sin la carta en cuestion nadie podria apreciar cuan elevada, fuerte y superior era a la desgracia. Hé aquí la traduccion de esa carta, que digámoslo de paso, está escrita en mui mal latin y no puede perder nada en el traslado.

«He recibido vuestra carta con todo el respeto y afeccion que ella merece, y me he apresurado a reconocer y agradeceros todo el interes que tomais por mi vuelta a la patria. Me ha afectado tanto mas cuanto que es mui raro que los desterrados encuentren amigos. En cuanto al contenido de esas cartas, voi a responder a ellas de distinta manera quizás de lo que desearia la debilidad de algunas personas. Pero os conjuro afectuosamente a que no juzgueis mi respuesta ántes de haberla examinado con detencion.

«Quedo informado por las cartas de nuestro comun sobrino y de muchos otros amigos, de que en virtud de una reciente ordenanza del gobierno florentino relativa a la absolucion de los desterrados, puedo desde luego volver a Florencia con la condicion de pagar cierta cantidad de dinero y de someterme a la ceremonia de la ofrenda.

«Hai en esto, padre mio dos cosas ridículas y poco cuerdas; poco cuerdas digo, de parte de aquellos que me las han noticiado; pues vuestra carta está mas sábiamente concebida y no contiene nada de esto.

«¿Es jeneroso, decidme, el llamarme a la patria con seme-

jantes condiciones despues de un destierro de cerca de tres lustros? Es esto lo que merece mi inocencia a todos manifiesta? Es esto lo que se debe a tantas vijilias y fatigas consagradas al estudio? Ah! vaya léjos de un hombre familiarizado con la filosofía la estúpida humildad de corazon que lo arrastraria a pasar por la ceremonia de la ofrenda como lo ha hecho cierto pretendido sabio y como lo hacen otros miserables! Léjos del hombre acostumbrado a predicar la justicia, y a quien se ha despojado, la bajeza de presentar su dinero a aquellos que lo hán perjudicado y tratarlos ademas como sus bienhechores!

«No, padre mio, no es ese para mi el camino que deba conducirme a mi patria. Si vos habeis encontrado ya, o si alguno en adelante encontrare alguno en el que yo pueda conservar ilesos mi honor y mi renombre, dispuesto estoi a marchar por él a pasos acelerados. Pero si para entrar en Florencia no me queda otro camino que el que ahora se me presenta, yo no entraré mas en Florencia.

«Cómo! acaso no puedo en todas partes contemplar el sol y los astros? No puedo en todas partes entregarme a la dulce investigacion de la verdad? Tengo necesidad para esto de ir a perder mi reputacion y envilecerme en la ciudad de los florentinos? No ciertamente! no lo haria ni aun para ganar mi pan.»

La república florentina no perdonó a Dante el orgullo con que rechazó las ofertas que ella miraba como un favor. Esta república se hallaba entonces bajo la direccion del rei de Nápoles Roberto, al cual se habia entregado por el término de cinco años inmediatamente despues de la muerte del emperador Enrique VII. Roberto habia enviado como su teniente a un cierto Rimeri di Civitta-Vecchia, que en esta calidad, ejercia el poder superior en todos los asuntos judiciales o políticos.

Este Rimeri fué el que se encargó de contestar la carta de Dante. Lo hizo en el mes de octubre de 1315 por medio de un juicio que confirmaba todas las sentencias de destierro que habian sido fulminadas contra él anteriormente, y en particular la primera, aquella que habia sido pronunciada por el podestá Cante de Gabrielli en el mes de marzo de 1302.

Dante no se sorprenderia probablemente de una decision que él mismo habia provocado. Pero otros reveses mas imprevistos le esperaban en Luca. La fortuna de su último protector Uguccione della Faggiuola, habia sido brillante, pero carecia de una base sólida, y se convirtió en un sueño deslumbrador. Al principio del año de 1316, un Luquense, el héroe de Maquiavelo, el famoso Castruccio Castrone, largo tiempo desterrado como güelfo, habia obtenido por fin su llamamiento a Luca y

se habia formado un partido poderoso, a la cabeza del cual se habia apoderado del gobierno arrojando a los ajentes de Uguccione. Este, que se encontraba entonces en Pisa, no pudo tratar de defenderse y se vió obligado a huir precipitadamente de la Toscana. Se retiró a Verona cerca de Can Grande della Scala que le empleó como jeneral de sus milicias, a cuyo servicio murió al cabo de dos o tres años.

Esta caida tan brusca de Uguccione, obligó a Dante a buscar un asilo; y se dirijió por su parte al palacio de Can Grande donde parece que llegó tras de los pasos de Uguccione y talvez por su intervencion. Ya he tenido ocasion de nombrar a Can Francesco della Scala; pero en el momento en que nuestro poeta contrae con él relaciones íntimas, y de las que han quedado señales, debo hablar de él de un modo mas detallado y esplícito.

Alberto della Scala, señor o capitan de Verona muerto en 1301, habia dejado tres hijos, Bartolomeo, Alboino y Cane, que le sucedieron uno despues de otro. Dante habia recibido ya la hospitalidad de los dos primeros, y habia visto al lado de ellos a Can Francesco su hermano; pero este no era entonces mas que un hombre sin fama y sin poder con el cual Dante no habia contraido ninguna relacion. Cane habia empezado a desempeñar un rol en los negocios y a dar pruebas de su alta capacidad, con ocasion de la llegada de Enrique VII a Lombardía. Su hermano Alboino lo habia agregado al gobierno de Verona, y uno y otro habian obtenido de Enrique VII el título de sus vicarios en el pais que gobernaban.

En 1311, muerto Alboino, Can Francesco habia quedado como único heredero de la señoria de Verona. Desde este momento soltando el freno a su ambicion, habia declarado y hecho una guerra de esterminio a todas las repúblicas vecinas, en particular a Pádua, la mas poderosa y democrática de todas; y las habia subyugado una despues de otra. De este modo se habia formado un estado que se estendia desde Trevisa a Montefeltro, en la Romania, y habia sido reconocido por jefe del partido gibelino de la alta Italia, que le habia conferido el renombre de *Grande*.

El valor guerrero y la sagacidad política no eran las únicas cualidades de Can Francesco: reunia en el mas alto grado todas aquellas virtudes caballerescas que podian conciliarse con el orgullo y la ambicion; era cortés, magnánimo y liberal en demasía. Dante que en su Paraiso alaba el noble desden de Can Grande por las fatigas y por el dinero, no fué mas que el eco poético de la fama popular del jóven jefe. El punto sobre el cual todos los que han hablado de él están de acuerdo para

ensalzarlo, es la facilidad con que daba sus tesoros a cualquiera que tenia necesidad de ellos.

En testimonio de ese desprecio caballeresco de Can Grande por el dinero, uno de los antiguos comentadores de Dante, Benvenuto de Imola, refiere un hecho, que yo citaré, no sé si deba decir por su estrema sencillez o apesar de ella. El rasgo de que se trata, se refiere a la infancia de Can Francesco: y Benvenuto lo cita como una especie de pronóstico de la liberalidad y magnificencia futuras del pequeño Can.—«Su padre Alberto lo introdujo un dia como por favor al lugar donde tenia guardado su tesoro, creyendo que el niño se quedaria estupefacto y maravillado de ver tanta plata y tanto oro.»—Y bien, qué creeis que hizo ese niño a quien puede suponérsele la edad de ocho a nueve años? No lo diré en frances porque me veria mui embarazado para ello. Prefiero emplear los mismos términos del antiguo autor italiano:

Il garzonetto si alzo suso li panni, ed ebbe a pisciare sopra il detto tesoro.....

El augurio era espresivo y Can Grande no lo desmintió. Su corte fué la mas brillante de Italia; se propuso hacer de ella un refujio agradable para todos los proscriptos, para aquellos sobre todo que tenian alguna fama, de cualquier jénero que fuese. Hé aqui algunas pinceladas del cuadro de aquella corte, trazadas segun los testimonios de los contemporáneos.

«Habia allí alojamientos apropiados para los hombres de cada profesion, rentas abundantes destinadas a su sostenimiento, y criados sujetos al servicio de cada uno. Sobre la puerta de los diversos departamentos se habian pintado emblemas relativos al estado de aquellos que debian habitarlos; sobre la de los guerreros habia trofeos; la figura de la Esperanza estaba pintada sobre la puerta de los desterrados; bosquecillos de musas sobre la de los poetas; la imájen de Mercurio sobre la de los artistas; el paraiso sobre la de los hombres de iglesia: y de este modo las demas para las otras profesiones. Los alojamientos apropiados a cada uno, estaban del mismo modo adornados de pinturas análogas. Las comidas eran amenizadas alternativamente por conciertos de músicos y por los juegos variados de bufones y farsantes.

«Se veian allí salas magníficas adornadas de pinturas representando con un arte maravilloso historias que hacian recordar las variaciones de la fortuna.

«Cane, continúa el mismo autor, invitaba algunas veces a su propia mesa a los mas distinguidos de sus huéspedes; y los que invitaba mas a menudo eran Gherardo da Castello, llamado, a causa de su franqueza, el Simple Lombardo, y Dante Ali-

ghieri, personaje mui célebre entónces, y de cuyo jénio estaba prendado.»

Así se espresa Pancirola, siguiendo a uno de los Gazadi da Reggio historiador del siglo XIV, que habia estado mucho tiempo proscripto, y que habiendo recibido la hospitalidad de Can Grande, habia visto todo lo que refiere.

Hai razones para presumir que Dante fué mui bien recibido en la corte de Verona, y que debia estar satisfecho. En la época en que llegó, es decir, a fines de 1316 o principios de 1317, tenia ya mui adelantada la composicion de su Paraiso, y es seguro que continuó trabajando en él en su nuevo retiro. Aun hai mas; pues si nos hemos de atener a ciertas indicaciones, pudiera asegurarse que lo concluyó allí mismo. En efecto, existe una larga epístola latina de Dante, escrita en Verona, en la corte de Can Grande, en el año de 1317 o 1318; y esta epístola, dirijida al mismo Cane presenta todas las apariencias de una dedicatoria a este príncipe, del Paraiso, del cual contiene ademas un análisis bastante detallado. Ahora bien, como un autor no analiza ni dedica una obra que no ha sido concluida, la dedicatoria y el análisis del Paraiso suponen su terminacion. Sin embargo, esta observacion es especiosa y no decisiva, pues hai lugar a creer, apesar de la dedicatoria citada, que el poema del Paraiso no fué terminado en 1318 ni tampoco en la corte de Verona. Por lo demas, la carta a Can Grande es mui curiosa para el conocimiento de la especie de teoría poética que Dante se habia formado, combinando arbitrariamente una multitud de ideas disparatadas; teorías que felizmente olvidó en el transporte de la composicion, no escuchando entonces mas que sus emociones y su jenio. Esta epístola abunda en espresiones de la mas alta admiracion y del mas vivo reconocimiento por Can Grande. Pero llegó un dia para el desterrado en que tuvo que rebajar mucho a todo esto.

La independencia y el orgullo no eran las cualidades que el señor de Verona apreciaba mas en aquellos a quienes hacía bien; y no estaba en poder de Dante el ser obsequioso y complaciente para con nadie en el mundo. Conociéndose mejor, el guerrero y el poeta se resfriaron poco a poco el uno con el otro, y éste concluyó por rechazar como un yugo la hospitalidad de aquel.

Petrarca que habia pasado sus últimos años en una parte de la Italia en que Dante habia dejado numerosos recuerdos, pudo fácilmente recojer varias anécdotas picantes sobre nuestro personaje; y nos ha conservado una que hace comprender la situacion del desterrado florentino en la corte de Verona, y los motivos de su ruptura con Can Grande.

«Dante Alighieri, mi conciudadano, dice Petrarca, fué un

hombre mui eminente en la elocuencia vulgar, pero de un jénio áspero y demasiado libre en sus palabras, para poder ser agradable a la vista y a los oidos delicados de los príncipes de nuestro tiempo. Habiendo sido desterrado de su patria, se retiró al palacio de Can Grande que era entonces el consuelo y el refujio de todos los desgraciados. Al principio fué tratado honrosamente, pero no tardó mucho en irse retirando poco a poco, ni en desagradar a su huésped.

«Habia en esta misma corte saltimbanquis y bufones de toda epecie, entre los cuales se hallaba uno, que como sucede frecuentemente, era el mas apreciado por ser el mas obceno en jestos y en palabras. Can Grande, suponiendo con razon que no agradaria a Dante el precioso bufon, lo hizo conducir a su presencia, y despues de hacerle un pomposo elojio, y volviéndose a Dante:—«Me admiro mucho, dijo, que ese bufon, ignorante y loco como es, sepa sin embargo agradarnos y hacerse querer de todos, miéntras que tú, que dicen que eres un sabio, no puedes hacer otro tanto.»—«Y tú no te admirarias de modo alguno, le respondió Dante, si supieses que la amistad no se funda sino sobre la igualdad de costumbres y de carácter.»

No podria asegurarse a punto fijo el lugar a que se retiró Dante al separarse de Can de la Scala, pero deben colocarse en la época que siguió a esta retirada las tradiciones mas o ménos esplícitas que hablan de su permanencia en diversos lugares de la alta Italia, en Agubbio, en casa de Bosone de'Gabrielli; en el Frioul y particularmente en Udino, en casa de Pagano de la Torre, patriarca de Aquilea, y de otros muchos que seria inoficioso nombrar desde que no podemos decir lo que hicieron por el desterrado. Todo lo que podemos deducir de este frecuente cambio de asilo y de huéspedes, es que el pobre Dante se engañaba mui a menudo en sus esperanzas, y que luchaba enérjicamente contra las tristes consecuencias de sus engaños.

Hemos visto que en 1313, despues de la muerte del emperador Enrique VII se habia dirijido a Ravena, cerca de Guido Novello, que no hallándose revestido entonces de ninguna autoridad, no habia tenido una proteccion eficaz que ofrecerle. Volvió a Ravena hácia fines de 1319 o principios de 1320, y encontró esta vez a Guido en posesion de la señoria con Ostasio da Polenta su primo. Los dos jefes le hicieron una acojida benévola que él pudo reconocer por sus servicios.

La dominacion de los Polentani se estendia a diversos lugares a lo largo de las costas del Adriático, y de aqui resultaban relaciones mui frecuentes entre estos señores y la república de Venecia; parece cierto que Guido Novello se aprovechó de la permanencia de Dante en sus estados, para enviarlo

mas de una vez en calidad de embajador a Venecia. Pero esto es todo lo que se puede decir sobre aquellas embajadas. Los documentos que se han procurado reunir no conducen a nada y no merecen atencion alguna. Es inútil citar aquí la diatriba contra el senado Veneciano, que Doni publicó en el siglo XVI, asi como una carta escrita por Dante a Guido Novello da Polenta, para darle cuenta de una mision de que se hallaba encargado por él.—Esta carta, que ha sido objeto de multiplicadas discusiones, es una impostura que no sufre exámen, y en la cual es inútil detenerse.

Aunque enmarañadas y oscuras, las particularidades de la última permanencia de Dante en Ravena, merecen ser recojidas con escrupulosidad. Su primer cuidado, en este nuevo asilo, fué el de reunir su familia. La encontró mui disminuida por la mano del tiempo: sus dos hijos mas jóvenes habian muerto de la peste, a la edad de ocho años el uno y el otro de doce. Doña Gemma, su mujer, debia tambien haber muerto, pues no se hace mencion de ella desde el año 1308, y todo hace presumir que Dante no la volvió a ver. Solo sus dos hijos mayores, Jacobo y Pedro, que habian llegado a la edad viril, pudieron reunírsele en Ravena, con su hermana Beatriz, de edad entonces de diez y ocho a diez y nueve años. Ademas de sus tres hijos, Dante tuvo consigo en Ravena algunos amigos decididos; y entre otros, a un cierto Dino di Pierini, florentino, talvez desterrado como él, pero que volvió despues a Florencia, donde lo conoció Bocaccio, y del cual pudo éste conocer las diversas particularidades de la permanencia de Dante en Ravena. Quizá de este mismo testigo supo el autor del Decamerone lo que refiere tan vagamente sobre una escuela de poesia creada por Dante en Ravena. Pero no habiendo dejado esta escuela huella alguna en la literatura italiana, no debe darse gran importancia a este hecho.

En situacion semejante, parece que Dante deberia gozar de todas las dulzuras que razonablemente podia esperar en su destierro. Protejido por una señoría orgullosa con el asilo que le concedia, al lado de sus hijos, rodeado de amigos, de discípulos y de admiradores, ocupado con ardor en la conclusion de la Divina Comedia: nuestro poeta habia encontrado por fin lo que podia hacerle olvidar a aquella ingrata Florencia que lo habia desterrado cuatro veces, y que se habia mostrado tan induljente con tantos hombres oscuros y sin gloria.

Sin embargo, nada de esto sucedió. Habia en el alma de Dante, en aquella alma tan orgullosa y tan enérjica, un lado débil, que se conmovia y se enternecia apesar suyo, con la sola idea de la tierra natal. En vano buscaba; pues nada habia fuera de aquella tierra querida que fuese bastante a hacérsela olvidar; y

aunque no fuese sino para morir, deseaba ardientemente volver a ella, y no habia perdido del todo la esperanza Sobre este punto tenemos su propio testimonio y confesiones que tienen algo de tierno , y característico.

El canto XXV del Paraiso comienza por tres tercetos, de que trataré de hacer una traduccion, no del tono ni de la poesia, sino de la letra únicamente y del sentido; esto me bastará. Hélos aqui:

«Si sucede alguna véz que el poema sagrado para el cual el cielo y la tierra han suministrado la materia, y sobre el cual he palidecido largos años,

«Triunfa de la crueldad que me rechaza del noble rebaño donde reposaba en otro tiempo, como un jóven corderillo enemigo de los lobos que le hacen la guerra;

«Yo entraré por fin en ese rebaño, pero con otro vellon y otra voz: entraré poeta; y en las mismas fuentes en que recibí el bautismo, tomaré la corona (de laurel.)»

Hai biógrafos y comentadores de Dante que han creido ver en estos versos el tono de la amenaza, y la seguridad que tenia el autor al escribirlos, de entrar en Florencia por la fuerza y a despecho de su gobierno Hai en esto un error gratuito. En la época en que Dante escribia los versos citados, no existia ya para él la menor probabilidad de volver a Florencia por su sola fuerza y apesar del partido que gobernaba. No podia poner allí los pies sino con el permiso y por el favor de este partido, y él no pensaba volver de otra manera. Sus intenciones a este respecto son ciertas, precisas, y no deben ser desnaturalizadas.

En la época de que se trata, Dante habia publicado ya el Infierno, el Purgatorio y una gran parte del Paraiso. Separados o reunidos, estos tres poemas habian empezado a circular entre los hombres de letras y en las clases elevadas de la sociedad italiana, y aun cuando probablemente no habria entonces ninguno capaz de comprender todo su mérito, tampoco dejaban de encontrar bellezas de un órden y de un jénero enteramente nuevo. La fama poética del autor se habia aumentado mucho desde algunos años y continuaba creciendo rápidamente.

Era entonces de un uso mui frecuente en Italia, tanto en las repúblicas como en las señorías absolutas, el conferir a los hombres distinguidos por la elocuencia o la poesia, los honores del triunfo poético y la corona de laurel. Esta corona y estos honores le fueron ofrecidos a Dante en mas de una ciudad y por mas de una potencia. Al ménos se asegura que en Ravena le habian sido ofrecidos por Guido Novello; y debe notarse que en estos ofrecimientos habia para él algo nuevo y particular, que daba mas realce a este honor. Hasta entonces la corona de

laurel no habia sido ofrecida sino a los poetas eruditos, que habian escrito en latin, y se suponian continuadores de los poetas de la antigüedad clásica. Dante iba a ser el primero que recibiera la corona por un poema en lengua vulgar. Su triunfo, era pues, en el fondo, el triunfo de la lengua y la literatura italianas: para una y otra descollaban nuevos destinos y una nueva era.

Dante no esperaba para su coronacion mas que la terminacion de su poema del Paraiso que estaba a punto de concluir. Mas a la esperanza segura ya de su coronacion, se mezclaba invenciblemente una esperanza mas dudosa; la de ser coronado en Florencia. Era allí, en el lugar de su nacimiento, en los sitios en que habia borroneado sus primeros versos, donde le parecia mas dulce y glorioso ser proclamado el primer poeta de lá Italia. Se figuraba algunas veces, que terminado su gran poema, el gobierno florentino, aunque no fuese mas que por vanidad o por respeto a la opinion de la Italia entera, mitigaria su rigor y querria él mismo colocar sobre su cabeza esa corona que le ofrecian todas las ciudades estranjeras. En el peor caso, pensaba que en cualquier parte que tuviese lugar su coronacion, el renombre que atraeria sobre él semejante honor, conmoveria al gobierno florentino, y le proporcionaria una probabilidad mas de alcanzar por fin su llamamiento a la patria.

Se encuentran señales tan curiosas como positivas de todas estas esperanzas, de todas estas ideas y de todas estas inquietudes, no solo en el pasaje del Paraiso que ya he citado, sino en dos piezas escritas por Dante en versos latinos, la una en 1320 y la otra en 1321. Son dos epístolas en forma de églogas virgilianas, escritas en contestacion a otras dos epístolas o églogas del mismo jénero que le habian sido dirijidas por Juan de Virgilio, de Bolonia, poeta latino mui célebre entónces. Hai en estas dos composiciones latinas de nuestro poeta, alusiones a diversas particularidades de sus últimos años; y estas alusiones aunque siempre vagas y a menudo oscuras, no son por eso ménos preciosas para la biografía del autor, y merecen mas atencion de la que jeneralmente han obtenido.

Dante terminó su poema, o como él le llama, la *cantica* del Paraiso, en los primeros meses del año de 1321. Apénas lo hubo concluido, cuando se retiró de Ravena para dirijirse a otra ciudad de Italia que no podemos fijar con seguridad: solamente se cree como mui probable que fuese a Venecia; y en este caso, se puede asegurar que seria enviado por Guido Novello para tratar algun asunto con el senado de la república. Pero cualquiera que fuese el resultado de esta mision, si es que la hubo, se ignora. Lo que se puede asegurar es que su ausencia

fué mui corta; volvió apresuradamente a Rávena y apénas hubo llegado, cuando fué atacado de la enfermedad de que ya no debia levantarse: murió el 14 de setiembre de ese mismo año 1321.

Guido Novello se propuso cumplir al muerto lo que habia ofrecido al vivo; los funerales de Dante fueron el tétrico y frio simulacro de un triunfo poético. Fué conducido al sepúlcro en un carro ricamente adornado, coronado de laurel y con un libro abierto sobre el pecho. Fué enterrado en el cementerio de la iglesia de los Mínimos, con cuyo hábito quiso morir.

Para decir algunas palabras del esterior y de las maneras de Dante, no puedo hacer mas que citar a Bocaccio, que es el único que pudo decir algo sobre ellas.

Dante era de estatura mediana y lijeramente inclinada; su andar era noble y grave, y su fisonomia benévola y dulce. Tenia la nariz aguileña, los ojos grandes, la cara larga y el labio inferior un poco saliente. Su tez era mui morena, y la barba y cabellos, negros, espesos y crespos.

Su fisonomia era de la de un hombre melancólico y meditabundo. Naturalmente pensador y taciturno, no hablaba a ménos de no ser interrogado; y mui amenudo absorto como estaba en sus reflexiones, no oia las preguntas que se le dirijian.

Amaba apasionadamente todas las bellas artes, aun aquellas que no tenian una inmediata relacion con la poesia, como la pintura. En su juventud habia tomado lecciones de Cimabue, el último y el mas célebre de los pintores que trabajaron en lo que se ha llamado la manera griega; despues tuvo mucha intimidad con Giotto, el sucesor de Cimabue, a quien eclipsó, y el verdadero creador de la pintura moderna.

Dante tuvo tambien relaciones intimas con los músicos y cantantes de su tiempo. Dotado de una hermosa voz, cantaba agradablemente y se prestaba a ello con gusto; era su manera favorita de desahogar las emociones de su alma, cuando estas eran dulces y felices.

FIN.

ERRATA.

En la pájina 585 al final de la Oda de Dante dice el penúltimo verso:

Que no sigue el asta del osado lirio;

Léase:

Que no sigue el asta del viudo lirio;

LA REVISTA.

Por circunstancias independientes de nuestra voluntad, nos vemos obligados a suspender, por ahora, la publicacion de la *Revista*. Despues de haber luchado con numerosas dificultades, y sobre todo con esa apatía e indiferentismo, mal crónico de nuestro suelo, que sino nos ha hecho la nacion mas sensata es porque nos ha convertido en el pueblo mas insulso y monótono del mundo, los redactores de la *Revista*, se ven precisados a suspender sus tareas, y aplazan la continuacion de sus trabajos, para cuando mejores tiempos y mejor gusto literario vengan en su ayuda.

Ajenos de miras personales y sin ningun interes especulativo, al emprender nuestra publicacion quisimos solo hacernos el eco de nuestros intelectuales adelantos, y llenar un vacio que harto se hace notar en nuestra prensa: por nuestra parte creemos haber hecho cuanto a nuestros alcances se encontraba; pero ¿cómo hemos sido secundados? Por una parte nuestros esfuerzos se han estrellado contra la indiferencia, y lo diremos tambien sin rebozo, contra el poco amor a las le-

tres de la jeneralidad de nuestro público; y por la otra el mayor número de nuestros jóvenes estudiosos, nos han abandonado en nuestra empresa ya cediendo a ruines envidias y rivalidades, ya desalentados por el ningun estímulo que tiene en Chile el escritor, ya por que injustamente se nos ha atribuido un esclusivismo de ideas o principios que estamos mui distantes de tener.

No ignoramos que se nos ha calumniado muchas veces diciendo que nos hemos negado a dar cabida en la *Revista* a composiciones y artículos que se nos han enviado, por ser estos trabajos contrarios a nuestras opiniones: es este el lugar de dar a los que tal dicen un público desmentido. Nuestras columnas han estado siempre a la disposicion de todos, y no hemos dejado de publicar nada de lo que se ha tenido la bondad de remitirnos, a no ser aquello que por su ningun mérito y sus faltas e incorrecciones numerosas era indigno de ver la luz. Cuando en el año entrante volvamos a comenzar nuestras tareas, ya sea que nuestro periódico aparesca como hasta ahora, o bajo otra forma, todos nuestros jóvenes literatos pueden enviar sus escritos, seguros de que jamas rivalidades mezquinas, ni miras interesadas influirán en nuestros juicios. La *Revista*, puede decirse, no ha tenido opinion propia, y harto claramente lo manifestamos cuando en nuestro primer número deciamos: «la redaccion no será responsable de las ideas que se emitan en los artículos que la *Revista* contenga, pues obligando a firmar a los autores, ellos solos cargarán con los reproches que sus ideas atraigan.» Y fuimos aun mas allá cuando apuntamos: «La crónica tampoco debe considerarse como la opinion unida de la redaccion, sino como un artículo aislado en el cual el que firma, espone sus creencias políticas, y su manera de concebirlas.» Asi lo hemos dicho y repetido; si no se nos ha querido comprender, no es nuestra la culpa ciertamente.

Réstanos dar las gracias a nuestros colaboradores, los únicos que en el jeneral abandono que hemos sufrido, nos han sido constantes, y a nuestros jenerosos sucriptores a quienes damos gratis el presente número para que posean completos algunos trabajos comenzados. Con este se termina el primer tomo de nuestra *Revista*; talvez, como lo hemos dicho, en el año entrante volveremos a continuarla; pero entre tanto pedimos a nuestros abonados por año tengan la bondad de pasar al lugar en que se hubieren suscrito a cobrar lo que les resta de su adelanto.

LOS EDITORES.





